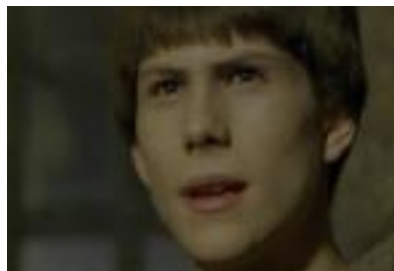


INDICE

- 2 - Antíoco y Seleúco
- 75 - Baile de la Zalamandrana Hermana
- 79 - Baile de los oficios
- 85 - Caer para levantar
- 165 - De fuera vendrá
- 250 - El Baile de la chillona
- 257 - El Caballero
- 348 - El Defensor de su agravio
- 432 - El desdén con el desdén
- 507 - El Licenciado Vidriera
- 594 - El lindo Don Diego
- 674 - El mejor amigo del rey
- 762 - El parecido en la Corte
- 901 - El poder de la amistad
- 980 - El secreto entre dos amigos
- 1064 - El valiente justiciero y el rico hombre de Alcalá
- 1161 - En el mayor imposible nadie pierde la esperanza
- 1230 - Entremés famosa de la Perendeca
- 1240 - Entremés famosa del poeta
- 1248 - Industrias contra finezas
- 1331 - La Confusión de un jardín
- 1402 - La fuerza del natural
- 1482 - La milagrosa elección de San Pio Quinto
- 1561 - La traición vengada
- 1640 - Las galeras de la honra
- 1646 - Las travesuras de Pantoja
- 1708 - Lo que puede la aprehensión
- 1795 - Los jueces de Castilla
- 1888 - Primero es la honra
- 1972 - San Franco de Sena
- 2059 - Santa Rosa de Perú
- 2159 - Todo es enredos de amor
- 2251 - Trampa adelante



Antíocho y Seleuco
Agustín Moreto

Antíocho y Seleuco

Agustín Moreto



PERSONAS

SELEUCO, *rey de Siria.*

ANTÍOCO, *su hijo.*

ESTRATÓNICA, *reina.*

ASTREA, *dama.*

ERASISTRATO.

NICANOR.

FLORETA, *criada.*

LUQUETE, *criado gracioso.*

UN MÚSICO.

VILLANO 1.º

VILLANO 2.º

VILLANOS Y MÚSICOS.

DAMAS, CRIADOS Y ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Antioquía y sus inmediaciones

Jornada primera

Selva.

ESCENA PRIMERA

ANTIOCO Y LUQUETE, *de camino; después, NICANOR, dentro. (Se oye ruido de tempestad.)*

ANTIOCO ¡Terrible tempestad! ¡Válgame el cielo!

LUQUETE Si hará, que todo se nos viene abajo;
a alguna claraboya de él apelo,
o a un pozo, para echar por el atajo.

ANTIOCO ¿Luquete?

LUQUETE ¿Gran señor?

ANTIOCO Toda mi gente
sin duda se ha perdido.

LUQUETE Nosotros (si ellos ya se han acogido)
seremos los perdidos solamente;
pues aquí el cielo, aunque nos coge lejos,
tratándonos está como abadejos.
Vive el cielo, que en ando considero
que Antíoco eres tú, el hijo primero
de Seleuco, a quien Siria cedió el mando,
y que aquí, como yo, te estás mojando,
y aun mas, porque mi capa tosca y hasta,

ANTÍOCO
LUQUETE

algo mas tarde el agua la contrasta
que la tuya, delgada y guarnecida,
caigo en lo que son honras de esta vida
todo es mentir, a mi pobreza apelo;
que aquesta burda capa en que me fundo,
tiene menos adorno para el mundo,
pero más resistencia para el cielo.
Dices verdad.

Y ¿cómo qué la digo?

La experiencia Señor, es del testigo.
¿Hay más que ver al labrador sencillo,
al sol de julio en el ardiente siesta,
azotando las mulas desde el trillo,
trinchar la parva, de haces descompuesta,
y despreciando al sol, amontonarla,
y cuando el aire corre desnudarla
con la horca ganchosa contra el viento,
que la ligera paja lleva a un lado,
y del pesado grano, que hace asiento,
le deja un rubio pez amontonado,
sin que le ofenda el sol, sino es que vea
que se va antes que acabe su tarea?
Pues si al campo va un príncipe, seguido
de caballos, carrozas y criados,
de tantas atenciones asistido,
reverencias, lisonjas y cuidados,
atreveráse a estar, con muchos miedos,
un cuarto de hora al sol; que si dos credos
le da en la cholla, cuando el colodrillo
no le taladre agudo un tabardillo,
porque fueron sus rayos mas corteses,
tiene jaqueca para treinta meses.
Hártase un labrador (de re-la fallo)
de ajos, migas, pepinos y tomates,
y brinca treinta pies de solo un salto;
Tiembla un señor de aquestos disparates,
Y solo por templanza da a su muela
pollas, capones y agua de canela;
y si pasa un arroyo algo arrojado,
del salto a casa va desvencijado.
Ah Señor, que el ser pobre en esta vida
es más riqueza y menos conocida.
Luquete, moral vienes.

ANTÍOCO
LUQUETE

Heme hartado

de moras hoy, y me han moralizado.
 ANTIÓCO Deste monte al abrigo esperarémos
 al día.

LUQUETE Aquí la noche pasarémos,
 aunque poco del agua defendidos.

ANTIÓCO Aquí es fuerza quedarnos detenidos,
 porque el término es este señalado,
 donde a la Reina he de encontrar.

LUQUETE ¿Que ha dado
 tu padre en ser marido?
 Porque ya cincuenta años que ha vivido
 de tres mujeres ha arrastrado el luto,
 y aun no de le tercera el llanto enjuto,
 se casa con la cuarta;
 y el como a las otras esta ensarta,
 lo ha de hacer con la quinta y la requinta,
 con que puede, si así el naipe le pinta,
 para cantar de todas tal placeres,
 hacer una guitarra de mujeres;
 y porque en la alusión nada me muerdas,
 esto será porque ellas fueron cuerdas.

ANTIÓCO En ninguna elección mi padre ha sido
 más atento que en esta, pues ha unido
 con su poder el de Demetrio el grande
 para que el Asia mande;
 pues porque toda su valor la rija,
 casa con Estratónica, su hija,
 con que será el señor más poderoso
 del imperio oriental.

LUQUETE Pues ¿más glorioso
 casándote con ella, no quedaba,
 pues el mismo trofeo en ti lograba,
 sin la desproporción de su edad vieja,
 habiendo un mozo con que hacer pareja?

ANTIÓCO A mi me casa con mi prima Astrea;
 no quiera el cielo que mi amor lo vea,
 que mi vida será desesperada.
 (Ap. ¡Ay sombra de mi error idolatrada!
 Pues desde que el pincel te dio a mis ojos,
 solo vivo de penas y de enojos.)
 A Astrea, en fin, ya la ofreció mi mano,
 que esto debe al ser hija de su hermano.

LUQUETE Y ¿por qué por la Reina a ti te envía?,
 ANTIÓCO por ver si acaso mi melancolía,

viendo diversas tierras, se divierte.
 Cuando la fama de la Reina acierte,
 cuya hermosura iguala con su vuelo,
 no te envía a ver tierra, sino cielo.

ANTIOCO Por ver si es como dicen su hermosura,
 nunca ver he querido su retrato.

LUQUETE Si lisonja no fue del pincel grato,
 en manos de tu padre su pintura
 he visto...

ANTIOCO Y sus facciones ¿son tan bellas?
 LUQUETE Con sus ojos son hongos las estrellas.
 NICANOR *(Dentro.)*
 Hacia el monte guiad.

VOCES *(Dentro.)*
 Por la ladera.

ANTIOCO Mas ¿qué voces son estas?
 LUQUETE Malo.
 ANTIOCO Espera;
 ¿si es acaso mi gente,
 que me busca?

LUQUETE No es, porque de enfrente
 viene el tropel que escucho;
 que aunque yo no lo veo, suena a mucho.

NICANOR *(Dentro.)*
 Este abrigo tomemos hasta el día.
 LUQUETE ¿Quién serán?

ANTIOCO Que es la Reina he imaginado;
 pues si esta noche aquí llegar debía,
 y lo mismo que a mí les ha pasado,
 como el caso es testigo,
 fuerza es que tomen este mismo abrigo.

LUQUETE Tate, la Reina es.
 ANTIOCO ¿De qué lo infieres?
 LUQUETE Del mucho ruido que hacen las mujeres.
 ANTIOCO ¿En qué hacen ruido?
 LUQUETE Con sus pompas vanas,
 y por eso andan ya como campanas.

NICANOR *(Dentro.)*
 Aquí puede apearse vuestra alteza.
 ANTIOCO La Reina es.
 LUQUETE ¿Apearse una belleza?

ESCENA II

en este seno, que este monte abriga,
puede, con mas reparo a la fatiga
del temporal estarse vuestra alteza.

(Vase con algunos criados.)

ESCENA III

LA REINA, ANTÍOCO, FLORETA, LUQUETE, DAMAS, CRIADOS.

ANTÍOCO Haced la diligencia con presteza.
Y entre tanto que albergue más decente
os deja prevenir este accidente.
Que la cavada gruta de estas peñas,
allí os ofrecen sus confusas señas
asiento.

REINA Si a los dos nos le permite,
mi deseo, Señor, por vos le admite.

ANTÍOCO Ya los favores que espero
de vos, Señora, recibo.

(Siéntanse los dos en unas peñas, y las damas en el suelo. Luquete topa con Floreta.)

LUQUETE Vámonos todos sentando.

FLORETA ¿Quién va?

LUQUETE Pregunte quedito.
*(Ap. Sin duda es esta la gula;
que tienta por los hocicos.)*
¿Quién es usía?

FLORETA Más bajo.

LUQUETE ¿Mondonga?

FLORETA Más un poquito.

LUQUETE. ¿Cámara?

FLORETA. No gasto ayudas.

LUQUETE No hay en palacio otro oficio
de damas. ¿Es sabandija
de hacia enanos o negrillos?

FLORETA Soy el placer de la Reina.

LUQUETE ¿Dama placer? Tal no he visto.

FLORETA Digo que soy el placer.

LUQUETE. Te habrás acaso salido
de un auto sacramental;
pero, según lo que has dicho,
mi profesión confiriendo,
conmigo frisas.

FLORETA No friso.

LUQUETE Pues ¿por qué?

compañero en sus victorias,
fue de las armas caudillo.
Murió glorioso, quedando,
porque no tuvo más hijos,
mi prima Astrea heredera
de sus glorias y su brío.
Viendo mi padre la deuda
de la sangre, y los servirlos
que en dilatar sus estados
debió a hermano tan amigo,
por cumplir la obligación
de su hermano y de sí mismo,
resolvió hacerla mi esposa
a costa de mi martirio;
no porque este casamiento
fuese contra mi albedrío,
porque yo la miré siempre
sin aversión ni cariño;
ni porque a mis ojos nunca
tuviese en talle o estilo
desproporción la hermosura
o desaires el aliño.
Ni sin amor la miraba,
ni con él, que siempre ha habido
en dos que se crían juntos,
un linaje de cariño
que, aunque es amar, no es querer;
que en el querer es preciso
que haya deseo, y amores
sin deseo hay infinitos.
Y este amor, que en el querer
se hace del otro distinto,
es hijo de admiración;
porque cuantos han querido,
es porque un sugeto vieron
donde hallaron, por destino,
una proporción igual
a su genio y sus sentidos,
que nunca vieron en otro,
y esta admiración los hizo
entregar la voluntad;
mas dos que siempre se han visto,
como incapaces están
de esta admiración que digo,

aunque se aman, no se quieren;
que es efecto muy distinto
el quererse con deseo
o el amarse con cariño.
Yo, pues, con mi prima Astrea
en un estado indeciso,
ni de amar ni aborrecer,
bailé siempre mi albedrío,
basta que un día a mi mano
acaso un retrato vino,
que guardó por su hermosura
curioso un criado mío.
Hallóle entre los despojos
de una batalla perdido,
de dueño ignorado, siendo
también ignorado él mismo.
Puso el pincel a mis ojos
un rostro tan peregrino,
que aunque cabe en mi memoria,
no cabe en los labios míos.
Desde que vi este retrato,
aquel agrado indeciso
que tenía con mi prima
se trocó todo en desvío;
porque, como la miraba
como a estorbo de mi alivio,
luego mi temor la puso
la máscara de enemigo.
De secreto mi cuidado
varias diligencias hizo,
remitiendo a varias partes
la copia de este prodigio,
por si acaso de su dueño
los ojos o los oídos
de los que andan varias tierras
me pudiesen dar indicio;
mas todas fueron en vano,
y yo más inadvertido,
que a un sol de sombras cubierto
nadie pudo haberle visto,
con quitarme la esperanza,
llegué a perder el sentido.
Cuanto perdí en la razón,
creció mi amor en delirio:

que es el amor como el árbol
a quien quitan lo florido,
y cortándole las ramas,
fortalecen su principio.
Tomaba el retrato a solas,
y hablando con él sin juicio,
del no responderme ingrato
le argüía en el delito.
«Ojos hermosos, decía
para matarme tan vivos,
¿cómo no veis lo que lloro,
si estáis mirando los míos?
Si mi fineza os merece
piedad, ¿por qué estáis esquivos?
Si no veis, ¿por qué miráis?
Si miráis, ¿cómo sois tibios?
Háblame, hermoso milagro,
que aunque sin alma te miro,
la queme has quitado a mí
puede servir este oficio.
Con la vida que me quitas,
ni tú vives ni yo vivo.
Si mi vida no aprovechas,
¿para qué has hecho el delito?
Pero si yo te la he dado,
culparte es ciego delirio,
que no es en ti tiranía
lo que es en mi sacrificio;
mas si te la di agradece,
y si te falta el sentido,
háblame con este aliento
que te estoy dando en suspiros;
y si no puedes, ¿qué espero?
¿Qué bien en ti solicito,
si eres capaz de mi daño,
e incapaz del beneficio?
Pero el dolor de no hablarme
me envuelves en un alivio,
que aunque favor no me has hecho,
tampoco me has ofendido.»
Lo ignorado de mi mal
despertó sus incentivos
en el amor de mi padre,
más temor de mi peligro

y no hallando en mi dolencia
más señas ni más indicios
que de una melancolía
interpuesta en parasismos,
vieron que el mejor remedio
era que el tiempo remiso
hiciese en mi mal la cura,
que suele hacer el olvido.
A un tiempo se suspendieron
mis bodas y mi peligro,
con que cesó la violencia,
pero no el incendio mío.
A este tiempo quiso el cielo,
o mi ventura lo quiso,
que lograrse el Rey mi padre
el acierto de elegir;
y hasta llegar a su corte,
para tan largo camino,
el veniros a servir
fió del cuidado mío.
Viendome yo en esta dicha,
y habiéndome ya traído
vuestra fama la noticia
del discurso peregrino
que os ilustra, les di luego
albricias a mis sentidos;
porque luego me ofreció
mi misma pena el arbitrio
de daros yo parte de ella,
pues vos podéis ser mi alivio.
Mi dolor, Señora, es verme
que estando como os he dicho,
me manden dar a otro dueño
lo que no tengo por mío;
el alivio que yo espero
de vuestro ingenio divino,
es dilatarme esta muerte,
que, aun temida, no resisto.
Vuestros prudentes halagos,
vuestros discretos cariños
podrán solo con mi padre
revocarme este peligro.
Suspéndase mi desdicha,
hasta que el cruel destino

se temple en la tiranía
de su violencia conmigo,
o halle yo el dueño que adoro,
o se enmiende mi delirio
o se acabe la esperanza,
o me remedie el olvido,
o mi ceguedad conozca;
y a no tener otro alivio,
o muera yo de infeliz,
que es el remedio más fijo.

REINA

Admirada os he escuchado,
y antes que os responda, os pido
que me digáis el retrato
dónde le tenéis.

ANTÍOCO

Conmigo.

REINA

Lo que admiración me mueve,
no es el haberos rendido
a amar una copia muda,
cuando su sombra es preciso
que os refiera a la memoria
el sugeto peregrino
que ella os está retratando;
y ya en el mundo se ha visto
amor tan ciego y tan loco,
que bien a una estatua quiso,
sin referirse a sugeto,
siendo bárbaro delirio,
pues contra naturaleza.
Quiso bien a un mármol frío.
Lo que me admira es que traiga
vuestro corazón consigo
el alimento del daño,
cuando ignoráis el camino
del remedio; porque acaso,
pues no te habéis conocido,
puede ser muerta esa dama,
o casada, que es lo mismo;
y en no prevenir el daño,
igualáis desatino
de querer bien a la estatua.
Y ahora por respuesta os digo
que en cuanto a vuestro temor,
y solicitar su alivio,
correrá tan por mi cuenta,

que al ver que lo solicito,
penséis que vuestros cuidados
no son vuestros, sino míos;
mas esto ha de ser haciendo
vos una cosa que os pido.

ANTÍOCO
REINA

¿Qué, señora?

Que me deis
a mi el retrato, no digo
para perderle, sino
que en el depósito mío
le tenga vuestra pasión,
por no tener el peligro
de fomentar vuestro daño
tan cerca, que está en vos mismo.

ANTIOCO

Un gran pesar me habéis hecho,
y un gran favor.

REINA
ANTÍOCO

¿Cómo ha sido?

El pesar es el pedirme
toda el alma con que vivo;
y el favor es, que sea tanto
lo que vos me habéis pedido,
porque veáis la fineza
con que siempre he de serviros.
Esta, Señora, es mi vida.

(Dale el retrato.)

REINA
LUQUETE

Yo la fineza os estimo.

(A Floreta.)

Muy largo va aquel coloquio,
y estoy por interrumpirlos,
porque hablan mil necedades.

FLORETA
LUQUETE

Pues ¿sabes tú lo que han dicho?

Dice el Príncipe que el Rey
su padre, como es tan rico,
tiene sacado recado
para cosa de treinta hijos;
y la Reina dice que ella
no trae tanto prevenido,
porque no puede parir
arriba de veinte y cinco,
y lo están regateando.

ESCENA IV

NICANOR, CRIADOS; luego, VILLANOS, con teas encendidas. -Dichos.

NICANOR *(Dentro.)*
Por delante de aquel risco
caminad.
(Levantánse todos.)

REINA ¿Qué ruido es este?

LUQUETE Como estamos retraídos
aquí, vienen a prendernos.
Señores, ¡qué de ministros!

NICANOR *(Sale con los criados.)*
A la falda de este monte
un pequeño pueblo he visto,
de donde a guiaros vienen,
ya de luces prevenidos,
sus rústicos moradores.

LUQUETE Y ¿usted acaso ha sabido
si habrá camas para todos?

NICANOR Solo está ya prevenido
a sus altezas albergue,
porque es de pocos vecinos.

LUQUETE Y ¿para nuestras bajezas,
señor furriel?

NICANOR No le ha habido.

LUQUETE Pues yo he de dormir en cama,
o echaré por esos trigos.

UNA VOZ *(Dentro.)*
¡Viva nuestra reina!

VOCES *(Dentro)*
¡Viva!
(Salen los villanos.)

NICANOR Hacia acá llegad, amigos.

VILLANO 1.º Viva su merced mil años.

VILLANO 2.º Eso, Pascual, es poquito;
viva como mi mujer.

LUQUETE Bravas hachas han traído;
¿son, pues, de la cofradía?

VILLANO 1.º No, Señor, que son de pino.

ANTIÓCO *(Ap.)*
¡Valgame el cielo! ¿Qué veo?
Mi muerte en la Reina he visto.

REINA *(Ap.)*
El Príncipe es muy galán;
mas, cielos, ¡qué es lo que miro!
Mi retrato es el que veo;

ya es más terrible el peligro.
Toda me ha cubierto un velo;
el Príncipe ha enmudecido,
y yo de verle también.

LUQUETE Señores, vamos camino.
¿Qué es esto? Acaso está aquí
enterrado algún judío?
Oiga.

FLORETA El Príncipe y la Reina
se han quedado suspendidos.

LUQUETE Son figuras de tapiz,
que en la acción que están tejidos
se quedaron para siempre.-
Ah Señor.

ANTÍOCO (*Ap.*)
 Cielos divinos,
la Reina ha visto el retrato,
y ningún medio apercibo
para enmendar este yerro.

REINA (*Ap.* No mi turbación dé indicio
de las dudas en que estoy.)
Vamos, Señor.

ANTÍOCO Yo os suplico,
señora...

REINA ¿Qué me pedís?

ANTÍOCO Yo, Señora, nada os pido,
sino que a mí, porque vos...

REINA ¿Qué decís?

ANTÍOCO Ya ¿no lo he dicho?

REINA No os entiendo.

ANTÍOCO Yo tampoco.

REINA Pues ¿qué os turba?

ANTÍOCO Un yerro mío;
que ahora, Señora, me acuerdo
de que yo no había traído
el retrato que os decía,
porque le dejé escondido
y ese que os di es uno vuestro
que al ponerme yo en camino
para venir a buscaros,
me dio mi padre advertido
para que yo os conociera;
y así, Señora, os suplico
que me lo volváis a mí.

SELEUCO
ASTREA

mil siglos de su belleza,
que en mi continuo dolor
de mi afligida tristeza
ha ocasionado el error.
Pues ¿tú tristeza? ¿de qué?
De que te haya escrito a ti
el Príncipe, como sé,
sin acordarse de mí,
y sin hablarme se fue;
de que su melancolía,
como mi pena es testigo,
pues en su rostro lo vía
otra causa no tenía
mas que el casarse conmigo.
Un desvío, gran Señor,
cuando esta envuelto en recelos,
no le disfraza el dolor;
porque aunque es ciego el amor,
también son lince los celos.
Yo, en efecto, he conocido
que el Príncipe me aborrece;
fuerza de mi estrella ha sido,
que esta culpa no merece
venganza, ni yo la pido;
que aunque fuera obligación
el quererme con lealtad
por la sangre y por la unión
lo que es solo voluntad
nunca nace de razón,
cuando no hay oposición
la razón hará su empleo,
mas si falta inclinación,
El que quiere por razón,
quiere contra su deseo;
y no es justo que yo entregue
mi pecho a tan duros lazos,
que cuando a pedirlos llegue,
me dé la deuda los brazos
y el corazón me los niegue.
Esto es, Señor, lo que siento,
y lo que es en la verdad,
porque yo tener no intento,
ni conmigo pensamiento,
ni contigo voluntad.

SELEUCO

Justa era tu queja ya,
a ser cierta tu sospecha;
mas en todo errada va,
que una voluntad está
de imaginaciones hecha.
Yo sé que el Príncipe, Astrea,
como yo, te quiere a ti;
yo haré que tu esposo sea
y porque tu amor lo crea,
será cuando llegue aquí.
Y cree que yo no lo hiciera,
a entender que ese desden
tu gusto en algo ofendiera.

ASTREA

Como eso me está tan bien,
lo creo, mas no lo espera.

SELEUCO

Esto hacen las voluntades,
que aun yo, esperándolos hoy,
sin recelar novedades,
sé que han de venir, y estoy
poniendo dificultades.
Tú, Erasistrato, que fuiste
más sabio que la experiencia,
pues sus efectos venciste
y a Aristóteles bebiste
el espíritu y la ciencia,
y para más gloria mía,
y aplauso de tu persona,
le pedí a Alejandro un día
que a truco de una corona
me diese tu compañía;
pues de amor tanto alcanzaste,
y de su llama amorosa
tanto al ardor te entregaste,
que una ciudad despreciaste
por casarte con tu esposa,
¿de qué tienes entendido
que nace este temor necio,
al deseo siempre unido?

ERASISTRATO

Señor, de hacer mucho aprecio
de aquello que se ha querido.
El efecto es natural:
no habrá cosa que imagines,
que no tenga fin igual,
porque por inciertos fines

todo en el mundo es mortal;
y el que algún bien llega a amar,
aunque le juzgue por cierto,
siempre es fuerza que ha de estar
temiendo aquel fin incierto,
que se le puede quitar.

ESCENA VI.

LUQUETE.-*Dichos.*

LUQUETE Ya es forzoso que me debas
albricias de este suceso.

SELEUCO Yo las mando.

LUQUETE Y ¿no más deso?
También yo mando las nuevas.

SELEUCO Todos tu voz esperamos,
di, que seguras están.

LUQUETE Bien sé yo que lo estarán;
más tengamos y tengamos.

SELEUCO ¿No fías de mi persona?

LUQUETE No es abonada al entrego.

SELEUCO ¿Por qué?

LUQUETE Porque no eres lego.

SELEUCO ¿Cómo no?

LUQUETE Eres de corona.

SELEUCO ¿Soy escaso?

LUQUETE No dirán
de Seleuco eso, aun por chiste,
porque eres rey, y antes fuiste
de Alejandro capitán;
mas cuando eso a oírte llego,
porque no dudes de mí,
tengo de fiar de ti,
aunque me lo pagues luego.
La Reina, sí, por quién soy,
por llegar presto a tu lado,
desde ayer ha caminado
casi una legua hasta hoy;
y del gozo apresurada,
para no perder la noche,
la mitad vino en un coche,
y la otra mitad sentada.
A palacio en pompa ufana

pienso que ya llegarán,
si no es que aun no la han
registrado en la aduana.
SELEUCO ¿Registrado?
LUQUETE ¿Es desatino?
Pues no es, Señor, demasiado;
que anda con mucho cuidado
el arrendador del, vino,
SELEUCO el Príncipe ¿cómo viene?
LUQUETE Callar quise esas noticias
basta empuñar las albricias,
porque es la ¡juda que tiene.
SELEUCO ¿Qué dices?
LUQUETE Que viene aquí
de su mal tan afligido,
que ponerse no ha podido
nunca a caballo.
SELEUCO ¡Ay de mí!
LUQUETE Mas él, Señor, no es muy lerdo,
yo en mis discursos lo hallo;
que no se ha puesto a caballo
por no aventurar lo cuerdo.
SELEUCO ¿Tan malo está?
LUQUETE Es tan cruel
su mal... Más déjolo a un lado,
porque yo soy muy honrado,
y no quiero hablar mal dél.
SELEUCO ¿Callar no era mas seguro?
LUQUETE Todo el placer me has borrado.
Como tú bebas aguado,
te matará el placer puro.
ERASISTRATO Solo es mío este pesar,
pues soy quien pierde el placer.
SELEUCO Tú, Erasistrato, has de ser
quien esto ha de remediar,
porque no viviré yo,
si el Príncipe a morir llega.
LUQUETE ¿Al médico se te entrega?
Pues el Príncipe voló.
VOCES *(Dentro.)*
¡Viva nuestra reina, viva!
LUQUETE La Reina llega, Señor.
SELEUCO Al lado de este dolor
ya no hay gusto que reciba.

ESCENA VII

LA REINA, ANTÍOCO, NICANOR, FLORETA, DAMAS. -*Dichos.*

ANTÍOCO (Ap.)
¡Ay de mí! que a morir vengo,
y ya es mi muerte precisa.

SELEUCO Sea, Señora, vuestra alteza
a mi pecho bien venida,
para reinar vitoriosa
en mi afecto más que en Siria.
Déme su mano.

REINA En mis brazos,
señor, el alma reciba
el parabién, que a mi suerte
le debo dar de esta dicha.

ANTÍOCO (Ap. ¡Cielos, yo estoy sin sentido!
No es posible que reprima
este dolor.) A tus pies,
señor, la obediencia mía
pide...

SELEUCO Hijo, llega a mis brazos.
¿Cómo vienes?

ANTÍOCO A tu vista
se ha rendido, gran Señor,
todo el dolor que traía.

SELEUCO ¡Qué buena nueva me has dado!
Ya es entera la alegría
que tengo en ver a mi esposa;
que solamente tu vida
me pudiera dar cuidado
que me turbase esta dicha.
Llegad, Señora, a sentaros
donde, como esposa mía,
a besar la mano os lleguen
los que es fuerza que os asistan.

REINA Esto es ley de mi destino;
aunque el alma lo resista,
mi obligación lo obedece.
(Ap. Fuera, locas fantasías;
si os habéis de quedar
en pensamientos y enigmas,
desde aquí se lleve el viento

lo que el solo viento anima.)

(Siéntanse.)

SELEUCO
LUQUETE

Besad la mano a la Reina.
Ahora aquí se registran
las necedades caseras;
si tenéis gana de risa,
oid las que van diciendo
los que las traen prevenidas.

ASTREA

Yo la primera he de ser
que obligación tan precisa
cumpla a vuestras reales plantas.

SELEUCO

Es Astrea, mi sobrina,
y esposa ya de mi hijo.

REINA

A ser yo capaz de envidia,
os la pudiera tener.

ANTÍOCO

(Ap. Mas, alma, ¿dónde caminas?)

(Ap. Para esta acción solamente

Le pido al cielo la vida.

Tiempo os sobraré, pesares;
templad aquí la codicia.)

Tres veces la mano os beso
primero por reina mía,
a quien juro el vasallaje
que mi lealtad acredita;
otra por esposa y dueño
de mi padre, en quien se cifra
y la tercera es por ser...

Mas ¡ay de mí! en vano anima
mi esfuerzo la voz, yo muero. -
Señor, señor, mi desdicha
me mata.

SELEUCO

¿Qué tienes, hijo?

(Cae el Príncipe.)

ANTÍOCO

Morir; ya acabó mi vida.

SELEUCO

Levantadle, acudid todos.

(Levántanle.)

ANTÍOCO

Esta alma que sacrifica
mi dolor a mi silencio,
Ppdo solo que reciba
Ll causa de mi dolor.

REINA

¿Quién habrá que la resista?

SELEUCO

Hijo, Antíoco, ¿qué sientes?

ANTÍOCO

Señor, el alma partida
de un puñal, que agudo pasa

el corazón.

SELEUCO Más no digas.
 ¡Ay de mí! ¡qué infeliz soy,
 pues la mayor alegría
 me turba el mayor pesar!

ERASISTRATO La mayor fuera la mía.

SELEUCO Erasistrato, ¿qué es esto?

LUQUETE Mira si es dolor de tripas;
 que yo diré unas palabras
 que aprendí...

FLORETA ¿Dónde?

LUQUETE En Esquivias.

ERASISTRATO Señor, todas las señales
 causas mortales indican.

LUQUETE Pues si suelta el *judicante*,
 no hay príncipe en cuatro días.

SELEUCO Señora, entre este pesar
 no caben las alegrías
 de vuestras bodas; y así,
 os suplico que a esta dicha
 permitáis la suspensión
 de esperar su mejoría,
 porque no me halléis mezcladas
 en lágrimas las caricias.

REINA Yo, Señor, sin albedrío
 estoy con vos y sin vida.
 (*Ap.* ¿Cómo dura en mi este afecto?
 Mas aunque más le reprima,
 lo que es mío es el decoro;
 que la inclinación no es mía.)

SELEUCO Venid pues a vuestro cuarto.-
 Vosotros todos aprisa
 llevad al Príncipe al suyo.

ANTÍOCO (*Ap.*)
 Muera en él mi fantasía...

REINA (*Ap.*)
 Pare aquí mi pensamiento...

ANTÍOCO (*Ap.*)
 Pues fue sin mi mal nacida.

REINA (*Ap.*)
 Pues fue sin mí ocasionado.

ANTÍOCO (*Ap.*)
 Y el silencio...

REINA (*Ap.*)

Y la fatiga...

ANTIÓCO

(Ap.)

Me sepulte.

REINA

(Ap.)

Me atormente.

ANTIÓCO

(Ap.)

¡Qué cruel muerte!

REINA

(Ap.)

¡Qué desdicha! *(Vase.)*

FLORETA

¿Qué mal es este, Luquete,
que tiene el Príncipe?

LUQUETE

Amiga,

yo presumo que está malo
de hartarse de golosinas.

(Vanse.)

Jornada segunda

Habitación de Antíoco.

ESCENA PRIMERA

SELEUCO, LUQUETE, ACOMPAÑAMIENTO.

LUQUETE

Señor, yo no he de asistir
mas al Príncipe.

SELEUCO

¿Por qué?

LUQUETE

Porque lo que gusto fue,
ya no se puede sufrir.

SELEUCO

¿Qué dices? Pues cuando viste
que el Príncipe se divierte
con tus donaires, de suerte
que por ti su mal resiste,
¿faltar quieres, y en un mal
que por puntos se empeora,
y crítica es cualquier hora
de su accidente mortal?
Nunca le faltes de aquí.

LUQUETE

Gran cosa es ser menester;
mas ¡qué infeliz ha de ser
quien me ha menester a mil
yo, Señor, no faltaría;
mas harto ya de reír,
de estos médicos sufrir
no puedo la bobería;
porque yo, Señor, no sé
dónde hay tanto desatino
como dicen de continuo.

SELEUCO

¿En qué?

LUQUETE

Yo te lo diré.

Entran todos de consuno,
y el pulso le van tomando;
hoy las cejas arqueando
se estuvo dos horas uno.
A este, que mas se atribula,
pregunté: «¿Qué hay?» Respondió:
« No lo alcanzo;» y dije yo:

« Pues pique mas a la mula.»
Fruncióse y torció el hocico;
y yo, para rematarle,
dije: «¿Cómo ha de alcanzarle,
si va tras él un borrico?»
Otro llega, el pulso toca,
y se arrasca de admirado.
Y tras de haberse rascado,
le mete el dedo en la boca.
Otro a la orina se apresta,
y a gestos interrumpido,
miró y dijo: «No ha cocido.»
Dije yo: « Es día de fiesta.»
Y viendo su desatino,
para otra vez que viniera,
escondiendo la vasera,
al orinal eché vino.
Como el vino era real,
de mosquitos se llenó;
vino el juego y le pidió,
y tomando el orinal,
suspenso saliva traga,
viendo en él tanto mosquito,
y acordándose de Egipto,
dijo: « Aqueste mal es plaga.»
«Médico tan moscatel,
dije yo, ¿á qué viene aquí,
si esto ignora?» Y me bebí
la plaga delante dél.
Pero no es nada la orina
con verlos hechos orates
en junta; más disparates
no dijo Juan de la Encina.
Júntanse todos, y luego
sobre si el pulso indicó
si hay fiebre en la arteria o no,
se hacen pedazos en griego,
lo que uno habla, otro trabuca,
y cuando arde la opinión,
otro empata la cuestión,
con que todo lo bazuca.
Crecen los gritos atroces,
y cuando anda el morbo insano,
otro, medio cirujano,

se arrima al que da mas voces.
Otro calla y da atención;
otro no es contra ninguno,
todo lo aprueba, y si alguno
sale con una opinión,
el dice, pese o no pese:
«Yo soy de ese parecer;»
Dice otro: «No puede ser;»
Y él dice: «También soy de ese.»
Y cuando por varios modos
los cascos se están quebrando,
el que no habla está callando
más desatinos que todos.
Y después que a troche y moche
se han hartado de gritar,
lo que resulta es mandar
que no cene aquesta noche.
Yo dije a gritos: «Señores,
pues estar malo ¿es pecar?
¿Sois, mandándole ayunar,
médicos o confesores?»
Vive el cielo, que si fías
su mal de mí solamente,
te he de dar sin accidente
al Príncipe en cuatro días.
Y si pretendes que él gane
salud, ha de ser (si vienen)
mandando que ellos no cenem
hasta que el Príncipe sane.
Con la vulgar opinión
los médicos tratas mal;
cuando la causa es mortal,
vanos los remedios son.
Aunque más los culpes, ellos
son el norte de la vida,
y no hay en cualquier caída
más alivio que tenellos.
Dudar fuera desatino
que yerran como acontece;
más también el que adolece
Tiene el yerro por destino;
y el médico más liviano,
que ha estudiado esta doctrina,
sabe más de medicina

SELEUCO

LUQUETE que el más docto cortesano:
SELEUCO con que, yo llego a creer
LUQUETE que mas daño ha de causar
sin su consejo acertar,
que errar por su parecer.
Que matan los más es cierto.
¿De dónde se ha de inferir?
Pues ¡quién nos lo ha de decir,
sino puede hablar el muerto?
Echa un bando a los que fueren
muertos desde hoy sin herida,
en que pena de la vida
digan de lo que se mueren.
Mas él sale, y lo sabrás
del proto-valiente aquí.
SELEUCO ¿Por qué le llamas así?
LUQUETE Porque es el que mata más.

ESCENA II

ERASISTRATO. *-Dichos.*

SELEUCO ¿Qué hay, amigo? En mi dolor
tu vista espera el deseo;
que yo al Príncipe no veo
por no inmontar mi temor.
Dame alivio de algún modo;
que mi vida solamente
de tu voz está pendiente.
LUQUETE Y de su receta y todo.
ERASISTRATO Señor, todo mi desvelo
a esta atención he aplicado,
y lo que halla mi cuidado
es consuelo y no es consuelo.
SELEUCO ¿Cómo es posible?
LUQUETE Dirélo.
El llegar uno a enterrar
su mujer sin heredar
es consuelo y no es consuelo.
ERASISTRATO El Príncipe no ha tenido
corporal enfermedad.
LUQUETE Eso, Señor, es verdad;
yo a los médicos he oído
hablar del mal que tenía,

y decían: «hernia, insania,
crisis, pleura, pericarnia,
vulva, hipocondrio, mania;
y después he reparado
que son nombres de demonios,
que son ciertos testimonios
de que él está endemoniado.

ERASISTRATO

Lo que el Príncipe padece
no es de causa material,
pasión del alma inmortal
es el mal de que adolece.
Conocida su querella,
remedio tendrá el dolor;
más no es posible, Señor,
remediarla sin sabella.

SELEUCO

Pues ¿qué cosa habrá a su mano
difícil o inaccesible?

ERASISTRATO

Algún antojo imposible
o algún deseo
con mil ejemplos tropiezo
de historia.

LUQUETE

Es cosa asentada;
¿no se antojó a una preñada
morder a un fraile el pescuezo?

ERASISTRATO

Discurrir en confusión
es aumentar los temores,
y diremos mil errores,
sin más cierta información.
Yo, Señor, he prevenido
un medio para saber
la pasión que puede ser.

SELEUCO

Erasistrato, tú has sido
de quien mi vida he fiado,
y de quien ahora fío
el alma, el aliento mío,
que es mi hijo. Enamorado
de mi esposa estoy de suerte,
que siempre es más mi afición
porque con la privación
se hace esta pasión más fuerte.
El mal del Príncipe es quién
del logro de amor me priva;
si tú dispones que él viva,
me das lo que quiero bien.

ERASISTRATO Que a los dos cura tu mano
 SELEUCO tu misma gloria te acuerde:
 ERASISTRATO a él de la pena que pierde,
 SELEUCO y a mí del gusto que gano.
 El Príncipe viene aquí.
 Pues ¿cómo se ha levantado?
 Yo, Señor, se lo he ordenado.
 Yo salgo tanto de mí
 oyendo su triste queja,
 que aquí no me atrevo a estar;
 cuida tú de mi pesar,
 que en él mi vida te deja.
(Vase con el acompañamiento.)

ESCENA III

ANTÍOCO, *que viene apoyado en criado, músicos.* -ERASISTRATO, LUQUETE.

ANTÍOCO *(Ap.)*
 ¡Ay injusto y triste amor!
 ERASISTRATO ¿Cómo os va, Señor, de pena?
 ANTÍOCO De mí mismo me enajena.
 LUQUETE Es que te vende el doctor.
 ANTÍOCO No cantéis; todo me aflige.
 ¡Ay corazón! ¿dónde vas?
 ERASISTRATO La música es lo que más
 aquesta pasión corrige;
 y así, Señor, os conviene
 oír cantar. *(Ap. Este ha de ser
 el medio para saber
 qué pasión es la que tiene.)*
 ANTÍOCO No cantan tono ninguno
 que divierta mi dolor.
 ERASISTRATO Pues variarlos, Señor,
 hasta que gustéis de alguno.
 LUQUETE Eso en la elección consiste;
 si le queréis alegrar,
 cantad...
 UN MÚSICO ¿Qué hemos de cantar?
 LUQUETE Un zarambeque muy triste.
 ERASISTRATO Entre una y otra canción
 el Príncipe escogerá
 la que más gusto le da.
 Vaya algo de devoción.

MÚSICA *Venid, pastores de Nares,
a mirar de Francelisa
dos soles, que con sus luces
amanece alegre el día.*

ANTÍOCO No es bueno eso, no prosigas.
LUQUETE Y tiene razón, señores,
¿qué han de venir los Pastores,
que están allá haciendo migas?
Tanto pastor, ya es cansado.

ANTÍOCO Ni yo con ellos me alegro.
LUQUETE Suelten un tonillo negro,
que aquese tono es bragado.

ERASISTRATO ¿Qué es lo que mejor os suena?
ANTÍOCO Ninguna letra han cantado
de un amor desesperado.

ERASISTRATO *(Ap.)*
Sin duda es de amor su pena.

LUQUETE Felisardo y yo sabemos
una letra de esa suerte.

ANTÍOCO Dila pues.
ERASISTRATO *(Ap.)*

Indicio es fuerte.

LUQUETE Entre los dos la diremos.
MÚSICA *Corazón osado mío,
ya no sé qué hacer con vos,
que vos queréis que yo quiera,
y no quiero querer yo.*

ANTÍOCO Corazón osado mío,
yo no sé qué hacer con vos,
pues siendo uno, somos dos
entre vos y mi albedrío.
Yo del riesgo me desvío,
y vuestra violencia no;
si la esperanza faltó,
querer que os siga es quimera,
que vos queréis que yo quiera,
y no quiero querer yo,
bien dice, proseguid pues.

ERASISTRATO *(Ap.)*
Efecto de amor ha sido,
de quien su mal ha nacido;
ya la cara fácil es.

MÚSICA *Conociendo el riesgo mío,
me ponéis en el mayor;*

ANTIOCO

*pues ¿qué fiaré del ajeno,
si hallo infiel mi corazón?*
Conociendo el riesgo mío,
me ponéis en el mayor,
pues me lleváis a un amor,
de quien mi muerte aún no fío;
si no muero del desvío,
me ha de matar la razón,
y queréis que mi pasión
se precipite sin freno;
pues ¿qué fiaré del ajeno
si hallo infiel mi corazón?

ERASISTRATO

ANTIOCO

¿Os divierte?

En otra lid

más pena al discurso dan.

ERASISTRATO

ANTIOCO

MÚSICA

Pues de cantar dejarán.

No lo dejéis, proseguid.

Entre callar yo mi pena,

o publicar mi dolor,

si la callo, no hay remedio,

si la digo, no hay perdón.

ANTIOCO

Entre callar yo mi pena

o publicar mi dolor,

da dos sentencias amor,

que una y otra me condena:

el decirla me enajena

de mi misma obligación;

callar es muerte y razón;

con que entre el daño y el medio,

si la callo no hay remedio,

si la digo no hay perdón.

Pues ¿qué haré? Hablar y callar

ni es remedio ni es posible.

¡Oh mal tan fiero y terrible,

que alivia el desesperar!

Dejadme, dejadme estar

padeciendo este rigor;

si el alivio hace mayor

el mal que no tiene medio,

no me deis ningún remedio,

que mejor me está el dolor.

ERASISTRATO

*(Ap. Sin duda está enamorado
de algún esquivo desdén.*

Saber a quiere bien

falta solo a mi cuidado;
una industria he discurrido,
con que saberlo es forzoso.)
Señor, en mal tan penoso...
ANTÍOCO Que no me habléis más os pido;
de a time pues de afligir,
que aunque a morir me condena,
yo sé que mi mal no tiene
más remedio que morir.
Dejadme a solas aquí.
ERASISTRATO Ya me voy.
(*Vase con los músicos.*)

ESCENA IV

ANTÍOCO, LUQUETE.

LUQUETE Fuerza será,
pues en tu cuarto entra ya
la Reina a verte.

ANTÍOCO ¡Ay de mí!

LUQUETE Con tan buena compañía
el dejarte no recelo.

ANTÍOCO ¿La Reina? ¡Válgame el cielo!
¿Quién dijiste que venía?

LUQUETE La Reina.

ANTÍOCO (*Ap.*)
Mortal estoy;
su nombre asombro me da.
Y en tu cuarto ha entrado ya.

LUQUETE ¿Quién dices que entra?

LUQUETE Ya voy.
La Reina, Señor. ¿Hay tal?

ANTÍOCO No oí.

LUQUETE Por eso hablo yo gordo.
Vive el cielo, que estás sordo,
y no te entienden el mal.

ANTIOCO (*Ap.*)
Todo me ha cubierto un hielo;
ni aun de mi valor me fío.

LUQUETE ¿Qué es eso? ¿Te ha dado frío?

ANTÍOCO Sí, que es el frío recelo.

LUQUETE Pues ¿te da?

ANTÍOCO Cada mañana.

ANTÍOCO
REINA

Pues ¿por qué se va mi prima?
Porque reparó discreta
en que no la habéis hablado.

ANTÍOCO

Esta es la dicha primera,
que he logrado por callar.

REINA

Luego ¿el callar os condena?

ANTÍOCO

A la muerte me parezco.

REINA

¿Qué muerte, Príncipe, es esa?

ANTÍOCO

Es una muerte, Señora,
que cuando de mí se aleja,
aquella vida que paso
es otra muerte más fiera.

REINA

(*Ap.* Aunque va el Príncipe sabe
que yo sé su mal, no sepa
que yo le quiero saber,
y aunque el corazón lo siente,
disimule mi decoro
contra mi naturaleza)
príncipe, si vuestro mal
tan sin remedio os molesta
vos os morís de rendido,
sin dar parte a la defensa;
no gaste todo en sentirle
quien ningún alivio espera;
lo que le da al sentimiento
déselo a la resistencia.
Vos decís que padecéis
la pena menor; tenedla,
que el temor de la que es más,
puede ser alivio de esa.
El que pone al golpe el brazo
por defensa, se contenta
con dar el brazo al peligro,
por no arriesgar la cabeza;
si vos os veis defendido
de pena mayor con esta,
sufrid la helida del brazo,
pues os logra una defensa.
Sufrid, Príncipe, sufrid;
que yo... (*Ap.* Más tened, violencias.)

ANTÍOCO

Vos, Señora, que sabéis
de qué linaje es mi pena;
vos, que tenéis conocida,
como yo, la causa de ella,

REINA

¿tan cuerda me persuadís
que la sufra y que la venza?
¿Es posible que os parece
tan fácil la resistencia?
Yo, Príncipe, no he tenido
de vuestro dolor más señas
de lo que vos me habéis dicho.

ANTÍOCO

¿También, Señora, me niega
vuestro rigor ese alivio?
¿Tun atrevida es mi queja,
que ese castigo merece?
¿No me veis morir con ella?
No me veis callar mi mal,
sin que otro alivio pretenda?
El morir de mi silencio
¿Es tan inútil fineza,
que no os merece que ahora
vuestra piedad me dijera:
«Príncipe, si vuestras ansias
son hijas de vuestra estrella,
yo no soy quien la hizo injusta,
la mía os ha sido adversa.
Lo que ha dispuesto el destino,
no lo hizo la diligencia;
yo veo que os morís,
ya lo conozco y me pesa
de no poder socorremos
cuando os miro en la tormenta.
Esta es ley de mi decoro,
ni os puedo aliviar por ella,
si aún licencia me permite
de agradeceros la pena.
Sufrid pues y resistírla,
ya que así el cielo lo ordena;
y si es consuelo, tomad
el del pesar que me queda»?
¿Qué costa a vuestro decoro
este alivio le tuviera?
Perdería algún blasón,
por piadoso, la entereza?
El alma, por compasiva,
¿dejarla de ser vuestra?
No os hiciera más divina,
a mí más feliz me hiciera?

Mas si mi dolor no os mueve,
mal vuestro rigor lo acierta;
decid que ignoráis la causa;
que así mi vida se abrevia.

REINA (Ap. Tiene razón. Más ¿que digo?
¡Ay alma, que te despeñas!)
Príncipe, con ese alivio,
¿qué en vuestro mal se remedia?

ANTÍOCO Lograrle ahora y vivir
aquel rato que le oyera.

REINA Y ¿después?

ANTÍOCO Penar callando.

REINA Luego ¿no lo es?

ANTÍOCO Sí, mas cesa.

REINA Pues ¿de qué sirve?

ANTÍOCO De alivio.

REINA ¿Para qué?

ANTÍOCO Para que muera.

REINA ¿No lo excusará el aliento?

ANTÍOCO No, porque es poca defensa.

REINA Y ¿cuál bastará?

ANTÍOCO Ninguna.

REINA Luego ¿era en vano?

ANTÍOCO No fuera.

REINA ¿Por qué?

ANTÍOCO Porque consolara.

REINA ¿Consuelo y morir?

ANTÍOCO Es fuerza.

REINA Pues ¿quién os mata?

ANTÍOCO El dolor.

REINA Y en eso...

ANTÍOCO No hay resistencia.

REINA ¿Puedo yo estorbarlo?

ANTÍOCO No.

REINA ¿Y vos?

ANTÍOCO Yo no me atreviera.

REINA Y ¿quién lo podrá?

ANTÍOCO La muerte.

REINA Pues ¿qué remedio?

ANTÍOCO Paciencia.

REINA Callad, Príncipe, callad;
que al escuchar vuestra pena,
me obliga... (Ap. Mas yo no sé
lo que digo, y dar es fuerza

con la nave en un escollo,
si no recojo las velas.)
Príncipe, adiós.

ANTÍOCO

¿Qué decís?

¿Así, Señora, me deja
vuestro rigor?

REINA

Es preciso.

ANTÍOCO

¿Por qué?

REINA

Porque estoy muy cerca...

ANTÍOCO

¿De qué?

REINA

De mayor peligro.

ANTÍOCO

Pues ¿qué en mi alivio se arriesga?

REINA

El cazador con industria,
para coger sin defensa
a los simples pajarillos,
finge un árbol, y te llena
de la liga que los prende;
luego otros pájaros lleva,
que allí junto están cantando.
Los que descuidados vuelan
oyen la voz conocida,
y al tierno silbo se acercan,
pensando hallar compañía,
y en triste prisión se quedan.
Vos; sois como el cazador,
que el árbol de la fineza
tenéis lleno de la liga
de amor, que las almas ciega.
Lleváis el llanto, el suspiro,
el dolor y la tristeza,
que son tan dulces reclamos,
que llamarán a las piedras.
Yo soy la simpleavecilla,
que ignorando la cautela,
oigo su voz, muevo el vuelo,
y ellos tristes se lamentan.
Yo los escucho piadosa,
ellos repiten la queja;
yo me acerco enternecida,
vos aviváis su querella;
yo voy a daros alivio,
vuestro corazón me empeña:
yo ignoro el riesgo, él me llama;
yo me abato, él se lamenta;

yo le escucho, él me entenece;
yo me detengo, él se queja:
yo en efecto me despeño.
Pues para que no se pierda,
lo que por perderse falta,
si hay algo que yo no sepa,
no hay más remedio que huir,
porque cuando yo esté presa,
ni vuestro dolor alivio,
ni en mi decoro hay enmienda. (*Vase.*)

ESCENA VII

ANTÍOCO; *después*, SELEUCO, ERASISTRATO y LUQUETE.

ANTÍOCO Oid, aguardad, Señora.
 ¿Así os vais? Así me dejan
 vuestros injustos rigores?
 ¡Ay de mí! Ya titubea
 la fábrica de la vida.
 Lo que alentó su presencia
 es ya rendido desmayo;
 ¿no aguardarás, porque vieras
 que, pues sin ti muero, es cierto
 que tú la vida me llevas?
 ¡Hola, criados, amigos!
 ¡Ay de mí!
 (*Salen Seleuco, Erasistrato y Luquete.*)

SELEUCO Acudid apriesa,
 que llama el Príncipe. -¡Hijo!

ERASISTRATO Señor, ¿qué voces son estas?

ANTÍOCO Morir, Señor; yo me muero.

SELEUCO No te rindas a la pena,
 hijo, que aún no es tan mortal.

LUQUETE Señor, que es terciana aquesta,
 y el mal no le han entendido.

ERASISTRATO ¿Qué dices, necio? ¿Qué piensas?

LUQUETE Viven los cielos, que estaba
 con un frío, no ha hora y media,
 como un brasero sin lumbre.

ERASISTRATO Eso en el pulso se viera;
 este es un mal interior,
 que a la indicación se niega.

LUQUETE Pues eso será, que luego

le quieren salir viruelas.

(Hablan aparte Erasistrato y Seleuco.)

SELEUCO

Erasistrato, si es cierto
lo que dices que sospechas,
yo he mandado que a palacio
hoy todas las damas vengan,
que pueden ser en la corte
asunto de su tristeza.

Para que él las vea todas.

ERASISTRATO

Señor, con esa cautela
se ha de conocer sin duda
la que tal dolor le cuesta,
porque él está enamorado.

SELEUCO

Pues ¿cómo saberlo esperas?

ERASISTRATO

Todas han de ir una a una
pasando por su presencia,
y si es amor, y es de alguna
de las que pasan, es fuerza
conocer en su semblante
la causa de su dolencia,
y cual mueve su cuidado.

SELEUCO

Solo tu ingenio pudiera
hallar, para conocerlo,
tan peregrina agudeza.
Más el Príncipe, ¿es posible
que amor tan difícil tenga,
que no pueda conseguirle? -
Hijo mío, considera
que en tu amor está mi vida,
de tus alientos compuesta,
y que no habrá medio alguno
tan difícil que no sea
ejecutado de mí,
si es remedio a tu dolencia.

Dime lo que sientes, hijo;

¿qué te aflige? ¿Qué deseas?

¿Qué apetito te entristece?

¿Qué pensamiento te inquieta?

ANTÍOCO

*(Ap. ¡Ay de mí, que aqueste amor
es lo que a callar me empeña!*

*El respeto de mi padre
es quien los labios me sella.)*

Pues, Señor, ¿yos presumís
que si yo le conociera,

os lo negara?
SELEUCO No, hijo.
ANTÍOCO Pues si no, ¿qué es la sospecha?
SELEUCO Es deseo de tu vida
y la mía, que es la misma.
ANTÍOCO Mi vida será mi muerte.
ERASISTRATO *(Ap. a Seleuco.)*
Cierto es, Señor, que lo niega;
porque él no puede ignorarlo.
SELEUCO *(Ap. a Erasistrato.)*
Mi amor a tu industria apela.
ERASISTRATO Su mal, Señor, está dentro,
y no hay señales afuera.
LUQUETE Pues échenle unas ventosas
hasta cinco o seis docenas,
y veremos lo que pinta.

ESCENA VIII

NICANOR. *-Dichos.*

NICANOR Señor, las damas esperan
para empezar el sarao.
SELEUCO Hijo, por ver si te alegras,
he mandado que las damas
vengan hoy a tu presencia,
y hagan un sarao; con esto
puede ser que te diviertas.
ANTÍOCO Pues ¿vienen todas, Señor?
SELEUCO Todas, hijo, hasta la Reina.
ANTÍOCO Grande merced me habéis hecho;
que solo eso alivio fuera.
SELEUCO *(Ap. Eso asegura el indicio;
retirarme de aquí es fuerza,
porque todos sus afectos
no reprima en mi presencia.)*
Ea pues, tú te divierte,
que yo, por forzosa deuda
de mi oficio, a asistir voy
al despacho. que me espera.
(Vase con Nicanor.)

ESCENA IX

ANTÍOCO, ERASISTRATO, LUQUETE; *luego*, LOS MÚSICOS, LAS DAMAS y LA REINA; *estas con sombreros de sarao*.

LUQUETE Ya vienen las damas todas;
¡qué lucida primavera
parecen! Y juntas son
como banasta de peras,
que echa el hombre el ojo a una,
y luego ve otra mas bella,
y tras ella otra mejor,
con que suspenso se queda,
sin saber cuál escoger
entre una y otra belleza;
pero también hay algunas
que parecen berengenas.

ANTÍOCO

¿Salen, Luquete?

LUQUETE

Ya salen,

ya los músicos comienzan;
todas pasan por aquí
para ir a tomar la vuelta.

ERASISTRATO

¿Cómo os sentís, gran Señor?

ANTÍOCO

Esta esperanza me alegra.

(Pasan las damas, precedidas de los músicos, y hacen una reverencia a Antíoco. La Reina sale y pasa la postrera.)

MÚSICA

*Al empeño de amor más lucido
sus flechas apresta la aljaba de amor,
y por verse en su esfera, le envían
sus luces el alba, sus rayos el sol.*

(Sobresáltase el Príncipe al ver a la Reina.)

ANTÍOCO

(Ap.)

¡Válgame Dios! ¿qué veo?

Toda el alma turbada,
me cubre un mortal hielo.

ERASISTRATO

(Ap.)

Ya está aquesta pasión averiguada;
¡qué empeño tan cruel, válgame el cielo!

(Llega la Reina a hacer la reverencia, y el Príncipe se levanta arrebatado.)

ANTÍOCO

(Ap. ¡Peregrina belleza!)

Señora, ¿qué me manda vuestra alteza?

REINA

Yo Señor, festejaros,
y a eso voy.

(Vase detrás de las damas.)

ANTÍOCO

*(Ap. ¡Ay de mí! Vanos reparos
son cuantos me previene mi silencio,*

pues yo mismo a mi muerte me sentencio.)
Dejadme ir a morir, que ya no quiero
alivio; de mi vida desespero;
no quiero vida en penas tan crueles.

ESCENA X

SELEUCO. -ERASISTRATO, ANTÍOCO, LUQUETE.

(Hablan aparte Antíoco y Erasistrato.)

SELEUCO

¿Qué es esto?

ERASISTRATO

Ya está el daño conocido.

SELEUCO

¿Qué decís?

ERASISTRATO

Sí, Señor, ya lo he sabido;
quedemos solos.

SELEUCO

(A su hijo.)

Príncipe, ¿qué tienes?

ANTÍOCO

Trocarse ya los males en los bienes,
Porque ya, de vivir desesperado,
saber que he de morir me ha consolado.
Yo me voy a morir; solo te pido
que me dejes morir, compadecido
de la vida que paso.

LUQUETE

Eso es matarte.

SELEUCO

Hijo, véte a tu cuarto a sosegarté;
que eso es aprieto de melancolía,
y yo volverla espero en alegría. -
Ve con él. *(A Luquete.)*

ANTÍOCO

Ya perdí la confianza,
solo en mi muerte llevo la esperanza.
(Vaso con Luquete.)

ESCENA XI

SELEUCO, ERASISTRATO.

SELEUCO

Ya, amigo, que estamos solos,
no dilates el consuelo
de tu aviso; que mi vida
pendiente esta de tu aliento.

ERASISTRATO

Lo peor, gran Señor, es
que dilatarlo no puedo.

SELEUCO

Pues ¿por qué?

ERASISTRATO

Porque este mal

no tiene ningún consuelo.
 SELEUCO Erasistrato, ¿qué dices?
 ERASISTRATO Que el mal del Príncipe es cierto
 que es amor; pero, Señor,
 es un amor sin remedio.
 SELEUCO ¿Amor sin remedio?
 ERASISTRATO Sí.
 SELEUCO Pues ¿cómo puede ser eso?
 ERASISTRATO Porque es amor imposible.
 SELEUCO ¿Es inhumano el sugeto?
 ERASISTRATO No es inhumano, Señor.
 SELEUCO Pues si es humano, en mi reino
 ¿qué imposible puede haber,
 que no lo rinda mi imperio?
 ERASISTRATO No lo defiende el poder;
 que eso, Señor, fuera menos.
 SELEUCO Pues di quién.
 ERASISTRATO La voluntad.
 SELEUCO Voluntad que a tal intento
 pueda resistir ¿cuál es?
 Amigo, dímelo luego,
 y no en taza tan penada
 me estés dando este veneno.
 ERASISTRATO Creed, Señor, que el callarle,
 Sin duda es decoro vuestro;
 y cuando yo no os lo he dicho,
 y la respuesta rodeo,
 entended que os está bien
 gran Señor, el no saberlo.
 SELEUCO *(Ap. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?*
Ya de preguntarlo tiemblo.
¡Amor imposible, y tal,
que el callarte es mi respeto,
y que me está bien dudar!
¡Con qué de dudas peleo!
¡Qué de recelos me asustan!
Llegar a saberlo temo;
mas ¿por qué lo he de temer,
si está cometido el yerro?
¿Dejará de ser error
porque lo ignore mi pecho?
Y caso que sea muy grave,
¿qué mayor daño recelo
si a mí me mata la duda,

y no se enmienda el empeño?)

Erasistrato, yo estoy,
sea cual fuere, resuelto
a saber a quién adora.

ERASISTRATO

(Ap.)

¿Qué he hacer? ¡Válgame el cielo!

Si al Rey le digo quien es,
un yerro grande cometo,
habiéndome dicho a mí
que quiere con tanto extremo
a la Reina; si lo callo,
a su razón no obedezco.

Entre callarlo y decirlo,
no puede haber ningún medio.

SELEUCO

¿No me respondes? ¿Qué dices?

ERASISTRATO

Señor, si a eso estáis resuelto,
sanadle vos; que vos solo
le podéis dar el sugeto
que él adora.

SELEUCO

Pues ¿quién es?

ERASISTRATO

La Reina.

SELEUCO

¡Válgame el cielo!

¿La Reina?

ERASISTRATO

Sí.

SELEUCO

Calla, calla,

hombre; ¿qué has dicho? qué has hecho?

Que el corazón me has pasado
con un puñal.

ERASISTRATO

Esto es cierto.

SELEUCO

¿La Reina?

ERASISTRATO

Sí, gran Señor.

SELEUCO

Mientes, mientes, vive el cielo;
que en mi hijo caber no pudo
tan desesperado intento.

ERASISTRATO

señor, a la Reina adora.

SELEUCO

No lo pronuncie tu aliento.

¡Ah hijo traidor! ¡Ah hijo alevé!

¿Tal alevosía has hecho?

¡Que en tu pecho consentiste
tan infame pensamiento!

Yo te envió por mi esposa,
y tu, atrevido y soberbio,

¿los ojos osas poner

en quien tía de ser mi dueño?

Pues cuando no te venciera
de padre el justo respeto,
el haberme yo fiado
de ti bastaba a vencerlo.
La confianza me agravias,
hijo traidor, torpe y ciego;
mas que como hijo, de ti
como de amigo me ofendo.
¡Ah villano! Más pedazos
te he de hacer, viven los cielos,
que tiene infamias tu culpa,
que tiene átomos el viento.
Más cielos, ¿qué es lo que digo?
¿A mi hijo Y ¿A quién yo tengo
para mi segunda vida,
por alma de mis alientos?
¿Yo a mi hijo he de matar?
Aunque hay hijos que lo han hecho
con sus padres, padre a hijo,
no pienso que hay tal ejemplo.
¿Yo he de estrenar el delito?
Más en tan torpe suceso
no mata el padre a su hijo,
sino un enemigo fiero;
pues muera el traidor mil veces. -
Nombre, véte, véte luego,
no en ti mis iras comiencen
el castigo más sangriento
que han de haber visto los siglos;
véte de aquí.

ERASISTRATO

Ya te deajo.

SELEUCO

Has, oye, aguarda.

ERASISTRATO

¿Qué mandas?

SELEUCO

Lo que me dices ¿es cierto?

ERASISTRATO

¿Yo, Señor, he de engañarte?

SELEUCO

¿En qué lo has visto?

ERASISTRATO

En su incendio.

SELEUCO

¿Cómo lo viste?

ERASISTRATO

En sus ansias.

SELEUCO

¿Quién te las mostró?

ERASISTRATO

El efecto.

SELEUCO

¿De qué?

ERASISTRATO

De su mismo ardor.

SELEUCO

Y ¿adora...

ERASISTRATO

Su mal es eso.

SELEUCO

¿A la Reina?

ERASISTRATO

Sí, Señor.

SELEUCO

¿No hay duda?

ERASISTRATO

Pluguiera al cielo.

SELEUCO

¿Que no hay remedio en el daño?

ERASISTRATO

No le hallo.

SELEUCO

Pues véte luego;
que hoy ha de morir el uno
entre Antíoco y Seleuco.

Jornada tercera

Sala del palacio.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, FLORETA.

REINA Si yo no me entiendo a mí,
en vano entenderme quieres.

FLORETA Señora, hay en las mujeres
un secreto para sí.
Y este ninguna le ignora,
y yo algo de él en ti he visto.

REINA Pues del dolor que resisto,
¿qué es lo que piensas ahora?

FLORETA Por ese cuidado lacio
que traen tus melancolías.
Ha ya más de quince días
que no hay merienda en palacio.
Las damas viendo este error,
que en ellas es sin igual,
andan pensando en tu mal.

REINA Y ¿qué piensan?

FLORETA Que es amo;
porque no hay cosa criada,
que haya podido quitar
a una dama el merendar,
sino estar enamorada.

REINA ¡Qué desatinado error!

FLORETA ¿Eso responde ahora?
Pues ¿tú no tienes, Señora,
a quién tener justo amor?

REINA Y cuando sea mi esposo,
como es cierto, ¿te parece
que a mí ese amor me entristece?

FLORETA Pues, Señora, ¿no es forzoso?

REINA ¿Por qué?

FLORETA ¿No es claro el indicio?
Porque basta aquí tu persona
es como llave capona,

esposa sin ejercicio.
REINA Cuando a mí me quiera hacer
mujer común tu porfía,
mi pena es melancolía,
que aún yo no puedo entender.
FLORETA Señora, pues siendo tal,
¿su mal te ha pegado a ti
el Príncipe?

REINA (Ap.)

Ahora sí
que has conocido mi mal.
¡Ay de mí! Que en tal pesar
mi pecho se llega a ver,
que es delito el padecer,
y no me puedo quejar.

ESCENA II

LUQUETE. -*Dichas.*

LUQUETE ¡Dios mío, qué gran descoco!
¿Qué es eso?

LUQUETE Te admirará.
Señora, el Príncipe está
en todo su juicio loco.

REINA ¿Qué dices?

LUQUETE Lo que refiero.

REINA ¿Perdió el sentido?

LUQUETE Burlando.

REINA ¿Cómo lo perdió?

LUQUETE Jugando.

REINA Y ¿con quién?

LUQUETE Con un fullero.

REINA ¿Burlaste?

LUQUETE El daño no ignores,
que contigo le ha perdido,
porque tú el fullero has sido,
que le has ganado con flores.

REINA ¿Yo?

LUQUETE Y ¿deso te maravillas?

REINA ¿Qué flores?

LUQUETE Las que él no toca:
los claveles de tu boca,
las rosas de tus mejillas.

Vióte el Príncipe primero,
y amor diciendo: -«Aquí encaja
bien el juego», una baraja
plantó, como garitero.
Fue el juego al quince envidado,
donde es cierta la maldad,
pues siendo el punto la edad,
tú le llevabas ganado.
Dióte a ti un quince preciso,
que es el punto que reviste;
tú, que con quince te viste,
le envidaste, y él te quiso.
Tenía según parece,
trece el Príncipe, y no osó
pedir más, con que perdió,
pero se quedó en sus trece;
y aunque más perdiera, es llano
que allí perdiera un sin fin;
pues con la flor del jazmín
le ganaras por la mano.

REINA

LUQUETE

Cielos, ¿qué es lo que he escuchado?
que por ti, como has oído,
el Príncipe está perdido.

REINA

LUQUETE

¿Por qué?

Porque le has ganado.

REINA

LUQUETE

Ya se ha sabido su error.

Mas, vive Dios, bien mirado,
que estar de ti enamorado
no ha sido el yerro mayor,
aunque tú seas su madre.

REINA

LUQUETE

¿No es ese el yerro mayor?

No, Señora que peor;
fuera estarlo de su padre.

REINA

LUQUETE

Y ¿el Rey sabe...?

No estudió.

Y no sabe.

REINA

¿Estás en ti?

Su amor digo.

LUQUETE

¿Su amor? Sí,

Pero gramática no.

REINA

Ya este es mal desesperado;
¿qué ha dicho, si esto ha sabido?

LUQUETE

Como habla suspendido
su boda el Rey, se ha quedado,

viendo que tu imagen bella
de amor al Príncipe inflama
como al que soplan la dama
porque no comió con ella.
¡Gran desdicha!

REINA

LUQUETE

¡Extraña y dura!

Pero ya se va enmendando,
porque andan todos echando
juicios sobre su locura;
todos traen gran alboroto,
porque pretenden curarle,
para desenamorarle;
y en esto di yo mi voto.

REINA

LUQUETE

Pues ¿qué has dicho tú?

Yo digo

que el remedio que hay mejor
para quitarle el amor
es el casarte contigo.

FLORETA

LUQUETE

Pues eso ¿no es necesidad?

(A Floreta.)

Tú eres el testigo
de que es verdad lo que digo.

Yo vi tu hermosa deidad,
y quedé, al verla, sin mí;
caséme, y con ser liviano,
desde que te di la mano
no me he acordado de ti.

Quien quiere a su dama bella,
es por temerla perder;
siendo propia la mujer,
es imposible perdella.

No hay más medio que elegir
para desenamorar,
porque el remedio es pensar
que no se puede morir.

Y no hay más que encarecer;
que habiéndola él asistido,
hoy doctor que no ha podido
enviudar de su mujer.

FLORETA

LUQUETE

Pues ¿muchos hombres no ha habido
que se murió su mujer?

De rabia de no poder
enterrar a su marido. -

Mas el Rey viene, Señora,

REINA y el te dirá su desvelo.
¿Qué hará el Rey? ¡Válgame el cielo!
Mas yo también, ¿qué haré ahora?

ESCENA III

SELEUCO. -*Dichos.*

SELEUCO Favor al cielo le pido.
¿Qué intentara mi cuidado,
del Príncipe enternecido,
de mi afecto provocado
y de su culpa ofendido?
¡Fuerte empeño a mi grandeza!
Pero la Reina está aquí. -
Señora, ¿aquí vuestra alteza?

REINA Yo, Señor, que os tengo en mí,
os miro sin extrañeza.

FLORETA (*Ap. a Luquete.*)
Cierto que el Rey es brioso,
de galán está hecho un brinco,
y es mozo, que aún no es roñoso.

LUQUETE Es que como anda celoso,
se ha puesto de veinte y cinco.

REINA (*Ap.*)
De temor de hablarle dejo.

SELEUCO (*Ap.*)
No sé a quién pedir consejo.

LUQUETE (*Ap. a Floreta.*)
Todo esto parara en gozo.

FLORETA ¿Con qué?

LUQUETE Con quo aqueste viejo
no quisiera ser tan mozo...

REINA Mas triste y suspenso ahora
parece, Señor, que os vi,
que otras veces.

SELEUCO Sí, Señora,
porque la causa empeora. -
Retiráos todos de aquí.

(*Vanse los criados.*)

ESCENA IV

SELEUCO, LA REINA.

SELEUCO

(Ap.)

Esto ha de ser; mis antojos
cedan hoy a mi sosiego.

REINA

(Ap.)

Temblando estoy los enojos
del Rey, que está por los ojos
echando llamas de fuego.

SELEUCO

Señora, yo os vengo a hablar
en un caso tan atroz,
que no sé cómo empezar,
porque temo no acabar
sin que me falte la voz.
El empeño que refiero
es, Señora, lo primero
entre vuestra estimación
y mi propia obligación,
y lo que al Príncipe quiero.
Mirad en tal competencia
qué razón habrá que cuadre
de vuestra fe a la decencia,
de mi amor a la violencia,
y la obligación de padre.
En empeño tan cruel
no se vio pecho ninguno,
padre, esposo, amante y fiel,
pues entre mí vos y él,
hoy he de faltar al uno.
Faltarme a mí es tiranía;
faltarle a él impiedad;
faltar a vos grosería;
mirad, Señora, qué haría
aquí vuestra voluntad.
Y porque mi confusión
sepáis del todo, Señora,
del Príncipe la pasión
es que os rindió el corazón;
por vos pena y por vos llora.
No os turbéis, que solo están
sus yerros en el acierto
de su amor; tras él se van,
sin ser culpa del imán
las liviandades del hierro.
Apenas, Señora, oí

tal delito, cuando entré
a verle, o matarle fui,
mas no pude, y ello fue
porque no me habló y le vi;
que, como yo iba ofendido
de oír sus Ciegos antojos,
y le vi callar rendido,
vieron su pena los ojos,
y ato su culpa el oído.
Viendo lo que le maltrata
su pena, no osé mover
al golpe la niano ingrata,
y dije: «Si ella le mata,
¿qué me queda a mí que hacer?
Si su estrella le destina
a este amor, y es tan mi amigo,
que vence lo que le inclina,
su pasión antes es dina
de premio que de castigo.
Y pues es cierto que no
fue elección, sino violento
destino que le arrastró,
de su pena debo yo
premiar el merecimiento.
El empeño es bien cruel,
pues espero, entre los dos,
verme sin vos y sin él;
mas me veo, siendo infiel,
sin mí, sin él y sin vos.
Vos os habéis de mirar
como suya desde aquí;
que yo no he sabido hallar
otro modo de no estar
sin él, sin vos y sin mí.
Y ato penséis que, infiel,
falto a vuestra estimación
por quererle mas a él;
que así os doy mi corazón,
donde le tengo más fiel.
En él, Señora, os poseo,
y él me tiene a mí consigo;
dadme logro a este deseo,
porque así solo me veo
con él, con vos y conmigo.

Y si acaso mi aflicción
se deja reconocer
en tan dura partición,
sirvame de intercesión
lo que me veis padecer.

REINA

(Ap. ¡Cielos! ¿Si esto será industria
del Rey, por saber si hay causa
en mi pecho de su amor?)
Señor, vuestra voz me halla
sin voz para responderos,
porque esta que alienta el alma
s un eco de la vuestra,
donde solo al pronunciarla,
el uso no más es mío,
y vuestras son las palabras.
Desde aquí a ser vuestra esposa
me trajo mi suerte grata
vine yo sin albedrío,
porque todo os le dio el alma,
quedando sola la parte
que a mi obediencia le hasta.
Quien vive sin albedrío
no tiene acción voluntaria;
vos, que le tenéis por mí,
si esta es sentencia, aceptadla,
y si es gusto, agradecedle;
que en mi voluntad, quitada
la parte que os obedece,
toda la demás me falta.

SELEUCO

¡A qué mal tiempo, Señora,
hace de hermosuras tanta
demonstración vuestro ingenio,
pues hoy la pierde, y las halla
mi amor! Más agradeciendo
la agudeza y la templanza
con que me habéis respondido,
licencia os pido a que vaya
a hablar al Príncipe en esto.

REINA

Tampoco esta circunstancia
alcanza mi voluntad;
solo en mi obediencia manda.

ESCENA V

LUQUETE. -*Dichos.*

LUQUETE Señor, el Príncipe va.
Sabiendo que tú le llamas,
de su obediencia alentado,
entra en tu cuarto.

SELEUCO Eso falta
por vencer en mi pasión.

LUQUETE (*Ap.*)
Aquí se ha de ver si ama
más a la Reina que al hijo;
pero si su amor se iguala,
lo que yo hiciera sería
partir por medio a la dama.

SELEUCO Dejados solos, Señora.

REINA Ya me voy. (*Ap.* ¡Albricias, alma!)

SELEUCO (*Ap.*)
¡Terrible acción he resuelto!

REINA (*Ap.*)
¡Dichosas fueron mis ansias!

SELEUCO (*Ap.*)
Lo que he dicho aún no he creído.

REINA (*Ap.*)
Ya él viene; ¡quién te avisara! (*Vase.*)

ESCENA VI

ANTÍOCO, ERASISTRATO. -SELEUCO, LUQUETE.

ERASISTRATO Aquí, Señor, os espera.

ANTÍOCO ¿No sabéis a qué me llama?

ERASISTRATO No, Señor.

ANTÍOCO Temblando llego.

LUQUETE (*Ap.*)
Vive el cielo, que esta es maula.

ANTÍOCO A vuestros pies, gran Señor,
vengo a ver lo que me manda
vuestra alteza.

SELEUCO Llegad silla. -
Sentáos.

ANTÍOCO (*Ap.*)
 ¡El cielo me valga!
(*Siéntanse Seleuco y ANTÍOCO*)

SELEUCO Retiráos todos ahora.

LUQUETE

(Vase Erasistrato.)

(Ap.)

Si el Rey se hace hombre, la saca,
que mi amo tiene mal juego;
pero si el Príncipe arrastra,
ha de renunciar el viejo;
con que la polla le gana.*(Vase.)*

ESCENA VII

ANTÍOCO, SELEUCO.

SELEUCO

(Ap.)

Temblando estoy de mí mismo;
quiera el cielo que mi saña
en la reprehensión se temple.

ANTÍOCO

(Ap.)

Con el semblante me espanta.

SELEUCO

Ya vos, Príncipe, sabéis
los cuidados que me causan
vuestros males, pues mis bodas
solo por vos se dilatan.
Yo, aplicando los remedios
que debe la vigilancia
de mi amor a vuestra cura
conocí de vuestras ansias
la causa por el efecto,
cuyo dolor llegó al alma,
tan poco de él defendida,
que a traición tan desusada
no supo hacer resistencia;
que a ingratitud tan tirana,
aun prevenido ya el golpe,
fuera difícil hallarla.

Yo, en fin, sé vuestra dolencia.

ANTÍOCO

Señor...

SELEUCO

No me habléis palabra;
que mi enojo solo a oírme,
y no a respondeme, os llama.

ANTÍOCO

De piedra seré, Señor.

SELEUCO

Esa diligencia os valga
para que aquí no es abrase
el fuego de mis palabras;
pero si para ofenderme

ANTÍOCO

tuviste dureza tanta,
poco os costará el ser piedra.

(Ap.)

SELEUCO

Si hará; que ya estoy sin alma.
supuesto que ya os he dicho
que he conocido la causa
de vuestro mal, ya también
sabréis que sé vuestra infamia:
vuestra infamia; no extrañéis
en mi labio esta palabra;
que mas deshonesto ha sido
vuestra culpa, y siendo tanta
por no mataros con ella,
no me atrevo a pronunciarla.
Como padre, como amigo
y como rey, hoy se halla
de vuestro error ofendida
mi majestad soberana,
como hijo, vuestra culpa,
sacrílegamente osada,
fue contra Dios, contra mí,
y contra sí misma ingrata.
Quien pierde al padre el respeto,
a su mismo ser ultraja;
pues ¿a quién perdonará
quien a sí mismo se agravia?
Más de las tres, esta culpa
es la más ocasionada,
pues a ella alentaros pudo
de mi piedad la esperanza.
Como amigo, habéis faltado
a la fe, aquí se adelanta
vuestro delito, pues fue
agraviar mi confianza.
Esta culpa es la más torpe
¿con qué fiera se compara
quien de la fe que le entregan
hace el puñal con que mata?
Mas también aquí hay motivo,
si vuestra traición tirana
vio con el amor de padre
la obligación disfrazada.
Como padre y como amigo,
ya os movió la confianza

de mi amor; más como rey,
¿qué os alentó a injuria tanta?
Vos osáis poner los ojos
¿en quién es dueño de un alma
cuya imagen solamente
venera temblando el Asia?
(Al paso que Seleuco se enoja, Antíoco va retirando la silla.)

¿No soy yo Seleuco, quien
dio a Alejandro con su espada
más coronas que vasallos
tienen sujetos mis plantas?
Del brazo que el orbe asombra
solo con el amenaza,
¿Vos el golpe despreciáis?
¿No sabéis que imaginada,
es cometida esta culpa?
No pudisteis contrastarla
primero que consentirla,
y no dar a vuestras ansias
tanto lugar en el pecho?
Vos entregáis toda el alma
a deseo tan injusto,
que si yo le imaginara
solicitado de vos,
no tiene gotas el agua,
la tierra arenas, ni el aire
tiene átomos que igualaran
los pedazos que os hiciera
en la abrasadora llama
de mi aliento: ¡vive el cielo,
que ya volcanes exhala...!

(Arrojase el Príncipe a los pies del Rey.)

ANTÍOCO

Padre mío, padre mío,
ya yo estoy a vuestras plantas;
si con la voz me habéis muerto,
¿de qué sirve la amenaza?
Yo ya me muero, Señor;
el corto plazo que falta
a mi vida os sacrifico,
y la rindo a vuestra espada.

SELEUCO

(Ap. ¡El alma me ha enternecido!)
Hijo, a mis brazos levanta.
¡Oh mal hayan mis enojos!
¿Qué te ha de quitar quien trata,

para darte a ti la vida,
de despojarse del alma?
Hijo, ya el alma te he dado:
mira si la deseabas,
si yo más te puedo dar
ni tú de mí más aguardas.

ANTÍOCO

¿Qué es lo que decís, Señor?
Que mi temor me acobarda.

SELEUCO

Hijo, que ya estás casado.

ANTÍOCO

(Ap. Todo mi aliento me valga.)

¿Con quién, Señor?

SELEUCO

Con la Reina:

mira si tu amor me arrastra,
mira si a mi piedad debes
la traición con que me agravias;
mas no me quiero acordar
de lo que es tu culpa, basta
que compre yo tus alivios
tan a costa de mis ansias;
que para morir con ellas,
viendo lo que te maltratan,
a tu pecho se las quite,
y a mi corazón las traiga.

ANTÍOCO

(Ap. ¡Valgame el cielo! ¿Qué escucho?

¡Yo debo fineza tanta
a mi padre, que su amor
por darme vida se mata,
y yo no me sé vencer
por su amor! Aquí del alma,
de la razón asistida
contra mi pasión tirana.
Compítale mi fineza,
y pues él me entrega el alma,
sepa volvérsela yo;
y en competencia tan alta,
a buen padre. mejor hijo,
y sel mía la palma;
que de pasión a pasión
yo le llevo la ventaja.)

Señor, suspenso he quedado
al escuchar que me casas
con la Reina; pues ¿por qué?

SELEUCO

Tu pregunta es mas extraña;
por lograr tu amor.

¿Ya con la Reina se casa
mi padre? Sí, y ya mi vida
toca al punto donde acaba.
¿Ya murió mi amor del todo?
Sí, también (¡ay tristes ansias!);
pero yo ¿por qué me quejo?
¿Cómo mi valor desmaya?
Aquella razón valiente
que me movió a despreciarla
con tanto valor, ahora
¿cómo aquí me desampara?
¿no hizo aquí mi corazón
con generosa arrogancia
lo que a la razón debía?
Pues ese alivio me basta.
Muera yo mil veces, muera,
y esta propensión tirana
triunfe en mí de mis sentidos,
pues como reina los manda;
pero si yo le entregué
mi corazón a la causa
de mi dolor, mi osadía
ya como ajeno le ultraja.
Ya no era mío, suyo era,
y en dar su vida a las llamas,
ofender lo que no es mío
es la pena que me mata.
Mas mi padre ¿no es primero?
Así la razón lo manda.
Pues si la razón lo afirma,
¿quién es el que la contrasta?
La razón ¿no es la que reina
en las potencias del alma
y en los sentidos del cuerpo,
pues todos los avasalla?
¿Quién contra ella se conjura?
¿Quién Sus decretos quebranta?
El pueblo de los sentidos,
que la voluntad tirana
contra su reina acaudilla
y sediciosa levanta
sus espíritus rebeldes;
que como plebe alterada,
sin freno que los detenga,

entran a saco en su alcázar,
y contra ley y justicia
la noble razón arrastran.
Pues aquí de la nobleza
que a la razón acompaña.
Discurso, ingenio y prudencia,
que las principales basas
sois de aquesta monarquía,
traición, que a la Reina matan.
Ya todos están presentes,
ya la defienden y amparan;
la razón se fortalezca,
y al tumulto de las ansias
cierre el oído las puertas
y la vista a las ventanas.
Ya están cerradas, pues miren
si algún traidor está en casa.
La voluntad, como ciega,
quedó dentro de la casa:
presa está; pues muera ahora,
y aquí la traición se acaba;
que muerta la voluntad,
todos los otros desmayan.

ESCENA VIII

LA REINA. -ANTÍOCO.

REINA	¿Príncipe?
ANTÍOCO	¿Señora?... (<i>Ap.</i> ¡Ay cielos!)
REINA	(<i>Ap.</i> El sabrá ya lo que pasa; más a mi decoro importa disimular.) ¿No hay mudanza en vuestro mal? ¿Cómo os va?
ANTÍOCO	(<i>Ap.</i>) El corazón me arrebatan sus ojos (¡Ay de mi triste!); que aquí la razón se acaba, porque esta es otra traición que estaba oculta en la sala.
REINA	¿No respondéis?
ANTÍOCO	Ya, Señora, contra mí... (¡El cielo me valga!) Mi amor... (¡Sin vida respiro!)

Os perdió. (¡Estoy sin alma!)
 Más ¿qué he de hacer, si de alevos
 está la razón cercada?
 Que como era contra ella,
 no cerraron de su alcázar
 los ojos y los oídos
 las puertas y las ventanas.

REINA ¿Qué decís, que no os entiendo?
 ANTÍOCO Que ya mi padre me daba
 La vida; más mi respeto
 no se atrevió a dicha tanta.
 Yo me resolví a morir,
 no pensé que me costara
 tanto dolor; más al veros,
 ya el corazón me traspasan
 las flechas de vuestros ojos,
 cuyo veneno en triaca
 pude volver, y no quise.
 Yo muero, mi vida acaba.

REINA (*Ap.*)
 ¿Qué es lo que escucho? ¡Ah, traidor,
 que has muerto a quien no pensabas!

ANTÍOCO Señora, señora mía,
 vos, que estáis viendo mis ansias,
 enmendad lo que yo erré,
 si me amáis.

REINA ¡Locura extraña!
 ¿Qué decís, Señor? ¿Yo amaros?

ANTÍOCO Pues si el Rey con vos me casa,
 ¿no podéis amar?

REINA No sé.
 ANTÍOCO ¿Cómo no?
 REINA Si él me casara,
 me volviera el albedrío,
 que es lo que ahora me falta,
 para saber lo que hiciera.

ANTÍOCO Bien hacéis; vuestra constancia
 le da ejemplo a mi respeto:
 muera yo, y viva su fama.
 Yo, Señora, me retiro:
 lo que os pido en mi desgracia
 es que lástima tengáis
 de mi muerte desdichada,
 REINA no podré; que yo también

me ponéis en vez del agua,
el cristal de vuestra mano,
que esta ardiente sed apaga.
Yo veo en ella mi alivio,
ella brinda mi esperanza;
yo a mi sed me precipito,
ella se acerca a apagarla;
yo mi peligro recelo,
vos me culpáis la templanza;
yo de sediento estoy ciego,
el labio al cristal me llama;
yo le procuro, él se llega;
yo tras él voy, él me aguarda;
él me brinda, yo me templo;
yo le bebo y él me mata.
Pues para que no se pierda
lo que por perderse falta.
Si alguno hay que no esté perdido,
huya mi amor su esperanza;
que cuando yo haya templado
la ardiente sed que me abrasa,
¿qué importa que mi amor viva
si me ha de matar la fama? (*Vase.*)

ESCENA IX

LA REINA

¡Ay de mí! Príncipe, escucha
no huyas de mí, no te vayas.
¡Ah griego traidor, que has hecho
troya la ciudad del alma!
Cuando introduciste el fuego
que mi corazón abrasa,
viendo arder a mis sentidos,
¿huyes cobarde la llama?
¿Ahora, oh cielos, me dejas?
¿Ahora, cruel, me faltas?
Plegue a los cielos, tirano...
Pero ¿qué digo? ¿Quién habla
por mí? ¿Soy yo quien lo dice?
¡Ay, Dios, que necias palabras!
¿Me he olvidado yo de mí?
Pues mi entereza no basta
a resistir este incendio,
por más que en mis venas arda,

apáguele mi respeto,
abra el decoro las arcas
del agua, que prevenidas
para estos riesgos... ¿Qué aguas?
¡Ay de mí, que es tarde ya!
Que ya del soberbio alcázar
del discurso llamas brotan
claraboyas y ventanas.
Del capitel al cimiento
arden ya las torres altas,
y sobre las mismas torres
alza otras torres la llama;
ya arden frisos y cornisas,
ya arden dinteles y jambas,
y el aire de mis suspiros
enciende lo que se apaga. -
Que se abrasan mis sentidos,
¡fuego, fuego!

ESCENA X

LUQUETE, *adornado con una cadena.* -LA REINA.

LUQUETE

Aquí está el agua.

¿Hacia dónde está el fuego?

¿Qué se quema?

REINA

(*Ap. Socórrame el sosiego.*)

¿Fuego aquí?

LUQUETE

Sí, Señora.

Fuego hay, si no es pulla que tú ahora
fuego estabas diciendo.

REINA

Débeslo de soñar.

LUQUETE

Así lo entiendo;

que para ser durmiente,
vengo yo de beber bastante
a salud de la boda.

REINA

¿Qué boda?

LUQUETE

¿En eso estás? La corte toda
hoy se casa a destajo;
todo el palacio va de arriba abajo.
¿No me ves con cadena y estar loco?
Que a tanta boda me parece poco
el no honrarla también con los tobillos,
y he estado por traer cadena y grillos.

REINA (Ap.)
¿Quién se casa? (Ap. ¡Yo muero A pena tanta!)

LUQUETE El Rey, la Reina, el Príncipe y la Infanta.
Y como yo he bebido,
que se casa la gata he presumido,
porque, según entiendo
más de treinta candiles estoy viendo.
Todo palacio es boda.

REINA (Ap.)
Y tormento y dolor el alma toda,

LUQUETE boda influyen los astros de la esfera;
y hasta mi lavandera,
que siempre me los trae deshermanados,
los escarpines hoy trajo casados.
Tú, Señora, ¿no vas a prevenirle?
Mira que hay dos mil cosas en las bodas,
y has de llevarlas prevenidas todas.

REINA Y ¿qué son?

LUQUETE Una novia ha de ir turbada,
derrengándose al modo de cansada;
llevar la vista gorda, y de este modo,
como que nada ve, mirarlo todo,
en cada pie moviendo una muralla,
que parezca que van a ajusticialla.
Si la dijeren algo, el abanico
es respuesta, tapándose el hocico
no escupir; si hay saliva, dentro chupa;
que no hay doncella que la boda escupa.
Tierna de ojos, como hervor de olla;
y si no hay llanto, darse con cebolla;
y en viendo al cura, reclinando el moño,
quedar más colorada que un madroño,
y ostentando decoro para el necio,
fingir suspiro y resollar muy recio;
y porque el auditorio más se aturda,
trocar las manos, y alargar la zurda.
Decir el si quedito y entre dientes,
que apenas le perciban los oyentes,
porque si luego el novio no le agrada,
pueda decir después que fue forzada.
Y con esto, y volver suspensa y muda,
aunque esté mas alegre que viuda,
cumple todas las leyes de la fiesta.
Y ya el novio diciendo: «¡Qué modesta!»

REINA
Pero, si no le agrada su consorcio,
a dos meses le da con el divorcio.
(Ap.)
¡Cielos, sin alma estoy!
Pero la boda
entra en tu cuarto toda;
¿la música no ves? ¡Ay Dios, qué bulla!
Que hoy tiene entrada toda la garulla.

ESCENA XI

SELEUCO, ASTREA, FLORETA, NICANOR, MÚSICOS y ACOMPAÑAMIENTO, *todos de gala; después, ERASISTRATO. -Dichos.*

MÚSICA
*En sus apacibles nudos
enlace amor esta vez
las hermosas majestades
de la rosa y el clavel.*

SELEUCO
Llegad, Señora, a mis brazos,
donde con lazo amoroso
os restituya la dicha,
que en nuevas albricias cobro.

REINA
Yo, Señor, soy quien la gana.
(Ap. Aliéntese mi decoro,
y afectos dulces parezcan
los que son tristes sollozos.)

ASTREA
(Ap.)
Aún no creo mi ventura;
que es tan grande el alborozo
con que me acerco a esta dicha,
que, como mía, la ignoro.

SELEUCO
Del Príncipe entrad al cuarto,
donde entrambos desposorios
se celebren, repitiendo
el dulce aplauso que gozo.

MÚSICA
*En sus apacibles nudos
enlace amor esta vez
las hermosas majestades
de la rosa y el clavel.*

(Sale al encuentro Erasistrato.)

ERASISTRATO
¿Cómo, Señor, te permites
a festivos alborozos.
Cuando el Príncipe está ya
en sus postreros ahogos?

SELEUCO Erasistrato, ¿qué dices?

ERASISTRATO Señor, que apenas tú propio en su cuarto le dejaste prevenido al desposorio, cuando de un frío sudor el cuerpo cubierto todo, en un mortal parasismo. Se arrojó sobre mis hombros. Señor, él queda muriendo.

SELEUCO ¿Cómo es eso, si mis ojos en este instante le dejan tan contento y tan brioso, que nunca le vi más libre de sus males rigurosos?

ERASISTRATO Señor, todo eso fue aliento de un pecho noble y heroico, que viendo tu piedad, quiero excederla de este modo. Él se muere de su amor.

SELEUCO ¿Cómo puede, si yo propio te daba a la Reina ya?

ERASISTRATO Siendo tu hijo, y valeroso, dejándose morir antes que permitir tal oprobio; que su pecho le imagina en usurparte ese logro.

SELEUCO Pues traedle a mi presencia; que yo a dársela estoy pronto.

ERASISTRATO No la ha de aceptar, Señor.

LUQUETE ¡Qué! ¿no es hombre de negocios? Pues protestarle la boda, y pregonársele y todo.

SELEUCO Mas me obliga su fineza. -
Id por él luego vosotros.
(Vanse algunos del acompañamiento.)
(Ap. Cielos, ¿si esto será cierto?)
Señora, vos es forzoso que hayáis ya de ser su esposa.

REINA Si él no lo permite, ¿cómo?

LUQUETE Prenderle, porque consienta las esposas.

SELEUCO De este modo no lo podrá resistir.

LUQUETE Ya viene aquí; él será novio,

o ver para qué nació.

ESCENA XII

ANTÍOCO, ACOMPAÑAMIENTO. -*Dichos.*

ANTÍOCO A tus pies, Señor, me postro;
que si he de morir en ellos,
vengo a morir más dichoso.

SELEUCO Hijo, ya yo estoy casado;
y porque veas que es forzoso
que sea tu esposa la Reina,
con Astrea me desposo.
Sobrina, dame la mano.

ASTREA Señor, mejor suerte logro.

SELEUCO *(A su hijo.)*
Tú a la Reina se la da;
y porque este nombre heroico
no pierda aquí, la corona
de Tiro en tu frente pongo.

ANTÍOCO ¡Oh padre! ¿cómo pretendo
competir lo generoso
de tu fineza? A tus plantas
agradecido me arrojó.

SELEUCO Ve a la Reina. que te espera,
con ese abrazo amoroso.

ANTÍOCO Ya se le doy con el alma.

REINA Y yo con ella le tomo.

LUQUETE Y con esto, y con un vítor
que pide el ingenio a todos,
esta historia verdadera
aquí tiene fin dichoso.

BAILE DE LA ZALAMANDRANA HERMANA

de Agustín Moreto

Personas que hablan en ella:

- • BERNARDA
- TERESA
- TORIBIO:
- UNO

Salen BERNARDA y TERESA llorando

BERNARDA: ¿De qué lloras? Di ¿qué tienes?
Dime tus penas, acaba.

TERESA: Es que me ha dado Toribio
una pisa de patadas.

BERNARDA: No faltará quien le corte
lo mismo con que te daba,
que yo sé que antes de un hora
vuelva las manos cruzadas.

TERESA: Él sin duda me ha pegado
porque me vio despegada.

BERNARDA: Al paso que él es pesado
has dado tú en ser liviana.

TERESA: Medio ojo me ha llevado
de un puntapié.

BERNARDA: Ésa es gala,
que un golpe parece bien
cuando lleva una pestaña

Sale TORIBIO

•

TORIBIO: Acábense estas pendencies
y cree por tu vida, hermana,
que estos disgustos el diablo
de entre los pies los levanta.
TERESA: ¿Para qué me vuelve aquí?
¿No me dejará en mi casa?
¿Esto ha de ser cada día?
TORIBIO: ¿Busca usted que a gaznatadas
le haga Sandoval el rostro
si Rojas le hizo granada?
BERNARDA: A fe que entras dadivoso.
TERESA: ¿Qué dices de esto, Bernarda?
BERNARDA: Lo que yo decirte puedo
cantando y bailando vaya:

Canta

*El galán que pega, amiga,
antes obliga que agravia
y el rato que abofetea
trae una mujer en palmas.*

Cruzados

*Sin razón estás quejosa,
porque hay muy grande distancia
del hombre que nos da en rostro,
al hombre que nos da en cara.*

Bandas

BERNARDA: ¿Cómo no paga, soldado,
el amor de esta cuitada?
TORIBIO: En amores, ni en comedias,
nunca los soldados pagan.

Deshechas

*En lo que la escucho, reina,
me parece graduada
en los términos y modos
del colegio de las marcas.*
BERNARDA: Sí, lo estoy, y a buen seguro
que nunca usted se burlara,
ni me dijera evangelios
la mano sobre mi cara.

Eses

*¡Basta! Esto ha de ser, Toribio,
dale la mano, y repara
que son riñas veniales
las que con golpes se acaban.*

TERESA: ¡No ha de ser mientras viviere!
TORIBIO: Pues ¡por vida de...!
TERESA: ¡Ay Bernarda!
BERNARDA: ¿Qué es esto? ¡Tente Toribio!
TORIBIO: Pues ¿conmigo...?
BERNARDA: ¡Basta, basta!
TORIBIO: ¿Qué ha de bastar? ¡Qué por Cristo!
que si me atufa y me cansa,
la haga escupir los livianos.
UNO: ¿Para qué es tanta fanfarria
cuando se hallan de por medio
tantas personas honradas?
BERNARDA: Pues esto se va encendiendo.
Apáguenlo las guitarras.
¡A la Zalamandrana hermana!
¡ay, ay, ay, de la Zalamandrana!

Bajar

TERESA: Por tu vida amiga mía,
que no seas temeraria.
No sabe usted lo que paso,
ni del modo que me trata;
no me da ni un alfiler,
ni entra por aquesta casa
cosa que de comer sea,
sino coz y bofetada,
ni vestido, ni calzado
ni salario a una criada.

BERNARDA: Pues si sólo te da golpes
y te tiene aquesa cara
negra a puros cardenales,
ello es cosa desdichada
que entre tanta gente negra
no haya siquiera una blanca
¡A la Zalamandrana hermana!
¡ay, ay, ay, de la Zalamandrana!
Cierto que usted es terrible,
y que tiene a esta cuitada
que es vergüenza.

TORIBIO: Usted no sabe
lo que cada uno pasa.

BERNARDA: En tocando en interés
no hay disculpa.

TORIBIO: Es ignorancia.
¿Húbela acaso doncella,
que la he de dejar dotada?

BERNARDA: ¡Y a la Zalamandrana hermana!
¡Y ay, ay, ay, de la Zalamandrana!

BERNARDA: Háganse estas amistades.

TORIBIO: Aquesta es mi mano.

BERNARDA:

Daca

¿y la tuya?

TERESA:

Aquésta es.

BERNARDA:

Aquí paz y después gracia.

TORIBIO:

Aquésa no tendrá el baile.

BERNARDA:

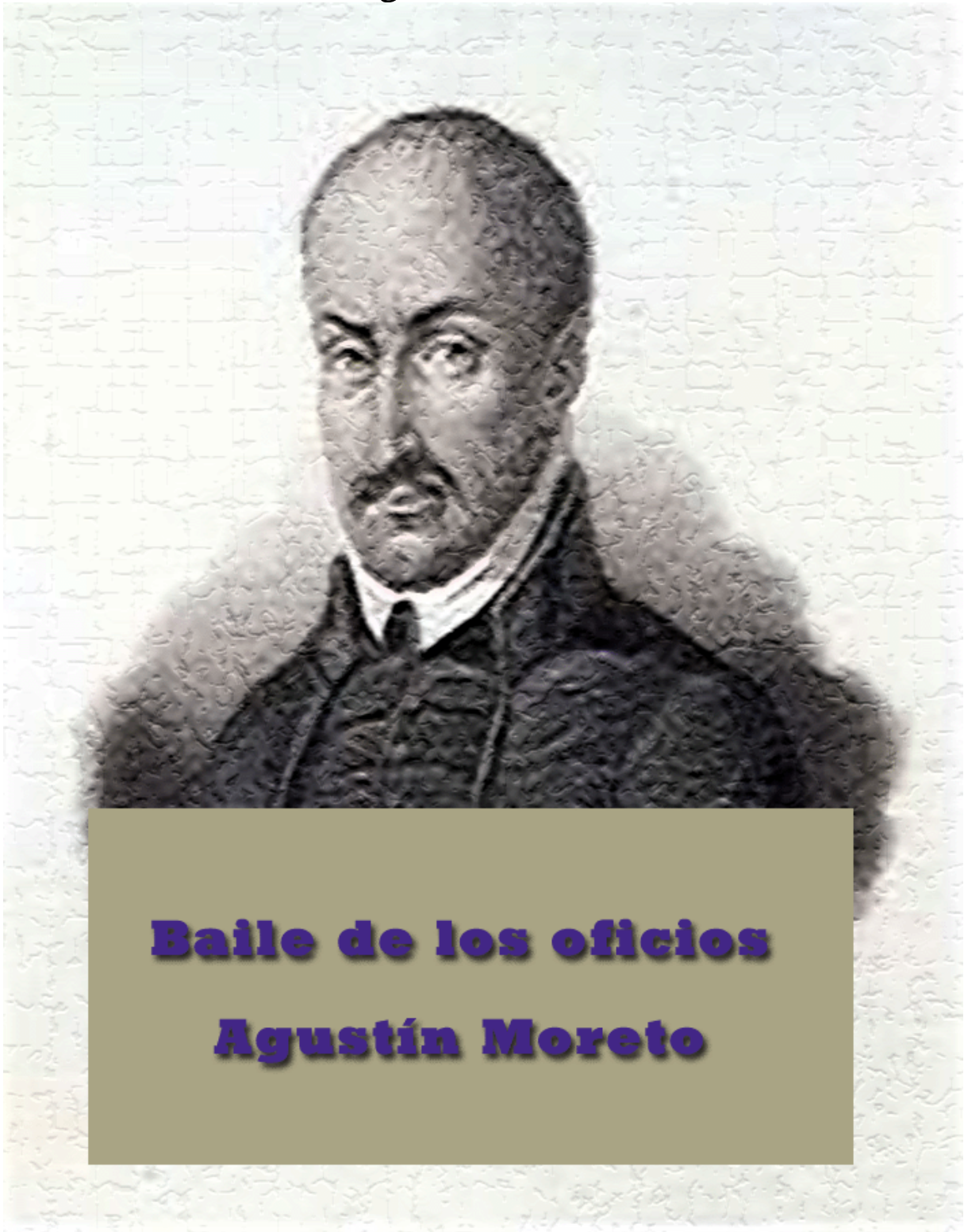
Pues, Toribio, si no agrada,

¡a la Zalamandrana hermana!

¡y ay, ay, ay, de la Zalamandrana!

FIN DEL BAILE

Baile de los oficios
Agustín Moreto



Baile de los oficios
Agustín Moreto

soy mujer de bravos cascos.

Canta.

MARIANA
Cuando de nuestra ganancia
los dos la cuenta ajustamos,
se queja que en las partidas
haya siempre muchos clavos.

Canta.

LUCIANA
Cuando al tostador asisto,
pasan chistes muy salados
con mi mulato en la mesa,
porque sé más que el Tostado.

Canta.

BORJA
Mi bravo, por si le ofendo,
me dice que, a pocos pasos,
aunque cueste mucha sangre,
lo sacará por el rastro.

Canta.

SIMÓN
Las penas de pesar mal,
como yo quiero las pago,
que soy muy dueño del peso,
pues tengo al fiel de mi mano.

Representa.

LUISA
Muchas somos para un sitio.

Representa.

BORJA
Comadres, todas a un lado,
que habrá falta de narices,
¡por Cristo!, si me amostazo.

Representa.

LUISA
Si yo me encrespo un tantico,
las tripas, de un puntillazo,
por la boca de la olla
la echaré.

Representa[n].

BORJA
Vamos a espacio,
que, si embisto a la vasija,
en la cara un redomazo
llevará con la mistela.

LUISA
¡No revolvamos más cascos!

MARIANA
¡Quítate allá, maquilona!

A Luciana.

Riñen unas con otras.

LUCIANA
Escarpinera de asnos,
¿tú conmigo?

MARIANA
¡Esportillera,

SIMÓN regüeldo de mil lacayos!
 Comadres, ¿qué es lo que oigo?
 ¿No ven que lo estoy mirando
 y, si disparo una pesa
 de la pieza de mi brazo,
 sus cascos, con las dos libras,
 no saldrán muy bien librados?
Ásense Luciana y Mariana.

LUCIANA ¡Socorro, amigas, socorro!
 BORJA ¡Suelta, patona!
 MARIANA Ya aguardo.
Mendoza, Onofre, San Juan y Carmona, de jaques.

LUCIANA No me tires los cabellos,
 pues son como el sol dorados.
 MARIANA Con esas manos de hierro,
 por eso, quiero tomarlos.
 SAN JUAN Mi comadre, la patona,
 ¿si anda en la refriega acaso?
 CARMONA Mas ¿si en aqueste trinquete
 la zamba se ha empelotado?
 MENDOZA Mas ¿qué es esto? ¿A mi berruga
 las cerdas la están quitando?
 SAN JUAN ¡Patona!
 BORJA ¡Ya voy, Colmillo!
 CARMONA ¡Mi zamba!
 MARIANA ¡Ya voy, Carrasco,
 porque esta mata de pelo
 en tu nombre nos pongamos!

LUCIANA ¡Galápago de mis ojos,
 todo el pelo me han rapado!
 MENDOZA ¿Para qué traigo la chica?
 ¡De cólera estoy temblando!
 ONOFRE ¡Lo que jace el corazón
 siempre en los hombres bizarros!
 MENDOZA. ¡Qué digo, vuélvanla el pelo!
 LUISA ¡Echaldo, amigo, al trezado!
 LUCIANA Dame la daga, bien mío,
 que yo vengaré este agravio.
Sacan las cuatro las dagas a los jaques.

MENDOZA ¡Toma, y tírale de veras!
 MARIANA ¡Déjame con ella, Juancho!
 LUISA ¡Brunete, deja la chica!
 BORJA ¡Colmillo!
 CARMONA ¡Tira de plano!

SIMÓN ¡Afuera, o con el barril
las volaré!

MENDOZA ¡Seor Bolaños,
teneldas!

BORJA ¡Apartad, mandrias!

SAN JUAN ¡Leones son arrojados!

MENDOZA ¡Que no se descubra un hombre
que las meta en paz!

SIMÓN ¡A un lado,
cese el banquete de espadas!

LUISA A los principios estamos.

SIMÓN Pues llegan las aceitunas,
no están sino muy al cabo.

Luisa y la Boria las ponen en paz.

LUISA Usté ha cumplido muy bien.

BORJA Muy bien las dos han quedado.

LUISA Como se verá...

SIMÓN En el peso
aqueste duelo pongamos.

BORJA Bien ha dicho: en las balanzas
se ajusta lo más pesado.

Quítase el peso, y Luciana a un lado y Mariana a otro, como que ponen en las balanzas algo.

MARIANA Pongo en ésta mi razón.

LUCIANA Yo en estotra mis trenzados.

SIMÓN Palabras y trenzas muestran
que han reñido de buen garbo,
porque los duelos de pelo
siempre han sido muy delgados.

BORJA Dense las manos.

LUISA A ti
te toca el tomar las manos.

LUCIANA Encaja aquesa azucena.

MARIANA Dame el jazmín animado.

Canta.

LUISA De tus trenzas rubias
no sientas la falta,
pues ven que te sobran
más de mil castañas.

Canta.

BORJA ¡Hala, hala, hala,
vuelen tus cabellos,
pues les damos alas!

Representan.

Canta.

SIMÓN
En las cerraduras
nos muestras, bizarra,
cómo es la herrerilla
valiente de chapa.

Canta.

LUISA
¡Hala, hala, hala,
con hablar tan tosco,
es mujer limada!

Representan.

Canta.

BORJA
Yo quedo peor,
pues sé que a mi casa
me vuelvo en la cesta
las manos lavadas.

Canta.

LUISA
¡Vaya, vaya, vaya,
todos tus sucesos
son de Sancho Panza!

Representan.

De moscas mis nueces
se ven atestadas
y así, sin canela,
son nueces moscadas.

SIMÓN
¡Hala, hala, hala,
campe tu conserva
ya con tantas alas!

Representan.

Caer para levantar
Agustín Moreto

CAER PARA LEVANTAR

AGUSTÍN MORETO



PERSONAJES

DON VASCO DE NOROÑA.	EL ÁNGEL DE LA GUARDA.
DON DIEGO DE MENESES.	UN LABRADOR.
BRITO, <i>criado</i> .	UNA LABRADORA.
EL DEMONIO.	DOS ÁNGELES.
DON GIL.	UN VILLANO.
DOÑA LEONOR.	BANDOLEROS.
DOÑA VIOLANTE.	CRIADOS.
GOLONDRO, <i>criado, gracioso</i> .	DAMAS.

La acción pasa en Coimbra y en unos montes inmediatos.

Jornada I

Sala en casa de DON VASCO.

Escena I

DON VASCO, DOÑA LEONOR, DOÑA VIOLANTE.

DON VASCO DE NOROÑA

Leonor, Violante, hijas mías.
Prendas del alma, en quien veo
dos flores que ha producido
desta blanca escarcha el cielo,
de mi vejez el alivio
aseguro en las dos siendo
puntales deste edificio,
a quien desmorona el tiempo.
Mucho debéis a mi amor ,
que alegre a traeros vengo
nuevas de un gusto, a que entrambas
debéis agradecimientos,
tú, Leonor, que has elegido

para vivir un convento,
inclinación que heredaste
de los favores del cielo;
tú, que de aquesta ciudad
de Coimbra eres ejemplo
de virtud y de hermosura
¡lo que en decirlo me alegro!,
muy presto verás logrado
ese gusto a tu deseo,
pues dentro de pocos días
desde Coimbra saldremos
a meterte religiosa
a Valdefuentes, un pueblo
seis leguas de aquí distante
abundante, rico, ameno,
cabeza del mayorazgo
que heredé de mis abuelos.
Allí estarás asistida
de cuanto puede el deseo
proponerte a la memoria;
pues mis vasallos, sabiendo
que eres tú la que gustosa
vas a ilustrar su convento
no habrá fineza ninguna
que deje de obrar su celo
con tu hermosura, y más yo,
que allí retirado espero
pagar de mi edad cansada
el común tributo al tiempo.
Deja, Señor, que a tus plantas
agradezca en rendimientos
la fortuna de que gozo,
pues se cumple mi deseo.
Hija, a mis brazos levanta,
que me enterneces el pecho;
el mejor estado eliges.
Dilate tu vida el cielo.
Y tú, Violante querida,
¿cómo no me hablas? ¿Qué es esto?
Albricias quiero pedirte
de que ya tu casamiento
tratado está con don Sancho

DOÑA LEONOR

DON VASCO

DOÑA LEONOR

DON VASCO

de Portugal, cuyo esfuerzo
y sangre no desmerece
tu mano que, en fin, es deudo
del Rey, aunque su nobleza
no exceda la que yo tengo.
Don Vasco soy de Noroña,
y en la sangre decir puedo
que igualó siempre la mía
con las mejores del reino.
Mas las partes de don Sancho,
por lo ilustre, lo discreto
y lo bienquisto, son dignas
de que agradezcas al cielo
que te haya dado un esposo
de tantos merecimientos.
Y ¿están ya capituladas
mis bodas?

DOÑA VIOLANTE

DON VASCO

No, pero presto
se harán, como de ello gustes.

DOÑA VIOLANTE

Si a mi elección el empeño
lo dejas, diré que no.

DON VASCO

De tu natural soberbio,
desobediente y terrible,
esta respuesta temiendo
estuve antes de escuchalla.

DOÑA VIOLANTE

Pues di, ¿en qué fundas tu intento?

Señor, porque no me culpes,
has de escucharme primero.
Bien sabes, Señor, bien sabes
cómo el fino galanteo
de don Diego de Meneses
pretendió obligarme un tiempo.
No dudo que su fineza,
medida con mi respeto,
pudiese aspirar a más
que a los lícitos deseos
de ser mi esposo, porque
en semejantes empeños
no puede, cuando hay nobleza
en dos iguales sujetos,
ni el galán pretender más,
ni la dama querer menos.

Resistime cuidadosa;
mas di motivo con esto
a que en su ciega porfía
se despeñase resuelto;
que es tal la naturaleza
de algunos amantes ciegos,
que se entibian con halagos,
y se pican con desprecios.
Viendo pues mi resistencia,
no cupo en su sufrimiento
disimular un cuidado
ni resistir un tormento;
pues de mi desdén vencido,
o indignado, que es más cierto,
por plazas, templos y calles
hizo público el festejo.
Pareció delirio entonces
su amor, mirado de lejos;
mas acercándole más
la luz del entendimiento,
de la razón a la vista
hizo mayor el objeto.
Pareciome, ya lo dije,
que eran finos sus extremos,
y que no desmerecían
un noble agradecimiento;
que cuando contra una dama
por amor se hace algún yerro,
por lo que lleva de amante
se sufre lo desatento.
Inclíneme a su fineza,
y poco a poco aquel ceño
de mi desdén fue templando
la violencia en lo severo;
bien que aquesta inclinación
nunca salió de mi pecho,
ni dibujada en razones,
ni repetida en acentos
que no es la primera vez
que este monstruo o mongibelo
del amor arde en el alma,
y le sepulta el silencio.

Áspid nace en lo apacible
de las flores, pero luego
que reconoce al decoro,
se le avasalla el respeto.
Como gusano fue el mío,
que devanando el aliento
al torno de sus afanes,
murió en el capullo tierno.
Esto es cuanto a declararlo;
que en tenerlo, pues confieso
que le quiso bien, no habría
mudanza en mis pensamientos:
supuesto que al proponerme
de don Sancho el casamiento,
estás viendo en mi semblante
a quién amo y quién desprecio.
El cargo que hacerme puedes
para culparme el intento
de aquesta inclinación mía,
es decirme que don Diego
a mi hermano dio la muerte:
es verdad, mas cuerpo a cuerpo
fue en la campaña; y si entonces
fue mas dichoso su acero,
aun más que al agravio en él,
a la desgracia condeno.
Aquella vertida sangre
me dispierta al sentimiento;
y al paso que la venganza
me provoca al desempeño,
amor, deidad poderosa,
como piadoso instrumento,
se interpone entre la injuria
y confunde los afectos.
Y es que, como aquella vida
que quitó brazo violento,
es mucho mía, también
es mío el amor que aliento;
y así, no me irrita tanto,
porque en nada diferencio
la sangre que está vertida
de aquella que anima el pecho.

Razón es aborrecer
al lance de que me ofendo;
mas también lo será amar
al que me acaricia luego
así, Señor, dividido
en mitades este afecto,
al que me obliga me inclino,
y al que me ofende aborrezco.
Y como es más poderosa
la piedad que el rencor ciego,
primero es en mí la vida
que aquella de que estoy lejos;
que una esperada venganza
la suele olvidar el tiempo,
y a los ojos de una dicha
va siempre el amor creciendo.
Y pues conoces el mío,
y sabes que deste empeño
he sido la causa, olvida
tu pasión, pues el acierto
consigues de generoso,
de prudente, noble, atento,
de liberal y de padre
a quien deberé de nuevo
el ser, la vida y la fama,
la dicha, honor y sosiego,
si a don Diego de Meneses
me le concedes por dueño.
Calla la voz, cierra el labio,
mujer, áspid o veneno,
que no sé cómo ha cabido
tu infamia en mi sufrimiento.
¿A un tirano que ha vertido
tu prolija sangre, y que ha muerto
a un hermano tuyo, eliges
por esposo? ¡Vive el cielo,
que es tu afición alevosa
traidor tu pensamiento!
¿Tú a don Diego de Meneses
me nombres para ese empleo?
¿A un hombre de quien no está
honra segura? ¿A un sujeto

DON VASCO

DOÑA VIOLANTE

que por sus temeridades
es la fábula del pueblo,
y que vive retraído
por sus locuras y excesos
te inclinas, ciega en tu error?

DON VASCO

Señor, yo vencer no puedo
mi inclinación; soy mujer
mi albedrío está sujeto
a esta pasión que publico;
y así, moriré primero
que dar a otro hombre la mano.

DOÑA VIOLANTE

¡Que escuche este atrevimiento,
y no la quite mil vidas!
¡Ah, tirana! Plegue al cielo
que la luz del sol te falte,
albergue, amparo y sustento,
y que por el mundo vayas
sin ley, sin razón, sin freno:
precipitada te veas
de tus propios pensamientos,
y en infamia eterna vivas,
si le admitieres por dueño.

DON VASCO

Yo, Señor, sigo lo justo,
y tu maldición no temo.

DOÑA LEONOR

A DOÑA LEONOR, que le detiene.

Aparta; que con mis manos
la he de quitar el aliento.

DON VASCO

Señor, temple tus enojos.
¡Padre mío!

DOÑA LEONOR

Ya me templo
por tu causa, Leonor mía
que eres de mi vida espejo.
Aparte. ¡Oh tronco inútil! ¡Qué poco
aprovechan los deseos
para venganza de un hijo
si falta el brazo al acero!

DON VASCO

Señor, si quieres que tengan
estos pesares remedio,
y se haga todo a tu gusto,
has de tomar mi consejo.
Di, Leonor; que en tus razones

DOÑA LEONOR

hallar el alivio espero.
Aparte. a DON VASCO
Don Gil Núñez de Arogía
ya sabes que es caballero
que por su rara virtud
le venera todo el pueblo,
pues dicen que hace milagros;
que es tal su virtud y ejemplo,
que mueve los corazones,
siendo un retrato del cielo
en perfección y virtud,
y entre todo aqueste reino
no se halla varón mas santo.
Tómale por instrumento
en este caso que ves,
para que él hable a don Diego,
y le aconseje que ponga
fin a sus intentos necios,
que como él, Señor, olvide
de Violante el galanteo,
y no ronde estos balcones,
yo sé que mi hermana presto
acatará de don Sancho
el dichoso casamiento.
Esto has de hacer.

DON VASCO

En tu voz
estoy mirando el consuelo,
y en este enemigo mío
ultrajado mi respeto.
¡Oh infelices canas! Templen
tu nieve mi airado fuego.
A hablar voy luego a don Gil,
que éste es el mejor remedio;
tú entre tanto, Leonor mía,
de tus prudentes consejos
parte con esa tirana,
que por tu causa suspendo
su castigo. ¡Sin mí estoy!
De mí me defienda el cielo.

Escena II

DOÑA LEONOR, DOÑA VIOLANTE.

DOÑA LEONOR

Violante mía, a los padres
por ley natural debemos
de la obediencia el decoro;
y mas cuando a los aumentos
de nuestra dicha encaminan
siempre todos sus deseos.

DOÑA VIOLANTE

Hermana, detén la voz.

DOÑA LEONOR

Yo persuadirte pretendo.

DOÑA VIOLANTE

Yo no estoy para escuchar
agora tus documentos;
porque siendo, hermana mía,
muy largo el sermón, me duermo.

DOÑA LEONOR

Un consejo saludable
quisiera darte.

DOÑA VIOLANTE

Yo vengo
en todo lo que dijeres;
y si es sobre que el precepto
obedezca de mi padre,
digo que le obedezco,
y que con don Sancho es justo
que se haga mi casamiento,
y desde agora le admito.
¿Quieres más?

DOÑA LEONOR

Guárdete el cielo.

DOÑA VIOLANTE

Aparte. Con aquesto la aseguro
para avisar a don Diego
que aquesta noche me saque
de este cruel cautiverio,
porque siendo esposo mío,
logro la dicha que espero.
¡Oh qué dichosa has de ser!
Y has de advertir...

DOÑA LEONOR

DOÑA VIOLANTE

Ya lo entiendo.

Aparte. Quisiera echarla de mí
para poder con secreto
ir a escribir el papel.

DOÑA LEONOR

Que en mí tienes el ejemplo,
pues por dar gusto a mi padre
ser religiosa pretendo.

DOÑA VIOLANTE

Antes pienso, según hablas,
que has salido del convento.

Hace que se va.

DOÑA LEONOR

Y ¿adónde vas?

DOÑA VIOLANTE

¿Yo? A leer

un rato, para consuelo,
en algún libro devoto.

DOÑA LEONOR

Bien haya tu entendimiento.

DOÑA VIOLANTE

Aparte. ¡Qué cansada es la santica!
Queda adiós.

DOÑA LEONOR

Guárdele el cielo.

Vanse.

Sala en casa de DON DIEGO.

Escena III

DON DIEGO.

DON DIEGO

Aquí retirado estoy,
por gusto y por novedad,
pues en toda esta ciudad
me respetan por quien soy.
En mí no tiene intereses
la justicia, pues veloz
se para luego a la voz
de don Diego de Meneses;
que entre todos, aunque igual
se le debe la obediencia,
logran esta preeminencia
los nobles de Portugal.
De mi Violante querida
aquí logro mil favores,
que cada vez son mayores.
¿Qué mucho? suya en mi vida;
pues della correspondido
con agrado y con placer,

por ella vengo a tener
la dicha del retraído.
Brito viene.

Escena IV

BRITO. -DON DIEGO.

BRITO

Como fiel
criado vengo a buscarte
desalado, y para darte...

DON DIEGO

¿Qué hay de nuevo?

BRITO

Este papel.

DON DIEGO

¿De quién?

BRITO

De doña Violante,
de aquel milagro de amor,
de aquel prodigio mayor
de hermosura.

DON DIEGO

No es bastante
para el gusto que me has dado
este vestido; tuyo es.

BRITO

¡Oh fidalgo portugués,
que así pagas de contado!

DON DIEGO

Si logro feliz amante
los favores de su fe,
¿qué mas quiero yo? Veré
lo que me dice Violante.

Lee. «Violencias de un padre me obligan a
buscar la libertad de vuestra fineza, pues antes
perderé la vida que admitir otro dueño. Esta
noche me saldré con vos: esperad a la puerta del
jardín; y una música que traeréis será la seña de
mi resolución Y logro de vuestra esperanza.»

¡Que en fin venció su rigor
mi tierna amante porfía!

¡Qué Violante ha de ser mía!

Loco me llene el amor:

¿no me das el parabién,

Brito, de esta dicha?

BRITO

Sí,

y quiero hacer hoy por ti
una fineza también.

DON DIEGO
BRITO

Yo lo estimo. ¿De qué suerte?
A llevar mi amor se empeña
la música que de seña
ha de servir.

DON DIEGO

Pero advierte
que en viéndome tú parado
en la reja, has de empezar
con la música a cantar.

BRITO

Eso toca a mi cuidado.

DON DIEGO

Pues mira que es importante
que al punto estés prevenido.
¡Cielos, qué feliz he sido,
pues logro el sol de Violante!
Pero a la puerta han llamado,
di que entren.

BRITO

DON DIEGO

BRITO

Ya me atolondro.

Escena V

GOLONDRO, de gorrón, con rosario al cuello. -Dichos.

DON DIEGO
GOLONDRO

¿Por acá, hermano Golondro?
Sí, hermano. Sea alabado
un Dios que todo lo cría.

DON DIEGO

Pues ¿qué es lo que puedo hacer
por servirle?

GOLONDRO

Os quiere ver
don Gil Núñez de Arogía,
y aguarda licencia.

DON DIEGO

Aparte. Este hombre
no sé que enigma hay en ello
me hace erizar el cabello
siempre que escucho su nombre.
Decid que entre norabuena.

BRITO

¿Hay tal mono de Tolú?

GOLONDRO

Mire, hermano Brito: su
mordacidad le condena.

BRITO

Embustero tanto cuanto
me parece.

GOLONDRO

Él lo es mayor,
mas ya que es tan pecador,

aprenda de aqueste santo.

Diríjese a la puerta, y sale DON GIL de hábito largo.

Escena VI

DON GIL. -**Dichos.**

DON DIEGO

Señor, excusado fuera
licencia, si a honrarme vos
solo venís.

DON GIL

Guárdeos Dios.

De espacio hablaros quisiera.

DON DIEGO

En esta silla os sentad.-

Llégame otro asiento a mí.

DON GIL

Con sentarme obedecí.

Llegan sillas, y siéntanse.

DON DIEGO

Proseguid pues.

DON GIL

Escuchad.

Ya sabéis, señor don Diego
la antigua y noble prosapia
de los ilustres Noroñas,
que tanto este reino ensalzan.
También no ignoráis que el blanco
a que vuestras esperanzas
se inclinan, son deste tronco
ilustre y frondosa rama.
Vos, que dignamente en todo;
por vuestra sangre heredada,
igualáis, si no vencéis,
a la nobleza más alta,
cortasteis la tierna vida,
con mano atrevida airada
al primogénito ilustre
de don Vasco. ¿A quién no causa
piedad el ver un anciano
verter con suspiros y ansias
por entre peinada nieve
llanto convertido en plata?

Accidental fue el suceso;
de culparos hoy no trata
mi intención, pues fue en el lance
mas dichosa vuestra espada;
por cuyo respeto el padre,
que aún lamenta esta desgracia,
con ser tanta parte, nunca
solicitó la venganza.

Lo que en vos, señor don Diego,
el noble Noroña extraña,
es que habiéndole ofendido,
pretenda vuestra arrogancia
segunda vez ser ultraje
de su calle y sus ventanas,
aventurando el decoro
de sus hijas, cuya fama
es vidrio, es papel; que al soplo
breve de una voz liviana,
para escándalo de muchas,
frágil se quiebra o se rasga.

Agravios sobre la vida
heridas son que se sanan,
mas sólo son incurables
las que la nobleza manchan.

El honor más que la vida
está pidiendo venganza;
que esta es duración del cuerpo,
y aquel es sangre del alma.

Los caballeros tan grandes
como vos, no han de ser causa
de que las honras peligren;
antes vuestra heroica espada
les ha de dar la defensa:
que no es justo que en la vaina
sirva al lado para adorno,
y en el brazo para mancha.

Enmendar vuestras costumbres
que caminan desbocadas,
siendo escándalo a las gentes:
saber vencerse es hazaña.

Dejad que duerma en el nido
aquella paloma blanca,

sin que, sacre vuestro orgullo,
inquiete su estación blanda.
Si aspiráis a casamiento,
solicitud a otra dama;
no con desprecios a un viejo
dobléis la injuria pasada.
No puede haber paz segura
con enemistad tan larga;
porque es pasar de odio a amor
difícil jornada.
Quien reconcilia enemigos,
torres sobre el viento labra,
y es remitir imprudente
gran peso a ligera caña.
Mirad que hay Dios y que hay muerte,
y que es esta gloria humana
para escarmiento a la vida,
sombra, polvo, viento y nada.
Vuestros lascivos deseos
refrenad, mirad que pasa
la edad como breve soplo,
y que sin más esperanza
os pedirán al fin de la jornada
de una vida tan breve cuenta larga.

Levántanse.

DIEGO

Señor don Gil, yo confieso
que vuestras doctas palabras,
me han tenido suspendido;
mas por ahora no se halla
con prevención ni cuidado
para discurrir: mañana
o otro día nos veremos;
que el tiempo es largo. **Aparte.** Mis ansias
me están llamando, y dan prisa
a lograr el bien que aguardan.
Mirad, que es casi de noche,
y es forzoso que me vaya;
perdonad, porque hacer tengo
un negocio de importancia.-
¿Brito?

BRITO

Aparte. a DON DIEGO

Ya estás entendido:

arpa, violín y guitarra.

DON DIEGO

Aparte. Ven, noche amada; hoy sin duda se logran mis esperanzas **Vase.**

DON GIL

¡Ah mozo errado, y qué ciego caminas a tu desgracia, pues en mí la luz desprecias, y buscas las sombras pardas! Dios te libre de tus obras, y guíe tu errada planta. Por ver si moverle puedo, he de seguir sus pisadas. **Vase.**

Escena VII

GOLONDRO, BRITO.

GOLONDRO

Tenga, hermano Brito. Cierto que darle quisiera, a fe, un consejo; mas ya sé que es predicar en desierto. Mire que es libidinoso; enmiende su vida, hermano, déjese del mundo vano; que se podrá volver oso. Ten en tu modo gobierno, hombre, que a Dios desazonas, y mira que las gorronas te han de llevar al infierno.

BRITO

Aparte. Él sabe mi inclinación. ¿Quién le ha dicho mi delito, hermano Golondro?

GOLONDRO

Brito, yo tengo revelación. De cinco al número llega las que tiene, que es el ama, Frazquilla, Inés y otra dama, y Dominga la gallega. Mire que son testimonios contra su condenación;

trate de su salvación,
y delas a mil demonios.
Cualquier dellas es bizarra;
mas yo las dejaré ya.

BRITO

GOLONDRRO

Venga acá: ¿no me dirá
de qué modo las agarra?

BRITO

Ellas conmigo discurren,
y hablando en amor leal,
las cojo a mi salvo.

GOLONDRRO

¡Hay tal!

A mi luego se me escurren.

BRITO

Luego ¿él trata de encontrarlas,
también, como yo, profano?

GOLONDRRO

Y las detengo, sí, hermano;
mas es para predicarlas.
Y a él con voz milagrosa
hoy le he de curar también,
pues tiene, como sartén,
esa alma negra y mohosa.
Y porque de grasa impía
quede limpia tanto cuanto
haga, Brito, con el llanto
una copiosa lejía.
Del caballo y de la silla
cuide mejor, no sea caco,
gastando en vino y tabaco
lo que solo es cebadilla.
No se precie de embustero,
ni de hombre alguno hable mal,
excepto si fuere el tal
sastre, bufón o cochero;
ni de aquellas picarillas
se publique enamorado.
Que es vergüenza que un barbado
no salga de las mantillas;
ni como bárbaro intenso
sea de todos malsín,
por que llegará su fin,
y al fin no hay más que un responso.
Su murmuración eterna
deje, y con ella me asombre,
que no es bien que esto haga un hombre

BRITO
GOLONDRIO

que hace raya en la taberna;
ni con su amo desleal,
use de sus picardías,
y advierta que las folías
que toca le han de hacer mal,
porque es muy grande alcahuete.
No tal.

Pregúntelo ahora
a la violada señora
Violante de Navarrete.
Y es un bárbaro, un tontón,
un simple, un vil mentecato,
pues aquí con desacato
me interrumpe la razón.
Y pues ha sido tan terco
que no estima la salud
que le infunde mi virtud,
le dejaré para puerco. **Vase.**
Mi vida tan por entero
sabe, que me causa espanto;
este sin duda es gran santo
o grandísimo embustero. **Vase.**

BRITO

Calle. A un lado las tapias y puerta de un jardín. -Noche.

Escena VIII

DON DIEGO, con capa de noche, embozado.

DON DIEGO

¡Oh qué apacible, aunque oscura,
está la noche! Sus bellas
luces le dan compostura;
y es que imitan sus estrellas
de Violante la hermosura.
aquí esperaré constante
hasta que sus dos auroras
me avisen, de su semblante.
Mas ¡qué largas son las horas
en el reloj de un amante!
La música previniendo

DON GIL

Don Gil, vuelve a repetirme
aquesa razón.

Sí haré;
y porque en ella estés firme,
por puntos la explicaré.
Número determinado
tiene el pecar, y no sabes
si para ser condenado
te falta solo que acabes
de cometer un pecado.
No hay parte donde te escondas
de Dios, pues sabe tu intento,
y sin su divino aliento,
ni el mar encrespa las ondas,
ni las hojas mueve el viento.
Todos a un fin destinado
corren, y en un ser convienen
lo insensible y lo animado,
y hasta los alientos tienen
número determinado.
La misma culpa da el modo
para adquirir gracia santa,
llorada entre el vano lodo,
pues viene a saberlo todo
el que peca y se levanta.
Ese error que te despeña
a cometer culpas graves,
a ser mas bruto te empeña,
pues aun doctrina, que enseña,
tiene el pecar, y no sabes.
Aquesa gloria fingida
desprecia; mira que tardas,
y no sabes, conseguida,
si será el plazo que aguardas
el postrero de la vida.
Vuelve en acuerdo el olvido,
pues ignora tu cuidado
para qué fin has nacido:
si para estar escogido,
si para ser condenado.
¡Ay de ti si no refrenas
la sed de tus apetitos,

pues no sabes en tus penas
si están ya las hojas llenas
del libro de tus delitos!
Y si lo están, a más graves
penas remiso te ofreces,
y te serán menos suaves,
pues porque a sentirlo empieces,
solo te falta que acabes.
Si una maldad te condena,
puede una virtud darte alas
para romper la cadena,
que Dios por una acción buena
pasa en cuenta muchas malas.
Y así, trata de olvidar
aqueste intento obstinado,
pues se puede uno salvar
solamente por dejar
de cometer un pecado.

DON DIEGO

¿Quién eres, hombre o deidad?
Detén la voz, no prosigas;
que me abraso en vivo fuego.
Pues la nieve endurecida
de mi corazón, tocada
del sol de tu voz divina,
en despeñados arroyos
por los ojos se destila.
deja que lllore a tus plantas
mis errores, y que siga
la senda de tus pisadas,
pues a tu heroica doctrina
ha debido el desengaño
mi engañada fantasía.
Solo a Dios busco, a Dios quiero;
que lo demás es mentira.

DON GIL

Alza a mis brazos, don Diego,
mira cuál es la caricia
de Dios y de sus piedades,
pues cuando el error seguías
te tuve lástima grande,
y agora me das envidia.

DON DIEGO

Pues, don Gil, para que sepas
cuán trocada está mi vida,

Vase GOLONDRO.

Escena XI

BRITO y músicos, que se quedan a un lado. -DON GIL-

BRITO

Bien podemos comenzar,
pues justo a la reja misma
está mi señor parado;
con la luna se divisa,
y en la capa le conozco.

MÚSICO °

Las voces no están muy finas.

MÚSICO °

Esto lo causa el sereno.

DON GIL

Para sí. Escucharé su armonía.

MÚSICA

*Coged la rosa, amantes,
de vuestra edad florida,
no la deshoje el tiempo,
que todo lo marchita.*

DON GIL

Para sí. Aquel repetido acento.

Qué profanamente avisa
a coger el fruto ciego
de las humanas delicias;
y qué apacible la noche,
con la mareta vecina
de ese jardín, entreteje
el olor con la armonía
si en el oído y los ojos
no peligrara la vista,
lograr deste pasatiempo,
no fuera gran tiranía.

MÚSICA

*Madrugad al aurora;
que se os pasa la vida,
y tras la primavera
no hay fruto sin fatiga.*

DON GIL

Para sí.

Que soy don Diego han pensado,
y con la música avisan
para que salga Violante;
que esta seña prevenida
estaba entre ellos dispuesta.
¡Válgame Dios! ¿No podía

yo, fingiendo ser don Diego,
gozar?... Mas, voz, ¿a qué aspiras?
¡Jesús mil veces! El alma
se ciega y se precipita.
¡Qué poderosa es la fuerza
de la ocasión! Fantasías,
dejadme. ¡Qué fácilmente
la hermosura peregrina
de Violante aquí pudiera
lograr sin riesgo! ¡Oh malicia
humana, que me propones
como trofeo la ruina!
Mas, cielos, ¿si consentí?
No, que he discurrido aprisa;
sí, que el discurso es ligero;
no, que la razón lo dicta;
sí, que estuvo la memoria
en su afecto suspendida;
no, que el pecho resistió
al impulso de la herida;
sí, que el pensamiento ahora
en su aprehensión aún vacila.
¡Oh qué sangrienta batalla
allá en el alma se aviva,
oponiéndose a combates
las potencias enemigas!
Contra la razón unidos
los deseos se amotinan,
y es la ocasión la campaña
adonde sus armas lidian.
Toca el apetito al arma,
la voluntad se conspira
contra el discurso, y le arrastra,
aunque del error le avisa.
es poderoso su imperio,
él resiste, ella porfía;
el mira el riesgo cobarde,
ella es ciega y nada mira,
y entre tan varios combates
va la razón de vencida.
Pues ¿qué remedio? No aguardes;
huye, Gil, porque peligra

MÚSICA

el alma en este combate,
si por los pies no te libras.
Agora, agora es tiempo
de gozar las delicias
que os da el amor por tantas
finezas merecidas.

DON GIL

Para sí. La música me suspende;
yo me rendí a la porfía
de este amoroso veneno;
mi culpa está consentida,
pues dudé en la resistencia.
y si lo está, ¿qué más dicha
puede darme el mundo ahora,
después de tener perdida
la gracia de Dios, que darme
la beldad más peregrina,
con que logre a mi despecho
el fruto de la caída?
Ya del jardín a la puerta
se asoma Violante. ¡Dichas,
qué veo! Turbado estoy.

Sale DOÑA VIOLANTE con el postigo del jardín.

Escena XII

DOÑA VIOLANTE. -**Dichos.**

DOÑA VIOLANTE

Don Diego, mi bien, mi vida.

DON GIL

Aparte. ¿A quién no rendirán, cielos,
tan apacibles caricias?

DOÑA VIOLANTE

Violante, dame la mano.

DON GIL

Toma, y vámonos aprisa;
no despierten.

Esto importa:
vamos pues.

DOÑA VIOLANTE

Tuya es mi vida.

DON GIL

Aparte. En volviendo aquesta calle,
haré que estos se despidan
sin conocerme. Violante,

mis pasos sigue atrevida.

Aparte. Soltome Dios de su mano;
ya lo erré, la culpa es mía.

Vanse.

Jornada II

Selva al pie de unos montes.

Escena I

DON GIL, GOLONDRO, DOÑA VIOLANTE.

Dentro ruido.

DON GIL

Dentro. Con la vida pagarás
el venirte sin dinero.

UNA VOZ

Dentro. Por Dios, que tengáis piedad.

DON GIL

Dentro. No tiene lugar tu ruego;
allá va este finiquito.

Dentro. ¡Muerto soy! ¡Válgame el cielo!

Salen todos, de bandoleros.

DON GIL

Si eres tahúr de pelota,
esa chaza te encomiendo
muy lindo camino lleva;
pique, que de aquí al infierno
es llano como la palma.

GOLONDRO

DOÑA VIOLANTE

Con mucha razón le has muerto;
pesie al alma del bergante,
¡en letras nos trae el dinero!

GOLONDRO

¡Sin blanca se nos venía!
¿No sabía el muy jumento
que ya no sigues las letras
desde que eres bandolero?
Traigan moneda y muy fina,

DON GIL

sin y sin embeleco,
y muera aquel que trujere
un real de a dos perulero.
Delito es en mi codicia,
y en mi crueldad es exceso
el no hallar en qué cebar
este insaciable deseo
de robos y latrocinios,
de atrocidades y incendios.
Desde que por tu hermosura
perdiendo a Dios el respeto,
me aparté de la virtud,
que ya cruel aborrezco,
ciudadano de estos montes,
tanto a mis vicios me entrego
que solo el nombre de culpa
es el que balaga mi pecho.
Seis años ha que en tus brazos
me dejó el cruel don Diego,
obligado a tus palabras;
y yo, celosa ¡qué necio!,
irritada y ofendida,
en esos montes descuento
a delitos las virtudes
que siguió mi amante necio.
Yo fui tuya, y tú eres solo
de mi libertad el dueño;
que aunque es verdad que le amaba,
es mucho más lo que debo
a tu amor y a tu fineza;
pues él, cobarde en su afecto,
me dejó por Dios, y tú.
Determinado y resuelto,
a Dios dejaste por mí:
mira si aquí te prefiero
Con razón, pues por amarme
a Dios le hiciste un desprecio.
Y no solo le he olvidado,
pero tanto le aborrezco,
que hasta quitalle la vida
no ha de templarse mi fuego.

DOÑA VIOLANTE

Aparte. Miento; que aun dura en el alma

aquel afecto primero
 que le tuve, aunque el enojo
 me llevó a tanto despeño,
 y entre el amor y la ira
 tengo equivocado el pecho.
 DON GIL De Dios me aparté, y tomara
 no haber perdido aquel tiempo
 que empleé en necias virtudes,
 y quisiera desde luego
 haber seguido los vicios
 contra las leyes del cielo.
 GOLONDRO ¡Lindo acto de contrición!
 Oyes, reza siempre aqueso
 al ir a acostarte, y ganas
 cuatro mil años de infierno.
 DON GIL como yo viva entre vicios,
 nada miro y nada temo.
 GOLONDRO Lleven de aquí los devotos
 este tratadito nuevo.

Escena II

DOS BANDOLEROS, UN LABRADOR, UNA LABRADORA. -**Dichos.**

BANDOLERO 1.º **Al salir.** Vayan donde el Capitán
 los registre.
 DON GIL ¿Qué es aqueso?
 BANDOLERO 2.º Señor, estos labradores
 que, ignorantes de su riesgo,
 los prendimos, a tu gusto,
 como ves, los ofrecemos.
 DON GIL **Aparte.** a doña Violante.
 Cubre el rostro, por si acaso
 vienen de Coimbra estos.-
 ¿Quién sois, decid, y de dónde
 venís?
 LABRADOR Si nos deja el miedo,
 sin que le falte una pizca,
 lo que mandáis os diremos.
 Los dos vivimos, Señor,
 en ese vecino pueblo,

cuyo nombre es Valdefuentes
y por señor conocemos
a don Vasco de Noroña.
Lo que somos es aquesto,
y venimos de Coimbra
de ver aquel ángel bello
de Leonor, su hija menor,
que te sirve de consuelo,
después que esotra Violante
¡oh, plegue a Dios que mal fuego,
la abrase, y malas avispas
la puncen todo aquel cuerpo!
De su casa se escurrió
con el traidor de don Diego
de Meneses.

VIOLANTE

¿Que a Violante
dicen y tienen por cierto
que don Diego la robó?
Y hay quien diga que la ha muerto.
Y de don Gil ¿qué se cuenta?
Ése es un ángel del cielo
faltó en Coimbra el consuelo
mas su imagen nos alienta.
Dicen que la noche propia
que a Violante se llevó
don Diego, él también faltó,
y como del cielo es copia,
con celo y con fe encendida,
huyendo de la ciudad,
habita la soledad
en estrecha y santa vida;
mas está en veneración,
y nunca jamás fue abierta
su casa, y tiene a la puerta
su retrato. Es gran varón.
¿Retrato le han hecho?

GOLONDRÓ

LABRADOR

Y pues:

a su puerta está pintado,
con su loba muy finchado;
en fin, santo portugués.
Devotos tiene cien mil,
y el peor y el más travieso,

LABRADORA

en cualquiera mal suceso
 dice: «Válgame don Gil.»
 LABRADOR Luces le ponen en prenda
 de sus muchas maravillas.
 GOLONDRO ¡Oh! Si le ponen velillas,
 santo es de Carnestolendas.
 LABRADOR Yo mis ruegos le consagro,
 porque me salió en verdad
 de una gran ventosidad.
 GOLONDRO Oye, cuélguele el milagro.
 DON GIL **Aparte.** De una opinión asentada
 estos los efectos son,
 porque deja la aprehensión
 a la evidencia engañada.
 LABRADOR Y si más no nos mandáis,
 pues que tan pobres nos veis,
 por don Gil, que nos dejéis.
 DON GIL Por buen santo me rogáis;
 idos luego, antes que haceros
 a horcar mande de una rama.
 LABRADOR **Aparte.** Esto merece quien llama
 un santo entre bandoleros.
 DON GIL Echadlos.
 BANDOLERO ° -Vaya el villano.
 LABRADOR **Aparte.** Harto es que vida nos deje.
 LABRADORA **Aparte.** ¡Qué talle tiene de hereje!

Llévanse los DOS BANDOLEROS a LOS LABRADORES.

Escena III

DOÑA VIOLANTE, DON GIL, GOLONDRO; **luego**, DON VASCO y DOÑA LEONOR.

DON VASCO **Dentro.** Vaya el coche por lo llano
 mientras que yo con Leonor
 por la cuesta me encamino.
 DOÑA VIOLANTE Gente atraviesa el camino;
 prueben todos tu rigor.
 DON GIL Mientras que acercarlos dejo,
 te puedes aquí apartar.

GOLONDRRO

Dejádmelos desnudar;
les quitaré hasta el pellejo.

Salen DON VASCO y DOÑA LEONOR, de camino.

DON VASCO

Con cada paso que doy,
Leonor, mi vida se acorta
y el llanto no se reporta,
viendo que a dejarte voy
en religión, sin poder
tu inclinación estorbar;
que la pude dilatar,
mas no la pude vencer.

GOLONDRRO

A DON VASCO.

Yo salgo a cobrar mis fueros
Hoy en la hacienda o la vida.

DON VASCO

¡Gran pena! Leonor querida,
dimos entre bandoleros.

DOÑA LEONOR

Reportad la indignación,
pues todo se os ha postrado.

GOLONDRRO

Aparte. a DOÑA VIOLANTE

¡Buen lance habemos echado!
Tu hermana y tu padre son.

DOÑA VIOLANTE

La ira que el pecho gobierna
lo que puede hacer ignora.

GOLONDRRO

Oyes; di que te dé ahora
tu legítima materna.

DOÑA LEONOR

Si la defensa es en vano,
líbrenos el interés.

DOÑA VIOLANTE

Aquesta mi hermana es.

DON GIL

Aparte. Es un ángel soberano:
veneno en su vista he hallado,
y puesto en razón está,
porque en un hombre obstinado
siempre el deseo se va
dolido es mayor el pecado.

Cuando era bueno la vi
sin el ardor que repito;
pero ¿qué mucho ¡ay de mí!
Si la están mirando aquí
los ojos de mi apetito?

DOÑA VIOLANTE

Aparte. Viendo a mi padre, se advierte

DON VASCO

el alma ciega y corrida.
Si es que trazáis nuestra muerte,
para mi no os pido vida,
que en mí el morir será suerte;
que si en vuestras manos doy
la vida, me habréis sacado
de desdichas, porque soy
el hombre más desdichado
que Portugal tiene hoy.
Solo la piedad pretendo
para esta hija que es joya
con que he escapado, huyendo
de mi casa, que es la Troya
que está en desdichas ardiendo.
Hijas el cielo me dio:
ángeles han parecido;
porque la mayor cayó:
ya es demonio, y ésta ha sido
el buen ángel que quedó.
de virtudes está llena,
ninguna mujer la iguala
y pues mi desdicha ordena
que tenga vida la mala,
no le deis muerte a la buena.
Si una vida queréis ya
pagaros quiero el tributo;
que menos daño será
cortar el temprano fruto
que no el árbol que le da;
aunque en ambos puso Dios
tan grande amor, que ninguno
le ha igualado; y así, vos,
solo con matar al uno,
quitáis la vida a los dos.
Aparte. A aquellos ojos se deben
mil victorias y trofeos;
cielos son que perlas llueven,
y mis sedientos deseos
dentro del alma las beben.
por ti, divina Leonor,
haré otro grave delito;
que el pasado fue un error,

DOÑA LEONOR

DON GIL

y este es un ciego furor,
con que el perdón me limito.
A don Vasco he de Matar;
mas esto que el alma pinta
podrá Violante estorbar.
Váyanse pues a la quinta;
que allá la pienso robar.

DOÑA VIOLANTE

Aparte. a DON GIL
Dime, don Gil, ¿qué haremos?
Que nuestra necesidad
con sus joyas remedemos,
y la amada libertad,
por ser tu sangre, les demos.

DON GIL

A DON VASCO.
Comprad las vidas.

GOLONDRRO

Prestito,
venga el argen.

DON VASCO

Si el rigor
de aquesa suerte os limito,
Aquí hay joyas de valor.

DOÑA VIOLANTE
DON VASCO

Dale una caja.
Aparte. Si son más, nada os quito,
aquesas prendas guardé
de una hija que tenía.

DOÑA VIOLANTE
DON VASCO

Y ¿adónde está?
No lo sé
desde el infelice día
que perdida la lloré.
Harto en ellas os he dado;
mas, pues ella me ha dejado,
contra el mandato de Dios,
gozad de sus joyas vos,
pues que me habéis perdonado.

DOÑA VIOLANTE

Aparte. A su vista enternecí
el pecho airado y sangriento.
Idos, pues la vida os di.

GOLONDRRO

No le dejes ir de aquí
sin que haga testamento.

DON VASCO

Por ti la vida he logrado;
ojalá que me muriera.

DOÑA LEONOR

Ven, Señor, pues nos ha dado
libertad el cielo.

DONA VIOLANTE
DON VASCO
DOÑA VIOLANTE

Espera.

¿Qué queréis?

Pierde el cuidado.

Aparte. Pues que mudado mi ser,
tu maldición me alcanzó
agora pretendo ver
si la puede deshacer
la mano que la labró.
Ruégote que me perdones
tus injurias y me digas
gratas y amables razones,
y porque tu pecho abones,
como padre me bendigas.
Ya que con sano consejo
pides bendición a un viejo,
Dios desta vida te saque,
él te perdone y se aplaque;
que perdonada te dejo.
Vida los cielos te den,
pues así mi vida apoyas.
Todo te suceda bien.

DON VASCO

DOÑA VIOLANTE

DON VASCO

Vase con DOÑA LEONOR.

Escena IV

DON GIL, DOÑA VIOLANTE, GOLONDRO.

GOLONDRO

Oye, padre, eche también
la bendición a las joyas.

DON GIL

Aparte. Tras ti, Leonor, va mi vida.

DOÑA VIOLANTE

Aparte. Yo misma ignoro mi estado;
mas bien es que el perdón pida
para tenelle alcanzado,
si llego a estar reducida.

DON GIL

¿Qué joyas son?

DOÑA VIOLANTE

No pequeñas;
y este retrato ha de ser
de mi hermana.

DON GIL

Aparte. ¿El sol me enseñas?
Déjame su copia ver.

DOÑA VIOLANTE

Voy a que oculten las peñas
todo este rico trofeo.

Vase, llevándose la caja.

Escena V

DON GIL, GOLONDRO.

DON GIL

No de esa gloria precisa
me prives; pero ya veo
que el perdella tan aprisa
enciende más mi deseo.
¿Qué llama es la que en mi ofensa
su hermoso rostro me pinta?
Mas robarela en la quinta,
donde estará sin defensa;
trofeo será esta noche
de mi amor, que al suyo aspira.-
¿Golondro?

GOLONDRO

Señor.

DON GIL

Ve, y mira

qué camino tenía el coche,
y sabe de algún criado
si en la quinta han de tener
la noche, sin que entender
pueda nadie tu cuidado;
y avísame aquí al instante.

GOLONDRO

Pienso que amas a Leonor.

DON GIL

Por ella muero de amor.

GOLONDRO

¿Siendo hermana de Violante?

DON GIL

Eso no es dificultad
en mi ciega obstinación.

GOLONDRO

Tú eres el primer ladrón
que se inclina a la hermandad. **Vase.**

Escena VI

DON GIL.

DON GIL

¡Que Violante me impidiera
que con Leonor me quedara,
y este gusto dilatara!
Pero esta noche la espera
lograr el alma en sus brazos,
donde se aplaque este ardor.
¡Oh, plegue a mi ciego amor
que se abrevien ya los plazos!
Y es de muy poca importancia
el que de Violante he sido;
que en quien vive tan perdido.
¿Qué importa una circunstancia?
Nada mi pecho recela
como logre de Leonor
la hermosa vista.

Escena VII

GOLONDRRO. -DON GIL.

GOLONDRRO

Señor,
el coche corre que vuela,
y con fines diferentes
porque me dijo un criado
Que se quedó rezagado
que a Leonor a Valdefuentes
la lleva a ser religiosa
su padre, y hoy llegarán,
y al punto la zamparán.

DON GIL

Calle tu lengua engañosa;
por ti mi bien se perdió.

GOLONDRRO

¿Por mí?

DON GIL

Y mi luz se deshizo.

Pégale.

GOLONDRRO

¿Pesia al alma que te hizo!
Pues ¿hela dotado yo?

DON GIL

Ya toda mi dicha cesa
y en ti he de vengar mi ardor.

GOLONDRRO

Tente por Cristo, Señor;
que yo no soy abadesa.

DON GIL

¡Oh, cómo en mi privación

GOLONDRO crece el ardor de que muero!
Aparte. ¿Aquesto es ser bandolero?
 ¿Esto sucede a un ladrón?
 Aquestas son aldabadas
 que Dios conmigo reparte.
 ¿De las joyas no dan parte,
 y la dan de las puñadas?
 DON GIL ¡Que me estorbese amor tanto
 Violante! ¡Pesía a los dos!
 GOLONDRO **Aparte.** Golondro, ¿no tenéis vos
 vuestros principios de santo,
 y en el común parecer
 don Gil está venerado
 y vos fuisteis su criado?
 Pues yo sé lo que he de hacer.
 DON GIL Vete de aquí. Mal resisto
 aqueste amoroso estrago.
 GOLONDRO **Aparte.** ¿El mundo da aqueste pago?
 Santo he de ser, juro a Cristo. **Vase.**

Escena VIII

DON GIL; luego, EL DEMONIO.

DON GIL ¡Que la divina beldad
 de Leonor perdiese así!
 ¡Oh qué imperio tiene en mí
 mi apetito y mi maldad!
 Ciego estoy, pierdo el sentido,
 y más siento en mi cuidado
 el que Dios la haya ganado
 que el haberla yo perdido.
 Aqueste es preciso efeto
 de algún infernal furor,
 y por gozar de Leonor
 diera el alma.
Aparte. Al salir.
 Yo la aceto.
 DON GIL **Aparte.** ¿Quién será este hombre, que al verle
 turbada el alma, se hiela?
 Quien al cielo no temió,

¿de un objeto humano tiembla?
¿Quién eres, que el corazón
inquieto está en tu presencia?
Tu amigo soy, no te turbes,
el pecho inquieto sosiega;
que antes yo vengo a ayudarte,
y a hacer por ti una fineza.

DON GIL
Pues ¿qué te mueve a ese intento?

DEMONIO
Ver que a un deseo te entregas
de una belleza, y que yo
puedo hacer que la poseas.

DON GIL
¿Qué es lo que dices? Pues ¿tú
mi amante pecho penetras?

DEMONIO
Yo penetro tus intentos,
porque al poder de mi ciencia
todo es fácil, y a mi voz
toda esa estrellada esfera,
o corre precipitada,
o retrocede violenta:
todos los cuatro elementos
me obedecen y respetan.
¿Quieres que al imperio mío
los montes se desvanezcan,
y que los humildes llanos
fácilmente los excedan?
¿Quieres que el aire se turbe?
¿Quieres que esa luz primera,
equivocada en su curso,
vague por extrañas sendas?
¿Quieres que el mar enojado
rompa con la boca inquieta
el freno, que ha tantos siglos
que le tasca y no le quiebra?
Que todo cuanto te he dicho,
si es que el crédito me niegas,
verás aquí ejecutado
hoy de mi poder a fuerza;
pues unidos y conformes,
sin hacerme resistencia,
se rinden a mi poder
agua, viento, fuego y tierra.

DON GIL
Lo de tu ciencia no dudo;

no tienes que hacer reparo,
que larga vida te queda.
Y no solo de Leonor
gozarás, mas si deseas
los más imposibles vicios
y las mayores bellezas,
Angello, que este es mi nombre,
te las servirá a tu idea.

DON GIL Bien dices: viva con gusto,
y lo que viniere venga.

DEMONIO Y si me sirvieres bien,
aunque agora no lo piensas
te daré la libertad;
porque no es la vez primera
que un dueño la da a un esclavo,
si es que a dalle gusto acierta.

DON GIL En todo he de obedecerte.

DEMONIO Pues en esa cueva te entra.
Adonde el contrato firmes,
y la esclavitud impresa
en tu rostro dé a entender
que nada a mi imperio niegas.

DON GIL Vamos, y viva con gusto.

DEMONIO ¡Oh qué de vicios te esperan!

DON GIL Y dime, ¿podrás ponerme
adonde a don Diego vea
de Meneses, y le mate?
Que por ser causa primera
de mi perdición, deseo
dalle la muerte sangrienta.

DEMONIO Yo haré que a don Diego mates.
Aparte. No le diré que le encierra
esta soledad, y que es
asombro de penitencia,
y le tiene tan mudado
de su vida la aspereza
que el mismo se desconoce
entre sus borradas señas.
Tú lograrás tu venganza.

DON GIL Tuya es el alma que anhelas;
mas mira que es condición
que has de darme a Leonor bella.

DEMONIO

De su beldad serás dueño
yo cumpliré mi promesa.

DON GIL

Pues goce yo de Leonor
Y mas que todo se pierda,
entra; que allá lo verás
al ajustar de la cuenta.

DON GIL

¿Qué dices?

DEMONIO

Que soy tu amigo,
y haré por ti más fuerzas.

Vanse.

Escena IX

DOÑA VIOLANTE.

DOÑA VIOLANTE

Desde que benignamente,
ignorante de quién era,
mi padre me perdonó,
mal hallada en tan inmensas
culpas, me cansa esta vida,
sin que acierte a salir della;
mas, templada mi malicia
en una interior pelea,
si yo me ayudara más,
sospecho que la venciera.
Y esto no es que a la virtud
abrirle quiero la puerta,
sino que la misma carga
de los delitos y ofensas
me están oprimiendo el alma;
y así, aliviarse desea,
porque también de los vicios
aflige lo que deleita.
¡Ah si la piedad de Dios
aplicara en mí su fuerza
tanto, que él solo sin mí,
pues conoce mi flaqueza,
me sacara deste estado!
Mas ¡oh divina clemencia!
¡Que le deis al pecador

con vuestra piedad inmensa
ocasión de que esto os pida,
y cuando a seguiros llega,
os cargue todo el remedio,
siendo a vos toda la ofensa!
Yo quiero ayudarme en algo
para ver si en mí se esfuerza
aqueste interior impulso,
que yo le conozco apenas.
En aquesta soledad,
entre estas incultas breñas
habitan muchos varones
que el vano siglo desprecian:
quiero ver si alguno veo,
y informalle las miserias
en que vivo, por si acaso
su voz este auxilio alienta.

Retírase hacia los bastidores, y sale EL DEMONIO por el lado opuesto.

Escena X

EL DEMONIO. -DOÑA VIOLANTE.

DEMONIO

Para sí. Apenas dejé vencido
a don Gil, cuando otra guerra
me aflige y me da cuidado.
Violante, ya de la enmienda
deseosa, busca medios
para que lograrla pueda.
A una pobre labradora
dio las joyas: bien comienza
la que a Dios busca, tomando
de la caridad la senda;
más yo la divertiré,
o haré a lo menos que vea
a don Diego de Meneses,
donde el odio o la fineza
la turbarán la memoria;
y sacaré desta empresa
que alguno se prevarique.

Ea, que el vencer es fuerza.

Llega a DOÑA VIOLANTE.

Violante, si acaso buscas
entre estas ásperas peñas
algún hombre que te guíe
en las dudas que te inquietan,
cerca de aquí un varón justo
vive, cuya penitencia
es asombro destes montes.
DOÑA VIOLANTE Y tú, que juntos penetras
mi nombre con mis intentos,
¿quién eres?
DEMONIO Soy quién desea
que acabes ya de seguir
la virtud, y a Dios te vuelvas.
DOÑA VIOLANTE Razón será que yo siga
tus consejos; que quien llega
a conocer mis motivos.
DEMONIO Superior brazo le alienta.
Pues mira: en aquese valle,
que altivos montes le cercan,
verás una cueva inculta,
que se forma de una peña,
en cuyo centro hallarás,
si es que a su piedad te entregas,
el penitente varón
que ha de ser norte a tus penas.
Dile la causa de estar
en tantos vicios envuelta
quién eres y a lo que aspiras.
DOÑA VIOLANTE **Aparte.** Porque llegue a conocerla
don Diego, esto la aconsejo.
Haré lo que me aconsejas,
y al valle descenderé
por esta intrincada senda.
DEMONIO Yo sé que en él has de hallar
quien de tan oscuras nieblas
te saque.
DOÑA VIOLANTE De Dios lo fío. **Vase.**

por vivir con más regalo,
y cualquiera que le encuentre
le verá glotoneando.
GOLONDRRO Es que estoy entapizando
el cuarto bajo del vientre.
DEMONIO Si dice que es santo, miente;
que yo su registro soy.
GOLONDRRO Y ¡cómo que santo soy!
Y no es porque estoy presente.
DEMONIO ¿Él de ladrón no vivía?
GOLONDRRO **Aparte.** Aquí ya no hay que esperar.
Hermano, voyme a rezar;
que es largo el rezo del día.
DEMONIO Y hoy ¿a quién reza?
GOLONDRRO **Aparte.** -El hermano
aprieta.
DEMONIO Hable sin recelo.
GOLONDRRO A un santo que está en el cielo,
como entrarnos, a esta mano.
DEMONIO Váyase el hipocriton.
GOLONDRRO Que me place. **Vase.**

Escena XII

EL DEMONIO.

EL DEMONIO Vaya, digo.-
Pero ya Violante llega
a la parte que le han dicho
mis furias. ¡Ah! Logre yo
uno de dos precipicios.

Entrase por un lado y sale por el otro.

Valle.- Vese la entrada de una gruta.

Escena XIII

DOÑA VIOLANTE; luego, DON DIEGO, de ermitaño -EL DEMONIO.

DOÑA VIOLANTE

Aquesta es, según las señas,
la cueva o sepulcro vivo
de aquel hombre penitente
que es destos montes prodigio,
llamarele. -Varón justo,
padre apacible y benigno,
sal a mi voz, pues te busco
por norte, senda y camino.

Sale don Diego, de ermitaño.

DON DIEGO

Ya, de tu voz obligado,
a justa piedad movido,
salgo ahora, aunque, apartado
del mundo, ignorado vivo;
que sin duda a tu consuelo
me lleva impulso divino.
Porque ha mucho tiempo que
nadie penetra este sitio.
¿Qué es lo que pretendes?

DOÑA VIOLANTE

Padre,
yo busco en vos el alivio
de mis males; que son tantas
mis culpas, que aunque me animo,
no hay en mí bastantes fuerzas
para tan fuerte enemigo.
Son mis fortunas tan grandes,
y tantos son mis delitos
que temo que han de cansaros.

DON DIEGO

No hará, porque me lastimo
de sus males. Siéntese,
y descanse aquí conmigo.

DEMONIO

Aparte. Esta piedad amorosa
muy presto será incentivo.

DOÑA VIOLANTE

De esa piedad animada,
mis desdichas os repito.
Seis años ha que dejando
de mi padre el fiel cariño,
obstinada en mis errores,
esos montes he vivido,
siendo pasmo, siendo asombro
de robos y de homicidios.

DEMONIO
DOÑA VIOLANTE

No ha habido crueldad ninguna,
venganza, error ni delito,
que yo no le haya intentado;
y pues el efecto os digo,
os referiré la causa
de mis injustos delirios.
Yo quería un caballero
con un afecto tan fino,
que aún hoy dura en mi memoria.
Aparte. Eso sí, rigores míos.
Mi padre le aborrecía,
y a otro caballero quiso
darme en casamiento; y yo,
determinada al peligro,
a don Diego de Meneses
que aqúeste era el apellido
de mi amante le avisé
que viniese prevenido
a mi calle, y me sacase
de mi casa: y convertido
a las voces de don Gil,
perdió la ocasión remiso;
pero gozándola él,
a aqúeste monte consigo
me trajo, donde mis culpas...

Llora DON DIEGO.

DEMONIO
DOÑA VIOLANTE
DON DIEGO

Parece que enternecido
estáis

Aparte. Ya siente los celos,
pues llora. Furor, vencimos.
¿Que, en fin, a llanto os provocan
mis desdichas.

Es preciso
que llore; mas no me obliga
lo que aquí habéis presumido,
sino ver que cuando quise
seguir el mejor camino,
tenía el alma tan hecha
a errores tan excesivos,
que, sin saber lo que hacía.

de la costumbre movido
el enmendar yo mi vida
os costó tantos delitos.
DEMONIO. Para Dios viene este llanto,
que yo pensé que era mío.
DOÑA VIOLANTE. Luego ¿vos don Diego sois
de Meneses? Ya os imito
en el llanto y la terneza. **Llora.**
DEMONIO. Ya estos llorosos indicios
me tocan a mí, no al cielo.
DON DIEGO. Pues ¿por qué a llanto os obligo?
DOÑA VIOLANTE. Porque habiéndonos labrado
con un instrumento mismo
pues don Gil en nuestras vidas
equivocó los principios,
siendo una misma la causa,
con dos efectos distintos,
a vos os hizo tan bueno
y a mí tan mala me hizo
DEMONIO. **Aparte.** ¡Ah humanas lágrimas, cómo
me enviáis siempre vencido!
DON DIEGO. Fíe en Dios, que ha de ayudarla,
y con su brazo divino
ha de salir vencedora.
DOÑA VIOLANTE. De su clemencia lo fío,
y con vuestra vista, el alma
deshecha en corrientes ríos,
ya es de Dios cuanto desea,
ya es de Dios cuanto imagino.
DEMONIO. **Aparte.** ¡Ah, pesia a mí! ¡Que esto sufro!
Ya me importa dividirlos,
pues donde jamás pensé
tantas penas he adquirido.
Cercad el monte, aquí está
A voces.
La salteadora que ha sido
escándalo de estos montes.
Prendedla o matadla, amigos;
cercad la montaña, muera.
DOÑA VIOLANTE. Padre, en mi busca han venido
esos, e intentan prenderme.
DON DIEGO. Pues, hija, excuse el peligro,

ocúltese entre estas peñas;
que Dios, que es padre benigno,
la librá.

DOÑA VIOLANTE
DON DIEGO
DOÑA VIOLANTE

En él espero.

Con él no tema el peligro.
¿Volveré a veros y a hallar
la vuestra virtud alivio?

DON DIEGO

No haga tal porque es error;
que aquel nuevo afecto antiguo,
de vernos y de escucharnos
a entrarse en el pecho vino,
y si en ocasión ponemos
los ojos y los oídos,
se podrá entrar otra vez,
como ya sabe el camino.

DOÑA VIOLANTE
DON DIEGO
DOÑA VIOLANTE

Pues, padre, a seguir a Dios.

Él la dará sus auxilios.

DEMONIO
DOÑA VIOLANTE
DON DIEGO

Vencer pienso con su ayuda.

Aparte. Y yo penar, de corrido.

En vuestra piedad espero.

DOÑA VIOLANTE
DON DIEGO

Dios es de todo principio.

Pues a la lid.

DOÑA VIOLANTE
DON DIEGO

A vencer

nuestro común enemigo.

El cielo, padre, os lo pague.

Hija, acompáñela él mismo.

Vanse cada uno por su lado.

DEMONIO

Y a mí me valga mi furia
hasta que fiero y altivo
ponga los airados pies
en vuestros cuellos indignos. **Vase.**

Jornada III

Monte.

Escena I

DON VASCO, BRITO, UN VILLANO y CRIADOS, **con escopetas; luego, DON GIL, dentro.**

VILLANO

Este sitio, Señor, es el paraje
donde este aleve, tiene su acogida;
tu piedad los escándalos ataje
que hace en esta comarca este homicida;
que yo sus pasos a seguir me obligo
hasta ponerlo en manos del castigo.

UN CRIADO

Pues ya, Señor, el Rey orden te envía
para que tú castigues la osadía
de don Diego, y armado y prevenido
en su busca a este monte hoy has venido
no tu llanto a tu enojo dé templanza,
sino enciéndele más en la venganza
de un traidor que una hija te ha robado,
y a su hermano y a ella muerte ha dado.

DON VASCO

Calla, no me lo acuerdes, no me digas
que dio muerte a Violante, no prosigas;
que me acuerdas la culpa que he tenido,
Pues de mi maldición efecto ha sido.-
¡Ay, hija desdichada!
Ay, flor, que por hermosa fue arrancada
de mano que la arroja
¡cuando el desprecio infame la deshoja!
¡Ay, vejez flaca y yerta!
¿Para qué, cielos, dilatáis mi vida?
¿No bastaba la herida
de un hijo muerto, para darme muerte,
y sentir en mi honor golpe tan fuerte,
sin que yo agora viera
desdicha tan atroz, traición tan fiera?
¿Tuve yo culpa de su injusta estrella?
Si estaba contra ella
vuestra justicia airada,
¿no pudiera sin mí ser desdichada,
pues yo en nada os ofendo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
De tres hijos, Señor; que me habéis dado

quedé desamparado;
mató don Diego un hijo, en quien yo estaba;
de dos hijas que amaba,
una os di por esposa,
que vive humilde y santa religiosa;
otra el cruel don Diego
de casa me robó, y después que ciego
el honor me quitó y la compañía,
aquella parte de la vida mía
que en ella le quedó a mi sangre helada,
me quitó con traición tan desusada,
porque acabe quien todo lo resiste;
si hay muerte para un triste,
que así está padeciendo.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

BRITO

Viven los cielos, que aún a mí me irrita;
que ha sido una maldad tan exquisita,
que, aunque comí su pan, si con él cierro
espero en Dios volvérselo de perro.

DON GIL

Dentro. Al monte, compañeros;
dejad ya de talar esos oteros.

VILLANO

Señor, este es don Diego
y para que se logre con sosiego
el prenderle, emboscarte es conveniente
hasta que yo os avise diligente;
porque ahora el peligro es manifiesto,
pues vienen todos juntos a este puesto.

CRIADO

Señor, muy bien te advierte.

DON VASCO

Ya me encendió el deseo de su muerte,
y del monte sin él volver no espero.

VILLANO

Retírate primero,
para lograrlo, donde queda el coche.

DON VASCO

Muera don Diego.

BRITO

Muera, y sea de noche.

Vanse.

Escena II

DON GIL, EL DEMONIO.

DON GIL

Desde los bastidores.

Amigos, descansad en este monte;
que ya de discurrir este horizonte,
no perdonando vida
de quien no sea bárbaro homicida,
quitando a las mujeres
su honor, su hacienda a ricos mercaderes,
cansado estoy; ya el vicio en mí es oficio,
y en siendo por tarea cansa el vicio.

DEMONIO

Pues ¿cómo te fatiga
lo que el gusto y contento a hacer te obliga?
¿Tú no te miras rey desta montaña?
La tierra, el aire, el agua que la baña
¿No te rinden su fruto?
Cuantos pasan por ella dan tributo
a tus manos valientes;
los elementos tienes obedientes
a la ciencia fatal que te he enseñado;
todo a ti está postrado,
y lo que es mas que todo, yo a Violante,
y lo que es más que todo, yo a Violante,
porque ya te cansaba su semblante,
la aparté de tus ojos,
porque no te causase más enojos.
si te fastidia un gusto, en otro piensa,
pues tu poder dispensa
en deleites humanos,
y están todos sujetos a tus manos.

DON GIL

Ya sé lo que te debo,
y llegándolo a ver, siempre renuevo
la escritura y contrato
de darte el alma, y compro muy barato;
que muerto el hombre, el alma, que no es suya,
¡qué importa que sea de otro o que sea tuya?
mas nada me contenta, nada veo
que llene mi deseo,
sino un bien esperado
que tú me has prometido y no me has dado,
que es aquel rostro bello
que el tuyo me retrata, porque de ello
no me pueda olvidar en tantos años.

DEMONIO

Aparte. Esa fue la intención de mis engaños,

DON GIL

porque en ese deseo
me importa a mi tenerte, cuando veo
que por él te adelantas.
a hacer a Dios y al hombre ofensas tantas,
Este deseo solo me desvela.

DEMONIO

Pues puede tu cautela
lograrme este contento,
no me dilates bien que tan sediento
tiene mi ardiente labio:
déjame hacer al cielo aqueste agravio
Aparte. Traerele esta mujer en fantasía;
que para lograr yo la envidia mía
no importa que ella en la verdad no sea
sino que él lo imagine y que lo crea.
Si es ese tu desvelo,
presto tu pena logrará el consuelo.
Yo haré que esa mujer venga a buscarte
a este monte; tú espera en esta parte;
que en esa cueva habita un ermitaño,
y allí la has de gozar. **Aparte.** Júntese el daño
que este se hace a sí mismo
al que otro hacer puede; que un abismo,
si es abismo la culpa, al otro llama.

DON GIL

Pues ¿dónde vas?

DEMONIO

A hacer que aquesa dama
te venga aquí a buscar.

DON GIL

Pues yo la espero.

DEMONIO

Aparte. Y yo del cielo así vengarme quiero.
Vase.

Escena III

DON GIL; **luego**, DOÑA VIOLANTE.

DON GIL

Si gozo la hermosura
de Leonor, no deseo más ventura
¿qué me importa que sea gran pecado,
si ya estoy condenado?
Ya yo desesperé; sentencia hay dada.
pues si ya está mi alma condenada,
¿Quién podrá revocarme la sentencia

DOÑA VIOLANTE
DON GIL

del cielo?

Dentro. Penitencia, penitencia.
¿Qué oí? ¿Qué voz tan lastimosa
por presagio me avisa? ¡Oh engañosa
fantasía, que así turbarme quieres
los gustos de mi vida y los placeres!
si ya Dios me ha dejado de su mano,
¿de qué sirve que tú digas en vano
que para revocar esta sentencia
puede haber...

DOÑA VIOLANTE
DON GIL

Dentro. Penitencia, penitencia.
Otra vez el aviso ha repetido;
pero no al corazón, sino al oído.
¿Quién puede ser quien me predica en vano?
Pero no es ilusión; que un bulto humano
por entre aquellas ramas se descubre,
y hacia mí se encamina; el rostro cubre
con el cabello que en su frente crece.
Ya lo distingo; más mujer parece,
y mujer penitente;
que de un saco se cubre solamente.
Y en su mano, como otra Magdalena,
trae una calavera. Extraña pena
me da el verla, esperando mis placeres.
Ya llega junto a mí. -Mujer, ¿quién eres?

Sale DOÑA VIOLANTE con un saco, cubierto el rostro con sus cabellos, y una calavera en la mano.

DOÑA VIOLANTE

Penitencia, pecador,
que a Dios tienes ofendido.
Si en la culpa estás dormido,
este es tu despertador.

DON GIL

¿Quién eres, pasmo y horror,
bruto con señas de humano?

DOÑA VIOLANTE

Quién soy preguntas en vano,
cuando diciéndolo voy;
mas si preguntas quién soy,
la respuesta está en la mano.
Lo que soy llegas a ver
en esta imagen tan fea,
y tengo, hasta que esto sea,

prestado este parecer.
Esto soy y esto has de ser
tú, tan robusto y dispuesto;
que el hermoso alegre gesto
que el rostro al hombre le ofrece
es solo lo que parece;
pero lo que es no es más desto.
A ser esto han de venir
la majestad, la belleza;
ciencia, valor y riqueza
aquí se han de convertir.
Quien vive para morir
es quien más vida recibe,
y el que este fin no apercibe
llega más presto a la muerte;
que el que vive desa suerte
también muere lo que vive.
Los pasos que aquí voy dando
que llego al fin me previenen,
pues del número que tienen
estos se va descontando.
Cumpliranse, pero cuando
nadie lo supo primero;
solo que lo sabe infiero
quien, previniendo su ocaso,
sabe dar cualquiera paso
como si fuera el postrero.
Yo voy a mi muerte así,
sin que pueda detenella;
que si yo no voy a ella,
ella ha de venir a mí.
Hombre que quedas aquí,
tú andas la misma vereda;
no tu vida pensar pueda
que el quedarte es detenerte;
que en la senda de la muerte
anda más el que se queda.
Detente, sombra o quien eres;
¿hablas conmigo?

DON GIL

DOÑA VIOLANTE

Hablo yo
con el que a Dios ofendió
siguiendo torpes placeres.

Tú, que oyes, seas quien fueres,
lo que al pecador le digo,
yo fui de Dios enemigo,
y esto lo digo por mí;
mas si te conviene a ti,
tu pecado habla contigo.
DON GIL Conmigo habláis y mi error;
mas ya es tarde, y soy cobarde.
DOÑA VIOLANTE Nunca puede llegar tarde
el que llega con dolor.
DON GIL Yo sí; que ya del favor
del cielo he desesperado.
DOÑA VIOLANTE El Demonio te ha engañado,
porque siempre el hombre es dueño
de librarse del despeño
cuando aún no se ha despeñado.
DON GIL El que anticipadamente
se previene a bien vivir,
y vive para morir,
ese va a Dios justamente;
mas aquel que negligente
dejó a Dios, y ciego está
en sus vicios, ¿qué hallará,
yendo a Dios con tanto error?
DOÑA VIOLANTE El primero va mejor,
pero el segundo bien va.
Dígalo un ejemplo fiel:
caminan dos, uno acaso
sabe al camino un mal paso,
y prevenido huyó dél;
el otro fue a dar en él,
Viole, al camino volvió.
más trabajo te costó
que al otro huir del vaivén:
no se libró éste tan bien,
pero también se libró.
En la senda de la muerte,
del infierno está el ocaso;
huye el riesgo de este paso
quien prevenido le advierte;
mas aquel que se divierte
en él, va a precipitarse;

pero antes de despeñarse
puede volver y escapar,
trabajo le ha de costar.
Mas no deja de librarse.
El peligro más extraño
que el hombre puede tener,
es riesgo hasta suceder;
pero en sucediendo es daño.
Al riesgo se va tu engaño,
mas hasta el mismo morir,
a tu lado siempre ha de ir
de Dios justo y providente
aquel brazo suficiente
de que te puedes asir.
Cogerle aquí no es dudoso,
y allí sí, porque está oscuro:
pues si podéis ir seguro,
¿para qué has de ir peligroso?
Ese es camino penoso,
y esta senda tiene anchura.
Si cubre una sepultura
todo el bien que el mundo alaba,
ni quieras bien que se acaba,
ni temas mal que no dura. **Vase.**

DON GIL

DOÑA VIOLANTE

Escena IV

DON GIL; **dentro**, MÚSICA.

DON GIL

¿Quién será aquesta mujer?
Yo quiero seguilla y vella;
pero ¿no es mejor que a ella,
seguir a su parecer?
¡Qué sello al alma tan fuerte
con su razón imprimió!
¿Cómo, cielos, vivo yo
olvidado de la muerte?
Para el arrepentimiento
no puede faltar perdón;
arrepentirme es acción
libre de mi entendimiento,

MÚSICA

si la voluntad es mía,
¿quién me estorba este camino?

DON GIL

Dentro. *Gigante cristalino,
que al cielo se oponía...*
¡Qué escucho! Bien cierto es
que ya sin remedio estoy,
pues cuando a buscarle voy,
hallo este estorbo a mis pies.
El mundo, que me detiene
con sus glorias transitorias,
es quien me hace estas memorias.

MÚSICA

Voz, que a detenerme vienes,
¿quién eres, que tan lasciva
tras mí por el viento corres?

DON GIL

Dentro. *El mar con blancas torres
de espuma fugitiva.*
Así es el mundo al durar
en su fingida apariencia,
sin tener más permanencia
que las torres en el mar.
Quien canta he de ver.

Escena V

GOLONDRRO, que sale corriendo y haciéndose cruces. -DON GIL.

GOLONDRRO

¡Jesús,

qué tentación tan cruel!
Válgame San Rafael
y el castillo de Emaús.

DON GIL

¿Quién va? Detente.

GOLONDRRO

Aparte. Ya escampa.

Don Gil es; aún esto es peor.

DON GIL

¿No es Golondro?

GOLONDRRO

Sí, Señor:

Golondro es, mas ya no campa
de mirarte así me espanto.

DON GIL

Huí del diablo la red,
y Dios, que me hace merced,
me ha dado un puesto de santo.

GOLONDRRO

DON GIL

¿Puesto de santo te ha dado?

predicando penitencia.
Del monte a los fieros partos
lo dice en tristes gemidos,
y tiene ya convertidos
más de doscientos lagartos.

DON GIL

Aparte. ¡Válgame el cielo! ¡Si fuera
Violante la que me habló!
Pues si ella perdón halló,
también yo hallarle pudiera.
¡Que Violante se trocó
a tal vida!

GOLONDRRO

Es una estrella;
mas tal maestro tiene ella.

DON GIL

¿Quién es su maestro?

GOLONDRRO

Yo.

¡Es mi disciplina boba?
Mi enseñanza la ha trocado;
gran trabajo me ha costado,
pero ya está que se arroba.

DON GIL

No puedo creer que ella es.

GOLONDRRO

¿Cómo no? Si dudas esto,
a hacer milagros la he puesto
desde el principio de mes,
y los hará este verano,
por más que el diablo lo tuerza;
mas es muy ruda, y es fuerza
apretarle bien la mano.

DON GIL

¿Tú haces milagros?

GOLONDRRO

Y extraños;

cuarenta he hecho esta mañana.

DON GIL

¿Cómo?

GOLONDRRO

Vino a mí una anciana,
diciendo que había seis años
que un hijo se fue al Japón,
y dél no había sabido;
cartas me pidió, y movido
yo, me puse en oración.
Díjela que fuese atenta,
y mirase en una cala;
fue allá, y halló una baraja:
mira tú si son cuarenta.

DON GIL

No sé qué me ata los pies,

siendo de Leonor amante,
al escuchar que Violante
vive y que tan santa es.
Bien me puedo arrepentir
de mi error, si al cielo escucho,
que me avisa; mas es mucho
mi pecado, y al salir
deste mar, veo a la orilla
que de la vida pasada...

MÚSICA

Dentro. *Tenía Fabio atada
su mísera barquilla...*

GOLONDRRO

Las damas aquí han llegado.
¡Qué miro! ¡Leonor es, cielos!
Y en su voz a mis desvelos
el cielo ha desengañado;
que está atada a sus rigores,
para que no pueda huir,
la barca en que he de salir
del golfo de mis errores.
pues si ella está detenida,
quédense para más pena...

DON GIL

Escena VI

EL DEMONIO, de mujer que lo hará LEONOR, DAMAS. -**Dichos.**

DAMAS

Cantan. Los remos en la arena,
la red al sol tendida.

DON GIL

Aparte. Cielos, viendo esta hermosura,
no hay memoria que me espante:
sin duda el cielo ha querido
que a esta ofensa se juntase
la de despreciar su aviso,
para que fuese más grande.
De que ya estoy condenado
todas estas son señales;
pues si lo estoy, logre el gusto
lo que la vida durare.
Dueño hermoso de mi vida,
¡quién creyera tal linaje
de favor! Pues ¿tú amorosa

DEMONIO vienes al monte a buscarme?
Aparte. Para engañarle he tomado
de Leonor el rostro y talle.

Hácele señas a DON GIL para que le siga.

DON GIL **Aparte.** Muda me responde a señas
que la siga; ¡qué bien hace!
Que el no hablarme en este caso
es el recato que cabe.

Ya te sigo, dueño hermoso.

Aparte. Vanas memorias, dejadme;
que con este bien presente
No hay memorias de otros males.

DAMAS **Cantan.** *Memorias solamente
mi muerte solicitan,
que las memorias hacen
mayores las desdichas.*

Éntranse DON GIL, EL DEMONIO y las DAMAS.

Escena VII

GOLONDRO.

GOLONDRO En la cueva se han entrado.-
Hombre malvado, ¿qué haces?
Mira que ahí no se peca;
ya que el diablo ha de llevarte,
echa por aquesos trigos.-
Mas ¿por qué predico a nadie,
estando rabiando yo
por entrar a acompañarle?
mas aquesta es tentación;
hermano Golondro, tate.
¿Entraré? Pienso que sí;
mas el alma? Dios me guarde.
¿Y aquellos ojillos negros
que al pasar me echó al desgaire
una de las que cantaban?
¿Qué es lo que me quieres, carne?

Pues ¿cuanto va que consiento,
si el diablo mucho me hace?
diciéndome está el demonio
que entre, y que de una me agarre,
que la obligue y la enterezca;
que después tiempo hay bastante
para volver a ser santo.-
¿Consientes? -No. -Pues qué haces?
Haga usted, señor demonio,
y después no veré en ello;
porque si yo agora entrase,
y ella después no quisiese,
no he de consentir en balde.
mas la ocasión puede mucho:
yo entro. Mas si en vez de darme
un favor, por atrevido,
a palos me derrengasen
que esto es cosa muy posible,
y más que posible, es fácil,
¿Qué haré yo? No entrar allá.
Mas esto el miedo lo hace,
y no la virtud; pues salga
Virtus de necessitate.
¡Ah, perro! ¿Querías bureo?
Pellízcase.
Pues toma pellizco, pague
su culpa este carnicero;
Mas ¡ay! Pese a mi linaje,
que me he pasado un lagarto...
¡Por vida!...

Escena VIII

DON DIEGO, de ermitaño, con báculo. -GOLONDRRO.

DON DIEGO
GOLONDRRO

¿Qué es esto?

¡Ay padre!

Gran mal: don Gil el ladrón
se ha entrado en aqueste instante
con una dama en la cueva.

DON DIEGO

Pues ¿qué importa que se entrasen?

Irán a hacer oración;
 no tenga malicia, calle.
 GOLONDRO No, ¿y entran a darse un verde?
 DON DIEGO No piense aquesas maldades.
 GOLONDRO Así me le diera yo.
 DON DIEGO ¡Jesús! ¿Qué dice?
 GOLONDRO Soy frágil;
 que una moza que iba entre ellos
 me tentó que yo pecase.
 DON DIEGO ¿Dónde?
 GOLONDRO En la planta del pie;
 que si fuera en otra parte,
 no pudiera consentir.
 DON DIEGO Pues ¿consintió?
 GOLONDRO Eso al instante.
 DON DIEGO ¡Jesús mil veces! Mal hizo.
 GOLONDRO Peor es lo que ellos hacen.
 DON DIEGO Calle; que Dios, que los trajo
 a esta cueva, es el que sabe
 el fin a que los conduce;
 que a pechos de pedernales,
 cuando Dios quiere ablandarlos
 con sus auxilios amante,
 si al suficiente la niegan,
 dan lumbre a los eficaces.
 ¡Ah míseros pecadores!

Entran por un lado y salen por otro.

Interior de la gruta.

Escena IX

**DON GIL, sentado junto a una figura de mujer, que representa a LEONOR, y
 estará cubierta con un velo. -Dichos.**

DON GIL ¡Hay ventura que se iguale
 al logro de esta hermosura!
 ¿Qué bien puede ser imagen
 del que yo en ella poseo?

GOLONDRRO

¡Jesús, el olor que esparce!
Sahumada va con azufre
para otros particulares.

DON GIL

Padre, padre, yo estoy muerto,
vuestro sagrado me ampare;
¡válgame el poder de Dios,
si en mí su clemencia cabe!

Escena X

EL DEMONIO. -**Dichos.**

Coge el DEMONIO a DON GIL, arrójale en el suelo y písale.

DEMONIO

No cabe ya, perro esclavo;
¿Cómo le invocas, si sabes
que eres mio, y que me tienes
hecha escritura inviolable
de darme el alma?

DON GIL

¡Ay de mí!

Es verdad, mas las piedades
de Dios son más que mi culpa.

DEMONIO

Pero ya tú las negaste.

DON GIL

Confieso que negué a Dios
y su santísima Madre;
no tengo de quien valerme
en tan temeroso trance;
solo el Ángel de mi guarda,
que no negué, puede darme
favor en tanta desdicha.

DEMONIO

No hará, por más que le llames.

Escena XI

EL ÁNGEL DE LA GUARDA, **que baja en un vuelo con la espada desnuda. -
Dichos.**

ÁNGEL

Sí hará, serpiente engañosa;
no a este pecador ultrajes.

DEMONIO
GOLONDRRO
DON DIEGO

¿Qué importa, si ha de ser mío?
¿Qué es esto que pasa, padre?
Misterio de Dios es todo.

Pónese de rodillas DON GIL a los pies del ÁNGEL.

DON GIL
DEMONIO
ÁNGEL
DEMONIO
ÁNGEL
DEMONIO
GOLONDRRO

Valedme, si sois mi ángel.
No puede; que no eres suyo.
Pues ¿por qué tuyo le haces?
Por escritura otorgada,
y firmada con su sangre.
Pues ¿qué dice la escritura?
Desta suerte.
A DON GIL.

Hombre, ¿qué haces?

DON DIEGO
DEMONIO

Recusa este relator.
Temblando estoy de mirarle.
Ves aquí cómo lo firma;
mira si a culpa tan grave
en el derecho de Dios
puede haber ley que le ampare.

Da al ÁNGEL una cédula.

ÁNGEL
DON DIEGO

Hombre, gran pecado hiciste.
Juez, si en mis culpas mortales
me condena la justicia,
absuélvame las piedades.
Soberano magistrado
del tribunal inefable,
si cualquier pleito permite
un ahogado a la parte,
yo, aunque pecador indigno,
por este hombre miserable
hablaré.

ÁNGEL
DON DIEGO

Di lo que pides.
Digo que ha de revocarse
la sentencia contra él dada,
en todo y en cualquier parte
pues así lo determinan
las leyes de Dios constantes.
Lo primero, este contrato

es nulo, pues la una parte
no cumplió lo prometido,
pues dijo que había de darle
una mujer, y le dio
solo un helado cadáver.
Lo otro, en aquesta escritura,
que hizo este hombre, ciego y frágil,
a darle el alma no pudo,
no siendo suya, obligarse.
Lo otro, aunque fuera su culpa
digna de pena tan grande,
con el arrepentimiento
no hay culpa que no se lave,
cuando el corazón contrito
ante Dios postrado yace;
texto es de David expreso,
que Dios no ha de despreciarle.
el mismo Dios jura y dice
que no quieren sus piedades
la muerte del pecador,
sino que viva y le ame.
Lo otro, si la sangre suya
por el pecador se esparce,
condenarle es condenar
el fruto en él de su sangre.
No ha de malograrse en éste,
por ser su culpa tan grave;
que donde es más el pecado,
se luce más lo que vale.
No ha de valerle, ni puede;
que excomulgado, al negarle,
perdió el mérito que al cielo
por la comunión le cabe.
Lo que yo le prometí
Cumplido está por mi parte;
que las bellezas del mundo
no son más que aquella imagen:
solo está la diferencia
de una hermosura a un cadáver,
en que corra el desengaño
la cortina después o antes.
Ninguno a Dios decir puede

DEMONIO

que eran los bienes mortales,
y le engañaron con ellos,
si él los quiere, aunque lo sabe.
Pues si los bienes que el hombre
goza, a éste son semejantes,
quien se engañó como todos,
no se queje como nadie.
El permitir Dios que vea
aquel bien sin los disfraces
que te da el mundo aparentes,
no fue para que se salve,
sino por poder decirlo
Dios, para justificarle:
«mira lo que gozas, hombre;
que por esto me dejaste.»
No es sino para que el hombre;
se arrepienta.

DON DIEGO

DEMONIO

Ya es en balde.

DON DIEGO

Eso es contra Dios.

DEMONIO

No es.

ÁNGEL

Calla ya, fiera indomable.

GOLONDRRO

¿Oís ahí, bergantón?

DON GIL

Ángel mío, en penas tales
No siento yo el verme esclavo
del demonio; mis pesares
solo son haber negado
a Dios, y como yo alcance
perdón de haberle ofendido,
aunque él su esclavo me llame,
no sentirá el cautiverio.

ÁNGEL

Con eso dél te libraste
esa contrición merece
que se rompa. y despedace
Rompe la cédula.

DEMONIO

La escritura. -Infiel dragón,
tú no pudiste engañarle,
ni él obligarse a tu engaño.
ya tu esclavo no le llames.
No es posible.

GOLONDRRO

¿Oís ahí?

ÁNGEL

A los senos infernales
baja, por justo decreto,

Escena XIII

GOLONDRRO; **luego**, DON VASCO, BRITO, UN VILLANO y CRIADOS.

GOLONDRRO

Saca una bota de vino.

Quien tal hace, que tal pague.

Mas gente viene, esto es malo:

escondo el santo vinagre.

**Esconde la bota bajo los hábitos, pónese en cruz, y salen DON VASCO, BRITO,
UN VILLANO y CRIADOS, todos con escopetas.**

BRITO

Todo el contorno cercado
está; no puede escapar.

VILLANO

Aquí solo le has de hallar.

UN CRIADO

Bien la hora se ha guardado.

DON VASCO

Examinad sin tardanza
vosotros este horizonte;
que no ha de salir del monte
sin que logre mi venganza.

GOLONDRRO

Aparte. La gente es de pesadumbre,
y elevarme ha de importar;
mas no me puedo arrobar,
que aún no bebí media azumbre.

VILLANO

Aquí está un santo varón;
dél informaros podéis.

DON VASCO

Aguardad, no le inquietéis;
que está el Santo en oración.

BRITO

Transformado en otro ser,
parece que está con Dios.

GOLONDRRO

Aparte. Como creáis eso vos,
me viene a mí Dios a ver.

DON VASCO

Con Dios habla ¡qué favor!;
quien eso no busca es loco.

BRITO

Acerquémonos un poco.

GOLONDRRO

Aparte. Que tú eres el mayor, toco,
si me crees.

DON VASCO

¡Dulce ardor!

VILLANO

A BRITO. ¿No llegáis a percibir
que habla con Dios?

BRITO

Ya le escucho.

GOLONDRRO

Aparte. Si creáis lo que os embucho,

mas él se hizo bandolero,
y yo santo en cuatro días.
DON VASCO ¡Jesús! ¿Tan gran testimonio
contra un santo se asegura?
GOLONDRO ¿Qué santo, si hizo escritura
de darle el alma al demonio?
DON VASCO ¿Qué dices? ¡Terrible espanto!
DON GIL **Dentro.** La verdad dice ¡ay de mí!.
DON VASCO ¡Válgame el cielo! ¿Qué oí?
GOLONDRO Miren aquí si soy santo.

Escena XIV

DON GIL y DON DIEGO, **al patio. Dichos.**

DON DIEGO Llega, don Gil; que esta es
la penitencia más digna.
Pues sin la satisfacción,
aún está la culpa viva.
GOLONDRO Este es don Gil y don Diego
DON VASCO Muera el traidor.

Apuntan con las escopetas, y échase DON GIL a los pies de DON VASCO.

DON GIL ¿A quién tiras,
si el que te ofende, a tus pies
su muerte ya solicita?
DON VASCO ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
¿No eres don Gil?
DON GIL De Arogía
don Gil soy, que tus pies baño,
por si las lágrimas mías
pudieren lavar la mancha
que hizo en tu honor mi malicia.
Yo soy, Señor, el ladrón
que este monte escandaliza;
yo quien robó de tu casa
A tu ya dichosa hija;
no don Diego de Meneses,
que es el que presente miras.
Más justo que yo era entonces,

DON VASCO

pues yendo la noche misma
que él intentaba robarla,
a estorbarle la salida,
él se llevó mi virtud,
y me dejó su desdicha.
Él, como ves, penitente
a ese monte se retira,
y yo en él ladrón he sido
de honras, haciendas y vidas.
y sabiendo ya que tú
le buscas como justicia,
vengo a entregarme al castigo.
mas si mis culpas te irritan,
claro está, como tal dueño
de la ofensa que te obliga,
por Dios, por su pasión santa,
por su Madre esclarecida,
por las lágrimas que lloro,
que ya, si las examinas,
no son agua, sino fuego,
que mi contrición destila
te pido que no me mates.
Llévame preso a Coimbra,
donde en público suplicio
pague esta mísera vida
de sus ofensas al mundo
lo que puede como mía.
No te queda al corazón
resquicio para la ira,
enternecido a tu llanto,
y absorto de la noticia.
Y aunque viéndote rendido,
y ya en pena tan contrita,
perdonarte era la acción
de mi nobleza más digna,
si lo intento como parte
no puedo como justicia;
y es fuerza llevarte preso,
porque, averiguada y vista
tu causa, de tan gran caso
quede con fe la noticia.
¿Quién eran los que contigo

DON GIL en ese monte vivían?
 Solo ese pobre ermitaño
 estaba en mi compañía.
 GOLONDRO ¿Yo? Hombre, mira lo que dices;
 ¿que soy ya santo no miras,
 y estoy haciendo milagros?
 DON VASCO Hombre, ¿qué dices?
 GOLONDRO ¿Se admira?
 Vive Cristo, que hago más
 milagros que longanizas.
 ¿Quiere que aquí le haga mozo?
 DON DIEGO Señor, si tú solicitas
 averiguar la verdad,
 nadie mejor que tu hija
 te puede informar en ella.
 DON VASCO ¿Qué dices? ¿Violante es viva?
 DON DIEGO Y yo os guiaré donde está.
 DON VASCO ¡Ay cielos! Vamos aprisa.
 DON DIEGO Verás en ella un retrato
 de Magdalena.
 DON VASCO ¡Qué dicha!
 Vamos luego.
 DON DIEGO Pues seguidme.
 DON VASCO No voy en mí, de alegría.
 DON GIL Cielos, satisfago yo,
 muriendo, a vuestra justicia.
 BRITO Venga él también.
 GOLONDRO Brito, hermano,
 anda a espacio.
 BRITO Venga aprisa.
 GOLONDRO Calle, o haré aquí un milagro
 que le convierta en salchicha.

Vanse.

Escena XV

DOÑA VIOLANTE, **con una cruz grande a cuestas.**

DOÑA VIOLANTE Ya, Señor, que se han cumplido
 los términos de mi vida,

me mandáis que aquesta cruz
lleve del monte a la cima,
donde he de daros el alma,
para mayor gloria mía.
La flaqueza de mi aliento
Retarda el paso, que aspira
a llegar presto a la cumbre.
En estas peñas se mira
un hueco en que he de ponerla;
Mas cielos, ¿cómo podría,
si enarbolarla no puedo?

Escena XVI

DOS ÁNGELES, **con hachas.** -DOÑA VIOLANTE.

ÁNGEL .º	Aquí tienes quien te asista.
ÁNGEL .º	Violante, no desconfíes.
DOÑA VIOLANTE	¡Oh celestial compañía!
	¿Yo vuestra ayuda merezco?
ÁNGEL .º	Y aunque tengamos envidia.

LOS ÁNGELES **colocan la cruz.**

ÁNGEL .º	Con ella agora te abraza;
	que ya la cruz está fija.
DOÑA VIOLANTE	¡Oh soberano madero!
	Ara de Dios, dulce insignia de la redención del hombre, admitidme, si soy digna; que donde murió el pecado, quien cometió tantos viva. dulce leño, dulces clavos, que dulce peso sufrían, si abrazaste al Redentor, abraza la redimida.

Escena XVII

DON GIL, DON DIEGO, DON VASCO, GOLONDRO, BRITO, EL VILLANO,
CRIADOS; MÚSICA, **dentro.** -**Dichos.**

MÚSICA	Dentro. <i>Te, Deum, laudamus,</i>
DON DIEGO	te, Dominum, confitemur.
DON GIL	¿No oís celestiales voces, que donde está nos avisan?
DON VASCO	Lo que la voz da al oído, da su presencia a la vista.
GOLONDRRO	Elevada en una cruz allí una mujer se mira.
DOÑA VIOLANTE	Señor, Violante es aquella. ¿Qué dices? ¡Ay hija mía! Padre, ya que había de verte antes de morir sabía; y pues me ves perdonada de Dios, él en mí te avisa que a tu enemigo perdones. Que yo a la quietud tranquila voy de la vida que espero en vuestras manos divinas, señor, mi alma encomiendo; vuestra piedad la reciba. Muere.
MÚSICA	Dentro. <i>Te, Deum, laudamus,</i>
DON VASCO	<i>Te, Dominum, confitemur.</i> No solamente perdono a quien por ti me ofendía, mas hago voto de hacer un templo aquí, donde viva la memoria deste caso.
DON GIL	Y yo de acabar mi vida en la religión sagrada a que Domingo me inclina.
GOLONDRRO	Y yo de meterme a lego; con que si logran la dicha Matos, Cáncer y Moreto de agradaros este día, <i>Caer para levantar</i> de ejemplo y aplauso sirva.

De fuera vendrá
Agustín Moreto

De fuera vendrá Agustín Moreto



Personas

LISARDO, *capitán*.
EL ALFÉREZ AGUIRRE.
YÁÑEZ, *vejete*.
EL LICENCIADO CELEDÓN.
DON MARTÍN DE HERRERA
DOÑA CECILIA MALDONADO, *viuda*.
DOÑA FRANCISCA, *su sobrina*.
MARGARITA, *criada*.
EL CAPITÁN MALDONADO.
CHICHÓN, *escudero*.
EL FISCAL DEL VICARIO.
NOTARIOS.

La escena es en Madrid.

Jornada primera

Calle Mayor, Gradas de San Felipe.

Escena primera

LISARDO, EL ALFÉREZ AGUIRRE; *éste rompiendo unos naipes*.

ALFÉREZ. Oh maldita sea el alma que os consiente,
ruina de la paciencia y del dinero;
en átomos al aire echaros quiero.

LISARDO. Aguirre Alférez, ¿vos tan impaciente?

ALFÉREZ. Lisardo Capitán, ¿ésto os espanta
tras de verme perder con furia tanta
hoy doscientos escudos con un paje,
que no los tuvo todo su linaje,
y me gane en dos suertes el sarnoso
lo que yo gané en Flandes a balazos?
¡Por vida del demonio!

LISARDO. Estáis furioso.
Con eso habréis salido de embarazos:
que vos hasta perderlo no hay teneros,
porque sois insufrible con dineros:
con eso estáis en paz.

ALFÉREZ. Y la piñata
¿Con qué se ha de poner?

LISARDO. ¡Qué! no os dé pena;
que aún tengo una cadena.

ALFÉREZ. ¿Una cadena?

Aunque fuera mayor que una reata;
pues ¿tiene en ella vuestro amor, Macías,
para que vos enamoréis dos días?

LISARDO. ¿Tanto es, Aguirre, lo que yo enamoro?
ALFÉREZ. Vos aunque sus cadenas fueran de oro,
y las damas pagáredes a cuarto,
con las del Escorial no tenéis harto.

LISARDO. Y vos ¿no enamoráis?
Yo hermano mío,
no enamoro princesas; mi terrero
hago en tiendas, plazuelas o en el río,
donde hallo proporción a mi dinero;
porque la más hermosa y entonada
no pide más que aloja o limonada.
Vos habláis damas de tan alta esfera,
que la tercer palabra es la pollera;
si por hombre de manos sois tenido,
en dar polleras sois mal entendido;
y que arriesgáis el crédito no dudo,
porque parecéis pollo siendo crudo.

LISARDO. Eso, Aguirre, es culpar la bizarría.
ALFÉREZ. ¿Bizarría llamáis la bobería
de desnudaros vos por darlas traje?

LISARDO. Y ¿es más cordura que os lo gane el paje?
ALFÉREZ. Dejadme, que os confieso
que si me acuerdo de eso,
me lleva el diablo en calzas y zapatos,
de ver que me ganase un lame-platos.

LISARDO. Para ganar no es menester sujeto.
ALFÉREZ. ¡Que no teman las pintas un colete!
Mas vienen juntas quince o diecisiete,
que perderán el miedo a un coselete.

LISARDO. Ea, no os aflijáis; que cuando estemos
sin dinero, a la carta apelaremos
que nos dio el capitán Luis Maldonado
en Flandes, donde vengo encomendado acuda
a su hermana, riquísima viuda,
que aquí en Madrid está, y siempre que
me dará cuanto fuere yo a pedirla.

ALFÉREZ. Pesia mi vida, vamos a embestirla.
LISARDO. Eso ha de ser al vernos apretados.
ALFÉREZ. Pues ¿qué más si a Madrid recién llegados
el paje nos lamió la faldriquera
mas que si plato de conserva fuera?

Mas al despique apelo;
que yo con estas gradas me consuelo
de San Felipe, donde mi contento
es ver luego creído lo que miento.
¡Que no sepáis salir de aquestas gradas!
Amigo, aquí se ven los camaradas
estas losas me tienen hechizado,
que en todo el mundo tierra no he encontrado
tan fértil de mentiras.

LISARDO.
ALFÉREZ.

¿De qué suerte?
Crecen tan bien aquí, que la más fuerte
sembrarla por la noche me sucede,
y a la mañana ya segarse puede.

LISARDO.
ALFÉREZ.

De vuestro humor, por Dios, me estoy riendo.
Por la mañana yo al irme vistiendo
pienso una mentirilla de mi mano,
vengo luego y aquí la siembro en grano,
y crece tanto, que de allí a dos horas
hallo quien con tal fuerza la prosiga,
que a contármela vuelve con espiga.
Aquí del Rey más saben que en palacio,
y del turco, esto se finge mas de espacio,
porque te hacen la armada por diciembre,
y viene a España a fines de setiembre.
Aquí está el Archiduque más que en Flandes,
aquí hacen todos títulos y grandes;
ver y oír esto, amigo, es mi deseo,
mi comedia, mi prado y mi paseo,
y aquí solo estoy triste cuando hallo
quien mienta más que yo sin estudiallo.

LISARDO.
ALFÉREZ.

Siempre graciosas son vuestras locuras.
Mira: hay aquí de tabla unas figuras,
que para entretener basta cualquiera;
es cotidiano un don Martín de Herrera,
todo suspiros, ansias y querellas;
sólo es su tema galantear doncellas,
y el segundo papel que las envía
es palabra de esposo, y su porfía
es tal, que hasta a una monja en un convento
palabra la dará de casamiento.
También aquí es continuo el licenciado
Celedón, gran sujeto y gran letrado,
que fue alcalde mayor en San Clemente,
y a todo saca un texto de repente.

Viene aquí a San Felipe su deseo,
y el don Martín le ha olido un galanteo
que tiene aquí con una doncellita,
que la guarda una tía tan maldita,
que la sierpe de Adán fue ángel con ella,
y a cuantos dicen algo a la doncella
Se los quiere tragar, y es que se enfada
de ver que ella no es la enamorada;
que aunque es viuda, piensa en su persona
que Venus fue con ella una fregona.
Y en fin, el don Martín y el Licenciado,
muy pulidito aquél y éste espetado,
uno pretende a textos competido,
y otro apurar palabras de marido.
Viene luego un vejete, que es archivo
de todos los sucesos más extraños,
y tiene ya de gradas setenta años.
Él trae la novedad y la pregona,
y ahora todo es contar lo de Girona,
como suceso fresco.

LISARDO.

¡Vive el cielo,
que ya que lo acordáis, nada he sentido
como haberme venido
de Cataluña, habiendo allí llegado
después de haber pasado
toda Francia y hallarme en el socorro
de Girona, por no poder quedarme
con el señor don Juan, que ya olvidarme
jamás podré de su bizarro aliento;
cierto que haberle conocido siento,
no pudiendo asistirle, que a su brío
en la facción quedó inclinado el mío.

ALFÉREZ.

Eso no puede ser, que hay pretensiones
que no permiten esas dilaciones.
Mas ya los cotidianos van viniendo;
por vuestra vida reparad sus modos.
Éste es el viejo, que los trae a todos;
notadle bien el talle y la persona.

Escena II

YÁÑEZ; *luego* DON MARTÍN, *después* EL LICENCIADO.

YÁÑEZ.

Bravo socorro se metió en Girona;
ya queda por la cuenta
socorrida hasta el año de noventa.

LISARDO. Es el señor don Juan bravo soldado.
 ALFÉREZ. Gracioso es el vejete.
 DON MARTÍN. Pues cuidado,
 que viene don Martín.
 ALFÉREZ. Ver no se excusa
 las doncellas que acuden a la Inclusa,
 aunque el dote no es fiijo, a lo que infiero,
 porque su padre ha sido tesorero.
 LICENCIADO. Tras él viene también nuestro letrado.
 YÁÑEZ. Todo el código entero hoy he pasado,
 y un texto he hallado ya en la ley tercera,
 para que esta doncella más me quiera,
 ALFÉREZ. Oh caballeros, sean bien venidos.
 YÁÑEZ. Señor Yáñez, ¿qué hay?
 LICENCIADO. Que destruídos
 quedan ya los franceses;
 YÁÑEZ. cabeza no han de alzar en treinta meses.
 LISARDO. Pues ¿cómo, por su vida?
 DON MARTÍN. Porque está ya Girona socorrida.
 LISARDO. Aquí está quien se halló en esa pelea.
 DON MARTÍN. ¿Quién es?
 LISARDO. Yo fui.
 DON MARTÍN. Y en hora buena sea.
 LISARDO. Que de Flandes por Francia pasé a España,
 viniendo de Girona a la campaña,
 después de haber pasado
 toda su tierra, hallarme en el socorro
 quise, en esta facción que se ofrecía;
 de paso allí mostrar mi bizarría!
 LICENCIADO. Por acá variamente se ha contado;
 vos diréis la verdad, como testigo.
 ALFÉREZ. Vaya, Lisardo.
 LICENCIADO. Vaya.
 LISARDO. Ya lo digo:
 estando prevenido ya el socorro...
 YÁÑEZ. Diga usted antes que se junte corro.
 LISARDO. Sabiendo el señor don Juan
 cómo ya Girona estaba
 en el último conflicto,
 pues de bastimentos falta,
 para un día sólo había
 las raciones limitadas;
 debiéndose haber llegado
 a necesidades tantas,

con peligro y sin socorro,
a los cabos de la plaza,
y en ella principalmente
a la osadía bizarra
del Condestable, pues él
sólo pudo sustentarla
con su sangre y con su nombre,
resistiendo su constancia
la necesidad y el riesgo
con valor y con templanza;
y luego en la resistencia
de los asaltos se hallaba
su valor siempre el primero,
coronando la muralla;
conociendo pues su alteza
el grande riesgo en que estaba,
aunque siempre el Condestable
tuvo segura la plaza,
pues nunca con su persona
tuvo riesgo la fianza;
y aunque se hallaba sin medios
y prevención necesaria
para intentar el socorro,
con los pocos que se hallaba,
a los quince de setiembre,
con resolución bizarra,
de Barcelona salió
a dar vista a la campaña.
A los veintitrés con pocas,
aunque difíciles marchas,
por ser fragoso el país,
llegó a vista de la plaza.
Reconociendo los puestos
que el enemigo ocupaba,
resolvió luego su alteza
acometer sus escuadras;
intentó hacer tres ataques,
uno real, con su ordenanza,
y los dos de diversión.
El ataque real encarga
a don Gaspar de la Cueva,
que en él iba de vanguardia.
Segúiale don Francisco
de Velasco, cuya espada

ilustró allí con su sangre
los blasones de su casa;
con él el conde de Humanes,
llevando entrambos la escuadra
que se formó de la gente
de navíos de la armada;
tras ellos iban los tercios,
con militar ordenanza,
del barón de Amaro y conde
Hércules, que le acompaña
para lograr la facción;
y de la gente bizarra
de galeras otro tercio
del marqués de Flores de Ávila
los tercios de catalanes
cubriendo la retaguardia;
la caballería de Flandes,
y Borgoña, gobernada
por el barón de Butier.
Y así dispuesta la marcha,
su alteza el señor don Juan
sacó bizarro la espada,
mandando que acometiesen.
No cabrán en mis palabras
afectos para decir
la merecida alabanza
de este príncipe, el valor,
la osadía, la templanza,
el arrojo, la cordura,
la modestia, la arrogancia,
mezcladas unas con otras,
que hacen la virtud más clara.
Mas sólo podré decirlas,
con que la gloria más alta
es ser hijo de su padre;
y cuando la suerte avara
no le diera esta grandeza,
el por sí merece tanta,
que aun siéndolo, ya el ser hijo
de tan ínclito monarca,
tanto como por su sangre,
lo merecen sus hazañas.
Acometió don Gaspar
de la Cueva con tan rara

resolución la colina,
que en breve espacio ocupada,
se retiró el enemigo;
y él siempre dándole carga,
como tenía por orden,
hizo que desamparara
los puestos fortificados,
hasta llegar a una casa
de esguizaros guarnecida,
donde hizo pié y peleaban
como rayos los franceses.
Pero en este tiempo avanzan
don Francisco de Velasco
y el de Humanes con su escuadra;
y pelearon de suerte,
que tomándoles la casa,
se retiraron a otra,
que mas adelante estaba
con más fortificación;
y haciendo más amenaza
al camino de Girona,
porque la mano se daba
con un fuerte que tenían
en un paraje que llaman
de la Cuesta de la Liebre.
Aquí ardía la batalla,
que un infierno parecía
la confusión, exhalada
contra los rayos del sol,
de humo, polvo, sangre y balas.
Don Francisco de Velasco,
herido entre furia tanta,
anhelaba por entrar;
y en la sangre que derrama,
por olvidar su peligro,
iba poniendo sus plantas.
Crecía la confusión,
mas de su alteza irritada
la cólera generosa,
por en medio de las armas
se metió, y a sus soldados
atentando en voces altas,
parece que en cada uno
se metió su misma saña;

porque como ardiente fuego
que por las mieses doradas
entra talando, y su ardor
de espiga en espiga salta,
dejando hecha una luz misma
todo el oro de sus cañas;
así el valeroso joven
por sus valientes escuadras,
del fuego de su furor
iba sembrando las brasas;
dejando todos los pechos
tan vestidos de su llama,
que a su ejemplo, todos eran
ya como él en la batalla.
A este tiempo el Condestable,
juntando la más bizarra
gente que en la plaza había,
salió della, y por la espalda,
dando sobre el enemigo,
le apretó con furia tanta,
que obligándole a la fuga
del rayo que te amenaza,
no dio lugar al valor
para que le hiciese cara.
Y empeñado en deshacerle,
se mezcló entre sus escuadras
de tal suerte, que llegando
a pelear con la espada,
una estocada le dieron
a su salvo por la espalda.
Herido el valiente joven,
cual fiero león de Albania,
que de sus heridas nacen
los furores de su saña,
por entre sus enemigos
rompe, hiere y desbarata
con tal prisa y tal violencia,
que en los golpes de su espada,
por donde quiera que iba,
las centellas que levanta
del triunfo de su victoria
iban siendo luminarias.
Viendo el riesgo el enemigo,
hizo del fuerte llamada,

y con capitulaciones
se rindieron, ocupadas
casa y fuerte, y casi todos
los puestos de la campaña.
No le quedaba al francés
recurso ya de esperanza,
y marchando a toda prisa,
sus cuarteles desampara,
pegando fuego, por dar
seguro a la retirada;
más con tanta brevedad,
que se dejó en partes varias
mucho ropa y bastimentos,
quedando para la plaza
libre paso del socorro.
Picóle en la retaguardia
su alteza, y en el camino
le obligó a que se dejara
dos piezas de artillería,
con lo cual desbaratada
su gente y casi deshecha,
dentro de muy pocas marchas
quedó vencido su orgullo,
victoriosas nuestras armas,
la campaña fenecida,
y socorrida la plaza.
Y de esta facción resulta
más gloria a nuestro monarca,
pues ha librado en tal hijo
tantas victorias a España.

DON MARTÍN.
LICENCIADO.

Cierto que fue gran facción.
La ley trigésimocuarta
habla de la guerra, y dice:
Milites Plurimum valeant.

ALFÉREZ.

Y dice bien, porque aquí
todos los soldados valan.

YÁÑEZ.

Y usancé, señor Alférez,
¿no hizo en esta facción nada?

ALFÉREZ.

¿Cómo no? Miren ustedes:
yo estaba en una barraca,
y acometí hacia unos turcos
que nos hacían más cara.
Yo los cogí de revés,
y al capitán, que llamaban

Celín Gutiérrez de Soto,
le di tan gran cuchillada,
que le cercené la frente
con todas las tocas blancas;
y volando por el aire;
iba con tanta pujanza,
que en Guadarrama paró,
por ser la tierra más alta.
Y entonces dijeron todos:
«Ya es turbante Guadarrama.»

LICENCIADO.
YÁÑEZ.

Pues ¿allí turcos había?
Pues ¿eso duda? ¿No basta
que lo diga el seor Alférez?

ALFÉREZ.

Saben poco de batallas
los letrados.

LISARDO.

A lo menos,
como perros peleaban.

ALFÉREZ.

¿Como perros? Juro a Dios
que había un tercio de Irlanda,
que se comía la gente.

LICENCIADO.

Sólo en este caso no habla
ninguna ley del derecho.

DON MARTÍN.

Pues ¿es preciso que haya
ley para todo?

LICENCIADO.

¡Eso es bueno!
No hay cosa en el mundo rara
de que no haya ley; y yo,
si estudio esta cuchillada,
he de hallar ley para ella.

DON MARTÍN
LICENCIADO.

¿Qué ley ni qué patarata?
¿Piensa usted que son las leyes
enamorar en las Gradass?

DON MARTÍN.
LISARDO.

Yo pienso que eso es locura.
Caballeros, basta.

YÁÑEZ.

Basta.
Por Cristo, el señor Alférez
no nos dio la cuchillada
a nosotros para que
sobre ella pendencias haya.
Yo he visto cosas aquí
que han pasado en Alemania,
en Flandes y en Filipinas,
más exquisitas y raras,
sin hacer tanto aspaviento.

ALFÉREZ. *(Aparte a Lisardo.)*
¿No veis que está en Guadarrama
el turbante? De aquí a un hora
ha de estar en las Canarias.

LISARDO.
DON MARTÍN. *(Aparte)*
Cielos, sacudo la capa:
doña Francisca y su tía
ya entrando van por las Gradadas;
largo va este ferreruelo,
esta golilla es muy ancha;
¿si tendré bueno el bigote?
¡Que no se use en España
espejos de faldriquera!
Cierto que hacen mucha falta.

LICENCIADO. *(Aparte)*
¡Qué miro! Doña Cecilia
con doña Francisca pasan
a misa con su escudero.
Este don Martín me cansa,
porque yo te tengo miedo,
y enamorar me embaraza.
(Aparte a Lisardo, pero sin recatarse del Alférez.)
Digo, señor Capitán,
¿Quiere usted hacerme espaldas
para hablar a estas señoras?

ALFÉREZ. *(Aparte a Lisardo.)*
Ésta es la viuda vana.

LICENCIADO. Porque aqueste don Martín
es temerario y las habla.
Y yo me quedo en ayunas.

LISARDO. Vuesarced sin miedo vaya,
y háblelas cuanto quisiere,
que aquí tendrá retaguardia.

ALFÉREZ. ¿No hay un texto para eso?
LICENCIADO. Sí hay texto, pero la espada
alcanza más.

ALFÉREZ. ¿Eso dice?
Traelle de más de marca.
(Aparte a Lisardo.)
Atended al escudero
que a la tal viuda acompaña,
que es un montañés más simple
que Pero Grullo y Panarra.)

Escena III

DOÑA CECILIA, *con tocas de viuda*; CHICHÓN *la lleva de la mano*; DOÑA y MARGARITA, *delante*. DICHOS.

DOÑA CECILIA. Frazquita, baja los ojos;
que vas desembarazada,
y no es modo de doncella.

DOÑA FRANCISCA. Yo señora, ¿miro nada?
Los ojos llevo en las losas.

YÁÑEZ. ¡Oh! Si han venido las damas;
voló la conversación.
Yo me voy; que en esta farsa
no hacen papel los ancianos. (*Vase.*)

Escena IV

DOÑA CECILIA, CHICHÓN, DOÑA FRANCISCA, MARGARITA, DON MARTÍN, EL LICENCIADO, LISARDO, EL ALFÉREZ.

DOÑA FRANCISCA. (*Aparte a Margarita.*)
Los soldados son la gala
de estas gradas, Margarita.

DOÑA CECILIA. ¿Qué vas diciendo, muchacha?
¿No he dicho que a nadie mires?

DOÑA FRANCISCA. Yo, Señora, ¿miro nada?

MARGARITA. (*Aparte a doña Francisca.*)
¡Qué prolija es mi señora!

DOÑA FRANCISCA. Margarita, harto me cansa;
solo casarme deseo,
aunque no esté enamorada,
por verme libre de tía.

MARGARITA. La lleva el diablo su alma
porque a ella no la enamoran;
que cuantos a ti te hablan
los quisiera para sí,
y todo el día está en casa
alabando su hermosura.

DOÑA CECILIA. Chichón, múdese la capa,
porque le sudan las manos,
y con el sudor me mancha.

CHICHÓN. Señora, como es invierno,
tengo yo ahora esas faltas;
hasta que entren los calores,
tenga usted paciencia.

DOÑA CECILIA. Vaya.

LICENCIADO. Miren que llevo, señores.

ALFÉREZ. Llegue sin miedo; ¿qué aguarda?
Que aquí vamos de convoy.

LICENCIADO. *(A doña Francisca.)*
Para hablaros dos palabras
he estudiado en Parladorio
tres horas esta mañana,
y hallé para vuestros ojos
un lugar que dellos habla
In terminis.

MARGARITA. ¡Lindo estilo!

DOÑA FRANCISCA. Y ¿es el lugar Salamanca?

DOÑA CECILIA. No respondas nada, niña.

DOÑA FRANCISCA. Yo, Señora, ¿digo nada?
(Al Licenciado,
Oye, señor Licenciado,
ya le he dicho que me cansa
me enamore.)

ALFÉREZ. *(A don Martín.)*
¿Caballero?

DON MARTÍN. ¿Qué mandáis?

ALFÉREZ. Una palabra
aquí a un lado.

DON MARTÍN. ¿Qué queréis?

ALFÉREZ. Deje usted batir la estrada;
que ya el señor auditor
a averiguar una causa.

DON MARTÍN. ¡Linda flema!

ALFÉREZ. Tenga usted.

DON MARTÍN. ¿Qué queréis?

ALFÉREZ. Otra palabra.
(Bajan la voz.)

LISARDO. *(Aparte)*
Por Cristo, que la Francisca
es como una misma plata.

DOÑA CECILIA. Señores, en cortesía
les suplico que se vayan.

LICENCIADO. Señora, esto es matrimonio.

DOÑA CECILIA. Esas cosas no se tratan
ni aquí ni con mi sobrina.

CHICHÓN. ¿No va aquí un hombre con barbas,
si tienen algo que hablar?

LISARDO. *(Aparte)*
Soplarle quiero la dama.
(Al Licenciado.)

Llegad a hablar a la tía,
que es lo de más importancia)

(El Licenciado habla con doña Cecilia. Lisardo con doña Francisca y el Alférez con don Martín.)

LICENCIADO. Señora, si, dais licencia,
os informaré en mi causa;
y porque estéis en el hecho,
diré sólo la sustancia.

CHICHÓN. Mi ama no la ha menester,
que está muy bien regalada.

DOÑA CECILIA. Calla, Chichón, ¿ya no sabe
que es simple? ¿Por qué no calla?

CHICHÓN. Pues ¿qué quiere usted que diga,
si dice que trae sustancia?

DOÑA CECILIA. ¿Qué queréis, Señor?

LICENCIADO. Deciros
Solamente dos palabras.

CHICHÓN. Si usted no tiene la bula,
no puede hablar con mi ama.

LICENCIADO. ¿Por qué?

DOÑA CECILIA. ¿Qué dice? ¿No ve
que es simple? ¿Por qué no calla?

CHICHÓN. ¡Válgame Dios! Si es hoy viernes,
y nos tiene dicho en casa
que es como una manteca,
¿sin bula podrá probarla?

DOÑA CECILIA. ¿Qué es lo que dices?

LICENCIADO. Ya informo.

(Siguen hablando, pero en voz baja.)

DON MARTÍN. Dejadme, que se me pasa
la ocasión del galanteo.

ALFÉREZ. Óigame, que poco falta.

DON MARTÍN. ¿Qué he de oír, si no os entiendo?

ALFÉREZ. *(Aparte*
Ahora importa más la larga,
que con la doncella pienso
que pegó mi camarada.)
Yo me explicaré.

DON MARTÍN. Sea presto.

(Bajan la voz.)

LISARDO. No tiene el mayo mañana
más florida que esos ojos.

DOÑA FRANCISCA. ¡Ay Señor! soy desdichada,
que esa tía es mi martirio.

LISARDO. Si eso sólo os acobarda,
yo vencer sabré ese estorbo.

MARGARITA. ¡Ay! que nos tiene encerradas
como dinero de dueña,
y está rabiando nuestra alma
por hablar cuando salimos.

LISARDO. Si me decís vuestra casa,
yo os daré medio de hablar.

DOÑA CECILIA. ¿Qué haces, niña? ¿Con quién hablas?
Señor soldado, ¿qué es eso?

DOÑA FRANCISCA. Yo, Señora, ¿digo nada?

DOÑA CECILIA. Entráos en la iglesia luego.

LISARDO. Esto, Señora, no pasa
de casual cortesanía.

DOÑA CECILIA. Pues para eso ya basta.
Entráos en la iglesia, niñas.

MARGARITA. *(Aparte d doña Francisca)*
¡Fuego de Dios, qué tarasca!
Está ella hablando dos horas,
y nosotras, desdichadas,
quiere que estemos a diente.

DOÑA FRANCISCA. Vamos, y no demos causa
a que haya en casa sermón. *(Vase.)*

MARGARITA. *(Aparte a Lisardo.)*
¿Señor soldado?

LISARDO. ¿Qué mandas?

MARGARITA. Que nos sigáis en saliendo,
si queréis saber la casa.

LISARDO. Sí haré.

MARGARITA. Por Dios, que tengáis
lástima de esta muchacha. *(Vase.)*

DON MARTÍN. Vive Dios, que se han entrado;
dejadme ir tras ellas.

ALFÉREZ. Vaya,
que ya es tarde; mas oíd.

DON MARTÍN. No os puedo oír mas palabra,
que tengo que ir luego al Carmen
y al Caballero de Gracia. *(Vase.)*

Escena V

DOÑA CECILIA, CHICHÓN, EL LICENCIADO, LISARDO, EL ALFÉREZ.

LICENCIADO. ¿No respondéis a mi intento?

DOÑA CECILIA. No es cosa la que se trata
para responderos luego.

Vuestra presencia me agrada;
mas si habéis de ser mi esposo,
hay muchas cosas que faltan,
y han de verse muy despacio.

LICENCIADO. Yo no os he dado palabra
para ser esposo vuestro.

DOÑA CECILIA. Pues ¿qué?

LICENCIADO. Yo, Señora, hablaba
sólo de vuestra sobrina.

DOÑA CECILIA. Mi sobrina no se casa
hasta que me case yo,
que su edad es muy temprana;
y aunque estoy con tocas hoy,
ya de quince años lo estaba,
y aún no tengo diecinueve
cumplidos.

CHICHÓN. (*Aparte.*)
Y la mamada.

LICENCIADO. Así será, mas yo a vos
no os pretendo.

DOÑA CECILIA. Pues se cansa
si pretende a mi sobrina.
Venga, Chichón. (*Vase.*)

CHICHÓN. La muchacha
no se la darán, por Dios,
a él, ni aun para descalzarla.

LICENCIADO. ¿Por qué?

CHICHÓN. Porque ni aun a mí,
con ser tanto de la casa,
no me la dará su tía.

LICENCIADO. Y andará muy acertada.

CHICHÓN. No andará ni su zapato,
que soy yo de la montaña,
el gran Chichón de Barrientos,
más antiguo que la sarna.
¡Oh qué lindo letradillo!

LICENCIADO. Hombre, ¿qué dices? ¿qué hablas?
¿Sabes que estoy consultado
Alcalde de Guatimala
y Guajaca?

CHICHÓN. ¿Chocolate?
Cásese allá con las cajas. (*Vase.*)

Escena VI

EL LICENCIADO, LISARDO, EL ALFÉREZ.

LISARDO. La muchacha es como un oro.
LICENCIADO. Mas la tía es grande maza
vos me habéis hecho un gran gusto,
que este don Martín me enfada.
ALFÉREZ. En la iglesia entró tras ellas.
LICENCIADO. ¿Entró? Fuerza es que allá vaya;
allá dentro no le temo.
LISARDO. Si la tía os desengaña,
¿para qué cansáis en vano?
LICENCIADO. ¿Cómo cansarme? ¿Qué llama?
A textos he de vencerla,
que si en el derecho se halla
ley prima, ha de haber ley tía,
o me he de pelar las barbas. (*Vase.*)

Escena VII

ALFÉREZ. ¿Qué decís de estos humores?
LISARDO. ¿Vos no sabéis lo que pasa?
ALFÉREZ. ¿Qué?
LISARDO. Entre vos y yo a los dos
hemos soplado la dama.
ALFÉREZ. ¿Cómo?
LISARDO. Yo eché al Licenciado
a la tía para hablarla,
y me han dicho que las siga.
ALFÉREZ. Bravo par Dios; la criada
acoto.
LISARDO. Pues ¿no a la tía?
ALFÉREZ. ¿Tía? Si fuera tía del Papa,
no la enamorara yo,
donde hay gorronas.
LISARDO. Aguarda;
que aquí sale el escudero.
ALFÉREZ. De gran simple es la calaña.

Escena VIII

CHICHÓN, *con un rosario en la mano*. DICHOS.
CHICHÓN. Ya oí misa a buena cuenta.
¡Que sea yo tan perdulario,
que nunca acabe un rosario!
Porque en llegando a esta cuenta,
que es la del alma, es notorio,
de aquí no puedo pasar,

todo se me va en sacar
ánimas del purgatorio;
admitan mi buen deseo,
y den su santa intención
por el pecador Chichón,
de esta viuda Cirineo.

(Santiguase con el rosario.)

¡Cómo almorzaríades vos,
Chichón! ¡Qué bien sabe, pues,
un torreznillo después
de encomendarse uno a Dios!

LISARDO. *(A Chichón.)*

¿Ah hidalgo?

CHICHÓN. Y no es lo peor
que tengo.

LISARDO. Créolo, a fe.

¿Queréisme oír?

CHICHÓN. Mire usted
que no soy yo confesor.

LISARDO. Que me deis pretendo, amigo,
de estas señoras razón.

CHICHÓN. No sea murmuración.

LISARDO. Ni sombra.

CHICHÓN. Por eso digo;
Que soy yo muy virtuoso.

ALFÉREZ. ¿Las servís?

CHICHÓN. Las he criado;
más besos las tengo dado
que a las colmenas un oso.

ALFÉREZ. Bien podréis dar testimonios.

LISARDO. De quién son es nuestra duda.

CHICHÓN. Mire usted, lo que es la viuda
es hija de los demonios.

Los mismos ojos la saca
a la pobre Francisquita;
¿Vela usted? Es una santita,
mas grandísima bellaca.

Por casarse anda perdida
la tía; es libidinosa,
y a la niña, de envidiosa,
no deja galán a vida.

LISARDO. Y ¿entra alguno a ser dichoso?

CHICHÓN. ¡Jesús! ni imaginación,
que eso era murmuración,

y yo soy muy virtuoso.
Mas ¿ve usted la tía? Se endilga,
y por marido revienta;
se alaba, tenga usted cuenta,
y se alaba y se remilga;
se hace niña de faición.
Pues ve usted, aunque más los borre,
treinta tiene, y lo que corre
acá desde san Simón.

ALFÉREZ.

(Aparte
¡Graciosa simpleza! al vella,
la risa me precipita.)
Y ¿es doncella Margarita?

CHICHÓN.

Mire, y me casan con ella;
pero yo no quiero tal.

ALFÉREZ.

¿Por qué? ¿No os hará provecho?

CHICHÓN.

¿No ve usted que tengo hecho
voto de virgen bestial?

LISARDO.

¿Cómo tiene el apellido
la tía?

CHICHÓN.

Es doña Cecilia
Maldonado, gran familia.

LISARDO.

(Aparte al Alférez.)
Alférez, ¿no habéis oído?

ALFÉREZ.

Ya escucho, que es bravo cuento.

CHICHÓN.

Pero, señores, adiós,
que ya me esperan las dos;
y callar lo que les cuento.

LISARDO

De eso estamos cuidadosos.

CHICHÓN.

Por eso digo chitón,
que me quitan la ración,
y no es bueno ser chismosos.

Escena IX

LISARDO, EL ALFÉREZ.

LISARDO.

Alférez, suerte dichosa;
la hermana es la viuda
de aquel capitán.

ALFÉREZ

Sin duda.

LISARDO.

La sobrina es milagrosa,
y según contaba él de ella,
muy gran dote ha de tener;
qué pudiéramos hacer
para casarme con ella?

ALFÉREZ. Mirad, doncellas guardadas,
que aun la calle verlas niegan,
al primero que hablan pegan,
aunque sean más honradas;
ello con grande recato
se ha de dar alguna traza
para hablarlas, que esta plaza
ha de rendirse por trato.

LISARDO. ¿Cómo, si guarda con ella
la tía, casa y sobrina?

ALFÉREZ. ¿Hay más de hacerla una mina,
y volar a la doncella?

LISARDO. Alférez, de esa conquista
por el modo desconfío.

ALFÉREZ. Pues eso no amigo mío,
asaltarla a escala vista.

LISARDO. Peor medio es ese, amigo,
con tantos competidores.

ALFÉREZ. ¿Han de faltar batidores
si viniere el enemigo?

LISARDO. La carta.

ALFÉREZ. Pesia mi alma,
Que esta es brava introducción;
ya he formado el escuadrón.

LISARDO. ¿Cómo?

ALFÉREZ. Véislo aquí en la palma:
con un alfiler se pasa
la firma.

LISARDO. ¿Y pues?

ALFÉREZ. Contrahacella,
y escribir carta sobre ella,
que nos hospede en su casa.

LISARDO. ¿Sabréis vos?

ALFÉREZ. Linda chacona;
os la pondré dibujada,
y en ganándole la entrada,
rebato, y arda Bayona.

LISARDO. Lograré las ansias mías.

ALFÉREZ. Rendiréisla.

LISARDO. Al punto vamos.

ALFÉREZ. Pues toca al arma.

LISARDO. Embistamos.

ALFÉREZ. Al arma contra las tías. (*Vanse.*)

Sala en casa de doña Cecilia.

Escena X

DOÑA CECILIA, DOÑA FRANCISCA, MARGARITA, CHICHÓN; *luego*, LISARDO,
dentro.

DOÑA CECILIA. Esto se ha de remediar,
ni aun a misa han de salir,
¿en la iglesia se ha de hablar?

DOÑA FRANCISCA. Pues, Señora, ¿no he de oír?

DOÑA CECILIA. No tienes que replicar.

MARGARITA. (*Aparte.*)
Ya esto a rabia me provoca.
¡Que de sed matarnos quiera,
y no nos dé aquesta loca
un poco de habla siquiera
para enjuagarnos la boca!
Que ella hable, enamore, y hunda,
y marido donde quiera
es su palabra primera!
Pues aunque más nos confunda,
he de ser yo la tercera.

DOÑA CECILIA. Margarita, ¿qué hablas quedo?
¿Qué estás rezando?

MARGARITA. ¡Ay tal dar!

DOÑA CECILIA. No me reces.

MARGARITA. Tengo miedo;
como nos quieres matar,
estaba diciendo el credo.

CHICHÓN. Ya eso es mucho apretar;
¿ni hablar ni ver? Cosa es fiera.

DOÑA CECILIA. Pues ¿qué han de hacer con hablar?

CHICHÓN. Hacer materia siquiera
de podernos confesar.
Demás de que su mercé
tiene la culpa de que
ella hable a los de buen talle
que va encontrando en la calle.

DOÑA CECILIA. ¿Cómo?

CHICHÓN. Yo se lo diré.
La mula que hambrienta va
camina, y si halla un sembrado
que a tiro de diente está,
de trecho en trecho un bocado
caminando, al verde da.
Si de amor hambrientas van

y usted no las trata bien,
en hablar ¿qué mucho harán,
si a tiro de lengua ven
el alcacer del galán?
Téngala usted en casa alguno,
y sáquela a pasear,
harta de hablar con uno;
que si ella hablare a ninguno,
yo me dejaré quemar.
Miré cuál está; ¡ay mi día!
Y hace pucheros a fe.
No haya más, Frazquita mía,
que es una mala esta tía:
escupe, y yo la daré.
Calla, que si te desvelas
por eso, y te desconsuelas,
te he de traer esta noche
cuatro galanes, y un coche
en yendo a las covachuelas.

DOÑA FRANCISCA. Señora, tanto apurar
mal con tu intento concuerda,
y a loca me harás pasar;
que por quererla afinar,
se suele quebrar la cuerda.
O soy liviana, u honrada:
si honrada soy, ¿qué me adquieres
con tema tan porfiada?
Si liviana, ¿cómo quieres,
que te sufra tan pesada?
Si honrada soy del delito
me guarda mi condición;
pues si yo a mí me le evito,
¿para qué es la privación
donde falta el apetito?
Lo que yo nunca he querido,
me mueves a que lo quiera,
porque a veces el sentirlo
quiere lo que no quisiera,
porque lo ve prohibido.
Y en los manjares verás
que, siendo el común mejor,
porque no se halla jamás,
se estima el extraño más
cuando le hay, siendo peor.

MARGARITA. Y el ejemplo te he de dar
que en los tomates contemplo
y de paso has de notar
que te hablo con un ejemplo,
como soy tan ejemplar.
Por la peste se prohibieron,
nadie a ochavo los quería;
y cuando faltar los vieron,
tanto el deseo crecía,
que a real de a ocho valieron.

DOÑA CECILIA. ¿Conmigo filosofías?
Chichón, ¿no es cosa galante?

CHICHÓN. ¿Cómo es eso de folías?
Son muy grandes picardías;
mátelas usted al instante.

DONA FRANCISCA. Pues ¿la verdad no te cuento?

DONA CECILIA. Calla, pícara, o ahora
vengaré mi sentimiento.

CHICHÓN. ¿Folías a mí señora?
Es muy grande atrevimiento.

DOÑA CECILIA. Y mucha bachillería;
¿conmigo filosofías?

CHICHÓN. Ríñalas más su mercé,
que yo a su lado estaré
cuando hay razón; ¿qué es folías?
Es muy gran disolución,
y eso no se ha de sufrir;
lo que es razón, es razón.

LISARDO. (*Dentro.*)
¿Ah de casa?

DOÑA CECILIA. Vaya a abrir,
mire quién llama, Chichón.
Entráos adentro vosotras.

DOÑA FRANCISCA. (*Aparte a Margarita.*)
Jesús, ¡qué extraño martirio!

MARGARITA. Vamos, Señora, que está
hecha un mismo basilisco.
(*Vase con doña Francisca.*)

Escena XI

DOÑA CECILIA, CHICHÓN;. *luego*, EL ALFÉREZ y LISARDO, *éste con una carta.*

CHICHÓN. Dos soldados son, Señora
y pienso que son los mismos
que hoy vimos en San Felipe.

DOÑA CECILIA. Entren pues; mas ya los miro:
ellos son.

LISARDO. Guárdeos el cielo.

DOÑA CECILIA. ¡Qué mandáis?

LISARDO. Recién venidos
de Flandes, aquesta carta
os dirá a lo que venimos.

CHICHÓN. (*Aparte.*)
¡Bravos lagartos parecen!

DOÑA CECILIA. De mi hermano es, ya la miro.
(*Lee.*) «Hermana, el capitán Lisardo y el Alférez Aguirre van a
Madrid, »a pretensiones tan mías como tuyas. Suplícote que, pues
tienes casa »para poderlos tener con decencia los hospedes en ella, y
los regales »como a personas a quien tengo muchas obligaciones.»
No hay que pasar adelante,
bien a firma he conocido.

ALFÉREZ. (*Aparte.*)
Tal trabajo me ha costado.

DOÑA CECILIA. Seáis, señores, bien venidos;
¿Cómo queda allá mi hermano?

LISARDO. Bueno y mozo, que os afirmo
que aún lo está con tanta edad.

DOÑA CECILIA. Por él me obligo a serviros,
y será vuestra esta casa.

LISARDO. Hoy en san Felipe os vimos,
sin conoceros; mas luego
nos dio este escudero aviso.

CHICHÓN. Sí, Señor; mas yo no dije
que mi ama busca marido.

DOÑA CECILIA. Calle, Chichón; que es un simple.

CHICHÓN. No quiero que usted dé gritos
sobre si yo soy parlero.

LISARDO. A su sobrina, me dijo
vuestro hermano, que un abrazo
diese en su nombre, y no miro
quien sea aquí esta señora.

DOÑA CECILIA. Está adentro en su retiro.
Llame a Frazquita, chichón.

CHICHÓN. Pues ¿es boba ella? Al resquicio
de la puerta está acechando.

DOÑA CECILIA. ¿Francisca?

Escena XII

DOÑA FRANCISCA, MARGARITA. DICHOS.

DOÑA FRANCISCA. Ya yo te he oído.

DOÑA CECILIA. Al señor Lisardo envía
a nuestra casa tu tío,
y que te vea le encarga.

MARGARITA. (*Aparte a doña Francisca.*)
Señora, aqueste es el mismo.

DOÑA FRANCISCA. Ya le he conocido, calla.

LISARDO. Señora, de haberos visto
me huelgo. Cierto que ha andado
muy corto allá vuestro tío
en vuestro encarecimiento.
Que sois un ángel divino.

DOÑA FRANCISCA. ¿He de responder?

DOÑA CECILIA. Pues ¿no?

DOÑA FRANCISCA. Señor, a mi tío estimo
que nos envíe el regalo
de la ocasión de serviros,
que yo agradezco.

DOÑA CECILIA. No tanto.

DOÑA FRANCISCA. Pues callaré.

LISARDO. Yo os suplico
me deis licencia de darla
el abrazo.

DOÑA CECILIA. Por su tío
es muy justo.

LISARDO. Pues, Señora,
que de él le admitáis os pido.

DOÑA FRANCISCA. ¿Le he de abrazar?

DOÑA CECILIA. Claro está.

DOÑA FRANCISCA. (*Abraza a Lisardo.*)
Pues, Señor, los brazos míos
tomad, y el alma con ellos,
que os la doy para mi tío.

DOÑA CECILIA. Basta, basta: ¿tanto aprietas?
¡Jesús, y qué desatino!

DOÑA FRANCISCA. Yo no sé abrazar mejor,
Señora.

DOÑA CECILIA. Tonta has nacido.

CHICHÓN. (*Aparte.*)
Sí, como caldo de zorra.

DOÑA CECILIA. Margarita, tú al proviso
Adereza el cuarto bajo.

MARGARITA. Señores, voy a serviros.

ALFÉREZ. (*Aparte.*)

¡Oh qué brava es la fregona!
Ya el corazón me da brincos;
No la trueco a una duquesa.
DOÑA CECILIA. Venid, señores, conmigo
a sentaros acá dentro.
LISARDO. A obedeceros venimos.
DOÑA CECILIA. (*Aparte.*)
¡Lindo mozo es el Lisardo!
Con gran gusto le recibo.

Escena XIII

DOÑA FRANCISCA, MARGARITA, LISARDO, EL ALFÉREZ, CHICHÓN.

LISARDO. Señora...
DOÑA FRANCISCA. Sois mi remedio.
LISARDO. ¿No es buen medio?
DOÑA FRANCISCA. Yo le estimo,
LISARDO. ¿Podréis hablar?
DOÑA FRANCISCA. Lindamente.
LISARDO. Y me oiréis?
DOÑA FRANCISCA. Seréis mi alivio.
LISARDO. Pues vuestro seré.
DOÑA FRANCISCA. Eso quiero.
MARGARITA. Presto, que vuelve, por Cristo.

Escena XIV

DOÑA CECILIA. DICHOS.

DOÑA CECILIA. Qué es eso?
DOÑA FRANCISCA. La reverencia.
LISARDO. No es necesaria conmigo.
(*Vanse doña Cecilia, doña Francisca y Lisardo.*)

Escena XV

MARGARITA, EL ALFÉREZ, CHICHÓN,

ALFÉREZ. ¿A quién digo?
MARGARITA. ¿Será a mi?
ALFÉREZ. Y yo ¿tengo buen partido?
MARGARITA. Y robado.
ALFÉREZ. Pues marchemos.
CHICHÓN. Quedo con las uvas, tío;
que esas son para colgadas.
MARGARITA. Calla, bestia. Entrad conmigo.
(*Vanse Margarita y el Alferez.*)
CHICHÓN. Ahora bien; estos soldados
quisiera yo... Ya os sigo.

Jornada segunda

Sala en casa de doña Cecilia.

Escena primera

LISARDO, EL ALFÉREZ; *luego*, DOÑA CECILIA, *dentro*.

ALFÉREZ. ¿Hay tal regalo, hay tal cama,
tal limpieza, tal olor,
tan lindo gusto de amor,
siendo fregona la dama?
Lisardo amigo, ¿esto es sueño?
Que de gusto estoy sin mí.
Bien haya lo que perdí,
pues nos metió en este empeño.

LISARDO. Pues yo traigo el alma loca
de un pesar que la traspasa.

ALFÉREZ. ¿Qué decís, siendo esta casa
libro de qué quieres, boca?

LISARDO. Aguirre amigo, mi amor,
que cuando aquí entramos fue
inclinación, ya en mi fe
se va pasando a furor.

ALFÉREZ. Pues ¿hay algo que aventure
vuestro amor en su hermosura?
¿Qué os ofende la locura,
sil tenéis quién os la cure?

LISARDO. Ya sabéis que Margarita
todas las noches me mete
de su ama en el retrete,
donde amor no me limita
el favor, la estimación
qué a doña Francisca debo.
A pintaros no me atrevo
el primor, la discreción
de su amor casto y discreto;
sólo explico el primor
con deciros que mi amor
ha vencido su respeto;
que, como es tan soberano
su discurso, la imagino
deidad, y con lo divino
no me atrevo a ser humano.
A la mayor indecencia
que mi pecho se ha atrevido,

a besar su mano ha sido,
y esto por ser reverencia.
Puse en ella el labio ufano;
Más mirad cuál es mi amor,
pues no me apaga el ardor
todo el cristal de su mano.

ALFÉREZ. Pues ¿de qué es vuestro pesar?
Que no se infiere del cuento.

LISARDO. Hasta aquí todo es contento,
mas ahora entra el azar.
Estando con ella, amigo,
de esta ventura en el centro,
le halló la tía allá dentro.

ALFÉREZ. Cuerpo de Cristo conmigo;
¿Anoche?

LISARDO. Sí.

ALFÉREZ. Y no en balde
lo sentís; y ¿halló a los dos?

LISARDO. Juntos.

ALFÉREZ. Menos mal, por Dios,
fuera que entrara un alcalde;
y ¿qué dijisteis?

LISARDO. Amigo,
cogióme tan de repente,
que no hallé cosa decente
de mi disculpa testigo;
mas sabiendo que ella es
tan amiga de afición,
dile por su inclinación,
y salió peor después.
Dije que de mi osadía
era disculpa el amor,
que ella me movió al error,
y que yo se le tenía;
que es cobarde el que se inclina;
y como no me atreví
a decirlo, me valí
del medio de su sobrina;
y que a pedirla había entrado
que ella mi amor la dijera.

ALFÉREZ. ¡Que tal desatino hiciera
un hombre mozo y soldado!
¿A fingir amor se pasa
a una dueña?

ALFÉREZ. No es mujer, sino cigüeña.
LISARDO. ¡Que penséis tal desatino!
ALFÉREZ. Hermano, el temor me empeña,
porque yo en viendo una dueña,
pienso que es la de Tarquino.
¿En tocas meterme manda?
Que no es Flandes, advertid,
aqueste. Estando en Madrid,
¿queréis que muera en Holanda?

LISARDO. ¿Fineza era tan extraña
la que mi amor os pidió?

ALFÉREZ. Pues ¿era san Jorge yo
para andar tras esa araña?

LISARDO. No es de la amistad indicio,
viendo que es mi pena más.

ALFÉREZ. Por vida de Satanás,
que me haréis perder el juicio.
Empeñadme vos de veras,
mandadme hacer de malicia
resistencia a la justicia,
aunque me echen a galeras,
o reñir en cosa hecha
con un zurdo, aunque yo acabe
a manos de quien no sabe
cuál es su mano derecha;
mas no amar viuda tan loca.
¿Soy yo ladrón negativo,
que queréis de alcalde esquivo
darme un tormento de toca?

LISARDO. ¡Que en mujer tan principal
no sepáis poner el gusto!

ALFÉREZ. Hermano, yo no me ajusto
en no habiendo delantal
de picote, saya vieja,
sobre el guardapiés alzada,
la cintura a un lienzo atada,
lazo verde en la guedeja,
mantilla que me alborota,
con botón el zapatillo,
que descubriendo el tobillo,
la brujuleo como sota.
A éstas busco, a éstas pretendo,
que hablan claro. ¿Hay más que oír
una fregona decir:

«¿Ha visto el hombre? -¡No entiendo!-
 Vaya adelante, Señor,
 no se le acatarre el pecho.-
 Ya aguardo, ángel. -¡Bien se ha hecho!-
 ¿Qué nos quiere? -Y eso ¿es flor?
 ¿Hace burla? -Andad con ellas.»
 Y otras cosillas así,
 que nacieron para mí,
 o yo nací para ellas.
 Y cuando está esquiva, más
 del gusto es; más apacible
 Ver rendir este imposible
 con castañas y hipocrás.
 Pues ¿qué he de hacer?
 Engañarla.
 Y ¿de mi ángel la querella?
 Amarla y satisfacella.
 (Dentro.)
 ¿Chichón?

Escena II

CHICHÓN. LISARDO, EL ALFÉREZ.

CHICHÓN. Ya voy a buscarla.
 ¡Jesús, Jesús! ¡qué empujones!
 Desde amanecer empieza;
 «Chichón, Chichón.» La cabeza
 tengo llena de chichones.
 LISARDO. ¿Qué es eso?
 CHICHÓN. Mi ama, que toda
 la mañana me ha molido;
 parece que ha amanecido
 rabiando de hambre de boda.
 ALFÉREZ. Pues ¿qué ahora te ha mandado?
 CHICHÓN. Me manda que venga a usted
 y diga que voy...
 LISARDO. ¿A qué?
 CHICHÓN. ¿A qué? Ya se me ha olvidado.
 LISARDO. ¿Qué dices? ¿Qué te mandó?
 CHICHÓN. Dijo; mas espere usted,
 y se lo preguntaré.
 ¡Ah! sí, ya se me acordó.
 Dijo, válgate el dimoño,
 que al audiencia del Vicario
 vaya, y llame a un perdulario

para que haga el matrimonio.
 LISARDO. Notario diría.
 CHICHÓN. Voltario,
 sí, Señor, que se fatiga
 por voltarios; que es amiga
 de tener el gusto vario.

LISARDO. ¿Habéis visto tal quimera?
 No sé, por Dios, qué he de hacer.

ALFÉREZ. Paciencia habéis menester.
 CHICHÓN. Ah, sí; ¿cómo dijo que era?

LISARDO. Notario habéis de llamar.
 CHICHÓN. Ya ello suena a calendario,
 campanario y boticario;
 no se me puede olvidar;
 mas ¿dónde vive el Vicario,
 Señor?

LISARDO. No sé dónde es.
 CHICHÓN. Pues iréme a San Ginés;
 mas por Atocha es mejor.

LISARDO. ¿A Atocha habéis de ir ahora?
 CHICHÓN. Por allí no puedo errar.

LISARDO. ¿Cómo?
 CHICHÓN. Mire usted: rezar
 primero a nuestra Señora,
 que esto Dios me los reciba,
 y irme a palacio despacio.

LISARDO. Pues ¿qué haréis luego en palacio?
 CHICHÓN. Preguntar adónde viva.
 ALFÉREZ. *(Aparte a Lisardo.)*
 ¿Qué os importa que lo yerre?
 Dejadle ir; ¿qué se os da a vos?

LISARDO. Dices bien. Andad con Dios.
 CHICHÓN. Mi ama está erre que erre;
 voy a buscar el Vicario,
 que ella en él tiene su gloria;
 ya bien llevo en la memoria
 que he de traer un almarío.

Escena III

LISARDO, EL ALFÉREZ; *luego*, DOÑA FRANCISCA y MARGARITA. *Éstas vienen hablando sin reparar en aquellos.*

LISARDO. ¡Qué no me socorráis vos!
 Yo he de perder el sentido.

ALFÉREZ. Doña Francisca ha salido.

LISARDO. No sé qué hacerme, por Dios.
(*Salen doña Francisca y Margarita.*)

DOÑA FRANCISCA. ¡Margarita, esto ha de ser,
yo no he de sufrir más celos.
¿Toda la noche con ella
hablando en su casamiento?

MARGARITA. Estos soldados, Señora,
tienen alma de venteros.
Él quiere a tía y sobrina,
que en estando en Flandes, luego
traen del príncipe de Orange
bula para el parentesco.
Ellos comen carne en viernes;
yo pregunté al compañero
que por qué carne comían,
y dijo: «Señora, tengo
un hermano tuerto, fraile.»

DOÑA FRANCISCA. No, Margarita; su intento
es casarse con mi tía
por codicia del dinero.

MARGARITA. Pues, ¿tú no tienes buen dote?

LISARDO. Aguirre, ¿no oís aquesto?

ALFÉREZ. De celos trae una escuadra;
embistan los mosqueteros
con dos mangas de lisonjas,
que con eso huirán los celos;
que en la batalla de amor
son los caballos ligeros.

MARGARITA. Señora, aquí están los dos.

LISARDO. Aurora de mi deseo,
sol de mi verde esperanza,
día de mi pensamiento,
primavera de mi amor...

DOÑA FRANCISCA. Ten, Lisardo, quedo, quedo
de primavera y de sol;
que aunque yo a no te debo
ese amor que significas,
tampoco no te merezco,
sabiendo yo que son falsos,
la injuria de esos requiebros.

LISARDO. ¿Que son falsos? ¿Que es injuria?
Dueño mío, no te entiendo.

DOÑA FRANCISCA. ¿No te casas con mi tía?

LISARDO. Tan poco crédito tengo,

de discreto, que has creído,
que pudiera ser tan necio?
¿Yo a tu tía?

ALFÉREZ.

Vive Dios,
que aunque él estuviera ciego,
no se pusiera en los ojos
a tu tía por remedio.

LISARDO.

¿Yo a tu tía?

MARGARITA.

Y preparada.

DOÑA FRANCISCA. Señor Lisardo, no vengo
a buscar en vos halagos
que satisfagan mi pecho;
admitir satisfacciones
de agravios es otro riesgo,
pues sólo es entrarme al alma
para herírmela de nuevo.
Sólo vengo a suplicaros
que os salgáis de casa luego,
porque ya que os hallo ingrato,
no es bien que os vea grosero.
Enamorar a mis ojos
a mi tía, cuando tierno
fingíais conmigo, os hace
ingrato y mal caballero.
Dos culpas son, y sufrirlas
no he de poder. Idos presto;
que por no sufrir el otro,
os perdono un desacierto.
El de ingrato a mí me ofende,
ese os perdona mi pecho;
el de grosero os ultraja,
ese es el que ver no quiero;
mirad vos lo que os estimo,
pues perdonándoos, os dejo
que os vais desagradecido,
por no veros desatento.
Ven, Margarita.

LISARDO.

Señora,
espera, mi bien, mi dueño;
sabe el cielo que te adoro,
que te estimo y te venero.

DOÑA FRANCISCA. Él lo sabrá, mas yo no.

LISARDO.

Pues ¿cómo puede ser eso?
Si tú lo dudas, Señora,

¿no puede saberlo el cielo?

Escúchame.

DOÑA FRANCISCA. No he de oíros,

LISARDO. Óyeme, Señora, y luego,
si no quedas satisfecha,
obedecerte pretendo.

ALFÉREZ. *(Aparte.)*

Ya está Lisardo perdido.
¿Que no sepa un majadero
querer con comodidad,
como yo? No sé qué tengo,
que si cada tercer día
no me mudo y me renuevo
el amor y la camisa,
se me ensucian al momento.

DOÑA FRANCISCA. Mirad que saldrá mi tía.

LISARDO. Alférez, estad atento.

ALFÉREZ. Yo me ofrezco a ser espía;
pero mientras hablan ellos,
remólquenme esa fragata,
que ya que espía me han hecho,
no quiero serlo perdida.

DOÑA FRANCISCA. Ve, Margarita.

MARGARITA. Eso quiero.

(Hablan Lisardo con doña Francisca, y con Margarita el Alférez.)

LISARDO. Si fue forzoso fingir,
para salir del empeño,
que la amaba, y ella al punto
me propuso el casamiento,
¿cómo pude yo excusarlo?
Este engaño ha de ser medio
con que nuestro amor los dos
mejor vamos disponiendo.

DOÑA FRANCISCA. ¿Cómo ha de ser?

LISARDO. De esta suerte.

(Bajan la voz.)

ALFÉREZ. ¿Que no crees que te quiero?

MARGARITA. Pienso que de mí haces burla.

ALFÉREZ. *(Aparte.)*

Miren si mi gusto es bueno:
¿hay cosa como querer
a quien me tiene respeto,
y que en tenerla yo amor
piensa que la favorezco?)

Ven acá; y ¿qué harás de costa
cada año, si eres mi empeño?
MARGARITA. Eso con un calzadillo,
tal vez unos lazos nuevos,
y esto muy de tarde en tarde;
unos guantes, los del tiempo,
la gargantilla de vidrio,
y con eso me contento.
ALFÉREZ. Y ¿por eso me querrás?
MARGARITA. Me colgaré de tu cuello.
ALFÉREZ. (*Aparte.*)
Ahorcado tal barato.
DOÑA FRANCISCA. Si excusar el casamiento
me prometes, a sufrir
que finjas amor me ofrezco.
LISARDO. Yo te doy palabra y mano
de ser tuyo a un mismo tiempo.
(*Danse los manos.*)

DOÑA FRANCISCA. Y yo de esposo la admito.
ALFÉREZ. Pues la mano se dan ellos,
dámela también.
(*Danse las manos.*)
MARGARITA. Sí haré:
Alférez, toca esos huesos;
que yo seré la bandera.

Escena IV

DOÑA CECILIA, *que observa desde la puerta.* DICHOS.
DOÑA CECILIA. ¡Qué es lo que miro! ¡Qué veo!
Desafío es mano a mano.
ALFÉREZ. (*Aparte a Lisardo.*)
Hola, la tía; al remedio.
(*En alta voz.*)
Esta raya os significa
inclinada por extremo
a beber, y en el beber
habéis de tener un riesgo.
MARGARITA. Bien decís; y este es el trago
que me amenaza.
LISARDO. Convento
significa aquesta raya;
que habéis de ser monja es cierto.
DOÑA FRANCISCA. Vos me dais muy buenas nuevas,
porque eso es lo que deseo;

que yo estoy tan bien hallada
con este recogimiento
en que me tiene mi tía,
que esa es la elección que tengo.

DOÑA CECILIA. *(Saliendo.)*
¿Qué es eso?

ALFÉREZ. Curiosidades
que allá en Flandes aprendemos.

DOÑA CECILIA. ¿En Flandes saben de manos?
ALFÉREZ. Pues ¿ahora dudáis eso?
Sin saber quiromancia
no puede uno ser sargento.

DOÑA CECILIA. Y ¿ha de ser monja Frazquita?
LISARDO. Tres señales tiene dello.

DOÑA CECILIA. Cierto que le está muy bien;
que hay tan malos casamientos,
que es una muerte un marido.

DOÑA FRANCISCA. Sí, Señora, mas yo pienso
que tú no temes morirte.

DOÑA CECILIA. Vivo bien y no lo temo.
Ea, entráos a hacer labor;
que aunque sea tan honesto,
parecen mal las doncellas
con los hombres.

MARGARITA. Eso es cierto;
pero también las viudas.

DOÑA CECILIA. ¿Quién os mete a vos en eso?
DOÑA FRANCISCA. Tiene razón Margarita;
que tú te quedas con ellos,
y sabe Dios la que tiene
más malicia en el intento.

DOÑA CECILIA. Pues ¿qué malicia, atrevida?
Ea, entráos allá dentro,
no me hagáis descomponer.

DOÑA FRANCISCA. No haga tal, ya nos iremos;
que a quien trata de ser novia,
descomponerla es gran yerro.

(Vase con Margarita.)

Escena V

DOÑA CECILIA, LISARDO, EL ALFÉREZ.

DOÑA CECILIA. ¿Qué es lo que dices, Francisca?
LISARDO. Si tratas del casamiento
tan en público, que envías

por el notario, ¿qué exceso
hace en decírtelo ella?

DOÑA CECILIA. Pues dígallo; que hoy intento
desposarme, si es posible;
que todo lo hace el dinero
y el Nuncio. Tú, dueño mío,
¿no irás luego a disponerlo?
¿Qué es lo que dices, querido?

ALFÉREZ. (*Aparte.*)
¡Voto a Dios, que pierdo el seso!
¡Que haya hombre que oiga a una dueña
amores, sin que primero
vaya a meterse ermitaño!

LISARDO. Señora, por ti te advierto
que, sin que hayas dado estado
a tu sobrina, es gran yerro
publicar que tú te casas.

DOÑA CECILIA. Casémonos de secreto.
¿Hay más de que no se sepa?

LISARDO. Tú me aprietas tanto en eso,
que es forzoso, aunque lo sienta,
que te declare el secreto.

DOÑA CECILIA. ¿Qué secreto?

LISARDO. Que los dos
ser casados no podemos.
En la carta de tu hermano
¿no dice que yo le debo
más que mucha obligación?

DOÑA CECILIA. Pues bien, ¿qué se infiere de eso?

LISARDO. Señora, yo vine aquí
por un intento encubierto,
que ya se ha desvanecido,
y declarártelo puedo.
Yo soy hijo de tu hermano,
que allá en sus años primeros
me tuvo en madama Blanca,
que en todo el país flamenco
no hubo dama más hermosa.

ALFÉREZ. (*Aparte.*)
Vive Dios, que halló remedio.

DOÑA CECILIA. Pues ¿eso es inconveniente,
sobrino? Ahora te quiero
mucho más; dame los brazos
por nueva que tanto aprecio;

que eso lo hacen mil ducados
de dispensación.

ALFÉREZ. (Aparte.)
Laus Deo.
Miren que presto saltó
el foso del parentesco.

LISARDO. Señora, ese inconveniente
no es el mayor que yo tengo.

DOÑA CECILIA. Pues ¿hay otro?

LISARDO. Sí, y mayor.
Ya sabré lo que yo debo
a Aguirre, que el ser mi alférez
en su amistad es lo menos;
y aseguro que en Vizcaya
su sangre es la de más precio.
Él me ha dicho que de ver
vuestra gracia y vuestro aseo,
se ha enamorado de vos.

ALFÉREZ. (Aparte.)
¡Qué es lo que escucho!
Esto es bueno.
Hombre, ¿has perdido el sentido?

LISARDO. Esto, Señora, es lo cierto,
y el mayor inconveniente;
porque yo tanto le quiero,
que sólo por él hiciera
la fineza de perderos.
Pero sólo me consuela
lo que mejoráis en esto.
¡Mirad qué talle y qué brío,
qué bizarría y qué aliento!

ALFÉREZ. (Aparte.)
¡Está borracho Lisardo?

LISARDO. Y es tan grande caballero
como yo, aunque por mi madre
del conde Curcio desciendo.

ALFÉREZ. (Aparte.)
Señores, si ella lo cree,
de aquí me he de ir al infierno
antes que oírla un *bien mío*.

DOÑA CECILIA. Alférez, pues ¿cómo es eso?
¡Vos me queréis?

ALFÉREZ. No, Señora.
¿Yo? Ni por el pensamiento.

(*Hablan aparte el Alférez y Lisardo.*)

LISARDO. Fingidlo, amigo.
ALFÉREZ. ¿Estáis loco?
LISARDO. Fingidlo por mí.
ALFÉREZ. No puedo.
LISARDO. Mirad que me dais la vida.
ALFÉREZ. Ya os he dicho que no quiero.
LISARDO. (*A doña Cecilia.*)
Señora, él, de buen amigo,
disimula; más es cierto
que yo le hago gran pesar.
DOÑA CECILIA. Alférez, ¿qué decís desto?
ALFÉREZ. Señora, yo os vi sin tocas,
y me enamoré, mas luego
se me fue el amor al punto
que con tocas volví a veros.
DOÑA CECILIA. Pues si esto es así, ¿qué quieres?
LISARDO. Si él no da licencia de ello,
yo no le he de hacer pesar;
que sé que lo está encubriendo.
ALFÉREZ. Yo no encubro tal, Señora;
licencia doy al momento.
DOÑA CECILIA. Pues sobrino, ¿qué más quieres?
LISARDO. (*Aparte.*)
Ello, aquí no hay más remedio
que de la dispensación
me valga el plazo.) Si es cierto
que lo permite el Alférez,
Señora, luego al momento
por dispensación se envíe.
DOÑA CECILIA. Pues dame los brazos fuego,
y no me lo regatees.
LISARDO. Y el alma también con ellos.

Escena VI

DOÑA FRANCISCA, MARGARITA. DICHOS.

DOÑA FRANCISCA. Ya voy, Señora, ¿qué quieres?
Pero ¡qué es esto que veo!
Señor Lisardo, pues ¿vos
con mi tía descompuesto?
Y ¿aun por eso me llamabas?
Es muy grande atrevimiento.
MARGARITA. Y muy gran bellaquería,
y muy atrevido exceso

abrazará mi señora,
que es de virtud un ejemplo,
y nos enseña a nosotras
el recato que tenemos.

DOÑA CECILIA. ¿Qué es lo que dices, Francisca?
Esto no es atrevimiento;
que Lisardo es mi sobrino,
y, le he abrazado por eso.

DOÑA FRANCISCA. ¡Jesús! ¿Sobrino? ¿qué dices?
¿Eso, Señora, hay de nuevo?
Pues si por tía le abrasas,
por prima también yo puedo.

DOÑA CECILIA. Detente, no puedes tal;
que no es tanto el parentesco,
que dispensación no quepa.

DOÑA FRANCISCA. Tú la tendrás, según eso.

DOÑA CECILIA. Yo ¿de qué la he de tener?

DOÑA FRANCISCA. O la tienes, o a lo menos
querrás enviar por ella.

DOÑA CECILIA. Ya has escuchado el concierto.

MARGARITA. Eso, por aquel resquicio.

DOÑA CECILIA. Pues es verdad: ¿qué tenemos?
¿No me puedo yo casar?

DOÑA FRANCISCA. Sí puedes, pero con esto
sabré yo que tus recatos,
tus voces y tus encierros,
tus riñas y tus enojos
no son por mis galanteos,
sino porque no son tuyos
los galanes que yo tengo.
Yo te tenía por piedra,
mas, ya que mujer te veo,
también lo he de ser, que soy
más niña yo para serlo.
Tú, que me estás predicando
que sea monja, ¿este ejemplo
me das? Pues yo te lo admito,
y pido el mismo convento.
Que es una muerte un marido
dices, y a morir te has vuelto;
o el morirse no es muy malo,
o es el marido muy bueno.
¿Tú, que lo sabes, te casas,
y me predicas el riesgo?

¿Quieres que en mí sea temor
lo que en ti no es escarmiento?
¿Cómo he de creer las ansias
que siempre me estás diciendo
que pasabas con tu esposo,
si aquí las buscas de nuevo?
«¡Qué vida tan trabajosa
pasé con mi esposo muerto!»
¡Válgate Dios por trabajo,
que al gusto deja deseos!
Si tú vuelves a esta vida,
sin duda hay algún contento
que es mayor que sus trabajos,
pues tú atropellas por ellos.
Pues, tía, yo he de casarme;
que ya por saber me muero
un mal, que ponderas tanto,
y un gusto que le hace menos.
Y si preguntas por qué
en tal peligro me meto,
respóndele tú; que yo
me tomo aquí el argumento.
Quien la culpa que condena
comete, pague su yerro
o absuélvale, pues por mí
le cometió en el ejemplo.
Y habiendo yo de casarme
(esto es lo peor), te advierto
que si quieres a Lisardo,
nos encontramos en eso.
Yo también le quiero, tía,
y si entrambas le queremos,
tú le querrás por tu gusto,
más yo por mi honor le quiero;
que no soy yo tan liviana,
ni mi honor tan poco cuerdo,
que a quien no fuera mi esposo
diera entrada en mi aposento.
Él me ha dado la palabra;
mira lo que haces en esto;
porque yo tengo testigos,
y ha de cumplírmela luego. (*Vase.*)

Escena VII

DOÑA CECILIA, MARGARITA, LISARDO, EL ALFÉREZ.

DOÑA CECILIA. ¿Qué es lo que dices, Francisca?

Margarita, ¿qué es aquesto?

MARGARITA. Yo, Señora, soy testigo,
y lo juraré a su tiempo.

DOÑA CECILIA. ¿Tú testigo? ¿Tú lo has visto?

MARGARITA. Con estos ojos no menos,
que se han de comer la tierra.

DOÑA CECILIA. ¿Tú has de hacer tal juramento?
Lo contrario has de jurar.

MARGARITA. ¿Yo he de jurar falso? Arredro.
Y ¿el alma, Señora mía?
Pues ¿no sabes que hay infierno?

DOÑA CECILIA. ¿Qué es infierno?

MARGARITA. Donde hay tías.

DOÑA CECILIA. Sobrino, ¿es aquesto cierto?

LISARDO. Yo señora...

MARGARITA. Yo testigo,
y lo juraré a su tiempo. (*Vase.*)

DOÑA CECILIA. ¿Qué es esto, Lisardo? Alférez,
hablad; ¿de qué estáis suspenso?

ALFÉREZ. Yo soy testigo también,
y lo juraré a su tiempo. (*Vase.*)

Escena VIII

DOÑA CECILIA, LISARDO.

DOÑA CECILIA. ¡Qué es lo que escucho! Lisardo,
idos de casa al momento;
idos, no deis ocasión
que a mis parientes y deudos
dé cuenta de esta traición,
y os hagan pedazos luego.

LISARDO. (*Aparte.*)
Esto es peor, vive Cristo,
porque con esto perdemos
comodidad y regalo,
sin saber dónde tenerlo;
y de malograr mi amor
me pongo a evidente riesgo
si ella avisa a sus parientes;
engañarla es el remedio.

DOÑA CECILIA. ¿Qué esperáis aquí, Lisardo?

LISARDO. Señora, el sentido pierdo
viendo tan gran falsedad,

cuando yo sólo soy vuestro.
DOÑA CECILIA. ¿Qué dices?
LISARDO. Que aquesto afirmo.
DOÑA CECILIA. Pues ¿quién mueve este embeleco?
LISARDO. ¡Cómo he de saberlo yo,
Señora! Viven los cielos,
que es engaño; pues ¿por qué
queréis que finja que os quiero,
si no fuera la verdad?
DOÑA CECILIA. Pues si es sólo atrevimiento
de mi sobrina, enojada
porque casarla no quiero,
sobrino, ven al instante
y llevarás el dinero
para la dispensación;
y como mi esposo, y dueño
de esta casa, en su desorden
pon el instante remedio.
LISARDO. Remedio y castigo y todo.
DOÑA CECILIA. Pues entra luego por ello.

Escena IX

CHICHÓN, *llorando; trae unos papeles.* DICHOS.
CHICHÓN. Ay de mí, pobre Chichón;
que vengo ya medio muerto.
¡Oh, lleve el diablo la viuda,
que me envió a tal enredo!
DOÑA CECILIA. ¿Qué es eso, Chichón? ¿Qué trae?
CHICHÓN. ¡Ay Señora! Muerto vengo.
Fuí a la audiencia del Vicario,
que es en un patio muy lleno
de mesas, con tanta gente
y tantos gritos entre ellos.
Llegué a una donde unos mozos
allí estaban escribiendo,
y con mucha cortesía
dije, quitado el sombrero:
«¿Quién es aquí el perdulario
para hacer un casamiento!»
Y apenas tal hube dicho,
cuando conmigo embistieron,
y a puñadas y patadas
me remendaron el cuerpo.
DOÑA CECILIA. ¿Qué dice, Chichón?

CHICHÓN.

Señora,

no soy Chichón, que antes vengo
todo lleno de chichones;
mire usted qué bien viene esto
con decirme a mí mi padre
que tener hijos no puedo,
si traigo aquí más de treinta
Chichoncitos.

DOÑA CECILIA.

¡Que tan necio

sea, que olvide mi recado!

CHICHÓN.

¡Ay Señora! Que no es eso.

DOÑA CECILIA.

¡Que sea tan mentecato,
que a nada enviarle puedo,
que en vano siempre no sea!

CHICHÓN.

Pues ahora en vano no vengo.

DOÑA CECILIA.

Pues ¿qué ha hecho?

CHICHÓN.

¿Qué? Aquí traigo

dos papeles que me dieron
para Frazquita.

LISARDO.

¿Qué dices?

CHICHÓN.

Pues ¿qué, manda para eso?

¿Quiere usted saber acaso
lo que a la otra escribieron?

LISARDO.

Suelta, necio.

CHICHÓN.

No haré tal;

que me lo han dado en secreto.

LISARDO.

(Toma los papeles.)

¿Quién te dio aquestos papeles?

CHICHÓN.

Ahí lo verán en ellos:
el letrado y don Martín.

DOÑA CECILIA.

Léelos.

LISARDO.

Eso pretendo.

CHICHÓN.

Señores, miren lo que hacen;
que sabe más que Galeno
el letrado, y nos podrá
poner después algún pleito,
que nos cueste nuestra hacienda.

LISARDO.

Del letrado es el que leo.

(Lee.) «Señora, muchos litigantes van por nuestro parecer; pero el
»contrato de amor ha de ser *in solidum*, y no de mancomún. Un
»soldado tenéis en casa, y aunque sea primo, yo entiendo mejor que
»vos *De militibus, capite sexto*. Si enviáis por dispensación para
»casaros, yo lo he de estorbar, que para esto tengo a Salgado, *De*
»*retentione*. Y con esto, *vale*. Fecha, *ut supra*. -*El licenciado* »*Celedón*
de Ampuero.»

DOÑA CECILIA. ¡Viose tan gran desvergüenza!

CHICHÓN. Mire usted si bien le advierto.
¡Tome, y los tiestos que sabe!

LISARDO. El de don Martín ver quiero.
(*Lee.*) «Señora, muy congojado estoy de lo mucho que ha que no os
»doy palabra de casamiento. Tres cédulas os he enviado, y por si el
»término de ellas se ha acabado, lo prorrogo en esta. -Digo yo, don
»Martín de Herrera, regidor que fuí de la villa de Arnedo, que doy
»palabra de casarme con doña Francisca Maldonado, a su voluntad, »a
quien debo estas finezas, por tantas de contado; y así lo juro a Dios »y
a esta cruz. -*Don Martín de Herrera*, regidor de Arnedo.»

DOÑA CECILIA. Lisardo, ¿qué es lo que dices?
¡Que a tales atrevimientos
ocasión de mi sobrina!
Ya a ti te toca el empeño.

LISARDO. Yo pondré remedio en todo,
y castigaré este exceso.

DOÑA CECILIA. Y el chichón ¿es alcahuete?

CHICHÓN. ¿Alcahuete? ¡Santos cielos!
¡Alcahuete me han llamado
a mí, que un hermano tengo,
que va a caballo delante
del Rey!

DOÑA CECILIA. Pues ¿qué es?

CHICHÓN. Su cochero;
y tengo dos primos yo
sacristanes en Oviedo.
¿Yo alcahuete? ¡Jesucristo!
Págueme usted mi dinero;
que no quiero estar en casa.

DOÑA CECILIA. ¿Qué dice?

CHICHÓN. Lo que la cuento.
¿Yo deshonorar mi linaje?

LISARDO. Él no tiene culpa de ello.

CHICHÓN. Sepa su merced que soy
más hidalgo que un torrezno;
y si fue bruja mi madre,
no tuve yo culpa dello;
que ya por eso en Logroño
la dieron su salmorejo.
No he de parar más en casa.

LISARDO. Sosiéguese, que el remedio
pondré yo en quien tiene culpa.

CHICHÓN. No hay que tratar, esto es hecho.
¿A mí me llama alcahuete,

que soy Chichón de Barrientos,
de Gil e Barrientos hijo,
y de Lain Lainez nieto,
Bisnieto de Sancho Sánchez
y chozno de Méndez Mendo?
Eso, como el A B C
sé yo todos mis abuelos.

DOÑA CECILIA. Ven al momento, sobrino,
y luego lleva el dinero;
y mira por nuestro honor,
pues ya el de todos es nuestro.

LISARDO. Vamos pues, Señora.

DOÑA CECILIA. Vamos.

LISARDO. (*Aparte.*)
¿Mil ducados? Tomarélos;
que ellos servirán de ayuda
para lograr mis intentos.
(*Vase con doña Cecilia. Empieza a oscurecer.*)

Escena X

CHICHÓN. ¿A mí alcahuete? A mí teniendo abuelos?
En la garganta, cielos,
toda la honra se me ha hecho un nudo,
y aquí me temo ahogar si no estornudo.
En un libro leí los otros días
que hay un viejo que llaman Matatías;
pues Chichón, luego de buscarle trata,
y si le hallo, sabré a cómo las mata;
que quiero, por honor de mis pasados,
vengarme, aunque las mate a cien ducados.
Porque ya ha anochecido y hace lodos,
no le voy a buscar; mas si los codos
del hambre me sé comer, he de buscallo.
¿Piensa que lo ha con bobos? Pero calle:
ello ¿no hay Matatías? ¡Oh gran viejo!
Pues hoy ha de valerme su consejo.
A todo el mundo hará gran beneficio;
no tiene el Rey que dar mejor oficio.
Pero en la sala pasos he sentido;
no puedo ver quién es, que ha oscurecido.

Escena XI

EL LICENCIADO. CHICHÓN.
LICENCIADO. Del papel vengo a ver si hallo respuesta,

que me ha costado hoy toda la siesta
de estudio, porque fuese bien escrito.

CHICHÓN. *(Aparte.)*
¿Quién va?

LICENCIADO. ¿Chichón amigo?
¡El letradito!

LICENCIADO. ¿Qué hay del papel?
CHICHÓN. *(Aparte.)*
¡Ay Dios! ¿Si hará prenderme
en sabiendo lo que hay? ¡No sé qué hacerme!

LICENCIADO. ¿Qué dices?
CHICHÓN. Me costó mil embarazos.

LICENCIADO. ¿Cómo?
CHICHÓN. La tía le ha hecho mil pedazos.
LICENCIADO. Pues ¿cómo tú el secreto has revelado?
CHICHÓN. ¿Revelar? Sepa usted, señor letrado,
que yo soy más leal, sin duda alguna,
que el paje de don Álvaro de Luna.

LICENCIADO. Ya lo sé yo.
CHICHÓN. La tía lo ha rotpido,
y me llamó alcahuete.

LICENCIADO. ¿Qué eso ha habido?
CHICHÓN. ¿Quiere usted ordenarme una querella
para el juez Matatías contra ella?

Escena XII

DON MARTÍN. DICHS.

DON MARTÍN. Mientras es hora de otro galanteo,
vengo a ver si se logra mi deseo
con el papel, que a tantas que prometo
casamiento, en alguna tendrá efeto.

CHICHÓN. *(Al Licenciado.)*
¡Ay, Señor, grande mal si es el sobrino!

LICENCIADO. ¿Qué he de hacer?
CHICHÓN. Esconderos a este lado.
(Escóndele.)

LICENCIADO. Sácame de aquí presto, hombre del diablo.
CHICHÓN. Yo os sacaré. ¿Quién va?
DON MARTÍN. Yo soy.
CHICHÓN. ¡San Pablo!
¿A qué viene, Señor? Gran mal sospecho.
¿No sabe el caldo que el papel ha hecho?
¿Qué caldo?

DON MARTÍN.
CHICHÓN. De alcaparras.

Váyase, no tengamos la de marras.
 DOÑA CECILIA. (*Dentro.*)
 Hola, Chichón.
 DON MARTÍN. ¿Quién es?
 CHICHÓN. ¡Santa María!
 DON MARTÍN. ¿Es el soldado?
 CHICHÓN. No, sino la tía,
 que es peor que soldado y bandolero.
 Mira que viene.
 DON MARTÍN. Aquí esconderme quiero.
 (*Ya a esconderse donde está el Licenciado.*)
 CHICHÓN. ¿Dónde va?
 DON MARTÍN. A esconderme.
 CHICHÓN. En otro nido;
 que en este está otro pájaro escondido.
 (*Escóndese don Martín en otra parte.*)

Escena XIII

DOÑA CECILIA. CHICHÓN; EL LICENCIADO y DON MARTÍN, *ocultos.*
 DOÑA CECILIA. Chichón, ¿qué es eso? ¿Con quién hablaba ahora?
 CHICHÓN. Rezo mis devociones; que ya es hora.
 DOÑA CECILIA. Yo he sentido aquí pasos de otra planta.
 CHICHÓN. ¿Pasos ahora? ¿Es Semana Santa?
 DOÑA CECILIA. Yo pasos he sentido y visto un bulto;
 señal que alguno hay por aquí oculto.
 CHICHÓN. Pues eso es la verdad; que se me ha hinchado
 no sé qué, y tengo un bulto en este lado.
 DOÑA CECILIA. Sacad luces. ¡Francisca, Margarita,
 sobrino, hola!
 CHICHÓN. (*Aparte.*)
 Tu lengua sea maldita.)
 ¿Qué hace, Señora? Calle, no le llame;
 que topará con ellos.
 DOÑA CECILIA. ¿Cómo, infame?
 ¡Francisca, Margarita!

Escena XIV

DOÑA FRANCISCA, MARGARITA, *con luz*; LISARDO, EL ALFÉREZ. DICHOS.
 DOÑA FRANCISCA. ¿Qué nos quieres?
 LISARDO. ¿Qué das voces, Señora?
 DOÑA CECILIA. Pues ¿no infieres
 el riesgo de mi voz? Aquí he sentido
 Un hombre con Chichón y está escondido.
 CHICHÓN. Señores, que se engaña y precipita;

que son dos por aquesta cruz bendita.
DOÑA CECILIA. ¿Qué es lo que dices, simple?
CHICHÓN. Aquí está el uno.
(*Saca al Licenciado.*)
LICENCIADO. ¿Qué haces, tonto?
CHICHÓN. No sea usted importuno.
DOÑA CECILIA. ¡Qué es lo que miro! ¿En mi casa
un hombre escondido está?
Sobrino, a tu honor le importa;
este hombre se ha de casar
con mi sobrina al instante.
LISARDO. (*Aparte.*)
No me faltaba a mi más.
DOÑA FRANCISCA. ¿Qué es lo que dices, Señora?
DOÑA CECILIA. Contigo se ha de casar.
MARGARITA. (*Aparte.*)
Válgate el diablo por tía,
fondo en suegra.
LICENCIADO. Eso me está
muy bien a mí; esta es mi mano.
CHICHÓN. Téngase, que hay mayor mal;
que no se remedia nada
con eso.
DOÑA CECILIA. ¡Hay tal necesidad!
¿Qué es lo que dices, simplón?
CHICHÓN. Pues el otro que allí está
¿hase de casar conmigo?
LISARDO. ¿Otro hombre escondido hay?
CHICHÓN. Sí, Señor; véle usted aquí.
(*Saca a don Martín.*)
DON MARTÍN. Calla, hombre de Satanás.
CHICHÓN. Calle él con dos mil diablos;
que tiene por qué callar.
DOÑA CECILIA. ¡Qué es lo que miro! Sobrino,
vuestro honor perdido está
si uno de ellos no se casa.
LISARDO. Bueno.
ALFÉREZ. ¿Qué llama casar?
Lisardo, mueran entrambos.
DOÑA CECILIA. Alférez, mi honor mirad;
que eso es hacer más mi afrenta.
MARGARITA. (*Aparte.*)
¡Que haga esta tía infernal,
el viejo de la comedia!

LICENCIADO. Para mí dicha será
darla al instante la mano.

DON MARTÍN. Darla yo os importa más;
que es dicha mía y aun suya.

DOÑA CECILIA. Lisardo, escoge tú cuál,
porque de los dos el uno
casado aquí ha de quedar.

DOÑA FRANCISCA. (*Aparte a Lisardo.*)
Mira lo que haces, Lisardo.

LISARDO. (*Aparte.*)
Así lo quiero estorbar.)
El que fuere de los dos
de más mérito capaz
se ha de casar con mi prima.

LICENCIADO. Pues ¿en eso hay que dudar?
Yo he sido de San Clemente
Alcalde mayor, demás
de que yo entré aquí el primero,
como ese hombre lo dirá;
y la ley *primi occupantis*
por derecho me la da.

DON MARTÍN. ¿Qué ley? Pues ¿un licenciado
se quiere ahora igualar
con un regidor de Arnedo?

LICENCIADO. ¿Cómo regidor? ¿No es más
ya grado de bachelero?

CHICHÓN. No es más, sino mucho más
el grado de bacallao.

ALFÉREZ. El remedio que aquí hay,
es que salgan a campaña,
y al que allí valiere más
le deis a vuestra sobrina.

DON MARTÍN. Yo lo aceto, salga ya;
tome armas, seor Licenciado,
que yo lo espero en San Blas. (*Vase.*)

DOÑA CECILIA. Alférez, ¿qué es lo que hacéis?

LISARDO. Esto es más autoridad
de nuestro honor; bien ha dicho,
Licenciado, ¿qué esperáis?

LICENCIADO. Señor, yo reñir no quiero;
que vengo a casarme en paz.

ALFÉREZ. ¿Cómo no? Viven los cielos,
que lo habéis de pelear,
o se la han de dar al otro.

LICENCIADO. Dénsela con Barrabás;
que yo no quiero reñir.

LISARDO. ¿No veis que infame quedáis?

LICENCIADO. Señor mío, ¿no hay aquí
tomallo u dejallo? Más,
yo no he menester mujer
que la haya de sustentar
con la espada y la comida.

DOÑA CECILIA. Dice bien, y pues se va
el otro, este no ha de ir
sin casarse.

DOÑA FRANCISCA. Eso será
si quiero yo, y con ninguno
de los dos me he de casar.

LISARDO. ¿Cómo no? Viven los cielos,
que la mano habéis de dar
al que de los dos venciere.
Licenciado, ¿qué aguardáis?

LICENCIADO. Yo me voy, mas no a reñir.

LISARDO. Pues ¿dónde os vais?

LICENCIADO. A cenar. (*Vase.*)

DOÑA CECILIA. ¿Qué es esto, Lisardo? ¿Cómo
entrambos a dos se van
sin casarse? Pues ¿mi honor?

LISARDO. Eso a mí me importa más.

DOÑA CECILIA. ¿Cómo importar? Detenedle,
Alférez; que esto es quedar
toda mi casa sin honra.

LISARDO. (*Al Alférez.*)
Detenéos; ¿dónde vais?

DOÑA CECILIA. No le detengáis.

LISARDO. Sí quiero.
¿Yo a mi prima la he de dar
a quien rehúsa un desafío?

DOÑA CECILIA. Pues vos ¿cómo así me habláis?

LISARDO. Porque el honor de mi prima
es mío. Y me importa más
a mi que a vos, y porque
yo soy vuestro esposo ya,
y a quien los daños de casa
toca sólo el remediar;
y vos no habéis de tener
más dueño que yo. Ea, entrad
a cuidar de lo que os toca

dentro de casa; que acá
yo sabré lo que me importa.

DOÑA CECILIA. Pues ¿cómo así me tratáis?

LISARDO. ¿No soy vuestro esposo?

DOÑA CECILIA. Sí.

LISARDO. Pues ¿por qué no he de mandar
a mi mujer?

DOÑA CECILIA. Es razón.

LISARDO. Pues entráos. ¿Qué aguardáis?

DOÑA CECILIA. Ya os obedezco, marido.
Oigan, *de fuera vendrá
quien nos echará de casa. (Vase.)*

DOÑA FRANCISCA. ¿Cómo, ingrato y desleal?
¿Tú marido de mi tía?

LISARDO. Sí, Señora; ¿lo dudáis?
Y vos de quien yo quisiere
lo habéis de ser.

DOÑA FRANCISCA. Eso es más.

LISARDO. Entráos vos también adentro.

MARGARITA. ¿A mi señora tratáis
de ese modo?

ALFÉREZ. ¿Quién la mete
a ella aquí? Vaya a fregar
y a prevenirnos la cena;
que Lisardo es su amo ya,
si fue huésped hasta aquí.

MARGARITA. Bueno, *de fuera vendrá
quien nos echará de casa. (Vase.)*

CHICHÓN. Pues ¿de esa suerte tratáis
a mi mujer?

ALFÉREZ. ¿Qué mujer?

CHICHÓN. Margarita, que lo es ya;
que ya no quiero ser virgen,
sino mártir, y mirad
que es mi esposa.

ALFÉREZ. Y vos también
idos al punto a limpiar
la caballeriza.

CHICHÓN. ¿Yo?

ALFÉREZ. Sí, vos.

CHICHÓN. *De fuera vendrá
quien nos echará de casa.*

LISARDO. Esto lo acredita más.
Alférez, a mis criados

Jornada tercera

Sala en casa de doña Cecilia.

Escena primera

LISARDO, EL ALFÉREZ.

ALFÉREZ.

Lisardo, viven los cielos,
que toda la casa está
en un puño.

LISARDO.

Mando ya
como dueño.

ALFÉREZ.

El fingir celos
de la tía no me plugo,
ni os lo he de poder llevar.

LISARDO.

¿Por qué?

ALFÉREZ.

Lo mismo es pagar
los azotes al verdugo.

LISARDO.

Eso, amigo, es necesario
hasta lograr mi pretexto.
Con el dinero he dispuesto
sacarla por el Vicario;
que otro medio no consiente
doña Francisca a mi amor,
porque este para su honor
le parece el más decente.
Y así, ahora vos es preciso
que, pues todo está cabal,
vais a llamar al Fiscal,
que está esperando mi aviso.

ALFÉREZ.

Yo iré, mas me desatina
la tía. Pues ya sois dueño,
fingidla el amor con ceño,
y echadlo ya a la mohína.

LISARDO.

Andad, que el tema os celebros.

ALFÉREZ.

Pues mirad...

LISARDO.

¿Qué he de mirar?

ALFÉREZ.

Que os he de desafiar
si la decís un requiebro;
así el mandar os señalo.

LISARDO.

¿Que mande tanto queréis?

ALFÉREZ.

Sí, amigo, por si podéis
tras el mando, iros al palo. (*Vase.*)

Escena II

CHICHÓN. CHICHÓN. LISARDO.
 ¡Tanto esperar con tal frío!
 Ya mi paciencia condeno.
 No hay mal sin algo de bueno;
 esto está bien a un judío.

LISARDO. CHICHÓN, ¿qué es eso?
 CHICHÓN. En ponerse
 para salir mis señoras
 un manto ha que están dos horas;
 no tarda tanto en tejerse.

LISARDO. ¿Salir?
 CHICHÓN. Salir, sí, Señor.
 LISARDO. ¿Dónde?
 CHICHÓN. No sé, en mi conciencia.
 LISARDO. Pues ¿cómo sin mi licencia?
 CHICHÓN. ¿Es usted el padre prior?
 LISARDO. Soy el dueño de esta acción,
 y él, si antes no me avisa,
 no ha de ir con ellas ni a misa.

CHICHÓN. Tiene usted mucha razón:
 a misa es bien que repare,
 que ir sin licencia es error;
 pero a la calle Mayor,
 cuando se las antojare.

LISARDO. No han de ir, sin esta atención,
 ni aun a sermón, si esto pasa.

CHICHÓN. Pues si usted predica en casa,
 ¿para qué han de ir a sermón?

LISARDO. A esto el ser dueño me empeña.
 CHICHÓN. Dueño es usted, pues las ciñe;
 pero, según lo que riñe,
 no parece sino dueña.

LISARDO. Deje la capa; que no
 ha de ir con ellas ahora.

CHICHÓN. Y ¿si riñe mi señora?
 LISARDO. No hay más señora que yo.
 CHICHÓN. ¡Hola! por Dios, que lo crea.
 LISARDO. Quite la capa, o si no,
 iré a quitársela yo.

CHICHÓN. Pues usted ¿manda o capea?
 LISARDO. Sólo a mí el mandarle toca.
 CHICHÓN. Luego mi ama ¿no lo es ya?
 LISARDO. No, sino yo.
 CHICHÓN. Bien está;

LISARDO.
CHICHÓN.
mas póngase usted la toca
Éntrese adentro.
SÍ HARÉ;
mas ¿qué es mi señora en casa?
Explíqueme, si eso pasa,
este busilis, porque
mis obediencias se midan.
LISARDO.
CHICHÓN.
LISARDO.
CHICHÓN.
LISARDO.
CHICHÓN.
Nada más que mi mujer.
Pues ella algo es.
¿Qué ha de ser?
Digo yo que será un quídam.
Sólo a mi obedezca en casa;
que lo demás será exceso.
Tenga usted cuenta con eso;
que ahora verá lo que pasa.

Escena III

DOÑA CECILIA, DOÑA FRANCISCA y MARGARITA, *con mantos*. DICHOS.

DOÑA CECILIA.
Frazquita, no me amohínes.
¿Viose tardar tan molesto?
DOÑA FRANCISCA.
Ya yo tengo el manto puesto.
MARGARITA.
Y yo el manto y los chapines.
DOÑA CECILIA.
Chichón, ¿no ve que le espero?
Venga ya; que él es peor.
CHICHÓN.
¿Dónde?
DOÑA CECILIA.
A la calle Mayor.
CHICHÓN.
Váyase ella; que no quiero.
DOÑA CECILIA.
¿Está loco?
CHICHÓN.
Ya es en vano
ni mandar ni obedecello.
DOÑA CECILIA.
¿Qué habla?
CHICHÓN.
Hay orden para ello.
DOÑA CECILIA.
¿Qué orden hay?
CHICHÓN.
La de Moyano.
DOÑA CECILIA.
Pues ¿palabras tan osadas
conmigo ha de pronunciar?
CHICHÓN.
Señora mía, el mandar
ya son cosas acabadas.
DOÑA CECILIA.
¿Quién le ha dado esa osadía?
LISARDO.
Yo.
DOÑA CECILIA.
Pues, sobrino, ¿qué es eso?
LISARDO.
Poner modo en el exceso
que hay en esta casa, tía.
Que salga es mal consentido;

nadie va sin mi licencia,
 porque hay mucha diferencia
 desde un sobrino a un marido.
 Y tú esta atención me estima;
 que va muy errado el modo,
 y ha de haber enmienda en todo.
 Quítate ya el manto, prima.

DOÑA FRANCISCA. Yo no soy la que lo mando;
 en vano a reñir me vienes.

MARGARITA. Bien haya el alma que tienes;
 que íbamos ya reventando.

DOÑA CECILIA. ¿Qué haces, Frazquita? ¿Eso pasa?
 ¿Conmigo no han de venir?

LISARDO. Digo que no han de salir
 sin mi licencia de casa.

DOÑA CECILIA. ¡Bueno es que eso nos impidas!

LISARDO. Bueno o malo, eso será.

CHICHÓN. Dice bien. Éntrense allá;
 que son unas atrevidas.

DOÑA CECILIA. Pues salir ¿es indecencia
 donde necesario es?

LISARDO. No; mas ha de ser después
 de pedirme a mí licencia;
 que si yo he de ser tu esposo,
 no quiero que mi mujer
 esté enseñada a tener
 el manto tan licencioso.

DOÑA CECILIA. Pues ¿esto me has de quitar?

LISARDO. Como marido lo impido.

CHICHÓN. Pues ¿con un señor marido
 se atreven a replicar?

DOÑA CECILIA. Mi decoro a mi me abona,
 y donde quiera saldré.

CHICHÓN. Calle ahí. -Quítela usted
 que no sea respondona.

DOÑA CECILIA. Digo que yo he de salir.
 Niñas, no os quitéis los mantos;
 que no es cosa estos espantos
 para poderse sufrir.
 ¿Él me ha de ir a la mano
 en que salga o no?

CHICHÓN. Si hará.

LISARDO. Pues con eso vendrá ya
 la dispensación en vano;

LISARDO.
CHICHÓN.

Para en casa no.

Está bien.

Pues dentro de la clausura
mande usted hasta que no quiera;
porque en saliendo allá fuera
se cierra la mandadura.

(Vanse doña Cecilia y Chichón.)

Escena IV

DOÑA FRANCISCA, MARGARITA, LISARDO.

DOÑA FRANCISCA.

Esto, Lisardo, no es vida
para que sufrir se pueda;
yo del fingirte su esposo
te revoco la sentencia;
porque, aunque sea fingido,
tanto del marido juega,
que con el eco su labio
tira a mi oído una flecha.
Yo no he de ver que mi tía
te enamore en mi presencia,
Y cuando yo atada el alma
tenga, ella libre la lengua.
Ella repite el marido,
y tú de mujer la llenas;
mi agravio el oído toca,
tu amor el mío le piensa.
Pues ¿cómo yo he de sufrirlo?
¿Soy monja para que crea
satisfacciones mentales
contra vocales ofensas?
No, Lisardo, no es posible;
porque no es equivalencia
que me quieras hacia dentro
y me agravies hacia fuera.
Yo he de tocar mis heridas,
y ¿quieres que esté contenta
de que hagas para curarme
por ensalmo las finezas?
No, Señor; ¿para qué es esto?
Yo ¿no hablé claro con ella?
Pues qué, ¿temes tú en mi tía
lo que mi temor desprecia?
¿Qué aguardas con tu silencio,
Lisardo mío? ¿Qué esperas?

¿Soy plaza sitiada yo,
para estar con esa flema?
¿Soy yo castillo de Flandes?
Y cuando acaso lo fuera,
si te doy la puerta yo,
¿qué aguardas a la interpresa?
Declárate pues.

LISARDO.

Detente,
Doña Francisca, que dejas
corrida mi bizzaría
y injuriada mi nobleza.
¿No sabes que está dispuesto
que por el Vicario vengan
a sacarle de tu casa
con una cédula hecha
de tu mano, en que mi esposa
prometes ser, y tú mesma
este medio has escogido
por ser de mayor decencia?
Esto está ya ejecutado,
y agora espero que vengan.
Pues ¿qué te quejas de mí,
si ejecuto lo que ordenas?

DOÑA FRANCISCA.

Pues si está tan cerca el plazo,
¿para qué me das la pena
de llamarla siempre esposa?

MARGARITA.

Señora, eso se remedia
con una cosa muy fácil,
que a mi de paso me venga.

LISARDO.

Y ¿qué ha de ser?

MARGARITA.

No más desto:
que pues ella se refresca
con lo *esposa*, se lo quites,
y la llames tía a secas.

LISARDO.

Pues ¿para qué ha de ser eso?

DOÑA FRANCISCA.

Lisardo, véngame della:
véala yo llena de tía
de los pies a la cabeza.

LISARDO.

¿No es mejor fingir ahora?

DOÑA FRANCISCA.

Lisardo, tú me atormentas.

LISARDO.

¿No lo sufrirás dos horas?

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué se aventura en su queja?

LISARDO.

Que se presuma el engaño.

DOÑA FRANCISCA.

Pues ¿luego no ha de ser fuerza?

LISARDO. Cuando estéis fuera no importa.
DOÑA FRANCISCA. Y antes de eso ¿qué se arriesga?
LISARDO. El que avise a sus parientes.
DOÑA FRANCISCA. Pues aunque todo se pierda,
no la has de llamar esposa.
LISARDO. ¿No ves que eso es quimera?
DOÑA FRANCISCA. Me da pesar.
LISARDO. Es fingido.
DOÑA FRANCISCA. Eso es susto.
LISARDO. No es fineza.
DOÑA FRANCISCA. Pues no ha de ser.
LISARDO. ¿Eso dices?

Escena V

DOÑA CECILIA. DICHOS.
DOÑA CECILIA. ¡Jesús! ¿Qué voces son estas?
LISARDO. Cierto, tía, que mi prima
pienso que se ha vuelto suegra,
porque de haberte reñido,
por si ha tomado la queja,
y está insufrible, por Dios.
DOÑA CECILIA. ¿Quién la mete en eso a ella?
Mi esposo puede reñirme,
y hace muy bien, y en mí es deuda
obedecer a mi esposo;
que su honor en esto cela,
y a un esposo esto le toca.
DOÑA FRANCISCA. (*Aparte a Margarita.*)
Ya escampa lo que esposea.
MARGARITA. Di que a cuenta de lo *esposo*
le dé una zurra muy buena;
que porque no se le vaya
le ha de sufrir una vuelta.
LISARDO. Esto, tía, es insufrible.
DOÑA CECILIA. Esposo, es grande indecencia
que te riña mi sobrina;
pero todo se remedia
con darla estado al instante.
LISARDO. Si, tía, eso ha de ser fuerza.
DOÑA CECILIA. Dársela a don Martín quiero.
LISARDO. Tía, si conviene, sea.
DOÑA CECILIA. Pues, esposo, háblale tú.
LISARDO. Tía, haré la diligencia.
DOÑA FRANCISCA. (*Aparte a Margarita.*)

DOÑA CECILIA.
CHICHÓN.

¿Qué dice?

¡Miren qué flema!

¡Que se estén unas mujeres
en casa, y que hacer no tengan,
y haya venido un hermano
de Flandes, y no lo sepan!

DOÑA CECILIA.
CHICHÓN.

Pues ¿cómo hemos de saberlo?

Pues en casa tan compuestas
¿Qué hacen todo el santo día?
¿No es mejor que lo supieran
que estar mano sobre mano?

DOÑA CECILIA.
CHICHÓN.

¿Mi hermano viene?

¡Hay tal flema!

Vélo aquí: estas son las cosas
que me apuran la paciencia.

¡Que se venga el buen señor
harto de caminar leguas,
que sabe Dios cómo tiene
las pobres asentaderas,
y su merced se está aquí
sin saberlo!

DOÑA CECILIA.

¿Qué me cuentas?

CHICHÓN.

¿Mi hermano en Madrid?

Ea, calle;

que eso no es tener vergüenza.
Cuando no fuera su hermano,
sino un amigo siquiera,
era poca caridad.

¡Pues decirla cómo llega!
Más gordo está que un prior,
vestido de la flamenca,
que ahora llaman a la moda.
Todo con botas y espuelas;
y pienso que viene en coche.

DOÑA CECILIA.
CHICHÓN.

¿Con espuelas en coche entra?

Sí, para picar la almohada.

¿Qué no sabe usted esta treta,
por si no andan las mulas?

Pero aguárdense, que él llega.

DOÑA CECILIA.

(Aparte.)

¡Ay cielos! ¿Si sentirá
que su hijo mi esposo sea?

DOÑA FRANCISCA.

(Aparte a Margarita.)

¡Ay Margarita! Mi tío;

MARGARITA. temo que a estorbarme venga
que con Lisardo me case.
Calla, Señora, no temas;
que él es a quien te está bien.

Escena VIII

EL CAPITÁN MALDONADO, *de camino*. DICHOS.

CAPITÁN. (*Dentro.*)
¡Ah de casa!

CHICHÓN. A esotra puerta;
que aquí están, Señor.

CAPITÁN. (*Sale.*)
¿Hermana?...

DOÑA CECILIA. Mil veces en hora buena
vengas, hermano querido.

CAPITÁN. Francisca, abrázame, llega.
(*Va abrazándolos a todos.*)

DOÑA FRANCISCA. Y con muchos parabienes.

MARGARITA. Veamos si de mí se acuerda.

CAPITÁN. Margarita, ¿no me abrazas?

MARGARITA. Estaba, Señor, suspensa,
por si de mí te acordabas;
que con poquísima ausencia
se olvidan las Margaritas.

CHICHÓN. Es, Señor, como una perla.

CAPITÁN. ¡Chichón amigo!

CHICHÓN. Señor,
¿que de mi también te acuerdas?

CAPITÁN. Pues ¿no?

CHICHÓN. No es sino que tú
tienes muy linda cabeza
para chichones.

DOÑA CECILIA. Hermano,
¿cómo en olvido lo dejas?
¿no preguntas por tu hijo?
¿Por qué hijo?

CAPITÁN. En vano lo celas;
que ya él me ha dicho el secreto.

DOÑA CECILIA. ¿Qué secreto?

CAPITÁN. Pues ¿te pesa?
Ya sé que tu hijo es Lisardo.

CHICHÓN. ¿Qué Lisardo?
El que nos echa
a todos de nuestra casa,

CAPITÁN.
 DOÑA FRANCISCA.

CAPITÁN.
 DOÑA CECILIA.

CAPITÁN.

DOÑA CECILIA.

CAPITÁN.
 DOÑA CECILIA.

CAPITÁN.
 DOÑA CECILIA.

CAPITÁN.

CHICHÓN.
 CAPITÁN.
 CHICHÓN.

MARGARITA.

DOÑA FRANCISCA.

CAPITÁN.
 DOÑA CECILIA.

CAPITÁN.

siendo el que vino de fuera.
 No se le parece a usté
 aunque más su hijo sea;
 que tiene más condición
 que la tía y que una suegra;
 más manda que un mayordomo.
 No es posible que os entienda.
 Tío, el capitán Lisardo
 ¿No es mi primo, el que encomiendas
 a mi tía por tu carta?
 ¿Qué primo? ¿Qué carta es esta?
 Con el Alférez Aguirre
 vino a mi casa a traella.
 Ese hombre es capitán
 que de Flandes en la guerra
 sirvió y fue soldado mío.
 Y al venirse, la encomienda
 le di de una carta mía,
 por si algo se le ofreciera
 en que valerle pudieses.
 Y ¿no me mandaste en ella
 que le hospedase en mi casa?
 ¿Yo mandar tal indecencia?
 Y ¿no es tu hijo?
 ¿Qué hijo?
 De aquella dama flamenca
 que llaman madama Blanca.
 ¿Quieres que el sentido pierda?
 Ni yo tuve hijo en mi vida,
 ni supe jamás quién fuera
 aquesa madama Blanca.
 Pues será madama negra.
 ¿Qué dices?
 Que esto es forzoso,
 si es el primo de Guinea.
 ¡Ay Señora, que el sobrino
 se volvió con la veleta!
(Aparte.)
 ¡Ay de mí, que el desengaño
 cuando es sin remedio llega!
 Luego ¿ha dicho que es mi hijo?
 Y con esa fe se hospede
 en casa desde que vino.
 ¡Viose mayor desvergüenza!

DOÑA CECILIA. Y ¿dónde está?
De aquí ahora,
se fue.

CAPITÁN. Antes que las espuelas
me quite le he de buscar,
y castigar esta ofensa.

CHICHÓN. Pues yo iré con su mercé;
que hemos de ajustar la cuenta,
y me ha de restituir
lo que ha mandado en su ausencia
como hijo falso.

CAPITÁN. Ven luego.
Donde estuviere me lleva.
Él es quien ha de llevar.

CHICHÓN. Vamos pues.

CAPITÁN. Hermano, espera.

DOÑA CECILIA. ¿Qué dices?

CAPITÁN. Que hay más empeño.

DOÑA CECILIA. Calla, no hables, si es afrenta;
que hasta tomar la venganza,
mejor es que no la sepa.

CAPITÁN. Ven, Chichón.

CHICHÓN. Vamos al punto.

DOÑA FRANCISCA. Tío, Señor...

CHICHÓN. Callen ellas.

CAPITÁN. Vive Dios, que he de matarle.

DOÑA FRANCISCA. *(Aparte.*
¿Hay desdicha como aquesta?)
Oye antes.

CAPITÁN. No quiero oírte
hasta que este infame muera. *(Vase.)*

DOÑA FRANCISCA. Chichón, repórtale tú.

DOÑA CECILIA. Repórtale, si se empeña.

CHICHÓN. ¿Soy yo reportorio acaso?
Déjenle matar siquiera. *(Vase.)*
¡Ay Frazquita!

DOÑA CECILIA. ¿Qué, Señora?

DOÑA FRANCISCA. Gran mal habrá si le encuentra.

DOÑA CECILIA. Eso mesmo digo yo.

DOÑA FRANCISCA. Más que la tuya es mi pena.

DOÑA CECILIA. ¡Por qué más si como a primo
le amaba?

DOÑA FRANCISCA. Porque yo es fuerza
que como amante te llore

DOÑA FRANCISCA. y como esposo le pierda. (*Vase.*)
 MARGARITA. ¡Ay Margarita!
 DOÑA FRANCISCA. ¿Qué dices?
 MARGARITA. ¡Muerta voy!
 DOÑA FRANCISCA. Tu mal alienta.
 MARGARITA. Pues ¿qué he de hacer?
 DOÑA FRANCISCA. Consolarte
 MARGARITA. con lo que a mí me consuela.
 DOÑA FRANCISCA. ¿Qué?
 MARGARITA. Que tu tía esta noche,
 DOÑA FRANCISCA. no hay razón si no revienta.
 MARGARITA. ¿De qué?
 DOÑA FRANCISCA. De dolor de tripas.
 MARGARITA. ¿Cómo?
 DOÑA FRANCISCA. Echó al marido de ellas,
 MARGARITA. y se le han llenado de aire.
 DOÑA FRANCISCA. Ven, amiga; que voy muerta. (*Vanse*)

Calle Mayor, Gradas de San Felipe.

Escena IX

EL ALFÉREZ; *luego*, EL LICENCIADO; *después*, DON MARTÍN.

ALFÉREZ. Ya que habemos perdido la posada,
 y en paz quedamos yo y mi camarada
 por la infausta venida del hermano,
 que el pájaro nos quita de la mano,
 del Susto y de la pérdida del caso,
 a hartarme de mentir, para despique,
 a las Gradas me vengo paso a paso;
 y voto a Dios, que si hallo quien replique
 a cuchillada alguna,
 aunque yo diga que la di en la luna
 y del creciente le corté una pieza,
 se la he de dar a él en la cabeza.
 Yo sólo he de embestir aquí a un castillo
 y he de ganar el foso y el rastrillo;
 y por suponer algo de batalla,
 se ha de volar un lienzo de muralla,
 que fue a parar volando en Alicante,
 de que se hizo el turrón de allí adelante.
 (*Sale el licenciado Celedón.*)
 LICENCIADO. Señores, ¿hay tal tema de hombre osado?
 ¡Jesús! Jesús!
 ALFÉREZ. ¿Qué es eso, Licenciado?
 LICENCIADO. Usted, señor Alférez, me defienda

de don Martín; que aún dura la contienda.

(Sale don Martín.)

DON MARTÍN.

LICENCIADO.

DON MARTÍN.

LICENCIADO.

Ha de salir al campo, por san Pablo.

Yo no quiero reñir, hombre del diablo.

Pues ¿por qué me compite el galanteo?

Yo no compito, logra tu deseo;

que yo diré ante el Nuncio

que esa doncella y todas te renuncio,

y a las del fuero real del mismo modo,

y a la doncella de labor, y todo.

DON MARTÍN.

Yo no puedo casarme si no riño;

que dirán que he quedado como niño.

ALFÉREZ.

Dice bien; porque está comprometido.

LICENCIADO.

¿Qué llama bien? ¿Que perderé el sentido?

ALFÉREZ.

Oiga, señor letrado:

el reñir no lo excusa un hombre honrado.

Si usted no tiene cólera bastante,

yo un desafío le pondré delante

que tuve en Flandes; mire cómo riño,

y haga cólera usted.

LICENCIADO.

¡Gentil aliño!

ALFÉREZ.

Ocho franceses me desafiaron;

salí al campo con ellos, y chocaron.

Cercené a uno de un tajo la garganta,

y la testa saltó con furia tanta,

que se birló otras cuatro como bolos.

Murieron cinco, tres quedaron solos,

y viendo que quedaban en hilera,

metí una zambullida de manera

que a todos tres, de solo esta estocada,

los lanceté ensartados en mi espada;

viéndome vencedor, mi espada zampo,

y ochenta dejé muertos en el campo.

DON MARTÍN.

Pues si eran ocho, ¿cómo erráis la cuenta?

ALFÉREZ.

Eso, lo mesmo es ocho que ochenta.

¿No se irrita con esto?

LICENCIADO.

No me irrita,

DON MARTÍN.

Señor; que antes me ha puesto tamañito.

Pues habéis de reñir, o por mi fama,

héis de decir delante de la dama

que en mi cedéis, por no reñir, su pecho.

LICENCIADO.

Y con todas las leyes de derecho.

ALFÉREZ.

¿Eso de miedo habláis?

LICENCIADO.

Señor, *nimirum*,

DON MARTÍN.

qui es metus cadens in constantem virum.

Pues conmigo venid, señor Alférez.

¿Dónde está el Capitán?

ALFÉREZ.

En casa queda.

(Aparte.

Esto es famoso para que no pueda
buscarnos el hermano, si yo trazo
que a casa vaya ahora este embarazo.)

Idle a buscar allá, y quede ajustado
que si él no riñe, vos quedéis casado.

Que me dé en el camino no quisiera.

LICENCIADO.

Vamos.

DON MARTÍN.

Pues vaya usted por otra acera.

LICENCIADO.

DON MARTÍN.

En vano es su temor.

LICENCIADO.

No muy en vano;

que lleva usted la daga muy a mano.

Escena X

EL ALFÉREZ; *luego*, LISARDO.

ALFÉREZ.

¡Cielos, la vida nos da
que halle ahora este embarazo
el capitán en su casa,
porque no venga a buscarnos!
Mas Lisardo viene aquí.

(Sale Lisardo.)

LISARDO.

¡Ay, Aguirre!

ALFÉREZ.

¿Qué hay, Lisardo?

LISARDO.

Muerto vengo, vive Dios.

ALFÉREZ.

¿De qué?

LISARDO.

De que fui al Vicario
para avisar al fiscal
que suspendiese el asalto;
y ya dicen que ha salido
con ministros y notarios,
y que iba a nuestra posada
a la ejecución del caso.
Yo he andado medio Madrid,
y no he podido encontrarlos;
con que es forzoso que encuentren
al capitán Maldonado.

ALFÉREZ.

Pues ¿de eso venís con susto?

Vaya con todos los diablos
la sogá tras el caldero.

LISARDO.

Más, aguardad, por Dios santo;

que viene aquí el Capitán.
ALFÉREZ. ¿Qué decís?
LISARDO. Miradle.
ALFÉREZ. ¡Malo!
Entrémonos en la iglesia.
LISARDO. Decía bien, andad a espacio.

Escena XI

EL CAPITÁN, CHICHÓN. DICHOS.

CHICHÓN. Ellos son, Señor.
CAPITÁN. Es cierto;
que yo los conozco. ¡Ah hidalgos!
(*Aparte al Alférez.*)
LISARDO. ¡Hola! ¿Nos llaman?
ALFÉREZ. A juicio.
LISARDO. Disimulemos y vamos.
CAPITÁN. ¡Ah caballeros! Esperen.
ALFÉREZ. ¿Quién llama?
CAPITÁN. Yo soy quien llamé.
LISARDO. ¿Qué mandáis?
CHICHÓN. Él es quien manda,
y aquí mandará hasta el cabo,
si muere con testamento.
LISARDO. ¿Oh capitán Maldonado?
¿Vos sois?
ALFÉREZ. Él es. ¿Qué decís?
Amigo, dadme los brazos.
CAPITÁN. No vengo a eso.
LISARDO. Pues ¿a qué?
CAPITÁN. Venid a saberlo al campo.
CHICHÓN. Sí; que allá sabrán que el padre
se les ha vuelto padraastro.
CAPITÁN. Chichón, véte.
CHICHÓN. ¿Me he de ir?
CAPITÁN. Sí.
CHICHÓN. Pues lo que me han mandado
¿quién lo ha de cobrar por mí?
CAPITÁN. Yo solo quedo a cobrarlo.
CHICHÓN. Pues cóbremelo usted todo
muy cabal; que allá lo aguardo,
y no lo he de recibir
si me faltare un ochavo. (*Vase.*)

Escena XII

EL CAPITÁN, LISARDO, EL ALFÉREZ.

CAPITÁN.

Venid, Lisardo.

LISARDO.

¿Por qué,
decid antes que salgamos,
me sacáis a la campaña?
Pues sabéis que los soldados
nunca salimos a hablar,
sino a reñir, en el campo.

CAPITÁN.

Pues ¿cómo dudáis en eso,
habiendo en mi casa estado
con título de mi hijo,
y habiendo, atrevido y falso,
contrahécheme la firma
para poder hospedaros
contra mi honor en mi casa?
Mirad si con causa os saco,
o si esta es cosa que puede
haber hecho un hombre honrado.

ALFÉREZ.

En dos puntos habéis puesto
el duelo, indignos entrambos;
porque si es el hospedaje,
no habiendo en eso pasado
de socorrernos con él,
no es cosa para enojaros,
sabiendo vos lo que es
faltarle a un pobre soldado
para poner la piñata;
si fingirse hijo Lisardo,
sabiendo vos su nobleza,
no resulta en vuestro daño,
sino en el suyo, pues él
hace a su madre el agravio.
Luego ese duelo es injusto;
que vos no habéis de matarnos
porque con vos nos honremos.

CAPITÁN.

De eso no me satisfago,
que es hacer burla de mi;
y así, salgamos al campo.

ALFÉREZ.

Pues yo no le he de dejar.

CAPITÁN.

No importa, venid entrambos.

LISARDO.

Señor Capitán, tenéos,
y escuchadme.

CAPITÁN.

Será en vano.

LISARDO.

Lo primero que aquí os digo

es que fui vuestro soldado,
y contra mi capitán
yo nunca la espada saco;
porque caso que haya duelo
que nos obligue a ir al campo,
antes que reñir con vos
yo, para desenojaros,
con mi espada a vuestros pies
pondré el cuello a vuestro brazo.
Lo segundo es, que aunque ha dicho
el Alférez, de bizarro,
que a fingirlo nos movió
socorro tan necesario,
la verdad es que fue amor,
y aunque son yerros entrambos,
amor o necesidad,
el de amor es más honrado;
y aunque éste más os ofenda,
antes quiero, por mi aplauso,
que enojaros como humilde,
ofenderos como hidalgo.
Vi vuestra hermosa sobrina,
y hallándome enamorado,
y de muchos competido,
porque el logro de su mano
más seguridad tuviese,
fingí...

CAPITÁN.

Cesad. Yo, Lisardo,
sé quién sois. Si vos me dais
palabra de dar la mano
a mi sobrina, este duelo
queda con esto ajustado.

LISARDO.

Yo os la doy.

CAPITÁN.

Y yo os la tomo.

Venid conmigo.

LISARDO.

Pues vamos.

ALFÉREZ.

(Aparte.)

¡Cuerpo de Cristo conmigo!
No espero ver más que el caldo
que ha de revolver la tía.

LISARDO.

Mas esperad, Maldonado:
hasta que esto se disponga,
por el decoro de entrambos,
vos habéis de confirmar

CAPITÁN.
LISARDO.
CAPITÁN.
ALFÉREZ.

que sois mi padre.
Me allano.
Pues dejadme a mí ir delante.
Yo seguiré vuestros pasos.
(*Aparte.*)
¡Vive Cristo, que ha de haber
una de todos los diablos! (*Vanse.*)

Sala en casa de doña Cecilia.

Escena XIII

DOÑA CECILIA, DOÑA FRANCISCA, MARGARITA y CHICHÓN.

CHICHÓN.
DOÑA CECILIA.
CHICHÓN.

Con ellos quedan sus iras.
¿Cómo en las Gradas están?
Claro está; que allí se van
a retraer las mentiras.

DOÑA FRANCISCA.
CHICHÓN.

Y ¿qué han dicho?
Se han quedado
muertos, y que está sospecho
sacándoles ya del pecho
todo lo que me han mandado.

DOÑA CECILIA.
CHICHÓN.

Pues ¿reñirán si eso pasa?
No tal, porque ha de advertir
que él no tendrá que reñir,
si lo riñó todo en casa.
El Capitán hecho un fuego,
soltó luego la maldita.

DOÑA FRANCISCA.

(*Aparte a Margarita.*)

MARGARITA.
DOÑA CECILIA.
CHICHÓN.

¡Hay tal pena, Margarita!
El *plimo* se ha vuelto *nego*.
Lo que les dijo prosigue.
Él se encasquetó el sombrero,
y le dijo: «¡Ah caballero!»
Y lo demás que se sigue.

DOÑA CECILIA.
CHICHÓN.

¿Qué es lo demás?
Embaidores,
ingratos, perros, malinos,
embusteros, asesinos,
alcahuetes y traidores;
y de esto llenas muy bien
las medidas les dejó.

DOÑA FRANCISCA.
CHICHÓN.

Y él a eso ¿qué respondió?
Por siempre jamás amén.

Escena XIV

LISARDO, EL ALFÉREZ. DICHOS.

LISARDO.

Cierto que él viene gallardo.

ALFÉREZ.

Más mozo está cada día.

DOÑA CECILIA.

¿Qué es esto, sobrina mía?

DOÑA FRANCISCA.

(Aparte a Margarita.)

LISARDO.

¡Ay Margarita! Lisardo.

CHICHÓN.

¡Oh tía!

Bueno, a fe mía.

Con la tía vuelve acá:

pues ¿no sabe que ya está
desmancipado de tía?

DOÑA CECILIA.

¿No sabes ya lo que pasa,
Lisardo? ¿El riesgo no infieres
en que estás? O ¿acaso quieres
que te maten en mi casa?

LISARDO.

¿Quién a mi me ha de matar?
Alférez ¿qué es lo que he oído?

ALFÉREZ.

Voto a Dios, que no ha nacido
quien nos mire sin temblar.

DOÑA FRANCISCA.

Pues ¿cómo tu desvarío
vuelve a buscar la ocasión,
cuando sabes que es traición
fingirte hijo de mi tío?

ALFÉREZ.

¿Quién ha sido el charlatán
que del Capitán os dijo
que no es Lisardo su hijo?

DOÑA CECILIA.

¿De mi hermano el Capitán?

ALFÉREZ.

Del Capitán, vuestro hermano,
y el Gran Capitán también.

DOÑA CECILIA

El mismo, si dudáis quién;
que dice que es error vano.

LISARDO.

¿Tal dice?

DOÑA CECILIA.

Del mismo modo.

LISARDO.

El Capitán, mi señor,
no dirá tal, que es error,
si él me engendró.

ALFÉREZ.

Y a mí y todo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué dices, si aquí mi tío
niega que ha sido tu padre?

LISARDO.

No es eso honrar a mi madre,
y ha sido gran desvarío;
que madama Blanca tray
su claro origen de Gante,
y mi abuelo Mons de Anglaute

CHICHÓN. fue natural de Cambray,
y en Holanda hizo a Lisardo
el conde Curcio de Manda.
Con Gante Cambray y Holanda,
él descende de algún fardo.

DOÑA CECILIA. ¿Eso, Lisardo, es así?
CHICHÓN. Pues claro está que será,
y otro abuelo sacará
que sea de Caniquí.

LISARDO. ¿Cómo hacéis burla de mí?
Idos noramala vos.
Callad tía: que por Dios,
que me estáis cansando aquí.

DOÑA FRANCISCA. ¿Cómo, si tus falsos modos
claramente aquí se ven?
LISARDO. Y tú, prima, que también
me cansas.

DOÑA CECILIA. Vámonos todos,
si ya en el mundo esto pasa.
Sobrina, déjale ya;
que esto es, *de fuera vendrá
quien nos echará de casa.*

LISARDO. Mi padre desengañada
os dejará.

DOÑA CECILIA. ¡Y lo previene!
MARGARITA. Hélo, hélo por dó viene
el moro por la calzada.

LISARDO. Padre y señor.

Escena XV

EL CAPITÁN. DICHOS.

CAPITÁN. Hijo mío.
LISARDO. ¿Tan poco tu amor me estima,
que a mi tía y a mi prima
dices tan gran desvarío
como que no eres mi padre?
Vive Dios, que me he corrido,
porque nunca te ha debido
desestimación mi madre;
y este es error tan liviano,
que a ti el deshonor te adquiere.

DOÑA CECILIA. (*Aparte.*)
¡Oigan esto, también quiere
echar de casa a mi hermano!

DOÑA FRANCISCA. *(Aparte a Margarita.)*
 ¿Lo oyes, Margarita mía?
 De contento estoy sin mí.

MARGARITA.
 Yo me huelgo, porque así
 tu tía será más tía.

CAPITÁN.
 Hijo, el haberme informado
 que tú en Madrid te casabas,
 que sin mi gusto lo errabas,
 me obligó a haberlo negado.
 Pero ya que falso ha sido,
 lo confieso, y te prevengo
 que ya casado te tengo.

DOÑA FRANCISCA. *(Aparte.)*
 ¡Ay cielos, qué es lo que he oído!

DOÑA CECILIA.
 Y ¿con quién?

CAPITÁN. *(Aparte. ¡Válgame Dios!)*
 Ya yo, hermana, lo he dispuesto.
 Mas para tratar aquesto
 quedemos solos los dos.
 Retiráos.

LISARDO. *(Aparte.)*
 Vamos pues.

ALFÉREZ. *(Aparte.)*
 Mas ¿que lo estorba la tía?
(Vase con Lisardo.)

DOÑA FRANCISCA. *(Aparte a Margarita.)*
 Yo he de morir este día.

MARGARITA. *(Vase con doña Francisca.)*
 No hagas tal hasta después.

CHICHÓN.
 Que sea su hijo de creello
 no acabo, mas él lo dijo.
 Yo también me he de hacer hijo,
 y me he de salir con ello. *(Vase.)*

Escena XVI

EL CAPITÁN, DOÑA CECILIA.

CAPITÁN.
 Yo, hermana, tengo pensado...

DOÑA CECILIA.
 Antes que me digas nada,
 sabe que yo estoy casada
 con Lisardo.

CAPITÁN.
 ¡Qué he escuchado!

DOÑA CECILIA.
 ¿Con Lisardo?

DOÑA CECILIA.
 En la afición
 son estos yerros dorados;
 yo le he dado mil ducados

CAPITÁN. para la dispensación.
 Cielos, ¡qué es esto que he oído!
 Y ¿de concierto ha pasado?
 DOÑA CECILIA. Sí, que por eso le he dado
 las licencias de marido,
 y él por eso me atropella.
 CAPITÁN. ¿Qué dices? Tu lengua calle.
 (*Aparte.*
 Vive Dios, que he de matalle,
 o se ha de casar con ella.)
 DOÑA CECILIA. Que te ha pesado colijo,
 Señor; por amor lo he errado.
 CAPITÁN. Vive Dios, que me ha engañado;
 que este traidor no es mi hijo.
 DOÑA CECILIA. Pues ¿por mí quieres negarle?
 CAPITÁN. Véte, hermana; éntrate allá.
 DOÑA CECILIA. Esto es afrentarme ya. (*Vase.*)
 CAPITÁN. Vive Dios, que he de matarle
 a Lisardo.

Escena XVII

EL LICENCIADO, DON MARTÍN. EL CAPITÁN.

DON MARTÍN. Entrad, que en vano
 habéis querido escapar;
 aquí habéis de confesar
 que os esperé mano a mano
 y que no queréis reñir.
 CAPITÁN. Ah señores, ¿dónde van?
 DON MARTÍN. ¡Adónde está el Capitán?
 CAPITÁN. Yo soy; ¿qué queréis? Decid.
 DON MARTÍN. No os busco yo a vos, Señor.
 CAPITÁN. Pues ¿a quién? ¿Qué pretendéis?
 DON MARTÍN. A Lisardo.
 CAPITÁN. Y ¿qué queréis?
 LICENCIADO. Eso diré yo mejor.
 Señor, Lisardo a los dos
 nos halló en casa escondidos;
 que a poder ser dos maridos,
 nos casara.
 CAPITÁN. Tened. ¿Vos
 habláis de esta casar?
 LICENCIADO. Sí.
 CAPITÁN. ¡Cielos, qué es esto que pasa!
 ¿Escondidos en mi casa?

DON MARTÍN. Pues ¿qué intentabais aquí?
De doña Francisca espero
ser esposo en este día.

LICENCIADO. Y yo también la quería;
mas riñendo, no la quiero.

CAPITÁN. ¿Cómo riñendo?

LICENCIADO. Señor,
él nos mandó pelear,
y dice que la ha de dar
al que fuere vencedor.

CAPITÁN. *(Aparte.)*
¡Cielos, cómo este alevoso
de esta suerte me ha engañado,
si tiene eso concertado,
y hay empeño tan forzoso!
Llamadle y vea mi valor.

DON MARTÍN. Entrad.

CAPITÁN. ¿Qué queréis hacer?

DON MARTÍN. De aquí no habéis de volver
sin asegurar mi honor.

CAPITÁN. Detente, hombre temerario.

LICENCIADO. ¡También estás de malicia!

Escena XVIII

EL FISCAL DEL VICARIO y NOTARIOS. DICHOS.

FISCAL. Caballeros, la justicia
viene del señor Vicario.

CAPITÁN. ¡Qué es lo que miro! ¿Qué quiere
el señor Vicario aquí?

FISCAL. ¿Sois vos de esta casa?

CAPITÁN. Sí.

FISCAL. De vuestro modo se infiere
que sois dueño.

CAPITÁN. Sí seré.

FISCAL. Si lo sois, mandad ahora
que salga aquí mi señora
doña Francisca.

CAPITÁN. ¿Por qué?

FISCAL. Nos mandan depositarla
por el capitán Lisardo,
que aunque es tan noble y gallardo,
su tía estorba el casarla.
Y siendo él tan bien nacido,
dársela en paz mejor fuera.

CAPITÁN. Señores, ¡hay tal quimera!
Yo he de perder el sentido.
Caballeros, esta acción
se excuse, que me han hallado
tal, que no mire al sagrado
de vuestra veneración.

FISCAL. Eso pretendéis en vano,
que es fuerza que la llevemos;
que una cédula traemos
firmada aquí de su mano.

CAPITÁN. ¿Cómo hacéis tal desvarío,
si está casado...

FISCAL. Eso allá
el Vicario lo verá.

CAPITÁN. ¿Con mi hermana?

Escena XIX

DOÑA FRANCISCA; *después* LISARDO y EL ALFÉREZ. DICHOS.

DOÑA FRANCISCA. Señor tío,
no hay tal, su esposa soy yo;
mi tía es quien os engaña.
Señor Fiscal, vuestro amparo,
pues venís por mí, me valga.

CAPITÁN. ¡Ah aleve, injusta sobrina!
Dejadme, que he de matarla,

FISCAL. Tened, mirad que es perderos.
(Salen Lisardo y el Alférez.)

LISARDO. A vuestro lado mi espada
tenéis. Capitán, ¿qué es eso?

CAPITÁN. ¡Ah traidor! Tú eres la causa.
ALFÉREZ. Tenéos de ahí, caballeros,
que está aquí su camarada.

DON MARTÍN. Tenéos, señor Capitán.
LICENCIADO. Mirad, no saquéis la espada,
que quedáis excomulgados.

CAPITÁN. No me estorbéis la venganza.
LICENCIADO. *Capite: Si quis suadente...*

LISARDO. Pues Capitán, ¿la palabra
no me cumplís?

CAPITÁN. ¡Traidor!
Si le debes a mi hermana
el honor.

LISARDO. ¡Jesús! ¿Qué dices?
CAPITÁN. Ella de decirlo acaba.

Escena XX

DOÑA CECILIA; *luego*, MARGARITA y CHICHÓN. DICHOS.

- DOÑA CECILIA. Yo no he dicho que me debe
a mí más que la palabra
y mil ducados, que he dado
para que las bulas traiga.
- LISARDO. Esos he gastado en joyas
para mi esposa.
(Salen Margarita y Chichón.)
- MARGARITA. Estas cajas
son los testigos.
- CHICHÓN. Y yo
de que está entera la cama.
- DOÑA FRANCISCA. Pues si esto es cierto, ¿por qué
con Lisardo no me casas?
- LISARDO. Esta es mi mano.
- CAPITÁN. Detente;
que mi honor no se restaura
si uno de aquestos dos hombres
no se casa con mi hermana.
- DON MARTÍN. ¿Yo con viuda? Primero
me echaré de una ventana.
- LICENCIADO. Pues yo con ella, de miedo,
me caso.
- CAPITÁN. Sólo eso falta.
Cecilia, dale la mano,
y lleváos vos a mi hermana
a vuestra casa, que yo
me quiero ir a una posada,
porque aquí los dos se queden,
y cierto el refrán les salga,
de que *de fuera vendrá
quien nos echará de casa.*
- DOÑA FRANCISCA. Pues, Lisardo, esta es mi mano.
(Danse las manos.)
- LISARDO. Y con los brazos y el alma
la recibo.
- CHICHÓN. Margarita,
pues todos aquí se casan,
dame tú también la mano.
- MARGARITA. Ten, bobo.
(Dale la mano.)
- CHICHÓN. Pícara, daca.

ALFÉREZ.

Yo me quedo celibato;
mas pues para mí no hay nada,
comeré de las tres bodas
más que ellos, aunque se casan,
para que tenga con esto
fin dichoso, si os agrada,
el que *de fuera vendrá*
quien nos echará de casa.

***BAILE DE LA
CHILLONA***

AGUSTÍN MORETO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

La CHILLONA

AÑASCO

La CHISPA

La BOLICHERA

JUANA

Salen la CHILLONA y AÑASCO

AÑASCO: Vuélveme a dar esos brazos
Chillona, a quien la Rubilla
por otro nombre llamaron
los de la Jacarandina.
Doyte el parabién mil veces
de tu buen suceso, y fía
que de la galera sales,
¡a Dios gracias! buena y limpia,
tanto, que para Ocasión
has quedado tan raída

Cantando

*que no te asirá de un pelo
el oficial de la villa.*

CHILLONA: Como te dejé en la cárcel,
y a la primera visita,
Añasco, te desahuciaron;
juzgué, en buena hora lo diga,
que ya la plaza ocupabas,
racimo de las tres vigas:

Canta

*desván de los sombrereros,
de viejo y panadería.*

AÑASCO: Del príncipe el nacimiento
me indultó, que por mi vida
ya no daba un cohombro,
y, aunque, fuera tan bien vista
mi muerte, y quedaba airoso,

Canta

*dime, ¿no fuera ignominia,
que se ahorcara un hombre, porque
nazca un príncipe en Castilla?*

CHILLONA: Alíviense tus trabajos
pues que los míos se alivian,
reparemos las personas,
y, compadre, por las vidas
mía y suya, que excusemos,
que canten por las esquinas.

Salen la CHISPA y la BOLICHERA cantando, y JUANA.

Han de cantar las dos estos versos

LAS DOS: *A la Chillona se queja
Añasco de sus desdichas.*

CHILLONA: ¿Qué es esto?

JUANA: Llegan a verte
las tres de la airada vida.

CHISPA: La Chispa.

BOLICHERA: La Bolichera.

JUANA: Y Juana, la Golondrina,
que soy yo, por quien cantaron

en aquella jacarilla:

Cantan

LAS TRES: *Con el mulato de Andújar
sollozando está Juanilla.*

JUANA: ¡Qué fuera de la galera
te veo!

CHILLONA: ¡Ay mi querida!
esa frase de galera
múdame en la galería,
y dándola este rebozo,
como de disculpa sirva,
será dorar mi galera,
porque en estrados no digan:

Canta

*En la galera otra vuelta
rapada está la Rubilla.*

CHISPA: Con todo, sales hermosa
y buena, ¡Dios te bendiga!

CHILLONA: Yo siempre he sido una araña,
pero es tal la suerte mía

Canta

*que aunque esté desaliñada,
estoy siempre bien prendida.
No correspondió la sala
conmigo como debía.*

AÑASCO: Sala sin correspondencias,
no es buena [para] visitas.

Cantan

CHILLONA: *Sin ser tambor, la baqueta
me hizo doscientas...*

CHISPA: *Vejigas!*

CHILLONA: *Y el privilegio sellado
traigo en las espaldas.*

BOLICHERA: *¡Chispas!*

Canta

CHILLONA: *¡Ay, quedito, que duele
quedito que duele!
eso es darme con ella
el golpe de muerte.*

Representando

El pelo me lo rifaron
entre cuatro, y fue la risa,
juego de rápalo-todo
y lleváronselo...
AÑASCO: *¡Avispas!*

Canta

CHILLONA: *¡Ay, quedito, que duele,
quedito que duele!
Eso es darme con ella
y el golpe de muerte.*

Representado

Porque mi castigo vean,

que fue un rigor de justicia,
para disculpar mis causas,
pues las sabéis, referidlas.

Canta

CHISPA: *Del Argel de un miserable,
cien doblones sacó.*

CHILLONA: Digan:
¿No es el redimir cautivos
una de las obras pías?

Canta

CHISPA: A un pastelero, la mosca
le quitó.

CHILLONA: Esta causa es limpia,
porque no parece bien
la mosca en pastelerías.

Canta

BOLICHERA: A una pastelera boba,
pescó cuatro sortijillas.

CHILLONA: Pescando a la pastelera
no fue mala bobería.

Canta

AÑASCO: *A un letrado, una presea
su buen parecer tenía.*

CHILLONA: *Si tomé su parecer
¿de qué el letrado se indigna?*

LOS DOS: *La sala lo ha castigado*

por aquesta florecilla.

CHILLONA: Y deja con tantas flores

AÑASCO: ¡Andújar!

CHILLONA: ¿Qué dice?

CHISPA: Andújar

CHILLONA: ¿Qué manda?

Vaya de gira, y fiesta

que todo es chanza.

Por lo Hurtado, Señores,

soy buena hidalga.

AÑASCO: Doscientos lo pregonan

a tus espaldas.

CHISPA: ¡Andújar!

CHILLONA: ¿Qué dice?

BOLICHERA: ¡Andújar!

CHILLONA: ¿Qué manda?

TODOS: Vaya de gira y fiesta

que todo es chanza

CHILLONA: De la galera, limpia

salió mi fama;

sacudiéronla el polvo,

que la entrapaba.

AÑASCO: ¡Andújar!

CHILLONA: ¿Qué dice?

CHISPA: ¡Andújar!

CHILLONA: ¿Qué manda?

TODOS: Qué demos fin al baile

que todo es chanza.

FIN DEL BAILE

El caballero
Agustín Moreto

El caballero Agustín Moreto



Índice

El caballero

1. Jornada primera
2. Jornada segunda
3. Jornada tercera

El caballero

Agustín Moreto

PERSONAS

DON FÉLIX DE TOLEDO.

MANZANO, *criado, gracioso.*

DOÑA ANA ENRÍQUEZ.

DOÑA LUISA DE RIBERA.

INÉS, *criada.*

LEONOR, *criada.*

DON DIEGO DE RIBERA.

DON LOPE ENRÍQUEZ.

DON JUAN DE TOLEDO, *viejo.*

MARTÍN, *criado.*

DOS HOMBRES.

UN CRIADO.

TRES MÚSICOS.

GENTE.

La escena es en Madrid.

Jornada primera

Calle de las Infantas.-Noche

ESCENA PRIMERA

DON FÉLIX Y MANZANO, *de camino.*

MANZANO

¡Jesús, Jesús!

DON FÉLIX

¿Qué te espantas?

MANZANO

Aún no creo que aquí estés;

¿Que éste es Madrid? ¿que ésta es
la calle de las Infantas?

¿Es posible que ya andes

Por tierra que anduvo el Cid?

Dios me conserve en Madrid;

Que para mí no hay mis Flandes.

DON FÉLIX

Asegúrote, Manzano,

Pues ya sabes lo que pasa,

Y que me vuelvo a mi casa

Por la muerte de mi hermano,

Donde, si su muerte lloro,

Hallar por alivio puedo

Un mayorazgo que heredo

Y una dama a quien adoro,

Que en Flandes contento estaba,

Y agora conozco yo

Que aquella escuela me dio

Todo lo que me faltaba;

Porque, aunque la corte encierra

Caballeros muy perfectos,

Sin saber de los efectos

De la escuela de la guerra,

Según lo que considero

Que ella en mi pecho ha labrado,

La milicia es quien da el grado

A un perfecto caballero.

MANZANO

Fuerza fue que allí aprendieses

Cuatro mil caballerías,

No dormir en cuatro días,

No desnudarse en dos meses,

Andar siempre a la aspereza
De agua, nieve o hielo impío;
Bien es verdad que este frío
Se resiste con cerveza,
Con que queda acostumbrado
Un hombre, con tal sustento,
A andar siempre muy hambriento,
Muy roto y desaliñado,
Afligido, sin dinero,
Siempre imaginando flores,
Que son las partes mejores
De un perfecto caballero.

DON FÉLIX
MANZANO
DON FÉLIX
MANZANO

Como tú lo has discurrido.

Esto es lo que yo aprendí.

Labró en ti conforme a ti.

Ergo si haber aprendido

Mal consiste en mi bajeza,

No es la guerra ni sus fueros

Quien hace los caballeros,

Sino su naturaleza.

DON FÉLIX
MANZANO
DON FÉLIX

La misma razón lo abona.

Pues ¿qué es lo que della nace?

Yo no digo que los hace,

Sino que los perfecciona.

MANZANO

Pues esa cuestión dejada,

¿Por qué causa no has querido

Irte a Casa y te has venido

A apeara a una posada?

DON FÉLIX

Mi recato es necesario,

Pues lo que llevó mi brío

A Flandes fue un desafío,

En que maté a mi contrario.

Demás desto, ya el empeño

Sabes que aquí dejé yo,

Pues sin alma me envió

Doña Ana Enríquez, mi dueño.

En la carta me protesta

Mi padre que con secreto

Me venga, pues con efeto

No está aun la muerte compuesta.

Y demás desto, me llama,

Porque casarme ha intentado;

Ni sé qué esposa me ha dado.
Ni en qué estado está mi dama.
Sin verla intenta saber
Uno y otro mi agudeza;
Que si en doña Ana hay firmeza,
Ella ha de ser mi mujer.

MANZANO Y ¿tú sabes si ha venido
Don Lope Enríquez, hermano
De doña Ana, que era indiano?

DON FÉLIX Sí, por cartas lo he sabido.

MANZANO Y el don Lope, dudar puedo
Si vendrá en lo concertado.

DON FÉLIX Pues ¿le está mal ser cuñado
De don Félix de Toledo?

MANZANO ¡Mal diz que le había de estar!
Pues ¿eres tú algún mendigo?
Se pudiera honrar contigo,
Aunque fuera familiar,
Y aún anda mi lengua corta.
Mas dudo que os concertéis,
Si los dos no os conocéis.

DON FÉLIX Siendo yo quien soy, ¿qué importa?

MANZANO Pues al caso, y con audacia.

DON FÉLIX Pues ya es noche, ven tras mi;
Que doña Ana vive aquí,
Al Caballero de Gracia.

MANZANO Oyes; ¿qué en los Capuchinos
De tanto coche se infiere?

DON FÉLIX Que es viernes, y hay *miserere*.

MANZANO Suena en acentos divinos;
Mas ya al fin debe de ser,
Pues sale gente.

DON FÉLIX Hacia allí.
Nos vamos; no salga aquí
Quien nos pueda conocer.

MANZANO Sí, que la luna ha salido.

DON FÉLIX Me conviene este recato.

MANZANO Mucho es que quien no es ingrato
Quiera ser desconocido.

ESCENA II

DOÑA ANA, INÉS, DOÑA LUISA Y LEONOR, *con mantos*; DOS HOMBRES,

DOÑA ANA Caballeros, si lo sois,
Mostrad el primor de serio
En no pasar adelante
Con quien os pondera el riesgo
Que hay en ir a nuestro lado.

HOMBRE 1.º Ese es el común despego
Que usan todas las mujeres
A los primeros encuentros;
Y el quererlos festejar
Y regalar, si de hacerlo
Dais licencia, no es agravio
Que merece ese desprecio.

DOÑA LUISA Ya os hemos dicho otra vez
Que, aunque aquí lo parecemos,
No somos de las mujeres
Que pensáis.

HOMBRE 1.º También es eso
Común de primer respuesta;
Que yo en la corte estoy hecho
A escuchar eso de todas,
Y a encontrar su rendimiento
Detrás de poca porfía.
Pero seáis en efeto
Quien fuereis, ¿qué importará
Para admitir el festejo
De ir a la confitería,
Que de aquí no está muy lejos,
Del Caballero de Gracia?

DOÑA ANA (*Ap. a Inés.*)

INÉS Inés, ¿viste hombres más necios?
Si ellos quieres que nos dejen,
Admite el ofrecimiento;
Que los tales tienen traza
De tener poco dinero,
Y nos dejarán, si acetas.

HOMBRE 2.º Ea, vamos, no tardemos;
Demos dulces a estas damas.

DOÑA LUISA Ya os han dicho, caballeros,
Que os estará mal seguirnos,
Y puede ser que encontremos

Bien presto quien os lo muestre.
 HOMBRE 1.º ¿Amenaza? Pues por eso
 Os hemos de acompañar.
 DOÑA ANA Ya eso es pasar de grosero,
 Y haros en que somos
 Mujeres.
 DON FÉLIX ¿No oyes aquello?
 MANZANO Hay hombres ocasionados;
 Éste estará pretendiendo
 Una compañía en la guerra;
 No se la dará el Consejo,
 Y la procura en la paz.
 HOMBRE 1.º No tenéis que deteneros;
 Que sólo por la amenaza
 Os habemos de ir siguiendo.
 DOÑA ANA Eso es porque aquí no veis
 Quien aquesse atrevimiento
 Os castigue.
 HOMBRE 1.º Si ha de haberle,
 Vamos allá.
 DON FÉLIX Caballeros,
 Habiendo dicho estas damas
 Que en seguirlas tienen riesgo,
 No parece urbanidad
 Seguirlas a su despecho;
 Y yo os pido en cortesía
 Que las dejéis.
 HOMBRE 1.º ¡Bravo empeño!
 ¿Sois vos el que ellas esperan
 Que castigue nuestro intento?
 DON FÉLIX Soy quien a questo os suplica
 Por deuda de caballero;
 Y si no os quisieréis ir,
 Quien hará que os vais más presto.
 HOMBRE 1.º ¿Trae algo con que espantarnos?
 MANZANO Trae con que darles tan recio,
 Que les hará que aquí dejen
 Las capas y los sombreros,
 Y las damas y la gana
 De ir con ellas.
 HOMBRE 1.º Antes pienso
 Que la dejará quien habla.

MANZANO Mientes, poco más o menos.-
Avanza, Señor.

DON FÉLIX Ya os voy
A enseñar a ser atentos.
(Métenlos a cuchilladas.)

ESCENA III

DOÑA ANA, INÉS, DOÑA LUISA, LEONOR.

DOÑA ANA ¡Ay infeliz! Doña Luisa,
¡En qué empeño nos ha puesto
La necedad de estos hombres!

DONA LUISA No es ya may grande el empeño,
Doña Ana; que a muy buen paso
De su valor van huyendo,
Y no correrá peligro.

INÉS No habrá; que corren con miedo.

LEONOR Son toreadores de a pie.

DOÑA ANA ¿Quién será este caballero?

DOÑA LUISA Si la vista no me engaña,
Yo de la luna al reflejo
Le vi la cara; y si aquí
Pudiera estar, siendo cierto
Que está en Flandes, presumiera
Que es don Félix de Toledo.

DOÑA ANA (Ap. a Inés)

¡Ay Inés! ¿qué es lo que escucho?

INÉS Muy posible es que sea cierto;
Su padre le está esperando,
Y habrá venido.

DOÑA ANA (Ap. Y mis celos
Serán ciertos, si es verdad;
¡Ah ingrato amante! ¿qué es esto?
¿Tú en Madrid sin verme a mí?)
Doña Luisa, según eso,
¿Tú debes de conocerle?

DOÑA LUISA Le debí muchos festejos
Antes que se fuese a Flandes.

DOÑA ANA ¿Luego es tu amante?

DOÑA LUISA No puedo
Presumir yo que aún le dure
Un amor que ha tanto tiempo

Que yo le desengañaré;
Y tú sabes ya el extremo
Con que a tu hermano don Lope
Quise yo siempre.

DOÑA ANA

Eso es cierto.

(Ap. Él la conoció, y por ella
Se empeñó; ¡yo estoy muriendo!)

DOÑA LUISA

Mas él es el que ha envainado
La espada, y viene.

DOÑA ANA

¿Qué haremos?

DOÑA LUISA

Irnos, y no nos conozca.

DOÑA ANA

(Ap. Esto confirman mis celos.)

Antes yo le quiero hablar,
Porque agradecerle debo
El habernos amparado

DOÑA LUISA

Habla tú, si gustas de eso.

DOÑA ANA

Inés, tapémonos bien.

ESCENA IV

DON FÉLIX, MANZANO.-DICHAS

DON FÉLIX

Bien se vio quién eran ellos.

MANZANO

Mas no se irán alabando.

DON FÉLIX

¿Heriste alguno?

MANZANO

Eso es bueno

Como no podía alcanzarlos,
Me alargué de pensamiento,
Y a uno di una cuchillada,
Que le abrí de medio a medio.

DON FÉLIX

¿Le alcanzaste con la espada?

MANZANO

No, sino con el deseo.

DOÑA ANA

(Ap. a Inés.)

¡Ay Inés! yo estoy mortal;
Don Félix es.

INÉS

(Ap.) ¡Esto es hecho:

En aqueste instante acabo
De perder yo mi remedio!
Porque en nombre de mi ama,
A quien galantea don Diego
Hermano de doña Luisa,
Le hago favores supuestos
Y me vale un pozo de oro,

DON FÉLIX
 MANZANO
 DON FÉLIX

Y hoy por don Félix lo pierdo.
 Aún se están aquí las damas.
 Bien pueden darnos el premio.
 De hallaros aquí, señoras,
 Presumo cuidado nuevo;
 Si le tenéis, y gustáis
 De que yo os vaya sirviendo
 Hasta entrar en vuestra casa,
 Bien podéis ir sin recelo.

MANZANO

Miren si hay otra pendencia.
 Que aunque sean veinte de ellos,
 Con condición que ellos huyan,
 Aquí se la reñiremos.

DOÑA ANA

No esperamos por cuidado,
 Sino por agradeceros
 El favor; aunque es verdad
 Que nos costó el sentimiento
 De que un caballero tal
 Como lo muestra el empeño,
 Se aventurase con hombres
 Que eran de tan poco precio.
 Y creed que, a haber sabido
 Que pudiera a vuestro aliento
 Empeñarle nuestra voz,
 Sufriera su atrevimiento
 Por no daros la ocasión,
 Que ya vencida sin riesgo,
 Os agradezco.

DON FÉLIX

Yo soy
 Quien debe agradecimiento
 A la ventura de hallarme,
 Con lo poco que merezco,
 En ocasión de serviros.

DOÑA ANA

(Ap. a doña Luisa.)
 El don Félix es discreto,
 Muy galán y muy bizarro.
(Ap. Si es cierto lo que sospecho,
Así me he de vengar de ella.)

DOÑA LUISA

Es un grande caballero,
 Y eso lo debe a su sangre.

DOÑA ANA

(Ap. Bien disimula, si es cierto)
 ¿Sois de Madrid?

Solamente es de serviros,
y por eso os obedezco.
DOÑA ANA (*Ap.* ¡Muerta voy!) Ven, doña Luisa.
DOÑA LUISA (*Ap. a doña Ana.*)
¿Pasa adelante tu afecto?
DOÑA ANA Ya se descubre el cuidado;
Ven, que después hablaremos.
(*Vanse las damas.*)

ESCENA V

LEONOR, INÉS, DON FÉLIX, MANZANO.

INÉS Ven, Leonor.
LEONOR Vamos, Inés.
MANZANO Digo, reina.
INÉS ¿A quién va eso
Entre las dos?
MANZANO Yo a una sola,
Porque me cansé en Marruecos
De tener treinta mujeres.
INÉS ¿Fue moro?
MANZANO Un poco de tiempo.
LEONOR Responde tú a ese letrado;
Que yo a mi ama voy siguiendo. (*Vase.*)

ESCENA VI

INÉS, DON FÉLIX, MANZANO.

INÉS Y ¿qué quiere?
MANZANO Ya ve usted
Yo ando a buscar mi remedio,
Y usted me parece cosa.
INÉS ¡Jesús! ¿cosa le parezco?
Y ¿qué cosa?
MANZANO Así, cosita.
INÉS No sos tan lisonjero;
¿Para qué me alaba tanto?
MANZANO Si esto es mucho, quitaremos
INÉS Y ¿de verdad busca usted
Comodidad?
MANZANO De provecho.
INÉS ¿Parécele bien la mía?

MANZANO Si usted dijera primero
Lo que da, pudiera ser.

INÉS Yo doy el salario en celos,
Las raciones en desdenes,
En tibiezas y despegos,
U de año en año; y si acaso
Hay algún gran casamiento,
Doy librea de esperanza.

MANZANO ¿Y no da usted algún enredo
O chisme para zapatos?

INÉS Cincuenta le daré de eso.

MANZANO ¡Jesús y qué rica casa!
Digo que en ella me quedo.

INÉS Pues traiga luego su ropa.

MANZANO Déme señal; iré luego.

INÉS No tengo más que esta mano,
Si basta.

MANZANO Poco dinero;
¿No le queda a usted otra blanca?

INÉS Vela aquí.

MANZANO Pues voy con eso,
Que ya es un maravedí.

INÉS ¿Cómo es su nombre?

MANZANO Cerezo.

INÉS ¿Cerezo? Mírelo bien.

MANZANO De árbol es mi nombre, cierto.

INÉS De árbol sí, más el vedado.

MANZANO Mujer del demonio, arredro.

INÉS ¿Por qué se espanta de mí?

MANZANO Que eres la serpiente pienso,
Pues has olido el Manzano.

INÉS Adiós, señor embustero;
Y crea el señor Manzano
Que agora ha sido camueso. (Vase.)

ESCENA VII
DON FÉLIX, MANZANO.

MANZANO ¿No oyes aquesto, Señor?

DON FÉLIX ¿Qué ha sido?

MANZANO Viven los cielos
Que estas nos han conocido.

DON FÉLIX ¿Qué dices? ¿Estás sin seso?
Recién venidos de Flandes,
¿Cómo es posible?

MANZANO Eso es bueno;
¿Pues si me han dicho mi nombre?
¿Cuánto quieres que apostemos
Que eran doña Ana y Inés
Dos de las que aquí estuvieron?

DON FÉLIX ¿Doña Ana? ¿Estás sin sentido?
Pues estando, como es cierto,
Aquí su hermano don Lope,
Habla de hacer el exceso
De estar de noche y a pie
Fuera de casa?

MANZANO ¿Qué riesgo
Puede haber en eso, si ellas,
Viviendo en el Caballero
De Gracia, a los Capuchinos
Quieren venir de secreto
Al *miserere* encubiertas?

DON FÉLIX Vive Dios, que lo recelo;
Que la mujer que me habló
Me pareció de respeto;
Y en una mujer de porte
Declararse con un ruego
Fuera gran facilidad,
A no tener fundamento.
Manzano, vamos allá.

MANZANO Peral, vamos al momento;
Que ellas han sido prudentes
Como serpientes en esto.

DON FÉLIX ¿Por qué?

MANZANO Vieron el Manzano,
Y la culebra te dieron. (*Vanse.*)

Calle del Caballero de Gracia.-Noche.

ESCENA VIII

DON DIEGO; TRES MÚSICOS, *con arpa y guitarra.*

DON DIEGO Aquí podéis quedaros retirados,
Y estén los instrumentos bien templados
Porque en llamando yo, comience luego

(Dando noticia de amoroso fuego)
La música a cantar mi dicha grande,
Y no se mueva nadie hasta que mande
Mi cuidado tocar los instrumentos,
Dando sus dulces voces a los vientos;
Porque a mayor trofeo
Del que promete, aspira mi deseo,
Por que tanto mi amor me tiene ciego.
UN MÚSICO Bien puede descuidar, señor don Diego;
Que está famosamente prevenido.
DON DIEGO (Ap.) El contento de ver favorecido
Mi amor me tiene loco;
Cualquier festejo a mi deseo es poco,
Para significar el alegría
En que me tiene la esperanza mía.
Un año me ha costado este trofeo,
Que ha que a doña Ana Enríquez galanteo
Con porfías y ruegos y finezas,
Resistiendo desdenes y durezas,
Sin que el sol viese claro solo un día.
Y en fin, todo lo alcanza la porfía,
Pues ya mi alivio su favor alcanza;
Y para mas aliento a mi esperanza,
Hoy licencia me ha dado
De que la signifique mi cuidado
La música que traigo prevenida,
Que es el indicio de que tengo vida;
Pues es cierto que no lo permitiera
A quien para su esposo no quisiera.
La seña quiero hacer a la ventana,
Pues ya es hora que esté sola doña Ana,
Que a esta hora mi hermana doña Luisa
(Cuya visita el viernes es precisa,
Porque a los *misereres* la acompaña)
Ya se habrá vuelto a casa. Dicha extraña
Es la que consiguió porfía y ruego,
Si esposo de doña Ana a verme llevo.

ESCENA IX

DON FÉLIX, MANZANO.-DICHOS

DON FÉLIX

Esta es la casa, Manzano.

MANZANO Y aquella, Señor, la reja,
Que de arado para ti
Fue cuando andabas tras ella.

DON FÉLIX Pero tuve buena dicha
En cultivar bien la tierra,
Pues floreció la esperanza,
Porque ahora el fruto se acerca.

MANZANO Agora es fruto dichoso;
Que a mi también se me acuerda
Cuando sembrabas suspiros,
Pero cogías arena.

DON FÉLIX ¿Si estará su hermano en casa?

MANZANO Yo te liaré esa diligencia.

DON FÉLIX Tente, que hay gente en la calle;
En el umbral de esta puerta
Estemos hasta que pasen.

DON DIEGO Llegar quiero a hacer la seña.

(Llega a la reja.)

DON FÉLIX Manzano, ¿no ves aquello?
¿Un hombre a la misma reja
En que yo hablaba ha llamado?

MANZANO Calla, Señor; que es quimera.

DON FÉLIX ¿Cómo quimera? ¿qué dices?
¿No le ves parado en ella?

MANZANO ¿Hombre a reja de tu dama?
Calla, que será alma en pena.

DON FÉLIX ¿Estás ciego? ¿no lo ves?

MANZANO No lo creo, aunque lo vea;
Alma en pena es, vive Dios

DON FÉLIX Me apurarás la paciencia.

MANZANO Pues si la quiere, y tiene alma,
¿No andará en pena por ella?

DON FÉLIX Guarda, que ya han abierto.

ESCENA X

INÉS, *a la reja.*-DICHOS.

INÉS Ce, ¿es don Diego?

DON DIEGO Sí, Inés bella;
La música prevenida
Aquí traigo.

INÉS *(Ap.* Ésta es buena;

¿Qué sería si don Félix
Ahora a la calle viniera?
Pero yo no he de perder
Lo que don Diego me pecha;
Que para todo hay ingenio.)
Don Diego, hacia la otra acera
Os poned para cantar,
Que así mi ama lo ordena;
Que allí viven otras damas,
Y se equivoca con ellas
De la música el intento,
Para que nadie lo sepa;
Que ella la saldrá a escuchar.

(Ap. Para que salga con ella
Aún se está aquí doña Luisa;
Y así, aunque don Félix venga,
No tendrá que sospechar.)

DON DIEGO Ya está esa prevención hecha;
Yo voy a decir que canten.

DON FÉLIX Manzano, mi muerte es cierta.
MANZANO Mas tuviste buena dicha
En cultivar bien la tierra,
Pues da fruto para todos.

DON FÉLIX Respirando estoy un etna.
MANZANO Este hombre te ganó el juego,
Y por la ventana misma.

DON FÉLIX No ganará si yo puedo.
MANZANO Pues ¿cómo quieres que pierda,
Si está a truco aventanado?

ESCENA XI

DOÑA ANA y DONA LUISA, a la misma reja.-DICHOS.

DOÑA ANA Inés, ¿Para qué está abierta
Esta ventana?

INÉS ¡Ay señora!
Que dan música.

DOÑA ANA Pues cierra.
INÉS Calla, que es a las vecinas
Que llaman las Boneteras,
Y las galantea un lindo,
Que no las da sino quejas.

DOÑA LUISA Oigámosla, por tu vida
Doña Ana.

DOÑA ANA ¿Quieres que entiendan
Que es la música por mí?

DOÑA LUISA Antes saliendo tú a verla,
Te aseguras de esa duda
Y quitas la contingencia;
Que a quien la música dan,
Siempre las ventanas cierra
Por el recato.

DOÑA ANA Ya estoy
Tan lejos de dar sospecha,
Que nada me importa: oigamos.

INÉS (Ap.) Mañana tengo pollera
Y sortija; que este canto
Yo le haré volver en piedra.

DON DIEGO Desde ahí podéis cantar.

DON FÉLIX Música trae.

MANZANO Señal cierta.

DON FÉLIX ¿De qué?

MANZANO De que te habla claro
Este hombre.

DON FÉLIX ¿De qué manera?

MANZANO Te da los celos cantados,
Porque mejor los entiendas.

DON FÉLIX De la calle a cuchilladas
Los he de echar.

MANZANO Hombre, espera;
A ti ¿qué ofensa te ha hecho
Este hombre, que galantea
A quien como a ti le admite?

DON FÉLIX No es posible que él me ofenda,
No sabiendo que me ofende;
Mas si yo con tanta pena
Viéndolo estoy y lo sufro,
Yo soy quien me hago la ofensa.

MANZANO ¿No es mejor ver en qué para?

DON FÉLIX Y ¿dónde está la paciencia?

MANZANO Aquí está en los Capuchinos.
Aguardémonos siquiera
Hasta que canten las coplas,
Y si el estribillo empiezan,

Sacudirlos en la fuga,
 Para que vayan con ella.
 MÚSICA *¡Ay que me mata, zagales,
 La viva estrella de Anarda!
 Si por estrella la adoro,
 Mi misma estrella me mata.*

DON FÉLIX Manzano, esto no es sufrible.
 MANZANO No me espanto que lo sientas;
 Que la copia es tal, que a todos
 Nos hace ver las estrellas.

DON FÉLIX Hasta su nombre publica.
 MANZANO Si ella le ha dado licencia
 De que le traiga estrellado,
 Tú, que lloras su flaqueza,
 Puedes pasarle por agua;
 Mas ya prosiguen, espera.

MÚSICA *Vuela mi amor a tus ojos;
 Mas es tan noble su llama,
 Que me quema el corazón
 Y me perdona las alas.*

DON DIEGO Por la boca de esta calle
 Una tropa de hombres entra;
 Proseguid mientras yo voy
 A reconocer quién sean. (*Vase.*)

ESCENA XII

DOÑA ANA, DOÑA LUISA Y INÉS, *a la reja*; DON FÉLIX Y MANZANO, *en la calle*.

DON FÉLIX Manzano, viven los cielos,
 Que lo está oyendo a la reja
 Doña Ana con sus criadas.

MANZANO Pues ¿querías que estuviera
 Rezando mientras la cantan?

DON FÉLIX La venganza dél y della
 He de ocasionar así.-(*Llega a la reja.*)
 Ingrato dueño, si ostentas
 Tu mudanza, ya la ha visto
 Quien morirá de la queja.

DOÑA ANA ¿Qué es esto? ¿quién es este hombre
 Que con tanta desvergüenza
 Llega?-Inés, ¿habla contigo?

DON FÉLIX Contigo hablo, Ingrata bella.

DOÑA ANA ¿No os dije yo que este riesgo
Tiene el salir a la reja?
Debe de ser loco este hombre;
Vámonos de aquí.-Inés, cierra.
(Quítanse de la ventana, y la cierran.)

ESCENA XIII

DON FÉLIX, MANZANO, MÚSICOS

DON FÉLIX Vive el cielo, que me ha dado,
Por satisfacerle, atenta,
Con la ventana en la cara.

MANZANO Mucho peor ser pudiera.

DON FÉLIX ¿Que darme con la ventana
En los ojos?

MANZANO Cosa es cierta;
Pues peor hubiera sido
Que te diera en la cabeza.

DON FÉLIX Pues en él me he de vengar.

ESCENA XIV

DON DIEGO.-DICHOS.

DON DIEGO Amigos, la ronda es esta;
Cesad ahora, que yo tengo
Riesgo si ahora me encuentra.
Veníos tras mí retirando,
Y aprisa, porque se acerca.

MÚSICO Yo con el arpa no puedo
Correr, y alcanzarme es fuerza.

DON DIEGO *(Ap. ¡Raro empeño! Pues dejar
Estos hombres es bajeza,
Si los aja la justicia;
Un hombre viene, y es fuerza
Valerme dél, sea quien fuere,
Para que aquí no me pierda.)*
¿Caballero?

DON FÉLIX Sí lo soy;
¿Qué queréis?

DON DIEGO Siéndolo, es deuda
En vos amparar a quien
De vos a valerse llega;

Yo hice en esta misma calle
Anoche una resistencia
A la justicia, y ahora
Vuelve por la calle mesma
Sólo a buscarme sin duda;
Con que retirarme es fuerza
Por no ser reconocido.
Yo os suplico que si llega,
Amparéis vos a esos hombres
Y hagáis la música vuestra,
Para que no los ultrajen,
Pues nada en esto se arriesga
Para vos; y adiós, que vienen.
Oíd, escuchad.

DON FÉLIX
DON DIEGO

Ved que llegan,
Y no puedo detenerme. (*Vase.*)

ESCENA XV

DON FÉLIX, MANZANO, MÚSICOS.

DON FÉLIX

¡Que aquesto aquí me suceda!
Yo quedo obligado a hacerlo.

MANZANO

¿Al que te ofende eso intentas?
Mas que el demonio se lleve
Los músicos y los metan
E un cepo de patillas.

DON FÉLIX

(*A los músicos.*)
Amigos, el tono y letra
Proseguid, y sin cuidado
Cantad. (*Ap.* Que aunque después sea
Forzoso reñir con él,
Ahora debe mi nobleza
Ampararle, pues de mí
Se valió.)

MANZANO

Muden el tema,
Y pues cantan por mi amo,
Rabiando coplas muy nuevas.

MÚSICA

*Sólo es llama porque alumbra,
Pues sin consumir, regala;
Y crece más la materia
Que más en ella se abrasa.*

ESCENA XVI

LOS DOS HOMBRES *que salieron antes*, GENTE.-DICHOS.

HOMBRE 1.º Él sin duda es deste barrio,
Y hallarle aquí es cosa cierta,
Y vive Dios, si le hallamos,
Que hemos de vengar la afrenta
De haber huido esta noche;
Pues con la industria supuesta
De fingirnos la justicia,
Podemos, sin que se entienda,
Reconocerlos a todos,
Hasta hallarle por las señas.

HOMBRE 2.º Música están dando aquí.

HOMBRE 1.º Dejadme llegar a ella.-
Caballeros, la justicia.

DON FÉLIX Sea muy es hora buena.

HOMBRE 1.º Y ¿quién diremos de ustedes?

DON FÉLIX Gente que no hace molestia,
Pues un Caballero es,
Que por su gusto festeja
Con este música el barrio.

HOMBRE 1.º Y ¿a qué intento?

MANZANO ¡Linda flema!

A una dama que aquí vive,
Y por ser muy pedigüeña,
Se la damos por sangría,
Por no darla de cabeza.

HOMBRE 1.º Lleguemos a conocerle.-

Y ¿quién es quien la festeja?

DON FÉLIX Ya he dicho que un Caballero.

HOMBRE 1.º Un Caballero ¿es respuesta?

DON FÉLIX Ese es mi nombre.

HOMBRE 1.º Eso es bueno.

MANZANO Y de pila; ¿es extrañeza,
Si se bautizó en Olmedo?

HOMBRE 1.º Largue las armas; ¿qué espera?

DON FÉLIX ¿Sobre qué?

MANZANO Pues ¿eso dudas?

Será sobre su cabeza.

HOMBRE 1.º Largue la espada.

Mas ¿a qué vuelves aquí?
 DON FÉLIX ¿A qué? Aunque la vida pierda,
 Ha de entender esta ingrata
 Que he sabido sus ofensas.
 MANZANO Pues ¿qué se le da a la otra?
 DON FÉLIX Ve; que he de entrar aunque muera.
 DOÑA LUISA Hacia aquí vienen dos hombres;
 Valernos de ellos es fuerza.-
 Caballeros, aquí acaba
 De haber ahora una pendencia,
 Y vamos, como mujeres,
 Con temor; por vida vuestra,
 Que os sirváis, en cortesía,
 De acompañarnos; que cerca
 Está de aquí nuestra casa.
 DON FÉLIX *(Ap. a Manzano.)*
 Manzano, ¿has visto tal tema,
 De estorbarme la fortuna
 Que hablar a esta ingrata pueda?
 MANZANO El diablo te lo embaraza,
 Porque es hacer penitencia.
 DON FÉLIX Señora, la obligación
 De serviros es primera;
 Vamos luego a vuestra casa.
 MANZANO Si ustedes dieran licencia
 Que diéramos un aviso
 Aquí, porque nos esperan,
 Luego iremos con más gusto.
 DOÑA LUISA Si no tardáis, norabuena.
 MANZANO Eso, tres horas o cuatro;
 Mas la noche es algo fresca,
 Y aquí pueden pasearse.
 DON FÉLIX Anda, loco.
 DONA LUISA A mí me pesa
 De estorbaros.
 DON FÉLIX El serviros
 Es la mayor conveniencia.
 DOÑA LUISA Yo vivo aquí a Calatrava.
 DON FÉLIX Vamos muy enhorabuena.
 DOÑA LUISA *(Ap. a Leonor)*
 Leonor, don Félix es éste;

MANZANO Cierta ha sido mi sospecha.
Yo temo que hemos de hallar
Otra aventura tras ésta. (*Vanse*)

Calle de Alcalá.-Noche.

ESCENA XIX

DON LOPE

Dos horas ha que mi amor
Aquí a doña Luisa espera,
Y por no errar el camino,
Porque puede ser que vuelva
Por parte que yo la yerre,
No he ido a mi casa, donde ella
Fue esta tarde con mi hermana;
Y ya no es hora en que pueda
Detenerse allá en mi casa.
¡Qué de dudas y quimeras
Está un hombre imaginando,
Que esperando ama y recela!

ESCENA XX

INÉS, *con serenero*, UN CRIADO.-DON LOPE, *que al verlas se retira.*

INÉS No ha venido doña Luisa
A su casa; la pendencia,
Sin duda, la ha detenido,
Pues sucedió al salir ella.

DON LOPE Gente sale de su casa,
Criados son; no me vean,
Aquí estaré retirado.

INÉS Demos a casa la vuelta;
Mas espera, que aquí viene.
Dos hombres vienen con ella;
Será su hermano don Diego,
Que estaba allí a la hora mesma,
O don Lope, mi señor.

ESCENA XXI

DOÑA LUISA, DON FÉLIX, LEONOR, MANZANO.-DICHOS.

DOÑA LUISA Mi casa, Señor, es ésta;

DON FÉLIX Mucho favor me habéis hecho.
 INÉS Lleguemos hasta la puerta.
 DOÑA LUISA ¿Señora?
 INÉS Inés, pues ¿tú aquí?
 Pardiez, esa duda es buena;
 Pues ¿no salimos tras ti
 En oyendo la pendencia?
 Mi señora me mandó
 Que luego tras ti viniera
 Con este criado nuevo,
 Que nunca tu casa acierta,
 Porque quedó con gran susto
 De verte entre la refriega.
 DOÑA LUISA Mucho te lo estimo, Inés;
 Que doña Ana es tan atenta,
 Que se debe ese cuidado.
 INÉS Tú ¿no supiste quién era
 El de la música?
 DOÑA LUISA No.
 INÉS Pues tu hermano hacía la fiesta.
 DOÑA LUISA ¿Mi hermano? ¿Qué es lo que dices?
 Pues don Diego ¿a quién festeja
 En tu calle?
 INÉS A mi señora.
 DON FÉLIX (*Ap. a Manzano.*)
 Manzano, más evidencias.
 MANZANO No es muy mala esta noticia.
 DOÑA LUISA ¿Mi hermano?
 INÉS Él la galantea;
 Pero, por amor de Dios,
 Que en esto hagas la deshecha,
 Sin darte por entendida,
 Que me tendrán por parlera;
 Pero yo no te lo he dicho
 Sino para que lo sepas.
 (*Ap. ¿Qué me hacía este secreto
 A mí acá dentro? ¡Que sea
 Yo tan ligera de pico!
 Maldita sea mi lengua.*)
 DOÑA LUISA Inés, de lo que mi amiga
 No me quiere a mí dar cuenta,
 No es bien que yo me la tome

A doña Ana esta fineza
 Le agradece de mi parte;
 Que yo segura y contenta
 Vine a mi casa, pues quiso,
 Acompañándome a ella,
 Venir este caballero.

DON FÉLIX De mi obligación fue deuda.
 MANZANO Y parienta de la mía.
 INÉS (*Ap.* ¡Qué miro! Según las señas,
 Don Félix es y Manzano;
 Cierta ha sido la sospecha
 De mi ama.) Adiós, Señora.

DOÑA LUISA Adiós.
 INÉS Hijo, vamos. (*Ap.* Desta,
 Chisme llevo que contar;
 Ya la boca me hormiguea.)
 (*Vase con el criado.*)

ESCENA XXII

DOÑA LUISA, LEONOR, DON FÉLIX, MANZANO; DON LOPE, *retirado*.

DON LOPE ¡Cielos, yo estoy sin sentido!
 Dos hombres vienen con ella.

DOÑA LUISA Caballero, agradecer
 Lo que de vuestra nobleza
 Es blasón, es excusado.

DON FÉLIX Siempre que a vos se os ofrezca
 Serviros de mí, hallaréis
 En mi pecho esta obediencia.

DOÑA LUISA Guárdeos Dios; que bien lo creo
 De vuestra atención discreta,
 Y también creo el valor.

MANZANO Compañía de ahorcado es esta,
 Pues os quedáis en el credo.

LEONOR Ya sacan luces.

DOÑA LUISA Pues entra.
 (*Éntranse doña Luisa y Leonor.*)

ESCENA XXIII

DON FÉLIX, MANZANO, DON LOPE

DON LOPE ¡Sin mí estoy! conocerélos,

Si aquí la vida me cuesta.
 DON FÉLIX Manzano, pues ya ha quedado
 Sin embarazo mi queja;
 Volvamos, que aún he de ver
 Si hallo este alivio a mi pena.
 MANZANO ¿Si habrá ahora otro embarazo?
 DON FÉLIX Vive Dios, que aunque le hubiera,
 He de ir allá.
 DON LOPE ¿Caballero?
 MANZANO Vele aquí al pie de la letra,
 Dejando uno y tomando otro.
 Hombre, ¿eres sastre, que llegas
 Tan tomada la medida?
 DON FÉLIX ¿Quién es?
 DON LOPE Quien con vos se engaña,
 Y quiere por un error
 Saber quién sois.
 MANZANO Mi señor
 Desciende de la montaña.
 DON FÉLIX Y ¿a qué efecto?
 DON LOPE Aquesa dama,
 Con quien venisteis, me obliga
 A que os conozca y os siga,
 Y sepa a qué intento os llama.
 DON FÉLIX Pues yo a nadie, en caso tal,
 Satisfago.
 MANZANO Y puede creer
 Que por no satisfacer,
 Me da a mí de comer mal.
 DON FÉLIX Lo que yo os puedo decir
 Es, que soy un caballero;
 Lo demás no.
 DON LOPE Pues yo espero
 Saber quién sois, o reñir.
 DON FÉLIX Lo segundo está seguro,
 Mas no tanto lo primero.
 DON LOPE Pues yo, si sois caballero,
 Aquí averiguar procuro
 Quién sois; si la empresa es vana,
 Que he de reñir entended.
 MANZANO Digo, y ¿pasarála usted
 Por una abuela villana?

DON FÉLIX Pues bajémonos al Prado,
Que eso es mejor para allí.

DON LOPE No me he mover de aquí,
Sin salir deste cuidado.

DON FÉLIX Porque ir allá sólo espero,
Lo digo.

DON LOPE Reñid los dos.

DON FÉLIX Pues vete tú.

MANZANO Bien, por Dios.

DON FÉLIX Vete, villano.

MANZANO No quiero.

DON FÉLIX ¿Qué es no?

MANZANO Pues ¿con qué conciencia
Te he de llevar la ración,
Si te dejo en la ocasión
Que tienes una pendencia?

DON LOPE A mí no me se da nada;
Sacad los dos los aceros.

ESCENA XXIV

DON DIEGO, MARTÍN.-DICHOS.

DON DIEGO ¿Qué es aquesto, caballeros?

DON LOPE (*Ap.* ¡Válgame el cielo!) Ya nada,
Habiendo llegado vos.
Este caballero aquí,
Recelé que iba tras mí;
Repuntámonos los dos,
Sin causa que importe fama;
Quiso aquí reñir conmigo.-
Consentid en lo que digo;
 (*Ap. a don Félix*)
Que es hermano de la dama.

DON FÉLIX Es la verdad, así fue;
Mas la culpa tuve yo.

MANZANO Por menos que eso murió
El quinto hombre que maté.

DON DIEGO Mucho he estimado el venir
A estorbaros la intención;
Que por tan poca ocasión
No fuera justo reñir.-
Señor don Lope, mi casa

Sabéis que es vuestra; -y de vos,
Caballero.

DON LOPE

Guárdeos Dios,
Que esto adelante río pasa.-
Si vos sois tan caballero,
(Ap. a Don Félix.)

Que eso será cosa llana,
A las seis de la mañana
Junto a San Blas os espero.

DON FÉLIX

Bien está.

DON LOPE

Señor don Diego,
Quedad con Dios. (Vase.)

ESCENA XXV

DON DIEGO, MARTÍN, DON FÉLIX, MANZANO.

DON DIEGO

Él os guarde,

DON FÉLIX

Para mí también es tarde.

DON DIEGO

Que vos conozcáis, os ruego,
Mi casa, pues della espero
Que os sirváis en ocasión.

DON FÉLIX

Yo os estimo la atención.

DON DIEGO

Mas esperad, caballero.

MANZANO

¿Es otra?

DON DIEGO

Por el vestido

Ahora os reconocí:
Vos sois de quien me valí,
Y me habéis favorecido
Esta noche; y pues sois vos,
Aquí conoceros debo.

DON FÉLIX

No faltará empeño nuevo,
Que nos juntará a los dos;
Yo os buscaré en más sazón.

DON DIEGO

¿Vos a mí?

DON FÉLIX

Bien puede ser.

DON DIEGO

¿Puedo el motivo saber?

DON FÉLIX

En llegando la ocasión.

DON DIEGO

Pues quién sois saber espero.

DON FÉLIX

Un caballero.

DON DIEGO

Y ¿el nombre?

DON FÉLIX

Éste basta para un hombre;
No soy más que un caballero.

DON DIEGO Basta; apuraros no quiero,
Pues lo calláis; guardaos Dios.

DON FÉLIX No os de cuidado; que a vos
Os buscará el caballero. (*Vase.*)

DON DIEGO (*Ap. a Martín.*)
Martín, síguele.

MARTÍN Eso quiero. (*Vase.*)

MANZANO ¿Quiere usted saber quién es?

DON DIEGO Me haréis favor.

MANZANO Oiga pues.

DON DIEGO ¿Quién es éste?

MANZANO Un caballero.

Jornada segunda

Campo de San Blas

ESCENA PRIMERA

DON FÉLIX, MANZANO.

DON FÉLIX Vuélvete tú desde aquí;
Que porque las cinco son,
Y a las seis es la ocasión,
Que llegaras permití.

MANZANO Saber, Señor, de ti espero
Por qué tanto has madrugado.

DON FÉLIX Porque riñe aventajado
Quien sale al campo primero.

MANZANO Si te quisiere matar
Algún enemigo fiero,
Madruga, y mata primero
Dice un adagio vulgar,
Mas en caso tan incierto,
Vive Dios, que es, en verdad,
Valerosa necedad
Madrugar uno a ser muerto.

DON FÉLIX Asentado es lo primero,
Que ir antes al desafío
Es ser con la ley del brío
Mas cabal un caballero.
Lo segundo, es necesario
Creer que indiciar temor
Es aumentar el valor,
Y la fortuna al contrario;
Porque si mi cobardía
Hace su brazo más fuerte,
Es apresurar mi muerte
De su parte y de la mía.
Luego es cierta consecuencia
Que en tal caso la osadía,
Aún mas que a la bizarría
Se debe a la conveniencia.

MANZANO Desafió a otro un portugués,
Y le esperaba en un monte,
Que el subir a su horizonte
Cansara a un gato montés.
Llegó allá el desafiado,
Muerto del paso prolijo,
Y en viendo al contrario, dijo,
Molido y desalentado:
«Yo no me puedo mover;
¿Para qué me llamó aquí?»
Y él respondió: «Porque así
Teño menos que hacer.»
Tú no has dormido, a mi ver,
Por venir temprano acá;
Pues si vienes muerto ya,
¿Qué tendrá el otro que hacer?

DON FÉLIX Las obligaciones mías
No andan bien sino a este paso.

MANZANO En el reñir está el caso,
No en esas filaterías.-
Y Dios, Señor, me es testigo
Que saldré yo por mi honor
A reñir con un doctor,
Que es el más fuerte enemigo.
Mas si a tal hora, Señor,
Me llamaran con desdén,
Había de dormir muy bien
Almorzar mucho mejor,
Venir de espacio, y no a pata;
Y te había de matar
A puro hacerle esperar,
Que es la cosa que más mata.

DON FÉLIX No es bien hacerle ese ultraje
Al que al campo me sacó.

MANZANO Pues ¿a qué me convidó?
¿Para que yo le agasaje?

DON FÉLIX Tu buen humor maravilla.
Vete ya sin responder;
Ya sabes lo que has de hacer.

MANZANO Aqueso está de cartilla:
Callar, irme, y de camino,
Por si fueres mal parado,

Tenerte allí aparejado
Huevos, paños y buen vino;
Que esto no se puede errar,
Aunque tengas más ventura,
Pues si no es para la cura,
Servirá para almorzar.

DON FÉLIX
MANZANO

Vete.
A encomendar a Dios
Al otro voy, paso a paso,
Por si Dios quisiere acaso
Llevarse a uno de los dos.

DON FÉLIX

Pues él, ¿porqué más te mueve
A ese ruego tan fiel?

MANZANO

Para que le lleve a él,
Y también para que lleve. (*Vase*)

ESCENA II

DON FÉLIX; *luego*, DON LOPE.

DON FÉLIX

Nunca conocí al temor;
Pero esperar a reñir
Con lugar de discurrir.
Es la acción de más valor.
Un hombre viene hacia allí;
Poner la máscara quiero.

(*Cúbrese el rostro y sale don Lope.*)

DON LOPE

No sé si vengo el primero,
Pues está ya un hombre aquí;
Pero que no es él infiero,
Pues con mascarilla está.

DON FÉLIX

Pues no llega, no será
Aqueste hombre el que yo espero.

DON LOPE

Pero si éste se está aquí,
Nos puede el lance estorbar.

DON FÉLIX

Mas si éste aquí se ha de estar,
Puede presumir de mí
Que conmigo le he traído;
Pedir que se vaya quiero.
Esto ha de ser.

DON LOPE

Caballero,
Yo a esperar aquí he venido
Una dama, y si los dos

Estamos aquí, al llegar,
Con vos se ha de embarazar;
Y os suplico que si a vos
No os importa, de aquí os vais,
Pues en este empeño estoy.

DON FÉLIX. Antes pienso que yo soy
Esa dama que buscáis.
El citaros para aquí
En la calle de Alcalá
¿No fue anoche?

DON LOPE Bien está;

Mas ¿cómo venís así?

DON FÉLIX ¿La máscara reparáis?

DON LOPE Sí reparo; pues infiero
Que no es ley de caballero,
Ni al buen duelo os ajustáis.

DON FÉLIX Pues escuchad la razón,
Que ni la ley se atropella,
Ni dejo en esta ocasión
De cumplir mi obligación
Muy ajustado con ella.
Ningún hombre a pelear
Puede salir embozado,
Porque se puede arriesgar
A que alguien pueda pensar,
Que él no fue el desafiado.
Yo, en tal duda es cosa clara
Que no incurro, pues es cierto
Que ignorándome la cara,
La misma duda os quedara,
Si saliera descubierto.
Supuesto esto, y asentado
Que lo que se pide en duelo
No ha de hacer el que es honrado;
Cuando está desafiado
Un hombre sobre recelo,
Si aunque sea por desdén,
Antes del duelo, hace tal
Lo que le piden también,
Aunque en reñir quede bien,
En hacerlo queda mal.
Vos al campo me sacáis

Por conocerme atrevido;
Si encubierto no me halláis,
Antes de reñir lleváis
El intento conseguido.
Y quiero en esta ocasión,
Pues puedo cubrirme atento,
Sin arriesgar mi opinión,
Cumplir con mi obligación,
Sin lograros el intento.

DON LOPE

No salís igual así.

DON FÉLIX

Antes igual he salido;
La causa que os trae aquí,
Desconocido os la di,
Y salgo desconocido.

DON LOPE

La intención tiene extrañeza;
Mas aguda, y bien pensada.

DON FÉLIX

Pues hable ya la destreza,
Y hallaréis más agudeza
En los filos de mi espada.

(Riñen.)

DON LOPE

El nombre de caballero
Desempeñáis bien, por Dios.

DON FÉLIX

En todo mostrarlo espero.

DON LOPE

Tened; que perdí el acero.

DON FÉLIX

Volved a cobrarle vos.

DON LOPE

Herido, lo intento en vano.

DON FÉLIX

Que yo os le alcanzara es llano,
Mas fuera acción desairada;
Que en el campo vuestra espada
No está bien en otra mano.

DON LOPE

Con un dedo menos quedo.

DON FÉLIX

¿Podéis reñir?

DON LOPE

Ya es en vano,
Y por agora no puedo;
No por la herida del dedo,
Que sana tengo otra mano,
Y cuando herida quedara
También estotra, y la herida
Tomar la espada estorbara,
Con los dientes la tomara
Hasta rematar la vida;
Que nunca en mi bizarría,

DON FÉLIX

Tener la mano pasada
Causa a no reñir darla,
Sino la galantería
De dejarme alzar la espada.
Pésame que estéis herido,
Cuando sin eso esta acción
Pudiera haber sucedido,
Porque yo sólo he venido
A cumplir mi obligación;
Que padece mucho engaño
Quien piensa que es valentía
Sólo herir; mas yo lo extraño
Pues para mi bazarria,
No he menester vuestro daño.
Ataros quiero en la mano
Este lienzo.

DON LOPE

Ya no espero
Dudar quién sois, pues es llano
Que tan noble cortesano
Bien se llama el Caballero,
Mas siento ir tan obligado
De vos, porque aunque esta acción
En cuanto al lance pasado,
Cesa aquí, me hallo forzado
A buscar nueva ocasión;
Porque yo quiero a la dama
Con quien os vi, y deste empeño
No se ha de apartar mi llama,
Y por cumplir con mi fama,
Os declaro que es mi dueño.
Y ya, por lo que sospecho,
Siempre que con ella a vos
Os encuentre, a mi despecho,
Si no quedo satisfecho,
Hemos de reñir los dos.
Y yo tendré esta razón
Mientras mi duda os ignora.

DON FÉLIX

Perdéis la satisfacción
Que sin esa condición,
Os pudiera dar yo ahora;
Porque habiendo yo reñido,
Desengañaros pudiera,

Mas habiendo prometido
Reñir, pensará cualquiera
Que por excusarlo ha sido.
Y pues eso prometéis,
Si me halláis en ese extremo,
Vos haréis lo que debéis,
Y yo que en duda quedéis,
Porque no penséis que os temo.

DON LOPE

Mas por lo pasado ya,
Quedamos los dos amigos.

DON FÉLIX

Hasta aquí ajustado está;
Después el tiempo os dirá
Si hemos de ser enemigos.

DON LOPE

Adiós.

DON FÉLIX

Adiós. (*Ap.* ¡Feliz duelo!)

DON LOPE

¿Mas oís? Yo, por si acaso,
Soy don Lope Enríquez.

DON FÉLIX

(*Ap.* Cielo,

Ya a mayor silencio apelo,
Pues por su hermana me abraso.)
Yo, por lo dicho, no quiero
Decir quien soy.

DON LOPE

Cuando os tope

Otra vez saberlo espero;
Y adiós; que yo soy don Lope.

DON FÉLIX

Pues yo soy un Caballero.

(*Vanse.*)

Sala en casa de don Lope.

ESCENA III

DOÑA ANA, INÉS.

DOÑA ANA

Inés, yo estoy sin alma y sin sentido;
Que no sólo don Félix ha venido
Sin haberme avisado,
Sino que, enamorado
De doña Luisa, olvida mis finezas.

INÉS

En eso paran todas las bellezas
Que llegan a querer, señora mía.

DOÑA ANA

A fe, Inés. que mi amor no merecía
El desprecio que lloro,
Que aun ofendida, su traición adoro,

ESCENA IV
DON LOPE.-DICHAS.

DON LOPE ¿Doña Ana?
DOÑA ANA Hermano, ¡ay Dios! ¡pena crecida!
 ¿Qué tienes en la mano?
DON LOPE Es una herida,
 No cosa de importancia, que me dieron
 Agora en un disgusto.
DOÑA ANA ¡Ay Dios! ¿Quién fueron?
DON LOPE Tú, doña Ana, pues ya de mi amor sabes
 Que de ti fío yo cosas más graves
 No importará que sepas este empeño
 Doña Luisa, no sé si ingrato dueño,
 Que aún no está la verdad averiguada
 Vino a su casa anoche acompañada
 De un caballero, que con un criado
 Hasta su puerta fueron a su lado.
 Quise reconocerle, mas fue en vano;
 Al intentar reñir, vino su hermano.
 Desafiéle entonces en secreto;
 Salimos hoy al campo, y en efeto
 Anduvo tan bizarro y tan brioso,
 Que concluir el duelo fue forzoso,
 Quedando yo allí herido,
 Y sin poder haberle conocido.
DOÑA ANA *(Ap. a Inés.)*
 Inés, ya yo del todo desespero,
 Y no tengo sentido si no muero.
INÉS Tómame esa, Señora, y yo me alegro,
 Que agora había yo de amar a un negro.
 Cuanto más a don Diego, que te adora.
DOÑA ANA Si hoy salisteis al campo, ¿no fue hora
 De conocerle con la luz que brilla?
DON LOPE No; que salió a reñir con mascarilla
 Que en mi vida oí cosa tan extraña.
INÉS ¿Sacástele a danzar a la campaña?
DON LOPE Lo que dél saber pude, fue primero
 Que sólo era su nombre un Caballero.
DOÑA ANA *(Ap. a Inés.)*
 Inés, yo estoy penando en un abismo.
INÉS A nosotras nos dio con eso mismo;

Flor nueva traen de Flandes los galanes,
Habrá venido entre los tulipanes.

ESCENA V
DON JUAN.-DICHOS.

DON JUAN *(Dentro.)*
¡Ah de casa! ¿Está acá el señor don Lope?

DOÑA ANA Inés, mira quién es.

INÉS Ya hace su entrada.

DON LOPE Don Juan de Toledo es, no importa nada
Que estés tú aquí -¿Don Juan?

DON JUAN *(Sale.)*
El cielo os guarde,-
Y a vos Señora.-Yo desde ayer tarde
A mi hijo don Félix esperaba;
Él no ha venido aún, y agora acaba
Un camarada suyo de avisarme
Que de hoy pasar no puede su llegada,
Porque anteayer quedaba a una jornada;
Y pues ha de venir, como imagino,
Yo voy a recibirle hoy al camino,
Y a que me acompañéis sólo he venido.

DON LOPE Eso en mi obligación es ya debido,
Y iré gustoso allá, por conocerle.
(Ap. a Don Juan.)
Mas advertid que, pues no habéis querido
Que le diga a mi hermana cómo ha sido
Vuestro hijo con quien está casada,
Hasta que aquella muerte esté ajustada,
Porque no se presuma su venida,
Y de esto nazca el riesgo de su vida,
Es bien callarlo hasta que esté presente.)

DON JUAN Vos obraréis en eso cuerdamente.

DON LOPE Vamos, señor don Juan.

DON JUAN *(A doña Ana.)*
Guárdeos el cielo. *(Vase.)*

ESCENA VI
DON LOPE, DOÑA ANA, INÉS.

DOÑA ANA *(Ap. a Inés.)*

Inés, más evidencias al recelo;
Mira si desde allí viene prendado,
Pues no ha visto a su padre.

INÉS Él te ha engañado.

DON LOPE Siendo para tu dicha, sabe, hermana,
Que tu esposo también viene mañana.

DOÑA ANA ¿Cómo el esposo mío?

Pues, Lope, ¿yo nací sin albedrío?

DON LOPE No vuelvas a la réplica pasada,
Porque mañana has de quedar casada. *(Vase.)*

ESCENA VII

DOÑA ANA, INÉS.

DOÑA ANA Inés, ¿has visto la desdicha mía?

INÉS Parece que te afligen a porfía.

DOÑA ANA ¡Cuando está aquí don Félix, tras su ausencia,
Que me puede amparar desta violencia,
Quiere a otra! ¡Fortunas mas violentas!-
Inés, saca los mantos.

INÉS Pues ¿qué intentas?

DOÑA ANA Sácalos luego.

INÉS Voy a obedecerte.

(Vase y vuelve con los mantos.)

DOÑA ANA Aunque esto sea averiguar mi muerte,
Yo lo he de ir a saber de doña Luisa.

INÉS No dirás que no sirvo bien aprisa.

DOÑA ANA Pónmele luego.

INÉS ¿Donde vas, Señora?

DOÑA ANA A ver a doña Luisa voy ahora,
Y a salir de una vez de mis desvelos.

INÉS Haces muy bien, salgamos de estos celos;
Que por Manzano yo también me abraso
Pues ¡qué uñas llevo yo, para si acaso!
Yo sé que a la Leonor, si se las hincó,
La haré saber muy bien cuántas son cinco.

ESCENA VIII

MANZANO.-DICHAS.

MANZANO *(Ap .al entrar.)*

¡Jesús, y qué peligro, si él repara!

Al hermano encontramos cara a cara.
 DOÑA ANA ¿Quién es?
 MANZANO Quien, porque un riesgo ha desviado,
 Entra diciendo: «Sea Dios loado.»
 INÉS ¿Señor Manzano, el de la espada floja?
 MANZANO Tú has conocido el árbol por la hoja.
 DOÑA ANA Inés, yo estoy turbada.-¿Cómo ha sido?
 O ¿por qué a entrar aquí te has atrevido?
 MANZANO Riesgo es, donde hay hermanos tan tenaces
 Mas la fortuna ayuda a los audaces.
 Don Félix, mi señor, pide licencia
 Para reñir contigo una pendencia,
 Que anoche fue de aquí descalabrado;
 Mas yo pienso, por bien acuchillado,
 Que venir a reñir celos de ausencia,
 Es pedir cura en tono de pendencia.
 DOÑA ANA Y ¿dónde está don Félix?
 MANZANO Aquí viene.
 DOÑA ANA Si entra mi hermano, gran peligro tiene.-
 Inés, avisa para que se vaya.
 INÉS En la puerta me pongo de atalaya. (Vase.)

ESCENA IX

DON FÉLIX.-MANZANO, DOÑA ANA.

DON FÉLIX Después de un año de ausencia
 Y mil siglos de temor,
 Vuelvo a tus ojos, Señora,
 No el que fui, sino el que soy;
 No a ponderar la fineza
 De mi errado corazón,
 Que abrevió el camino en alas
 De su mentido favor,
 Ni a quejarme de haber visto
 Otro más feliz que yo;
 Que olvidarme por el digno,
 No es culpa, sino elección.
 No vengo pues a quejarme;
 Que he menester mi pasión
 Para morir, y en la queja
 Se desvanece el dolor.
 Sólo a darte el parabién

Vengo aquí del nuevo amor;
Que siendo tuyo, es preciso
Ser digno de tu atención.
Yo le vi anoche, y al verlo
Me precipitó el furor;
Que al estrenar una hoja,
No es mucho errar una voz.
Mas después, volviendo en mí,
Conocí que querer yo
Dejarte sin albedrío
Fuera tirana razón.
Lo que fuera justa queja,
Fuera fingir el favor,
Si habiendo de amar a uno,
Nos engañaras a dos.
Esto en ti no lo presumo;
Que es tal mi veneración,
Que imagino mi desdicha
Por no presumir tu error.
Lo que he visto, y lo que creo
Es, que si mi dicha es flor,
Murió al faltar de tus ojos,
Por el ausencia del sol.
Con la gala de tu gracia
Pude merecer tu amor;
Perdila, pero sin culpa
Fue desdicha, agravio no;
Que la gracia que me hacía
Digno de tu estimación,
Fue gracia, y pudo negarla
La deidad que me la dio.
Mi sentimiento y mi queja
Sólo a mi estrella la doy;
Que quedar sin queja un triste
Fuera exceso del rigor.
Y pues para mi tormento
Tengo bastante razón.
Pues no puedo de quejoso,
De infeliz a morir voy.
Yo moriré, dueño... ¡Ay cielos!
¿Dueño dije? Sin mí estoy:
Dueño mío iba a decir;

Fue osadía. Pero no,
Que si ya para adorarte
No he menester tu favor,
Aunque la ultrajes, no puedes
Estorbar mi adoración.
Yo moriré; y por si acaso
Fue industria en tu indignación
Levantarme para hacer
Mi precipicio mayor,
Yo te lograré la industria;
Y verás en mi aflicción
Que muero de mi fineza,
Primero que del dolor.
Y con esto, adiós, Señora,
Que ya que el alma la vio
Quiero morir, mas no oír
La sentencia de tu voz.

DOÑA ANA

Señor don Félix, oíd.
Escuchad. ¡Válgame Dios!
Si habéis dicho, y yo os he oído,
Oíd, que agora entro yo.

MANZANO

Gran cosa es ver dos amantes:
Que como dos monos son,
Que cuando llegan a riña,
Muy armados de furor,
Se tocan y no se muerden,
Y luego juegan los dos.

DOÑA ANA

Primero, señor don Félix,
Que os responda, seáis vos
Muy bien venido; que al veros
Mil parabienes me doy.
Y agora volviendo al caso,
En cuanto si quiero yo,
Si olvido o si favorezco
Otro más digno que vos,
No replico, porque sé
De esa industria la intención,
Y por fingida os respondo
Con vuestra misma razón.
Si vos intentáis dejarme,
Y a eso os mueve otra afición,
¿Qué necesidad tenéis

De fingir que os dejo yo?
Vos decís que en mí el mudarme
No es culpa sino elección:
Pues lo que no es culpa en mí,
¿Por qué puede serlo en vos?
Luego si podéis sin culpa
Mudaros pues libre sois,
¿Qué mejora la mudanza
Vestida de ese color?
Demás de que ¿qué embaraza
A un galán, que sin temor
Con tres hombres en la calle
Por su dama se empeñó;
Que después la fue siguiendo,
Y esperando su atención
Que saliese de una casa,
A la suya la llevó?-
No digo que era la mía,
Que hace el desprecio mayor;
Ni que yo venía a su lado
Cuando por ella riñó,
Ni que ella era doña Luisa;
Porque en materias de amor
Esto de nombrar las partes
Es muy gran desatención.-
Y para que estas sospechas
Se desmientan, si lo son,
¿Ir por ella a un desafío,
Herir al competidor;
Que como él era mi hermano,
Y tan recatado vos,
Viniendo herido a mi casa,
No pude saberlo yo?
Y puesto, señor don Félix,
Que esto no os embarazó,
Lo que no fingís ayer,
¿Para qué lo fingís hoy?
¿Qué teme en mí esa cautela,
Si se mudó vuestro amor?
Yo de vos quejarme puedo,
Pero remediarlo no,
Si es querer que no me queje,

Por conocer mi razón,
Suponerme ese delito,
No es excusarme el dolor.
Señor don Félix, si es culpa
La mudanza, o si es traición,
El fingirme a mí culpada,
No os libra a vos de traidor.
Que tenga razón mi queja
No os estorba vuestro amor;
Y pues no tengo otro alivio,
No me quitéis la razón.
Yo todas mis esperanzas
Tenía puestas en vos,
Mas ya sólo las tendré
En mi desesperación.
Mi hermano, señor don Félix,
Casada me tiene, y hoy
El último plazo ha sido
Que da a su resolución;
Mas lo que yo os aseguro,
Ofendida como estoy,
Es, que he de morir primero
Que a otro dé mi corazón;
Porque si vuestra mudanza
Es liviandad, no es razón
El ver en vos un delito
Para cometerle yo.
Ni esto es querer obligaros,
Porque la palabra os doy
De sacarme antes los ojos
Que tenerlos para vos.
Esto es daros a entender
Que yo siempre soy quien soy,
Aunque vos seáis ingrato.
Idos agora con Dios.

DON FÉLIX

Doña Ana, detente, escucha.

ESCENA X

INÉS, *que sale alborotada*.-DICHOS.

INÉS

¡ Ay, Señora! ¡ Muerta estoy!
Mi señor ha vuelto a casa,

Todo perdido el color,
 Y las puertas ha cerrado;
 Que cuando Manzano entró,
 Los debió de ver sin duda.
 Aquí nos mata a las dos.

DOÑA ANA ¡Ay de mí! Señor don Félix
 Si aquí ahora... (¡Muerta estoy!)
 Escondéos en mi cuarto.

DON FÉLIX No puedo esconderme yo;
 Morir y ampararte sí.

MANZANO Pues yo me escondo, Señor;
 Que tengo azar con hermanos,
 Y todos pienso que son
 Descendientes de Caín.

DON FÉLIX Tente, villano.

MANZANO Eso no;
 Que tiemblo de la Hermandad,
 Porque he sido salteador. (*Vase.*)

DOÑA ANA Para que amparéis mi vida
 Os lo suplico, Señor,
 Si veis que tengo peligro.

DON FÉLIX Tara ese empeño aquí estoy. (*Retírase.*)

ESCENA XI

DON LOPE.-DOÑA ANA, INÉS.

DON LOPE (*Ap. desde la puerta.*)
 Por más que disimulé
 La pena y la turbación,
 No pude apartar de mí
 A don Juan. Sin duda vio
 Los dos hombres que aquí entraban
 Cuando salimos los dos,
 Y no ha querido dejarme;
 Mas de aquí nadie salió,
 Y está cerrada la puerta;
 Agora sabré quién son.- (*Sale.*)
 ¿Hermana?

DOÑA ANA (*Ap*) ¡Yo estoy sin alma!

DON LOPE Cuando salía vi dos
 Hombres que entraron aquí;
 ¿Dónde están?

DOÑA ANA Yo... (Ap. ¡Muerta estoy!)
 ¿Hombres, Lope? Yo... Tú... ¿Cuándo?

DON LOPE Ya es prueba tu turbación
 De mi afrenta y tu delito.

DOÑA ANA ¿Qué es lo que dices, Señor?
 ¿Hombres aquí? (Ap. ¡A hablar no acierto!)

DON LOPE Yo los vi, no fue ilusión;
 Y aunque pueda ser tu esposo
 Alguno, aquí, vive Dios,
 Los he de matar contigo.

DOÑA ANA Lope, mira...

DON LOPE Eso es error.
 Mas todo esto es perder tiempo;
 De este modo a tu traición
 Le he de quitar la salida;
 Yo lo veré. ¡Sin mí voy! (Vase.)

ESCENA XII

DOÑA ANA, INÉS; luego, DON FÉLIX; DON LOPE, dentro.

DOÑA ANA ¡Ay Inés! ¿Qué hemos de hacer?
 La puerta al cuarto cerró.

INÉS La traspuerta del jardín
 Está abierta; echémoslos
 Por ella presto, Señora.

DOÑA ANA Bien dices.-¡Félix! Señor, (Sale.)
 Por la puerta del jardín
 Te puedes ir.

DON FÉLIX Eso no;
 Viendo tu riesgo, no puede
 Faltarte aquí mi valor.

DOÑA ANA Vete luego.

DON FÉLIX Eso es locura.

DOÑA ANA Vete, y mira por mi honor.

DON FÉLIX Dejando a riesgo tu vida,
 No lo he de hacer, vive Dios.

DOÑA ANA Pues aquí ¿qué medio cabe?

DON FÉLIX Ponerte en salvo.

DOÑA ANA Eso no;
 Que primero he de morir.

DON FÉLIX Pues lo mismo diré yo.

DON LOPE (Dentro.)

INÉS. Traidor, en vano te escondes.
 ¡Ay, que a Manzano encontró!
 DON FÉLIX Entraréle a defender.
 DOÑA ANA Tente, don Félix, por Dios;
 Que aqueso es perderlo Lodo,
 DON FÉLIX Ya detenerme es peor.
 DOÑA ANA Don Félix, libra mi vida;
 Que aunque sea indigna acción
 Donde todo está perdido
 Éste es el daño menor.

ESCENA XIII
 MANZANO.-DICHOS.

MANZANO Señor, que viene tras mí.
 INÉS Presto, Señora, por Dios;
 Que nos cortan.
 DOÑA ANA Ve adelante.
 INÉS Hermanitos, afufón.
 DOÑA ANA Mira que hay golpe en la puerta,
 Don Félix. ¡Sin alma voy!
 Que el excusar mayor daño
 Me obliga a hacer este error,
 A pesar de mi decoro. (*Vanse.*)

ESCENA XIV
 DON LOPE, DON FÉLIX Y INÉS, *dentro.*

DON LOPE Espera, aleve, traidor.
 INÉS (*Dentro.*)
 Echa el golpe.
 DON LOPE ¡Ah vil, cobarde!
 El golpe a la puerta echó,
 De que yo me había olvidado,
 Y por ella se escapó.-
 Infame, cobarde, ¿qué huyes?
 Espera.
 DON FÉLIX (*Dentro.*)
 No huyo de vos;
 Poner en salvo estas damas
 Es mi primera atención,
 Y para que conozcáis

DON LOPE Que no puedo huir, yo soy
 Aquel mismo caballero
 Que hoy en el campo os hirió.
 Haré la puerta pedazos.
 ¡Ay de mí! que mi furor
 Me cegó a no prevenirla.-
 Yo te buscaré, traidor.-
 ¿Quién será este caballero,
 Que tirano de mi amor,
 De mi honor también lo ha sido?
 Mas la pena más atroz
 Es que don Juan es testigo
 De todo mi deshonor.
 Mas ya la queja es estorbo
 Y pues él todo lo vio,
 Para hallar a mi enemigo
 Me valdré de su valor.
 Cielos, en tanta desdicha
 Como padeciendo estoy,
 Que este sea caballero
 Es el consuelo mejor. (*Vase.*)

Sala en la posada de don Félix.

ESCENA XV

INÉS, MANZANO; *luego*, DOÑA ANA Y DON FÉLIX.

MANZANO Entra, Inés; que aquí el riesgo se mejora.
INÉS En mi vida he corrido como ahora;
 Cierra, que ha sido dicha no pensada
 Que estuviera tan cerca la posada.

DON FÉLIX (*Sale con doña Ana.*)
 Doña Ana, pues ya el lance ha sucedido,
 Por mi respeto y por tu honor te pido
 Que no me hables de quejas ni de amores,
 Que sólo han de servir de hacer mayores
 Mis sentimientos, y que falte al trato
 De la atención que debo a tu recato.
 Sólo tratemos de enmendar el daño
 Que ha sucedido, sin hablar de engaño;
 Que yo, como otra cosa no me pidas,
 Perderé en tu defensa dos mil vidas.

DOÑA ANA ¿Cómo no? Habla, don Félix, que estoy loca,

Y cuando al alma esa traición le toca,
No hay riesgo de la vida que me altere:
¿Yo hablé anoche con hombre que me quiere?
¿Yo galán? ¿Tú le viste? ¡Y yo lo extraño!
A no pensar, don Félix, que tu engaño
Lo finge por dejarme, cara a cara,
Vive Dios, que del pecho me sacara
El corazón, porque con más pureza
Vieras con él tu engaño y mi fineza.
Dices bien, yo lo finjo por dejarte;
Yo estoy enamorado en otra parte,
Y es cautela y traición y intento vano;
Pero también lo fingiré Manzano,
Que lo vio, y lo dirá por darte enojos.

DON FÉLIX

¿Tú lo viste?

DOÑA ANA

MANZANO

INÉS

Mas fue con estos ojos.

(Ap.) ¡Ay triste, que ellos vieron a don Diego!
De arriba abajo se me abrió el talego.

DOÑA ANA

MANZANO

¿Tú viste hablar conmigo un hombre loco?

¡Válgame Dios! Ni tanto ni tan poco

Hablarle tú ya fuera demasiado;

Pero llamó a tu reja un embozado,

Y tú luego saliste,

Y con él media hora te estuviste;

Pero ¿que tú le hablastes? No, Señora,

Que yo no digo que eres tú habladora.

DOÑA ANA

MANZANO

DOÑA ANA

MANZANO

¿Hombre llamó a mi reja?

Y en persona.

Traidor, villano, mientes.

Pues perdona;

Que bien pudo engañarse mi deseo,

Porque él no era mayor que un filisteo.

DOÑA ANA

INÉS

Inés, ¿has visto tal bellaquería?

Que esto es todo maldad, señora mía.

(Ap. Negar importa aquí, aunque el gallo cante.)

¡Miren qué buen testigo era el bergante!

¿Mi ama a la ventana? ¿Había cenado?

MANZANO

DON DIEGO

Pues a fe que yo no era el asomado.

(Dentro.)

¡Ah de casa!

DON FÉLIX

INÉS

¿Quién es?

Señora, al centro.

MANZANO Es un hombre, Señor, que entra acá dentro.
DON FÉLIX Retírate, doña Ana.
DOÑA ANA ¡Ay suerte impía!
INÉS Calla, Señora, que es bellaquería.
Andarnos escondiendo a troche y moche.
(Escóndense las dos.)

ESCENA XVI

DON DIEGO.-DON FÉLIX, MANZANO; DOÑA ANA Y INÉS, *ocultas.*

DON DIEGO *(Ap. Buenas señas tomó Martín anoche, Cuando por mí siguió a este forastero.)*
Perdonad la licencia, caballero;
Que una duda a un peligro eslabonada,
Me ha obligado a buscar vuestra posada,
Y por haberme vos favorecido
Anoche, hoy a buscaros he venido.

DON FÉLIX *(Ap.)* ¡Cielos, éste es la causa de mi daño!
Mas aquí se ha de ver el desengaño.

DOÑA ANA *(Ap. a Inés, donde están ocultas.)*
¡Ay, Inés, qué desventura!
Don Diego es el que ha venido.

INÉS *(Ap.)* ¡Jesús, que todo el vestido
Se va por la picadura!

DON FÉLIX Decid pues lo que queréis.

DON DIEGO Para mi intento primero
Fiaros el alma quiero.
Ya vos anoche sabéis
Que yo a una dama asistía.

DOÑA ANA ¿Si esto lo dice por mí?

INÉS Calla, y oye desde aquí.

DON DIEGO Un año ha que la servía,
Y en los seis primeros meses
No merecí a sus enojos
Que me mirasen sus ojos;
Después mis ansias corteses
La obligaron al agrado,
Y al fin mi amor advirtió,
Y mis finezas pagó
Con un honesto cuidado.

DON FÉLIX *(Ap.)* ¿Si querrá agora doña Ana
Decir que esto es ilusión?

MANZANO ¡Que me niegue esta traición!
 (Ap. Oyendo están la pavana.)
 ¿De suerte que aquesa dama
 A seis meses empezó,
 Y a los otros seis cayó?
 DON DIEGO Fue fineza de su fama
 Cuando para castos lazos
 Mi honesto amor la procura.
 MANZANO ¿Esa dama es escritura,
 Que se concertó en dos plazos?
 DON DIEGO En seis meses no admitió
 Un afecto su beldad.
 MANZANO Bien digo yo, la mitad
 Para San Juan se rindió.
 DON DIEGO Gasté un año en obligarla.
 MANZANO Velo ahí, la otra mitad
 Cayó para Navidad;
 Bien podéis ejecutarla.
 DOÑA ANA Inés, él no habla de mí.
 INÉS Pardiez buenas boberías;
 Tendrá él ciento; pues ¿querías
 Que te amara sola a ti?
 DON DIEGO Y en fin, cuando mi deseo
 Su amor podía lograr,
 Yéndola agora a buscar,
 Cerrada su casa veo,
 Y que della se ha salido
 Por un acaso que ignoro.
 Yo, con la fe que la adoro,
 Pienso que la causa he sido;
 Porque como anoche vos
 Con la justicia reñisteis,
 Aunque, como vos lo visteis,
 Yo no lo supe, por Dios,
 Puede ser que la malicia
 De la necia vecindad
 Dé causa a esta novedad,
 Si contra su honor se indicia.
 Y así, os vengo a suplicar
 Me digáis, pues esto pasa,
 Si salió de alguna casa
 Alguien que os vino a ayudar,

O qué pasó en la pendencia,
 Por si algún indicio se halla,
 Con que yo para buscalla
 Pueda hacer la diligencia.

DOÑA ANA Inés, ¿no ves lo que pasa?
 Por mí es esto.

INÉS Dale bola.
 Pues ¿pensabas ser tú sola
 La que se va de su casa?

DON FÉLIX (*Ap. A no ser indigna acción,*
 Aquí llamara a doña Ana,
 Porque viera esta tirana
 Concluida su traición.
 Este hombre mi amor ignora;
 ¿Qué haré en lance tan cruel?
 Declararme yo con él
 No conviene por ahora.)
 Caballero (*Ap. Esto ha de ser,*
 Cuando anoche reñí yo,
 Nadie a ayudarme salió,
 Ni yo lo hube menester;
 Que sobró mucho a mi espada.
 Lo que supe es que reñí,
 Que huyeron, que los seguí;
 De lo demás no sé nada.

DON DIEGO Esto es valerme de vos,
 Por si hallaba claridad.
 Guárdeos Dios, y perdonad
 El cansaros. (*Vase.*)

ESCENA XVII

DON FÉLIX, MANZANO; *luego*, DOÑA ANA Y INÉS, *que salen de donde estaban ocultas.*

DON FÉLIX Id con Dios.

MANZANO ¿No es mejor decirle a ese
 Que están aquí estas señoras?

DON FÉLIX Niega ahora, ingrato dueño
 De mis ansias, niega ahora
 Lo que a tus ojos confiesa
 El que mi pena ocasiona.
 ¿Dirás agora que finjo?

Dirás que es traza engañosa
 Para dejarte? Dirás
 Que de otro amor se provoca
 El dolor con que me quejo?
 Mas sí dirás, ¿quién lo estorba?
 Que quien niega lo que vi,
 Negará lo que oigo ahora.

DOÑA ANA Don Félix, ¿qué es lo que dices?
 Que harás que me vuelva loca.
 ¿No es don Diego de Ribera
 Este hombre, a quien, desdeñosa,
 Con más desaires desprecio
 Que él con finezas me enoja?

DON FÉLIX Y ¡cómo que son desaires
 Venir anoche de ronda,
 A dar música a tu calle,
 Llamar a tu reja propia,
 Salir tú, hablarle y cantar;
 Y porque mi ansia celosa
 Llegó a quejarse a la reja,
 Darme tú, porque él lo nota,
 Con la ventana en los ojos;
 Satisfacción bien airosa!
 Mira tú si son desaires
 O finezas a mi costa.

DOÑA ANA ¡Cielos, qué es esto que escucho!
 ¿Tú llegaste a aquella hora?
 ¿Él la música traía?

MANZANO Y las coplas y la ronda
 Y la pendencia también;
 Pero fue el bobo de Coria,
 Que nos dejó en la pendencia,
 Y se fue a hacerte mas coplas.

DOÑA ANA Inés, ¿qué es esto que dicen?
 ¿Sabeslo tú?

INÉS ¿Yo, Señora?

MANZANO ¿Qué he de saber yo?
 ¡Jesús

DOÑA ANA ¿De qué ha de saberlo estotra,
 Si ella no es más que aduana
 Por donde pasan las cosas?
 Don Félix, viven los cielos,

Que me obligas a que rompa
Con tu respeto y el mío,
Si esas traiciones abonas.
Añadirme tú otra pena
A la que ves que me ahoga,
Es tirar a hacer mortal
El golpe de mi congoja.
Y si te cansa mi vida
Porque otro amor te provoca,
Donde está el de verte ajeno
Cualquiera tormento sobra.
¿Qué vida podrá quedarme,
Cuando vea que a otra adoras?
Pues ¿para qué es otro golpe,
Si ese me la quita toda?
Si es querer hacer mi muerte
Mas afligida y penosa,
Muerta la vida de amor,
No hay sentido para otra,
Pues si esto, Señor, es cierto
No en el veneno interpongas
La dulzura del engaño
A lo amargo de lo copa.
Franquéame la bebida,
Y muera de una vez sola;
Que es matar con avaricia
Cobardía rigurosa.
Mas si mi estrella conoces,
Bien haces, finge, ocasiona,
Añade rigor, desmiente,
Busca engaños, busca formas;
Que según soy de infeliz,
En penas tan dolorosas,
Muriendo de cada una,
Tendré vida para todas.

DON FÉLIX

Manzano, yo he de perder
El juicio.

MANZANO

A buena hora;
Pues quien vio lo que vio anoche,
Y a ver a su dama torna,
¿Tiene juicio que perder?

DON FÉLIX

¿Fue ilusión, fue sueño o sombra

DOÑA ANA Lo que en mí primero corta?
 DON FÉLIX Pues ¿qué corta en ti primero?
 DOÑA ANA Pues ¿no corta en quien te adora
 El cuchillo de perderte?
 DOÑA ANA ¡Qué tiernamente lo notas!
 Lástima es que no te crea.
 ¿Duele mucho lo que corta?
 DON FÉLIX Pues ¿no me quita la vida?
 DOÑA ANA No es mucho mal donde hay otra.
 DON FÉLIX Bien dices, donde hay la tuya,
 Que la adoro, aunque no es propia.
 DOÑA ANA No te consueles con ella;
 Que te aseguro que es poca.
 DON FÉLIX Dejemos esto, doña Ana;
 Que si tu hechizo te abona.
 Por no perder tu dulzura
 Pasaré por mi deshonra.

ESCENA XVIII

LEONOR, *con manto*.-DICHOS.

(*Doña Ana y Inés se cubren.*)

LEONOR ¿Está aquí el señor don Félix?
 DON FÉLIX ¿Quién es?
 MANZANO Una mujer sola.
 DON FÉLIX Pues, Señora, ¿qué mandáis?
 LEONOR Doña Luisa, mi señora,
 Os suplica que mañana
 Os lleguéis a la Vitoria,
 Que allí a las diez os espera,
 Porque el hablaros la importa.
 DOÑA ANA (*Ap. a Inés.*)
 ¡Ah ingrato amante! ¡Ay Inés!
 Mira aquí si se conforma
 Este recado y su queja.
 DON FÉLIX Pues a mí esa mi señora,
 ¿Qué me tiene que mandar?
 DOÑA ANA (*Ap. a don Félix.*)
 Sí, disimúlalo ahora;
 Que esto está muy disfrazado.
 LEONOR Teniéndola tan quejosa
 Que por ella a un desafío

Salís, en vano lo ignora
Vuestro descuido, Señor.

DOÑA ANA *(Ap. a don Félix)*
Huélgome que ella responda
Al intento de tu engaño.

DON FÉLIX
En esto extraño dos cosas:
Una, el saber mi posada,
Y el que me busque, la otra,
Porque yo tuviese un duelo.

LEONOR
De la una a mí me toca
Dar razón, pues un criado
Que os siguió anoche a deshora
Nos dijo vuestra posada;
La otra toca a mi señora,
Y ella os dará razón della.

DON FÉLIX
Pues decidle que a esa hora
Iré a ver lo que me manda.

LEONOR
Adiós; que ella será pronta. *(Vase.)*

ESCENA XIX

DOÑA ANA, INÉS, DON FÉLIX, MANZANO.

DOÑA ANA
Mira aquí, tirano dueño;
Mira si se ha visto toda
La intención, mal prevenida,
De tu queja cautelosa.

DON FÉLIX
¿Qué? ¿Piensas que te he de dar
Satisfacción? No, Señora;
Que ni de ti quiero oírla,
Ni que tú de mí la oigas.

DOÑA ANA
Pues si tu traición he visto,
¿Para qué a negarme tornas?

DON FÉLIX
Eso es imaginación,
Y aquesta es verdad notoria.

DOÑA ANA
A lo que miran los ojos
¿Imaginaciones nombras?

DON FÉLIX
Lo que yo oí y lo que vi
Tiene prueba mas forzosa.

DOÑA ANA
Pues ¿qué tienen tus sentidos,
Que a los míos se mejoran?

DON FÉLIX
Ver yo lo que es evidencia,
Y tú una apariencia sola.

DOÑA ANA ¿Apariencia es ir al campo
Por la dama a quien adoras?

DON FÉLIX Sí; que sin amor se riñe,
Si el enojo lo ocasiona.

DOÑA ANA Y ¿te busca sin amor,
Ya que sin él te provoca?

DON FÉLIX No ha dicho ella que la quiero,
Como él, que a ti te enamora.

DOÑA ANA Ese es concierto de entrambos.
MANZANO Ya es de mala esa pelota.
INÉS No sino buena y rebuena.
MANZANO Pues pídase a la redonda,
Y pido falta también,
Porque te tocó en la ropa.

DOÑA ANA De suerte que porque estoy
Sujeta a tu amparo ahora,
¿Quieres que valga tu engaño
Más que mis verdades todas?

DON FÉLIX Doña Ana, eso es apurarme,
Y aun obligarme a que rompa
El coto de tu decoro,
Y con voz escandalosa
Te trate como a mujer
Que a dos a un tiempo enamora.

DOÑA ANA No hagáis tal, señor don Félix;
Que aunque un riesgo me congoja,
Aunque un peligro me oprime,
Sabré, amparando mi honra,
Morir y no permitir
Que uséis licencia tan loca.
Y para no ocasionarla,
Lo que os pido desde ahora
Es que penséis que mi amor
Ha sido un sueño, una sombra;
Que ni me habéis conocido
Ni yo a vos; que de esta forma
Ni andaréis vos atrevido,
Ni mi fama peligrosa.-
Inés, el manto te cubre,
Y pues ya es de noche, ahora
Ven a casa de mi prima,
Para que allí se disponga

DON FÉLIX Que yo a un convento me vaya.
Buena es la causa que tomas
Para buscar a don Diego.

DOÑA ANA Ya satisfacer no importa;
Lo que quisiéreis pensad.-
Ven, Inés.

INÉS Vamos, Señora.

DON FÉLIX Pues yo te he de acompañar.

DOÑA ANA Ya mi riesgo a vos no os toca,
Yo os absuelvo del desaire.

DON FÉLIX Yo no de dejarte ir sola;
Mira bien adónde vas.

DOÑA ANA Quien me guía es mi congoja;
Primero iré a doña Luisa,
A apurar esta ponzoña.

(Vase con Inés.)

ESCENA XX
DON FÉLIX, MANZANO.

MANZANO Señor, detente aquí un poco,
Y verás si acá no tornan.

DON FÉLIX Y ¿he de dejarla yo al riesgo
De que alguno la conozca,
Y pueda hallarla su hermano?

MANZANO Mas ¿que antes de un cuarto de hora
Vuelven aquí?

DON FÉLIX Ven tras ellas;
Que aunque es de noche, van solas.

(Entran por una puerta y salen por otra.)

Zaguán de la casa de don Félix.-Noche. No hay luces.

ESCENA XXI
DON FÉLIX, MANZANO; DON JUAN, *que sale a su encuentro.*

DON JUAN Deteneos, caballero.

MANZANO Buena, por Dios, y a buen hora.

DON FÉLIX ¿Qué me queréis, o quién sois?

DON JUAN Quien tiene a cargo la honra
Que le ha fiado un amigo,
Y al pasar por aquí ahora
Desta puerta dos mujeres

Vio salir, que se la roban.
Yo no he querido seguir las,
Creyendo que más importa
Reconoceros a vos;
Mas lo que a mi edad le toca,
Sólo es buscar el remedio,
Si de esto hay alguna forma;
Miradlo, o será la espada
Última razón de todas.

DON FÉLIX

(Ap. a Manzano.)

Manzano, ¿hay mayor desdicha?
Mi padre es éste; aunque corras,
Ve tú siguiendo a doña Ana
Por esotra puerta.

MANZANO

Arroga. *(Vase.)*

ESCENA XXII

DON JUAN, DON FÉLIX.

DON FÉLIX

(Ap. La voz importa fingir.)
Caballero, aquese empeño
Ni os toca a vos como dueño,
Ni es fácil de conseguir.

DON JUAN

Yo os he de reconocer.

DON FÉLIX

Yo no os lo he de permitir,
Ni con vos he de reñir.

DON JUAN

Pues mirad cómo ha de ser.

DON FÉLIX

Huyendo yo, y os prometo
Que no es falta de osadía.

DON JUAN

Pues huir ¿no es cobardía?

DON FÉLIX

También puede ser respeto.

DON JUAN

Eso me obliga a intentar
Conoceros, y os prometo
Si me fiáis el secreto,
De procurarlo mediar.

DON FÉLIX

Que no puede ser recelo.

DON JUAN

¿Por qué no, si os doy favor?

DON FÉLIX

Porque es empeño de honor,
Y no hay medio en este duelo.

DON JUAN

Yo os debo favorecer,
Por lo que de vos he oído.

DON FÉLIX

Seréis contra el ofendido,

Y no lo podéis hacer.
DON JUAN Que puedo hacerlo colijo,
Por lo que pienso de vos.
DON FÉLIX Hicierais mal, vive Dios,
Aunque fuera vuestro hijo.
DON JUAN ¿Qué os importa en caso tal
Que yo me haga ese desdén?
DON FÉLIX El estarme a mí muy bien
El que vos no quedéis mal.
DON JUAN Callar juro, y sólo quiero
Que me digáis quién sois vos.
DON FÉLIX Un Caballero, y adiós. (*Vase.*)
DON JUAN ¿Quién será este caballero?

JORNADA TERCERA

Calle.

ESCENA PRIMERA
DON FÉLIX, MANZANO.

DON FÉLIX Todo esto es morir, Manzano;
Mi pena el pecho me parte.

MANZANO Pues, Señor, ve a confesarte,
Y muere como cristiano.

DON FÉLIX Con tormento tan tirano
A matarme me provoco.

MANZANO Señor, alíviate un poco
De pesares tan atroces:
Grita, quéjate, da voces,
Y no mueras como loco.

DON FÉLIX Con don Diego esta tirana
Se ha ido.

MANZANO No lo he pensado
Porque ello la hemos buscado
De la noche a la mañana:
No he ido a su prima hermana
A buscarla, como un fuego;
Todas sus amigas luego
He corrido, y no está allá;
Con que, ello inferido, está
Que no estará con don Diego.

DON FÉLIX Pues ¿dónde, si mis cuidados
No la hallan con otro dueño?

MANZANO Mira: en un lugar pequeño
Había cinco enamorados,
Fuese su dama, y turbados,
Viendo que no la encontraban,
Unos de otros sospechaban;
Y luego el caso sabido,
Hallaron que se había ido
Con otro que no pensaban.

DON FÉLIX Él sin duda ha de ocultalla;

MANZANO

Don Diego logra el favor.

Pues si eso es cierto, Señor,

¿Para que vas a buscalla?

DON FÉLIX

Porque mi amor me avasalla

A este tormento, aunque es fuerte;

Porque aunque el peligro advierte,

Busca, engañado, mi amor

La dulzura del dolor,

Hasta llegar a la muerte.

Al hidrónico retrata

Mi afecto con su belleza

Donde es la sed mi fineza,

Y ella el agua que me mata.

Miro su hermosura ingrata,

Y al beber el desengaño,

Templo la sed, mas el daño

Se aumenta en mal tan aleve,

Porque mientras más se bebe,

Crece la sed del engaño.

El común ejemplo mira

De la simple mariposa,

Que de la llama amorosa

Ronda el rayo, la luz gira;

A lograr en ella aspira

El alivio de su amor,

Y le quita su rigor

Las alas para vivir;

Pero ¿qué importa morir

Donde es tan dulce el ardor?

Yo en su hermosísimo encanto

Hallo el fuego de sus ojos,

Donde a templar sus enojos

Sale el cristal de su llanto.

No admires que busque tanto

Aquella agua en que me anego,

Aquella luz en que ciego,

Si soy con mi fe amorosa

Hidrónico y mariposa

De aquel cristal y aquel fuego.

MANZANO

Pues yo el buscarla condeno

En su casa; porque si entras

¿Qué has de hacer si allá la encuentras?

DON FÉLIX Apurar este veneno.
MANZANO Y ¿si ella, el rostro sereno,
Te dijese, por favor:
«Usted me cansa, Señor;
Déjeme ya, por San Juan»?

DON FÉLIX Matarme con su galán,
Por malograrme el amor.

MANZANO Un vizcaíno insufrible,
Por una calle iba andando,
Y en una reja, pasando,
Se dio un codazo terrible.
Enfurecido, aunque en vano,
Volvió a la reja culpada,
Y la dio tan gran puñada,
Que se destroncó la mano.
Irritóse, y a dos brazos
Tomó, sacando la espada,
Y allí a pura cuchillada
La hizo en la reja pedazos.
Mas creyéndose vengado,
Partió, diciendo a su modo:
«¿Manos rompes, quiebras codo?
Pues toma lo que has llevado.»
Igual venganza te llama,
Si vas con mucha fineza
A que él te abra la cabeza.
Sobre llevarte la dama,
Y será gloriosa empresa,
Si él te zurra la badana,
Decirle luego a doña Allá:
«¿Me dejas? Pues tómate esa.»

DON FÉLIX Yo he de entrarlo a averiguar,
Fingiéndolo que a hablarle voy.

MANZANO Pues, Señor...

DON FÉLIX Resuelto estoy,
No tienes que replicar;
Aquí vive, entremos luego.

MANZANO Mira...

DON FÉLIX No me adviertas nada.

MANZANO Vamos a quebrar la espada
En la reja de don Diego. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Diego.

ESCENA II

DOÑA LUISA, LEONOR, DOÑA ANA, INÉS.

DOÑA LUISA Esto, doña Ana, pasa, y te aseguro
 Que hasta agora ignoraba tu cuidado.

DOÑA ANA De gran tormenta, amiga, me has sacado.-
 ¡Ay don Félix! Agora conjeturo
 Tu pesar con el mío;
 Mas sabe amor que ha sido desvarío.

DONA LUISA De justa queja en ocasión me pones
 (Con dudar de mi amor esas traiciones,
 Sabiendo tú lo que a don Lope quiero)
 Que yo llame a don Félix, porque espero,
 Que a tu hermano por mí le satisfaga,
 Pues por su punto mi decoro estraga.

DOÑA ANA Los celos no dan queja, amiga mía,
 Porque son una osada cobardía;
 No hay respeto, grandeza, sangre o fuero,
 Que los refrene; a la razón se ciegan,
 Renuncian la esperanza, la fe niegan,
 Ven y no escuchan, de temor movidos,
 Porque son unos ojos sin oídos.

INÉS ¿No te dije yo siempre que era en vano;
 Que doña Luisa siempre amó a tu hermano?

DOÑA ANA De albricias del contento estimo el susto.

INÉS ¿Esotra había de emplear su gusto
 En don Félix, que no es más que un sugeto
 Muy galán, muy valiente y muy discreto,
 Muy liberal y amante con exceso?
 Señora, que no hablemos más en eso.

DOÑA ANA Ya, doña Luisa, que de ti obligada
 Estoy, y de mi pasión desengañada,
 Quisiera que don Félix lo estuviera;
 Y aunque tú sabes ya de la manera
 Que mi sospecha me guió a tu casa,
 Si él me ve aquí, ignorando lo que pasa,
 No ha de atender a más, como está ciego,
 Sino a que estoy en casa de don Diego.

DOÑA LUISA Pues ¿qué quieres hacer?

DOÑA ANA Que tú al momento
 Vayas a prevenirme algún convento,

Donde yo me asegure de mi hermano;
 Que desde allí, pues su recelo es vano,
 Podrá don Félix ver su desvarío,
 Y tener mejor fin el riesgo mío.

DOÑA LUISA Ya don Diego ha acabado de vestirse,
 Y por aquí es el paso para irse.
 Éntrate adentro, no te encuentre ahora.

DOÑA ANA Antes le quiero hablar.

INÉS ¡Jesús, Señora!

DOÑA ANA ¿Tú a don Diego hablar quieres? ¿Tienes juicio?

INÉS Sí, que quiero decirle con qué indicio,
 De qué palabra o señas ha inferido
 Que yo pago su amor y le he admitido.
 (Ap. ¡Ay justicia de Dios, que me revela
 La confesión; aquí de una cautela)
 Señora, pues ¿ahora eso querías?
 ¿No ves que amor es todo boberías,
 Y ésta habrá sido alguna de las tuyas
 Y si tú las resuelves, serán tuyas?,
 Estando a tanto riesgo y sin sosiego,
 ¿No es mejor que le empeñes a don Diego,
 Disimulando todos tus pesares,
 En que busque el convento,
 Que hará la diligencia en un momento?
 Y estando tú en seguro,
 Le puedes hablar claro, poco y puro.

DOÑA LUISA Muy bien ha dicho Inés.

INÉS Que sí, Señora.

DOÑA ANA Eso he de hacer, disimulando ahora.

DOÑA LUISA Pues él sale, disponte a prevenillo.

INÉS (Ap.) Esto es echarle al riesgo un remendillo,
 Dure lo que durare lo encubierto.

ESCENA III

DON DIEGO; luego, DON FÉLIX Y MANZANO, que al llegar se detienen, y
 observan desde la puerta.-DICHAS.

DON DIEGO (Al salir.)
 Leonor, mira que el cuarto queda abierto;
 Entra luego a cerrarle. Mas ¡qué miro!

DOÑA ANA Mucho haré en reprimir lo que suspiro.
 (Hablan ap. al paño don Félix y Manzano.)

DON FÉLIX Él es.
MANZANO Llámale pues.
DON FÉLIX Tente, que he entrado
 En mejor ocasión que hemos pensado.

DON DIEGO Quien madruga, Señora,
 No tiene que admirar ver al aurora
 Ni hallar la dicha que lloró perdida,
 Si por no merecida,
 La noche la perdió de mis enojos,
 Y la hallo con la luz de vuestros ojos.

DON FÉLIX Cielos, ¡qué es lo que escucho!
 Mira si cierto fue lo que imagino.

MANZANO Ya te azotan aquí por adivino.

DON DIEGO Pero de ver vuestro semblante infiero
 Vuestro disgusto, y que advirtáis espero
 Que si yo he dado causa a esa tibieza,
 Tiene disculpa el yerro en mi fineza,
 Pues por ser atrevida
 Os cuesta ese pesar; pero la vida
 Perderé en vuestro amparo, por disculpa.

DOÑA ANA *(Ap. Desto me he de valer pues él se culpa*
 Cierto es, señor don Diego,
 Que por vos deste modo a verme llego,
 Mi vida aventurada,
 Mi honor a riesgo, mi opinión ajada,
 Y vos sólo la causa me habéis dado.
 (Ap. Bien sabe amor que es él quien lo ha causado.)

DON FÉLIX De aquí, Manzano, no saldré con vida.

MANZANO Ya estoy pensando yo en la zambullida.

DOÑA ANA Pero ya en el peligro sucedido
 En vano es condenar lo inadvertido,
 Sino buscar la enmienda que lo abona.

DON DIEGO Para eso está mi espada y mi persona.

DOÑA ANA Menos es menester que esa violencia,
 Pues basta agora vuestra diligencia.

DON DIEGO Decidme pues en qué serviros puedo.

DOÑA ANA De mi hermano me asusta el justo miedo,
 Y basta estar su sospecha sosegada,
 Bien veis que importa estar asegurada;
 Y el remedio mejor es, que al momento
 Vos vais a prevenirme algún convento
 Donde yo pueda estar decentemente,

DON DIEGO Mientras pasa el horror deste accidente.
Agradecido a mi feliz estrella,
Pues tal ventura solamente es della,
De mí tan presto os hallaréis servida,
Que al volveros a ver obedecida,
Imaginéis que amor me dio sus alas. (*Vase.*)

ESCENA IV

DOÑA ANA, INÉS, DOÑA LUISA, LEONOR; DON FÉLIX Y MANZANO, *que salen a poco de donde estaban retirados.*

DOÑA ANA ¡Ay fortuna! si al mal el bien igualas,
Bien se van mejorando mis enojos.

DON FÉLIX (*Al paño.*)
¡Ah cruel! ¿eso es bien? Pese a tus ojos.

DOÑA ANA Ya, doña Luisa, sólo está mi suerte
En que mi hermano aquí no venga a verte,
Ni hasta que yo al convento me haya ido
Sepa don Félix que de aquí he salido,
Porque es terrible su pasión celosa.

DON FÉLIX (*Sale.*)
Eso no lograrás, Circe engañosa.

MANZANO Degollémoslas todas, vaya arreo.

DOÑA ANA Pesares, ¡ay de mí! ¿qué es lo que veo?

DON FÉLIX Esto es romper, con la presa
Del dolor, crecer un río,
Cuya violencia arrastra
Troncos, piedras y edificios.
¿Tendrás agora disculpa,
Ingrato dueño querido?
Que aún agraviado de ti,
No me he de apartar de fino.
¿Habrà industria que apelar,
Para engañarme? habrá arbitrio?
Pluguiera al cielo le hubiera;
Que en el fuego que respiro,
Si me ha de acabar su ardor,
Mejor le estaba al sentido
Consumirse de mi llama
Que morir de tu delito.
Pues vive el cielo, cruel,
Que ya que alargas el tiro

MANZANO Pues si me sitian la plaza,
 ¿Es mucho haberme rendido,
 En echándome el cordón?

DOÑA ANA Que hagas que vuelva te pido.
 MANZANO ¿Qué llamas hacer que vuelva?
 Si agora se hubiera ido
 Al juego de la pelota,
 Le haré que vuelva al proviso,
 Aunque le encuentre sacando.

DOÑA ANA Que no me faltes te digo.
 MANZANO No; si él vuelve, no hará falta.
 DOÑA ANA Pues vuelve tú a darme aviso.
 MANZANO Volveré cuando quisieres,
 Como no sea el cordoncillo. *(Vase.)*

ESCENA VI

DOÑA ANA, INÉS, DOÑA LUISA, LEONOR.

DOÑA ANA Doña Luisa, ¿hay mujer más desdichada?
 Mi primera atención me sale errada.
 ¿Qué culpa es la que el cielo me castiga?

DOÑA LUISA ¡Ay doña Ana! no sé lo que te diga
 ¿Piensas que es poca culpa un amor fino
 Que siempre es ojeriza del destino?

INÉS *(Ap.)* Miren que a buen compás se están quejando;
 Y yo, disimulando,
 Con ser a quien la culpa más le toca,
 Me estoy aquí sin despegar la boca.

ESCENA VII

DON LOPE, *que se queda a la puerta.*-DICHAS.

DON LOPE Ya que por mi impaciencia desespero
 De hallar quién sea este caballero,
 Ni indicio alguno de mi aleve hermana,
 Le busco en doña Luisa, y no es muy vana
 Mi pretensión; que en estos pareceres
 Unas de otras se valen las mujeres,
 Mas con visita ésta, tenerme quiero.

DOÑA ANA Ya de que vuelva a hablarme desespero,
 Según iba resuelto.

INÉS ¿Que no? Si él quiere bien, dale por vuelto.

Mas hele, un hombre viene, él es sin duda.
(Va doña Ana hacia donde está don Lope, y éste sale.)

DOÑA ANA Mi bien, mi dueño, si el dejarme muda...

DON LOPE ¡Ah traidora! ¿qué miro?

DOÑA ANA ¡Ay doña Luisa!

DOÑA LUISA Don Lope, ¿qué haces?

INÉS Detenedle aprisa.

DON LOPE Muera esta aleve, que mi honor abrasa.

DOÑA LUISA ¿Así el respeto pierdes a mi casa?

DON LOPE A agravios no hay respeto que me riñas.
Viven los cielos...

INÉS Detenedle, niñas.

DOÑA LUISA ¿Qué agravios hay aquí, si no ha una hora
Que la dejó mi hermano, que va ahora
A hacer la diligencia de un convento?
Entre tanto ¿está mal en mi aposento?

DON LOPE ¿Qué es lo que escucho! Si don Diego ha sido
Quien aquí la ha traído,
A mí me está muy bien que sea su esposo:
Con casarla con él quedo gustoso;
Que primero es mi honor que mi concierto.

INÉS *(Ap. a doña Ana.)*
Señora, en este engaño toma puerto.

DOÑA ANA No puedo hablar, Inés; que estoy cortada.

INÉS ¡Ay Señor! mi señora está turbada:
Don Diego es quien aquí nos ha traído,
Todo se acaba bien con un marido,
Que mejor que sentencia, es conveniencia.

DON LOPE No quiero yo apelar a otra sentencia;
Que con don Diego logro mucha paloma.
¿Qué dices?

INÉS Di que sí, pese a tu alma.

DOÑA ANA Señor, la turbación y el temor mío
No me dejan hablar; yo de ti fío
Que en cualquier accidente
Harás lo que a mi honor es conveniente.

DON LOPE Pues ¿dónde está don Diego, u dónde ha ido?

DOÑA LUISA A buscar el convento a hora ha salido.

DON LOPE Pues iréle a buscar; que esto ajustado
Está todo, como él quede casado,
(Ap. Que aunque él no sea quien sacó a mi hermana
De mi casa, pues hallo aquí a doña Ana,

Y si yo hubiera advertido
Sus afectos amorosos,
¿Para qué era otro sagrado,
Donde tengo el que yo escojo?
Al entrar aquí mi hermano,
Por reportarle furioso,
Llevé adelante el engaño,
A que dio principio él propio.
Mas si todo esto se junta
A suceder deste modo,
¿Qué he de hacer, si tus sospechas
Yo parece que las compro?
Que me lleves a tu caza
Es lo que te pido sólo;
Que allí estoy con tus hermanas
Con defensa y con abono.
Mas todas estas razones
Que son vanas reconozco;
Que celos al ver son linceas,
Pero al escuchar son sordos.
Sólo a mi inocencia apelo,
Y te ruego, por ti propio,
Que me lleves donde digo,
Por piedad de mis sollozos.

DON FÉLIX

Doña Ana, agora no es tiempo,
Siendo el peligro tan pronto,
Ni de admitir la razón,
Ni de impugnarla tampoco;
Pero para que conozcas
A lo que por ti me arrojé,
Siendo deuda del valor,
En lo que me pides noto
Cuatro mil inconvenientes,
Y he de atropellar por todos.
Ponte el manto y ven conmigo.

DOÑA ANA
INÉS

Sácale, Inés.
¿No es ahorro
Ponértele de camino?

DOÑA ANA

Doña Luisa, adiós; y sólo
Te prevengo que no digas,
Aunque sea más forzoso,
Ni con quién ni dónde he ido.

DOÑA LUISA
INÉS

Eso es demás.
Adiós, bobos.
(*Vase con Doña Ana y don Félix.*)

ESCENA IX
DOÑA LUISA, LEONOR.

DOÑA LUISA Yo soy quien queda más bien,
Si agora vienen los otros.
LEONOR Pues tú, ¿qué culpa has tenido?
DOÑA LUISA La de pagar yo su enojo,
Pues don Lope en mi desaire
Ha de desquitarle todo.
LEONOR Pues, Señora, dicho y hecho;
Y el diablo le añade un poco,
Pues vienen entrambos juntos.

ESCENA X
DON LOPE, DON DIEGO.-DICHAS.

DON LOPE Don Diego, ya lo quejoso
No importa, pues tan honrado
Quedo con vos.
DON DIEGO Saber sólo
Que ya doña Ana tenía
De vuestra elección esposo,
Me embarazó a declararme.
DON LOPE Con esto se ajusta todo.-
Llamad, Señora, a mi hermana.
DOÑA LUISA ¿Qué hermana?
LEONOR (*Ap.*) Va de alboroto.
DON DIEGO ¿Doña Ana no está contigo?
DOÑA LUISA Acabado de ir vosotros,
Tomó su manto y se fue,
Sin saber yo a qué ni cómo.
DON LOPE ¿Qué es lo que escucho? ¡Ah traidora!
DON DIEGO Pues ¿por qué ha sido ese arrojito,
Si ella me quiere; y en ello
Viene ya su hermano y todo?
DOÑA LUISA Don Diego, estás engañado,
Porque ella tiene otro esposo;
Que es lo que puedo saber,

Aunque quién es no conozco.
DON LOPE Cielos, ¿quién puede ser ese?
DOÑA LUISA Eso pregunté, mas solo
Dice que es un Caballero.
DON LOPE ¡Ah traidor! que este es el propio
Que la sacó de mi casa.
DON DIEGO Pues ¿quién es?
DON LOPE Un hombre, un monstruo,
Que en nombre de un Caballero,
Sin saber más, me trae loco.
DON DIEGO Retírate adentro, hermana.
DOÑA LUISA (*Ap.*) Ya le importa a mi decoro
Desengañar a don Lope.
Volver a hablarle es forzoso,
(*Vase con Leonor.*)

ESCENA XI
DON DIEGO, DON LOPE.

DON DIEGO ¿No tenéis dél otras señas?
DON LOPE Él es un soldado mozo,
Con quien antenoche vos
Me hallasteis.
DON DIEGO Yo le conozco.
(*Ap.* Vive Dios, que he de matarle,
Y he de ir a buscarle solo,
Pues dél mi amor he fiado,
Y me ha engañado alevoso.)
Don Lope, porque no erremos
La venganza, deste modo
El hallarle se asegura:
Mientras que yo reconozco
La posada donde él vive,
Vos esperad aquí un poco,
Por si alguien vuelve a mi casa.
(*Ap.* Así aseguro el ir solo.) (*Vase.*)

ESCENA XII
DON LOPE; *luego*, DOÑA LUISA.

DON LOPE Id; que yo aguardo en la calle.
Cielos, sacadme vosotros

De este caballero enigma,
Causa de tantos asombros.

DOÑA LUISA *(Sale.)*
Don Lope, escucha, detente.

DON LOPE ¿Qué me quieres?

DOÑA LUISA ¿Es buen modo
Entrar a verme dos veces,
Estés o no estés quejoso,
Y irte entrambas sin hablarme?

DON LOPE Eso me faltaba sólo,
Tras el dolor que padezco,
Ingrata, cuando conozco
Que también amor me engaña.

DOÑA LUISA Don Lope, si estáis furioso
Por vuestra hermana, no es bien
Vengarlo en mí; que es muy tosco,
Ese estilo y muy grosero
Para mi oído y mis ojos.
Una fantasía celosa,
Por unos ciegos antojos,
No es causa para ese estilo;
Mas para que ciego o loco,
Otra vez no uséis conmigo
De tan pesados arrojos,-
Aquel caballero mismo
De quien vos estáis celoso
*(Doña Ana aquí me perdone,
Que primero es mi decoro)*
Es quien llevó a vuestra hermana
Con título de su esposo.
Mirad al es cosa creíble
Que, sin hacerle yo estorbo,
Si él me amara se atreviera
A tanto empeño a mis ojos.
O si soy mujer que amando,
Tuviera el brío tan corto,
Que caso que él se atreviera,
Pasara por ese oprobio,
Sin que le... Pero esto sobra.
Y es lo cierto que era impropio
Traer yo desaires vuestros,
Fingidos para mi abono.

Y es cierto que no lo hiciera
Ni con verdades tampoco,
A no ser para el empeño
De defender mi decoro.
Mas él llevó a su mujer,
Y ella se fue con su esposo;
Y pues ya estáis satisfecho
(O no lo estéis, que ese ahorro
Perderá vuestro sosiego),
Os suplico que en retorno
No me habléis en vuestra vida,
Si queréis quedar airoso.

(Hace que se va.)

DON LOPE Señora, mi bien, espera;
 ¿El consuelo que en ti sólo
 Me queda, quieres quitarme?
 ¿No tiene fuero un celoso
 De poder ser atrevido?

DOÑA ANA Eso sí, pero no loco.

DON LOPE Que me perdones te pido,
 Y me digas por tus ojos
 Quién es este caballero.

ESCENA XIII

MANZANO.-DICHOS.

MANZANO A él se lo llevó el demonio;
 Mi señor... Pero ¡qué miro!
 La casa erré, perdonad.

DON LOPE No habéis errado, esperad.

MANZANO ¿Sabe usted a lo que yo tiro?
(Ap. Vive Dios, que es el hermano.)

DON LOPE *(Ap. Este es criado sin duda;*
 Sabré lo que el alma duda,
 Pues me ha venido a la mano.)

 ¿A quién buscáis aquí vos?

MANZANO A don Juan Zaquizamí;
 ¿Vive aquí?

DOÑA LUISA No vive aquí.

MANZANO Pues quédese usted con Dios.

DON LOPE Aguardad, ¿Quién, pues lo ignoro,
 Dueño es de vuestra persona?

MANZANO Mi dueño es una fregona,
Pero limpia como el oro.

DON LOPE La curiosidad no es tanta,
Ni os toco yo en ese punto.
A quién servís os pregunto.

MANZANO ¿Yo? A Dios la Semana Santa.

DON LOPE ¿No tenéis amo, menguado?
Que ya, vive Dios, me irrito.

MANZANO No, vive Dios; ¿es delito
Que no sea yo criado?

DON LOPE No, que yo dello me alegro;
Mas ¿cómo cuando yo os vi
Entrasteis diciendo aquí:
«Mi señor»?

MANZANO Ese es mi suegro.

DON LOPE ¿Sois casado?

MANZANO Siete veces.

DON LOPE Yo os he visto a vos al lado
De un caballero soldado.

MANZANO (Ap. Mas ¿que me casca las nueces?)
Ese es un sobrino mío,
Que está en Madrid, forastero.

DON LOPE ¿Quién es ese caballero?

MANZANO El sobrino de su tío.

DON LOPE ¿Y es su nombre?...

MANZANO (Ap. ¿Hay tal aprieto?)
Pierres.

DON LOPE ¿Ese el nombre es?

MANZANO Es espía, y porque lo es,
Anda en la corte en secreto.

DON LOPE Y ¿dónde está?

MANZANO Es vagabundo,
Y está en una casa extraña.

DON LOPE ¿Quién vive allí?

MANZANO El rey de España,
A pesar de todo el mundo.

DON LOPE ¿Vos también habláis de encanto?
Pues vive Dios, que mi espada...

MANZANO Déme usté una cuchillada,
Y no me pregunte tanto.

DON LOPE Vengarme en vos es bajeza,
Ni es eso lo que ha de ser.

MANZANO Pues ya ¿qué mas ha de hacer,
Si me ha roto la cabeza?

DOÑA LUISA Ese hombre, sea quien fuere,
¿Qué te puede ocasionar?

DON LOPE (Ap.) Mejor es disimular
Y seguirle donde fuere.

MANZANO ¿Quiere usted más?

DON LOPE Idos voz.

MANZANO ¿Declaré bien?

DON LOPE Fue capricho.

MANZANO ¿Quiere usted que firme el dicho?

DON LOPE Idos de ahí.

MANZANO Pues adiós. (Vase.)

DON LOPE Seguirle agora es mejor.

DOÑA LUISA ¿Don Lope? Esa empresa es vana,
Si está casada tu hermana.

DON LOPE Seguirle importa a mi honor;
Que mi venganza se allana
Con seguirle desde aquí. (Vase.)

DOÑA LUISA Pues yo tengo de ir tras ti,
Y iré a avisar a doña Ana. (Vase.)

Sala en casa de don Juan.

ESCENA XIV

DON JUAN, DON FÉLIX; DOÑA ANA Y INÉS, *tapadas.*

DON JUAN Por el contento de verte
Te perdono el sentimiento,
Félix, de estar en Madrid
Sin verme a mí lo primero.

DON FÉLIX Señor, empeños de amor
Tienen disculpa, y te ruego
Que a éste no falte tu amparo.

DOÑA ANA Porque os haga más empeño,
Me descubriré con vos. (Descúbrese.)
¿Conocéisme ahora?

DON JUAN ¡Qué veo!
Luego ¿don Félix, Señora,
Fue quien, osado y resuelto,
Os sacó de vuestra casa?

DOÑA ANA Sí, Señor; que él es mi dueño.

INÉS Sí, Señor, y a mí también,

Que es lo peor que hay en ello;
Que soy una doncellita,
Y sabe Dios lo que pierdo.

DON JUAN Félix, yo me huelgo mucho
De que este sea tu afecto;
Que es mi señora doña Ana
Con quien casado te tengo,
Y esto está luego ajustado.

DON FÉLIX No es tan fácil como eso;
Porque aquesta mi señora
No quiere, a lo que yo entiendo,
Que logre yo tanta dicha.

DOÑA ANA No, Señor; que yo sí quiero,
Sino que él, por un engaño
Que le hacen injustos celos
De un hombre...

DON JUAN Tened, Señora,
Entráos conmigo acá dentro,
Que no es eso para aquí;
Venid, que con más secreto
Me daréis cuenta de todo.-
Quédate tú aquí.

DON FÉLIX Aquí espero.

DOÑA ANA ¡Ay ingrato! quiera amor
Que se reconozca el yerro.

(Vase con don Juan.)

ESCENA XV

INÉS, DON FÉLIX; *luego*, DON DIEGO.

INÉS *(Ap.)* ¡Ay Virgen! ¿Cómo es posible
Que yo desate este enredo?
Que a puro tirar la soga
Me han hecho ya el nudo ciego.)

DON FÉLIX ¡Qué miro! o miente la vista,
O el que allí viene es don Diego;
Sin duda ya él me conoce.
Aquí retirarme quiero
Hasta saber lo que intenta. *(Retírase.)*

DON DIEGO *(Sale.)*
Que es don Félix de Toledo
En la posada he sabido;

INÉS
DON DIEGO

Y así, aquí a buscarle vengo.

¿Señor don Diego?

¿Tú aquí?

Ya un seguro indicio tengo

De que he hallado a mi enemigo;

Voy a buscarle allá dentro.

INÉS
DON DIEGO

¿Adónde vais?

A vengarme.

INÉS

(Ap. ¡Ay Virgen! aquí me pierdo.)

Señor don Diego, escuchad,

Y no vais a hacer un yerro,

Engañado de otro mío;

Que todo esto es un enredo

De esta triste pecadora,

Sin que mi señora en ello

Entre ni os haya querido;

Que aunque sois galán, lo mesmo

Es veros a vos que al diablo.

No penséis que os lisonjeo,

Que peor le parecéis;

Pero yo, Señor, que tengo

Más tierna la voluntad,

Fingí favores supuestos

De parte de mi señora,

Y os he engañado con ellos;

Que ni ella sabe de vos,

Ni de vuestro galanteo,

Ni que os hablé por la reja.

Y si una música os debo,

Ya os la pago en lo que canto,

Que dádivas y dineros

Bien valen lo que por mí

Habéis estado creyendo.

Yo me acuso que he quebrado

El octavo mandamiento,

Levantando un testimonio,

Que para mí era de hierro,

Pero para vos fue paja;

Con que, aquí obligado os dejo

A no tomarlo en la boca,

Pues por paja tiene riesgo. *(Vase.)*

ESCENA XVI
DON DIEGO; DON FÉLIX, *oculto*.

DON DIEGO Oye, Inés, escucha, espera.
¡Corrido y sin alma quedo!

DON FÉLIX *(Al paño.)*
Cielos, ¿qué es lo que he escuchado?
Que no me cabe en el pecho
El gusto del desengaño.
¡Ay doña Ana! Amado dueño,
Mil veces perdón te pido.

DON DIEGO Pues en él, viven los cielos,
Me he de vengar; que no importa
Ser mis favores supuestos,
Para haberle yo fiado
Mi amor y engañarme luego.

DON FÉLIX *(Sale.)*
Pues para eso estoy aquí.

DON DIEGO Mucho de hallaros me huelgo.

DON FÉLIX Pues si de mí tenéis queja,
Porque vos, señor don Diego,
Me dijisteis vuestro amor,
Y el mío os tuve encubierto;
Sabed que, diciendo vos,
Que erais querido primero,
No podía ser mi dama
La que a dos amaba a un tiempo;
Pero ahora, que he sabido
Que sólo fue engaño vuestro,
Es mi dama y yo la adoro,
Y ya en el alma la tengo;
Y siempre que la mirareis
Veréis delante mi acero.

DON DIEGO Para eso de aquí salgamos.

DON FÉLIX Andad; que ya os voy siguiendo.

ESCENA XVII
MANZANO.-DICHOS.

MANZANO ¡Jesús, Señor!

DON FÉLIX ¿Dónde vas?

MANZANO Vengo molidos los huesos.

DON FÉLIX Pues ¿de qué?
 MANZANO Traigo una maza.
 DON FÉLIX ¿Qué dices? ¿Estás sin seso?
 MANZANO Sí, Señor, porque don Lope,
 Para venirme siguiendo,
 Se me agarró de la cola,
 Y hele que ya entra acá dentro.

DON DIEGO No Importa, que pues conmigo
 Tenéis ya acetado un duelo.
 Yo he de estar a vuestro lado
 Hasta ajustarle primero.

DON FÉLIX Eso no he menester yo.

ESCENA XVIII
 DON LOPE.-DICHOS.

DON LOPE Aquí entró el criado, cielos;
 Don Juan de Toledo vive
 En esta casa. ¡Qué veo!
 El hombre con quien reñí
 ¿No es aqueste caballero?--
 ¿Sois vos...

DON DIEGO No vais adelante,
 Porque entre los dos tenemos
 Un duelo acetado ya,
 Y no hay lugar para el vuestro.

DON LOPE Si él es el que yo presumo,
 Mi venganza es lo primero;
 Que el mío es duelo de honor.

DON DIEGO No hay calidad en los duelos;
 El que primero se aceta
 Se lleva el primer derecho.

DON FÉLIX Pues yo soy el que pensáis.

DON LOPE Pues mataréle.

DON DIEGO Tenéos;
 Que he de ponerme a su lado.

DON FÉLIX Salgamos al campo luego,
 Pues estamos dos a dos.

MANZANO No, Señor, que yo soy cero,
 Y no hago número aquí.

DON FÉLIX Venidme los dos siguiendo.

ESCENA XIX
DON JUAN.-DICHOS.

DON JUAN A tu lado está mi espada;
 ¿Dónde vas, hijo? ¿Qué es esto?
DON LOPE ¡Qué es lo que miro! Pues ¿vos
 Sois don Félix de Toledo?
DON FÉLIX Yo soy.
MANZANO Mas ha de treinta años.
DON LOPE Pues mejor está mi empeño.

ESCENA XX
DOÑA LUISA, LEONOR.-DICHOS.

DOÑA LUISA Leonor, que he de llegar tarde
 A avisarla, voy temiendo...
 Mas ¡ay Dios! ¿qué es lo que miro?
DON DIEGO Hermana. ¿tú aquí? ¿Qué es esto?
 ¡Ah traidora!
DON LOPE Reportaos,
 Y advertid, señor don Diego,
 Que es mi esposa doña Luisa,
 Y a mí me viene siguiendo.
DON DIEGO Siendo así, a mí me está bien.
DON FÉLIX Don Lope, si vuestro empeño
 Conmigo es por vuestra hermana,
 Yo os respondo con lo mismo,
 Pues doña Ana es ya mi esposa.
DON LOPE De albricias deste suceso.
 Os doy los brazos, don Félix.
DON FÉLIX Yo de hermano los aceto.
DON DIEGO Pues si esto llega a este estado,
 También yo mi queja dejo,
 Y quedo mejor que todos,
 Pues que me quedo soltero.
DON JUAN Pues, Señora, salid vos.

ESCENA XXI
DOÑA ANA, INÉS.-DICHOS.

DOÑA ANA A dar a mi amado dueño
 Toda el alma en un abrazo.

DOÑA LUISA
INÉS

Dulce fin a tanto riesgo.
¿Que está ya todo ajustado?
Señores, corrida quedo
De que no se haya sabido
Que yo tracé este embeleco;
Venga a noticia de todos.

MANZANO
DON FÉLIX

Toca, embustera, esos huesos.
Y si logra vuestro aplauso,
Aquí acaba *El Caballero*.

El defensor de su agravio
Agustín Moreto

El defensor de su agravio

Agustín Moreto



Índice

El defensor de su agravio

- ❖ Jornada primera
- ❖ Jornada segunda.
- ❖ Jornada tercera

El defensor de su agravio

Agustín Moreto
PERSONAS

EL DUQUE DE ATENAS
ALEJANDRO
LIDORO
AURORA, *duquesa*
NISEA
IRENE

COMINO
UN CRIADO
DOS JUECES
MÚSICOS
DAMAS, SOLDADOS
CRIADOS, GENTE

La escena es en Atenas.

Jornada primera

Sala del palacio del Duque.

Escena primera

ALEJANDRO, COMINO.

ALEJANDRO. Nada que hables te he de oír,
si en Nisea no ha de ser.

COMINO. ¿No hemos de hablar de comer,
de cenar y de dormir?
¿Siempre de amor he de hablarte?

ALEJANDRO. Y lo demás me da enojos.-
¡Ay Nisea de mis ojos!
¿Quién no vive de mirarte?

COMINO. ¿Quién no vive de una polla,
y más cuando un jamoncillo
se la lleva de codillo?
¿Quién no vive de una olla
donde cabe el ser podrida
y de buena condición?
¿Quién no vive de un capón,
que es el blanco de la vida?
Mas sólo de ser mirón,
¿quién vive, sino un vecino?

ALEJANDRO. No me hables deso, Comino.

COMINO. Soy yo engerto en sabañón.
¿Quién su maña no apercibe
para comer lo que adquiere?
De todo cuanto hay se muere,
sólo de comer se vive.
Por comer, tras un arado
hay quien vaya por tarea
y quien criado se vea
de otro que no le ha criado.
Por comer, quien quiera ser
albañil; y al verse diestro,
se olvida en el Padre nuestro
del «no nos dejes caer».
Por comer, quien sea barbero,
siendo tanto de admirar
ver que se incline a rapar

cosa que no sea dinero.
Por comer hay quien remó,
y quien trabaje en las fiestas,
y quien me trae a mí a cuestras
lo que me he de comer yo.
Y quien sufra ser cochero
cuando llueve; y más también,
pues para comer hay quien
se mete a sepulturero.
Y con esto lo otro olvido:
por comer hay quien, de un jaque
de ayuda, a un hombre le saque
del cuerpo lo que ha comido.

ALEJANDRO.

Consérvase el mundo así
por el destino y el hado.

COMINO.

Y ¿por qué eres tú privado
del Duque de Atenas? Di.
A no darte de comer
el cargo, ¿fuera razón
ser privado, o motilón?

ALEJANDRO.

¿Tan humilde había de ser?

COMINO.

Yo por mejor lo he tenido,
pues veo siempre al motilón
un cogote de un Nerón,
y al prior descolorido.

ALEJANDRO.

Lo que en el Duque interesa
mi fe, no es comodidad,
sino amor de su amistad.

COMINO.

¡Oh! que es lindo ver la mesa
de doce platos poblada,
e ir pellizcando pechugas,
y no hartarse de lechugas
habiendo dolor de ijada.

ALEJANDRO.

¡Que sea tu bajeza tanta,
que por comer te apasionas!

COMINO.

Estoy bien con los capones,
porque hacen linda garganta.
Si oigo que una dama bella
de un capón se ha enamorado,
imagino que es asado,
y me ando siempre tras ella.
A todo esta ansia prefiero.

ALEJANDRO.

¿El capón es tu regalo?

COMINO. Pues ¿hay algún capón malo,
sino uno, que es mosquetero?

ALEJANDRO. ¡Que no dejes de cansarme!

COMINO. Ya, Señor, estoy ahíto;
vaya de amor un poquito.

ALEJANDRO. Sólo en Nisea has de hablarme.

COMINO. Loco de amores está.
Digo que dejo el comer;
y cuanto hablare, ha de ser
Ni-sea, ni-es, ni-será.

ALEJANDRO. Si su divina hermosura
llega a encarecer mi fe,
¿habrá alguno a quien no dé
envidia con mi ventura?
Quiera amor que yo la vea
dueño de mi corazón,
y él logre esta posesión.

COMINO. Digo, Señor, que Ni-sea.

ALEJANDRO. Y ella, si logro su mano,
cuando mi lineza vea
será mas firme.

COMINO. Ni-sea.

ALEJANDRO. ¿Qué dices, necio villano?

COMINO. Oigan; ¿ya perdió tu amor
de Nisea la codicia?

ALEJANDRO. No equivoque tu malicia
su nombre con mi temor.

COMINO. Si eso tienes por agüero,
porque otra vez no te asombre,
llámala Si-sea, que es nombre
de mujer de dispensero.

ALEJANDRO. Yo temo tanto el perdella,
que aun eso me da pesar.
Hoy al Duque intento hablar,
porque de su mano bella
me haga dueño; mas está
tan afligido estos días
de tristes melancolías,
que no sé si error será:
Nadie alcanza en sus cuidados
remedio a tales efetos.

COMINO. Dicen que es mal de discretos,
y no es sino de menguados,

pues los que se dan la herida
de entristecerse a ese paso,
son los bobos que hacen caso
de las cosas desta vida.

ALEJANDRO. Cuando es mi amor quien le asiste,
medio decente no siento
de hablar en mi casamiento,
estando el Duque tan triste.

COMINO. Di que el invierno pasado
te causó el frío un dolor,
y te ha mandado el dotor
que duermas acompañado.

ALEJANDRO. Él sale; siempre ha de estar
de la música asistido;
que sólo está divertido
el rato que oye cantar.

COMINO. Buen gusto; mas a infinitos
les enfada.

ALEJANDRO. ¿Esto da enfado?

COMINO. Aquí hay un conde quebrado,
que en cantándole da gritos.

Escena II

El DUQUE, LIDORO, MÚSICOS. -DICHOS.

MÚSICA. *Del desdén de la hermosura
¡qué enfermo el amor está!
¿Cómo ha de sanar, si es ella
la cura y la enfermedad?*

DUQUE. No puedo poner sosiego
en mi ardiente corazón;
pero ¿qué mucho, si son
mis esperanzas el fuego?
¡Qué incurable enfermedad!

ALEJANDRO. Señor...

DUQUE. Alejandro amigo...
(A los músicos.)

Dejadme. -Pero ¿qué digo?
¡Sin mí estoy! -Volved, cantad.

MÚSICA. *Del desdén de la hermosura
¡qué enfermo el amor está!
¿Cómo ha de sanar, si es ella
la cura y la enfermedad?*

ALEJANDRO. Gran Señor, ¿qué oculta pena

te aflige?

DUQUE. Amigo, un dolor
sin medio.

ALEJANDRO. ¿Por qué, Señor?

DUQUE. Esta canción me condena:
Yo una hermosura venero,
siendo culpa idolatrarla;
el remedio es olvidarla,
y el mal es lo que la quiero.
Si intento el remedio, muero;
si no, ofendo su deidad;
pues si entre esta variedad
vive el pecho de querella,
*¿Cómo ha de sanar, si es ella
la cura y la enfermedad?*

ALEJANDRO. ¿No tienen medio sus males?
Siendo de amor, ¿no hay remedios?

COMINO. No; que ya en amor no hay medios.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

COMINO. Porque es todo reales.

ALEJANDRO. Señor, que hacéis, advertid,
a vuestro poder agravio:
vuestro imperio es vuestro labio.

DUQUE. No lo entiendes. -Proseguid.

MÚSICA. *Nadie se fíe de sí,
cuando tan rendido está;
que en los achaques de amor
el remedio enferma más.*

DUQUE. Yo ofendo mi propio empleo
si prosigo en mis amores;
si no logro sus favores,
crece en mi amor el deseo;
más dentro del mal me veo
si quiero volverme atrás:
Luego bien dice al compás
de aquella letra el primor,
*que en los achaques de amor
el remedio enferma más.*

ALEJANDRO. ¿El remedio es más dolor?
¿En qué achaque ser pudiera?

COMINO. ¿Eso dudas? En cualquiera,
como lo yerre el doctor.

ALEJANDRO. Señor, aunque lo pretendo,

por indicios semejantes
no os entiendo.

DUQUE. No te espantes;
que yo tampoco me entiendo.

COMINO. Tú estás en Atenas ciego;
pues no habiendo quien alcance,
ni entienda a un duque en romance,
quieres entenderle en griego.

DUQUE. Aunque yo estuviera en ti,
no entendieras mi dolor.-
Proseguid, pues su rigor
nació sólo para mí.

MÚSICA. Su muerte quiere, o su vida,
y no se la quieren dar;
¡desdichado del que vive
por ajena voluntad!

DUQUE. Si es mi voluntad mi pena.
¿Cómo intenta mi porfía,
queriendo mi mal la mía,
que quiera mi bien la ajena?
Si la mía me condena
a entregar la libertad,
¿cómo ha de tener piedad
la ajena, que la recibe?
*Desdichado del que vive
por ajena voluntad.*
Dejadme, no cantéis más.-
No digo, Lidoro, a ti;
que tú ya sabes de mí
mi mal, y alivio me das.

(Vanse los músicos.)

Escena III

El DUQUE, ALEJANDRO, LIDORO, COMINO.

LIDORO. *(Ap.)* Sí sé, a pesar de mi amor;
mas ¿qué importa, si no ha sido
él de Nisea admitido,
y yo logro su favor?

ALEJANDRO. Señor, si el dolor os deja
libre el uso del oído,
con justos celos os pido
licencia para una queja.

DUQUE. ¿Queja, Alejandro? Pues ¿cuál?

ALEJANDRO. De que sabiendo Lidoro
vuestra pena, yo la ignoro.

COMINO. *(Al DUQUE.)*
Y de eso es todo tu mal;
pues muchos, por sus decoros,
mueren de eso.

DUQUE. ¿De callar?

COMINO. No, sino de revelar
el secreto a los Lidoros;
y al instante le sentencio
a que con mucha presteza
se sangre aquí vuestra alteza
de la vena del silencio.

DUQUE. ¿Dónde cae?

COMINO. Yo en todos hallo
que en el pecho se les ve,
y a mí en el dedo de un pie,
que es donde yo tengo un callo.

DUQUE. Alejandro, mi dolor,
que hasta aquí encubrí a tu trato,
si lo tienes por recato,
no ha sido sino temor.

ALEJANDRO. ¿Temor vuestra alteza a mí?

DUQUE. Sí, Alejandro; temor fue.

COMINO. *(Aparte a ALEJANDRO.)*
Vive Dios, que entiendo que
se ha enamorado de ti.

DUQUE. Yo por ti, muriendo, vivo;
y mi alivio es que tú quieras.

COMINO. *(Aparte a ALEJANDRO.)*
Alto, Señor; pues ¿qué esperas?
No hay aquí que ser esquivo.

ALEJANDRO. Señor, sacad mi cuidado
de confusión semejante.

COMINO. *(Aparte a ALEJANDRO.)*
¿Hay más gracioso ignorante?
¿Te lo he de decir cantado?

DUQUE. Las flechas quebrar espero
contigo, a que he de morir.

COMINO. *(Aparte a ALEJANDRO.)*
¿Ves cómo quiere decir
que eres tú su quebradero?

DUQUE. Alejandro, si lo mucho

que debes a mi tormento
quieres saber, está atento.
ALEJANDRO. Ya, gran Señor, os escucho.
DUQUE. Despejad ese criado.
ALEJANDRO. Vete, Comino.
COMINO. Por ido.
(Ap. Póngome a tiro de oído.)
(*Pónese a escuchar al paño.*)
ALEJANDRO. Ya solos nos ha dejado.
DUQUE. Para que sepas mejor
cuanto debes a mi pecho,
quiero acordarte, Alejandro,
los servicios que te debo.
Lo primero, mi corona
debe a tu sabio gobierno
la quietud de mis estados,
la firmeza de mi imperio.
Cuantos enemigos míos
movieron contra mi reino
el impulso de sus armas,
tu brazo los ha deshecho.
No he tenido yo en mi vida
gusto, triunfo ni sosiego,
que de tu fe no haya sido
o disposición o empeño.
Y sobre tantas finezas,
cuando, asegurado el cetro,
lograba en paz sus aplausos,
trataste mi casamiento.
Con tu tío el rey de Creta
dispusiste, amigo y deudo,
que a su hija por esposa
me diese; y tú mismo luego
trajiste de allá a tu prima
la Duquesa, a quien, por dueño
mío y de Atenas, hoy pago
la estimación que la debo.
No te sabré encarecer
el gusto, amigo, el contento
con que en tranquilos amores
viví los años primeros.
Yo me casé enamorado;
halló en mi esposa el deseo

discreciones para el alma,
hermosura para el cuerpo,
finezas para el cariño,
atención para el respeto,
agasajo para el trato,
viveza para el ingenio,
modestia para los ojos,
dulzura para el afecto,
y un amor correspondido,
en quien se encierra todo esto.

Mira cuál sería el gusto
en que vivía mi pecho,
logrando en paz un amor,
sin el susto de unos celos,
las dudas de la esperanza,
la desazón del despego;
dos voluntades conformes,
en un logro dos deseos,
dos almas en una vida
y dos puntos en un centro.

Yo, triunfante, poderoso,
amado, temido, quieto,
rico, alegre y aplaudido,
y por más feliz extremo,
con una esposa a mi gusto,-
tres años de gloria fueron;
que si no es el cielo así,
esto en la tierra es el cielo.

¿Quién pensar puede, Alejandro,
que pudiera haber suceso
con que en mí entrasen las penas,
sin faltarme nada desto?

Pues para que nadie tenga
confianza en los contentos
desta vida, mi destino,
o mi desdicha, o el cielo
(que el secreto se reserva)
halló entre estas dichas medio
con que, sin faltarme nada,
me faltase todo a un tiempo.

Yo fui poniendo los ojos
en una dama, en quien tengo
hoy el alma; y al principio

prevenir no supe el riesgo.
Después que quise, no pude;
que el albedrío no es dueño
de quitar la inclinación;
que el proporcionado objeto
de la voluntad la llama,
y ella va tras él. Y en esto
tiene imperio el albedrío,
mandando al entendimiento
que enfrene la voluntad;
mas si no se hace con tiempo,
si después no es imposible,
es difícil a lo menos;
que es lo mismo que una piedra
o cualquiera grave peso,
que va a caer, si al instante
de perder aquel asiento,
de donde cae se detiene,
se puede con poco esfuerzo
detener; mas si se intenta
parar cuando va cayendo,
mientras más va es más difícil;
y sin muchísimo riesgo,
no hay quien la pueda parar
hasta llegar a su centro.
No es, Alejandro, mi culpa
el amar a otro sujeto,
debiendo la estimación
que a mi esposa nunca pierdo.
Ni el no enfrenarme, tampoco;
porque ya, amigo, me veo
como cuando tan abajo
va ya la piedra cayendo,
que el tenerla es imposible,
o tan difícil, que temo
morir si intento pararla.
Y demás deste recelo,
cuando detenerla intente,
ni a querer hacerlo acierto,
ni sé si podré, aunque quiera;
y si podré, no me atrevo.
La culpa de mi temor
(que tenértele confieso)

es valerme yo de ti
para tan injusto intento;
pues siendo tú de mi esposa,
en la atención que la debo,
tanta parte, por padrino,
por su sangre y por ti mismo,-
fuera mucha demasía
del poder, pensar que puedo,
sin recelo, hacerte yo
de sus ofensas tercero.
Pero yo estoy, Alejandro,
tan sin mí, tan sin aliento,
que cualquier mal es alivio,
comparado al que padezco.
Yo muero, y como el bajel
en la tormenta me veo,
que despalmado y sin jarcias,
rotos árboles y lienzos,
cubierto de cualquier ola,
teme en ella el movimiento;
y cuando el furioso embate
de las aguas y los vientos,
por juego de la fortuna,
dan con él de riesgo a riesgo,
descubre el puerto enemigo,
adonde perder es cierto
libertad, fama y riqueza;
mas teniéndolo por menos,
por salir de aquel peligro,
toma por sagrado el puerto.
Tú eres, Alejandro amigo,
quien puede al mal en que peno
dar alivio; tú ser puedes
de mi aflicción el consuelo.
Mas para que tú conozcas
que no del todo te empeño
tan sin razón, deste amor
que te he tenido encubierto
tiene noticia mi esposa;
que son agudos los celos,
y me ha leído en los ojos
lo que escribió el alma dentro.
Ella sabe a quién adoro,

o lo presume a lo menos;
que en la falta del cariño
ha sido aviso el despego
para que ella lo averigüe.
No sé, cuando considero
su discreción, su hermosura,
su agasajo, sus afectos,
cómo pudo otra belleza
triunfar de mis pensamientos.
Mas la voluntad me arrastra,
ella me vence en efecto;
y no basta que los ojos
reconozcan el exceso
que hay de mi esposa a mi dama;
que el discurso haga argumentos;
que la razón lo condene;-
porque contra todos ellos
vence en ella otro discurso
sofístico, que acá dentro,
para convencerlos, hace
con tal arte, que yo pienso
que tiene la voluntad
para sí otro entendimiento.
Siendo así, pues, que mi esposa
sospecha mi error, el medio
de valerme yo de ti,
Alejandro, es con intento
de quietarla en su sospecha,
de sosegarla en sus celos,
y ya que no puedo el daño,
excusarla el sentimiento;
que habiendo de ser ingrato,
cuando yo tanto la debo,
quiero excusarla el disgusto,
ya que la ofensa no puedo.
Padezca el mal sin dolor,
con el engaño viviendo;
que no ha de ser más mi gusto
porque ella padezca menos.
Y ya que desta cadena
estoy oprimido, quiero,
si he de ofender con el ruido,
arrastrarla sin estruendo.

Tú, Alejandro, desde aquí,
en público y en secreto,
te has de declarar galán
desta dama en el festejo,
asistirla, enamorarla,
avisándola primero
de tu fineza y la mía,
y en mi esposa, al mismo tiempo,
volveré yo a los cariños
en que he estado tan suspenso.
Que viendo ella mis finezas,
y creyendo tus empeños,
pasar no puede adelante
en su sospecha, sabiendo
que tú y yo somos un alma
de la mitad que tenemos.
Sosegada su sospecha,
podré yo, sin darla celos,
proseguir desta pasión,
desta llama, deste incendio,
a tu sombra, el dulce alivio
que me da su ardiente fuego,
hasta que beban los ojos
su apetecido veneno.
Alejandro, esta fineza
ha de hacer por mí tu pecho,
cuando no más, obligado
de que mi noble silencio
te ha callado esta pasión
por el justo sentimiento
que te pudiera causar.
Que te respeto confieso;
que te he temido del modo
que un príncipe de mi aliento
a un vasallo como tú
puede tenerle respeto.
Dos empeños hay que muevan
tu obligación: el primero
es hacer a la Duquesa,
si no el daño, el dolor menos;
el otro, la confianza
que hace de tu fe mi pecho,
porque el fiar yo de ti

el ser, la corona, el cetro,
no es tanto como la dama.
Y en ponerte en este empeño,
más de ti que de mí fío,
porque es tan posible el riesgo,
que a dividirme yo en otro,
no lo fiara a mí mismo.
Éste, amigo, es mi temor,
éste el agradecimiento
que me debe tu amistad,
éste el dolor que padezco:
mira tú la obligación
que debes a mi tormento;
y sin mirar mi grandeza,
obra tú por tu respeto.

ALEJANDRO.

Señor, con razón, de oídos,
suspenso y temblando quedo.
¿Vos para mandarme a mí
vuestro gusto, tanto empeño?
Pues cuando yo de mi prima
fuera padre, en el remedio
de vuestros males, Señor,
¿no sois vos siempre primero?

DUQUE.

Dame, Alejandro, los brazos.

ALEJANDRO,

Yo de tu voz soy el eco;
¿Cómo podré replicarla?

COMINO.

(Al paño.)

Miren ustedes aquesto,
y azotan por alcahuetes.

ALEJANDRO.

Mas, Señor, saber espero,
por poder obedecerte,
quién es la dama.

LIDORO.

(Ap.) Ya tengo

en mi amor dos enemigos;
mas si su favor merezco,
no los temo, ni el delito;
que el amor dora los yerros.

DUQUE.

No te lo he dicho, Alejandro,
hasta conocer tu intento;
mas ya es fuerza que lo sepas.

COMINO.

Rabiando estoy por saberlo;
que sin duda es mucha cosa.

DUQUE.

Pues de mis ansias el dueño...

Mas no me dejó sólo absorto y ciego,
sino de alma y amor la unión partida.
Mas no, que a herirme, allí muriera luego;
Mas sí, que como rayo hizo la herida,
Que sólo al corazón abrasó el fuego,
y en el cuerpo al dolor dejó la vida.
¿Qué haré, Comino?

COMINO. Cilantro.

ALEJANDRO. ¿Qué dices deste suceso?

COMINO. Nada que hables te he de oír,
sino en Nisea.

ALEJANDRO. ¡A buen tiempo!

Comino, mi amor murió.

COMINO. Téngale Dios en el cielo,
y ¿de qué murió?

ALEJANDRO. De un rayo.

COMINO. Pues ¿el pobre caballero
no trujera una reliquia
para el día que hace truenos?
Y ¿ha dejado sucesión?

ALEJANDRO. Mi pesar y mi tormento.

COMINO. Pues si no deja más hijos,
no era amor muy verdadero.

ALEJANDRO. Sólo ha dejado las penas
que de mis penas nacieron.

COMINO. Y ¿hay dote para esos hijos?

ALEJANDRO. No.

COMINO. Pues vayan a un convento.

ALEJANDRO. Deja, Comino, las burlas,
cuando ves que estoy muriendo,
o vive Dios, que te mate.

COMINO. ¿Qué son burlas? Eso es bueno;
pues ¿puedes sentirlo tú
la mitad que yo lo siento?
¿No me oíste allí pedir
confesión? Pues vive el cielo,
que a no estar en mal estado,
de veras me hubiera muerto.

ALEJANDRO. Ya el sentimiento es en vano,
no resistirle pretendo;
que la desesperación
es ya sólo mi remedio.
Muera o viva, esto ha de ser:

la amistad que al Duque debo
ha de ser antes que todo.
Adiós, tristes pensamientos;
mas digo mal, los alegres
debe despedir mi pecho,
no los tristes, porque siempre
habré de vivir con ellos.

COMINO. Pues Nisea sale aquí,
y la Duquesa; ¿qué haremos?

ALEJANDRO. Retirarnos, por si acaso
queda sola y hablar puedo.

COMINO. ¿Para qué, si has de dejarla?

ALEJANDRO. Para decirla este empeño
y cómo ya la he perdido,
aunque llore.

COMINO. No hayas miedo
que pierda el seso.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

COMINO. Si ella es cuerda, un duque es bueno,
y por ti no ha de perderle.

ALEJANDRO. Y ¿si bien me quiere?

COMINO. Menos,
porque entonces, siendo loca,
no podrá perder el seso.

(Retíranse)

Escena V

AURORA, NISEA, IRENE.

NISEA. Señora, si vuestra alteza
no resiste su pasión,
es fomentar su tristeza.

AURORA. Nisea, hay males que son
La misma naturaleza.

NISEA. Así es la melancolía;
mas la razón medios halla
de resistir su porfía.

AURORA. Pues la razón en la mía
sólo sirve de aumentalla
y te la he de declarar,
ya que estás sola conmigo
y Irene.

IRENE. ¿Puedo estorbar?

AURORA. No; que antes lo has de escuchar,

porque sé que eres testigo.-
Tú bien llegas a saber (A NISEA.)
Cuánto a mi amor debes hoy.

NISEA.
Lo más que hay que encarecer
es, que yo tu sangre soy,
y tú lo das a entender.

AURORA.
Pues, Nisea, mi tormento
ya que este alivio me deja,
saldrá de mi pensamiento.
Mas no saldrá como queja,
sino como sentimiento;
porque habiéndola conmigo
(que el ser quien soy me aconseja),
la ocasión, que aquí contigo
fuera en otra parte queja,
fuera en mí para castigo.
Cuanto el Duque es de mí amado,
y que él me amó dejó a un lado;
que en él por demostración,
y en mí por obligación,
uno y otro es excusado.
Sólo dirá mi dolor
que viendo el estrecho abrazo
de nuestro fino primor,
envidioso el mismo amor,
quiso deshacer el lazo.
Yo esta unión, a mi pesar,
le vi al despego partir;
mas si esto pude mirar,
o no lo pude sentir,
o no lo supe llorar.
De mi esposo la fineza
se trocó en este despego;
pasándome la tibieza,
en el lecho por sosiego,
y en el trato por grandeza.
Cuando a cansarse de mí
lo atribuí, hallo que emplea
en ti su amor... Yo lo vi;
no, no te turbes, Nisea,
que no me quejo de ti.
Tu estrella envidia me dio,
pena mi suerte severa;

no tienes tú culpa, no;
que a ofenderme tú, no fuera
para decírtelo yo.
La fruta que deseando
estás en el alta rama,
¿no has visto venir volando
un pajarillo silbando,
que hace de ella mesa y cama?
Cuando ves que su rudeza
lo que tu deseo procura,
logra por su ligereza,
no te ofende su simpleza,
pero envidias su ventura.
Esto me sucede aquí,
cuando no hay ofensa alguna
en que él te quiera, y no a mí:
que no me ofendo de ti,
pero envidio tu fortuna.
Tú, Nisea, eres querida,
yo del Duque despreciada;
tú amada, yo aborrecida;
yo su muerte, tú su vida,
para ser de mí estimada.
Mas esto no es por temer
que, aunque tu fe me respeta,
puedas llegarme a ofender,
sino una envidia discreta,
como se debe tener.
Mi envidia será estimar
tu dicha; pues con morir,
no puedo dar ni tomar
más venganza que sentir,
ni más queja que llorar.
Señora, tu llanto justo
llego a sentir de manera,
que si algo en mi vida viera
que a ti te diera disgusto,
yo misma muerte me diera.
Mas, leal y agradecida,
dar más respuesta no espero
a pena tan bien sentida,
que es Alejandro mi vida,
que él me adora y yo le quiero.

NISEA.

NISEA. Pues ¿yo al Duque puedo amar?

ALEJANDRO. Eso no lo he de decir;
yo me vengo a despedir,
y no vengo a aconsejar.

NISEA. Saber tu respuesta espero.

ALEJANDRO. Yo le rendí mi cuidado.

NISEA. Anduviste muy privado,
pero no muy caballero.

ALEJANDRO. ¿Qué pude hacer, siendo fiel?

NISEA. Mira lo que hay de ti a mí,
que yo le dejo por ti,
y tú me dejas por él.

ALEJANDRO. Ya, Nisea, mi cariño
murió; ya no hay que esperalle.

COMINO. Ya venimos de enterralle;
que he llorado como un niño.

ALEJANDRO. Y así, Señora, mudando
de estilo, quedad con Dios;
que el alma, que queda en vos,
vos de vos la iréis echando.

NISEA. ¡Alejandro!

ALEJANDRO. Así, Señora.
Lo principal olvidé,
que en la apariencia seré
vuestro galán desde ahora;
que esto es lo que importa más.

NISEA. Y ¿eso también se promete?

COMINO. Pues si no fuera alcahuete,
¿qué importara lo demás?

NISEA. Pues, Alejandro, mirad.
Si por el Duque es razón
dar menos estimación
a mi amor que a su amistad,
dél ni de vos hará aprecio
mi amor, aunque aquí le lloro:
del Duque por mi decoro,
de vos por este desprecio.

(Hace que se va.)

ALEJANDRO. Nisea, Señora, espera;
mi bien, ya sé que hice mal.

NISEA. Oyendo bajeza tal,
¿qué he de esperar aunque quiera?

ALEJANDRO. ¿Qué pude yo hacer conmigo?

NISEA. Ser vos; que en vos es primero
 la deuda de caballero
 que la obligación de amigo.
 ¿Vos prometéis tal bajeza?
 ALEJANDRO. Por el Duque me obligué.
 NISEA. Pues ¿por bajeza no fue?
 COMINO. No fue sino por alteza.
 ALEJANDRO. Pues ¿qué hemos de hacer, Señora?
 NISEA. Alejandro, el Duque viene;
 esta noche ocasión tiene
 de hablar nuestro amor, ya es hora;
 del jardín de la Duquesa
 verás abierto el postigo;
 a esperarte allá me obligo.
 IRENE. (*Ap.*) ¡Ay, Dios mío! Ya me pesa,
 porque allí se han de encontrar;
 que a Lidoro le advertí
 que puede entrar por allí.
 ALEJANDRO. Pues ¿cómo abierto ha de estar?
 NISEA. Porque del Duque es fineza
 tener por verme esa entrada.
 ALEJANDRO. ¿Qué es lo que escucho?
 COMINO. No es nada;
 también eso es por alteza.
 ALEJANDRO. Ingrata, fiera, enemiga.
 NISEA. Vete, Alejandro, Señor.
 ALEJANDRO. A morir deste dolor.
 NISEA. Pues ¿qué a tenerle te obliga?
 ALEJANDRO. El Duque y tu falsedad.
 NISEA. ¿Hago yo su inclinación?
 ALEJANDRO. Tú le has dado la ocasión.
 NISEA. ¿Qué dices?
 ALEJANDRO. Esto es verdad.
 NISEA. Tú verás que no.
 ALEJANDRO. ¡Ah inhumana!
 NISEA. Vete, Alejandro.
 ALEJANDRO. Sí haré.
 NISEA. ¿Irás?
 ALEJANDRO. A morir iré.
 NISEA. Que viene el Duque.
 ALEJANDRO. ¡Ah tirana!
 IRENE. (*Ap.*) La mar anda por los cielos;
 allá habrá linda batalla.

COMINO. (Ap.) Lindo modo de dejalla
es ir rabiando de celos.

(Vanse.)

Jardín. -Noche.

Escena VII

El DUQUE.

DUQUE. Deste jardín las olorosas flores,
cuando a mi esposa en dulce paz lograba,
testigos fueron de la dicha mía;
a imitación aquí de mis amores,
aves, plantas y flores, todo amaba,
todo era tierna unión, todo armonía.
Aquella fuente fría
amores murmuraba,
el céfiro en las hojas suspiraba,
el clavel se encendía
por la encarnada rosa;
la mosqueta olorosa,
con el jazmín, a olores se entendía;
las blancas azucenas
de amor estaban llenas;
la hiedra, al tierno abrazo,
enmarañaba el lazo
por las ramas del olmo;
y en el copado colmo
ruiseñores suaves,
cantando dulces y sintiendo graves,
huían de los ojos, advertidos,
para dar más amor a los oídos.
Todo este bien trocó mi ardiente fuego.
Todo lo miro va como me miro,
yo de aquel tierno amor la paz quebranto:
ya imita mi cruel desasosiego
de aves, plantas y flores el retiro.
Todo es ya sentimiento, todo espanto:
la fuente suena a llanto,
y al fuego que respiro,
el céfiro por queja da suspiro;
está el clavel sangriento,
la rosa vergonzosa,
la mosqueta olorosa
trueca al jazmín olor por sentimiento;

las blancas azucenas
de desmayo están llenas;
y ya no por abrazo
la hiedra aprieta el lazo,
sino por lucha, al olmo;
y en el frondoso colmo,
tristes los ruiseñores,
cantan endechas, quejas y dolores,
huyendo de los ojos ofendidos,
por tener a la queja más oídos.
Y aunque esto advierto y conozco,
no sé qué oculta violencia
a esta locura me arrastra,
en esta pasión me ciega.
¿Si a algún fin raro el destino
por estos pasos me lleva?
Que aun en aquestos errores
hay oculta providencia;
porque amar contra el dictamen,
querer contra la evidencia
del bien... Pero ¿qué discurro?
Si puedo ver a Nisea
intento; que ha muchas noches
que, por lo que ya recela
mi esposa, no he entrado aquí.

Escena VIII

AURORA y NISEA, *que hablan recatadamente desde la entrada.* -El DUQUE.

NISEA. Aquí ha de ver vuestra alteza
la seguridad más firme
de mi amor y su sospecha.

AURORA. No extrañes, prima, a mis celos
que tan incrédulos sean;
que me va en esto la vida.

DUQUE. Nisea es y la Duquesa;
retirarme de aquí importa,
y esperar si sola queda. (*Vase.*)

Escena IX

LIDORO. -AURORA, NISEA.

LIDORO. Lo que Irene me asegura
en el favor de Nisea,
es cierto, por la verdad

de hallar abierta la puerta.
Yo he de lograr mi ventura,
sea traición o no sea;
que en amores no hay lealtad,
y más llamándome ella.

NISEA. Señora, este es Alejandro;
retírate y está atenta.

AURORA. Si esto es cierto, prima mía,
aquí mis temores cesan. (*Retírase.*)

Escena X

ALEJANDRO y COMINO, *que al entrar se detienen, y escuchan desde la puerta.* -LIDORO,
NISEA; AURORA, *oculta.*

ALEJANDRO. Yo le vi entrar.

COMINO. Yo también.

ALEJANDRO. Aquí, si el Duque no era,
¿quién puede haber sido?

COMINO. Ahora

Lo veredes.

LIDORO. ¿Si es Nisea?

NISEA. (*A LIDORO.*)

¿Eres tú, Señor?

LIDORO. Sí soy.

NISEA. ¿Tu duda está satisfecha
de lo mucho que te estimo?

LIDORO. Sí estoy; pero no creyera,
aunque me lo dijo Irene,
que era tan feliz mi estrella;
mas sea tu blanca mano,
hermoso dueño, la prenda
que afiance mi ventura.

NISEA. (*Ap.* ¡Cielos! no es la voz aquesta
de Alejandro.) Hombre, ¿quién eres?

LIDORO. Lidoro.

NISEA. (*Ap.*) ¡Qué escucho, penas!

AURORA. ¡Cielos! ¿qué es esto que veo?

COMINO. (*Aparte a ALEJANDRO, donde están retirados.*)

¿El Lidorico anda en estas?

NISEA. Hombre, ¿qué dices? Pues ¿qué?

¿Tanto tu osadía intenta,
que aquí te atreves a entrar?

LIDORO. ¿No me has llamado tú mesma?

NISEA. ¿Yo? ¿Cuándo?

LIDORO. Hoy, con Irene.

NISEA. Si engañada pensó ella
que yo pudiera admitir
las locas pasiones vuestras,
yo, que no puedo engañarme
por lo que sé de mí mesma,
os digo que si adelante
dais un paso en esta empresa,
os haré dar el castigo
que merecéis.

LIDORO. Más modesta
pudieras desengañarme.

NISEA. Para vos esto es modestia.

ALEJANDRO. (Al paño.)
¡Que deste el Duque se fíe!
Mil estocadas le diera;
pero secreto y respeto
de aqueste sitio me enfrenan.

NISEA. Idos, pues; ¿a qué esperáis?

LIDORO. Vive Dios, que esa respuesta
merece la grosería
de que a mostraros me atreva
con violencia que os merezco.

NISEA. Hombre atrevido, ¿qué intentas?
(ALEJANDRO hace demostración de arrojarle a él; pero se detiene al salir la DUQUESA.)

ALEJANDRO. Ya es fuerza salir.

AURORA. (Sale.) ¿Qué es esto?

ALEJANDRO. (Ap.) ¡Válgame Dios! la Duquesa.

NISEA. Señora, un hombre es sin juicio.

AURORA. Loco, quien quiera que seas,
¿Así el debido decoro
deste sagrado respetas?
¿Tú aquí has de poner las plantas?
Vete ya de mi presencia,
y este delito el silencio
tanto sepulte, que seas
tú el primero que le olvide;
que porque no haya quien sepa
que hubo quien le cometiese,
más átomos que hay estrellas
no te mando hacer ahora.
Vete y calla. -Ven, Nisea.

NISEA. Sin mí voy deste suceso.

(Vanse AURORA y NISEA.)

Escena XI

ALEJANDRO, COMINO, LIDORO.

LIDORO.

(Para sí.)

¡Cielos, sin alma me dejan!
Yo estoy a grande peligro
si el Duque a saberlo llega.
¡Que de todas mis venturas
sea estorbo la Duquesa!
¡Que con el Duque me haya
descompuesto, y que no pueda
vengarme desta mujer,
que en toda parte es mi ofensa!
Salir de aquí presto importa.

ALEJANDRO.

Deténte, Lidoro, espera.

COMINO.

(Ap.) Apareja una tetilla,
si quieres morir apriesa.

LIDORO.

(Ap.) ¡Cielos, Alejandro aquí,
tras de verme la Duquesa!
Pues aunque mi honor arriesgue,
me he de ver vengado della,
y asegurar mi peligro
la venganza de mi queja.

ALEJANDRO.

(Ap. Por que no sepa el intento
a que vine, haré la queja
por el Duque.) Yo, Lidoro,
os vi entrar por esta puerta;
y creyendo hallar al Duque,
siguiéndoos vine por ella,
donde he oído la traición
con que ofendéis su grandeza,
pues a la dama que os fía,
mirar vuestra infamia intenta.
Porque vais más castigado
con saber que haya quien sepa
que sois aleve, no os mato.
Idos, y nadie lo entienda;
que yo la palabra os doy
de que mi silencio sea
sepulcro de vuestra culpa.

LIDORO.

Mas a alguna intención vuestra
estáis, Alejandro, aquí,

que a oír la locura ciega
de mi amor, que me disculpa.
Y esto bien claro se muestra,
que vos no veis mi intención
para veniros tras ella.

ALEJANDRO. Pues sal afuera, traidor,
si eso imaginas o piensas,
donde, dándote la muerte,
con mi acero te desmienta;
ven, villano.

COMINO. (Ap.) Ven, folías.

LIDORO. Ya os sigo.

Escena XII

El DUQUE. -DICHOS.

DUQUE. ¿Qué gente es esta?

¿Quién va?

LIDORO. (Ap.) ¡Cielos, grave empeño!

ALEJANDRO. ¿Gran Señor? (Ap. Ya es más mi pena.)

DUQUE. Alejandro, pues ¿tú aquí?

ALEJANDRO. (Ap. Sólo con la verdad misma
salir puedo deste empeño.)
Hoy, Señor, hablé a Nisea,
y al proponerla mi intento,
me dijo que aquí viniera
a hablar en ello esta noche.

DUQUE. Es verdad que sólo ella
darte pudo esa noticia.
Pues según eso, ya acepta
mis amorosos designios.

ALEJANDRO. No he hablado, Señor, con ella,
porque también al jardín
salió ahora la Duquesa.

DUQUE. Es verdad; que yo la vi.

COMINO. (Ap.) Embocóselas a su alteza.

DUQUE. ¿Quién viene aquí más?

ALEJANDRO. Lidoro;
que a él fié el guardar la puerta,
porque vos déis os fiáis.

DUQUE. Ya no es posible que pueda
Nisea salir a hablarte.

ALEJANDRO. Pues, Señor, ¿qué es lo que ordenas?

DUQUE. Que nos vamos por no dar

ocasión a la Duquesa
de sospecharlo.

ALEJANDRO.

(Aparte a COMINO.)

¡Ay de mí!

Que ya por razones nuevas
a Nisea he de perder.

COMINO.

(Ap.) Mas pensé yo que perdieras.

DUQUE.

Ven, Alejandro; que tú
has de ser quien la centella
deste loco amor apague. *(Vase.)*

Escena XIII

ALEJANDRO, LIDORO, COMINO.

ALEJANDRO.

(Ap.) Quiera el cielo que así sea.)

¿Lidoro?

LIDORO.

¿Qué me queréis?

ALEJANDRO.

Esto en mi silencio queda.

LIDORO.

(Ap.) No me fiaré yo de él.

ALEJANDRO.

Ya habréis visto mi nobleza;
callad, pues veis que os ha dado
vida y honor mi cautela. *(Vase.)*

LIDORO.

(Ap.) Yo aseguraré mi riesgo
de Alejandro y la Duquesa. *(Vase.)*

COMINO.

Plegue a Dios que aquesta entrada
mala salida no tenga.

Jornada segunda.

Sala del palacio

Escena primera

El DUQUE, con un memorial; LIDORO.

DUQUE.

Lidoro, ya a tal extremo
ha llegado mi pasión,
que alguna demostración
aun contra mí mismo temo,
que mi destino interesa
en este furioso ardor.

LIDORO.

(Ap.) Más preciso es mi temor
de Alejandro y la Duquesa;

mas si puedo, de los dos
 me sabré yo asegurar.
 DUQUE. ¿Quién bastará a revocar
 todo el decreto de un Dios?
 LIDORO. Señor, ¿tú olvidar deseas?
 DUQUE. Vencer quisiera este encanto.
 LIDORO. Pues no hables en ella tanto,
 ni la busques ni la veas;
 véncete en este deseo.
 DUQUE. Yo he de probar desde aquí.
 ¿Viste hoy a Alejandro?
 LIDORO. Sí.
 DUQUE. Y él, ¿qué siente de mi empleo?
 LIDORO. Eso, Señor, es hablar
 de tu pasión amorosa.
 DUQUE. Dices bien, va de otra cosa:
 ¿No le debo yo estimar?
 ¿En él mi favor no es justo?
 ¿Viste aquella estimación
 con que, al oír mi pasión,
 se resolvió a darme gusto?
 LIDORO. Eso deuda me parece.
 DUQUE. No es sino conocimiento
 de que es justo mi tormento,
 y Nisea lo merece.
 LIDORO. ¿Esa, Señor, es la prueba?
 DUQUE. Esa, sí; que no resisto.
 ¿Algún enfermo no has visto
 que le prohíben que beba?
 Y él, de aquella sed ardiente
 que a su daño le provoca,
 para refrescar la boca
 pide el agua solamente;
 toma el vaso, y della escaso,
 no intenta beber; mas luego
 ve que el agua templó el fuego,
 y se bebe todo el vaso.
 Esto me sucede a mí;
 mas yo me sabré arrestar.
 Propón tú en qué hemos de hablar.
 LIDORO. Del Senado.
 DUQUE. Vaya, di,
 ¿qué hay del Senado?

LIDORO. Ha mandado
observar todas las leyes
del Areopago.

DUQUE. Aun los reyes
dellas no se han reservado.
¿No hizo allí ley algún rey
contra amor injusto, amigo?

LIDORO. Si el delito es el castigo,
¿para qué ha de ser la ley?

DUQUE. Para que diera temor,
para que se resistiera,
para que yo no me viera
arrastrado deste amor.

LIDORO. Señor, ¿qué es eso?

DUQUE. Es locura.-
Venced, pasiones, vencid;
esto es apagar la sed,
y crecer la calentura.

LIDORO. ¿No advertís que es barbarismo
no poder vos más que vos?

DUQUE. Pues haciéndome yo dos,
soy yo menos que yo mismo.

LIDORO. Más sois vos con la razón,
que con pasión que se olvida.

DUQUE. Si está la razón vencida,
más soy yo con la pasión.

LIDORO. Pues el valor es vencer
vos de vos esa mitad.

DUQUE. Tú respondes la verdad,
pero no es fácil de hacer;
dejémoslo, que este mal
cobra en esto más violencia.
Hoy, al salir de la Audiencia,
me dio un hombre un memorial,
descolorido y turbado,
que en él indicio me deja
de que incluye alguna queja
de alguno que le ha agraviado.
Mira lo que dice en él.

LIDORO. (Ap.) Déme aliento mi temor,
pues me obliga a ser traidor
por asegurarme dél.
Celio anduvo muy leal.

DUQUE. ¿Qué dice?

LIDORO. Ya verlo quiero.

DUQUE. Aunque con mal más severo,
divierta el cielo mi mal.

LIDORO. Señor, lo que dice aquí
es un caso muy atroz.

DUQUE. Dilo.

LIDORO. No es para la voz.

DUQUE. Pues ¿por qué no?

LIDORO. Es contra ti.

DUQUE. ¿Contra mí? Aunque sea en mi agravio,
di, si he de verlo en efeto.

LIDORO. Perdóneme tu preceto;
que no se atreve mi labio.

DUQUE. Dame el memorial a mí.

LIDORO. (Ap.) Turbado estoy, vive el cielo.

DUQUE. ¿Qué miro aquí?

LIDORO. (Ap.) Ya recelo
El riesgo a que me atreví.

DUQUE. (Lee.) «Por vuestra casa, Señor,
»mirad; que en su demasía,
»vuestro favor da osadía
»a quien os quita el honor.»
Letras, veneno tirano
del que contra el alma os mueve,
el traidor es quien se atreve
a ponerlos en mi mano.
Yo, ignorando esta traición,
del dolor no era ofendido;
pero ya della advertido,
moriré, si ciertas son.
Yo viviera con mi error,
y ya morir es preciso;
luego quien me da el aviso
es fuerza ser el traidor.
Romperélas, y en castigo
de su loco atrevimiento,
daré en átomos al viento (Rómpele.)
tal desprecio a este enemigo;
que si mata una deshonna,
y él este riesgo me advierte,
el que no temió mi muerte,
no pudo celar mi honra.

¡Ay de mí! Muerto he quedado.-
 Vete, Lidoro, de aquí.
 LIDORO. Señor, yo no me atreví
 a adelantar mi cuidado;
 mas si el escándalo es tanto,
 que a este aviso da ocasión,
 ya el callar fuera traición,
 aunque os cause más espanto
 ver vuestra fama agraviada
 de quien por vos tiene nombre,
 y por vos...
 DUQUE. ¿Qué dices, hombre?
 LIDORO. Si esto es ofenderos, nada.
 DUQUE. Prosigue (ya estoy sin mí);
 avisar no es ofender.
 LIDORO. Pues si lo queréis saber,
 no os enojéis.
 DUQUE. No haré; di.
 LIDORO. Pues quien os hace el agravio
 es Alejandro, Señor,
 a quien hace más favor
 la Duquesa.
 DUQUE. Cierra el labio;
 miente tu aprehensión, y quien
 te lo dijo habrá mentido;
 que mientes si lo has oído,
 y si lo has visto también.
 Vete ya de mi presencia,
 traidor aleve.
 LIDORO. (Ap.) ¡Ay de mí!
 Neciamente me atreví.
 DUQUE. Vete, y teme la violencia
 de mi enojo enfurecido.
 LIDORO. Ya yo conozco mi error.
 DUQUE. Vete.
 LIDORO. Ya me voy, Señor,
 turbado y arrepentido. (Vase.)

Escena II

El DUQUE.

DUQUE. ¡Cielos, rigor tan extraño
 para enmendar mi dolor!
 Remedio os pidió mi amor,

pero no de tanto daño.
Yo, si padezco este engaño,
le causé y fui mi enemigo.
Ya a no culparos me obligo;
que el que de su mal es medio,
y al cielo pide remedio,
bien merece su castigo.
Si es cierto, yo la ocasión
les dí... Mas mi esposa viene,
y esta sospecha conviene
cerrar en mi corazón.
Mas ¿si sabrá la razón
todas las puertas cubrir?
Porque tantas pudo abrir
este dolor para entrar,
que alguna temo olvidar,
por donde pueda salir.

Escena III

AURORA, NISEA. -*El DUQUE.*

(Hablan aquellas aparte, sin reparar en el DUQUE.)

NISEA.

Aquel empeño forzoso
estorbó nuestro deseo.

AURORA.

Ya, Nisea, mas lo creo
por lo que veo en mi esposo;
ya le hallo más cariñoso,
ya no me habla tan extraño;
mas el recelo del daño
crece, aunque el mal se mejora.

NISEA.

Pues esta noche, Señora,
tocarás el desengaño.

(Bajan la voz.)

DUQUE.

(Ap.) ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
Yo estuve ciego; mi esposa
¿no es más bella y más airosa?
Pues ¿qué arrastró mi deseo?
Viendo una y otra, mi empleo
conozco ya que es error.
Mas si me quita el honor,
sin duda debe de ser
bien que se quiere perder,
pues me parece mejor.
¿Por esta estrella la aurora

yo de mi esposa olvidé?
 ¿Yo de aquel sol me aparté,
 que tanta luz atesora?
 Mas ¿cómo lo advierto ahora?
 Contra mí mismo me irrito.
 ¡Oh loco y ciego apetito,
 que al peligro es menester,
 y sólo sabes querer
 cuando el querer es delito!

NISEA. Señora, el Duque está aquí.
 AURORA. Señor, ¿vos tan suspendido?
 DUQUE. En miraros divertido,
 no me acordaba de mí.
 AURORA. Pues ¿por qué más os debí
 hoy esa atención?

DUQUE. Sospecho
 que mi fineza lo ha hecho,
 y bien nos está a los dos
 que no deis la causa vos,
 sino lo que hay en mi pecho.

AURORA. Siempre a mí más me conviene
 que eso en vos fineza sea.

DUQUE. Creed que ver mi amor desea
 lo que en vos el alma tiene.

AURORA. Si esa dicha me previene
 la suerte, voyme, Señor.

DUQUE. ¿Por qué?

AURORA. Por hacer mayor
 el deseo.

DUQUE. ¿Ese es recelo?

AURORA. Y aun temor.

DUQUE. Guárdeos el cielo.

NISEA. (Ap.) Quiera él que olvide mi amor.
 (Vanse AURORA y NISEA.)

Escena IV

El DUQUE.

DUQUE. ¡Válgame el cielo! ¿Qué sueño,
 qué ilusión me ha enajenado?
 ¿Yo de mi esposa olvidado?
 ¿Yo me entregaba a otro dueño?
 La ceguedad de mi empeño
 me advierte el temido daño,

pues fue tan grande mi engaño,
que hubo menester mi error
los ojos deste dolor
para ver el desengaño.
¡Que ella me ofende inconstante!
Pues mejor me ha parecido,
sospecho, porque esto ha sido
como quien tuvo un diamante:
no le estimaba ignorante;
pasó a otro dueño, que ufano
le ostentaba; y él, ya en vano,
miró en él más resplandor;
mas no lo hizo el ser mejor,
sino el verle en otra mano.
Lo que más sospecha da
al alma es ver a mi esposa
conmigo tan cariñosa,
cuando tan celosa está.
Mi halago causa será;
pero no, causa hay mayor.
Porque es tan vivo el dolor
de quien ama con recelos,
que no sosiegan los celos
si no se trueca el amor.
Fuerte sospecha me da...
mas ¡qué ciego desatino!
Según la duda examino,
parece que bien me está.
Alejandro viene ya;
más tengo aquí que encubrir:
No sé si sabré fingir
con dos males; que un amigo,
si se trueca en enemigo,
da dos penas que sentir.

Escena V

ALEJANDRO, COMINO. -*El DUQUE*
(*Hablan aparte ALEJANDRO y COMINO.*)

ALEJANDRO. Comino, no me hables nada
de Nisea ni mi amor.

COMINO. ¿Qué dices? Mira, Señor,
que no la pierdas trocada.

ALEJANDRO. Esto ha de ser.

DUQUE. (Ap.) ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
 ¿Si habla por mí, presumiendo
 que yo su traición no entiendo?
 Ya en recatarme hago mucho.

COMINO. Señor, aunque esto previene,
 es aludiendo a otras cosas;
 que damas tiene y hermosas,
 aunque pocas.

DUQUE. ¿Cuántas tiene?

COMINO. De veinte y siete se agrada.

DUQUE. ¿Pocas son? ¡Buen corazón!

COMINO. Pues veinte y siete, ¿qué son?
 Fuera de los nueve, nada.

DUQUE. (Ap. A proseguir no me atrevo
 materia tan peligrosa;
 hablar quiero de otra cosa.)
 ¿Qué hay en la corte de nuevo?

ALEJANDRO. Señor, no hallo novedad;
 la quietud es interés
 de tus vasallos, todo es
 aplauso a tu majestad.

COMINO. Novedad hay.

DUQUE. ¿Cuál ha sido?

COMINO. Que con otro hombre, un juez
 cogió a la mujer soez
 de un astrólogo amarrido;
 y a él a galeras le echó,
 y su mujer libre fue.

DUQUE. Si ella le ofendió, ¿por qué?

COMINO. Porque no lo adivinó.
 Y otra hay, y del mismo talle.

DUQUE. ¿Qué fue?

COMINO. Bien se puede oír.
 Un novio acertó a salir
 con su suegro por la calle.
 Uno vestido de negro
 le cascó una bofetada;
 sacó furioso la espada,
 y por darle, mató al suegro.
 Un capitán fue testigo.

DUQUE. Y ¿qué hizo? ¿Riñó también?

COMINO. Firmó que quedaba bien,
 porque mató a su enemigo.

DUQUE. De otra novedad me han dado
cuenta a mí.

ALEJANDRO. ¿Qué fue, Señor?

DUQUE. Queja de un hombre traidor,
de quien habiendo fiado
otro amigo honor y vida,
hacienda, gusto y su ser,
le ofendió con su mujer
con fe desagradecida.
¿Qué castigo era ajustado
a delito tan horrible?

ALEJANDRO. Señor, eso no es posible.

DUQUE. (*Ap.* Parece que se ha turbado.)
¿Por qué?

ALEJANDRO. Porque a culpa tal,
aunque su mismo enemigo
le imaginara el castigo,
no pudiera hallarle igual.
Luego si el cielo infinito
castigo no señaló
a esa culpa, es porque dio
por imposible el delito.

COMINO. A mí, Señor, se me ofrece.

DUQUE. ¿Qué dices tú que sería?

COMINO. Que no pudo ser de día,
pero a oscuras, me parece.

DUQUE. (*Ap.* El negar que pudo ser,
teniéndolo por horror,
mi sospecha hace mayor,
mas yo no lo puedo creer.)
Y a ser cierta ofensa tal,
¿qué castigo habrá?

ALEJANDRO. Ninguno;
que a dolor tan importuno
no hay satisfacción igual;
porque la muerte es piedad,
pues alivio viene a ser
quitarle el dolor de haber
cometido esa maldad.

DUQUE. (*Ap.*) De dudas soy un abismo;
mas (¡oh juicio temerario!)
si dijera lo contrario,
¿no sospechara lo mismo?

ALEJANDRO. (*Ap.* Mucho del Duque he admirado
que no me hable en su deseo.)
Señor, ¿parece que os veo
de amor con menos cuidado?

DUQUE. No me hables deso.

ALEJANDRO. (*Aparte a COMINO.*)
¡Qué he oído!
¿Si el Duque ya la ha dejado?

COMINO. Antes pienso que ha pecado,
pues está ya arrepentido.

ALEJANDRO. Como yo tanto intereso
en vuestro gusto, Señor,
y os vi tan ciego de amor...

DUQUE. Eso fue un pasado exceso
de un antojo mal fundado,
aun no estable en lo que dura;
un delirio, una locura,
que la razón ha olvidado,
con que yo a mí me castigo;
y tú muy cansado estás
en pretender saber más
de mí, que lo que yo digo.

ALEJANDRO. Señor, en lo que os escucho,
a mí otro alivio me va.

DUQUE. Pues tú lo has sabido ya,
pero me has cansado mucho.

ALEJANDRO. ¿Yo os he cansado, Señor?

DUQUE. Sí, y aunque no lo miráis,
ha mucho que me cansáis
vos y vuestro ciego error;
y pues no lo veis, de ciego,
no me veáis más tampoco.
(*Ap.* El dolor me ha vuelto loco,
no sé reprimir su fuego.) (*Vase.*)

Escena VI

ALEJANDRO, COMINO.

ALEJANDRO. Mundo, ¿a quién no desengaña
tu mudanza desta suerte?
¿Qué es esto? ¿Llegó mi muerte?

COMINO. La princesa de Bretaña.

ALEJANDRO. Ya sé cuál es mi ventura,
y sé que el mundo es así,

y sé que en sueño viví,
 y que no hay dicha segura.
 COMINO. Mucho sabes, a fe mía;
 y del diablo es tu desgracia,
 que al caer perdió la gracia,
 mas no la sabiduría.
 ALEJANDRO. Comino, este desengaño
 el retiro me aconseja;
 mas si a Nisea me deja,
 luces de bien tiene el daño.
 Irme con ella pretendo
 a mi tío el rey de Creta;
 que no es cordura discreta
 esperar rayo y estruendo.
 COMINO. Y pues ¿qué será de mí?
 ALEJANDRO. De todo serás testigo,
 pues ¿tú no te irás conmigo?
 COMINO. Y ¡cómo que iré tras ti!
 Mas ¿seré allí socorrido?
 ALEJANDRO. Nunca yo faltarte pienso.
 COMINO. Más que privado eres censo,
 si das del honor caído.
 Mas la Duquesa, Señor.
 ALEJANDRO. Esperar quiero a mi prima,
 por si a este intento me anima,
 pues lo puede su favor.

Escena VII

AURORA; *luego, el DUQUE.* -DICHOS.
 (Para sí.) Siempre con nuevos desvelos,
 no sosiega el corazón.
 ¡Oh, qué difíciles son
 de asegurar unos celos!
 (*Sale el DUQUE y quédase al paño.*)
 DUQUE. Ya a mi esposa mis sentidos
 siguen con otro cuidado;
 mas a Alejandro ha encontrado:
 atención, ojos y oídos.
 AURORA. ¿Alejandro?
 ALEJANDRO. ¿Gran Señora?
 AURORA. ¿De qué tan triste y suspenso?
 ALEJANDRO. Sí lo estoy, y es porque pienso
 que no soy quien era ahora.

AURORA. Pues ¿por qué no?
 COMINO. ¡Lindo aliño
 trae con dudas semejantes!
 AURORA. ¿Cómo vos no sois quien antes?
 COMINO. Veinte años ha que era niño.
 AURORA. Nada sé de lo que pasa.
 ALEJANDRO. Pues el Duque con rigor
 me ha negado su favor.
 AURORA. Pues ¿por qué?
 COMINO. No estaba en casa.
 ALEJANDRO. Sólo sé de mi desgracia
 que el Duque se fue ofendido,
 y de su gracia he caído.
 COMINO. Y ya no le cae en gracia.
 AURORA. (*Ap.* Cielos, ya vuelve el dolor
 de mi sospecha al tormento;
 sin duda es el sentimiento
 de haber sabido su amor.
 Y para que más no pase
 su intento, si es contra mí,
 yo me he de empeñar aquí
 en que Alejandro se case;
 que ya su amor he sabido
 le daré ahora a entender.)
 Alejandro, pudo ser
 que enojado, y no ofendido,
 el Duque aquí os haya hablado;
 mas no por eso temáis,
 que yo podré que volváis
 a su gracia, y más amado.
 Fíelo vuestro temor,
 si hacéis lo que yo deseo.
 ALEJANDRO. ¿Qué es?
 AURORA. Proseguid vuestro empleo;
 que seguro es mi favor.
 DUQUE. ¡Qué escucho!
 ALEJANDRO. Pues ¿a qué fin
 lo decís?
 AURORA. ¿No lo entendéis?
 Pues yo os haré que logréis
 las entradas del jardín. (*Vase.*)
 DUQUE. Ya este mal llegó a su extremo.
 ALEJANDRO. Sin duda la ha declarado

Nisea ya mi cuidado.
Pues si esto logro, ¿qué temo? -
Ven; que si logro a Nisea,
ya ningún daño imagino.
Plegue al cielo...

COMINO.

ALEJANDRO.

¿Qué, Comino?

COMINO.

No se vuelva alcaravea.

(Vanse ALEJANDRO y COMINO.)

Escena VIII

El DUQUE. (Sale al tablado.)

DUQUE.

Todo mi valor me valga
en las dudas que examino,
porque al furor no despeñe
el dolor de los indicios.
¡Válgame Dios! Desde el punto
que tuvo el alma este aviso,
enlazado en la sospecha
está todo cuanto miro.
¿Si es cautela del dolor,
o engaño de los sentidos,
o fuerza de la sospecha?
Esto postrero imagino;
que quien por un vidrio mira
que hace algún color distinto,
todo cuanto ve con él
está del color del vidrio.
Pues si yo tengo en los ojos
los antojos fementidos
del vidrio azul de los celos,
¿por qué extraña este sentido
que de su mismo color
esté todo cuanto miro?
Mas ¡ay de mí! por las puertas
de un corazón afligido
¡qué tarde entra el desengaño!
¡Qué presto abren al alivio!
Mas no del todo he de darme
al engaño ni al peligro;
ir quiero en mí confiriendo
la defensa a los indicios.
El estar mi esposa ahora
tan cariñosa conmigo

indicio es sobre los otros;
mas ¿no puede haber sabido
el empeño que Alejandro
fingió por intento mío
con Nisea? Y ¿este empeño,
junto con haberme visto
cariñoso, fino amante
(pues yo también lo he fingido),
haber sosegado en ella
las quejas y los suspiros,
y ser sosiego en sus celos
lo que yo engaño imagino?
Si pudiera;... no pudiera:
que quien celos ha tenido
nunca halla satisfacción
que arranque todo el indicio;
y el corazón más amante
da envueltas, cuando es más fino,
en los ecos de los celos
las voces de los cariños.
Darne un memorial un hombre
turbado y descolorido,
¿no es indicio de traición?
Traición fue, pues me lo dijo
su turbación. Sí sería..
no sería; que este aviso
aun a dársele a un vasallo
fuera turbado yo mismo.
Demás, que si aquesto fuera
traición, sin haber tenido
evidencia, o gran sospecha
para acusar el delito,
era la traición en vano,
si yo culpa no averiguo;
porque, a no haber fundamento,
¿qué me daba en el aviso?
Confírmame lo Lidoro
(que es más probable testigo);
¿no pudiera ser concierto
del que me avisó o dél mismo,
que, envidioso de Alejandro,
procura su precipicio?
Sí pudo ser;... mas no pudo:

que medios hay infinitos
para culpar a Alejandro,
si su envidia es el motivo.
Pero en mi esposa ¿qué tiene
él que envidiar? Ni ella ha sido
quien fomenta su privanza;
luego el culparla es preciso
que no nazca de su envidia.
¡Oh, mal haya el silogismo!
Llegar a hablarla quejoso,
darle consuelo y alivio,
deuda es de sangre y de un trato
de amor puro, honesto y limpio;
pero decir que prosiga
su empleo, y al repetirlo
que la entrada del jardín
le hará lograr, ¿por qué ha sido?
¿Por Nisea? Yo lo creo...
Mas no creo, porque indicio
de ello no se vio. ¿No pudo
Nisea habérselo dicho?
Sí pudiera;... no pudiera.
Locos pensamientos míos,
¿tan mal estáis con vosotros,
que sois vuestros enemigos?
¿La razón contra sí propia?
¿Cómo hay dentro de mí mismo
dos bandos de pensamientos?
No; que, aunque varios, son hijos
de una imaginación sola;
solo un discurso los hizo.
Pues ¿cómo unos contra otros?
¡Incompreensible artificio!
¿Dentro de mí mismo hay quien
esté bien con mi peligro?
Pues ¿a qué parte del alma
le está bien este delito?
¿Quién le procura? El recelo.
¿Quién es el recelo? El hijo
del honor. Pues ¿qué pretende?
Hereda el decoro limpio
de su pureza. Y ¿qué quiere?
Quiere ver si le ha perdido,

para cobrar lo que hereda;
y presenta estos avisos
con petición de querrela,
jurando no ser de vicio
al juez del entendimiento.
Y ¿quién afirma el delito?
Él solo. Pues si él lo afirma,
miente en todo cuanto ha dicho;
porque es parte aquí, y la parte
no vale para testigo.
¡Oh confusiones humanas!
¡Oh dudosos laberintos!
¿Quién es tan ciego, que piensa
comprender en su juicio
las intenciones ajenas,
los secretos escondidos
de los pechos de los otros?
¿Cómo yo ver imagino
una traición que está oculta
en dos pechos fementidos,
si cuando más lo pretendo,
yo no puedo ni distingo
lo que mi propio discurso
tiene dentro de sí mismo?
Mas ¿por qué en vanas quimeras
aquí el tiempo desperdicio
que ha menester el remedio?
A llamar me determino
a Lidoro. ¡Qué mal hice
en maltratarle ofendido,
pues callará temeroso
lo que dudoso averiguo!
Pero yo le daré aliento,
templado, afable y benigno,
hasta saber mis agravios;
y si es cierto su delito,
tiemble mi furor la tierra,
tiémblenme montes y riscos,
y tiemblen los elementos
del airado aliento mío;
pues para que se congele
en rayos lo que respiro,
hay la nube del engaño,

el sol de mi honor activo,
los vapores de los celos
y el fuego de mis suspiros. (*Vase.*)

Escena IX

ALEJANDRO, COMINO.

ALEJANDRO. ¡Hay ventura más colmada!

Logró a Nisea mi amor.

COMINO. ¿No te dije yo, Señor,

que la perderías trocada?

Pues el hablar de ella pare
aquí luego.

ALEJANDRO. Sí hablarás.

COMINO. Por juicio de Satanás,

si palabra de ella hablare,

a mí me lleve el demonio.

ALEJANDRO. ¿No ves que casado estoy?

COMINO. Por eso; que yo no doy

palabra de matrimonio.

ALEJANDRO. El gusto parto contigo

de lograr su mano bella.

COMINO. Vive Dios, de no hablar della

aunque se case conmigo;

y si usted mucho me apura,

arrancaré sin parar.

ALEJANDRO. Pues ¿con quién he de ir a hablar
de mis bodas?

COMINO. Con el cura.

ALEJANDRO. La Duquesa en mi favor

se ha declarado; estoy loco.

COMINO. Ni eso me mueve tampoco.

ALEJANDRO. Pues ¿por qué?

COMINO. Un novio, Señor,

tenía a la gente cansada

en hablar de su mujer;

llegó el día del placer,

y halló a la novia preñada.

Quedó mudo, y deste hechizo

parió la mujer de Bras

un niño, que hablaba más

que el padre que no le hizo.

«¿Por qué de tu esposa hella
no hablas ya?» le preguntó

un amigo; y respondió:
«Porque hay otros que hablan della.»

Cuando tú, por triste o harto,
no hablabas desa señora,
hablaba yo; mas ahora...

ALEJANDRO.

¿Me lo aplicas?

COMINO.

Salvo el parto.

ALEJANDRO.

Comino, burlas dejemos;
ya al jardín hemos entrado.
Nisea aviso me ha dado
de que esta noche saldremos
de dudas, ansias y enojos;
que la Duquesa ha hecho empeño
de que ella ha de ser mi dueño.
¡Ay dulce imán de los ojos!
Si el Duque ya la ha olvidado,
no hay de qué tener recelo;
que a su enojo, sabe el cielo
que yo causa no le he dado.

COMINO.

Y ¿si él con noticia estaba
de tu amor, y lo fingía?

ALEJANDRO.

Pues yo ¿con qué le ofendía
cuando por él la dejaba?
¡Qué! Es locura.

COMINO.

No trabuques

algo que te esté peor.

ALEJANDRO.

Que él ya ha olvidado su amor.

COMINO.

Señor, no fíes en duques;
no sea que aquí te vea.

ALEJANDRO.

Ya él no puede aquí volver
por su esposa. Voy a ver
si ya ha salido Nisea.

COMINO.

Y yo ¿voy contigo?

ALEJANDRO.

No.

COMINO.

Pues ¿me quedo entre claveles?

ALEJANDRO.

Cúbrete desos laureles. (*Vase.*)

Escena X

COMINO.

COMINO.

Pues ¿soy escabeche yo?
De noche, y ¿solo me quedo?
No es mucha mi cobardía;
que oyendo el *Ave, María,*

pienso que tocan a miedo.
Pues a mi amo le plugo,
con este laurel me acojo;
que yo duermo abierto el ojo,
y pareceré besugo.

(Ocúltase entre los árboles.)

Escena XI

El DUQUE, LIDORO. -COMINO, oculto.

DUQUE.

Lidoro, ya de tu aviso
agradezco la intención.

LIDORO.

Señor, sin duda es traición,
pues él encubrirla quiso.
La Duquesa estaba aquí,
y yo no vine con él;
el mentir seña es de infiel,
y del valerse de mí,
para encubrir el intento
con que su engaño venía,
se infiere su alevosía.

DUQUE.

*(Ap. Ya concluye el argumento;
porque si a hablar en mi amor,
como él me dijo, venía,
¿a qué mi esposa salía?
Y si fue acaso, el traidor
¿por qué me mintió, diciendo
que con él vino Lidoro?
Mas ¿qué admiro lo que ignoro
en él, si a mí no me entiendo?)*
Tú, Lidoro, te retira.

LIDORO.

Guardando la puerta estoy
con mi gente.

DUQUE.

(Ap.) Sin mí voy.

¿Dónde me lleva la ira?

LIDORO.

*(Ap.) Con esto bien defendido
de ella y de Alejandro está
mi error, pues ninguno ya
contra mí ha de ser creído. (Vase.)*

Escena XII

El DUQUE. - COMINO, oculto.

DUQUE.

Si él vino aquí a esta traición,
aquí ha de volver. Mas, cielos,

COMINO.

mátenme antes mis celos
que en mi esposa haya traición.
O la vista dificulto,
o un bulto hacia allí se ve.
¿Quién puede ser? ¿Cosa que
venga a menearme el bulto?
Levántome, el valor pruebo,
toco a embestir, tiento el muelle,
llégome a reconocelle,
y de miedo no me atrevo.
¿Quién me mete a mí en saber
lo que será, con mis bríos?
Que un bulto, señores míos,
tiene mil cosas que hacer.
Qué le diré dificulto;
mas nada, que soy discreto,
pues iréme con efeto:
que un discreto no habla a bulto,
(Vase)

Escena XIII

El DUQUE.

DUQUE.

Como el que espera el golpe de la muerte,
ya oída la sentencia, que un punto no divierte
del tiempo imaginado la violencia,
y esperando la hora el triste oído,
es reloj cuanto escucha en el sonido,-
yo, que la muerte de mi honor espero
en mi alevoso amigo,
que viene considero.
Cuanto oigo, pasos son de mi enemigo;
y el ruido de las hojas, con ser tantas
tengo por pasos, pero en fin son plantas.
Dos veces me he engañado con el ruido,
y he vuelto a aquella fuente,
y aun ahora advertido,
si me divierto, vuelvo a la corriente;
que a un corazón que teme tanto daño
suele engañarle más el desengaño.
En cualquier sombra miro su semblante,
y se apercibe el brío
contra el pecho inconstante
de mi enemigo; que el agravio mío,

como es sospecha, aun en la sombra oscura,
no viendo nada, encuentra su figura.
¿Qué será, que parece que le veo?
Mas la idea agraviada
en el retrato feo
del ofensor más viva se traslada
y como están a oscuras mis enojos,
ve la imaginación, y no los ojos.
Entrar no puedo ni apartarme un punto
de este jardín, que centro
fue de mi amor difunto.
No me atrevo a pensar si estará dentro;
porque, según de mi desdicha advierto,
temo que, si lo dudo, será cierto.
Pero, ¡cielos, un hombre allí he mirado,
y que viene recelo!
¡El pelo se ha erizado!
¿Si es él? Que tal no sea quiera el cielo.
Mas soy tan infeliz, que ya lo creo
Porque lo contradice mi deseo.

Escena XIV

ALEJANDRO. -*El* DUQUE.

ALEJANDRO. (*Ap.* Allí está Comino.) Amigo,
ya es mi fortuna mejor, (*Al* DUQUE.)
y ya no temo del Duque
ni enojo ni indignación.
yo he estado con la Duquesa,
y me ha hecho su favor
dueño de tan deseada
y dichosa posesión.

DUQUE. (*Aparte.*)

ALEJANDRO. ¡Caiga el cielo sobre mí!
Si yo logro de mi amor
con su favor la esperanza,
¿a qué aspira mi ambición?
Ven; que allá te daré cuenta
de lo que pasa.

DUQUE. Traidor,
yo te haré dos mil pedazos.

ALEJANDRO. ¡Qué miro! ¡Válgame Dios!
Señor, reportad las iras;
que por defenderme yo

saco la espada no más.

(Sacando las espadas; retírase ALEJANDRO defendiéndose, y el DUQUE lo persigue.)

Escena XV

AURORA, NISEA; *luego*, ALEJANDRO; *después*, el DUQUE.

AURORA. ¡Ay, Nisea!

NISEA. ¡Muerta estoy!

AURORA. ¿Qué es esto?

NISEA. No sé, Señora.

(Sale huyendo ALEJANDRO, atraviesa el teatro, y vase, después de decir estos versos.)

ALEJANDRO. Huyendo vuestro furor,
me voy para no ofenderos.

(Vase.)

AURORA. ¡Guardas, criados, traición,
traición en palacio!

DUQUE. *(Sale.)*

¿Dónde

se fue? que tan ciego estoy,
que te he perdido de vista.

AURORA. Del Duque es aquesta voz.-
¡Acudid presto, criados!

Escena XVI

IRENE, criados, *con hachas encendidas y las espadas desnudas*; *luego*, ALEJANDRO,
LIDORO, COMINO y *gente*. -AURORA, NISEA, el DUQUE.

CRIADOS. Hacia aquí suena el rumor.

DUQUE. *(Aparte.)*

Cielos, ¡qué miro! Mi agravio
es público ya.

AURORA. Señor,

¿Vos el acero desnudo?

LIDORO. *(Dentro.)*

Dáos, Alejandro, a prisión.

(Salen LIDORO y gente acuchillando a ALEJANDRO y COMINO.)

ALEJANDRO. Solo mi vida defiando;
mas ya en su presencia no;
que las armas y la vida
rindo al Duque, mi señor.

DUQUE. *(Ap. Ya aquí es notoria mi afrenta,
y el castigo a la traición
también ha de ser notorio.)*
Lidoro, llevadle vos
preso a Alejandro a la torre.

ALEJANDRO. Por obedecerte voy,
y a morir fuera contento;
solo os digo...

DUQUE. Vuestra voz
no salga del pecho, infame.

ALEJANDRO. Infame no; vive Dios,
que... Mas por obedecer
callo.

DUQUE. Llevadle.

ALEJANDRO. Ya voy.

(Vanse LIDORO y su gente, llevándose presos a ALEJANDRO y COMINO.)

Escena XVII

AURORA, NISEA, el DUQUE, criados.

NISEA. (Aparte.)
Cielos, ¡qué miran mis ojos!
Tiranía y celos son.
¡Ay, Alejandro infeliz!
Pues ¿a mis ojos, Señor,
ejecutáis las venganzas
de vuestra ciega pasión?
no siento ya las ofensas
que resultan a mi amor;
que despreciéis mi decoro
sólo he sentido de vos.
Las armas de mi respeto
defendían mi afición;
mas ajadas, solo quedan
las de mi llanto veloz. (Llora.)

DUQUE. (Aparte.)
Irritado y compasivo
mirando su llanto estoy;
¿quién puede dudar que llora
de Alejandro la prisión?
Pues ¿cómo, cuando se ve
provocar más mi furor,
me entenece? Mas ¿qué mucho,
si aquel llanto, aunque es traición,
le está sintiendo mi agravio,
y le está viendo mi amor?
Mas ya es afrenta tenerle,
y entre estos afectos dos
del amor y del agravio,

pues tan poderosos son,
y entrambos contra el decoro
por no obligarme, me voy
a que el furor me despeñe
o me arrastre la pasión.

(Hace que se va.)

AURORA. ¿Qué es esto, Señor? ¿La espalda
me volvéis? ¿Tras el dolor
de la ofensa me negáis
el consuelo de la voz?-
¿Hay mujer más desdichada?

DUQUE. *(Aparte.)*

¿Hay más violento rigor?

AURORA. ¿Señor, Señor?...

DUQUE. *(Aparte.)*

¡Qué violencia!

AURORA. ¿No me habláis?

DUQUE. *(Aparte.)*

¡Desdicha atroz!

AURORA. Decidme aunque sea un desprecio.

DUQUE. *(Aparte.)*

No me deja el corazón.

AURORA. ¡Que se vaya sin mirarme!

DUQUE. *(Aparte.)*

¡Qué pesados pasos doy!

AURORA. Por no morir no le miro.

DUQUE. *(Aparte.)*

Por no volver, muerto voy.

AURORA. Mas no puedo.

DUQUE. *(Aparte.)*

Mas vencióme.

(Vuelve.)

AURORA. ¡Ah ingrato!...

DUQUE. *(Aparte.)*

¡Ah injusto amor!...

AURORA. Plegue al cielo...

DUQUE. *(Aparte.)*

El cielo quiera...

AURORA. Que a tu culpa...

DUQUE. *(Aparte.)*

A tu traición...

AURORA. Dé muchos años de vida.

DUQUE. *(Aparte.)*

Nunca me los dé sin vos.

Jornada tercera

Antesala de palacio.

Escena primera

COMINO, *muy desandrajado*; luego, IRENE.

COMINO.

Los que priváis, como yo,
con los duques desta vida,
notad la historia perdida
de quien con ellos privó.
Todo hombre cuerdo y honrado,
con mi ejemplo verdadero,
se meta a sotacohero
antes que a sotaprivado.
Venme aquí, que por la villa,
muriendo de hambre y de frío,
ando, sin bajar al río,
con más trapos que Inesilla.
Este el fin preciso es
de quien como yo camina
que del Duque en la cocina
no valgo para marqués;
porque, después que a mi amo
y a la Duquesa prendieron,
y de que al Duque ofendieron
corre la voz y el reclamo,-
ya todos, porque él fue malo,
conmigo en tal odio están,
que ya me niegan el pan,
y me dan luego del palo.
A ver a palacio voy,
si hay quien me conozca aquí:
aprended, trapos, de mí
lo que va de ayer a hoy;
que, según por pecatriz
apaleado y sacudido
me veo, pienso que ha sido
mi caída de tapiz.

Y si aquesto cierto es,
como lo imagino ya,
sacudirme ahora será
para colgarme después.
Mas Irene por allí
pasa; a llamarla me atrevo,
por saber lo que hay de nuevo.-
¡Ah Irenilla! zape aquí.-
¡No se mueve a la llaneza!-
¡Ah Irene! ¡Ah señora Irene!

IRENE. (Sale.)
¿Quién es quien llama?

COMINO. Quien viene
por audiencia a vuestra alteza.

IRENE. ¿Quién es?

COMINO. ¿No ve su atención
quién soy?

IRENE. No caigo, a fe mía.

COMINO. Pues yo sé cuándo caía
Vusía en la tentación.

IRENE. No le conozco.

COMINO. Sí harías
si trataras de guisar;
mas ya no debes de andar
hacia las alcafonías.

IRENE. Por esas señas no atino;
señáleme más abajo.

COMINO. No te habrás puesto hoy el ajo,
pues te olvidas de Comino.

IRENE. ¡Jesús! ¿Tú así?

COMINO. Los ratones
me han dado la honra en que estoy.

IRENE. ¿Cómo?

COMINO. Han probado que soy
pariente de los Girones.

IRENE. Pues ¿cómo en tantos retazos
paró gala tan cumplida?

COMINO. Porque cualquiera caída
deja a un hombre hecho pedazos;
mas, esto dejando a un lado,
¿qué hay por acá?

IRENE. Grandes penas.
Ya sabes la ley de Atenas

COMINO. Eso bien claro se advierte.
IRENE. Pues ya su cuarto está abierto;
yo voy a avisarla pues. (*Vase.*)

Escena II

COMINO; *después*, LIDORO y un CRIADO.

COMINO. Yo me he de echar a sus pies,
por si en ellos hallo puerto.
(*Sale LIDORO, se dirige a la habitación del DUQUE; y al llegar a la puerta aparece un CRIADO, que le detiene.*)

CRIADO. Lidoro, el Duque ha mandad,
que vos no le entréis a ver.

LIDORO. Pues ¿porqué ha podido ser?

CRIADO. Todo hoy ha estado cerrado;
y es tan grande su tristeza,
que a nadie ha visto la cara.
Yo, porque no peligrara
en mayor daño su alteza,
por más que lo ha resistido,
los músicos hice entrar,
y ya, de oírlos cantar,
está algo más divertido.
Y en particular me ha dado
esta orden para vos. (*Vase.*)

Escena III

LIDORO, COMINO.

LIDORO. (*Para sí.*)

Confuso estoy, vive Dios.
¿Si algo de mí ha sospechado?
Mas ver de su esposa bella
la muerte ya tan cercana,
pues es el plazo mañana,
siendo yo instrumento della,
le hará mi presencia odiosa.
Irme quiero, y la ocasión
quitará mi turbación
de que sospeche otra cosa.
Mas vano temor me lleva:
estando de mí acusada,
y su defensa aplazada,
la ley no admite otra prueba.
No desdiciéndome ya,

o ha de morir o ha de haber
quien la salga a defender,
y es cierto que no lo habrá. (*Vase.*)
COMINO. ¡Que ande en el mundo este perro
sin que le den cruda muerte!
¿Para quién guarda la suerte
las estocadas por yerro?
(*Entrase por la puerta de la habitación del DUQUE.*)

Gabinete del Duque.

Escena IV

El DUQUE, *sentado*; músicos, *dentro*.

MÚSICA. (*Dentro.*)

*Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida.*

DUQUE. «¿Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida?»
Muerte, si el dolor fatal
cesa en ti, ven a mi llanto
presta y escondida, tanto
como me vino mi mal.
Escondida, porque igual
sea el alivio a la herida;
tan presto, porque la vida
durará, si él es molesto;
y si no puedes tan presto,
Ven, muerte, tan escondida.
Si siento tu planta helada
dentro de mi pecho, infiero
que el contento de que muero
te ha de resistir la entrada.
Mas si tan disimulada
vienes, que entras sin sentir,
no podrá. Y pues resistir
cuando estés dentro no puedo,
pisa en mi dolor tan quedo,
Que no lo sienta venir.
Y si quiere tu rigor
saber por qué te deseo,

cuando tu semblante feo
da a la vida tanto horror,-
ven a acabar mi dolor;
que tú sabrás al venir
porque no quiero vivir;
pues si el morir es placer,
al partir yo, vendrá a ser
Porqué el placer de morir.
Y si al cesar mi tormento
cuando a tu espada muriere,
vieres que el contento quiere
entrar en mi sentimiento,-
mata también al contento
con el golpe de la herida
(que él, si has de ser mi homicida,
primero ha de defender),
porque aquel mismo placer
No me vuelva a dar la vida.
¡Ay de mí! ¡Ay fiero pesar!
Dejadme.- ¿Quién está aquí?

Escena V

Un CRIADO, COMINO, que entra detrás de él. -El DUQUE.

CRIADO.
DUQUE.

Yo, Señor.
Que cesen di;
que no quiero oír cantar.
A nadie he de recibir:
solo conmigo he de estar
hasta que venza el pesar
y me acabe de rendir.

CRIADO.
DUQUE.

Yo me voy.
¿Quién está allí?
Mirad quién entra aquí dentro.

COMINO.
DUQUE.

Yo, Señor; mas ya no entro.
Tened ese hombre.

COMINO.
DUQUE.
COMINO.

¡Ay de mí!
¿Quién sois?
Pues en mis harapos
¿No lo ves? Yo fui escopeta,
adelgacé, y fui baqueta,
y he quedado en sacatrapos.

DUQUE.
COMINO.

¿No decís quién sois?
No atino,

de lo turbado que estoy;
pero de saber quién soy
no se os dé a vos un comino,
ni aquesto el juicio os trabuque.

DUQUE. ¿Que sois Comino decís?
COMINO. Mas quisiera ser anís.
DUQUE. ¿Por qué?
COMINO. Por serlo del Duque.
DUQUE. (*Ap.* Este hombre ha sido criado
de mi alevé y falso amigo;
de mi mal sería testigo,
habiéndole acompañado.
¡Que haya osado entrarme a ver!)
Pues ¿cómo vos no estáis preso?
COMINO. ¡No vengo yo a saber eso,
sino a pedir qué comer;
que muero a necesidades
y yo no os he excomulgado,
para que me hayan privado
de las temporalidades.
DUQUE. De Alejandro a la prisión
llevad a este hombre de aquí,
porque le acompañe allí,
como lo hizo en la traición.
CRIADO. Venid.
COMINO. ¿Señor?...
DUQUE. Si porfía,
echadle por un balcón.
COMINO. Señor, que aquella traición
no era para compañía.
DUQUE. Llevadle luego, o matadle.
CRIADO. ¿Queréis venir o morir?
COMINO. Si me dejan elegir,
Ejecútese el *llevadle*.
(*Llévase el criado a COMINO.*)

Escena VI

El DUQUE.

DUQUE. Cielos, ¿para qué me entrego
al peligro de estar solo,
si doy lugar a la lucha
de mi amor y de mi enojo?
De mi ingrata esposa juntos,

para morir de uno y otro,
retratado en la memoria
tengo el agravio y el rostro.
Cuando imagino mi agravio,
del pecho llamas arrojo,
y cuando su rostro miro,
hacen su oficio los ojos.
¡Oh honor cruel! ¡oh ley dura!
Si el morir ella es forzoso,
¿Por qué dejas mi amor vivo,
cuando matas lo que adoro?
Pero ¡qué miro! ¡las damas
de mi esposa, el cuerpo todo
lleno de luto, y Nisea
con el semblante lloroso
entran en mi cuarto! En vano
solicitan el abono
de su culpa, cuando en mí
fuera menester tan poco.

Escena VII

NISEA, IRENE y DAMAS; *todas de luto.* -El DUQUE.

NISEA.

A vuestras plantas, Señor,
lleno mi dolor de asombros,
cubierto el cuerpo de luto,
y de lágrimas los ojos;
a vuestras plantas, Señor,
una y mil veces me postro,
no a rendiros mi obediencia,
sino a irritar vuestro enojo.
No vengo, Señor, humilde
a pedir por quien lloro;
que aunque vos no lo sabéis,
es Alejandro mi esposo.
A culparos atrevida
vengo el más cruel destrozo
que inhumano rigor pudo
cometer contra sí propio;
y a costa de mi peligro,
a que sepa el mundo todo
que injustamente a mi prima
culpáis el casto decoro.
El cielo puro es testigo

de que Alejandro entró solo
al jardín, siendo llamado
de mi deseo amoroso;
y de que fue tan leal,
que hasta escuchar de vos propio
que ya olvidabais mi amor,
por vos despreció mis ojos.
Y si intentáis ofendido,
o por mi amor o por odio
de vuestra esposa, su muerte
con medio tan afrentoso,
yo, que ya mi riesgo temo
menos que el daño que lloro,
esta crueldad, este engaño
haré en el mundo notorios.
Y porque el amor injusto
que os mueve se trueque a enojo,
si os ofendió el que me quiso,
yo os confieso que le adoro.
Sébase que por lograr
vuestro amor y vuestro antojo,
culpáis un honor que al sol
injurio sus rayos de oro.
Siendo vuestro honor el suyo,
¿cómo, Duque injusto, cómo
(a morir vengo resuelta,
no me extrañéis el arrojado),
cómo pues la dais la muerte
con golpe tan injurioso,
que primero que su vida,
ha muerto vuestro decoro?
¿Esto cabe en pecho humano?
¿Hay brazo tan riguroso,
que para matar, comience
desde sí mismo el destrozo?
No es posible, no es posible,
ni pueden ya mis sollozos,
pensándolo, detener
de mi llanto los arroyos.
Gran Señor, volved en vos;
que a vuestro daño interpongo
mi llanto, pues os suspendo
en vuestro peligro propio.

Y perdonad si mi labio
del respeto rompe el coto,
pues resulta en honor vuestro
que os le haya perdido loco.
Si mi amor, Señor, os mueve,
mirad que por ese logro
dais de vuestro honor el precio,
pudiendo costar más poco.
Menos daño hubiera sido
atropellar mi decoro.
porque aunque fuerais tirano,
no quedabais afrentoso.
En dar muerte a vuestra esposa,
si acaso os irrita el odio,
¿para qué gastáis lo honrado,
si basta lo poderoso?
Muera, Señor, porque os cansa,
mas no por el testimonio;
que por salvar un delito
no es bien dorarle con otro.
Si con la ofensa el rigor
pensáis cubrir, no es abono,
porque os está lo ofendido
peor que lo riguroso.
Y si acaso en vos ha sido
sospecha, o fue de Lidoro
traición, es más culpa vuestra
dar crédito a un alevoso:
él pretendió mis favores,
agraviando aleve y loco
vuestra misma confianza
y mis blasones heroicos;
y si, como he presumido,
ha sido el autor de todo,
fue por cubrir el delito
de su intento cauteloso;
que el honor de la Duquesa
ha sido y es más lustroso
que los astros que ilumina
el sol con incendio rojo.
Pero si es pasión tirana
y os ciega mi afecto solo,
propongo al mundo y al cielo

que mi valor generoso,
cruel con mi misma vida,
y con mi lealtad piadoso,
se haga pedazos primero
que consienta tal oprobio.
Yo misma me daré muerte,
y mis brazos y mis ojos,
mis manos, mi horror, serán
instrumento a falta de otro.
Mire pues vuestro rigor
si es el motivo ese antojo,
que no ha de lograr su intento
y ha de quedarle el desdoro;
porque al ruego, a la amenaza,
a la violencia, al enojo,
al cariño y al poder,
será mi pecho un escollo,
donde yo, y después de mí,
de vuestro amor afrentoso,
la nave se haga pedazos,
y puede ser que el piloto.

(Vase.)

IRENE.

(Aparte.)

Absorta voy de escucharla;
si esto no temple su enojo,
Nisea ha sido la nave,
y el Duque ha sido el escollo.

(Vase IRENE con las damas.)

Escena VIII

El DUQUE.

DUQUE.

Sin sentido, sin alma, sin aliento
me ha dejado Nisea;
todo el cielo resista mi tormento,
que mi valor flaquea,
y a defensa menor dará desmayo
el encendido asombro deste rayo.
Alejandro era amante de Nisea,
Lidoro pretendía
su favor; y aunque el alma no lo crea
¿posible no sería,
ser traición, pues toda la evidencia
con este aviso queda en apariencia?

Si esto ser pudo (doy que no haya sido,
sino que ser pudiera),
¿cómo el honor, sin verlo, lo ha creído?
¡Oh información primera,
estrago de las honras y las vidas!
¡Cuántas han sido falsas y creídas!
¿Cabiendo duda, ciego lo he creído?
¿Cómo no pierdo, cielos,
el aliento, la vida y el sentido?
Pero a espacio, desvelos:
que no es remedio para el mal que toco
enloquecerme más porque fui loco.
Acudir al remedio me conviene,
y averiguar primero
que me resuelva, el alma que esto tiene:
mas ¿cómo verlo espero,
si de ciego lo erré, y mi error pensando
más con este dolor me voy cegando?
Pero de amor y honor he de apartarme.
Y la razón desnuda,
solo aquí, como juez, considerarme
para apurar la duda.
¡Ah deseo! ¡qué bien que lo dispones
si no lo ejecutaran las pasiones!
Ya de la industria que lograr espero,
norte las sombras sean:
con mis dos enemigos verme quiero,
mas sin que ellos me vean;
la noche ya a este empeño me socorre,
y en dos cuartos están de aquesta torre
llave tengo, esta puerta al de mi esposa
pasa, por ella entro;
turbada llevo el alma y temerosa;
(Abre la puerta, y dice al entrar.)
mas ya abrí y ya estoy dentro.
Alma, toda te da a cada sentido;
que vamos a buscar mi honor perdido.

Cuarto de la torre. -Una luz sobre un bufetillo.

Escena IX

AURORA, *sentada; luego, el DUQUE, después, dentro, músicos.*

AURORA. Tristes pensamientos míos,

que en esta sola prisión
me acompañáis, no ceséis,
aunque dobléis mi dolor.
Aquí tan sola me veo,
y tan sin amparo estoy,
que a mis penas agradezco
que me asista su rigor.

(Sale el DUQUE y se queda al paño)

DUQUE. Ya, honor, tienes la batalla
presente. Temblando voy;
mas, corazón, ¿tu enemigo
no es aquel? ¡Válgame Dios,
qué hermosa está! No es posible
ser enemigos los dos;
que quien tanto me le lleva,
no ha ofendido al corazón.

(Suena música dentro.)

AURORA. Ya suena el triste instrumento
a que acompaña una voz,
cuyo acento a mis oídos
llega por darme dolor.
¿Dónde cantarán, que aquí
aun no llega a entrar el sol?
Y pues el dolor me aumenta
llegue este acento veloz.

MÚSICA. *Pues la noche de la injuria
robó la luz a mi honor,
mas que me anochezca siempre,
mas que nunca salga el sol.*

(Llora la DUQUESA.)

DUQUE. ¡Qué miro, cielos! llorando
ha respondido a la voz;
mal saldré desta batalla,
si ya rindiéndome voy.

AURORA. Acompañad, ojos míos,
de aquellas voces el son,
pues cuanto explican sus ecos,
habla a mi pena por vos.
Para todos el sol nace,
y solo para mí no,
porque en mi esposo tenía
mi amor, el día y el sol.
Y pues por su ingratitud

ELLA y la MÚSICA.

he perdido su esplendor...
*Mas que me anochezca siempre,
mas que nunca salga el sol.*

DUQUE.

¿Qué decís, corazón mío?
¿Esto es falso? ¿cupo error
en aquel limpio cristal
de aquellas lágrimas? No.
¿Quién lo responde? El deseo.
¿Quién lo pregunta? El honor.
¿Y dice que sí? Bien dice;
y que es falso y que es traición
pensar que aquella hermosura
manchase el puro candor
de su honestidad. Mintieron
los sentidos y la voz
y el alma. Mas ¡ay de mí!
Que honor en la información
ha tachado este testigo,
Porque es hijo del amor.
Pues a la prueba, sentidos,
digan los que sin pasión
pueden hablar deste caso.
Y esos testigos ¿quién son?
La atención y la cautela.
y ¿cómo podrán los dos
decir aquí? Desta suerte.

(Se adelanta y mata la luz)

AURORA.

¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!
¿Quién, ha entrado aquí?

DUQUE.

¿Señora?

AURORA.

¿Quién me llama? ¡Muerta estoy!

DUQUE.

*(Ap. Para que no me conozca
disimularé la voz.)*

Un caballero piadoso,
que desta triste prisión
os viene a dar libertad.

AURORA.

(Ap. Cielos, mi pena cesó.)

¿Qué dices, amigo? ¿Es cierto?

DUQUE.

Veréis la demostración.

AURORA.

¿Luego ya el Duque, mi esposo,
se ha desengañado?

DUQUE.

No;

que antes lo intento por ser

AURORA.

DUQUE.

AURORA.

ya vuestro riesgo mayor.

Luego ¿no es él quien me libra?

No, Señora, sino yo.

¡Oh contento como mío!

¡Qué breve es tu duración!

Entraste al pecho, y duraste

solo el tiempo que bastó

para que el alma te viese,

siendo tu intento traidor

dejar al alma el tormento

de perder el bien que vio.

¿Mi esposo más indignado?

ojos míos, duros sois, (*Llora.*)

pues vuestro llanto a sus pies

no llega en curso veloz.-

Vos, quien quiera que seáis,

si para entender mi voz

lugar os da el llanto mío,

idos; que de mi aflicción,

si aliviarla habéis pensado,

me habéis doblado el rigor.

La pena que yo padezco

no es esta triste prisión,

ni la muerte, que ya espero;

que aunque aquestas penas son,

no son penas, comparadas

a la que tengo de amor.

Ni vida ni libertad

quiero sin él; id con Dios,

y dejadme con mis penas,

llorando su sin razón;

Que si librarme es perderle,

no es piedad ni alivio en vos

sacarme de las menores,

y doblarme la mayor.

DUQUE.

(*Ap.* ¡Qué escucho! deste placer

no es capaz el corazón,

pues de todos los sentidos

el uso no arrebató;

mas no le quede raíz

de sospecha al corazón,

salga todo de una vez.)

Señora, mirad que yo

AURORA.

tengo ya libre a Alejandro,
y os está esperando a vos
para llevaros a Creta.
¿Qué decís? ¿Sabéis quién soy?
¿Yo, para librar la vida,
poner a riesgo mi honor
de hacer cierta la sospecha,
la imaginada traición?
¿Yo con ese hombre? Aunque el medio
de reducir a mi amor
al Duque, a quien tanto adoro,
y restaurar mi opinión,
fuera ese, no lo emprendiera.
Hombre, quien quiera que sois,
idos, y dejadme ya
(leal seáis o traidor)
llorando aquí mis desdichas;
Y mirad qué tales son,
pues habiéndome vos hecho
tan loca proposición,
aun no me dejan aliento
para enojarme con vos.

DUQUE.

(*Ap.* El corazón me ha partido.
¡Oh ejemplo puro de amor!
¡Oh inocencia perseguida!
¡Oh ciego y bárbaro yo!
¡Que a esta traición haya dado
tan cruel disposición,
que aquí abrazarla no pueda
ni declararla quien soy,
hasta que se haya enmendado
lo que la sospecha erró!
Mas recibe, dueño mío,
hasta que pueda mejor,
este abrazo que en el alma
te da la imaginación.)
Siendo tal vuestra inocencia,
Tenéis, Señora, razón,
y hacéis bien en esperar
que el cielo vuelva por vos;
y el Duque ha de conocerlo.

AURORA.

Soy muy desdichada yo
para lograr tal ventura.

DUQUE. Si él os quiere, ¿por qué no?
 AURORA. ¿Quererme el Duque? ¡ay de mí!
 Amigo, si a dar favor
 venís, o alivio a mis penas,
 no renovéis mi pasión;
 idos, por Dios, y dejadme;
 que acordando su rigor,
 cada vez que le nombráis,
 me partís el corazón.
 Idos, dejadme en mi llanto.
 DUQUE. (*Ap.* ¡Esto resistiendo estoy!)
 Señora, esto en mí es piedad.
 AURORA. Ya por no oíros me voy.
 DUQUE. ¿Os vais ya, Señora?
 AURORA. Os temo.
 DUQUE. Pues ¿qué teméis?
 AURORA. Vuestra voz.
 DUQUE. ¿Os ofende?
 AURORA. Me atormenta.
 DUQUE. Pues perdonad.
 AURORA. Id con Dios,
 y crêd que agradezco el cielo,
 pues os perdono el error. (*Vase*)

Escena X

El DUQUE.

DUQUE. ¡Ay cielo! el alma me lleva
 tras el eco de su voz;
 ahora siento el error ciego
 de mi loca presunción.
 ¡Que es posible, suerte esquiva,
 que hiciese hombre como yo,
 arrastrado de un engaño,
 público su deshonor!
 ¡Yo a mi esposa he permitido
 tan infame acusación,
 que ya, sin ser defendida,
 no tiene enmienda su honor!
 ¡Oh liviandad ciega y loca
 de una rabiosa pasión!
 ¿Que hombre fue cuerdo con ella?
 Todos erraron, y yo
 erré todo lo que todos.

Mas ¿cómo siento mi error
agora? Mas es que estaba
ocupado el corazón
con el dolor del agravio,
y como todo salió,
dio lugar para que entrara
todo este nuevo dolor.
¡Oh falso y traidor Lidoro!
Mas ¿qué digo? aunque el candor
de mi esposa está tan puro,
¿no pudo dar la intención
de Alejandro causa al daño?
Pues a averiguarlo voy.
Cerrar quiero aquesta puerta,
y abrir la de su prisión,
que divide el otro cuarto.
Aquí dejo el corazón.-
hasta que te vea en mis brazos,
esposa querida, adiós.-
Esta la puerta ha de ser;
y con más seguridad
de poderme conocer,
podré saber la verdad,
porque aquí luz no ha de haber.
(Éntrase cerrando la puerta, y sale por otra.)

Otro cuarto de la torre. - No hay luz.

Escena XI

ALEJANDRO y COMINO, *con cadenas.* - El DUQUE.

ALEJANDRO. Comino, ¿qué hemos de hacer?
Yo no tengo más ventura.

COMINO. ¡Gran rigor!

ALEJANDRO. Esto es poder.

COMINO. Pues te obliga a padecer,
no es poder, sino escritura.
¡Que muera asado un mancebo
como huevo!

ALEJANDRO. Yo en la fragua
de mi llanto morir debo.

COMINO. Si eso es pasado por agua,
también es muerte de huevo.
Mas ¿qué te parece a ti?

si esto llega a que él te queme
¿Harán lo mismo de mí?
ALEJANDRO. Temo, Comino, que sí.
COMINO. Lleve el diablo quien tal teme.
ALEJANDRO. Tres males me dan dolor
mayor que muerte tan fea:
faltar el Duque a mi amor,
perder sin culpa el honor,
y no lograr a Nisea.
DUQUE. (Ap. ¡Cielos, contra su lealtad
falso es cuanto el alma piensa!
apuraré la verdad;
que tanto como la ofensa,
siento el perder su amistad.)
¿Alejandro?
COMINO. ¡Ay santa Irene!
ALEJANDRO. ¿Quién es?
COMINO. Alguna alma en pena.
DUQUE. No temáis.
COMINO. ¿Qué, duda tiene?
algún muerto es, que se viene
al ruido de la cadena.
ALEJANDRO. No hay daño que presumir.
COMINO. No quiero que a mí me encarne.
ALEJANDRO. Quién es no puedo inferir.
COMINO. Alma que ha oído la carne,
como estás para morir.
DUQUE. ¿Queréis salir deste horror?
ALEJANDRO. Decidme quién sois primero.
COMINO. Yo quiero, aunque sea peor.
ALEJANDRO. Calla.
COMINO. Digo que yo quiero;
eche usted cartas, Señor.
DUQUE. De vos la Duquesa fía
el que la llevéis a Creta;
que ya por la industria mía
está libre.
COMINO. Ave, María.
ALEJANDRO. La Duquesa es muy discreta,
y no puede haber pensado
contra su honor tal error.
Y si acaso os lo ha mandado,
decidla que soy criado

yo del Duque, mi señor;
y que huir ella conmigo
fuera abonar al que miente,
su infamia; y que no la sigo
por no hacer al inocente
merecedor del castigo.
Si el hado nos atropella,
muramos; que no me obligo
con deshonra a defendella;
y pues soy cruel conmigo,
bien puedo serlo con ella.
Y aunque quede en la traición
por cierta la falsedad,
más quiere mi estimación
ser honrado en la verdad
que dichoso en la opinión.
(*Ap.* ¡Oh amigo! lo que he agraviado
con mi duda tu decoro,
suple por lo que has ganado;
que aunque para mí eras oro,
ya eres oro acrisolado.)
Eso la iré a responder.

DUQUE.

ALEJANDRO.

DUQUE.

ALEJANDRO.

DUQUE.

ALEJANDRO.

DUQUE.

COMINO.

DUQUE.

ALEJANDRO.

COMINO.

DUQUE.

(*Aparte.*)

¡Noble pecho!

Diga quién es, o alzo el grito.

Oíd, callad.

No hay que callar;

diga quién es al momento.

¿Guardas?

Pues dejadme hablar.

COMINO. Vive Dios, que he de llamar
las guardas y el monumento.

DUQUE. *(Aparte.)*
¿Quién creará que yo de veras
tengo aquí temor ¿Qué haré?

ALEJANDRO. Hombre, ¿no hablas? ¿A qué esperas?

DUQUE. Ya lo digo.

COMINO. O llamaré
las guardas y las gateras.

DUQUE. *(Ap. Esta es la puerta, y así
lo he de remediar.)* ¿Quién va?
¿Quién es? ¿quién sale de aquí?-
Soldados, guarda.

ALEJANDRO. ¡Ay de mí!

COMINO. ¡Alto! -Escapósenos ya.

Escena XXI

CRIADOS, *con luces.* - DICHOS.
¿Qué es esto, Señor?

DUQUE. Traición;
un hombre de aquí ha salido.

CRIADO. Señor, ha sido ilusión.

DUQUE. ¿Quién ha abierto esta prisión?

ALEJANDRO. *(Aparte a COMINO.)*
No lo digas.

COMINO. Ya he entendido.

ALEJANDRO. Príncipe mío, Señor,
mi lealtad está a tus pies;
mira, Señor, que el traidor
el que te ha engañado es.

DUQUE. *(Ap. Mas que él siento su dolor;
mas declararme, aunque quiera,
no puedo. ¡Ah desdicha fiera!)*
Lleva a encerrar a ese hombre.

ALEJANDRO. Mas he sentido ese nombre,
que la muerte que me espera.

DUQUE. Llevadle. *(Ap. Sufra mi amor,
y hasta que enmiende mi error,
perdona, amigo, el fingillo.)*

ALEJANDRO. Ocioso será el cuchillo,
viendo en vos ese rigor. *(Vase.)*

CRIADO. Vos también.

COMINO. Mira que das

DUQUE. en mí castigo a un Abel.
Soltad a ese hombre.
COMINO. ¡San Blas!
suéltete a ti Satanás
en manos de san Miguel.
(Vase COMINO por un lado, y los criados por otro.)

Escena XIII

El DUQUE.

DUQUE. Cielos, ya he averiguado
que es Lidoro traidor, y que él ha sido
quien toda esta traición ha maquinado;
no hay que dar ya al sentido
el dolor de mi engaño,
sino tratar de remediar el daño.
Mi esposa está acusada,
y ha de ser defendida,
o quedar infamada,
según la dura ley, si arrepentida
la lengua que la infama,
no se desdice y vuelve por su fama.
El delito es ya público en mi estado,
y la satisfacción secreta ha sido;
bien puedo yo imitar a este atrevido,
y hacerle desdecir. Mas arriesgado
quedo a que haya quien piense que me mueve
el amor de mi esposa, y no se atreve
a dejalla morir, leal, mi pecho,
y que el poder, y no el honor, lo ha hecho
pues la satisfacción en que me fundo
no se la puedo dar a todo el mundo.
Si ha de ser defendida,
queda a riesgo su vida
si no hay quien la defienda;
y caso que le haya, en la contienda
puede quedar vencido,
mi esposa sin honor, y yo perdido.
Pues ¿cómo he de enmendar yerro tan grave,
ya que es mi pecho solo quien lo sabe?
Mas ¿para que al discurso la acción dejo?
El valor es quien da el mejor consejo.
ya el remedio he pensado:
verá mi honor el mundo restaurado,

la traición con castigo,
casta a mi esposa, en mi amistad mi amigo!
Yo contento y feliz, ella en mis brazos,
ven ellos al traidor hecho pedazos.
Pues, valor, al empeño, a ganar gloria;
que al mundo dará ejemplo aquesta historia.

Interior de un palenque. -En el centro un tablado y un bufete, cubiertos de luto, y encima de éste un reloj de arena.

Escena XIV

COMINO, *vestido de borgoñón con alabarda; luego*, DOS JUECES.

COMINO. Logar de aquí: fora dixi;
atrás, Señor, ande a un lado.
Fora, que veni el sargento.-
Dios mío, ¡qué bravo paso!
Ya que el plazo se ha cumplido
de sustentar en el campo
Lidoro su testimonio,
como son menester tantos
para asegurar el puesto.
Guardas de a pie y a caballo,
fingiéndome borgoñón,
plaza de guarda me han dado.
Ya la Duquesa y sus damas
han salido de Palacio,
y por otra parte traen
al infeliz Alejandro.
Lidoro por otra parte
también viene a sustentallo,
y el tribunal de los jueces
está puesto en un tablado.
Mas, señores, el oficio
se me ha metido en los cascos
con tal furia, que ya tengo
toda Borgoña en el bazo.
Y me creen por borgoñón.
Porque en otra lengua hablando
(francés, flamenco, irlandés),
En diciendo «estrinqui franco»,
todo suena a borgoñón,
aunque sea en italiano.
Tanto me ha entrado la plaza,

que aquí en vacío me ensayo,
porque es gran gusto andar uno
sin peligro dando palos.
Llego a un corro: «Andad de aquí.-
Tened ahí, seor soldado;
repórtese. -No hay reportis:
atrás, logar. -¡Ay mi brazo!
Señor, que es una preñada.-
¿Qué importes que estés preñado?
vaya a parir al infierno.»

(Salen los JUECES, y se sientan detrás del bufete.)

¡Bravo oficio es ir cascando!
Mas tate, ya están los jueces
en su tribunal sentados,
y ya van entrando todos.
Ya esto va de veras. -Alto.
Andar, señoris, atrás:
A ellis dixi. ¿Están sentatus?
No piensen que esti es comedie.
Háganse adentris lis bancus. -
Mas ya están todos presentes.

(Suenan cajas destempladas y sordinas.)

Escena XV

*La DUQUESA, cubierta la cara con un velo; NISEA, IRENE, y DAMAS, todas de luto;
ALEJANDRO, atadas las manos y vendados los ojos; SOLDADOS. -DICHOS.*

AURORA. ¡Valed, cielos soberanos,
mi honor, sin culpa ofendido!

NISEA. A hablar no acierto, de llanto.

ALEJANDRO. Bien ve mi inocencia el cielo,
dél solo fío mi amparo.

COMINO. El corazón me traspasan
La Duquesa y Alejandro.

(Tocan cajas.)

Pero ya el falso Lidoro
suena venir de allí abajo.
Voy a despejar allá,
pues la ocasión ha llegado;
de los mosqueteros, hoy
me he de vengar en el patio.-
For de aquí, tened di allá.
Miri qui discargui il palo.
Pléguete San... -Algún día

había de vengar mi agravio.

(Vuelven a tocar.)

Escena XVI

LIDORO, TRES SOLDADOS. -DICHOS.

(Salen por el palenque, aquél con una pica al hombro, sombrero con plumas negras y armado; estos con bandas negras delante; uno trae una rodela, otro una maza, otro un hacha de armas.)

LIDORO. Senado ilustre de Atenas,
ya está Lidoro en el campo,
donde a mi riesgo definiendo
que fue alevoso Alejandro,
y que con él la Duquesa
manchó el lecho puro y casto
de su esposo y nuestro dueño;
y como leal vasallo,
armado de todas armas,
que al uso de la ley traigo,
lo sustento, porque luego
los dos muriendo abrasados,
quede con honor el Duque,
y con castigo el agravio.

AURORA. Por mí te responda el cielo.

ALEJANDRO. Mi inocencia aquí es mi labio.

COMINO. *(Ap.)* Vive Dios, perro traidor,
que mientes como un borracho.

JUEZ. Este reloj ha de ser
de las dos vidas el plazo.

COMINO. *(Ap.)* Viejo de dos mil demonios,
que eres juez como Pilato,
deja el reloj estar quedo,
y no le menees tanto.
Plegue a Cristo que en la arena
se te atraviere un guijarro,
como piedra de potroso.-
¿Si habrá quien salga? Tentado
estoy a no tener miedo
de pelear por mi amo.

(Tocan.)

Mas ¿qué clarines son estos?
un caballero bizarro
viene aquí.

(Tocan cajas y clarines.)

ALEJANDRO.

¿Quién eres, caudillo heroico?

(Descúbrese el DUQUE.)

DUQUE.

El defensor de su agravio.

Alejandro, amigo mío,
desde hoy mi corona parto
contigo: tuya es Nisea
y mi vida y mis estados;
que ya tu lealtad he visto.-
Esposa, llega a mis brazos.

AURORA.

¡Ay dulce esposo del alma!

COMINO.

Y con esto y otro tanto,
y un vitor para el ingenio,
si os agrada aqueste caso,
tendrá aquí dichoso fin
El defensor de su agravio.

El desdén con el desdén
Agustín Moreto

El desdén con el desdén

Agustín Moreto



PERSONAJES

CARLOS, *conde de Urgel.*

POLILLA, *gracioso.*

EL CONDE DE BARCELONA.

EL PRÍNCIPE DE BEARNE.

DON GASTÓN, *conde de Fox.*

DIANA.

CINTIA.

LAURA.

FENISA

MÚSICOS.

Jornada I

Salen CARLOS y POLILLA.

CARLOS	Yo he de perder el sentido con tan estraña mujer.	
POLILLA	Dame tu pena a entender, señor, por recién venido. Cuando te hallo en Barcelona	5
	llo de aplauso y honor, donde tu heroico valor todo su pueblo pregona; cuando sobra a tus vitorias	
	ser Carlos, conde de Urgel, y en el mundo no hay papel donde se escriban tus glorias, ¿qué causa ha podido haber	10
	de que estés tan mal guisado, que por más que la he pensado no la puedo comprender?	15
CARLOS	Polilla, mi desazón tiene más naturaleza: este pesar no es tristeza, sino desesperación.	20
POLILLA	¿Desesperación? Señor, que te enfrenes te aconsejo, que tiras algo a bermejo.	
CARLOS	No burles de mi dolor.	

POLILLA	¿Yo burlar? Esto es templarte; mas tu desesperación, ¿qué tanta es a esta sazón?	25
CARLOS	La mayor.	
POLILLA	¿Cosa de ahorcarte?	
	Que, si no, poco te ahoga.	
CARLOS	No te burles, que me enfado.	30
POLILLA	Pues si estás desesperado, ¿hago mal en darte sogá?	
CARLOS	Si dejaras tu locura, mi mal te comunicara; porque la agudeza rara de tu ingenio me asegura	35
	que algún medio discurriera, como otras veces me has dado, con que alivie mi cuidado.	
POLILLA	Pues, señor, ¡polilla fuera!	40
	Desembucha tu pasión; y no tenga tu cuidado, teniéndola en el criado, polilla en el corazón.	
CARLOS	Ya sabes que a Barcelona, del ocio de mis estados, me trajeron los cuidados de la fama que pregona	45
	de Diana la hermosura, desta corona heredera,	50
	en quien la dicha que espera tanto príncipe procura, compitiendo en su deseo gala, brío y discreción.	
POLILLA	Ya sé que sin pretensión veniste a este galanteo, por lucir la bizarría de tus heroicos blasones, y que en todas las acciones siempre te has llevado el día.	55
		60
CARLOS	Pues oye mi sentimiento.	
POLILLA	Ello ¿estás enamorado?	
CARLOS	Sí estoy.	
POLILLA	Gran susto me has dado.	
CARLOS	Pues escucha.	
POLILLA	Va de cuento.	
CARLOS	Ya sabes cómo en Urgel	65

tuve, antes de mi partida,
 del amor del de Bearne
 y el de Fox larga noticia.
 De Diana pretendientes,
 dieron con sus bizarrías 70
 voz a la fama, y asombro
 a todas estas provincias.
 El ver de amor tan rendidos
 como la fama publica 75
 dos príncipes tan bizarros,
 que aun los alaba la envidia,
 me llevó a ver si esto en ellos
 era por galantería,
 gusto, opinión o violencia 80
 de su hermosura divina.
 Entré, pues, en Barcelona;
 vila en su palacio un día,
 sin susto del corazón
 ni admiración de la vista:
 una hermosura modesta, 85
 con muchas señas de tibia,
 mas sin defecto común
 ni perfección peregrina;
 de aquellas en quien el juicio,
 cuando las vemos queridas, 90
 por la admiración apela
 al no sé qué o a la dicha.
 La ocasión de verme entre ellos
 cuando al valor desafían 95
 en públicas competencias,
 con que el favor solicitan,
 ya que no pudo a mi amor,
 empeñó mi bizarría,
 ya en fiestas y ya en torneos
 y otras empresas debidas 100
 al culto de una deidad,
 a cuya soberanía
 -sin el empeño de amor-
 la obligación sacrifica. 105
 Tuve en todas tal fortuna,
 que, dejando deslucidas
 sus acciones, salí siempre
 coronado con las mías.
 Y el vulgo, con el suceso,

la corona merecida 110
con la suerte dio a mi frente
por mérito, siendo dicha,
que cualquiera de los dos
que en ella me competía
la mereció más que yo. 115
Pero para conseguirla
tuve yo el faltar mi amor
y no tener la codicia
con que ellos la deseaban,
con que por fuerza fue mía; 120
que en los casos de la suerte,
por tema de su malicia,
se van siempre las venturas
a quien no las solicita.
Siendo, pues, mis alabanzas 125
de todos tan repetidas,
sólo en Diana hallé siempre
una entereza, tan hija
de su esquiva condición,
que, siendo mis bizarrías 130
dedicadas a su aplauso,
nunca me dejó noticia,
ya que no de favorable,
siquiera de agradecida.
Y esto con tanta esquivez, 135
que en todos dejó la misma
admiración que en mis ojos,
pues la estraña demasía
de su entereza pasaba
del decoro la medida 140
y, excediendo de recato,
tocaba ya en grosería.
Que a las damas de tal nombre
puso el respeto dos líneas:
una es la desatención, 145
y otra, el favor; mas la avisa
que ponga entre ellas la planta
tan ajustada y medida,
que en una ni en otra toque:
porque si, de agradecida, 150
adelanta mucho el pie,
la raya del favor pisa,
y es ligereza; y si, entera,

mucho la planta retira,
 por no tocar el favor 155
 pisa en la descortesía.
 Este error hallé en Diana,
 que empeñó mi bizarría
 a moverla por lo menos
 a atención, si no a caricia; 160
 y este deseo en las fiestas
 me obligaba a repetirlas,
 a buscar nuevos empeños
 al valor y a la osadía.
 Mas nunca pude sacar 165
 de su condición esquiva
 más que más causa a la queja
 y más culpa a la malicia.
 Desto nació el inquirir
 si ella conmigo tenía 170
 alguna aversión o queja,
 mal fundada o presumida.
 Y averigüé que Diana,
 del discurso las primicias,
 con las luces de su ingenio, 175
 le dio a la filosofía.
 Deste estudio y la lición
 de las fábulas antiguas,
 resultó un común desprecio
 de los hombres, unas iras 180
 contra el orden natural
 del Amor (con quien fabrica
 el mundo a su duración
 alcázares en que viva),
 tan estable en su opinión, 185
 que da con sentencia fija
 el querer bien por pasión
 de las mujeres indigna.
 Tanto, que siendo heredera
 desta corona, y precisa 190
 la obligación de casarse,
 la renuncia y desestima
 por no ver que haya quien triunfe
 de su condición altiva.
 A su cuarto hace la selva 195
 de Diana, y son las ninfas
 sus damas, y en este estudio

las emplea todo el día.
 Sólo adornan sus paredes
 de las ninfas fugitivas 200
 pinturas que persüaden
 al desdén. Allí se mira
 a Dafne huyendo de Apolo;
 Anaxarte, convertida
 en piedra por no querer; 205
 Aretusa, en fuentecilla,
 que al tierno llanto de Alfeo
 paga en lágrimas esquivas.
 Y viendo el Conde, su padre,
 que en este error se confirma 210
 cada día con más fuerza;
 que la razón no la obliga,
 que su riesgo no la ablanda
 y con tal furia se irrita,
 en hablándola de amor, 215
 que teme que la encamina
 a un furor desesperado,
 que el medio más blando elija
 le aconseja su prudencia,
 y a los príncipes convida 220
 para que, haciendo por ella
 fiestas y galanterías,
 sin la persuasión ni el ruego,
 la naturaleza misma
 sea quien lidie con ella, 225
 por sí, teniendo a la vista
 aplausos y rendimientos,
 ansias, lisonjas, caricias,
 su propio interés la vence
 o la obligación la inclina; 230
 que en quien la razón no labra
 endurece la porfía
 del persuadir, y no hay cosa
 como dejar a quien lidia
 con su misma sinrazón, 235
 pues si ella misma le guía
 al error, en dando en él,
 es fuerza quedar vencida:
 porque no hay, con el que a oscuras
 por un mal paso camina, 240
 para que vea su engaño,

mejor luz que la caída.
 Habiendo ya averiguado
 que esto en su opinión esquivada
 era desprecio común 245
 y no repugnancia mía,
 claro está que yo debiera
 sosegar en mi porfía;
 y, considerando bien
 opinión tan exquisita, 250
 primero que a sentimiento
 pudiera moverme a risa.
 Pues, para que se conozca
 la vileza más indigna
 de nuestra naturaleza, 255
 aquella hermosura misma
 que yo antes libre miraba
 con tantas partes de tibia,
 cuando la vi desdeñosa,
 por lo imposible, a la vista, 260
 la que miraba común
 me pareció peregrina.
 ¡Oh, bajeza del deseo!
 Que aunque sea la codicia
 de más precio lo que alcanza 265
 que lo que se le retira,
 sólo por la privación
 de más valor lo imagina,
 y da el precio a lo difícil,
 que su mismo ser le quita. 270
 Cada vez que la miraba,
 más bella me parecía;
 y iba creciendo en mi pecho
 este fuego tan aprisa,
 que, absorto de ver la llama, 275
 a ver la causa volvía
 y hallaba que aquella nieve
 de su desdén, muda y tibia,
 producía en mí este incendio.
 ¡Qué ejemplo para el que olvida! 280
 Seguro piensa que está
 el que en la ceniza fría
 tiene ya su amor difunto:
 ¡qué engañado lo imagina!
 Si amor se enciende de nieve, 285

¿quién se fía en la ceniza?
 Corrido yo de mis ansias,
 preguntaba a mis fatigas:
 «¡Traidor corazón!, ¿qué es esto?
 ¿Qué es esto?, ¡aleves caricias! 290
 La que neutral no os agrada
 ¿os parece bien esquiva?
 La que vista no os suspende
 ¿cuando es ingrata os admira?
 ¿Qué le añade a la hermosura 295
 el rigor que la ilumina?
 ¿Con el desdén es hermosa
 la que sin desdén fue tibia?
 El desprecio ¿no es injuria?
 La que desprecia ¿no irrita? 300
 Pues la que no pudo afable,
 ¿por qué os arrastra enemiga?
 La crueldad, a la hermosura,
 ¿el ser de deidad le quita?
 Pues ¿qué, para mí la ensalza 305
 lo que para sí la humilla?
 Lo tirano, ¿se aborrece?
 Pues a mí ¿cómo me obliga?
 ¿Qué es esto? ¿Amor? ¿Es acaso
 hermosa la tiranía? 310
 No es posible, no, esto es falso;
 no es esto amor, ni hay quien diga
 que arrastrar pudo inhumana
 la que no movió divina.
 Pues ¿qué es esto? ¿Esto no es fuego? 315
 Sí, que mi ardor lo acredita;
 no, que el hielo no le causa;
 sí, que el pecho lo publica.
 No puede ser, no es posible;
 no, que a la razón implica. 320
 Pues ¿qué será? Esto es deseo.
 ¿De qué? De mi muerte misma.
 Yo mi mal querer no puedo...
 Pues ¿qué será? ¿Una codicia
 de aquello que se me aparta? 325
 No, porque no lo quería
 el corazón. ¿Esto es tema?
 No. Pues, alma, ¿qué imaginas?
 ¿Bajeza es del pensamiento?

No es sino soberanía 330
 de nuestra naturaleza,
 cuya condición altiva
 todo lo quiere rendir,
 como superior se mira.
 Y habiendo visto que hay pecho 335
 que a su halago no se rinda,
 el dolor deste desdén
 le abrasa y le martiriza
 y produce un sentimiento,
 con que a desearse obliga 340
 vencer aquel imposible.
 Y ardiendo en esta fatiga,
 como hay parte de deseo
 y este deseo lastima,
 parece efecto de amor, 345
 porque apetece y aspira;
 y no es sino un sentimiento
 equivocado en caricia.»
 Esto la razón discurre;
 mas la voluntad, indigna, 350
 toda la razón me arrastra
 y todo el valor me quita.
 Sea amor o sentimiento,
 nieve, ardor, llama o ceniza,
 yo me abraso, yo me rindo 355
 a esta furia vengativa
 de amor, contra la quietud
 de mi libertad tranquila.
 Y, sin esperanza alguna
 de sosiego en mis fatigas, 360
 yo padezco en mi silencio,
 yo mismo soy de las iras
 de mi dolor alimento;
 mi pena se hace a sí misma,
 porque, más que mi deseo, 365
 es rayo que me fulmina
 -aunque es tan digna la causa-
 el ser la razón indigna,
 pues mi ciega voluntad
 se lleva y se precipita 370
 del rigor, de la crueldad,
 del desdén, la tiranía;
 y muero, más que de amor,

	los otros tiran las tuyas;	415
	luego, por más que resista,	
	ha de venir a caer,	
	de una y otra a la porfía,	
	más madura que una breva.	
	Mas, cuidado a la caída,	420
	que el cogerla es lo que importa;	
	que ella caerá, como hay viñas.	
CARLOS	El Conde, su padre, viene.	
POLILLA	Acompañado se mira	
	del de Fox y el de Bearne.	425
CARLOS	Ninguno tiene noticia	
	del incendio de mi pecho,	
	porque mi silencio abriga	
	el áspid de mi dolor.	
POLILLA	Esa es mayor valentía.	430
	Callar tu pasión mucho es,	
	¡vive Dios! ¿Por qué imaginas	
	que llaman ciego a quien ama?	
CARLOS	Porque sus yerros no mira.	
POLILLA	No tal.	
CARLOS	Pues ¿por qué está ciego?	435
POLILLA	Porque el que ama al ciego imita.	
CARLOS	¿En qué?	
POLILLA	En cantar la Pasión	
	por calles y por esquinas.	
	(Salen EL CONDE DE BARCELONA, EL PRÍNCIPE DE BEARNE y DON	
	GASTÓN, <i>conde de Fox</i> .)	
CONDE	Príncipes, vuestro justo sentimiento,	
	mirado bien, no es vuestro, sino mío.	440
	Ningún remedio intento	
	que no le venza el ciego desvarío	
	de Diana, en quien hallo	
	cada vez menos medios de enmendallo.	
	Ni del poder de padre a usar me atrevo,	445
	ni del de la razón, porque se irrita	
	tanto cuando de amor hablarla pruebo,	
	que a más daño el furor la precipita.	
	Ella, en fin, por no amar ni sujetarse,	
	quiere morir primero que casarse.	450
D. GASTÓN	Esa, señor, es opinión aguda	
	de su discurso, a los estudios dado,	
	que el tiempo sólo o la razón la muda,	
	y sin razón estás desesperado.	

CONDE	Conde de Fox, aunque verdad es ésa, no me atrevo a empeñaros en la empresa de que asistáis en vano a su hermosura, faltando en vuestro estado a su asistencia.	455
BEARNE	Señor, con tu licencia, el que es capricho injusto nunca dura; y aunque el vencerle es dificultoso, yo estoy perdiendo tiempo más airoso (ya que a este intento de Bearne vine) que dejando la empresa mi constancia; porque es mayor desaire que imagine nadie que la dejé por inconstancia, ni eso crédito es de su hermosura ni del honesto amor que la procura.	460 465
CARLOS	El Príncipe, señor, ha respondido como galán, bizarro y caballero; que aun en mí, que he venido sin ese empeño, sólo aventurero, a festejar no haciendo competencia, dejar de proseguir fuera indecencia.	470
CONDE	Príncipes, lo que siento es empeñaros en porfiar, cuando halla la porfía de mayor resistencia indicios claros; si la gala, el valor, la bizarría, no la mueve ni inclina, ¿con qué intento vencer imagináis su entendimiento?	475 480
POLILLA	Señor, un necio a veces halla un medio que aprueba la razón. Si dais licencia, yo me atreveré a daros un remedio, con que, aunque ella aborrezca su presencia, se le vayan los ojos, hechos fuentes, tras cualquiera galán de los presentes.	485
CONDE	Pues ¿qué medio imaginas?	
POLILLA	Como mío. Hacer justas, torneos, a una ingrata, es poner ollas a quien tiene hastío. El medio es, que rendirla no dilata, poner en una torre a la Princesa, sin comer cuatro días ni ver mesa; y luego han de pasar estos galanes delante della, convidando a escote, el uno con seis pollas y dos panes, el otro con un plato de jigote; y a mí me lleve el diablo, si los viere	490 495

	y tras ellos corriendo no saliere.	
CARLOS	¡Calla, loco, bufón!	
POLILLA	¿Esto es locura?	
	Ejecútese el medio, y ¡a la prueba!	500
	Sitien luego por hambre su hermosura, y verán si los ojos no la lleva quien sacare un vestido de camino guarnecido de lonjas de tocino.	
BEARNE	Señor, sola una cosa por mí pido, que don Gastón también ha de querella: nunca hablar a Diana hemos podido; danos licencia tú de hablar con ella, que el trato y la razón puede mudalla.	505
CONDE	Aunque la ha de negar, he de intentalla.	510
	Pensad vosotros medios y ocasiones de mover su entereza, que a escucharos yo la sabré obligar con mis razones, que es cuanto puedo hacer para ayudaros a la empresa tan justa y deseada de ver mi sucesión asegurada.	515
	<i>Vase.</i>	
BEARNE	Condes, crédito es de la nobleza de nuestra heroica sangre la porfía de rendir el desdén de su belleza; juntos la hemos de hablar.	
CARLOS	Yo compañía	520
	al empeño os haré, mas no al deseo; porque yo sin amor sigo este empleo.	
D. GASTÓN	Pues ya que vós no estáis enamorado, ¿qué medios seguiremos de obligalla? Que esto lo ve mejor el descuidado.	525
CARLOS	Yo un medio sé que mi silencio calla, porque otro empeño es, que al proponelle cualquiera de los dos ha de querelle.	
BEARNE	Decís bien.	
D. GASTÓN	Pues, Bearne, vamos luego a imaginar festejos y finezas.	530
BEARNE	A introducir en su desdén el fuego.	
D. GASTÓN	Ríndanse a nuestro incendio sus tibiezas.	
CARLOS	Yo a eso asistiré.	
BEARNE	Pues ¡a esta gloria!	
	<i>(Vanse).</i>	
CARLOS	Y del más feliz sea la vitoria.	
POLILLA	Pues ¿qué es esto, señor? ¿Por qué has negado	535

	tu amor?	
CARLOS	He de seguir otro camino de vencer un desdén tan desusado. Ven, y yo te diré lo que imagino, que tú me has de ayudar.	
POLILLA	Eso no hay duda.	
CARLOS	Allá has de entrar.	
POLILLA	Seré Sinón y ayuda.	540
CARLOS	¿Sabráste introducir?	
POLILLA	Y hacer pesquisas. ¿Yo Polilla no soy? ¿Eso previenes? Me sabré introducir en sus camisas.	
CARLOS	Pues ya a mi amor le doy los parabienes. Vamos, que si eso importa a las marañas, yo sabré apolillarle las entrañas.	545
	(<i>Vanse</i>).	
	(<i>Salen MÚSICOS, DIANA, CINTIA y LAURA y Damas.</i>)	
	[<i>Cantando.</i>]	
MÚSICOS	Huyendo la hermosa Dafne, burla de Apolo la fee; sin duda le sigue un rayo, pues la defiende un laurel.	550
DIANA	¡Qué bien que suena en mi oído aquel honesto desdén! ¡Que hay mujer que quiera bien! ¡Que haya pecho agradecido!	
CINTIA	[<i>Aparte.</i>] (¡Que por error su agudeza quiera el amor condenar y, si lo es, quiera enmendar lo que erró Naturaleza!)	555
DIANA	Ese romance cantad; proseguid, que el que le hizo bien conoció el falso hechizo de esa tirana deidad.	560
	[<i>Cantando.</i>]	
MÚSICOS	Poca o ninguna distancia hay de amar a agradecer; no agradezca la que quiere la vitoria del desdén.	565
DIANA	¡Qué bien dice! Amor es niño, y no hay agradecimiento que al primer paso, aunque lento, no tropiece en su cariño.	570
	Agradecer es pagar	

	con un decente favor; luego quien paga el amor ya estima el verse adorar.	
	Pues si estima, agradecida, ser amada una mujer, ¿qué falta para querer a quien quiere ser querida?	575
CINTIA	El agradecer, Diana, es deuda noble y cortés: la que agradecida es no se infiere que es liviana.	580
	Que agradece la razón siempre en nosotras se infiere; la voluntad es quien quiere... Distintas las causas son;	585
	luego si hay diversidad en la causa y el intento, bien puede el entendimiento obrar sin la voluntad.	590
DIANA	Que haber puede estimación sin amor es la verdad, porque amar es voluntad y agradecer es razón.	
	No digo que ha de querer por fuerza la que agradece, pero, Cintia, me parece que está cerca de caer;	595
	y quien desto se asegura no teme o no ve el engaño, porque no recela el daño quien al riesgo se aventura.	600
CINTIA	El ser desagradecida es delito descortés.	
DIANA	Pero el agradecer es peligro de la caída.	605
CINTIA	Yo el delito no permito.	
DIANA	Ni yo un riesgo tan extraño.	
CINTIA	Pues, por escusar un daño, ¿es bien hacer un delito?	610
DIANA	Sí, siendo tan contingente el riesgo.	
CINTIA	Pues ¿no es menor, si es contingente, este error que ese delito presente?	

DIANA	No, que es más culpa el amar, que falta el no agradecer.	615
CINTIA	¿No es mejor, si puede ser, el no querer y estimar?	
DIANA	No, porque a querer se ha de ir.	
CINTIA	Pues ¿no puede allí parar?	620
DIANA	Quien no resiste a empezar, no resiste a proseguir.	
CINTIA	Pues el ser agradecida ¿no es mejor, si esto es ganancia, y gastar esa constancia en resistir la caída?	625
DIANA	No, que eso es introducirle al amor; y, al desecharle, no basta para arrojarle lo que puede resistirle.	630
CINTIA	Pues cuando eso haya de ser, más que a la atención faltar, me quiero yo aventurar al peligro de querer.	
DIANA	¿Qué es querer? Tú hablas así, o atrevida o sin cuidado; sin duda te has olvidado que estás delante de mí.	635
	¿Querer se ha de imaginar? ¿En mi presencia querer? Mas esto no puede ser... Laura, volved a cantar.	640
MÚSICOS	No se fíe en las caricias de Amor quien niño le ve; que, con presencia de niño, tiene decretos de rey.	645
	(Sale POLILLA, de médico.)	
POLILLA	[Aparte.] (¡Plegue al cielo que dé fuego mi entrada!)	
DIANA	¿Quién entra aquí?	
POLILLA	<i>Ego.</i>	
DIANA	¿Quién?	
POLILLA	<i>Mihi, vel mi; scholasticus sum ego, pauper et enamoratus.</i>	650
DIANA	¿Vós enamorado estáis? Pues ¿cómo aquí entrar osáis?	
POLILLA	No, señora: <i>escarmentatus.</i>	

os podéis hartar de mí. 690

DIANA Yo os la doy.

POLILLA Beso... ¡Qué error!
¿Beso dije? Ya no beso.

DIANA Pues ¿por qué?

POLILLA El beso es el queso
de los ratones de amor.

DIANA Yo os admito.

POLILLA Dios delante; 695
mas sea con plaza de honor.

DIANA ¿No sois médico?

POLILLA Hablador,
y así seré platicante.

DIANA Y del mal de amor, que mata,
¿cómo curáis?

POLILLA Al que es franco 700
curo con unguento blanco.

DIANA ¿Y sana?

POLILLA Sí, porque es plata.

DIANA ¿Estáis mal con él?

POLILLA Su nombre
me mata. Llamó al Amor
Averroes «hernia», un humor 705
que hila las tripas a un hombre.

Amor, señora, es congoja,
traición, tiranía villana,
y sólo el tiempo le sana,
suplicaciones y aloja. 710

Amor es quita-razón,
quita-sueño, quita-bien,
quitapelillos también,
que hará calvo a un motilón.

Y las que él obliga a amar 715
todas se acaban en *quita*:
Francisquita, Mariquita,
por ser todas al quitar.

DIANA Lo que yo había menester
para mi divertimento 720
tengo en vós.

POLILLA Con ese intento
vine yo desde Añoover.

DIANA ¿Añoover?

POLILLA Él me crió;
que en este lugar estraño

	se ven melones cada año, y ansí Añoover se llamó.	725
DIANA	¿Cómo os llamáis?	
POLILLA	Caniquí.	
DIANA	Caniquí, a vuestra venida estoy muy agradecida.	
POLILLA	Para las dueñas nací. [<i>Aparte.</i>] (Ya yo tengo introducción; así en el mundo sucede: lo que un príncipe no puede, yo he logrado por bufón.	730
	Si ahora no llega a rendilla Carlos, sin maña se viene, pues ya introducida tiene en su pecho la polilla.)	735
LAURA	Con los príncipes tu padre viene, señora, acá dentro.	740
DIANA	¿Con los príncipes? ¿Qué dices? ¿Qué intenta mi padre? ¡Cielos! Si es repetir la porfía de que me case, primero rendiré el cuello a un cuchillo.	745
CINTIA	¿Hay tal aborrecimiento de los hombres? ¿Es posible, Laura, que el brío, el aliento del de Urgel no la arrebate?	
LAURA	Que es hermafrodita pienso.	750
CINTIA	A mí me lleva los ojos.	
LAURA	Y a mí el Caniquí, en secreto, me ha llevado las narices, que me agrada para lienzo. (<i>Sale EL CONDE, con los tres PRÍNCIPES.</i>)	
CONDE	Príncipes, entrad conmigo.	755
CARLOS	[<i>Aparte.</i>] (Sin alma a sus ojos vengo; no sé si tendré valor para fingir lo que intento. Siempre la hallo más hermosa.)	
DIANA	¡Cielos! ¿Qué puede ser esto?	760
CONDE	¿Hija? ¿Diana?	
DIANA	¿Señor?	
CONDE	Yo, que a tu decoro atiendo y a la deuda en que me ponen los condes con tus festejos, habiendo d'ellos sabido	765

	que del retiro que has hecho de su vista, están quejosos...	
DIANA	Señor, que me des te ruego licencia, antes que prosigas ni tu palabra haga empeño	770
	de cosa que te esté mal, de prevenirte mi intento. Lo primero es que contigo ni voluntad tener puedo,	
	ni la tengo, porque sólo mi albedrío es tu precepto.	775
	Lo segundo es que el casarme, señor, ha de ser lo mismo que dar la garganta a un lazo y el corazón a un veneno.	780
	Casarme y morir es uno; mas tu obediencia es primero que mi vida. Esto asentado, venga [a]hora tu decreto.	
CONDE	Hija, mal has presumido, que yo casarte no intento, sino dar satisfacción	785
	a los príncipes, que han hecho tantos festejos por ti, y el mayor de todos ellos,	790
	que es pedirte por esposa, siendo tan digno su aliento, ya que no de tus favores, de mis agradecimientos.	
	Y, no habiendo de otorgallo, debe atender mi respeto	795
	a que ninguno se vaya sospechando que es desprecio, sino aversión que tu gusto tiene con el casamiento.	800
	Y también que esto no es resistencia a mi precepto, cuando yo no te lo mando, porque el amor que te tengo	
	me obliga a seguir tu gusto;	805
	y pues tú, en seguir tu intento, ni a mí me desobedeces ni los desprecias a ellos, dales la razón que tiene	

	para esta opinión tu pecho, que esto importa a tu decoro y acredita mi respeto.	810
	(<i>Vase.</i>)	
DIANA	Si eso pretendéis no más oíd, que dárosla quiero.	
D. GASTÓN	Sólo a ese intento venimos.	815
BEARNE	Y no estrañéis el deseo, que más estraña es en vós la aversión al casamiento.	
CARLOS	Yo, aunque a saberlo he venido, sólo ha sido con pretexto -sin estrañar la opinión- de saber el fundamento.	820
DIANA	Pues oíd, que ya le digo.	
POLILLA	[<i>Aparte.</i>] (¡Vive Dios, que es raro empeño! ¿Si hallará razón bastante? Porque será bravo cuento dar razón para ser loca.)	825
DIANA	Desde que, al albor primero con que amaneció al discurso la luz de mi entendimiento, vi el día de la razón, fue de mi vida el empleo el estudio y la lición de la historia, en quien da el tiempo escarmiento a los futuros con los pasados ejemplos.	830
	Cuantas ruinas y destrozos, tragedias y desconciertos han sucedido en el mundo entre ilustres o plebeyos, todas nacieron de Amor.	835
	Cuanto los sabios supieron, cuanto a la filosofía moral liquidó el ingenio, gastaron en prevenir a los siglos venideros	840
	el ciego error, la violencia, el loco, el tirano imperio de esa mentida deidad, que se introduce en los pechos con dulce voz de cariño, siendo un volcán allá dentro.	845
		850

	¿Qué amante jamás al mundo dio a entender de sus efectos sino lástimas, desdichas,	855
	lágrimas, ansias, lamentos, suspiros, quejas, sollozos, sonando con triste estruendo para lastimar las quejas, para escarmentar los ecos?	860
	Si alguno correspondido se vio, paró en un despeño, que al que no su tiranía se opuso el poder del Cielo.	865
	Pues si quien se casa va a amar por deuda y empeño, ¿cómo se puede casar quien sabe de amor el riesgo?	870
	Pues casarse sin amor es dar causa sin efecto, ¿cómo puede ser esclavo quien no se ha rendido al dueño?	875
	¿Puede hallar un corazón más indigno cautiverio que rendirle su albedrío quien no manda su deseo?	880
	El obedecerle es deuda; pues ¿cómo vivirá un pecho con una obediencia afuera y una resistencia adentro?	885
BEARNE	Con amor o sin amor, yo, en fin, casarme no puedo: con amor, porque es peligro; sin amor, porque no quiero.	885
D. GASTÓN CARLOS	Dándome los dos licencia, responderé a lo propuesto. Por mi parte yo os la doy. Yo que responder no tengo, pues la opinión que yo sigo favorece aquel intento.	890
BEARNE	La mayor guerra, señora, que hace el engaño al ingenio es estar siempre vestido de aparentes argumentos. Dejando las consecuencias que tiene Amor contra ellos,	895

que en un discurso engañado
suelen ser de menosprecio,
la experiencia es la razón
mayor que hay para venceros, 900
porque ella sola concluye
con la prueba del efecto.
Si vós os negáis al trato,
siempre estaréis en el yerro,
porque no cabe experiencia 905
donde se escusa el empeño.
Vós vais contra la razón
natural, y el propio fuero
de nuestra naturaleza
pervertís con el ingenio. 910
No neguéis vós el oído
a las verdades del ruego:
porque si es razón no amar,
contra la razón no hay riesgo;
y si no es razón, es fuerza 915
que os ha de vencer el tiempo,
y entonces será vitoria
publicar el vencimiento.
Vós defendéis el desdén;
todos vencerle queremos; 920
vós decís que eso es razón,
permitíos al festejo.
Haced escuela el desdén,
donde, en nuestro galanteo,
los intentos de obligaros 925
han de ser los argumentos.
Veamos quién tiene razón,
porque ha de ser nuestro empeño
inclinarnos al cariño
o quedar vencidos ellos. 930

DIANA

Pues para que conozcáis
que la opinión que yo llevo
es hija del desengaño,
y del error vuestro intento,
festejad, imaginad 935
cuantos caminos y medios
de obligar una hermosura
tiene Amor, halla el ingenio;
que desde aquí me permito
a lisonjas y festejos 940

	con el oído y los ojos, sólo para convenceros de que no puedo querer y que el desdén que yo tengo, sin fomentarle el discurso, es natural en mi pecho.	945
D. GASTÓN	Pues si argumento ha de ser desde hoy nuestro galanteo, todos vamos a argüir contra el desdén y el despego. Príncipes, de la razón y de amor es ya el empeño; cada uno un medio elija de seguir este argumento; veamos, para concluir, quién elige mejor medio.	950
	<i>(Vase.)</i>	
BEARNE	Yo voy a escoger el mío, y de vós, señora, espero que habéis de ser contra vós el más agudo argumento.	960
	<i>(Vase.)</i>	
CARLOS	Pues yo, señora, también, por deuda de caballero, proseguiré en festejaros, mas será sin ese intento.	
DIANA	Pues ¿por qué?	
CARLOS	Porque yo sigo	965
	la opinión de vuestro ingenio; mas aunque es vuestra opinión, la mía es con más extremo.	
DIANA	¿De qué suerte?	
CARLOS	Yo, señora,	
	no sólo querer no quiero, mas ni quiero ser querido.	970
DIANA	Pues ¿en ser querido hay riesgo?	
CARLOS	No hay riesgo, pero hay delito: no hay riesgo, porque mi pecho tiene tan establecido el no amar en ningún tiempo, que si el cielo compusiera una hermosura de extremos y ésta me amara, no hallara correspondencia en mi afecto;	975
		980

	<p>hay delito, porque cuando sé yo que querer no puedo, amarme y no amar sería faltar mi agradecimiento. Y ansí yo, ni ser querido ni querer, señora, quiero, porque temo ser ingrato cuando sé yo que he de serlo.</p>	985
DIANA	<p>Luego ¿vós me festejáis sin amarme?</p>	
CARLOS	<p>Eso es muy cierto.</p>	990
DIANA	<p>Pues ¿para qué?</p>	
CARLOS	<p>Por pagaros la veneración que os debo.</p>	
DIANA	<p>¿Y eso no es amor?</p>	
CARLOS	<p>¡Amor!</p>	
	<p>No, señora, esto es respeto.</p>	
POLILLA	<p>[<i>Aparte.</i>] (¡Cuerpo de Cristo! ¡Qué lindo! ¡Qué bravo botón de fuego! Échala de ese vinagre y verás, para su tiempo, qué bravo escabeche sale.)</p>	995
DIANA	<p>Cintia, ¿has oído a este necio? ¿No es graciosa su locura?</p>	1000
CINTIA	<p>Soberbia es.</p>	
DIANA	<p>¿No será bueno enamorar a este loco?</p>	
CINTIA	<p>Sí, mas hay peligro en eso.</p>	
DIANA	<p>¿De qué?</p>	
CINTIA	<p>Que tú te enamores si no logras el empeño.</p>	1005
DIANA	<p>Ahora eres tú más necia, pues ¿cómo puede ser eso? ¿No me mueven los rendidos y ha de arrastrarme el soberbio?</p>	1010
CINTIA	<p>Esto, señora, es aviso.</p>	
DIANA	<p>Por eso he de hacer empeño de rendir su vanidad.</p>	
CINTIA	<p>Yo me holgaré mucho d'ello.</p>	
DIANA	<p>Proseguid la bizzarría, que yo ahora os la agradezco con mayor estimación, pues sin amor os la debo.</p>	1015
CARLOS	<p>¿Vós agradecéis, señora?</p>	

DIANA	Es porque con vos no hay riesgo.	1020
CARLOS	Pues yo iré a empeñaros más.	
DIANA	Y yo voy a agradecerlo.	
CARLOS	Pues mirad que no queráis, porque cesaré en mi intento.	
DIANA	No me costará cuidado.	1025
CARLOS	Pues, siendo así, yo lo acepto.	
DIANA	Andad. Venid, Caniquí.	
CARLOS	¿Qué decís?	
POLILLA	Soy yo ese lienzo.	
DIANA	Cintia, rendido has de verle.	
CINTIA	Sí será, pero yo temo	1030
	que se te trueque la suerte.	
	[<i>Aparte.</i>] (Y eso es lo que yo deseo.)	
	(<i>Vanse.</i>)	
DIANA	Mas ¿oís?	
CARLOS	¿Qué me queréis?	
DIANA	Que si acaso os muda el tiempo...	
CARLOS	¿A qué, señora?	
DIANA	A querer.	1035
CARLOS	¿Qué he de hacer?	
DIANA	Sufrir desprecios.	
CARLOS	¿Y si en vos hubiese amor?	
DIANA	Yo no querré.	
CARLOS	Así lo creo.	
DIANA	Pues ¿qué pedís?	
CARLOS	Por si acaso...	
DIANA	Ese acaso está muy lejos.	1040
CARLOS	¿Y si llega?	
DIANA	No es posible.	
CARLOS	Supongo.	
DIANA	Yo lo prometo.	
CARLOS	Eso pido.	
DIANA	Bien está.	
	Quede así.	
CARLOS	Guárdeos el Cielo.	
DIANA	[<i>Aparte.</i>] (Aunque me cueste un cuidado, he de rendir este necio.)	1045
	(<i>Vase.</i>)	
POLILLA	Señor, buena va la danza.	
CARLOS	Polilla, yo estoy muriendo; todo mi valor ha habido menester mi fingimiento.	1050
POLILLA	Señor, llévalo adelante,	

y verás si no da fuego.
 CARLOS Eso importa.
 POLILLA Ven, señor,
 que ya yo estoy acá dentro.
 CARLOS ¿Cómo?
 POLILLA Con lo Caniquí, 1055
 me he hecho ya lienzo casero.

Jornada II

Salen CARLOS y POLILLA.

CARLOS Polilla amigo, el pesar
 me quitas. Dale a mi amor
 alivio.
 POLILLA Espacio, señor,
 que hay mucho que confesar. 1060
 CARLOS Dímelo todo, que lucha
 con mi cuidado mi amor.
 POLILLA ¿Quieres besarme, señor?
 Apártate allá y escucha.
 Lo primero, estos bobazos 1065
 d'estos príncipes, ya sabes
 que en fiestas y asuntos graves
 se están haciendo pedazos.
 Fiesta tras fiesta no tarda,
 y con su desdén tirano 1070
 hacer fiestas es en vano,
 porque ella no se las guarda.
 Ellos gastan su dinero,
 sin que con ello la obliguen,
 y de enamorarla siguen 1075
 el camino carretero;
 y ellos mismos son testigos
 que van mal, que esta mujer
 el alcanzarla ha de ser
 echando por esos trigos. 1080
 Y es tan cierta esta opinión,
 que, con tu desdén fingido,
 de tal suerte la has herido,
 que ha pedido confesión;
 y con mi bellaquería 1085
 su pecho ha comunicado,
 como ella me ha imaginado

	doctor d'esta teología.	
	Para rendirte, un intento siempre a preguntarme sale.	1090
	¡Mira tú de quién se vale para que se yerre el cuento!	
	Yo dije con voz madura: «Si eso en cuidado te tray, para obligarle no hay medio como tu hermosura.	1095
	Hazle un favor, golpe en bola, de cuando en cuando al cuitado, y, en viéndole enamorado, vuélvete y dile ¡mamóla!».	1100
	Ella de mi parecer se ha agradado de tal arte, que ya está en galantearte. Mas ahora es menester que con ceño impenetrable, aunque parezcas grosero, siempre tú estés más entero que bolsa de miserable.	1105
	No te piques con la salsa, no piense tu bobería que está la casa vacía por ver la cédula falsa, porque ella la trae pegada, y si tú vas a leella, has de hallar que dice en ella:	1110
	«Aquí no se alquila nada».	1115
CARLOS	Y de eso ¿qué ha de sacarse?	
POLILLA	Que se pique esta mujer.	
CARLOS	Pues ¿cómo puedes saber que ha de venir a picarse?	1120
POLILLA	¿Cómo picarse? ¡Eso es bueno! Si ella lo finge diez días y tú d'ella te desvías, te ha de querer al onceno, a los doce ha de rabiar y a los trece me parece que, aunque ella se esté en sus trece, te ha de venir a rogar.	1125
CARLOS	Yo pienso que dices bien; mas yo temo de mi amor que si ella me hace un favor	1130

	Todas, como os he mandado, como yo habéis de traer cintas de todas colores, con que al pedir los favores podréis cualquiera escoger el galán que os pareciere, pues cualquier color que pida ya la tenéis prevenida; y la que el de Urgel pidiere, dejádmela para mí.	1175
CINTIA	Gran vitoria has de alcanzar si le sabes obligar a quererte.	
DIANA	¿Caniquí?	
POLILLA	¡Oh, luz d'este firmamento!	1185
DIANA	¿Qué hay de nuevo?	
POLILLA	Me he hecho amigo de Carlos.	
DIANA	Mucho me obligo de tu cuidado.	
POLILLA	Ansí intento ser espía y del Consejo.	
	<i>Aparte.</i>	
	No es mi prevención muy vana, que esto es echarle botana, por si se sale el pellejo.	1190
DIANA	Y ¿no has descubierto nada de lo que yo d'él procuro?	
POLILLA	¡Ay, señora, está más duro que huevo para ensalada! Pero yo sé tretas bravas con que has de hacerle bramar.	1195
DIANA	Pues tú lo has de gobernar.	
POLILLA	(¡Ay, pobreta, que te clavas!)	1200
DIANA	Mil escudos te apercibo, si tú su desdén allanas.	
POLILLA	Sí haré: el emplasto de ranas pone por madurativo. Y si le vieses querer, ¿qué harás después de tentalle?	1205
DIANA	¿Qué? Ofendelle, desprecialle, ajalle y dalle a entender que ha de rendir sus sosiegos a mis ojos por despojos.	1210

CARLOS [Aparte.] (¡Fuego de amor en tus ojos!)

POLILLA [Aparte.] (¡Qué gran gusto es ver dos juegos!)
Digo, ¿y no sería mejor,
después de haberle rendido,
tener piedad del caído? 1215

DIANA ¿Qué llamas piedad?

POLILLA De amor.

DIANA ¿Qué es amor?

POLILLA Digo, querer,
así al modo de empezar,
que aquesto de pellizcar
no es lo mismo que comer. 1220

DIANA ¿Qué es lo que dices? ¿Querer?
¿Yo me había de rendir?
Aunque le viera morir,
no me pudiera mover.

CARLOS [Aparte.] (¿Hay mujer más singular? 1225
¡Oh, cruel!)

POLILLA [Aparte.] (Déjame hacer,
que no sólo ha de querer,
¡vive Dios!, sino envidar.)

CARLOS [Aparte.] (Yo salgo. ¡El alma se abrasa!)

POLILLA Carlos viene.

DIANA Disimula. 1230

POLILLA [Aparte.] (¡Lástima es que tome bula!
¡Si supiera lo que pasa!)

DIANA Cintia, avisa cuando es hora
de ir al sarao.

CINTIA Ya he mandado
que estén con ese cuidado. 1235

CARLOS Y yo el primero, señora,
vengo, pues es deuda igual,
a cumplir mi obligación.

DIANA Pues ¿cómo sin afición
sois vos el más puntual? 1240

CARLOS Como tengo el corazón
sin los cuidados de amar,
tiene el alma más lugar
de cumplir su obligación.

POLILLA Hazle un favorcillo al vuelo, 1245
por si más grato le ves.

DIANA Eso procuro.

POLILLA [Aparte.] (Esto es
hacerla escupir al cielo.)

DIANA Mucho, no teniendo amor,
 vuestra asistencia me obliga. 1250
 CARLOS Si es mandarme que prosiga,
 sin hacerme ese favor,
 lo haré yo, porque obligada
 a eso mi atención está.

DIANA Poca lumbre el favor da. 1255
 POLILLA Está la yesca mojada.
 DIANA Luego ¿al favor que os hago
 no le dais estimación?

CARLOS Eso con veneración,
 mas no con amor, le pago. 1260
 POLILLA [*Aparte.*] (¡Necio, ni aun así le pagues!)
 CARLOS ¿Qué quieres? Templa mi ardor,
 aunque es fingido, el favor.

POLILLA [*Aparte.*] (Pues enjuágate y no tragues.)
 DIANA ¿Qué le has dicho?
 POLILLA Que, al oíllos, 1265
 agradezca tus favores.

DIANA Bien haces.
 POLILLA [*Aparte.*] (Esto es, señores,
 engañar a dos carrillos.)

DIANA Si yo a querer algún día
 me inclinase, fuera a vós. 1270
 CARLOS ¿Por qué?
 DIANA Porque entre los dos
 hay oculta simpatía:
 el llevar vós mi opinión
 es ser vós del genio mío;
 y, a sufrirlo mi albedrío, 1275
 fuera a vós mi inclinación.

CARLOS Pues hicierais mal.
 DIANA No hiciera,
 que sois galán.

CARLOS No es por eso.
 DIANA ¿Por qué?
 CARLOS Porque os confieso
 que yo no os correspondiera. 1280
 DIANA Pues si os viérades amar
 de una mujer como yo,
 ¿no me quisiérades?

CARLOS No.
 DIANA Claro sois.
 CARLOS No sé engañar.

POLILLA	[<i>Aparte.</i>] (¡Oh, pecho heroico y valiente! Dale por esos ijares. Si tú no se la pegares, me la peguen en la frente.)	1285
	[<i>Aparte.</i>]	
DIANA	(Mucho al enojo me acerco. ¡Tal desahogo no he visto!	1290
POLILLA	Desvergüenza es, ¡vive Cristo!	
DIANA	¿Has visto tal?	
POLILLA	¡Es un puerco!	
DIANA	¿Qué haré?	
POLILLA	Meterle en la danza de amor, y a puro desdén quemarle.	
DIANA	Tú dices bien, que esa es la mayor venganza.) Yo os tuve por más discreto.	1295
CARLOS	Pues ¿qué he hecho contra razón?	
DIANA	¡Eso es ya desatención!	
CARLOS	No ha sido sino respecto.	1300
	Y porque veáis que es error que haya en el mundo quien crea que el que quiere lisonjea, oíd de mí lo que es amor.	
	Amar, señora, es tener inflamado el corazón con un deseo de ver a quien causa esta pasión, que es la gloria del querer.	1305
	Los ojos, que se agradaron de algún sujeto que vieron, al corazón trasladaron las especies que cogieron y esta inflamación causaron.	1310
	Su hidrópico ardor procura apagar de sus antojos la sed viendo la hermosura; mas crece la calentura mientras más beben los ojos.	1315
	Siendo esta fiebre mortal, quien corresponde al amor bien se ve que es desleal, pues le remedia el dolor, dando más fuerzas al mal.	1320

	Luego el que amado se viere, no obliga en corresponder, si daña, como se infiere. Pues oíd cómo en querer tampoco obliga el que quiere.	1325
	Quien ama con fe más pura pretende de su pasión aliviar la pena dura mirando aquella hermosura que adora su corazón.	1330
	El contento de miralla le obliga al ansia de vella: esto, en rigor, es amalla; luego aquel gusto que halla le obliga solo a querella.	1335
	Y esto mejor se percibe del que aborrecido está, pues aquél amando vive, no por el gusto que da, sino por el que recibe.	1340
	Los que aborrecidos son de la dama que apetecen, no sienten la desazón porque causa su pasión, sino porque ellos padecen.	1345
	Luego si por su tormento el desdén siente quien ama, el que quiere más atento no quiere el bien de su dama, sino su propio contento.	1350
	A su propia conveniencia dirige Amor su fatiga; luego es clara consecuencia que ni con amor se obliga, ni con su correspondencia.	1355
DIANA	El amor es una unión de dos almas, que su ser truecan por transformación, donde es fuerza que ha de haber gusto, agrado y elección.	1360
	Luego si el gusto es después del agrado y la elección, y ésta voluntaria es, ya le debo obligación,	1365

	si no amante, de cortés.	
CARLOS	Si vuestra razón infiere que el que ama hace obligación, ¿por qué os ofende el que quiere?	1370
DIANA	Porque yo tendré razón para lo que yo quisiere.	
CARLOS	Y ¿qué razón puede ser?	1375
DIANA	Yo otra razón no prevengo más que quererla tener.	
CARLOS	Pues esa es la que yo tengo para no corresponder.	
DIANA	¿Y si acaso el tiempo os muestra que vence vuestra porfía?	1380
CARLOS	Siendo una la razón nuestra, si se venciere la mía, no es muy segura la vuestra.	
	<i>(Suenan los instrumentos.)</i>	
LAURA	Señora, los instrumentos ya de ser hora dan señas de comenzar el sarao para las Carnestolendas.	1385
POLILLA	Y ya los príncipes vienen.	
DIANA	Tened todas advertencia de prevenir los colores.	1390
POLILLA	¡Ah, señor, estar alerta!	
CARLOS	¡Ay, Polilla, lo que finjo toda una vida me cuesta!	
POLILLA	Calla, que de enamoralla te hartarás al ir con ella, por la obligación del día.	1395
CARLOS	Disimula, que ya llegan. <i>(Salen los PRÍNCIPES y los MÚSICOS cantando.)</i>	
MÚSICOS	Venid los galanes a elegir las damas, que en Carnestolendas Amor se disfraz.	1400
	Falarala, larala, etc.	
BEARNE	Dudoso vengo, señora, pues, teniendo corta estrella, vengo fiado en la suerte.	1405
D. GASTÓN	Aunque mi duda es la mesma, el elegir la color me toca a mí, que el ser buena, pues le toca a mi fortuna,	1410

	ella debe cuidar d'ella.	
DIANA	Pues sentaos, y cada uno elija color, y sea como es uso, previniendo la razón para escogella, y la dama que le tiene salga con él, siendo deuda el enamorarla en él y el favorecerle en ella.	1415
MÚSICOS	Venid los galanes a elegir las damas, [etc.]	1420
BEARNE	Esta es acción de fortuna, y ella, por ser loca y ciega, siempre le da lo mejor a quien menos partes tenga. Por ser yo el de menos partes, es forzoso que aquí sea quien tiene más esperanza, y así el escoger es fuerza el color verde.	1425
CINTIA	[<i>Aparte.</i>] (Si yo escojo de lo que queda, después de Carlos, yo elijo al de Bearne.) Yo soy vuestra, que tengo el verde. Tomad.	1430
	<i>(Dale una cinta verde.)</i>	
BEARNE	Corona, señora, sea de mi suerte el favor vuestro, que, a no serlo, elección fuera.	1435
	<i>(Danzan una mudanza y pónense mascarillas y retíranse a un lado, quedando en pie.)</i>	
MÚSICOS	Vivan los galanes con sus esperanzas, que para ser dichas el tenerlas basta.	1440
	Falarala, larala, [etc.]	
D. GASTÓN	Yo nunca tuve esperanza, sino envidia, pues cualquiera debe más favor que yo a las luces de su estrella; y, pues siempre estoy celoso, azul quiero.	1445
FENISA	Yo soy vuestra, que tengo el azul. Tomad.	
	<i>(Dale una azul.)</i>	

D. GASTÓN	Mudar de color pudiera, pues ya, señora, mi envidia con tan buena suerte cesa. <i>(Danzan, y retíranse.)</i>	1450
MÚSICOS	No cesan los celos por lograr la dicha, pues los hay entonces de los que la envidian. Falarala, falarala, [etc.]	1455
POLILLA	Y yo ¿he de elegir color?	
DIANA	Claro está.	
POLILLA	Pues vaya fuera, que ya salirme quería a la cara, de vergüenza.	1460
DIANA	¿Qué color pides?	
POLILLA	Yo tengo hecho el buche a damas feas, de suerte que habrá de ser muy mala la que me quepa. De las damas que aquí miro no hay ninguna que no sea como una rosa, y pues yo la he de hacer mala por fuerza, por si ella es como una rosa, yo la quiero rosa seca. Rosa seca, sal acá. ¿Quién le tiene?	1465
LAURA	Yo soy vuestra, que tengo el color. Tomad. <i>Dale una cinta.</i>	1470
POLILLA	¿Yo aquí he de favorecerla y ella a mí ha de enamorarme?	1475
LAURA	No, sino al revés.	
POLILLA	Pues vuelta: enamóreme al revés.	
LAURA	Que no ha de ser eso, bestia, sino enamorarme tú.	
POLILLA	¿Yo? Pues toda la manteca, hecha pringue en la sartén, a tu blancura no llega, ni con tu pelo se iguala la frisa de la bayeta, ni dos ojos de jabón más que los tuyos blanquean;	1480
		1485

	ni siete bocas hermosas, las unas tras otras puestas, son tanto como la tuya;	1490
	y no hablo de pies y piernas, porque no hilo tan delgado, que aunque yo con tu belleza he caído, no he caído, pues no cae el que no peca.	1495
	<i>(Danzan y retíranse.)</i>	
MÚSICOS	Quien a rosas secas su elección inclina, tiene amor de rosas y temor de espinas. Falarala, [etc.]	1500
CARLOS	Yo a elegir quedo el postrero, y ha sido por la violencia que me hace la obligación de haber de fingir finezas; y pues ir contra el dictamen del pecho es enojo y pena, para que lo signifique, de los colores que quedan, pido el color nacarado. ¿Quién le tiene?	1505
DIANA	Yo soy vuestra, que tengo el nácar. Tomad. <i>(Dale una cinta de nácar.)</i>	1510
CARLOS	Si yo, señora, supiera el acierto de mi suerte, no tuviera por violencia fingir amor, pues ahora le debo tener de veras. <i>(Danzan y retíranse.)</i>	1515
MÚSICOS	Iras significa el color de nácar; el desdén no es ira; quien tiene iras ama. Falarala, [etc.]	1520
POLILLA	Ahora te puedes dar un hartazgo de finezas: come para quince días, mas no te ahítes con ellas.	1525
DIANA	Gué la música, pues, a la plaza de las fiestas,	

	y ya galanes y damas vayan cumpliendo la deuda.	
MÚSICOS	Vayan los galanes todos con sus damas, que en Carnestolendas Amor se disfraza. Falarala, [etc.]	1530
<i>(Vanse todos de dos en dos, y al entrar se detienen DIANA y CARLOS.)</i>		
DIANA	[<i>Aparte.</i>] (Yo he de rendir este hombre, o he de condenarme a necia.) ¡Qué tibio galán hacéis! Bien se ve en vuestra tibieza que es violencia enamorar; y siendo el fingirlo fuerza, no saberlo hacer no es falta de amor, sino de agudeza.	1535 1540
CARLOS	Si yo hubiera de fingirlo no tan remiso estuviera, que donde no hay sentimiento está más prompta la lengua.	1545
DIANA	Luego ¿estáis enamorado de mí?	
CARLOS	Si no lo estuviera, no me atara este temor.	
DIANA	¿Qué decís? ¿Habláis de veras?	1550
CARLOS	Pues si el alma lo publica, ¿puede fingirlo la lengua?	
DIANA	Pues ¿no dijistes que vós no podéis querer?	
CARLOS	Eso era porque no me había tocado el veneno d'esta flecha. ¿Qué flecha?	1555
CARLOS	La d'esta mano, que el corazón me atraviesa; y, como el pez que introduce su venenosa violencia por el hilo y por la caña y al pescador pasma y huela el brazo con que la tiene, a mí el alma me penetra el dulce, ardiente veneno que de vuestra mano bella se introduce por la mía	1560 1565

DIANA	y hasta el corazón me llega. [<i>Aparte.</i>] (Albricias, ingenio mío, que ya rendí su soberbia. Ahora probará el castigo del desdén de mi belleza.) Que, en fin, ¿vós no imaginábais querer, y queréis de veras?	1570
CARLOS	Toda el alma se me abrasa, todo mi pecho es centellas. Temple en mí vuestra piedad este ardor que me atormenta.	1575
DIANA	Soltad. ¿Qué decís? Soltad. (<i>Quítase la mascarilla DIANA y suéltale la mano.</i>) ¿Yo favor? La pasión ciega para el castigo os disculpa, mas no para la advertencia. ¿A mí me pides favor diciendo que amáis de veras?	1580
CARLOS	[<i>Aparte.</i>] (¡Cielos, yo me despeñé! Pero válgame la enmienda.)	1585
DIANA	¿No os acordáis de que os dije que en queriéndome era fuerza que sufriéseis mis desprecios sin que os valiese la queja?	1590
CARLOS	Luego ¿de veras habláis?	
DIANA	Pues ¿vós no queréis de veras?	
CARLOS	¿Yo, señora? Pues ¿se pudo trocar mi naturaleza? ¿Yo querer de veras? ¿Yo? ¡Jesús, qué error! ¿Eso piensa vuestra hermosura? ¿Yo amor? Pues, cuando yo le tuviera, de vergüenza le callara. Esto es cumplir con la deuda de la obligación del día.	1595
DIANA	¿Qué decís? ¡Yo estoy muerta! ¿Que no es de veras? ¿Qué escucho? Pues ¿cómo aquí? [<i>Aparte.</i>] (¡Hablar no acierta mi vanidad, de corrida!)	1600
CARLOS	Pues vós, siendo tan discreta, ¿no conocéis que es fingido?	
DIANA	Pues ¿aquello de la flecha, del pez, el hilo y la caña, y decir que el desdén era	1605
		1610

porque no os había tocado
 del veneno la violencia?
 CARLOS Pues eso es fingirlo bien.
 ¿Tan necio queréis que sea
 que cuando a fingir me pongo 1615
 lo finja sin apariencias?
 DIANA [*Aparte.*] (¿Qué es esto que me sucede?
 ¿Yo he podido ser tan necia
 que me haya hecho este desaire?
 Del incendio d'esta afrenta 1620
 el alma tengo abrasada.
 Mucho temo que lo entienda.
 Yo he de enamorar a este hombre,
 si toda el alma me cuesta.)
 CARLOS Mirad que esperan, señora. 1625
 DIANA [*Aparte.*] (¿Que a mí este error me suceda!)
 Pues ¿cómo vos...?
 CARLOS ¿Qué decís?
 DIANA [*Aparte.*] (¿Qué iba yo a hacer? ¡Ya estoy ciega!)
 Poneos la máscara y vamos.
 CARLOS [*Aparte.*] (No ha sido mala la emienda. 1630
 ¿Así trata el rendimiento?
 ¡Ah, cruel! ¡Ah, ingrata! ¡Ah, fiera!
 ¡Yo echaré sobre mi fuego
 toda la nieve del Etna!)
 DIANA Cierto que sois muy discreto, 1635
 y lo fingís de manera
 que lo tuve por verdad.
 CARLOS Cortesanía fue vuestra
 el fingiros engañada,
 por favorecer con ella; 1640
 que con eso habéis cumplido
 con vuestra naturaleza
 y la obligación del día,
 pues fingiendo la cautela
 de engañaros, porque a mí 1645
 me dais crédito con ella,
 favorecéis el ingenio
 y despreciáis la fineza.
 DIANA [*Aparte.*] (Bien agudo ha sido el modo
 de motejarme de necia; 1650
 mas así le he de engañar.)
 Venid, pues, y aunque yo sepa
 que es fingido, proseguid,

	que eso a estimaros me empeña con más veras.	
CARLOS	¿De qué suerte?	1655
DIANA	Hace a mi desdén más fuerza la discreción que el amor, y me obligáis más con ella.	
CARLOS	[<i>Aparte.</i>] (¡Quién no entendiése tu intento! Yo le volveré la flecha.)	1660
DIANA	¿No proseguís?	
CARLOS	No, señora.	
DIANA	¿Por qué?	
CARLOS	Me ha dado tal pena el decirme que os obligo, que me ha hecho perder la senda del fingirme enamorado.	1665
DIANA	Pues vós ¿qué perder pudierais en tenerme a mí obligada con vuestra atención discreta?	
CARLOS	Arriesgarme a ser querido.	
DIANA	Pues ¿tan mal os estuviera?	1670
CARLOS	Señora, no está en mi mano; y si yo en eso me viera, fuera cosa de morirme.	
DIANA	[<i>Aparte.</i>] (¡Que esto escuche mi belleza!) Pues ¿vós presumís que yo puedo quererlos?	1675
CARLOS	Vós mesma decís que la que agradece está de querer muy cerca; pues quien confiesa que estima, ¿qué falta para que quiera?	1680
DIANA	Menos falta para injuria a vuestra loca soberbia; y eso poco que le falta, pasando ya de grosera, quiero excusar en dejaros. Idos.	1685
CARLOS	Pues ¿cómo a la fiesta queréis faltar? ¿Puede ser sin dar causa a otra sospecha?	
DIANA	Ese riesgo a mí me toca. Decid que estoy indispuesta, que me ha dado un accidente.	1690
CARLOS	Luego con eso licencia	

	me dais para no asistir.	
DIANA	Si os mando que os vais, ¿no es fuerza?	
CARLOS	Me habéis hecho un gran favor.	1695
	Guarde Dios a Vuestra Alteza.	
	(Vase.)	
DIANA	¿Qué es lo que pasa por mí?	
	¡Tan corrida estoy, tan ciega,	
	que si supiera algún medio	
	de triunfar de su soberbia,	1700
	aunque arriesgara el respeto,	
	por rendirle a mi belleza,	
	a costa de mi decoro	
	comprara la diligencia!	
	(Sale POLILLA.)	
POLILLA	¿Qué es esto, señora mía?	1705
	¿Cómo se ha agitado la fiesta?	
DIANA	Hame dado un accidente.	
POLILLA	Si es cosa de la cabeza,	
	dos parches de tacamaca,	
	y que te traigan las piernas.	1710
DIANA	No tienen piernas las damas.	
POLILLA	Pues por esa razón mesma	
	digo yo que te las traigan.	
	Mas ¿qué ha sido tu dolencia?	
DIANA	Aprieto del corazón.	1715
POLILLA	¡Jesús! Pues si no es más de esa,	
	sangrarte y purgarte luego,	
	y echarte unas sanguijuelas,	
	dos docenas de ventosas,	
	y al instante estarás buena.	1720
DIANA	Caniquí, yo estoy corrida	
	de no vencer la tibieza	
	de Carlos.	
POLILLA	Pues ¿eso dudas?	
	¿Quieres que por ti se pierda?	
DIANA	Pues ¿cómo se ha de perder?	1725
POLILLA	Hazle que tome una renta.	
	Pero, de veras hablando,	
	tú, señora, ¿no deseas	
	que se enamore de ti?	
DIANA	Toda mi corona diera	1730
	por verle morir de amor.	
POLILLA	Y ¿es eso cariño o tema?	
	La verdad, ¿te entra el Carlillos?	

DIANA	¿Qué es cariño? Yo soy peña. Para abrasarle a desprecios, a desaires y a violencias, lo deseo sólo.	1735
POLILLA	[<i>Aparte.</i>] (¡Zape! Aún está verde la breva; mas ella madurará, como hay muchachos y piedras.)	1740
DIANA	Yo sé que él gusta de oír cantar.	
POLILLA	Mucho, como sea la Pasión o algún buen salmo cantado con castañetas.	
DIANA	¿Salmo? ¿Qué dices?	
POLILLA	Es cosa, señora, que esto le eleva. Lo que es música de salmos, pierde su juicio por ella.	1745
DIANA	Tú has de hacer por mí una cosa.	
POLILLA	¿Qué?	
DIANA	Abierta hallarás la puerta del jardín; yo con mis damas estaré allí, y, sin que él sepa que es cuidado, cantaremos; tú has de decir que le llevas porque nos oiga cantar, diciendo que, aunque le vean, a ti te echarán la culpa.	1750
POLILLA	Tú has pensado brava treta, porque en viéndote cantar se ha de hacer una jalea.	1755
DIANA	Pues ve a buscarle al momento.	
POLILLA	Llevaréle con cadena. A oír cantar irá el otro tras un entierro; mas sea buen tono.	1760
DIANA	¿Qué te parece?	1765
POLILLA	Alguna cosa burlesca que tenga mucha alegría.	
DIANA	¿Como qué?	
POLILLA	Un <i>requiem aeternam</i> .	
DIANA	Mira que voy al jardín.	
POLILLA	Pues ponte como una Eva, para que caiga este Adán.	1770

DIANA Allá espero.

(Vase.)

POLILLA ¡Norabuena,
que tú has de ser la manzana
y has de llevar la culebra!
Señores, ¡que estas locuras 1775
ande haciendo una Princesa!
Mas, quien tiene la mayor,
¿qué mucho que estotras tenga?
Porque las locuras son
como un plato de cerezas, 1780
que en tirando de la una,
las otras se van tras ella.

(Sale CARLOS.)

CARLOS ¿Polilla amigo?

POLILLA Carlos, ¡bravo cuento!

CARLOS Pues ¿qué ha habido de nuevo?

POLILLA Vencimiento.

CARLOS Pues tú ¿qué has entendido? 1785

POLILLA Que, para enamorarte, me ha pedido
que te lleve al jardín, donde has de vella
más hermosa y brillante que una estrella,
cantando con sus damas;
que, como te imagina duro tanto, 1790
ablandarte pretende con el canto.

CARLOS ¿Eso hay? Mucho lo estraño.

POLILLA Mira si es liviandad de buen tamaño,
y si está ya harto ciega,
pues esto hace y de mí a fiarlo llega. 1795

Tañen dentro.

CARLOS Ya escucho el instrumento.

POLILLA Esta ya es tuya.

CARLOS Calla, que cantan ya.

POLILLA Pues ¡aleluya!
(Cantan.)
Olas eran de zafir
las del mar sola esta vez,
con el que siempre le aclaman 1800
los mares segundo rey.

POLILLA Vamos, señor.

CARLOS ¿Qué dices? Que yo muero.

POLILLA Deja eso a los pastores del Arcadia
y vámonos allá, que esto es primero.

CARLOS Y ¿qué he de hacer?

POLILLA Entrar y no miralla 1805
y divertirse con la copia bella
de flores; y aunque ella
se haga rajas cantando, no escuchalla,
por que se abraze.

CARLOS No podré emprendello.
POLILLA ¿Cómo no? ¡Vive Cristo que has de hacello, 1810
o te tengo de dar con esta daga
que traigo para eso, que esta llaga
se ha de curar con escozor.

CARLOS No intentes
eso, que no es posible que lo allanes.
POLILLA Señor, tú has de sufrir polvos de Joanes, 1815
que toda el alma tienes ya podrida.
(Cantan dentro.)

CARLOS Otra vez cantan; oye, por tu vida.
POLILLA ¡Pesia mi alma, vamos,
no en eso tiempo pierdas!

CARLOS Atendamos,
que luego entrar podemos. 1820
POLILLA Allá, desde más cerca, escucharemos.
¡Anda con Barrabás!

CARLOS Oye primero.
POLILLA Has de entrar, ¡vive Dios!
CARLOS Oye.
POLILLA No quiero.
(Métele a empujones.)
(Salen DIANA y todas las Damas en guardapieses y justillos, cantando.)

DAMAS Olas eran de zafir 1825
las del mar sola esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo rey.

DIANA ¿No habéis visto entrar a Carlos?
CINTIA No sólo no le hemos visto,
mas ni aun de que venir pueda 1830
en el jardín hay indicio.

DIANA Laura, ten cuenta si viene.
LAURA Ya yo, señora, lo miro.
DIANA Aunque arriesgue mi decoro,
he de vencer sus desvíos. 1835

LAURA Ciertamente, que estás tan hermosa,
que ha de faltarle el sentido
si te ve y no se enamora.
Mas, señora, ya le he visto,

	ya está en el jardín.	
DIANA	¿Qué dices?	1840
LAURA	Que con Caniquí ha venido.	
DIANA	Pues volvamos a cantar, y sentaos todas conmigo. (<i>Siéntanse todas, y salen POLILLA y CARLOS.</i>)	
POLILLA	No te derritas, señor.	
CARLOS	Polilla, ¿no es un prodigio su belleza? En aquel traje doméstico es un hechizo.	1845
POLILLA	¡Qué bravas están las damas en guardapiés y justillo!	
CARLOS	¿Para qué son los adornos donde hay sin ellos tal brío?	1850
POLILLA	Mira: éstas son como el cardo, que el hortelano advertido le deja las pencas malas, que, aunque no son de servicio, abultan para venderle; pero, después de vendido, sólo se come el cogollo. Pues las damas son lo mismo: lo que se come es aquesto, que el moño y el artificio de las faldas son las pencas que se echan a los borricos. Pero vuelve allá la cara, no mires, que vas perdido.	1855
CARLOS	Polilla, no he de poder.	1860
POLILLA	¿Qué llamas no? ¡Vive Cristo que has de meterte la daga si vuelves! (<i>Pónele la daga a la cara.</i>)	1865
CARLOS	Ya no la miro.	
POLILLA	Pues la estás oyendo, engaña los ojos con los oídos.	1870
CARLOS	Pues vámonos alargando, porque si canta, el no oírlo no parezca que es cuidado, sino divertirme el sitio.	1875
CINTIA	Ya te escucha, cantar puedes.	
DIANA	Ansí vencerle imagino. (<i>Cantan.</i>) El que sólo de su abril	

	escogió mayo cortés, por gala de su esperanza, las flores de su desdén...	1880
DIANA	¿No ha vuelto a oír?	
LAURA	No, señora.	
DIANA	¿Cómo no? Pues ¿no me ha oído?	
CINTIA	Puede ser, porque está lejos.	
CARLOS	En toda mi vida he visto más bien compuesto jardín.	1885
POLILLA	Vaya d'eso, que eso es lindo.	
DIANA	El jardín está mirando: ¿este hombre está sin sentido? ¿Qué es esto? Cantemos todas para ver si vuelve a oírnos.	1890
	(<i>Cantan todas.</i>)	
	A tan dichoso favor sirva tan florido mes; por gloria de sus trofeos, rendido le bese el pie.	1895
CARLOS	¿Qué bien hecho está aquel cuadro de sus armas! ¿Qué pulido!	
POLILLA	Harto más pulido es eso.	
DIANA	¿Que esto escucho! ¿Que esto miro! ¿Los cuadros está alabando cuando yo canto?	1900
CARLOS	No he visto hiedra más bien enlazada. ¿Qué hermoso verde!	
POLILLA	Eso pido:	
DIANA	date en lo verde, que engordas. No me ha visto o no me ha oído. Laura, al descuido le advierte que estoy yo aquí.	1905
	(<i>Levántase LAURA.</i>)	
CINTIA	[<i>Aparte.</i>] (Este capricho la ha de despeñar a amar.)	
LAURA	Carlos, estad advertido que está aquí dentro Diana.	1910
CARLOS	Tiene aquí un famoso sitio: los laureles están buenos; pero entre aquellos jacintos, aquel pie de guindo afea.	
POLILLA	¿Oh, qué lindo pie de guindo!	1915
DIANA	¿No se lo advertiste, Laura?	

LAURA Ya, señora, se lo he dicho.
 DIANA Ya no yerra de ignorancia;
 pues ¿cómo está divertido?
(Pasan por delante dellas, llevándole POLILLA la daga junto a la cara, por que no vuelva.)

POLILLA Señor, por aquesta calle 1920
 pasa sin mirar.

CARLOS Rendido
 estoy a mi resistencia;
 volver temo.

POLILLA ¡Ten, por Cristo,
 que te herirás con la daga!

CARLOS Yo no puedo más, amigo. 1925

POLILLA Hombre, mira que te clavas.
 CARLOS ¿Qué quieres? Ya me he vencido.
 POLILLA Vuelve por estotro lado.
 CARLOS ¿Por acá?
 POLILLA Por allá digo.
 DIANA ¿No ha vuelto?
 LAURA Ni lo imagina. 1930
 DIANA Yo no creo lo que miro;
 Fenisa, ve tú al descuido,
 y vuelve a darle el aviso.
(Levántase FENISA.)

POLILLA Otro correo dispara,
 mas no dan lumbre los tiros. 1935

FENISA ¿Carlos?
 CARLOS ¿Quién llama?
 POLILLA ¿Quién es?
 FENISA Ved que Diana os ha visto.
 CARLOS Admirado d'esta fuente,
 en verla me he divertido
 y no había visto a Su Alteza; 1940
 decid que ya me retiro.
 DIANA ¡Cielos! sin duda se va.
 Oíd, escuchad, a vós digo.
(Levántase.)

CARLOS ¿A mí, señora?
 DIANA Sí, a vós.
 CARLOS ¿Qué mandáis?
 DIANA ¿Cómo, atrevido, 1945
 habéis entrado aquí dentro,
 sabiendo que en mi retiro
 estaba yo con mis damas?

	<p>todos sin hacer caso de Diana, pues ella se escusó con sus porfías.</p> <p>Que si a ver llega su altivez tirana, por su desdén, su adoración perdida, si no de amante, se ha de herir de vana; y en conociendo indicios de la herida, nuestras finezas han de ser mayores, hasta tenerla en su rigor vencida.</p>	2020
POLILLA	<p>No es ése mal remedio, mas, señores, eso es lo mismo que a cualquier doliente el quitarle la cena los doctores.</p>	2025
BEARNE	<p>Pero si no es remedio suficiente, cuando no alivie o temple la dolencia, sirve de que no crezca el accidente.</p> <p>Si a Diana la ofende la decencia con que la festejamos, porfialla sólo será crecer su resistencia.</p> <p>Ya no queda más medio que dejalla; pues si la ley que dio Naturaleza no falta en ella, así hemos de obligalla, porque en viendo perdida la fineza la dama, aun de aquel mismo que aborrece, sentirlo es natural en la belleza.</p> <p>Que la veneración de que carece, aunque el gusto cansado la desprecia, la vanidad del alma la apetece; y si le falta lo que el alma aprecia, aunque lo calle allá su sentimiento, la estará a solas condenando a necia.</p> <p>Y cuando no se logre el pensamiento de obligarla a querer, en que lo sienta queda vengado bien nuestro tormento.</p>	2030
	<p>Lo que, ofendido, vuestro amor intenta, por dos causas de mí queda aceptado: una, el ser fuerza que ella lo consienta, porque eso su desdén nos ha mandado; y otra, que, sin amor, ese desvío no me puede costar ningún cuidado.</p>	2035
CARLOS	<p>Y cuando no se logre el pensamiento de obligarla a querer, en que lo sienta queda vengado bien nuestro tormento.</p>	2040
	<p>Lo que, ofendido, vuestro amor intenta, por dos causas de mí queda aceptado: una, el ser fuerza que ella lo consienta, porque eso su desdén nos ha mandado; y otra, que, sin amor, ese desvío no me puede costar ningún cuidado.</p>	2045
BEARNE	<p>Pues la palabra os tomo.</p>	2050
CARLOS	<p>Yo la fío.</p>	2055
BEARNE	<p>Y aun de Diana el nombre a nuestro labio desde aquí le prohíba el albedrío.</p>	
D. GASTÓN	<p>Ese contra el desdén es medio sabio.</p>	
CARLOS	<p>Digo que de mi parte lo prometo.</p>	

BEARNE	Pues vós veréis vengado nuestro agravio.	2060
D. GASTÓN	Vamos y, aunque se ofenda su respeto, en festejar las damas prosigamos con más finezas.	
CARLOS	Yo el desvío acepto.	
BEARNE	Pues si a un tiempo todos la dejamos, cierto será el vencerla.	
CARLOS	Ansí lo creo.	2065
BEARNE	Vamos, pues, don Gastón.	
D. GASTÓN	Bearne, vamos.	
BEARNE	Logrado habéis de ver nuestro deseo. (<i>Vanse.</i>)	
POLILLA	Señor, esta es brava traza y medida a tu deseo, que esto es echarte el ojeo, por que tú mates la caza.	2070
CARLOS	Polilla, ¡mujer terrible! ¡Que aun no quiera tan picada!	
POLILLA	Señor, ella está abrasada, mas rendirse no es posible.	2075
	Ella te quiere, señor, y dice que te aborrece, mas lo que ira le parece es quintaesencia de amor;	
	porque, cuando una mujer de los desdenes se agravia, bien puede llamarlo rabia, mas es rabiar por querer.	2080
	Día y noche está tratando cómo vengar su congoja; mas no temas que te coja, que ella te dará bien blando.	2085
CARLOS	¿Qué dice de mí?	
POLILLA	Te acusa, dice que eres un grosero, desatento, majadero.	2090
	Y yo, que entiendo la musa, digo: «Señora, es un loco, un sucio»; y ella después vuelve por ti y dice: «No es, que ni tanto ni tan poco».	2095
	En fin, por que sus desvelos no se logren, yo imagino que ahora toma otro camino	

	y quiere picarte a celos. Conoce tú la varilla;	2100
	y si acaso te la echa, disimula y di a la flecha, riendo: «Hágote cosquilla», que ella te se vendrá al ruego.	
CARLOS POLILLA	¿Por qué? Porque, aunque se enoje, quien cuando siembra no coge, va a pedir limosna luego; esto es, señor, evidencia.	2105
	Lope, el fénix español, de los ingenios el sol, lo dijo en este sentencia:	2110
	«Quien tiene celos y ofende, ¿qué pretende? La venganza de un desdén; y si no le sale bien, vuelve a comprar lo que vende.»	2115
	Mas ya los príncipes van sus músicas previniendo.	
CARLOS POLILLA	Irme con ellos pretendo. Con eso juego te dan.	2120
CARLOS POLILLA	Diana viene. Pues cuidado y escápate.	
CARLOS	Voyme luego. (<i>Vase.</i>)	
POLILLA	Vete, que, si nos ve el juego, perderemos lo envidado. (<i>Cantan dentro, y va saliendo DIANA.</i>)	
MÚSICOS	Pastores, Cintia me mata; Cintia es mi muerte y mi vida; yo de ver a Cintia vivo y muero por ver a Cintia.	2125
DIANA POLILLA	¡Tanta Cintia! Es el reclamo del bearnés.	
DIANA	¡Finezas necias! (<i>Aparte.</i>)	2130
POLILLA	Todo esto es echar especias al guisado de mi amo.	
DIANA	Por no ver estas contiendas de que a sus damas alaben,	

	deseo ya que se acaben aquestas Carnestolendas.	2135
POLILLA	Eso es ya rigor tirano. Deja, señora, querer, si no quieres; que eso es ser el perro del hortelano.	2140
DIANA	Pues ¿no es cosa muy cansada oír músicas precisas de Cintias, Lauras, Fenisas, cada instante?	
POLILLA	Si te enfada ver tu nombre en verso escrito, ¿qué han de hacer sino <i>cintiar</i> , <i>laurear</i> y <i>fenisar</i> , que <i>dianar</i> es delito?	2145
	Y el bearnés tan fino está con Cintia, que está en su pecho, que una gran décima ha hecho.	2150
DIANA	Y ¿cómo dice?	
POLILLA	Allá va. «Cintia el mandamiento quinto quebró en mí, como saeta; Cintia es la que a mí me aprieta, y yo soy de Cintia el cinto. Cintia y cinta no es distinto; y pues Cintia es semejante a cinta, soy fino amante, pues traigo cinta en la liga. Y esta décima la diga Cintor el representante.»	2155
DIANA	Bien por cierto; mas ya suena otra música.	2160
POLILLA	Y galante.	
DIANA	Ésta será de otro amante.	2165
POLILLA	Reventando está de pena. (<i>Aparte.</i>)	
MÚSICOS	No iguala a Fenisa el fénix, que, si él muere y resucita, Fenisa da vida y mata; más que el fénix es Fenisa.	2170
DIANA	¡Qué finos están!	
POLILLA	¡Jesús! Mucha cosa, y aún mi pecho. Oye lo que a Laura he hecho.	

DIANA	¿También das músicas?	
POLILLA	Pus. Laura, en rigor, es laurel; y pues Laura a mí me plugo, yo tengo de ser besugo, por escabecharme en él.	2175
DIANA	Y Carlos ¿no me pudiera dar música a mí también?	2180
POLILLA	Si él llegara a querer bien, sin duda se te atreviera; mas él no ama, y tú el concierto de que te dejase hiciste, con que al punto que dijiste: «Id con Dios», vio el Cielo abierto.	2185
DIANA	Que lo dije así confieso; mas él porfiar debía, que aquí es cortés la porfía.	
POLILLA	Pues ¿cómo puede ser eso, si a las fiestas han de ir, y es desprecio de su fama no ir un galán con su dama, y tú no quieres salir?	2190
DIANA	¿Que pudiera ser no infieres que saliese yo con él?	2195
POLILLA	Sí, señora, pero él sabe poco de poderes. Mas ya galanes y damas a las fiestas van saliendo;	2200
DIANA	cierto que es un mayo ver las plumas de los sombreros. Todos vienen con sus damas, y Carlos viene con ellos.	
POLILLA	[<i>Aparte.</i>] (Señores, si esta mujer, viendo ahora este desprecio, no se rinde a querer bien, ha de ahorcarse, como hay Credo.)	2205
<i>(Salen todos los galanes con sus damas, y ellos y ellas con sombreros y plumas.)</i>		
MÚSICOS	A festejar sale Amor sus dichosos prisioneros, dando plumas sus penachos a sus arpones soberbios.	2210
BEARNE	Príncipes, para picarla es este el postrer remedio.	
D. GASTÓN	Mostrarnos finos importa.	2215

CARLOS	Mi fineza es el despego.	
BEARNE	Cada instante, Cintia hermosa, me olvido de que soy vuestro, porque no creo a mi suerte la dicha que la merezco.	2220
CINTIA	Más dudo yo, pues presumo que el ser tan fino es empeño del día, y no del amor.	
BEARNE	Salir del día deseo por venceros esa duda.	2225
D. GASTÓN	Y vós, si dudáis lo mesmo, veréis pasar mi fineza a los mayores extremos, cuando sólo deuda sea de la fe con que os venero.	2230
DIANA	Nadie se acuerda de mí.	
POLILLA	Yo por ninguno lo siento, sino por aquel menguado de Carlos, que es un soberbio. ¿Tiene él algo más que ser muy galán y muy discreto, muy liberal y valiente, y hacer muy famosos versos y ser un príncipe grande? Pues ¿qué tenemos con esto?	2235
BEARNE	Conde de Fox, no perdamos tiempo para los festejos que tenemos prevenidos.	2240
D. GASTÓN	Tan feliz día logremos.	
DIANA	¡Qué tiernos van!	
POLILLA	Son menguados.	2245
DIANA	Pues ¿es malo el estar tiernos?	
POLILLA	Sí, que es cosa de capones.	
BEARNE	Proseguid el dulce acento que nuestra dicha celebra.	
CARLOS	Yo seré imán de sus ecos.	2250
	<i>(Vanse pasando por delante de DIANA, sin reparar en ella.)</i>	
MÚSICOS	A festejar sale Amor sus dichosos prisioneros, [etc.]	
DIANA	¡Qué finos van y qué graves!	
POLILLA	¿Sabes qué parecen éstos?	
DIANA	¿Qué?	
POLILLA	Priors y abadesas.	2255
DIANA	Y Carlos se va con ellos...	

	Sólo d'él siento el desdén; pero de abrasarle a celos es ésta buena ocasión... Llámale tú.	
POLILLA	¡Ah, caballero!	2260
CARLOS	¿Quién llama?	
POLILLA	<i>Appropinquación</i> <i>ad parlandum.</i>	
CARLOS	¿Con quién?	
POLILLA	<i>Mecum.</i>	
CARLOS	Pues ¿para eso me llamas, cuando ves que voy siguiendo este acento enamorado?	2265
DIANA	¿Vós enamorado? ¡Bueno! Y ¿de quién lo estáis?	
CARLOS	Señora, también yo aquí dama llevo.	
DIANA	¿Qué dama?	
CARLOS	Mi libertad, que es a quien yo galanteo.	2270
DIANA	Cierto que me había dado gran susto.	
	<i>(Aparte.)</i>	
POLILLA	¡Bueno va esto! Ya está más allá de Illescas para llegar a Toledo.	
DIANA	¿La libertad es la dama?	2275
	¡Buen gusto tenéis, por cierto!	
CARLOS	En siendo gusto, señora, no importa que no sea bueno, que la voluntad no tiene razón para su deseo.	2280
DIANA	Pero ahí no hay voluntad.	
CARLOS	Sí hay tal.	
CONDE	O yo no lo entiendo, o no la hay; que no se puede dar voluntad sin sujeto.	
CARLOS	El sujeto es el no amar, y voluntad hay en esto; pues si quiero no querer, ya quiero lo que no quiero.	2285
DIANA	La negación no da ser, que sólo el entendimiento le da al ente de razón	2290

	un ser fingido y supuesto; y así es esa voluntad, pues sin causa no hay efecto.	
CARLOS	Vós, señora, no sabéis lo que es querer; y así en esto será lisonja deciros que ignoráis el argumento.	2295
DIANA	No ignoro tal, que el discurso no ha menester los efectos para conocer las causas, pues sin la experiencia d'ellos las ve la filosofía; pero yo ahora lo entiendo con experiencia también.	2300
CARLOS	Pues ¿vós queréis?	2305
DIANA	Lo deseo.	
POLILLA	[<i>Aparte.</i>] (¡Cuidado, que va apuntando la varita de los celos! Úntate muy bien las manos con aceite de desprecios, no se te pegue la liga.)	2310
DIANA	(Si éste tiene entendimiento, se ha de abrasar, o no es hombre.)	
POLILLA	(Eso fuera a no estar hecho él defensivo y pegado.)	2315
CARLOS	De oíros estoy suspenso.	
DIANA	Carlos, yo he reconocido que la opinión que yo llevo es ir contra la razón, contra el útil de mi reino, la quietud de mis vasallos, la duración de mi imperio. Viendo estos inconvenientes, he puesto a mi pensamiento tan forzosos silogismos, que le he vencido con ellos.	2320
	Determinada a casarme, apenas cedió el ingenio al poder de la verdad su sofístico argumento, cuando vi, al abrir los ojos, que la nube de aquel yerro le había quitado al alma la luz del conocimiento.	2325
		2330

	El Príncipe de Bearne, mirado sin pasión...	2335
POLILLA	(¡Helos! ¡Al aceite, que traen liga!)	
DIANA	...es tan galán caballero, que merece la atención mía, que harto lo encarezco.	2340
	Por su sangre, no hay ninguno de mayor merecimiento; por sus partes, no le iguala el más galán, más discreto.	
	Lo afable en los agasajos, lo humilde en los rendimientos, lo primoroso en finezas, lo generoso en festejos, nadie lo tiene como él.	2345
	Corrida estoy de que un yerro me haya tenido tan ciega, que no viese lo que veo.	2350
CARLOS	(Polilla, aunque sea fingido, ¡vive Dios que estoy muriendo!	
POLILLA	¡Aceite, pesia mi alma, aunque te manches con ello!)	2355
DIANA	Y así, Carlos, determino casarme; mas antes quiero, por ser tan discreto vós, consultaros este intento.	2360
	¿No os parece que el de Bearne que será el más digno dueño que dar puedo a mi corona? Que yo por el más perfecto le tengo de todos cuantos me asisten. ¿Qué sentís d'ello? Parece que os demudáis. ¿Estrañáis mi pensamiento?	2365
	(<i>Aparte.</i>)	
	Bien he logrado la herida, que del semblante lo infiero; todo el color ha perdido: eso es lo que yo pretendo.	2370
POLILLA	[<i>Aparte.</i>] (¡Ah, señor!	
CARLOS	Estoy sin alma.	
POLILLA	Sacúdete, majadero, que se te pega la liga.)	2375

	mi pasión? ¿Qué sentís dello? Parece que os he enojado.	
DIANA	[<i>Aparte.</i>] (Toda me ha cubierto un hielo.)	2420
CARLOS	¿No respondéis?	
DIANA	Me ha dejado suspensa el veros tan ciego, porque yo en Cintia no he hallado ninguno d'esos extremos: ni es agradable, ni hermosa,	2425
CARLOS	ni discreta, y ese es yerro de la pasión.	
	¿Hay tal cosa?	
	Hasta ahí nos parecemos.	
DIANA	¿Por qué?	
CARLOS	Porque a vós de Cintia se os encubre el rostro bello,	2430
	y del de Bearne a mí lo galán se me ha encubierto; conque somos tan iguales, que decimos mal a un tiempo:	
	yo, de lo que vós queréis, y vós, de lo que yo quiero.	2435
DIANA	Pues si es gusto, cada uno siga el suyo.	
CARLOS	[<i>Aparte.</i>] (Malo es esto.	
POLILLA	Encima viene la tuya: no se te dé nada de eso.)	2440
CARLOS	Pues ya, con vuestra licencia, iré, señora, siguiendo aquel eco enamorado; que el disfrazaros mi intento fue temor, que ya he perdido,	2445
	sabiendo que mi deseo, en la ocasión y el motivo, es tan parecido al vuestro.	
DIANA	¿Vais a verla?	
CARLOS	Sí, señora.	
DIANA	[<i>Aparte.</i>] (¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto, cielos?)	2450
POLILLA	(Para largo, que la pierde.)	
CARLOS	Adiós, señora.	
DIANA	Teneos, aguardad. ¿Por qué ha de ser tan ciego un hombre discreto, que ha de oponer un sentido	2455

	a todo un entendimiento? ¿Qué tiene Cintia de hermosa? ¿Qué discursos, qué conceptos os la han fingido discreta? ¿Qué garbo tiene? ¿Qué aseo?	2460
POLILLA	[<i>Aparte.</i>] (Cinco, seis y encaje, cuenta, señor, que la va perdiendo hasta el codo.)	
CARLOS	¿Qué dices?	
DIANA	Que ha sido mal gusto el vuestro.	
CARLOS	¿Malo, señora? Allí va Cintia; miralda, aun de lejos, y veréis cuántas razones da su hermosura a mi acierto. Mirad en lazos prendido aquel hermoso cabello,	2465
	y si es justo que en él sea yo el rendido y él el preso. Mirad en su frente hermosa cómo junta el rostro bello, bebiendo luz a sus ojos,	2470
	sol, luna, estrellas y cielo. Y en sus dos ojos mirad si es digno y dichoso el hierro que hace esclavos a los míos, aunque ellos sean los negros.	2475
	Mirad el sangriento labio, que, fino coral vertiendo, parece que se ha teñido en la herida que me ha hecho; aquel cuello de cristal,	2480
	que, por ser de garza el cuello, al cielo de su hermosura osa llegar con el vuelo; aquel talle tan delgado, que yo pintarle no puedo,	2485
	porque es él más delicado que todos mis pensamientos. Yo he estado ciego, señora, pues sólo ahora lo veo; y del pesar de mi engaño	2490
	me paso a loco, de ciego; pues no he reparado aquí en tan grande desacierto	2495

	como alabar su hermosura delante de vós. Mas d'esto perdón os pido, y licencia de ir a pedírsela luego por esposa a vuestro padre, ganando también a un tiempo del Príncipe de Bearne las albricias de ser vuestro.	2500
	(Vase.)	
DIANA	¿Qué es ésto, dureza mía? Un volcán tengo en mi pecho. ¿Qué llama es esta que el alma me abrasa? Yo estoy ardiendo.	2510
POLILLA	[Aparte.] (Alto, ya cayó la breva, y dio en la boca por yerro.)	
DIANA	¿Caniquí?	
POLILLA	Señora mía, ¿hay tan grande atrevimiento? ¿Por qué con él no embestiste y le arrancaste a este necio todas las barbas a araños?	2515
DIANA	Yo pierdo el entendimiento.	
POLILLA	Pues pierde también las uñas.	
DIANA	¡Caniquí, este es un incendio!	2520
POLILLA	Eso no es sino bramante.	
DIANA	¿Yo arrastrada de un soberbio? ¿Yo rendida de un desvío? ¿Yo sin mí?	
POLILLA	Señora, quedo, que eso parece querer.	2525
DIANA	¿Qué es querer?	
POLILLA	Serán torreznos.	
DIANA	¿Qué dices?	
POLILLA	Digo de amor.	
DIANA	¿Cómo amor?	
POLILLA	No, sino huevos.	
DIANA	¡Yo amor!	
POLILLA	Pues ¿qué sientes tú?	
DIANA	Una rabia y un tormento.	2530
	No sé qué mal es aqueste.	
POLILLA	Venga el pulso, y lo veremos.	
DIANA	Déjame, no me enfurezcas; que es tanto el furor que siento, que aun a mí no me perdono.	2535

BEARNE	<p>Señora, yo el modo erré de acetar vuestro favor y lo que fuera mejor; enmendando el yerro, iré a vuestro padre, y diré la gracia que os he debido, y rogaré agradecido que interceda en mi pasión, por mi dicha y el perdón de haber andado atrevido.</p>	<p>2620</p> <p>2625</p>
	(Vase.)	
DIANA	<p>¿Qué es esto que me sucede? Yo me quemo, yo me abraso; mas si es venganza de Amor, ¿por qué su rigor extraño? Esto es amor, porque el alma me lleva el desdén de Carlos. Aquel hielo me ha encendido; que Amor su deidad mostrando, por castigar mi dureza, ha vuelto la nieve en rayos. Pues ¿qué he de hacer, ay de mí, para enmendar este daño que en vano el pecho resiste? El remedio es confesarlo. ¿Qué digo? ¿Yo publicar mi delito con mi labio? ¿Yo decir que quiero bien? Mas Cintia viene: el recato de mi decoro me valga; que tanto tormento paso en el ardor que padezco, como en haber de callarlo.</p>	<p>2630</p> <p>2635</p> <p>2640</p> <p>2645</p>
	(Salen CINTIA y LAURA.)	
CINTIA LAURA	<p>Laura, no creo mi dicha. Pues la tienes en la mano, lógrala, aunque no la creas.</p>	<p>2650</p>
CINTIA	<p>Diana, el justo agasajo que, por ser tu sangre yo, te he debido, ahora aguardo que sea con tu favor el que requiere mi estado. Carlos, señora, me pide por esposa, y en él gano</p>	<p>2655</p>

	un logro para el deseo, para mi nobleza un lauro.	2660
	Enamorado de mí, pide, señora, mi mano; sólo tu favor me falta para la dicha que aguardo.	
DIANA	[<i>Aparte.</i>] (Esto es justicia de Amor. ¡Uno tras otro el agravio! ¿Ya no me doy por vencida? ¿Qué más quieres, dios tirano?)	2665
CINTIA	¿No me respondes, señora?	
DIANA	Estaba, Cintia, mirando de qué modo es la fortuna en sus inciertos acasos. Anhela un pecho infeliz, con dudas y sobresaltos, diligencias y deseos,	2670
	por un bien imaginado; sólo porque le desea, huye d'él, y es tan ingrato, que de otro que no le busca se va a poner en la mano.	2675
	Yo, de su desdén herida, procuré rendir a Carlos, obliguéle con favores, hice finezas en vano: siempre en él hallé un desvío;	2680
	y sin buscarle tu halago, lo que huyó de mi deseo se va a rendir a tus brazos. Yo estoy ciega de ofendida, y el favor que me has rogado que te dé, te pido yo para vengar este agravio.	2685
	Llore Carlos tu desprecio, sienta su pecho tirano la llama de tu desvío, pues yo en la suya me abraso.	2690
	Véngame de su soberbia, hállete su amor de mármol; pene, suspire y padezca en tu desdén, y llorando sufra...	2695
		2700
CINTIA	Señora, ¿qué dices?	

Si él conmigo no es ingrato,
 ¿por qué he de dar yo un castigo
 a quien me hace un agasajo?
 ¿Por qué me has de persuadir 2705
 lo que tú estás condenando?
 Si en él su desdén no es bueno,
 también en mí será malo.
 Yo le quiero, si él me quiere.
 DIANA ¿Qué es quererle? ¿Tú de Carlos 2710
 amada, yo despreciada?
 ¿Tú con él casarte, cuando
 del pecho se está saliendo
 el corazón a pedazos?
 ¿Tú logrando sus cariños, 2715
 cuando su desdén helado,
 trocando efecto la causa,
 abrasa mi pecho a rayos?
 Primero, ¡viven los cielos!,
 fueran las vidas de entrambos 2720
 asunto de mi venganza,
 aunque con mis propias manos
 sacara a Carlos del pecho,
 donde, a mi pesar, ha entrado,
 y para morir con él 2725
 matara en mí su retrato.
 ¿Carlos casarse contigo,
 cuando yo por él me abraso,
 cuando adoro su desvío
 y su desdén idolatro? 2730
 Pero ¿qué digo? ¡Ay de mí!
 ¿Yo así mi decoro ultrajo?
 Miente mi labio atrevido,
 miente; mas él no es culpado,
 que si está loco mi pecho, 2735
 ¿cómo ha de estar cuerdo el labio?
 Mas yo me rindo al dolor,
 para hacer de uno dos daños.
 Muera el corazón y el pecho,
 y viva de mi recato 2740
 la entereza, Cintia amiga;
 si a ti te pretende Carlos,
 si da Amor a tu descuido
 lo que niega a mi cuidado,
 cásate con él, y logra 2745

casto amor en dulces lazos.
 Yo sólo quise vencerle,
 y éste fue un empeño vano
 de mi altivez, que ya veo
 que fue locura intentarlo, 2750
 siendo acción de la fortuna;
 pues, como se ve en sus casos,
 siempre consigue el dichoso
 lo que intenta el desdichado.
 El ser querida una dama 2755
 de quien desea no es lauro,
 sino dicha de su estrella;
 y cuando yo no la alcanzo,
 no se infiere que no tengo
 en mi hermosura y mi aplauso 2760
 partes para merecello,
 sino suerte para hallarlo.
 Y pues yo no la he tenido
 para lo que he deseado,
 lógrala tú, que la tienes; 2765
 dale de esposa la mano,
 y triunfe tu corazón
 de sus rendidos halagos.
 Enlace... Pero ¿qué digo,
 que me estoy atravesando 2770
 el corazón? No es posible
 resistir a lo que paso.
 Toda el alma se me abrasa.
 ¿Para qué, cielos, lo callo,
 si por los ojos se asoma 2775
 el incendio que disfrazo?
 Yo no puedo resistirlo.
 Pues, cuando lo mienta el labio,
 ¿cómo ha de encubrir el fuego
 que el humo está publicando? 2780
 Cintia, yo muero; el delirio
 de mi desdén me ha llevado
 a este mortal precipicio
 por la senda de mi engaño.
 El Amor, como deidad, 2785
 mi altivez ha castigado;
 que es niño para las burlas
 y dios para los agravios.
 Yo quiero, en fin, ya lo dije,

	y a ti te lo he confesado, a pesar de mi decoro, porque tienes en tu mano el triunfo que yo deseo. Mira si, habiendo pasado por la afrenta del decirlo, te estará bien el dejarlo.	2790 2795
	(Vase.)	
LAURA	¡Jesús! El cuento del loco. Él por él está pasando.	
CINTIA	¿Qué dices, Laura, qué dices?	
LAURA	Viendo prohibido el plato, Diana se ahitó de amor y del desdén ha sanado.	2800
CINTIA	¡Ay, Laura! Pues ¿qué he de hacer?	
LAURA	¿Qué, señora? Asegurarlo, y al de Bearne, que es fijo, no soltarle de la mano hasta ver en lo que para.	2805
CINTIA	Calla, que aquí viene Carlos.	
	(Salen POLILLA y CARLOS.)	
POLILLA	Las unciones del desprecio, señor, la vida le han dado.	2810
	¡Gran cura hemos hecho en ella!	
CARLOS	Si es cierto, gran triunfo alcanzo.	
POLILLA	Haz cuenta que ya está sana, porque queda babeando.	
CARLOS	Y ¿has conocido que quiere?	2815
POLILLA	¿Cómo querer? Por San Pablo, que me vine huyendo d'ella, porque la vi querer tanto, que temí que echase el resto y me destruyese.	
CINTIA	¿Carlos?	2820
CARLOS	¿Cintia hermosa?	
CINTIA	Vuestra dicha logra ya triunfo más alto que el que en mi mano pretende. Vuestro descuido ha triunfado del desdén que no ha vencido en Diana el agasajo de los príncipes amantes. Ella os quiere; y yo me aparto de mi esperanza, por ella	2825

	y por vós, si es vuestro el lauro.	2830
CARLOS	¿Qué es lo que decís, señora?	
CINTIA	Que ella me lo ha confesado.	
POLILLA	¡Toma, si purga, señor!	
	No hay en la botica emplasto para las mujeres locas	2835
	como un parche de mal trato.	
	Mas aquí su padre viene, y los príncipes: ¡al caso, señor, y aunque esté rendida, declárate con resguardo!	2840
	<i>(Salen EL CONDE DE BARCELONA y los PRÍNCIPES.)</i>	
CONDE	Príncipe, vós me dais tan buena nueva, que es justo que os la acepte, y aunque os deba lo que a vuestra persona, pago en daros mi hija y mi corona.	
D. GASTÓN	Pues aunque yo, señor, no haya tenido la dicha que Bearne ha conseguido, siempre estaré contento de que él haya logrado el vencimiento que tanto he deseado, por la parte que debe a mi cuidado;	2845
	y el parabién le doy d'este trofeo.	2850
CARLOS	Y también le admitid de mi deseo.	
BEARNE	Carlos, yo le recibo, y el mío os apercibo, pues en Cintia lográis tan digno dueño, que envidiara el empeño, a no lograr el mío.	2855
	<i>(Sale DIANA al paño.)</i>	
DIANA	¿Dónde me lleva el loco desvarío de mi pasión? Yo estoy muriendo, cielos, de envidias y de celos.	2860
	Mas los príncipes todos se han juntado, y mi padre con ellos; sin alma llevo a vellos, pues si su fin no alcanza, yo tengo de morir con mi esperanza.	2865
CONDE	Carlos, pues vós pedís a mi sobrina, yo, pagando el deseo que os inclina, os ofrezco su mano; y pues tanto sosiego en esto gano, háganse juntas todas las bodas de Diana y vuestras bodas.	2870

DIANA	¡Cielos, yo estoy mi muerte imaginando!	
POLILLA	[<i>Aparte.</i>] (Señor, Diana allí te está escuchando, y has menester un modo muy discreto de declararte, por que tenga efeto, que va con condiciones el partido, y, si yerras el cabe, vas perdido.)	2875
CARLOS	Yo, señor, a Barcelona vine, más que a pretender, a festejar de Diana la hermosura y el desdén; y aunque es verdad que de Cintia el hermoso rosicler amaneció en mi deseo a la luz del querer bien, la entereza de Diana, que tan de mi genio fue, ha ganado en mi albedrío tanto imperio, que no haré cosa que no sea su gusto, porque la hermosa altivez de su desdén me ha obligado a que yo viva por él; y puesto que haya pedido mi amor a Cintia, ha de ser siendo así su voluntad, pues la mía suya es.	2880
		2885
		2890
		2895
CONDE	Pues ¿quién duda que Diana de eso muy contenta esté?	
POLILLA	Eso lo dirá Su Alteza, por hacerme a mí merced.	2900
	(<i>Sale.</i>)	
DIANA	Sí diré. Pero, señor, ¿vós contento no estaréis, si yo me caso, que sea con cualquiera de los tres?	2905
CONDE	Sí, que todos son iguales.	
DIANA	Y vosotros ¿quedaréis de mi elección ofendidos?	
BEARNE	Tu gusto, señora, es ley.	
D. GASTÓN	Y todos la obedecemos.	2910
DIANA	Pues el príncipe ha de ser quien dé a mi prima la mano; y quien a mí me la dé, el que vencer ha sabido	

	el desdén con el desdén.	2915
CARLOS	Y ¿quién es ése?	
DIANA	Tú solo.	
CARLOS	Dame ya los brazos, pues.	
POLILLA	Y mi bendición os caiga, por siempre jamás, amén.	
BEARNE	Pues ésta, Cintia, es mi mano.	2920
CINTIA	Contenta quedo también.	
LAURA	Pues tú, Caniquí, eres mío.	
POLILLA	Sacúdanse todos bien, que no soy sino Polilla: ¡mamóla vuesa merced!	2925
	Y con esto, y con un vitor que pide, humilde y cortés, el ingenio, aquí se acaba <i>El desdén, con el desdén.</i>	

El licenciado Vidriera
Agustín Moreto

El licenciado Vidriera

Agustín Moreto



PERSONAS

CARLOS, *estudiante*.
GERUNDIO, *gracioso*.
POMPEYO, *viejo*.
LAURA.
CELIA, *criada*.
EL DUQUE DE URBINO.
LISARDO.

CASANDRA.
FEDERICO.
DAMAS.
CRIADOS.
SOLDADOS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

LA ESCENA ES EN URBINO Y SUS INMEDIACIONES.

Jornada primera

Salón del alcázar.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS y GERUNDIO, *de estudiantes.*

UNA VOZ.

(Dentro.)

Nuestro duque viva, viva.

CARLOS.

Mil siglos goce el Estado.

GERUNDIO.

Carlos, señor, ¿qué cuidado
en esta pompa festiva
aumenta las esperanzas
en tu miserable estrella,
pues nunca has sacado della
mas que riesgos y mudanzas?

CARLOS.

Gerundio amigo, si el cielo
no me niega su favor,
hoy tendrá premio y honor
mi justo y noble desvelo;
de mis estudios espero,
pues tan continuos han sido,
ver el logro merecido.

GERUNDIO.

¿Qué logro ni que logrero?
¿Tu estrella a ti ha de premiarte?
Si premios lloviera aquí,
no se viniera uno a ti,
sino es a descalabrarte.
¿No sabes tu mala suerte
y tus ciegas esperanzas,
pues cuantos bienes alcanzas
en sapos te los convierte?
Pues ¿qué espera tu locura?
¿Tú premios? ¿tú ser dichoso?
Aunque nacieras potroso
jamás tuvieras ventura.
¿No sabes que te he seguido
desde niño en tu partida?
Pues dame un lance en tu vida
que de ventura haya sido.
Si en amores ha de ser,
no hay fregona ni gallega

que para ti no este ciega,
porque no te pueden ver.
Y si en tu pobreza va,
hacen bien, que al pretendellas
¿qué ha de dárselas a ellas
de quien nada se les da?
Y este crédito maldito
nos tiene, para sus yerros,
tan señalados por perros,
que me suelen llamar cito.
Con que, nunca hemos podido,
sino a oscuras y callando
enamorar, porque hablando
nos conocen el ladrido.
Esto es de amor, y si quiero
en el juego reparar,
en plantándote a jugar
tienes perdido el dinero.
Que siempre tu suerte trajo
debajo el naípe, se nota;
mas si tu suerte es de sota,
bien hace en venir debajo.
Si al hombre juegas, no hay moros
que te sufran; sin malilla,
brujuleando la espadilla,
siempre te viene el tres de oros.
Paciencia y dinero apuras;
y si a otro juego te metes,
a los cientos te dan sietes,
y a la primera figuras.
Yo de tu suerte soy lince;
mas lo que me dio más queja,
fue ver que un día una vieja
te ganó jugando al quince.
Pues si amor y juego te echa
de su reino desterrado,
¿qué espera el que es desdichado
con trocada y con derecha?
Pretender (tiemblo al decillo)
luz del sol, no consigieras;
y si pretensión lo hicieras,
no te diera un tabardillo.

Si el dinero a gastar vienes,
un real por medio te sale:
lo que tienes no te vale;
pues ¿qué hará lo que no tienes?
En todo es tu suerte manca,
y porque vea tu porfía
cuál es tu desdicha, un día
amanecemos sin blanca.
Y estando la panza tierna,
salimos de casa, y luego
tropezaste en un talego
que te quebrantó una pierna.
Llegó a tu voz lastimada
un hombre, el talego alzó
y el dinero se llevó,
y tú la pierna quebrada.
Pues si es este tu destino,
¿con qué esperanza, Señor,
te trae a Urbino el amor?
¿A qué venimos a Urbino,
cuando Bolonia y su escuela
te llama luz de las leyes?
Allí das envidia a reyes,
y asco aquí a cualquier mozuela.
Allí a juventud bizarra
a leer la cátedra vienes
de prima, y aquí no tienes
prima para una guitarra.
Allí mil vítores dejas,
y aquí ignoran si hay tal hombre,
y hay más almagre en tu nombre
que en un rebaño de ovejas.
Pues vuélvete y deja amores;
que más quiero yo, como antes,
ser Gerundio entre estudiantes
que supino entre señores.
Gerundio, mi mala estrella
no la puedo yo ignorar,
pero no quiero dejar
nada que deberle a ella.
Lo que me puede traer
es pretensión bien fundada,

CARLOS.

y por mal solicitada
no la he de dejar perder;
mas referírtela intento,
porque lo conozcas della.
Rabiando estoy por sabella;
dila por Dios.

GERUNDIO.

CARLOS.

Oye atento.
Ya sabes que grato el cielo
me dio en Urbino, mi patria,
alto y claro nacimiento,
sangre ilustre y pobre casa.
Criéme en esta ciudad
sin padres (que de la parca
cortó el impensado filo
sus alientos en mi infancia);
pero siendo mi familia
la más noble y dilatada
de Urbino, y yo su cabeza,
por el decoro de tantas,
socorrido de mis deudos,
para que no me criara
sin la decencia debida
al respeto de mi casa.
Enfrente de mí vivía
el feliz padre de Laura,
Pompeyo, ese noble anciano,
a quien el Senado encarga
del gobierno deste Estado,
por su prudencia y sus canas,
su discreción y su sangre,
la justicia y la templanza.
Desde un balcón de la mía
vía todas las mañanas
de Laura en los bellos ojos
mejorar luces al alba.
Desde que a la noche el sol
me faltaba en sus ventanas
(el suyo, claro es, que el otro
no me pudiera hacer falta),
estaba yo entretenido
con tan dichosa esperanza
en las mías, hasta ver

que haciendo mi amor la salva,
volvía a salir su aurora.
Pues de aplausos coronada
(no menos que cuando al prado
sale derramando nácar
de su rosado esplendor,
donde con lenguas arpadas
los pintados jilguerillos,
cantando en las copas altas,
le reciben esparciendo
los matices de sus alas,
mi amor, al ver que salía,
formando en las verdes ramas
de su alta esperanza el coro),
hacía, por saludarla,
pajarillos los deseos;
que de las colores varias
de afectos y de finezas
matizados por más gala,
prevenían su salida,
diciendo sus consonancias:
«Flores, que ya viene el día;
fuentes, que se acerca el alba;
campos, que el sol se descubre;
montes, que amanece Laura.»
Porque mi amor entendiese
miré, y mirando callaba;
que a veces callan los ojos
y mudamente habla el alma;
que es rúbrica del amor,
para explicarse quien ama,
tener la lengua en los ojos,
y el silencio en las palabras.
No fue el mío mal oído;
que en el papel de su cara
vi muchas veces escrita
una alegría al mirarla,
que decía: «Ya te entiendo;
y pues me alegro, esto basta
para aviso de tu duda.»
Que como el silencio hablaba,
usó de la misma frase

con que la hablaron mis ansias,
por responderme discreta
con modestia y elegancia.
Fuéronse, dando licencia
a los afectos el alma,
los afectos al semblante,
el semblante a las palabras,
y ellas al concierto alegre
de unir nuestras esperanzas
en la posesión dichosa,
que almas y vidas enlaza.
Para lograrla me dijo
que diese mi industria traza
con que Pompeyo, su padre,
lo quisiese, a quien es tanta
su obediencia, que sin ella,
ni quiere ni vive Laura.
Busqué los medios posibles,
supo Pompeyo mis ansias,
y con cordura y decoro
me respondió: «Yo lograra,
Carlos, con vuestra persona
sucesión digna a mi casa;
mas en la joya de amor
tiene hoy día parte tanta
el caudal y la riqueza,
que, si no es en quien la tasa,
la piedra que la guarnece
es el oro que la esmalta.
Vos sois muy noble y muy pobre,
mi hacienda es sólo mi fama;
dos noblezas sin hacienda
se hacen menores entrambas.
Vuestra edad aún es muy tierna,
la de mi hija aún no la iguala;
en el término que queda
la obligación de casarla,
caber puede el mejorar
vos de fortuna; intentadla;
que yo la palabra os doy
de esperar hasta que salga
de lo preciso este plazo,

sin que en él haya mudanza,
hasta ver si es nuestra suerte,
si no liberal, no avara,
dándoos para no ser pobre,
que en vuestra sangre eso basta.
Noble sois y yo os estimo,
vuestra obligación os llama;
adiós pues, que vuestras obras
han de cumplir mi palabra.»
Quedé alentado y corrido
por su atención cortesana:
corrido de mi pobreza,
y alentado a la esperanza.
Dije entre mí: «La riqueza
se adquiere por letras y armas.»
De armas entonces no había
empresa digna en Italia;
las letras, en cualquier tiempo
el que las busca las halla,
y yo a buscarlas resuelto,
partí a Bolonia en las alas
de mi amor, donde juntando,
para lograr mi esperanza,
las ansias de mi deseo,
abrevié el plazo a mi fama;
pues hizo mi suficiencia
a la licencia ordinaria
suplir términos precisos,
dándome con honras tantas
como viste, graduado,
la cátedra, donde hoy gana
tantos aplausos mi nombre.
¡Providencia de amor rara,
saber tan presto a las leyes
las dificultades altas!
Mas no te admires, sabiendo
que las aprendí por Laura,
porque era ley de mi amor
saberlas para alcanzarla;
y para aprender las otras
puse esta ley en el alma.
Hasta aquí nada te he dicho

de lo que trae mi esperanza;
pues oye, que aunque no es esto,
funda su logro esta basa.
Por muerte del duque Julio,
quedó Urbino, nuestra patria,
sin sucesor, y el derecho
dudoso por esta causa
entre tres sobrinos suyos:
uno el que duque hoy aclama,
otro el marqués Federico
de la Robere, y Casandra,
prima hermana de los dos.
Y al querer tomar las armas,
pretendiendo cada uno
la corona, los ataja
el Senado, proponiendo
al Pontífice la causa;
donde a razón reducida,
cada cual pensó lograrla,
alegando sus derechos
con informaciones varias.
Yo viendo que esta ocasión
alentaba mi esperanza,
por elección u destino,
quise fomentar la causa
del Duque, que guarde el cielo,
y intenté con dicha tanta
esta empresa, que escribiendo
una información, se allana
su derecho de tal suerte,
que las tres sentencias saca
conformes, con que de Urbino
por sucesor le declaran.
Alzó por él el Senado
el estandarte a su usanza;
y él obligado de amor
de la divina Casandra,
con la mano la corona
la ofreció, y por obligarla,
la que perdió pretendida
le quiso dar voluntaria.
Mas ella, que aborrecía

su nombre, salió a campaña,
y apeló de la sentencia
al tribunal de las armas.
Con el marqués Federico
viene atrevida y bizarra,
a quien da, si vence al Duque,
prometidas esperanzas.
Y hoy, que su gente se acerca
a vista de las murallas,
el Senado, previniendo
otro ejército, que saca
en defensa de su dueño,
la posesión deseada
del Estado le apercibe.
Esto es cuanto hasta aquí pasa.
Y para que sepas cómo
vienen cosas tan extrañas
a convenir en el logro
de mi feliz esperanza,
por mí el Duque se corona;
Pompeyo, padre de Laura,
es quien las llaves le entrega;
si él cumple con deuda tanta,
bien merece mi fineza
lo que a mi dicha le falta.
Al Duque tengo obligado,
bien agradecida a Laura,
merecido un noble premio,
y empeñado en su palabra
a Pompeyo, y mi fortuna
presente a todo se halla.
No sé si podré vencerla;
mas si su poder me arrastra,
si mi estrella me oscurece,
si mi destino me ultraja,
y la ingratitude me ofende,
consolará en mi desgracia
la gloria de merecerla
al dolor de no alcanzarla.
Tú tienes mucha justicia;
pero, Señor, esa dama
¿sabes tú si corre mucho?

GERUNDIO.

CARLOS. ¿Para qué?

GERUNDIO. Responde y calla.

CARLOS. Correrá como mujer.

GERUNDIO. Pues ¿qué va que no la alcanzas?

CARLOS. ¿Por qué?

GERUNDIO. Porque son ligeras
las mujeres, y alcanzarlas
por ligeras no es posible,
sino aguardando a que caigan.

CARLOS. ¡Qué necedad!

GERUNDIO. ¿No habla desto
Lex de muliere violata?

CARLOS. Pues ¿qué dice aquesa ley?

GERUNDIO. Que las mujeres violadas
son, como los lamedores,
buenas para las mañanas.

CARLOS. Deja ahora esas locuras.

GERUNDIO. Si tú consiguieres nada
me lleven dos mil demonios;
conozco yo tu desgracia
mejor que si la pariera.

CARLOS. Gerundio, el amor me valga;
si pierdo lo que merezco,
¿de quién, Gerundio, es la causa?

GERUNDIO. No tienes que gerundiar,
porque tu pobreza es tanta,
que has de perderla por ella,
y un texto te lo declara:
Major homo non viatur.

CARLOS. ¿Qué dices, necio? ¿qué hablas?

GERUNDIO. Que el que va sin mayordomo
no come buena vianda;
y esto lo trae Parlador,
que es el autor de más fama
en locutorios de monjas.

CARLOS. Ya el Duque ha llegado, calla,
y ya el militar aplauso
le hace en palacio la salva.

ESCENA II

EL DUQUE, LAURA, CELIA, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO; POMPEYO, *con una fuente de plata, y en ella unas llaves.* -DICHOS.

VOCES. *(Dentro.)*
 ¡Viva nuestro duque, viva!

DUQUE. Logre el cielo mi esperanza,
 vasallos, de ser más padre
 que dueño entre glorias tantas.

POMPEYO. Vuestra alteza, gran Señor,
 reciba de quien las guarda
 las llaves de la ciudad;
 que yo, della y deste alcázar
 alcaide, se las entrego,
 para que esta merced haga
 a quien su elección abone.

DUQUE. De vuestras leales canas
 las recibo, y a las mismas
 se las vuelvo con la gracia
 del título que han tenido.

POMPEYO. Beso tus heroicas plantas.

LAURA. Yo, Señor, por el honor
 que hoy de vos mi padre alcanza,
 pongo a vuestros pies mi labio.

DUQUE. Levantad, hermosa Laura.
 Nunca es cabal la fortuna:
 que acompañase Casandra
 mi triunfo creyó mi amor;
 mas cuando yo la esperaba
 en mi palacio por dueño,
 en el campo me amenaza.

LAURA. La ingratitud, gran Señor,
 da en el delito venganza.

CARLOS. *(Aparte a Gerundio.)*
 Gerundio, agora es buen tiempo.

GERUNDIO. Pues gerúndiale, ¿qué aguardas?
 ¿Quieres esperar aquí
 que él te gerundie la dama?

CARLOS. Dadme, Señor, vuestra mano.

GERUNDIO. Y dadme a mí vuestra pata.

DUQUE. ¿Quién sois?

CARLOS. Quien en esta dicha
 llega a tener parte tanta,
 que ha conseguido por ella
 mayor renombre a su fama:
 Carlos soy.

GERUNDIO. Y yo Gerundio.

DUQUE. Llega a mis brazos, levanta,
Carlos.

LAURA. (*Aparte.*)
¡Cielos, qué ventura!
Carlos es; amor te haga
capaz de hacerme dichosa.

POMPEYO. (*Aparte.*)
Carlos es, justa esperanza
le trae; si su suerte medra,
yo cumpliré mi palabra.

DUQUE. Bien dices, Carlos, que tienes
parte en mi fortuna, y tanta,
que atada a tu pluma debo
la posesión deste alcázar.

GERUNDIO. Y a mí también se me debe
parte desto, y no muy mala.

CARLOS. Calla.

DUQUE. ¿Qué se os debe a vos?

GERUNDIO. No está la cuenta ajustada,
mas allá tengo una prenda;
que mientras mi amo estaba
la información escribiendo,
a mí, Señor, me fiaban
lo que mi amo comía
en un figón junto a casa.

DUQUE. Razón es pagarlo todo.

CARLOS. Calla, loco.

GERUNDIO. ¿Cómo calla?
Que hay sólo cincuenta reales...

DUQUE. ¿De qué?

GERUNDIO. De callos de vaca.

DUQUE. Pagaráse.

GERUNDIO. Sí, Señor,
que tengo allá una sotana;
y esto lo manda la ley,
párrafo cuarto.

DUQUE. ¿Qué manda?

GERUNDIO. Que se le paguen a cuarto
los espárragos que daba.

DUQUE. Carlos, la deuda confieso,
y agora puedo pagarla;

ved en qué ponéis los ojos
de cuanto mi estado alcanza;
que yo... Mas ¿qué estruendo es éste?

(Suenan cajas.)

ESCENA III.

LISARDO. -DICHOS.

LISARDO. Señor, la hermosa Casandra,
con el marqués Federico,
a tiro de la muralla
de Urbino ha puesto su gente;
y el intento que los llama,
sin duda es tomar el fuerte
de la colina más alta,
para batir la ciudad.
Preciso es, Señor, que salgas
a desvanecer su intento,
siendo tanta la importancia.

DUQUE. Lisardo, al punto salgamos;
que hoy quedará castigada
la osadía del Marqués
y el desprecio de Casandra.
Ven tú a mi lado, pues eres
de quien fío la batalla
y a quien debo mi fortuna.
Toca al arma.

LISARDO. Toca al arma.

(Vase con el Duque, las damas y el acompañamiento.)

ESCENA IV.

LAURA, CELIA, CARLOS, POMPEYO, GERUNDIO.

GERUNDIO. ¿Ves aquí tu mala estrella,
que porque en darte pensaba
el Duque, al arma tocaron?
¡Maldita sea su arma!

POMPEYO. Seguir al Duque es preciso,
aunque me excusen mis canas.

CARLOS. ¡Ah, señor Pompeyo!

POMPEYO. Carlos,
¿qué decís?

CARLOS. Mis esperanzas,
ya, Señor, para con vos

POMPEYO. deben de estar olvidadas.
Carlos, a seguir al Duque
aquí la ocasión me llama.
Vos habéis hecho por vos
cuanto un noble pecho alcanza;
ya el mérito está adquirido,
mas sin fortuna no basta.
Y pues se ve vuestra suerte
tan cerca ya de lograrla,
seguidla, que aquí estoy yo
para cumplir mi palabra;
mas advertid que ya el plazo
que os di mucho se dilata,
y que es preciso que yo
trate de casar a Laura.

ESCENA V.

LAURA, CELIA, CARLOS, GERUNDIO.

GERUNDIO. Y el viejo tiene razón,
que ya de sazón se pasa,
y las doncellas maduras
se caen siempre de la rama.

CARLOS. ¿También, Señora, mi amor
está de vos olvidado?

LAURA. Carlos, si ese es tu temor,
mal debes de haber mirado
mi alegría y mi dolor:
mi alegría, al verte aquí;
mi dolor, Carlos, al verte
que a tus méritos por mí
les niegue el premio la suerte,
para apartarme de ti.
Poder es de estrellas, y ellas
causan, Carlos, mis enojos.

CARLOS. Pues siendo luces más bellas,
¿cómo vuestros bellos ojos
dan poder a otras estrellas?
Hoy a las vuestras apelo;
si ellas niegan mi ventura,
no logren pues su desvelo;
que pierde vuestra hermosura
todo el crédito de cielo.

Si él es conmigo cruel,
si de mí estáis obligada,
si mi amor fue siempre fiel,
mi dicha os tiene empeñada
por mí, por vos y por él.
Por vos mi patria dejé,
por vos amigos perdí,
por vos méritos busqué,
por vos, Señora, estudié,
y por vos los adquirí.
Por vos me arriesgué a un olvido,
por vos di a mi amor enojos,
por vos de vos me despido,
por vos desvelé el sentido
y negué el sueño a los ojos.
Pero nada llega a ser
de tanto empeño en los dos,
cuando os pretendo mover,
como el privarme de vos
por poderos merecer.
Y por vos, la mi señora,
fuimos gatos de una guarda
y ratones a deshora,
y aquí venimos ahora
por vos, francesa gallarda.
Por vos a loba y manteo
condenamos nuestras casas,
y a un hambre infusa el deseo,
y cenamos pan y pasas
más de tres años arreo.
Por vos tras viles mozuelas
andábamos todo el día,
y nos mandaban las muelas
salir a rondar cazuelas
en una pastelería.
Por vos todo era comer
mil porquerías extrañas,
y andar al anochecer
pensando en cómo correr
un tostador de castañas.
Y por vos nuestros regalos
eran lo que va a las cubas;

GERUNDIO.

y más de mil veces malos,
porque por ir a hurtar uvas
nos derrengaban a palos.
Por vos hemos padecido
sarna cinco años, sin que haya
de comernos desistido;
mas si así os servimos, vaya
lo comido por servido.
Tratadnos pues de premiar;
que si en amor este día
no nos queréis graduar,
nos iremos a probar
los cursos a Alejandría.

LAURA.

Carlos, si por mí has pasado
todo lo que has referido,
¿qué hará quien por ver logrado
tu amor, te lo ha permitido,
siendo el suyo tu cuidado?
A ti, sólo por vencella,
de mí te ausentó tu suerte;
y yo me quedé con ella
en el temor de perderte
por tu mudanza o tu estrella.
Por ti tu ausencia lloré,
por ti tu vista perdí,
por ti sin alma quedé,
por ti contigo se fue,
porque quedase sin mí.
Mas nada se ha de igualar,
sabiendo tú mi nobleza,
con permitirte ausentar,
para que hicieses fineza
que no te puedo pagar.

CARLOS.

¿Cómo no puedes, Señora?

LAURA.

Soy a mi padre obediente.

CARLOS.

¿Él no la asegura ahora?

LAURA.

De tu suerte está pendiente.

CARLOS.

Y ¿si el cielo la mejora?

LAURA.

Hará feliz mi deseo.

CARLOS.

Y ¿si fuese desdichado?

LAURA.

También lo fuera mi empleo.

CARLOS.

¿No hay valor desesperado?

CELIA. Di.
GERUNDIO. Que traigo aquí dentro.
CELIA. Dé.
GERUNDIO. ¿No hablas más palabra?
CELIA. No.
GERUNDIO. ¿Mas que te las saco?
CELIA. ¡Va!
GERUNDIO. ¿Quién eso te enseña?
CELIA. Yo.
GERUNDIO. ¿Te olvidaste de mí?
CELIA. Ya.
GERUNDIO. Pues sacudiréte.
CELIA. ¡So!
(Hace que se va.)
GERUNDIO. Espera, pícara, espera;
que de ese pecho el escollo,
en que se alberga una fiera,
he de ablandarte siquiera.
CELIA. Gerundio, nupcias o al rollo.
(Vase.)
GERUNDIO. ¡Bien hemos quedado! Sí.
¿Quién tuvo la culpa? Tú.
Pues yo sé un remedio. Di.
¿Viste tu fortuna? Vi.
Pues ¿qué la diremos? Mu.

ESCENA VII.

LISARDO. -CARLOS, GERUNDIO.

LISARDO. ¿Carlos?
CARLOS. Oh Lisardo amigo.
LISARDO. Cuando al Duque llegué a hablar,
aquí os vi, y vuelvo a lograr
la ventura que consigo
en veros, aunque faltando
a su asistencia. ¿Qué ha sido
la causa de haber venido?
CARLOS. Vos os venís obligando
con publicar la amistad
que en vuestra nobleza tengo,
pues hoy a valerme vengo
de vos en mi adversidad.
LISARDO. ¿Qué decís? Pues ¿no sabéis

que por vos vivo me veo?
¿Que la hacienda que poseo
asegurado me habéis?
¿Que desde niños, tras esto,
juntos nos hemos criado?
Decid pues vuestro cuidado;
que a todo tenéis dispuesto
cuanto valgo y cuanto soy.
Lisardo, yo os hago dueño
de mi vida y de mi empeño.
Y el que tengo y en que estoy,
es una dama, por quien
salí a revocar mi estrella;
cuanto estudié, fue por ella,
porque algún premio me den
con que enmiende mi destino.
Ya sabéis que pobre estoy,
y que por mí el Duque hoy
se ha coronado en Urbino.
Y por mi mucha pobreza
su padre no me la da;
vuestra intercesión hará
que me dé el premio su alteza
que mereció mi desvelo,
y con que he de merecella.

LISARDO. ¿Qué decís? ¿Dama hay tan bella
que os cueste tanto desvelo?

No me atrevo a preguntar
quién es dama tan dichosa.

CARLOS. Ni yo a recataros cosa,
pues por vos la he de lograr:
la que mi vida restaura
es Laura.

LISARDO. (*Ap.* ¡Cielos! ¿qué oí?)
Laura, ¿no dijisteis?

CARLOS. Sí.

LISARDO. ¿La hija de Pompeyo?

GERUNDIO. Laura;
que aunque el cielo Lauras eche,
serán con esta un engrudo;
que es Laura, y laurel ser pudo
en un barril de escabeche.

LISARDO. *(Aparte.)*
Cuando yo espero su mano,
¿tanto a Carlos empeñó?
Mas ¿no soy primero yo?
CARLOS.
LISARDO. No en vano;

porque vuestro pensamiento
me ha dado mucho cuidado.

(Aparte.)
Sin duda haber dilatado
Pompeyo mi casamiento,
es por esto; mas yo haré,
si el premio que solicita
es quien la dicha me quita,
que el Duque no se le dé.
Ingratitud es, debiendo
a Carlos vida y honor;
pero primero es mi amor.

CARLOS. ¿Qué decís? que no os entiendo.

LISARDO. *(Ap. Mejor es disimular.)*
Carlos... Mas faltando estoy
al Duque; a seguirle voy;
después me podéis buscar.

(Vase.)

(Tocan dentro a marchar.)

ESCENA VIII.

CARLOS, GERUNDIO.

CARLOS. Gerundio amigo.

GERUNDIO. Señor.

CARLOS. Todo me sucede mal
cuanto intento.

GERUNDIO. ¿Mal? No tal.

CARLOS. ¿Por qué?

GERUNDIO. No es sino peor.
Darle de tu dama aviso
no fue acuerdo muy gallardo.

CARLOS. ¿Por qué?

GERUNDIO. Porque este Lisardo
no me parece muy liso.

CARLOS. Amigo, no he de deber,
por lograrla, cosa alguna

al favor de mi fortuna;
yo me la he de merecer.
Aunque allí quedar presuma,
a campaña salir quiero,
y acreditar con mi acero
los méritos de mi pluma.

GERUNDIO. *Domine, si, vado tecum,*
Y ad praeliandum ha de ser.

CARLOS. ¿Qué es lo que quieres hacer?

GERUNDIO. Vender este *vademecum*.

CARLOS. ¿Para qué?

GERUNDIO. Tu juicio es corto:
por comprar, por sí o por no,
una mochila, que yo
omnia mea mecum porte.

CARLOS. Ven pues, Gerundio, y salgamos
a campaña hoy, si podemos.

GERUNDIO. Vamos pues, y campañaemos
cuanto campañaear podamos.

CARLOS. ¡Amor ingrato!

GERUNDIO. ¡Amor romo!

CARLOS. Por ti a morir voy sin duda.

GERUNDIO. Si nos echan una ayuda
con girapliega de plomo.

CARLOS. Adiós pues, bello cuidado;
que aplausos tuyos son éstos.

GERUNDIO. Adiós párrafos, y testos;
que dellos voy atestado.

(*Vanse.*)

Campo delante de los muros de Urbino.

ESCENA IX.

CASANDRA, FEDERICO, SOLDADOS.

(*Tocan cajas dentro.*)

CASANDRA. Desta colina, Federico, quiero
amparar nuestra gente,
para que cuando intente
acometer el Duque, como espero,
halle nuestro escuadrón con la ventaja
que el suyo suba lo que el nuestro baja.

FEDERICO. Que será presto la ocasión no ignores;
sus bizarros soldados,

de plumas y colores variados,
parecen un jardín de hermosas flores;
mas todos son despojos,
bella Casandra, de tus bellos ojos.
Si la palabra cumples que le has dado
a mi incierta esperanza,
en vano el Duque alcanza
posesión de su Estado;
que hoy le veré rendido,
a mi valor, del tuyo socorrido.

CASANDRA.

Aunque no me obligara, Federico,
el favor que te debo
cuando mi aliento pruebo
en la guerra que al Duque le publico,
por lo que yo aborrezco su persona
te entregaré la mano y la corona.
La fama, las noticias que me han dado
de su estilo y su traje,
su soberbia y lenguaje
(indigno de quien es) me han obligado
a un aborrecimiento,
con que aun su nombre ofende él pensamiento.
Que aunque yo no le he hablado ni le he visto,
ni el a mí, sino fue por un retrato
(de cuyo pincel grato
el efecto resisto),
en el amor que dice que me tiene,
su fama tanto agravio me previene.

FEDERICO.

Ya, pues están los campos frente a frente,
si nos da la batalla,
manda salir tus ojos a ganalla.

CASANDRA.

Sobrado es el esfuerzo de tu gente.

ESCENA X.

GERUNDIO. -DICHOS.

GERUNDIO.

Carlos. -¿Dónde me lleva su destino?
Carlos, espera, que perdí el camino.
Cielos, este hombre está loco,
que se viene a meter ciego
en el campo del contrario.
Señores, ¿cuál es su intento?
Aquí nos prenden, y dan

una vuelta de podenco.
 CASANDRA. ¿Quién es este hombre?
 FEDERICO. No sé.
 CASANDRA. ¡Ah, soldado!
 GERUNDIO. Dicho y hecho;
 ve aquí que ya estoy cautivo.
 CASANDRA. ¿Dónde vas?
 GERUNDIO. Pues a saberlo,
 ¿qué me faltara a mí? Sarna.
 CASANDRA. Pues ¿quién sois?
 GERUNDIO. Soy un engerto
 de soldado y estudiante,
 de sopista y bandolero.
 Ve aquí usted todas las señas:
 ortera y calzón de lienzo,
 mochila, espada y sotana;
 pero colete no tengo,
 porque no piensen ustedes
 que me han pescado el colete.
 (Ap. ¡Si me mandan dar aquí
 quince vueltas de tormento,
 pensando que soy espía!)
 CASANDRA. ¿De dónde sois?
 GERUNDIO. Yo soy queso.
 CASANDRA. ¿Queso vos?
 GERUNDIO. Soy parmesano.
 CASANDRA. ¿De Parma sois?
 GERUNDIO. Ya yo quiero
 confesar; no se apresuren.
 CASANDRA. ¿Qué habéis de confesar?
 GERUNDIO. Bueno,
 cuanto sepa. ¿Debo más?
 Que el Duque sale hecho un perro,
 jurando a tantos y cuantos
 que ha de quitar el pellejo
 a Casandra y Federico,
 y curtillos este invierno
 para suelas de zapatos,
 porque quiere pisar quedo.
 CASANDRA. ¿Eso intenta?
 GERUNDIO. Sí, Señora,
 y cierto que es gran desuello.

CASANDRA. Y vos ¿dónde vais?
GERUNDIO. Yo vi
estos dos campos opuestos,
y quiero sentar la plaza
con el que diere más sueldo.

CASANDRA. ¿Sabéis el mío?
GERUNDIO. Eso busco,
para saber si harto tengo.

CASANDRA. Pues ¿qué habéis menester vos?
GERUNDIO. Eso, llegando a concierto,
yo me pondré en la razón.
Con ocho panes y medio,
y nueve azumbres de vino,
y once piernas de carnero,
diez varas de longaniza,
reñiré como un tudesco.

FEDERICO. Señora, ya el Duque da
la seña de acometernos.
(Tocan dentro.)

CASANDRA. Con ese intento, sin duda,
sube a la colina un tercio.
Federico, al arma toquen.

FEDERICO. Ya sus soldados lo han hecho.
VOCES. *(Dentro.)*
¡Viva el Duque!

DUQUE. *(Dentro.)*
¡Al arma, amigos!

CASANDRA. Ea Marqués, a nuestro puesto.
FEDERICO. Soldados, a acometer.
¡Al arma, amigos!

CASANDRA. A ellos.
(Vase con Federico y los soldados.)

ESCENA XI.

CARLOS. -GERUNDIO.

GERUNDIO. ¿Qué es arma? Que yo presumo
que tocan a estarse quedos.
¡Cielos, cuál andan los golpes!

CARLOS. Ayude el cielo mi intento;
que hoy los hechos del romano
ha de oscurecer mi acero.

GERUNDIO. ¿Carlos?

baja por nuestro escuadrón;
¡gran valor! ¡bizarro aliento!

ESCENA XV.

CARLOS, *que trae a CASANDRA en sus brazos.*-DICHOS.

CARLOS. Ya, aunque muera, la fortuna
la gloria deste trofeo
no me ha de poder quitar.

CASANDRA. Atrevido caballero,
aunque seáis mi enemigo,
la osadía del intento
os hace digno de que
logréis vos mi rendimiento.

CARLOS. Lisardo.

LISARDO. ¡Carlos! ¡qué miro!

CARLOS. Aquí a Casandra os entrego,
porque seáis vos testigo
de lo que al Duque merezco.
Mas aún queda más que hacer:
a la batalla me vuelvo;
que aunque he logrado este triunfo,
no lo es sin el vencimiento.

(Vase.)

ESCENA XVI.

CASANDRA, LISARDO, GERUNDIO.

GERUNDIO. Vive Dios, que la pescó;
señores, el juicio pierdo.
¡Que sea pobre mi amo,
pudiendo ganar un reino
con irse a pescar Casandras!

LISARDO. *(Aparte.)*

Si lo que Carlos ha hecho
sabe el Duque, le ha de dar
tan aventajados premios,
que ha de conseguir a Laura.

CASANDRA. Mi fortuna lo ha dispuesto;
ya soy vuestra prisionera.

LISARDO. Señora, de mi respeto
mirada, no como presa
seréis, sino como dueño.
Mas ya el Duque viene aquí.

ESCENA XVII.

EL DUQUE, SOLDADOS. -DICHOS.

DUQUE. Ya mis soldados volvieron,
que de uno solo alentados
(que para premiar su esfuerzo
quisiera saber quién es),
a la colina subieron,
y ya della se apodera.
Pero, Lisardo, ¿qué es esto?

LISARDO. Esta señora es Casandra,
que aquí prisionera tengo.

CASANDRA. Fuerza ha sido del destino;
que no resisto, ni quiero.

DUQUE. ¿Quién, Lisardo, sino tú,
me lograra este trofeo?

GERUNDIO. No ha sido sino mi amo,
Señor, que la trajo en peso.

CASANDRA. Mi desdicha es quien me trae.

DUQUE. Si supierais de mi pecho
cómo os recibe, no dierais
ese nombre a este suceso;
mas a que lo conozcáis
dará lugar otro tiempo.

CASANDRA. (*Aparte.*)
No es tan horroroso el Duque
como yo pensaba, cielos.

VOCES. (*Dentro.*)
Socorro al Marqués, soldados.

DUQUE. Ve, Lisardo; mas ¡qué veo!
Un soldado de los míos
ha sacado a un caballero
de la silla del caballo,
a quien quitó rienda y freno,
y con él luchando viene.
Lisardo, aquel es el mismo
que los volvió a la colina;
y los que le van siguiendo
le van hiriendo a su salvo.
Socorredle, caballeros;
que él es a quien el principio
de aquesta victoria debo.

GERUNDIO. Ay, Señor, que ese es mi amo.
DUQUE. ¿Quién es vuestro amo?
GERUNDIO. Un jumento;
¿qué ha de ser sino un borracho,
hombre que se mete en esto?
VOCES. (*Dentro.*)
Vitoria por nuestro duque.

ESCENA XVIII.

CARLOS, *ensangrentado y luchando con FEDERICO.* -DICHOS.

DUQUE. A él se debe este suceso;
mas ya llega, socorredle.
CARLOS. Ya he conseguido mi intento.
FEDERICO. Hombre o demonio, ¿quién eres?
CASANDRA. El Marqués es éste, ¡cielos!
CARLOS. Ya a vuestras plantas, Señor,
veis los enemigos vuestros.
Por letras y armas he sido
quien la corona os ha puesto,
pues a costa de la sangre
que en vuestra presencia vierto,
rendí al marqués Federico,
y a Casandra... Mas mi aliento
falta para las palabras.

(*Cae.*)

DUQUE. ¡Oh cuánto su muerte siento!
LISARDO. Desmayo es, Señor, no muerte.
GERUNDIO. ¡Señor mío!
LISARDO. Aparta, necio.
GERUNDIO. ¿Carlos mío? -Déjenme
que le pregunte si ha muerto.
DUQUE. Lisardo, haced cuidar dél.
LISARDO. Retíradle;
(*Ap. que si puedo,*
porque mi amor no embarace,
yo haré dilatarle el premio.)
(*Vase, y retiran a Carlos algunos soldados.*)
GERUNDIO. Maldita sea la borracha
por quien buscaste este premio.
(*Vase.*)

ESCENA XIX.

EL DUQUE, CASANDRA, FEDERICO, SOLDADOS.

FEDERICO. Ya que es vuestra la victoria,
yo, Duque, de vos no espero
alivio; que si Casandra
es vuestra, ya yo estoy muerto.

DUQUE. El que yo he de daros es
no llevaros prisionero,
para daros el castigo
de mirar que me la llevo:
idos pues. -Venid, Señora.

FEDERICO. Sin vida y sin alma quedo.

CASANDRA. Cuando me lleva el poder,
no es de vos el vencimiento.

DUQUE. Éste sabré yo hacer mío.

CASANDRA. ¿Cómo, si yo os aborrezco?

DUQUE. Obligando vuestro amor.

CASANDRA. ¿Con qué, si es odio el que tengo?

DUQUE. Con finezas.

CASANDRA. Serán vanas.

DUQUE. Hacer muchas.

CASANDRA. Valdrá menos.

DUQUE. Porfiar.

CASANDRA. No venceréis.

DUQUE. Contentaréme a lo menos,
cuando no os pueda hacer mía,
con la gloria de ser vuestro.

CASANDRA. Bien haréis; que yo de vos
no pensé hallar lo que veo.
No ha de ir así vuestra alteza.

DUQUE. Quiero ser yo el prisionero.

Jornada segunda

Antesala del alcázar.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS, *apoyándose en su espada*, y GERUNDIO, *ambos vestidos muy pobremente*.

GERUNDIO. Ya poquitos a poquitos
a palacio hemos llegado.

CARLOS. No puedo andar, de cansado.

GERUNDIO. Ya vas haciendo pinitos.

CARLOS. Con esta flaqueza quedo
del rigor de las heridas.

GERUNDIO. No es sino de las comidas.

CARLOS. De pesado andar no puedo.

GERUNDIO. No por el vestido es;
que tú y yo, si en eso topa
podemos ser Poca-ropa
en un paso de entremés.

CARLOS. ¡Que del Duque esté olvidada,
cuando puso mi persona
en su frente la corona
con la pluma y con la espada!
¡Que olvide acción tan valiente!

GERUNDIO. Pues ¿eso te desbautiza?
Pusiérasle tú ceniza,
y no corona en la frente.
Mas ¿qué culpa tiene él,
si a Lisardo te encargó?
Lisardo es quien te olvidó,
él fue el ingrato y cruel.
Él nos dejó, y con testigos,
a una posada encargados,
donde fuimos visitados
de parientes y de amigos,
que nunca de allí salían;
pues dos días aun no nos tuvo,
cuando dos mil chinches hubo
que nuestra sangre comían.
Sólo un día te asistió
en esta piscina grave,
pues un día te dio una ave,
y al otro día voló.

Un doctor te envió partida
de sentencias tan graciosas,
que te mandó echar ventosas
para curarte la herida.
Recetó con causa poca
un día una ayuda, y yo
dije: «No ha comido.» -«¿No?
Pues dénsela por la boca.»
Desta manera, Señor,
tus heridas has pasado,
que es milagro haber sanado
de la peste del doctor.
Los trastos ya se vendieron,
alhaja no quedó en casa:
hasta un bonete con grasa,
que aun para arroz no me diera,
sólo ha quedado un portero
de un convento que enamoro,
que viendo que de hambre lloro,
me llena siempre el puchero.
Gerundio, ya a creer me obligo
que no es del Duque este error;
que a él le divierte su amor.
Lisardo es el mal amigo.
Él es quien te hace estos males,
Señor, que no es otro alguno;
ni el Duque ha visto solo uno
de todos tus memoriales.
Pues tras todo ese rigor,
lo que me da más tormento
es, que trate el casamiento
con Laura, contra mi amor;
y ya Pompeyo con él
lo tiene capitulado.
Esto sin duda ha causado
ingratitude tan cruel.
Eso es, Señor, y a eso llama
lo que por el Duque tomas;
que él pretende que no comas,
para soplarte la dama.
Por eso a palacio vengo,
por si acaso puedo ver

CARLOS.

GERUNDIO.

CARLOS.

GERUNDIO.

CARLOS.

al Duque, y darle a entender
la justa queja que tengo.
Si a Laura llego a perder,
también perderé la vida.
GERUNDIO. Pues dala ya por perdida,
porque él lo ha de disponer
de modo, que el premio sea
como la cura, Señor.
Tú estás tal, que das horror,
y ninguno que te vea
podrá creer que tú has sido
quien fuiste; que su mal trato,
siendo Lisardo el ingrato,
te hace a ti el desconocido.

CARLOS. Pues ¿puede faltarme a mí
el Duque, si le hablo yo?

GERUNDIO. Si él fuera terciana, no;
pero siendo duque, sí.

CARLOS. Pues ¿qué he de hacer?

GERUNDIO. Aprender
un buen tono entre los dos,
con que pidamos por Dios
a otro para comer.
Pero tate, que Lisardo
sale aquí.

CARLOS. Al paso le espera;
que ha de oírme, aunque no quiera,
tan justa queja.

GERUNDIO. Ya aguardo.
(*Hace que se va.*)

ESCENA II.

LISARDO. -DICHOS.

LISARDO. Ya de mí mismo envidioso
estoy, habiendo tenido
de Laura el sí pretendido,
por su padre; y cuidadoso
aquí le vengo a buscar,
pues mi suerte se mejora,
porque con el Duque ahora
se acabe de asegurar.
Mas ¿no es Carlos el que miro?

Él es sin duda, y su intento
estorba mi casamiento.
Por no hablarle me retiro.

(Hace que se va.)

CARLOS.

¿Señor Lisardo?

GERUNDIO.

¿Oye usted?

LISARDO.

¿Quién es?

GERUNDIO.

¿Nos da con la sorda?

¿Hace usted la vista gorda?

Pues bien delgado le ve.

CARLOS.

Aunque ya de vuestro trato
sé vuestra respuesta, pues
se obligó a ser descortés
quien se arrojó a ser ingrato;
la queja os da mi atención,
no porque vos la ignoréis,
sino porque no neguéis
vuestra culpa y mi razón.

LISARDO.

Pienso que de mí hacéis pruebas.

GERUNDIO.

Pues ¿no lo infiere de sí?

LISARDO.

¿Vos tenéis queja de mí?

GERUNDIO.

Pues ¿hale dado usted brevas?

LISARDO.

Decidla; que la he dudado.

GERUNDIO.

¡Pesia el alma de su olvido!
Pues ¿no quedó mi amo herido,
y a usted no quedó encargado?
¿No nos dejó con ultraje
en una triste posada,
donde no se nos dio nada
de usted ni de su linaje;
donde el hambre fue receta,
pues de salud incapaz,
como embajador de paz,
le curó con la dieta;
donde...? Aquel ayuno aclamo:
¡siete semana y sesma!
¿Pensó usted que era cuaresma
la enfermedad de mi amo?

CARLOS.

Aunque esa desatención
para queja era bastante,
es la que tengo de amante
la que me da más razón.

Vos al hablarme, ¿de mí
no os disteis por obligado?
LISARDO. Siempre así lo he confesado.
CARLOS. ¿No os dije mi empeño?
LISARDO. Sí.
CARLOS. ¿No es segura obligación
fiar su pecho a un amigo?
LISARDO. La misma deuda es testigo.
CARLOS. Pues si de mi pretensión
os hice dueño, Lisardo,
cuando obligado os tenía
(y obliga más el que fía
su intento a un pecho gallardo),
de dos deudas en que funda,
mi amor queja tan severa,
el que olvidó la primera
no se acordó en la segunda.
Ya que el haberos servido
como amigo en la ocasión
no sirvió de obligación,
hablarme recién venido,
y fiaros yo mi amor,
¿no bastó para estorbar
que vos me intentéis quitar,
ingrato y ciego, el favor
de Laura? Mas ya he sentido
habéroslo pronunciado;
que vos lo habéis intentado;
y yo estoy dello corrido,
que aunque no pudiera hacello,
pasa un corazón sencillo
la vergüenza al referillo
que te diera al cometello;
que aunque en la voz lo repito,
para empañar la pureza
del cristal de la nobleza,
basta el aire del delito.
LISARDO. Templando mi indignación
os he podido sufrir,
porque os ciega el presumir
que podéis tener razón.
Al llegarme a proponer

vuestro amor, que no he olvidado,
os previne yo un cuidado,
y no os pude responder.
Y en esta materia aquí
sólo a deciros me obligo
que nadie debe al amigo
lo que quiere para sí.

(*Vase.*)

ESCENA III.

CARLOS, GERUNDIO.

GERUNDIO. ¡Qué esto oyes!
CARLOS. ¡Oh mal amigo!
GERUNDIO. Es un bergante.
CARLOS. Detente.
GERUNDIO. Voto a Dios omnipotente,
que he de rompelle el ombligo.
CARLOS. ¿Qué dices?
GERUNDIO. De juicio salgo;
que estoy pobre, ya se ve,
y por no tener con qué,
no le voy a dar con algo.
CARLOS. Daré quejas a los cielos,
si razón no ha de valerme.
GERUNDIO. ¿Por qué?
CARLOS. Por satisfacerme
con ellas.
GERUNDIO. Pues ¿son buñuelos?
CARLOS. Llegará el Duque a sabello;
que hasta hablarle he de esperarle.
GERUNDIO. ¿Qué importa el querer hablarle,
si él priva y te priva dello?
CARLOS. Si yo pudiera mandalle,
y aliento en mi brazo viera,
yo satisfacción me diera.
GERUNDIO. ¿Qué hicieras?
CARLOS. Desafíalle,
porque muriera a mis brazos.
GERUNDIO. ¿Cuándo estarás para eso?
CARLOS. Tarde, que es mucho este peso.
GERUNDIO. Desafíale en dos plazos,
que no es de valor ajeno:

para San Juan la mitad,
 y otra para Navidad,
 por si no estuvieres bueno.
 CARLOS. Necios impulsos te dan.
 GERUNDIO. Hazlo por Cristo, Señor,
 y démosle a este traidor
 mala Pascua y mal San Juan.
 CARLOS. Entrémonos más adentro,
 que al Duque tengo de hablar;
 mas ya es forzoso esperar,
 pues nos salen al encuentro
 Casandra y todas las damas.
 GERUNDIO. Y Laura viene con ella.
 Señor, escóndete della,
 que en dejarte ver te infamas.
 CARLOS. ¿Por qué?
 GERUNDIO. Porque es desatino;
 que estás desnudo, Señor,
 y aunque está en cueros amor,
 eso mejor le está al vino.
 CARLOS. Antes darla a entender quiero
 cómo así por ella estoy.

ESCENA IV.

CASANDRA, LAURA, CELIA, DAMAS. -DICHOS.

LAURA. Mas alegre ha de estar hoy
 vuestra alteza, a lo que infiero,
 de la prevención que hace
 el Duque por divertirla.
 CASANDRA. Por música voy a oírla;
 que es lo que me satisface
 entre los divertimientos
 que otras veces me previene.
 CARLOS. (*Aparte.*)
 Cielos, si Casandra tiene
 imperio en los pensamientos
 del Duque, y ella es testigo
 de mi valeroso aliento,
 para que ayude a mi intento
 a hablarla agora me obligo.
 LAURA. (*Aparte.*)
 ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?

¡Carlos en tan pobre traje!
 Lástima da el ver su ultraje;
 ya le perdió mi deseo,
 pues mi padre concertado
 tiene ya mi casamiento.
 Bien sabe amor que lo siento,
 y más verle tan ajado.

CELIA. *(Aparte a Laura.)*
 Señora, ¿a Carlos no ves,
 y a Gerundio, que le guía,
 de pobres de portería?

LAURA. Afrenta el mirarlo es;
 no vuelvas allá.

CELIA. No quiero;
 mas ¡cuál Gerundio se ofrece!
 Con tanto trapo, parece
 asadura de ropero.
 ¡Qué lindo par de gazapos!
 Ya es su desdicha notoria.

LAURA. Tendrá libro de memoria
 CELIA. para vestirse los trapos.

CARLOS. *(Aparte a Gerundio.)*
 No sé cómo lo resista;
 Laura hace que no me ha visto.

GERUNDIO. Señor, todos, vive Cristo,
 han engordado de vista.

CASANDRA. Ven, Laura, a la galería,
 por si el Duque nos espera
 con la música; que fuera
 no escucharla grosería.

LAURA. Bien, Señora, lo merece
 su fineza.

CASANDRA. Mi entereza
 no lo estima por fineza,
 aunque ya me lo parece;
 que su presencia ha vencido,
 y su discreción, en mí,
 mucho más que presumí.

CARLOS. Señora, si un afligido
 merece vuestra atención,
 que me la deis os suplico.

CASANDRA. ¿Qué es lo que pides?

CARLOS.

Publico

más que pobreza razón,
pues mis alientos ajados...

CASANDRA.

Laura, no esperando estén;
haced que limosna den
a esos dos pobres soldados.

(Vase con las damas.)

LAURA.

No quiero que en mí repare.

(Vase.)

ESCENA V.

CELIA, CARLOS, GERUNDIO.

CARLOS.

¡Que esto escucho, y lo resisto!

GERUNDIO.

¿Qué es limosna? Voto a Cristo,
que miente quien lo pensare.

CELIA.

¿Qué es esto? ¿Ya despachados
no quedan los moscardones?
Siempre son los pobretones
soberbios y porfiados.

GERUNDIO.

Tú lo eres, como fregona;
que aunque estás ya con afeite,
te he visto yo ir por aceite
con capilla de gorrón.
Tú pedirás, como tal,
tú, limosna sin horror,
como paga de doctor
al irse, y en el portal.
Tú pedirás, y pediste
a mí en más de una ocasión
almuerzos de bodegón,
que a figón no te atreviste.
Tú, cuyas medias con greda
sacó de lana el amor
de un paje de embajador,
con unas viejas de seda.
Que antes dará nuestro aliento
limosna y dote, si quieres,
para recoger mujeres
perdidas en un convento.

CELIA.

Gerundio, más reportado;
y pues dar puede esos dones,
dése para unos calzones,

que está muy desatacado.

(*Vase.*)

ESCENA VI.

CARLOS, GERUNDIO.

GERUNDIO.

¿Cómo?

CARLOS.

Deja esos cuidados;
que no tiene culpa ella.

GERUNDIO.

Pues ¿quién?

CARLOS.

Mi estrella.

GERUNDIO.

¿Qué estrella,
ni qué huevos estrellados?

CARLOS.

¡Que esto mi desdicha aguarda!
Que Laura no me atendiera,
ni aun a mirarme volviera!

GERUNDIO.

Se habrá ya vuelto *Lisarda*.

CARLOS.

Por él sin duda a trocarse
llegó, como aquí publica.

GERUNDIO.

Claro está: que como es rica,
tendrá amores que mudarse.

CARLOS.

Sin alma quedé de vella.

GERUNDIO.

¿Quieres vengarte? Pues calla.

CARLOS.

¿Qué he de hacer?

GERUNDIO.

Desafialla,
y mueran Lisardo y ella.

CARLOS.

Ya por mi vida atropello;
¿qué haré con el Duque?

GERUNDIO.

Ten:
desafialle también,
y concluyamos con ello.
Mas la ocasión se ofreció,
porque el Duque sale ya;
siguiendo a Casandra va:
tiéndela, que aquí estoy yo.

ESCENA VII.

POMPEYO, EL DUQUE. -DICHOS.

DUQUE.

Pompeyo, nada me habléis
que de Casandra no sea;
lo que mi atención desea
con nada me embaracéis.
Casandra es sólo mi amor,

Cassandra es todo mi empleo;
sólo hablar della deseo,
y el que intenta mi favor,
sólo llegue a hablarme della;
sólo me dé para amalla
arbitrios con que obligalla,
fiestas con que entretenella.
Nada sin ella me agrada.

POMPEYO.

Señor, tu alteza no sienta
que le llegue yo a dar cuenta
de cómo tengo casada
con Lisardo a Laura.

DUQUE.

En eso
me hacéis el gusto que aguardo,
porque le debo a Lisardo
la obligación que confieso;
pues a Cassandra prendió,
con que alcancé la victoria.

GERUNDIO.

(Aparte. a Carlos.)

¿Qué es esto? ¿A él le dan la gloria
de lo que hicimos tú y yo?

CARLOS.

Este es el modo afrentoso
del mundo desconcertado:
vence el riesgo el desdichado,
y premian al venturoso.

GERUNDIO.

¿Qué es premiar nuestro desvelo?
Pues ¿es esto flautas pitos?
Llega, Señor, da los gritos
que los pongas en el cielo.

DUQUE.

Por él ya feliz me llamo.

GERUNDIO.

(Al Duque.)

Señor, lo que dices mira;
voto a Cristo, que es mentira;
que el que la prendió es mi amo.

DUQUE.

¿Qué es eso?

CARLOS.

Si a vuestros pies
lugar tiene un desdichado,
sólo con ser escuchado
será feliz.

POMPEYO.

(Aparte.)

Carlos es;
¡que a tal su suerte llegó!

Ya es a la vista importuna;
mas de su poca fortuna
no tengo la culpa yo.

DUQUE.

¿Quién sois? Alzad.

CARLOS.

Soy, Señor,

quien tomando otro camino,
para enmendar su destino
ha llegado a otro peor;
quien más dicha ha merecido,
quien por valor lo ha alcanzado,
quien de vos vive olvidado,
y quien más os ha servido;
quien, porque su nombre os cuadre..

GERUNDIO.

Es Carlos. -Toma el ovillo,
y acaba ya de parillo;
que no es el Duque comadre.

ESCENA VIII.

LISARDO. -DICHOS.

LISARDO.

(Aparte desde la puerta.)
¡Cielos! ¿que Carlos llegase
al Duque? Estorbarle quiero
que le oiga el Duque primero
que yo con Laura me case.

DUQUE.

Pues ¿qué os debí yo?

LISARDO.

(Sale.)

Señor...

DUQUE.

¿Qué hay, Lisardo?

LISARDO.

Que ya espera

Casandra, haciendo la esfera
de su sol un corredor;
y la música aguardando
sólo tu precepto está.

DUQUE.

Vamos, Lisardo; que ya
a tal dicha estoy tardando;
sólo vivo en su presencia.

CARLOS.

Señor, sabed, antes de iros...

DUQUE.

Audiencias hay para oíros.

(Vase.)

LISARDO.

Buscad al Duque en la audiencia.

(Vase.)

ESCENA IX.

POMPEYO, CARLOS, GERUNDIO.

GERUNDIO. ¡Que se sufra esta insolencia!
CARLOS. ¿Qué admiras, si es mi contrario?
GERUNDIO. Pues ¿es el Duque vicario
para buscarlo en la audiencia?
CARLOS. Señor Pompeyo, de vos
mi razón se ha de valer,
pues mi fortuna ha de ser,
siendo mía, de los dos.
POMPEYO. Carlos, que os premien será
para mí mucho contento
por vuestro merecimiento;
pero viene tarde ya.
Por la palabra empeñada,
cuanto pude os esperé;
mas ya no puedo.
CARLOS. ¿Por qué?
POMPEYO. Tengo ya a Laura casada.
(*Vase.*)

ESCENA X.

CARLOS, GERUNDIO.

CARLOS. ¡Caiga el cielo sobre mí!
GERUNDIO. No caiga, ni aun una estrella.
CARLOS. ¡Ay de mí, que a Laura bella
ya sin remedio perdí!
Ya ¿para qué he de querer
premios, si morir espero?
GERUNDIO. ¿Qué dices?
CARLOS. ¿Para qué quiero
premios ya?
GERUNDIO. Para comer.
CARLOS. ¿Para qué? Sin Laura bella
no quiero triunfo ni palma.
GERUNDIO. Pues valga el diablo su alma;
¿nos hemos de ahorcar por ella?
CARLOS. Cielos, sin Laura ¿qué haré?
¿Qué será, cielos, de mí,
que ya su mano perdí?
GERUNDIO. Pues, Señor, no pierdas pie.
CARLOS. Por eso sin duda alguna

a mirarme no volvió;
por eso me despreció,
no por mi humilde fortuna.
¿Ingratitud como esta
ha de quedar sin castigo?
GERUNDIO. Eso sí, lo que yo digo:
matémosla, y vamos desta.
CARLOS. Gerundio, en palacio hoy
el festín licencia da
a que cualquiera entre allá.
Pues desesperado estoy,
entrar quiero; y pues perdella
con callar no se restaura,
sepa el mundo y sepa Laura
lo que hice por merecella.
Quéjese a ella mi desvelo;
mas si tan esquiva está
como hermosa, esto será
como dar quejas al cielo.
GERUNDIO. No hay quejas como patadas.
CARLOS. Vamos pues.
GERUNDIO. Vamos, Señor.
CARLOS. Ya no temo su rigor.
GERUNDIO. ¿Sabes cascar bofetadas?
CARLOS. Lo que he de decir no sé;
mas el cielo oirá mis voces.
GERUNDIO. Ve; que si errares las coces,
yo llegaré a darte el pie.

(*Vanse.*)

Galería del alcázar.

ESCENA XI.

EL DUQUE, LISARDO, MÚSICOS.

MÚSICA. *Compitiendo con las selvas,
cuando las flores madrugan,
los pájaros en el viento
forman abriles de plumas.*
DUQUE. Cantad, pues las letras todas
sólo a Casandra pronuncian,
y celebran en mi pecho
los triunfos de su hermosura.
Lisardo, en su hermoso rostro

¿no ves cuántas flores hurta
el mayo para su adorno?
¿No admiras en su blancura
los jazmines y azahares,
que ámbar el viento divulga?
Los claveles de sus labios
¿a los que el alba dibuja
no exceden? ¿En sus mejillas
las rosas no son más puras?
Mas ¿para qué lo encarezco,
cuando por vencer la duda
de si las flores la igualan,
coronada de las suyas,
siguiendo estos dulces ecos,
sale en victoriosa lucha,
*compitiendo con las selvas
cuando las flores madrugan?*

ESCENA XII.

CASANDRA, LAURA, CELIA, DAMAS. -DICHOS.

CASANDRA.

Laura, imán es este acento
de mi atención.

LAURA.

Él presume
que vos sois su imán, Señora;
pues aunque un abril se juzga,
donde en las espesas ramas
los pajarillos se juntan
a hacer su sonora salva;
y aunque la destreza suya
la de las aves parezca
que al alba alegres saludan,
siendo vos sol desta esfera,
vos sois el imán sin duda
de su voz: pues cuando él sale,
las aves porque le buscan,
le cantan; y al salir vos,
razón es que se presume
este acento el de las aves,
porque entienda quien le escucha
que cuando de vuestra alteza
sale el sol que los alumbra,
los pájaros en el viento

forman abriles de pluma.

DUQUE. Cantad, proseguid; que ya
más cerca Casandra escucha.

MÚSICA. *Que Casandra es la más bella,
aun los cielos no lo dudan;
si para verdad es grande,
para lisonja no es mucha.*

DUQUE. Si el cielo pudo, Señora,
tener competencia alguna
con la hermosura, fue acaso
por no ver vuestra hermosura.
Vio sus lucientes estrellas,
el sol miró la luz suya;
al espejo de las otras
vieron su esplendor las unas,
y al ver tantas luces, tuvo
su victoria por segura.
Pero cuando a vuestros ojos
vencer vio sus llamas rubias,
cuando sus claras estrellas
con ellos fueron oscuras,
luego os cedió la victoria.
Y si al ver sólo la suya
presumió más perfección,
vista ya vuestra hermosura,
*que Casandra es la más bella,
aun los cielos no lo dudan.*

CASANDRA. Cuando tanto rendimiento
agradecida os escucha
mi atención, hallo, Señor,
que el vencimiento resulta
en vos, y en mí la victoria.

DUQUE. Creed, Señora, que es sin duda.
Pero si vencéis al cielo,
brillando luces más puras,
el vencerme a mí es victoria
que se infiere de la suya.
Y mi amor siente que sea
tanta verdad, porque busca
razones para obligaros
en que él de sí ponga alguna;
porque deciros que vence

mi pecho vuestra hermosura,
y que el cielo con la vuestra
tiene su luz por caduca;
siendo yo esclavo y vos dueño,
siendo vos sol, y el sol luna,
*si para verdad es grande,
para lisonja no es mucha.*

CASANDRA.

Vuestro cortés rendimiento
todos mis afectos muda;
pues al intento de ser
a vuestra voz piedra dura,
me tenéis ya tan trocada,
que no sólo no os escucha
como piedra, sino como
quien oye....

*(Ap. Licencia es mucha
la que ya se toma el labio
para lo que el alma oculta.)*

DUQUE.

Decid, proseguid, Señora.

CASANDRA.

Lo dicho ¿no os asegura?

DUQUE.

Quien ama siempre es cobarde.

CASANDRA.

El que conoce no duda.

DUQUE.

Conózcome a mí primero.

CASANDRA.

Pues de aquesto ¿qué resulta?

DUQUE.

No merecer ser oído.

CASANDRA.

Cuando el dulce acento triunfa
de mi atención, por ser vuestro,
no os malogréis vos la industria.

DUQUE.

Pues la música prosiga.

CASANDRA.

A escucharla voy.

DUQUE.

Confusa
dejáis el alma.

CASANDRA.

¿Por qué?

DUQUE.

Por no declarar la duda.

CASANDRA.

¿No voy a escuchar de vos
lo que la letra pronuncia?

DUQUE.

Y ¿así me oís?

CASANDRA.

Sabed, Duque,
que aunque el amor no lo juzga,
no es sorda la que no oye,
sino aquella que no escucha.

(Vase con las damas.)

LAURA. Celia, a Casandra no sigas;
que estoy muriendo a la angustia
de ver que he perdido a Carlos.

DUQUE. Cantad, seguid su hermosura.
Lisardo, ve a prevenir
que estén las músicas juntas,
cercando la galería,
porque divertida en unas
y arrebatada de otras,
todo en mi amor se confunda.

(Vase.)

MÚSICA. *De cuantos con dicha nacen,
porque no la esperan nunca,
con el acierto de amarla
nadie muere sin ventura.*

(Vanse Lisardo y los músicos.)

ESCENA XIII.

CARLOS, GERUNDIO. -LAURA, CELIA.

GERUNDIO. *(Aparte a Carlos.)*
Señor, Laura está aquí sola.
Ea, con ella apechuga,
y dala hacia las quijadas,
pues según las vestiduras,
parecemos saca-muelas.

LAURA. ¿No es Carlos, Celia?

CELIA. Sin duda.

¿Es posible que te cueste
tal pesar esta figura?

GERUNDIO. Si estaba puesta a flux de oros,
y es de bastos, ¿qué lo dudas?

LAURA. Carlos, ¿dónde vas? ¿Qué intentas?

CARLOS. Saber cuál es mi fortuna;
pues aunque aquí entrando acaso,
esa música que escuchas
de amor, prevenida en mí,
por desengaño resulta.
Pues cuando ajado de todos,
despechado de mi injuria,
vengo a ver si en ti ha quedado
consuelo a mis desventuras,
oigo que el sonoro acento

para avisarme pronuncia
que soy el más infelice
por mi estrella y por las tuyas,
*de cuantos sin dicha nacen,
porque no la esperan nunca.*

LAURA.

Si amar un desden es yerro
sin razón y sin fortuna,
amar a quien ama, Carlos,
es acierto y es ventura.
Quien tiene la voluntad
tiene el alma; esa fue tuya
desde que te vi; y pues logras
esta fe, aunque no aseguras
otra posesión con ella,
porque fue tu suerte injusta,
aunque por ella me pierdas,
consuélete la fortuna
de que fue acierto el amarme.
Y cuando infeliz te juzgas
porque el acento te avisa,
oye; que también pronuncia
que aunque no tenga esperanza,
sí la mereció por suya,
*con el acierto de amarla
nadie muere sin ventura.*

(Hace que se va.)

CARLOS.

Oye, Laura.

GERUNDIO.

(Aparte a Carlos.)

Señor, cierra.

¿Quieres que yo la sacuda?

CARLOS.

No, detente.

Sino a azotes,

no esperes que se reduzca.

CARLOS.

Sí harán mis lágrimas tiernas.

GERUNDIO.

Más harán puñadas duras.

LAURA.

Déjame, Carlos; ¿qué quieres?

¿No basta la desventura
de perderte aunque te quiera?

CARLOS.

¿Cómo eso dices? Escucha.

MÚSICA.

(Dentro.)

*No pagar obligaciones
delito en amor se juzga;*

*que lo ingrato en la belleza
aun ha menester disculpa.*

CARLOS.

Laura, Señora, pues oyes
que aún esta voz te lo acusa,
y hablan por mí los acasos,
¿cómo ese rigor pronuncias?
¿Yo perderte? ¿Tú ser de otro
cuando, porque fuese tuya,
coroné el alma de letras
que tus triunfos articulan;
cuando porque se leyesen
de mi amor en la escultura,
la fui a esmaltar con mi sangre,
que aún falta en mis venas mucha;
cuando para merecerte,
lo que faltó a mi ventura
lo consiguió mi valor
y no lo halló mi fortuna?
Cuando así por ti me veo,
¿tú con el rigor te juntas?
Si es desdicha el no alcanzarte,
en ti el alejarte es culpa.
Si estas finezas te obligan,
mira que en deudas tan tuyas
*no pagar obligaciones
delito en amor se juzga.*

LAURA.

Carlos, ¿qué quieres? Ya veo
que contra ti se conjura
tu estrella y también la mía,
pues conocer lo que triunfa
tu mérito de mi amor,
y no pagarlo, es injusta
ingratitud, y aun tirana;
pero mi honor lo repugna.
Por él, por ti hablar no puedo;
él me tiene absorta y muda,
viva para los deseos,
para las voces difunta.
Bien veo que el no pagarlo,
cuando lo conozco, es culpa;
pero culpa de mi honor,
a quien debo esta coyunda.

CARLOS.

No quiero satisfacerte,
cuando por mi amor te apuras,
con que, si ella te obligó,
fue deuda de mi hermosura;
porque sé cuando no pago,
aunque mayor la presuma;
*que lo ingrato en la belleza
aun ha menester disculpa.*

Pues viendo tu obligación,
y amándome, Laura bella,
si el dejarme es sinrazón,
no hay resistencia a mi estrella
en tu noble corazón.

Para excusar un rigor
no hay dilaciones ni trazas,
¿cómo ha de creer mi amor
que en el riesgo que tú abrazas
puedes pensar que hay dolor?

El que de ponzoña lleno
toma un vaso sin horror,
o está del peligro ajeno
o halla alivio en el veneno,
si le bebe sin temor.

Y sabiendo esta verdad,
rendirse tu pensamiento
a otro dueño, o es crueldad,
o te falta voluntad,
o no tienes sentimiento.

Y si le tienes, me obligo
a no quejarme de ti;
que aunque eres cruel conmigo,
¿qué se ha de doler de mí
quien es ingrata consigo?

LAURA.

Carlos, bien sé que es crueldad;
pero sólo te apercibe
por respuesta mi piedad...

MÚSICA.

*(Dentro.)
Desdichado del que vive
por ajena voluntad.*

LAURA.

Por mí respondió este acento;
pues me ves desesperada,
déjame en mi sentimiento.

no premiarse la virtud;
y es no sólo ingratitud,
sino desprecio también.

CASANDRA. ¿Es esto, Laura, contigo?
LAURA. ¡Ay de mí! No sé, Señora.
CARLOS. Vos, Señora, sois testigo
de que yo merezco ahora
el premio que no consigo.
Por Laura a la guerra fui,
por Laura arriesgué la vida,
por Laura a vos os prendí.

GERUNDIO. Y el estar hermosa aquí
se debe a lo bien prendida.

CASANDRA. ¿Qué es esto, Laura?
LAURA. Señora...
(Ap. Cielos, no sé qué decir.)

CELIA. Ella como vos lo ignora;
que estos locos aquí ahora
se entran a hacernos reír.

GERUNDIO. Mienten; que a hacerlas llorar
entramos, si mi amo hiciera
lo que yo dije al entrar.

CARLOS. Loco estoy de mi pesar:
Laura es la causa primera.

CASANDRA. Pues ¿cómo así habláis osados
en mi presencia? -¡Criados!
¡Hola!

ESCENA XV.

POMPEYO, LISARDO, CRIADOS. -DICHOS.

POMPEYO. ¿Qué mandáis, Señora?
CARLOS. Si vuestra alteza lo ignora,
ellos, que están informados,
dirán de mi sentimiento
la causa a que me provoco.

CASANDRA. Mirad de ese hombre el intento;
castigad su atrevimiento,
o echadle de ahí, si es loco.

(Vase.)

LAURA. *(Aparte.)*
Cielos, yo estoy sin sentido.

POMPEYO. ¿Qué es esto, Laura?

LAURA. Señor,
yo no sé lo que esto ha sido.
Carlos, o el juicio has perdido,
o tú das causa a su error.

CARLOS. ¡Que esto llegue yo a escuchar!

GERUNDIO. Por el celestial farol,
que mil muertes he de dar.

CELIA. Si tanto quieren matar,
váyanse los dos al sol.

(Vase.)

GERUNDIO. Y tú, menguada, a la luna.

POMPEYO. Carlos, ¿qué osadía fue
la vuestra?

CARLOS. Señor, ninguna.
Quejarme de mi fortuna.

POMPEYO. Pues a mi hija, ¿por qué?
Por veros sin resistencia,
vuestra libertad osada
no castiga mi prudencia,
pues os tomáis tal licencia
teniendo a Laura casada.

(Vase.)

LISARDO. Pues, Carlos, aunque a mi acero
tocaba vuestro castigo,
aquí suspenderle quiero
por advertiros primero
que está casada conmigo.

GERUNDIO. ¡Que se sufra esta traición!

CARLOS. ¡Falso amigo!

LISARDO. (A los criados.)

Echad de ahí
esos locos.

(Vase.)

GERUNDIO. Galalon.

UN CRIADO. Oyen, si pasan de ahí,
volverán por un balcón.

(Vanse los criados.)

ESCENA XVI.

CARLOS, GERUNDIO.

GERUNDIO. A ti y tu alma, y cuantos van
con tu amo a pie y en coche,

como servidor truán,
por un balcón te echarán
a las once de la noche.

CARLOS. ¿Qué es esto que por mí pasa?
¿Hay, cielos, a quien suceda
con tal razón tal desprecio,
con tal valor tal afrenta?
¿Yo abatido? ¿Yo ultrajado?
¿Yo en tan infeliz miseria,
que a quien mi valor da envidia
da lástima mi pobreza?

GERUNDIO. ¿Yo en ayunas y rabiando
por romper treinta cabezas,
sin tener ni hallar con qué
cortar la cólera pueda?

CARLOS. ¡Que sea todo el mundo injusto!
¡Que contra mí todos sean!

GERUNDIO. ¡Que sea todo el mundo limpio!
¡Que no haya quien manchas tenga
ahora, que puedo yo
vender saliva por greda!

CARLOS. ¡Gerundio!

GERUNDIO. Yo rabio de hambre.

CARLOS. ¿Deso en tal dolor te acuerdas?

GERUNDIO. ¿Tan lejos están las tripas
para olvidarme yo dellas;
que pienso que juegan cañas,
según me caracolean?
Esto no es hambre, Señor,
sino rayos que me quemán.

CARLOS. Deja los rayos ahora.

GERUNDIO. Pues ¿qué he de hacer, si ellas truenan?

CARLOS. ¿Hay amor más desdichado?

GERUNDIO. ¿De amor agora te quejas?
Ven a buscar qué comer;
que es ya más de la una y media,
y si el portero nos falta,
no hay casa aquí de Portela.

CARLOS. Yo me muero.

Ahora, Señor,
tú lo tomas muy de veras,
y el hambre no es para burlas;

que el estómago me aprieta
tanto, que por verle raso
imagino que le prensan.
Esto es peor cada día;
como tú esperes moneda,
tu esperanza está en la China,
que hay de aquí allá tres mil leguas.
Si seguirla es perecer,
más vale que uno perezca
y que yo busque mi vida;
porque el ver que yo me muera
¿qué alivio ha de darte a ti?
Ni a mí, Señor, me consuela,
cuando que comer no tengo,
que tú tampoco lo tengas.
Y en medio de que tu amor
es lo que más te atormenta,
cuando traigo lo que busco,
al ponértelo en la mesa,
comes más que un sabañón;
y entre suspiro y fineza,
al panecillo que agarras
parece que atenaceas.
Yo me voy a acomodar
donde hallare. Adiós te queda;
que si hallo con qué acudirte,
tú admirarás mi fineza.

CARLOS.

¿Qué dices, Gerundio amigo?
Pues ¿tú te vas? ¿Tú me dejas
cuando me ves abatido,
cuando no tengo a quien vuelva
la cara sino a tu alivio;
cuando, si por ti no fuera,
muerto hubiera en la desdicha
de mi abatida miseria?

GERUNDIO.

¿Qué quieres, Señor? Por eso
me voy; que mi industria intenta
socorrerte y socorrerme.

CARLOS.

¡Ay amigo! Si me dejas
he de morir. No te vayas;
que tú mis males consuelas.

GERUNDIO.

¡Yo consolarte, Señor,

que estoy siempre a tus orejas
dando unos aullidos de hambre
que parezco un alma en pena!
Déjame ir, por Dios.

CARLOS.

Aguarda.

Tienes razón, mi pobreza
no tiene qué responderte;
pero conmigo te queda
de aquí a mañana no más;
que si este plazo no enmienda
mi fortuna, te irás luego.

GERUNDIO.

¿De aquí a mañana? Aunque sea
reventando, he de esperar.

CARLOS.

Si mi despecho lo intenta,
podré entrar a hablar al Duque.

GERUNDIO.

Eso, Señor, es quimera;
que nos molerán a palos
los inflones que le cercan.

CARLOS.

(Aparte y paseándose.)

¡Que me deba el Duque, cielos,
la corona que gobierna,
Lisardo tanta amistad
como la vida y la hacienda,
todo Urbino su sosiego,
y Laura tantas finezas;
y en ninguno hallo favor,
todos perecer me dejan!
¡Esta ingratitud consienten
los cielos, que la condenan!
¡Un hombre de mi valor,
de mi sangre y de mis letras
en pobreza tan indigna,
cuando tantos que aquí entran
arrastran triunfos y aplausos,
unos porque lisonjean,
otros por entremetidos,
otros porque se despejan,
siendo asunto de la risa;
y ingenio, valor y ciencia
estén en tanto desprecio!
¡Ah cielos, si me sufriera
ajar mi reputación

el mundo! Dénme licencia
el decoro y la razón
para que yo no parezca
quien soy un término breve;
que yo tomaré tan nueva
venganza destas injurias,
que se admire el mundo della.
Yo haré que todos conozcan
su ingratitude y mi ofensa,
y que lo vean de suerte
que sea el castigo su afrenta.
No ha de haber oído el mundo
tal venganza de mi queja,
tal castigo de su culpa;
sólo temo la vergüenza
de ultrajar yo mi persona;
pero ¿qué ultraje me queda
que temer con el que paso?
Pues todo el mundo me atienda:
a ajarme voy por vengarme,
para que los hombres sepan
quién es el mundo y cuál son
los que la fortuna premia.
Esto ha de ser; lo primero
engañar ha de ser fuerza
a este criado.

GERUNDIO.

Señor,

no tanto en ti te diviertas;
que estás flaco y en ayunas.

CARLOS.

(Aparte.)

Yo haré que su dolor sea
no poder negar su infamia.

GERUNDIO.

Señor...

CARLOS.

(Aparte.)

No ha de haber quien pueda
negar su error con mi industria.

GERUNDIO.

Que estás flaco de cabeza
y te acabas; mira que
pienso que calabaceas.

CARLOS.

Déjame ya revocar
el poder de las estrellas.

GERUNDIO.

¿Qué has de revocar, Señor?

Revócale la sentencia
 al hambre, y hazlo embocando.
 CARLOS. Verá el mundo lo que yerra.
 GERUNDIO. ¿Quién yerra?
 CARLOS. Siempre está errando,
 día y noche.
 GERUNDIO. Es el albéitar;
 que a puro martillar clavos
 nos deshace la cabeza.
 CARLOS. Cielos, dél he de vengarme.
 GERUNDIO. ¿Qué dices? ¿que es una bestia?
 ¿Qué te hace aquel pobre tuerto?
 CARLOS. Aunque el decoro se ofenda.
 GERUNDIO. Vive Cristo, que está loco;
 esto causa la flaqueza.
 ¡Ah, Señor!
 CARLOS. (Ap. Ya lo presume;
 ahora falta que lo crea.)
 Déjame, no te me acerques.
 GERUNDIO. Señor, el juicio no pierdas;
 que yo iré a buscar qué comas.
 ¿Hay lástima como aquesta?
 De hambre ha perdido el sentido.
 ¡Ah Señor!
 CARLOS. ¿A mí te llegas?
 GERUNDIO. Alto: él ha perdido el juicio.
 Que comer traeré, no temas.
 CARLOS. ¿Dónde está? ¿Qué es lo que dices?
 GERUNDIO. ¿No lo ves? Ven a la mesa;
 mira aqueste pipián,
 que el pimiento bermejea
 como carrillos de lego.
 CARLOS. No lo quiero ya.
 GERUNDIO. ¡Esta es buena!
 Pues, Señor, mira esta pava
 con pechuga de gallega.
 CARLOS. Quítate allá, no me toques:
 ¡que me quiebras, que me quiebras!
 GERUNDIO. ¿Qué dices?
 CARLOS. Pues ¿no lo ves?
 De vidrio soy.
 GERUNDIO. ¡Santa Tecla,

que está loco!

CARLOS. Vidrio soy.

GERUNDIO. ¡Jesús, qué gracioso tema!

CARLOS. *(Aparte.)*
Ya el criado lo ha creído;
aquí mi venganza empieza.

GERUNDIO. Señor, ¿que eres vidrio es cierto?

CARLOS. ¿Posible es que no lo veas?

GERUNDIO. Pues ¿hay duda? Ya lo miro.

CARLOS. Pues ¿a qué vienes? ¿Te acercas
a quebrarme?

GERUNDIO. No, Señor;
que eres vidrio de Venecia.
(Ap. Llevarle quiero el humor.)

CARLOS. Pues ¿adónde vas? ¿qué intentas?

GERUNDIO. Llévate a casa.

CARLOS. Eso no;
quítate allá, que me quiebras.

GERUNDIO. ¿No ves que yo soy salvilla,
y puedo llevarte en ella?

CARLOS. Pues ven, llévame con tiento.

GERUNDIO. Eso haré.
(Ap. ¿Hay risa como esta?)
Vamos, Señor..
(Ap. Lindo cuento.)

CARLOS. *(Aparte.)*
Vamos, y el mundo suspenda
el juicio desta locura
hasta ver cómo me venga.

Jornada tercera

Sala en casa de Carlos.

ESCENA PRIMERA.

GERUNDIO, *de estudiante, bien vestido.*

Señores, pierdo el sentido;
no hubiera el diablo pensado
arbitrio más acertado
para haber enriquecido
mi amo en su suerte abatida,
que ser loco placentero.
Manando estoy en dinero,
en regalos y en comida.
Ayer buscaba mendrugos,
y hoy, por lo que mueve a risa,
hay a mi amo más prisa
que a banasta de besugos.
Como yo, por su quimera,
a lo escolástico va,
y le llaman todos ya
el licenciado Vidriera.
Todo lo que él pretendía,
por su locura ha alcanzado,
pues ya del Duque estimado,
entra a verle cada día.
Pompeyo, que una abadesa
era en su atención prolija,
ya le lleva a ver su hija;
Lisardo le da su mesa;
y los que en su suerte escasa
nos dejaban por pobretes,
andan agora a puñetes
porque vamos a su casa.
Todos le buscan, y a ver
su locura hay tanta priesa,
que está a mi elección la mesa
donde quiero ir a comer.
¡Qué premios ni qué bambollas
hay como esta autoridad,
pues para mí en la ciudad
se ponen treinta mil ollas!

A la plaza mi alegría
 los que compran sale a ver;
 quien lleva más que comer
 me tiene allá a mediodía;
 y soy tan bien recibido,
 que saco destas tragedias
 el doblón, el par de medias,
 los cabos de oro, el vestido;
 y tanto creciendo van
 las alhajas por momentos,
 que tengo tres aposentos
 como tiendas de chalán.
 Y tanta opinión alcanza
 mi caudal, que lo hago trato,
 pues me han ido a alquilar hato
 para vestir una danza.
 No hay día que algo no toco.
 Señores, el juicio pierdo;
 ¡que haya hombre que sea cuerdo,
 valiendo tanto el ser loco!
 Pudiera haber dado hallazgo
 por tan dichosa locura,
 porque es cosa, si le dura,
 de fundar un mayorazgo.
 Y porque vean las gentes
 cuál es el mundo, a escuchar;
 que ya es hora de empezar
 a venir los pretendientes.

ESCENA II.

CRIADO 1.º -GERUNDIO.

CRIADO 1.º	¡Ah de casa!
GERUNDIO.	El tono afile.
CRIADO 1.º	¿Está en casa el Licenciado, Gerundio?
GERUNDIO.	¿No le ha encontrado? Si no ve usted, despavile. ¿De qué parte?
CRIADO 1.º	De palacio. El Duque: que hoy os espera, que llevéis a Vidriera, y que no vais tan de espacio,

porque a Casandra entretiene,
y ayer muy tarde llegó.
GERUNDIO. Diga usted al Duque que yo
ando como me conviene;
y diga usted que no quiero,
por apresurar los plazos,
que se haga mi amo pedazos;
que vale mucho dinero.
Yo iré a lograrle esa gloria,
si me acuerdo de cumplillo.

CRIADO 1.º *(Dale un anillo.)*
Poneos al dedo este anillo.

(Vase.)

GERUNDIO. Con eso tendré memoria.
Señores, esto es medrar;
ya mi amo a Laura tuviera,
si loco vuelto se hubiera
desde que empezó a estudiar.

ESCENA III.

CRIADO 2.º, con dos capones. -GERUNDIO.
CRIADO 2.º ¿Está en casa el Licenciado,
Gerundio?

GERUNDIO. A misa se fue.

CRIADO 2.º ¿No es usted?

GERUNDIO. Pues si me ve,
¿por qué pregunta el menguado?

CRIADO 2.º Don Fabricio, mi señor,
bautiza un hijo esta siesta,
y porque alegre la fiesta,
pide que le hagáis favor
de llevar a Vidriera;
que gusta de sus razones;
y que este par de capones
os acuerde de que espera.

GERUNDIO. Que iré de muy buena gana;
y diga usted que quisiera
llevarle allá a Vidriera
y al marco de la ventana.

CRIADO 2.º Adiós.

GERUNDIO. Aún falta otro oficio.

CRIADO 2.º ¿En qué?

GERUNDIO. En poner esta historia
en mi libro de memoria.
Diga el nombre.
(Saca un libro de memoria, y escribe en él.)

CRIADO 2.º Don Fabricio.

GERUNDIO. ¿Apellido?

CRIADO 2.º Macarrones.

GERUNDIO. ¿No es bautismo?

CRIADO 2.º Sí, Señor.

GERUNDIO. ¿Qué calle?

CRIADO 2.º La del Cantor.

GERUNDIO. Propia calle de capones.
Ya está entre otras infinitas.

CRIADO 2.º Mire usted que mi amo espera.
(Vase.)

GERUNDIO. Con esto, en saliendo fuera,
voy cumpliendo mis visitas.

ESCENA IV.

CRIADO 3.º, *con un jamón y una bota de vino.* -GERUNDIO.

CRIADO 3.º ¡Señor Gerundio!

GERUNDIO. Bribón,
¿Gerundio a secas a mí?
*(Ap. Según esto da de sí,
ya es hora de entrar en don.)*

CRIADO 3.º Pues ¿en qué ha estado el error?

GERUNDIO. ¿Gerundio a un rico llamáis?

CRIADO 3.º Pues ¿cómo ahora os nombráis?

GERUNDIO. Don Gerundio, y monseñor.

CRIADO 3.º Pues yo os daré un don, y dos,
tres y cuatro.

GERUNDIO. Y treinta y nueve;
que al rico el don se le debe,
porque tiene don de Dios.

CRIADO 3.º Celio Fióstegui, mi amo,
casa una hermana esta noche,
y dice que enviará el coche
por Vidriera.

GERUNDIO. Aquí llamo.
¿Fióstegui?

CRIADO 3.º Bien lo ha entendido.

GERUNDIO. No pensé, así Dios me haya

que había fuera de Vizcaya
esdrújulos de apellido.
CRIADO 3.º Y envía un jamón y este vino,
que os acuerde al salir fuera
que os espera.
GERUNDIO. Hombre que espera,
harto es que envíe tocino.
Ponerlo en memoria quiero;
que yo iré con mucho gozo.
¿En qué calle?
CRIADO 3.º La del Pozo.
GERUNDIO. Y el vino ¿es de tabernero?
CRIADO 3.º No, sino greco.
GERUNDIO. Latino
quisiera yo. Ya está en nota.
Vaya usted; que con la bota
iré yo allá de camino.
(*Vase el criado.*)

ESCENA V.

GERUNDIO; *luego*, CARLOS.

GERUNDIO. ¡Jesús, lo que se acumula
de visitas que hay que andar!
Ello no puede pasar
sin echar luego una mula.
Mas ya mi amo suena en casa.
CARLOS. (*Dentro.*)
¡Gerundio!
GERUNDIO. ¿Señor?...
CARLOS. (*Dentro.*)
¿Es hora?
GERUNDIO. ¿Cuánto va que sale ahora
con que se ha quebrado un asa?
CARLOS. (*Dentro.*)
¿Hay algo en que tropezar?
GERUNDIO. Todo está llano, Señor.
CARLOS. (*Dentro.*)
Míralo.
GERUNDIO. Pierde el temor.
(*Sale Carlos.*)
CARLOS. Tú has de venirme a quebrar.
GERUNDIO. Esos temores ataja;

que de ti cuidando estoy,
y he hecho, porque salgas, hoy
una vasera de paja
llena de algodón.

(Ap. Señores,
no es mucho que a esto haya prisa;
que yo me muero de risa
de tan graciosos temores.
Pero llevarle el humor
es fuerza, y disimular.)

CARLOS.

¿Quieres venirte a envasar?
(Ap. En mi intento, la mayor
advertencia mía ha sido
engañar este criado,
pues a todos ha engañado
verle a él tan persuadido
a mi fingida locura.

Y esto funda la venganza
que por esta destemplanza
ha de tomar mi cordura
(cuando a ocasión oportuna
logre el intento que aguardo)
del Duque, Laura y Lisardo,
y aun de mi misma fortuna.
Mas si yo a Laura perdí,
¿qué venganza me apercibo?
Cielos, no sé cómo vivo
cuando me acuerdo...) ¡ay de mí!

GERUNDIO.

Señor, ¿qué te ha sucedido?

CARLOS.

Es que me he dado un porrazo.

GERUNDIO.

¿Te has quebrado algún pedazo?

CARLOS.

No, mas pienso que se ha hendido.

GERUNDIO.

Pues bebe un trago siquiera.

CARLOS.

Pues ¿qué importa en casos tales?

GERUNDIO.

Para mirar si te sales,
te pondré un poco de cera;
que hoy el vidrio es menester
que esté sano, porque estoy
para ir a mil casas hoy,
que en ti desean beber.

CARLOS.

¿Dónde?

GERUNDIO.

A palacio, y pasadas

de treinta o cuarenta bodas;
y te han de llenar en todas
de bebidas regaladas.
*(Ap. Como yo le diga aquí
que es vidrio, está muy contento.)*

CARLOS. *(Ap. ¡Qué bien ayuda a mi intento
la burla que hace de mí!)*
Pues vamos sin dilación,
y llévame paso a paso.

GERUNDIO. *(Ap. En diciéndole que es vaso
se alegra, que es bendición;
mas lo vano aún se está entero,
que por poco el otro día
me mata porque decía,
que era vaso de alojero.)*
Pues Señor, si has de salir,
sea primero a palacio.

CARLOS. Vamos andando despacio.
*(Ap. Que desto se ha de inferir
tal afrenta a mi enemigo,
tal vergüenza a los ingratos,
que han de ser sus mismos tratos
mi venganza y su castigo.)*

GERUNDIO. Pues ven, te llevaré en peso.
(Ap. Yo le hago créer cuanto quiera.)
¿Te meteré en la vasera?

CARLOS. Más seguro voy con eso.

GERUNDIO. Parecerás orinal.

CARLOS. ¿Qué dices, loco, traidor?

GERUNDIO. *(Ap. Tome si purga.)*
Señor,
que eres vaso de cristal.

CARLOS. *(Ap. Así a no dudar le obligo.)*
¿No sabes tú lo que soy?

GERUNDIO. Si confesándolo estoy,
¿por qué te enojas conmigo?

CARLOS. Porque siendo un vaso rico,
con verte mi intento creer,
no tengo yo que temer
que me quiebres por el pico.
(Vase.)

GERUNDIO. ¿Hay tan graciosa porfía?

¿Quién del vidrio no se ríe?
Yo le he de hacer que se envíe
a una dama por sangría.

(*Vase.*)

Sala del alcázar.

ESCENA VI.

LAURA, CELIA.

LAURA. Celia, nada me consuela,
déjame ya en mi martirio
sentir mi dolor por deuda,
llorar mi mal por alivio.
¿Cómo quieres que no llore?
Que era doblar el delito,
ser esquiva al sentimiento,
siendo ingrata al beneficio.

CELIA. ¿Qué beneficio, Señora,
de un pobretón, de un mendigo,
que aunque el beneficio hiciera,
la colación nunca hizo?
¿Qué fineza ha hecho por ti,
si no es decir que es de vidrio?
Y ¿porque hoy le usan las damas
le agradeces el capricho?

LAURA. ¡Ay Celia! ¿no fue fineza
verse de mí despedido
por pobre, y por merecerme
intentar para ser rico
de las armas y las letras
los dos seguros caminos?
Y acertándolos entrambos,
ver el premio merecido
tan lejos de su esperanza,
que viendo que era preciso
perderme, por no alcanzarme,
perdió, con mi mano, el juicio?

CELIA. El juicio, Señora mía,
él no le perdió de fino,
sino de bobo, porque
si él intentaba ser rico,
¿quién le metió en ser soldado
ni en estudiar silogismos?

Metiérase a despensero,
tratara de encerrar trigo,
estancara las cebollas
o tratara de aguar vino;
que estos son oficios todos
con que es tan cierto el ser rico
de la noche a la mañana,
como tres y dos son cinco.
Mas ya que él fue mentecato
y hoy es la risa de Urbino,
¿te ha de hacer llorar a ti
lo que todos nos reímos?
¿No te casas con Lisardo?
¿No es ya el Duque tu padrino?
¿No es tu madrina Casandra,
y está todo prevenido
con festines y saraos,
porque el Duque, de camino
logra en la boda, y Casandra,
tu festejo y su cariño?

LAURA.

Calla, Celia, no prosigas;
basta que el silencio esquivo
de mi obediencia me mate.
¿Yo a Lisardo? ¡Ay Carlos mío!
Bien sabe el cielo que yo
no tuve en mi mano arbitrio.

CELIA.

Señora, no te despeches;
que dará tu llanto indicio,
naciendo de tu piedad,
a que tiene otros motivos;
mira que sale Casandra.

ESCENA VII.

CASANDRA, DAMAS. -DICHAS.

LAURA.

(Aparte.)

Por ella ¡ay Dios! me reprimo.

CASANDRA.

¿No ha venido Vidriera?

CELIA.

Ya por él, Señora, han ido.

CASANDRA.

Ni más graciosa locura
ni tan extraño capricho
vi en mi vida; él me divierte
de modo, que solicito

con el Duque que a palacio
le traigan.

ESCENA VIII.

EL DUQUE. -DICHOS.

DUQUE.

Y yo en serviros

desvelo tanto el deseo,
que ya la fortuna envidio
de un loco, pues logra en vos
la dicha de ser oído;
pero si por loco gana
vuestra atención, mis sentidos,
de mi amor en el exceso,
la merecen por lo mismo.

CASANDRA.

No, Señor; que la atención
que en mi decoro os permito,
se la debo yo a las vuestras;
y creed que, agradecido
mi afecto, pasar dejara
esta atención a cariño,
a ser cierto el casamiento
con el marqués Federico
y la duquesa Camila,
pues siendo esto cierto, libro
mi palabra del empeño.

DUQUE.

Pues ya dudar no permito
su fortuna a mis deseos;
que eso es cierto.

ESCENA IX.

GERUNDIO, CARLOS, CRIADOS. -DICHOS.

GERUNDIO.

(Dentro.)

Entren quedito,

señores; no me le quiebren.

DUQUE.

Ya Vidriera ha venido.

LAURA.

(Aparte.)

¡Cielos, que a esto llegó Carlos!

Sin mí estoy cuando le miro.

(Salen.)

GERUNDIO.

Entra, Señor, poco a poco.

CARLOS.

(Ap. ¡Qué bien logro mis designios!)

¿Hay dónde ponerme aquí?

GERUNDIO. Pues ¿no? un aparador rico,
y una fuente y dos toallas;
que así debe entrar un vidrio
tan principal como tú
a ver un duque de Urbino.
(Vanse los criados.)

CARLOS. Véme llevando delante;
mas, ay infeliz, ¡qué miro!
¡Que me quiebran, que me quiebran!
Traidor, ¿a qué me has traído?
Que todos estos me quiebran.
Sácame de aquí, enemigo.

GERUNDIO. Alto: la furia le ha dado.

CASANDRA. ¿Hay más gracioso capricho?

DUQUE. ¿De qué huye?

GERUNDIO. Está furioso.
Señor, detente por Cristo;
mira que estás sin vasera,
y puedes hacerte añicos.

CARLOS. Pues ¿por qué me la has quitado?

GERUNDIO. Pléguete Cristo conmigo;
pues si entras a ver al Duque,
¿no había de traerte limpio?

CARLOS. Pónmela, y vámonos luego.

GERUNDIO. Señor, que no la he traído,
que venías en salvilla.
Señor, esto va perdido,
(Aparte al Duque.)
Dénme algo con que engañarle;
que si no, dará mil gritos.

DUQUE. Pues ponle aquesta cadena.

GERUNDIO. Con eso vendrá, esto pido.

CARLOS. *(Aparte.)*
La codicia del criado
me logra el intento mío.

GERUNDIO. *(A Carlos.)*
Señor, no hay que tener miedo,
pues ya está engastado el vidrio
en oro, porque aunque caiga
no se quiebre. Ea, pasito,
ven acá.

CARLOS. ¿Dónde me llevas?

GERUNDIO. Aquí a un escaparatico,
donde estarás muy hermoso
entre otros dijes muy lindos.

DUQUE. Ponedle en medio una silla.

GERUNDIO. Mírate, Señor, ¿no has visto
qué bellas son las alhajas
que a tu lado están?

CARLOS. Ya miro
que todos son buenas piezas.

CELIA. Laura, ¿que no te has reído
de tan graciosa locura?

LAURA. *(Aparte a Celia.)*
Cuando veo su delirio,
yo lloro lo que tú ríes,
porque yo la causa he sido
de la desdicha de Carlos.

CARLOS. *(Aparte.)*
Lastimada a Laura miro
de mi ultraje, pero presto
le haré yo decoro mío.

GERUNDIO. *(Aparte al Duque.)*
Ya que él está sosegado,
háblenle de su capricho;
que irá diciendo bellezas.

CASANDRA. De cuanto dice me río.

DUQUE. ¿Quién era el que así os quebraba?

CARLOS. Vos el primero, vos mismo,
porque habiendo yo de vos
con mis obras merecido
estimación, agasajo,
premio, honor y beneficio,
para el vidrio de mi suerte
tal dureza habéis tenido,
que le habéis hecho pedazos,
pues por vos quebrado miro
el cristal de mi fortuna.

CASANDRA. ¡Qué graciosos desvaríos!

DUQUE. ¿Yo con vos tengo dureza?

CARLOS. Sí, Señor, en el olvido;
pues cuando mi noble aliento
fue para vos vaso rico,
por donde a beber llegasteis

mil aplausos en Urbino,
 le quebrasteis, olvidando
 su decoro cristalino;
 que los duques, sin memoria
 de los honrados servicios,
 no son duques, sino piedras.
 Mirad si duro habéis sido.

GERUNDIO. Eso todo serán cantos.
 Y aunque tope en los hocicos,
 imagina que es guijarro.

DUQUE. Pues ya de vos me desvío.

CARLOS. También esta, que me quiebra.

CASANDRA. ¿Laura?

CARLOS. Esa misma, esa digo.

CASANDRA. ¿Por qué?

CARLOS. Porque cuando amante
 la solicitaba fino,
 en el mar de su belleza
 era yo bajel de vidrio,
 y en ella me hice pedazos,
 porque cuando mi albedrío
 la buscaba como puerto,
 me recibió como risco.

LAURA. (*Aparte.*)
 Esta queja no es de loco.

CASANDRA. Según eso, yo no he sido
 de los que os quiebran.

CARLOS. ¿Vos no?
 La primera; que el peligro
 de quebrarme visteis vos,
 y olvidada de mi brío,
 de mis honradas finezas,
 no quisisteis ser testigo,
 y me dejasteis quebrar.

GERUNDIO. Él os sacará aforismos
 para que un colchón le quiebre.

ESCENA X.

POMPEYO, LISARDO. -DICHOS.

POMPEYO. Señor, ya está prevenido
 todo lo que habéis mandado.

LISARDO. Y yo, Señor, os suplico

que no dilatéis mi dicha.
 DUQUE. Lisardo, por lo que envidio
 a los que logran su amor,
 yo mismo lo solicito.
 Señora, ya que queréis,
 para más favor, conmigo
 honrar a Laura y Lisardo,
 que no se dilate os pido
 su dicha, ya prevenida,
 por la que yo participo
 de apadrinarlos con vos.
 CASANDRA. Señor, no tengo albedrío
 yo para vuestros preceptos;
 que siempre tardo en cumplirlos.
 Laura, vamos.
 LAURA. Yo, Señora,
 sólo a obedecerte asisto;
 (*Ap. Aunque esto será mi muerte,*
pues a Carlos he perdido.)
 LISARDO. El parabién a mi pecho
 da mi amor, habiendo oído
 que vos acatéis el plazo
 que a mi ventura previno
 la estrella que en vos me rige
 para acertar a serviros.
 CARLOS. ¡Que me quiebra, que me quiebra!
 DUQUE. ¿Quién os quiebra?
 CARLOS. Ese enemigo,
 ése, que trae en la mano
 para matarme, escondido,
 el canto de una traición,
 con que me ha dado en el vidrio.
 GERUNDIO. Señor, nadie te ha tocado.
 CARLOS. Si tal, traidor, que hizo el tiro,
 y dando en Laura primero,
 resultó en mí.
 CASANDRA. Su capricho
 le hace apasionar de veras.
 DUQUE. Recogedle, y den principio,
 Pompeyo, luego al sarao.
 POMPEYO. Ya está todo prevenido.
 DUQUE. Pues vamos.

CASANDRA. *(Coge una bujía.)*
Ya os obedezco.

DUQUE. *(Se la quita.)*
No tiene en la luz dominio
el que se alumbra con ella.

CASANDRA. Porque me sigáis lo admito.
(Vase con las damas.)

DUQUE. Lisardo, al lado de Laura.
(Vase.)

LISARDO. Ya mi fortuna confirmo.

LAURA. *(Aparte.)*
Y yo mi desdicha. ¡Ay Carlos,
si sintieras, qué martirio!
(Vase, y tras ella Lisardo.)

POMPEYO. Si hoy queda Laura casada,
no hay que esperar otro alivio.
(Vase.)

ESCENA XI.

CARLOS, GERUNDIO.

CARLOS. ¿Dónde se van?

GERUNDIO. A casarse.

CARLOS. ¿Qué dices, Gerundio amigo?
¿A casarse? ¡Ay infeliz!
Laura, Señora, bien mío.
Ya de aquí pasar no pueden
mis fingidos desatinos,
ya yo pierdo la razón,
ya es de veras mi delirio.
¡Esto permiten los cielos!
Laura hermosa; mas ¿qué digo?
Laura cruel, Laura ingrata;
Laura no, laurel esquivo,
que el sol de mi amor huyendo,
en tronco te has convertido.
Tronco eres ya a mis finezas,
tronco a mis tiernos cariños;
pues si ya en tronco te has vuelto,
¿de qué sirve el llanto mío;
sino que regando el suelo,
donde te has endurecido,
con mi mismo llanto crezca

la causa del llanto mismo?
 ¡Ay de mí! ¡ay Laura cruel!

GERUNDIO. ¿Qué es aquesto? ¡Vive Cristo,
 que se acuerda que es de carne,
 aunque piensa que es de vidrio!
 ¿Señor?

CARLOS. Déjame morir,
 sólo morir solícito.

GERUNDIO. Señor, mira que te quiebras.

CARLOS. ¿Por dónde me quiebro?

GERUNDIO. A gritos;
 que a voces se quiebra un hombre
 más fácilmente que un vidrio.

CARLOS. Plegue a los cielos, cruel,
 que adores siempre un desvío,
 que ofendas con tus finezas,
 que canses con tus suspiros,
 y que viendo el desengaño
 de amor desagradecido,
 crezca la llama en tu pecho,
 si el olvidar es alivio.
 Mas ¿cómo sólo me quejo
 de su rigor, si el delito
 es de tantos que me ofenden?
 Ya, cielos, está cumplido
 el plazo de mi venganza.

GERUNDIO. Mucho hablas para ser vidrio.

CARLOS. Ya no soy vidrio, Gerundio;
 de bronce soy, pues resisto
 este golpe a mi fortuna.

GERUNDIO. Esta es otra; ¡Jesucristo!
 ¿De bronce eres? ¡Pieza nueva!
 Ve mudando de caprichos,
 que con eso te harás de oro;
 mas ¿qué haremos, Señor mío,
 del algodón y la paja
 que he comprado para el vidrio?

CARLOS. Bronce soy y mármol duro.

(Dale.)

GERUNDIO. Pesia el alma que te hizo,
 pues, sabiendo que eres bronce
 ¿vas a darme en los hocicos?

Ya tú te has vuelto el que quiebras.
 CARLOS. No estoy en mí.
 GERUNDIO. Ya lo miro;
 que si estuvieras tú en ti,
 no hubieras dado conmigo.

CARLOS. Comience ahora mi venganza, cielos.
 Ya la experiencia que intenté he logrado,
 ya ciertos han salido mis recelos;
 pues vea el mundo, ya desconcertado,
 el ciego y torpe error de su mudanza,
 y de su afrenta nazca mi venganza.
 Gerundio amigo, pues fiarme puedo
 de ti, sólo a tu oído la concedo.

GERUNDIO. ¿Cómo me hablas así?
 CARLOS. Calle tu labio
 hasta ver la venganza de mi agravio.
 ¿Tienes algún dinero?

GERUNDIO. ¿Eso preguntas?
 Mucho más tengo que diez cajas juntas
 de ginoveses; tengo un pozo de oro,
 y en las alhajas lo que tengo ignoro.

CARLOS. ¿Tanto dinero tienes?
 GERUNDIO. Y aún es poco:
 ¿sabes tú lo que has hecho con ser loco?
 Si dos meses te dura,
 coche puedes echar con tu locura.

CARLOS. ¿Que en fin la debo tanto beneficio?
 GERUNDIO. Ruégale a Dios que no te vuelva el juicio;
 que como gastes de esas temas frías,
 has de ser duque dentro de seis días.

CARLOS. Yo erré el camino.
 GERUNDIO. Claro está que erraste
 cuando por estudiar te desvelaste,
 cuando a la guerra fuiste,
 y la victoria con tu sangre diste
 al Duque: que si ser rico intentabas,
 y fueras loco tú desde primero,
 te vieras ya más rico que un logrero.

CARLOS. Pues ¿podrásme vestir honradamente,
 para que pueda parecer decente
 en esta boda?

GERUNDIO. Pesía el alma mía;

podré sacarte más galán que el día,
y yo a tu lado añadiré decoro,
que iremos hechos unos pinos de oro.
Mas ¿para qué, Señor, es este intento?
CARLOS. Para dar a entender mi entendimiento.
GERUNDIO. ¿Qué haces hombre? ¿No ves que te destruyes?
Pues ¿tienes este bien, y le rehuyes?
Por Dios que no seas cuerdo, señor mío,
que volveremos a morirnos de hambre.
CARLOS. Esto le importa a las venganzas mías.
GERUNDIO. Suspéndelo por Dios por quince días;
que nos importa más de mil ducados.
CARLOS. Ya no tienen más plazo mis cuidados.
Vamos, amigo, y disimula ahora.
GERUNDIO. ¿Nos vamos a vestir?
CARLOS. Pues ¿quién lo ignora?
GERUNDIO. Vamos: mas viendo aqueste beneficio,
vive Dios, que estás loco en tener juicio.

(*Vanse.*)

Salón del alcázar.

ESCENA XII.

POMPEYO, LAURA.

POMPEYO. ¿Qué es esto? ¿con llanto ahora,
Laura, ultrajas tu belleza,
cuando Lisardo te adora,
cuando vas a ser señora
de su pecho y su riqueza?
¿Qué inquietud, qué novedad
mueve a tal demostración,
Laura mía, tu beldad?
LAURA. Señor, llora mi piedad
delitos del corazón.
No puedo hacer resistencia
a este dolor, y si aquí
le publico en tu presencia,
sabrás lo que puede en mí
tu precepto y mi obediencia.
Lo primero, has de asentar
que yo he de ir a obedecerte;
lo segundo, has de juzgar
que es lo mismo irme a casar

con Lisardo, que a mi muerte;
no por tenerle aversión,
sino por ser el empeño
de tener yo inclinación
a quien con mucha razón
pensé que fuese mi dueño.
La inclinación, padre mío,
es efecto natural,
que no manda el albedrío;
publicarla es desvarío,
pero no con causa tal.
Tú le habías prometido
a Carlos, sin duda alguna,
que le harías mi marido,
si de su estado abatido
mejorase la fortuna.
Él la buscó, y su valor
a enmendar llegó su suerte,
pues la mereció mejor;
luego el tenerle yo amor,
viéndolo, fue obedecerte.
Porque aunque a él no le dio
la fortuna medra alguna,
si vi que la mereció,
¿por qué había de ser yo
ciega como la fortuna?
Cuando él llegara a tenella
debía yo quererle bien;
pues no hacerlo al merecilla,
porque fue injusta su estrella,
fuera serlo yo también.
Si por su infelicidad
perdió el juicio, más violento
fuera olvidar mi piedad
quien perdió el entendimiento
por tenerme voluntad.
Esta es, Señor, la razón
por qué llora mi pesar:
porque siente el corazón
tener una obligación
que no ha podido pagar.
Mas yo, Señor, he cumplido

con él, contigo y mi amor:
con él, en lo que he querido;
conmigo, en este dolor,
y a ti, en haberle vencido.
Este amor hizo mi suerte,
y publicando el dolor
que me ha de dar esta muerte,
cuanto te debe mi honor
es irme ya a obedecerte.

(Vase.)

ESCENA XIII.

POMPEYO.

¡Válgame el cielo! ¿qué he oído?
Ni aun culpar su atrevimiento
puedo, pues verdad ha sido;
que aun yo en su queja me siento
también desagradecido.
Si Carlos... Mas ya no tiene
remedio: sin juicio está;
y ya el sarao se previene.
Con Lisardo el Duque viene,
de quien es la suerte ya.

ESCENA XIV.

CARLOS y GERUNDIO, *muy galanes y con máscara.* -POMPEYO.

CARLOS.

(Aparte a Gerundio.)

Ven conmigo; que los dos
hemos de entrar al sarao.

GERUNDIO.

Bien puedes desencogerte;
que vas, por Dios, más bizarro,
más galán y más airoso
que un toreador acabando
de hacer una buena suerte.

CARLOS.

Ya a empezarle van llegando
galanes y damas, llenos
de flores y de penachos.

ESCENA XV.

EL DUQUE, CASANDRA, LAURA, LISARDO, MÚSICOS, ACOMPAÑAMIENTO. -
DICHOS.

(Salen en forma de sarao; y en acabándose de cantar la copla, se descubren todos.)

MÚSICA. *A la unión más venturosa
que amor coronó en su aplauso,
triumfo de gala y belleza
salen abriles y mayos.*

DUQUE. El sarao proseguirá
en estando desposados
Lisardo y Laura.

CARLOS. *(Al Duque, y luego a Casandra.)*
Y el cielo
les dé entre favores tantos
logro a unión tan venturosa,
gozando destos aplausos,
que ni la cansen las horas
ni la deshagan los años.
Y en gracia siempre del Duque,
favores que honren a entrambos
del sol vuestro, gran señora,
resplandezcan a los rayos.

CASANDRA. ¡Qué miro! ¿no es Vidriera?
GERUNDIO. Y antes fino vidriado.

DUQUE. ¿Qué es esto?

CARLOS. No os admiréis,
gran Señor, que yo soy Carlos.

DUQUE. Pues ¿con qué cura o prodigio
tan presto habéis restaurado
el juicio?

CARLOS. Si lo queréis
saber, Señor, escuchadlo.

LAURA. Cielos, ¿qué es esto que miro?
DUQUE. Decid; que atentos estamos.

CARLOS. Pues si yo lo he de decir,
vos, gran Señor, y el teatro
del mundo esta vez permitan
repetir lo que ha pasado;
porque es fuerza que se enlace
el remedio con el daño,
y por dar cuenta del uno
se han de referir entrambos.
Deuda ya, Señor, es vuestra
saber mi nombre, y de cuantos
me escuchan, ninguno ignora
de mi noble sangre el lauro.

Y si ya acaso os lo ha dicho
Pompeyo, que enamorado
de Laura, en mi tierna edad
la pedí su hermosa mano;
que despreció mi pobreza;
pero mi sangre estimando,
para mejorar fortuna
le dio a mi esperanza un plazo;
que con ella fui a buscarla,
y por las letras, mi aplauso
y mis estudios, me dieron
en Bolonia el primer grado;
que mi pluma os ganó en Roma
vuestra justicia, probando
en tres sentencias, de Urbino
el derecho hereditario;
que a pedirlos vine el premio
que os merecí; y por hallaros
embarazado en la guerra,
dejé las letras y al campo
salí, donde por la pluma
troqué la espada a la mano,
porque igualasen sus filos
el mérito de sus rasgos;
que yo os gané la victoria,
pues yo fui quien en sus brazos,
sacó a Casandra, rompiendo
por escuadrones contrarios,
de que ella misma es testigo;
y se la entregué a Lisardo,
porque él lo fuese también
de mis alientos bizarros.
Mas en esta acción, Señor,
se verá cuán desdichado
nací, pues teniendo esfuerzo
para un empeño tan alto,
no pude enmendar mi estrella,
llevando el cielo en la mano.
Que yo gané la colina,
volviendo vuestros soldados,
que ya huían; que prendí
a Federico, y bañando

con mi sangre vuestras plantas,
me encargasteis a Lisardo;
que olvidó vuestro precepto
y su obligación, ingrato:
pues siendo así que en el riesgo
le libré de sus contrarios
(y a costa de mis heridas
salió de peligro tanto),
que con la pluma le di
posesión del mayorazgo
que posee, no solamente
me privó de vuestro amparo,
sino que porque de Laura
solicitaba la mano,
y pudieran vuestros premios
coronarme de su aplauso,
para que no fuese oído
me dejó llegar a estado
tan mísero y abatido.
Que aun del alimento falto,
me sustentó muchos días
en tan prolijos trabajos
la limosna que buscaba
a mi pobreza un criado.
Viéndome destituido
de todo favor humano,
con tantos merecimientos,
lleno de desprecios tantos,
de vos jamás atendido,
de Pompeyo despreciado,
sin favor de Laura bella
y ofendido de Lisardo,
me fingí loco, por dar
a los hombres desengaño,
a la ingratitud afrenta,
y venganza a mis agravios.
Pues siendo así que por docto,
por valiente, por bizarro,
por discreto, noble y fino,
y en fin por méritos tantos
ni de vos merecí premio,
ni de mi dama agasajo,

ni lealtades de mi amigo,
ni de la piedad amparo;
al punto que por ser loco
fui risa de cortesanos,
deleite de poderosos,
desprecio de mis contrarios,
por loco con vuestra alteza
entrada tuve en palacio;
por loco os hablé, y no pude
por noble, valiente y sabio;
por loco, Pompeyo a Laura
me llevó, y los agasajos
que no merecí por fino,
me hizo por loco su agrado;
por loco, para con vos
me dio su favor Lisardo,
y fue a mi locura amigo
quien fue a mi razón ingrato.
Por loco, para mí fueron
liberales vuestras manos;
porque el loco no agradece,
y no permite al ingrato
el cielo hacer beneficios
sino cuando son en vano.
Por loco, en fin, gran Señor,
me vi lleno de regalos,
de favores, de riquezas.
Y el lucimiento que traigo
se le debí a la locura,
porque estudiante y soldado
contó siempre mi vestido
sus méritos en pedazos.
Y pues es el mundo tal
y los que tienen su aplauso,
que dan el favor a un loco
que niegan a un hombre honrado,
no quiero más premio dél
ni dellos que el desengaño.
Y habiéndolo conocido,
que lo conozcan tan claro,
que no lo puedan negar:
que esto quiero por aplauso

de mis honradas finezas,
por premio de mis trabajos,
por paga de mis servicios.
Y si por haberle dado
con algún atrevimiento
tan notorio desengaño,
se ha ofendido vuestra alteza,
a sus pies estoy postrado;
ponga en ellos mi cabeza,
que ya otro premio no aguardo.

CASANDRA.

Corrida, Señor, escucho
un suceso tan extraño,
teniendo en vos tanta parte
la justa queja de Carlos.
Y si en mi ruego hay poder
para mover vuestra mano,
os suplico que desmienta
su fortuna y el agravio
que la ingratitud le ha hecho.

LAURA.

Y yo, Señor, que este cargo
no se entienda por mi culpa,
cuando queriendo yo a Carlos,
por no admitirle mi padre,
de su obediencia me arrastro.

DUQUE.

Deste yerro sólo ha sido
toda la causa Lisardo;
y pues él tiene la culpa,
no le dé Laura la mano.
Y pues por mi cuenta corren
las conveniencias de Carlos,
yo le haré tantas, que quede
el yerro desempeñado,
y esposo de Laura sea.

CASANDRA.

Pues porque veáis que os pago
con más agradecimiento,
esta, Señor, es mi mano.

DUQUE.

Con el alma la recibo.
Dásela tú, Laura, a Carlos.

LAURA.

Yo, con el alma y la vida.

CARLOS.

Pues llegue Laura a mis brazos.

GERUNDIO.

La boda será allá dentro;
y aquí, discreto Senado,

se da, con vítores vuestros,
fin dichoso al *Licenciado*
Vidriera, sin novela,
y las fortunas de Carlos.

EL LINDO DON DIEGO

Personas que hablan en ella:

Don TELLO, viejo
Don JUAN, galán
Don DIEGO, galán lindo
Don MENDO, galán
Doña INÉS, dama
Doña LEONOR, dama
MOSQUITO, gracioso
BEATRIZ, criada
LOPE, criado
MARTÍN, criado
Una CRIADA

JORNADA PRIMERA

Salen don TELLO, viejo, y don JUAN, galán

TELLO: Quiera Dios, señor don Juan,
que volváis muy felizmente.

JUAN: Breves los días de ausente,
señor don Tello, serán;
 pues llegar de aquí a Granada 5
ha de ser mi detención.

TELLO: La precisa ocupación
de ser hora señalada
 ésta, de estar esperando 10
dos sobrinos que han venido
de Burgos, la causa ha sido
de no iros acompañando
 hasta salir de Madrid;
que mi amistad no sufriera,
si este empeño no tuviera, 15
dejar de hacerlo.

JUAN: Asistid,
 señor don Tello, a un empeño
tan de vuestra obligación;
que yo estimo la atención.

TELLO: Vos de la mía sois dueño; 20
 que el hacer juntos pasaje
los dos de Méjico a España,
hace amistad tan extraña,

que el cariño de un viaje
casi es deudo; y más agora 25
que mi obligación confiesa
favor tanto a la condesa,
vuestra prima y mi señora.
Y pues ha de ser tan breve
vuestra ausencia, hasta volver 30
las bodas no se han de hacer.
¿Qué bodas?
JUAN:
TELLO: De todo debe
daros cuenta mi atención.
Los dos sobrinos que espero
con mis hijas casar quiero. 35
(¡Cielos! ¿Qué escucho?) *Aparte*
TELLO: Ellos son
don Mendo y don Diego. A Mendo,
hijo de hermana menor,
le quiero dar a Leonor;
y a Inés, en quien yo pretendo 40
fundar de mi honor la basa,
para don Diego la elijo,
porque de mi hermano es hijo
y cabeza de mi casa.
Su gala y su bizarría 45
es cosa de admiración;
de Burgos es el blasón.
JUAN: (¡Ay de la esperanza mía! *Aparte*
¡Ay, Inés, qué bien se advierte
que, de traición prevenida, 50
me has encubierto esta herida
para lograr me esta muerte!)
TELLO: ¿Qué decís, don Juan?
JUAN: Que apruebo
vuestros justos regocijos.
TELLO: Voy a esperar a mis hijos, 55
que ya este nombre les debo.
JUAN: Adiós, don Juan. Él os guarde.
TELLO: Y a vos os vuelva con bien.

Vase don TELLO

JUAN: Amor, el golpe detén,
que contra la vida es tarde. 60
Ya con tan crüel herida
mi amor no puede vivir;
pues ¿qué falta por morir,

si era amor toda mi vida?
 ¡Ay, fe muerta a una mudanza! 65
 ¿Cómo pudo, aunque se ve,
 ser tan segura una fe
 puesta en tan falsa esperanza?
 ¡Ah, Inés! ¿Para mi partida
 me reservaste este daño? 79
 Pero ¿cuándo un desengaño
 no viene a la despedida?
 Pues diré a voces aquí
 mis ansias y mis desvelos
 y me quejaré a los cielos 75
 para quejarme de ti.
 Culpen, pues, tu tiranía
 sus luces y sus estrellas;
 pero ¿qué han de culpar ellas,
 si entre ellas está la mía? 80

Sale doña INÉS

INÉS: Don Juan ¿qué es esto? ¿Tú voces,
 tú quejas y tú suspiros,
 cuando de tu ausencia está
 tan cercano mi peligro?
 Esperando que se fuese 85
 mi padre, me dio el aviso
 tu voz de que estabas solo;
 y cuando salgo, te miro
 triste, enojado, quejoso.
 ¿Qué ha sido la causa? Dilo, 90
 señor, que es crüel la duda.

JUAN: Pues ¿tú, ingrato dueño mío,
 por la causa me preguntas?
 ¿Tú, que eres de ella el principio,
 dudas la razón que tengo 95
 para llorar tus desvíos?
 No has de preguntar la causa
 sino si yo la he sabido;
 y entonces te respondiera
 mi amor, aunque muerto, fino, 100
 que ya he sabido tu engaño,
 que ya tu traición he visto
 y que mi loca esperanza
 fue de viento y la deshizo
 el viento que la formaba, 105
 como luz de rayos tibios,

que de un suspiro se enciende
 y muere de otro suspiro.
 INÉS: Don Juan, señor, ¿con quién hablas?
 que de tan bastardo estilo 110
 no puedo ser el sujeto.
 ¿Tú traición, tú engaño has visto?
 No sé, por Dios, lo que dices,
 y turbada te replico;
 que aunque no tenga razón 115
 tu queja, que no averiguo,
 tu tan horroroso estruendo,
 para turbar basta el ruido.
 JUAN: ¿No tiene razón mi queja?
 ¡Pluguiera al cielo divino 120
 que yo comprara mi engaño
 a precio de ese delito!
 Pero mira si la tiene,
 pues ya supe, dueño esquivo,
 que estás casada, y tu padre 125
 esperando a sus sobrinos,
 que han de ser los dos dichosos
 a costa de mi martirio.
 Con Leonor, tu hermana, el uno,
 y el otro ¡ay de mí! contigo. 130
 Don Diego, Inés, es tu dueño;
 claro está que será digno,
 tanto como por su sangre,
 por haberte merecido.
 Ya halló ocasión tu entereza 135
 de disfrazar sus cariños,
 dando en agrados de esposo
 envuelto el nombre de primo.
 De tu elección no me quejo;
 pero ¿qué triunfo has tenido 140
 en que muera de agraviado
 quien pudo morir de fino?
 ¿Para qué ha sido engañarme?
 ¿Para qué alentarme ha sido?
 Tu rigor...
 INÉS: Don Juan, deténte. 145
 ¿Qué don Diego, qué sobrinos,
 qué casamientos son éstos?
 ¿Quién ese engaño te ha dicho?
 Porque no sólo es engaño,
 mas ni aun yo de él tengo indicio 150
 que llegue a más que saber

que son esos dos mis primos,
 que mi padre hoy los espera,
 que de Burgos han venido;
 mas a casarse no sé, 155
 si no es que tú hallas camino
 de que, sin saberlo yo,
 pueda casarse conmigo.
 JUAN: Pues ¿esto puede ser falso
 cuando tu padre lo ha dicho? 160
 O, siendo tú su hija, ¿puedes
 ignorarle este disinio?
 Yo, Inés, había deseado,
 reconociendo el estilo
 de las mujeres, saber 165
 si habrá caso tan preciso
 o tan claro desengaño
 donde alguna se haya visto,
 sin tener qué responder,
 conclüida en su delito. 170
 Pero, pues tú hallas en esto
 a tu disculpa resquicio,
 de que no le puede haber,
 me doy, Inés, a partido.
 Pero ¡vive Dios!, tirana, 175
 que no ha de lograr conmigo
 tu traición sus agudezas;
 y si era el intento mío
 partirme para volver
 en alas de mi cariño, 180
 ha de ser ahora alejarme
 de tu mentiroso hechizo
 tanto, que en mi larga ausencia
 llegue a encontrar el olvido.
 A esto voy ¡y qué mal voy!; 185
 pues si te dejo rendido,
 a ti te logro el deseo
 y a mí me doy el castigo.
 Mas tendré, muriendo, el gozo
 de saber en mi martirio 190
 que eres tú la que me mata,
 pero yo el que me retiro.
 No has de lograr la traición,
 huyendo yo mi peligro,
 pues por malograrse el rayo 195
 voy a morir del aviso.
 INÉS: Don Juan, señor, oye, espera.

Sale doña LEONOR

LEONOR:	Inés, hermana, ¿qué miro? ¿Tú descompuesta? ¿Qué es esto?	
INÉS:	Esto es, Leonor, un delirio. Decir don Juan que mi padre que estoy casada le ha dicho y que esposos de las dos vienen a ser nuestros primos.	200
LEONOR:	Pues, Inés, dice verdad porque él agora me dijo que prevenidas estemos porque él va por sus sobrinos, que han de ser nuestros esposos; y que por cierto motivo que ha importado a su atención nos ha llamado este aviso.	205 210
INÉS:	¡Ay de mí! Leonor, ¿qué dices? Que ya te oigo sin sentido.	
JUAN:	Mira, Inés, si fue verdad mi temor.	215
INÉS:	Mas ya has oído cómo pude yo ignorarlo.	
JUAN:	Pues ¿qué importa al temor mío? Erré en culpar tu fineza, más no en temer mi peligro; ¿cómo se excusa mi muerte si ya perderte imagino?	220
INÉS:	No sé, don Juan; que si es cierto como en mi mal lo colijo, yo replicar a mi padre podré, mas no resistirlo.	225
JUAN:	Luego ¿es preciso morir?	
LEONOR:	No, don Juan, no es tan preciso; que en la elección del estado dan fuero humano y divino la proposición al padre y la aceptación al hijo. Las dos, don Juan, nos casamos aunque él nos busque el marido, que la elección no ha de ser de quien no fuere el peligro. El riesgo de un casamiento, que si se yerra es martirio, ha de ser el escogerlo de quien se obliga a sufrirlo.	230 235 240

Siendo esto cierto, ¿qué temes
de que él tenga ese disinio?
¿Se ha casado alguna dama
con el *sí* que el padre dijo?
Y esto no es darte a entender 245
que podrá nuestro albedrío
oponerse a su precepto,
porque si él lo ha concluido,
no hay resistencia en nosotras;
pero, cuando sabe él mismo 250
que nuestras dos voluntades
penden sólo de su arbitrio,
no es posible que una acción,
que es tan de nuestro albedrío,
la resuelva su decreto 255
sin logramos el aviso.

JUAN: Pues ¿qué puede ser, Inés,
haberme tu padre dicho
que ya estáis las dos casadas?

INÉS: Tener él ese disinio 260
y querernos proponer
para esposos nuestros primos,
mas si él ya no lo ha resuelto,
como mi hermana te ha dicho,
cuando esté en mi voluntad, 265
está, don Juan, sin peligro.

LEONOR: Inés, mira que es forzoso
que vamos a prevenirnos.

INÉS: ¡Ay, Leonor! ¿Cómo podremos 270
hallar las dos un camino
de parecerlos muy mal?

LEONOR: Apelar al artificio.
Mucho moño y arracadas,
valona de cañutillos, 275
mucho color, mucho afeite,
mucho lazo, mucho rizo
y verás qué mala estás
porque yo, según me he visto,
nunca saco peor cara
que con muchos atavíos. 280

INÉS: Tienes buen gusto, Leonor,
que es el demasiado aliño
confusión de la hermosura
y embarazo para el brío.

Sale MOSQUITO

MOSQUITO:	¡Jesús, Jesús! Dadme albricias.	285
LEONOR:	¿De qué las pides, Mosquito?	
MOSQUITO:	De haber visto a vuestros novios; que apenas el viejo hoy dijo la sobriniboda, cuando partí como un hipogrifo,	290
	fui, vi y vencí mi deseo, y vi vuestro par de primos.	
LEONOR:	Y ¿cómo son?	
MOSQUITO:	Hombres son.	
LEONOR:	Siempre estás de un humor mismo, pues ¿podían no ser hombres?	295
MOSQUITO:	Bien podían ser borricos; que en traje de hombre hay hartos.	
LEONOR:	Y ¿cómo te han parecido?	
MOSQUITO:	El don Mendo, que es el tuyo, galán, discreto, advertido, cortés, modesto y afable; menos algún revoltillo que se le irá descubriendo con el uso de marido.	300
LEONOR:	Si él es tan afable agora, casado será lo mismo.	305
MOSQUITO:	Eso no, que suelen ser como espadas los maridos, que en la tienda están derechas, y comprándolas sin vicio, en el primer lance salen con más corcova que un cinco.	310
INÉS:	¿Y don Diego?	
MOSQUITO:	Ése es un cuento sin fin pero con principio; que es lindo el don Diego y tiene, más que de Diego, de lindo. Él es tan rara persona que, como se anda vestido, puede en una mo jiganga ser figura de capricho.	315
	Que él es muy gran marinero se ve en su talle y su brío porque el arte suyo es arte de marear los sentidos.	320
	Tan ajustado se viste, que al andar sale de quicio, porque anda descoyuntado	325

del tormento del vestido.
 De curioso y aseado
 tiene bastantes indicios 330
 porque, aunque de traje no,
 de sangre y bolsa es muy limpio.
 En el discurso parece
 ateísta y lo colijo
 de que, según él discurre, 335
 no espera el día del juicio.
 A dos palabras que hable
 le entenderás todo el hilo
 del talento, que él es necio
 pero muy bien entendido. 340
 Y porque mejor te informes
 de quién es y de su estilo,
 te pintaré la mañana
 que con él hoy he tenido.
 Yo entré allá y le vi en la cama, 345
 de la frente al colodrillo
 ceñido de un tocador,
 que pensé que era judío.
 Era el cabello, hecho trenzas,
 clin de caballo morcillo, 350
 aunque la comparación
 de rocín a rüin ha ido.
 Con su bigotera puesta
 estaba el mozo jarifo,
 como mulo de arriero 355
 con jáquima de camino;
 las manos en unos guantes
 de perro, que por aviso
 del uso de los que da,
 las aforra de su oficio. 360
 De este modo, de la cama
 salió a vestirse a las cinco
 y en ajustarse las ligas
 llegó a las ocho de un giro.
 Tomó el peine y el espejo 365
 y, en memorias de Narciso,
 le dio las once en la luna;
 y en daga y espada y tiros,
 capa, vueltas y valona
 dio las dos y después dijo, 370
 «Dios me vuelva a Burgos,
 donde sin ir a visitas vivo,
 que para mí es una muerte

	cuando de priesa me visto. Mozo, ¿dónde habrá agora misa?»	375
	Y el mozo, humilde, le dijo, «A las dos dadas, señor, no hay misa sino en el libro.» Y él respondió muy contento, «No importa, que yo he cumplido con hacer la diligencia. Vamos a ver a mi tío.» Éste es el novio, señora, que de Burgos te ha venido; tal que primero que al novio esperara yo un novillo.	380 385
INÉS.	¡Ay, don Juan! Con estas nuevas es menos ya el temor mío, pues mi padre no es posible que me entregue a este martirio.	390
JUAN:	Inés, por cualquiera parte crece el temor y el peligro, no es nuevo ser tú mi vida y ya en tus labios la miro.	
INÉS.	Vete, don Juan, que es forzoso ir las dos a prevenirnos.	395
JUAN:	Ya no es posible ausentarme.	
INÉS.	Albricias doy al peligro, mas ¿cómo, si de mi padre ya has quedado despedido?	400
JUAN:	Fingiré algún embarazo.	
INÉS:	¿Y lograrásme un alivio?	
JUAN:	A eso voy.	
INÉS.	¡Guárdete el cielo!	
JUAN:	Guárdeste tú, que es lo mismo.	
MOSQUITO:	¡Ah, señor don Juan!	
JUAN:	¿Qué quieres?	405
MOSQUITO:	Tres portes de papelillos, que, a doblón, montan...	
JUAN:	Ve a casa, y llevarás un vestido.	
<i>Vase don JUAN</i>		
MOSQUITO:	Pues si él ha de ser llevado, no me le dé usted traído.	410
INÉS:	Vamos, Leonor.	
MOSQUITO:	¡Ah, señora!	
INÉS:	¿Qué dices?	

	más que vos en todo el año.	
	Vos, que no tan bien formado os veis como yo me veo, nos os tardéis en vuestro aseo, porque es tiempo mal gastado.	485
	Mas si veis la perfección que Dios me dio sin tramoya, ¿queréis que trate esta joya con menos estimación?	490
	¿Veis este cuidado vos? Pues es virtud más que aseo porque siempre que me veo me admiro y alabo a Dios.	495
	Al mirarme todo entero, tan bien labrado y pulido, mil veces he presumido que era mi padre tornero.	500
	La dama bizarra y bella que rinde el que más regala, la arrastro yo con mi gala; pues dejadme cuidar de ella.	
	Y vos, que vais a otros fines, vestíos de priesa; yo no, que no me he de vestir yo como frailes a maitines.	505
MENDO:	Si lo hacéis con ese fin, ¿qué dama hay que os quiera bien?	510
DIEGO:	Cuantas veo, si me ven, porque en viéndome dan fin.	
MENDO:	¡Que lleguéis a imaginar locura tan conocida! ¿Habéis visto en vuestra vida mujer que os venga a buscar?	515
DIEGO:	Eso consiste en mis tretas, que yo a las necias no miro y en las que yo logro el tiro sufren, como son discretas, y aunque las mueva su fuego a hablar, callarán también, porque ven que mi desdén ha de despreciar su ruego.	520
MENDO:	¿Vos desdén? Tema graciosa.	525
DIEGO:	Pues ¿queréis que me avasalle fácil yo, con este talle? No me faltaba otra cosa.	
MENDO:	Mirad que eso es bobería	

DIEGO: de vuestra imaginación. 530
 No paso yo por balcón
 donde no haga batería
 pues al pasar por las rejas
 donde voy logrando tiros,
 sordo estoy de los suspiros 535
 que me dan por las orejas.

MENDO: Vive Dios que eso es manía
 que tenéis.

DIEGO: Mujer sé yo
 que dos veces se sangró
 por haberme visto un día. 540

MENDO: Yo desengañaros quiero.

DIEGO: ¿Cómo?

MENDO: Que a una dama vamos
 a festejar y veamos
 a cuál se rinde primero.

DIEGO: Pues ¿no tenemos aquí 545
 a nuestras primas yo y vos?
 ¿Cuánto va que ambas a dos
 hoy se enamoran de mí?

MENDO: ¿No veis que en ellas es más
 el honor que las refrena? 550

DIEGO: Hasta verme, norabuena,
 pero en mirándome, ¡zas!

MENDO: (Loco soy, pues quiero yo
 a tal necio disuadir.) *Aparte*

DIEGO: ¿Qué decís?

MENDO: Que ya temo ir 555
 con vos.

DIEGO: ¡Pues no sino no!.
 Mas dejadme que yo mismo
 vuelva el talle a repasar,
 que hoy por vos temo sacar
 en mi gala un solecismo. 560

Alzad esos dos espejos.

MARTÍN: ¿Bien están así?

DIEGO: No están.

LOPE: Pues ¿cómo bien estarán?

DIEGO: Mirándose los reflejos.

MARTÍN: La luna se mira toda. 565

DIEGO: No tal.

LOPE: Pues ¿cómo ha de ser?

DIEGO: ¿Que no aprendáis a poner
 los espejos a la moda!

MARTÍN: Di cómo, y no te alborotes.

Sale MOSQUITO

MOSQUITO: Ya está aquí el coche, señor.
DIEGO: ¿Mosquito? Vamos, don Mendo.
MENDO: Según vais, ya voy temiendo 615
que he de parecer peor.
DIEGO: ¿Voy bien?
MENDO: (La risa reprimo.) *Aparte*
A desconfiar me obliga.
DIEGO: Miren si importó la liga
pues ya se rinde mi primo. 620
MOSQUITO: (Al mirarle estoy suspenso. *Aparte*
¡Que éste piense que es galán!
Mas hartos lo pensarán,
que lo piensan por el pienso.)
DIEGO: Mosquito, ¿hay gran prevención? 625
¿Cómo mis primas están?
MOSQUITO: Tales, señor, que podrán
tocarse entrambas a un son.
Cualquiera está tan bizarra
de las dos que al sol da cola, 630
y cualquiera prima sola
puede hacer una guitarra.
DIEGO: También acá arde la fragua,
que todo eso es menester.
MOSQUITO: ¿Pues no?
DIEGO: A fe que hemos de ver 635
quién se lleva el gato al agua.
MOSQUITO: Pues dudarse eso ¿no es yerro?
Sólo de oír tu retrato,
las vi que no sólo el gato
llevarás tú, sino el perro. 640
DIEGO: Pues ¿ves? Sólo me lastima...
MOSQUITO: ¿Qué, señor?
DIEGO: ...mi estrella mala.
¡Que venga toda esta gala
a parar en una prima!
MOSQUITO: Cierto que tienes razón, 645
y a mi también me lastima.
DIEGO: ¿No me malogro en mi prima?
MOSQUITO: Merecías tú un bordón.
Mas de eso no te provoques.
DIEGO: El ser tan rica me anima. 650
MOSQUITO: Y yo pienso que la prima
saltará antes que la toques.
DIEGO: ¿Cómo saltar?

MOSQUITO: Es galante,
y baila famosamente.

DIEGO: ¡Oh, pues viéndome presente 655
bailará el agua delante!

MOSQUITO: Y ella ¿me merece a mí?
Ése es, señor, mi recelo,
porque es un ángel del cielo
y no te merece a ti. 660

DIEGO: ¿Qué dices?

MOSQUITO: Si no es que sea
ley de estrella poderosa.

DIEGO: Miren, si esto es siendo hermosa,
¿qué haría si fuera fea?

MOSQUITO: ¿Sabes quién estoy pensando 665
que te merecía?

DIEGO: ¿Quién fuera?

MOSQUITO: Una dama que estuviera
toda su vida ayunando.

MENDO: Vamos presto, que mejor
allá lo podréis juzgar. 670

DIEGO: Vamos, don Mendo, a matar
estas dos primas de amor.

MOSQUITO: Al verte será delito
si no se desmayan luego.

DIEGO: Juicios tienes de don Diego. 675

MOSQUITO: (Y tú sesos de Mosquito.) *Aparte*

Vanse don DIEGO, don MENDO, MOSQUITO y los criados. Salen don JUAN y don TELLO

JUAN: Suspendióse, don Tello, mi partida,
porque mi prima, estando prevenida
para ir a cumplir una novena
que tenía ofrecida a Guadalupe, 680
que me detenga ordena,
y es fuerza que me ocupe
en asistir sus pleitos entretanto.
(No será sino el mío.) *Aparte*

TELLO: Estimo tanto
vuestra amistad, don Juan, que habiendo habido 685
justa ocasión que os haya detenido,
os he de suplicar que a honrarme asista
vuestra persona, agora que a la vista
de mis hijas espero a mis sobrinos.

JUAN: Siempre de honrarme halláis nuevos caminos. 690
(¡Cielos, no haya logrado yo esta suerte
para ver la sentencia de mi muerte!) *Aparte*

TELLO: Ya aquí vienen las dos.
 JUAN: Y yo quisiera
 me aviséis, por no errar de adelantado,
 si están ya los conciertos en estado 695
 de poder dar el parabién.
 TELLO: Sí, amigo;
 bien se le podéis dar.
 JUAN: (¡Cielos! ¿Qué espero? *Aparte*
 Más que del golpe, de temerlo muero.)
 TELLO: Que aunque Inés y Leonor no lo han sabido 700
 ya yo el concierto tengo concluido,
 y el haberle callado
 ha sido por no estar asegurado
 de la venida de mis dos sobrinos,
 por tener ellas otros pretendientes,
 amantes y parientes 705
 que estorbarle intentaron. Y, en efeto,
 se ha logrado el venir con el secreto,
 y ésta la causa ha sido
 de que Leonor e Inés no lo han sabido
 porque no fuera bien que yo un concierto 710
 les propusiese que saliera incierto;
 mas ya, por mi palabra asegurado,
 nos dais el parabién adelantado.
 JUAN: Muy como vuestra la atención ha sido.
 (¡Cielos, yo estoy hablando sin sentido!) *Aparte* 715

Salen CRIADAS, doña LEONOR y doña INÉS tocadas de boda

INÉS: (¡Muerta salgo!) *Aparte*
 LEONOR: (Tus dudas son forzosas.) *Aparte*
 TELLO: ¡Bien prevenidas salen! ¡Son curiosas!
 JUAN: (Esfuércese el corazón *Aparte*
 a este tormento también.)
 En tan dichosa ocasión 720
 es precisa obligación,
 señoras, mi parabién.
 Logréis el feliz estado
 a medida del deseo.
 (Y a costa de un desdichado.) *Aparte* 725
 INÉS: No sé a qué va encaminado
 ni el parabién ni el empleo.
 TELLO: El parabién da don Juan
 de los casamientos hechos
 con vuestros primos.

INÉS:	Y ¿están en estado que podrán admitirle nuestros pechos?	730
TELLO:	¿Pues no, si ellos han venido de mi palabra fiados?	
INÉS:	No habiéndoles admitido nosotras, en vano ha sido darlos por efectüados.	735
TELLO:	Pues ¿podéis las dos hacer a mi gusto resistencia?	
LEONOR:	Yo, señor, no sé tener voluntad y si ha de ser alguna, ésa es mi obediencia.	740
INÉS:	Contigo también, señor, es mi voluntad ajena; sólo tu gusto es mi amor, mas este mismo primor tu resolución condena	745
	porque cuando yo he de estar pronta siempre a obedecer, no me debieras mandar cosa en que puedo tener licencia de replicar;	750
	y si me da esta licencia el cielo y tu autoridad me la quita con violencia, casaráse mi obediencia pero no mi voluntad.	755
	Siendo este estado, señor, de tantos riesgos cercado, ¿no pudiera algún error dar asunto a mi dolor y empeños a tu cuidado?	760
	Luego aunque yo me concluyo, debieras a mi albedrío proponerlo, no por suyo, sino porque, aunque él es tuyo, tiene el título de mío.	765
TELLO:	Aunque es la queja tan vana, por queja de amor la he oído, Inés, callando tu hermana, que no eres tú tan liviana que tuviera otro sentido;	770
	ni yo tan poco mirado que a todo vuestro deseo no le exceda mi cuidado,	775

habiendo ya examinado
los peligros de este empleo.

En gusto, quietud y honor
lográis toda la ventura
que pudiera vuestro amor 780
y el mío, que es el mayor,
que vuestro bien asegura;

y, mi palabra empeñada
ya, Inés, no tiene lugar
tu queja, aunque bien fundada, 785
pues, sobre que estás casada
no tienes que replicar.

JUAN: (¡Cielos! Yo de mi tormento
he venido a ser testigo.) *Aparte*

INÉS: (Y yo del dolor que siento.) *Aparte* 790
Pues si ya mi casamiento
das por hecho, sólo digo
que, aunque tan llano lo ves,
falta una duda por ti
no fácil.

TELLO: Y ésa ¿cuál es? 795

Sale MOSQUITO

MOSQUITO: Los novios están aquí.

TELLO: Déjalo para después.
¿Dónde están?

MOSQUITO: Veslos allí,
que el coche, con gran sosiego,
los va ya dando de sí. 800

Salen don MENDO, don DIEGO y CRIADOS

TELLO: Prevenid sillas aquí.

MOSQUITO: (Y albarda para don Diego.) *Aparte*

DIEGO: Buen lugarillo es Madrid.

MENDO: Dadnos, señor, los pies vuestros.

TELLO: Llegad, hijos, a mis brazos 805
que ya de padre os prevengo.

DIEGO: Bravos lodos hace, tío.

TELLO: Pues ¿qué embarazo os han hecho
viniendo los dos en coche?

DIEGO: Antes lo digo por eso, 810
que hemos perdido ocasión

TELLO: de venir gozando de ellos.
 MOSQUITO: ¿Pues echáis menos los lodos?
 Es adamado don Diego,
 y le ha olido bien el barro. 815

TELLO: Hablad a Inés.
 DIEGO: Eso intento.
 Lo primero que habla un novio,
 dicen todos los discretos
 que es necedad; pues aposta
 que he de hablar yo poco y bueno. 820
 Señora, ya os habrán dicho
 que sois mía y yo soy vuestro,
 mas os puedo asegurar
 que en mí os da mi tío un dueño
 que hay muchas que le tomaran 825
 con dos cantos a los pechos.
 Con decir una verdad
 se excusa uno de ser necio.

INÉS: (¡Muerta estoy!) *Aparte*
 En mí, señor,
 la voluntad que yo tengo 830
 es de mi padre y no mía,
 y vuestra, por su precepto.
 (¿Qué hombre ¡cielos! es aquéste
 tan torpe, exquisito y necio?) *Aparte*

DIEGO: (¡Alto! Clavóse hasta el alma.
 Ya por mí perderá el seso.) *Aparte* 835

MOSQUITO: (Si ella se casa contigo,
 que le perderá es bien cierto.) *Aparte*

TELLO: Hablad, don Mendo, a Leonor.
 MENDO: En su hermosura suspenso, 840
 del primer yerro en mi labio
 tendrá disculpa el proverbio;
 y ya turbado, señora,
 a las luces del sol vuestro
 con tanta razón, sería 845
 acertar el mayor yerro.

LEONOR: Nada puede errar quien lleva
 por norte tan buen lucero
 como la desconfianza.
 (Discreto y galán es Mendo;
 yo he sido la más dichosa.) *Aparte* 850

DIEGO: Mi primo, con lo modesto,
 vence el no ser muy galán.

LEONOR: Vos lo sois con tanto extremo
 que haréis menos a cualquiera. 855

DIEGO:	(¡Hay más loco majadero!) (También cayó la Leonor. Buena mi primo la ha hecho en ir a vistas conmigo.)	<i>Aparte</i> <i>Aparte</i>	
TELLO:	Tomad, sobrinos, asiento.		860
DIEGO:	Yo por mí, ya estoy sentado.		
TELLO:	Muy llano venís, don Diego. (Muy tosco está mi sobrino; mas la corte le hará atento.)	<i>Aparte</i>	
DIEGO:	(¡Hola! Por Dios, que también se me ha enamorado el viejo.)	<i>Aparte</i>	865
MOSQUITO:	(Dicha tienes en que aquí no esté también el cochero.)	<i>Aparte</i>	
JUAN:	(¡Cielos! Mienten los que dicen que puede ser de consuelo el competidor indigno; que antes es de más tormento, pues el uso de las dichas se aseguran en el necio.)	<i>Aparte</i>	870
TELLO:	Los dos al señor don Juan conoced, que es a quien debo tan íntima obligación que le viene el nombre estrecho de amistad a nuestro amor.		875
JUAN:	Y en mí tendréis un deseo de serviros que dará indicios de aqueste empeño.		880
MENDO:	Ya, señor don Juan, le logro en las noticias que tengo.		
DIEGO:	Y yo desde hoy con más veras he de ser amigo vuestro, que tiráis algo a galán y para mí es bravo cebo.		885
JUAN:	Delante de vos no puede ningún galán parecerlo, que tiráis tanto, que dais en el blanco de ese acierto.		890
DIEGO:	No, antes doy poco en el blanco, porque es color que aborrezco, y el usarse aquestas mangas de garapiña me han hecho sacar blanco algunas veces pero ya es todo mi anhelo una color de pepino que ha traído un extranjero.		895
JUAN:	¿De pepino? Pues ¿no es verde?		900

DIEGO:	Es gran color.	
MOSQUITO:	Será bueno para aforrar ensaladas.	
DIEGO:	Sólo unos guantes me he puesto de este color, pero estaba que era prodigio con ellos.	905
INÉS:	(Leonor, este hombre no tiene uso del entendimiento.)	Aparte
LEONOR:	(Ni aun del sentido tampoco.)	Aparte
DIEGO:	(Ya hablan las dos en secreto. ¡Luego dije yo que había de parar el caso en celos!) ¿Qué se murmura, señoras?	Aparte 910
LEONOR:	Alabaros de discreto.	
DIEGO:	¿Y no de galán?	
LEONOR:	También.	915
DIEGO:	Pues eso es cuento de cuentos, porque en Burgos unas damas trataron de hacer lo mesmo y en sólo los pies tardaron un día.	
MOSQUITO:	Según son ellos,	920
MENDO:	bien de priesa los pasaron. (¡Corrido estoy, vive el cielo, de venir con este tonto!)	Aparte
TELLO:	(Mi sobrino está algo necio, mas yo le reprenderé para que enmiende este yerro.) Venid a ver vuestro cuarto.	Aparte 925
DIEGO:	Sí, señor, vamos a eso, porque el mío ha menester mucha luz para el espejo.	930
MENDO:	Señora, no se despide quien deja el alma asistiendo al culto de vuestros ojos desde que vive de verlos.	
DIEGO:	Yo, prima, no sé de cultos, porque a Góngora no entiendo ni le he entendido en mi vida, pero después nos veremos.	935
<i>Vanse don MENDO, don DIEGO y don TELLO</i>		
INÉS:	¿Qué dices de esto, Leonor?	
LEONOR:	No sé, hermana, ni me atrevo a hablar; y viendo tu pena,	940

JUAN:	¿Qué haces tú?	
MOSQUITO:	Romper los naipes	985
	o llevármelos enteros.	
INÉS:	Don Juan, mi padre no es en mi amor tan poco atento que viendo tan justa causa como de quejarme tengo,	990
	a toda una vida mía anteponga otro respeto. Esta apelación me falta; si es tan uno nuestro riesgo,	
	admítela, que parece	995
	que no es tuyo mi deseo.	
JUAN:	¿Cómo he de admitirla, Inés, viendo a tu padre resuelto a cumplir con su palabra, y es de su honor este empeño?	1000
INÉS:	Y el mío, ¿no es de mi vida?	
JUAN:	Sí, pero con él es menos.	
INÉS:	¿No puede ser que se mueva a mi llanto?	
JUAN:	No lo espero.	
INÉS:	Pues, don Juan, si tu temor da mi peligro por cierto, resolvemos a morir, que aquí no hay otro remedio.	1005
JUAN:	Pues ¿para cuándo es, Inés, un atrevido despecho, que tiene tantas disculpas?	1010
INÉS:	Don Juan, no hables en eso; que aunque es tan grande mi amor, es mi obligación primero.	
JUAN:	¿Y ése puede ser amor?	1015
INÉS:	Amor es, pero sujeto a la ley de mi decoro.	
JUAN:	¿Que, en fin, niegas un aliento al temor de mi esperanza?	
INÉS:	¿Ya no te doy el que puedo?	1020
JUAN:	¿Qué puede importar, si es poco?	
INÉS:	Pudiendo bastar lo menos ¿por qué he de empeñar lo más?	
JUAN:	¿Y si lo requiere el riesgo?	
INÉS:	Vete, don Juan; que los daños empeñan a los remedios.	1025
JUAN:	Esa esperanza me alivia.	
INÉS:	Pues deja ver el suceso....	

JUAN: Quiera Amor que sea feliz.
 INÉS: Más de mi parte está el ruego. 1030
 JUAN: ¡Qué temor!
 INÉS: Adiós, don Juan.
 JUAN: Guárdete, señora, el cielo.
 MOSQUITO: Miren si es verdad que ya
 pierde el juicio por don Diego.

JORNADA SEGUNDA

Salen don JUAN y MOSQUITO

MOSQUITO: Vuelvo a decirte que hay medio 1035
 para curar tu dolor.
 JUAN: Mosquito, en tanto rigor,
 ¿cuál puede ser el remedio?
 Don Tello ha determinado
 el dar a Inés a don Diego, 1040
 y ha despreciado su ruego
 y su palabra ha empeñado;
 no hay medio en tanta aflicción.
 MOSQUITO: Dígote que le ha de haber.
 JUAN: Necio, ¿cómo puede ser? 1045
 MOSQUITO: ¿Hay tal desesperación?
 Ese hombre ¿no es un rocín?
 Luego tu duda es crüel.
 JUAN: Pues ¿qué medio hay para él?
 MOSQUITO: El medio de un celemín. 1050
 JUAN: ¿Búrlaste de mi dolor?
 MOSQUITO: Pues si no me quieres creer,
 ¿qué tengo de responder?
 No desesperes, señor,
 que en esto hay medio y remedio 1055
 y tataramedio y todo.
 JUAN: Pues viviré de ese modo.
 MOSQUITO: Y ha de ser pared en medio.
 Pero para aqueste efeto,
 tu licencia me has de dar 1060
 de lo que yo he de trazar.
 JUAN: Ésa yo te la prometo.
 MOSQUITO: Pues, señor, yo, conocida
 la liviandad de don Diego,
 deseando tu sosiego, 1065
 hallé el medio por su herida.

	Alabéle con intento a tu prima la condesa, que ya de viuda profesa se le anda el casamiento.	1070
	Abrió tanto ojo a la mía, y muy fiado de sí, dijo, «Si ella me ve a mí, yo me veré señoría.»	
	Yo le prometí llevar donde ella verle pudiera, y él dijo, «De esa manera, condeso de par en par.»	1075
	Si trazamos que en él cuaje esta esperanza, después despreciará a doña Inés y al viejo y a su linaje.	1080
	Con que tú puedes tratar de tu boda a tu placer porque él, por encondecir, no ha de querer emprimar.	1085
JUAN:	Sí; mas no halla mi desvelo modo de verlo logrado.	
MOSQUITO:	Pues veslo aquí ejecutado como el huevo de Juanelo.	1090
	Tú con tu prima has de hacer que un favor no le recate.	
JUAN:	¡Jesús! ¡Qué gran disparate! ¿Yo me había de atrever con mi prima a esa indecencia?	1095
	Demás de que ausente está en Guadalupe, aunque acá no se sabe de su ausencia; pues su casa está asistida como si ella aquí estuviera.	1100
MOSQUITO:	Pues mejor de esa manera la industria está conseguida.	
JUAN:	¿De qué modo?	
MOSQUITO:	Con mi maña. Yo tengo aquí una mujer que fingirá, sin caer, la Princesa de Bretaña;	1105
	tan sabia que por su cholla dijo aquel refrán feliz, «De las hembras, la Beatriz, y de las aves, la olla. »	1110
	Ella, que mi industria anima,	

por finísima embustera,
 es tan delgada tercera
 que se sabrá fingir prima.

Sin costarte más trabajo
 que permitirme la empresa,
 le haré tragar la condesa
 envuelta en el estropajo.

JUAN: ¿No es fuerza que eso se ajuste
 con las criadas?

MOSQUITO: Mejor.

JUAN: Pues ¿qué criadas, señor,
 se niegan para un embuste?

MOSQUITO: Si de ese modo ha de ser,
 yo permitirlo no puedo.

MOSQUITO: Si ha de saberse el enredo,
 ella, ¿qué puede perder?

 Y si éste te escarba aún,
 ¿hay más de hacer yo el papel
in solidum, sin que en él
 entres tú de mancomún?

JUAN: Sin que me des por autor,
 hazlo tú.

MOSQUITO: Pues, caballero,
 ¿soy yo tan pobre embustero
 que he menester fiador?

JUAN: Si lo logras de esa suerte
 le darás vida a mi amor.

MOSQUITO: Pues vete luego, señor,
 que conmigo no han de verte
 y vienen aquí los dos
 con mi señor.

JUAN: Mi sosiego

MOSQUITO: fío de ti.

JUAN: Vete luego.

JUAN: Pues adiós.

Vase don JUAN: Salen don TELLO, don MENDO y don DIEGO

MOSQUITO: (¡Válgame Dios! *Aparte*
 ¿Sin importarme, esto noto?
 ¿Quién en tal bulla me mete?
 Mas esto es que un alcahuete
 siente mucho ahorcar el voto).

TELLO: Sobrino, esto es atención.

DIEGO: Tío, eso es mucho apretar;
 yo me tengo de alabar

en cuanto fuere razón. 1150
 TELLO: No puede serlo alabaros
 neciamente de galán;
 y donde damas están
 no es luciros sino ajaros.
 DIEGO: ¿Ésa, señor, se usa aquí? 1155
 TELLO: Y en todo el mundo.
 DIEGO: Eso no,
 que sería mentir yo
 si dijera mal de mí.
 TELLO: Tampoco os digo eso yo.
 DIEGO: Pues si yo tengo buen talle, 1160
 ¿tengo de echar en la calle
 la gala que Dios me dio?
 TELLO: ¿Perderéis vos lo galán
 por no alabaros, modesto?
 No os desairéis vos en esto, 1165
 que otros os alabarán.
 DIEGO: Peor es eso que esotro.
 TELLO: ¿No es mejor que aplauso os den?
 DIEGO: Pues lo que a mí me está bien
 ¿para qué lo ha de hacer otro? 1170
 TELLO: En otro os está mejor.
 DIEGO: Y si callan en mi mengua,
 ¿para qué tengo yo lengua?
 MOSQUITO: Para ir a Roma, señor.
 DIEGO: ¿Yo a Roma? ¿Por qué accidente? 1175
 MOSQUITO: A absolveros.
 DIEGO: Bien, por Dios.
 ¿Maté yo alguien?
 MOSQUITO: No, que vos
 de todo estáis inocente.
 MENDO: Señor, tu atención se apura
 y es en vano refrenarle. 1180
 TELLO: E ignorancia en mí irritarle
 por tan ligera locura.
 ¿Qué importa que él se alabe
 de galán para que Inés
 desprecie el noble interés
 que por su sangre le cabe? 1185
 Resístanlo o no sus pechos,
 pues conviene a sus recatos,
 he de hacer que los contratos
 esta noche queden hechos. 1190
 Hijos, yo voy a sacar
 vuestros despachos. Adiós,

que aquesta noche los dos
os habéis de desposar
 porque estiméis a mi amor
lo mismo que él os estima. 1195
DIEGO: Eso estímelo mi prima,
que es a quien le está mejor.
TELLO: Tú, Mosquito, ten cuidado
de acompañarlos.

Vase don TELLO

MOSQUITO: Sí haré; 1200
yo los acompañaré,
como canten ajustado.

DIEGO: Muy cansado está mi tío.

MENDO: Por viejo está impertinente.

MOSQUITO: (Aquí entro yo bravamente). *Aparte* 1205
¿No hay más hablar, señor mío?

DIEGO: Mosquito, ¿qué hay?

MOSQUITO: Que he informado

a la condesa de suerte
que a instantes espera verte.

DIEGO: ¿Qué dices?

MOSQUITO: Que te he alabado 1210

de modo que me ha pedido

que yo te lleve a su casa.

Pero tú de lo que pasa

no te has de dar por sabido

sino fingir un intento 1215

con que irla a visitar,

que en viéndote, no hay dudar

que se cuaje el casamiento.

DIEGO: Pues caerá.

MOSQUITO: (Eso *para nobis*).

DIEGO: ¡Sólo de oírlo se incita! 1220

Pues ¿qué hará la condesita

en viéndome el *coramvobis*?

MOSQUITO: Pues, si tomas mi consejo,
ve luego.

DIEGO: Eso quiero hacer.

Mas antes he de volver 1225

a repasarme al espejo.

Espérame aquí.

MENDO: Mirad

que están mis primas aquí.

DIEGO: ¿Me han visto?

MENDO: Pienso que sí.
 DIEGO: No importa, con brevedad 1230
 de ellas me despediré.
 Espérame tú allá fuera.
 MOSQUITO: Pues dispónlo de manera
 que vamos luego.
 DIEGO: Sí haré.
 MOSQUITO: (Voy a avisar a Beatriz *Aparte* 1235
 por que se ponga en adobo,
 que ha de tragar este bobo
 la condesa fregatriz).

Vase MOSQUITO. Salen doña LEONOR y doña INÉS

LEONOR: Aquí está don Diego, hermana.
 INÉS: Pues yo me quiero volver, 1240
 que así le doy a entender
 lo que ha de saber mañana.

Vase doña INÉS

MENDO: Nunca el sol tarde salió
 a quien con su luz da vida.
 LEONOR: A vuestra fe agradecida, 1245
 por mí antes saliera yo.
 MENDO: Con vuestra gracia mi amor,
 de méritos tan desnudo,
 sólo mereceros pudo
 tan venturoso favor. 1250
 LEONOR: Supuesto, don Mendo, el trato
 de mi padre, a vuestro amor
 debe mi agrado el favor
 que permite mi recato.
 DIEGO: Si eso a vos, señora, os mueve, 1255
 ¿mi prima quiere enojarme?
 ¿Por qué no viene a pagarme
 los favores que me debe?
 LEONOR: Está indispuesta.
 DIEGO: ¿De qué?
 LEONOR: Saliendo aquí, de repente 1260
 le dio agora un accidente.
 DIEGO: ¡Miren si lo adiviné!
 Dila por el corazón;
 y es preciso que esto sea,
 y de otra vez que me vea
 ha de pedir confesión. 1265

MENDO: ¿Y de eso no te lastimas?
DIEGO: Pues ¿tengo la culpa yo?
MENDO: Pues ¿quién lo hace, si vos no?
DIEGO: Mi talle, que es mata-primas. 1270
MENDO: (¡Que en este error tan cerrada *Aparte*
esté su imaginación!)
DIEGO: Digo, ¿el mal de corazón
la dejó muy apretada?
LEONOR: No ha tenido ella ese mal. 1275
DIEGO: Pues ¿qué mal ha padecido?
LEONOR: No estar buena.
DIEGO: ¿Y eso ha sido
causa de retiro tal?
LEONOR: Pues ¿no es bastante el tener
alguna indisposición? 1280
DIEGO: ¿Cómo es eso? Con la unción
había de venirme a ver.
LEONOR: A tan necia grosería
y delirio tan extraño
castigará el desengaño 1285
que recataros quería;
y agora os haré saber
que mi hermana está muy buena,
y por no darse esa pena
no os quiere salir a ver. 1290
Y aquí, para entre los dos,
dejad empresa tan vana,
porque es cierto que mi hermana
no se ha de casar con vos.
DIEGO: (¡Miren el diablo, la gana *Aparte* 1295
por donde brota el humor!)
MENDO: ¿Qué dices?
DIEGO: Que la Leonor
tiene celos de su hermana.
Y aqueso de «entre los dos»
¿es cierto?
LEONOR: Esperadlo a ver. 1300
DIEGO: Digo, y ¿es eso querer
tratar de pescarme vos?
LEONOR: El que de necio la pierde
no ofende la estimación.
DIEGO: ¿No lo escucháis? Celos son, 1305
con su puntica de verde.
MENDO: Si hacéis favor del desdén,
bien descansado vivís.
DIEGO: Pues si vos lo consentís,

LEONOR: yo lo consiento también. 1310
 Señor don Diego, si fuera
 sin mi padre vuestro intento,
 por risa y divertimento
 la ignorancia os permitiera;
 porque no puede haber cosa 1315
 que más pueda deleitar
 que veros disparatar
 en vanidad tan graciosa.
 Pero, no pudiendo hacer
 por él desprecio de vos, 1320
 por mi hermana o por las dos,
 pues nos llegáis a ofender,
 os advierto que en secreto
 desistáis la pretensión
 o llegaréis a ocasión 1325
 de ajaros más el respeto.
 DIEGO: ¿Pensáis doblarme? Pues no,
 que eso, por lo que sentís,
 vos sola me lo decís.

Sale doña INÉS

INÉS: No lo digo sino yo. 1330

DIEGO: Oigan el demonio, estotra
 lo ha estado oyendo, a la cuenta,
 y sale también celosa.
 Si se arañan es gran fiesta.

INÉS: Señor don Diego, si el lustre
 de la sangre que os alienta 1335
 a su misma obligación
 se sabe pagar la deuda,
 ninguna puede ser más
 que la que agora os empeña, 1340
 pues una mujer se vale
 de vuestro amparo en su pena.
 La dificultad está,
 para que más os suspenda,
 en que, siendo contra vos, 1345
 os pido a vos la defensa.
 Mas cuanto puedo deberos
 os pago en querer atenta
 que, si habéis de ser vencido,
 vuestro el vencimiento sea. 1350
 Mi padre, señor don Diego,

a cuya voz tan sujeta
vivo, que por voluntad
tiene el alma mi obediencia,
trató la unión de los dos 1355
tan sin darme parte de ella
que de vos y del intento
al veros tuve dos nuevas.
Casarme sin mí es injusto;
mas dejo aparte esta queja 1360
porque al blasón de obediente
tiene algún viso de opuesta.
La aversión o simpatía
con que se apartan o acercan
las almas pende en el cielo 1365
de influjo de sus estrellas.
Ésta es más o menos grave,
según es más la violencia
de los astros que la influyen
o la sangre en que se engendra; 1370
de donde la inclinación
no puede ser acción nuestra,
pues sin albedrío un alma
o se inclina o se desdeña.
Siendo así, cuando yo os diga 1375
que mi inclinación no es vuestra,
no os ofendo en la razón
aunque en el gusto os ofenda.
Esto supuesto, señor,
no sólo eso el alma os niega, 1380
mas a mi pecho y mis ojos
hace horror vuestra presencia.
Desde el instante que os vi
discurrió un hielo en mis venas,
a que no halla el alma amparo 1385
más que el que de vos intenta.
Y advertid que ya os declaro
mi aversión con tal llaneza
porque antes he prevenido
que la inclinación no es nuestra; 1390
y estoy a vuestro decoro
y a vuestro amor tan atenta
que os di primero el escudo
por no ofender con la flecha.
Casarme con vos, don Diego, 1395
si queréis, ha de ser fuerza;
pero sabed que mi mano,

si os la doy, ha de ser muerta.
 De caballero y de amante
 faltáis, don Diego, a la deuda 1400
 si, sabiendo mi despecho,
 vuestra mano me atropella.
 De caballero, porqué,
 por gusto o por conveniencia,
 no hacéis precio de la vida 1405
 de una mujer sin defensa;
 de amante, porque en tal caso
 corre el cariño perezas,
 y aquí sin mi voluntad
 queda agraviada la vuestra. 1410
 Vencer mi aborrecimiento
 o mi desdén, si lo fuera,
 con porfías y festejos,
 fuera garbosa fineza;
 pero valeros de un medio 1415
 donde no está la violencia
 de parte de vuestro amor
 sino de quien me sujeta,
 y arrastrarme sin vencerme,
 es acción tan descompuesta 1420
 que aja la galantería,
 el amor y la nobleza.
 Luego en dejarme, aunque agora
 mi sentimiento os lo ruega,
 más garbo en vos que en mi alivio 1425
 vuestro decoro interesa.
 Pero aunque de estas razones
 pudiera bastar cualquiera,
 no quiero yo que esta acción
 hagáis por ninguna de éstas 1430
 sino porque yo os lo pido,
 que pues la acción es la mesma,
 no os quiero yo malograr
 el mejor fin que hay en ella.
 Vos, don Diego, habéis de hacer 1435
 a mi padre resistencia,
 y escoged vos en la causa
 la razón que más convenga.
 Aborrecedme, injuriadme,
 que yo os doy toda licencia 1440
 para tratar mi hermosura
 desde desgraciada a necia.
 Despreciadme vos a mí,

que yo os doy palabra cierta
 de tenérslo por bien, 1445
 aunque sepa que es de veras.
 Esto os pido, y el secreto
 que requiere acción como ésta;
 pues por último remedio
 a vos mi dolor apela. 1450
 Haced cuenta que una dama
 a vencer otro os empeña,
 que es lance que no le puede
 excusar vuestra nobleza.
 Teneos vos, para vencers, 1455
 por otro en la competencia,
 y lograd, de vos mandado
 a vos vencido, la empresa.
 Que si por el gran contrario
 más la vitoria se precia, 1460
 vos no podéis escoger
 enemigo de más prendas.
 Sabed, don Diego, una acción
 que es por entrambos bien hecha.
 Por mí, porque yo os lo pido; 1465
 por vos, porque en vos es deuda.
 Y advertid que yo a mi padre,
 por la ley de mi obediencia,
 para cualquiera precepto
 el *sí* ha de ser mi respuesta. 1470
 Si vos no lo repugnéis,
 yo no he de hacer resistencia,
 y si deseáis mi mano,
 desde luego será vuestra;
 pero mirad que os casáis 1475
 con quien, cuando la violentan,
 sólo se casa con vos
 por no tener resistencia.
 Y agora vuestra hidalguía
 o el capricho o la fineza, 1480
 corte por donde quisiere,
 que, cuando pare en violencia,
 muriendo yo, acaba todo
 pero no vuestra indecencia,
 pues donde acaba mi vida 1485
 vuestro desdoro comienza.

DIEGO: (¿Pudo el diablo haber pensado
 más graciosísima arenga
 para disfrazar los celos,

Aparte

	y está de ellos que revienta?)	1490
	Señora, todo ese enojo nace, con vuestra licencia, de celos que os da Leonor. Si teméis que yo os ofenda, os engañáis ¡juro a Dios!, que ¡por vida de mi abuela! y ansí Dios me deje ver con fruto unas viñas nuevas, que plantó mi padre en Burgos, que es lo mejor de mi hacienda, como yo nunca la he dicho de amor palabra, ni media, que ella es la que a mí me quiere, y si no, dígalo ella.	1495
MENDO:	(Tener no puedo la risa de tan graciosa respuesta.)	<i>Aparte</i> 1505
LEONOR:	Hermana, este hombre no tiene sentido y en vano intentas que se reduzga a razón.	
INÉS:	Sean celos o no sean, señor don Diego, yo os pido, porque una dama os lo ruega, que aquí me deis la palabra de hacer por mí esta fineza.	1510
DIEGO:	(No haré yo tal hasta ver cómo pinta la condesa). Señora, eso es una cosa que es para dormir sobre ella. Yo me veré bien en ello para daros la respuesta, que aquí tengo yo un agente que es quien mejor me aconseja.	<i>Aparte</i> 1515
INÉS:	Pues ¿qué hay que pensar en esto para que nadie os advierta?	
DIEGO:	Pues ¿no queréis que me informe si puedo hacerlo en conciencia?	1525
LEONOR:	¡Hay más raro desatino!	

A doña LEONOR

DIEGO:	Eso es porque vos quisierais que respondiera que sí para verme libre de ella y echarme luego la garra.	1530
INÉS:	Ya vuestra locura necia	

necedad tan desatenta.
Pero, pues es incurable
vuestra locura, ella misma
de tanta desatención
la que os dé el castigo sea. 1575

Vase don MENDO

DIEGO: ¿Hay tonto como mi primo?
Pero a mí, allá se lo avenga.
Yo me voy a ver si puedo
derribar esta condesa, 1580
y si no saliera cosa,
fijas las dos primas quedan.
Yo escogeré entre las dos
y, cuando todas me quieran,
a más moros, más ganancia, 1585
que el turco tiene trescientas.

Vase don DIEGO. Salen BEATRIZ, de condesa viuda, MOSQUITO y una CRIADA

BEATRIZ: ¿Qué me dices, Mosquito? ¿Vengo buena?
MOSQUITO: Beatricilla, estás hecha una azucena.
BEATRIZ: De condesa viuda tengo aseo.
MOSQUITO: Puedes ser la viuda de Siqueo.
1590CRIADA: Y no tema que en nadie duda deje.
MOSQUITO: ¿Qué llama duda? La creará un hereje.
CRIADA: Eso importa ocultarlo a los criados
y sólo los que estamos avisados
lo habemos de saber.
MOSQUITO: Claro está eso. 1595
Beatricilla, caerá como con queso.
BEATRIZ: Y ¿dónde está?
MOSQUITO: A la puerta le he dejado
y, fingiendo yo entrar con el recado,
subí a ver si ya estabas prevenida
y me ha admirado el verte ya vestida, 1600
que apenas ha un instante
que desde casa te envié delante.
BEATRIZ: Rabio yo por lograr tan buenos ratos.
MOSQUITO: Seis veces se ha limpiado los zapatos.
BEATRIZ: Llámalo, pues, que muero por hablarlo. 1605
MOSQUITO: Mira, Beatriz, si quieres acertarlo,
cuanto hablares sea oscuro y confuso;
habla crítico agora, aunque no es uso,
porque si tú el lenguaje le revesas,

pensar4 que es estilo de condesas; 1610
 que los tontos que traen imaginado
 un gran sujeto, en vi4ndole ajustado
 a hablar claro, aunque sea con conceto,
 al instante le pierden el respeto;
 y en viendo que habla voces desusadas, 1615
 cosas ocultas, trazas intrincadas,
 para dar a entender que lo comprenden,
 le dicen que es gran cosa y no la entienden.
 Conque si le hablas culto, prevenida,
 te tendr4 por condesa, y entendida. 1620
 BEATRIZ: Pero si 4l me pregunta algo corriente,
 forzoso es responderle vulgarmente.
 MOSQUITO: De ning4n modo, que ese no es su paso.
 BEATRIZ: Y si 4l pregunta, «¿C4mo est4is?», acaso,
 ¿qu4 le he de responder?
 MOSQUITO: En garatusa. 1625
 «Libidinosa, cr4dula y obtusa.»
 BEATRIZ: Pues ¿qu4 ha de entender 4l, si eso no es nada?
 MOSQUITO: Acaso entender4 que est4s preñada.
 BEATRIZ: D4jame a m4, que yo sabr4 hablar culto
 cuando importe, que no ha de ser a bulto. 1630
 MOSQUITO: Pues 4l viene hacia ac4, voy a sacarle,
 que aqu4 don Juan tambi4n ha de escucharle.

Sale don DIEGO

DIEGO: Mosquito, ¿est4 aqu4?
 MOSQUITO: ¿No ves
 que es la que est4 en esta pieza?
 DIEGO: ¿Es 4sta? ¡Rara belleza 1635
 descubre por el env4s!
 BEATRIZ: ¿Qui4n anda en los corredores?
 M4ralo, Isabel.
 DIEGO: Ya ha hablado.
 Hasta el tono es delicado;
 en fin, manjar de señores. 1640
 CRIADA: ¿Qui4n es?
 DIEGO: Resp4ndele apriesa.
 MOSQUITO: Diga usted c4mo don Diego,
 mi señor, quisiera luego
 ver a mi s4 la condesa.
 CRIADA: Ya la ten4is avisada. 1645
 Entre.
 DIEGO: El norte lo asegura.
 CRIADA: ¡Jes4s, qu4 extraña figura!

DIEGO: Ya ha caído la criada,
Mosquito, ¿ves lo que pasa?
Todo caerá.

MOSQUITO: Aqueso es llano; 1650
mas, señor, vete a la mano,
no caiga también la casa.

DIEGO: El cielo guarde esa aurora.
BEATRIZ: La vuestra sea bien venida.

DIEGO: (No he visto en toda mi vida
mejor bulto de señora.) *Aparte* 1655

BEATRIZ: ¿Qué intento os lleva neutral
a mis coturnos cortés?

DIEGO: (¡Jesús, cuál habla! Esto es
estilo de sangre real.) *Aparte*
1660

Señora, bueno he venido.

MOSQUITO: (Qué quieres te preguntó). *Aparte*

DIEGO: Estar bueno quiero yo;
luego bien he respondido.

BEATRIZ: (De risa me estoy cayendo
y disimular no sé). *Aparte* 1665

A MOSQUITO

DIEGO: También me parece que
va la condesa cayendo.

BEATRIZ: En fin ¿venís rutilante
a mi esplendor fugitivo, 1670
para ver si yo os esquivo
a mi consorcio anhelante?

DIEGO: ¿No ves, Mosquito, al hablarme,
con qué gracia me enamora?

MOSQUITO: Pues ¿qué es lo que dijo ahora? 1675

DIEGO: Todo aquesto es alabarme.
Si yo aquí os he parecido
como vos significáis,
cierto que no lo arriesgáis
porque soy agradecido. 1680

BEATRIZ: Explicaos de una vez.

DIEGO: Hablaros de espacio intento.

BEATRIZ: Pues apropincuad asiento.

DIEGO: Mosquito, ya pica el pez.

MOSQUITO: Ya yo le he visto tragar. 1685

DIEGO: Yo soy cebo de mujeres.

MOSQUITO: (Ahora digo que tú eres
linda caña de pescar). *Aparte*

DIEGO: Hablarla importa con frases

MOSQUITO: de un estilo levantado. 1690
 (Sí, que el estilo acostado
Aparte
 es para cuando te cases.)

DIEGO: Vuestra fama sonora,
 con curso, no de estudiante,
 sino de trompa volante... 1695
 (¡Bravo pedazo de prosa!)
Aparte

MOSQUITO: (Bueno va; adelante pasa).
Aparte

DIEGO: ...desde Burgos me ha traído
 a daros en mí un marido
 que sea honor de vuestra casa. 1700

BEATRIZ: Súbito, no meditado,
 vuestro pretexto colijo.

Hablan aparte MOSQUITO y don DIEGO

MOSQUITO: ¿Qué es lo que agora te dijo?
 DIEGO: Que lo aceta de contado.
 De ella desde hoy no me aparto. 1705

MOSQUITO: Pues ¿no te lo dije yo?
 DIEGO: Luego vi que el pez picó.
 MOSQUITO: (¿Qué hará en viendo que es lagarto?)
Aparte

BEATRIZ: Algo de bobería en vos
 presumo en cándido pecho. 1710

DIEGO: (¡Jesús, qué favor me ha hecho!
Aparte
 Buena pascua te dé Dios).

MOSQUITO: (De risa el tonto me apura.
Aparte
 Prosigue, que ya está tierna).

DIEGO: (Ahora me alabó la pierna.)
Aparte 1715
 Pues si vierais mi cintura
 por de dentro, os admirara
 su medida tamañita,
 porque a mí el sastre me quita
 dos dedos de media vara. 1720

MOSQUITO: En eso no hay que dudar.
 DIEGO: Y aun me la achica después.
 MOSQUITO: Mas la media vara es
 de vara de torear.

DIEGO: Eso, en torear, no hay hombre
 como yo. Con un jüez 1725
 en Burgos salí una vez,
 y tembló el toro mi nombre.
 Yo me anduve por allí
 en la plaza hecho un Medoro 1730
 y no osó llegarse el toro
 a treinta pasos de mí.

MOSQUITO: ¡Bravas suertes!
DIEGO: Y hasta el fin
ningún rocín me mató.
MOSQUITO: Pues si a ti no te alcanzó, 1735
seguro estaba el rocín.
DIEGO: Paréceme que un poquito
vos estáis de mí pagada.
BEATRIZ: Adusta, si no implicada.
DIEGO: Toma si escampa, Mosquito. 1740
MOSQUITO: (¡Jesús! A Beatriz aprisa
señas le haré por detrás,
porque si esto dura más
he de reventar de risa). *Aparte*
BEATRIZ: Remito, por lo que expreso, 1745
la locución otro día.

Levántase

DIEGO: ¿En efeto seréis mía?
BEATRIZ: Cogitación habrá en eso.
DIEGO: Ése *sí* al alma regala.
BEATRIZ: Pensáislo con juicio agreste. 1750
DIEGO: (¡Mira qué favor aquéste!
¡Ah, bien haya aquesta gala!) *Aparte*
BEATRIZ: Adiós.
DIEGO: Hasta nuestras bodas.
CRIADA: (¡Bravo tonto!) *Aparte*
BEATRIZ: Ya os entiendo.

Vanse BEATRIZ y la CRIADA

DIEGO: La mujer se va cayendo, 1755
pero lo mismo hacen todas.
MOSQUITO: (Lográronse mis cuidados). *Aparte*
¿Qué dices de aquesta empresa?
DIEGO: Que la mujer es condesa
de todos cuatro costados. 1760
MOSQUITO: (Ahora entra aquí don Juan
para acreditar el caso). *Aparte*
Señor, si esto va a este paso,
tus dos primas ¿qué dirán?
DIEGO: *Volaverunt.*
MOSQUITO: Yo querría 1765
que lo sepas recatar.
DIEGO: Ya bien puedes empezar
a llamarme señoría.

Dentro

JUAN: ¡Hola! ¿Mateo? ¿Benito?
 ¿No hay algún criado aquí? 1770
 ¿Qué modo es éste?

MOSQUITO: ¡Ay de mí!
DIEGO: ¿Qué es esto?
MOSQUITO: ¡Cristo bendito!
 ¡Don Juan! Eso que no es nada,
 primo de aquesta señora,
 y celoso.

DIEGO: ¿Eso hay agora? 1775
 Pues requeriré la espada.

MOSQUITO: Y ¿qué hemos de hacer con eso?
DIEGO: ¡Voto a Dios si me habla en nada,
 que a la primer cuchillada
 le rebane como queso! 1780

MOSQUITO: ¿Qué, eres valiente?
DIEGO: Los chinos
 son enanos para mí.

MOSQUITO: ¡Ay, Madre de Dios, que aquí
 se matan como cochinos!

Sale don JUAN

JUAN: Siempre en casa ha de haber priesa 1785
 Pero, don Diego, ¿aquí estáis?
 Pues ¿qué en la casa buscáis
 de mi prima la condesa?

DIEGO: ¿Yo?
JUAN: Sí.
DIEGO: No lo puedo creer.
 ¿A mí?...

JUAN: ¿No habéis escuchado? 1790
DIEGO: (¡Vive Dios, que me he turbado
 y no sé qué responder!) *Aparte*

JUAN: ¿No habláis?
MOSQUITO: Yo, señor, de un tiro
 con mi señor iba al Prado,
 y aquí nos hemos topado 1795
 por la plaza del Retiro.

Hablan aparte don DIEGO y MOSQUITO

DIEGO: ¿Qué haces?
MOSQUITO: El diablo lo fragua.

JUAN: ¡De quien me parió reniego!
 ¿Por qué no me habláis, don Diego?
 MOSQUITO: Tiene la boca con agua. 1800
 JUAN: ¿Qué dices?
 MOSQUITO: Que él iba aprisa,
 y se entró aquí.
 JUAN: ¿A qué se entró?
 MOSQUITO: Yo...cuando...sí...¿qué sé yo?
 Los dos íbamos a misa.
 JUAN: ¡Villano! ¿Es eso burlar 1805
 de mí?
 DIEGO: (Ya yo me cobré,
 y así lo remediaré.) *Aparte*
 Don Juan, yo os vengo a buscar.
 JUAN: ¿Vos a mí?
 DIEGO: A solas os quiero.
 JUAN: Pues por mí, yo solo estoy. 1810
 DIEGO: Pues vete tú.
 MOSQUITO: Ya me voy.
 (Clavóse este majadero). *Aparte*

Vase MOSQUITO

JUAN: Ya estamos solos.
 DIEGO: Don Juan,
 yo me caso con mi prima,
 que, aunque ella no me merezca,
 en efeto, ha de ser mía. 1815
 Yo, en efeto, como digo,
 vengo aquí, porque en mi vida...
 (¡Por Dios, que he perdido
 el hilo de lo que decir quería!) *Aparte*
 1820
 JUAN: Proseguid.
 DIEGO: Ya voy al caso;
 la memoria es quebradiza.
 Desde Burgos a Madrid
 hay cuarenta leguas chicas...
 Pienso que hay más...No, no hay tantas. 1825
 JUAN: Pues eso ¿a qué se encamina?
 DIEGO: Las leguas ¿no son del caso?
 JUAN: Pues el camino ¿a qué tira?
 DIEGO: ¿Tan poco importa el camino?
 JUAN: Pues ¿qué importa?
 DIEGO: ¿Esto no estriba 1830
 en resolución? Pues ¡alto!
 Señor mío, yo quería

	saber de vos a qué intento entráis en cas de mi prima.	
JUAN:	Pues ¿por qué lo preguntáis?	1835
DIEGO:	¿Por qué? ¡La duda es muy linda! Porque he de ser su marido.	
JUAN:	(¡Vive Dios, que la salida que ha buscado, aunque el engaño que yo deseo acredita, pues lo hace por deslumbrarme, a un grave empeño me obliga, que aunque es necio es caballero!)	<i>Aparte</i> 1840
DIEGO:	¿No habláis? ¿Me dais con la misma? Pues yo esto vengo a saber.	1845
JUAN:	La pregunta es tan indigna que no merece respuesta, pero si ha de ser precisa, yo os la daré.	
DIEGO:	No, tened, que yo tengo en esta villa más de cuatrocientas damas que a mi casamiento aspiran. Yo os lo digo por si acaso vuestro amor a Inés se inclina, que yo alzaré mano de ella, porque vuestra bizarría me ha enamorado y no quiero que os dé mi boda un mal día.	1850 1855
JUAN:	Yo os digo que no os respondo.	
DIEGO:	Según eso, ¿vuestra mira no debe ser a Inés, sino a Leonor?	1860
JUAN:	Ésa misma es la pregunta pasada, que ya tenéis respondida.	
DIEGO:	¡Ah, cómo os di yo en el alma! En los ojos se averigua: Leonor es la que os abrasa.	1865
JUAN:	No hagáis vos respuesta mía la que yo no os quiero dar, y si el negarlo os irrita, ya os digo...	1870
DIEGO:	No os enojéis, que aquesto ¡por vida mía! es querer ser vuestro amigo.	
JUAN:	Mi voluntad os lo estima; mas no hablemos más en esto.	1875

DIEGO: Mi duda está concluida.
 Quedad con Dios.

JUAN: Él os guarde.

DIEGO: Y entended que en mi caricia
 tenéis el lugar de un primo.

JUAN: Deuda es de mí agradecida. 1880

DIEGO: (No es nada el equivoquillo. *Aparte*
 Mi ingenio es todo una chispa).
 Quedaos, no paséis de aquí.

JUAN: No me excuséis que yo os sirva.

DIEGO: Yo os iré sirviendo a vos. 1885

JUAN: Yo he de lograr esa dicha.

DIEGO: (¡Ah, qué bien que se la pego!) *Aparte*

JUAN: (Ya él me ha creído la prima). *Aparte*

Vanse don JUAN y don DIEGO. Salen MOSQUITO y BEATRIZ, de criada

MOSQUITO: Dame cuatro mil abrazos,
 ingeniosa Beatricilla, 1890
 que has hecho el papel mejor
 que pudiera Celestina.

BEATRIZ: ¿Parecía yo condesa?

MOSQUITO: ¿Qué es condesa? Parecías
 fregona en patios mayores. 1895

BEATRIZ: Y si él creyó la postiza,
 ¿en qué ha de parar el cuento?

MOSQUITO: Pues eso ¿no lo imaginas?
 En que te cases con él.

BEATRIZ: ¿Yo? ¡Madre de Dios bendita!
 Primero fuera beata
 de aquestas arrobadizas. 1900

MOSQUITO: Calla, boba, que don Juan,
 que es a quien le va la vida,
 lo ha de pagar por entero,
 y de la paga la liga
 tomarás tú y yo la media. 1905

BEATRIZ: Eso de la media explica,
 porque tiene muchos puntos.

MOSQUITO: Entremos en casa aprisa,
 que aquí en el zaguán estamos
 a riesgo de una avenida. 1910

BEATRIZ: Vamos, no me vea el viejo.

MOSQUITO: ¿Y hemos de entrarnos a frías?
 ¿No me darás un abrazo? 1915

BEATRIZ: Y quince.

MOSQUITO: ¿Con eso envidas?

Sale don DIEGO y cógelos abrazados

DIEGO: Grande empresa he conseguido,
y escaparme fue gran dicha.
Pero ¿qué miro?

BEATRIZ: ¡Ay, Dios mío!
Don Diego, y a letra vista, 1920
nos ha cogido.

MOSQUITO: ¡Jesús!

DIEGO: (0 estoy loco o juraría *Aparte*
que es la condesa).

BEATRIZ dale a MOSQUITO

BEATRIZ: ¡Villano!
¿Tú a mí engañarme querías? 1925
¡Viven los cielos, traidor,
que en ti he de vengar mis iras!

MOSQUITO: (¿Qué haces, mujer del demonio?) *Aparte*

BEATRIZ: ¡Traidor! ¿Tú a engañarme ibas?
¡A una mujer de mi estado
le finges alevosías! 1930

DIEGO: (¡Viven los cielos, que es ella!) *Aparte*
Señora, pues, ¿qué os irrita
este pícaro, que os hallo
en una acción tan indigna
y en tan indecente traje? 1935

BEATRIZ: Siendo vuestra la malicia,
¿lo dudáis, mal caballero,
que con alevos caricias
engañáis nobles mujeres?
¿Es bien robarme la vida 1940
prometiéndome ser mi esposo,
estando con vuestra prima
para desposaros hoy?

DIEGO: Señora, ¿quién tal mentira
os ha dicho? (¡Vive Dios,
que sabe ya la cartilla!) *Aparte* 1945

MOSQUITO: (¡Remediólo bravamente!) *Aparte*

BEATRIZ: Yo lo sé de quien me avisa
de todos vuestros engaños,
y por ver vuestra malicia 1950
con mis ojos, he venido,
llena de ansias y fatigas,
disfrazada y sin respeto,
donde he sabido que es fija

MOSQUITO:	la boda para esta noche.	1955
DIEGO:	(¡Oh gran Beatriz, fondo en tía!) (No es nada lo que obra el talle. ¡Tomen, si purga, la niña!) Señora, ¡viven los cielos! que aunque está ya prevenida, es sin mi consentimiento, y porque quedéis vencida, yo haré aquí un remedio breve.	<i>Aparte</i> <i>Aparte</i>
BEATRIZ:	¿Cuál es?	1960
DIEGO:	Daros una firma con tres testigos.	
BEATRIZ:	Pues yo,	1965
DIEGO:	¿qué he de hacer de ella, ofendida? Sacarme por el vicario, si este tío me da prisa.	
MOSQUITO:	Esto es peor, que en mentando el ruin, es sentencia fija que ha de cumplirse el refrán. El viejo viene.	1970
BEATRIZ:	Sería gran desdicha que me viera en una acción tan indigna.	
DIEGO:	¿Os conoce?	
BEATRIZ:	No, mas basta que me vea.	1975
DIEGO:	Pues, aprisa, escondeos.	
BEATRIZ:	¿Dónde puedo?	
DIEGO:	Detrás de esa puerta misma.	
BEATRIZ:	Todo es decente en un riesgo. Mirad que mi honor peligra en que ninguno me vea.	1980
DIEGO:	Si viniera Atabaliba y Montezuma, no os viera hasta costarme la vida. Disimula tú, y finjamos que bajábamos de arriba.	1985
MOSQUITO:	Pienso que el viejo lo ha visto, que trae aceda la vista.	

Sale don TELLO

TELLO:	¿Don Diego?	
DIEGO:	¿Tío y señor?	
TELLO:	Es deshecha esa alegría;	1990

DIEGO: ¿paréceos acción decente
 que en casa de vuestra prima
 habléis con una mujer
 tapada la tarde misma
 que con ella os desposáis?
 ¿Yo mujer? 1995

MOSQUITO: (¡Ay Beatricilla!,
 que aquí dio fin el enredo). *Aparte*

TELLO: Negarlo es buena salida,
 acabando yo de ver
 que está en mi casa escondida. 2000

DIEGO: Mirad, señor, que es engaño.
 TELLO: ¡Vive Dios!, que si porfía
 vuestro desacato, yo
 la he de sacar.

DIEGO: Poca prisa;
 porque esta casa es vedada,
 y está la guarda a la mira. 2005

TELLO. Pues ¿a mí me decís eso?
 DIEGO. A vos y a vuestras dos hijas.
 TELLO. ¿Yo no he de entrar en mi casa?
 DIEGO. A eso, ni vos ni mi tía. 2010
 TELLO. Villano, ¡viven los cielos!,
 que de tan grande osadía
 tomaré satisfacción.

DIEGO: Aunque perdiera mil vidas,
 no habéis de ver esta dama. 2015

Empuñan las espadas

TELLO: Pues yo haré que lo permitas.

Sale doña INÉS por la puerta del medio y don JUAN por otra

INÉS: Padre y señor, ¿vos la espada?
 JUAN: Don Tello, aquí está la mía.
 TELLO. Para el castigo que intento
 sobran armas a mis iras. 2020

DIEGO: (¡Esto es peor, vive el cielo!,
 que si don Juan ve a su prima,
 no tiene salida el lance). *Aparte*

TELLO. Villano, a esa mujercilla
 sacaré yo de este modo. 2025

DIEGO: Detente, señor, y mira
 que esta dama es de don Juan,
 con mucho estrecho, y peligra

TELLO: su honor y mi vida en esto.
 ¿Quién? ¿Esta dama?
 DIEGO: Esta misma. 2030
 INÉS: (¡Ah, traidor! ¿Qué es lo que escucho?
 ¿Esto encubierto tenías?) *Aparte*
 TELLO: (¡Buena la intentaba yo!
 Turbado me ha la noticia.) *Aparte*
 ¡Cuerpo de Dios! ¡No dijerais 2035
 que aquesa mujer venía
 a ampararse a vos de un riesgo!
 Llamadla e idos aprisa,
 que yo os guardaré la espalda.
 Tapaos, señora; y seguidla. 2040
 DIEGO: Señora, venid tras mí.

A doña INÉS

Perdonad, señora prima;
 que yo con quien vengo, vengo.

Vase con BEATRIZ tapada por delante de ellos

MOSQUITO: (Escapóse Beatricilla;
 salto y brinco de contento. *Aparte*
 Mas preciso es que la siga, 2045
 que librarla de este bobo
 es acción no menos fina).

Vase MOSQUITO

TELLO: (Detener yo ahora a don Juan,
 porque no pueda seguirla. *Aparte*
 será lo más importante). 2050
 Don Juan, fuerza es que yo siga
 a don Diego por si acaso
 en este empeño peligra.
 Quedaos vos aquí.
 JUAN: Eso fuera 2055
 faltar yo a la deuda mía
 sabiendo que va con riesgo.
 TELLO: Es que para la acción misma
 os he menester yo aquí.
 JUAN: Siendo así, aquí está mi vida 2060
 para arriesgarla por vos.
 TELLO: Mi amistad de vos lo fía.
 Hasta que él esté seguro

le guardaré yo esta esquina.

Vase don TELLO

JUAN:	Inés, señora, a este lance queda mi fe agradecida, por hablarte con seguro.	2065
INÉS:	Si eso a engañarme camina, ya no lo podrás, ingrato; pues tu traición conocida, por no dudarla, me ha puesto el desengaño a la vista.	2070
JUAN:	¿Qué es lo que decís, señora? ¿Yo traición? ¿En qué imaginas que la tenga una fineza que no hay luz que la compita?	2075
INÉS:	Pero hay luz que la descubra, y a bien poca se averigua; pues es tal tu desenfado, que tienes dama tan fina que, ofendiendo tu decoro, a un hombre que no ha tres días que está en Madrid, tus finezas y su liviandad publica.	2080
JUAN:	Señora, ¡viven los cielos! que, ajeno de esas malicias, no puedo entender tu queja ni sé de qué se origina.	2085
INÉS:	Pues yo, no ajena, don Juan, de tu traición fementida y ya más desesperada negándomelo a la vista, te lo diré, aunque al decirlo mayor empeño se siga, piérdase lo que se pierda, donde se pierde mi vida.	2090
	Esa dama que a su amparo aquí a don Diego le obliga, tú eres de quien la recata, y ella de ti se retira;	2100
	y pues sabe un forastero que es tan tuya que peligra hallándola tú con otro, mira si es tu alevosía tan recatada que al verla de mucha luz necesita.	2105

Y sabiendo que la he visto,
sabrás que más en tu vida
no has de ponerte a mis ojos,
que yo, pues la culpa es mía
en dar el alma a un traidor,
pues mi suerte me castiga,
obedeciendo a mi padre,
me vengaré de mí misma.
2110

JUAN: Oye, señora...

INÉS: Es en vano. 2115

JUAN: Tente, por Dios.

INÉS: Más me irritas.

JUAN: Pues ¿no me oirás?

INÉS: ¿Qué he de oírte?

JUAN: Que ha sido ilusión.

INÉS: Mi dicha.

JUAN: ¿Quién te ha dicho esos engaños?

INÉS: Don Diego, que lo publica,
y yo que lo vi. 2120

JUAN: ¿No sabes
su locura?

INÉS: Si porfías,
harás, don Juan, que en mi ofensa,
pase a despecho la ira.

Vase doña INÉS

JUAN: ¡Vive el cielo que este necio
ha de costarme la vida!
Iré a buscarle y a ver
de dónde nace este enigma. 2125

JORNADA TERCERA

Salen BEATRIZ, tapada, don DIEGO y MOSQUITO

BEATRIZ: Ya será el pasar de aquí
arriesgarme a otro cuidado. 2130

DIEGO: Compañía de ahorcado
no es, señora, para mí.

Yo os he de dejar segura
y sin lesión ¡vive Dios!
y hasta que lo estéis, con vos
he de ir a Dios y a ventura. 2135

Hablan aparte BEATRIZ y MOSQUITO

BEATRIZ: Mosquito, ¿qué hemos de hacer
si él da en este desatino?
MOSQUITO: Aquí no hay otro camino
sino arrancar a correr 2140
para escapar de este lobo.
BEATRIZ: ¿No le sabrás tú apartar?
MOSQUITO: Nadie se sabe librar
de un bobo, sino otro bobo.
DIEGO: ¿Secreto para conmigo? 2145
¿Qué te dice?
MOSQUITO: Que va agora
la condesa, mi señora,
muy asustada contigo.
DIEGO: Eso es tomarlo al revés;
pues ¿no voy a defendella 2150
aunque venga contra ella
el armada del inglés?
MOSQUITO: Es que estáis junto a la entrada
de su casa y si los dos
llegáis, la verán con vos. 2155
DIEGO: ¿Qué importa, si va tapada?
MOSQUITO: Pues si ven a tu beldad
seguirla, ¿no es cosa expresa
que han de creer que es la condesa?
DIEGO: Eso es la pura verdad, 2160
pero si dejarla intento
cuando de mí se amparó,
y sucede algo, estoy yo
obligado al saneamiento;
y así, es imaginación 2165
que yo haga esa liviandad.
BEATRIZ: ¿No veis que eso es necesidad?
DIEGO: Mas que sea discreción,
vos no os habéis de ir sin mí,
y creed, si esto no os basta, 2170
que he de acompañaros hasta
el postrer maravedí.
BEATRIZ: Ya que estáis determinado,
venid, pues eso queréis,

DIEGO: y a la puerta no lleguéis. 2175
 No he de ir sino hasta el estrado;
 no lo excuséis.

MOSQUITO: ¡Guarda, Pablo!
 BEATRIZ: ¿Vos en mi casa tras mí?
 Pues ¿qué peligro hay allí?

DIEGO: ¿Qué sé yo lo que hará el diablo? 2180
 MOSQUITO: (Por aquí la he de escapar.) *Aparte*
 Señor, advierte una cosa.
 Que esta condesa es golosa
 y esto lo hace por entrar
 sola en ese confitero 2185
 a comprar dulces sin susto.

DIEGO: Tiene lindísimo gusto;
 a eso entraré yo el primero.

MOSQUITO: ¿Llevas dinero?
 DIEGO: Ni blanca.
 MOSQUITO: Pues ¿a qué has de entrar allá? 2190
 DIEGO: Pues ¿qué riesgo en eso habrá?
 MOSQUITO: Donde está tu mano franca
 ¿has de consentirla que
 pague lo que a comprar va?

DIEGO: ¿Eso dudas? Claro está 2195
 que se lo consentiré.

MOSQUITO: ¿A la condesa?
 DIEGO: ¿Pues no?
 ¿Eso quieres que la arguya?
 Ni aun a una criada suya
 no se lo estorbara yo. 2200

MOSQUITO: ¿Qué dices? Que eso es quedar
 en una acción afrentosa.

DIEGO: Hermano, si ella es golosa,
 ¿téngolo yo de pagar?

MOSQUITO: (¡Aquesto es cosa perdida!) *Aparte* 2205
 BEATRIZ: ¡Ay, desdichada de mí!
 Don Juan viene por allí.

MOSQUITO: ¡Su primo, pese a mi vida!
 DIEGO: ¿Quién?
 MOSQUITO: Don Juan, de par en par.

DIEGO: Pues ahora, ¿qué hemos de hacer? 2210
 MOSQUITO: Irnos, y tú defender
 que no nos pueda alcanzar.

DIEGO: Y si no puedo atajarle,
 si acaso viene muy fuerte,
 ¿qué he de hacer?

MOSQUITO: Darle la muerte. 2215

DIEGO: ¿Darle la muerte?
MOSQUITO: 0 matarle.
DIEGO: ¿Y si no trae mal humor
y detenerle por bien
puedo?

MOSQUITO: Matarle también.
DIEGO: Pues—¡sus!—manos a labor. 2220
BEATRIZ: No permitáis que se acabe
de arriesgar la vida mía.

DIEGO: Váyase vueseñoría,
que ya estoy pensando el cabe.

MOSQUITO: Detenedle bien.
DIEGO: Sí haré. 2225
MOSQUITO: Ya podemos escurrir.
BEATRIZ: Detenedle sin reñir;
DIEGO: Sin reñir le mataré.

Hablan aparte BEATRIZ y MOSQUITO

MOSQUITO: Arranquemos a correr
mientras él queda en arrobo. 2230
BEATRIZ: ¡Jesús! Harta voy de bobo.
MOSQUITO: No es poco para mujer.

Vanse BEATRIZ y MOSQUITO

DIEGO: A mucho quedo empeñado
si este hombre en seguirla da.
Pero bien hecho será, 2235
que un primo es medio cuñado.

Sale don JUAN

JUAN: En haberme detenido
con tal cuidado don Tello
reconozco que es verdad
lo que les dijo don Diego;
y pues aquí le he alcanzado,
he de averiguar su intento. 2240

DIEGO: Hombre, mira lo que haces,
que vas andando y muriendo.

JUAN: ¿Señor don Diego?
DIEGO: Don Juan, 2245
¿qué queréis?

JUAN: Buscandoos vengo.
DIEGO: Como no paséis de aquí,

	seré muy servidor vuestro mas si pasáis adelante, ¡por las llaves de San Pedro!	2250
JUAN:	que lo habéis de pasar mal. Lo que yo deciros quiero aquí os lo puedo decir.	
DIEGO:	De vida sois, según eso.	
JUAN:	Vos habéis dicho delante de vuestra prima y don Tello que aquella mujer tapada, que agora os iba siguiendo, la recatabais de mí por importarme su empeño.	2255 2260
	Yo sé que esto es imposible, porque yo en Madrid no tengo mujer que pueda importarme ni por amor ni por deudo; y siendo así que es fingido, de vos entender pretendo para qué fin lo fingisteis.	2265
DIEGO:	(Esto es peor—¡vive el cielo!— porque si él fuera tras ella le matara sin remedio, porque ya lo había pensado; pero matarle por esto no lo he pensado, y no es fácil.)	<i>Aparte</i> 2270
JUAN:	¿Qué decís?	
DIEGO:	Ya voy a ello. Señor don Juan, que yo dije a mi tío ese embeleco para escaparme de allí es verdad, y no lo niego; que lo que yo una vez digo ha de estar dicho <i>in aeternum</i> .	2275 2280
JUAN:	Pero eso, ¿a vos qué os importa? Pues, ¿vos, siendo caballero, lo dudáis? El que se entienda que dama o parienta tengo tan liviana que de mí anda con otros huyendo.	2285
DIEGO:	Pues si vos sabéis que es falso, y os asegurais en eso, ¿que importa que yo os lo diga?	
JUAN:	El que no lo piensen ellos; que la opinión no es lo que es sino lo que entiende el pueblo.	2290

DIEGO:	Pues, ¿mi tío es pueblo acaso?	
JUAN:	Es parte de él, que es lo mismo.	
DIEGO:	Don Juan, esto no os importa más de que no tenga celos Leonor de lo que yo dije, como es vuestro galanteo. Remediado esto, ¿habrá más?	2295
JUAN:	Yo no os pido nada de eso.	2300
DIEGO:	Pues veis aquí que lo dije, que es la verdad; ¿qué remedio?	
JUAN:	Que vos habéis de decir a todos los que lo oyeron el intento que tuvisteis, y que yo os obligo a ello.	2305
DIEGO:	No es nada la añadidura; ¿desdecirme yo? Eso es bueno. Antes me volviera moro.	
JUAN:	Pues aquí no hay otro medio.	2310
DIEGO:	Pues más que nunca le haya. ¡Bien quedaba yo con eso para ir a la plaza en Burgos a hablar con los caballeros, que el toro de las dos madres no hiciera más ruido entre ellos!	2315
JUAN:	Pues ¿cómo habéis de excusarlo?	
DIEGO:	¿Cómo? ¡Por Dios, que me huelgo! ¿Usted me tiene por rana, con dos manos y diez dedos y cinco palmos de espada y libra y media de acero?	2320
JUAN:	Pues aguardad, y veamos si es más posible otro medio.	
DIEGO:	¿Esa mujer os importa?	2325
	Y mucho; y a no ser eso, si ella no me importa, a ella le importo yo, que es lo mismo, porque me quiere que rabia.	
JUAN:	Pues si vos sabéis que es cierto que ella no me importa a mí, dadle a entender a don Tello, con acaso o con industria, quién es, para que con esto se sepa que no es mujer con quien dependencia tengo.	2330
DIEGO:	(¡Por Dios, que la hacíamos buena! Que me pida el majadero	2335

Aparte

	que yo publique a su prima! ¡Válgame el diablo el empeño! Yo no sé cómo él lo oyó, porque lo dije bien quedo.)	2340
JUAN:	¿Os parece esto mejor?	
DIEGO:	¿Vos tenéis entendimiento? ¿Yo manifestar la dama?	2345
JUAN:	No se pide eso a un gallego. Pues, don Diego, aquí no hay modo de excusarse nuestro duelo porque yo no he de apartarme de vos sin ir satisfecho	2350
DIEGO:	Pues veníos a mi lado, que yo os doy licencia de eso, (como durmamos aparte.)	<i>Aparte</i>
JUAN:	Pero esto ha de ser riñendo.	
DIEGO:	(¡Mas matarla! Vive Dios que si reñimos por esto, se ha de enojar la condesa; porque es fuerza el empeño de librarla de su primo, y si le mato, la pierdo. Pues matarle si reñimos, ya pienso que lo estoy viendo, que al primer «uñas abajo» se me resbala, y <i>laus Deo.</i>)	<i>Aparte</i> 2355
JUAN:	Don Diego, si esto ha de ser, ya es en vano perder tiempo.	2360
DIEGO:	¿En fin, hemos de reñir?	
JUAN:	No tiene el lance otro medio, y si ha de ser...	2365
DIEGO:	Aguardad.	
JUAN:	Pues, ¿qué queréis?	
DIEGO:	Que primero protesto que soy forzado, porque importa para el cuento.	2370
JUAN:	Eso a mí nada me importa.	
DIEGO:	¡Válame Dios! Yo me entiendo.	
JUAN:	Sacad, don Diego, la espada.	2375
DIEGO:	Comenzad diciendo el credo y abreviadle.	
JUAN:	¿Para qué?	
DIEGO:	Por no daros hasta el tiempo de la vida perdurable.	
JUAN:	Eso agora lo veremos.	2380

Sale don MENDO

MENDO: ¿Qué es esto, primo? ¿Don Juan?
JUAN: Los dos tenemos un duelo
que nos obliga a reñir
y vos, como caballero,
no nos lo habéis de estorbar. 2385

MENDO: Si es justo, yo lo prometo.
JUAN: Es justo, y él lo dirá.
DIEGO: No es sino injusto y muy necio.
(Yo me he de escapar del lance,
enredando en él a Mendo.) *Aparte* 2390

Primo, don Juan galantea,
como lo muestra su intento,
a nuestra prima Leonor.
Yo, por salir sin empeño
con una mujer de casa, 2395
queriéndola ver mi suegro,
que era cosa de don Juan
dije a mi tío en secreto,
llegando él a esta ocasión,
por salir de ella sin riesgo. 2400

De esto resulta sin duda
que Leonor de él tenga celos,
y él, para satisfacerla,
que esto no puede ser menos,
quiere que yo me desdiga; 2405
yo le digo que no puedo.
Sobre esto hemos de reñir;
venistes vos a este tiempo,
y no he de reñir yo agora,
porque no es igual el riesgo, 2410
que un primo al lado es ventaja,
como lo dice el proverbio.
Esto supuesto, don Juan,
buscadme vos cuerpo a cuerpo,
que solo yo os reñiré 2415
cuanto fuere gusto vuestro,
menos lo que fuere justo.
Adiós, primo.

Vase don DIEGO

JUAN: Oíd, don Diego.
MENDO: Esperad, señor don Juan,
que ya con mi primo el duelo 2420

	no tenéis sino conmigo, y aquello es después de aquesto. ¿Por qué?	
JUAN:		
MENDO:	Porque habiendo causa de reñir en dos empeños, de ser llamado, a llamar, el ser llamado es primero.	2425
JUAN:	Pues vos ¿por qué me llamáis?	
MENDO:	Porque yo a casarme vengo con doña Leonor, mi prima, siendo vos testigo de ello, y habiéndoos hecho mi amigo, galantearla en secreto es traición, y vos debierais, a ley de buen caballero, decírmelo llanamente	2430
	antes que yo hubiera hecho empeño en la voluntad, que entonces estaba a tiempo de ver lo que bien me estaba sin el dolor de los celos.	2440
	Y pues esta queja es justa, salgamos al campo luego, que allí de esta sinrazón me satisfará mi acero.	
JUAN:	Si la queja que tenéis por lo que dijo don Diego, antes de llamarme al campo me la hubiérades propuesto, yo os dejara aquí sin ella.	2445
	Mas ya llamado al empeño, no os quiero satisfacer, aunque era razón y puedo, porque después de reñir quiero que vos, satisfecho, sepáis que, por no excusarlo, no os satisfice, pudiendo.	2450
MENDO:	Si eso es así, yo os lo pido.	
JUAN:	Ya os respondo que no puedo.	
MENDO:	Pues vamos a la campaña.	
<i>Sale don TELLO</i>		
TELLO:	Tened, ¿dónde vais, don Mendo?	2460
MENDO:	Señor, yo a don Juan al campo a divertirnos le ruego	

que vamos, y este favor
recibo de él.

JUAN: Yo os lo debo,
por serviros. A esto vamos, 2465
si dais licencia, don Tello.

TELLO: Yo a don Mendo he menester,
y de tal divertimiento
siento estorbaros el gusto.
(En lo que oí y lo que veo *Aparte* 2470
en sus semblantes, conozco
que iban los dos a algún duelo,
y habiéndomelo negado,
averiguarlo no puedo.
Esto sin duda resulta 2475
de aquel lance de don Diego,
que no le he podido hallar
para saber el empeño.
Estorbarlo aquí es forzoso,
hasta ver el fundamento.) 2480

MENDO: Don Mendo, veníos conmigo.
Voy, señor, a obedeceros.

A don JUAN

JUAN: Forzoso es disimular,
por mi tío, nuestro intento. 2485
Sois atento, yo os lo estimo,
mas ya faltaros no puedo.

MENDO: Yo, en pudiendo, os buscaré.

JUAN: Forzosamente soy vuestro.

TELLO: ¿Qué es lo que decís, don Juan?

JUAN: Me despido de don Mendo. 2490

TELLO: No os despedáis, que también
a vos os pido lo mismo.

JUAN: Iré gustoso a serviros.

TELLO: (Ansí asegurarlos quiero.) *Aparte*
Venid conmigo.

JUAN: Ya vamos 2495

MENDO: Lo dicho, dicho.

JUAN: Eso ofrezco.

Vanse don TELLO, don MENDO y don JUAN. Salen doña INÉS y doña LEONOR

INÉS: Esto pasa, Leonor. Don Juan, ingrato,
me pagó con tal trato
la fe que me debía.

LEONOR:	Y ¿sabes tú si la verdad sería lo que dijo don Diego?	2500
INÉS:	Mira tú si es verdad, pues se fue luego, y en su traición vencido, aun no me ha vuelto a ver.	
LEONOR:	Eso habrá sido porque te vio irritar de su porfía, y tú que no te vea le has mandado.	2505
INÉS:	¿Y por eso no ha vuelto, Leonor mía? O no sabe de amor o está culpado; que en celos que despiden al amante nunca habla el corazón sino el semblante.	2510
	El pecho más furioso y enojado, de celos asaltado, cuando de oír satisfacción se excusa, no la despide porque la rehúsa, sino la esfuerza, y cuando la revoca	2515
	por oírla mayor, no quiere poca; que la mujer de celos mal herida que a su amante despida, cuando él vuelve y rendido se le ofrece, aun la satisfacción tibia agradece;	2520
	porque, cuando es de poco fundamento, no agrada la razón, sino el intento. Yo, Leonor, por mi daño he visto cara a cara el desengaño, y pues yo de mi culpa soy testigo,	2525
	le lograré aunque sea en mi castigo. Yo a mi padre no tengo resistencia, mi decoro es la ley de mi obediencia; a esta atención, aun de él correspondida, por no faltar perdiera yo la vida,	2530
	pues ya que de él estoy tan agraviada, con mi muerte he de verme castigada. Hoy a don Diego le daré la mano. Si tarde he de morir, alivio gano, pues sólo de esta suerte	2535
LEONOR:	puedo abreviar los plazos a mi muerte. Pues caso que don Juan te haya faltado, casarte con un hombre tan privado de razón y de gusto ¿es buen remedio?	
INÉS:	Para morir más presto, ese es el medio.	2540
LEONOR:	Don Juan viene aquí dentro.	
INÉS:	Pues, hermana, yo sé de Amor la condición tirana, y aunque en mi mismo honor haga el estrago,	

lo atropellará todo por su halago.
 Si le veo, aunque sea desatento, 2545
 no me he de resolver a lo que intento.
 Tú mi resolución le manifiesta,
 que yo a esperarte voy con la respuesta.
 LEONOR: Pues ¿eso intenta tu rigor? ¿No advierte
 que él sin duda vendrá a satisfacerte? 2550
 INÉS: De eso quiero excusarme,
 porque más creo que vendrá a engañarme.
 LEONOR: Pues hasta verlo, espéralo siquiera.
 INÉS: ¿Qué le faltaba a Amor si ver pudiera?
 LEONOR: En fin, ¿no le has de ver?
 INÉS: Eso pretendo. 2555
 LEONOR: Pues yo se lo diré.
 INÉS: (De él voy huyendo; *Aparte*
 pero ¿qué les importa a mis enojos
 si dejó el corazón con huir los ojos?
 Pero si vuelvo—¡por quién soy!—no miro
 qué perezosamente me retiro. 2560
 Mucho rigor es éste que resuelvo.
 De aquí le oiré, que ni me voy ni vuelvo.)

Sale don JUAN

JUAN: (Llegando don Tello a casa *Aparte*
 nos mandó en ella esperarle,
 y fue a buscar a don Diego; 2565
 sin duda presume el lance.
 Si entretanto hablar pudiese
 a Inés, fuera alivio grande
 de la pena en que me tiene.)
 LEONOR: Señor don Juan, Dios os guarde. 2570
 JUAN: ¡Hermosa Leonor!
 LEONOR. Mi hermana,
 viéndoos pasar delante,
 al entrar por esta sala,
 se retiró; perdonadme
 que os diga que por no hablaros, 2575
 que no puedo yo quitarle
 a esta noticia forzosa
 lo que tiene de desaire.
 De dároslo me excusara;
 mas me ha obligado a que os hable 2580
 por ella, y entre ella y vos
 es fuerza que a vos os falte.
 Mi hermana, señor don Juan,

	no sé si quejas lo causen o la precisa obediencia	2585
	del precepto de mi padre, —uno u otro o esto solo, que aunque nazca de ambas partes, es sin duda que esta ley será lo que más la arrastre—	2590
	hoy se casa con mi primo, y de esto el retiro nace, que no fuera justo hablaros estando en este dictamen con esta resolución.	2595
JUAN:	No paséis más adelante, señora, si no intentáis que el corazón me traspasen las flechas que mi desdicha de mis finezas le hace.	2600
	Si eso nace de su queja, la luz del cielo me falte o la de sus ojos bellos, que es otra, por más süave, si he dado causa a su enojo, y piérdala yo esta tarde si en mí de otro pensamiento, aun lo que no es culpa cabe.	2605
	Si su primo me ha culpado, malicioso o ignorante, cualquier engaño es delito si no se espera el examen. Condenar sin causa a un reo es rigor y, ya que pase, no otorgarle apelación es gana de condenarle.	2610
	Y si es tan severa ley el precepto de su padre, máteme su ejecución, mas ella no lo adelante.	2615
	Muera yo a no poder más, porque mi estrella me ultraje; mas no ella, que no es todo uno que ella o mi estrella me maten.	2620
INÉS:	(¡Bien huía yo de oírle! ¡Oh, Amor tirano, cobarde, a la ofensa tan ligero como al rendimiento fácil!)	<i>Aparte</i> 2625
LEONOR:	Don Juan, a vuestras razones,	

aunque muevan mis piedades, 2630
 no puedo yo responderlas,
 que, aun por consuelo, es en balde.
 Esto me mandó deciros
 mi hermana, y agora darle
 esa respuesta por vos 2635
 es cuanto está de mi parte.
 A esto voy. ¡Guárdeos el cielo!
 ¿Podré esperar?
 LEONOR: No se agravie
 vuestro amor si no saliere,
 que, si no es que ella lo mande, 2640
 yo no tengo a qué volver.
 Adiós.
 JUAN: Leonor, escuchadme.

Sale don MENDO al paño, oyendo el postrer verso

MENDO: (¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?) *Aparte*
 LEONOR: ¿Qué dices?
 JUAN: Pues son crueldades,
 que las templéis os suplico. 2645
 LEONOR: Cuanto está aquí de mi parte,
 ya lo sabes, eso haré.
 JUAN: En fin, ¿no decís que aguarde?
 LEONOR: No está en mi mano, don Juan.
 Esto es fuerza, perdonadme. 2650

Vase doña LEONOR

JUAN: Pues yo, antes que su rigor,
 iré a que mi amor me mate.
 MENDO: Para eso está aquí mi espada,
 cuando ese despecho os falte.
 INÉS: (¡Cielos, don Mendo ha venido
 y salir no puedo a hablarle.) *Aparte* 2655
 JUAN: ¿Qué es lo que decís, don Mendo?
 MENDO: Que ya en mi enojo no caben
 más dilaciones, don Juan,
 cuando, después de avisarme 2660
 que amáis a Leonor don Diego,
 de esa culpa hallo este alarde.
 Salgamos, don Juan, al campo,
 que ya, aunque pudierais darme
 satisfacción muy precisa, 2665
 no la quiere mi coraje.

JUAN:	Pues hacéis mal—¡vive Dios! que ya roto el primer lance, en este por muchas causas os la diera yo bastante.	2670
MENDO:	Pues salgamos a reñir.	
JUAN:	Vuestro es el puesto, guiadme.	
INÉS:	(¿Qué escucho? ¡Válgame el cielo!)	<i>Aparte</i>
MENDO:	A vos os toca ir delante.	
JUAN:	No toca eso sino a vos, que habéis de escoger la parte.	2675
MENDO:	Pues venid, si a mí me toca.	
JUAN:	Ya os voy siguiendo.	
INÉS:	¡Ay, pesares! Escuchad, señor don Mendo.	
MENDO:	¿Quién es?	
INÉS:	Quien, oyéndoos, sale a excusaros ese empeño.	2680
MENDO:	No presumo que eso es fácil.	
INÉS:	Sí es, que yo puedo deciros, fiada de vuestra sangre, lo que, de atento, don Juan es forzoso que os recate.	2685
	Vos al campo le llamáis creyendo que a Leonor ame, y sabed que va a reñir de noble, mas no de amante.	2690
	Don Juan, señor, ha seis años que, viéndome en el pasaje de Méjico a España, puso los ojos en mí, y él sabe los desdenes, los rigores	2695
	que llora su amor constante, hasta ganarme licencia para pedirme a mi padre.	
	Desde aquí les di a mis ojos licencia para agradarse de verle y a los oídos	2700
	del contento de escucharle; pero no a pasar de aquí, porque el mismo sol no arde en tan puros esplendores	2705
	como él recatos me aplaude; que aunque confieso que tuve inclinación a sus partes, a su atención, su fineza, en la mujer noble nace	2710

la inclinación y el agrado
 tan dentro de los umbrales
 de su decoro que apenas
 el que la logra lo sabe.

E inferid con la pureza 2715
 que pudo serme agradable
 la asistencia de su amor,
 pues siendo ya, por mi padre
 y vuestro primo, imposible

que yo con don Juan me case, 2720
 sin escrúpulo lo dice
 una mujer de mi sangre.
 Esto supuesto, don Mendo,
 conoceréis cuán de balde

vuestro temor os provoca, 2725
 cuando don Juan es mi amante.
 De esto no os quedará duda,
 porque fuera error notable
 presumir que una mujer

de mi obligación os llame 2730
 y, compasiva del riesgo
 que ve en reñir dos galanes,
 quiera fingirse un desdoro
 para excusarlos un lance.

La fineza que don Juan 2735
 por mí en su silencio añade,
 se la pago en publicar
 lo que en él fuera desaire.
 Y a vos os pido, en albricias

de que sé que Leonor hace 2740
 tanta estimación de vos
 como es justo que ella os pague,
 que, cesando esto, no sólo
 de este caso no se hable,

mas, quedando en vuestro oído, 2745
 a la memoria no pase.
 Y vos, don Juan, pues ya veis
 el empeño de mi padre,
 y que vuestra petición

no se previno a ser antes, 2750
 olvidad vuestro cariño,
 que en los hombres es muy fácil.
 Digo fácil ¡ay de mí!...
 Es pena más tolerable,

porque ellos pueden tener 2755
 sin culpa las variedades.

	Y si esto os cuesta dolor, que lo imposible lo aplaque o el retiro le mitigue o el sufrimiento le sane	2760
	o para que se la lleve, dad vuestra esperanza al aire, que, a ser el de mis suspiros, yo sé que fuera bastante,	2765
	porque yo, siendo forzoso, para el plazo de esta tarde he dispuesto mi obediencia, como debo. Dios os guarde, que yo, dejándoos amigos, como es deuda en pechos tales,	2770
MENDO:	voy contenta de haber sido el iris de vuestras paces. Oíd, señora, escuchad, que en un alivio tan grande como el que de vuestro aviso	2775
INÉS:	a mis esperanzas nace, os debo yo, agradecido, fineza que las iguale.	
MENDO:	¿Vos fineza a mí? ¿En qué modo? En hacer que vuestro padre, sea o no contra mi primo, a vos con don Juan os case.	2780
INÉS:	Esa fineza es por él, si él la solicita amante, que para mí no es lisonja.	2785
JUAN:	Señora, pues, ¿tanto vale el crédito de un engaño, que por él así me trates? Y agora, que estando ya don Mendo de nuestra parte,	2790
	no importa que esto más sepa: seguí a don Diego, y él sabe que confesó en su presencia que sólo porque tu padre no viese aquella mujer...	2795
INÉS:	No vais, don Juan, adelante, que aqueso es satisfacción, y aquí no os la pide nadie.	
MENDO:	(¡Oh, lo que miente el recato!) Señora, si de eso nace algún descontento vuestro, yo, por hallarme delante,	<i>Aparte</i> 2800

soy testigo que don Juan
 no la conoce ni sabe
 quién es, y que él lo fingió. 2805
 INÉS: Eso, don Mendo, es tratarme
 con más llaneza que es justo.
 Don Juan, ni mujer, ni nadie
 me ha dado desabrimiento;
 pues ¿por qué me satisface? 2810
 (¡Quiera Amor que sea verdad,
 que, aunque le pierda, es süave!) *Aparte*
 JUAN: Si tu enojo lo publica,
 ¿qué importa que lo recates?
 INÉS: Por no oír eso me voy. 2815
 JUAN: Señora, escucha un instante.
 INÉS: ¿Qué me queréis?
 JUAN: Esto solo.
 Si don Mendo malograre
 la dicha que ha prometido,
 ¿será tu amor de mi parte? 2820
 INÉS: ¿Yo amor? No sé qué es amor.
 Después de que yo me case
 sabré de eso, que ahora ignoro.
 JUAN: Aunque en mi pena lo calles,
 lo permitirá tu agrado. 2825
 INÉS: Mirad que viene mi padre.
 MENDO: Retirémonos, don Juan.

Vase don MENDO

JUAN: Ya yo os sigo; id vos delante.
 Señora, no me permitas
 que con tal dolor me aparte
 de tu presencia. 2830
 INÉS: Don Juan,
 ¿qué me quieres? ¿Ya no sabes
 los pesares que me cuestras?
 JUAN: Pues ¿ya no ves de qué nacen?
 INÉS: ¿Qué importa el verlo al perderte? 2835
 JUAN: ¿Eso no puede enmendarse?
 INÉS: ¡Pluguiera al cielo pudiese!
 JUAN: ¿Qué dices?
 INÉS: Que no te pares.
 JUAN: Eso es desvío.
 INÉS: Es temor.
 JUAN: ¡Qué pena!
 INÉS: Que entra mi padre. 2840

JUAN: ¡Mal haya el peligro!
INÉS: Amén.
JUAN: Quédate a Dios.

Vase don JUAN

INÉS: Él te guarde.

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: ¿Señora?
INÉS: Beatriz, ¿qué es eso?
BEATRIZ: Con el viejo en este instante,
si no corro doy de hocicos. 2845
INÉS: ¿Dónde has estado esta tarde?
BEATRIZ: Señora, en un gran empeño.
INÉS: ¿Qué ha sido?
BEATRIZ: Fui a echar los naipes
porque don Diego te deje
y, según las cartas salen,
o mentirá el rey de bastos 2850
o no ha de querer casarse.
INÉS: ¿Crédito das a esas cosas?
¿No ves que son disparates?
BEATRIZ: Pues ¿un rey ha de mentir? 2855
INÉS: Deja esas vulgaridades.
BEATRIZ: Tú verás en lo que para.
Mas dejando esto a una parte,
¿hasta cuándo ha de durar
el estar yo, por mis paces,
de embozada en el retiro,
que es ya cosa intolerable? 2860
INÉS: A mi padre hablaré agora.
BEATRIZ: Pues él y Mosquito salen,
y más que vienen hablando
en el caso de los naipes. 2865
INÉS: ¿Qué dices? Pues ¿eso es cierto?
BEATRIZ: Tú verás lo que ello pare,
y si quieres entenderlo,
retírate aquí un instante. 2870
INÉS: Harélo, aunque es desatino,
por ver en ello a mi padre.

Se ocultan las dos para acechar. Salen don TELLO y MOSQUITO

TELLO: Tú has de saber de este caso

MOSQUITO: todo lo que en ello hubiere.
Señor, cuanto yo supiere
lo diré más que de paso. 2875

TELLO: Pues yo te hallé en el zaguán,
¿quién era aquella mujer?

MOSQUITO: La condesa era, a mi ver.

TELLO: ¿Quién?

MOSQUITO: La prima de don Juan. 2880

TELLO: ¿Qué dices?

MOSQUITO: Como ahora es día,
la vi ella por ella expresa.

TELLO: ¿La condesa?

MOSQUITO: La condesa
condada, su señoría.

TELLO: ¡Válgame Dios!

MOSQUITO: Y a mí y todo. 2885

TELLO: De gran empeño salí
estando don Juan allí.

MOSQUITO: ¿Y yo no andaba en el lodo?

Hablan BEATRIZ y doña INÉS aparte

BEATRIZ: Verás lo que se alborota.
INÉS: Pues ¿qué semejanza tiene
con los naipes que previene
la condesa? 2890

BEATRIZ: Ésa es la sota.

INÉS: ¡Cielos! Yo mi desengaño
agradezco haber sabido.

TELLO: Mosquito, estoy aturdido
de un suceso tan extraño. 2895

MOSQUITO: Pues ¿ella buscóle a él,
o cómo allí llegó a estar?
(¡Cielos! ¿Cómo he de escapar
de aqueste viejo crüel
que a dudas me ha de moler
y se aventura el enredo?
Mas sólo librarme puedo
no dejándome entender.)
Yo señor, al conocella 2905
la vi que al zaguán entró,
y un pobre entonces llegó,
que no dio limosna ella.

El pobre pasó adelante,
don Diego vino tras él,
y repitiendo el papel 2910

vino el pobre vergonzante.
Traía un vestido escaso
de color, y Dios me acuerde
que no era tal, sino verde. 2915

TELLO:
MOSQUITO: ¿Pues el vestido es del caso?
Habiendo el pobre salido,
vino la condesa luego,
y cuando vino don Diego,
vino porque había venido. 2920

TELLO:
MOSQUITO: ¿Quién había venido?
Él.

TELLO:
MOSQUITO: Luego, ¿ella le fue a buscar?
No, señor, porque al entrar
ella entraba con aquél,
y el pobre, que entraba cuando
entraba él, no llegó. 2925

TELLO:
MOSQUITO: Pues ¿quién era aquél que entró?
Eso es lo que voy contando.
Entró ella, y cuando entraba
entró el pobre, y fue don Diego,
y como entró con sosiego,
después de entrado allí estaba. 2930

TELLO:
MOSQUITO: Y de esto se quedó loco,
porque entraba muy esquivo.
No lo entiendo ¡por Dios vivo! 2935

INÉS:
MOSQUITO: Pues eso, ni yo tampoco.
Beatriz, ¿qué es lo que está hablando
Mosquito?

BEATRIZ:
INÉS: Los naipes son.
Pues ¿qué es esta confusión?
BEATRIZ: ¿No ves que está barajando? 2940

TELLO:
MOSQUITO: ¿Quién a quién vino a buscar?
Luego, ¿no lo has entendido?
TELLO: No, ni explicarte has sabido.
MOSQUITO: Pues vuélvotelo a explicar.
Él buscó a quien le buscaba,
porque ella buscando vino,
y buscando de camino
él buscó lo que allí estaba,
y el pobre que los buscó
no buscó duelos ajenos. 2945

TELLO:
MOSQUITO: Agora lo entiendo menos.
Pues ¿qué culpa tengo yo?

TELLO:
MOSQUITO: Tú has de apurar mis enojos.
¿Qué dices?
¿Hay tal rigor? 2950

	¡Viven los cielos, señor, que lo vi con estos ojos!	2955
TELLO:	¿Qué es lo que viste?	
MOSQUITO:	Esta historia.	
TELLO:	¿Qué historia? Que en tu torpeza no tiene pies ni cabeza.	
MOSQUITO:	Pues no será pepitoria.	2960
TELLO:	¿Sabes tú si él de ella es dueño, o tiene empeño?	
MOSQUITO:	¿Hay tal? Como yo no soy su mayordomo, ¡qué sé yo si tiene empeño!	
TELLO:	Anda vete, mentecato, que eres un simple.	2965
MOSQUITO:	(Eso quiero.)	<i>Aparte</i>
TELLO:	¿Para qué apuro yo dudas donde me avisa un ejemplo? No hay honra puesta en mujer segura de aquestos riesgos; y hoy, pues me la da este acaso, lograr el aviso quiero casando luego a mis hijas.	2970
INÉS:	Beatriz, aunque yo no entiendo a Mosquito, el desengaño he logrado de mis celos, y en albricias, salgo a hablar por ti a mi padre.	2975
BEATRIZ:	Eso espero.	
INÉS:	Padre y señor.	
TELLO:	Inés mía, ¿quién viene contigo?	
INÉS:	El ruego de Beatriz me ha condolido: por ella a pedirte vengo que vuelvas a recibirla.	2980
TELLO:	Si es tu gusto, ¿cómo puedo negártelo? Quede en casa.	2985
<i>Sale don DIEGO al paño</i>		
DIEGO:	(A decir vengo resuelto a mi tío que disponga de mi prima, pues yo tengo mejor boda en la condesa.)	<i>Aparte</i>
INÉS:	Ya se logró tu deseo.	2990

BEATRIZ: agradécelo a mi padre.
Los pies mil veces te beso.
TELLO: Ya tú quedas recibida,
y yo de ello muy contento.

Hablan aparte MOSQUITO y BEATRIZ

MOSQUITO: ¿Qué es lo que miro? Ay, Jesús, 3995
que hemos dado con los huevos
en la ceniza, Beatriz!
BEATRIZ: ¿Qué es lo que dices?
MOSQUITO: Don Diego
está viendo esta función.
BEATRIZ: Salióse todo el puchero. 3000
TELLO: Inés, ven a prevenirte,
que ya todo está dispuesto,
y os habéis de desposar
luego que venga don Diego.

Vase don TELLO. Hablan aparte doña INÉS y BEATRIZ

INÉS: ¡Ay de mí, Beatriz! ¿Qué dices? 3005
BEATRIZ: Vete, señora, allá dentro,
que estoy en un gran conflicto,
y estriba en él tu remedio.
INÉS: Sin vida voy a esperarte.

Vase doña INÉS

BEATRIZ: ¡Villano, no hagas extremos 3010
viendo mi resolución,
que con Amor no hay respetos!
Yo he de ser de su traición
testigo estando aquí dentro,
y aquí he de ver si a mis ojos 3015
se atreve el falso a ofendellos.
MOSQUITO: (¡Jesús, qué bien la ha enhebrado!) *Aparte*
Señora, pues ¿tú haces eso?
¿Una mujer de tus prendas 3020
se finge humilde, en desprecio
de su honor y se acomoda
por criada de don Tello,
que puede ser tu lacayo?
BEATRIZ: El Amor dora los yerros; 3025
yo he de ver con esta industria
si se casa o no don Diego.

DIEGO:	(Señores, ¿qué es lo que escucho? Mil cruces me estoy haciendo. ¡Y dirán que no me alabe! Un testimonio de aquesto tengo de enviar a Burgos.)	<i>Aparte</i> 3030
MOSQUITO:	Y ¿qué ha de decir don Diego si esto ve?	
BEATRIZ:	¿Qué ha de decir? El alma ¡viven los cielos! le he de sacar si se casa. Déjame ya o mi despecho dará voces como loca.	3035
DIEGO:	Señora, oíd, deteneos.	
MOSQUITO:	¡Ay, señor, pues has venido, mira qué locura ha hecho! ¡Téplala, que está hecha un tigre!	3040
BEATRIZ:	Y un basilisco, un veneno. Aquí vengo a ver, traidor, si se hace hoy el casamiento.	
DIEGO:	¿Qué casamiento? Pues yo, ¿no sabéis ya que soy vuestro?	3045
BEATRIZ:	No fio de eso, tirano.	
DIEGO:	Pues ¿de qué fiáis	
BEATRIZ:	De mi incendio, que ha de abrasar esta casa si aquí ofendida me veo.	3050
DIEGO:	(Señores, ¿esto es encanto? ¿Mi talle es pacto secreto?) Señora, pues ¿no advertís que yo permitir no puedo esto, siendo vuestro esposo?	<i>Aparte</i> 3055
BEATRIZ:	No hay que tratar; yo he de verlo.	
DIEGO:	¿Qué habéis de ver?	
BEATRIZ:	Si esta noche te casas.	
DIEGO:	No temáis eso.	
BEATRIZ:	No puede un amor que es fino...	
DIEGO:	Pues ¿el lustre?	
BEATRIZ:	Todo es menos.	3060
DIEGO:	¿Y el decoro?	
BEATRIZ:	No hay decoro.	
DIEGO:	¡Por Dios, que os volváis!	
BEATRIZ:	No quiero.	

Sale don TELLO

TELLO: ¡Hola! ¿Qué voces son éstas?

A don DIEGO

MOSQUITO: (Señor, por tu honor te ruego
que disimules agora.) 3065

BEATRIZ: Señor, el señor don Diego
de mi señora está hablando.

TELLO: ¿Qué habláis, sobrino? ¿Qué es esto?

BEATRIZ: Señor, me dice que diga...

TELLO: ¿Qué has de decir tú? ¡Esto es bueno!
Apenas te han recibido
¿y empiezas ya a hacer enredos? 3070

DIEGO: (¿Y he de sufrir yo que trate
este vejezuelo clueco
a mi mujer de este modo?) *Aparte*
3075

MOSQUITO: ¡Disimula, por San Pedro!

BEATRIZ: Yo, señor, no enredo nada.

TELLO: Éstrate, loca, allá dentro.

DIEGO: (Tú lo eres, y tu alma,
y mientes como mal viejo.) *Aparte*
3080

MOSQUITO: Sufre, señor, que te pierdes.

TELLO: ¿No te vas?

BEATRIZ: Ya te obedezco.

DIEGO: ¡Vive Dios!...

Hablan aparte don DIEGO y BEATRIZ

BEATRIZ: Calla, crüel.

DIEGO: ¿Qué dices?

BEATRIZ: Que ahora veremos
si te casas.

DIEGO: ¿Eso dudas? 3085

BEATRIZ: A oírlo voy.

DIEGO: Yo me huelgo.

BEATRIZ: Pues aquésta es la ocasión.

DIEGO: Aquí lo verás.

A ellos

TELLO: ¿Qué es eso?

BEATRIZ: Hacer lo que me han mandado.

TELLO: Llama a tus señoras luego. 3090

Vase BEATRIZ

DIEGO: (Más señora es ella que ellas,
lo que va de mí a un cochero.) *Aparte*

TELLO: Sobrino, con vuestras cosas
estoy en tanto desvelo
que hasta veros desposados 3095
yo no he de tener sosiego.
Todo está ya prevenido,
y sólo a vos os espero
por salir de este cuidado.

DIEGO: ¿De tanto gusto es ser suegro 3100
que a serlo os dais tanta priesa?
¿No es mejor, pues estáis viejo,
que lo dilatéis un poco
y os dure el oficio menos?

TELLO: ¿Qué es dilatarlo, o por qué? 3105

DIEGO: Por unos días, que aquesto
no ha de ser *cochite hervite*,
que una boda no es buñuelo.

TELLO: ¿Qué días?

DIEGO: Cuatro o seis años,
que ello se hará, andando el tiempo. 3110

TELLO: ¿Qué llamáis cuatro o seis años?
Ni una hora, ni un momento,
luego os habéis de casar.

DIEGO: Pues yo casarme no puedo.

MOSQUITO: (Acabóse, esto dio lumbre.) *Aparte* 3115

TELLO: ¿Qué decís, que no os entiendo?

DIEGO: Que no me puedo casar.
¿Lo entendéis agora?

MOSQUITO: (Menos.) *Aparte*

TELLO: ¿Por qué?

DIEGO: Porque soy casado.

MOSQUITO: Y yo soy testigo de ello. 3120

TELLO: ¿Vos casado?

DIEGO: *In facie ecclesiae.*

TELLO: Pues ¿con quién?

DIEGO: Eso no puedo
decir, porque es un amigo.

TELLO: Pues, villano—¡vive el cielo!—
que en ti he de tomar venganza 3125
de tan osado desprecio.

MOSQUITO: ¡Ay, señores, que se matan!

Salen por una parte doña INÉS y doña LEONOR; por otra, don JUAN y don MENDO

JUAN: ¿Qué es esto, señor don Tello?

MENDO:	Tío, ¿qué es esto?	
INÉS:	(¡Ay, Leonor, que mi muerte estoy terniendo!)	<i>Aparte</i> 3130
LEONOR:	Padre, ¿que enojo os irrita?	
TELLO:	Un agravio de don Diego, que dice que está casado, cuando yo darle prevengo a mi hija por esposa.	3135
MENDO:	(Esto es que tomó el consejo de doña Inés y lo excusa valiéndose de este medio; mas yo en favor de don Juan he de enmendar el empeño.)	<i>Aparte</i> 3140
	Tío, aunque don Diego ha dicho que está casado, no es cierto. Él, después que vino, supo que don Juan tenía intento de pedirnos a mi prima;	3145
	y él ha sido tan discreto, que lo calló enamorado, por veros en otro empeño. Don Diego por él lo deja.	
DIEGO:	No lo dejo tal por eso, sino porque estoy casado, digo otra vez, y no puedo; ¿quiere usted que me encorocen?	3150
TELLO:	Hagáislo o no por aquello, don Juan, ¿es esto verdad?	3155
JUAN:	Yo, señor, si la merezco, no aspiro a mayor ventura que la de ser hijo vuestro.	
TELLO:	Yo me honro mucho con vos, y el castigo más severo de este necio es que la pierda. Dadle a Inés la mano luego.	3160
JUAN:	Con el alma y con mil vidas.	
INÉS:	Con otras tantas le aceto.	
TELLO:	Vos, Mendo, dadla a Leonor.	3165
LEONOR:	Con gozo se la prevengo.	
DIEGO:	Pues ahora verán mi boda, supuesto que éstas se han hecho.	
MOSQUITO:	Antes se ha de ver la mía. Señor, yo hago lo que veo; Beatriz se casa conmigo.	3170
TELLO:	Yo darla el dote prometo; dila que salga acá afuera.	

MOSQUITO: Señor, tened a don Diego,
porque no me descalabre;
que aquí se acaba el enredo. 3175
¡Ah, Beatriz! Dame esa mano.

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: Yo, aunque indigna, te la ofrezco.
DIEGO: ¡Ah, pícaro! ¿A mi mujer
tienes tal atrevimiento? 3180

TELLO: ¿Qué mujer?
DIEGO: Ésta que veis
es mi mujer.

TELLO: ¡Bien, por cierto!
¿Y por aquesta criada
dejáis a mi hija?

DIEGO: ¡Esto es bueno!
¿Qué criada? Que es condesa,
y se disfrazó de celos. 3185
Descubríos ya, señora.

BEATRIZ: Yo descubriros no puedo
más de que soy Beatricilla
y vos el lindo don Diego. 3190

DIEGO: Pues ¿cómo es esto?
MOSQUITO: ¡Mamóla!

DIEGO: Villano—¡viven los cielos...!—
MOSQUITO: Aquí no hay a qué apelar;
que no lo sufriera el pueblo.

DIEGO: Pídase si quedo mal. 3195

MOSQUITO: Y castigado este necio
a gusto de los oyentes,
aquí, con aplausos vuestros,
dichosamente el poeta
da fin al lindo don Diego. 3200

FIN DE LA COMEDIA

El mejor amigo el Rey
Agustín Moreto

El mejor amigo el Rey



Agustín Moreto

PERSONAS

EL CONDE ENRIQUE.
EL PRÍNCIPE ALEJANDRO
PORCIA
LELIO, *criado*.
DON PEDRO, *rey de Sicilia*.
CARLOS.
LAURA.
FILIPO.
MACARRÓN, *criado*.
FLORA, *criada*.
MÚSICOS.
GUARDAS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sicilia.

Jornada primera

Habitación de Enrique en el palacio del Rey.

Escena I

EL PRÍNCIPE ALEJANDRO, FILIPO.

ALEJANDRO

¿Esto se puede sufrir?
¿Yo he de venir a esperar
a quien pudiera estimar
que yo le quisiera oír?
¡Vive Dios...!

FILIPO

No se publique

5

tu enojo aquí.

ALEJANDRO

¿Por qué no?

¿No soy el príncipe yo
de Otranto?

FILIPO

Sí, pero Enrique

ALEJANDRO

es hoy en Sicilia rey;
que don Pedro, nuestro dueño, 10
ha tomado por empeño
hacer de su gusto ley.
Mientras a su arbitrio estamos,
el publicarlo condeno;
este secreto es veneno 15
que como el áspid guardamos.
¿Secreto hombres como yo?
Eso el humilde debiera,
que con la industria pudiera
lo que el cielo le negó. 20
Mas cuando por tiranía
esta corona eminente
la miro en ajena frente,
arrancada de la mía;
cuando por lo que me abona 25
el reino, pudiera yo,
ya que la primera no,
ser su segunda persona,
¿tú, Filipo, a mis enojos
pones tan débil preceto? 30
¿Cómo ha de guardar secreto
quien ve un agravio a los ojos?
Mis injurias, mis agravios,
de Enrique en oposición
las publica la razón, 35
aunque las callen los labios.
Pues no mostrar sentimiento
de verle a mi preferido,
fuera (aun en rostro fingido)
mengua del entendimiento; 40
porque de una ofensa herido
de desprecio semejante,
quien no trae muerto el semblante,
no tiene vivo el sentido.
Alejandro, yo no siento 45
que vuestra ofensa olvidéis;
mas si mostrarla queréis,
malograréis nuestro intento.
Nápoles os favorece
(que hoy a Sicilia hace guerra); 50
su rey Roberto en su tierra
el desempeño os ofrece.

FILIPO

Dejad llegar la ocasión,
que en ella el secreto vale,
y mirad que el Conde sale; 55
fingid, y tened razón.

Escena II

EL CONDE ENRIQUE, **vistiéndose**; CARLOS, MACARRÓN y LELIO le asisten;
MÚSICOS **delante**. DICHOS.

MÚSICA *A los azotes del aire
gemía el cristal de Tormes,
saltando de plata rica
un penacho en cada azote.* 60

ENRIQUE Buena es la letra.
MACARRÓN Bizarra.
ENRIQUE ¿De quién es?
CARLOS Tiene su autor
hermoso, claro primor
en las que hace a la guitarra.

ENRIQUE Elegancia es que se case, 65
cuando contraria se mira,
la dulzura de la lira
con lo crespo de la frase.

LELIO Otros precian la humildad.
MACARRÓN ¿Humildad para el laúd? 70
Mejor es para virtud
de fraile lego.

ENRIQUE Cantad.
MÚSICA *Al sol, escaso de luces,
atrevido se le opone
el aliento de las nubes* 75
a empañar sus resplandores.

ENRIQUE La capa.
CARLOS Mucho, Señor,
madrugas, para acostarte
tan tarde.

ENRIQUE Debe admirarte,
y aun mi cuidado es mayor. 80

(CARLOS y FILIPO van a tomar la capa para dársela a ENRIQUE.)

¡La capa! Quedo; ¿qué es eso?

	¿Qué intentan vueseñorías? ¿No ven que esas cortesías son ultraje con exceso? Llegad vos. (A MACARRÓN.)	
FILIPO	Todos debemos serviros.	85
ENRIQUE	A esa atención tengo yo la obligación.	

(Hablan aparte ENRIQUE y MACARRÓN.)

MACARRÓN	¡Oh qué cansados extremos de adulación insufrible!	
ENRIQUE	Si por amigos se dan, ¿cómo se conocerán?	90
MACARRÓN	Señor, eso es imposible.	
ENRIQUE	Filipo y Carlos sospecho que me asisten con fineza; si es doble, es mucha agudeza querer penetrar su pecho.	95
MACARRÓN	A Carlos fíale cuanto tienes, a Filipo no.	
ENRIQUE	¿Por qué Carlos te agradó?	
MACARRÓN	Porque no te alaba tanto.	100
ENRIQUE	Pues ¿eso puede cansarte?	
MACARRÓN	Sí, Señor; que día y noche alabar a troche y moche malo y bueno, es agraviarte; que el que a toda acción ajena con una alabanza iguala, no hace buena la que es mala, y pone en duda la buena. De que me diga me pico, el que a caballo me vio, que estoy tan airoso yo cuando voy en un borrico. Cuanto haces, aplauso halla; cuanto hablas, todo es felice; y cuando callas nos dice:	105
	«¡Qué lindamente que calla!». Si ayunas, dice: «¡Qué justo!». Cuando comes: «¡Qué limpieza!». Y al verte beber cerveza, dijo un día: «¡Lindo gusto!».	110
		115
		120

	A todo está tan agudo como si llevara sueldo, y te saluda un regüeldo, como si fuera estornudo.	
ENRIQUE	Entre estas dudas navego. Si hay quien quiera hablarme ahí, mira.	125
FILIPO	Alejandro está aquí.	
ENRIQUE	¿El Príncipe? Que entre luego.	
ALEJANDRO	Aunque lo disimuléis, verme es breve diligencia.	130
ENRIQUE	No he entendido a vuecelencia.	
ALEJANDRO	Bien entenderme podéis.	
ENRIQUE	Suplico a vueseñorías nos den licencia...	
CARLOS	Obediencia será en mí; que no licencia.	135
FILIPO	Por mí decirlo podías.	

(Vanse CARLOS, FILIPO, MACARRÓN, LELIO y los MÚSICOS.)

Escena III

ENRIQUE, ALEJANDRO.

ENRIQUE	(Aparte.) De la soberbia ambición deste hombre vivo ofendido; estimo haberse ofrecido de hablarle a espacio ocasión.	140
---------	--	-----

(**Siéntanse los dos.**)

	Pues solos hemos quedado, y habéis venido a tal hora, habladme claro; que ignora ese estilo mi cuidado.	
ALEJANDRO	Eso es querer vuecelencia divertir mi pretensión; la que tengo yo, es razón de que el Rey me dé licencia de volverme a mis estados, que de la guerra oprimidos, de su dueño no asistidos,	145 150

	están muy desamparados. Y así, vengo, como es ley, a hablaros; que en lo tocante tengo por más importante	155
ENRIQUE	veros a vos que no al Rey. Señor Príncipe, no creo que ignoraréis mi nobleza.	
ALEJANDRO	Es de la primer grandeza, de Sicilia su trofeo.	160
ENRIQUE	Asentada esa opinión, sabed que el mundo pregona que soy yo por mi persona más que por ese blasón; y que tras alguna hazaña	165
	me dio respeto entre sabios, el primer bozo en los labios que me nació en la campaña. Donde, sin que a un escalón mi sangre supliese el plazo,	170
	ciñó el puño de mi brazo desde la pica al bastón. Cuando en sosegadas horas juegan otros sus hazañas, iban por arduas montañas	175
	mis escuadras vencedoras. Cuando otro de amante queja buscaba el tierno suspiro, pasaba el aire de un tiro quemándome la guedeja.	180
	Al sol entre escarcha helada vi (al Mongibelo marchando) nacer y morir rozando las plumas de mi celada; y en la noche, al valor grata,	185
	la escarcha por interés, los perfiles de mi arnés bordaba flores de plata; y entre este afán valeroso, digno aún de vuestras memorias,	190
	di yo a mi rey más vitorias que quejas el envidioso; y de todas las campañas traer pudo mi bizarría escrita con sangre mía	195

la copia de mis hazañas.
 Todo esto os he referido,
 por si acaso en la afición
 del Rey me buscáis razón
 para ser favorecido; 200
 no por mérito a este honor,
 mas porque sepáis que es llano,
 que tengo honrada la mano
 con que recibo el favor;
 que la gracia pretendida 205
 de un rey, en humana fe
 se llama gracia porque
 no puede ser merecida.
 Y siendo gracia este honor,
 de gracia le da a quien quiere; 210
 y a quien quiera que le diere,
 le hace capaz del favor:
 porque si de merecella
 nadie es digno, aunque blasone,
 a cualquiera en quien la pone, 215
 le da el mérito con ella.
 Siendo así, ¿por qué razón
 os habéis vos de ofender
 de que yo llegue a tener
 por su gusto este blasón? 220
 Pues vos mismo por injusto
 tuvierais, y aun por traición,
 separada la ambición,
 no lograrle al Rey el gusto.
 ¿Sois vos dueño de envidiallo, 225
 y aborrecerlo por ley,
 y no puede serlo el Rey
 de querer bien a un vasallo?
 Señor Príncipe, dejada (**Levántase.**)
 esta cuestión, entended 230
 que a poder esta merced
 merecerse por la espada,
 sin el favor que me dio
 mi rey, si así se adquiriera,
 della con vos y cualquiera, 235
 tuviera el mérito yo.
 Y en cuanto a la pretensión
 que tenéis, deciros quiero
 que en todo el Rey es primero

y si contra esta atención, 240
de algún loco barbarismo
se atreve la hipocresía,
castigaré su osadía;
sí, por vida del Rey mismo.
Háblale pues, si quisiere, 245
vuecelencia, siendo así,
que si él le remite a mí,
yo haré lo que conviniere. (Vase.)

Escena IV

ALEJANDRO; luego, MACARRÓN.

ALEJANDRO ¿Esto oigo y puedo escuchallo? 250
No me ofende tu persona,
sino el Rey, que le ocasiona
este desaire a un vasallo.
Mas ¿no me da la ocasión
el desempeño más cierto?
Pondrá en Sicilia Roberto 255
de Nápoles el blasón.
MACARRÓN **(Para sí, al salir.)**
Ya Filipo acompañando
iba al Conde, mi señor,
que es muy su acompañador.
ALEJANDRO **(Aparte.)**
Pues me lo está aconsejando, 260
irá a lograr mi osadía
lo que la ocasión le ofrece. (Vase.)

Escena V

MACARRÓN; después, FLORA, con manto, y LELIO.

MACARRÓN El Alejandro parece
que va con Alejandría.
Mas Lelio y Flora ¿no son 265
los que vienen por allí?
¿Qué lo dudo, pesia a mí?
Toco a bufa y a ficción.

(Salen FLORA y LELIO.)

LELIO	¿Por qué allí le has de esperar?	
FLORA	Importa mucho el aviso que le traigo, y es preciso.	270
LELIO	Pues no le puedes errar.	
MACARRÓN	Con Lelio no, que le estampo en mi lición por maestro; pues es tan docto cabestro, que hará un encierro en el campo.	275
LELIO	¿Tú, Macarrón, dices eso, sastre de la humanidad?	
FLORA	Ventaja tiene, es verdad, que es alcahuete con queso.	280
MACARRÓN	Y digo, ¿es esa faltilla cosa que no me releva para que el alma se atreva a las prendas de Florilla?	
LELIO	Pues de alcahuete la maña ¿ha de dar mérito en mí?	285
MACARRÓN	Pues digo, Flora, ¿yo en ti pretendo alguna ermitaña?	
LELIO	Pues oye...	
FLORA	(A LELIO.) Calla, pobrete; que lo has hecho deshonor.	290
	¿Tiene qué dar un señor puesto como el de alcahuete? Entre dos enamorados, si el que zurce es advertido, pueden hacerse un vestido sin que él lleve los recados; y sin trabajo, si infieres <i>la poca costa que ten, facer que se queiran ben os homes com as mulheres.</i>	295
MACARRÓN	¡Ah pícara redomada!	300
LELIO	El Conde viene; cuidado.	
FLORA	Pues si viene acompañado, llegaré disimulada.	

Escena VI

ENRIQUE, CARLOS, FILIPO. DICHOS.

(Tápase FLORA.)

FILIPO	No ha hecho cosa vuecelencia jamás de mayor primor.	305
MACARRÓN	(Aparte.)	
CARLOS	Ya escampa el adulador. Perdóname esta licencia, Señor; que soy de opinión que disimularlo fuera más conveniente, y te diera a tiempo más ocasión.	310
ENRIQUE	Nada reserva mi pecho a dos tan fieles amigos; de todo seréis testigos, mas ya, Carlos, está hecho.	315
FLORA	Señor.	
ENRIQUE	¿Qué pedís?	
FLORA	Que quieras socorrer como conviene a una viuda que tiene a su marido en galeras.	320
MACARRÓN	Extremado pasatiempo.	
ENRIQUE	No entiendo vuestro dolor. Pues ¿es muerto?	
FLORA	No, Señor; mas morirá andando el tiempo.	
ENRIQUE	Pues ¿por qué os llamáis viuda?	325
FLORA	Si en esto disgusto os doy, casada seré desde hoy.	
MACARRÓN	Señor, que es Flora.	
FLORA	Sin duda.	
ENRIQUE	Bien te puedes destapar; que a Filipo y Carlos fío lo interior del pecho mío, y nadie puede extrañar que dé, entre tanto cuidado, lugar a un amor honesto, habiendo de ser tan presto preciso elegir estado.	330 335
FLORA	Pues, Señor, con mucho espacio puedes lograr la ocasión, porque Laura y Porcia son	

	hoy de visita en palacio,	340
	y ya tardan en llegar.	
ENRIQUE	Pagarte quiero la nueva;	
	esta sortija te lleva.	
FLORA	Véatela yo llevar	
	en una justa.	
	(Aparte.) Esto es medra.	345
	Y ¿esta es sana?	
ENRIQUE	¿No se ve?	
FLORA	No es eso fácil.	
ENRIQUE	¿Por qué?	
FLORA	Suelen tener mal de piedra.	
ENRIQUE	¿Vienen juntas?	
FLORA	No, Señor.	
ENRIQUE	Que mi amoroso desvelo	350
	lleguen a entender recelo,	
	porque procura mi amor,	
	entre las dos repartido,	
	saber de su inclinación	
	de cuál con más afición	355
	es mi amor correspondido;	
	y sabiéndolo, elegir	
	la que quiere más de veras.	
FLORA	Si tú, Señor, me creyeras,	
	yo lo pudiera decir.	360
	Porcia es rica y ambiciosa,	
	y tú valido, Señor;	
	yo no siento que es amor	
	querer dulces la golosa.	
	Porque aunque hay muchos galanes,	365
	no el preferirte te enoje;	
	que quien es boba no escoge	
	higos entre mazapanes.	
	Laura es pobre, y no se induce	
	a valer de tu tesoro;	370
	eso tengo yo por oro,	
	que aquello es lo que reluce.	
ENRIQUE	De que Porcia me pidiera,	
	y Laura no, en un amor	
	tan noble y de tanto honor,	375
	¿qué indicio sacar pudiera?	
FLORA	Tu juicio a mi labio mide,	
	que hablas con quien bien lo infiere;	
	cuando pide la que quiere,	

	sólo quiere lo que pide.	380
	Mas Porcia viene.	
ENRIQUE	Es verdad.	
	Que os retiraseis quisiera	
	donde vuestra amistad viera	
	lo que no mi ceguedad;	
	que el errar una elección	385
	de amor está en contingencia	
	y he de hacer una experiencia	
	que os dé al discurso ocasión.	
CARLOS	A lo oscuro deste paso	
	los dos estamos atentos.	390
FLORA	Yo haré mis fingimientos;	
	haz tú que llegas acaso.	

(Retíranse ENRIQUE, CARLOS, FILIPO, LELIO y MACARRÓN.)

Escena VII

PORCIA. FLORA; ENRIQUE, CARLOS, FILIPO, LELIO y MACARRÓN, **ocultos**.

PORCIA	(Al salir.)	
	Mira si llega mi prima,	
	y decidla que la espero,	
FLORA	Bellísima Porcia.	
PORCIA	Flora,	395
	¿acá estás?	
FLORA	¡Bueno por cierto!	
	¿Has de venir tú a palacio,	
	sin que yo venga siguiendo	
	tus pasos, aunque no sea	
	más que por cogerle al suelo,	400
	cuando le pisa tu planta,	
	las flores que van naciendo,	
	para ponerme hecha un mayo,	
	aunque salgas por enero?	
PORCIA	Buena estás.	
FLORA	No estoy.	
PORCIA	¿Por qué?	405
FLORA	Tengo de cuidado un dedo.	
PORCIA	¿Dedo? ¿Qué te ha sucedido?	
FLORA	Me le ha dado un corrimiento,	
	que parece que es carbunco.	

MACARRÓN	(Al paño.) La Florilla es de los cielos.	410
CARLOS	(Aparte, donde está oculto.) ¡Cielos! ¿Se engañan mis ojos? Porcia (a quien adoro) veo solicitada de Enrique; pues amor salga del pecho, pueda más que yo mi amigo.	415
PORCIA	¿Has visto a Enrique?	
FLORA	¡Eso es bueno!	
ENRIQUE	¿No hay más que ver a un privado? (Saliendo.) Quien llega tan a buen tiempo que oye su nombre en los labios de vueseñoría, es cierto	420
PORCIA	Puede a lo menos saber que no está olvidado; mas también de sus empleos puede hacer, si son indignos, de que en la dama el acuerdo sea enojo o sea cariño.	425
ENRIQUE	Si hiciera merecimiento (caso que pudiera haberse, que antes de todo le niego) la fineza del que adora, pudiera yo estar muy cierto de que es buena esta memoria; pero entenderlo no puedo, porque aunque sirva y adore, deuda es, no merecimiento; y así, bellísima Laura, digo, Porcia...	430
PORCIA	Es mayor yerro: si el labio hace lo que manda la memoria, no es bien hecho que le corrija el cuidado. Seguid, Enrique, su efecto, y no usurpe Porcia a Laura (que está tan en vos) el tiempo.	435
ENRIQUE	¿Yerros de acaso os enojan?	440
PORCIA	Antes me advierten los yerros.	
ENRIQUE	Permitid que a desmentirlos	445

	a dar queja de lo que he visto, aunque estoy muriendo.	480
	Quedaos pues, y no os estorbe mi agasajo los empleos de vuestras obligaciones, que ofrecido le agradezco.	
FLORA	(Aparte.)	
	Miren lo que hace el ser pobre.	485
ENRIQUE	No excuso el iros sirviendo.	
LAURA	Y ¿por precepto?	
ENRIQUE	Es castigo, más forzoso obedecerlo. Guárdeos, Porcia, digo Laura...	
LAURA	Enrique, guárdeos el cielo.	490
ENRIQUE	Aún no he reparado yo, bella Porcia, en tanto empeño.	
LAURA	Si Porcia no soy, Enrique, sabed que soy a lo menos quien más que Porcia os estima;	495
	y si a mi agradecimiento le dais afectos fingidos, básteme por desempeño, siendo vos el conde Enrique, la deuda que en los dos dejo.	500
	(Aparte.) Ventura fue como mía la fe que creí en su pecho. (Vase.)	

Escena XX

ENRIQUE, FLORA; CARLOS; FILIPO, MACARRÓN y LELIO, **que salen.**

FLORA	(Aparte.) ¿Ven aquí lo que es ser pobre; que aun celos pide a remiendos?	
ENRIQUE	Filipo, Carlos, amigos, ¿lo habéis escuchado atentos?	505
FILIPO	Yo con toda mi atención.	
CARLOS	(Aparte.)	
	Yo con todo el sentimiento.	
ENRIQUE	Ya es hora de ver al Rey; mientras llegamos, os ruego me digáis (pues habéis visto en entrambas el efecto	510

	que hizo mi industria) de cuál la fineza pagar debo.	
MACARRÓN	Señor, no tomes mas voto que el mío, que es el más cierto: Laura quiere más.	515
ENRIQUE	¿Por qué?	
MACARRÓN	Porque es más bella.	
ENRIQUE	Pues, necio, ¿quiere más la más hermosa?	
MACARRÓN	Sí, Señor; que la que es menos, ¿qué importa que yo la quiera, si ella quiere a mi dinero?	520
FLORA	No es la razón esa. Laura quiere más, pues tuvo celos con miedo, que es propio amor de pobre; que esto es lo mismo que pasa cuando prestado van dos a pedir dinero, uno con necesidad, y otro por algún suceso.	525
	sin ella, el que no la tiene, llega y pide con despejos: «Présteme usted veinte escudos»; de modo que no da tiempo a decir más de «Aquí están».	530
	El pobre llega diciendo: «Señor, yo os vengo a pedir, porque estoy con un aprieto muy grande (que yo seré muy puntual en volverlos), cien reales que he menester»; y mientras dijo todo esto, el otro pensó la excusa; con que se vuelve sin ello.	535
FILIPO	Enrique (Aparte.) Finja mi voz porque no entienda mi pecho, yo digo que Porcia os ama.	540
CARLOS	Pues (aunque contra mi afecto fuera, dijera lo mismo) que más ama Laura entiendo.	545
ENRIQUE	Pues yo sigo la opinión de Filipo, porque celos no tuvo Laura.	550
MACARRÓN	(Aparte a ENRIQUE.)	

	Por Cristo,	
	que aunque sea lo más cierto,	
	porque él lo dijo es mentira.	555
ENRIQUE	Mas ya al cuarto del Rey llevo;	
	quedaos hasta hora de audiencia.	
CARLOS	Sin vos no estoy en mi centro.	
FILIPO	Pues esperando os estamos.	
ENRIQUE	Adiós.	

(Vanse CARLOS y FILIPO; los demás entran por una puerta y salen por otra.)

Cámara del Rey.

Escena X

ENRIQUE, FLORA MACARRÓN, LELIO.

FLORA	Señor.	
ENRIQUE	Vete presto,	560
	que ya pienso que el Rey sale,	
	y veme después.	
FLORA	Harelo;	
	que habiendo sortija en él,	
	seré entre cuatro estafermo.	
	¡Ah, picarones, venid!	565
LELIO	Yo voy.	
MACARRÓN	Y yo como un trueno.	
LELIO	A mí me llaman.	
MACARRÓN	Y a mí.	
FLORA	(Aparte.)	
	Mucho me agradan los celos.	
LELIO	(A FLORA.)	
	¿No he de ir yo?	
FLORA	Sí.	
MACARRÓN	Y ¿ego ⁽¹⁾ ?	
FLORA		Quoque.
MACARRÓN	¿Velo usía, señor Lelio?	570
LELIO	(A FLORA.)	
	Pues ¿qué quieres de los dos?	
FLORA	Hitos, huevos y torreznos ⁽²⁾ .	

(Vase con MACARRÓN y LELIO.)

Escena XI

EL REY, que sale leyendo un papel; ACOMPAÑAMIENTO. ENRIQUE.

ENRIQUE (Aparte.)
Con semblante airado el Rey
viene una carta leyendo.
REY ¡Oh pecho humano, de traición vestido, 575
de nadie conocido!

(A los que le siguen.)

Dejadme solo. ¿Cómo ser podría
descubierta tu aleve hipocresía?

(Vase el acompañamiento.)

ENRIQUE Señor, ¿vos enojado?
REY Enrique, amigo, en verte me he templado 580
que es tu amistad espejo a mis enojos.

ENRIQUE La esclavitud se ofende,
con que os miran mis ojos,
del nombre de amistad que no pretende.
La amistad, gran Señor, es entre iguales, 585
que aun siendo simpatía,
gozar favores tales,

gracia, Señor, es tuya, y dicha mía.
REY Supuesto que amistad la nuestra sea,
hablarte a espacio quiero; 590
dame una silla, que el dolor severo
de la gota me aflige, y antes lea
la carta tu atención que hoy ha llegado.

ENRIQUE Beso tus pies.
REY Advierte su cuidado.

ENRIQUE (Lee.)
«Cada día tengo nuevos avisos de los
confidentes de Nápoles, del riesgo a que
están estos puertos, por trato que se presume
de los vasallos de vuestra alteza, para cuyo
efecto son las disposiciones de la armada que
Roberto, su rey, previene. Las facciones
anteriores acreditan estas sospechas. Doy
cuenta a vuestra alteza, para que en esto
ponga la atención necesaria. Guarde Dios la

	persona de vuestra alteza, como sus vasallos hemos menester. Mesina. <i>El conde Juan de Claramonte</i> ».	
REY	¿Qué dices deste aviso?	595
	¿Presumes tú en algunos este caso?	
ENRIQUE	Confieso que indeciso en esto, mi discurso duda el paso, porque un leal deseo no sabe presumir caso tan feo.	600
REY	¿Sabes tú quién se dé por ofendido de ti u de mí?	
ENRIQUE	En algunos principales lo conozco; mas yo los he tenido por descontentos, no por desleales.	
REY	¿Quién son esos?	
ENRIQUE	El príncipe de Otranto y algunos deudos suyos.	605
REY	De aquesos no me espanto; que siempre fueron enemigos tuyos.	
ENRIQUE	Otros mi pecho ignora.	
REY	Pues, Enrique, mi amigo, escucha ahora ⁽³⁾ por muerte del rey, mi padre, Fadrique (que otra diadema logra en paz), me dio Sicilia la prevenida obediencia, desvaneciendo la injusta pretensión, con su fineza, de mi tío el rey Roberto; que de Nápoles inquieta debió a tu valor mi frente el laurel que la venera.	610
	Mas, prosiguiendo Roberto sus malogradas empresas (aunque nunca averiguadas), presumidas diferencias de vasallos poderosos han sido las que conservan esta llama escandalosa, que apagada en mi defensa, con oculto ardor renace de las cenizas que quedan.	615
	Ninguno de mis vasallos da más causa a mi sospecha que Alejandro, por la antigua	620
		625
		630

pretensión que el reino hereda.
 Mas siendo así que esto todo 635
 es indicio, y que no pueda
 nuestra atenta vigilancia
 llegar a darle más fuerza,
 tu amistad, de mí ayudada
 con la industria, ha de ser piedra 640
 en que toque los quilates
 della con nuestra sospecha.
 Pedro soy yo, que a Sicilia
 rijo en legítima herencia,
 cuando en Portugal, Castilla 645
 y Aragón tres Pedros reinan,
 a cuya justicia, a cuya
 rectitud, a cuya entereza
 la firmeza de los polos
 sin estruendo titubea. 650
 Yo, que soy el cuarto en ellos
 hasta ahora, haré que sea
 en el número mi fama,
 por mi industria, la primera.
 A ti te basta mi gracia; 655
 y asentada en la firmeza
 de mi favor esta basa,
 puesto que Alejandro sea
 de quien con más causa temes
 el daño que se recela, 660
 por si acaso le ocasiona
 de mis favores la fuerza,
 le he de hacer tantos, que pasen
 de su deseo. Y si alienta
 su enojo la envidia tuya, 665
 siendo tus triunfos su ofensa,
 con desaires aparentes
 he de ultrajar tus finezas
 de suerte, que satisfaga
 su ambición y su soberbia 670
 (para ver si su atención
 las deslealtades enmienda
 que presume nuestra duda),
 sus agravios y sus medras.
 Veamos si hace mi agasajo 675
 de una injuria una fineza;
 y mi favor, como suele

el diestro artífice, sea
 el pilar con que afianza
 en la pared mal dispuesta 680
 la amenazada ruina
 del edificio que tiembla.
 Y si acaso nuestra duda
 fuere vana, y su fe cierta,
 se ha de seguir deste intento 685
 que tú, publicando quejas,
 ocasiones que te busquen
 (como hombre de tantas prendas,
 y en la guerra tan capaz)
 los que hacer mal te desean; 690
 que aunque obren con más recato,
 cuando ofendido te crean,
 así cual dos instrumentos⁽⁴⁾
 templados a una cadencia,
 al herir el uno, el otro 695
 con el mismo acento suena,
 si tú te muestras templado
 al tenor de sus cautelas,
 cuando se toque tu labio,
 aunque más recato tengan, 700
 será preciso que suene
 al acento de su queja.
 Demás desto, al mismo tiempo,
 con amistad más atenta,
 yo, como interior amigo, 705
 veré quién te lisonjea,
 quién te estima, quién te engaña;
 y si hacer tu amor intenta
 buena elección en tu esposa,
 sabrás quién ama de veras, 710
 quién halaga tu fortuna
 y quién te adula por ella.
 Y dándonos con secreto
 lugar a estas conferencias,
 los dos aseguraremos 715
 nuestra parte, porque tenga
 en los dos el mundo ejemplo
 de los trofeos que espera
 de la industria y la amistad,
 la unión que el ingenio intenta. 720
 A tus pies, Señor, rendido,

	te doy gracias de que sea en tu elección mi humildad asunto de tal empresa.	
REY	Enrique, amigo, ya es hora de venir a su asistencia Alejandro y los demás. Con disposición secreta te daré el modo de verme.	725
	Vete, y a aprender comienza quejas de agravios fingidos.	730
ENRIQUE	Señor, ¿sabré yo aprenderlas, cuando tenerlas no puedo?	
REY	Enrique, sí, como sepas que porque agravio las finja, las estudia la fineza.	735
	Vete; que vienen.	
ENRIQUE	Yo voy a obedecer; mas quisiera que te enojés con templanza; que, aun fingido, me amedrenta.	740
REY	Antes será con exceso; pues cuando airado me veas, si es mucho, la sinrazón te dirá que no es de veras.	
ENRIQUE	Logre el cielo tu deseo. (Vase.)	745

Escena XII

ALEJANDRO, FILIPO, CARLOS. EL REY.

ALEJANDRO	Ya es hora, Señor, de audiencia.	
REY	Alejandro, hoy no he de darla.	
ALEJANDRO	Pues ¿qué novedad es esta?	
REY	Despertar yo de un letargo. Cuando a verme Enrique venga,	750
	Alejandro, no permitas que pase de aquella puerta, mi camarero mayor.	
ALEJANDRO	Mi humildad tus plantas besa.	
REY	(A CARLOS.) Luego le pide la llave...	755
FILIPO	(Aparte.) Cielos, ¡qué rara extrañeza!	

REY	Carlos, canciller del reino.	
CARLOS	Señor, ¿cómo darme intentas el honor que Enrique tiene?	
REY	Pan que ya no lo tenga.	760
CARLOS	El corazón se me ha helado.	
REY	Filipo, sea acción vuestra, pues capitán de mi guarda os nombro, que la asistencia quitéis a Enrique en mi casa, y luego se salga della.	765
FILIPO	Tus pies, por tantos honores, humilde mi labio besa.	
REY	Alzad, conde de Belflor.	
FILIPO	Tu edad la del fénix sea.	770
ALEJANDRO	Dar los títulos de Enrique castigo es que arguye ofensa.	
REY	Alejandro, ejecutad lo que mi labio os ordena. (Vase.)	

Escena XIII

ALEJANDRO, FILIPO, CARLOS.

FILIPO	Cielos, ¿de qué habrá nacido tan impensada extrañeza?	775
ALEJANDRO	(Aparte a FILIPO.) Filipo, para lograr las disposiciones nuestras con seguridad más fácil... (Baja la voz.)	
CARLOS	Turbado y sin mí me deja tan desusada mudanza. ¡Ah, fortuna! ¿quién desea las prosperidades tuyas?	780

Escena XIV

ENRIQUE, MACARRÓN; **luego**, EL REY. DICHOS.

MACARRÓN	Señor, la ocasión no pierdas; que ya pienso que se ven.	785
ENRIQUE	Asistir al Rey es fuerza; de aquesta puerta no pases.	

ALEJANDRO	Ni vos podéis pasar de ella. Atrás volved.	
ENRIQUE	¿Quién lo dice?	
MACARRÓN	¿Está este hombre loco, o sueña?	790
ALEJANDRO	El camarero mayor lo manda.	
MACARRÓN	Por Santa Tecla, que este hombre ha perdido el juicio.	
ENRIQUE	Pues ¿no lo soy yo?	
ALEJANDRO	Lo erais;	
	pero, dándome esa llave, sabréis lo que soy yo.	795
MACARRÓN	¡Buena!	
	¡La llave pido! Por Cristo, que la ha cogido maestra.	
FILIPO	Y que hoy salgáis de palacio también mi labio os ordena.	800
ENRIQUE	¿Quién?	
FILIPO	El conde de Belflor.	
ENRIQUE	¿Yo no lo soy?	
MACARRÓN	¡Otra es esta!	
FILIPO	Y el capitán de la guarda, que soy yo.	
CARLOS	Enrique, paciencia.	
MACARRÓN	Esto es de la misma cuba. Señores, ¿en qué despensa hay licor tan generoso, que esto pone en las cabezas? Pues ¿quién os lo manda?	805
ENRIQUE		
REY	(Sale.)	
	Yo.	
ENRIQUE	Si lo manda vuestra alteza, en mí (aun para ultrajes míos) es lisonja la obediencia. Tomad la llave, Alejandro. Mas saber, Señor, quisiera mi inocencia por qué causa...	810
REY	Enrique, por culpas vuestras, salid luego de palacio; no vuestra osada presencia me empeñe más, repitiendo la memoria de la ofensa.	815
MACARRÓN	(Aparte.) Ved aquí un tapiz cabal.	820

	Las figuras son aquestas, y mi amo la caída.	
ENRIQUE	Yo he servido a vuestra alteza con la lealtad y decoro que se debe a su asistencia. Y si alguna envidia ingrata alevosamente intenta deslucir blasones míos, más claros que las estrellas, viven los cielos eternos, que con razón en defensa de mi honra, a todo riesgo darán mis alientos muestras; y de vos abajo...	825 830
REY	Basta.	835
ENRIQUE	(Aparte.) Yo aquí no finjo la queja; porque, aunque estoy prevenido, de un rey la airada presencia, aún fingiendo, asombra tanto, que lo he sentido de veras.	840
REY	Venid, Alejandro amigo, pues ya mi gracia os alienta, almirante de Sicilia.	
ALEJANDRO	Vivas edades eternas.	
REY	Venid, conde de Belflor.	845
MACARRÓN	(Aparte.) Della del berro lo sea.	
REY	Y vos también, Canciller.	
ENRIQUE	¿Con mis honores los premios?	
MACARRÓN	(Aparte a ENRIQUE.) Ya, Señor, no queda cardo, quitadas aquellas pencas.	850
REY	Esto es premiar castigando.	
CARLOS	Yo suplico a vuestra alteza me dé licencia, Señor, de no acetar, en ofensa de Enrique, honor que fue suyo.	855
REY	¿Por qué?	
CARLOS	Por la amistad nuestra. Fue la mitad de mi pecho; y cuando él tu gracia pierda, a mí, como parte suya, fuerza es que parte me quepa	860

REY	del castigo, y no del premio. (Aparte.) Ya comienza la experiencia. Yo premiaré esa lealtad.	
ENRIQUE	(Aparte.) Ya hallé un amigo de veras.	
MACARRÓN	(Aparte.) ¡Oh, Carlos, del mejor Carlos primo hermano! Yo te vea con más narices que el Santo.	865
REY	Pues advertid, cuando os premia mi favor, cómo castiga mi justicia sus ofensas. (Vase.)	870
ALEJANDRO	Nuestra lealtad favoreces. (Aparte.) Mejor diré mi cautela. (Vase.)	
ENRIQUE	¡Filipo!	
FILIPO	Vueseñoría desocupe el cuarto, y sea antes que vaya una escuadra a hacer esta diligencia. (Vase.)	875

Escena XV

CARLOS, ENRIQUE, MACARRÓN.

ENRIQUE	No es poco la señoría; que más bajarme pudiera.	
MACARRÓN	A ponerte en la merced, te debiera reverencia, tratándote como fraile.	880
CARLOS	¡Enrique!	
ENRIQUE	(Aparte.) Fingir es fuerza.	
CARLOS	¿Qué es esto?	
ENRIQUE	Una ingratitud, una tiranía ciega de un rey injusto, que así mis nobles servicios premia. Ven, Carlos; que voy sin mí de ver que el Rey me desprecia.	885

Jornada segunda

Audiencia del Rey.

Escena I

LELIO, MACARRÓN; éste **pobrementemente vestido.**

MACARRÓN	¿Yo pobre, yo desdichado, yo sin tener qué comer, siendo macarrón ayer de la mesa de un privado? Reniego de quien ha sido...	5
LELIO	Pues, necio, con mal hablar ¿qué pretendes?	
MACARRÓN	Sustentar las bocas de este vestido. Reniego...	
LELIO	Calla.	
MACARRÓN	No puedo. Déjame tú renegar; que aunque me quiero ahorcar, aún no llegamos al credo.	10
LELIO	Paciencia es mejor mostrar.	
MACARRÓN	Téngala, si al fin se alegra, un yerno con una suegra, que la pretende heredar. Téngala un tonto muy rico, por más que a pullas le abrasen, pues para que no le pasen trae pellejo de borrico. Téngala un judío que fía su dinero a un familiar que no paga, y le va a dar la disculpa cada día. Mas no hagamos della alarde nosotros, que hemos quedado como tabla de pescado Sábado Santo en la tarde.	15 20 25
LELIO	A una cama y cuatro sillas	

LELIO	que eres un Judas teñido.	
MACARRÓN	Yo soy contra quien me aúlla.	
LELIO	Un brodio napolitano.	
MACARRÓN	Tú, macarrón siciliano.	75
LELIO	Tú, natural de la Pulla.	
	Pues si a hablar hemos venido, el Rey ya a la audiencia sale.	
	Veremos a cuál le vale la opinión que hemos seguido.	80
MACARRÓN	Aunque te hagan vara y media más que a mí de honra y favor, voto al sol, que eres traidor, aquí y fuera, de comedia.	

Escena II

EL REY, ALEJANDRO, FILIPO, CARLOS; **luego**, ENRIQUE, **oculto detrás de una cortina**. DICHOS.

REY	¿Traéis todos los memoriales, Alejandro?	85
ALEJANDRO	Sí, Señor.	
REY	(Aparte.) Porque conozca mejor Enrique quién son leales o falsos a su asistencia, aquí te tengo escondido, y estará atento su oído al crisol desta experiencia.	90

(Aparece ENRIQUE detrás de la cortina.)

ENRIQUE	(Aparte.) De mi rey aquí encubierto, está atento mi temor a ver quién falta a mi amor o me engaña, que es más cierto. Mas viéndome ya ultrajado, sin hacienda y sin trofeo, ¿en quién quedara deseo de hacerme más desdichado?	95
ALEJANDRO	(Mostrando unos papeles.) Todos aquestos, Señor,	100

	son contra Enrique.	
REY	Leed.	
MACARRÓN	Haranle mucha merced.	
ALEJANDRO	Fabio Rodi, contador, dice que de Enrique está toda tu hacienda usurpada, y que la cuenta, ajustada, su culpa comprobará.	105
ENRIQUE	A este hice yo contador. ¡Oh! ¿Quién de ingratos se fía?	110
REY	Pon: «A mi contaduría».	
MACARRÓN	(Aparte.) ¿Que esto diga este traidor?	
ALEJANDRO	Druso, almirante de armada, que la tuya se perdió, dice, porque le mandó con intención declarada Enrique salir del puerto contra el aire.	115
MACARRÓN	(Aparte.) Y contra tierra.	
REY	Pon: «A la junta de Guerra».	
ENRIQUE	Que a este di la vida es cierto, sacándole del desaire de ir a muerte condenado.	120
MACARRÓN	(Aparte.) Si a éste le hubieran ahorcado, no hablara más en el aire.	
ALEJANDRO	(Aparte.) Éste de mi industria ha sido, por darla seguridad. El coronel Potestad, que a Nápoles fue rendido, pide que a tu fe publique que él tocó con evidencia que tuvo correspondencia con su rey Roberto, Enrique.	125
ENRIQUE	¿Qué escucho? ¡Ah, fiero traidor! De mis mayores amigos le juzgué.	130
ALEJANDRO	Ofrece testigos.	135
REY	Préndanle.	
ALEJANDRO	Será rigor.	
REY	Pues ¿por qué?	
	Porque es traidora	

	su intención.	
ALEJANDRO	Es caso grave.	
REY	Si desde entonces lo sabe, ¿por qué lo calló hasta ahora?	140
ALEJANDRO	No se atrevió.	
REY	Pues no tarde por eso su muerte infiel; que no es para coronel quien me arriesga de cobarde. Y destos cargos de hoy, y cuanto de Enrique sea, Carlos, que es su juez, lo vea.	145
CARLOS	Pues yo por libre le doy.	
REY	¿Por qué?	
CARLOS	Porque sé, Señor, que ha servido a vuestra alteza Enrique con la nobleza de su sangre y su valor; y tanta injuria imputada probaré que son traiciones, ante vos con las razones, y en el campo con la espada.	150
REY	(Aparte.) Si hago yo que esto no ignores, Enrique, harto te doy ⁽⁵⁾ .	155
MACARRÓN	(Aparte a CARLOS.) Mueran; que a tu lado estoy contra un caíz de traidores.	160
REY	Mirad si hay quien quiera hablarme, porque solo me dejéis.	
MACARRÓN	Señor, yo.	
LELIO	Y yo.	
REY	¿Qué queréis?	
LELIO	Yo, pedir.	
MACARRÓN	Y yo, quejarme.	
REY	Hable uno.	
MACARRÓN	Yo.	
REY	¿Por qué vos?	165
MACARRÓN	Porque, si en ello reparas, éste es hombre de dos caras; yo soy uno, y él es dos.	
REY	Decid.	
MACARRÓN	Por tener sus brazos, servía en Enrique a ti;	170

	caímos, y como caí, he quedado hecho pedazos. Como asisto a un desvalido, pienso que ayuno, o no pienso; que el hombre no es como el censo, que da de comer caído.	175
REY	Y así, te pido algo, dado por los servicios que viste. Pues ¿qué servicios me hiciste?	
MACARRÓN	Dos mil arbitrios que he dado.	180
REY	¿Se ejecutaron?	
MACARRÓN	Sólo uno; mas otros no.	
REY	¿Por qué, pues?	
MACARRÓN	El primer arbitrio es que no se tome ninguno.	
REY	Y ¿hay otros?	
MACARRÓN	Ya uno refiero, de que ninguna mujer sea mala.	185
REY	Y ¿qué se ha de hacer?	
MACARRÓN	Que ellas tengan el dinero. Los hombres no, porque al vellos sin tener ya que pedirlos, no habrá una que llegue a oírlos, aunque se muera por ellos.	190
REY	Y los otros ¿son mejores?	
MACARRÓN	Éste es de una industria rara. Arbitrio tercero es para que no maten los doctores.	195
REY	¿Cómo ha de ser?	
MACARRÓN	Que el doctor cure el enfermo a destajo. Si sana, cobre el trabajo por arancel tasador: tanto el tabardillo; acierto, tanto, de un dolor de ijada. Si muere, no cobre nada y entierre a su costa el muerto.	200
REY	Y ¿vos?	
LELIO	Señor, por blasón también a Enrique serví; y aunque merced recibí, ya que hay mancha en su opinión	205

ENRIQUE	dejarle es trato fiel.	
MACARRÓN	¡Quién creyera su traición!	210
LELIO	Éstas las dos caras son. Y quisiera, pues con él gasté en la guerra mis bríos, que me ocupases acá.	
REY	¿Qué cargos tuviste allá?	215
MACARRÓN	Señor, trajo muchos líos.	
LELIO	Fuera sargento, si tarda más la guerra.	
MACARRÓN	Y bien lo apuestas. Ocho días trajo a cuestras el palo de una alabarda.	220
REY	En fin, por verle ultrajado, ¿queréis servir a otro dueño?	
LELIO	Yo sí.	
MACARRÓN	Yo no; que es empeño morir de hambre y ser honrado.	
REY	(Aparte.) Hasta en esta humilde gente	225
ENRIQUE	prueba la industria su efeto. Bien la fama, rey discreto, te da el laurel de prudente.	
REY	(Aparte.) Que este quede castigado premio es de aquella lealtad.	230
FILIPO	Filipo, por su bondad, recibid este criado. Con toda mi estimación le admito.	
REY	(A MACARRÓN.) Y volvedme a ver, que yo os haré socorrer	235
MACARRÓN	a vos por vuestra atención. Enfado es el replicar; mas hacedme...	
REY	¿Qué he de hacer?	
MACARRÓN	Que porque pueda volver me den algo que trocar.	240
REY	Alejandro, despejad; que a solas quedarme quiero.	

(Hablan aparte ALEJANDRO y FILIPO.)

ALEJANDRO Filipo, el logro que espero

	tiene más seguridad,	
	estando tan agraviado	245
	Enrique, y que su valor	
	no ha de negar nuestro error;	
	que está ahora mal premiado.	
	Dél nos hemos de valer	
	de un medio que he discurrido;	250
	con un intento fingido	
	su casa hemos de ir a ver.	
FILIPO	Todo tu industria lo alcanza.	
ALEJANDRO	Ven, hablaremos los dos.	

(Vase con FILIPO.)

CARLOS	(Aparte.)	
	¡Ah, traidores! ¡Quién de vos	255
	podiera tomar venganza! (Vase.)	
LELIO	Muy bien quedas, Macarrón.	
MACARRÓN	Quedo leal.	
LELIO	Es verdad.	
	Ayune a santa lealtad;	
	que es muy buena devoción.	260

(Vanse LELIO y MACARRÓN.)

Escena III

ENRIQUE, EL REY.

REY	Pues a solas he quedado,	
	dar quiero un rato de amor.	
	Sal, Enrique.	
ENRIQUE	(Sale.)	
	Gran Señor,	
	a tus pies estoy postrado.	
REY	Llega, abrázame, camina,	265
	no dilates gusto tal;	
	levanta, gran Senescal;	
	llega, duque de Medina.	
	Mira que me des pesar;	
	lógrame, amigo, este amor.	270
ENRIQUE	Sólo ese nombre, Señor,	
	me pudiera levantar.	

REY	¿Por qué?	
ENRIQUE	Aunque en mí no ha cabido, al oír, como escuché tantos delitos, no sé cómo quedaría tu oído.	275
REY	Pues ¿eso a dudar te pones, cuando mi amistad compite con el cielo, que no admite peregrinas impresiones? Tus enemigos impíos te he dado ya a conocer; ahora a ti te falta hacer que conozca yo los míos.	280
ENRIQUE	Bien quisiera que los vieras; mas, a poderlos hallar, no les diera yo lugar a que tú los conocieras. Mas, Señor, si a mi fortuna quieres colmar el trofeo, sólo falta a mi deseo...	285
REY	¿Qué dichas te faltan?	290
ENRIQUE	Una.	
REY	¿Cuál es?	
ENRIQUE	Hacer elección de mi esposa.	
REY	Tú dijiste que entre Laura y Porcia viste partida tu inclinación. Ya en palacio están las dos, y la ocasión de saber cuál la más fina ha de ser.	295
ENRIQUE	Amor es ciego, aunque es dios, y dudo si acertará, por lo que dél participo.	300
REY	Pues Alejandro y Filipo me las han pedido ya.	
ENRIQUE	¡Ah, falso amigo! ¡Ah, traidor! ¡Quién aquesto antes supiera!	305
REY	Y yo intento... Mas espera; que esta ocasión es mejor, pues al cuarto de la Reina van las dos, acompañadas de Alejandro y de Filipo. Tú puedes ver lo que pasa	310

	detrás de aquella cortina; que su intento ha de ser causa de que tú sepas ahora	315
ENRIQUE	cuál es firme y cuál ingrata. Señor, perdona el hacerte parte de amorosas ansias.	
REY	Amor tan honesto, y tuyo, me toca, Enrique, en el alma.	320

(**Vuelve a ocultarse CARLOS detrás de la cortina.**)

Escena IV

PORCIA y LAURA, **acompañada de ALEJANDRO y FILIPO; éste se retira inmediatamente.** DICHOS.

LAURA	Yo no he de pasar de aquí, si no os quedáis.	
ALEJANDRO	Ni llegara mi osadía, a no entender que esto es deuda, y no esperanza; no cumplir la obligación por obediencia, es lograrla. (Vase.)	325

Escena V

LAURA, PORCIA, EL REY; ENRIQUE, **oculto.**

PORCIA	Yo no entiendo tu entereza: ¿que te acompañase, Laura, Alejandro te ha ofendido?	
LAURA	Sí; que cuando a Enrique agravia, y él vive en mi estimación, me ofende si me agasaja.	330
PORCIA	¿De Enrique agora te acuerdas? ¿No ves que es fruta pasada?	
LAURA	Mas aquí está el Rey.	
REY	Condesas, aunque mi memoria os halla siempre, fue alegre de veros cuando mi cuidado trata de premiar deudas que tiene	335

LAURA	mi atención a vuestras casas. Recibiendo, gran Señor, tantas honras, queda el alma incapaz de merecer lo que le sobra a la paga.	340
REY	(Aparte.) Atento está Enrique, y quiero con la pretensión contraria hacer que venza a la duda. Veros deseo empleadas en quien digno a la unión sea.	345
LAURA	Alejandro os pide, Laura. Señor (Aparte.) El alma me ha herido, la voz del Rey, mi esperanza no pudo emprender más triunfo que vuestro gusto. Mas falta, después de vuestro precepto, el de mi padre, a quien halla la ausencia desta noticia acaso tintas las armas en sangre enemiga vuestra ⁽⁶⁾ .	350 355
REY	No excuso yo dilatarla esa atención; y la deuda nunca puedo yo olvidarla.	360
LAURA	Pues siguiéndose a la vuestra la de mi padre, ¿qué falta en quien voluntad no tiene?	365
REY	(Aparte.) Yo sabré desesperarla. (Aparte.) Ya Laura se declaró.	
ENRIQUE	(Aparte.) ¿Por qué me inclino yo a Laura ⁽⁷⁾ , viendo su inconstancia? Es pobre, y la trocó mi mudanza.	370
REY	Porcia, a vos Filipo os pide.	
PORCIA	(Aparte.) Y es lo que yo deseaba, teniendo tantos aumentos. Señor, cualquiera palabra parece réplica, y es en tanto favor ingrata. Y así, sólo decir puedo, de tanto honor obligada, que yo debo estimar siempre a quien os logra la gracia.	375 380
ENRIQUE	Por mí sin duda lo dice.	

REY (Aparte.) Por Enrique se declara.
Pues yo os lograré ese afecto.
PORCIA Siempre viviré a tus plantas.

(Pasa EL REY al lado de ENRIQUE.)

REY (Aparte a ENRIQUE.)

Vamos, Enrique.

ENRIQUE

(Aparte.)

De amante,
voy ofendido de Laura.

385

(Vase con EL REY.)

Escena V

LAURA, PORCIA.

LAURA Porcia, sin alma he quedado.
PORCIA ¡Jesús! ¿qué dices?

LAURA La causa
es Alejandro; yo haré
que pierda las esperanzas,
desengañando a desaires
su fineza y su arrogancia.

390

PORCIA Yo no he de faltar a Enrique.
¿Eso es tener amor, Laura?

LAURA Si lo dices por ultraje,
yo lo tomo en alabanza:

395

amor es correspondencia
con que se miran las almas,
que nace con ellas mismas,
y sólo con ellas falta.

400

El mal uso deste afecto,
Al decoro de las damas
se niega sólo en el nombre;
que en el ser no hay forma humana
que pueda vivir sin él,
pues tras hombre y bruto, pasa
esta oculta simpatía
a las flores y a las plantas.

405

Siendo así, el negar amor
es sola una cortesana

410

hipocresía, debida
 al respeto desta casa,
 haciendo cuestión de nombre
 la estimación a la gracia,
 por no equivocar el uso 415
 de amor vulgar en las damas.
 Porcia, a Enrique quise, y quiero
 ya con fineza más alta,
 porque antes era muy rico,
 yo muy pobre, y la distancia 420
 sube agora mi fineza,
 que su fortuna le baja,
 pues siendo pobres entrambos,
 toca el punto que señala
 el fiel de amor en su peso 425
 la igualdad de las balanzas.
 Sólo siente mi piedad
 la precisa disonancia
 que ha de hacer a sus sentidos
 el mirar grandeza tanta 430
 reducida a un pobre albergue;
 que aun dicen que las alhajas
 que requiere la decencia
 de un hombre noble le faltan.
 Los criados le han dejado, 435
 la amistad toda era falsa;
 sola yo he quedado fina;
 y en mí, por ser desdichada,
 lo que restaurar desea
 mi corta mano no alcanza. 440
 Mas, para que Enrique sepa
 la fe que debe a mis ansias,
 a esta joya se reduce
 la riqueza de mi casa;
 esta me dejó mi padre, 445
 partiéndose a la campaña,
 que era lo más de su hacienda,
 aunque pudo tener tantas
 de despojos de vitorias,
 que supo vencer su espada; 450
 que al soldado más triunfante,
 le sacan de la batalla
 tintos en sangre los puños
 y llenas de oro las palmas.

Ésta le quiero enviar, 455
 no por crédito a mis ansias,
 sino porque en su pobreza
 de lo que vale se valga,
 y agradezca mi deseo;
 que harto cumple en deuda tanta, 460
 si no puede como quiere,
 quien como puede le paga.
 Y así, Porcia, te suplico,
 porque la Reina me manda
 que la asista en el jardín, 465
 y ya ella pienso que baja.
 Que des en viniendo a Flora
 este papel y esta caja,
 para que a Enrique la lleve.
 Quédate pues, que ya pasa, 470
 sepa Enrique que le quise,
 y que en su grandeza estaba
 tibia mi fe, de cobarde,
 y agora firme de hidalga. (**Vase.**)

Escena VI

PORCIA; **luego**, FLORA.

PORCIA	Enamorada locura 475 y resolución extraña es dejar quien manda el mundo por quien de mandarle baja. Flora viene; haré su gusto, aunque de muy mala gana. 480
--------	---

(**Sale** FLORA.)

FLORA PORCIA FLORA	Porcia. Seas bien venida. Beso el palo del azada con que se cayó la tierra en que se puso la planta que produjo la azucena 485 con quien tuvo semejanza de esas cinco sabandijas de cristal tu mano blanca.
--------------------------	---

PORCIA	Siempre bien templada vienes.	
FLORA	¿Pues no, cuando mi guitarra suena con cuerdas tan lindas como con Porcias y Lauras? Tal prima con tal tercera ¿quieres que esté mal templada?	490
PORCIA	La lisonja te agradezco.	495
FLORA	Perdone Porcia en las brasas, la romana o dominica, que en tu competencia es gata. Mas ¿cómo va de palacio?	
PORCIA	Estamos muy bien halladas.	500
FLORA	¿Rabiáis ya por almendrucos?	
PORCIA	¿Qué hay de Enrique?	
FLORA	¡Ay! no me hagas acordar de aquese pobre, que me quiebras las entrañas. No tiene más de un criado, que es cosa que no le falta a un gallego en la taberna; sólo la luz en su casa es cosa de garabato, porque con candil la sacan. No hay quien dél se acuerde.	505
PORCIA	Flora,	
	No tanto; que a alguna dama debe Enrique más memorias hoy, que del Rey en la gracia.	
FLORA	Será mujer de la gloria, pues el empeño le agrada. ¿Quién es tan santa mujer, que del purgatorio saca hoy el ánima más sola?	515
PORCIA	Este papel y esta caja lo dirán; llévale a Enrique, y dile que la mudanza de la fortuna no tiene jurisdicción en el alma.	520
FLORA	¿Caja, Señora? ¿Qué dices? Cuando calurosa vayas a una fuente, se te vuelva de conserva de borraja.	525
PORCIA	Vete pues; que en el jardín están la Reina y las damas,	530

FLORA	y asistir allá es forzoso. No tardes, Flora, en llevarla. ¿Qué llamas tardar? Quisiera que cuando tu amor me saca, me hiciera el viento pelota, y que tú fueras la pala.	535
PORCIA FLORA	Adiós. Adiós. Mas, Señora, ¿qué estado tiene en tu gracia mi pretensión de mondonga?	
PORCIA FLORA	Presto la verás lograda. (Vase.) Pondré unas manos de cera en un sábado colgadas, y marchó a dar mi recado. ¿Marchó dije? Sí, muchacha; que es poco soldado quien con una caja no marcha. (Vase.)	540 545

Sala en casa de Enrique.

Escena VII

ENRIQUE; MACARRÓN, **que trae una luz.**

ENRIQUE	Pon esa luz, Macarrón, encima de este bufete.	
MACARRÓN	Ya está aquí la luz.	
ENRIQUE	Pues vete.	
MACARRÓN	¿Quieres hacer oración?	550
ENRIQUE	La soledad, imagina que alivia mi adversidad.	
MACARRÓN	Pues si quieres soledad, ve, Señor, a la cocina; que porque tu mal se vea no sólo estás tú abatido, porque también ha perdido los humos la chimenea. Los platos a tus criados imitan, porque servido han a privado caído, y están todos arrimados. Las fuentes, que eran amponas, y llevar aves su oficio,	555 560

	perdieron el ejercicio,	565
	y se han quedado caponas.	
	Cualquiera olla el juicio pierde	
	de verse tan macilenta,	
	y hay olla que se contenta	
	con ser de carnero verde.	570
ENRIQUE	¡Que mal pagó el amor mío	
	Lelio!	
MACARRÓN	Era lelo en efeto ⁽⁸⁾ ;	
	y hoy, a no llevar coletto	
	el dicho Lelio, le lió ⁽⁹⁾ .	
ENRIQUE	Que más le estimé imagina,	575
	engañado, entre los dos.	

Escena VIII

FLORA. DICHOS.

FLORA	Sea aquí la paz de Dios.	
MACARRÓN	También está en la cocina.	
ENRIQUE	Flora ¿tú te has acordado	
	de mí en mi estado?	
FLORA	Sería	580
	ingritud.	
MACARRÓN	Cada día	
	me caigo yo de mi estado.	
ENRIQUE	¿A qué vienes?	
FLORA	No te aflija;	
	que a darte he venido, a fe,	
	aunque yo me la llevé,	585
	el premio de la sortija.	
	Estos dos dones, entrambos	
	te dirán que hay quien se acuerde	
	de ti, y aun quien por ti pierde.	
MACARRÓN	Uno que juega por ambos.	590
FLORA	De las dos primas te abona	
	tanto, que una este papel	
	te envía, y esto con él.	
MACARRÓN	Oh prima, Dios te haga nona	
ENRIQUE	¿De cuál es?	
FLORA	Seña es cabal;	595
	ese papel lee primero.	
ENRIQUE	Llega acá, que verle quiero.	

que olvidé en la faltriquera...
(Registrándose.)
FLORA Que me burles no es razón.
ENRIQUE Sí, toma aqueste cordón.
MACARRÓN Pagote como tercera. 640
ENRIQUE El ser poco me embaraza.
FLORA ¿Qué es poco bulto? Vellón
hay en aqueste cordón
para sitiar una plaza.
ENRIQUE **(Aparte.)** Ruido siento hacia la puerta 645
de que al Rey di llave; él mismo
debe de ser. Vete, Flora.
FLORA Pues páguete San Francisco
este cordón en el cielo.
ENRIQUE Yo responderé.
FLORA Eso pido; 650
que el volver será otra vuelta.
ENRIQUE Dejadme solo.
MACARRÓN Camino.
FLORA Florilla, ¿no partiremos?
Es locura dar partido
a quien juega más que yo 655
a los trucos.
MACARRÓN Sólo pido
zarandajas.
FLORA Por las idas.
MACARRÓN Pues en yéndote, perdimos.
FLORA ¿Beberás de lo barato?
MACARRÓN ¡Pléguete Cristo conmigo! 660
¿Eso preguntas?
FLORA Pues vamos,
y te daré media a cinco.

(Vase con MACARRÓN.)

Escena IX

ENRIQUE; luego, EL REY.

ENRIQUE Mirar quiero si es el Rey.
REY **(Sale.)**
¿Es Enrique?
ENRIQUE Señor mío,

Escena XI

ALEJANDRO, FILIPO, MACARRÓN, LELIO. ENRIQUE; CARLOS y EL REY, **ocultos**.

ALEJANDRO	¿Vos intentáis detenernos? Necio, loco, ¿no habéis visto a Filipo y Alejandro?	695
MACARRÓN	Yo soy sesenta Filipos y Alejandros en mi casa, y Magnos.	
FILIPO	Quita, atrevido.	700
LELIO	Aparte, necio.	
ENRIQUE	¿Qué es esto?	
ALEJANDRO	Enrique, los dos venimos, con orden del Rey, a ver vuestra casa.	
MACARRÓN	¡Buen capricho! Señores, ya está alquilada.	705
FILIPO	(Aparte.) Esto ha de ser el motivo de declararnos con él.	
ENRIQUE	(Aparte.) ¡Qué escucho, cielos divinos! ¿Qué haré, estando en ella el Rey?	
REY	(Al paño.) Sin duda que han presumido nuestra industria y mi venida, y quieren con tal disignio saberlo. Todo se arriesga si me ven.	710
ENRIQUE	Si esto es preciso, dadme el decreto del Rey.	715
ALEJANDRO	A hombres como yo y Filipo se dan órdenes a boca; que sobran por escrito.	
ENRIQUE	(Aparte.) A todo riesgo, que al Rey no conozcan determino. Pues los hombres como yo, no dejan ver los retiros de su casa, sin ver antes firma del Rey.	720
FILIPO	Al ministro que le toda por su cargo averiguar un delito,	725

ENRIQUE
ALEJANDRO
ENRIQUE

quiero ver de sus engaños.
Pues, Señor, está advertido.
¿Qué haces, Enrique?
Esperar
la luz.

(**Escóndese EL REY.**)

Escena XIII

MACARRÓN, con dos luces. DICHOS.

MACARRÓN
ALEJANDRO

Hela.
Pues conmigo
no habéis de entrar. Tomad vos
esa luz. (A LELIO.) 755

ENRIQUE
MACARRÓN

Nada os resisto;
entrad, y veréis mi cuarto.
Dicha tienen de judíos,
pues no hay en él, para que
se rompieran los hocicos,
cosa con que tropezar. 760

ALEJANDRO

Quedaos, pues. (**Aparte a FILIPO.**) Venid, Filipo,
así aseguro el secreto,
y logro el intento mío.

(**Vanse ALEJANDRO, FILIPO y LELIO; éste con una luz.**)

Escena XIV

ENRIQUE, MACARRÓN, EL REY y CARLOS, ocultos.

MACARRÓN
ENRIQUE

¿Qué es esto, Señor?
No sé; 765
de prenderme es el indicio.

MACARRÓN

Por la tropa de Paris,
si alfileres han venido,
que han de volver sin cabezas.
La nariz a Lelio chirlo; 770
que aquí tengo una navaja
para jugar al crucillo.

ENRIQUE

¿Qué he de hacer, si el Rey lo manda?

MACARRÓN	Pesia mi alma, dar gritos, que los pongas en el cielo,	775
	y dar a entender tu brío, que eres más fiel que un repeso, y que de ti no es delito que no esté cabal tu fama,	
	si te sisan los oficios,	780
	y has servido más entero que zapato de corito. Y que lo sepa, Señor, Nápoles y su distrito,	
	Alemania, Francia, España,	785
	y Caramanchel, y el vino; que él hablará más que todos.	
ENRIQUE MACARRÓN	Calla, Macarrón. Por Cristo que ya me vuelvo fideo.	

Escena XV

ALEJANDRO, FILIPO, LELIO. DICHOS.

ALEJANDRO	(Aparte a FILIPO.) Solo está, y nuestro peligro asegurado en la industria.	790
ENRIQUE ALEJANDRO	¿Habéis ya mi cuarto visto? Sí, Enrique; y en él... Mas esto se ha de decir sin testigos.	
FILIPO	Echad fuera este criado.	795
	Idos vos con él. (A LELIO.)	
ENRIQUE	(A MACARRÓN.) Salíos.	
REY	(Al paño.) ¿Qué intentarán estos hombres?	

(**Vanse los CRIADOS.**)

Escena XVI

ALEJANDRO, FILIPO, ENRIQUE; CARLOS y EL REY, **ocultos.**

ALEJANDRO	Enrique, con un aviso
-----------	-----------------------

	he venido a vuestra casa, confirmado en lo que he visto.	800
ENRIQUE	Bien creí que mereceríais del Rey el justo castigo, mas no por tan gran traición. ¿Qué decís?	
FILIPO	Lo que hemos visto.	
ALEJANDRO	Entre unos papeles vuestros, que en un bufete inquirimos, esta firma en blanco hallamos; vedla vos.	805
ENRIQUE	¡Cielos, qué miro!	
	«El rey de Nápoles», dice.	
ALEJANDRO	¿Conocéis vuestro delito?	810
ENRIQUE	Vive el cielo, que es traición.	
ALEJANDRO	Tened, no hagáis el indicio para más que los dos solos, que sabremos encubrirlo, como piadosos y nobles, haciéndoos un beneficio en paga de alguna injuria.	815
REY	(Al paño.) ¡Qué es esto, cielos divinos!	
ENRIQUE	¿Qué es callarlo?	
FILIPO	No deis voces.	
ALEJANDRO	Vuestro honor está en mi arbitrio; y porque sepáis que yo a ampararos he venido, y no a quitaros la fama, ved esta.	820
ENRIQUE	Aquesta es lo mismo.	
ALEJANDRO	¿Vos no os veis pobre, agraviado, sin honor y sin alivio?	825
	¿Queréis mejorar estado?	
ENRIQUE	(Aparte.) Cielos, esta traza ha sido para empeñarme a su intento; fingiré por descubrirlos.	830
	Obligada está mi ofensa a solicitar mi alivio; mas ¿con qué seguridad?	
ALEJANDRO	Y ¿si en vuestro intento mismo estuviésemos nosotros?	835
ENRIQUE	Con eso no habrá peligro que embarace mi valor.	

FILIPO	¿Siguiréis nuestros motivos?	
ENRIQUE	Primero soy yo que todo.	
ALEJANDRO	¿Y que el Rey?	
ENRIQUE	Ya yo lo he dicho.	840
ALEJANDRO	Pues con aquesa palabra, sabed que yo he recibido estas dos firmas en blanco.	
REY	(Al paño.) ¡Cielos, salí de un abismo!	
ENRIQUE	Declaraos de todo punto, para que siga el arbitrio.	845
ALEJANDRO	Enrique, si entre nosotros este reino dividimos, será la mejor fortuna.	
ENRIQUE	Y hacernos de estatua dignos.	850
FILIPO	Pues con eso os convidamos.	
ENRIQUE	De tales pechos mi brío no esperó menos jamás.	
REY	(Al paño.) Ni yo tampoco. ¡Ah enemigos!	
ENRIQUE	Pues cómo ha de ser pregunto; que eso espero.	855
ALEJANDRO	Ya el disinio barajó vuestra caída; nosotros dar pretendimos por puertos de nuestro estado entrada a Roberto, y visto	860
	ya en nuestra mano el gobierno, os haremos el caudillo de las armas en Sicilia.	
REY	(Al paño.) Bien corresponde al aviso.	
ALEJANDRO	Con eso elegir podremos lo mejor.	865
ENRIQUE	Bien habéis dicho; que yo con eso podré ir dando a vuestros designios el logro que yo deseo.	
REY	Y será como imagino.	870
ALEJANDRO	Pues para que desde ahora lo tratemos, es preciso que juremos el secreto.	
ENRIQUE	Lo mismo iba yo a pedir.	
ALEJANDRO	Pues por la sagrada ley	875

	que católicos seguimos, juro yo que de mi labio nunca sabrán lo que he dicho, más de los que están presentes.	
REY	(Al paño.) Bien fácil será el cumplirlo.	880
FILIPO	Yo, por el Santo Evangelio, que creo, venero y sigo, juro que no lo sabrán más de los tres que lo oímos pena de infame.	
REY	(Al paño.) Pues miente,	885
ENRIQUE	la pena se ha dado él mismo. Pues yo, que me sigo ahora, juro por Dios uno y trino, con la fe de caballero. Pena de ser fementido;	890
	(atendiendo al rey Roberto, pues en su firma le miro), que lo que aquí se ha tratado, y se tratare conmigo, a más de los tres que somos,	895
	no dará mi labio indicio, y al Rey, que está aquí presente, pues le estoy viendo yo mismo. Y a ti, Rey, yo te aseguro vencer a tus enemigos;	900
	y aunque por traidor me tengan, hacer lo que he prometido, hasta no dejar memoria de quien te ofende. Y lo digo para que de mí lo entiendas,	905
	pues presente te imagino; que bien puedes escucharlo, si tu nombre tiene oídos.	
REY	(Al paño.) Bien cierto es leal vasallo, que lo escucho y lo he entendido.	910
ALEJANDRO	Pues, Enrique, no ocasione la tardanza algún indicio.	
FILIPO	Otro día nos veremos.	
ALEJANDRO	Pues adiós.	
ENRIQUE	Adiós, amigos.	

(Vanse ALEJANDRO y FILIPO.)

Escena XVII

ENRIQUE; CARLOS y EL REY, **ocultos.**

ENRIQUE	(Va donde está EL REY.) Cielos, gran gusto y gran dicha.	915
REY	Señor. (Al REY, bajando la voz.) (Con recato.) Mira si se han ido.	
ENRIQUE	Sí, Señor.	
REY	Dame los brazos, leal vasallo, noble amigo, que la corona te debo.	
CARLOS	(Sale.) Viven los cielos divinos...	920
ENRIQUE	Retiraos, Señor. ¿Qué es esto?	
	(Embózase EL REY.)	
CARLOS	Mal caballero y indigno de mi amistad... Mas ¡qué veo! ¿Otro hombre está aquí contigo? Pero si es traidor también,	925
REY	que de encubrirse lo afirmo, no importa que esté a tu lado. (Aparte.) Grave empeño.	
ENRIQUE	(Aparte.) Gran peligro.	
CARLOS	Carlos, di, ¿cómo aquí estás? Como entré aquí, falso amigo,	930
	sabiendo que aquí venía Alejandro con Filipo; y creyendo que su engaño hubiera alguno fingido para prenderte, venía	935
	a avisarte y concurrimos al entrar; y viendo el riesgo desesperado, escondido me quedé, para ponerme a tu lado en el peligro;	940

	donde he oído las traiciones que jurasteis, fementidos, en ofensa de mi rey. Y pues leal he nacido, y por amigo te tuve,	945
	y siendo traidor, no es digno tu pecho de tal renombre, desnuda el acero limpio, tú y el que a tu lado tienes, porque os dé justo castigo, o muera yo a vuestras manos, para que digan que fuimos amigos hasta la muerte; y no pueda yo estar vivo cuando pudiendo saberse tus alevosos delitos, digan que fuiste traidor cuando Carlos fue tu amigo.	950
REY	(Aparte.) ¡Notable queja y lealtad!	
ENRIQUE	Aunque es verdad lo que has dicho cuanto a lo que has escuchado, no en cuanto a lo que has creído. Yo soy leal a mi rey, y el tiempo será testigo de mi lealtad. Vete ahora; que yo te juro y te afirmo de sacarte desta duda, y que ahora no publico mi verdad por no poder.	960
CARLOS	¿Lo sabe el que está contigo?	970
ENRIQUE	Sí, y decir quien es no puedo.	
CARLOS	Siendo así, a no ser preciso reñir por tu deslealtad, riñera por esto mismo; pues si él sabe lo que callas a mi valor y a mi oído, ya es nuevo engaño el tener otro por mejor amigo.	975
ENRIQUE	Carlos, cré que yo te doy entre ti y el que aquí has visto el lugar que se te debe, y que cuanto puedo he dicho.	980
CARLOS	Yo he de morir o matar.	

ENRIQUE	(Aparte.) ¿Qué haré, cielos? ¿No has creído la verdad que te aseguro?	985
CARLOS	No la creo.	
(Descúbrese EL REY.)		
REY	Yo la fío.	
CARLOS	Señor, ¿vos? ¡Válgame el cielo! Humilde perdón os pido.	
REY	Dame los brazos.	
CARLOS	Señor, de tus plantas soy indigno.	990
REY	Levanta, leal vasallo, y entre dos tales amigos, parte quiero yo tener.	
CARLOS	Señor, todo el pecho mío es vuestro.	
REY	Pues la amistad de los tres honren los siglos. Venid, y el silencio sea desta amistad el archivo,	995
CARLOS	Un mármol será mi pecho. (Aparte.) ¡Viven los cielos, que ha sido fingida aquesta caída!	1000
ENRIQUE	Carlos, calla lo que has visto; y pues el lugar que debo te he dado, ten entendido que es <i>Mejor amigo el Rey</i> , y yo tu más firme amigo.	1005

Jornada tercera

Parque del palacio.

Escena I

ENRIQUE; **detrás**, MACARRÓN, **recelándose de él.**

ENRIQUE	(Aparte.) De orden del Rey, por la puerta
---------	---

	del Parque vengo a Palacio, y Macarrón desde casa viene siguiendo mis pasos.	5
MACARRÓN	(Aparte.) De gruesa y media de dudas, en que me tiene mi amo, salir intento, siguiendo su camino solitario.	
	Venir a Palacio sólo me significa pecado; mas si este hombre ya ha caído, ¿para qué le tienta el diablo?	10
ENRIQUE	(Aparte.) Su curiosidad no debe, siendo tan leal criado, enojarme; más me importa llegar, sin ser visto, al cuarto por donde entro a ver al Rey. Fingiéndolo encontrarle acaso, lo excusaré.	15
MACARRÓN	(Aparte.) Cuanto pasa he de sacar deste paso. Mas él vuelve, yo me escondo.	20
	(Escóndese.)	
ENRIQUE	(Aparte.) Retírese. En el estado en que ya está nuestra industria, conviene más el recato.	25
MACARRÓN	(Aparte al salir.) Él prosigue, yo le sigo. ¿Otra vuelta? Aquí me zampo.	
	(Vuelve a esconderse.)	
ENRIQUE	(Aparte.) Él sospecha mi venida, y mejor será empeñarlo a salir.	
MACARRÓN	(Aparte, saliendo.) Mucho es tener tantas vueltas sin ser vario. ¡Oh, si sacase esta enigma! Mas él vuelve, yo me agacho. Perder temo este partido, porque él vuelve y yo no saco.	30
		35

	Mucho mira; así me encubro: hasta el ser ruin sirve de algo. Aquí diera yo mi honra sólo por ser hombre bajo.	
ENRIQUE	(Aparte.) Él se recata; no importa, fingiré que vuelvo.	40
MACARRÓN	(Aparte.) Malo, ya me cazó.	
ENRIQUE	Macarrón, ¿qué haces aquí?	
MACARRÓN	<i>¡Verbum caro!</i> ¡Ay bendito San Antonio, una misa os doy de hallazgo!	45
ENRIQUE	¿Qué has perdido?	
MACARRÓN	¡Pesia a mí! Mucho más de lo que valgo.	
ENRIQUE	¿Qué dices?	
MACARRÓN	Pues ¿es buñuelo, cuando tan pobres estamos, haber perdido un doblón?	50
ENRIQUE	Y ¿de eso te afliges tanto?	
MACARRÓN	Señor, que era de dos caras, del tiempo de Enrique Cuarto, que las estoy viendo ahora.	
ENRIQUE	(Aparte.)	
MACARRÓN	¡Discreto picaronazo!	55
	(Aparte.)	
ENRIQUE	La pulla picó; me quemén si en mi sospecha no hay ajo. (Aparte.) Con esto estaré seguro. Yo había venido a palacio por si acaso, viendo a Porcia, pudiese a favores tantos dar mi fe agradecimiento; mas mejor será, pues traigo un papel que yo escribí en respuesta a su agasajo, que tú se le des.	60
MACARRÓN	Sí haré.	
ENRIQUE	Pues toma... Mas entre tantos ¿cuál será? Aqueste es sin duda. Llévasele tú volando,	65

que de Porcia en la fineza 70
el cumplimiento es en vano.
Pero Carlos viene, aguarda. **(Dale un papel.)**

Escena II

CARLOS. DICHOS.

(Hablan aparte CARLOS y ENRIQUE.)

CARLOS	Enrique, ¿tú aquí?	
ENRIQUE	Sí, Carlos, con secreto el Rey me llama; vete con este criado,	75
	que importa que no presuma que llego del Rey al cuarto. Adiós.	
CARLOS	¿No me dices más, cuando espero de tu labio noticia para vivir?	80
ENRIQUE	Para el empeño que aguardo te he menester esta noche en mi casa con recato; que allí verás cómo intento la corona del aplauso. (Vase.)	85

Escena III

CARLOS, MACARRÓN.

CARLOS	Vete con Dios. (Aparte.) Yo no entiendo en Enrique este embarazo. ¿Con equívocas palabras me habla, cuando he visto claros en él y el Rey sus designios?	90
	Mas amigos cortesanos sólo han de querer saber lo que les dijeren. Vamos, Macarrón.	
MACARRÓN	¿Dónde?	
CARLOS	No sé.	
	¿Dónde ibas?	

MACARRÓN	Mandó mi amo	95
	que este papel lleve a Porcia.	
CARLOS	Pues yo he de ir contigo.	
MACARRÓN	(Aparte.)	
	Malo;	
	él se me escurre.	
CARLOS	¿Qué miras?	
MACARRÓN	Estoy viendo en mi astrolabio	
	dónde llega el sol.	
CARLOS	¿Por qué?	100
MACARRÓN	Si son ahora las cuatro,	
	se me ha de escapar un hombre	
	con muchísimos ducados;	
	y se me escapa, por Cristo:	
	las cuatro dieron.	
CARLOS	¿Qué cuatro?	105
MACARRÓN	Pues ¿no ha visto usted el reloj?	
CARLOS	¿De qué es el reloj?	
MACARRÓN	De paso.	
CARLOS	Ven acá; que por aquí	
	se entra de la Reina al cuarto.	

(Entran por una puerta y salen por otra.)

Sala del palacio.

MACARRÓN	¡Qué bravo paso que lleva!	110
CARLOS	¿Qué dices?	
MACARRÓN	Por San Hilario,	
	que esta es caída de plaza,	
	pues ha mudado caballo.	
CARLOS	¿Qué dices tú de caída?	
MACARRÓN	¿Usted sabe si mi amo	115
	se hizo algún chichón?	
CARLOS	¿Por qué?	
MACARRÓN	Presumo que cayó en blando.	
CARLOS	¿Qué infieres deso?	
MACARRÓN	¿Qué infiero?	
	Pues ¿es bien, señor don Carlos,	
	hacer, no habiendo caído,	120
	sangrar mi estómago en falso?	
CARLOS	¿De qué caíste?	
MACARRÓN	De mi burro;	
	parece que somos zambos.	

	¿No me entiende?	
CARLOS	No te entiendo.	
MACARRÓN	Así entendiera yo a Baldo, para haceros a los dos dar dos caídas en vago.	125
CARLOS	Si vieres pasar a Porcia mira (que ya dentro estamos), o pregunta.	
MACARRÓN	Esto es mejor; mas con Flora viene hablando.	130
CARLOS	Sí, que ya en palacio sirve.	
MACARRÓN	¿Honró el mundo ya? Pues alto: alegróseme la sangre, lleno de favores salgo.	135
CARLOS	Llega tú a dar el papel, que yo estaré aquí esperando. (Aparte.) Cada vez que a Porcia miro, da a mi pecho un sobresalto, porque lucha la amistad con el amor que recato. (Vase.)	140

Escena IV

PORCIA, FLORA. MACARRÓN.

FLORA	Señora, el yerro fue tuyo.	
PORCIA	Que fuese el papel firmado entendí, más fácilmente tendrá Enrique el desengaño.	145
FLORA	Callar ha querido Laura, por ver si acaso es ingrato, y a fe que es agradecido; dígalo mi secretario.	
MACARRÓN	Con todo aquel circunloquio que a las cosas de palacio es debido, y en comedias no puede pagar mi amo, este misivo os envía.	150
	Tomad, sin poner la mano donde yo he puesto los dedos, a fuer de tomar tabaco; que se manchará vuesía.	155
FLORA	Señora, respuesta. ¡Bravo!	

PORCIA	¿Qué haré?	
FLORA	Tomarla y leerla, y darla a Laura.	160
PORCIA	Eso aguardo. Abierto está.	
MACARRÓN	Sí, Señora; que Enrique no habla cerrado.	
PORCIA	(Aparte.) Mas, cielos, ¡qué es lo que miro! Todo el papel está en blanco, y el rey de Nápoles firma. ¡Traidor!	165
MACARRÓN	La llaneza alabo.	
PORCIA	¿Qué traes aquí?	
MACARRÓN	No estoy bueno, y no sé lo que me traigo.	
PORCIA	¿Te dio este papel Enrique?	170
MACARRÓN	¿Es aquesto sogá o palo?	
PORCIA	¿Quién te le dio?	
MACARRÓN	Tenga usted, que ya me voy acordando: mucho se le parecía. Si no me ha engañado el diablo, mi amo es quien me le dio.	175
PORCIA	Pues decidle a vuestro amo que los vasallos leales, para lograr agasajos de su dama, no la envían firmas de reyes contrarios. (Dale el papel y vase.)	180

Escena V

FLORA, MACARRÓN; **luego**, CARLOS.

MACARRÓN	¿Qué papel es este con que hice yo papel tan malo?	
	(Sale CARLOS, y toma el papel.)	
CARLOS	Suelta, Macarrón. (Aparte.) ¿Qué miro? ¿Lo que veo estoy dudando? ¿Del rey veo Nápoles tiene Enrique firmas en blanco?	185

¿Si acaso será esta alguna
de las que trajo Alejandro?
Mas enviarla a su dama, 190
¿qué puede ser, cielo santo?
De las enigmas de Enrique
tengo el alma vacilando.
Macarrón, este papel,
di a Enrique que yo le guardo, 195
si antes que yo le encuentres;
que de aquí a buscarle parto. (**Vase.**)

Escena VI

FLORA, MACARRÓN.

FLORA	¿Macarrón?	
MACARRÓN	¿Qué es esto, Flora?	
FLORA	¿Qué es lo que has traído?	
MACARRÓN	El diablo.	
	Más bien que lo que he traído sé yo lo que tú has llevado.	200
FLORA	¿Qué traía este papel?	
MACARRÓN	Puede ser que Enrique, es zaino, en él desafiase.	
FLORA	¡Qué oigo! ¡San Pedro!	
MACARRÓN	San Pablo.	205
FLORA	¿Al campo mujer?	
MACARRÓN	Sí, Flora, por eso hay camas de campo. Mas ¿por qué está endemoniada?	
FLORA	Porcia ¿no es un cielo claro? ⁽¹¹⁾	
MACARRÓN	Sí será, pues según miro, tiene lunas en los cascos.	210
FLORA	Lunas, eso como estrellas; y pienso que son de marzo, porque graniza con sol, y truena.	
MACARRÓN	Allá darás rayo...	215
FLORA	Mas Laura viene: yo voy a decirla todo el caso.	
MACARRÓN	Espera, Flora.	
FLORA	No puedo; que pasa el Rey a su cuarto,	

	y tenía que decirte...	
MACARRÓN	¿Qué?	220
FLORA	Que todo está trocado: que el papel era de Laura (que Porcia es un tigre hircano), que ella le envió la joya, y es la que le está adorando;	225
	mas no puedo, por la prisa, y te lo diré de espacio. (Vase.)	

Escena VII

MACARRÓN	Sí; que agora no lo he oído. ¡Que esto pasa, cielo santo! Pues ¿Porcia trata con brutos, que con la mano del gato saca las brasas de amor? Vive Cristo, que a mi amo se la he de sacar del pecho, y aunque la tenga en el bazo.	230 235
----------	--	------------------------------------

Escena VIII

EL REY, ALEJANDRO, FILIPO. MACARRÓN.

REY	(Aparte.) Por más que el pecho reprimo, qué mal los ojos recato destos traidores, a quien justos castigos aguardo.	
MACARRÓN	Rey y señor.	
REY	¿Qué decís?	240
MACARRÓN	Que yo soy, si no me engaño, aquel pobre Macarrón que quedó medio guisado en vuestro prometimiento; mas, como lumbre no ha dado, aún se está pollo, y yo crudo.	245
REY	No me olvido de premiaros; vedme después.	
MACARRÓN	Los despueses ¿qué tanto tendrán de plazo?	

	Príncipe, mirad que allí en el despacho os espera qué es lo que el reino me ofrece para la armada que junta;	285
	la consulta de la junta ved, y decid qué os parece.	
ALEJANDRO	Voy, Señor, a obedecerte. (Vase.)	
FILIPO	Yo a no estorbarte. (Vase.)	

Escena X

EL REY; luego, ENRIQUE; después, ALEJANDRO.

REY	Id con Dios.	
	Presto me darán los dos justa venganza en su muerte.	290
	Mas ¡qué miro! Enrique ha entrado, que esperaba, y ha entendido que estos traidores se han ido: el secreto ha aventurado,	295
	porque Alejandro le ha visto; mas ya enmendarlo he dispuesto.	
	(Sale ENRIQUE.)	
ENRIQUE	Tus pies, gran Señor.	
REY	¿Qué es esto?	
	Mal el enojo resisto; pues vos, bárbaro, atrevido,	300
	¿a mi presencia venís? ¿Vuestras culpas no advertís?	
ENRIQUE	Señor, ¿qué dices? ¿qué he oído? ¿por qué?...	
REY	(Aparte.) Entenderme no puede; si responde se declara.	305
	¿Vos osáis verme la cara?	
ENRIQUE	¿Qué es esto que me sucede? ¿Señor?...	
REY	Callad; que no es ley que habléis, ni os miren mis ojos, pues no entendéis los enojos	310
	con que os habla vuestro rey. (Aparte.) ¡Qué atento Alejandro está,	

ENRIQUE	aun señas no puedo hacer! ¡Yo estoy sin mí! ¿Desde ayer se trocó mi suerte ya?	315
REY	(Aparte.) Enrique está sin sentido, y su pena estoy sintiendo.	
ENRIQUE	Señor...	
REY	De veros me ofendo. (Aparte.) El secreto va perdido con cualquier palabra suya.	320
ALEJANDRO	(Sale.) Señor, la consulta vi.	
REY	Vamos, Príncipe, de aquí; que con la presencia tuya se templarán los enojos. Y entended vos que recato las sinrazones de ingrato al veneno de los ojos; que ya de vuestra osadía pudierais haber sabido la causa que aquí ha tenido esta destemplanza mía. (Vase.)	325 330
ALEJANDRO	(Aparte.) Haberse Enrique atrevido a entrar aquí, enigma tiene; averiguar me conviene si es este enojo fingido. (Vase.)	335

Escena XI

ENRIQUE	¡Qué escucho, cielos! ¡qué miro! ¿Qué sombra es esta? ¿qué enigma, que no cabiendo al oído, también entró por la vista? ¿Yo ayer lleno de favores, y hoy de oprobios? ¿Yo a las iras de un Rey, y ayer a su halago? ¿Yo sin alma? ¿Yo sin vida? ¿Yo?... ¡Qué sé yo lo que siento, lo que dudo, lo que diga! ¡Ay de mí! perdí el sentido: valor y razón se rindan. ¿Si hay causa?... Pero ¿qué causa?	340 345
---------	--	--------------------------------

¿Si envidia?... Pero ¿qué envidia?
 ¿Qué causa dio al mar la nave 350
 que en su senda cristalina,
 en la templada bonanza
 del claro apacible día
 forma círculos de plata,
 y la espuma agradecida, 355
 las flámulas que tremola,
 en el espejo le riza,
 para que impensadamente
 escollos de cristal finja,
 espumosos rayos forme, 360
 montes de nieve compita;
 para que la triste nave
 toque, al horror combatida,
 con la gavia las estrellas,
 las arenas con la quilla, 365
 hasta dar en un peñasco,
 donde de tantas astillas
 trueque a túmulo su pompa,
 ¿que no faltan las cenizas?
 Pues si en el cielo y el agua, 370
 cuya pureza es nativa,
 hay impensadas mudanzas
 que la inocencia castigan,
 ¿qué dudo en un pecho humano?
 ¿Cómo la razón admira 375
 que falte un hombre? ¿Qué digo?
 ¿Faltó? Sí. ¡Ay de mí, a qué indigna
 razón provoqué mi labio!
 ¿Antes que el alma y la vida
 me falta mi rey? Señor, 380
 ¿dónde está vuestra justicia?
 Señor...

Escena XII

EL REY. ENRIQUE.

REY
ENRIQUE

Enrique, ¿qué es esto?
 Faltarme, Señor, la vida,
 faltar la voz, el aliento,
 faltarme la razón misma, 385

	y faltarme vos.	
REY	¿Qué dices? Vive el cielo, que me irritas con esa desconfianza, tanto, que a veras quería reducir las apariencias.	390
	Pues ¿no pusieras la vista en aquel traidor que estaba oyéndome, y no verías que era amparar el secreto el fingir yo aquellas iras?	395
ENRIQUE	La razón de tu lealtad ¿no bastó a contradecirlas?	
REY	Señor, ¿que yo... que tú... dices? Enrique, alienta, respira, que me das pena; ¿qué es esto?	400
ENRIQUE	Señor, venir tan de prisa el placer contra el pesar, que el uno al otro se impida; y en la lucha del encuentro, porque ni muera ni viva, suspendérseme el aliento.	405
	Por Dios, que a espacio lo digas, porque se restaure el pecho; que en tan contraria noticia, temiendo el uno la entrada, no halla el otro la salida.	410
REY	Enrique, dame los brazos; y si alguien nos oye mira, si otra vez te sucediere.	
ENRIQUE	Mueran, Señor, los que aspiran al sacro laurel alevés.	415

Escena XIII

ALEJANDRO, **al paño**. DICHOS.

ALEJANDRO	Cielos, ¿si miente la vista? ¿Qué miro y qué escucho, penas?	
REY	Enrique, la rama altiva se ha de cortar con industria, pues tras ella otras peligran.	420
ENRIQUE	Pues, gran Señor, no dilates	

PORCIA	No es correspondencia mía, pues no la debe una dama a quien traidor tiraniza la lealtad que a su rey debe, y al de Nápoles le fía sus secretos y su engaño.	455 460
REY	¿Qué dices?	
PORCIA	La verdad misma, pues con sus firmas en blanco mi agasajo solicita.	
REY	¿Enrique firmas del Rey?	
PORCIA	Cuando a mí me las envía, ¿puede ser más su traición?	465
REY	¿Las guardaste tú?	
PORCIA	Sería indigno de mi nobleza, y la fe con que te estima.	
REY	¿Quién te las dio?	
PORCIA	Su criado, a quien mi mano ofendida la volvió. En ella hallarás...	470
REY	Porcia, el aviso te estima mi amor; yo quedo advertido.	
PORCIA	Tu edad el fénix compita. (Vase.)	475

Escena XV

EL REY; **después**, ALEJANDRO y FILIPO.

REY	¡Qué es esto, cielos! ¿A Enrique acusa su dama misma? Mas ¿cómo al crédito suyo manchar sospecha imagina? ⁽¹²⁾ Esto ha sido algún engaño, que ella, leal, no averigua.	480
ALEJANDRO	Señor, de hallarte aquí solo se da mi lealtad albricias.	
REY	¿Qué hay, Alejandro, Filipo?	
ALEJANDRO	Anoche, a aquella hora misma que te dejamos, tuvimos aviso de que escribía el de Nápoles a Enrique, y un pliego en que iban escritas	485

ENRIQUE	sino mi amor, que fulmina rayos a tu ingratitud? ¡Válgame Dios! A mi vista ¿qué parte puede ocultarse?	640
REY	Solo estás, templa las iras, Señor; que pueden matarme, aunque sé que son fingidas. ¿Cómo fingidas, aleve? ¿Tú tus traiciones confirmas, y quieres que finja yo el enojo a que me obligas?	645
ENRIQUE	Pues, Señor, viven los cielos, que aunque un bronce el pecho anima, ya no puedo resistir que más el enojo finjas. Y a todo riesgo resuelvo poner a tu planta invicta mil mundos, si mil te ofenden, escuche o no su malicia;	650
REY	porque me da más horror que ver armados de envidia ejércitos de traidores, la apariencia de tus iras. ¡Ah de mi guarda!	655
ENRIQUE	¿Qué dices?	660

Escena XX

CARLOS, FILIPO, LELIO, MACARRÓN. DICHOS.

FILIPO MACARRÓN	Señor, ¿qué mandas? (Aparte.)	
REY	Aprisa llama el Rey, aquí me premia. Filipo (Aparte.) En vano se anima mi enojo, prended a Enrique.	
ENRIQUE	¿Qué es esto?	
REY	No lo resistas; que te haré dar muerte luego. Mientras mi labio os avisa otra prisión, a la torre le llevad.	665
MACARRÓN	(Aparte.)	

	<p style="text-align: center;">Cuando entendía mi engaño que sobre falso era esta obra, ¿es tan maciza, que es una torre el cimiento? Lleve el diablo mis malicias.</p>	670
ENRIQUE	<p>Gran Señor, el discurrir en vuestro enojo me priva del discurso; sólo ahora son las señas conocidas de que me hablabais de veras. Y si de veras se irrita vuestra alteza, muera yo, y no le ofenda mi vida.</p>	675
MACARRÓN REY	<p>¿Qué es morir, pesia mi alma? Poned en la torre misma a este hombre también.</p>	
MACARRÓN	<p style="text-align: right;">¿Qué es torre?</p> <p>¿A mí a la torre me envías? Por la torre de David, que el Macarrón de Sicilia, aunque le maten traidores, es hecho de buena harina.</p>	685
REY ENRIQUE	<p>Haced luego lo que os mando. Señor, la sentencia impía no esperará mi valor; que ya la llevo en tu vista.</p>	690
REY	<p>(Aparte.) Sin mí voy; que todo es falso cuando sus ojos me miran. (Vase.)</p>	695
FILIPO	<p>Enrique, venid. (Aparte.) Con esto se aseguran nuestras vidas.</p>	
ENRIQUE CARLOS	<p>¿Qué es esto, Carlos amigo? Enrique, nada me digas; que <i>El mejor amigo el Rey.</i></p>	700
ENRIQUE	<p>Cielos, sólo aquesta firma, que guardo, me da cuidado; que al Rey la des te suplica mi amistad, que ya su alteza sabe cómo la tenía.</p>	705
LELIO MACARRÓN	<p>Adiós pues. Filipo, vamos. Venid a la torre. <p style="text-align: right;">¡Chispas!</p> Pónganme en una cazuela, que será prisión más digna⁽¹⁴⁾.</p>	

	lo que puedo es ayudarte a llorar lágrimas vivas;	735
	lloremos seis jarras de agua, que ya las tengo bebidas, y como estoy opilada, a mí me darán la vida.	
LAURA	Aquí, Flora, es ocasión que den las finezas mías a entender al Rey y a Enrique lo que ocultó mi desdicha; sepan la fe que me debe, y si el pecho la publica,	740 745
FLORA LAURA	no se extrañe en quien amante como a su esposo le mira. Ah Señora, que el Rey viene. Pues a sus plantas invictas le pediré por mi esposo, con voz muerta y con fe viva.	 750

Escena XXIII

EL REY. DICHAS.

REY	(Para sí.) Confuso y lleno de dudas el alma traigo ofendida de mí mismo. ¿Cómo cielos, faltar pudo a la fe mía	755
	Enrique? y ya que él faltara, ¿cómo lo creyó mi vida sin perderse? Mas ninguna pudo de tantas noticias vencer mi sospecha, como faltarle su dama misma.	760
LAURA	A vuestros pies valerosos mis ojos, Señor, postrados, son acentos generosos de mi dolor, pronunciados por dos arroyos piadosos.	765
REY LAURA	Laura, ¿qué es esto? Señor, ser tanto el dolor que lloro, que al respeto hace menor,	

pues ya se rinde el decoro 770
 a la fuerza del dolor.
 Presa con Enrique estoy;
 que aunque mi lealtad no sabe
 la causa, Señor, que doy,
 parte en su culpa me cabe, 775
 pues la mitad suya soy.
 Él, Señor, estaba en mí,
 y si él ha sido infiel,
 también la culpada fui;
 con que, pidiendo por él, 780
 también te pido por mí.
 Si estás de mí satisfecho,
 también has de estarlo dél;
 pues si yo traición no he hecho,
 ¿cómo la pudo hacer él, 785
 que es la mitad de mi pecho?
 Sin duda que es la mitad
 del corazón, que me asalta
 esta dura adversidad;
 mira, Señor, si es verdad 790
 en la mitad que me falta.
 Ya sin la mitad me miro
 de mi aliento, y tu atención
 verá, cuando le respiro,
 cómo a veces la razón 795
 acabó con un suspiro.
 Revóquense las sentencias,
 Señor, si te persuades
 de mis puras evidencias;
 que a veces hay apariencias 800
 más vivas que las verdades.
 Caminos las cortes son
 de los reyes, donde infama
 la noche de la traición,
 y da el susto de ladrón 805
 con la sombra de la rama.
 Mira tanto risco cano,
 que al mismo sol dan enojos,
 y desde lejos, no en vano,
 siendo de nieve a la mano, 810
 los ven azules los ojos.
 Pues ¿cómo crees los colores
 de engañosas agudezas,

	si el cielo a ejemplos mejores, puso las dudas mayores en las mayores firmezas?	815
REY	¿Qué dices? Laura, prosiga tu amor contra mis enojos: ¿que Enrique tu llanto obliga?	
LAURA	Testigos serán mis ojos.	820
FLORA	Y yo, señor, soy testiga.	
REY	En lo que yo he presumido, ¡cielos! sin duda hay engaño. Pues ¿Porcia?	
LAURA	Nunca ha querido a Enrique Porcia.	
REY	¿Qué he oído?	825
FLORA	Era boba, malos años.	
REY	Pues ¿cómo Enrique escribía a Porcia?	
LAURA	Porque entendió que era ella quien le quería.	
FLORA	Y porque lo erró mi tía cuando la joya me dio.	830
REY	Luego ¿tú se la enviaste?	
FLORA	Sí, Señor, y erró el bobillo su valor en el engaste; que aquí está este cordoncillo, que fue la fe del contraste.	835
REY	Con nuevas dudas peleo.	

Escena XXIV

CARLOS. DICHOS.

CARLOS	(Para sí.) Para dar este papel busco al Rey; mas ya le veo.	
REY	¿Carlos?	
CARLOS	Del amigo fiel se ha de lograr el deseo. Este papel, gran Señor, me dio Enrique, que volviera a tu mano por su honor, porque nunca en él hubiera ser él contra su valor.	840 845

REY	<p>Una firma dice que es, que tú sabes que él tenía. Verela. (Lee.) «Al noble interés que en vos mi pecho tenía, desigual la joya es...».</p> <p>(Aparte.) Cielos, ya voy respirando con la luz que éste me dio; sin duda, el papel trocando, la firma a Porcia envió; su lealtad voy confirmando.</p> <p>¿Si acaso aquellos traidores con él a solas me vieron, y con engaños mayores de lo mismo que me oyeron formaron estos colores? Alejandro viene allí: su engaño me ha de valer para lo que presumí. Retiraos; que quiero hacer una experiencia de mí.</p>	<p>850</p> <p>855</p> <p>860</p> <p>865</p>
-----	--	---

(Vanse CARLOS, LAURA y FLORA.)

Escena XXV

ALEJANDRO. EL REY.

ALEJANDRO	<p>(Aparte al salir.) Ya está seguro mi intento. ¿Alejandro?</p>	
ALEJANDRO REY	<p style="padding-left: 100px;">Gran Señor.</p> <p>Cuando hoy con Enrique atento me viste hacerle favor a solas, ¿su pensamiento no descubriole el semblante? ¿No viste cómo fingía?</p>	<p>870</p>
ALEJANDRO	<p>Sí, Señor, y al mismo instante yo decírtelo quería.</p>	<p>875</p>
REY	<p>(Aparte.) ¿Viose traición semejante? Luego ¿que él me convidaba, cuando matarme intentó, tu lealtad oyendo estaba?</p>	
ALEJANDRO	<p>Sí, Señor, y te engañaba.</p>	<p>880</p>

FILIPO haz algún ruido en la puerta;
que esa es la seña que tiene.
Apenas la veré abierto, 915
cuando muera. (Vase.)

Escena XXVII

EL REY; después, LAURA, CARLOS y FLORA.

REY Esto conviene.
Carlos, ya puedes salir.
Tú, hermosa Laura, también,
que de mi amor y de Enrique
has conseguido el laurel. 920

CARLOS ¿Qué dices, Señor?
REY Que luego
por el retrete paséis,
con esta llave, a la torre,
y della a Enrique traed,
con secreto, por mi cuarto. 925

(Entrega a CARLOS una llave.)

CARLOS ¡Cielos! Voy a obedecerte. (Vase.)

Escena XXVIII

EL REY, LAURA, FLORA.

LAURA Señor, a un alma dudosa,
aunque presuma su bien,
no la asegura un indicio;
si de mí no os ofendéis, 930
decidme lo que intentáis.

FLORA Señor, sí, por San Andrés,
que nos saques de las aspas
desta sospecha cruel.

REY ¿Puedes aspirar a más 935
que ver partir mi laurel
con Enrique? ¿que entregarle⁽¹⁵⁾
mi imperio, que suyo es,
y con todos estos triunfos

LAURA	verle rendido a tus pies ⁽¹⁶⁾ ? Señor, ¿cómo puedo yo, si en mí no pueden caber, aspirar a más venturas?	940
FLORA VOCES	Aspira a cuantas te den. (Dentro.)	
LAURA	Mueran, mueran los traidores. ¡Cielos! ¿qué es lo que escuché?	945

Escena XXIX

CARLOS, ENRIQUE, MACARRÓN; **luego**, PORCIA. DICHOS.

CARLOS ENRIQUE	Aquí, Señor, está Enrique. Y postrado a vuestros pies, viene a esperar el castigo de quien yerra haciendo bien.	950
MACARRÓN	Y yo, Señor, a esperar ducientos palos en vez de aquel socorro, y no miro, aunque a tres de flux esté.	
REY PORCIA	Esperad; ¿qué ruido es ese? (Sale.) Si tu piedad, Señor, es amparo común de todos, téngale de ti esta vez Filipo, a quien por esposo de tu precepto acepté;	955 960
REY ENRIQUE	que dicen que de Alejandro, a quien ha muerto, un tropel de deudos y amigos suyos vengarse intentan en él. ¿Filipo, Porcia, es tu esposo?	965
MACARRÓN	(Aparte a MACARRÓN.) Ya parar no puede en bien, Macarrón, esta salida. (Aparte a ENRIQUE.) ¿Qué es lo que dices? ¿No ves que Porcia es quien te aborrece, y Laura te quiere bien?	970
ENRIQUE MACARRÓN	Pues ¿cómo es posible? ¿Cómo?	

Escena XXX

FILIPO, GUARDAS. DICHOS.

FILIPO
A vuestros invictos pies
espero, Señor, perdón
de un yerro que no pensé:
a Alejandro di la muerte
por Enrique. 975

MACARRÓN
REY
Hizo muy bien.
Prended luego a ese traidor,
llevadle y muera también.
Llevadle pues, ¿qué aguardáis?
Y muera luego, no dé
su vida causa a que piensen,
los que agraviados se ven
con la muerte de Alejandro,
que yo no lo castigué. 980

(Vanse los GUARDAS con FILIPO.)

Escena XXXI

EL REY, CARLOS, ENRIQUE, MACARRÓN, PORCIA, LAURA, FLORA.

MACARRÓN
Con eso le veré yo
como al otro calabrés. 985

PORCIA
REY
Señor, ¿a mí me castigas?
Tú lo mereces muy bien,
por haber sido ambiciosa,
y con falso merecer
mentir el amor de Enrique. 990

PORCIA
REY
Yo jamás le quise a él.
¿Veislo, Enrique?

ENRIQUE
REY
Sí, Señor.
A Laura, que os quiso bien,
le dad la mano.

ENRIQUE
Y el alma, 995
si la debo tanta fe.

LAURA
Llega a mi pecho y mis brazos,
pues tan tuyo siempre fue.

CARLOS
Señor, si Laura es de Enrique,

REY	yo dejé a Porcia por él. Sea vuestra, con el oficio perpetuo de chanciller. Y agora, Enrique, a mis brazos te corona amigo fiel;	1000
	todos tus oficios vuelve con más razón a tener.	1005
ENRIQUE	Porque perdonando yerros, lleguen todos a saber que si el vasallo es leal, <i>Mejor amigo es el Rey.</i>	1010

El parecido en la Corte

Agustín Moreto

Personas

Don Fernando de Ribera.

Don Lope Luján.

Don Luis.

Don Diego.

Doña Inés.

Doña Ana.

Leonor, *criada*.

Don Félix.

Don Pedro Luján, *viejo*.

Tacón, *criado, gracioso*.

Laínez, *vejete*.

Un cartero.

La escena es en Madrid.



Jornada primera.

Calle.

ESCENA I.

DON FERNANDO Y TACON, *de camino*.

DON FERNANDO

No vi mujer más hermosa.

TACON

Señor, ¿has perdido el seso?

DON FERNANDO

Que fuera poco confieso,

según bizarra y airosa

en aquella iglesia entró,

llevándome tras su brio

los ojos y el albedrío.

¡Qué linda mano sacó

es porque vean su quimera,
don Fernando de Ribera,
de los guapos de Sevilla.
Hizo allá algún desatino,
y huyendo el riesgo al proceso,
como le cogió el suceso
nos pusimos en camino.
Cuantas prendas y dineros
traía el desventurado,
hasta Madrid ha gastado;
con que llegamos en cueros.
Y acabados de llegar
a esta calle (que entre tantas,
la llaman de las Infantas),
porque se vino a apearse
donde el mozo ha de vivir
de las mulas, sin tener
con qué almorzar y comer,
ni saber dónde dormir,
ni amigo que ir a buscar,-
de una dama que ha encontrado
dice que se ha enamorado,
y que la quiere esperar.
Pues a mí el toro de Europa

me espere, si yo aquí más
parare.

DON FERNANDO

Ten, ¿dónde vas?

TACON

A un convento.

DON FERNANDO

¿A qué?

TACON

A la sopa.

DON FERNANDO

Después de saber quién es,
para eso hay tiempo.

TACON

Eso niego,
comamos antes, que luego
cualquiera cosa es después.

DON FERNANDO

Si no sé dónde posar,
¿Dónde he de ir?

TACON

Perderé el seso;
pesia mi alma; pues ¿por eso
te paras a enamorar?
¿Aquí a una dama tan ancha
en ayunas has de hablar?
¿Vas a obligarla a pecar,
o a sacarla alguna mancha?
Yo, en viéndome sin un sueldo,
de enamorar me retiro;
que en ayunas un suspiro
es lo mismo que un regüeldo.

DON FERNANDO

Aunque el pensar me lo impida,
que es locura, he de saber
quién es la mejor mujer
que he visto en toda mi vida.

TACON

En Madrid, si al rededor
de este barrio vueltas das,
ciento y cincuenta hallarás
que te parezcan mejor.
¿No ves que en esta materia
de cualquier ciudad de allá
vienen las damas acá,
como mulas a la feria?

DON FERNANDO

Pues nada que hacer tenemos,
no he de perder la ocasión.

TACON

Pues si esto es resolución,
esperemos.

DON FERNANDO

Esperemos.

TACON

Y ya que hemos de esperar
mientras se acaba el sermón,
¿No me dirás la ocasión
que a esto le pudo obligar?
¿Cómo han sido tus fortunas,
y a qué en Madrid has entrado?
Refiéreme tu cuidado;

que aún deso estoy en ayunas.

DON FERNANDO

Oye, Tacon, mi desdicha,
ya que es preciso el sabella.

TACON

Pues me desayuno en ella,
dila, y hágote salchicha.

DON FERNANDO

Ya sabes cómo en Sevilla
murió mi padre don Pedro
de Ribera, a quien mi hermana
doña Ana y yo los trofeos
de su sangre y sus hazañas
heredamos a su aliento,
con mas de cien mil ducados,
que no fue el menor entre ellos.
Yo, que quedé mozo y libre,
rico y noble, y no muy cuerdo,
seguía entre mis locuras
la vana opinión de aquellos
que piensan que está el decoro
en sobras del lucimiento,
y gastan lo que heredaron
como bien que no adquirieron.
Pasado el año del luto,
que se pasa recibiendo
pésames, cuentas, cobranzas

y muchos casamenteros,
eché carrozas, libreas,
galas, dando en el dinero
como si fin no tuviera;
que el que no llenó el talego,
como no le vio vacío,
cree que ha de estar siempre lleno.

Andaba entonces tan vano,
tan necio, loco y soberbio,
que pensaba yo que honraba
al que quitaba el sombrero.

¡Qué necesidad! Porque en ser
muy cortés un caballero
no gasta nada; y en dar
su hacienda a vanos empleos,
gasta el honor, pues se quita
para adelante el respeto;
que al pobre, aunque noble sea,
miran todos con desprecio.

La hacienda hoy es calidad,
la cortesía es un viento,
y el que la excusa por verse
lleno de galas y excesos,
es necio, soberbio u simple;

pues es, trocando los frenos,
pródigo de lo que es mucho,
de lo que es nada avariento.
De aquellos era yo entonces,
que de mirarlos con ceño
o sin él hacen ofensa,
y traen en la vista el duelo.-
Esta es graciosa locura,
pues quieren los que hacen esto
saber lo que el otro calla,
construyéndole el silencio.
Si a mí no me dice nada,
aunque él se ofenda allá dentro,
¿Por qué he de hacer yo a mi enojo
la lengua de su secreto?
Demás de que, si él oculta
algún rencor en su pecho,
vano antes y agradecido
que ofendido estarle debo;
pues si con causa o sin ella
tiene su enojo encubierto,
u de temor me lo encubre,
o lo calla de respeto.-
Con esto me hice malquisto,

tanto, que ya a los empeños
les sobraba mi ocasión,
porque me buscaban ellos.
Todo el día era peticiones,
y como, gracias al cielo,
tan bien heredé a mi padre
las manos como el dinero,
siempre yo fui el retraído,
y los heridos los presos;
que en teniendo un hombre fama
de osado, mata sin riesgo,
porque siempre la justicia
acude a prender al muerto.
Salí bien de todas ellas,
pero pobre, a poco tiempo;
que como de mis delitos
tuvo la culpa el dinero,
también él pagó la pena.
Y al cabo, de todos ellos
quedé libre, pero pobre;
que un mozo rico y travieso
es como lienzo en lejía,
que, aunque mas se ensucie el lienzo,
se limpia allí, mas también

se rompe. Yo fuí lo mismo;
porque mientras me duró
para lavar mis excesos,
con la lejía del oro
Quedé limpio y roto a un tiempo.
Cesaron libreas y coche;
no crearás el sentimiento
con que en esta descalcez
entré en los años primeros.
Y cuando mas lo sentí,
fue cuando, tras haber hecho
tanto ruido con lacayos
el día de coche nuevo,
se vio andando a pie, obligada
mi vanidad por su empeño,
a prevenir de zapatos,
papeles para el invierno.
Y esto no fue lo peor,
sino que con el dinero
perdí la comodidad,
pero no el arrojamiento.
Proseguí mis travesuras
de modo, que fui el objeto
del rigor de la justicia,

y ya con más propio riesgo;
que, como quedé desnudo,
las heridas del proceso,
en pasando del vestido,
es fuerza entrar en el cuerpo,
de estos forzosos temores
resultó el no estar atento
al cuidado de una hermana
moza, hermosa y con empeños,
en que yo mismo la puse
con mis locos desaciertos.
Pues ella viviendo sola,
y yo en mi retraimiento,
quedó sin guarda mi honor,
y este tan justo recelo
me llevaba allá las noches,
con temor de algún exceso.
Que halló después mi desdicha.
Pues una noche (aquí el pelo
se me eriza) no te espante,
que este fue el lance primero
que en mi pecho caber pudo
de veras un sentimiento,
porque a todos los demás

mi condición, cuyo extremo

es hacer chanza de todo,

nunca dio lugar adentro.

Llevado pues una noche

del cuidado de mis celos

entré por la puerta falsa

de un jardín, cuando al encuentro

un hombre, que la aguardaba,

me salió osado, diciendo:

«Caballero, vuelva atrás.»

Cuál se quedaría mi aliento

mira tú, considerando

que al ir a mi casa veo

quien, ya como dueño della,

me trató con tal desprecio.

«¿Quién lo dice?» pregunté.

«Quien tiene orden de su dueño

para guardar esta puerta.

Pues yo del mismo la tengo

para saber quién sois vos,»

Le dije. «No la obedezco,»

Me respondió. Repliqué:

«Pues de otra usaré que tengo

para mataros y entrar,

y quemar cuanto esté dentro.»

A esto respondió su espada,

y al ruido de los aceros

salió otro, que dentro estaba;

y contra mi los dos puestos,

me tiraron de lo fino.

Mejoréme yo; mas esto

de pintarle la pendencia,

ya pienso que estoy riñendo,

y no puedo hacerlo a espacio.

Acercábanse, y matélos:

uno cayó sin hablar,

el otro quedó pidiendo

confesión; y yo, ofendido,

pasé por encima de ellos

a buscar mi aleve hermana.

Y su cuarto discurriendo,

en toda la casa hallé

sino de mi voz el eco;

que huyó sin duda el peligro,

avisada del estruendo.

Viendo incierta mi venganza,

y tan preciso mi riesgo

que, aunque pudiera salvarme

por lo honrado del empeño,
ya el cúmulo de mis causas
me hallaba sin el respeto
del oro (que fue mi escudo,
o mis escudos lo fueron);
y que mi hermana tendría
el sagrado de un convento;
público mi deshonor,
mi venganza sin remedio,
pues tomando la que pude,
no me la dio entera el cielo,-
a huir se determinó
de mi afrenta mi desvelo.
Y hallándote a ti en la calle,
sin referirte el suceso,
del modo que nos hallamos,
sin prevención ni dinero,
nos pusimos en camino,
y hoy en la corte nos vemos
sin arrimo, sin amparo,
pobres, sin conocimiento,
sin albergue ni esperanza
de tenerle. Esto prevengo
para que cuando me ves

arrebatado y suspenso
de una hermosura que he visto,
y estando, como me veo,
desvalido, esta pasión
halla lugar en mi pecho,-
tú con tu donaire añadas,
para remate del cuento,
a todas estas locuras
lo que me está sucediendo.

TACON

¡Jesús mil veces, Jesús!
Si trayendo ese veneno
en el cuerpo, sin matarte,
ha entrado amor en tu pecho,
digo que ya no me admiro
de que no reviente luego
quien bebe agua tras tocino.
¿Habrán algunos en Toledo
que te igualen la locura?

DON FERNANDO

Yo, Tacon, te la confieso.

TACON

Un loco hay que dice que es
el Papa, y el Rey su suegro,
y que está canonizado
noventa veces. Mas esto
¿qué va que no pesa tanto

como esto, aunque tenga el peso

una que vende besugos?

DON FERNANDO

Las locuras que yo he hecho

todas han sido a este tono.

TACON

Ya, Señor, que aquí nos vemos,

tú, que otra vez has estado

aquí, si mal no me acuerdo,

¿qué barrio es este en que estamos?

DON FERNANDO

Los Capuchinos son estos

de la Paciencia.

TACON

Sin duda

se me ha metido en el cuerpo,

pues te he podido sufrir.

¿Y esta iglesia?

ESCENA II

DON DIEGO, *que observa retirado*. -DICHOS.

DON FERNANDO.

El Caballero

de Gracia, y esta la calle

de la Reina.

TACON

Estáte quedo,

señor, porque he reparado

que aquel hombre que está atento

te ha estado mirando mucho.

DON FERNANDO

No le conozco, ni pienso

que otra vez le vi en mi vida.

TACON

Acá viene; ponte al sesgo,

por si es algo de cuidado.

DON DIEGO (*Aproximándose.*)

¿Si es él? El es, o estoy ciego.

Pues ¿qué dudo? Él es sin duda.

DON FERNANDO

¿Mandáis algo, caballero?

DON DIEGO

En la voz le he conocido.-

¿Don Lope amigo?

TACON

¿Qué es esto?

DON DIEGO

¿Sin avisarme, en Madrid

don Lope de Luján? ¡Cielos!

TACON

Tú lo eres, por si es pulla.

DON FERNANDO

¿Habláis conmigo?

DON DIEGO

¡Eso es bueno!

Al cabo de catorce años,

que os juzgué en las Indias muerto

sin haber a vuestro padre

dado aviso en tanto tiempo;

habiendo agora venido,

¿con tan ingrato silencio

os queréis disimular?

DON FERNANDO

Caballero, no os entiendo.

DON DIEGO

Pues no tenéis que encubriros,

fiado en lo que habrán hecho

los años, que aun hoy estáis
como os fuisteis, vive el cielo;
y cuando vuestro semblante
no os manifestara, el eco
de vuestra voz no pudiera
engañarme.- ¿Venís bueno?

DON FERNANDO

¿Qué es esto, Tacon?

TACON

Rey mío,

¿da usted de almorzar con eso?

Porque estamos en ayunas,

y el cómo se da comiendo.

DON FERNANDO

Mirad que estáis engañado.

DON DIEGO

Don Lope amigo, ¿qué es esto?

No le deis a mi memoria

tal desagradecimiento.

Mirad que a tiempo venís

que vuestro padre don Pedro

ha heredado a vuestro tío,

y tiene solo en dinero

más de ochenta mil escudos.

TACON

¡Ay Dios! ¿Luego es muerto el viejo?

Dadme un abrazo en albricias.

DON FERNANDO

Tente; ¿qué haces, majadero?

TACON

¿Qué he de hacer? Mi amo es don Lope,

señor, que lo está fingiendo
porque viene por la posta,
y quiere estar encubierto
hasta que llegue la ropa,
por no ir a su padre en cueros.

DON DIEGO

Pues ¿yo no le he conocido?

TACON

Claro está, ¿no se está viendo
que es Lope hasta las entrañas?

DON DIEGO

Dadme los brazos.

DON FERNANDO

¿Qué es esto?

TACON

Hombre del diablo, ¿qué quieres,
ya desbuchado el secreto?
Si saben que ya eres Lope,
¿qué sirve hacerte Lorenzo?

DON DIEGO

Don Lope, por vuestra vida,
no dilatéis el consuelo
a vuestro padre, que juzgo
que le haga mozo el contento.
mas esperad; que a la vuelta
de aquella calle le dejo,
y quiero ir por las albricias.
No os vais, por Dios; que ya vuelvo.

(Vase.)

ESCENA III.

la cama, y comer muy bien,
y cenar del tenor mismo?
Y si te preguntan algo,
en hallándote en empeño,
dar respuestas generales,
y suspenderlos con esto.

Por hoy, hasta que mañana
busquemos otro remedio?

Comámosle de una vez
medio lado a aqueste viejo;
que no es bodegón su casa,
que han de pedirnos dinero.

Y aunque se sepa el engaño,
señor, cerremos con ellos;
que audaces fortuna juvat.

DON FERNANDO

¿Quieres creer que no me atrevo?

Que yode poder me holgara.

TACON

Pues ves aquí un bravo cuento:

Vimos y abitémonos hoy;
que si se supiese luego,
nos llevará a un hospital,
y allá también comeremos.

DON FERNANDO

No te canses; que es locura.

¿Qué me miras?

TACON Te estoy viendo;

vive Dios, que eres don Lope,
y tú no te acuerdas dello.

DON FERNANDO Calla; qué va se ha acabado

el sermón, y van saliendo
las mujeres de la iglesia.

TACON ¿Agora acuerdas con esto?

Mas, sermón de capuchino
suele ser largo.

DON FERNANDO Ya veo

A la dama que esperaba.

TACON ¡Oh, lleve el diablo sus huesos

yo apostaré que por ella
aqueste lance perdemos!

ESCENA IV.

DOÑA INÉS Y LEONOR, *con mantos*.-DICHOS.

DOÑA INÉS Tápate, Leonor, que aquí
aún está aquel caballero
que nos siguió hasta la iglesia.

LEONOR Galán es.

DOÑA INÉS Y muy discreto;
que nos dijo dos donaires
de buen gusto y muy a tiempo.

DON FERNANDO Yo quiero llegar a hablarla.

TACON

Y usted ¿me dará un oído
que me lleva? ¿No habla? ¡Bueno!
Yo sin oído estoy sordo,
usted muda, mi amo ciego;
con que, ciego, sordo y mudo,
entre todos tres hacemos
el diablo de la Cuaresma.

LEONOR

Muy bien y muy...

TACON

Pues ¿qué es esto?

Habló el buey, y dijo mú.

DOÑA INÉS

Para el agradecimiento
de esa voluntad, que acaso
fingís, basta en mi el exceso
de escucharos en la calle;
que yo no acostumbro hacerlo.
Y os ruego que aquí os quedéis;
que no soy mujer que puedo
ir de nadie acompañada.-
Ven, Leonor.

DON FERNANDO

¿Podré a lo menos

seguiros, para saber
en qué casa el alma dejo?

DOÑA INÉS

El que la sepáis o no,
no os será de algún provecho.

Haced lo que os diere gusto.

TACON ¿A quién, digo, seguiremos?

LEONOR ¿Seguir a quién?

TACON A ese brio.

LEONOR Sígale; mas es mal pleito.

(Vase con doña Inés.)

DON FERNANDO Yo he de ir tras ellas, Tacon.

TACON ¿Estás loco? Vive el cielo,
que echan un tufo a doncellas,
que penetra hasta los sesos.

DON FERNANDO Voy; no las pierda de vista. *(Vase.)*

ESCENA V

TACON Señores, el caballero
del Febo era patarata
con este hombre; el juicio pierdo.
¿Habrás en los nominativos
caso como este? Mas ¡cielos!
El que hizo a mi amo Luján
(Que es maestro, a lo que pienso,
de la orden de Lujanes)
se viene hacia mi derecho;
y un viejo de poco acá,
que no ha tres días que es viejo:
Don Pedro se ha de llamar;

DON PEDRO

Si, amigo mío.

TACON

Los pies mil veces os beso.

DON PEDRO

¿Dónde se ha ido mi hijo?

TACON

Aquí volverá al momento.

¿Que vos sois su padre?

DON PEDRO

Sí.

TACON

¿Queréis creer que aun no lo creo?

DON PEDRO

Pues ¿eso dudas?

TACON

¿Su padre?

DON PEDRO

Pues ¿por qué no lo parezco?

TACON

Eso, como un huevo a otro.

DON PEDRO

Pues yo lo digo, ¿no es cierto?

TACON

Si vos fuérades su madre,

no pusiera duda en ello.

DON PEDRO

¿Cómo Lope no me ha escrito?

TACON *(Ap)*

Aquí va perdido el cuento.

DON PEDRO

Y al cabo de tantos años

que ha que noticia no tengo

de él, ¿por qué, cuando ha venido,

no fue a apearse al momento

a mi casa?

TACON

¿A vuestra casa?

No fue porque... *(Ap. Ya di en ello;*

alúmbreme Dios con bien:

la hambre el discurso me ha vuelto.)

Pues ¿no sabéis lo que pasa?

DON PEDRO

Yo no.

TACON

(Ap. Alábenme el ingenio.)

Milagro de Dios es que hoy

Tengáis hijo de provecho,

porque él de vos no se acuerda,

de sus padres ni sus deudos,

ni aun de sí: y si no es por mí,

a Madrid no hubiera vuelto.

DON PEDRO

Pues ¿por qué?

TACON

Yo ha que le sirvo

(Si habrá) once meses y medio;

porque viniéndome a España,

le topé en la Habana enfermo.

DON PEDRO

¿De qué?

TACON

Del mal más terrible.

Oigan; que es raro el suceso:

a él le dio una perlesía,

y della resultó luego

un mal, que manía se llama,

de quien refiere Galeno

que quita la voluntad,

memoria y entendimiento.

Él lo perdió todo junto;
mas como traía dinero,-
que él ha estado en Filipinas.
Aunque no se acuerda dello,
y allá dicen que hizo cosas,
y treinta y dos mil progresos,
con muy grande bizarría
(no ha pasado caballero
más galante a Nueva-España
desde que allá llegó el credo),-
se curó en fin, porque allí
seis médicos le asistieron
de cámara.

DON PEDRO

¿Qué decís?

¿De cámara?

TACON

Bueno es eso;

También hay cámara allá.

DON PEDRO

Proseguid.

TACON

Sanó en efecto,

y a fuerza de medicinas
restauró el entendimiento.

Mas la memoria voló,
tanto, que fue fuerza luego
enseñarle a escribir, leer,

y hasta el mismo Padre nuestro,
y su nombre, que también
se le olvidó. A compañero
ni amigo no conocía;
pues sus padres,*volaverunt*,
todo el humor radical
se le salió de los sesos.
Y en fin, perdió la potencia
redonda.

DON PEDRO

¡Válgame el cielo!

TACON

No la de padre; que ya
pienso que tendréis un nieto.
En fin, yo, con las noticias
que sus amigos me dieron,
supe que era de Madrid
don Lope, hijo de don Pedro
de Luján; y preguntando
por vos, de Sevilla vengo,
informado deste barrio,
donde conocidos vuestros
me han guiado; que don Lope
también se fuera a Marruecos,
si se lo dijera yo.

DON PEDRO

¿Que se olvidó de sí mismo?

TACON Este es don Lope.

DON PEDRO ¡Hijo mío!

Llega a abrazarme al momento.

(Ap. El es en talle y semblante.)

DON FERNANDO ¿Con quién habláis, caballero?

TACON Mire usted si monda olvidos.

DON PEDRO Yo soy tu padre don Pedro.

DON FERNANDO Yo no os he visto en mi vida.

TACON ¿No os lo dije? Miren esto.

DON PEDRO ¿Que no te acuerdas de mí,
hijo mío?

DON FERNANDO Ni me acuerdo
De vos, ni sé qué decís.

DON PEDRO ¡Raro mal!

TACON Es sin ejemplo.

DON PEDRO Yo soy tu padre.

DON FERNANDO ¿Qué padre?

TACON Es corno hablar adefesios.
El mal que le dio es tan fuerte,
que quedó el buen caballero
sin adarme de memoria.

DON PEDRO Hijo, si ha querido el cielo
que la memoria perdieses,
yo con mi amor te la vuelvo;

conóceme, pues desde hoy

entro a ser padre de nuevo.

TACON

Este, Señor, es tu padre;

acuérdate. *(Tírale de la capa Tacon.)*

DON FERNANDO *(Ap.)*

Este es enredo

de Tacon, ¡rara agudeza!

Yo la he de esforzar con esto.

Señor, yo no sé quién es

mi padre; y así, no os creo.

DON PEDRO

Pues ¿no basta saber yo

que eres mi hijo?

DON FERNANDO

No por cierto;

que pues padre no conozco,

me importa saber primero

quién es quien me hace su hijo.

DON PEDRO

Pues ¿quién pudiera emprenderlo,

si no es quien fuera tu padre?

DON FERNANDO

Pues ¿cómo puede ser eso,

si no os he visto en mi vida?

DON PEDRO

Tu olvido causa ese efecto.

TACON

Pues claro es que es el olvido.

(Ap. Mas se han clavado con esto.)

Padre hay ya para diez años;

y si el hijo verdadero

quedo bien en cualquier tiempo.

(Vase.)

TACON

Yo voy a hartarme de pavo;

¿Qué es pavo? Viven los cielos

que me han de traer capones,

pollas, tortas; y a este viejo

le he de hacer con la memoria

que pierda el entendimiento. *(Vase)*

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA VIII

DOÑA ANA, *con vestido humilde y manto*; LAÍNEZ.

DOÑA ANA

Esta, Laínez, ha de ser la casa.

LAÍNEZ

Si usancé de aquí pasa,

no la puedo seguir; que estoy molido.

Basta el haber venido

siguiendo a vusancé desde Sevilla

a Madrid, sin traerme por la villa

como cartero, preguntando casas;

que vengo echando brasas

de los pies, por mi vida.

DOÑA ANA

Yo siempre agradecida,

Laínez, le estaré de la fineza;

que su honrada nobleza

a haberle yo elegido

para que me acompañe me ha movido.

LAÍNEZ

¿Eso nobleza? Mas de alguna gorra
me tiene a mí respeto en Calahorra.

DOÑA ANA

(Ap. ¡Ah cielos, quién pensara
Que deste modo yo en Madrid me hallara
y que pudo doña Ana de Ribera
llegar desta manera
a tener, desgraciada,
por dicha el ser criada
de quien dudando estoy que me reciba!
Mas, sí, mi suerte esquivada
permitió que mi hermano
encontrase en mi casa a quien la mano
me había dado de esposo;
y que viese furioso
primero los indicios de su agravio,
que pudiese mi labio
darle satisfacción, diciendo que era
quien honrarme pudiera
siendo ya mi marido
don Lope de Luján, recién venido
de las Indias a España,
el que encontró, y con furia tan extraña
dejó muerto u herido;

porque dél no he sabido
desde la infeliz noche que al estruendo
del riesgo salí huyendo.
Sin duda, pues no pudo mi noticia
descubrirle, o es muerto o la justicia
le ha preso; el menor mal es que sea cierto,
pues quedo sin honor, si acaso es muerto.
Por las noticias que él me había dado
de quién era su padre, me he arrojado
a venir a Madrid, donde es preciso
que de si es muerto o no venga el aviso.
Y por saber en todo lo que pasa,
he buscado su casa,
que me dicen que es esta. Aquí a su hermana
vengo a buscar. ¡Ah infeliz doña Ana!
¡Quién a mí me dijera
que con temor me viera
como me veo aquí de desgraciada,
de que otra me reciba por criada!-
Pero ya de allá dentro
sale gente al encuentro.)
Laínez, vaya, espéreme en la calle.
Pues ya yo de dormirme tenía talle.
¿Ha estado acaso vuesancé hasta agora

LAÍNEZ

en oración mental?

DOÑA ANA

Una señora

que busco sale ya; váyase luego.

LAÍNEZ

Mas que no tarde vuesañcé le ruego,

y no me haga esperar con este frío;

que yo no tengo nada de judío.(Vase.)

ESCENA IX.

DOÑA INÉS, LEONOR. -DOÑA ANA.

DOÑA INÉS

Leonor, ¡galán forastero!

LEONOR

Y el pícaro del criado

¡Qué agudo y qué redomado!

Por estos hombres me muero.

¿Hay cosa como escuchar

una mujer a un discreto,

en cada voz un conceto?

Estos hombres se han de amar,

que cada día hallarás

en él gala diferente;

Y el que es galán solamente,

es para un día no mas.

DOÑA INÉS

Que me dejó, te confieso,

su discreción inclinada;

mas una mujer honrada

pasar de aquí fuera exceso.

En la que su honor prefiere
a su deseo, este amor
ha de ser, como la flor,
que en un día nace y muere.

LEONOR

Yo también mi honor prefiero,
y muere también mi amor
en un día como la flor;
pero la huelo primero.
Y en efecto, ¿ha de morir
este amor?

DOÑA INÉS

Fuerza ha de ser,
si no he de volverle a ver.

LEONOR

Y ¿al verle?

DOÑA INÉS

No sé decir
lo que haré. El gusto presente
la que es honrada desprecia;
que quien mas promete es necia,
pues el tiempo la desmiente.
Mas ¿quién está aquí?

DOÑA ANA

Señora,
Una mujer desdichada
soy, del blasón informada
que vuestra casa atesora.
Un riesgo me ha sucedido

que contra mi honor resulta,
y habiendo de estar oculta,
vuestro sagrado he escogido.

Mi propia resolución
mi peligro da a entender;
pues no lo puedo emprender
sin tener grande ocasión,
cuando ni soy conocida
ni tengo en peligro tanto
más abono que mi llanto.

Mirad pues, siendo entendida,
si es mi mal harto cruel;
pues sin abono u favor,
sé que pretendo un error,
y he atropellado por él.

En lo que os sabré servir
mientras mi estrella fatal
Dispone enmienda a mi mal,
podréis, Señora, advertir,
al cumplir vuestros antojos,
quién soy yo; que mi pesar
agora no os puede dar
más testigo que mis ojos.

Alzad, Señora, del suelo;

DOÑA INÉS

que vuestro hermoso semblante
de quién sois prueba es bastante
y pues vuestro desconsuelo
de mi se viene a valer,
no os faltaré; que aun aquí
puedo yo temer de mí
lo mismo, siendo mujer.

En mi cuarto recogida
podéis estar hasta que
mi padre licencia dé;
que es justo que se la pida.

DOÑA ANA

El logro os dé amor, Señora,
que vuestra hermosura espero.

LEONOR

(Ap. ¿Si es esta carantoñera
de las que se usan ahora,
que entran con arengas tales
para llevarse un vestido
debajo de otro escondido,
como zapatos papales?)
Y ¿qué sabrá hacer uste,
si se compone la fiesta?

DOÑA ANA

En una casa como esta
cuanto se ofrezca sabré.

LEONOR

Y ¿cómo ha nombre?

DOÑA ANA Lucía.

LEONOR ¿Es la que salió al corral?

DOÑA ANA De todo he salido mal.

LEONOR Pues esta muy bien salía.

Mas, Señora, mi señor.

DOÑA INÉS Entráos a mi cuarto pues
hasta que os llame después.

DOÑA ANA Espero vuestro favor.

LEONOR Venga sin miedo.

DOÑA ANA Me espanta
en todo la suerte mía.

LEONOR (Ap.) Pues a fe que la Lucía
no tiene ojos para santa.

(Vase con doña Ana.)

ESCENA X.

DON PEDRO, DON FERNANDO, DON DIEGO.-DOÑA INÉS.

DON PEDRO Entra, Lope, a ver a Inés;
que es tanto el contento mío,
que divertido en mirarte,
en llegar me he detenido.
(Ap. El es mi mismo retrato.)

DOÑA INÉS (Ap.) ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
¡Mi padre y el forastero
aquí con tal regocijo!

DON PEDRO Inés, abraza a tu hermano.

Lope es el que ves.

DON FERNANDO (*Ap. a Tacon*) ¿Qué miro?

Tacon, esta es la tapada
de la iglesia.

TACON ¡Bueno, lindo!

Eso es huevos y torreznos.

DON PEDRO ¿Cómo está tu amor remiso?

¿No le llegas a abrazar?

DOÑA INÉS Señor, como no le he visto
Otra vez, porque él se fue
siendo yo niña, esto ha sido
extrañeza del recato.

DON FERNANDO Yo soy, Señor, el remiso.
Dadme los brazos mil veces;
Que el alma y el albedrío
os doy en ellos.

TACON Y ¿cómo?
(*Ap. Señores, ¿quién habrá visto
hombre con tanta ventura,
que el abrazar sin peligro
pueda a su dama delante
de su padre y su marido?*)

DON FERNANDO Pues ¿cómo con tal tibieza

me recibes?

DOÑA INÉS

No ha podido

tan de repente con vos

entrar de hermano el cariño.

DON PEDRO

Él irá entrando después.

Alegráos ahora, hijos,-

Don Diego, vamos los dos;

que es menester prevenirnos

de regalos para Lope.

TACON

Tráiganle mucho tocino;

que lo come bravamente.

DON DIEGO

Señora, el parabien mío

recibid de la ventura.

DOÑA INÉS

Yo como tal le recibo.

DON PEDRO

Después Lope os le dará,

en siendo de Inés marido.

Venid conmigo, don Diego.

DON FERNANDO (*Ap. a Tacon*)

Esto es malo, vive Cristo.

TACON

Pues ¿no es peor para el otro?

DON PEDRO

Inés, ve tú a prevenirlos

el cuarto.

DOÑA INÉS

Ya te obedezco.

DON FERNANDO

Señor, espera,

TACON (*Ap.*)

De olvido

Es menester algo aquí.

DON FERNANDO

¡Ah Señor!

DON PEDRO

¿Qué dices, hijo?

DON FERNANDO

¿Cómo se llama mi hermana?

DON PEDRO

Inés.

(Vase con don Lope.)

DON FERNANDO

¡Ah sí, Inés! Me olvido
fácilmente.

ESCENA XI

DON FERNANDO, TACON, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS

¿Que me quieres?

DON FERNANDO

Entrar adentro contigo,
y que vuelvas a abrazarme.

DOÑA INÉS

Hermano, interés es mío.
Toma los brazos y el alma.

TACON *(Ap.)*

Aprieta, pléguate Cristo,
pues tienes dispensación.

DON FERNANDO

¿Me quieres mucho?

DOÑA INÉS

Te estimo
como hermano.

DON FERNANDO

Y ¿no mas deso?

DOÑA INÉS

Pues ¿qué mas?

DON FERNANDO

Yo soy más fino.

DOÑA INÉS

Pues ¿por qué?

DON FERNANDO Porque te quiero...

DOÑA INÉS ¿Cómo?

DON FERNANDO Como a dueño mío.

DOÑA INÉS Pues yo a ti...

DON FERNANDO ¿Cómo me quieres?

DOÑA INÉS No sé explicar mi cariño,
porque antes que como hermano,
como galán te había visto.

DON FERNANDO Pues quiéreme de ese modo;
que a mí me pasa lo mismo.

DOÑA INÉS No puede ser.

DON FERNANDO ¿Por qué no?

DOÑA INÉS Porque este amor es distinto.

DON FERNANDO Truécale tú.

DOÑA INÉS ¿Cómo puedo?

DON FERNANDO Como yo lo hago contigo.

DOÑA INÉS Y ¿a qué fin?

DON FERNANDO Al de quererte.

DOÑA INÉS Tiene eso mucho peligro.

DON FERNANDO Pues ¿en qué?

DOÑA INÉS Vamos, don Lope.

DON FERNANDO Entra pues; que ya te sigo.

¡Qué linda hermana que tengo!

DOÑA INÉS (Ap.) ¡Jesús, qué hermano tan fino!

TACON (*Ap. a don Fernando.*)

Bien puedes enamorarla;
que todo entra en el olvido.



Jornada Segunda.

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA I.

DON FERNANDO Y TACON, *vestidos de gala.*

DON FERNANDO

Fingir mas no he de poder,
que es muy de veras mi amor.

TACON

Por san Francisco, Señor,
que no lo echés a perder.
Mira aquí cuán bien tratado,
Rico, galán y lucido
te traen, airoso y vestido,
y ahíto de regalado;
cuando ayer los dos nos vimos
muertos de hambre y desdichados,
tan de los Desamparados,
que sarna tener pudimos.

DON FERNANDO

Si sé que Inés me querrá,
¿no es lo mejor declararme,
y logrando esto, casarme?

TACON

¿Sabes si el viejo lo hará?

Y cuando hacerlo le cuadre
(que yo en pensarlo me alegro),
¿para qué has de hacerle suegro,
si le tienes suegro y padre?

DON FERNANDO

Yo no puedo reprimir
lo que a Inés el alma adora.

TACON

Señor, que no es tiempo ahora,
porque lo has de destruir.
Cierto que eres desalmado.

DON FERNANDO

¿Yo?

TACON

Despreciar por los dos
el bien que nos hace Dios,
¿no es grandísimo pecado?
Teniendo mesa tan buena,
¿quieres perderla atrevido?
Ya un pecado has cometido
en la bula de la Cena.
¿Tú no te estás divertido
todo el día con tu Inés?
¿No la enamoras después
con la capa del olvido?
Ella ¿no da a todas horas
de quererte testimonios?
Pues, hombre de los demonios,

¿quieres arroje de moras?

DON FERNANDO

¿No ves que su padre está
sus bodas apresurando
con don Diego, y no sé cuándo?
Según la priesa se da,
para matarme serán.

TACON

Pues ¿tú que podrás, no es llano,
estorbarlo como hermano
mejor que como galán?
Porque el engaño está urdido
con empeño y con rescate,
pues cualquiera disparate
lo atribuyen al olvido.

DON FERNANDO

Cuando lo pueda estorbar
(pues eso es fácil de hacer),
¿Qué salida ha de tener
mi amor, o en qué ha de parar?

TACON

Procura tú con cuidado
Una ocasión.

DON FERNANDO

Y ¿al tenerla?

TACON

Procurar enternecerla
a cuenta de lo olvidado.
Y como el daño se vea,
en tomando posesión,

entra la declaración

cuando el viejo la desea.

DON FERNANDO

Que durar puede haces cuenta

mucho el engaño a ese tono.

TACON

¿Qué? El padre yo te lo abono

hasta el año de noventa.

DON FERNANDO

¿Y si sucediese que

venga el hijo verdadero?

TACON

Mas hijo entonces te infiero.

DON FERNANDO

¿Cómo?

TACON

Yo te lo diré.

Cuando este mozo se fue,

de aquella edad que tenía

contigo se parecía

tanto como ahora se ve

de un retrato que quedó

del aquí, a ti te han sacado;

que ellos bien se han engañado,

porque me he engañado yo.

Catorce años de mudanza,

que ha que este mozo ha partido,

ya le habrán desaparecido;

con que tú la semejanza

tienes de aquel parecer

que deajo a todos acá;
y a él, que con otro vendrá
se le ha de desconocer.

Con que a ti te harán regalos,
y a él le enviarán a Pavía;
y si en ser hijo porfía,
le han de derrengar a palos.

DON FERNANDO

Si él da señas, su aprehensión
¿No es forzoso que se tuerza?

TACON

¿No ves que tienen más fuerza
los ojos que la razón?
Porque con lo parecido
tiene el viejo tal debate,
que ha tragado un disparate
tan grande como un olvido.

DON FERNANDO

¿Qué te ha pasado hoy con él?

TACON

Ya te lo voy a decir:
que es cosa que hará reír
al rey don Pedro el Cruel.
Lastimado él de tu olvido,
dolor que al alma le apunta,
de médicos hizo junta
en casa de un conocido.
Para relator a mí

del caso allá me llevó;
entré en la tal casa yo,
y dando con ellos, vi
tres hombres en un salón,
rucios, pues ya encanecían,
cuyas barbas parecían
cortaduras de turrón.

Propuesto el caso de espacio
de tu olvido, el parecer
de uno fue «No puede ser;»
y otro dijo. «*Est implicatio.*

-¿Cómo *implicatio*?» a los dos
dijo el viejo, puesto en medio,
«usted mire si hay remedio;
que ello es verdad, juro a Dios,
y háganle alguna receta.»
«*Hoc*, dijo uno, *est insania.*»

Yo dije: «Ni es Ananía,
ni Azaría ni profeta.»

Dijo otro desde el cadalso:
«Tal mal no es posible que haya;
si hubiera demencia, vaya;
Mas *sine dementia* es falso.»

Otro (aquí mi risa viene),

muy panzudo, entre los dos,
dijo, entre regüeldo y tos:
«En aprendiendo, ¿retiene?
-No, Señor, respondí yo;
que aún a veces se ha olvidado
de mí, que soy su criado.»
Él las cejas estiró,
y dijo: «Échenle en las ollas
más verdura, y desde aquí
coma leche;» y respondí:
«No la come sino en pollas.»
Fueron los tres con licencia
a consulta, esto fue vicio;
que al verlos perder el juicio,
perdió el viejo la paciencia;
y arrojando un juramento,
dijo: «Váyanse a una noria;
¿cómo han de curar memoria
hombres sin entendimiento?»
Fuímonos; con que tu olvido,
mientras es más imposible,
lo tiene él por más creíble,
en fe de lo parecido.
Con que, si no te regala

o hace algo que no te cuadre,
puedes olvidar que es padre,
y enviarlo noramala.

DON FERNANDO

Él viene.

TACON

Pues atención

al nombre que me he mudado.

DON FERNANDO

¿Cómo es?

TACON

Cerote, cuidado;

que ingrediente es del tacón.

ESCENA II

DON PEDRO. -DICHOS.

DON PEDRO

Cada vez que a Lope dejo,
vuelvo a verle con dolor.

¿Qué haces, Cerote?

TACON

Señor

(Ap. Gran memoria tiene el viejo.)

DON PEDRO

¿No hallan remedio a este daño
los médicos?

DON FERNANDO

¿Quién entró?

DON PEDRO

Pues ¿no has visto que soy yo?

¿Hay olvido más extraño?

TACON

Tu padre es.

DON FERNANDO

¡Oh padre mío!

DON PEDRO

Hijo, ¿quieres que salgamos?

Elige tú dónde vamos.

¿Quieres al prado o al río?

DON FERNANDO

¿Qué dices?

DON PEDRO

Que te esperaba.

DON FERNANDO

Vamos a comer, si es hora.

DON PEDRO

Pues ¿no hemos comido agora?

DON FERNANDO

Es verdad, no me acordaba.

DON PEDRO

¿Viose tan notable exceso?

Hijo, a darme penas vienes.

TACON (*Ap. a don Fernando*)

¡Bien haya el alma que tienes!

Olvídate mucho deso.

DON PEDRO

¿Quieres comer?

TACON

Di que sí.

DON FERNANDO

Pues ¿para qué fin lo digo?

TACON

¡Cuerpo de Cristo conmigo!

Olvida algo para mí.

DON FERNANDO (*A don Pedro*)

Donde quisieres los dos

podemos, Señor, salir;

que yo no puedo elegir

donde estuviéredes vos.

DON PEDRO

Inés viene aquí; sepamos

si ella también salir quiere,

y a la parte que escogiere

podemos ir juntos.

DON FERNANDO

Vamos.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, LEONOR.-DICHOS.

DOÑA INÉS (*Ap. a Leonor*)

Leonor, ya temblando voy
de mi loco desatino;
que yo también imagino
que me olvido de quien soy.
Yo tengo amor tan tirano
a mi hermano, que le adora
mi fe.

LEONOR

No es mucho, Señora:
que es muy buen mozo tu hermano.

DOÑA INÉS

Aquí están mi padre y él.
Yo he de perder el sentido,
si deste amor no me olvido.

TACON (*Ap. a don Fernando*)

Señor, aquí entra el papel.
Entáblale desde ahora
lo que después has de hacer.

DON FERNANDO (*A don Pedro.*)

¡Qué hermosísima mujer!
¿Es de casa esta señora?

DON PEDRO

¡Jesús, qué gran desatino!
¿No ves que es tu hermana Inés?

DON FERNANDO

Perdóname, hermana, pues

que tan bella te imagino,
que no pienso que es verdad,
siempre que te llevo a ver,
que siendo hombre, pueda ser
hermano de una deidad.

DON PEDRO *(A Tacon)*

¡Qué cortesano y qué atento
se disculpó!

TACON

Aquesto es gloria.

DON PEDRO

Lo que perdió de memoria
le creció de entendimiento.
Del dolor llevar me dejo
cuando el alma lo imagina.

TACON *(Ap.)*

Mientras él más desatina,
más lo va creyendo el viejo.

DON PEDRO

Hijo, de ese olvido en ti,
¿qué siente tu entendimiento?

DON FERNANDO

Yo, Señor, bueno me siento.
Y nada me aflige a mí.

DON PEDRO *(A Tacon)*

Aunque es tanta pena el verle,
esto me alivia también.

TACON

Mientras él comiere bien,
no tiene usted que temerle.

DOÑA INÉS

Señor, el mal de mi hermano
yo he inferido. *(Ap. A Dios pluguiera*

que nunca mi hermano fuera,
para ser mi amor en vano.)

Nada con el tiempo dura,
y que tendrá cura siento.

TACON (*Ap.*)

Pues hágase el casamiento,
y verán qué presto hay cura.

DON PEDRO

Él, si deja de mirar
a uno, si no hay quien le acuerde,
aquellas especies pierde,
y no las vuelve a cobrar. -

Tú, si allá tuviste cuenta,
¿De qué el médico infirió
que las especies perdió?

TACON

De navegar con pimienta.

DON PEDRO

Deso el mal le daría allí;
Mas ¿cómo este mal le dio?

TACON

Eso es lo que no sé yo.

DON FERNANDO

Señor, ¿qué hacemos aquí?
¿Nos quedamos hoy sin misa?

DON PEDRO

¿Misa a las tres de la tarde?

TACON (*Ap.*)

Yo pienso, así Dios me guarde,
Echarlo a perder de risa.

DON PEDRO

Hija, quédate con él;
que temo que me ha de dar

un gran mal deste pesar.

¿Hay delirio más cruel?

De gastar mi hacienda trato;

y por no ver lo que pasa,

he de traer a mi casa

Todo el proto-medicato. *(Vase.)*

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, LEONOR, DON FERNANDO, TACON.

DON FERNANDO ¿Vase mi padre enojado?

O ¿he hecho algún desvarío?

DOÑA INÉS No es enojo, hermano mío;

que antes se va lastimado.

DON FERNANDO Pues sentémonos tú y yo.

Ven, hermana; que contigo

tengo yo el cielo conmigo.

¿Quieres?

DOÑA INÉS ¿Digo yo que no?

DON FERNANDO Ven pues.

(Se sientan.)

DOÑA INÉS *(Ap.)* ¡Que permita el cielo

que a esta tan loca pasión

dé mi hermano la ocasión!

Que me he de perder recelo.

pues le culpas?

DOÑA INÉS

Y ¿qué dice?

TACON

Escucha la redondilla:

«Di, ¿por qué no das un medio

que remedie tu pesar?-

Era el remedio olvidar,

y olvidóseme el remedio.»

DON FERNANDO

A la culpa que me impones,

con ella he de responderte.

Oye; que satisfacerte

quiero en las mismas razones.

Entre el corazón flechado

y la memoria perdida

una cuestión se ha formado:

él te quiere, ella te olvida;

con que la lid se ha trabado.

El corazón dice pues

que hay un medio que es remedio;

y ella le arguye después:

«Si un medio el remedio es,

Di, ¿por qué no das un medio?»

El medio es que el corazón

que eres mi hermana se acuerde;

mas siendo della esta acción,

la memoria, que te pierde,
le da luego esta razón:
«No es medio para tu fuego
que yo lo llegue a acordar,
pues si te quito el sosiego,
has menester otro luego
que remedie tu pesar.»

Viendo el daño la razón
de fuego tan encendido
en tan injusta pasión,
siendo culpado el olvido,
riñe sólo el corazón.

Él dice: «Yo ¿qué he de hacer?
la memoria has de culpar;
que temiéndome ofender,
pensó que para querer
Era el remedio olvidar.»

La razón condenó luego
que la memoria en la fragua,
a costa de mi sosiego,
eche del acuerdo el agua
para apagar este fuego.
Aunque perdiese mi gloria,
si ejecutase este medio,

fuera mi salud notoria;
mas faltóme la memoria,
Y olvidóseme el remedio.

DOÑA INÉS (*Ap.*)

Este no es discurso, cielos
que sin memoria se hace,
la duda me satisface,
pero me da más recelo.

TACON

Leonor, ¿quieres que hermanemos
los dos también?

LEONOR

¿Para qué?

TACON

¿Para qué? Pues ¿no se ve?
Porque nos enamoremos.

LEONOR

Luego ¿enamoran también
los dos? Pues ¿no es grave error?

TACON

Pues con fraternal amor
¿No pueden quererse bien?

LEONOR

¡Jesús! Pues ¿no los atajas?
Y aún por eso he reparado
que está tan embelesado
don Lope.

TACON

Pues ella, pajas.

LEONOR

Yo he de estorbarlo; no meta
el diablo algún medio en esto.

TACON

Déjalos tú; que el incesto

no le toca a la alcahueta.

LEONOR

Señora, aquella criada

¿Se ha de estar siempre escondida?

¡Ah, sí!- ¡Lope, por tu vida

me hagas un gusto!

DON FERNANDO

Enojada

dejas a mi obligación;

¿tú pedirme has menester

lo que por ti debo hacer?

DOÑA INÉS

Yo te estimo la atención.

Yo recibí una criada

porque sabe hacer mil cosas

de las que se usan curiosas,

es discreta y muy honrada

y gustaré de tenella;

quiero que, si no te olvidas,

licencia a mi padre pidas;

que no me atrevo sin ella.

DON FERNANDO

Cierto, Inés, que me has corrido.

¿Deso estás embarazada?

Venga luego esa criada,

di que yo la he recibido.

DOÑA INÉS

Leonor, a Lucía luego

trae aquí.

LEONOR

Ya voy, Señora;

mas no puede ser ahora,
porque viene aquí don Diego.

DOÑA INÉS *(Ap.)*

¡Cielos, que con este hombre
sea el casarme forzoso,
y que haya de ser mi esposo
quien me asuste aún con el nombre!

DON FERNANDO

*(Ap. Todo el color ha perdido
al oírle antes de verle,
indicio es de aborrecerle.)*

Tacon, gran dicha he tenido.

(Ap. a Cerote)

TACON

Eso de Tacon no entiendo;
que soy Cerote, tontón.

¿Quieres que con el tacón
nos conozcan el remiendo?

DON FERNANDO

Que me ama no hay que dudar.

TACON

Pues si eso tienes, ¿qué pides?

Una tarde que te olvides
te la puedes merendar.

ESCENA V.

DON DIEGO.-DICHOS.

DON DIEGO

Ya, cielos, logran mis dichas

cuanto mis ansias desean.

Pues, don Lope, hermano mío,

hállete yo en hora buena

cuando por haber logrado

lo que mi suerte concierta,

hermano llamarte puedo;

que hermano soy.

DON FERNANDO

Inés bella,

¿Quién es este caballero

que tanto nos hermanea?

DOÑA INÉS

Es don Diego.

DON DIEGO

¿Qué pregunta?

DOÑA INÉS

No os conoce.

TACON

¡Linda flema!

¿No le he dicho a usted que diga

quien es cuando a verle venga

o que traiga sobrecrito?

Si usted sin mal no se acuerda,

¿qué milagro es que él se olvide,

con mil ventosas a cuestras?

DON DIEGO

Don Lope amigo, yo soy

don Diego Osorio, quien llega

a lograr dicha tan alta,

que ser vuestro hermano espera,

y esclavo de doña Inés;
porque estando ya dispuesta
la voluntad de don Pedro,
solo que el Nuncio supliera
nuestras amonestaciones
faltaba, y la diligencia
vengo yo de hacer ahora
porque esta noche ser pueda
dueño feliz desta dicha.
Y ahora, en albricias de ella,
de besar su hermosa mano
os pido justa licencia.

DOÑA INÉS (*Ap. a Leonor.*)

¡Ay Leonor! Yo estoy mortal.

LEONOR

A esto no hay mas de paciencia.

DON FERNANDO (*Ap. a Tacon.*)

¿Qué es esto, Tacon?

TACON

Pues eso.

¿No se ve en lo que desea?

Él traía priesa de novio.

DON FERNANDO (*Ap.*)

Vive Dios, que si se acerca
para besarla la mano,
le he de romper la cabeza.

DON DIEGO

¿No decís nada, Señora?

Mas suspensión tan modesta
debiera yo agradecer;

claro está que dais licencia
de que yo os bese la mano,
y el no decirlo es modestia
del recato que yo estimo.
Y así, la de vos supuesta,
con licencia de don Lope...

DON FERNANDO Tened, tened, con la vuestra.

DON DIEGO Pues ¿licencia no me dais
de besar su mano bella?

DON FERNANDO No, que primero soy yo.

DON DIEGO No es posible que os entienda.

TACON Que ha estudiado en Alcalá,
y fue primero en licencias.

DON DIEGO Agora lo entiendo menos.-
Don Lope, pues ¿qué os arriesga
el que yo bese la mano
a mi esposa, cuando es cierta
la boda para esta noche?

DON FERNANDO ¿Qué boda?

DON DIEGO ¿No se os acuerda
de que yo he de ser su esposo,
pues vuestro padre lo ordena?

DON FERNANDO Pues ¿para qué estoy yo aquí?

LEONOR (*A doña Inés*) ¡Ay Virgen de la Cabeza!

Tu hermano quiere casarse
contigo.

DOÑA INÉS (*Ap. a Leonor.*)

Olvidarle deja,

Leonor; que mi hermano aquí
con este olvido me alienta;
que si no fuera por él,
me hubiera caído muerta.

DON DIEGO

Don Lope, de no entenderos
el alma tengo suspensa.

DON FERNANDO

Pues yo bien claro os he hablado.

DON DIEGO

Pues ¿vos os casáis con ella?

DON FERNANDO

Don Diego, no nos cansemos,
que aunque doña Inés lo quiera,
no ha de casarse con vos.

DOÑA INÉS (*Ap. a Leonor*)

Leonor, ¿hay dicha como ésta?

La vida me da este hermano.

LEONOR

Yo pienso que lo dijeras
con más gusto, a no ser tanto
el parentesco.

DON DIEGO

Suspensa

tengo la voz y el enojo,
don Lope, a vuestra respuesta;
porque si es inconveniente
para vos o vuestra herencia

que se case doña Inés
antes que vos ser pudiera
la respuesta de otro modo.
Mas decirme con soberbia
que no ha de casar conmigo,
es injuriar mi nobleza;
y vive Dios, que a no estar
Inés aquí, a quien respeta
mi amor y veneración,
tomara yo de esta ofensa
la satisfacción que debo.

DON FERNANDO

Pues si os embaraza ella,
guiad donde no os estorbe.

DON DIEGO

Pues seguidme enhorabuena.

DOÑA INÉS

¡Ay, cielos! Detente, hermano.

DON FERNANDO

Suéltame, Inés; que es bajeza
no castigar su osadía.

DON DIEGO

Soltadle, Señora, y venga.

TACON

Hombre, ¿te hiede la vida?

DON DIEGO

Eso se verá acá fuera.

Dejadle salir.

ESCENA VI.

DON PEDRO. -DICHOS.

DON PEDRO

¿Qué es esto?

TACON (*Ap.*)

¡Jesús! Perdióse la hebra;

todo aquí se desbarata.

DON DIEGO

Señor don Pedro, la ausencia

trueca a los hombres; don Lope

mas mi amigo pensé que era,

y vos pudiérais decirme

cuando él vino, sin ofensa,

que no me casaba, y no

empeñar mis diligencias

para quedar desairado;

pero de vos con la queja

me satisfago, y don Lope

excusar esto pudiera. (*Vase.*)

ESCENA VII

DON PEDRO, DOÑA INÉS, LEONOR, DON FERNANDO, TACON.

DON PEDRO

¿Qué es esto, Lope? Qué es esto,

Inés? Qué palabras necias

son las que dice don Diego?

TACON (*Ap. a don Fernando.*)

Señor, esto se remedia

con disparatar aquí.

Hacia el olvido con ella,

que yo te sacaré dello.

DON FERNANDO

Señor, es la desvergüenza
mayor que he visto en mi vida:
entró aquí, y en mi presencia
la quiso besar la mano.

DON PEDRO

Si es su esposo, bien pudiera.

DON FERNANDO

¿Cómo su esposo, Señor?

Pues de mí ¿qué hacer intentas?

DON PEDRO

Pues ¿qué he de hacer yo de ti?

DON FERNANDO

¿Yo no me caso con ella?

DON PEDRO

¿Con tu hermana has de casarte?-

Cerote, ¿no se lo acuerdas?

TACON

Señor, harto lo trabajo;
mas no hay diablos que le metan,
por más que esté maceando,
Esta hermana en la cabeza.

DON PEDRO

Pues tú, Inés. ¿esto a tu esposo
advertirlo no pudieras?

¿Tan poco su amor estimas?

DOÑA INÉS

Yo, Señor, quererle es fuerza.

DON FERNANDO

¿Cómo es eso de quererle?

Pues ingrata, falsa, fiera,

tirana de mis sentidos,

hechizo de mis potencias...

DON PEDRO

Lope, ¿qué es esto, qué es esto?

ESCENA IX.

DON PEDRO, DOÑA INÉS, DON FERNANDO, TACON.

(Lee don Pedro para sí.)

TACON

De estos hay uno que deja,
de las cartas que va dando,
un porte en cada taberna.

DON PEDRO

¿Viose tal bellaquería?
Algún pícaro es, que intenta,
viendo el dolor en que estoy,
acrecentarme la pena.
Y a la que hacía mi hijo
es parecida la letra;
en esto se ve que es burla.

DON FERNANDO

¿Qué es eso?

DON PEDRO

Una desvergüenza

de alguien que de mi se burla
en la carta. Oyelo en ella.

(Lee.) «Padre y señor mío: Habien-

»do tantos años que no sabéis de mí,

»ahora, que he vuelto a España, no os

»he querido avisar de Sevilla, por ex-

»cusaros la pesadumbre de unas heri-

»das que me dieron en aquella ciudad.

»Ahora llego a Toledo; y siendo noche

»de estafeta, no he querido dejar de
»lograros la alegría de que estaré en
»vuestra casa tan presto como la car-
»ta.- Dios os guarde.-*Lope.*»

DON FERNANDO

Y ¿aqueso decís que es burla?

La burla, Señor, es esta

que estáis haciendo de mí;

pues, como la carta muestra,

teniendo hijo, me queréis

hacer a mí hijo por fuerza

y vive Dios, que es engaño

que en la corte no pudiera

haberse hecho con un negro. (*Vase*)

DON PEDRO

¿Qué dices, Lope? Hijo, espera.-

Cerote, llámale aprisa.

TACON

Por Dios, que la has hecho buena;

¿Sabiendo que es la creciente,

le van a dar esa nueva?

Más habré de trabajar

en que por padre te crea,

que en los artículos ya.

DON PEDRO

Síguele, Cerote, aprisa,

y tráele a casa.

TACON

Ya voy,

señor. (*Ap.* ¡Cuál el viejo queda!

No le sacarán del casco

que es su hijo mi amo, aunque venga

su hijo y los de la Barbuda.) (*Vase.*)

ESCENA X

DON PEDRO, DOÑA INÉS, LEONOR.

DON PEDRO

Si esto, Inés, no se remedia,
este mozo ha de matarme.

DOÑA INÉS

Dejar que se pase es fuerza
esta creciente de luna.
Y por no irritarle en ella,
concederle cuanto pida.

DON PEDRO

Dices bien, y pues su tema
es de casarse contigo,
di tú que estás muy contenta
de que haya de ser tu esposo.

DOÑA INÉS (*Ap.*)

Pluguiera Dios que de veras
lo pudiera ser.

LEONOR (*Ap. a doña Inés.*)

Señora,
ahora es ocasión que puedas
pedir licencia a tu padre,
porque es lástima que tengas
aquella pobre mujer

encerrada, sin que vea
ni hable a nadie de la casa.

DOÑA INÉS Dices bien. -Señor, quisiera
que una merced me otorgases.

DON PEDRO En sabiéndolo está cierta.

DOÑA INÉS Me ha venido una criada,
que es cuanto el gusto desea
para la comodidad
de una mujer de mis prendas,
y quisiera recibirla,
si tú me dieses licencia.

DON PEDRO ¡Jesús! Que venga al instante.

DOÑA INÉS Pues, Leonor, entra por ella.

LEONOR Aquí está en este aposento.-
Lucía, salga acá fuera.

ESCENA XI.

DOÑA ANA. -DICHOS.

DOÑA ANA (Ap.) ¡Cielos, si pone mi suerte
en mi mal alguna enmienda!
Que aunque he estado tan cerrada,
cuando Leonor sale y entra,
de las palabras que dice
ha inferido mi sospecha

que está don Lope en su casa.

Mas porque ella no la tenga
de mí, preguntar no he osado.

DON PEDRO

Vengáis muy enhorabuena,
Lucía, a servir a mi hija;
que tenéis linda presencia,
y de mujer recatada.

DOÑA ANA

Señor, aunque así mi estrella
me trata, soy bien nacida.

DON PEDRO

Bien el semblante lo muestra.-
Hija, un gran gusto me has dado:
Quédese muy norabuena;
y enciendan luces, que es noche.-
Tú ve a prevenir la cena
de Lope, que su regalo
es lo que más me desvela
lleva luces a mi cuarto. *(Vase.)*

DOÑA INÉS

Ya, Lucía, en casa quedas.

DOÑA ANA

Deso mil veces tus plantas.

DOÑA INÉS

No estés de aquesa manera,
entra conmigo, Lucía.

(Ap. ¡Ay amor loco! ¿Qué intentas?)

Este hermano ha de ser causa...

mas no me entiendo a mí mesma.)

DOÑA ANA (*Ap.*)

Cielos, si está aquí don Lope,
todo mi mal se remedia.

(*Vanse.*)

Calle.- Noche.

ESCENA XII.

DON LOPE Y DON FÉLIX, *de camino.*

DON LOPE

Don Félix de Guzmán, esta es mi casa;
aquí de lo que os pasa
en vuestra pretensión me dad aviso,
que pues el cielo quiso
que en el camino yo haya conocido
amigo como vos, agradecido
seré a mi buena suerte,
en seros firme amigo hasta la muerte.
Ya que mi esquiva estrella
quiso que ausente de una dama bella,
que no sé dónde está, venga muriendo,
el amor y la pena resistiendo.
(*Ap.* No quiero decir que era
doña Ana de Ribera,
porque siendo don Félix de Sevilla,
es fuerza conocerla. Y permitilla
no quiero a queste agravio;

que no es acuerdo sabio,
cuando no sé el suceso
de su peligro, y puede haber exceso
que me obligue de nuevo
a no poder pagar lo que la debo.)

DON FÉLIX

Don Lope, vuestra casa ya he sabido,
y vos por mi posada habéis venido,
que es aquí junto al Carmen. Pues el cielo
quiso que allá en Sevilla, en vuestro duelo,
no habiéndoos conocido, no asistiera;
en Madrid ha de ser de otra manera,
porque sin veros no ha de pasar día.

DON LOPE

Pues que la suerte mía
de tan graves heridas ha querido
que bueno me halle ya y convalecido,
yo os doy palabra dello.

DON FÉLIX

Yo ignoro el que os hirió; pues el sabello
nada me importa. No os lo he preguntado,
porque os he visto en esto recatado.

DON LOPE

Es, don Félix, el caso
de que el honor está pendiente acaso
de alguien que me está mal que esté agraviado.
Y por esta ocasión os lo he callado;
y porque, aunque conozco a quien me ha herido,

no soy dél conocido:

porque sin saber él con quién reñía,

mató al mayor amigo que tenía.

Por cuyo riesgo pude yo obligarme

a esconderme en Triana hasta curarme,

sin que dél saber mas haya podido;

pues por mi amigo estoy tan ofendido,

que si yo le encontrara,

a matarle el enojo me obligara.

DON FÉLIX

Don Lope, los amigos que lo fueren,

no han de saber lo que callarles quieren;

quedáos con Dios, que vos tendréis ahora

un rato con un padre que os adora.

Tras tanta ausencia, sin haberle dado

nueva de vos.

DON LOPE

Adiós, amigo mío.

DON FÉLIX (*Ap.*)

Yo voy a mi posada con cuidado

porque hoy en Madrid hallar confío

mi amigo don Fernando de Ribera,

que de alguna quimera

la ocasión de Sevilla le ha traído,

y a Madrid me dijeron que ha venido.

(Vase.)

ESCENA XIII.

DON LOPE; *luego*, DON FERNANDO Y TACON.

DON LOPE

Cielos, tras tantos años,
cierto es que a todos he de hallar extraños;
yo he de probar si alguno me conoce.
Mas fuerza es que me emboce,
porque dos hombres entran en mi casa;
así saber espero lo que pasa.

(Salen don Fernando y Tacon.)

TACON

Señor, viven los cielos, que aunque venga
una ristra de hijos, no es posible
que tú dejes de serlo; estás terrible.
Además, que no puedes, si es tu intento
hacer el casamiento,
lograrlo si te sales de su casa.

DON FERNANDO

Pues ¿qué he de hacer si sabes lo que pasa?
¿Quieres tú que a un desaire me aventure,
pues no es posible que el engaño dure
en viniendo su hijo?

TACON

Cierto que estás prolijo;
no saldrá el viejo ya de la quimera,
aunque el mismo hijo pródigo viniera.
Con aqueste furtón que agora has hecho,
quedas tú siempre bien, y él satisfecho;
porque después del caso averiguado,

siempre puedes decir que te has negado.

Y si esto no te mueve, por san Pablo,

mira qué has de cenar, hombre del diablo;

que hay esta noche grandes prevenciones.

DON FERNANDO

Pues ¿qué hay para cenar?

TACON

Unos capones

que imagino que cantan en la cena

un villancico de la Noche-Buena.

DON LOPE

No puedo conocerlos por lo oscuro,

ni entenderlo por más que lo procuro.

DON FERNANDO

Yo por mejor tuviera

decir que soy Fernando de Ribera,

y le obligara la nobleza mía

a darme a doña Inés; mas tu porfía

me obliga ya a que entremos.

TACON

Deso trato.

Simple, pues te dan tanto de barato,

Toma la posesión con buen despejo,

que después aún vendrá a rogarte el viejo.

DON FERNANDO

Finge tú que yo estoy muy enojado.

TACON

Yo le pondré al vejete de cuadrado.

DON FERNANDO

Ya tu consejo elijo.

TACON

Su hijo has de ser, por Dios, aunque su hijo

agora traiga, por probar el padre,

un testimonio aquí de la comadre.

(Vase con don Fernando.)

ESCENA XIV.

DON LOPE.

Allá dentro se entraron, vive el cielo,
dejándome el recelo
de no saber quién son; sin mí he quedado;
mas ¿qué vano cuidado
tengo yo de mi casa,
si en ella nada sé de lo que pasa?
Pues ¿para qué me asusto,
que mi temor no es justo,
cuando yo no sé nada?
¿No puede ya mi hermana estar casada?
Llamar quiero a esta puerta;
pero no es menester, que ella está abierta;
entrar quiero, y dejar mi duda en calma
mas no sé qué recelo tiene el alma;
el corazón helado me dejaron
esos hombres que entraron:
no es buen indicio que se asuste el pecho
que el no estar satisfecho
el corazón en casos presumidos,

es porque él sabe más que los sentidos.

(Entra por una puerta y sale por otra.)

Sala en casa de don Pedro.

DON LOPE

Con luz sale aquí un hombre:

este de casa es, no hay que me asombre;

pues tan seguro aquí le considero.

Dél informarme, preguntando, quiero.

ESCENA XV.

TACON, *con una luz.* -DICHOS.

TACON

Señores, suelta la sisa

traigo al jubón y al colete,

que este viejo recoleto

me hace descalzar de risa.

De cómo él y yo me llamo,

su hija y todos los del cuento,

queda haciendo en su aposento

una memoria a mi amo.

Llegué a verla (aquí me río)

y decía el papelejo:

«Don Pedro de Luján, viejo,

es vuestro padre, hijo mío.»

Inés luego, y en hilera

toda la casa ha ensartado,

rematando en el fregado

Dominga la cocinera.

Ya de imaginar me alegre

lo que hará, aunque no le cuadre,

cuando acostándose padre,

vea que amanece suegro.

DON LOPE

¿Ah, hidalgo?

TACON

¿Quién pudo entrar

aquí?

DON LOPE

Preguntaros quiero...

TACON

Y ¿es buen modo, caballero?

¿No hay puertas para llamar?

DON LOPE

Templáos.

TACON

Hasta la cocina

se podía entrar usté.

DON LOPE

¿Sois de casa?

TACON

¿No lo ve?

¿Tengo de ser de la China?

DON LOPE

Responded; que no es prolijo,

preguntando, un forastero.

TACON (Ap.)

¿Si es el hijo verdadero?

Vive Dios, que huele a hijo.

Registrarle con la luz

el rostro quiero: aquí llamo;
él se parece a mi amo
como un huevo a un avestruz.

DON LOPE

Pues don Pedro de Luján
¿vive en esta casa o no?

TACON

Desde que en ella plantó
un hijo como un jayán.

DON LOPE

¿Hijo tiene?

TACON

Y que ha venido
de las Indias no ha ocho días,
con más botas que Tobías.

DON LOPE

(Ap. De la carta lo han sabido.)

Deso no me satisfago,
si a recibirle no han ido.

TACON

Ya lo tiene recibido,
y dado carta de pago.

DON LOPE

¿Recibido ya su padre?
Si aún no le ha visto.

TACON

¿No dijo?
(Ap. Señores, este es el hijo,
por la leche de mi madre.
La hora fatal llegó;
valor, que este mentecato
ni se parece al retrato,

ni al padre que le engendró.)

Señor, vos estáis prolijo,

y mi amo se ha de acostar,

y le voy a desnudar.

DON LOPE

¿Quién es vuestro amo?

TACON

Su hijo.

DON LOPE

(Ap. ¡Cielos, si alguien se prohija

en mi ausencia! ¡Qué pesar!)

Hijo debéis de llamar

al marido de su hija.

TACON

¡Jesús! Este es el demonio.

Pues espíritu sin luz,

¿cómo, si huyes de la cruz,

sabes la del matrimonio?

DON LOPE

¿Diablo me llamáis? ¿Por qué?

TACON

Porque aquí decís a bulto

lo que yo, aún de puro oculto,

sospecho que no lo sé.

DON LOPE

Oíd, no seáis majadero.

TACON

Usté, en vez de señoría,

me da la majadería.

DON LOPE

Entrad, y que un forastero

le quiere besar la mano

decid a don Pedro.

que porque me duele un callo,

no le mato a puntapiés.

DON FERNANDO

Pues ¿qué queréis, caballero?

DON LOPE

¡Qué es lo que mis ojos ven!

Darte la muerte, enemigo.

DON FERNANDO

¡Ah, traidor! (*Mata la luz*)

TACON

¡San Rafael!

DON LOPE

¡Ah, infame! ¿La luz has muerto?

Mas venganza tomaré,

aunque a obscuras, de mi ofensa.

DON FERNANDO

¿Quién eres, hombre?

DON LOPE

Cruel,

soy quien heriste en Sevilla.

DON FERNANDO

Por la voz le buscaré,

que este ha ofendido mi honor,

mas ya he encontrado con él.

(*Riñen*)

TACON

¡Ay, que matan a mi amo!

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DOÑA INÉS, LEONOR; *luego*, DOÑA ANA, *con una luz*. -DICHOS.

DON PEDRO (*Dentro.*)

Haz sacar luces, Inés.

DOÑA INÉS (*Dentro.*)

Señor, mira si es mi hermano.

LEONOR (*Dentro.*)

A obscuras nada se ve.

a un aleve y a un traidor.

DON PEDRO

Haz sacar luces, Inés.-

Hijo, Lope.

DON FERNANDO

Todo el mundo

no me podrá detener.

(Vase.)

DON PEDRO

Pues tras ti me has de llevar.

(Vase.)

DOÑA INÉS

¡Qué es lo que mis ojos ven!

¡Ah, ingrato hermano! ¡Ay, Leonor!

¡Que esta criada cruel

era dama de mi hermano!

LEONOR

De eso tiene el parecer.

DOÑA INÉS

De envidia y celos voy muerta.

Mas si es mi hermano, ¿por qué?

(Vase.)

TACON

¡Jesús, y qué bravo caldo

se ha revuelto! Mas si es

el caldo de olla podrida,

quiero ser la liebre en él.



Jornada tercera.

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA I.

DOÑA INÉS, DON PEDRO, TACON.

DON PEDRO

Inés, yo pierdo el sentido

de dolor.

DOÑA INÉS

Templa el cuidado,
señor; que te has desvelado,
y esta noche no has dormido.

DON PEDRO

¿Cómo había de dormir
quedándose Lope fuera?
¡Que tenerle no pudiera!
¡Que no le pude seguir!
Y de lo que más me aflijo,
fue, que diciendo partió
que no era su padre yo,
ni él era Lope, mi hijo.

TACON

*(Ap. Ya esto acabó; no hay que hacer
enredos ya ni mentir;
mañana habré de pedir
limosna para comer.)*
Pues, Señor, ya me despido.

DON PEDRO

¿Por qué, amigo? ¿Qué te ha dado?

TACON

Señor mío, esto ha durado
lo que mi Dios fue servido.

DON PEDRO

¿También tu lealtad me olvida?

TACON

Si él no vuelve, ¿qué he de hacer?

DON PEDRO

¿Cómo que no ha de volver?
Perderé el juicio y la vida.

Cerote, ¿por qué ocasión
te quieres ir? ¡De ansia muero!

TACON Como usted no es zapatero,
no puedo darle razón.

DON PEDRO Aunque mi pesar lo note,
¿qué causa hay, Cerote? Dilo.

TACON Que en acabándose el hilo,
no es menester más cerote.

DON PEDRO ¿Cómo acabarse? ¡Ay de mí!
Mira que me das la muerte;
si hay algún pesar más fuerte,
dilo ya, y muera yo aquí.

TACON (Ap.) ¿No lo ven? Con más presteza
podrá sacarle el gatillo
de la quijada un colmillo,
que el hijo de la cabeza.

DOÑA INÉS ¿Qué a mi hermano le sucede?
Yo estoy sin mí de temor
(Ap. ¡Qué quieres, injusto amor!)
Y ¿por qué volver no puede
a casa?

TACON Yo lo dijera,
mas dél tengo mucho miedo.
(Ap. Ahora yo he de ver si puedo

sacarle algo por postrera.)

¿Ve usted aquel hombre tan fiero,
que a reñir con él se atreve?

Pues es un hombre a quien debe
mi amo un poco de dinero;
y él a mi amo antes debía
dineros, que le pagaba,
y siempre que le encontraba,
al punto se los pedía.

Mas después que le pagó,
mi amo el deudor vino a ser,
y no hay modo de poder
cobrar dél.

DON PEDRO

Pues ¿por qué no?

TACON

Se olvidó que le debía.

DON PEDRO

Pues ¿cómo no se olvidó
de lo que el otro debió,
pues siempre se los pedía?

TACON

Por eso a reñir se mueven.

DON PEDRO

Y es razón que se los pida.

TACON

De lo que debe se olvida,
mas no de lo que le deben.

DON PEDRO

¿Y eso recatando estás,
cuando estoy tan afligido?

¿De cuánto la deuda ha sido?

TACON

Cien escudos son no mas.

DON PEDRO

Pues yo se los pagaré,
porque no esté tan molesto.

TACON

Sí, Señor, salgamos desto;
que yo se los llevaré.

DON PEDRO

Pues yo voy a mi aposento
a dártelos de contado.

TACON

Pues con eso está ajustado,
y vendrá Lope al momento.

DON PEDRO

¿Sólo eso reñía,
y con cólera tan ciega
que soy su padre me niega,
y al otro matar quería?
Al verlo tan impaciente
temí que fuera otro exceso.

TACON

¡Jesús! Pues ¿no adviertes que ese
lo ocasionó la creciente?

DON PEDRO

Por los cien escudos voy
al instante a mi escritorio. *(Vase.)*

ESCENA II.

DOÑA INÉS, TACON.

TACON *(Ap.)*

Ánimas del purgatorio,

cien misas dellos os doy.

Nadie culpe a mis cuidados

la estafa, al verme perdido;

que no es mucho haber vendido

un hijo por cien ducados.

DOÑA INÉS

Dime, ingrato, desatento,

tu traición, si lo sabía,

¿por qué a mí no me decía

de esta mujer el intento?

¿Es bien haber engañado

a mi amor con su sentido,

cuando yo de mí me olvido?

TACON

¡Ay, que el mal se le ha pegado!

DOÑA INÉS

Mas ¿qué he dicho?

TACON

¡Ay Dios, qué exceso!

DOÑA INÉS

¡Sin mí estoy! Locura es.

TACON

¡Jesús! Pues ¿la hermana Inés

ahora sale con eso?

DOÑA INÉS

A poder ser él mi esposo,

confieso que le estimara

mas que a otro, a quien juzgara

tan fino y tan amoroso.

TACON

Eso ya es inclinación.

DOÑA INÉS

No es delito, aunque sea así.

TACON (Ap.) ¡Qué es lo que miro! ¡San Juan!

DOÑA INÉS ¿Quién es?

TACON (Ap. a doña Inés.) El deudor pasado,
en acreedor convertido.

DOÑA INÉS Caballero, ya saldrá
mi padre, y os pagará
lo que mi hermano ha debido.

DON LOPE ¿Sois vos su hija?

DOÑA INÉS Yo soy.

DON LOPE Dame los brazos, hermana.

DOÑA INÉS ¿Qué decís?

TACON ¡Santa Susana!

DON LOPE Yo soy tu hermano.

TACON Ya voy.

DON LOPE ¡Hermana Inés!

TACON ¡Hay quimera
más linda!

DOÑA INÉS ¿Yo hermana? Paso.

TACON Debe de pensar acaso
que eres tú la hospitalera.

DON LOPE ¿Cómo con despego tal
llegas un hermano a ver?

TACON Usted lo debe de ser
del hospital general.

le han de dar cuatro mil palos.

DON LOPE

Padre y señor, padre mío,
don Lope soy de Luján;
que aunque los años me habrán
trocado el rostro, no el brío
que heredé de aquesos brazos.
Y si en mi ausencia ha fingido
alguien que tu hijo ha sido,
yo le haré dos mil pedazos;
que sin duda es hombre bajo
quien finge por su interés
que es tu hijo.

TACON (*Ap*)

Par Dios, que es
tieso el hijo como un ajo.

DOÑA INÉS

Señor, esto es fingimiento.

TACON (*Ap.*)

Gran día ha de ser el de hoy.

DON PEDRO

Hija, vive Dios, que estoy
perdiendo el entendimiento.

DON LOPE

Señor, yo anoche llegué,
y aquí encontré a mi enemigo,
y no hablé entonces contigo,
porque a su hermana libré.

DON PEDRO

Luego ¿quien riñó con él
fuisteis vos? ¡De pena muero!-

¿No es a quien debe el dinero
este hombre?

TACON Digo que es él.

DON LOPE ¿Qué dinero?

TACON ¿Hay tarabilla
como esta, o es carantoña?
¿Usted no es hijo de Oña,
el mercader de Sevilla?

DON LOPE Hombre, tu error lo imagina,
si esa apariencia te ofrece.

TACON Señores, se le parece
como un pollo a una sardina.

DON PEDRO Caballero, vive Dios,
que ya es mucha demasía
y mucha bellaquería,
cuando el que riñó con vos
era mi hijo, querer
fingiros vos hijo mío,
cuando a vuestro desvarío
contradice el parecer.
Porque si por darme enojos
lo habéis querido fingir,
os lo sale a desmentir
lo que están viendo los ojos.

Mi hijo don Lope está en casa
y él es mi mismo retrato;
y si vuestro desacato
ya más adelante pasa,
tendrá osadía tan vana
castigo, y su fingimiento.

TACON (*Ap.*)

Verán si no para el cuento
en zurrarle la badana.

DON LOPE

¡Qué es lo que escucho! Señor,
quien riñó conmigo era
don Fernando de Ribera,
y quien con ciego furor
en Sevilla me hirió a mí
en su casa, por doña Ana
de Ribera, que es su hermana,
aquella que estaba aquí;
y esto lo echaréis de ver
en que al punto que la vio,
a matarla se arrojó;
y yo, para defender
el peligro de su vida,
de tu casa la saqué
y a la otra casa la llevé,
donde la tengo escondida.

Y si no crees que es verdad,
vente tú, Señor, conmigo;
que hallando en ella un testigo,
saldrás de tu ceguedad.

TACON (*Ap.*)

Cielos, no es nada la veta
de la media.

DON PEDRO

Mas me aflijo;
tu amo ¿no es Lope, mi hijo?

TACON

Como Lope fue el poeta.

DON PEDRO

Pues ¿qué es esto?

TACON

Esas son largas.

DON PEDRO

Tú me harás desesperar.

TACON

¿Helo yo de averiguar?
Yo soy Cerote, y no Vargas.

DON LOPE

Villano, pues tú este daño
estás fomentando aquí,
viven los cielos, que en ti
he de vengar el engaño.

TACON

Señor, sé tú mi coletto.

DON LOPE

Aunque lo contrario intentes,
yo soy su hijo, y tú mientes.

TACON

Por mí, mas que seas su nieto.

DON PEDRO

¿Qué intentas, hombre prolijo?
¿No basta darme pesar,

sin que vengas a matar

el criado de mi hijo?

DON LOPE

Que yo soy tu hijo, Señor.

TACON

Bien puede él haberlo sido

sin que tú lo hayas sabido.

DOÑA INÉS

Padre, el remedio mejor

es el irlo a averiguar,

y que tú vayas a ver

lo que dice esa mujer,

que ella no puede afirmar

que sea Lope su hermano,

estando él aquí presente;

que si él su engaño desmiente,

cuanto diga será en vano.

DON PEDRO

Allá he de ir. ¡Si esto sería

verdad, y este mi hijo fuera!

DOÑA INÉS (*Ap.*)

Yo las albricias me diera

que a mí más bien me estaría.

DON PEDRO

Venid, pues.

DON LOPE

Ya yo os asisto.

TACON

Ve tú, y allá te lo aven.

DON PEDRO

Tú has de seguirnos también.

TACON (*Ap.*)

Esto es malo, vive Cristo.

DON PEDRO

Guiad; ¿dónde habemos de ir?

DON LOPE

A salir deste embarazo.

TACON (*Ap.*)

Pues ya se desata el lazo,

bien me podré yo escurrir.

(Vanse don Lope, don Pedro y Tacon.)

ESCENA V.

DOÑA INÉS.

¡Cielos, se habrá visto pecho

en confusión semejante!

¡Que yo con un hombre encuentre

que me enamore en la calle,

que entre en mi casa inclinada,

y que le traiga mi padre

por mi mismo hermano a casa;

que en rostro, presencia y talle

tenga señas de mi hermano,

palabras y obras de amante,

y que su amor y su olvido

me obligue contra la sangre!

¡Que una mujer forastera

venga a mí porque la ampare;

que yo en casa la reciba

con generosas piedades;

que venga un hombre de fuera;

que aquí riñendo se hallen

mi hermano y él, y al sacar
ella una luz, su semblante
mueva en mi hermano un enojo
de quien el otro la guarde;
y ahora vuelva este hombre mismo
con razones eficaces
afirmando que es mi hermano;
y entre confusión tan grave
se hallen todos los sentidos
sin saber hacia que parte
poder guiar el discurso!
Y cuando ningún dictamen
en todos ellos es fijo,
sólo mi amor es constante,
sin que las dudas se alteren
ni la razón le contraste
de ser mi hermano el que quiero.
Sin duda hay secreto grande
de amor entre tantas dudas,
y el corazón es quien sabe
estos secretos a veces.
Pues si él permite que ame,
siendo quien saberlo puede,
sin duda no es yerro amarle,

que a ser mi hermano, el delito
contradijera la sangre.
Mas caso que no lo sea,
¿qué importa el quererle fácil,
cuando ya en darme a don Diego
está tan firme mi padre,
que hoy dice que de secreto
con él ha de desposarme?
Amor, ¿qué quieres de mí,
cuando eres para templarte,
si no es mi hermano, imposible;
y si es mi hermano, culpable?

ESCENA VI.

LEONOR.- DOÑA INÉS.

LEONOR

Señor, tu hermano viene,
descolorido el semblante
y ajado, como quien suele
pasar la noche en la calle.

DOÑA INÉS

Ay Leonor, que yo presumo
que son mayores mis males;
que no es mi hermano.

LEONOR

¿Qué dices?

DOÑA INÉS

Que hay ya muchas novedades.

sin poderlos encontrar,
apenas el día sale,
cuando en la Red de san Luis,
queriendo pasar al Carmen,
a don Félix de Guzmán
encontré, mi amigo grande,
al cual, de verme admirado,
calló mi afrenta el semblante;
que no ha de saber mi agravio
hasta mi venganza, nadie.
Enseñóme su posada,
donde volver a albergarme
pienso hasta hallar mi enemigo;
que ya no es bien que yo pase
en lances de honor con burlas
de amor y olvido, adelante.
Y así, a don Pedro y a Inés...
Mas ella está aquí.

DOÑA INÉS

(Ap. Pesares,

matad o morir.) Don Lope,
señor, hermano, ¿qué haces?
¿Qué novedades son estas?
¿De dónde vienes? ¿Qué traes?

DON FERNANDO

Ya, señora doña Inés,

es fuerza que el alma os hable

con las veras que hasta aquí

decente oculto el donaire.

Yo no soy hermano vuestro,

no; no el cariño lo extrañe,

que el lugar que tengo en él,

si es mi ventura tan grande

que haya merecido alguno,

no vengo a desocuparle,

sino a pedir que de hermano

me le troquéis en amante.

Para aquesto en vuestro pecho

no ha de entrar ni salir nadie;

yo estoy dentro, vos me veis;

no el decoro os embarace,

porque no habréis menester

mas que, para mejorarme,

dar el oficio al amor

que estaba haciendo la sangre.

Y porque ocuparle puedo,

conozcáis (digo ocuparle

por capaz del favor vuestro,

que a vos no os merece nadie),

don Fernando de Ribera

soy, que en aquel mismo instante

que os vi en Madrid, de Sevilla

acababa de apearme.

Trájome aquí una desdicha

(permitidme que la calle,

porque al decirla, recelo

que me arrojéis de la parte

donde me tenéis, Señora,

si vos llegáis a mirarme,

aunque fue sin culpa mía,

vestido deste desaire).

Estando en la calle pues,

sin tener donde albergarme,

sin socorro, por cogirme

sin prevención este lance,

a los ojos de don Diego

y al ansia de vuestro padre,

posiblemente engañaron

las señas de mi semblante;

y esto, junto con fingir

mi criado con tal arte

la enfermedad de mi olvido,

hizo el engaño más fácil.

Trájome a casa por hijo,

donde trocando el dictamen,

lo que aceté desvalido,

lo proseguí por amante.

Obligóme vuestro amor

a lo que sin causas tales

fuera, Señora, indecente

en un hombre de mi sangre,

mas ya el declararme es fuerza,

porque en mi pecho no caben

aquellas burlas fingidas

al lado de mis pesares.

Vuestro amor sé que en él vive,

y creo, Señora, que es grande,

pues tal linaje de pena

no resiste el maridaje.

A decir esto resuelto

vengo a vos y a vuestro padre,

porque en ningún tiempo pueda

ser por mi engaño culpable;

que aunque en esto os aventure,

más quiere mi noble sangre

que airosa verdad os pierda,

que indigna cautela os gane.

Y mirad lo que os estimo,

pues cuando mi duda sabe
que el digno lugar de hermano
tengo en vuestro pecho afable,
mi corazón no se atreve
a estar en él como amante,
sin que antes de aqueste engaño
la aleve mancha se lave.

Don Fernando de Ribera
soy por mi noble linaje,
del logro de mis deseos
son mis blasones capaces;
pero capaces, teniendo
vuestra gracia, que esa nadie
la merece, porque es gracia
y la nobleza más grande,
cuando se pone a la vista
de luces tan celestiales,
sólo es un vaso capaz
donde sus favores caben.

Sólo mi amor os propongo
por mérito de mi parte,
y ese lo es queriendo vos,
sin que yo pueda quejarme
de vos, porque no queréis;

que el no ser mi amor constante
correspondido, es desdicha,
no culpa en vuestro dictamen;
que no nace la hermosura
obligada, cuando nace,
a querer a quien le quiere,
si es la de su amor constante.

Ya pues, Señora, que yo
la obligación de mi sangre
he cumplido, haced ahora
lo que el afecto dictare.
Si os conviene, consultad
mi deseo a vuestro padre,
y del engaño, con él
por el amor disculpadme;
y sabed que yo no puedo,
por lo que el alma os aplaude,
dejar nunca de ser vuestro
aunque mi amor no os alcance.

Y si fuere mi fortuna
tan corta, que no se abraze
por víctima el corazón
en vuestro incendio suave,-
quejoso de mi desdicha,

y agradecido a mis males,
por la gloria de la causa
viviré de mis pesares;
contento de haber perdido
una ventura tan grande,
por no ajar mi bizarría
de tal engaño al ultraje.

DOÑA INÉS

Don Fernando, ¡quién pudiera
con palabras eficaces
decirle los parabienes
que doy a mi amor de hallarte
galán cuando por mi hermano
estaba oculto en la cárcel
de mi silencio! Aquel día
que te vi, en el mismo instante
los ojos que me pediste,
eres tú quien me llevaste;
mas deste amor el estorbo
es el gusto de mi padre,
que me casa con don Diego;
mas primero que me case,
a morir me resolviera.
Agora, pues tú ya sabes
de mi amor y tu peligro,

ponte en el riesgo, de parte
del remedio, si hay alguno.

DON FERNANDO

Ya, Señora, llegó el lance
tan a punto del extremo,
que el remedio que aquí cabe
es el que yo no me atrevo
a proponeros amante,
por el respeto que os tengo.

LEONOR

¿Respeto? Es para galanes
de la era del rey Vamba,
que oliendo el favor de un guante
estaban nueve u diez años;
pero ya no se usa el traje
de las calzas atacadas.

DOÑA INÉS

Fernando, no lo dilates;
antes de decir mi amor
pudieras embarazarte;
mas diciendo que te quiero,
más que atento, eres cobarde.

DON FERNANDO

Pues el remedio, Señora,
solo es poneros en parte
donde digáis que sois mía,
sin que el riesgo os lo embarace;
que desde allí a ser mi esposa,

me toca a mí lo restante.

DOÑA INÉS

¿Cuándo ha de ser esa?

DON FERNANDO

Luego;

que en sabiendo vuestro padre

que no soy su hijo, es preciso

que aquesta ocasión me falte.

DOÑA INÉS

Y ¿dónde he de ir?

DON FÉLIX

A un convento.

DOÑA INÉS

Pues, Leonor, los mantos trae.

LEONOR

Al arma, comendadores.

(Vase.)

ESCENA VIII.

DON FERNANDO, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS

Toma, dueño mío.

DON FERNANDO

¿Qué haces?

DOÑA INÉS

Darte la mano.

DON FERNANDO

¿Qué dices?

DOÑA INÉS

De tu esposa.

DON FERNANDO

¡Dicha grande!

DOÑA INÉS

Esto es preciso.

DON FERNANDO

¿Por qué?

DOÑA INÉS

Por ir honrada.

DON FERNANDO

¿A qué parte?

DOÑA INÉS

Siendo yo tu esposa ya,

adonde tú me lleves.

ESCENA IX.

LEONOR, *con los mantos*. -DICHOS.

DON FERNANDO Pues yo al alma la traslado
por mi lado.

DOÑA INÉS No te tardes.

DON FERNANDO Vamos pues.

DOÑA INÉS Ya yo te sigo.

DON FERNANDO Bien haya mi suerte.

LEONOR ¡Andares!

Eso sí: marido a gusto,
aunque sea pobre; que haces
la boda en Carnestolendas
Con quesadillas y hojaldres.

(Vanse.)

Sala en la posada de don Félix.

ESCENA X.

DOÑA ANA, *con manto*; DON FÉLIX.

DON FÉLIX Señora, perdonad, que con la prisa
de salir con don Lope esta mañana,
un papel olvidé, cosa precisa
para mi pretensión.

DOÑA ANA

Prevención vana

es la que hacéis, Señor, en vuestra casa,
en quien os debe amparo tan atento.

DON FÉLIX

Entre tales amigos siempre pasa
al que hace el gusto el agradecimiento;
demás de que a don Lope se lo debo,
y estando aquí vos sola, no me atrevo
a entrar, aunque es segura mi fineza.

DOÑA ANA

Esa atención tendrá vuestra nobleza
por lo que a sí se debe;
pero no porque aquí la causa os mueve,
que de vos y de mí don Lope alcanza,
cuando me trae aquí la confianza
que merece tan fiel correspondencia.

DON FÉLIX

Pues de entrarle a buscar me dad
licencia. (*Éntrase*)

ESCENA XI.

DOÑA ANA.

¡Cielos, que yo viniera
a buscar mi peligro, y que saliera
delante de mi hermano!
Cómo esto pudo ser discurro en vano;
si no fue que ofendido,

a don Lope siguiendo haya venido;
dicha ha sido librarme de la muerte.
Ya agradezco a mi suerte
que habiéndome don Lope aquí traído,
no me haya conocido
aqueste caballero,
de Sevilla es, a lo que infiero,
pues yo allá oí su nombre.
Sombra no encuentro ya que no me asombre
de mi hermano en la intrépida locura,
de cuyo enojo aquí no estoy segura,
pues siempre me parece que le encuentro.

ESCENA XII.

DON FERNANDO.-DOÑA ANA; *luego*, DON FÉLIX.

(Doña Ana se cubre al oír la voz de su hermano.)

DON FERNANDO *(Desde la puerta)* Don Félix de Guzmán ¿está aquí dentro?

DOÑA ANA Valéme, cielos, en tal riesgo ahora.

DON FERNANDO ¿No está en casa don Félix, mi señora?

DON FÉLIX *(Sale.)* ¿Quién a don Félix busca?

DOÑA ANA *(Ap. a don Félix.)* Ahí os espera...

DON FERNANDO Tu amigo don Fernando de Ribera.

DOÑA ANA ¡Ay cielos! yo soy muerta,
si no puedo salir por la otra puerta.

(Vase)

que de mi amor se logre el firme celo
con que te sigo.

DON FERNANDO

Aquí estarás en tanto

que yo busco el convento.

LEONOR (*Ap.*)

¡Cielo santo!

La oración de san Juan me salió cierta,
porque, en echando el huevo fui a la puerta,
y zapato dijeron de allí a un rato,
y Cerote bien viene con zapato.

DON FÉLIX (*Sale.*)

Fernando, ya no es menester licencia;
que la mujer se fue. (*Ap.* Y es evidencia
que de Fernando ha sido conocida,
pues al verle, de aquí se fue afligida;
de ella daré a don Lope buena cuenta.
Sea quien fuere, ha sido desatenta.)
Fernando, tú, después de haber venido,
¿acaso alguna dama has conocido?

DON FERNANDO

Si no es a la que veis, otra ninguna.

DON FÉLIX

(*Ap.* Pues ¿qué es esto? ¿hay mujer mas importuna?
¡Que porque entró aquí un hombre se haya ido!)
Amigo, ya en tu intento estás servido.

DON FERNANDO

Pues, después de dejar estas señoras
aquí dentro, te pido por dos horas
que me acompañes a una diligencia.

DON FÉLIX

Eso no puede ser, con tu licencia;
porque otra obligación ahora me llama.

DON FERNANDO

¿Mayor?

DON FÉLIX

Sí, de buscar aquesta dama,
que para irse más causa no ha tenido
que huir de ti, si a ti te ha conocido.

DON FERNANDO

¿Mujer que huyó de mí? (*Ap. Cielo, si fuera
mi hermana esta cruel que bien pudiera,
pues no es conocida de mi amigo.*)
¿Quién te trajo esa dama?

DON FÉLIX

Eso no digo,
porque dama y secreto me ha fiado,
y en cuanto esto, he de estar siempre a su lado.

DON FERNANDO

Pues ¿hay peligro?

DON FÉLIX

Y grande, según dice.

DON FERNANDO

(*Ap. ¡Cielos, si he sido yo tan infelice,
que contra mí mi amigo esté empeñado!*
Mas aquí es imposible mi cuidado;
que don Félix el cargo no admitiera
cuando supiese que mi hermana era.
Ignorándole, menos ser podía;
porque ¿cómo es posible que en un día,
siendo don Félix hoy recién venido,
sea de mi ofensor tan conocido?)

Yo, don Félix, he de irme a aqueste intento.

DON FÉLIX

Esta la llave es de mi aposento,

dádsela a esa señora;

que yo a buscar la otra voy ahora.

DON FERNANDO

Vamos pues.

DON FÉLIX

A buscarla me resuelvo.

DON FERNANDO

Cerrad, Señora, vos; que luego vuelvo.

(Vase con don Félix.)

ESCENA XV.

DOÑA INÉS, LEONOR.

DOÑA INÉS

Cierra, Leonor, la puerta;

¡Cielos, si tanta dicha será cierta!

Mas mira que a la puerta están llamando;

abrela, pues quizá será Fernando.

LEONOR

Sin sosiego me tiene el casamiento;

Dios quiera que no pare en sentimiento.

DOÑA INÉS

¡Hay pena más tirana!

LEONOR

¿Quién llama aquí? *(Abre.)*

DON LOPE *(Dentro.)*

Yo soy, abre doña Ana.

LEONOR

¡Ay Señora, muerta estoy!

Tu padre.

DOÑA INÉS

¡Jesús mil veces!

LEONOR

Aquí nos parten las nueces

o las piernas; yo me voy. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DON DIEGO, DON LOPE, TACON.- DOÑA INÉS, *que se tapa al verlos entrar.*

DON PEDRO *(A don Lope.)*

Yo tanto me he detenido
para que sea don Diego
testigo de que estáis ciego.

TACON *(Ap.)*

Ecurrirme no he podido.

DON DIEGO

¿Vos don Lope? Vive Dios,
que a no ver que vuestro engaño
es castigo más extraño,
reñido hubiera con vos.

DON LOPE

Pues la verdad no ha podido;
ni las señas que yo he dado,
tan seguras, no han bastado
para haberme conocido;
y el tener acaso ese hombre
el semblante, que os engaña,
que yo tuve cuando a España
dejé, y el tomar mi nombre;-
no pretendo agora, pues,
que por hijo me tengáis,
sino que aquí conozcáis
cómo ese hombre no lo es. -

(A doña Inés, que se tapa más.)

Este es mi padre.- Doña Ana,
no te encubras, que es en vano;
di quién soy yo, quién tu hermano.)

DOÑA INÉS *(Ap.)*

¡Hay pena más inhumana
que encontrarme aquí mi padre!

DON LOPE

Dilo pues; que aquí no hay mal
que recelar.

TACON *(Ap.)*

No hagas tal,
por la leche de tu madre.

DON LOPE

Da, pues le importa a mi fama,
de descubrirete licencia.

DON PEDRO

¿No veis cómo en mi presencia
no osa decirlo esta dama?

DON LOPE

Doña Ana, ¿qué intentas, di;
que a hacer una grosería
me ocasionas?

DOÑA INÉS *(Ap.)*

¡Suerte mía!
¿Qué he de hacer? que estoy sin mí.

TACON

Por vida de Inés de Astorga,
que lo diga. ¿Velo usted?
Ella lo niega.

DON LOPE

¿Por qué?

TACON

Porque aunque calla no otorga.

DON PEDRO De vuestro engaño prolijo,
viendo el desengaño, os dejo.

TACON *(Ap.)* Señores, con esto el viejo
más se encarniza en el hijo.

DON LOPE ¿Cómo iros? Vive Dios,
que antes se ha de descubrir,
y también se ha de decir
quién soy delante de vos.

ESCENA XVII.

DON FÉLIX.-DICHOS.

DON FÉLIX *(Desde la puerta.)* Vive Dios, que hallar no puedo
esta mujer. Mas ¡qué miro!
¿Quién está aquí?

DON LOPE Pues doña Ana,
primero el desaire mío
excusar quiero, pues siendo
tu esposo ya, no has querido
descubrirte; y así yo...
(Va a destaparla.)

DOÑA INÉS *(Ap.)* ¡Valedme, cielos divinos!

DON FÉLIX *(Saliendo.)* ¿Qué es lo que hacéis? Deteneos.

DON LOPE Félix, doña Ana es testigo
de lo que a mi honor le importa,

y por más que le he pedido

que se descubra y lo diga,

no quiere.

DON FÉLIX

Tened por Cristo;

que esta dama no es doña Ana.

DON LOPE

Pues ¿quién?

DON FÉLIX

No puedo decirlo,

ni aunque quisiera, pudiera,

porque la trajo un amigo

aquí, sin saber quién es.

DON LOPE

Pues ¿y doña Ana?

DON FÉLIX

Se ha ido

de aquí, sin saber yo dónde.

DON LOPE

Eso, Félix, es indicio

de que estáis vos en su intento

y fomentáis su designio;

¡oh falso amigo! ¡oh traidor!

DON FÉLIX

Ni traidor ni falso amigo

soy, porque esta no es doña Ana.

DON PEDRO

Pues si veis que ella no ha sido,

¿qué es lo que intentáis ahora?

DON LOPE

Descubrirse no ha querido,

y yo he de hacerlo, don Félix.

DON FÉLIX

Pues que yo he de resistirlo

entended.

DON LOPE

Viven los cielos,
que tu traición, falso amigo...

DON FÉLIX

Don Lope, viven los cielos,
que es verdad cuanto os he dicho,
y no es doña Ana esta dama.

DON PEDRO

¡Qué escucho! ¿Don Lope dijo?

TACON

Si lo finge para ti,
¿no puede haberlo fingido
para el otro?

DON PEDRO

Caballero,
don Lope es un hijo mío;
que este que veis no es don Lope.

DON FÉLIX

Yo esa duda no averiguo;
solo esta dama defiende,
que me ha encargado un amigo.-
Entráos, Señora, allá dentro.

DOÑA INÉS (*Ap.*)

La vida a este hombre he debido.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

DON FÉLIX, DON PEDRO, DON DIEGO, DON LOPE, TACON.

DON LOPE

Don Félix, esa es traición,
que mi acero...

DON PEDRO

¿Estáis sin juicio?

Mirad que estoy a su lado,
si intentáis tal desatino.

DON DIEGO

Y yo también.

TACON

Y yo, y todo.

DON LOPE

Padre, ¿vos...

DON PEDRO

¡Hay tal delirio!

Hombre, yo no soy tu padre.

TACON

Señor, que te llame tío:

pártase la diferencia,

Y hazle siquiera sobrino.

DON LOPE

Señores, caso como este

¿Habrá a otro hombre sucedido?

Viven los cielos sagrados,

que perdiendo estoy el juicio.

DON FÉLIX

Don Lope, esta es la verdad.

DON PEDRO

Que no es don Lope.-Hombre, idos,

o perderé la paciencia,

y haré con vos un delirio.

DON DIEGO

Y yo también, vive Dios;

que estáis ya muy atrevido

en un engaño tan grande.

TACON

Y yo también, vive Cristo;

pues queréis ser hijo hongo,

que sin sembrarle ha nacido.

DON LOPE

A todas esas injurias

respondo que las permito,

porque aunque mi padre aquí

a mí no me ha conocido,

yo le conozco por padre

y le respeto como hijo.

Y porque dudo si es cierto

lo que don Félix ha dicho,

iré a buscar a doña Ana;

y ella será fiel testigo

de mi verdad, si la hallare.

Y vive el cielo divino,

que si la ocultáis, don Félix,

de mi tengáis el castigo.

. (Vase.)

ESCENA XIX.

DON FÉLIX, DON PEDRO, DON DIEGO, TACON.

DON PEDRO

Caballero, este pesar

por mi causa habéis tenido;

que este hombre sin duda es loco.

TACON

Sí, Señor, porque ha querido

hacerse hijo de mi amo;

de doña Ana os está bien.-

Entrad, Señora, conmigo.

DON FÉLIX

Ahora estoy a vuestro lado

mirad que he dado a este amigo

palabra de defender

de aquesta dama el peligro.

DON FERNANDO

Mirad, Félix, que es mi hermana.

DON FÉLIX

Fernando, lo dicho dicho.

DON PEDRO

¿Cómo tu hermana? ¿qué dices?

¡Hay mayores desatinos!

DON FERNANDO

A todos he de mataros.-

Quitáos vos, que nada miro.

DON PEDRO

¿Tú me pierdes el respeto?

TACON

En estando enfurecido,

se matará con su padre.

DON LOPE

Don Fernando, ya os he dicho

que os está bien.

DON FERNANDO

¿Bien a mí?

DON LOPE

Sí, siendo yo su marido.

DON FERNANDO

Desa suerte, decís bien,

pues restauro mi honor limpio.

DON LOPE

Pues ahora, porque todos

salgamos de un laberinto,

¿Vos don Fernando no sois

de Ribera?

DON FERNANDO

Así lo afirmo.

DON LOPE

Pues yo, Señor, soy don Lope
de Luján.

DON PEDRO

Cielos, ¿qué he oído?

Pues ¿no eres mi hijo tú?

DON FERNANDO

Sí, yo lo soy y lo he sido.

DON PEDRO

Pues ¿cómo a questo respondes?

DON FERNANDO

Porque vos no habéis sabido
cómo lo soy, mas veréislo.-
¿Ah doña Inés?

ESCENA XXII.

DOÑA INÉS, LEONOR.-DICHOS.

DOÑA INÉS

Dueño mío.

DON FERNANDO

Dame la mano.

DOÑA INÉS

Soy tuya.

DON FERNANDO

Deste modo soy tu hijo,
porque hasta aquí lo fui sólo
porque soy *El Parecido*.

TACON

Lleve el diablo quien hablare
palabra sobre lo dicho.

DON PEDRO

Pues me está bien, yo lo aceto.

TACON

Pues, Leonor, tu mano pido.

LEONOR

Yo la doy, y con dos manos

TACON

Y con esto y con un vitor...

TODOS

Para Moreto aquí tiene

fin dichoso *El Parecido*.

El poder de la amistad

Agustín Moreto

PERSONAS

EL REY DE CRETA.

LUCIANO.

MARGARITA, *princesa*.

MOCLÍN, *criado, gracioso*

ALEJANDRO.

EL PRÍNCIPE DE TEBAS.

MATILDE, *su prima*.

GUARDAS.- MÚSICOS.

TEBANDRO.

EL DUQUE DE ATENAS.

IRENE, *criada*.

SOLDADOS.-ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Creta.



Jornada primera

Plaza delante del palacio.

ESCENA PRIMERA

ALEJANDRO, TEBANDRO, LUCIANO, MOCLÍN.

LUCIANO

Otra vez a mis brazos,
De tan firme amistad eternos lazos
Sean, noble Alejandro.

ALEJANDRO

Docto Luciano, capitán Tebandro,
Que hoy le debe a tu diestra
Tan alto imperio Scitia, patria nuestra;
Y a tu pluma, Luciano,
Honor del griego, envidia del tebano,
Para ser, sin segundo,
La enseñanza política del mundo.

TEBANDRO

No de su Imperio excluyas tu nobleza,

Que aunque debe a mi diestra
 Muchas de las provincias que avasalla,
 A ti te debe, no en menor batalla,
 El gobierno, de todos venerado,
 Siendo en la paz supremo magistrado.
 MOCLÍN ¿Ni abrazo para mí, ni deuda queda?
 Déjenme algo que deberme pueda
 Scitia, y abrácenme.

LUCIANO Moclín amigo.

MOCLÍN Y caballero de Moclín, pues sigo
 A mi amo, que en Creta enamorado,
 En Minotauro ya se ha transformado.

TEBANDRO Pues ¿qué te debe Scitia?

MOCLÍN Más que a todos,
 Pues en las guerras que con Creta tiene,
 Cuando mi amo a sosegarlas viene,
 Soy de estas paces plenipotenciario,
 Y ya me debe un año de salario.

ALEJANDRO Pues, Luciano, Tebandro, amigos míos,
 ¿Qué ha sido la ocasión desta venida?
 Aunque no es maravilla,
 Cuando en el mundo está, por desusada,
 La amistad de los tres tan celebrada.

TEBANDRO Ya sabes, Alejandro, que a las paces
 Del rey de Creta, nuestro feudatario,
 El Senado en su corte te ha tenido,
 Y para efetuar este concierto
 El ejército tengo en sus fronteras,
 Para entrar por su reino con más veras
 Si este designio de la paz no es cierto.
 Estando pues, para cumplir el plazo
 Que el Senado me dio por su decreto,
 Para que suspendiese al golpe el brazo,
 A mi oído llegó con vivo efeto,
 De Margarita la amorosa fama,
 Hija del rey, a cuyo casamiento
 Los príncipes vecinos junta y llama,
 Y arrebatado a tan feliz intento,
 Vengo a ver de secreto su hermosura,
 Por si acaso, cesando la venganza,
 Lograr pudiera en ella mi ventura,

LUCIANO

Las paces de la patria y mi esperanza.
Y yo, Alejandro, viendo en este empeño
Hoy a Tebandro, nuestro fiel amigo,
Por si ayudarle puedo a hacerle dueño
Desta ventura, con lealtad le sigo,
Por tener más noticia desta corte,
Donde ya muchas veces he asistido,
Con que a su intento serviré de norte,
Pues ya sabéis cuán deseado ha sido
Del Rey y la princesa Margarita,
A cuyo claro ingenio no limita
La esfera de mujer, y ha deseado
Que logre mis estudios a su lado.

MOCLÍN

Hombres de mil demonios, ¿estáis locos?
¿Tenéis sesos? o ¿acaso habéis querido
Quitarle a mi pobre amo aquellos pocos
Que le han quedado? ¿A eso habéis venido,
Cuando él muriendo está, de puro tierno,
Por aquesa princesa del infierno?

TEBANDRO

Moclín, ¿qué dices?

MOCLÍN

Que esa Margarita
Es la perla por quien se precipita
Al mar de amor, adonde se congela
De ingratitud tirana que la hiela;
Más según en su pecho alza la roncha,
No pienso yo que es perla, sino concha.
Alejandro, ¿qué es esto?

LUCIANO

ALEJANDRO

Amigos míos,
Si el mar en que de amor los desvaríos
Me tienen, queréis ver, daré al aliento
Fuerzas con que renueve mi tormento.
No lo dilates.

LUCIANO

TEBANDRO

Sólo eso esperamos.

ALEJANDRO

Oíd atentos.

LUCIANO

Di; que ya escuchamos.

ALEJANDRO

Ya sabéis, nobles amigos,
Que las guerras del imperio
Con el rey de Creta han sido
Escándalo destes tiempos.
Tras tantas sangrientas lides,
Sitios y asaltos diversos,

Muertes, ruinas y destrozos
Que se han seguido a estos reinos,
A la paz tan deseada
En nosotros, como en ellos,
Me envió el Senado a Grecia,
Y yo vine, suspendiendo
En tu valeroso brazo
La espada, terror del griego,
En tanto que obraba yo
Con las armas del ingenio.
Llegué a Creta una mañana,
Cuando abril, de flores lleno,
Hace en olorosas auras
Blanda lisonja al aliento.
Antes de entrar en sus muros
Entretejido y cubierto
De verdes olmos, un parque
Remata el áspero ceño
De un monte que, sobre el río
A su cristalino espejo,
Las garzotas de los robles
Le rizan la frente al viento.
Por este frondoso sitio
Entré, y al paso primero,
De los jardines de Chipre
Me dio un retrato el encuentro.
En Margarita y sus damas
Vi oponer el sitio bello
Contra el sol, que le acechaba
Un escuadrón de luceros.
Al saludable ejercicio
Que usa la estación del tiempo
Bajaban de su palacio,
Mas yo entendí que del cielo:
Cotilla, enagua, y valona
Era el traje airoso al cuerpo,
Dando al viento lo que es suyo
Las plumas de los sombreros.
Iban blancas muletillas
Con las manos esgrimiendo;
Que por milagros de amor

Les dio muletas su templo.
Yo, que aún no la conocía,
Embelesado y suspenso,
En las luces de sus ojos
Bebiendo estaba el veneno,
Cuando un rumor impensado
Alborotó su sosiego,
Que ocasionó en mi ventura
Feliz principio a mi empleo.
Acosado un jabalí
De jabalinas y perros,
De un monte, en que a caza andaban
Acaso unos caballeros,
Veloz, rabioso y herido,
Bajaba hasta el parque huyendo.
Venía el furioso bruto
Del rayo con el estruendo,
Dos centellas en los ojos,
Por el tosco hocico abierto
Vertiendo espumosa sangre,
Y del lomo ceniciento
Vueltas las cerdas en flechas,
Y el pardo erizado cuello
De algún venablo partido;
Con que dejando corriendo,
Coral la herida a la yerba
Y fuego al aire el aliento,
Dio en el hermoso escuadrón,
Y del horror del estruendo
Asustados los criados,
Sin hacer defensa huyeron.
Quedó sola Margarita,
Y el bruto, airado y sangriento,
A su rabiosa venganza
Despeñó el curso violento.
Antes que del golpe
Del susto cayó en el suelo;
Mas yo, que vi su peligro,
Desnudando el limpio acero,
Y atravesándome al paso,
Le esperé con tanto acierto,

Que metiéndole la punta
Por entre garganta y pecho,
Quedó por vaina en mi espada
Desde las ancas al cuello.
Volví luego a Margarita,
Que sin voz y sin aliento,
Sobre la alfombra del prado
Estaba así el rostro bello:

Vueltos los ojos y el clavel partido,
Las perlas de sus dientes asomadas;
Que con estar sus luces apagadas,
No perdieron sus labios lo encendido.

Más blancura logró descolorido
El jazmín de su frente en las rosadas
Mejillas, como en flores deshojadas,
A trechos el color quedó esparcido.

Como quien ha deshecho un ramillete,
Cuyo vulgo de flores más vistoso
Queda esparcido en menos compostura;

Así del verde prado en el tapete
El ramillete de su rostro hermoso
Perdió la unión, creciendo la hermosura.

En la voz de sus criados
Conocí, cuando volvieron,
La princesa Margarita,
Que volvió, con sus acentos,
Como el sol, que entre la nube
Que cubrió sus rayos bellos,
Con más luz el horizonte
Llena de esplendores nuevos.

Agradeció mi fineza,
Dije mi nombre y mi intento,
Acompañéla a palacio;
Recibióme todo el reino
Con regocijos, grandezas,
Fiestas y aplausos diversos;
Y yo, a su gracia admitido,
Di a entender al Rey que el medio
Para ajustar estas paces
Era nuestro casamiento.
Agradóle mi designio;

Pero es costumbre en el reino
Que las princesas elijan
A su esposo, aunque propuesto
De su padre, y a este estilo,
Y a su conveniencia atento,
Con gusto de Margarita,
Me permitió el galanteo.
Yo, con aquesta licencia,
Viéndome en tal alto empleo,
Para conseguir mi dicha
Apuré con mis deseos,
A la voluntad finezas
Atenciones al respeto,
Lucimiento a la riqueza
Y primores al ingenio.
¿Quién pensara, amigos míos,
Que a quien obligó mi aliento
Con un rasgo del valor,
Un amago, de mi esfuerzo,
Adornándole después
De finezas y de afectos,
De galas, triunfos y aplausos.
No arrastrara a más empeño?
Pues no fue así, porque al paso
Que crecían en mi pecho
Las finezas y las ansias,
Menguó su agradecimiento.
Causó este injusto desvío
Una gran queja en mi pecho,
Y de ella, en su ingratitud,
Nació un aborrecimiento;
De suerte que cualquier cosa
Que imagino en su festejo,
Sin saber cómo es, la agrada,
Y por mí pierde el precio.
Mis finezas agradece
Sin la noticia del dueño,
Y en sabiendo que son mías,
La merecen un desprecio.
Yo de su misma hermosura,
Por quien Creta hizo un torneo,

Gané el premio disfrazado,
Y le perdí descubierto.
En este estado me hallo,
Pero también considero,
Que el verme suyo y rendido
La obliga a aqueste desprecio;
Que es como quien llega a un árbol
A coger fruta, y teniendo
En la más vecina rama
Para lograr su deseo,
La deja porque está fácil
Y pone los ojos luego
En la que está en la más alta;
Que el loco apetito nuestro,
No por mejor quiere aquella,
Sino porque está más lejos.
Loco de amor salgo al campo,
No hay fuente que no haga espejo,
Por si acaso en mí hallo causa
Que su rigor haga menos,
El nombre de Margarita
De espacio repito al viento,
Porque antes que yo le acabe,
Le vaya empezando el eco.
Del fuego de mis suspiros
Quiero inficionar los vientos,
Por si de lo que respiran
Entra algún aire a su pecho.
Con las duras piedras hablo
Del monte en los hondos senos;
Digo mi mal, y él responde
Con piedad mi mismo acento.
Con este engaño me animo,
Porque digo a mis deseos:
¿Por qué pierdo la esperanza,
Si esta dureza enternezco?
En fin, amigos, yo vivo
En tan público desprecio,
A manos de su desaire,
Que a un mismo tiempo me veo
Sin ella, sin mí y sin vida:

Sin vida, porque yo muero:
Sin mí, porque estoy con ella;
Sin ella, porque la pierdo.
Y al dolor de aborrecido
Se ha juntado el de los celos,
Pues los príncipes vecinos
Vienen llenos de trofeos,
De su hermosura a la fama.
Pues ¿cómo yo esperar puedo
Conseguirla competido,
Si solo no la merezco?
Esta, amigos, es la causa
De la pena en que me veo,
Esta la guerra que al alma
De la paz trajo el intento;
En este hielo me abraso
En este rigor padezco,
En estas desdichas vivo
Y en esta esperanza muero.

TEBANDRO

Amigo, aunque mi venida
Haya sido otro pretexto,
Y aunque mi intento revoco,
La ocasión dél agradezco.
Cuanto vale mi persona,
Mis armas, valor y esfuerzo,
Desde hoy serán medios tuyos
Para lograr tus deseos.

LUCIANO

Y mi ciencia, mi discurso,
Y cuanto mi entendimiento
Pudiera alcanzar desde hoy,
Al logro feliz ofrezco
De tu amor; y si tu estrella
Le malograre, no quiero
Que del nombre de Luciano,
Le quede memoria al tiempo.

MOCLÍN

Pues valerosos amigos,
Lógrese también mi empleo;
Que estoy muriendo de amor
Por el más raro portento
Que ha visto el amor fregando
A la margen de un barreño.

Has de decir que tu hacienda,
 Tus estados y trofeos
 Solamente son tener
 Dos amigos verdaderos.

MOCLÍN Jesús , ¡qué gran disparate!
 Pues ¿qué hacienda es para ellos
 El tener un par de amigos?
 Mejor fuera un par de huevos.

ALEJANDRO Luciano , si eso propongo,
 De mí han de hacer más desprecio.

LUCIANO Alejandro, si le hicieren,
 Eso hará más el empeño.

TEBANDRO Esto sólo has de decir.

ALEJANDRO Pues si ha de ser, yo lo aceto.

TEBANDRO Pues, Alejandro, a la empresa.

LUCIANO A conseguir nuestro intento.

TEBANDRO Tuya ha de ser Margarita.

ALEJANDRO Mucho harán valor y ingenio.

LUCIANO Yo he de apurar las industrias.

TEBANDRO Yo he de alentar los esfuerzos.

ALEJANDRO Vamos, amigos; que todo
 Este triunfo ha de ser vuestro.

MOCLÍN Vive Dios, que están borrachos;
 Que nadie ha de oír el cuento,
 Sin pensar que en la taberna
 Hicieron este concierto.

(Vanse.)

Salón del palacio

ESCENA II

MARGARITA, MATILDE, IRENE, MÚSICOS.

MÚSICOS *A porfía hemos de andar
 Por ver cuál ha de vencer:
 Yo olvidar para querer,
 Vos querer para olvidar.*

MARGARITA Letra y tono igual ha sido,
 No ha habido divertimento
 Que más que la deste acento
 Mi pena haya suspendido.
 Matilde, ¿cúya será

Esta música?
MATILDE Señora
Presumo, viendo que ahora
Tan poco asistido va,
Que es de Alejandro.

MARGARITA ¿Por qué?
MATILDE Porque sigue tu asistencia
Con menos correspondencia,
Y te sirve con más fe;
Y cierto que es culpa en ti.

MARGARITA Prima, ya estás enfadada,
¿Ese hombre puede hacer cosa
Que pueda agradarme a mí?

MATILDE Mal, hermosa Margarita,
Mira por ti tu beldad;
Lo que él te da de deidad,
Tu ingratitud te lo quita.
Siendo Alejandro quien es,
Tan galán sin presunción,
Tan fino en tu sinrazón,
Tan afable, tan cortés,
Cuando ese desdén te escucho,
La causa saber quería.

MARGARITA ¿Eso dudas, prima mía?
Por ver que me quiere mucho.

MATILDE El querer ¿puede obligar,
Por ser mucho, a aborrecer?

MARGARITA Sí, porque quiere el querer
Tener algo que esperar.

MATILDE Pues ¿tú no esperas, Señora,
Que amante tu dueño sea?

MARGARITA Y cuando yo le posea
¿Qué hallaré en él más que ahora?

MATILDE Gozar, si te has de casar,
Tu amor en casto himeneo.

MARGARITA Donde no cabe el deseo,
¿Cómo se puede gozar?

MATILDE Pues ¿no puedes desear
El que tu esposo ha de ser?

MARGARITA Eso ya fuera querer,
Que es lo que quiero negar.

	Aquesta música?
ALEJANDRO	Yo.
MARGARITA	Decid que no canten más.
MOCLÍN	Pues ¿por qué no han de cantar?
MARGARITA	Porque yo no gusto dello.
MOCLÍN	Pues huélgome de sabello, Para mandarlos llorar. Lloren ahí.
MARGARITA	Callad ahora.
MOCLÍN	¿Ni llorar?
MARGARITA	Más me provocho.
MOCLÍN	Pues ¿rezaránlo?
MARGARITA	Tampoco.
MOCLÍN	Pues ¿cómo ha de ser, Señora?
MARGARITA	No cansándome a porfía Alejandro.
ALEJANDRO	No habrá sido De vos el tono entendido, Porque la letra decía: «A porfía fiemos de andar Por ver cuál ha de vencer: Yo olvidar para querer, Vos querer para olvidar.»
MARGARITA	No entiendo vuestro cuidado.
MOCLÍN	Pues ¿qué aquí tu amor pretende, Si esta mujer no te entiende, Diciéndoselo cantado?
ALEJANDRO	Si estas razones mi amor No os dan a entender ahora, Yo os las glosaré, Señora, Porque lo entendáis mejor. Yo muero de vuestro olvido, Y os cansa que os ame yo; Si mi vida os ha ofendido, Quitármela habrá podido, Pero no quereros no. Siendo en mí preciso amar, Aunque os canse el porfiar, No podré enmendar mi error; Que si es porfía este amor, <i>A porfía hemos de andar.</i>

Yo os he de amar, pues os vi;
Vos despreciar: con que hay dos
Fines que esperar aquí:
Vos a despreciarme a mí,
y yo a obligaros a vos.
Si uno u otro ha de ceder
De amar u de aborrecer,
Proseguid en desdeñar;
Que yo os tengo de adorar,
Por ver cuál ha de vencer.
Agravios hará a mi fe
Vuestra esquiva condición;
Mas yo los olvidaré,
Porque este olvido le dé
Méritos a mi pasión.
Vos me habéis de aborrecer.
Yo nunca me he de ofender,
Siempre firme en mi pesar,
Vos huir ara alcanzar,
Yo olvidar para querer.
Contra mí vuestra entereza
Se obliga, por maltratarla,
A despreciar mi firmeza,
Pues hace vuestra belleza
El agravio de olvidarla.
Yo dél no me he de acordar,
Vos me habéis de despreciar
Con que cierto vendrá a ser,
Yo olvidar para querer,
Vos querer para olvidar.
¡Qué glosa tan enfadosa!
No es sino poca ventura.
Dios mío, ¡cuánta locura
Ha ensartado en esta glosa!
Óiganmela a mí, por Dios.
Quita.
¿Por qué le apartáis?
Pues ¿deste loco gustáis?
Me entretiene más que vos.
Pues di.
Va, y mejor glosada;

MARGARITA
MATILDE
MOCLÍN

ALEJANDRO
MARGARITA
ALEJANDRO
MARGARITA
ALEJANDRO
MOCLÍN

Y hablo en cabeza de Irene,
Piedra en que fundado viene
Mi discurso.

IRENE
MOCLÍN

En ti pedrada.

A la dama endurecida
Darla muchas bofetadas,
Porque no hay cosa en la vida
Que la deje mas manida
Que muy lindas manotadas.
Si ella se quiere vengar,
Volver al punto a molella,
Y si torna a porfiar,
Porque en cascarnos yo y ella
A porfía hemos de andar.
El modo de negociar
Es el cascarlas muy bien,
Porque todas a la par,
Como amigas de tomar,
Quieren siempre que las den.
Darlas, pues, hasta que a ver
Un vecino la porfía
Se asome, que sin comer
Se estará acechando un día
Por ver cuál ha de vencer.
Quien esto hace tenga atento
De mujeres un enjambre;
Que el que con una hace asiento,
Si riñe, falta el sustento,
Y está cogido por hambre.
Con una y otra mujer
Tanto el gusto se va ia,
Que no sé cuál escoger,
Y he menester cada día,
Yo olvidar para querer.
Tener veinte o treinta dellas:
Que lo que nos mueve a hacello,
Aunque les cause querellas,
Es ver que esto lo hacen ellas
Y nos arrastran con ello.
Vos, Irene, no sin par,
Pues sin dos no os llevo a ver,

MARGARITA

IRENE

MOCLÍN

ALEJANDRO

Muy bien lo podéis juzgar,
Pues siempre habéis menester
Vos querer para olvidar.
Como tuya hubo de ser.
Necia, tosca y sin primor.
No me hagan tanto favor;
Que me harán desvanecer.
Señora, ya que mi amor
Tanto os ofenda y os canse,
Solamente saber quiero
La causa deste desaire.
¿O me aborrecéis, o no?
Que bien puede ser que afable
No me aborrezcáis, y en mí
Un defecto os desagrade.
Decid cuál es, porque a vos
Os está peor que a nadie
Que en mi fe os malogre un yerro
La veneración que os hace.
Si os ofende mi deseo,
Si os cansa mi amor por grande,
Perdonadle lo prolijo,
Porque os da más vasallaje.
O si no, de aqueste amor,
Que vuestra hermosura aplaude,
Pues no daña lo que sobra,
Quered lo que os satisface.
Si me reprimo en quereros,
¿No será pena más grave
Que tener amor que sobre,
Dar adoración que falte?
Si le parece a mi amor
Que le debe a vuestra imagen
Todo el culto que le ofrece,
¿Qué delito es que lo pague?
Y si no es esta la causa ,
Pues no es posible que os canse
En un pecho que os adora
Lo que más deidad os hace;
Si me aborrecéis, Señora,
¿Para qué queréis que os falte?

¿Por qué me mandáis que os deje?
Tenedme para matarme.
¿Dónde me veré mejor,
Si muero a vuestros desaires?
¿Dónde os logre la venganza,
U donde ellos no me alcancen?
Quien aborrece desea
Ultrajar, dejad que os ame;
¿Tan mal le está a vuestras iras
Que yo logre los ultrajes?
Si me aborrecéis, no os pido
Favores; pero dejadme,
Y si mi muerte os deleita,
No el verme morir os canse.

MARGARITA

Alejandro, la razón
Toda está de vuestra parte;
Porque ni yo os aborrezco,
Ni hay defecto que lo estrague.

ALEJANDRO

Pues si no es uno ni otro,
¿Qué hace mi amor tan culpable?

MARGARITA

Lo que yo sé es que me cansa,
Mas no sé por qué me canse.

ALEJANDRO

Y ese ¿no es yerro?

MARGARITA

Sí es.

ALEJANDRO

Pues el discurso ¿qué hace?

MARGARITA

La voluntad ella misma
Tras lo que quiere se sale;
Ni hay razones que la obliguen,
Ni discursos que la manden.
Amor no es filosofía,
Que a consecuencias se alcance;
Porque si hubiera razón
Para que a amar se obligase,
Ya fuera deuda el amor,
Y tiranía el negarle,
Y por justicia pudiera
Pedirse en los tribunales.
Bien veo que el no pagar
En vos finezas tan grandes
Es delito; la razón
Yo os la doy, pero no vale.

PRÍNCIPE

Entrambos vienen chorreando curas.
Dejando la razón, por no cansaros,
De vuestro deudo, sólo ha de obligaros
A admitirme ser príncipe de Tebas,
De quien Creta mas útiles recibe
Por el trato y comercio con que vive
Con Tebas, cuyas armas siempre han sido
Las que aquesta corona han defendido;
Pues del scita el imperio soberano
No os avasalla ya por el tebano,
Mirad cómo podrá, siendo yo el dueño.
Y esto sólo os propongo por empeño;
Que mi poder, trofeos y grandeza,
Ya notorias le son a vuestra alteza.

DUQUE

Pues yo, aunque la razón de vuestro deudo
No pueda proponer para obligaros,
Podré de tantos ascendientes claros
Proponer la amistad y la alianza
Que Creta en tantos siglos, sin mudanza,
Con los duques de Atenas ha tenido,
Cuya corona mi pretexto ha sido
Para poder lograr la elección vuestra.
Ya veis que está al arbitrio de mi diestra
El mar del Ponto, rico tributario
De mis tesoros, siendo necesario
Para vuestros comercios mi seguro;
Mis riquezas, ninguno las ignora;
Esto perdéis si me perdéis ahora.

MOCLÍN

(Ap.) Ahora va de mi amo el disparate,
Los dos amigos tengo en el gazzate.

ALEJANDRO

Yo, que el postrero quedo a proponeros,
Por más extraño rumbo he de moveros;
Pues siendo yo el supremo magistrado
Del imperio de Scitia dilatado,
Y más que vuestras armas, mi persona
Asegura la paz de esta corona,
Ni dignidad propongo ni grandeza;
Sólo diré que tengo una riqueza
Mayor que todas las que habéis contado,
Pues tengo dos amigos a mi lado,
Tan buenos como yo, de igual grandeza,

REY Que cada uno es otro yo en fineza,
 Este mi imperio es y mi tesoro,
 Y con aquesta las que tengo ignoro,
 ¿Esa es riqueza?
 ALEJANDRO Yo así lo imagino.
 PRÍNCIPE (*Ap.*) ¡Gran disparate!
 DUQUE (*Ap.*) ¡Raro desatino!
 REY Pues ¿es riqueza dos amigos?
 MOCLÍN Mucha;
 Que si vienen a verle a sus estados,
 Ha de gastar docientos mil ducados
 Cada año en hospedarlos; y en faltando,
 Ellos ricos se van y él queda aullando.
 PRÍNCIPE (*Ap.al Duque.*)
 Este hombre está sin juicio.
 DUQUE O es muy necio.
 REY Eso presumo que es hacer desprecio
 De la proposición.-Príncipes, vamos.
 PRÍNCIPE Pues, Señor, ¿el intento no ajustamos?
 REY Los dos quedáis propuestos.
 PRÍNCIPE Ya confío
 En mi fortuna.
 DUQUE En mi valor me fío.
 (*Vanse el Rey, el Príncipe y el Duque.*)

ESCENA VII
 ALEJANDRO, MOCLÍN

ALEJANDRO ¡Ay Moclín!
 MOCLÍN ¿Qué *moclincas*
 Ahora? ¡Pesia mi alma
 Y al necio que te aconseja
 Proposición tan borracha!
 ¿Dos amigos por hacienda
 Propone un hombre con barbas?
 ALEJANDRO Pues di, ¿qué fuera mejor?
 MOCLÍN ¿Mejor? Dos sacas de paja,
 Que importan más.

ESCENA VIII
 MARGARITA, -DICHOS

Ya por razón del decoro,
 Cuando no porque me cansan,
 Merecerán un castigo.
 Discreto sois, esto hasta.
 MOCLÍN *(Ap.)* ¡Que haya hombre que esto escuche,
 Sin reventarla a patadas!
 ALEJANDRO Señora, pues vuestro padre
 Me ha quitado la esperanza
 Por proponer dos amigos
 Por riqueza más extraña,
 Pedidle vos que me dé
 Plazo y licencia a que salga;
 Que con estos dos amigos,
 Pues ha sido su ventaja
 Su riqueza, yo me obligo
 Dentro dél a adquirir tanta,
 Que sea más que todas juntas.
 MARGARITA ¡Qué ridícula ignorancia!
 ¿Para ser rico pedís
 Licencia? ¿Quién la embaraza?
 Tomáosla vos a vos mismo,
 Pues es vuestra la ganancia.
 ALEJANDRO ¿Y esperaréis que lo sea,
 Si un breve plazo tomara?
 MARGARITA Eso fuera ser más necia
 Que la vuestra mi esperanza.
 ALEJANDRO Pues ya que esto no os merezco,
 Forzoso es que yo me vaya,
 Y de todos mis servicios
 Sólo os suplico por paga
 Que dilatéis el casaros
 Hasta que en tierras extrañas
 Esté tan lejos de vos,
 Que ver no puedan mis ansias
 Ni oír que os posee otro dueño,
 Porque, ya que a morir vaya,
 Quitéis, piadosa, a mi muerte
 Esta triste circunstancia.
 MARGARITA Ni eso podré hacer tampoco,
 Porque si el término pasa
 De mi elección, será dar

ALEJANDRO A otras quejas justa causa.
MARGARITA ¿Que no hay para mí un alivio?
Mirad vos en qué le haya,
Y como estos dos no sean,
Escoged de los que faltan. (*Vase.*)

ESCENA IX

LUCIANO, TEBANDRO. -ALEJANDRO, MOCLÍN,

LUCIANO Alejandro, ¿qué es aquesto?
ALEJANDRO Amigos, estoy sin alma.
TEBANDRO Pues ¿qué ha sido?
MOCLÍN ¿Qué ha de ser?
Que le habéis dado zarazas;
Que en oyendo que mi amo
Toda su hacienda fundaba
En tener los dos amigos,
Fue peor que si escucharan
Que tenía dos diviesos.
ALEJANDRO Ya perdí las esperanzas.
LUCIANO Luego ¿nos han despreciado?
MOCLÍN Pues ¿eso no es cosa clara?
Dos amigos ¿cuándo han sido
Más que para cualquier casa
Dos sabañones caseros,
Que ni el verano los sana?
LUCIANO Pues, Alejandro, el empeño
Ya es de honor, pues despreciada
Ha sido nuestra amistad.
TEBANDRO. Pues desta corona, y cuantas
Tienen los que han preferido,
Te han de hacer dueño mis armas.
El plazo se cumple ya
Por que suspensas estaban;
Dilata tú los conciertos;
Que yo sin otra esperanza
Me entraré por sus estados,
Hasta que quede a tus plantas
Toda Creta y toda Grecia.
LUCIANO Y yo, si el poder no falta
De la razón natural,

	Y hacen su efecto las causas, Te he de hacer dueño, Alejandro, De la voluntad tirana De esta mujer, y pues sabes Cuánto ha sido deseada Mi persona en su asistencia, Ahora por ti he de acetarla. Desde hoy entraré en palacio; Tú un solo punto no salgas De lo que yo te ordenare, Porque se logren las trazas Que fuere dando mi ingenio.
ALEJANDRO	Aqueso es volverme el alma Al cuerpo, nobles amigos.
MOCLÍN	Lindo cuento; pues al arma.
TEBANDRO	A vencerte esta corona.
LUCIANO	A rendirte aquesta ingrata.
ALEJANDRO	Yo a vivir de vuestro aliento.
MOCLÍN	Y yo de todo a hacer chanza.
LUCIANO	Pues podránlo mis industrias.
TEBANDRO	Conseguiránlo mis armas.
ALEJANDRO	Lograrálo mi deseo.
MOCLÍN	Y lo reirán mis entrañas.
LUCIANO	Para que el mundo celebre...
TEBANDRO	Para que cuente la fama...
ALEJANDRO	<i>El poder de la amistad.</i>
MOCLÍN	A la salud de las marcas.

Jornada segunda

Sala del palacio

ESCENA PRIMERA

LUCIANO, EL REY, EL PRÍNCIPE DE TEBAS, EL DUQUE DE ATENAS

REY	El contento, Luciano, que me ha dado El veros en mi corte, digno era De más demostración, si no viniera A tiempo que Tebandro, que del scita Rige las armas, mi sosiego irrita
-----	--

Con una novedad tan impensada;
Pues estando la paz casi ajustada
Por Alejandro, que por el Senado
Asiste a estos conciertos en mi estado,
Sin más razón que haberse ya cumplido
El plazo de las treguas, ha rotpido
La guerra, y entra ya por mis fronteras
Haciendo estrago y ruinas con más veras
Que si la paz no fuera ya admitida.

LUCIANO

Mucho siento, Señor, que mi venida
Sea en esta ocasión.

REY

No el gusto cesa,
Pues el festejo ya de la Princesa
Para que elija esposo ha comenzado.

PRÍNCIPE

Señor, cuando están grave ese cuidado,
¿Qué festejo mayor hacer podemos,
Pues armas y poder junto tenemos,
Que traer prisionero a Margarita
Ese atrevido que tu brazo irrita?

DUQUE

De mi ejército aquí me hallo asistido;
Y pues esta ocasión se le ha ofrecido
A mi poder y a mi valor, yo quiero
Lograrla en su servicio, y ser primero
En el merecimiento que me adquiere,
Si acaso en la fortuna no lo fuere.

PRÍNCIPE

Sola mía ha de ser esta vitoria.

DUQUE

Quien antes pueda lograrla la gloria.

PRÍNCIPE

Pues vamos a intentarla en competencia.

DUQUE

Lógrela la más viva diligencia.

REY

Príncipes, el empeño en que me veo
Me obliga aquí a acetar vuestro deseo;
Como de hijos el favor admito,
Y vuestra misma dicha solicito;
Pues el que consiguere la vitoria
Logrará en Margarita más memoria.

PRÍNCIPE

Pues, Señor, los festejos prevenidos
No han de cesar por mí; substituidos
Quedarán en palacio.

DUQUE

Y por mí quedarán en este espacio,
Deudos vasallos míos, que a porfía
Harán día la noche, cielo el día

LUCIANO Matilde, Señora, ha sido;
Más soy de otro competido,
Que vencerá entre los dos,
Porque es más galán.

MARGARITA ¿Quién es?

LUCIANO Es Alejandro su nombre.

MARGARITA ¿Alejandro? Pues este hombre
Puede competiros?

LUCIANO Pues
Por más galán le señalo,
Y yo mismo me condeno.

MARGARITA ¿Qué tiene ese hombre de bueno?

LUCIANO No tener nada de malo.
¿No es en sus galanterías
Discreto sin presunción,
Galán sin afectación,
Cortesano sin porfías,
Liberal sin vanidad,
Pues lograr sabe esta gloria,
Sin que sepa la memoria
Lo que da la voluntad?
¿No usa prudencia y virtud,
Sin ser sufrido su aliento,
Que hay caso en que el sufrimiento
Hace infame la virtud?
¿No tiene en su cortesía
Medida sin gravedad,
Agrado sin humildad,
Llaneza con bizarría?
¿Todos por esto a su nombre
Mil aplausos no le dan?
Pues para ser buen galán,
¿Qué ha menester más un hombre?

MARGARITA Vuestra ciencia y vuestra fama
¿Todo no lo ha de vencer?

LUCIANO Un galán no ha menester
Ser letrado de su dama.

MARGARITA De que eso digáis me espanto.

LUCIANO Todo esto en él hallarás.

MARGARITA Pues yo le he tratado más,
Y no he reparado en tanto.

LUCIANO
MARGARITA
LUCIANO
MARGARITA
LUCIANO
MARGARITA
LUCIANO
MARGARITA
LUCIANO

Pues así a todos se ofrece.
Pues todos en eso dan,
Sin duda él es muy galán
Y a mí no me lo parece.
La pasión usa en los ojos
De quien desdeña o quien ama,
Ya sea galán o dama,
De dos géneros de antojos.
Hay antojos del desdén,
Y hay antojos del amor;
Los de amor hacen mayor
El cuerpo de lo que ven.
Quien ama con este efeto,
Todo cuanto ama encarece;
Con los del desdén parece
Mucho menor el sujeto.
Y así, el no parecer bien,
No es falta suya en tus ojos
Porque eso va en los antojos
Con que mira tu desdén.
Pues ¿cómo, habiendo tenido
Mi galanteo, ha intentado
Publicar otro cuidado?
Enigma tiene.
¿Qué ha sido?
Yo os revelaré el secreto,
Con que licencia me deis,
Y os pido que le guardéis.
Yo, Luciano, os lo prometo.
Pues Alejandro, Señora,
Muerto de amores vivió
De una dama, que perdió
Al venir a Creta ahora,
A tu hermosura inclinado,
Publicó luego su intento;
Con que de tu casamiento
Quedó al empeño obligado.
Miró a la prima otro día,
La cual le dio más cuidado,
Porque es un vivo traslado
De la dama que él tenía.

Vencido de este deseo,
Sintió haberse declarado
Al Rey, por verse obligado
A seguir tu galanteo;
Mas para volverse atrás
Usó una industria que alaba,
Que viendo que te cansaba,
Procuró cansarte más,
Porque dél cansada ahora,
Por ti cesase el empeño,
Y él pudiera hacer su dueño
A Matilde, a quien adora.
Mira si hay buenos testigos,
Si al demostrar su grandeza,
Propuso que su riqueza
Era tener dos amigos:
Locura tan desigual,
Que nadie la emprendería,
Sino es quien quedar querría
Libre, pareciendo mal.
Y al fin, de su casamiento,
Airoso quedó excluido,
Y de su amor conseguido
Está loco de contento.

MARGARITA ¿Qué decís, Luciano? ¿qué?
¿Que no me amó habéis contado?

LUCIANO Si él estaba enamorado,
Señora, ¿qué mucho fue?

MARGARITA Pues ¿cómo? ¿Yo no lo vi
Por mí gemir y llorar?

LUCIANO Eso fue querer cansar,
Para librarse de ti.

MARGARITA ¿Cansar?

LUCIANO (Ap.) Bien va prevenida.

MARGARITA ¿Cansar con tanta fineza?

LUCIANO ¿Hase enojado tu alteza?

MARGARITA No, Luciano. (Ap. ¡Estoy corrida!)

ESCENA III
MOCLÍN.-DICHOS

MOCLÍN *(Finge turbarse, deja caer dos papeles, los levanta y esconde.)*
(Ap. Vaya conmigo Sinón; Que ella va muy bien armada.)

MARGARITA ¿Qué buscáis?

MOCLÍN Señora, nada;
Yo aquí... porque... la ocasión...

MARGARITA ¿De qué es vuestra turbación?

MOCLÍN De tres cosas.

MARGARITA ¿Tres? ¿Por quién?

MOCLÍN En la una no estoy bien.

MARGARITA Y ¿las dos?

MOCLÍN No sé qué son.

MARGARITA ¿Qué papeles vi esconderos?

MOCLÍN Dos cartas de pago son.

MARGARITA ¿De quién?

MOCLÍN De un santo varón
Que me presta unos dineros.

MARGARITA El que presta debe dar
Cartas de pago?

MOCLÍN A mí sí.

MARGARITA ¿Por qué quien te presta a ti?

MOCLÍN Porque no puede cobrar.

MARGARITA ¿Por qué las recatas tanto?

MOCLÍN Porque son aún doncellas.

MARGARITA Muéstralas; que quiero vellas

MOCLÍN Señora, os darán espanto;
Que son trampas.

MARGARITA Verlas yo
¿Qué puede importar ahora?

MOCLÍN Dios ve las trampas, Señora,
Pero las princesas no.
(Toma los papeles la Princesa, y dáselos a Luciano.)

MARGARITA Leedlas vos.

LUCIANO Dice en ellas:
«Retrato a Matilde.»

MARGARITA Bien,
¿Y es trampa un retrato? ¿En quién?

MOCLÍN En que me retrato della.

MARGARITA. ¿A Matilde vais con él?
¿Quién la retrata?

MOCLÍN El Ticiano.
MARGARITA Tiene muy famosa mano.
MOCLÍN Sí, Señora, y de papel.
MARGARITA. *(A Luciano.)*
Leedle.

MOCLÍN Que adviertas conviene
Que de los ojos no trata.
MARGARITA Pues ¿por qué no los retrata?
MOCLÍN Porque a la margen los tiene.
LUCIANO *(Ap.)* Bien mi industria se previene.
MARGARITA ¿No acabáis de proseguir?
MOCLÍN Bien se puede ya partir;
Que todas sus faltas tiene.

LUCIANO *(Lee.)*
»De Matilde mi intención
»Hace un retrato sucinto;
»No erraré su perfección,
»Porque estoy cuando la pinto
»Mirándome el corazón,
»Ni la diosa de la espuma
»Competirla al imitalle,
»En mis conceptos presuma,
»Pues me da el aire su talle
»Para que vuele mi pluma.
»De color castaño oscura
»Su pelo es incendio bello,
»Donde inmortal asegura
»Al fénix de su hermosura
»El ámbar de su cabello.
»Su frente sin duda alguna
»Del cielo tornó, y parece
»Que se logró su fortuna,
»Para que alumbre esta luna
»Lo que el cabello anochece.

MARGARITA Lisonja, y necia.
LUCIANO A su frente
Llamar luna es proporción.
MARGARITA Mas tiene un inconveniente.
LUCIANO ¿En qué?
MARGARITA En que no es perfección
Tener menguante y creciente.

LUCIANO No es preciso que concuerde
En todo.

MARGARITA No haya estribillo;
Decid que ella poco pierde.

MOCLÍN *(Ap.)* Ya aqeste carnero verde
Se va haciendo picadillo.

LUCIANO *(Lee.)*
»Sus cejas son con primor
»Arcos llenos de despojos
»Del triunfo de su rigor,
»Que estos arcos hizo amor
»A la entrada de sus ojos.
»En ellos, con luz extraña,
»Dos pardos soles descubre,
»Y es en el mar que los baña
»La negra y larga pestaña
»La noche que los encubre.

MARGARITA Decid que ahí se reprima.

LUCIANO Quien mira con los antojos
De amor, crece lo que estima.

MARGARITA Pues no os canséis, que mi prima
No tiene tan buenos ojos.

LUCIANO Él, aún más está creyendo

MARGARITA Proseguid, que eso es locura.

MOCLÍN *(Ap.)* Ay Dios, ¡cuál se va poniendo!
Ya este vestido rompiendo
Se va por la picadura.

LUCIANO *(Lee.)*
«Una rosa a competir
»Cada mejilla condena,
»Mas la baja a dividir
»La nariz, como azucena
»Que se va empezando a abrir,
»Su labio hermoso, sangriento,
»Si hay rubio coral en él
»Dudando está el más atento;
»Más se sabe que es clavel
»Por el olor de su aliento,
»Las perlas os encubre el labio,
»Perlas son de igual compás:
»Dos dellas manchó amor sabio,

»Porque descubra este agravio
 »El precio de las demás.»
 MARGARITA ¿La falta se ha de decir?
 ¡Alabanzas indecentes!
 MOCLÍN Es que le ha dado en reñir,
 Y como le muestra dientes,
 No se la puede encubrir.
 MARGARITA Dejad pintura tan fría;
 De esos arcos que decís,
 Sol, luna, fénix y día,
 Se puede hacer un país.
 MOCLÍN Y será el de Picardía.
 MARGARITA Y esotro papel ¿qué es?
 LUCIANO «Retrato, dice, de Irene.»
 MOCLÍN Aquese es más descortés.
 MARGARITA Leedle.
 MOCLÍN Es mío, y conviene
 Leerle yo.
 MARGARITA. Leedle pues.
 (*Toma el papel Moclín.*)
 MOCLÍN Va de retrato.
 IRENE Menguado,
 ¿Tú a mí retrato? ¿Por qué?
 MOCLÍN Porque estoy de ti enfadado,
 Y porque en tu amor quebré,
 Va en versos de pie quebrado.
 (*Lee.*) «Irene, si en tus cautelas
 »Ni en tu amor ni en tus papeles
 »Yo me meto,
 »Tus desprecios y majuelas,
 »Y danzas de cascabeles,
 »¿A qué efeto?
 »Mas, porque lo que condena
 »Tu presunción sepas, quiero
 »Retratarte;
 »Aunque soy un majadero,
 »Pues me ha de costar la pena
 »De mirarte.
 »Tu pelo, aun es más que pelo,
 »Que es terciopelo, y acaso
 »Por postizo,

»Con ser ello fondo en raso,
»A costa de tu desvelo
»Lo haces rizo.
»Tu frente... (Aquí tengo miedo,
»Que tiene grandes bajadas
»Y subidas)
»Es muy buena para enredo,
»Porque toda ella es entradas
»Y salidas.
»De tus cejas no he de hablar,
»Porque aún no te las ha hallado
»Mi desvelo;
»Con que no tendrás cuidado
»De que las pueda tocar,
»Ni en un pelo.
»Tus ojos (¡qué raro caso!)
»Naturaleza compuso
»Con gran maña;
»Mas lo hizo medio al uso,
»Pues los guarneció de raso
»Sin pestaña.
»No es barro tu naricita,
»Ni azucena, ni otra cosa
»Que lo valga;
»Mas es una chata, chita,
»Y si se precia de hermosa,
»Di que salga.
»Tu boca para una dicha
»Es muy buena, pues no es poca,
»Aunque amarga;
»Y para mayor desdicha,
»Tu vida es como tu boca,
»Por lo larga.
»Tu cuello, de atrás mirado,
»Aunque no mata alevoso,
»Es Bellido;
»Mas Bellido vergonzoso,
»Pues mirar no se ha dejado,
»De encogido.
»Siendo así todo esto, allano
»Que aunque te haces imposible,

»Si se apura,
»Ni es el caballo troyano
»Ni la puente de Mantible
»Tu hermosura.
»Siendo así, desprecia más;
»Que si por este camino
»Hay dinero,
»Con tu desdén y tocino
»Y alcafonías pondrás
»El puchero.»

MARGARITA

Eres muy lindo pintor.

IRENE

¡Que esto haya estado escuchando!

MOCLÍN

(*Ap.*) Ya van las purgas obrando.

MARGARITA

Y ¿le envía tu señor?

MOCLÍN

(*Hace una reverencia.*)

Sí, y con esta reverencia,

En forma de loa, Señora,

Pido, para darle ahora,

Perdón, aplauso y licencia. (*Vase.*)

ESCENA IV

MARGARITA, IRENE, LUCIANO; *luego* MATILDE

LUCIANO

(*Ap.*) Pues tierra ganando voy,

Aquí no hay que perder punto.

MARGARITA

(*Ap.*) ¿Qué es esto, amor? ¿Tan difunto

Resucitas? Sin mí estoy.

¿Él tiene por más hermosa

A mi prima, y me cansó

Porque le dejase yo?

(*Sale Matilde*)

MATILDE

En todo he sido dichosa.

MARGARITA

Prima.

MATILDE

Ya cesó el rigor

De mi estrella en darme enojos,

Pues me visten los despojos

Que le han sobrado a tu autor.

MARGARITA

¿Cómo?

MATILDE

Ya con tu licencia,

Alejandro por su dama

Me escoge.

Os hace necio y peor.
 (Ap.) Vaya que todo eso es oro.
 LUCIANO
 MATILDE Alejandro viene allí;
 Pues ya tú le has despedido,
 Y a mí su amor me ha elegido,
 ¿Me darás de hablarle aquí
 Licencia?

MARGARITA Pídesla en vano;
 Pues ¿puedo estorbarlo yo?

MATILDE Y ¿en tu presencia?

MARGARITA Eso no;
 Yo me iré.-Venid, Luciano
 (Ap. Sólo por sacarle voy
 De aquí, y volver a escuchar.)

LUCIANO (Ap.) Bien alterado está el mar.
 MARGARITA (Ap.) De envidia muriendo voy.
 (Vanse Margarita y Luciano.)

IRENE Yo con Moclín tan airada
 Voy, que aun a mí me maltrató
 Pues desde que oí el retrato
 No me puedo ver pintada. (Vase.)

ESCENA V

ALEJANDRO, MOCLÍN.-MATILDE
 (Hablan aquellos desde la puerta.)

MOCLÍN Bueno vas, Señor.
 ALEJANDRO Moclín,
 Aquí está Matilde sola.
 MOCLÍN Pues, Señor, cierra con ella,
 Y dila dos mil lisonjas.
 ALEJANDRO No sé si sabré fingir.
 MOCLÍN Pesia tu alma, ¿eso ignoras?
 Yo te ayudaré;
 No echas a perder la historia.

ESCENA VI

MARGARITA, que al entrarte detiene y observa; luego LUCIANO, que llega por
 donde está Alejandro.

MARGARITA (Al paño.) 'Ya dejo a Luciano, y vuelvo

MOCLÍN Turbado a tu luz hermosa...
 ALEJANDRO Vida mía... Oye el apunto.
 MOCLÍN Llega quien más os adora...
 ALEJANDRO Vida mía... Que te pierdes.
 MOCLÍN Y más quien tus dichas logra.
 ALEJANDRO Vida mía, vive Cristo;
 MOCLÍN Que lo demás es bazofia.
 ALEJANDRO *(Ap. a Moclín.)*
 Yo no sé lo que me digo;
 En vano, Moclín, me exhortas.
 MATILDE Alejandro, esos temores,
 Si el escarmiento los forma,
 En vano han sido conmigo;
 Que bien puede ser en otra
 Más fino el cristal del pecho,
 Sin que sea tan de roca.
 Sin susto hablad, que el temor
 Os hace bulto la sombra.
 MOCLÍN ¿Qué aguardas? Tira este cabe,
 Y pégale golpe en bola.
 ALEJANDRO Señora, si mi esperanza,
 Mirando una luz dudosa,
 Tuvo tan poca fortuna;
 Viendo todo el sol ahora,
 ¿Cómo quieres que me atreva,
 Si sus rayos me reportan?
 MOCLÍN *(Ap.)* Lindo, eso había de venderse
 En la botica por onzas,
 Para remedio de ingratas.
 MARGARITA *(Al paño.)*
 En fin, ¿yo fui luz dudosa?
 Ya esto es rabia mas que envidia.
 MOCLÍN *(Ap. a Alejandro.)*
 Sopla; que hierve la olla.
 MATILDE La lisonja os agradezco;
 Mas creed, si eso os asombra,
 Que hay luz que alumbra y no abrasa.
 MARGARITA *(Al paño.)*
 Sin pasión mirado ahora.
 Alejandro es muy galán ,
 Mas mi prima no es hermosa.

ALEJANDRO Pues esa luz... (*Ap.* ¡Sin mí estoy!
Yo me rindo a mis congojas.)

MOCLÍN Dale a esa luz, que se muere,
Y queda a oscuras la troba.

ALEJANDRO (*Ap. a Moclín.*)
Yo no puedo más, Moclín;
Que me arrastra la memoria.

MOCLÍN Tente firme.

ALEJANDRO Yo no puedo;
En vano, Moclín, me exhortas.

MOCLÍN Pues hombre, cierra los ojos,
Y imagina que os esotra.

ALEJANDRO (*A Matilde.*)
Yo, divina Margarita...
Matilde digo, Señora.
¡Oh mal haya mi pasión!
(*Ap.*) Descosiósele la boca.

MOCLÍN ¡Cielos, tanto me aborrece,
MARGARITA Que se maldice y se enoja
De equivocarse en mi nombre!

MATILDE ¿Ese es descuido o memoria?
ALEJANDRO Si porque memoria fuese,
¿Qué agasajos, qué lisonjas
Le debieron mis finezas,
Aunque eran fingidas todas,
A la Princesa? Qué agrados
Oí jamás en su boca,
Sino desaires desprecios?
Advertid, Matilde hermosa,
Que aunque entrambas sois deidades,
Sois vos la que el alma adora.

MOCLÍN Pues eso ¿puede ser menos?
¿Mi amo acaso, Señora,
Está sin juicio para
Comer migas donde hay tortas?
Vos sois torta; la Princesa,
Cuando mucho, será rosca
O pan pintado con vos.
Ella es vana, desdeñosa,
Ella piensa que es abril,
Y yo no digo que es loca,

MARGARITA Pero tiene mucho ramo.
(Ap. Ya esta injuria es afrentosa.
Salir a estorbarlo quiero;
Mas no porque ella me enoja,
Sino de envidia que muero.) (Sale.)
¿Matilde?

MOCLÍN (Ap.) Pegó.

MATILDE ¿Señora?

MARGARITA Vente conmigo al jardín.

MATILDE Con gusto iré, aunque me estorbas
El escuchar a Alejandro.

MARGARITA Ven; que para todo hay horas.

MOCLÍN (Ap. a Alejandro.)

La mosca y la miel van juntas.

ALEJANDRO ¿En quién?

MOCLÍN En las dos señoras;
Matilde lleva la miel,
Y Margarita la mosca.

MARGARITA Entra, Matilde, delante.

MATILDE Ya te obedezco, Señora.

MOCLÍN Oigan, oigan, que la guarda;
Ya se ha metido a priora,
Ella volverá a tornera.

(Entrase Matilde.)

ESCENA VIII

MARGARITA, ALEJANDRO, MOCLÍN

MARGARITA. (Ap.) A instantes a verla torna ,
Tras ella se le va el alma.

MOCLÍN ¡Cuál lleva las tripas! ¿Hola?

MARGARITA (Ap.) Mas ¿que no vuelve a mirarme?
No, no vuelve.

(Al ir a volverse Alejandro, le detiene Moclín.)

MOCLÍN Tenle ahora.

Ya han venido golondrinas,
Señor, míralas qué hermosas;
Ya el veranito está en casa.

MARGARITA (Ap. ¡Que no vuelva! Yo estoy loca;
Fingiré que a llamar vuelvo
Algunos criados.) ¿Hola?

ALEJANDRO Mas no donde ella te oiga.
MOCLÍN Que va enojada, Moclín.
ALEJANDRO Calla, Señor; que eso importa.
MOCLÍN ¿Qué ha de importar, si va airada?
Que volverá más airosa.

ESCENA X
LUCIANO.-DICHOS

LUCIANO ¿Alejandro?
ALEJANDRO ¿Qué hay, amigo?
LUCIANO Que el remedio ha obrado tanto,
Que casi bañada en llanto
Se aparta ahora de contigo
Margarita; ya esto indicia
La vitoria.
MOCLÍN Es evidencia.
LUCIANO Resistencia.
MOCLÍN Resistencia...
Aunque sea a la justicia.
ALEJANDRO ¿Cómo ha sido?
LUCIANO Ella salía;
Yo al descuido la miraba,
Y con un lienzo ocultaba
El llanto que reprimía.
ALEJANDRO No lo puedo resistir,
Yo he de irla a desenojar.
LUCIANO ¿Qué haces?
ALEJANDRO Si la veo llorar,
¿Qué he de hacer?
MOCLÍN Hombre, reír.
ALEJANDRO ¿Yo a quien adoro he de dar
Tan costosas pesadumbres?
MOCLÍN Sí, Señor, y por azumbres,
Porque haya bien que llorar;
Que a estas ingratas, Señor,
Perseguirlas, maltratarlas,
Sacudirlas y dejarlas,
Para que tengan amor.
LUCIANO Esto, Alejandro, es forzoso;
No tienes que resistir.

¡Si tú la vieras salir!
 No sale el sol tan hermoso
 Como ella airada, la rosa
 Encendida en su mejilla.
 ALEJANDRO Y ¿es medio de resistilla
 Pintármela tan hermosa?
 LUCIANO Sí; porque si a esta violencia
 Se debió el ir tan airosa,
 Por mirarla más hermosa
 La has de hacer más resistencia.
 ALEJANDRO Si la cansa mi osadía
 Y la ofende mi tibieza,
 ¿Qué importa que su belleza
 Crezca, para no ser mía?
 MOCLÍN Déjala en los celos suelta,
 No temas que se te escurra;
 Tú ¿no la has dado una zurra?
 Pues ella dará la vuelta.
 LUCIANO Amigo, desengañarte
 De que ahora enfermo estás,
 Yo soy médico a quien das
 Permisi3n para curarte;
 Que hagas pues, es necesario,
 Lo que yo ordenare aqu3.
 MOCLÍN Pues ve recetando en mí;
 Que yo soy el boticario.

ESCENA XI

MARGARITA, *desde el cancel ele la puerta.*-DICHOS

MARGARITA No me deja la pasi3n,
 Y aqu3 me vuelve sin m3.
 Mas con Luciano est3 aqu3;
 De escuchar es ocasi3n.
 LUCIANO Lo primero, has de ocultar
 Este amor a tus antojos,
 Tanto, que piensen tus ojos,
 Que la has llegado a olvidar.
 Si llega tu amor a estado
 Que favor tenga alg3n d3a,
 Pagarlo con cortes3a,

Mas no oírlo con agrado;
 Porque si descubre un lejos
 Del caso, aunque quiera bien,
 Resucitará el desdén.

MARGARITA Estos parecen consejos.
 LUCIANO Ella al fin no ha de estimarte,
 Si no es dejada de ti.

MARGARITA Esto es todo contra mí;
 ¿Si van los dos a la parte?

LUCIANO Que finjas te persuado,
 Pues este el remedio ha sido.

MARGARITA ¿Luego su intento es fingido?
 ¡Oh lo que me ha consolado!

ALEJANDRO Luciano, con mi cariño
 No es posible que lo acabe.

MOCLÍN ¿Qué es no? Que este es un jarabe
 Que puede tomarle un niño.

MARGARITA De los dos me estoy riendo;
 ¿Que era fingido el retiro?

LUCIANO *(Repara en Margarita.)*
(Ap. ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
 La Princesa me está oyendo;
 Mas por si acaso lo ha oído
 Enmendaré lo que he hablado.)
 Yo por consejo te he dado
 Lo que pido por partido.
(Ap. Con Matilde equivocar
 Puedo todo lo que oyó,
 Pues la galanteo yo.)
 Esto no has de dilatar;
 Que fingiendo no querer,
 No será en vano mi empleo,
 Y lograré mi deseo.

MARGARITA Esto no puedo entender.
 ALEJANDRO Yo amigo, podré emprendello
 Por obedecerte a ti.

LUCIANO Pues tú lo has de hacer por mí,
 O te he de obligar a ello;
 Porque ya estoy empeñado
 En que dejes este empleo.

MARGARITA Que habla de mi prima creo.

ALEJANDRO No lo podrá mi cuidado.
LUCIANO (*Ap.* Alejandro no ha entendido,
Y no le puedo hacer señas.)
Pues en fin, ¿a qué te empeñas?

ALEJANDRO Es imposible el olvido.
LUCIANO Pues mira cómo ha de ser,
Pues me llego a declarar;
Que no has de galantear
Lo que yo llego a querer.

ALEJANDRO ¿Qué dices?
LUCIANO Que se reprima
Tu amor, pues me ofende a mí.

MARGARITA Cielos, yo no lo entendí;
Que esto es hablar de mi prima.

LUCIANO Ya este arrojó el riesgo pide,
Y estoy en esto empeñado.

MARGARITA ¿Si Luciano, enamorado,
Solicita que la olvide?

ALEJANDRO ¿Cómo, Luciano, así infama
tu amistad lealtades mías?

MOCLÍN Por las siete chirimías,
Que te ha soplado la dama.

ALEJANDRO ¿Tú quieres a...
LUCIANO Claro está
Que yo quiero a quien adoras,
Y siento que la enamoras,
Por los celos que me das.
(*Ap.* Todo lo ha de declarar
Si habla más en su pasión.)

ALEJANDRO Vive el cielo, que es traición,
Y venganza he de tomar,
Dándote, traidor, la muerte
Por...

LUCIANO Eso no es para hablado.
MARGARITA ¡Que esté tan enamorado,
Que lo sienta desta suerte!

LUCIANO (*Ap.*) Alejandro no me entiende,
Y piensa que, falso amigo,
Por la Princesa lo digo,
Y más con esto la enciende.

ALEJANDRO Pues se atreve tu bajeza...

LUCIANO (Ap. Atajarle es menester.)
Yo no puedo responder,
Por estar aquí su alteza.

MARGARITA (*Sale.*)
Yo responderé por vos.
Si lo que ha dicho Luciano
No basta, os cansáis en vano,
Pues lo decimos los dos.
Que el que no hagáis competencia
A su amor es gusto mío;
Y si aqueste desvarío
Proseguís sin mi licencia,
Porque tenga más espacio
El tormento del castigo,
Desde aquí, Alejandro, os digo
Que no entréis más en palacio.

ALEJANDRO ¡Qué es esto, cielos! Sin vida
Estoy.

MOCLÍN (*Ap. a Alejandro.*)
Que está enamorada;
Y pues te niega la entrada,
Ya esto no tiene salida.

LUCIANO (*Ap.*) Bien el yerro se ha enmendado
Si la Princesa me ha oído,
Pues por Matilde ha entendido
Todo lo que me ha escuchado.

ALEJANDRO Vuestro precepto, aunque injusto,
Es para sentirle yo,
Mas para enojarme no,
Pues ha sido vuestro gusto.
A vos con esa templanza
Yéndome obedeceré,
Y un traidor responderé
Afuera con la venganza.

MOCLÍN Y tal por él y por mí,
Que en el mundo lo oirán
Desde el pie del preste Juan
A la frente del Sofí.

MARGARITA ¿Oís? Volved a entenderlo,
ALEJANDRO Pues decid lo que queréis.
MARGARITA Que en palacio más no entréis.

ALEJANDRO Yo os doy palabra de hacerlo.
MARGARITA Andad.
ALEJANDRO Voy a obedeceros.
MOCLÍN Y para eso en vano llamas;
Que no nos faltarán damas
Adonde hubiere tableros.
MARGARITA ¿Oís?
ALEJANDRO ¿Qué mandáis?
MOCLÍN ¿Es cuento?
ALEJANDRO ¿Hay otra cosa que enmiende?
MARGARITA Que este precepto se entiende
Mientras tenéis este intento.
ALEJANDRO No os he llegado a entender.
MARGARITA Que si este amor olvidáis,
Os permito que volváis.
ALEJANDRO Pues no os podré obedecer.
MARGARITA ¿Tan grande es?
ALEJANDRO No hay más que suba.
MARGARITA (*Ap.* ¡Que esto sufro! Sin mí estoy.)
Pues ¿qué aguardáis?
ALEJANDRO Ya me voy,
MOCLÍN Alón , que pinta la uva.
(*Vanse Alejandro y Moclín.*)

ESCENA XII
MARGARITA, LUCIANO

LUCIANO (*Ap.*) De mí va desconfiado
Alejandro, mas mejor
Fue enmendar aquel error
Que el susto que le ha costado.
MARGARITA Luciano, pues ya por vos
Me empeñé, la competencia
No consintáis a Alejandro;
Que ya sería bajeza.
Yo la estorbaré en palacio,
Vos estorbádsela fuera;
Ni en el terrero a mi prima
Le permitáis la asistencia,
Ni que la vea ni escriba;
Y aun el acordarse della,

LUCIANO Si pudiera prohibirse,
Permitirlo era indecencia.
Las acciones gran señora ,
Que emprende la pasión ciega,
Tienen distinto semblante
Miradas con más tibieza.
Dígoles porque ahora veo
Que ha sido mucha extrañeza,
Aunque sea en favor mío,
Que prohíba vuestra alteza
Que entre Alejandro en palacio,
Siendo aquesta competencia
Lícita en los galanteos.

MARGARITA Pues ¿vos sufriréis que vuelva,
Y que Alejandro a mi prima
Festeje en vuestra presencia?

LUCIANO Sí, Señora.

MARGARITA Pues yo no.

LUCIANO Pues ¿por qué?

MARGARITA Porque me pesa.

LUCIANO ¿No le aborrecéis, Señora?

MARGARITA. Sí; mas ¿no es fuerza que sienta
Que habiéndose declarado
Por mí, sea tan grosera
Su atención, que de otra dama
Se publique en mi presencia?
LUCIANO Muy cerca está ya este enojo
De agrado.

MARGARITA No es sino ofensa.

LUCIANO Cuando lo fuera, Señora,
Digno es de vuestra diadema
Alejandro.

MARGARITA No lo dudo;
Mas no quiero que lo sea.

LUCIANO En fin, ¿eso no es cariño?

MARGARITA No es cariño, sino queja.

LUCIANO (*Ap.* Yo la haré que lo confiese.)
El Rey viene.

ESCENA XIII

EL REY, *con una carta.*-DICHOS

LUCIANO (*Ap.*) ¡Qué presto saltó la cuerda!
REY Esto importa. ¡Ah de mi guarda!

ESCENA XIV
GUARDAS.-DICHOS

UN GUARDA ¿Qué nos manda vuestra alteza?
REY Que asistáis aquí a Luciano,
 Y ejecutad lo que ordena. (*Vase.*)
LUCIANO Por allí pasa Alejandro,
 Ir a detenerle es fuerza.
MARGARITA Oíd, Luciano, esperad.
LUCIANO ¿Qué mandáis?
MARGARITA Que Antes le advierta
 Vuestra atención a mi padre
 Que es más daño al que se arriesga.
LUCIANO Yo he de obedecer, Señora.
MARGARITA ¡Ay cielos! que ya me pesa
 Del peligro de su vida.

ESCENA XV
ALEJANDRO, MOCLÍN.-MARGARITA, LUCIANO, GUARDAS.

MOCLÍN (*Desde la puerta.*)
 Aquí está Luciano, llega,
 Desafíale; que yo
 Traigo estudiada una treta,
 Para cortarle de un tajo
 Las narices y una oreja.
ALEJANDRO Luciano, esperando estoy
 A que salgáis allá fuera;
 Que os quiero hablar.
LUCIANO (*Ap.* Alejandro
 No ha entendido mi cautela,
 Y está quejoso de mí.)
 Yo acetara, si pudiera,
 Vuestro intento, sea el que fuere;
 Mas ya no acetarle es fuerza.
ALEJANDRO Pues ¿por qué?
LUCIANO Porque estáis preso.
ALEJANDRO ¿Quién lo manda?

LUCIANO El Rey lo ordena.
ALEJANDRO ¡Ah falso amigo!
LUCIANO Soldados,
Llevad su persona presa
A la torre de palacio.
ALEJANDRO Vive el cielo, que es cautela
De tu traición, falso amigo,
Y ha de vengar esta ofensa
Tu muerte.
MARGARITA ¡Ay de mí! Alejandro,
No busque tu resistencia
El peligro de tu vida.
ALEJANDRO Señora, si es orden vuestra,
¿Para qué es prender el cuerpo
De quien tiene el alma presa?
MOCLÍN ¿Qué llamas presa? Y tajada
La tengo yo.
MARGARITA Ya esto es fuerza;
Que así lo manda mi padre.
ALEJANDRO A vos solo me rindiera;
Que el ser vuestro prisionero
No es novedad en mis penas.
LUCIANO Llévadle luego, soldados.
ALEJANDRO Vamos pues, si ha de ser fuerza.
¡Ay ingrata Margarita,
Qué mal pagas mis finezas!
MARGARITA ¡Ay infeliz Alejandro,
Que a mal tiempo me das pena!
¡Voy sin alma!
ALEJANDRO ¡Voy sin vida!
Ya es preciso que la pierda.
MARGARITA Ya yo su peligro lloro.
¡Ah hombre ingrato!
ALEJANDRO ¡Ah mujer fiera!
Vamos pues; que si yo vivo
Yo vengaré mis ofensas.
MARGARITA Yo pagaré amor, si puedo,
Pues ya el alma lo confiesa.
LUCIANO (*Ap.*) Eso sí, confiese amor
Que aunque por traidor me tenga
Alejandro, la verdad

MOCLÍN

Satisfará su sospecha.
Pues la parte del ingenio
Ya la vitoria celebra
Del *Poder de la amistad*,
Ahora la venganza empieza.

Jornada tercera

Galería del palacio

ESCENA PRIMERA

EL REY, MARGARITA, IRENE, LUCIANO

REY

Hija, quien previniese lo futuro,
Jamás errar pudiera sus acciones;
Yo erré por intentar lo más seguro.

MARGARITA

Siempre contradijeron mis razones
La prisión de Alejandro.

REY

¡Caso extraño!

No sé cómo evitar tan grave daño;
No sé qué pueda resolver, Luciano,
En tal aprieto; pues Tebandro viene,
Vencido ya el de Atenas y el tebano,
Y a vista de mi corte el campo tiene:
A entrambos los venció, que derrotados
Vinieron bajamente a sus estados.
No sé qué alivio busque a mi esperanza;
Que si mi injuria de Tebandro intenta
Vengarse en Alejandro, esta venganza
Le obligará a tomarla más sangrienta,
Si este es de los amigos que él decía,
¡Qué mal le despreció la ambición mía!

LUCIANO

Señor, no llama el daño cometido
La desesperación, sino la enmienda;
Ya que impensadamente ha sucedido,
A los remedios tu discurso atienda,
Si aquella injuria le movió a Tebandro,
Véncela en agasajos de Alejandro;
¿O te conviene o no para ser dueño
De Margarita?

LUCIANO Si es cierto que él os quiso, gran Señora,
De aquel amor es fuerza que algo dure;
Demás de que, a buscar ha de ir primero
Quien quiere.

MARGARITA ¿Quién os dice que yo quiero?

LUCIANO No digo que le améis, ni os contradigo
(*Ap.* Pues lo ha de confesar, aunque le pese)
Mas que queréis la conveniencia digo.

MARGARITA Esa quiero, pues porque interese
Mi padre su sosiego y su corona,
Solicito obligada su persona.

LUCIANO Pues si eso queréis dél, fuerza es hablarle,
Agasajarle y aun satisfacerle.

MARGARITA Todo eso haré, Luciano; id a llamarle.

LUCIANO Luego de la prisión voy a traerlo.

MARGARITA Mas callad lo que pasa.

LUCIANO Sí, Señora.
(*Ap.* En sus desprecios lo ha de ver ahora
Que no sólo ha de hallarla enamorada
Alejandro por mí sino rendida;
Pues cuanto más se viere despreciada,
Ha de estar de su amor más encendida.
A avisarle de todo voy primero.)

MARGARITA (*Ap.* Entre temor y celos desespero.)
Luciano, ¿viene ya?

LUCIANO Si aún no he salido
De aquí, ¿cómo queréis que haya venido?

MARGARITA Pensé que ya veníais de buscarle.

LUCIANO (*Ap.* Y ¿niega que es amor?) Voy a llamarle. (*Vase*)

ESCENA III

MARGARITA, IRENE

MARGARITA ¿Qué es esto, amor? O yo no he aborrecido,
O no quiero, y si quiero, antes quería;
Pues si al tenerte yo no te sentía,
¿Dónde en mi pecho estabas escondido?
Si no estabas en él, ¿de qué ha nacido?
Cuando mi amante fino me asistía,
¿No era más digno de la pena mía,
Que hoy que trueca finezas por olvido?

¿En tu mano no estaba el bien que aprecias?
Pues ¿porqué le dejaste? Y si lo ignoras,
¿De que se quejan tus mudanzas necias?

Mas eres niño, y como niño adoras;
Que si una cosa tienes, la desprecias,
Y si la ves en otra mano lloras.

¿Viene ya Alejandro, llene?

¿Tan presto?

IRENE

MARGARITA

¿No tarda ya?

IRENE

Mucho cuidado te da;
Mas si en tu intento no viene,
¿Qué importa que venga aquí?

MARGARITA

¿Lo sabes?

IRENE

Lo he sospechado

Del pícaro del criado,
Que hace desprecio de mí,
Y pierdo mi entendimiento.
¿Venganza toma un bufón?

Pues ¿por qué de un picarón
He de tener sentimiento?

Que tus desprecios sintiese
Alejandro, es noble en fin;

Mas un pícaro tan ruin
Sólo sienta, aunque le pese,
Los palos que su señor
U otro le diere al reñir;
Y dellos no ha de sentir
La afrenta, sino el dolor.

MARGARITA

¿No es hombre?

IRENE

No a estos extremos.

Todos, aunque humildes, son
De una misma formación,
Todos de barro seremos;
Mas los nobles, sin cautelas,
Son de barro portugués,
Y el de los pícaros es
Barro de las covachuelas.

ESCENA IV

ALEJANDRO, LUCIANO, MOCLÍN.-DICHAS

(Hablan aparte Luciano y Alejandro)

LUCIANO Entra con esta atención.
ALEJANDRO Tú, amigo, mi vida has sido,
De lo que tuve creído
Te pido humilde perdón.

LUCIANO A esto ella misma te exhorta.
ALEJANDRO Mil veces tus plantas beso.
LUCIANO No te detengas en eso,
Sino advierte lo que importa,
Que está con mucha pasión.

MOCLÍN *(Ap. a Alejandro.)*
Ponte muy grave y derecho;
Atraviésale en el pecho
Todo un juez de comisión.

LUCIANO *(A Margarita.)*
Ya está aquí Alejandro.

MARGARITA ¿Ha entrado?
¿Cómo no llega?

LUCIANO No sé.
MOCLÍN Ni se llegará.

MARGARITA ¿Por qué?
MOCLÍN Es caballo escarmentado.
ALEJANDRO *(Ap.)* Amor mi dicha celebre.
MARGARITA ¿No llegáis?
ALEJANDRO Los pies me dad.
MARGARITA Alzad.
MOCLÍN ¿Qué es eso? A un alzad
Se llega como al pesebre.

MARGARITA Alejandro, con razón
Podéis estar ofendido
De la prisión impensada;
Mas por lograr el alivio
De ser yo vuestra abogada,
Pues a mi padre he pedido
Vuestra libertad, podéis
Tener por dicha el peligro.
Ya estáis libre, y por mi ruego.

ALEJANDRO Mucho, Señora, lo estimo.
MOCLÍN *(Ap. a Alejandro.)*
No estimes nada, Señor,
Que va el intento perdido:

Sequedad y gravedad.
¡Quién traer pudiera, Dios mío,
Aquí un colegial mayor,
Que te enseñara el estilo!

MARGARITA

Mas de vos tengo una queja,
Y os llamo para advertiros
De que valéis más por vos
De lo que habéis presumido.

MOCLÍN

Concierto quiere, pues trata
De lo que vales.

ALEJANDRO

Si he sido
Causa yo de vuestro enojo,
Será yerro, no delito.

MARGARITA

Pues es delito y es yerro.

MOCLÍN

No es sino oro; esto va lindo.

MARGARITA

El haber vos concitado,
En estado tan tranquilo,
Las guerras que hace a mi reino
Hoy Tebandro, vuestro amigo,
Por no haber sido propuesto
A mi elección, siendo digno,
Es yerro y delito grave,
Porque o vos habéis querido
Vencerme desconfiado,
O mostraros vengativo.
Si vengativo, Alejandro,
Habéis errado el camino:
No vengan iras de Marte
Desdenes de Amor, que es niño.
Los desaires de las damas
Se vengan con el olvido,
Porque el sentimiento dellas
Es no llegar a sentirlos.
Yo supongo la vitoria;
Mas cuando me hayáis rendido,
Quedaréis más poderoso,
No más galán ni más digno.
Si el vencerme es ofenderme,
Cuando la hayáis conseguido
¿Os querrá por un agravio
Quien por un amor no os quiso?

El desaire del desdén
A la persona se os hizo;
Tomad venganza que os haga
Más galán, más no mal visto;
Porque si el vencerme engendra
Contra vos más odios míos,
Lo que os deja más vengado
Os hace más ofendido.
Y si por desconfiado
Usáis de aquesos motivos
Por conseguirme, Alejandro,
Poco os debe vuestro brío.
Vuestra gala, vuestro talle,
¿Necesitan de otro arbitrio
Para rendir voluntades?
Sin duda no os habéis visto.
Y si es vuestro parecer
Haberme mal parecido,
O en mí no es delito, o voz
Hacéis primero el delito.
¿Cómo puedo despícaros
Del agravio recibido,
Si vos mismo no alcanzáis
Lo que perdéis por vos mismo?
Vuestro brío despreciado
Es el que ha de conseguirlo;
Que si él por sí no lo alcanza,
Siempre él se queda ofendido.
No el decir que no me agrada
Os acobarde, que visto
Muchas veces, algún día
Le encuentra acaso el cariño.
Las cosas truecan estado,
Los ojos mudan estilo;
Que siempre es uno el que sale,
Y trae diferentes visos.
Porfiad, aunque canséis,
Y no penséis que es delito;
Que quien cansa enamorando,
Cansa con muchos alivios.
Porfiad pues, Alejandro;

No malogréis el principio;
Que a veces la obligación
Puede más que el albedrío.
Ya estáis libre, ya podéis
Proseguir vuestros cariños;
Que en daros esta licencia,
Harto, Alejandro, os he dicho.

MOCLIN

(Ap. a Alejandro)

¡Qué dura empezó, y qué blanda
Ha acabado el exorcismo!
Tieso, que tieso, Señor;
Haz que no se te da un higo;
La verás como una breba.

ALEJANDRO

Señora, suspenso he oído
Vuestras discretas razones,
Mas sobre incierto principio;
Porque ni yo de Tebandro
Armas ni intento he movido,
Ni cuando yo de mi patria
Fomentara los motivos,
Si lo puedo hacer, lo hiciera
Por vengar vuestros desvíos;
Porque en mí para vengarlos,
Era menester sentirlos.
Por dos causas no los siento:
La primera, haber oído
Que os hago gusto en dejaros;
Pues si sé que en eso os sirvo,
¿Cómo pudiera, Señora,
Cuando estuviera muy fino,
De lo que es contento vuestro
Nacer sentimiento mío?
La segunda es que Matilde
Es el norte que yo sigo,
La luz con que ven mis ojos,
La estrella por quien me rijo.
Pues cuando yo, gran Señora,
Ni a vuestra hermosura aspiro
Ni vuestros desprecios siento,
¿Cómo pueden ser motivos
Ni el desdén ni la venganza

Del empeño que habéis dicho?
La misma razón lo allana:
En vos siempre hallé desvíos
Desaires, desabrimientos;
En ella siempre cariños,
Gustos, agradecimientos;
Aquello en vos es preciso,
Por ser fuerza de mi estrella;
Pues si este riesgo en vos miro,
Persuadíos, gran Señora,
Que no intento conseguiros;
Porque no puede creerse
De quien no esté sin sentido,
Que se empeñase en un riesgo
Por pretender un peligro.
Esta verdad suponiendo,
Ved en qué puedo serviros,
Que cuando mi libertad
No me lograra otro alivio
Mas que el de ver a Matilde,
En cuya ausencia no vivo,
Es deuda a que no pudiera
Medir paga el amor mío;
Porque es también sin medida
Lo que su belleza estimo.
(Ap.) ¡Oh qué bien! Pesia a mi abuelo,
No habló mejor Tito Livio,
Y acabó en brava aceituna;
¡Qué cuesco tiene tan lindo!

MOCLÍN

MARGARITA

ALEJANDRO

MARGARITA

ALEJANDRO

¡de esa suerte,
Cuando os mostrabais tan fino
En mi asistencia, a mi prima
Amabais?
Pues ¿de qué indicio
Lo presumes?
No presumo,
Mas pregunto.
Pues yo os pido
Licencia para no daros
Respuesta; porque si digo
Que sí, no es decoro vuestro,

Y si no, ando poco fino;
Y entre dos riesgos, Señora,
De dos decoros precisos,
Ni quiero faltar al vuestro
Ni he de desairar el mío.

MARGARITA *(Ap.)* Válgame aquí mi grandeza
Para no hacer un delirio,
Que está reventando el pecho.

ALEJANDRO Licencia, Señora, os pido
Para ir...

MARGARITA ¿Dónde queréis ir?
MOCLÍN *A matildar* un poquito;
Que ha que, con esta prisión,
No *matildamos*, un siglo.

ALEJANDRO ¿Dónde puedo yo ir, Señora,
Sino al centro donde vivo?

MARGARITA Ea, andad; que estáis muy necio;
Grosero y inadvertido,
Y atrevido en mi presencia,
Si del todo he de decirlo;
Idos pues.

ALEJANDRO Guárdeos el cielo. *(Vase)*

MARGARITA ¡Qué presto que ha obedecido!
¡Pierdo el sentido!

MOCLÍN *(Ap.)* Eso sí,
Pierda por ti los sentidos;
Que así se enseña a una ingrata
A saber cuántas son cinco. *(Vase.)*

MARGARITA Dejadme sola, Luciano.
(Ap. ¡Qué mal mi enojo reprimo!)

LUCIANO Ya obedezco a vuestra alteza.
(Ap. Eso sí, sienta su ardor;
Que hasta que confiese amor,
No ha de saber su fineza.) *(Vase.)*

MARGARITA *(A Irene.)*
Tú también.

IRENE *(Ap.)* Según se advierte,
Margarita un poquitito
Se ha calzado el zapatito,
Que diz que pide la muerte. *(Vase.)*

ESCENA V
MARGARITA

Ahora que mis enojos
No están para ser sufridos,
Del decoro reprimidos,
Hagan su oficio los ojos.
Llore el alma, que se obliga
A sentir tanto rigor,
Pues mi ingratitud amor
Tan justamente castiga;
Mas ¿qué es esto? ¿Yo humillada,
Yo llorosa, yo afligida,
Yo ultrajada, yo rendida?
Mas ¿qué he de hacer despreciada?
¡Ah mujeres! despreciando,
¡Qué mal los triunfos se adquieren!
Pues cuando los hombres quieren,
Vamos tras ellos llorando.
¿En qué se puede fiar
La que más presume ser,
Si cuando quiere vencer,
Se ha de valer del llorar?

ESCENA VI
MATILDE.-MARGARITA

MATILDE Prima, de que hayáis dispuesto
La libertad merecida
De Alejandro, agradecida,
Te vengo a dar... Mas ¿qué es esto?
¿Tú llorosa? ¿Qué dolor
Tu entereza vencería?

MARGARITA ¡Ay Matilde! ¡Ay prima mía!
Que este es tormento de amor.
Y pues me han de condenar
Aunque niegue mi decoro,
Para excusar lo que lloro
Lo mejor es confesar.
Yo, que de Alejandro amada,
Con finezas asistida,

Le aborrecí de querida,
Le quiero de despreciada.
Presto te he dicho mi agravio;
Mas si es contra mi entereza,
No quiero, siendo bajeza,
Que se detenga en el labio.
No siento el ver que yo ame
Donde tantas han querido,
Sino el haberme rendido
A una pasión tan infame,
De estilo tan torpe y necio,
Que a su vil naturaleza
No la obliga una fineza,
Y se arrastra de un desprecio.
Pues de que villana ha sido,
Es argumento forzoso
Que se humilla al vitorioso
Y da golpe en el rendido.
No hallo, prima, la razón,
Ni jamás hallarla esperes,
En que fundan las mujeres
Esta necia condición.
Al que quiere despreciamos,
Al que nos deja queremos,
Nuestro bien aborrecemos,
Nuestra misma ofensa amamos.
Ni más finos ni mejor
Parecen los que se entregan
Al mar de amor; los que ruegan
Suelen librarse peor.
Sólo una razón lo esmalta,
Que la que olvida apetece,
No el desprecio que padece,
Sino el amor que la falta.
Esto lloro, pero no
Admires el que te cuente
Su pesar tan claramente
Una mujer como yo;
Que si el mal se ha de decir
A quien le pueda aliviar,
De llegártele a contar

Algo puedes inferir.
Yo, Matilde... Pero aquí
Me permite enternecer,
Pues llego a haber menester
Valerme, prima, de ti.
Ya tú puedes inferir
En qué puedes aliviarme;
Sé quién eres en quitarme
La vergüenza del pedir.
Yo estoy a este amor rendida,
De Alejandro despreciada,
De su desprecio injuriada,
Y de tenerle ofendida;
Tú favorecida estás,
Yo lloro lo que perdí,
El me desprecia por ti,
Piénsate tú lo demás.
Detente; que aunque en su vuelo
Llevó tus quejas el aire,
Pues has pasado el desaire,
No te has de ir sin el consuelo.
Yo, de tu desdén movida,
Me vi a Alejandro inclinada,
Mira si amé no obligada,
Cuanto amaré agradecida.
Yo, en fin, quiero; esta razón
Te propone mi lealtad,
No por la dificultad,
Sino por tu estimación;
Porque cuando yo a tu amor
No debiera esta fineza,
Lo hiciera por la llaneza
De decirme tu dolor;
Y si Alejandro me hiciera
El blasón de las mujeres,
Sabiendo que tú le quieres,
De su pecho no admitiera...
Calla ese afecto fiel.
¿Por qué tu voz me detiene?
Porque allí Alejandro viene,
Y eso es mejor para él. (*Vase.*)

MATILDE

MARGARITA

MATILDE

MARGARITA

ESCENA VII
ALEJANDRO, MOCLÍN.-MATILDE
(*Hablan aquellos aparte.*)

ALEJANDRO Ya el rigor no es de provecho
Si ella me quiere.

MOCLÍN Señor,
Mira que has de helar su amor
Si la declaras tu pecho.
Tieso, Señor, si estos modos
La hacen venir a partido.-
Señores, ayuda pido,
Porque esta es causa de todos.-
No la digas que la quieres
Hasta que esté como un lodo;
Sepan los hombres del modo
Que se arrastran las mujeres.
Y si ha alguno que quiera,
Que tal al cielo no pido,
En queriendo ser querido,
Trátelas de esta manera.
Del mar mudable el ser tienen,
Y en sus ondas lo verán;
Corren tras los que se van,
Y huyen de los que se vienen.

ALEJANDRO De ser ruin da testimonio
Quien habla mal dellas.

MOCLÍN Quedo:
La agradecida, concedo;
Pero la ingrata, un demonio.

ALEJANDRO ¿No he hecho ya desprecios hartos
Hasta llegar a enojalla?
¿Qué he de hacer más?

MOCLÍN Arrastralla.

ALEJANDRO ¿Y después?

MOCLÍN Hacerla cuartos.
Señor, Matilde; abre el labio
Aquí para su alabanza.

ALEJANDRO Bien dices: sea la venganza
Tanta como fue el agravio.-

Matilde hermosa y divina,
 Tras mi prisión os he hallado,
 Como el sol tras el nublado.

MOCLÍN *(Ap. a Alejandro.)*
 ¡Qué entrada tan peregrina!

ALEJANDRO *(Ap. a Moclín.)*
 ¡Qué mal a fingir me aplico!

MOCLÍN Bien por lo divina vas.

ALEJANDRO No sé de divina más.

MOCLÍN Pues dila algún villancico.

ALEJANDRO *(A Matilde.)*
 Aunque es tan hermoso el ceño,
 No os le merece mi fe.

MATILDE Ya no es para mí.

ALEJANDRO ¿Por qué?

MATILDE Porque tiene mayor dueño.
 Alejandro, si ese amor
 Fue de mi pecho admitido,
 Fue viéndoos aborrecido,
 Mas querido, no es favor;
 Porque si a vuestra persona,
 Queriéndola yo, empeñara,
 Otro empeño os malograra,
 Que os promete una corona.
 Y si os lo ha de conseguir
 El dejarme de querer,
 Por poderlo agradecer,
 No os le quiero yo admitir.
 Porque aunque en vuestro amor gano,
 Por él perdemos los dos,
 Pues dejo de ser por vos
 Agradecida a Luciano,
 Pues sé que mal satisfecho
 Mis finezas solicita;
 Y ofendiendo a Margarita,
 Hago yo ingrato a mi pecho.
 Yo sé que es correspondido
 Vuestro amor ya con vitoria;
 Vuelva pues a la memoria
 La que vive en vuestro olvido.
 Esto está bien a los dos,

Y aunque yo os sienta perder,
Esta fineza he de hacer
Por mí, por ella y por vos.
Por ella, porque ya infiero
Que vuestros desprecios llora;
Por vos, porque en ella ahora
Una corona os adquiero;
Por mí, porque si este intento
Le estorba el tenerme amor,
Malograros este honor
No fuera agradecimiento.
Y así, os pido que amoroso
Volváis a vuestras pasiones,
Tanto por estas razones
Como porque ya es forzoso;
Pues si a lo que os está bien
No vais, Alejandro, luego,
A quien no obliga mi ruego,
Obligará mi desdén. (*Vase.*)

ESCENA VIII
ALEJANDRO, MOCLÍN

ALEJANDRO	¿Qué te parece?
MOCLÍN	Hazte grave; La mina ardió, por quien soy.
ALEJANDRO	¿Qué dices, Moclín?
MOCLÍN	Que estoy Más meloso que un jarabe.
ALEJANDRO	Cuando yo intento rendilla, No es ésta mala señal.
MOCLÍN	¿Qué dices? Ya su pañal Puede ser toldo en la villa.
ALEJANDRO	Más ¿qué instrumentos sonaron?
MOCLÍN	En la galería suena, Que de música está llena, Y hasta tu cuarto llegaron.
ALEJANDRO	Esperemos a que cante.
MOCLÍN	¿En musiquitas se emplean? Señor, que te galantean; Pide dulces al instante,

ALEJANDRO
MOCLÍN

Componte, y harás hacienda.
Buenas van las Margaritas;
Mas, Señor, no me la admitas
Sin darte a saco una tienda:
Dé, o váyase noramala.
¿Qué dices, loco?
Sí, hermano;
Que no has de darla una mano,
Si no te saca una gala.

ESCENA IX
MARGARITA.-DICHOS

MARGARITA

(Ap. desde la puerta.)
Por aquesta galería,
Con color de divertirme,
Salgo a ver si puede oírme
Alejandro, y mi porfía
Es contra mí. ¡Que mi error
La despreciase! ¿Qué haré?
Mi padre a riesgo se ve,
Y el remedio es el amor
De Alejandro, ya olvidado,
Pues lo que ajusté no ignoro;
Mas no es su riesgo el que lloro,
Sino el que me haya dejado.

MÚSICA

(Dentro.)
En tanto que el amor dura,
Toda locura es fineza;
Luego que el olvido empieza,
Toda fineza es locura.

ALEJANDRO
MOCLÍN

Bien cantado y buen compás.
Bendito el que le crió.
¿Quién trae la música?

MARGARITA

Yo.

MOCLÍN

Decid que no canten más.

MARGARITA

Pues ¿porqué?

MOCLÍN

No me provoco
De musiquitas.

MARGARITA

¿No es buena?

MOCLÍN

Pero es mejor una cena.

MARGARITA ¿Y Alejandro?
MOCLÍN Ni él tampoco.
MARGARITA Según eso ¿os cansa el verme?
Alejandro, ¿ta1 tibieza?
¿Qué se hizo tanta fineza,
Tanto alabarme y quererme?

ALEJANDRO *(Ap.)* ¡Con qué contento la escucho!
MOCLÍN ¿Finezas? Está apurado;
Ni aun afecto le ha quedado.
MARGARITA Pues ¿porqué?
MOCLÍN Gastaba mucho.
ALEJANDRO *(Ap. ¡Qué ocasión se me ha ofrecido*
De vengarme!) ¿Os escuchaban
Los que la letra cantaban?
MARGARITA ¿Por qué?
ALEJANDRO Porque han respondido
A la pregunta con ella.
MARGARITA No la llegué a reparar.
ALEJANDRO Pues volvédsela a escuchar,
Y os responderé por ella.

MÚSICA *(Dentro.)*
En tanto que el amor dura, etc.

ALEJANDRO Fino estuve y amoroso,
Señora, en vuestra asistencia;
Tratóme amor riguroso,
Pues faltó correspondencia
En un pecho generoso.
Dura y ingrata también
Amaba vuestra hermosura,
Y era amor o su desdén,
Que todo parece bien
En tanto que el amor dura.
Teníame vuestro olvido
Con tantos desprecios loco;
¿Quién con ellos cuerdo ha sido,
Cuando ha menester tan poco
Para perderse un sentido?
Las locuras que este ardor
Hacía en vuestra tibieza,
Juzgaba yo por favor,
Que al juicio de un firme amor

Toda locura es fineza.
Mas ya, Señora, al olvido
Con tanto extremo he llegado,
Que aquel amor encendido
Juzgo no sólo apagado,
Mas también aborrecido;
Porque en cesando el ardor,
Todo es olvido y tibieza,
Que, como está sin calor,
Se trueca en odio el amor
Luego que el olvido empieza.
Efecto es del sentimiento,
Porque viéndose extinguido
Aquel ardor tan violento,
No se contenta el olvido
Sin ser aborrecimiento.
Truécase la voluntad,
Pierde el precio la hermosura,
Y reinando la verdad,
Todo afecto es necesidad,
Toda fineza es locura.
¡Qué glosa tan misteriosa
Para el derecho de amor!
No pudiera Parlador
Haber hecho mejor glosa.
(Ap. ¡Que esto escuche, y que no pueda
Dar mi dolor a los labios!
¡Oh, mal haya mi decoro,
Por quien me reprimo tanto!
¿Que leyes de honor son estas?
Por qué, si no ha derogado
La ley que obliga a sentirlo,
Da ley que obliga a callarlo?)
(Tocan dentro clarines)
Mas ¿qué es esto?

MOCLÍN

MARGARITA

ESCENA X
MATILDE.-DICHOS

MATILDE

Margarita,
La ciudad ha alborotado

Del ejército la vista,
Que ya del triunfo marchando,
Hacia sus muros se acerca;
Y aunque aviso no ha llegado,
En el común alboroto
Que con general aplauso
Al viento en ecos repite,
Con que vienen los soldados,
Juzgan todos que el Rey viene
Vencedor ya de Tebandro.

MARGARITA

(Ap.) ¡Cielos, notable ventura!
La fortuna me ha logrado
La ocasión de ver si puedo
Arrastrar así a Alejandro,
Y aunque a su desdén me muero;
He de fingir lo contrario.

ALEJANDRO

El parabién, gran Señora,
Os doy de triunfo tan alto.

MOCLÍN

(Ap.) Lleve el diablo quien tal diere.

MARGARITA

Muy bien podéis, Alejandro;
Pero entended de camino
Que haberos agasajado
No ha sido no aborreceros,
Sino el ver a riesgo tanto
Juntamente con el reino,
La vida de un padre anciano.
Para excusar su peligro
Solicité vuestro agrado;
Mas no habiéndoos menester
Para estorbar este daño,
Quien amoroso no os quiso,
No os ha de querer ingrato,

(Vase con Matilde.)

ESCENA XI

ALEJANDRO, MOCLÍN

ALEJANDRO

Oíd, esperad, Señora.
¡Ay de mí! todo lo he errado,
Moclín; yo quedo sin alma.

MOCLÍN

Señor, que me lleve el diablo

ALEJANDRO Donde Dios fuere servido,
Por si no acierto en jurarlo,
Si ella por ti no se muere,
Y si no va reventando;
Que esto ha sido contramina.
¿Cómo es posible?

ESCENA XII
LUCIANO.-DICHOS

LUCIANO ¿Alejandro?
ALEJANDRO Amigo, yo estoy muriendo.
LUCIANO Pues ¿de qué, cuando bizarro
Entra en la ciudad triunfante,
Vencedor del Rey, Tebandro,
A quien trae por prisionero?
Y el Rey, rendido, ha mandado
Que no lo cierren las puertas,
En tu clemencia fiado,
Que dándote a Margarita,
Tengan remedio sus daños.
ALEJANDRO ¿Qué dices, amigo mío?
Dame en albricias los brazos.
MOCLÍN Jesús y qué bravo cuento;
Grasa se le ha vuelto el caldo.
ALEJANDRO ¿Cómo estará Margarita?
MOCLÍN Eso veslo aquí pintado:
Como quien come un conejo,
Y sabe después que es gato.
ALEJANDRO Salgámosle a recibir.
Sígueme, amigo Luciano.
LUCIANO Pues ¿para qué intentas eso,
Si ya en la ciudad ha entrado,
Y la voz de las trompetas
Y los clarines al paso
Nos salen a dar indicio
De que llegan a palacio
Buscándole?
ALEJANDRO Amor, albricias.
MOCLÍN Señor, pues está en tu mano
La corona, no te cases,

Y déjala suspirando.
ALEJANDRO Si es cierto que me aborrece,
Yo sabré vengar mi agravio.
LUCIANO Ya entran en palacio todos.
VOCES *(Dentro)*
¡Viva el capitán Tebandro!

ESCENA XIII

TEBANDRO, SOLDADOS, *uno de ellos con tres coronas en una fuente*; EL REY, *prisionero*; MARGARITA, MATILDE, IRENE.-DICHOS

TEBANDRO Sólo Alejandro viva, y esta gloria
Por suya la aclamad en mi vitoria.
ALEJANDRO Dame los brazos, valeroso amigo.
TEBANDRO Y en ellos el aplauso que consigo.
REY Fortuna, ¡que me ultrajes deste modo!
MARGARITA *(Ap)* ¿Qué es esto, cielos? Yo lo he errado todo
Pues en mi amor fingí aquella mudanza
Para que él haga justa su venganza.
TEBANDRO Noble Alejandro, amigo generoso,
Si prometió mi brazo valeroso
Ofrecer a tus plantas las coronas
De este estado y de todas las personas
Que en tu amor competían, tu deseo
Ya te ha cumplido todo este trofeo.
Las coronas que ves son las rendidas
De Tebas y de Atenas, cuyas vidas
Libró cobarde fuga; y la tercera
Es la de Creta, cuyo rey rendido
Tienes en tu poder. Ya yo he cumplido
Lo que te prometí, mira tú ahora
De tu amor o tu olvido a quién prefieres,
Que tú puedes hacer lo que quisieres;
Porque sólo mi fe el blasón desea
De que *el Poder de la amistad* se vea.
REY Alejandro, si al yerro cometido
De no haber sido vos el escogido,
Como vuestro poder lo merecía,
Doy por disculpa la ignorancia mía,
No pase ya, pues el valor lo alcanza,
De mi arrepentimiento la venganza;

Que si yo en ella ya poder tuviera
Con Margarita mi corona os diera.

ALEJANDRO Ya que tengo en mi mano la corona,
Pues a vuestros desprecios no perdona,
Ya agravio tan injusto no hay olvido,
Ha de ser de quien la haya merecido.

TEBANDRO ¿A quién dan la corona tus intentos?
MOCLÍN Désela a un fraile, y quítese de cuentos.

MARGARITA Alejandro, antes que llegue
Tu resolución a más,
Pues ya es tuya la corona,
Por mi destino fatal,
Lo que calló mi decoro
Es forzoso confesar.
Yo, engañada de querida,
No presumía jamás
Que te adoraba mi pecho;
Pero viéndome olvidar,
Reconocí aquella llama
Que era en mi pecho un volcán,
Cubierto de aquella nieve.
Y porque veas que es verdad,
Da a quien quieras la corona,
Porque no puedas pensar
Que me obliga esa ambición;
Que si en tu pecho le das
Lugar al afecto mío,
Sin ella y con voluntad
La corona de tu amor
Es la que yo estimo más.

MOCLÍN Confesó todo el delito,
No hay sino mandarla ahorcar.

ALEJANDRO Sólo eso oír he querido
Para llegarme a vengar
De vuestro injusto desprecio;
Y porque sepan que hay
Quien supo vengar desdenes
Con su propia voluntad,
La venganza es haber hecho
Que me busquéis y queráis,
Y la corona, Señora,

MOCLÍN

Porque yo tomo no más
La venganza sin castigo,
A vuestras plantas está.
Y porque el fin mejor sea,
Luciano, la mano da
A Matilde, que te estima;
Y tú, mi hermosa deidad,
Llega a mis brazos dichosos,
Dulce fin en tanto mal.
Y Irene llegue a los míos,
Que con aquesto se harán
A un tiempo tres casamientos;
Y si os acertó a agradar
Esta pluma, fin dichoso
Con vuestro aplauso tendrá
La venganza sin castigo,
Y el Poder de la amistad.

El secreto entre dos amigos

Agustín Moreto

PERSONAS

CÉSAR	LAURA
FEDERICO	FLORA, CRIADA
EL DUQUE DE FERRARA	CRIADOS
OCTAVIO	UNA CRIADA
GUARÍN, CRIADO	SOLDADOS
PORCIA	ACOMPAÑAMIENTO

La escena es en Ferrara.

Jornada primera

Terrero del palacio.-Noche.

Escena I

CÉSAR, arrebozado; GUARÍN, delante, retirándose.

GUARÍN

Hombre, ¿qué quieres, que apuras
a un católico, tan sin
escrúpulos de valiente,
que a dos briznas de un pernil
rinde sus cóleras todas?
Si es que me quieres pedir
la capa, de espada y capa
te puedes servir aquí;
que soy hombre sin tramoyas.
Desemboza sin seguir
mis pisos; que te aseguro
que no sé qué he visto en ti,

5

10

que me debes un gran miedo;
 porque desde que nací
 tuve a todo arrebozado 15
 extraña inclinación. Di
 quién eres, o de qué parte
 me vienes a perseguir.
 Mi nombre es, por si te importa,
 Guarín, de fray Juan Guarín 20
 bicho zno por línea recta.
 Ahora sirviendo aquí
 estoy al ánima sola
 de un amo, que competir
 puede al espárrago, y fénix 25
 en lo solo, pues de mí
 no se fía, con ser yo
 más callado que un pasquín.
 Es muy pariente del Duque,
 gentil hombre, y tan gentil, 30
 que es Narciso de sí mismo,
 un mismísimo rocín.
 Poco ha que aquí de Florencia
 vino a palacio a servir;
 que es tan noble como pobre, 35
 y pobre como Paulín.
 Quiérole el Duque porque,
 corriendo un día infeliz
 un caballo, le matara
 a no estar César allí, 40
 que pudo el desenfrenado
 curso al bruto resistir;
 y advierte que aquí me debes
 el no pintarte el rocín.
 Llámase César, y puede 45
 casi conmigo reñir.
 Con ser yo casi un león.
 ¿Dije león? Pues mentí:
 sin casi, que solamente
 casi liebre y casi mí, 50
 como otros en esperar,
 tengo yo gusto en huir⁽¹⁾.
 Para buscarle al terrero

aquesta noche salí,
tan boca de lobo, que 55
parece tinta en hollín.
Esto es todo lo que sé
para el paso en que estoy. Si
gustas, pues que tanto callas,
que me pueda escabullir, 60
harélo ¿Que sí me dices?

(Hácele señas CÉSAR para que se vaya.)

¡Oh, siempre te digan sí
a pares todos los nones!
Queda en paz; que para mí,
cuando una calle se cierre, 65
ciento se vuelven a abrir
para abrirme la cabeza.

(Sin volver la espalda a CÉSAR, va retirándose, haciendo reverencias.)

Escena II

FEDERICO y TRES CRIADOS suyos; todos enmascarados. -DICHOS.

FEDERICO

(Aparte a sus CRIADOS.)

Aqueste es el puesto.

CÉSAR

(Aparte.)

Al fin

Guarín no me conoció, 70

tanto me pude encubrir;

que como vine siguiendo

estos hombres, en quien vi

premisas de algún engaño,

sólo he querido advertir 75

su cautela. Aquí podré

retirarme.

(Retírase CÉSAR; GUARÍN se vuelve para salir por la parte opuesta, y encuéntrase cara a cara con los enmascarados, que no reparan en él.)

GUARÍN **(Asustado.)**
 ¿Sin festín
 máscaras? Sarao tenemos
 de palos.

CRIADO 1º **(A FEDERICO.)**
 Muera.

GUARÍN ¡San Gil!
 Probar quiero a dar un brinco. 80

(Vase por el foro.)

Escena III

FEDERICO, CRIADOS; CÉSAR, **oculto.**

FEDERICO **(A los CRIADOS.)**
 Esta noche ha de morir.
 Amigos, ya estoy resuelto;
 que amor y ambición así
 me disculpa.

CRIADO 1º Tuyos somos.

CRIADO 2º Aventurarán por ti 85
 todos su opinión y vida.

CRIADO 3º Por aquí suele salir
 de Palacio, que el terrero
 ronda siempre.

CRIADO 2º Llegó el fin
 de su vida.

CÉSAR **(Aparte, donde está oculto.)**
 No he podido 90
 oírlos. Mas si nací
 noble y de su modo infiero
 el fin de alguna acción vil,
 si no estorbo su traición,
 dirán que la consentí;
 que aunque nadie lo ve, basta 95
 que un noble se culpe a sí.

Escena IV

EL DUQUE y OCTAVIO, **de noche.**-DICHOS.

DUQUE	Vuélvete, Octavio.	
OCTAVIO	Señor,	
	tu riesgo me da cuidado.	
DUQUE.	Siempre un noble acompañado va de su mismo valor;	100
	no el ser duque de Ferrara puede animar mis acciones; que a los nobles corazones su mismo ser los ampara. Pierde el temor.	
OCTAVIO	Mi lealtad	105
	me hace contigo atrevido.	
DUQUE	En mi amor entrenido, me alegra la soledad; véte pues, y a César dile, si le hallares, que me espere en palacio. [564]	110
OCTAVIO	Amor prospere tus dichas. (Aparte.) Siempre serví con mala estrella, pues veo que un mes César no ha servido, y a todos es preferido.	115

(Vase.)

Escena V

EL DUQUE, FEDERICO, CRIADOS; CÉSAR, **oculto.**

DUQUE	(Para sí.) Tuyo es, Laura, este trofeo. Por si saliese al terrero, vengo a escuchar sus rigores.
FEDERICO	Aqueste es.
LOS CRIADOS	Muera.

(Acometen al DUQUE, y pónese CÉSAR a su lado.)

DUQUE	¡Traidores!	
	Yo soy quien soy.	
CÉSAR	Y este acero	120
	un rayo que el cielo envía.	
FEDERICO	(Aparte.)	
	¡Qué poderoso enemigo!	
	Del cielo es este castigo.	
DUQUE	Síguelos.	
CÉSAR	Ventura es mía.	

(Vanse acosando el DUQUE a dos criados, y CÉSAR a FEDERICO y a otro.)

Plaza delante del palacio.

Escena VI

PORCIA, a una ventana del palacio.

PORCIA	¡Qué mal puede reposar	125
	quien tiene amor, y qué bien	
	se puede consolar quien	
	puede su amor declarar!	
	¿Qué estrella me obliga a amar	
	a un hombre que apenas vi?	130
	Rayo fue su fuerza en mí,	
	pues César, que al rayo excede,	
	hoy, cual César, decir puede:	
	«Amor, vine, vi y vencí.»	
	Mas aunque le amo, no puedo	135
	declararme, que a mi hermano	
	el duque temo, y en vano	
	treguas al amor concedo;	
	mas ya vencido este miedo,	
	le envié agora a llamar,	140
	por si con oírle hablar	
	doy alivio a mi cuidado.	
	De mí misma me he olvidado;	
	mas esto es saber amar.	

Escena VII

FEDERICO, que sale enmascarado, retirándose de CÉSAR. -PORCIA, a la ventana.

CÉSAR	Bien corres.	
PORCIA	¡Cielos! ¿qué es esto?	145
	Desde aquí los podré oír.	
FEDERICO	Mucho me dais en seguir, hidalgo.	
CÉSAR	Yo estoy dispuesto a saber quién sois.	
FEDERICO	Bien presto quizá os arrepentiréis.	150

(Riñen; cáesele la espada a FEDERICO y tómala CÉSAR.)

CÉSAR	Valor tenéis, mas tenéis poca razón, pues así la suerte os falta.	
FEDERICO	(Aparte.) ¡Ay de mí! Este es César. Mal hacéis en blasonar cuando estoy sin espada.	155
CÉSAR	Bien pudiera volvérosla, que en mí fuera acción digna de quien soy; mas con no dárosla os doy más descanso, que esta es de las manos arma, y pues vos huyendo no la usáis, no es menester que tengáis más defensa que los pies. Descubríos.	160
FEDERICO	Será error; que en tan villano, concierto, mejor estará encubierto, pues no está muerto, un traidor.	165
CÉSAR	(Aparte.) Ya del Duque, mi señor, los demás huyendo van; criados con él están,	170

	que allí al rumor acudieron pienso que aunque los siguieron, no los alcancen, que dan plumas a los pies temores	175
	de su traición. Descubrid el rostro, y de mí advertid que os daré (aunque son errores el no castigar traidores)	
FEDERICO	la vida en mi valor firme.	180
	Si ha de ser por descubrirme, no os lo quiero agradecer, porque en llegándome a ver, de vergüenza he de morirme.	
CÉSAR	Conoceréis así espero.	185

(Quítale la máscara.)

FEDERICO	Federico soy.	
CÉSAR	¿Qué dices?	
FEDERICO	Que soy quien, con infelices pruebas de cobarde acero, traidor, atrevido y fiero, matar al Duque intenté.	190
CÉSAR	¡Válgame el cielo!	
FEDERICO	Que fue causa de ambición en mí un poder que aborrecí y un imposible que amé. De su hermana despreciado, y de él no favorecido, por ser dichoso atrevido, fui cobarde desdichado.	195
	Su primo soy, y su estado pudiera como él regir;	200
	mas, como da en preferir extraños a mi valor, aborrecido mi amor, quiso matar o morir.	
	Y aunque estoy arrepentido tanto, que, a ser en mi ser posible, quisiera ser,	205

	un ser que no hubiera sido, que me mates, César, pido; que si la honra al vivir	210
	debe un noble preferir, antes, en trance tan fiero, morir para vivir quiero, que vivir para morir.	
CÉSAR	En tan conocido error, que tu misma lengua culpa, será querer dar disculpa, hacer la culpa mayor.	215
	¡Un hombre noble traidor! Federico, ¡tu nobleza desmentida en tal bajeza!	220
	Mas de tu engaño he pensado que, como el rostro, has mudado también la naturaleza.	
	Si hombre honrado no se ha hallado de dos caras, no te asombre; que, o negar quiere su nombre, o el ser de hombre le ha faltado.	225
	Y pues que Dios te ha criado con su rostro, con mayores perfecciones y mejores, cuando tú te pones dos, enmendar quieres de Dios las obras con tus errores.	230
	La vida del noble es cierta vela de esplendor vestida; con fama es vela encendida, y sin fama es vela muerta.	235
	Tu misma traición despierta hoy el aire que apagó tu vida, mas llegué yo, vi la enmienda que te inflama, hallé pavesa en tu llama, sopléla. y resucitó.	240
	Y así, al error que previenes, aunque con honor me obligo, no he de darte más castigo que la vergüenza que tienes.	245

	Del Duque, mi señor, vienes a ser sangre, que estimar	250
	debo siempre y respetar; al Duque toca el juzgarte, a ti te toca enmendarte, y a mi me toca el callar.	
PORCIA	(Aparte.) ¡Oh, cómo sabe obligar,	255
	reprehendiéndole, al traidor!	
FEDERICO	En vano contra mi honor tu piedad quieres mostrar. Pues no me mata el pesar, muéstrese tu rigor fuerte;	260
	que siempre que llegue a verte temeré si callarás, y quiero de una vez, mas que no dé tantas, la muerte.	
CÉSAR	Pues porque desengañado	265
	estés de que he de callar, hoy mi amistad te ha de dar muestras de lo que le he amado. Que un hombre al Duque ha ayudado sabe el Duque, pero ignora	270
	qué hombre sea; y así, agora de aquí yo me tengo de ir, y tú al Duque has de decir (Que esto al valor no desdora) que tú le libraste: así	275
	vendrás a privar con él, [565] y el Duque, menos cruel, a ser tu amigo por mí. Esto has de hacer, pues por ti me obligo al secreto yo;	280
	si es que mi fe te obligó, en esto lo has de mostrar; que así vienes a pagar lo que mi amor te sirvió.	
FEDERICO	César, no puedo entender	285
	si me burlas o me ofendes.	
CÉSAR	El es que excusarte pretendes, tú me quieres ofender.	

PORCIA	Cielos, ¿que esto llego a ver? Sueños son.	
FEDERICO	Yo me contento con tu secreto.	290
CÉSAR	Mi intento es hacerte más amigo del Duque, con que te obligo a más arrepentimiento.	
FEDERICO	¿Cómo encubrirse podía esto, si el Duque te vio?	295
CÉSAR	Porque no me conoció, que yo encubierto os seguía; del Duque solo venía, conocerme pudo en nada con la noche mal formada. Dio una voz, reñí y callé; que cuando riñó, no sé hablar más que con la espada.	300
FEDERICO	Aunque es segunda bajeza querer tu gloria usurpar, tanto vengo yo a estimar tu amistad y tu nobleza, que para mayor fineza te he de obedecer aquí, para que veas que así te empiezo a pagar mi fe, pues por ti, César, haré lo que no hiciera por mí.	305
	Aunque me cueste la vida, aquí al Duque he de aguardar.	310
PORCIA	(Aparte.) Y ¡que yo lo he de callar! Mas esto es estar rendida.	
CÉSAR	Pues tu fe es agradecida, triunfe de hoy más mi valor. Gente viene.	320
FEDERICO	Mi temor me acusa.	
CÉSAR	Sin duda es este el Duque.	
FEDERICO	Hoy a tus pies	

que también sabe callar.
(Quítase de la ventana.)

Escena IX

FEDERICO; luego, EL DUQUE, OCTAVIO y CRIADOS.

FEDERICO	Dudoso estoy: pero yo	355
	¿qué puedo en esto perder?	
	pues cuando llegue a querer	
	revelar lo que pasó	
	César, mi noble opinión	
	por mí mismo volverá,	360
	y en mi defensa estará	
	la primera información.	

(Salen el DUQUE, OCTAVIO y CRIADOS.)

DUQUE	Nadie los alcanzó.	
OCTAVIO	Ninguno pudo;	
	que las sombras escudo,	
	y ligereza el viento,	365
	prestaron a su fácil movimiento.	
DUQUE	La vida, Octavio, débole a aquel hombre	
	quiero saber su nombre.	
OCTAVIO	¡Qué agravio a mi lealtad hiciste cuando	
	me despediste: El alma recelaba	370
	el peligro que allí le amenazaba!	
DUQUE	Algo se parecía	
	a César en el modo.	
OCTAVIO	Es fantasía	
	y amor que a César en su fe previenes,	
	que si él fuera, te hablara.	
DUQUE	Razón tienes.	375
OCTAVIO	Desde que tú, corriendo	
	aquel bruto veloz, que desmintiendo	
	propia naturaleza,	
	volaba con ajena ligereza	
	(Siendo rayo violento,	380
	nave en el agua y águila en el viento),	

	sin dejar en sus vuelos superiores breves estampas en caducas flores; y al querer más brioso despeñarse César venturoso	385
DUQUE FEDERICO	que allí dio la vida, siempre, tu fe a su amor agradecida, imaginas que él solo ser pudiera. Confieso mi afición; mas oye, espera. (Aparte.) El Duque es. ¿Que me fíe así de un hombre? Pero que conde me dice su valor; llegar pretendo. En tus manos ¡oh industria! me encomiendo. Yo llego.	390
DUQUE	¿Quién va?	
(Llega FEDERICO arrebozado, con la espada desnuda.)		
FEDERICO	Un hombre bien corrido de no alcanzar aquello que ha querido.	395
	Mataban aquí a un hombre, a su lado me puse, y no os asombre, que cuatro nos huyeron; de manera que aunque a los dos seguí, imposible fuera alcanzarlos, si al viento	400
	ardiente exhalación fuera mi aliento. Con máscaras vinieron, y no sé si burlarse pretendieron; y si fueron ladrones, mi dicha embarazó sus intenciones.	405
DUQUE	Detente al Duque, amigo: yo soy al que libraste, y ya me obligo a premiarle. ¿Quién eres?	
FEDERICO	(Túrbase.) Yo soy, Señor...	
DUQUE FEDERICO	¿Qué dudas? Seas quien fueres. (Descúbrese.) Tu primo soy, que quiso la ventura (como mi amor procura mostrarte sus bellezas) que al terrero saliese acaso, porque así mi acero,	410

	empleado a tu lado,	415
	por pariente y criado	
	hiciese lo que debo.	
	Mas, como veo que contigo pruebo	
	tan mal, que siempre piensas	
	que mis lealtades pueden ser ofensas	420
	servirte pretendía,	
	y encubrirme quería,	
	temiéndole aun agora riguroso,	
	pues nunca fuí enemigo venturoso.	
	(Aparte.) Gran valor he mostrado,	425
	pues que fingiendo, aquí no me he turbado;	
	porque el que hurta o miente,	
	bien puede ser traidor, mas, es valiente.	
DUQUE	Levanta, y a mis brazos	
	con estrechos abrazos	430
	te llega, Federico; que no quiero,	
	si hasta agora severo	
	contigo me he mostrado,	
	ser desagradecido a tu cuidado.	
	Desde hoy manda a Ferrara;	435
	tuyo ha de ser mi estado.	
FEDERICO	(Aparte.) ¡Cielo, ampara	
	a un hombre arrepentido!	
	Siempre he sido tu esclavo, y serio espero.	
OCTAVIO	(Aparte.)	
	No ha de ser César siempre venturoso.	
DUQUE	A todos mi amistad hoy te prefiere.	440
OCTAVIO	(Aparte.)	
	César no prive, y prive quien quisiere.	
FEDERICO	(Aparte.)	
	¿Qué dudo, pues el Duque me ha creído?[566]	
	Aunque a César temiendo, estoy rendido	
	si acaso se descubre.	
DUQUE	¿Federico?	
FEDERICO	¿Qué me ordenas?	
DUQUE	Desde hoy mi amor publico.	445
	Búsquense los traidores; mas contigo	
	que no los tengo, Federico, digo.	
FEDERICO	Beso tus pies, y pierde esos temores;	
	que si yo te aseguro, no hay traidores.	

(Vanse.)

Calle noche.

Escena X

CÉSAR; FLORA, **tapada.**

CÉSAR	¿A mi me esperáis?	
FLORA	A vos.	450
CÉSAR	Y ¿no os queréis descubrir?	
FLORA	No, que así me habéis de oír; y si no, adiós.	
CÉSAR	No, por Dios; que no pretendo enojaros.	
FLORA	Sí, como en todo secreto, sabéis, César, ser discreto, podré sin recelo hablaros; mas si no lo habéis de ser, avisadme, y volveréme.	455
CÉSAR	Mujer que lo que vos teme, mas tiene que el ser mujer; y así, la palabra os doy de guardaros el secreto; y a fe que en lo que os prometo hago lo mismo que soy.	460 465
FLORA	Pues con esa condición podrá daros un recado.	
CÉSAR	(Aparte.) Cuanto esta noche ha pasado sueños o ilusiones son.	
FLORA	A una dama principal, que no os puedo decir quién, parecéis, César, tan bien, que, sin ver que le está mal, se ha determinado a hablaros aquesta noche en secreto. Mas en tal modo, os prometo, que no sé si ha de agradaros;	470 475

pues, como enigma, ha de ser
 esta vista entre los dos:
 que ella os ha de ver a vos, 480
 y vos no la habéis de ver.
 Pues de un lienzo o liga atados
 los ojos habéis de ir,
 sin que al entrar o al salir
 veáis; que tan recatados 485
 los ojos quieren que sean,
 que para llegarla a ver
 por méritos ha de ser
 de los que por fe la crean.
 CÉSAR **(Aparte.)** Esta noche todo es 490
 enigmas; y aunque podía
 recelar que esta sería
 traición de algún interés
 envidioso, no lo creo,
 pues siempre vivo buscando 495
 modos con que ir granjeando
 amigos; y así, al deseo
 de saber quién puede ser
 esta mujer me he rendido;
 fuera de que en mí han podido, 500
 poco el dudar y el temer.

(Quítase una liga negra con puntas de oro, y dásela FLORA por los ojos.)

Tomad, pues, aquesta liga,
 vendadme, aunque sin amor;
 que en vuestra fe mi valor
 a esta fineza me obliga. 505
 Vuestros rendidos despojos
 soy ya, sed mi estrella vos,
 que aunque ciego voy por Dios,
 que os he de llamar mis ojos.
 FLORA ¿Requebráisme?
 CÉSAR Lisonjeo 510
 vuestra piedad; no apretéis
 tanto.
 FLORA ¿No ves que veréis?
 CÉSAR ¿Qué he de ver, si ya no os veo?

Como a pájaro...
 FLORA Chitón.
 CÉSAR Con liga me habéis cazado. 515
 FLORA ¿No cantáis?
 CÉSAR Es excusado.
 FLORA Pues no iréis a la prisión.
 CÉSAR Y ¿si callo?
 FLORA Habrá favor;
 que quien canta enamorado,
 o burla de su cuidado, 520
 o no sabe qué es amor.
 CÉSAR Guiadme pues.

(Llévale FLORA de la mano.)

FLORA Mis deseos
 se han cumplido.
 CÉSAR ¿En qué?
 FLORA En llevaros
 CÉSAR Vamos.
 FLORA Y ¿si es a entregaros
 acaso a los filisteos? 525
 CÉSAR No haréis, que aunque en vos contemplo
 de Dalila la afición,
 sabré también ser Sansón
 para derribar el templo.
 Mas al fin de vos me quiero 530
 fiar.
 FLORA ¡Qué bravos extremos!-
 Hombres, siempre que queremos,
 vais así al degolladero.

(Vanse.)

Gabinete de Porcia, -Un bufetillo con bujías.

Escena XI

PORCIA, LAURA.

PORCIA	Mira, Lauro, lo que debes a mi hermano, pues le cuesta todo el riesgo de esta noche.	535
LAURA	Bien excusarlo pudiera el Duque, pues que conoce mi rigor; y así quisiera, señora, que a vuestro hermano rogarais me dé licencia para que, tomando estado, asegurarse pudieran sus finezas y sus riesgos; pues sabe de mi nobleza que, no siendo para esposa, no soy para dama buena. Y así vengo a suplicaros...	540 545
PORCIA	Laura, no tengas vergüenza, pues sabes que soy tu amiga más que tu dueño. ¿Quién llega a merecer tu cuidado? Que aunque a mi hermano de pena, ayudaré tu elección. ¿Es Celio? ¿Es Octavio?	550
LAURA	Vuela más alto mi pensamiento.	555
PORCIA	¿Federico?	
LAURA	No.	
PORCIA	¿Quién?	
LAURA	César.	
PORCIA	¿César? ¡Ah! sí. ¿No es del Duque criado?	
LAURA	Y ¡qué ser pudiera!	
PORCIA	¡Oh, qué enamorada estás!	560
LAURA	Pues ¿hay hombre dé más prendas, más gallardo, más galán, más discreto?...	
PORCIA	Tente, espera; que tanto más me has cansado, cuanto ser menos es fuerza; que aunque a mi primo aborrezco en tan alta competencia, algo amante te juzgaba,	565

FLORA.-PORCIA.

FLORA	¡Valgate Dios, qué cansada ha estado Laura!	600
PORCIA	Hartas quejas tengo de ella. Mas ¿qué hay, Flora?	
FLORA	¿Qué ha de haber? César espera ya en mi aposento.	
PORCIA	¿Qué dices?	
FLORA	Que del jardín por la puerta le entré, como tú mandaste, y que con su liga mesma le até los ojos, y viene.	605
PORCIA	Y ¿yo he de hablarle?	
FLORA	Ya es fuerza, o volveráse.	
PORCIA	Mejor es que esta noche se vuelva, que está revuelto palacio, haciéndose diligencias en buscar unos traidores.	610
FLORA	¿Agora con esa flema respondes, cuando pensé que agradecida, me dieras, señora, el alma en albricias, según dijiste que muerta estabas por él?	615
PORCIA	¡Ay, Flora!	620
FLORA	¡Ay, Flora mía! ¿Qué tiemblas, si él no ha visto adónde viene, y aquí con las luces muertas le hablarás, la voz fingiendo?	
PORCIA	Mi honor, si le hablo, se arriesga ⁽²⁾ .	625
FLORA	Si él no te ha visto, ¿qué pierdes en que te oigas, y se vuelva, una vez aquí venido, pues no te ha de ver? ¡Bien premias el valor con que animoso se dejó atar!	630
PORCIA	¿Y si cuenta ⁽³⁾	

como Dios vence imposibles 660
y como niño se queja.

Escena XIV

FLORA, CÉSAR, **vendados los ojos con la banda verde de PORCIA.**

CÉSAR ¿Al fin he de hablar a oscuras?
FLORA Así la dama que espera
 lo manda, y es condición
 que aquí habéis de hablar con ella 665
 tan cortés como sois siempre.
CÉSAR Ya estoy a vuestra obediencia
 tan rendido como ciego.

(Siéntase PORCIA en una silla y él en otra.)

PORCIA Sentaos aquí.
FLORA César, esta
 es mi dueño y vuestra dama. 670
CÉSAR Mía no sé que lo sea;
 que hasta agora no la he visto;
 y según lo que recela
 que la vea, temo mucho
 que es...
PORCIA Decidlo.
CÉSAR Más discreta 675
 que hermosa; pues quiere hablar,
 y no quiere que la vean.
PORCIA Al fin ¿fea me juzgáis?
CÉSAR Si tengo de hablar de veras,
 no hago de vos concepto 680
 que de un serafín no sea;
 que estos no se dejan ver
 por ser espíritus, y esta
 excelencia juzgo en vos,
 siendo vos por excelencia 685
 de algo serafín humano
 la más celestial belleza.
FLORA **(Aparte.)**

PORCIA	Lindamente lo enmendó. Yo, César, sólo quisiera que me juzgarais, no hermosa tanto como amante vuestra.	690
CÉSAR	Sol debéis de ser sin duda, Pues me abrasáis de manera, sin ser de Ícaro mis alas, que vuestros rayos me ciegan. Permitid pues que los mire y los adore.	695
PORCIA	Estoy puesta con vos en tan alto grado, que mi amor teme y recela, si me veis, que me bajéis de ser sol a ser tinieblas.	700
CÉSAR	Ya estoy por vos de amor ciego, dadme luz para que os vea.	
PORCIA	Ha muy poco que cegasteis.	
CÉSAR	Y aun por eso es mayor pena; que el ciego que nunca vio, mas que el que vio se consuela.	705
PORCIA	Poco al corazón lastiman ojos que no ven.	
CÉSAR	Pudiera ser verdad esa razón no oyendo los que no os vieran; mas, pues sin verte te adoro, que eres deidad manifiestan tus milagros; y así, en mí quisiera que hoy uno hicieras; que es darle vista a este ciego. [568]	710
PORCIA	Con la fe se alcanzan, César, los milagros que pedís. Perseverad con firmeza; que quien cree como vos, alcanzará cuanto quiera. Y agora decid verdad, ¿Amáis en palacio?	720
CÉSAR	Apenas puedo decir que conozco sus damas; que de Florencia	725

	ha que vine pocos días. Mas vos ¿quién sois?	
PORCIA	Sólo vuestra; y ahora por esta noche sólo quiero que estas muestras de una mujer principal	730
	agradezcáis; mas confiesa que os quiere con tanto extremo, que aventura por vos, César, su honor y reputación, con ser de tan altas prendas,	735
	que aun este recato juzga poco para su nobleza. Y así, pues callar sabéis, que aquesto de vos se cuenta, este secreto os encargo;	740
	pues el descubrirlo fuera para perderme y perderos. Y si no, con iros queda desbaratado este enigma; pues del venir vos, la deuda	745
	he pagado con hablaros con los riesgos que me cercan.	
CÉSAR	¿Sabéis en qué echo de ver que es ya igual correspondencia la de mi amor? En que os creo por fe y os amo de veras.	750
	Y así, juro y la palabra os doy que siempre en mi sea tan callado este secreto, cuando saber yo merezca	755
	quién es la dama que adoro, no a nadie lo diga; pena de que si lo quebrantare, jamás vuestros ojos vea.	
PORCIA	Por agora aquesto baste.	760
	Véte, y a solas lo piensa mas espacio; que después no quiero que te arrepientas.	
CÉSAR	Y cuando lo haya pensado, ¿a quién daré mi respuesta?	765

PORCIA César, eso a mí me toca;
que en más cuidado estoy puesta
que tú imaginas. (**Aparte a FLORA.**) ¡Ay,
Flora!
no me ha conocido César.

FLORA Bien lo has fingido.

CÉSAR Las manos, 770
siquiera por favor, deja
que te bese.
(**Toma la mano de PORCIA.**)

FLORA (**Aparte.**)
Nunca vi
amante que ser pudiera
a oscuras tan recatado.

PORCIA El alma, César, me llevas. 775
CÉSAR En esta nieve me abraso.
FLORA Si con tanta fuerza besas,
descubriráse el secreto.

Escena XV

LAURA. -DICHOS.

LAURA ¿Qué oscuridad es aquesta,
Flora?

FLORA (**Aparte a PORCIA.**)
Laura entró, Señora. 780

PORCIA ¿Cómo? (**Levántase.**)
FLORA Sin duda la puerta
dejé, con la turbación,
abierta.

LAURA ¡Flora!

(**Se va aproximando a CÉSAR.**)

PORCIA (**Aparte a FLORA.**)
Aquí llega
mi secreto a descubrirse.
Retírate aquí.

FLORA ¡Estoy muerta! 785

que todo lo juzgas César.
(Aparte.) Ya le habrá Flora llevado.
 LAURA Mira...
 PORCIA **(Aparte.)** Bien fingí. Aquí atenta
 te escuché que divertías
 a solas ciertas tristezas; 835
 que la obscuridad a un triste
 es consuelo entre sus penas.
 Vite tan enamorada,
 que quise ver dónde llega
 tu pasión; y así, a tu amor 840
 le dio mi engaño respuesta.
 LAURA Señora...
 PORCIA Véte, y de hoy más
 olvida esa afición necia,
 que te tiene tan perdida,
 que ya el remediarlo es fuerza. 845
 LAURA Yo lo haré. **(Aparte.)** Amor me engañó.
 PORCIA Recogerme quiero. **(Aparte.)** ¡Ay, César!
 Toma esa luz; pero ¿cómo
 me ha de alumbrar una ciega?

(Toma LAURA la bujía, y vase con PORCIA.) [569]

Calle.-Noche.

Escena XVIII

(CÉSAR, vendados los ojos con la banda verde; FLORA, guiándole.)

FLORA Mucho, César, le costáis. 850
 CÉSAR Bien me aventuro por ella,
 pues aun aquí no me atrevo
 a ser ciego amor sin venda.
 ¿Llegamos?
 FLORA Sí. **(Aparte.)** Gente viene,
 huir quiero.
 CÉSAR ¿Por qué me niegas 855
 tu mano?

(Suéltale FLORA, y vase.)

CÉSAR
GUARÍN

¡Ay, bien mío imaginado!

(Aparte.)

Oste, puto.

CÉSAR
GUARÍN

¿Vamos?

Venga.

(Aparte.) Vive Dios, que he de llevarle,
si está abierta, a una taberna.

885

Jornada segunda

Sala de palacio.

Escena I

CÉSAR

Confuso en necios discursos
me ha tenido esta mujer.
Huyó su criada al verme
Anoche, cuando encontré
a Guarín; a quien mi industria
le pudo dar a entender
(aunque me engañó al principio)
que por burlarme con él,
conociéndole, los ojos
con la liga me vendé,
por ver si su amor conmigo
era piadoso o cruel.

5

(Saca una liga verde.)

Salid acá agora vos,
banda, prenda hermosa y fiel
de un engaño que no entiendo.
¿Quién será aquesta mujer?
Buen olor y buena ropa
y un discreto proceder
me enamoraron. ¡Ay, banda!
¿Cuya sois? ¿No respondéis?
mas guardaréos, aunque muda,

10

15

20

(Pónese al cuello una liga negra con puntas de oro.)

Y la mía me pondré
al cuello, pues siendo gala,
seña también podrá ser
por donde esta dama enigma 25
quizá me venga a entender
que la suya no me pongo
por sí conocida es.

Escena II

(PORCIA, que trae al cuello la otra liga negra con puntas de oro que le quitaron a CÉSAR.)

PORCIA (Aparte.) Aquí está César. ¿Habéis
visto al Duque?
CÉSAR Yo quería... 30
(Aparte.) Cielos, ¿no es la liga mía
la que traje puesta?

(Se aproxima CÉSAR al vestuario, quítase la liga, y escondela turbado.)

PORCIA ¿Qué hacéis?
CÉSAR Del cuello aquí me quitaba,
con tu licencia, esta liga.
PORCIA Pues ¿por qué? ¿Tanto os fatiga? 35
CÉSAR Es que bien puesta no estaba.
Vueseñoría no está
bien dispuesta. ¿Hase sangrado?
PORCIA Sosiega. ¿Qué te ha turbado?
CÉSAR Del alboroto será 40
de vuestra sangría.
PORCIA Sí,
sangrada estoy.
CÉSAR Dios os guarde.
PORCIA No sé qué desde ayer tarde
me tengo. Mas, César, di,
¿cómo, estando en mi presencia, 45
esa liga te quitaste?
No advertieras...

CÉSAR	¿Ahí tornaste?	
	Más me advierte esa advertencia.	
PORCIA	Pues ¿fue buena cortesía y profesión de galán acudir a un tafetán más que a lo que yo decía?	50
CÉSAR	¿Yo galán?	
PORCIA	Pues ¿no?	
CÉSAR	Confieso que anduve errado.	
PORCIA	Error es ⁽⁶⁾ , César, siendo vos cortés...	55
CÉSAR	Señora...	
PORCIA	Y discreto.	
CÉSAR	Beso vuestros pies.	
PORCIA	Y en quien merece lo que vos, no es bizarría ⁽⁷⁾ .	
CÉSAR	(Aparte.) Este hablar y liga mía, o que a la mía parece, vive Dios, que aunque me tome licencia, a decir me obliga o que amor hurtó mi liga, o Porcia brasas no come ⁽⁸⁾ .	60
PORCIA	¿Dónde, César, estuvisteis anoche?	65
CÉSAR	Jugué y gané.	
PORCIA	¿Así, César? Y ¿por qué en el punto que me visteis que confusa me tenía, la banda os quitasteis?	
CÉSAR	(Aparte.) Cielos,	70
	¿son amores o desvelos?	
PORCIA	Decidme, por vida mía, la verdad. [570]	
CÉSAR	A juramento de tal calidad, si haré, aunque enojaros podré como con la liga.	75

PORCIA	Intento	
	perdonaros el pasado ⁽⁹⁾ ,	
	como este no sea más.	
CÉSAR	Pues que licencia me das,	
	diré un suceso extremado	80
	que anoche me sucedió.	
	(Aparte.) Que pues la dama y la casa	
	ignoro de quien me abrasa,	
	no ofendo al secreto yo.	
	Contando así en general	85
	un cuento; y podría ser	
	que de quién es la mujer	
	me dé esta liga señal;	
	que traerla Porcia así,	
	y mandarme que lo diga,	90
	o a ella le han dado mi liga,	
	o ella sabe el cuento.	
PORCIA	Di.	
CÉSAR	Después anoche de jugar, llegando	
	a mi casa, con un manto encubierta	
	una mujer hallé, que preguntando	95
	por mí, su amor con mi valor concierta:	
	pues vendados los ojos, y guiando	
	ella mis pasos, me promete cierta	
	empresa de una dama que me ama;	
	mas que he de hablar y no he de ver la dama.	100
	La mía asida de su mano hermosa	
	(que así amor la juzgó, blanda y suave),	
	con muda voz, con afición dudosa,	
	torpes los pies, el movimiento grave,	
	la sigo, -cuando escucho que medrosa,	105
	«esta, es la casa,» dice, y con la llave	
	tanto al abrir la puerta se turbaba,	
	que cuanto más la abría, más cerraba.	
	Reposaba la noche en su profundo	
	silencio, cuando ciego fuí llevado	110
	a un oscuro aposento, donde infundo	
	valor a mi valor; y desatado	
	ya de la liga, miro un caos segundo,	
	de tantas confusiones rodeado,	
	que sin liga, no viendo, recelaba	115

que aun con la liga todavía estaba.
 De allí a oscuras me saca, y más gozoso
 me lleva donde oiga y donde hable,
 sin verla, a una deidad, cuyo amoroso
 suave razonar discreto, afable, 120
 me enamoró después que vi su hermoso⁽¹⁰⁾
 rostro, sin verle; que en su voz amable,
 que la vía juzgué cuando la oía,
 y así, me enamoré de lo que vía.
 Fénix del agua, en flores renaciendo, 125
 hermosa fuente en vuelos se desata,
 por nubes de esmeralda discurriendo
 con pico de cristal y alas de plata;
 ya altiva paseando, y ya huyendo,
 se estrecha arroyo, y río se dilata, 130
 brindando a su murmurio aves suaves;
 que el murmurar convida hasta a las aves,
 sediento caminante fatigado,
 que a los principios de la dulce fuente⁽¹¹⁾
 escucha el claro acento regalado 135
 con que articula su veloz corriente,
 mientras que no la halla, enamorado
 con oírla olvidó la sed que siente:
 así yo, que de ver sediento estaba,
 con oírla, sin verla, descansaba. 140
 Tan honesta y discreta significa
 su amor (a que me nuestro agradecido)
 que si el atrevimiento le replica,
 queda de su respeto tan vencido,
 que a su deidad mi fe se sacrifica; 145
 pues hasta el pensamiento que atrevido
 a su mano se atreve, de amor ciego,
 helado se quedó, con ser de fuego.
 En éxtasis de amor dulce gozaba
 de esta suerte su plática amorosa, 150
 padecía la vista, y deleitaba
 al oído su voz, cuando medrosa
 me despide; y sin ver quién me llevaba,
 me hallé donde, en mi duda temerosa,
 sin la liga, sin dama, sin criada, 155
 adoro esta beldad imaginada.

PORCIA	¡Extraño cuento! ¿Qué estáis, César, tan enamorado, que advertido y con cuidado, dama ni casa nombráis?	160
CÉSAR	No lo sé; y era imposible, a saberlo, decir más.	
PORCIA	¿Qué liga os dieron?	
CÉSAR	Jamás diré otra cosa.	
PORCIA	¿Es posible?	
CÉSAR	Desde entonces se me esconde a mí otra liga.	165
PORCIA	¿A vos?	
CÉSAR	Sí.	
PORCIA	¿Dónde?	
CÉSAR	Sé que la perdí, y cuándo, pero no dónde.	
PORCIA	Pues ¿en qué parte estuvisteis?	
CÉSAR	Adonde tan ciego fui, que sólo vi que no vi.	170
PORCIA	¿Que ninguna cosa visteis?	
CÉSAR	No; que a no estar allí ciego, viera lo que vide ahora.	
PORCIA	¿Qué fue?	
CÉSAR	Que importó, Señora, quitarme la liga luego.	175
PORCIA	¿Por qué?	
CÉSAR	Porque os vide entrar.	
PORCIA	Pues ¿qué visteis vos en mí?	
CÉSAR	No la liga que perdí; que no la merezco hallar. Pero del mundo el error de suerte está, que pudiera el que vuestra banda viera que es de la misma color de aquesta, tener quizá alguna sospecha necia;	180
	que un murmurador se precia, de hablar de imposibles ya. Y así, os vi apenas venir, cuando me quité la liga,	185
		190

	<p>porque, aunque muda, no diga lo que yo no he de decir: pues publica un maldiciente lo que nunca vio ni oyó, de suerte, que aun lo creyó</p>	195
	<p>aquel que sabe que miente. Y en decir esto no digo que esa ser mía merece, sino que se le parece a la que traigo conmigo.</p>	200
PORCIA	<p>Perdonad mi atrevimiento, si acaso os he disgustado, pues vos me lo habéis mandado. Ya voy muy bien en el cuento.</p>	
	<p>Más cerca de una promesa que de ser secreto disteis, cuando esa liga perdisteis, ¿qué habéis pensado?</p>	205
CÉSAR	<p>Antes que a esa pregunta responda, quiero otra pregunta hacer yo.</p>	210
PORCIA	<p>Decidla pues.</p>	
CÉSAR	<p>(Aparte.) ¿Quién se vio en tal confusión?</p>	
PORCIA	<p>Ya espero.</p>	
CÉSAR	<p>Pregunto: ¿cómo sabéis que yo esa palabra di?</p>	
PORCIA	<p>(Señalando la liga que trae al cuello.) Por esta.</p>	
CÉSAR	<p>¿Es mi liga?</p>	
PORCIA	<p>Sí.</p>	215
CÉSAR	<p>¿Qué decís?</p>	
PORCIA	<p>Lo que vos veis.</p>	
CÉSAR	<p>¿La mía?</p>	
PORCIA	<p>La vuestra.</p>	
CÉSAR	<p>Y ¿vos la traéis?</p>	
PORCIA	<p>Yo pues.</p>	
CÉSAR	<p>Y ciego, ¿sabéis con quien hablé?</p>	

PORCIA	Y luego	
	sé que os amasteis los dos.	220
CÉSAR	Y ¿que ese bien merecí?	
PORCIA	Y que tal bien merecisteis.	
CÉSAR	Y ¿que mi liga os pusisteis?	
PORCIA	Digo mil veces que sí.	
CÉSAR	Luego de esa suerte, ¿vos	225
	sois la que anoche premiasteis	
	mi fe dichosa, y mandasteis	
	traerme aquí? [571]	
PORCIA	Tened, por Dios ⁽¹²⁾ ,	
	César, que aunque digo yo	
	que esta banda que hoy en mí	230
	miráis es la vuestra...	
CÉSAR	Sí ⁽¹³⁾ .	
PORCIA	No soy yo la dama...	
CÉSAR	¿No?	
PORCIA	Con quien anoche estuvisteis.	
	Ella me contó su amor:	
	es mi amiga, y por favor	235
	esa banda que perdisteis	
	quise ponerme por ella,	
	por burlaros. Pero en vos	
	es tan altivo amor dios,	
	que imposibles atropella.	240
	Y así, en adelante ved	
	de humillar tan altos vuelos,	
	porque habrá, viven los cielos,	
	quien os castigue...	
CÉSAR	Tened ⁽¹⁴⁾ ,	
	señora; que si enojaros	245
	pudo mi lengua atrevida	
	por veros entretenida,	
	burlado, quise burlaros.	
	Perdonad pues...	
PORCIA	(Aparte.)	
	¡Muerta estoy!	
CÉSAR	Que de no ser, os prometo,	250
	otra vez...	
PORCIA	Sed muy secreto,	
	César; que muy vuestra soy,	

	tanto, que por vos pretendo siempre callar y querer.	
	(Aparte.) Así me doy a entender.	255
CÉSAR	(Aparte.) Vive Dios, que no lo entiendo.	
PORCIA	Y os volverán a avisar por dónde y cuándo hablaréis.	
CÉSAR	Pues ¿quién es, no me diréis, la dama a quien debo amar, y a quien vuestro amor prefiere, pues por ella hoy a los dos favorecéis?	260
PORCIA	Yo soy...	
CÉSAR	¿Vos?	
PORCIA	La que os burlé y la que quiere ⁽¹⁵⁾ .	

(Vase.)

Escena III

CÉSAR	¿Qué es esto, amor? ¿Para qué son disfraces y invenciones, si fue a Porcia a quien hablé? Que ponerse mis favores, y disimularlo tanto; y al ver las muestras mayores de amor, en banda y palabras, negarlo, más confusiones me da. Confiesa que es ella, y luego que es burla: montes de dificultades son que amor en mis hombros pone.	265 270 275
-------	---	---

Escena IV

EL DUQUE, OCTAVIO, FEDERICO.-CÉSAR.

DUQUE	¿Qué diligencias se han hecho?
OCTAVIO	Muchas; mas ni los rigores

	ni las promesas publican la verdad.	
DUQUE	¡Qué presunciones ni indicios siquiera haya de quien fueron los traidores que me acometieron!	280
OCTAVIO	Son tan imposibles, que ponen dudas, si no es que los cielos lo aclaren.	285
FEDERICO	(Aparte.) En mis errores, cielos, todo soy de hielo ⁽¹⁶⁾ ; que si ausentarme propone mi error, publico delitos como, estando aquí, temores.	290
DUQUE CÉSAR	César, ¿cómo no me has visto? Corrido, Señor, que anoche a tu lado no me hallé, me retiré a tus favores; aunque adonde Federico y Octavio estaban, blasones de la nobleza, no hicieron falta mis deseos nobles.	295
DUQUE FEDERICO	Mucho debo a Federico. Deudas mi amor reconoce.	300

Escena V

GUARÍN.-DICHOS.

(Hablan aparte CÉSAR y GUARÍN.)

GUARÍN	En tu busca, Señor, vengo.	
CÉSAR	¿Qué quieres?	
GUARÍN	Que me des orden de cómo te he de servir, pues de día ni de noche sé dónde estás, dónde vives, dónde cenas, dónde comes.	305

CÉSAR Y ¿a eso a palacio vienes?
¡Vive Dios!...

GUARÍN No te alborotes;
que basta que por tu honra
la burla aquí no pregone
de anoche.

CÉSAR Si aqueso hicieras, 310
te matara.

GUARÍN ¿De hambre o golpe?
¿Susténtome yo del aire?
¿No he de saber quién raciones
me ha de dar? ¿Soy yo sirviente
camaleón? **(Algo recio.)**

DUQUE ¿Quién da voces, 315
César?

GUARÍN Aquí son conmigo
(que no es nadie) porque sobre
ciertas cuentecillas nuestras,
sin decir oste ni moste,
en empeño de su amor, 320
César quiso a puras voces,
venciéndome en cortesía,
apurar obligaciones.

DUQUE ¿No sois de César criado?

GUARÍN Sí, señor, con mil perdones; 325
y criado soy de Dios.

CÉSAR ¡Ah necio!

GUARÍN **(Aparte.)**
¡Ah más necio!

DUQUE **(Aparte a CÉSAR.)**
Oye,
César: a su cuarto allí
pasa Laura; pues conoces
mi amor, dile las finezas, 330
las deudas y obligaciones
de mi fe, pues de ti fío
mi vida entre mis favores.

CÉSAR Obedecerte sabré.
(Aparte a GUARÍN.) No hables palabra.

(Vase.)

Escena VI

EL DUQUE, OCTAVIO, FEDERICO, GUARÍN.

GUARÍN	(Aparte.)		
		De bronce	
	seré, si puedo conmigo.		335
DUQUE	(A GUARÍN.)		
	¿Cómo te llamas?		
FEDERICO	(Aparte.)		
		Temores	
	me da sólo ver al Duque.		
GUARÍN	Guarín es al fin mi nombre,		
	no quitando lo presente.		
DUQUE	Y ¿de dónde eres?		
GUARÍN		De adonde	340
	quiso parirme mi madre;		
	pero bien nacido.		
DUQUE		¿Noble? [572]	
GUARÍN	Tanto, que siempre a mi padre		
	le acompañaban cien hombres,		
	y más.		
DUQUE		¿Todos sus criados?	345
GUARÍN	No Señor, sus acreedores;		
	de quien siempre iba cercado,		
	cual se ve de gente y voces		
	un panadero a caballo,		
	en tiempo de hambre, a las doce.		350
FEDERICO	Donaire tiene.		
DUQUE		Y a César,	
	de Florencia ¿qué responden?		
GUARÍN	No sé, Señor.		
DUQUE		¿Al amor	
	rinde amorosas pasiones?		
GUARÍN	No sé, Señor.		
DUQUE		¿Juega, riñe,	355
	pasea o ronda de noche?		
GUARÍN	No sé, Señor.		
DUQUE		Si le sirves,	

¿cómo es posible que ignores estas cosas?

GUARÍN Porque es, 360
aunque mas César se enoje,
tan *in sensu stricto* en todo⁽¹⁷⁾,
que no puede ningún hombre
sacar de él una palabra
ni un dinero.

DUQUE ¡Qué! ¿está pobre?
Sí, señor.

DUQUE Y ¿tiene deudas? 365
GUARÍN Sí, Señor.
DUQUE ¿No le socorren⁽¹⁸⁾?
GUARÍN No, Señor⁽¹⁹⁾.
DUQUE Pues ¿cómo aquesto
sabéis, y en deudas mayores⁽²⁰⁾
lo que os pregunté primero
no sabéis?

GUARÍN Porque soy hombre 370
que sé solamente aquello
que me importa; y como corren
por el amo y el criado
las mismas obligaciones,
sé las deudas de mi amo, 375
pero no sé los favores;
que sólo me toca a mí
saber si come o no come.
Que aunque te da vuecelencia,
con privanzas superiores, 380
tanta renta, él es en todo
tan Alejandro sin orden,
que la gasta antes con antes,
para quedarse sin postres;
y así, no come estos días. 385

DUQUE ¿Por qué?
GUARÍN Porque, a lo de Wormes⁽²¹⁾,
ha dado en tener dieta
a mediodía.

DUQUE De noche
cenará bien.

GUARÍN Antes dice

	que las cenas y los soles le hacen mal, y así no cena.	390
DUQUE GUARÍN	Luego, ¿ni cena ni come? Luego, ni come ni cena. Vuecelencia con primores tan sutiles me argumenta,	395
DUQUE	que es fuerza, aunque me perdone, conceder la consecuencia. Yo tendré, pues es tan pobre, de hoy más cuidado con César, pues merece mis favores.	400
	Y vos, porque le servís, tomad.	
	(Dale un bolsillo con dinero.)	
GUARÍN	Tu vida se logre, dando al Fénix quince y falta, por siglos tan superiores, que te matusalenicen	405
OCTAVIO DUQUE	nietos de tus nietos, noble ⁽²²⁾ . Bien lisonjea. (A FEDERICO.)	
	En vos, primo, hoy mi privanza se pone. Vamos, haréis las consultas; que quiero que en vos las honre vuestra elección.	410
FEDERICO	Soy tu esclavo. (Aparte.) César, mientras más honores por ti me dan, más recelos tengo de que, pues no hay hombre que sepa callar, tú al Duque le has de decir mis traiciones.	415
	Y así, mientras tú vivieres, muero entre tantos favores.	

(Vanse.)

Escena VII

LAURA, CÉSAR.

CÉSAR	Esto el Duque me mandó.	
LAURA	Pues el Duque me perdone; que sus favores no estimo, y adoro vuestros rigores. Y pues mi amor os he dicho, corresponded, como noble, agradecido a mi fe.	420 425
CÉSAR	Confieso que esos favores pudieran desvanecerme, si el respeto que dispone en mi la lealtad no fuera mayores obligaciones.	430
LAURA	Nunca un noble se acobarda por competencias mayores, y más tan favorecido.	
CÉSAR	Son esferas los señores, cuyo soberano imperio sólo su igual reconoce.	435
LAURA	Y ¿si mi fe te igualara?	
CÉSAR	No puede ser, porque entonces me humillará mi lealtad.	
LAURA	Amor imposibles rompe. No, César, por más que digas, más me rindes.	440
CÉSAR	Pues perdone vuestra tema o afición; que no he de oír más razones.	
LAURA	Mirad bien, César...	

(Detiénele.)

CÉSAR	No puedo.	445
LAURA	Pues, César, oídme: noble nací, inclinéme a vos, César; díjeos mi amor; si responde mal el vuestro, persuadíos que mi venganza os propone la muerte, pues diré al Duque	450

CÉSAR **(Siguiendo a Laura.)**
Oye.

PORCIA **(Aparte a FLORA.)**
Flora, ¿fuese Laura?

FLORA Sí.

(Salen las dos.)

PORCIA **(A CÉSAR.)**
Pues ¡villano!...

CÉSAR ¿Qué es aquesto?

PORCIA ¿Tú dame celos tan presto? 475

CÉSAR ¿Otra vez vuelves así
a burlarme?

PORCIA ¿Tú, a quién dí
claras señales de amor,
a Laura pides favor?

CÉSAR Señora, ¿no echas de ver 480
que soy noble, y que es hacer
de mí mucha burla? Error
fue el pasado, en que atrevido
pudo engañarme el deseo.

PORCIA Que no es burla.

CÉSAR Que no creo 485
tus enojos.

PORCIA Que yo he sido
la que te amé.

CÉSAR Que es fingido
cuanto me dices.

PORCIA Di, Flora,
si es verdad.

FLORA Porcia te adora.

PORCIA Yo te hablé.

CÉSAR No puede ser. 490

PORCIA ¡Hay tal hombre!

CÉSAR ¡Hay tal mujer!

PORCIA ¿No me crees?

CÉSAR No, Señora.

PORCIA Ojalá verdad no fuera.

CÉSAR Ojalá fuera verdad.

PORCIA	Celos tan presto es crueldad.	495
CÉSAR	Si en ti creerlos pudiera, yo por piedad los tuviera, pues fuera de amor señal.	
PORCIA	¿Qué no te duele mi mal?	
CÉSAR	No; que temo que es engaño.	500
PORCIA	Pues escucha el desengaño de una mujer principal. Yo, te amé, César; yo fui quien en secreto te habló; yo quien por ti despreció todo el ser que vive en mí; Yo... (Llora.)	505
CÉSAR	No desprecies así esas perlas de tus ojos, del alba hermosos despojos; que ellas verdad dicen que es.	510
PORCIA	¿Creeslo ya?	
CÉSAR	Sí.	
PORCIA	Oye, pues; que aquí empiezan mis enojos: traidor...	
CÉSAR	Mira...	
PORCIA	No procures dar disculpa a lo que he visto.	
CÉSAR	¡Qué mal el gusto resisto! ¿Que tú fuiste?	515
PORCIA	No asegures mis celos, que aunque aventuras la vida con juramentos, bien de mis locos intentos conocías que te amaba; que aunque amor disimulaba, penetra amor pensamientos. A Laura aquí le pedías favores; y mi rigor, o mis celos, o mi amor vieron tus necias porfías.	520
CÉSAR	Advierte...	525
PORCIA	¿Engañar querías mi amor?	

CÉSAR	Ese es desvarío; rendido está mi albedrío: tu esclavo soy.	
PORCIA	Eso no; que de Laura sé bien yo que no dirá que eres mío. Ya está burlada mi fe, aquí el secreto acabó. No quiero que calles, no, que antes no publicaré que te quise, que te amé, para que culpen en mí haberte amado; que así, pues no te puedo olvidar, a mi me he de castigar, para vengarme de ti: esto es amor.	530 535 540
CÉSAR	¡Ah mi bien!	
PORCIA	Digo mal, que no es amor; esto es rigor.	
CÉSAR	¡Qué rigor! Digo bien.	545
CÉSAR	No dices bien.	
PORCIA	Es rabia, es furia, es desdén de quien agraviado has.	
CÉSAR	¿Por qué, mi bien, voces das, si es ficción, tema y locura?	550
PORCIA	Es prudencia, es fe, es cordura, es verdad; y así, de hoy más, amor, no me engañarás, aunque me prometas más.	
CÉSAR	Daréle a tu desengaño, pues hoy me ha dado la vida, mi libertad tan rendida, que adores su mismo daño. Que a Laura quiero es engaño, Laura no me amó jamás; sin causa celosa estás de Laura; a Laura restaura su honor.	555 560
PORCIA	Nombra bien a Laura,	

que así no la olvidarás;
César, no me engañarás, 565
aunque me prometas más.

(Vanse.)

Terrero de palacio.-Noche.

Escena X

GUARÍN, de noche.

GUARÍN
Hoy el Duque me mandó
ir esta noche con él
a rondar; ¡trance cruel!
pero corro muy bien yo. 570
Anda el Duque cuidadoso
por encontrar los traidores
de los pasados rigores,
cuando yo, bien temeroso
de Dios y las gentes, vi 575
sus máscaras; mas ya es hora.
Noche; no me seas traidora,
y de perla y de rubí,
por nocturna maravilla,
tu carro fabricaré; 580
y si es poco, te daré
un chirrion de la villa.

(Vase.)

Escena XI

CÉSAR, de noche; luego, FLORA.

CÉSAR
Solo está el terrero. Flora
me prometió que ella haría
que Porcia me hable, que fía 585
sus secretos de ella ahora.

¡Que apenas tuve favores,
cuando los vi celos, cielos!
Mas ¡ay cielos! que los celos
son pensión de los amores. 590

(Sale FLORA a la ventana.)

Mas al balcón ha salido
gente. ¿Quién va?
FLORA ¿Quién es?
CÉSAR Yo. [574]
FLORA ¿Es César?
CÉSAR Sí. **(Aparte.)** ¡Amor venció!
¿Es Flora?
FLORA Y quien ha podido
hacer que Porcia esté un poco
menos cruel. 595
CÉSAR Y ¿vendrá?
FLORA Sí, aunque de ti me da
grandes quejas:
CÉSAR Estoy loco,
entre celos y entre amor.

Escena XII

FEDERICO, CRIADOS.-DICHOS.

FEDERICO Que yo le ayudé ha creído 600
el Duque, y favorecido
estoy de él; sólo el temor
de que César lo dirá,
inquietarme, amigos, puede.
CRIADO 1º **(A FEDERICO.)**
Muera pues.
FEDERICO Esto se quede 605
para después. Gente está
hablando al balcón; sepamos
quién es.

(Llega con los criados a reconocer a CÉSAR, y huye éste, sin sacar la espada.)

CÉSAR

(Aparte.)

Huir me conviene.

(Vase.)

CRIADO 2º

Alas en los pies previene.

FEDERICO

O muera, o le conozcamos.

610

(Vase tras de CÉSAR con los CRIADOS.)

Escena XIII

FLORA, a la ventana.

FLORA

¡Válgame Dios! ¿Quién creyera
que César huyera así?

Dudando estoy lo que vi.

¿Que César librar pudiera
al Duque, y que, así huyó?

615

No lo creo, aunque lo diga
Porcia; que su amor le obliga
a decir lo que no vio.

Escena XIV

CÉSAR, que vuelve como muy cansado.-FLORA.

CÉSAR

(Para sí.)

Aquí, de donde huí,

vuelvo. ¡Qué bien he corrido,

620

pues aunque más me han seguido,

libre de todos me vi!

Ninguno me conoció;

pero Flora, ¿qué diría

de ver cómo yo huía?

625

Mas al secreto importó;

que si me vieran hablar

en el terrero, tuvieran

malicias, con que vinieran
mi amor quizá a declarar, 630
y así, aunque lo sospecharon,
aunque mis pasos siguieron,
podré decir que mintieron,
pues que no lo averiguaron.
Con esto lo divertí; 635
a hablarme vuelvo al terrero.

Escena XV

FEDERICO, con los propios criados.-DICHOS.

FEDERICO	Por la fe de caballero, que estoy corrido que así un hombre se nos huyera.	
CRIADO 1°	Pues ¿qué viento le igualó?	640
FLORA	Pienso que han vuelto.	
CÉSAR	(Para sí.) ¿Que yo huyera? ¿Quién tal creyera?	
CRIADO 2°	(A FEDERICO.) ¡Quedo! ⁽²³⁾	
FEDERICO	¿Volvió?	
CÉSAR	(Aparte.) Responder puedo ahora, pues no estoy adonde malicien.	
FEDERICO	Hoy si César es he de ver.- ¿Quién va?	645
CÉSAR	César soy; ¿quién es quien lo pregunta?	
FEDERICO	Quien queda espantado de que pueda huir así un hombre.	
CÉSAR	Pues	650
FLORA	¿quién, Federico, huyó? (Aparte.) Negarlo César pretende.	

CÉSAR	(Aparte.) Ya este en la intención me ofende.	
FLORA	¡Qué humilde que respondió! Él es un bravo neblí.	655
FEDERICO	Pregunto: ¿por qué ocasión puede un hombre de opinión, pues sois soldado...	
CÉSAR	Decí.	
FEDERICO	¿Huir del puesto en que ya estuvo?	
CÉSAR	Esas son quimeras; mas si lo dices de veras, por ninguna, claro está.	660
FEDERICO	Mira bien si puede haber alguna en que pueda huir.	
CÉSAR	Digo que no, y que morir debe, o perder de su ser.	665
FEDERICO	Y eso ¿es cierto?	
CÉSAR	Y de mi nombre lo firmaré, y con la espada lo sustentaré.	
FLORA	¡Qué bien sabe hablar y huir también!	670
FEDERICO	Tu culpa ya declarada está con eso, pues sé que no eres mi amigo; no; que quien de mí se encubrió, huyendo, como se ve, por recelarse de mí, poco su amistad me fía; con que dudosa la mía viene a estar, César, de ti.	675
CÉSAR	¿Qué dices? ¿Yo huir? ¿yo?	680
FEDERICO	Pues ¿todos, di, no sabemos, todos no te conocemos, cuando ibas corriendo?	
CÉSAR	No, no prosigas; que aunque creo que te burlas, mi valor ni aun de burlas en mi honor consintió caso tan feo.	685

	Y así, sólo sé decir que alguno testigo fue de que yo huir no sé,	690
FEDERICO	que sólo sé hacer huir.	
	Luego ¿pretendes negar lo que todos hemos visto?	
CÉSAR	Mal mi cólera resisto; y así, no hay que reparar.	695
	¿Yo huí, al fin?	
CRIADO 1º	Sí.	
CÉSAR	Y ¿decís que lo visteis?	
CRIADO 2º	Sí, y me obligo.	
CÉSAR	¿Todos?	
LOS CRIADOS	Todos.	
CÉSAR	Pues yo digo que todos juntos mentís.	

(Saca la espada, y valos retirando.)

CRIADO 1º	Muera el cobarde.	
CÉSAR	No arguye con mi acero esa deshonra.	700
FLORA	César, vuelve por tu honra.	
CÉSAR	Agora veréis quién huye.	
FEDERICO	Mis fuerzas son infelices.	

Escena XVI

EL DUQUE, GUARÍN OCTAVIO, CRIADOS.-DICHOS.

OCTAVIO	Hacia aquí las voces son.	705
DUQUE	Nadie me nombre. [575]	
GUARÍN	Chitón; Ténganse al Duque.	
DUQUE	¿Qué dices?	
GUARÍN	Ténganse al Duque.	
FEDERICO	(Aparte a sus CRIADOS.) Huid.	

(Vanse los criados de FEDERICO.)

CÉSAR **(Aparte a FEDERICO.)**
No respondas; que turbado
estás.

DUQUE ¿Quién es?

CÉSAR Un criado 710
es tuyo: César.

DUQUE Decid
quién es el que está con vos.

FEDERICO Federico está a tus pies
para decirte... **(Túrbase.)**

CÉSAR **(Tómale la razón y prosigue.)**
Cómo es
tan valiente: que a los dos 715
aquí nos acometieron
unos mozos que, atrevidos
por muchos, mal advertidos
reconocernos quisieron.
(Aparte.) No sé lo que iba a decir 720
Federico; y a este efeto,
por si era contra el secreto,
me quise así prevenir,
contando esto en su favor.

FEDERICO **(Aparte.)**
En todo quiere obligarme: 725
pues cuando iba a despeñarme
(Provocando su rigor)⁽²⁴⁾
a decir mis desvaríos
y contarle errores míos,
halló modo de obligarme. 730

DUQUE Seguidlos, y vaya Octavio⁽²⁵⁾.

CÉSAR **(Aparte a FEDERICO.)**
Federico, ten respeto.

FEDERICO Yo a ti te encargo el secreto.

CÉSAR Siempre fue mudo mi labio⁽²⁶⁾.

Jornada tercera

Sala de palacio.

Escena I

CÉSAR, PORCIA.

PORCIA	Por mí, bien puedes partirte.	
CÉSAR	Esa licencia esperaba.	
PORCIA	¿Para qué pide licencia el que se ha tomado tanta para causar mis enojos?	5
CÉSAR	Porque así pretende el alma, culpando tus sinrazones justificar más su causa.	
PORCIA	Yo sé que razón me sobra.	
CÉSAR	Yo sé que mi amor agravias sin razón.	10
PORCIA	Si yo te vi...	
CÉSAR	Si yo te escuché...	
PORCIA	Que hablabas	
CÉSAR	Que dijiste...	
PORCIA	A Laura...	
CÉSAR	Al Duque	
PORCIA	Amores.	
CÉSAR	Quimeras falsas.	
PORCIA	¿De qué sirve que lo niegues?	15
CÉSAR	Negar lo no es de importancia.	
PORCIA	Yo soy quien soy.	
CÉSAR	Yo soy firme.	
PORCIA	Firme, y con mucha mudanza, pidiendo a Laura favores estabas.	
CÉSAR	Es que hablaba por el Duque.	20
PORCIA	¡Qué mentira!	
CÉSAR	¡Qué verdad!	
PORCIA	Tú la rogabas, despreciándote ella, César.	
CÉSAR	¡Que tenga en mí fuerza tanta el callar, que aun no me atrevo	25

Escena II

DUQUE, OCTAVIO, CRIADOS. -DICHOS.

DUQUE	¿No es mi hermana, y con la daga?	
CÉSAR	(Aparte a PORCIA.) El Duque, el Duque.	
PORCIA	Perdida estoy y turbada.	
DUQUE	¿Qué es esto, Porcia?	
PORCIA	Señor, castigar la arrogancia	80
	de un necio, de un atrevido, a quien ruegos ni amenazas la obligan a que me diga (sólo a mí en secreto y traza de amor, para que en secreto	85
	lo remedies, si alcanzaba a saberlo acaso) quién fue el traidor que os paso en tanta ocasión aquella noche.	
	Y como yo sé las ansias	90
	que os cuesta aqueste deseo, tan por mío le juzgaba, que quise ver si verdades mis presunciones pasadas eran. Y así, como propia,	95
	vuestra pena averiguaba; y él no sólo lo ha negado, mas muy vano me demanda licencia para partirse;	
	que este es de vuestra privanza su necio agradecimiento.	100
	Reprehendíle yo su falsa ingritud; y responde que ya es su desdicha tanta, que aun hasta lo que sospecho	105
	os cuento por verdad clara, y que no puede sufrirlo; que a él en Alemania y Francia,	

por su nobleza y valor,
 muchos príncipes no faltan 110
 a quien servir como a vos.
 Sentílo, y su misma daga
 le quité, por darle muerte,
 que sin duda ejecutara,
 si vuestra piedad, Señor, 115
 a este tiempo no llegara.
 Y pues que su ingratitude
 justo castigo demanda,
 ninguno juzgo mayor
 que mandar que no se parta. 120

(Figurando que no quiere que lo oiga CÉSAR.)

OCTAVIO Que importa que os sirva César,
 y así, no le habléis palabra
 de enojo; que por castigo
 lo que yo le he dicho basta.
 PORCIA **(A los CRIADOS.)**
 ¡Qué discreción!
 (Aparte al DUQUE.)
 No se vaya, 125
 que, o yo no seré quien soy,
 o algún día averiguada
 veréis por mí, aunque sin culpa
 esté César, vuestra causa.

(Dale la daga a CÉSAR.)

Tomad vuestras armas vos; 130
 y de hoy mas con más templanza
 proceded, que podrá ser
 que otra vez os encontrara
 la justicia que os las quite;
 y no como yo, que humana, 135
 porque espero vuestra enmienda,
 os vuelvo, César, las armas.

(Vase.)

Escena III

EL DUQUE, CÉSAR, OCTAVIO, CRIADOS.

DUQUE	Id con Dios, César.	
CÉSAR	Señor.	
DUQUE	No os disculpéis; que son vanas disculpas.	
OCTAVIO	Tuya es la culpa,	140
	pues tu amor...	
DUQUE	(A CÉSAR.)	
	No en balde hablan tanto de vuestra altivez todos.	
CÉSAR	La envidia villana de algún traidor ser podrá, por pensar que su privanza estorbo.	145
OCTAVIO	Si el Duque aquí no estuviera, a esas palabras dijera...	
CÉSAR	Que son verdades.	
DUQUE	Basta, Octavio. -César, basta; que andáis ya muy atrevido, y agradeced a mi hermana, que os mando lo que pudiera daros por castigo.	150
CÉSAR	Manda.	
DUQUE	Lo que os mando es, que miréis que tantas quejas me cansan, y si sabéis volar alto, os sabré cortar las alas.	155

(Vase con OCTAVIO y los CRIADOS.)

CÉSAR	¿Qué es esto, fortuna mía? ¿Tan aprisa me levantas para humillarme tan presto? ¡Hoy acabó mi esperanza!	160
-------	---	-----

(Vase.)

Escena IV

GUARÍN, que sale deteniendo a FLORA.

GUARÍN	Suplico a vuesa merced.	
FLORA	Decid, sin tirarme recio.	
GUARÍN	De ser discreto me precio.	
	Y así, que mentís creed;	165
	y esto, con la cortesía	
	que se os debe.	
FLORA	Bien, por Dios.	
GUARÍN	Mas los dos para otros dos	
	(Perdone vueseñoría),	
	a César vi hablar con vos,	170
	y hablar conmigo podéis	
	mientras sale, si queréis.	
FLORA	Y ¿si yo no quiero?	

(Vase.)

Escena V

GUARÍN	Adiós;	
	que donde una puerta cierran,	
	ciento se cierran también.	175
	La noche viene; mas bien	
	(pues las sombras ya destierran	
	el día) me iré rondando	
	con el Duque, pues por él	
	como y ya la hambre cruel	180
	de mi amo voy asando,	
	a quien por mi devoción	
	sólo a servir me acomodo,	
	pues es tan secreto en todo,	
	que aun no sé de él su ración.	190

(Vase.)

Jardín de palacio. -Noche.

Escena VI

CÉSAR, de noche; luego FLORA.

CÉSAR	A prima noche me ordena Porcia, por más quieta hora, que entre en el jardín. ¡Oh aurora, no entre rosa y azucena al pavimento estrellado tan presto des tu arrebol pues a visitas de un sol voy, de sombras ayudado! Nadie me ha visto. Esta es del jardín la puerta; quiero hacerla seña primero.	195 200
-------	--	--

(Hace una seña, y sale FLORA a la puerta del jardín.)

FLORA	¿Quién es?	
CÉSAR	César.	
FLORA	Entrad pues; que ya Porcia está esperando.	
CÉSAR	¿Quién tal bien ha merecido?	
FLORA	César, sin hacer ruido, id mereciendo y callando.	205

(Éntrase con CÉSAR.)

Escena VII

Tres CRIADOS de FEDERICO.

CRIADO 1°	En fin, ¿venís a matar a César?	
CRIADO 2°	La empresa es grave.	

CRIADO 1°	Federico nada sabe ⁽²⁷⁾ ; no le he podido avisar. [577]	210
CRIADO 3°	Mas ¿quién duda que él alabe?... Por aquí siempre pasea César los jardines.	
CRIADO 1°	Vea su muerte y su ruina aquí; que no ha de triunfar así el que nuestro fin desea.	215
CRIADO 2°	Mira que mientras le hablamos, le has de dar muerte.	
CRIADO 1°	Ya sé lo que he de hacer.	
CRIADO 3°	Hoy la fe de amigos acreditamos, pues esta noche saldrá Federico del cuidado que nuestra traición le da; que muerto César, callado este secreto será.	220 225

Escena VIII

OCTAVIO.-DICHOS.

OCTAVIO	(Para sí.) Dejé el Duque entretenido en el terrero, y a ver si hallo a César he venido; que hoy su homicida he de ser, pues estoy de él ofendido. Mataréle, aunque infiel y traidor sea.	230
CRIADO 2°	¿Si es él?	
CRIADO 3°	La noche hace tan oscura, que aun no se ve.	
OCTAVIO	Mi ventura estriba en ser hoy cruel.	235
CRIADO 2°	¿Quién va?	
OCTAVIO	Un hombre.	

DUQUE	¡Ah Octavio!	
GUARÍN	Ya está muerto.	
DUQUE	Mucho a César nombraba.	
FEDERICO	(Aparte.)	
	¿Qué matador más cierto	
	que César, pues muriendo ⁽²⁸⁾	255
	quejas al cielo de él está pidiendo?	
DUQUE	Octavio ahora ¿no estaba	
	con nosotros? ¿Qué es esto?	
GUARÍN	(Aparte.)	
	Estoy turbado.	
FEDERICO	Apenas se ausentó de nuestro lado,	
	para volver (que así lo dijo), cuando	260
	algún traidor cobarde, que esperando	
	le estaba, ¡infeliz suerte!	
	A su breve partir dio breve muerte.	
DUQUE	Mucho su muerte siento,	
	Federico. Y así, para escarmiento	265
	de quien la ejecutó (pues siempre ha sido	
	Octavio quien mi gracia ha merecido),	
	tú, Federico, quiero	
	que seas de esta causa tan severo	
	juez, que en tu justicia	270
	tiemble Ferrara la común malicia.	
	Examina prudente	
	delito tan atroz; y al delincuente,	
	cualquiera que se hallare,	
	castiga, sin que en nada se repare.	275
	Gobernador te nombro, porque quiero,	
	pues que eres otro yo tan justiciero,	
	mi retrato en ti vean,	
	que todos temen; y testigos sean	
	que de enemigos vivo tan cercado,	280
	que sólo de mi sangre me he fiado,	
	por ser ya los jueces tan amigos,	
	que oigo delitos, pero no castigos.	
FEDERICO	Haré lo que me mandas.	
GUARÍN	(Aparte.)	
	¡Qué temores!	
DUQUE	En el alma aborrezco los traidores.	285

Huir quiero; mas pienso que pegaron
con la tierra mis pies. ¡Oh trances fieros!
¿Quién tira de allá abajo, caballeros?
¡San Credo, san Jesús, sábana santa!
Mas, voto a Dios, que el muerto se levanta; 305
mas no hace tal, que yo le he levantado
testimonio; que el muerto es muy honrado,
a pagar de mi miedo: aquesto es cierto.
Poco a poco me escurro.- Señor muerto,
vuesa merced perdone; que no vienen: 310
y ha diez horas que aquí con él me tienen.
Yo me voy, y tan ido,
que sin sentido voy de muy sentido.

(Vase.)

Escena XII

CÉSAR, FLORA.

CÉSAR La vida os debo. [578]
FLORA Andad con Dios; que es tarde,
y empieza a amanecer.

(Vase.)

CÉSAR El cielo os guarde. 315
Dichoso soy pues tanto bien poseo.

(Hace que se va, y mira hacia el vestuario.)

Mas a la escasa luz del alba veo
un bulto allí en el suelo.

(Llega a la puerta.)

Hombre es, y muerto está. ¡Válgame el cielo!
Octavio es; ¿qué es aquesto? 320
¿A tanta dicha sigue fin funesto?
Aqueste fue el ruido

que en el jardín oímos; y yo he sido
dichoso y desdichado,
pues en tal gloria pierdo tan honrado 325
amigo, aunque conmigo,
sin culpa, se mostraba ya enemigo.
Dar cuenta al Duque quiero,
y a su casa llevarle; que así espero,
dando a Ferrara asombros, 330
que este prodigio vean en mis hombros,
pues la nobleza en su piedad me advierte
que no ha de haber venganzas en la muerte.

(Entrase.)

Escena XIII

FEDERICO, CRIADOS, SOLDADOS, como guarda del Gobernador; luego,
CÉSAR.

CRIADO 1°	Si el matador no es César, no se ofrece indicio de otro alguno.	
CRIADO 2°	No parece en su casa.	335
FEDERICO	Y no vino con el Duque esta noche. (Aparte.) Aquí camino ha de hallar mi venganza contra César; la industria aquí no alcanza. Aquí Guarín no está.	
CRIADO 2°		
CRIADO 1°	Pienso que ha huido.	340
FEDERICO	Id a prenderle, pues indicio ha sido también.	

(Vanse algunos CRIADOS.)

CRIADO 1°	Allí del muerto ⁽²⁹⁾ viene cargado un hombre.	
FEDERICO	¿Qué más cierto? ¿Cómplice? Detenedle.	

(Vase la guarda.)

CÉSAR **(Dentro.)**
¿Prenderme a mí?

FEDERICO ¿Quién es?

CÉSAR **(Sale con la guarda.)**
César.

FEDERICO **(A los CRIADOS.)**
Prendedle. 345

CÉSAR ¿Hablas conmigo?

FEDERICO ¿Qué señal más cierta
que tú a Octavio mataste, y que encubierta
su muerte, pretendías,
llevando el cuerpo, tus alevosías
encubrir hoy?

CÉSAR Ya, Federico, sabes 350
que yo no sé sufrir.

FEDERICO Ya no te alabes,
César, de más blasones,
gobernador soy ya; si es que te pones
en resistencia, contra tu violencia
información será la resistencia. 355
Y así, dame la espada.

CÉSAR Si es acaso, postrada,
no a ti, sino al oficio que ejercitas,
la tienes, pero ya que me la quitas,
sea con cortesía, 360
como yo la quité y volví algún día.

FEDERICO Calla. Llevad a Octavio
a palacio.

CÉSAR Advierte que es agravio
de mi amistad si piensas
que le maté.

FEDERICO Son vanas tus ofensas. 365
A mi cuarto llevad a César preso,
porque he de echar el fallo a su proceso.

CÉSAR Mira que mi esperanza
se pone en ti.

(Vase con los CRIADOS.)

FEDERICO **(Aparte.)**

Logróse mi venganza.

(Vase con la guarda.)

Cuarto de FEDERICO en palacio.-Un bufete con papeles.

Escena XIV

GUARÍN Y UN CRIADO, que le trae preso.

GUARÍN	Por no guardar un difunto	370
	¿pueden a un hombre prender?	
CRIADO	Esto me mandan hacer.	
GUARÍN	¿A mí prenderme? Pregunto,	
	¿sabéis porqué?	
CRIADO	Por la muerte	
	de Octavio.	
GUARÍN	¿Matéle yo?	375
CRIADO	Vuestro amo le mató,	
	aunque él lo niega; y de suerte	
	el Duque enojado está,	
	que no sé si habrá remedio.	
GUARÍN	¡Quién pusiera tierra en medio!	380
CRIADO	(Mira adentro.)	
	A palacio a César ya	
	han traído, como aquí	
	su cuarto el Gobernador	
	tiene; mas este rumor	
	dice que ya viene.	
GUARÍN	¿A mí,	385
	Federico, que en mi vida	
	maté cosa viva, prendes?	

Escena XV

FEDERICO, CÉSAR, CRIADOS, GUARDAS. -DICHOS.

FEDERICO César, con callar ofendes

	tu vida; que conocida tu culpa está, pues tan fuerte probanza ves contra ti.	390
GUARÍN	¿Por matador a mí? ¿A mí, que aun en el rosario muerte no quiero traer, ni en Calvario jamás cruces visité por no ver muertes?	395
CÉSAR	Bien sé que en tu temor mas contrario tengo que no en tu probanza; pero no tengas temor, que ha de poder mi valor más que tu desconfianza.	400
FEDERICO	¿Dónde estuviste?	
CÉSAR	No sé.	
FEDERICO	Morirás.	
CÉSAR	La muerte espero.	
GUARÍN	¿Que haya quien por callar muera? ¡Hay semejante embeleco! ¡Qué poco, Señor, lo haría una monja ni un barbero!	405
FEDERICO	César, oye aparte.	
CÉSAR	Di.	

(Hablan aparte FEDERICO y CÉSAR.)

FEDERICO	Ya sabes que sin remedio has de morir si no dices donde estuviste.	410
CÉSAR	Ya veo tu sinrazón.	
FEDERICO	También sabes que soy tu amigo.	
CÉSAR	Antes temo, que, porque lo debes ser, niegas agradecimientos; porque dineros y amigos no los ven en estos tiempos.	415
FEDERICO	El Duque en caso tan grave juez, como ves, me ha hecho;	

	darle quisiera la vida,	420
	sin que correr pueda riesgo	
	con el Duque mi opinión.	
	Tú niegas que a Octavio has muerto;	
	dime pues, ¿dónde has estado?	
	Que así, conforme a derecho,	425
	probando dónde estuviste,	
	quedarás libre y absuelto;	
	y yo sin que pueda nadie	
	decir que te libré, ciego	
	de pasión, por ser tu amigo.	430
	Ya sabes que es breve el término,	
	como el delito lo pide	
	y el buque lo manda.	
CÉSAR	Pienso,	
	Federico, que te olvidas [579]	
	de quien soy. Si por recelo	435
	de que yo tu traición diga	
	porfías con ser severo	
	juez, en darme la muerte	
	bien puedes; que yo secreto,	
	como siempre, aunque me mates,	440
	no he de decir lo que has hecho.	
	Y si por ti, que me pagas	
	tan mal, sin decirlo muero,	
	mira lo que haré por mí	
	cuando tanto a mí me debo.	445
	Y así, es vana tu porfía.	
FEDERICO	Pues, César, yo he de saberlo,	
	o ejecutará el rigor	
	la muerte en ti.	
CÉSAR	Poco miedo	
	me han dado tus amenazas,	450
	si bien para Dios apelo	
	de tu injusticia.	
FEDERICO	¿Es justicia	
	ser matador?	
CÉSAR	No; mas ¿fue lo	
	querer tú matar al Duque?	
FEDERICO	Hablas como preso y reo.	455
CÉSAR	Y tú ha como quien eres.	

Escena XVI

UN CRIADO; luego, PORCIA y FLORA.-FEDERICO, GUARDAS.

CRIADO Dos mujeres muy tapadas 490
quieren hablarte en secreto.
FEDERICO Entren, y retiráos todos.

(Vase el criado con la guarda, y salen PORCIA y FLORA con mantos, muy tapadas.)

PORCIA **(Aparte a FLORA.)**
Habla tú; que tengo miedo
no me conozca en la voz.
Di lo que te he dicho.

FLORA Empiezo; 495
plegue a Dios que no me turbe.

FEDERICO ¿Qué queréis?

FLORA Las dos sabemos
que a César, Señor, tenéis
condenado a muerte.

FEDERICO Y presto
se ejecutará.

FLORA El delito 500
dicen que es por haber muerto
a Octavio.

FEDERICO Y de eso hay probanza,
aunque él niega haberlo hecho,
porque en otra parte estuvo
a esas horas más secreto. 505
No quiere decir adónde;
y así, a muerte le condeno.

FLORA Todo eso hemos sabido
las dos; y así, pretendemos,
porque estuvo en nuestra casa, 510
decir lo que él calla.

FEDERICO Bueno.

PORCIA ¿A qué hora Octavio murió?

FEDERICO A las doce.

FLORA Pues lo cierto
es que no le mató César.

	De esto testigos seremos,	515
	si él niega, al fin como noble;	
	que se hallaba al lado nuestro ⁽³⁰⁾ .	
FEDERICO	¿Quién sois?	
FLORA	Dos mujeres nobles.	
FEDERICO	Si habéis de abonar el preso,	
	descubríos; que no es justo	520
	con testigos encubiertos	
	admitir la información.	
FLORA	Basta que las dos juremos	
	que a esas horas con nosotras	
	estuvo.	
FEDERICO	(Aparte.) ¿Quién será, cielos?	525
	Si no os descubrís, no basta.	
PORCIA	¿No hay remedio?	
FEDERICO	Sin remedio	
	voy a firmar la sentencia.	
PORCIA	Pues si César por secreto	
	muere, por no descubrir	530
	dónde estuvo, un noble celo	
	pagará con descubrirse,	
	dando vida a sus deseos.	
	(Descúbrese.)	
	Yo soy Porcia, Federico.	
FEDERICO	¿Qué es lo que miro?	
PORCIA	Esto es hecho	535
	por darle vida a mi esposo;	
	que César en mi aposento	
	a esas horas hasta el día	
	estuvo. La vida debo	
	darle a quien es tan leal,	540
	tan callado, noble y cuerdo,	
	que se dejaba morir	
	por no arriesgar mi respeto.	
	Flora y yo, así disfrazadas,	
	desde mi cuarto hasta el vuestro	545
	venimos; testigos somos,	
	que en su abono juraremos,	
	aunque pensé que bastaban	

y César, dándoos la vida.
Ambos secretos tenemos, 585
yo por César y él por vos,
y así en tan nobles deseos,
Federico, pues callamos
los dos; callar y callemos.

(Vanse PORCIA y FLORA.)

Escena XVII

FEDERICO; luego, UN CRIADO; después, CÉSAR.

FEDERICO ¿Fuerte amor! ¡Resolución
invencible! Al fin mujer. 590
¿Quién pudiera esto creer
de su honor y su opinión?-

(Llama, y sale un CRIADO.)

Ve en libertad a poner⁽³¹⁾
a César; no está culpado⁽³²⁾. 595

(Vase el CRIADO y sale CÉSAR.)

CÉSAR Ya sé que, de mí obligado,
me quieres satisfacer.
FEDERICO Retírate; que imagino
que el Duque viene.
CÉSAR Permite
que padezca mi inocencia, 600
y no tú.
FEDERICO Ya estás terrible.

(Retírase CÉSAR.)

Escena XVIII

EL DUQUE, CRIADOS.-FEDERICO.

DUQUE	¿Qué hay del preso?	
FEDERICO	Ya, Señor, le di libertad.	
DUQUE	¿Qué dices?	
	¿Libre está César?	
FEDERICO	¿Qué mucho que de prisión esté libre el que lo estaba de culpa?	605
DUQUE	Mira que te contradicen tantos indicios.	
FEDERICO	¿Qué importa, si hay dos testigos que afirmen que a aquella hora en otra parte estuvo?	610
DUQUE	¿Dónde?	
FEDERICO	Permite no decirlo; que no puedo.	
DUQUE	¿Cómo no? Dilo, y no incites más mi enojo; que ya pienso que estas son trazas y ardides de tu amistad, por librar a César.	615
FEDERICO	Yo, Señor, hice lo que debo al ser quien soy.	
DUQUE	Sin justicia procediste; ¿quién tomó la información?	620
FEDERICO	Yo, Señor.	
DUQUE	¿Tú la escribiste, siendo juez?	
FEDERICO	Importó.	
DUQUE	¡Que de ti fiarme quise! ¿Adónde están los papeles?	
FEDERICO	Ya los rompí.	
DUQUE	¿Los rompiste, y me niegas dónde estuvo? Pues o tienes de decirme quién son los testigos que...	625
	(Aparte.) Ya temo que a Laura sirve ⁽³³⁾	
	¿Si ella acaso fue la causa? Pues amor vence imposibles;	630

	que, aunque enojada habló a César, cualquier mujer que ama finge. O a César me has de dar preso, o has de morir por él.	
FEDERICO	Firme,	635
	con la vida pagaré no poder, Señor, servirle; pues ni el preso puedo darte ni el secreto descubrirte.	
DUQUE	¡Hola! Llevadle a una torre. Yo haré que el castigo, viles, averigüe vuestras culpas, y mi recelo averigüe.	640

Escena XIX

PORCIA, LAURA, FLORA, GUARÍN.-DICHOS.

GUARÍN	Librarme pude, señores, de la prisión de un tabique.	645
PORCIA	(Al Duque.) ¿Qué es esto, hermano?	
DUQUE	Mostrar, Porcia, a los que mal me sirven mi rigor; pues Federico, sin que su culpa averigüe, libró a César sin razón.	650
	Pues donde estuvo no dice, y lo ha de decir, o darme la vida o el preso.	
PORCIA	(Aparte.) Ya esto importa remediar.	
DUQUE	¿Qué su secreto más te obligue que tu natural señor?	655
FEDERICO	Con evidencia rendirse se debe al señor. Y así te obedecí, pues de crimen, juzgué, viendo libre a César, que era librarle servirte. Y si la justicia es	660

la que a cada uno remite
lo que es suyo, como juez
y como vasallo hice, 665
dándole a ti la obediencia,
y dando a César por libre.
DUQUE Todo es traición, todo engaño.

Escena XX

CÉSAR.-DICHOS.

CÉSAR Engañense los que dicen
que ha sido César traidor. 670

PORCIA

¡Qué desdicha!

CÉSAR

A tus pies mire
la envidia de mi lealtad
la verdad siempre invencible.

DUQUE

Prendedle.

CÉSAR

Yo mismo soy
el que a la prisión me vine; 675

que al que no es culpado en vano
temores de muerte afligen,

no maté a Octavio, y libróme

Federico, a quien le diste

el poder que ya le niegas, 680

mudanzas que el mundo admire,

y pues por mí le das la muerte,

la vida que él me permite

vengo a ofrecerte por él,

porque mi fe lo publique: 685

yo sólo soy el culpado.

FEDERICO

Yo lo que debía hice.

CÉSAR

Y yo hago lo que debo.

DUQUE

Pues yo en mis intentos firme,

o no he de ser el que soy, 690

o sabré donde estuviste

CÉSAR

Ese, Señor, es en vano.

PORCIA

Pues si es en vano, por libres

da a los dos: que yo ser quiero

de estas enigmas esfinge, 695

	<p>declarando este secreto; que, si alguno ha de decirte, fuerza es que una mujer sea.</p>	
DUQUE	<p>Como yo aqueso averigüe, por verdad, y no piedad, lo perdono.</p>	700
PORCIA	<p>Pues castigue ahora en mí tu rigor mi culpa.</p>	
DUQUE	<p>¿Qué engaños finges?</p>	
PORCIA	<p>Conmigo, Señor, estuvo a aquellas horas...</p>	
DUQUE	<p>Prosigue.</p>	705
PORCIA	<p>Mi esposo.</p>	
DUQUE	<p>¿Quién es tu esposo?</p>	
PORCIA	<p>Quien a la muerte rendirse quiso por no aventurar mi decoro, y a quien firme [581] Federico imita, pues calla lo que yo le dije.</p>	710
DUQUE	<p>Federico, ¿esto es verdad?</p>	
FEDERICO	<p>Quien lo confiesa lo dice; yo no.</p>	
DUQUE	<p>¿Así es, César?</p>	
CÉSAR	<p>Así⁽³⁴⁾</p>	
DUQUE	<p>.</p>	
DUQUE	<p>Callad; nadie me replique.</p>	715
CÉSAR	<p>A tus pies estoy.</p>	
DUQUE	<p>Y de ellos en mis brazos; que, pues vide que engaño mis celos fueron, verá el mundo que en tan firme. <i>Secreto entre dos amigos</i> tan grandes, mi amor elige ser tercero en su amistad.</p>	720
	<p>Y pues la vida me diste, César, hoy quiero pagarte.</p>	
	<p>Porcia es tuya; que esto pide, cuando no fueras mi sangre, el secreto que tuviste.</p>	725
	<p>Y pues hoy amor iguala</p>	

extremos tan imposibles
a Laura le doy la mano, 730
pues mi dicha lo permite.
Beso la tierra que pisas.
LAURA
CÉSAR Porque tu mano confirme
que quien sabe amar secreto
cuanto pretende consigue. 735
FEDERICO Pues dice al Senado que *El*
secreto, callando, pide
hoy el perdón de sus faltas,
quien calla, que otorga dice.

El valiente justiciero y el rico-hombre de Alcalá
Agustín Moreto

El valiente justiciero y el rico-hombre de Alcalá

Agustín Moreto



- El valiente justiciero y el rico-hombre de Alcalá
 -
 - Jornada primera
 -
 - Jornada segunda
 -
 - Jornada tercera

COMEDIA FAMOSA.
EL VALIENTE
JUSTICIERO,
Y EL RICO-HOMBRE DE ALCALÁ.
 DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Pedro.	* * *	Doña Leonor, Dama.	* * *	Mendoza, Criado.
El Infante Don Enrique.	* * *	Doña Maria, Dama.	* * *	Soldador.
Don Tello Garcia, Galán.	* * *	Inés, Criada.	* * *	Un Muerto.
Don Rodrigo, Galán.	* * *	Ferrújil, Gracioso.	* * *	Criados. Música.
Don Gutierrez.	* * *	Un Secretario.	* * *	Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Tello Garcia, Doña Leonor,
 y Ferrújil.

Enor. **N**O me escuchas!

Telo. Qué molesta,
 y qué cantada mujer!

Ferrújil. Siempre que te viene à vèr
 debe de saber por cuenta.

Leonor. Señor Don Tello Garcia,
 si esse rigor vuestro nombre
 funda acaso en ser Rico-Hombre
 de Castilla, es tiranía,
 que estais, por serlo, obligado
 à pagar obligaciones,
 y os sirven vuestros blasones
 de ultrajar al desdichado.
 Si os llama absoluto dueño
 de Alcalá toda la tierra,
 en lo grande no se encierra
 essa soberbia del ceño:
 porque si haceros mayor

presumis, siendo inhumano,
 quanto os peccis para vano,
 os quitais para menor.

El agrado es bizarria,
 y los hombres superiores,
 con nada se hacen mayores,
 si es nada la cortesia.

La grandeza mas honrada,
 que tienen los Grandes buenos,
 es, que puden al que es menor,
 dar mucho con lo que es nada.

Y si yo me hago menor,
 no es porque no es igualara
 Doña Leonor de Guexara,
 sino porque es di mi honor.
 De esto solo desconfio
 para juzgarme menor,
 pues para ser vos mayor,
 tenais el vuestro, y el mio.
 Pero debéis de advertir,

A

400

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

EL REY DON PEDRO.

EL INFANTE DON ENRIQUE.

DON TELLO GARCIA, *Galán.*

DON RODRIGO, *Galán.*

DON GUTIERRE.

DOÑA LEONOR, *Dama.*

DOÑA MARIA, *Dama.*

INÈS, *Criada.*

PEREGIL, *Gracioso.*

UN SECRETARIO.

MENDOZA, *Criado.*

Soldados.

Un muerto.

Criados.

Música.

Acompañamiento.



Jornada primera

Salen DON TELLO GARCIA, DOÑA LEONOR, y PEREGIL.

LEONOR	No me escuchas?	
TELLO	Què molesta, y què cansada muger!	
PEREGIL	Siempre que te viene à vèr debe de subir por cuesta.	
LEONOR	Señor Don Tello Garcia, si esse rigor vuestro nombre funda acaso en ser Rico-Hombre de Castilla, es tirania, que estais, por serlo, obligado a pagar obligaciones, y os sirven vuestros blasones de ultrajar al desdichado. Si os llama absoluto dueño de Alcalà toda la tierra, en lo grande no se encierra essa sobervia del ceño; porque si haceros mayor	5 10 15

	presumís, siendo inhumano, quanto os poneis para vano, os quitais para menor.	20
	El agrado es bizzarria, y los hombres superiores, con nada se hacen mayores, si es nada la cortesia.	
	La grandeza mas honrada, que tienen los Grandes buenos, es, que pueden al que es menos, dar mucho con lo que es nada.	25
	Y si yo me hago menor, no es porque no os igualàra Doña Leonor de Guevara, sino porque os di mi honor.	30
	De esto solo desconfio para juzgarme menor, pues para ser vos mayor, teneis el vuestro, y el mio.	35
	Pero deveis de advertir, —2→	
	que os le diò el pecho amoroso con la palabra de esposo, la qual haveis de cumplir.	40
	Y quando por otra cosa no os merezca yo atencion, faltais à la obligacion de haver de ser vuestra esposa.	
TELLO	Que no quiera esta muger llegarse à desengañar de que no me he de casar con ella!	45
PEREGIL	Pues què ha de hacer, si la traes siempre à tu lado? apartate à su inquietud, que si no has de hacer virtud, assi saldràs de pecado.	50
	Y con razon lo imagina, si oy que te vè Alcalà toda ser padrino de una boda,	55

	la haces à ella la madrina.	
TELLO	No sabes tù con què intento por padrino me he ofrecido, y en mi Quinta he prevenido oy la boda.	
PEREGIL	Atrevimiento es grande, siendo tu amigo, y quando de ti se fia, robarle à Doña Maria oy al pobre Don Rodrigo.	60
TELLO	Pues quièn ha de poner ley en un hombre como yo, que ya que rey no naciò, tampoco es menos que el Rey? mi gusto, aunque en otro daño, he de cumplir, y seguir.	65 70
PEREGIL	Assi supieras cumplir con la Parroquia cada año.	
LEONOR	Pues me llegais à escuchar, no me podeis responder?	
TELLO	Peregil, di à essa muger, que me dexe de cansar.	75
PEREGIL	Pues yo he de ser tan cruel?	
TELLO	Habla claro.	
PEREGIL	Reparo::-	
TELLO	En què?	
PEREGIL	En que si soy claro, serè claro malo Peregil.	80
LEONOR	No me respondeis?	
PEREGIL	Señora, mi amo me manda decir, que aora no os quiere oir.	
LEONOR	Pues por què no quiere aora?	
PEREGIL	Tambien me manda que apunte,	85

	es para afrentar la cara dexar el guante en la mano. No pagar la obligacion, delito es comun, y necio, mas es afrenta, y desprecio negarla sin atencion; que hay agravios, que aunque de ellos satisfaccion no se alcanza, no irritan à la venganza, por el recato de hacellos.	120 125
TELLO	En fin, ya acabais de oir, que el casarme no ha de ser.	
LEONOR	No lo pudierais hacer	
	—3→ sin llegarmelo à decir?	130
TELLO	No es mejor desengañaros, para que no me canseis?	
LEONOR	Desengañada, sabeis que de mì podeis libraros?	
TELLO	Quièn por vos me ha de ofender?	135
LEONOR	No hallarè justicia yo?	
TELLO	En la tierra, dudolo; en el Cielo, puede ser.	
LEONOR	En el Cielo?	
PEREGIL	Y aun me espanta, que oy la confiesse tan presto; no le he visto tan modesto en una Semana Santa.	140
LEONOR	Este era el ruego importuno con que me lleguè à vencer?	
TELLO	Pues acaso el pretender, ò conseguir, es todo uno?	145
LEONOR	En quien desea alcanzar, què diferencia ha de haver?	

PEREGIL	La misma que hay de comer, hasta hartarse, ò ayunar.	150
LEONOR	No porfiò vuestro amor?	
TELLO	Y vos, no os rendisteis luego?	
LEONOR	Yo me rendi à vuestro ruego.	
TELLO	Pues esso fue lo peor.	
LEONOR	Si me venciò el apurarme con porfias, què os cansò?	155
TELLO	El porfiar tanto yo, que fue preciso el cansarme.	
LEONOR	Por-fiar un agassajo os cansò?	
PEREGIL	Ay tales extremos! Señora, no nos cansemos, que el porfiar es trabajo.	160

(Sale INÈS, Criada.)

INÈS	Leonor bella?	
LEONOR	Què hay, Inès?	
INÈS	Que ya de un coche se apea la boda.	
LEONOR	En mal hora sea.	165
INÈS	Por què?	
LEONOR	En mis ojos no vès la causa de mi dolor? no querer este enemigo, Inès, casarse conmigo, siendo dueño de mi honor.	170
INÈS	Pues mi honra, picaron?	
PEREGIL	Què honra?	

INÈS	De pagarla trata.	
PEREGIL	No la tomaràs en plata, reduciendola à vellon?	
INÈS	Ni en oro, que solo allano con tu mano lo que errè.	175
PEREGIL	Yo una buelta te darè, que es lo mismo que una mano.	
TELLO	Calla, Peregil.	
PEREGIL	Ya callo.	
LEONOR	Inès, Rey tiene Castilla, que tiembla de su cuchilla su enemigo, y su vassallo.	180
TELLO	Al Rico-Hombre de Alcalà, què Rey basta?	
PEREGIL	Aunque sea un rayo: ni para un rico Lacayo, què justicia haver podrà? Mas ya en la Musica he oido, que viene el novio hecho un bobo; còmo ha de ser este robo?	185
TELLO	Ya està todo prevenido.	190

(Salen DON RODRIGO, y DOÑA MARIA, y canta la Musica.)

MUSICA	Alegraos aora, campos de Alcalà, que madrina, y novia bellas, Sol, y Luna os dàn.	
RODRIGO	Ya, Don Tello generoso, en la dicha de mi amor, de recibir vuestro honor llegò el plazo venturoso. Mi aplauso os hace el empeño del favor que espera ya,	195 200

	pues mi rendimiento os dà veneraciones de dueño.	
TELLO	Yo os estimo, Don Rodrigo, tanto, que de apadrinaros oy el gusto he de mostraros; y vos, Señora, conmigo partid el justo contento.	205
MARIA	Esso le toca à mi esposo, que mi afecto decoroso pàra en su agradecimiento; esse, Señor, no le niego, que es deuda en la atencion mia.	210
TELLO	Bella està doña Maria.	
PEREGIL	Pues meriendatela luego.	
LEONOR	Dad, bella doña Maria,	215
	—4→ los brazos à quien espera ser vuestra, no compañera, que es contra la suerte mia.	
MARIA	En ellos, bella Leonor, gana mi suerte mas nombre.	220
TELLO	De què sirve ser Rico-Hombre, si no logro yo mi amor? Yo he de vèr que un hidalguillo, teniendo yo amor, se case con quien de zelos me abraze?	225
PEREGIL	Què llamas verlo? ni oillo.	
TELLO	Enamorado estoy de ella, y he de quitarsela infiel.	
PEREGIL	Y si lo estuvieras de èl, se le quitàras à ella?	230
TELLO	Ya està mi gente avisada: Rodrigo, al jardin entremos, que alli al Cura esperarèmos.	

LEONOR	Cielos, que no haya castigo para tan fiero enemigo, que vuestra justicia acusa!	
INÈS	Ay Señora! Don Rodrigo con todos ellos embiste, y le han de matar: ay triste!	260
MARIA	(Dentro.) Esposo::-	
RODRIGO	(Dentro.) En vano te sigo: mas morirè por mi honor.	
UNO	(Dentro.) Tiradle, què os deteneis?	
TELLO	(Dentro.) Dexadle, no le mateis.	265
RODRIGO	Esse es mas fiero rigor; por què me dexais la vida, si el alma me haveis quitado?	
INÈS	Sin las armas le han dexado, y sin haver quien lo impida se la llevan.	270
LEONOR	Que mi brio para vengar no sea bueno un agravio, que aunque ageno, resulta en desprecio mio! Al Rey iràn mis enojos, y si justicia no alcanza, apelarè à la venganza del veneno de mis ojos: Vèn, Inès.	275
INÈS	Señora, espera, que aqui viene Don Rodrigo.	280
LEONOR	Sin vengarle, ser testigo de su dolor no quisiera.	

(Sale DON RODRIGO.)

RODRIGO	Dònde se esconden los rayos de vuestra justicia, Cielos, si el dolor de mi deshonra no halla venganza en ellos?	285
	De las llamas que respiro, pues no me abrasa el incendio, ò tengo el pecho de bronce, ò me han quitado el aliento.	290
LEONOR	A dònde vais, Don Rodrigo?	
RODRIGO	Ay de mì! que no lo siento, pues vivo, hermosa Leonor, que esta es traicion de Don Tello; porque el coche en que à mi esposa los alevosos metieron, era suyo, y sus Criados los complices de su yerro. Claro es, que otros no serian, que no huviera atrevimiento, que en su Quinta lo emprendieran, quando al Rey menos respeto tienen en toda esta tierra,	295
	—5→ que à este tirano sobervio. Al desaire de mi afrenta, el de quitarme mi acero añadieron atrevidos, para que clamando al Cielo, incapàz de mi venganza, llore imposible el remedio. Tristes campos de Alcalà, abrid vuestro obscuro centro, para dar sepulcro à un vivo, que sin honor està muerto. Piadosas aguas de Nares, llevadme en llanto deshecho, caed sobre mi deshonra,	300
		305
		310
		315

	desnudos, y à speros cerros.	
LEONOR	Don Rodrigo, en vano sueltas la rienda à tu sentimiento, y mas quando en mi desdicha tienen tus males consuelo; no hay sentimiento mas noble, que procurar el remedio.	320
RODRIGO	Bien dices, Leonor, bien dices, à Madrid el Rey Don Pedro passa de Guadalaxara, donde està aora assistiendo, solo hay este Tribunal para el poder de Don Tello: bañarà sus Reales plantas mi llanto; y pues justiciero se llama, contra la voz, que cruel le hace, y sangriento, haga credito el castigo de un agravio tan violento.	325 330 335
LEONOR	Y yo te he de acompañar, porque agrave à un mismo tiempo con mi quexa su delito.	
RODRIGO	Pues si hemos de ir, no tardemos.	340
INÈS	Tambien yo irè con vosotros, que à este lobo carnìcero vosotros darèis la quexa de la pierna, yo del hueso, que dãn por ariadura.	345
ENRIQUE	(Dentro.) Por acà, al llano.	
LEONOR	Què es esto?	

(Salen el Infante DON ENRIQUE, y MENDOZA, Criado.)

	la fortuna la venganza, quando con razon me ofendo de tan alevos hermanos! Ya Enrique de mi despecho se librò, pues el cavallo tràs èl rebentò corriendo.	370 375
RODRIGO	Os haveis hecho algun daño? reparaos.	
REY	No, Cavallero: què sitio es este?	
RODRIGO	Es el campo de Alcalà.	
REY	Estarà muy lexos?	
RODRIGO	Media legua.	
REY	Y esta Quinta de quièn es?	380
RODRIGO	Es de Don Tello, el Rico-Hombre de Alcalà, que por su poder sobervio no le podeis ignorar.	
REY	Por su poder?	
RODRIGO	A que es menos el del Rey?	385
REY	Menos que el suyo?	
RODRIGO	Segun le temen, es cierto.	
REY	Nunca le he oido decir.	
RODRIGO	No sereis vos de este Reyno.	
REY	Si soy; mas los que assistimos	390
	—6→ al Rey, y siempre le vemos, otro poder ignoramos.	
RODRIGO	Luego vos le assistis? Cielos, si dais luz à mi venganza!	

REY	Y por venirle siguiendo, que à Madrid passa esta noche, le apresurè tan violento, que rebentè esse cavallo; mas segun le alabais, creo, que sois vos Criado suyo.	395 400
RODRIGO	No soy sino quien intento vengarme de sus agravios, y otro Tribunal no tengo, sino el del Rey; y si vos le assistis, y es tan adentro, que me hagais ser escuchado os deberà mi remedio.	405
REY	Y estas señoras, quièn son?	
LEONOR	Quien de este tirano dueño lloran tambien las injurias.	410
INÈS	Y yo, Señor, punto menos, las lloro de su Lacayo, con que son mas duraderos mis agravios.	
REY	Pues por què?	
INÈS	Porque yo en paja los tengo.	415
REY	Y no hay para ellos castigo?	
LEONOR	Solo podrá darle el Cielo, que el Rey no serà bastante.	
REY	(Aparte.) Què viviendo el rey D. Pedro, esto se diga en Castilla! mucho ignoro de mis Reynos: Pues por què no podrá el Rey?	420
INÈS	Porque es cruel, y sangriento, y no nos hará justicia, que antes se holgarà, al saberlo, de vèr que haya quien le imite.	425
REY	Essa es voz del vulgo ciego, que con lo cruel confunde	

bien que horrorosa al principio,
 me hizo el trato lisongero.
 Porfiò en decirme amores,
 finezas, y rendimientos,
 con que me venciò: ha, si entonces 470
 advertir supiera el pecho,
 que era el rendimiento falso,
 que en este injusto trofèò
 solo se rinde el amor,
 por lograr el vencimiento! 475
 En fin, con tantas porfias,
 persuadida del exemplo
 de otras, que hicieron lo mismo,
 me resolvià un desacierto.
 Ha ciego engaño, que todos, 480
 para cometer un yerro,
 vèn los que erraron, y olvidan
 à los que se arrepintieron!

—7→

Mano, y palabra de esposo
 me diò, y con ella::- no puedo 485
 passar de aqui con la voz;
 mas bien podeis entenderlo,
 que no se puede dudar
 qual seria mi suceso,
 pues de vergüenza le explico 490
 con la frase del silencio.
 El yelo de mi desdèn
 desde aqui se trocò en fuego:
 precipitème à quererle:
 (no sè si lo hizo el afecto, 495
 ò el trato, ò la obligacion,
 ò el mirarle como à dueño;
 ò si de esto no fue nada,
 sin duda fue lo mas cierto,
 que para estàr mas galàn 500
 le adornò mi mismo exceso
 con la joya de mi honor,
 que mi error puso en su pecho)
 La llama, que en mi crecìa,
 en su amor iba muriendo; 505

sin duda hay en el amor
 cantidad fija de fuego,
 y quando èsta se reparte
 con igualdad en dos pechos,
 ni uno, ni otro quiere mucho; 510
 y si se aviva uno de ellos,
 lo que uno crece, otro mengua;
 y aquella parte de incendio,
 que v creciendo en el uno,
 falta al otro: con que es cierto, 515
 que tiene coto esta llama,
 que le debe de supuesto,
 que nunca se vn iguales
 dos ardores con extremo.
 De este natural discurso 520
 fue nuestro amor vivo exemplo,
 porque creció tanto el mio,
 que el suyo se bolvi en yelo.
 Iba sin gusto  la mesa,
 tarde, y con cansancio al lecho, 525
 de la falta del cariño
 era la disculpa el sueño.
 Siempre costaba un disgusto
 hablar en el casamiento;
 yo le alhagaba, rendida 530
 le acariciaba; él severo
 daba un desaire  un cariño,
 por no irritarse  un despecho.
 Qué cordura es menester
 para conservar sin riesgo 535
  quien no ama, quando tiene
 tan cerca de sí el desprecio!
 porque hay muy poco en los hombres
 de lo tibio  lo grossero.
 Bien se vi en él, pues llegando 540
 la ocasion de haverme hecho
 oy madrina de una boda,
 que apadrinaba Don Tello,
 grossero, ingrato, y tirano
 me desengañ diciendo, 545
 que no havia de casarse
 conmigo; y al mismo tiempo,

	en chusma de Fariseos, los hiciera todos Malcos, aunque nunca fuese Pedro.	585
REY	(Aparte. Cielos, què hambrecillo es este? à ir à verle estoy resuelto.) Señora, estàis en su casa?	590
LEONOR	Yo no sè si hallarè abierto quando le vaya à buscar.	
REY	Pues allà estad, que yo quiero passar por allà esta tarde, para vèr si con èl puedo, que os vuelva à vos vuestra esposa, y vos logreis el deseo.	595
RODRIGO	Yo solo he de hablar al Rey.	
REY	Pues id à Madrid, que luego yo harè que el Rey os dè audiencia.	600
RODRIGO	Pues la palabra os aceto.	

(Salen DON GUTIERRE, y Criados.)

GUTIERRE	Pero aqui està: Gran Señor?	
REY	Calla, Gutierre, que intento no ser aqui conocido. (Los dos aparte.) Và el Rey adelante?	
GUTIERRE	El viento desmintiendo en un cavallo.	605
REY	Pues à seguirle passemos.	
LEONOR	En vos, Señor, voy fiada.	
REY	Verèis lo que harà mi ruego. (Aparte. Què Rico hambrecillo es este,	610

que teme tanto este Pueblo?)
Vamos, Gutierre, por verle
me và matando el deseo.

(Vanse.)

(Salen DON TELLO, DOÑA MARIA, PEREGIL, y Musicos.)

MUSICA	A mejorar su fortuna la bella Amarilis viene, dando à Tirso los aplausos, que Riselo no merece.	615
MARIA	Pues si no està aqui mi esposo, yo suplirè su presencia, y con desdèn rigoroso resistirè la violencia de un tirano poderoso.	620
TELLO	Què es lo que dices, Muger? siendo tuyo esse favor, què resistencia has de hacer? à ti no te està mejor lo que es mejorar de sèr? A hacerte yo esposa mia te resistes? pues què havrà desde el que suya te hacia, hasta Don Tello Garcia, el Rico-Hombre de Alcalà? Dueño de quanto poseo no te viene à hacer mi amor? que quando esse campo veo diez leguas al rededor, por nada ageno passeio. No miras cumbres, y llanos, que en sembrados diferentes, para enriquecerme ufanos,	625 630 635 640

me crece el oro en los granos
 la planta de sus corrientes?
 Del Sol contra los rigores,
 que sale flechando ardores,
 no miras montes, y prados 645
 por el Estio nevados
 de mis ganados menores?
 que juzgan, segun violentos
 baxan la tarde sedientos
 al valle, donde agua tienen, 650
 que en mariposas se vienen
 abaxo los Elementos.
 Villas, Lugares, Castillos
 tengo tantos, que al mandarlos,
 me embarazo con oillos, 655
 que el numero, al referillos,
 basta para avassallarlos.
 Y estas grandezas no dadas
 por merced de ningun Rey,
 sino con sangre ganadas, 660
 en aumento de la Ley,
 de los Moros à lanzadas.
 La renta de esta riqueza,
 con que yo nada codicio
 en mi pròdiga largueza, 665
 sobra para mi grandeza,
 y basta à mi desperdicio.
 Y aunque tanta maravilla
 mi poder, mi sangre passa
 à mas triunfos, que en Castilla 670
 viò Ricos-Hombres mi Casa

—9→

antes que Reyes su Silla.
 Tu ignorancia esto desprecia,
 mira si con causa poca,
 la razon, que es quien lo aprecia, 675
 te llama al dexarlo, necia,
 y al no procurarlo, loca.

MARIA

Todo esse poder, Señor,
 que junto haveis referido,

	es en mi aprecio menor, que el alhago del marido, à quien tengo justo amor.	680
TELLO	A un pobre hidalguillo metes en estimacion?	
PEREGIL	Es dada à querer estos pañetes; no havia de ser honrada, muger que quiere à pobretes.	685
TELLO	Todo mi amor lo atropella.	
MARIA	Que no he de casarme digo.	
PEREGIL	Pues què importa en su querella, que no se case contigo, si tù te casas con ella?	690
TELLO	Dices bien: cantad, en tanto que me desposo.	
MARIA	Ay de mi!	
PEREGIL	Cantad al sòn de su llanto, que bien merece, que aqui le dèn todos con un canto.	695
MUSICA	A mejorar su fortuna la bella Amarilis viene, dando à Tirso los aplausos, que Riselo no merece.	700

(Sale un Criado.)

CRIADO	Señor, à vuestros umbrales un Cavallero se apèa, que dice, que viene à veros.	
TELLO	Entre muy en hora buena, que à nadie que viene à verme tengo cerradas mis puertas; y mas oy, que en este gusto	705

quiero que todos me vean.
Sillas à mì, y à mi esposa:
sentaos, que assi recibiera
al mismo rey. 710

(Sale el REY de camino.)

CRIADO Ya està dentro:
buen talle.

TELLO Buena presencia.

MARIA **(Aparte.)**
Que yo calle aqui es forzoso,
por no irritar su violencia. 715

REY **(Aparte.)**
Sentado se està el grossero,
sin saber quièn es el que entra:
estoy por echarle à coces
à rodar; pero aqui es fuerza
dissimular, y encubrirme, 720
porque su castigo sea
para despues escarmiento
de otras tiranas cabezas.)
Deme su mano Vusia.

TELLO Cubrase, hidalgo.

REY Esso es fuerza, 725
que no hablo yo descubierto
con quien sentado me llega
à recibir.

TELLO Taburete.

REY Esso mas?

PEREGIL Y esso agradezca,
que mi amo no dà assiento, 730
ni aun à Genoveses.

REY Venga.

(Sacan un taburete, y sientase el REY.)

TELLO	Dos sillas tengo, la una ocupa mi esposa bella, la otra yo; mas no os admire, que Ricos-Hombres, apenas dan silla al Rey en sus casas.	735
REY	Ya lo veo, que es grandeza, y assi elijo lo que es mio.	
TELLO	Aunque su buena presencia quien es nos dice, en què altura de hidalgo se halla?	740
REY	Aguilera de la montaña.	
TELLO	Escuderos son de mi Casa: y què intenta?	
REY	Al Rey sigo por un pleyto.	745
TELLO	Haviendo espadas, quièn dexa gastar su hacienda en processos?	
REY	La ley es bien que obedezca: ya el Rey en Madrid està.	
TELLO	Con Doña Maria su prenda nos vendrà à dar buen exemplo.	750
REY	Ya es su esposa, y nuestra Reyna; y al que no hablàre en sus partes con decoro, y con decencia, con mi espada::- (Levantase.)	
TELLO	Bueno està: brio el hidalgojejo muestra: mucho quiere al Rey.	755
REY	Si quiero.	

REY	No sè.	
TELLO	Ea, que la intencion es buena, y el buen zelo de su Rey le disculpa, no le ofendan: sossegaos.	790
REY	Soy buen vassallo, vive Dios.	
TELLO	Sin jurar.	
REY	Sea.	
TELLO	Mucho quiere al Rey.	
REY	Es ley.	795
	(Sientase.)	
TELLO	Sientese el buen Aguilera.	
REY	Perdonadme, que esta ha sido locura de la nobleza de vassallo.	
TELLO	Yo lo soy tambien del Rey, y se precia de leal, mas que ninguna, mi sangre; díganlo empresas de mis ilustres abuelos: y por esta razon mesma me ha parecido gloriosa aqui la osadia vuestra; dadme essa mano.	800 805
REY	Los nobles (Dale la mano.) deben hablar con decencia de los Reyes, porque son las Deidades de la tierra, y en ella los pone Dios, y su imagen representa tanto el bueno, como el malo, pues como à èl se reserva	810 815

	<p>su soberano secreto, nos le dà su Providencia, malo quando nos castiga, y bueno quando nos premia. Pero dexando esto aparte, la gloriosa fama vuestra, passando por vuestra casa, me diò deseo de verla; y en lo que el Lugar os ama ha quedado satisfecha la opinion que yo traia.</p>	<p>820</p> <p>825</p>
TELLO	<p>Todo Alcalà me venera con mucho amor.</p>	
REY	<p>Y en èl dicen, que menos al Rey respetan.</p>	
TELLO	<p>Por acà, hidalgo, conocen por sello, ò firma à su Alteza, y es con mi consentimiento alguna vez que obedezcan su firma.</p>	830
REY	<p>(Aparte.) Valgame Dios! viòse tan gran desvergüenza? si à puntapiés no le mato, es porque mas logro tenga el blason de Justiciero, que si no, aqui yo le hiciera vèr quien soy.</p>	835
LEONOR	<p>(Dentro.) Dexadme entrar.</p>	840
CRIADO	<p>No hay lugar.</p>	
LEONOR	<p>Aunque no quieran he de entrar.</p>	
TELLO	<p>Què ruido es esse? quièn es quien viene? quièn entra?</p>	

(Salen LEONOR, y INÈS.)

LEONOR	Quien viene à cobrar su honor, aunque le negueis la deuda.	845
PEREGIL	Venga el papel, y veamos si està cumplida la letra.	
TELLO	Pues à donde està mi esposa	
	—11→ hay quien assi à entrar se atreva?	
REY	Si puede entrar quien pretende, que quien lo ha de ser, lo sea.	850
LEONOR	(AI REY.) Cavallero, este tirano es quien me robò la prenda mejor del alma, y aora lo que prometìo me niega, faltando à Dios, y à la Ley, infamando mi nobleza, y quitando à otro su esposa.	855
TELLO	Pues decidme, quièn lo niega? què quereis?	
LEONOR	Que no os caseis.	860
MARIA	No os toca essa diligencia à vos, Leonor, sino à mì, que aunque mil muertes me diera, no me casarìa con èl.	
TELLO	Vive Dios, ingrata, necia, que aunque el mismo Rey lo mande, lo has de ser; y ya que aprecias, mas que à mì, un pobre hidalguillo, à pedazos mi violencia te le ha de sacar del alma.	865 870
PEREGIL	Y havrà, como sacamuelas, saca hidalgos.	

REY	(Aparte.) Què esta injuria escuche yo, y la consienta! mas llegarà su castigo.	
TELLO	Yo traje una passion ciega, que fue solamente antojo de essa muger, y logrèla, porque ella lo permitiò, presumiendo loca, y necia, que havia de ser su esposo, doyle de toda mi hacienda lo que quisiere, y porfia, que me he de casar con ella.	875 880
REY	Pues, Señora, si Don Tello anda con tanta largueza con vos, què mas le pedis?	885
LEONOR	Inès, no ha estado muy buena la intercession?	
INÈS	Todo es miedo.	
LEONOR	Pues teniendo al Rey tan cerca, à su Tribunal apelo, que su tirania suspenda.	890
MARIA	No serà esso menester donde està mi resistencia.	
TELLO	Echad de aqui essas mugeres.	
LEONOR	Buen padrino trae mi pena.	895
TELLO	Siempre en los Reyes se teme, mas que la espada, la Alteza.	
REY	Pues de Don Pedro se dice, que es bizarro.	
TELLO	Esso se cuenta por haver muerto un Cantor, y un Clerigo.	900
REY	Aunque assi sea, todos son hombres.	

TELLO	No todos son Ricos-Hombres.	
REY	(Aparte.) Suspensa dexo mi venganza aora, para que castigo sea.	905
LEONOR	Vèn, Inès, vamos al Rey.	
(Vanse.)		
TELLO	Andad muy en hora buena; retiraos todos adentro, y mis bodas se suspendan, que oy es todo azar, y enojos.	910
MARIA	Cielos, en tanta violencia, pues otro amparo no tengo, valgame la piedad vuestra. (Vase.)	
PEREGIL	Ea, què aguardais aqui?	
TELLO	Hidalgo, si hacer desea noche en Alcalà, en mi casa se quedará; mas advierta, que es con una condicion.	915
REY	Què?	
TELLO	Que à nadie doy mi mesa.	
REY	Dios guarde à Vueseñoria, que yo aceptàra sin ella el favor, à no passar à Madrid algo de priessa.	920
TELLO	Pues à Dios.	
REY	Guardeos el cielo.	
TELLO	Vengame à vèr quando buelva, que me ha parecido cierto	925

buen hombre el buen Aguilera.
(Vase.)

PEREGIL Vengame à mi à vèr tambien,
que yo le tendrè à la buelta
de Alcalà, al passar el Rio:: 930

REY Què tendràs?

PEREGIL La barca puesta.

REY Dios os guarde.

PEREGIL No acompañe,
quedese el buen Aguilera.
(Vase.)

REY Cielos, que esto haya en Castilla,
y haya tenido paciencia 935

—12→

para no matarle à coces!
mas mi Magestad me deba
este noble sufrimiento,
que yo harè, que en su cabeza,
los que me llaman Cruel, 940
por Justiciero me tengan.

Jornada segunda



Salen el REY, y DON GUTIERRE con una carta.

GUTIERRE	Esto Toledo ha pedido.	
REY	Mi hermano Enrique se ampara de Toledo?	
GUTIERRE	A Trastamara passaba, y le ha detenido la Ciudad, creyendo en vano, fiada de glorias tantas, que, poniendose à tus plantas, buelva à tu gracia tu hermano: esta es su carta.	5
REY	No puedo templar con èl mi passion: no es mala la intercession, que estimo mucho à Toledo.	10
GUTIERRE	Esta es del Conde tu hermano.	
REY	Guardadla para despues: poderoso afecto es la ira de un pecho humano. De tres hermanos estoy enojado, y ofendido, solo mi furor olvido, quando miro lo que soy. Mis Reynos alborotados hoy por su causa se vèn; yo harè que quietos estèn quando queden arrancados, porque tumulto no haya, de Geromena, Fadrique, y de Astorga, Don Enrique, y Don Tello, de Vizcaya: à Alcalà se despachò?	15 20 25

GUTIERRE	Ya viene Tello Garcia.	30
REY	Que este hombre en mi Reyno havia, y no lo supiesse yo! mas como vivo en Sevilla, de quien Alcalà esta lexos, vè solo el sol en reflexos esta parte de Castilla.	35
GUTIERRE	Dicen, que es hombre valiente.	
REY	Yo lo he oido, y quando veo, que èl lo publica, lo creo muy dificultosamente.	40
GUTIERRE	Diez hombres juntos escucho, que huyen de solo su espada.	
REY	Si son picaros, no es nada, y si son hombres, es mucho; porque si tienen alientos, reñir con dos es blason, y quando picaros son, lo mismo es diez, que doscientos. Mirad quièn espera audiencia.	45
GUTIERRE	Ya, Señor, entrando vàn.	50

(Sale un Soldado, y un Contador.)

SOLDADO	Yo, Señor, soy Capitan, con veinte años de experiencia, que en la Guerra con el Moro la hambre, y sed me han enseñado, que hallar no puede el Soldado la piedra de hacer el oro; pues deseando tener con que passar, como honrado, aunque mi sangre he sembrado, no he cogido que comer; y siempre con las divisas de que cubierto me hallas,	55 60
---------	--	--

	he reñido mas batallas, que me he mudado camisas. Algun modo de vivir por tantos servicios pido, que el que yo hasta aqui he tenido es el modo de morir.	65
REY	Con cuidado quedo.	
SOLDADO	O infiel he sido, ò mal despachado, pues quanto yo he peleado, es porque vivas sin èl; y es de entrambos molestado, quando vengo à pretender, irme yo sin que comer, y quedar vos con cuidado.	70 75
REY	Bien està.	
CONTADOR	Yo soy, Señor, de vuestra Alteza premiado, hijo de Andrès de Alvarado, que fue vuestro Contador; y porque os sirviò tan bien, vuestra piadosa atencion me diò la Administracion	80
	—13→ de Alcavalas de Jaèn; y para quatro años vàn, que à este officio assisto atento.	85
REY	No estarèis vos tan hambriento como el pobre Capitan.	
CONTADOR	La de Murcia vacò ayer, y por mi servicio pido me mejoreis de Partido.	90
REY	Y es servicio enriquecer?	
CONTADOR	Pues no os sirve mi cuidado?	
REY	No es sino pedir de vicio, pues me alegais por servicio	95

	lo que por premio os he dado. Si justa merced fue aquella, y la estais gozando ya, servirla bien, servirà de conservaros en ella.	100
	No llameis à la desdicha, y vuestro oficio gozad, que tener comodidad no es menester, sino dicha. A esse Capitan le dèn aquessa Administracion.	105
SOLDADO	Señor, es mucha razon.	
CONTADOR	Miradlo, Señor, mas bien, que no tendrà suficiencia quien esto no ha exercitado.	110
REY	Para estàr acomodado qualquiera tiene experiencia; de ayuda de costa os dèn doscientos escudos luego.	
SOLDADO	Logres tu Reyno en sossiego la edad de Matusalèn; y pues oy tal dicha gano, sea cabal el interès, dandome, Señor, los pies.	115
REY	No os darè sino la mano. (Dale la mano, y se la aprieta.)	120
SOLDADO	Quedo, Señor, que me muero: soltad, vive Dios, ù osado::-	
REY	Assi quiero yo el Soldado.	
SOLDADO	Y assi yo los Reyes quiero. (Vase.)	

(Sale DON RODRIGO.)

DON RODRIGO	A vuestras plantas, Señor::-	125
-------------	------------------------------	-----

mas què miro!

REY No os turbeis,
alzas, decid, què quereis?

RODRIGO Reverencia es el temor;
pero ya haviendoos mirado,
pues de mi quexa noticia 130
teneis, con pedir justicia,
quedais, Señor, informado.

REY Que digais la quexa, es ley.

RODRIGO Ya que la sabeis infiero.

REY La oí como pasajero, 135
y la ignoro como Rey.

RODRIGO Pues Señor, Tello Garcia,
el Rico-Hombre de Alcalá,
aquel à quien nombre dà
del poder la tiranía, 140
à mi esposa me robò
del modo que ya supisteis.

REY Si vos se lo consentisteis,
tambien lo consiento yo.

RODRIGO Quitòme la espada, y ciego 145
me atajò accion tan honrada.

REY Y os quitò tambien la espada,
que pudisteis tomar luego.

RODRIGO Yo de su poder no puedo,
señor, mi agravio vengar. 150

REY Luego se viene à quexar
no la injuria, sino el miedo?

RODRIGO Esto, Señor, no es temer,
sino el poder de su nombre.

REY Y quando està solo esse hombre, 155
riñe con èl el poder?

RODRIGO Pues quando justicia os pido,
que riña con èl mandais?

REY	Yo no quiero que riñais, sino que huvierais reñido.	160
RODRIGO	No quise, aunque fuera airosa la accion, darla essa malicia.	
REY	No và contra la justicia el que defiende à su esposa; y haviendolo ya intentado, de no haverlo conseguido quedabais mas ofendido, mas veniais mas honrado; que yo, atento à la razon, podrè mandarle bolver à esse hombre vuestra muger, pero no à vos la opinion.	165 170
RODRIGO	Pues cobraràla mi pecho.	
REY	Ya os costarà mi castigo, si lo haceis, que aora os digo, que no estuviera mal hecho;	175
	—14→ andad, que su sinrazon castigarè.	
RODRIGO	Y no podrè, pues sin ella quedarè, cobrar yo antes mi opinion?	180
REY	Si, y no.	
RODRIGO	Pues quàl harè yo entre un sì, y un no, que oì?	
REY	Don Pedro dice, que sì, y el Rey os dice, que no.	
RODRIGO	Pues ya que en mi honor infiero tal mancha, lavarla es ley, que aunque me amenaza Rey, me aconseja Cavallero. (Vase.)	185

(Salen DOÑA LEONOR, y INÈS.)

LEONOR	Si de la justicia el zelo al Rey, Inès, no le mueve, no hay à culpa tan aleve mas Tribunal, que el del Cielo.	190
GUTIERRE	Mirad, que el Rey os espera.	
LEONOR	Ya yo llego (mas ay Dios!) este es el Rey?	
REY	Quièn sois vos?	195
LEONOR	Haviendoos visto, quisiera, que vuestra piedad atenta me escusasse, gran Señor, la verguenza, y el dolor de referiros mi afrenta, que sin decir mi baxeza, no puedo à Tello Garcia culpar, pues su tirania comienza de mi flaqueza.	200
REY	Basta, ya tengo noticia de donde su error comienza; no os ha de costar verguenza el que yo os haga justicia.	205
LEONOR	Pues, Señor, ya que sabeis su delito, y mi desdicha, pues à no ser èl ingrato, no fuera culpa la mia; ya que sè que sois testigo de sus sobervias esquivas, pues se atreviò su desprecio à vuestra persona misma, supondrè en mi propia quexa la ofensa vuestra, y la mia, que aunque à vos no llega el daño con que yo soy ofendida, la circunstancia se llega, que el que el honor tiraniza	210 215 220

de los humildes vassallos,
desprecia en vuestra justicia
el poder que los ampara, 225
y el brazo que los castiga.
Y para que mas os mueva
las iras que os justifica,
que aunque en Dios las suponemos,
quando son justas las iras, 230
sabed, Señor, que à essas plantas
me traen las lagrimas mias,
llorando mas en mi afrenta
infamias, que tiranias.
Apenas, Señor, sali 235
de su casa despedida
con las injurias que visteis,
quando à pedir vengativa
justicia de tanto agravio
mi justo enojo camina; 240
y estando para Madrid
previniendo mi familia,
al coche con sus criados
llegò Don Tello Garcia,
y maltratando los mios, 245
hasta mi persona misma
padeciò el desprecio infame
de sus manos atrevidas:
desjarretaron las mulas,
y el coche hicieron astillas, 250
diciendo: Si hay Rey que pueda
castigar mis demasias,
entre las otras, de aquesta
venganza tambien le pidan.
Yo de su furor huyendo, 255
no busquè prevencion digna,
que no siendo la decente
possible, hallè la precisa.
Sin decoro, Señor, vengo,
que no dexò mi desdicha 260
en mi honor, ni en mi respeto
parte que no estè ofendida.
Defendedme, gran Señor,
de quien no solo me quita

el honor, pero tambien 265
la quexa me tiraniza.
Porque mi dolor os busca
para quexarme, se irrita,
y me dobla las afrentas,
porque lloro mi desdicha. 270

—15→

Quitarle al dolor la quexa,
es la postrer tiranìa,
que al golpe, Señor, que hiera
quien el sonido le quita
de este agravio la venganza, 275
à vos, Señor, os obliga,
que vos sois el agraviado,
aunque yo soy la ofendida.

A quien de satisfacerse
no es capàz, si bien se mira, 280
el agravio no le ultraja,
aunque la ofensa le oprima.

En tanto la injuria afrenta,
en quanto en quien la reciba
hay respeto que se pierde, 285
y riesgo que no se mira.

Por esto al que està sin armas
no le afrenta, aunque le irrita
la injuria, porque le falta
el brazo que le resista. 290

Luego si en mì no hay poder
para resistir sus iras,
no es mi pecho à quien agravian,
aunque es èl à quien lastìman,
sino el vuestro, porque siendo 295
quien al humilde apadrina,

y quando en vos su defensa
es obligacion precisa,
el que al inferior ultraja,
pierde con su tiranìa 300
à vuestro amparo el respeto,
y el temor à la justicia,
que es en vuestra Regia mano
la rienda con que caminan

con freno los poderosos, 305
 y los humildes con guía.
 No se desboque, Señor,
 su sobervia à su malicia,
 pues vuestro Imperio assegura,
 que su furor le reprima. 310
 Y no os fieis del decoro
 de vuestra soberanía,
 que quien no os teme, Señor,
 os amaga, aunque no os tira.
 Y quando el cavallo corre 315
 desbocado, no pelagra
 solamente el que atropella,
 sino el que lleva en la silla.
 Caiga esta soberbia planta,
 que ya crece tan altiva, 320
 que subiendo como trono,
 ya como nube os eclipsa.
 Y si como buen cultor,
 no està tan endurecida,
 que podais cortar las ramas 325
 de su sobervia, y se humilla
 de suerte, que no haga sombra
 à las flores que marchita,
 porque la luz les usurpe,
 dexandole las precisas: 330
 cortad las ramas ociosas,
 y sin ser estorvo viva,
 porque se enlace con èl
 la yedra, que se le arrima.
 Pero por mi honor os pido, 335
 que templeis la medicina,
 sin usar de la violenta,
 hasta probar la benigna.
 Cortese el brazo, Señor,
 si todo el cuerpo pelagra; 340
 mas no quede manco, y fèo,
 si à su sanidad no implica:
 porque quando à vuestras plantas
 mis lagrimas solicitan
 de mi dolor el remedio, 345
 de mi decoro la vida,

	<p>la salud de mi dolencia, y el descanso à mis fatigas, Rey, Padre, y Medico os halle, y curando mi desdicha, dando remedio à mi afrenta, y amparando mi justicia, por vuestro honor mismo sea regalo la medicina.</p>	350
REY	<p>Tan justo enojo provoca en mi pecho esta noticia, que me he menester yo todo para refrenar mis iras. Mas yo darè en su castigo circunstancias tan medidas à su tirana altivèz, que su sobervia se rinda. Ya yo estoy bien informado, y espero à Tello Garcia, esperadle vos tambien, que pues venis à pedirla,</p>	355
	<p>—16→ oy, antes que de Palacio salgais, os harè justicia. (Vase.)</p>	360
INÈS	<p>Què severidad, Señora! si hace nuestra fantasia la Magestad en los Reyes? porque quando alli en la Villa le vimos, me pareciò tan hombre, que yo podia determinarme à tentarle, y acà es una estatua viva, que yo pensè al escucharle, que hablaba de la otra vida.</p>	370
		375
LEONOR	<p>Tanto el oficio de Rey à la persona autoriza, que se vè como Deidad al que como Rey se mira. Mas, ay, Inès! no es Don Tello</p>	380

el que viene?

INÈS Y su familia,
que es mas que la de Noè; 385
mas yo pienso, que es la misma,
porque es todo quanto hace
efecto de lo que brindan.

(Sale DON TELLO, PEREGIL, DON GUTIERRE y acompañamiento.)

GUTIERRE Desde aqui haveis de entrar solo.

TELLO Un Rico-Hombre de Castilla, 390
para entrar à hablar al Rey,
con sus deudos se autoriza:
todos han de entrar conmigo,
que esto es preeminencia mia;
y caso que no lo fuera, 395
basta el ser de mi familia,
que vienen aqui Escuderos
de nobleza tan antigua,
que al Rey no le deben nada.

PEREGIL Y el Rey es quien deberia, 400
si se ajustasse la cuenta,
que aqui està una pobre hormiga,
que tuvo un padre tan noble,
que estuvo toda su vida
vertiendo sangre por èl. 405

GUTIERRE Muy gran soldado seria.

PEREGIL No fue sino quien mataba
las aves de su cocina.

TELLO Entren todos.

GUTIERRE No entre nadie,
cerrad essa puerta aprisa: 410
aqui ha de salir el Rey,
espere Vueseñoria.

(Vanse todos, y quedan DON TELLO, y PEREGIL.)

TELLO	Què es que espere? yo esperar? pues el Rey de mi venida no estaba ya prevenido? quando que venga me avisa, con tal desprecio me trata? quando à la persona misma del conde de Trastamara su hermano, es igual la mia en el asiento, y el trato, yo esperar?	415
PEREGIL	Si bien lo miras, todo es llamarte Judio.	
TELLO	Bolverse à Alcalà imagina sin hablarle mi despecho.	425
PEREGIL	Dexalo para otro dia, que aora no querrà la Guarda.	
TELLO	Què Guarda?	
PEREGIL	Què? la Amarilla, que tiemblo de ella.	
TELLO	Por què?	
PEREGIL	Yo la tengo antipatia, porque es del color del miedo.	430
TELLO	Que à mi me cierran!	
PEREGIL	Malicia es cogerte en ratonera, y imagino::-	
TELLO	Què imaginas?	
PEREGIL	Que han de soltarnos al gato.	435

(Sale LEONOR.)

TELLO Mas quièn es?

PEREGIL Santa Lucia:
vive Dios, que este es el queso,
pescaronnos en la mina.

TELLO Quièn es?

PEREGIL No sois vos Leonor?

LEONOR Yo soy la desconocida, 440
Don Tello, y vos el ingrato.

TELLO Vendreis à pedir justicia.

LEONOR Sì vengo.

TELLO Bueno, por cierto.

PEREGIL Pues te espantas de que pidan?

TELLO Pues porque os desengañeis, 445
aora vereis lo que estima
el Rey hombres como yo,
en quien su Imperio se fia.

LEONOR No es dudable, pues os llama.

PEREGIL Còmo llamar? nos combida 450
à almorzar, que le han traïdo
tocino de algarrobillas.

INÈS Si serà, mas podrà ser,

—17→
que os haga mal la comida,
si comeis de combidados. 455

PEREGIL Nadie en palacio se ahita,
principalmente galanes,
que lo que comen suspiran.

LEONOR Con toda essa vanidad,
fio yo de la justicia 460
del Rey, que nos haga iguales.

TELLO	En què?	
LEONOR	En distribuir-la.	
TELLO	Què es iguales?	
PEREGIL	Què es iguales? igualarsenos querian: somos nosotros gazapos, ò perdigones de rifa?	465
LEONOR	Tan difícil es?	
PEREGIL	Y tanto, que mas presto igualaria unos organos el Rey, que à mi amo con la misma gran Cenobia; què es Cenobia? ni con la Infanta Sevilla, ni la Giralda, aunque fuera mas alta catorce picas, ni aun quince.	470
INÈS	Mire que es falsa.	475
PEREGIL	Por esso ustedes embidan.	
TELLO	Peregil, dexa essas locas.	
LEONOR	Inès, esta demasia pararà en mayor ultrage; quitemonos de su vista.	480
INÈS	Vamos: luego lo veredes.	

(Vanse.)

PEREGIL	Agrages lo pronostica; pero el Rey sale, Señor.	
TELLO	Vive Dios, que està corrida mi vanidad de que el Rey de este modo me reciba.	485

REY.- (Lee.) Y para que si le enoja mi poca fortuna, castigue en mi, no la culpa, sino la desdicha.

TELLO Dè vuestra Alteza la mano::- 505

(Aparte.

Esto conmigo se estila!)

PEREGIL Sientese el buen Aguilera

TELLO Si vuestra Alteza no mira::-

REY.- (Lee.) Que siempre en mi serà de mas precio su desenojo, que mi vida.

El conde de Trastamara.

PEREGIL Tampoco el buen Aguilera
usa en su casa dar silla. 510

TELLO Señor, llamado de vos::-

REY Quièn es?

TELLO Don Tello Garcia.

REY Guardad, Gutierre, essa carta.

(Dale el REY la carta à GUTIERRE, y vanse.)

PEREGIL Este estilo es de Castilla.

TELLO Desprecio à mi? ya se abrasa
el corazon con mas veras. 515

PEREGIL Pues quièn son los Aguileras?
escuderos de mi casa.

TELLO Pues no lo son?

PEREGIL Ya lo infiero.

TELLO En mi sangre es cosa estraña. 520

PEREGIL Mas como es de la Montaña,
anda tonto este Escudero.

TELLO Con las vanidades mias
usa el Rey tal desagrado?

PEREGIL	Señor, le havrà ya informado::-	525
	—18→	
TELLO	De què?	
PEREGIL	De tus niñerías.	
TELLO	Todos con semblante esquivo no hicieron caso de mí.	
PEREGIL	Si han hecho caso de tí, pero ha sido acusativo.	530
TELLO	Pues desprecia mis trofeos, quando me haya menester à Alcalà me vendrà à vèr: vamos de aquí.	
REY	(Sale.) Deteneos.	
TELLO	Señor, yo, porque resista mi pecho à vos el favor::-	535
REY	Quien no me tiene temor, còmo se turbò à mi vista?	
TELLO	Yo no me turbo.	
PEREGIL	Es verdad, que como no ha consumado, aun no està recien casado.	540
REY	Yo harè que os turbeis, llegad.	
TELLO	A vuestros pies, gran señor::- el guante se os ha caído.	
REY	¿Què decis?	
TELLO	Que yo he venido::-	545
REY	¿Dudolo yo?	
TELLO	Si es favor, quando à besaros la mano vengo, que el guante perdais::-	
REY	Què decis? no me le dais?	

TELLO	Tomad.	
REY	Para ser tan vano, os turbais: què os embaraza?	550
TELLO	El guante. (Dale el sombrero por el guante.)	
REY	Este es sombrero, y yo de vos no le quiero sin la cabeza.	
PEREGIL	Zaraza.	
REY	En fin, vos sois en la Villa quien al mismo Rey no dà dentro de su casa silla? el Rico-Hombre de Alcalà es mas que el Rey en Castilla?	555
	Vos sois aquel que imagina, que qualquiera Ley es vana, solo la de Dios es digna? mas quien no guarda la Humana, no obedece la Divina.	560
	Vos quien, como lleguè à verlo, partis mi Cetro entre dos, pues nunca mi firma, ò sello se obedece, sin que vos deis licencia para ello?	565
	Vos quien vive tan en si, que su gusto es ley, y al vellas, no hay honor seguro aqui en casadas, ni en doncellas? esto lo aprendeis de mi?	570
	Pues entended, que el valor sobra en el brazo del Rey, pues sin ira, ni rigor corta, para dar temor, con la espada de la ley.	575
	Y si vuestra demasia piensa que harà oposicion à su impulso, mal seria, que al herir de la razon no resista la osadia.	580

	Para el Rey nadie es valiente, ni à su espada la malicia logra defensa que intente, que el golpe de la justicia no se vè hasta que se siente. Esto sabed, ya que no os lo ha enseñado la ley, que vuestro error despreciò, porque despues de ser Rey, soy el Rey Don Pedro yo. Y si à la Alteza pudiera quitar el violento efeto, cuyo respeto os altera, mi persona en vos hiciera lo mismo que mi respeto. Pero ya que desnudar no me puedo el sèr de Rey, por llegaroslo à mostrar, y que os he de castigar con el brazo de la ley; yo os dexarè tan mi amigo, que no darne cuchilladas querais; y si lo consigo, à cuenta de este castigo tomad estas cabezadas. (Dale contra un poste, y vase.)	585 590 595 600 605
TELLO	Cielos, con tal deshonor, à mi ultrage tan infame! que para esto el Rey me llame!	610
PEREGIL	Doliòte mucho, Señor?	
TELLO	Ay de mi! sin alma debo de sentir pena tan rara:	615
	—19→ conmigo afrenta tan clara?	
PEREGIL	Es por si has menester huevo.	
TELLO	Que el Rey las manos osadas ponga en tan nobles vassallos!	
PEREGIL	Sabe que tienes cavallos,	620

y te dà las cabezadas.

TELLO Mas que el furor de sus manos,
siento que aje mis blasones.

PEREGIL Apriete en los chichones
unos quartos Segovianos. 625

TELLO No pudiera la lealtad
vengarse de este furor,
sin que fuera deshonor
agraviar la Magestad?
Que entonces de mi nobleza 630
el brazo se havia de vèr,
aunque juntasse el poder,
el valor, y la grandeza.
Mas si impulsos soberanos
ofenden el inferior, 635
què valor es, si al valor
ata el respeto las manos?
Fuera en campaña, y no aqui,
y fuera el reñir blason.

PEREGIL Riñe tù con morrion,
que yo apostarè por tì. 640

TELLO Què dices, necio, villano?
tù contra mì el labio mueves?
ni aun con la quexa te atreves
à lo que es poder tirano? 645

PEREGIL Yo no hablo mal de su Alteza.

TELLO Pues, cobarde, por què no,
si me agravia?

PEREGIL Porque yo
escarmiento en tu cabeza.
Mas ya que el dartele plugo, 650
vete, y teme la ocasion,
porque de algun coscorròn
se suele alzar un verdugo.
Y veslo aqui dicho, y hecho,
porque por aquel postigo 655
viene aqui un tropèl de Guardas,
y es mala señal, por Christo,

que tÙ no eres Monumento.

(Salen DON GUTIERRE, DOÑA MARIA, DOÑA LEONOR, y INÈS.)

GUTIERRE	Entren, señoras, conmigo.	
PEREGIL	No es nada lo que và entrando.	660
TELLO	Valgame el Cielo, què miro! aqui està Doña Maria?	
PEREGIL	A fè, que te la han traido antes que ella haya llegado.	
GUTIERRE	Don Tello, como Ministro, à quien esta diligencia encarga el Rey, he venido à que aqui reconozcais estas señoras.	665
PEREGIL	Què lindo! con esto à mì me dàn sogas.	670
TELLO	Ya las he reconocido, una porque fue mi dama, y otra porque solicito que sea mi esposa.	
LEONOR	Tened; la dama, si hablais conmigo, lo fue por vuestra traicion, porque yo del honor mio dueño os hice, con palabra de esposo.	675
TELLO	Quièn os ha dicho, que yo lo niego? es verdad.	680
LEONOR	Pues si vuestra dama he sido, à lo que es engaño vuestro, no llameis intento mio.	
MARIA	Y si hacerme vuestra esposa queriais, no con motivo	685

de voluntad en mi afecto,
sino tirano, y altivo,
robandome de mi esposo,
que os eligiò por padrino.

TELLO	Todo es assi; mas què importa, que yo de un pobre hidalguillo quite, ò robe la muger, quando atento se la quito antes que su esposa sea?	690
GUTIERRE	De lo que haveis respondido harè informacion al Rey.	695
TELLO	Decidle, que yo lo digo; y si esto tiene por culpa, que merezca su castigo, se acuerde que le defiendo sus Reynos.	700

(Sale DON RODRIGO.)

RODRIGO	Arrepentido de cobarde, espero aqui à Don Tello: mas què miro! aqui estàn èl, y mi esposa; quien halla lo que ha perdido, en qualquiera parte puede cobrarlo, y el honor mio	705
---------	--	-----

—20→

està en tu vida.

(Saca la espada.)

GUTIERRE	Què es esto?	
PEREGIL	Que ha venido su marido.	
GUTIERRE	El Rey sale, deteneos.	710
REY	(Sale.) Què es esto?	

TELLO	Haverse atrevido un hidalgo à mi persona, por haver acaso visto, que no me dà vuestra Alteza el honor de que soy digno.	715
RODRIGO	Yo le hallè aqui con mi esposa, y aqui cobrarla he querido.	
REY	Pues en Palacio? prendedlos.	
RODRIGO	Pues Señor, no me haveis dicho, que puedo cobrar mi honor, sin que cometa delito?	720
REY	No aqui, ni en esta ocasion, donde perdeis atrevido à mi decoro el respeto, y el temor à mi castigo. Llevadlos; y advertid vos, que es Don Pedro el que lo dixo, y quien os prende es el Rey.	725
TELLO	Yo solo las armas rindo à vuestra Alteza.	
MARIA	Señor, yo por mi esposo os suplico.	730
REY	Ya ninguno podrá serlo de los dos, y assi os aviso, que os retireis à un Convento, ò busqueis otro marido.	735
MARIA	Temblando voy de su vista.	
GUTIERRE	Venid entrambos.	
RODRIGO	Ya os sigo.	

(Vanse.)

REY	Esperad, Don Tello, vos: Gutierre, què ha respondido
-----	---

	para lo que prometìò tengo sobrada nobleza; mire aora vuestra Alteza, si me la debe cumplir, porque yo no he de salir sin la mano, ò la cabeza.	780
TELLO	Los Ricos-Hombres no pueden morir por esos delitos.	
REY	Quièn estableciò essa ley?	
TELLO	Privilegios concedidos de Reyes, abuelos vuestros, à los que Grandes nacimos.	785
REY	Seràn mas Reyes que yo?	
TELLO	No Señor.	
REY	Pues si lo mismo soy yo que ellos, de la ley es àrbitro quien la hizo, y yo la sabrè guardar quando importe à mis motivos, y derogarla tambien, para hacer justo castigo. Si vos prometisteis ser esposo suyo, cumplidlo, porque no os arriesgue el alma	790
	—21→ con la vida esse delito. Mas si debeis, ò no, hacerlo, no me toca à mì inquirirlo, sino à vuestro Confessor; consultadle esse peligro, porque que os caseis, ò no, mañana, por plazo fixo, os cortarè la cabeza: llevadle ahora al Castillo. (Vase.)	795
TELLO	Cielos, què es esto que escucho!	800
PEREGIL	Cascaras, dixo Andresillo.	805

TELLO	Aqui no hay apelacion?	810
GUTIERRE	La de hacer lo que os ha dicho, si importa à vuestra conciencia, porque el Rey ha de cumplirlo.	
TELLO	Bien podrà por la grandeza; mas si pudiera mi brio, depuesta la Magestad, que confieso que he temido, yo hiciera::-	815
GUTIERRE	Vamos, que esto es justificar el castigo.	
TELLO	En fin, vamos à morir?	820
LEONOR	Que en fin, D. Tello, has querido dar primero la cabeza, que la mano?	
TELLO	Ya es preciso lo que el poder quiere.	
PEREGIL	Inès, si te acuerdas, pues ha sido todo manos, y cabezas, fue en Sabado este delito?	825
INÈS	Si tù huvieras dicho Lunes, no hubiera en Sabado sido.	
PEREGIL	Mal haya mi lengua infame.	830
TELLO	Ya no hay que tratar, amigo, sino de enmendar el yerro.	
LEONOR	Si esso intentas, aun resquicio abre à la piedad el ruego.	
TELLO	Ya no podràs conseguirlo.	835
LEONOR	Pues tù querràs ser mi esposo?	
TELLO	No lo querrà el alvedrìo, mas querràlo la violencia.	
LEONOR	Pues yo à hallar piedad me obligo.	

TELLO	Ya, Leonor, serà impossible.	840
LEONOR	Por què?	
TELLO	Porque el Rey lo ha dicho.	
LEONOR	La amenaza, no es palabra.	
TELLO	Tengole muy ofendido.	
LEONOR	Ha, don Tello, à què mal tiempo reconoces tus delitos!	845
TELLO	Ay, Leonor, què tarde vuelvo à mi olvidado cariño!	
LEONOR	Yo irè à llorar.	
TELLO	Yo à morir.	
LEONOR	Yo à solicitar tu alivio.	
TELLO	Ya, Leonor, mi vida es tuya, no defiendes lo que es mio. (Vase.)	850
LEONOR	Cielos, siempre un desdichado halla entre otro mal su alivio. (Vase.)	
PEREGIL	A buen tiempo se requiebran.	
INÈS	Peregil?	
PEREGIL	Repollo mio?	855
INÈS	Tù no me daràs la mano?	
PEREGIL	Antes yo à ti te la pido, porque voy à dar un salto.	
INÈS	No te has de casar conmigo?	
PEREGIL	No.	
INÈS	Pues te llevará el diablo.	860
PEREGIL	Menos mal serà.	
INÈS	Què has dicho?	
PEREGIL	Que mas demonio me lleva,	

si yo me caso contigo.

	sentencia esquiva de muerte: bien, que admite apelacion, y con essa pretension à Palacio de esta suerte vengo à vèr, si rigor tanto puede mi llanto templar.	35
LEONOR	Pues de essa suerte, ayudar nos podemos con el llanto.	40
INÈS	Señora, al llanto te agarra, y lloremos à la par, que mas facil de templar serà un Rey, que una guitarra. Que si à sollozos, y llantos su dureza enternece, siendo Pedro, al Rey dirèmos: Parece que somos Santos.	45
LEONOR	Pues al passo le esperemos, que por aqui ha de salir.	50
INÈS	Dios nos lo dexè plañir de modo, que le ablandemos.	

(Salen el REY, DON GUTIERRE, y Criados.)

REY	Cerrad, Gutierre, essa puerta, que no ha de salir de aqui::-	
GUTIERRE	Quièn, Señor?	
REY	Estoy sin mi! quien entrò, no estando abierta.	55
GUTIERRE	Aqui, Señor, nadie ha entrado, que dè à tu enojo ocasion.	
REY	Què me quiere esta ilusion? no dà à mi valor cuidado tanto marcial desacierto, ni se le dieron esquivos tantos enemigos vivos,	60

	que si os mira como à Dios, fuerza es que venga à pedir.	100
REY	Justicia me haveis pedido, y ya la he mandado hacer.	
LEONOR	Pues lo mismo viene à ser, Señor, lo que aora pido, pues segun de vos se indicia, por ser imagen de Dios, lo mismo ha de ser en vos la piedad, que la justicia. Pues si arrepentido el hombre llegais, gran Señor, à vèr, tener piedad, es hacer justicia con otro nombre.	105 110
MARIA	Yo, Señor, del mismo daño temerosa, à vuestros pies, por ser del mismo interès,	115
	—23→ su peticion acompaño.	
REY	Què pedis?	
LEONOR	A vuestra Alteza, yo por entrambas, Señor, lo dirè, aunque con temor de enojar à vuestra Alteza.	120
REY	La peticion que no es buena, nunca ofende la razon, que una injusta peticion negandola se condena. Y aunque la vuestra haya sido no justa, escucharla es ley, que à una, y otra debe el Rey tener igual el oido. Que èl por si nada resuelve, mas con cuerda distincion dexa entrar à la razon, y à la sinrazon la buelve.	125 130
LEONOR	Pues, generoso Don Pedro,	

cuya justicia la fama
 pondera tanto, que puede 135
 por exceso la alabanza:
 Yo, que mi honor ofendido,
 por lavar la obscura mancha,
 invoquè de vuestro brazo
 la proteccion soberana, 140
 en vuestra heroica justicia
 provoquè de ofensa tanta,
 que ya mi honor su castigo
 tanto oprime, como ampara.
 Del delito de Don Tello 145
 venganza os pidiò mi fama,
 mas ya aunque es justo el castigo,
 es injusta la venganza.
 Para merecer la pena
 bastò el desprecio, la sacra 150
 violencia de la justicia,
 que vuestro valor iguala:
 mas para no padecerla,
 tambien à la ley le basta,
 que arrepentido la tema, 155
 el que ciego la quebranta.
 De ser mi esposo Don Tello
 me cumple ya la palabra,
 si el negarla le condena,
 el cumplirmela le salva. 160
 Revoque, pues, la piedad
 lo que la justicia manda,
 porque en su muerte, Señor,
 soy yo la mas castigada.
 El pierde la vida, y yo 165
 pierdo la vida, y la fama,
 en quien teniendo mi honor,
 se hizo ya prenda del alma.
 Ya quien me ofendiò, me obliga,
 que en quien se arrepiente, y llama, 170
 lo que como agravio irrita,
 ya como lisonja alhaga.
 Ya, gran Señor, de Don Tello
 bolviò à las culpas ingratas
 la cara vuestro rigor, 175

vuestro desprecio la espalda.
 Y pues de una, y otra siente
 ya el castigo, esso le basta:
 què tiene que hacer el golpe
 en quien rindiò la amenaza? 180
 Vuestra piedad solicita,
 y ya postrado la aguarda:
 para quièn se hizo el perdon,
 si el rendido no le alcanza?
 En un castigo, Señor, 185
 de quien mereciò su saña,
 la justicia es quien condena,
 y el poder es el que mata.
 Pues si el poder os confiessa
 su rendimiento, à què passa 190
 la execucion del castigo,
 si mas blason os alcanza
 lo que la justicia enmienda,
 que lo que el poder acaba?
 Del arbol que al suelo inclina 195
 las ramas, que vicio alarga,
 por no malograr el fruto,
 mas dignos son de alabanza
 los que la rama enderezan,
 que los que cortan la rama. 200
 Si la victoria sin sangre
 mas al vencedor alaba,
 logre aqui vuestra justicia
 tan victoriosa alabanza.
 Justicia es cortar el passo 205
 à una vida que và errada:
 mas justicia, y providencia,
 hacerla buena de mala.
 Para que sirva un vassallo
 con fè pronta, firme, y grata, 210

—24→

es deuda en vos prevenirle
 el premio de la esperanza.
 Pues si le teneis mas fijo
 aqui, por razones tantas,
 para lograrle mas firme, 215

	<p>menos costa, y mas ventaja serà omitir un castigo, que conceder una gracia. Y si aqui vuestra grandeza la ha de conceder, logradla en el amor de las dos, pues conducidas entrambas de una amorosa violencia, venimos à vuestras plantas: que aunque amor en nuestro oïdo es indecente palabra, el ser de nuestros esposos la buelve decente, y casta. Muevaos, Señor, el perdon el justo dolor, que causa en nuestro amor su castigo; la piedad, que mas ensalza el nombre de Justiciero; la Justicia, que es mas sacra con freno, que con azote; la Corona, que avassalla mas al perdon, que al castigo; la Ley, que es mas soberana por las hojas de la oliva, que los filos de la espada: Que quando no sea en Don Tello cierta la enmienda, mas falta es perder un buen vassallo, que daño el que le amenaza.</p>	<p>220 225 230 235 240</p>
REY	<p>Ya venis tarde, Señora, pues de Don Tello la causa tiene ya justa sentencia, que de mi mano firmada, justicia, y piedad supone, y la concuerdan entrambas.</p>	<p>245 250</p>
MARIA	<p>Pues, Señor, mi peticion, no siendo la culpa tanta de Don Rodrigo mi esposo, halle en el rigor templanza.</p>	
REY	<p>Tambien respondi à la vuestra:</p>	<p>255</p>

	ya estais las dos despachadas.	
INÈS	Yo, Señor, tambien soy parte, que si à Peregil me matan, no tengo con que comer carnero ya, sino baca.	260
LEONOR	Señor, aunque haya sentencia, dueño sois de revocarla; mi pena, y mi llanto os muevan, y el honor que me restaura.	
INÈS	No le deguellen, que harto se deguella èl, si se casa.	265
REY	La peticion, que propuesta no me ofendiò, replicada merecerà de mi enojo el castigo; despejadlas, Gutierre.	270
GUTIERRE	Salid, señoras.	
LEONOR	Què entereza tan estraña!	
MARIA	Què semblante tan severo!	
INÈS	Y què acedo de palabras!	
LEONOR	Temblando voy de su vista.	275
INÈS	Vamos, que pienso que habla ciruelas por madurar.	
LEONOR	Murieron mis esperanzas.	

(Vanse.)

REY	No solo por mi justicia ha de quedar castigada para exemplo à mis vassallos de este loco la arrogancia, mas tambien por mi valor ha de conocer, que basta	280
-----	--	-----

(Vanse.)

(Salen el SECRETARIO con unos papeles, DON TELLO y un criado.)

SECRETARIO	En los Decretos del Rey pone nuestra diligencia solamente la obediencia; ya veis, Don Tello, que es ley cumplir assi su precepto; ya no hay que apelar al brazo, sino aprovechar el plazo, que os señala este Decreto: mostrad valor, y prudencia.	320 325
TELLO	Esso es mas que morir? pues què valor menester es para morir con violencia?	330
SECRETARIO	Que tengais, deciros quiero, valor para resistir.	
PEREGIL	Claro es, que para morir, antes es menester miedo.	
TELLO	Mas quando no me perdona, mira el Rey, pues yo le irrito, la calidad del delito, y no la de mi persona. Esto el Rey lo puede hacer, pero atienda su rigor, que no me vence el valor, si me condena el poder. Y que si fuera me hallàra de la prision, ser pudiera, que en sus Ministros no huviera quien à prenderme llegàra.	335 340 345
SECRETARIO	Pues què pudierais hacer para intentaros librar?	

PEREGIL	Pues le quiere usted quitar lo que pudiera correr? notifique usted, y tassa no ponga en nuestro poder.	350
SECRETARIO	Pues què pudiera correr?	
PEREGIL	Mas que un alquiler de casa.	
TELLO	No es tiempo de repugnallo, y assi, yo he de obedecello.	355
SECRETARIO	Esso es lo mejor, Don Tello.	
TELLO	Pues ya otro medio no hallo, à Leonor haced venir, que pues lo ordena mi estrella, me desposarè con ella.	360
SECRETARIO	Esso voy à prevenir. (Vase.)	
CRIADO	Vos tambien ya havreis oido, que à muerte estais condenado.	
PEREGIL	¿Hàmelo notificado?	365
CRIADO	Pues no?	
PEREGIL	Pues no lo he entendido.	
CRIADO	Còmo no?	
PEREGIL	Digo que no, buelva usted, y no replique.	
CRIADO	Para què?	
PEREGIL	Usted notifique, hasta que lo entienda yo.	370
CRIADO	Pues oiga, que dice assi, y en la misma causa escritos: Por complice en sus delitos à Peregil.	
PEREGIL	Tenga ahi; y de vèr me haga merced si dice à Pedro Gil.	375

CRIADO Aqui dice, Peregil.

PEREGIL Pues deletreelo usted.

CRIADO Peregil dice: hay tal caso!

PEREGIL Es verde la letra?

CRIADO No. 380

PEREGIL Pues còmo puedo ser yo?
hay Peregil negro acaso?

CRIADO Essos son vanos atajos;
sentenciado està ustè
à muerte de horca.

PEREGIL De què? 385

CRIADO De horca.

PEREGIL Y es de ajos?

CRIADO Prevengase.

PEREGIL Que mis castos
deseos mueran al viento!

CRIADO Què dice?

PEREGIL Que solo siento
morir en el tres de bastos. 390

CRIADO Haga lo que su señor.

PEREGIL Diga que me manden dar
termino para embiar
à llamar mi Confessor.

CRIADO Yo le traerè: dònde està? 395

—26→

PEREGIL No està muy lexos de aqui,
en Londres.

CRIADO En Londres?

PEREGIL Si,
que es Canonigo de allà.

CRIADO Que piense esse desvario!

	un Frayle le harè embiar.	400
PEREGIL	Yo no me he confessar sino en Inglès, señor mio.	
CRIADO	Pues mañana esos cuidados perderà: à Dios. (Vase.)	
PEREGIL	Què es mañana? que ni en toda esta semana puedo pensar mis pecados.	405
TELLO	Peregil, esto es violencia, pero es justicia tambien; y con Dios ponernos bien es la mejor diligencia.	410
PEREGIL	Yo morir haciendo gestos? ajusticiados los dos? aunque puestos bien con Dios, no quedamos muy bien puestos. Mañana, en fin, por mì anda la campanilla, y los gritos: què gran dia de Coritos, si les toca la demanda! que todo el dia es tragar lo que juntan en su nombre, para hacer bien por el hombre, que sacan à ajusticiar.	415 420
TELLO	Ya và obscureciendo el viento la noche lóbrega, y triste, que parece que la viste su trage mi pensamiento.	425
PEREGIL	El mio no, que es morado, y tira algo à columbino.	
TELLO	Por què?	
PEREGIL	En la lengua imagino, que he de salir ahorcado.	430
TELLO	No hay luz en este Castillo?	
PEREGIL	Impiedad es no la dar,	

viendo aqui para espirar
dos hombres de garrotillo.

TELLO Mala noche.

PEREGIL Pues paciencia, 435
que à mi peor me lo aplican,
que como es de salto, pican
las pulgas de la sentencia.

TELLO Ya mi desdicha el consejo 440
de no malograrla tomo.

PEREGIL Pues por Dios, que es bravo, como
pensar en el cordelejo.

TELLO O es el temor que resisto,
ò el postigo abriendo està
del Castillo: quièn seràn? 445

PEREGIL Un Confessor con un Christo.

(Salen el REY, y DON GUTIERRE.)

REY Desde aqui os podeis bolver.

GUTIERRE Solo à obedecerte assisto.
(Vase.)

PEREGIL Muy devoto soy de Christo,
y èl me ha de favorecer. 450

TELLO Quièn và?

REY Es Tello?

TELLO Tello soy,
quièn lo pregunta?

REY Quien viene
à daros vida, y previene
vuestra libertad.

PEREGIL Ya voy.

TELLO Detente: quien sois decid, 455

porque sepa con quien hablo.

PEREGIL Librenos, y sea el diablo.

REY Un hombre soy de Madrid.

PEREGIL No le negueis la verdad,
que Confessor os creia, 460
y os darèmos Señoria,
si no sois Paternidad.

REY No està de mi assegurada
la verdad?

TELLO En vos se vè.

PEREGIL Tientale.

TELLO Pues para què? 465

PEREGIL Por si trae Christo, ò espada.

REY No dudeis, que soy un hombre,
que os viene à dar libertad,
traïdo de la piedad
à que mueve vuestro nombre; 470
que soy un hidalgo creed,
que vengo à esta diligencia.

PEREGIL Os creemos Reverencia,
y os dudamos la Merced.

TELLO Pues què intentais?

REY Tendrèis, pues, 475
valor para aqueste excesso?

PEREGIL No preguntéis para esso
por valor, sino por pies.

TELLO Mucho extraño, si sabeis
quien soy, de que hayais dudado 480
valor à mi pecho osado.

REY Pues seguidme, si quereis,
que del Rey la sinrazon

—27→

no se logre.

TELLO	No logràra, si el poder no lo intentàra.	485
PEREGIL	Vive Dios, que es un Neròn, cara de Sardanapalo, que de si dà testimonio.	
REY	Es mal hombre.	
PEREGIL	Y mal demonio, que aun para diablo era malo.	490
TELLO	Pues con toda essa fiereza, yo de encontrarle me holgàra, donde no me embarazàra el respeto de la Alteza.	
PEREGIL	Le hicieras mil rebanadas, que yo, por vida de San, de solo comer tu pan estoy, que broto estocadas.	495
REY	Ya yo sè, que sois brioso, y à vuestro brio inclinado, libertad oy he intentado de aficionado, y piadoso.	500
TELLO	Pues quièn sois?	
REY	No es para aqui, que arriesga la dilacion mi noble resolucion.	505
PEREGIL	Pues què esperais, pesia mi?	
REY	Seguidme los dos.	
PEREGIL	Corred presto, Señor.	
TELLO	Quièn serà quien este favor nos dà?	
PEREGIL	Si es Frayle de la Merced?	510

(Vanse.)

(Salen el INFANTE DON ENRIQUE, y MENDOZA, Criado.)

ENRIQUE	En esos àlamos queden los cavallos hasta el dia, y la gente.	
MENDOZA	La porfia del sueño vencer no pueden.	
ENRIQUE	Aqui quiero que aguardemos al Sol, para entrar de dia.	515
MENDOZA	Temo à tu hermano.	
ENRIQUE	Porfia en tus temores, y extremos: què temes de èl?	
MENDOZA	Que te tiene embidia por tu valor, y es poderoso.	520
ENRIQUE	El temor de la culpa te previene; mas tus recelos son vanos, que el delito hace el temor.	
MENDOZA	Pues què delito mayor, si hay odio entre dos hermanos, que atropellar qualquier ley?	525
ENRIQUE	Vete, Mendoza, à la mano, que es ofender en mi hermano, y es irritarme en mi Rey. La mano vengo à besar, porque licencia me ha dado, y haviendo à sus pies llegado, nada puedo aventurar; y pues de su enojo injusto	530 535

es causa mi adversa estrella,
no quiero mas logro de ella,
que morir dandole gusto.

MENDOZA

Gente parece que viene
àzia aqui.

ENRIQUE

Guardas seràn
del campo, que en vela estàn;
que no nos vean conviene.

540

MENDOZA

Bien serà que te repares,
que aqui se vàn acercando.

ENRIQUE

Pues vamonos retirando
à orilla de Manzanares.

545

(Vanse.)

(Salen el REY, DON TELLO GARCIA, y PEREGIL.)

REY

Ya en este Parque estamos mas seguros.

TELLO

Alexemonos algo de los muros,
que temo mucho al Rey.

REY

Pues teneis miedo
del Rey?

TELLO

Si lo obràra su denuedo,
y cuerpo à cuerpo aqui yo le encontràra,
pudiera ser que el miedo se trocàra;
pero riñe el poder con muchas manos,
con quien los brios son alientos vanos.

550

PEREGIL

Y luego tiene para ser valiente
una cara de Sàtiro de fuente,
que entre sus tentaciones pensar puedo,
que al mismo san Anton le diera miedo.

555

REY	Ya que solos estamos, sabed, Tello, que el libertaros me movió à emprendello vuestro valor.	560
TELLO	Y yo saber deseo à quièn debo favor como el que veo.	
REY	Este Criado ir puede à aquel molino à traer una luz, que aqui previno para esto una linterna mi cuidado, porque me conozcais, y asegurado de quien yo soy, busquemos los cavallos, por si no acierto donde pude atallos.	565
PEREGIL	Y àzia dònde, Señor, nos encaminas? porque yo tendrè miedo en Filipinas.	570
—28→		
REY	Portugal, ò Aragòn seràn reparo, porque sus Reyes os daràn amparo, que aqui os darè yo letras, y dineros.	
TELLO	Mas que librarme, espero conoceros.	
PEREGIL	Dineros, y letras? vengan al instante, que porque nuestro gozo te los cante, las pondrèmos en solfa en el camino, para que tengan fuga: mas yo inclino mis pasos à Aragòn.	575
REY	Por què lo intentas?	
PEREGIL	Porque yo tengo alli muchas parientas.	580
REY	Si allà tienes parientes, bien esperas.	
PEREGIL	Soy por vinoso deudo de las peras.	
REY	Pues vè à traer la luz.	
PEREGIL	Irè bolando, y por las letras me vendrè cantando. (Vase.)	
REY	Un bulto àzia aqui viene.	
TELLO	Sin espada no puedo conocerle.	585

TELLO Bolveis vos lo que se pierde?

REY Yo mostrarè à estocadas lo que hablo,
si no se và de ài.

TELLO Valgalo el diablo.

REY Vayase, ò le echarè de aqui al momento. 610

TELLO Quàntos vienen con èl para el intento?

REY En mì viene quien sobra.

TELLO Muy pocas penas trae para la obra.

REY Pues comiencelo à vèr.

TELLO Què lindo tema!
què en fin quereis reñir?

REY Donosa flema! 615
ò arrojarèle de ài.

TELLO Tenga paciencia,
que yo le hartarè presto de pendencia;
acerqueseme un poco.

(Riñen.)

REY Riña, y calle.

TELLO No quiero yo cansarme por matalle;
pulso tiene por Dios, y trae la espada
no mal alicionada. 620

REY **(Aparte.)**
Bien repara, y bien tira;
valor tiene, ya es menos mi ira,
que le cobro aficion.

TELLO Que hombre haya havido,
que solo me resista! estoy corrido. 625

REY Vive el Cielo, que Tello se defiende,
casi me dà cuidado, mas pretende
ya de mi furia resistirse en vano.

TELLO La espada me has sacado de la mano.
(Caesele la espada.)

REY Tomala.

TELLO Còmo puedo, 630
si la fuerza perdi?

REY Me tienes miedo?

TELLO Miedo no, ãbidia sÌ, pues me has vencido;
mover no puedo el brazo: hõbre atrevido,
quièn eres? que no sabes quanta gloria
te dà el haver logrado esta victoria. 635

REY No me conoces?

TELLO No.

REY Luego yo solo,
sin ãel ser yo quien soy sea circunstancia,
confiessas que he vencido tu arrogancia?

(Sale PEREGIL con una luz.)

TELLO No te lo puedo negar.

PEREGIL Vengan letras, y dinero, 640
que ya està la luz aqui:
San Pablo! què es lo que veo!

REY Al Rico-Hombre de Alcalà
à los pies del Rey Don Pedro.

PEREGIL San Miguèl està al revès. 645

TELLO Vos, sois, Señor?

REY Sì, Don Tello,
que lo que tù deseabas

te he mostrado cuerpo à cuerpo,
parando tu vanidad,
porque veas que eres menos, 650
que el Clerigo, y el Cantor,

—29—

que matè, acaso riñendo
con mas aliento que tù,
para que sepas, que puedo
hacer hombre con la espada, 655
lo que Rey con el respeto.

TELLO Yo lo confieso.

REY Pues ya
que por mì mismo te venzo,
y sabes que te venci 660
en tu casa por modesto,
y por Rey en mi Palacio,
y en estos tres vencimientos
me has admirado piadoso,
valiente, y justiciero: 665
vete, pues te dexo libre,
de Castilla, y de mis Reynos,
porque si en ellos te prenden,
has de morir sin remedio;
porque si aqui te perdono, 670
allà, como Rey, no puedo,
que aqui obra mi bizzarria,
y allà ha de obrar mi consejo.
Allà la ley te condena,
y aqui te absuelve mi aliento;
aqui puedo ser bizzarro, 675
y allà he de ser justiciero;
allà he de ser tu enemigo,
y aqui ser tu amigo quiero,
que allà no podrè dexar
de ser Rey, como aqui puedo; 680
porque para que riñesses
sin ventaja cuerpo à cuerpo,
me quitè la Alteza, y solo
vine como Cavallero.

TELLO	Sin mi estoy! y con mas fè tu Magestad reverencio, admiro tu bizarria, y tu valentia tiemblo, juzgando gloria el castigo, y honor este vituperio, porque tù solo podràs postrar mi valiente pecho; y assi, dexando à Castilla, tu voluntad agradezco.	685 690
PEREGIL	Y yo, Señor, de memoria, tomando tan buen consejo, obedezco en tu mandato voluntad, y entendimiento, y con mis cinco sentidos voy à correr como un viento, que no quiero como un galgo, por temer tu pan de perro.	695 700
REY	Junto à aquel olmo està un hombre con cavallos, y dineros, que esto, Garcia, es ser Rey, y esto es ser valiente, Tello.	 705
TELLO	Todo, Señor, lo conozco.	
REY	Pues no dilateis el riesgo.	
PEREGIL	Què es dilatar? vamos de esta.	
TELLO	Mil veces tus plantas beso.	710
REY	Idos presto.	
PEREGIL	Agur jaunà.	
TELLO	Corrido voy.	
PEREGIL	Vamos luego.	
TELLO	Vamos.	
PEREGIL	Lleve el diablo el alma que gastàre cumplimientos.	

(Vanse.)

REY	Glorioso quedo de haver ganado en un vencimiento dos triunfos, que en un rendido malogra el golpe el trofèo: ya el Alva està muy vecina, cerca aqui à Palacio tengo.	715 720
MUERTO	(Dentro.) Piedra has de ser en Madrid.	
REY	Què escucho! valgame el Cielo! esta voz, que en mis oídos tanto horror hacen sus ecos, buelvo à oír; pero què importa, si es ilusion que padezco? recogerme quiero.	725

(Sale un muerto con ALBA, y MANIPULO, de Clerigo.)

MUERTO	Aguarda.	
REY	Quièn me llama?	
MUERTO	Yo.	
REY	Què veo! sombra, ò fantasma, què quieres?	
MUERTO	Decirte, que en este puesto has de ser piedra en Madrid.	730
REY	Què pregon me estàs haciendo, que assi en Madrid me persigues?	
MUERTO	Llega, si quieres saberlo, y en el brocal de este pozo, que està arrimado à este Templo, venerable, como humilde, glorioso, como pequeño,	735

por haverlo edificado
Santo Domingo, assistiendo
el Serafico Francisco
en su fabrica, podemos

740

—30—
sentarnos.

REY
Viene ya el dia,
y detenerme no puedo.

MUERTO
Sientate, que esso es temor.

745

REY
Por desmentirte me siento;
ya estoy sentado, prosigue.
(Sientase.)

MUERTO
Conocesme?

REY
Estàs tan feo,
que no me acuerdo, sino que eres
demonio, que persiguiendo
me estàs.

750

MUERTO
No, buelve à sentarte.

REY
Si harè.

MUERTO
Yo, Neròn sobervio,
soy el Clerigo à quien diste
de puñaladas.

REY
Yo?

MUERTO
Es cierto.

REY
Mas anduviste atrevido,
y aunque fue justo tu zelo,
ni à mì Rey me respetaste,
ni era tuyo aquel empeño.

755

MUERTO
Es verdad, mas te amenaza
con el mismo fin el Cielo
con este agudo puñal,
con el qual tu hermano mesmo,
de tus ciegos precipicios
darà à Castilla escarmiento.

760

REY	A mi hermano? què dices? suelta el puñal.	765
MUERTO	Ya le suelto. (Dexa caer el puñal, y queda clavado en el tablado.)	
REY	Si te pudiera matar otra vez, te hubiera muerto.	
MUERTO	Dia de Santo Domingo me mataste.	770
REY	Y què es tu intento?	
MUERTO	Advertirte, que Dios manda, que fundes aqui un Convento, donde en Virgines le pagues lo que le hurtaste en desprecios: clausuras honren clausuras; prometeslo?	775
REY	Si prometo: quieres otra cosa?	
MUERTO	No, queda en paz, labrale luego, porque has de vivir en èl en alabastros eternos.	780
REY	Esso es ser piedra en Madrid?	
MUERTO	Si, piedra en Madrid es esto, y dame aora la mano (Dale la mano.) en señal del cumplimiento.	785
REY	Si doy; pero suelta, suelta, que me abrasas, vive el Cielo.	
MUERTO	Este es el fuego que passo, de donde salir espero quando la fabrica acabes.	790
REY	Suelta, que sufrir no puedo, vive Dios::-	
MUERTO	En esse ardor teme, Rey, el del Infierno.	

(Vase.)

REY Vive Dios, que à ser possible,
te hiciera atomos mi aliento: 795
mas valgame Dios! què digo?
harè edificar el Templo,
porque por èl se revoque
lo que me amenaza el Cielo.
Mas ya tras el Alva el dia 800
viene aprisa; gente sienta,
y el retirarme es forzoso.

(Salen el Infante DON ENRIQUE, y MENDOZA, Criado.)

ENRIQUE El es, Mendoza, lleguemos.

REY Por el postigo del Parque,
que cae alli, entrarme quiero 805
antes que me reconozcan.
(Vase.)

ENRIQUE Mi hermano es, viven los Cielos,
y ya por aquel postigo
se entra al Palacio: què harèmos?

MENDOZA No darse por entendido,
pues tù no sabes què empeño 810
le ha detenido esta noche.

ENRIQUE Llama à los criados luego:
mas valgame Dios! puñal
no es aquel? terrible encuentro! 815

MENDOZA Antes, di, terrible azàr.

ENRIQUE Què, està clavado en el suelo?
algo tengo de Mendoza,
mas no creo estos agujeros:
muestra.
(Toma el puñal.)

MENDOZA Prenda es de valor. 820

GUTIERRE	Señor, ya se sabe en todo el Pueblo, que Don Tello se ha escapado.	850
REY	Grande fue su atrevimiento: haced que luego le sigan, que ha de ser el escarmiento de Castilla su castigo: y llamad à los Maestros, que hayan de venir conmigo à vèr la planta del Templo, que labro à Santo Domingo, donde he de hacer un Convento de Monjas, que le dè honor à Madrid, donde deseo, que mi hija Doña Juana tome el Avito primero: donde se cayò el puñal, la Capilla hacer pretendo.	855 865
GUTIERRE	Sin duda se te ha caído, pues sola la bayna veo.	
REY	Junto al pozo le olvidè: por azàr perderle tengo.	
DENTRO	Llevenle luego al Castillo.	870
REY	Mirad, Gutierre, què es esso: si à Don Tello havrà hallado. (Aparte.)	
GUTIERRE	Voy à obedecerte luego. (Vase.)	
REY	Haver perdido el puñal, me ha dado gran sentimiento.	875
ENRIQUE	Pues, Señor, no està perdido, que à quien desvela el deseo de servirte, le ha traído, por lograr este contento.	
REY	(Aparte.) Valgame el Cielo! què miro! mas pesar me ha dado el verlo	880

en mi hermano, que el perderle,
 pues quando me avisa el Cielo,
 que me ha de matar mi hermano
 con este mismo instrumento, 885
 con temor, y horror le miro;
 mas dissimularlo quiero.)
 Enrique, llega à mis brazos.
 ENRIQUE Y el alma, Señor, en ellos
 te darè.

(Abrazanse.)

REY Què haces, traidor? 890
 Hà de mi Guarda, prendedlo,
 matadlo.

ENRIQUE Señor, què dices?

REY Tù con el puñal sangriento
 me quieres quitar la vida,
 tù me has herido, prendedlo. 895

ENRIQUE Señor, à tus pies està.

REY Damele, que con èl mesmo
 te he de matar.

ENRIQUE Gran Señor,
 humilde, y rendido vengo;
 y si mi humildad te enoja, 900
 besandole te le buelvo,
 como quien de su castigo
 besa humilde el instrumento.

REY Alza, Enrique, de mis pies,
 que en los Decretos del Cielo
 nada es el hombre, y las obras
 executan sus Decretos:
 què loca ilusion me assusta! 905

UNOS **(Dentro.)**
 Entrad à dentro.

REY Què es esso?

(**Salen** DON GUTIERRE, DOÑA LEONOR, y DOÑA MARIA.)

GUTIERRE	Señor, las Guardas del campo iban siguiendo à Don Tello, y los criados del Infante, sin conocerle, creyendo que fuesse algun malhechor,	910
	—32— le detuvieron à tiempo, que ya iban à prenderle, y le traen.	915
REY	(Aparte.) Mucho lo siento, porque es preciso que muera.	
ENRIQUE	Mis criados le prendieron, ya es empeño el ampararle.	920
LEONOR	Señor, à tus plantas vuelvo, porque te hace mas deidad, aunque te ofenda, mi ruego.	
MARIA	Mirad, Señor, nuestro llanto.	
REY	Gutierre, llevenle luego à executar la sentencia; no entre aqui, y el privilegio de verme la cara alegue.	925
ENRIQUE	Señor, si el merecimiento de haver entrado en tu gracia puede alcanzar este premio, te pido que le perdones, y sea aquesse el primero favor que de ti reciba, para empeñar mis alientos en las glorias de servirte.	930 935

REY Muy poderoso es tu ruego,
 hermano, su vida es tuya.

ENRIQUE Mil veces tus plantas beso.

REY Venga èl, y Don Rodrigo. 940

(Salen DON TELLO GARCIA, DON RODRIGO, PEREGIL, y acompañamiento.)

GUTIERRE Aqui estàn todos.

PEREGIL Laus Deo.

TELLO Y yo rendido à tus plantas.

REY Dad la mano à Leonor, Tello.

TELLO Ya se la doy con el alma.
 (Dale la mano à DOÑA MARIA.)

LEONOR Dulce fin de tanto empeño. 945

RODRIGO Tambien yo à Doña Maria.
 (Dale la mano à DOÑA MARIA.)

MARIA Tu vida es la que yo aprecio.

PEREGIL Oigan ustedes, que falta
 aqui lo mejor del cuento;
 y es, que sepan, que aqui acaba 950
 el Valiente Justiciero.

FIN.

En el mayor imposible nadie pierda la esperanza
Agustín Moreto



**En el mayor imposible
nadie pierda la esperanza
Agustín Moreto**

PERSONAJES

DON FELIPE, *tío de*

DON MANUEL.

DON ANTONIO,

padre de

DOÑA ANA.

DOÑA *hijos*

VIOLANTE, *de*

DON

SEBASTIÁN,

DON DUARTE.

DON RODRIGO.

SEBASTIANA, *criada.*

CHURRIEGO, *criado,*

gracioso.

LISARDO, *hortelano.*

CONVIDADOS.

La escena es en Portugal.

Jornada primera

Sala en casa de DON ANTONIO.

Escena I

DON MANUEL, DOÑA ANA, CHURRIEGO, SEBASTIANA.

DON MANUEL

Aunque al logro de mis dichas
la oposición de una ausencia,
entre tormentos del alma,
iba alimentando penas;
aunque entre mil imposibles,
casi la esperanza muerta,
me negaba mi desdicha

	que quieres regar la deuda. ¿Ignoras que yo por ti cerré a mi aumento la puerta, dando de mano al estudio, no prosiguiendo la guerra?	55
	Pues don Martín de Aragón, sabido es que su bandera me dio en Nápoles: favor con que otro honrarse pudiera; y cuando no por mi aliento, por mi valor, por mi fuerza, por el favor de mi tío, era cierta una jineta.	60
	Mas de esto no hago caso; pero el dejar la belleza De doña Violante, que es hermosa como discreta, con cuarenta mil ducados, no es hazaña tan pequeña para que la desestimes.	65 70
DOÑA ANA	Ni menos para que sienta ver con cuánto entendimiento, con cuánto amor y terneza, ya de discreta y hermosa la alabes en mi presencia.	75
DON MANUEL	Vete, vete con Violante; yo soy necia, yo soy fea. Erré, prima de mis ojos; y quien confiesa que yerra, perdón merece.	80
(Bajan la voz.)		
SEBASTIANA	Churriego, ¿No me dirás lo que dejas por mí?	
CHURRIEGO	Pues si yo comienzo, en diez manos, en diez resmas, en mil años, en cien siglos, en setecientas milleras no acabaré de decirlo, porque he perdido la cuenta.	85
SEBASTIANA	¿Estás preñado por dicha?	
CHURRIEGO	Y se me antoja.	

SEBASTIANA	Pues nueva ⁽²⁾ :	90
	Ya que lo que dejas callas, razón será que refieras lo que me traes de Castillo.	
CHURRIEGO	Eso muy en hora buena. Tráigote de Salamanca, para con qué te entretengas, bizarra sarna perruna.	95
SEBASTIANA	¡Ay mis dedos!	
CHURRIEGO	¿Ya te quemas?	
	Pues de Nápoles te traigo dos excelentes muñecas, que saben jugar de manos.	100
SEBASTIANA	Para cortadas son buenas.	
CHURRIEGO	Tus orejas.	
SEBASTIANA	¿Qué decías?	
CHURRIEGO	Pido a Dios que yo te vea como el santo de tu nombre.	105
SEBASTIANA	¿Lleno el pecho de saetas?	
CHURRIEGO	No digo yo de sayones, sino de amorosas flechas.	
SEBASTIANA	Yo digo que sobre ti venga lo que me deseas;	110
	que si es bueno, no te agravio; si malo, no te hago ofensa.	
CHURRIEGO	Rechazome la pelota, pagó en la misma moneda.	
DON MANUEL	Ya estarás desenojada, pues te tengo satisfecha.	115
DOÑA ANA	Poco duran los enojos donde voluntades reinan; tuya soy.	
DON MANUEL	Yo soy tu esclavo; permíteme que siquiera firme en tu mano mi labio esta verdad que confiesa.	120
DOÑA ANA	¿Cómo negará una mano quien el alma no te niega?	
	Vesla aquí: mi libertad y palabra doy en ella de ser tuya mientras viva.	125
DON MANUEL	Es el iris que serena Los nublados que el temor de no merecerte engendra.	130

	Ya doy por bien padecido el invierno de tormentas de ausencia, pues llego a ver hoy en ti mi primavera, el abril en esos ojos,	135
CHURRIEGO	en tu mano el azucena, los claveles en tus labios, celaje hermoso a tus perlas. ¿Somos tejidos nosotros en telar de menos cuenta?	140
SEBASTIANA	Si allí se besan las manos, hacer lo mismo me enseñan; dame, besaré las tuyas. No puedo, que tengo en ellas la sarna que me trajiste;	145
CHURRIEGO	que a no tenerla tan fresca, y ocupadas con regalos, al instante te las diera. Mientras que se desocupan, dame un pie.	
SEBASTIANA	No soy poeta.	150
CHURRIEGO	Una uñita.	
SEBASTIANA	A un escribano.	
CHURRIEGO	Un carcañal.	
SEBASTIANA	A una yegua.	
CHURRIEGO	Una planta.	
SEBASTIANA	A un arquitecto.	
CHURRIEGO	Un escarpín.	
SEBASTIANA	No soy negra.	
CHURRIEGO	Un zapato.	
SEBASTIANA	Soy descalza.	155
CHURRIEGO	Un chapín.	
SEBASTIANA	Traigo el de Eva.	
CHURRIEGO	Dame...	
SEBASTIANA	No me pidas más; que el pedir es cosa necia.	
CHURRIEGO	Concedo aquesa mayor, y saco por consecuencia, si el pedir es necesidad, que no hay hoy mujer discreta.	160
SEBASTIANA	¡Ay, triste! Mi señor viene.	
CHURRIEGO	No te apartes. ¿Qué te alteras? ¿Hacemos moneda falsa?	165
SEBASTIANA	No; mas estar las doncellas	

CHURRIEGO	hablando así con los hombres es fuerza que mal parezca. ¡Jesús el testimonio que ha dicho esta mala hembra! ¿Doncella? Yo me hago cruces; ¡la vejez con que recuerda! no hay árbol hoy con tal fruta.	170
SEBASTIANA	¡Que haya dado en esta tema la locura de los hombres!	175
CHURRIEGO	¡Que haya mujeres tan necias, que lo que no puede ser quieran que por fuerza sea!	
SEBASTIANA	¿No crees que yo lo soy?	
CHURRIEGO	<i>Nisi videro, non credam.</i>	180
SEBASTIANA	Quiere decir en romance: antes ciegos que tal veas.	

Escena II

DON ANTONIO, DON FELIPE. **Dichos.**

DON ANTONIO	Lo que de mi parte os ruego en tan discreta elección, es que sin más dilación procuréis se hagan luego los casamientos tratados.	185
DON FELIPE	Siempre yo en todo he de hacer vuestro gusto y parecer.	
DON ANTONIO	Aquí están los desposados.	190
CHURRIEGO	«Los desposados», dijeron al encuentro. ¡Bravo azar! ellos me quieren casar; mi conversación oyeron.	
DON FELIPE	¡Sobrino!	
DON ANTONIO	¡Hija!	
DOÑA ANA	¡Señor!	195
DON FELIPE	En este instante a los dos hemos casado.	
DON MANUEL	De vos no esperé menos favor. Como a padre os obedezco; ya no hay más que desear hoy he venido a alcanzar,	200

	en el linaje de amor. Jamás tuve tan buen día.	
DOÑA ANA	(Aparte.) Con el gusto y alegría Que ha respondido. ¡Ah, traidor! ¿Tan presto tanta mudanza?	245
CHURRIEGO	Brava trocatinta ha habido, Pues los que anegó Cupido, Levanta en mayor bonanza.	250
DON MANUEL	(A DOÑA ANA.) Aunque deste casamiento mil norabuenas os dé, es cierto que quedaré corto, según lo que siento. Lo que dejo de decir, ya de vuestro ingenio infiero que de lo mucho que os quiero lo sepa bien colegir. Al fin doy la enhorabuena del casamiento; que es justo, y os juro que fue mi gusto, respecto del vuestro, pena.	255
DOÑA ANA	Del que vos habéis mostrado, tan gran parte me ha cabido, que explicarla no ha podido ni mi amor ni mi cuidado; y así, estaréis satisfecho que con vuestro nuevo estado tanto placer me habéis dado, que no me cabe en el pecho.	265
DON ANTONIO	¿Es enamorarse eso, o viene a ser ensayarse? Que tan tierno requebrarse entre primos es exceso; y a haberos oído, es llano, quien los dos no conociera, que darles celos pudiera a Violante y a su hermano.	270
DON FELIPE	Hora es ya de recoger. Don Antonio, guárdeos Dios.	275
DON ANTONIO	Vaya el mismo con los dos.	280

(**Vanse DON ANTONIO, DON FELIPE y DON MANUEL.**)

DOÑA ANA Y conmigo el padecer. [625]

CHURRIEGO	Adiós, princesa.	
SEBASTIANA	¿De qué?	
CHURRIEGO	De la fregatriz cuadrilla.	
SEBASTIANA	Adiós, basto.	
CHURRIEGO	Adiós, malilla.	285

(Vase.)

Escena III

DOÑA ANA, SEBASTIANA.

SEBASTIANA	Algún día arrastraré.	
DOÑA ANA	De suerte he quedado (¡ay triste!) en tan ciega confusión, que un hay lugar al discurso ni caudal en el valor ⁽³⁾ .	290
	Si permito a mi deseo su amorosa inclinación, vengo a perder el respeto al mismo que me engendró;	
	Pero ¿qué fuerza resiste las fuerzas de una afición?	295
	Que quien principal me hizo, de mujer no me libró. Perdonen obligaciones; que primera obligación	300
	es la que se debe al gusto y no se ofende el honor. Y aunque el responder mi primo con el gusto que mostró, fue hacer a mi voluntad	305
	una especie de traición; quien más quiere sufre más, más hace quien más amó. Pagarlo quiero en finezas.	
	Dame de aquel contador recado para escribir, verá en mi resolución que yo sola sé querer, y que otra ninguna no.	310
SEBASTIANA	Aquí está lo que pediste.	315
DOÑA ANA	Dame aquesa pluma. ¡Ay, Dios!	

SEBASTIANA No diga que tuvo penas
quien no supo qué es amor. **(Escribe.)**
¿Qué estafeta se despacha?
Mas si viniese a ser yo 320
el correo destas cartas,
y por dicha mi señor
lo supiese, y me librase
en Palermo el galardón.
¡Qué breve ha sido el despacho! 325
Paréceme que cerró
el pliego.

DOÑA ANA Oye: volando...
SEBASTIANA **(Aparte.)** Digo que profeta soy.
DOÑA ANA Este papel has de dar
a don Sebastián.

SEBASTIANA Ya voy. 330
DOÑA ANA Mira que nadie lo vea.
SEBASTIANA **(Aparte.)** No lo verán los que son
ciegos.

(Vase.)

DOÑA ANA Si ha errado la pluma,
discúlpela la pasión 335
con que escribo; que quien ama
es como el que mucho habló.

(Vase.)

Sala en casa de DON DUARTE.

Escena IV

DON SEBASTIÁN, DON MANUEL.

DON MANUEL. La obligación que debéis
a quien sois, vuestra cordura
y discreción me asegura 340
don Sebastián, de que haréis
lo que a suplicaros vengo.
DON SEBASTIÁN Seguro podéis estar
que estimaré aventurar

	otra ninguna en el mundo admitiera por mi dueño.	
DON SEBASTIÁN	El aviso que me dais estimo, como es razón, y sin haber dilación, haré lo que me mandáis.	390

Escena V

SEBASTIANA con manto y un papel.- Dichos.

SEBASTIANA	Don Manuel estaba allí, ¿Si acaso al entrar me vio? ¡Ay, Dios, si me conoció! Taparme quiero; y así, llamaré a don Sebastián, sin que pueda conocerme; pues tapada, no ha de verme.	395 400
DON MANUEL	Ce, caballero: ¡ah, galán!	
SEBASTIANA	¿A quién llamáis de los dos?	
DON MANUEL	Llamo al que está a vuestro lado. Yo creí ser el llamado, y el escogido sois vos. No será bien estorbar conversación tan gustosa. Adiós. (Aparte.) Si no es engañosa la vista, la que aquí a hablar ha llegado es Sebastiana; pero de aqueste cuidado me libraré mi criado.	405 410

Escena VI

SEBASTIANA, DON SEBASTIÁN; luego, DOÑA VIOLANTE.

SEBASTIANA	Para vos me dio doña Ana, Señor, aqueste papel.	
DON SEBASTIÁN	¿Papel para mí? No creo que es verdad, aunque lo veo.	415

(Mientras lee el papel sale DOÑA VIOLANTE.)

SEBASTIANA Mirad lo que viene en él.
Mi embajada ha sido aquesta,
y Violante viene allí,
no es bien que me halle aquí, 420
pues no he de llevar respuesta.

(Vase.)

Escena VII

DOÑA VIOLANTE, DON SEBASTIÁN.

DOÑA VIOLANTE ¿Mi hermano está divertido,
y en las manos un papel?
Una mujer que con él
estaba, como me vido, 425
se fue. ¿Qué enigma será?

DON SEBASTIÁN ¡Extraña resolución! (Para sí.)

DOÑA VIOLANTE Señales da de pasión.
Válgame Dios, ¿qué será?

DON SEBASTIÁN ¡Que una mujer principal
escriba de aqueste modo, 430
y aventure su honor todo,
cosa que le está tan mal!

DOÑA VIOLANTE ¿Cómo estáis, hermano, así?
¿Qué os causa esa suspensión? [626] 435

DON SEBASTIÁN Tiéneme una confusión,
hermana, fuera de mí.

DOÑA VIOLANTE ¿Es cosa que puedo yo
o saberla o enmendarla?

DON SEBASTIÁN Fácil es el revelarla;
pero remediarla, no. 440

DOÑA VIOLANTE No hallo cosa sin remedio,
si se le sabe aplicar.

DON SEBASTIÁN Yo sé que no se ha de hallar
para aqueste caso medio. 445

DOÑA VIOLANTE Sépalo yo, y puede ser
que le halle.

DON SEBASTIÁN No lo creo.

DOÑA VIOLANTE Cuidado me da el deseo
de saberlo; soy mujer.
Dispuesta a servirte estoy, 450
acábalo de decir;

DON SEBASTIÁN

que de mí no has de encubrir
nada, pues tu hermana soy.
Fiado en que eres mi hermana,
en tu valor y amistad, 455
confesaré la verdad
yo quiero bien a doña Ana.
No te sabré encarecer
los cuidados, los desvelos,
los temores, los recelos 460
que me ha hecho padecer;
y agora, que concertada
conmigo está de casar,
de nuevo empieza mi azar;
que en su nombre una criada 465
me ha dado aqueste papel.
En él (¡extraño rigor!)
sin reparar en su honor,
es conmigo tan cruel,
que pide, como verás, **(Le da el papel.)** 470
que estorbe este casamiento,
porque está mal, si lo intento,
a su honor, y al mío más.
Antes que le recibiera,
acaso vino a hablarme 475
don Manuel, y a rogarme
con extremo que impidiera
el casamiento tratado
contigo; que convenía,
porque otra dama tenía 480
con quien estaba casado.
Esto me dijo en efeto;
que dar pesar recelaba
a su tío, y que fiaba
sólo de mí este secreto. 485
Bien claramente se entiende
que a quien adora y estima
es a doña Ana, su prima,
y que doña Ana pretende,
en lo que me escribe aquí, 490
que yo llegue a conocer
lo mismo que pueda hacer.
Si mi libertad le di,
y si ella tiene otro dueño,
sin remedio está mi mal; 495

	que una mujer principal escriba así es gran empeño. Y cuando le tuviera, bastaba el haberme escrito esto, para ser delito,	500
	y que yo no prosiguiera; pues querer y no poder, mira si es grave pesar, y si es forzoso librar mi remedio en padecer.	505
DOÑA VIOLANTE	Yo persuadirme no puedo que doña Ana haya enviado este papel que me has dado, sino que todo es enredo de su primo, que envidioso de tu dicha, ha pretendido con este papel fingido, con su modo cauteloso estorbar tu casamiento.	510
	Déjame; que yo veré hoy a doña Ana, y sabré la verdad con fundamento.	515
DON SEBASTIÁN	En hacer la diligencia premiarás mi voluntad. Aclárese esta verdad, sépase con la experiencia; que si el pensamiento es cierto, no tengo qué recelar, pues por ti vendrá a llegar mi dicha a seguro puerto.	520
	La brevedad te encomiendo.	525

(Vase.)

Escena VIII

DOÑA VIOLANTE.	Al punto la voy a ver. No sé cómo encarecer lo que el alma está sintiendo. ¡Que así don Manuel, grosero, desvanecido y ufano, venga a hacer hoy a mi hermano en mi desprecio tercero!	530
----------------	---	-----

¡Que llegue a desestimarme!
 Vive Dios, que estoy corrida, 535
 y aunque me cueste la vida,
 he de procurar vengarme.
 Yo le haré pues conocer,
 y en su daño confesar,
 cuán caro viene a costar 540
 despreciar una mujer.
 En este papel fingido
 mi traza ha de consistir,
 porque le tengo de herir
 con las armas que me ha herido. 545

(Vase.)

Calle.

Escena IX

SEBASTIANA, tapada; y tras ella CHURRIEGO.

CHURRIEGO (Aparte.) Encargome mi señor
 que con descuido supiera
 esta tapada quién era,
 y con descuido es mejor.
 Ce. ¿Qué digo? Reina mía, 550
 corra la deidad el velo,
 y déjenos ver el cielo,
 corrida esa celosía.
 No eclipse en esta ocasión
 el sol, pues en signo está 555
 de Virgo.

SEBASTIANA Engañado se ha,
 porque está en el de Escorpión.

CHURRIEGO Acabe, quite la nube.

SEBASTIANA Temo que se ha de asombrar.

CHURRIEGO Claro está que ha de espantar 560
 la hermosura de un querube.

SEBASTIANA No me ensalce, por su vida,
 tanto; que es fuerza temer
 que cuando me llegue a ver
 sea mayor mi caída. 565

CHURRIEGO ¿Cómo, si eres serafín?

	Que si aquesse talle viera, por ti al punto se perdiera el gran Miramamolín, eres deidad soberana,	570
SEBASTIANA	y más, si más puede haber. Y si lo llego a saber eso cierta Sebastiana, ¿cómo le irá de rencilla?	
	Porque yo sé que la quiere, pena, gime, llora y muere.	575
CHURRIEGO	Oiga, ¿yo a Sebastianilla? Por cierto, donosa cosa. ¡A qué dama tan perfeta! una pícara alcahueta,	580
SEBASTIANA	zarposa, necia y golosa. ¡Oiga! ¿Dícelo de veras?	
CHURRIEGO	Tiene, a fe de caballero, diez verrugas y un uñero en las dos asentaderas.	585
SEBASTIANA	Ya son notorios agravios; sin duda alguna que mientes.	
CHURRIEGO	Tiene nubes en los dientes y almorranas en los labios, y aun otra falta peor se me quedó por decir.	590
SEBASTIANA	¿Qué es, por mi vida?	
CHURRIEGO	Pedir; que es el defecto mayor: que aunque más hermosa sea, en pidiendo una mujer,	595
	al instante viene a ser vieja, floja, tonta y fea.	
SEBASTIANA	Pues cesará mi desdén, si aquí se atreve a jurar que no la ha de ver ni hablar,	600
	y que no la quiere bien.	
CHURRIEGO	Si con eso sólo entablo la dicha que no merezco, vive Dios, que la aborrezco dos mil veces más que al diablo.	605
SEBASTIANA	Descúbrome, vesme aquí. (Descúbrese.) Llega a hablarme, no te asombres. Señoras, no crean los hombres, porque todos son así.	

Yo cumplo lo prometido; 610
cumpla lo que prometió.
CHURRIEGO (Aparte.) Mal haya quien me parió;
en la trampa me ha cogido.

(Vase SEBASTIANA.) [627]

Escena X

DON MANUEL. -CHURRIEGO.

DON MANUEL ¿Conociste la tapada?
CHURRIEGO Nunca yo la conociera. 615

DON MANUEL Acaba, dime quién era.

CHURRIEGO Una víbora pisada,
una sierpe embravecida,
un áspid libio, un león.

DON MANUEL Di quién era.

CHURRIEGO En conclusión, 620
una mujer ofendida.

DON MANUEL Acaba de descubrilla,
di su nombre.

CHURRIEGO ¿Puede ser
áspid, víbora y mujer,
otra que Sebastianilla? 625

DON MANUEL ¿Cómo es eso? ¿Sebastiana,
y haberse de mí tapado?
Sin duda que era el recado
que traía de doña Ana.
¡Válgame Dios! ¡qué recelo 630
tuve desde que la vi!

CHURRIEGO ¿Conocístela bien? Di.
Como conocí a mi abuelo.
Estuve hablando con ella
con la cara descubierta. 635

DON MANUEL Ya mi sospecha está cierta;
impórtame el ir a vella,
y saber a lo que fue,
y si hay agravio, vengarme.

(Vase.)

CHURRIEGO Yo te sigo a disculparme, 640

aunque la verdad hablé.

(Vase.)

Sala en casa de DON ANTONIO.

Escena XI

DOÑA ANA, SEBASTIANA.

DOÑA ANA	¿Hoy mi primo don Manuel en la casa de Violante?	
SEBASTIANA	Digo que estaba delante.	
DOÑA ANA	Y ¿viote dar el papel?	645
SEBASTIANA	No me lo pudo ver dar, porque muy tapada entré, y a solas se le entregué.	
DOÑA ANA	Presto la fue a visitar. No pudo encubrir su intento;	650
	que bien se le conoció en el gusto que mostró al tratarle el casamiento. Es hombre, no hay que fiar que mujer que en ellos fía,	655
	veneno en el pecho cría, y joyas guarda en el mar. Amor siembra en el arena donde los llega a querer, donde es forzoso coger	660
SEBASTIANA	desdenes, celos y pena. En mí tienes buen testigo para jurar en su abono.	
DOÑA ANA	¡Cuando a mi honor no perdono usa tal traición conmigo, que así se atreve él a hacer de mi sufrimiento prueba!	665

Escena XII

DOÑA VIOLANTE, con manto. -Dichas.

DOÑA VIOLANTE ¿Juzgaréis a cosa nueva

	veniros, doña Ana, a ver?	
DOÑA ANA	No es nuevo, amiga y señora, en vos al favorecerme.	670
DOÑA VIOLANTE	Yo de vos vengo a valerme.	
DOÑA ANA	(Aparte.) Sólo me faltaba ahora que aquesta (según sospecho) venga a hacerme su tercera.	675
DOÑA VIOLANTE	Que hablásedes hoy quisiera a vuestro primo.	
DOÑA ANA	(Aparte.) Esto es hecho.	
DOÑA VIOLANTE	Y le digáis de mi parte...	
DOÑA ANA	(Aparte.) Lo mismo que dije intenta. De celos, rabia y afrenta el corazón se me parte.	680
DOÑA VIOLANTE	Que conozco su valor, y lo mucho que merece (Aparte.) Que prueba acíbar parece: sin duda le tiene amor; pero que yo me he inclinado a no casarme, y quisiera que desde hoy se desistiera del casamiento tratado.	685
	Que le pido en cortesía no trate de visitarme, porque es cansarse y cansarme, y es en vano su porfía. Lo que le suplico es justo; no quiera mujer forzada, porque es naranja apretada, que da hieles entre el gusto. Y aqueste le habéis de dar, en que lo mismo le ruego.	690

(Dale un papel.)

DOÑA ANA	(Aparte.) Agua ha arrojado en el fuego con que me empezó a abrasar. A tan justa petición, ¿qué puedo yo responder? Serviros y obedecer os promete mi afición.	700
	(Aparte.) Ya con aqueste testigo duda no puede quedar de cuán falso viene a andar	705

mi ingrato primo conmigo.
 ¡Que quepa en un pecho noble 710
 tan tirana alevosía,
 y que la voluntad mía
 la ferie en un trato doble!
 Él viene; no he de poder
 disimular lo que siento. 715

Escena XIII

DON MANUEL, CHURRIEGO. **-Dichas.**

DOÑA VIOLANTE	(Aparte.) Lográndose va mi intento.	
DOÑA ANA	(Aparte.) Sin duda la viene a ver.	
DON MANUEL	(Aparte.) Doña Violante está aquí: préstele el valor aliento, si es que puede al sufrimiento 720 o si es que hay valor en mí. Yo llego a buena ocasión, si no es que vengo a estorbar; pesárame ser azar de vuestra conversación. 725	
DOÑA ANA	¿De qué se estaba tratando? Antes, si bien lo advertís, a tan buen tiempo venís, que os estaba yo esperando.	
DON MANUEL	En lo que os sirvo decid. 730	
DOÑA ANA	En ver aqueste papel (Dásele.) y en hacer lo que va en él, sin acordaros de mí. No deis crédito al concierto, fiado en vuestra ventura, 735 porque no hay nave segura, aunque esté dentro del puerto. No queráis mujer por fuerza, que en diciendo una mujer una vez <i>no</i> , no hay poder 740 que de su intento la tuerza. No forméis de aquesto culpa, porque muy sin ella estoy, y en este papel que os doy, va cifrada mi disculpa. 745 Testigos de esta verdad	

»Estimad aqueste aviso,
 »y haced como caballero;
 »no tratéis de ser mi esposo, 780
 »y guardadme este secreto.»
 Ya extrañaba mi fortuna
 el no hacerle oposición⁽⁵⁾
 la desgracia en esta dicha,
 clima que siempre siguió⁽⁶⁾. 785
 Promesas en la mujer,
 flor en el almendro son,
 y maravilla que muere
 al instante que nació.
 Nave asegura en el mar 790
 quien pone en ella su amor,
 viento sigue quien las sigue,
 huellas procura del sol.
 Torre fundada en arena
 tiene firmeza mayor; 795
 que en mujeril edificio
 no puede haber duración.
 Al principio sus deseos
 parecen rayo veloz,
 mas lo que rayo parece, 800
 ¿No es después exhalación?
 Su voluntad es espejo:
 que cualquiera que llegó
 a mirarse halla en él
 viva representación 805
 de su imagen, mas apenas
 llegó a tocar lo que vio,
 cuando halla un fácil vidrio
 quebradizo y sin valor.
 Lo mismo me ha sucedido, 810
 pues cuando miraba yo
 gigantes de fe en doña Ana,
 de mi amor transformación,
 en el toque de experiencia
 el espejo descubrió 815
 que lo que juzgué gigante
 era una vana ilusión.
 ¡Ah fiera, ingrata, tirana!
 ¡Qué poco me aprovechó
 el ser siempre a tu obediencia 820
 un concertado reloj!

	Sujeto a tu voluntad, como la nave al timón, como la flecha a la cuerda y como a su curso el sol;	825
	como el acero al imán, como el necio a su pasión como el captivo a su amo, y el corderillo al pastor;	
	como el amante a su dama, que es la sujeción mayor. Goza el logro de tus dichas mientras que padezco yo, lanzando el fuego del pecho que me arrojó tu rigor.	830
	Cásate, y quieran los cielos que con larga sucesión lleguen a colmo tus gustos, como mi pesar llegó.	835
	Churriego, luego al momento las sillas al punto pon al Nevado y al Tordillo.	840
CHURRIEGO	¿Dónde quieres ir, Señor?	
DON MANUEL	A Faro parto a ordenarme, porque sin orden estoy.	845
CHURRIEGO	¿Clérigo quieres hacerte?	
	Es disparate, por Dios.	
DON MANUEL	No quiero pues que doña Ana, ya que mi fe no pagó, halle en casarme disculpa del yerro que cometió.	850
	Demás de que, es imposible que pueda entrar otro amor de otra persona en el mundo adonde el suyo llevo.	855
	No me queda otro camino de que hacer elección, ni es justo aguardar aquí a que me acabe el rigor de verla casar con otro.	860
	Ya determinado estoy; esto sólo me conviene, ella la ocasión me dio: mi tío, obispo de Faro, mil veces me prometió	865

que si siguiera la Iglesia,
me había de hacer favor.
Ya es tiempo de recibirlo,
pues desesperado estoy
de casarme con doña Ana, 870
que ha sido el fin de mi amor.
Haz lo que digo al momento;
que ésta es mi resolución.

(Vase.)

Escena XV

CHURRIEGO	Yo lo haré, y te seguiré; porque también quiero yo ordenarme de maitines, 875 porque se sepa que soy deste clérigo monago, y pesas deste reloj, las plumas de aquesta flecha, 880 caballero deste sol, grumete de aquesta nave, deste cordero pastor, tercero de aqueste amante, de aqueste necio pasión; 885 porque después de ordenados, cantemos re, mi, fa, sol en tono que digan todos que a ser venimos los dos los muérganos de la iglesia: 890 él la flauta, y fuelle yo.
-----------	--

Jornada segunda

Campo entre unas huertas.

Escena I

Bien sé que de tus traiciones
 yo solo el daño padezco,
 y que tú estarás alegre 45
 al paso que yo me quejo.
 Bien sé que de mi desdicha
 es imposible el remedio,
 y siendo tú la culpada,
 soy quien padece el tormento. 50
 Bien sé que en el precipicio
 de mi estado anduve ciego;
 pero ¿qué desesperado
 en sus acciones fue cuerdo?
 Porque siempre a desdichados 55
 niega la fortuna aciertos;
 y yo, que siempre lo he sido,
 es imposible tenerlos.
 Ya sucedió que en el campo,
 descuidado el ganadero, 60
 pasa el rigor de la siesta
 a una sombra en manso sueño;
 y cuando despierta dél,
 halla abrigada en el seno
 una víbora enroscada, 65
 a quien hospedaje ha hecho.
 Divertidos los sentidos,
 la memoria sin acuerdo,
 ya la amistad recibida
 le ha pagado con morderlo. 70
 Y como siente en las venas
 la fuerza de su veneno,
 con las ansias que padece,
 a la venganza resuelto,
 alza el brazo, y con el puño, 75
 cuando ejecuta severo
 el golpe, se le desliza;
 y al llegar la maño al suelo,
 cuando víbora buscaba,
 y creyó haberla deshecho, 80
 halla que dio en una piedra;
 y, defrustrado el deseo,
 sin culpa el brazo castiga,
 sin causa quiebra los dedos.
 Lo mismo me ha sucedido 85
 por ti, víbora, que al pecho⁽⁷⁾,

DOÑA ANA

divertido, te hospedaba,
si dormido en tus enredos,
desperté cuando picado,
movido de tu desprecio, 90
precipíteme al castigo
colérico, no advirtiéndome
que erraba el golpe la mano,
porque le daba en mi cuello.
En medio destos agravios, [629] 95
destas ofensas en medio,
llamado por ti he venido;
di lo que quieres, excepto
lo que te tengo avisado;
porque si excedes, resuelto 100
a no escucharte me hallo,
y aun a mayores excesos.
Nunca yo de mi desdicha
pude proponerme menos
que oír decir a quien me ofende⁽⁸⁾ 105
que soy de su culpa objeto.
No para satisfacerte
te he llamado, que no tengo
de qué dar satisfacción,
y sin causa no hay efecto; 110
porque de mi proceder
y de mi lealtad, ejemplo
Lucrecia y Porcia tomaran,
si hubiera sido primero.
En encarecerlo tanto 115
no te parezca que intento
reducirte a que me quieras;
que ya no tiene remedio.
Mas, como en cualquiera cargo
tácito consentimiento 120
es confesión del delito,
para responderte, esfuerzo
va mendigando el valor,
porque falta al sufrimiento.
Y porque es último don 125
que de tu favor espero,
sólo pido que me escuches
seré breve, estame atento.
La causa por que te llamo
para después la reservo; 130

que doy el primer lugar
 a los cargos que me has hecho.
 Dices que víbora soy;
 es verdad, no te lo niego,
 ni menos puedo negar 135
 que fui huésped en tu pecho.
 Y como sólo hay en él
 traición, cautela y veneno,
 destas cosas solamente
 pudiste darme alimento. 140
 Recibíale ignorante,
 sin sentido y sin acuerdo;
 porque el hechizo de amor
 embelesa más que el sueño.
 De tu ausencia y falso trato 145
 desperté con el estruendo;
 mas fue tarde, porque ya
 estaba el efecto hecho
 de la ponzoña en el alma,
 aunque aquesto fue lo menos; 150
 que el edificio de honor
 derribado por el suelo
 le dejaron tus traiciones,
 y a mí con rabia me muerdo.
 Yo te refiero verdades; 155
 tú, por disculpas, enredos.
 Aquí falta la paciencia;
 aquí, si acaso la tengo,
 me viene a faltar el juicio,
 y aquí es locura tenerlo. 160
 Bien puedo decir que he sido
 cual mísero pasajero
 a quien en medio el viaje
 con disfraz salió al encuentro
 un caminante, y con él 165
 amistad trabó, fingiendo
 seguir el mismo camino.
 Juntos los dos prosiguieron
 su jornada en amistad,
 y obligado el uno dellos 170
 a la que el otro le hace,
 procura con gran respeto
 satisfacerle en agrados;
 y así, le va previniendo

lo mejor en la posada, 175
 pagando la costa dello,
 cuando, el otro, cauteloso,
 escudriña sus secretos,
 ingrato a los beneficios,
 y obligaciones mintiendo. 180
 Cuando más reconocido
 le juzgaba, al mismo tiempo
 se aparta dél, con decir
 que va sintiendo en extremo
 el dejar su compañía; 185
 pero que reconociendo
 las muchas obligaciones
 en que su amistad le ha puesto,
 con esto, otro rumbo sigue.
 Pero de allí a poco trecho 190
 al mísero caminante
 de una emboscada salieron,
 con pistolas en las manos,
 cuatro ladrones, diciendo:
 «Ladrón, daca lo que llevas.» 195
 Mas él, turbado y suspenso,
 por capitán de los otros
 reconoce al compañero
 que ha traído en el camino.
 Y aunque el sobresalto y miedo 200
 confuso y acobardado
 le tienen, le presta aliento
 la razón para decirle:
 «Sabe el cielo que no siento
 que me quites lo que traigo 205
 que liberal te lo ofrezco;
 ni que me hayas sido ingrato
 a la amistad que te tengo,
 desmintiendo las promesas
 que en el camino me has hecho. 210
 Sólo he llegado a sentir
 me des un nombre tan feo,
 como es llamarme ladrón,
 tanto, que no lo consiento.
 ¿Hete hurtado yo a ti algo?» 215
 Y él, obstinado y soberbio,
 ejecuta sus rigores,
 sin dar lugar a los ruegos,

Yo, que desde que nací
 te hice del alma dueño, 220
 y que al paso de los años
 iba mi amor en aumento
 siempre, a costa del honor
 de mis padres, prefiriendo
 tu voluntad y tu gusto, 225
 sin mirar otros respetos;
 y cuando yo atropellaba
 obligaciones que debo
 a quien soy, cuando creía
 que mis mayores aciertos 230
 era agradarte y servirte...
 ¡Ay de mí! hablar no puedo;
 que la voz a la garganta
 nudo se hace de hielo,
 y la rabia al corazón 235
 Etnas arroja de fuego.
 Cuando juzgaba, engañada,
 gozar el dichoso empleo
 de tu mano, tan en vano
 mis pensamientos salieron, 240
 que sin decirme la causa,
 sin dar lugar a mis ruegos,
 te apartaste del camino
 que los dos fuimos siguiendo,
 y me dejaste burlada, 245
 sin honor, vida ni aliento;
 porque faltándome tú,
 es imposible tenerlo.
 A Faro fuiste a ordenarte,
 sin dar causa para ello; 250
 y tras de tantos agravios
 como sin culpa padezco,
 dices que soy yo el ladrón
 y que yo la culpa tengo.
 ¿Eres tú quien me decía 255
 que en Nápoles sus aumentos
 y en Salamanca dejó
 no más de por mi respeto?
 ¡Ah, don Manuel, don Manuel,
 qué poca amistad te debo! 260
 Dime, ¿qué ha sido la causa
 de tan riguroso exceso?

	¿qué liviandades me has visto? dime, ¿qué ofensas te he hecho? habla, yo te doy licencia.	265
	Pero no hables: que no quiero que al fuego que abrasa el alma arrojes leña de nuevo. Aunque sí, vuélveme a hablar; que en tal extremo me veo, que quisiera, aun con engaño, hallar a mi mal remedio. Pero no; que a mi valor ofende este sentimiento.	270
	Ni me hables ni me veas; de hoy más seré pregonero de tu falso proceder, de tus alevos intentos. ¿Adónde están tus promesas? ¿Cómo, siendo caballero, tan mal lo hiciste conmigo? Pero no debes de serlo; que si tu sangre lo afirma, hoy lo desmienten tus hechos.	275
	Es tan grave tu delito, que con razón decir puedo que te acogiste a sagrado por no hallar seguro puerto. Para mí no puede haberle, porque sopla en popa el viento de mi desgracia ¡Ay de mí, que peno, padezco y muero!	280
	No con lágrimas fingidas, no con falsos sentimientos pienses borrar mis agravios. Yo no lloro.	285
DON MANUEL		290
DOÑA ANA		
DON MANUEL	Pues ¿qué es eso?	
DOÑA ANA	Es como cuando del mar se exhala un vapor pequeño congelado en densa nube, que a la región de los cielos se sube, y allí deshecha en agua, vuelve a su centro, y al pasar por la región donde predomina el viento, si acaso es viento el que corre,	295
		300
		305

	con la fuerza de su hielo lo que es agua vuelve en piedra; y siendo del agua efecto fertilizar a los campos, ello lo contrario desto	310
	hace, porque los destruye. Yo pues, que en el alma tengo reliquias de que te quise, viendo mi mal sin remedio, el dolor del corazón	315
	sacó nubes, que subieron a la región de los ojos; y aunque en agua se volvieron, las memorias de mi agravio, de tus desprecios el cierzo	320
	en piedras las congeló; y así, en el rostro cayeron, sólo para destruir y borrar del pensamiento fruto a locas esperanzas,	325
	no los agravios que hay dentro; que ni aun venganzas podrán, ni aun la muerte, deshacerlos; que si la vida es mortal, los agravios son eternos;	330
	que soy mujer ofendida, y en las mujeres no hay medio. [630]	
	Escucha agora: la causa de llamarte es porque temo que, fiado en la amistad	335
	que te tuve, atrevimiento tendrás para proseguir. Por esto avisarte quiero no trates de verme más;	340
	que si alcanzo que tu intento es de verme o es de hablarme, de entrar en mi casa, luego le daré cuenta a mi padre para que ponga remedio.	
DON MANUEL	Excusado es el aviso,	345
	porque lo que yo pretendo es no ver quien me ofendió.	
DOÑA ANA	Pues por darte gusto en eso me voy; jamás me verás.	

	sin dejar de ser valientes.	385
	Hay mil taberneros curas, que bautizan el licor; hay corredoras de amor, que dejan la bolsa a oscuras; hay alguno que es compadre, y el tal padrino, imagino que es más padre que padrino, y más que compadre, padre. Hay mil torres de cabello, en mal cimiento fundadas; y hay mil doncellas selladas, hay perpetuo murmurar del Gobierno y lo que pasa por mil necios que aun su casa no han sabido gobernar.	390 395 400
DON MANUEL CHURRIEGO	No hables más, majadero. ¿Soy tu esposo, por ventura?	
DON MANUEL CHURRIEGO	Todo eres chanza y locura. Tú eres cuerdo caballero.	
DON MANUEL CHURRIEGO	Ya estoy cansado de oírte. ¿Es porque tú estás cansado? ¿No sabes qué he imaginado? que entremos, por divertirte, en esta huerta.	405
DON MANUEL CHURRIEGO	Está bien. En ella vive Lisardo.	410
DON MANUEL CHURRIEGO	Llámale; que aquí le aguardo. ¡Hola, camarada!	

Escena III

LISARDO. -**Dichos.**

LISARDO	(Dentro.) ¿Quién es el que a voces horea? ¿Muérese algún hombre aquí?	
CHURRIEGO	¡Hola, Lisardo!	
LISARDO CHURRIEGO	(Sale.) ¿Es a mí? A vos es.	415
LISARDO	¿También voceas? ¿Es posible que ha venido a honrar mi huerta, Señor?	

	Premio fiando a mi amor, le tiene bien merecido.	420
DON MANUEL	Estimo la voluntad.	
LISARDO	Bien merece estimación.	
DON MANUEL	Creed que a vuestra afición satisface mi amistad.	
	Hacia estos sauces me llevo a divertir mi cuidado.	425

(Retírase.)

LISARDO	El sitio es acomodado para eso. Buen Churriego, ¿Cómo va?	
CHURRIEGO	Muy mal, amigo. Después que nos ordenamos jamás del coro faltamos, rezando.	430
LISARDO	Dios sea conmigo. Pues dígame, ¿se ordenó también Churriego?	
CHURRIEGO	¡Qué bueno! No es Cicerón ni Galeno más sacerdote que yo. Gradueme en confesor. Y otras que lo son, sin sello;	435
LISARDO	Pues en esta está un criado que desde el año pasado no ha confesado el traidor. Enfermo está en el pajar.	440
CHURRIEGO	Yo iré, y le confesaré.	
LISARDO	Dos gallinas le daré si le hace confesar.	445
CHURRIEGO	(Aparte.) Las aves le he de coger de aquesta vez a este payo.	
LISARDO	(Aparte.) Burlarme quiere el lacayo; mas él burlado ha de ser.	

(Vanse.)

Interior de la huerta.

Escena IV

DOÑA VIOLANTE y DOÑA ANA, con mantos. -DON MANUEL, oculto entre unos sauces.

DON MANUEL	(Para sí, donde está oculto.)	
	Dos damas he visto entrar:	450
	Violante y doña Ana son;	
	lograr quiero esta ocasión,	
	de aquí las he de escuchar.	
	aumento de mi dolor	
	ha sido el verlas aquí;	455
	no creí que hiciera en mí	
	tan grande efecto el amor.	
DOÑA ANA	Violante, a esta soledad	
	te he traído con cuidado,	
	porque a mí me le ha causado	460
	el saber una verdad.	
	¿No te acuerdas que un papel	
	para mi primo me diste	
	y que al dármele dijiste	
	que le pedías en él	465
	que no te viera ni hablara,	
	y que, cuerdo y avisado,	
	el casamiento tratado	
	contigo no efectuara?	
DOÑA VIOLANTE	Pues con tu amistad me obligas...	470
DON MANUEL	Cielos, ¿qué es lo que escuché?	
DOÑA VIOLANTE	La verdad te contaré	
	del suceso; no prosigas	
	mi hermano te quiere bien,	
	y tú un papel le enviaste.	475
	Como en él le despreciaste,	
	picado de tu desdén,	
	y como estaba en casarse,	
	sentido de tu rigor,	
	del desprecio y disfavor	480
	procuró certificarse.	
	Tu primo también de mí,	
	con mi hermano, hizo desprecio;	
	yo malicié que era aprecio	
	que, amante, hacía de ti.	485
	Casi corridos los dos,	
	después de varias quimeras,	
	trazamos que tú le dieras	

LISARDO	¿Piensa comer las gallinas que le prometí, holgando?	520
CHURRIEGO	Un sayón vienes a ser, pues tu tirano rigor creyó que era confesor, y mártir me quiso hacer.	525
DOÑA VIOLANTE	¿Cómo estás de aquesta suerte, Churriego? ¿Qué ha sucedido?	
LISARDO	A confesar ha venido un mozo que está a la muerte en el pajar, do subió; y antes que arriba subiera, por ser mala la escalera, en el suelo se halló; y según lo que imagino, lo que trae en las costillas son olorosas pastillas del algalia del pollino.	530 535
DOÑA VIOLANTE	Pues ¿eres tú confesor?	
LISARDO	Ya confiesa sus pecados.	
DOÑA ANA	(Aparte.) ¡Qué diferentes cuidados hospeda en mi pecho amor!	540
SEBASTIANA	Desvíate allá, y perdona. La burla ha sido extremada.	
CHURRIEGO	¿Hay mas de echarme en Colada antes de echarme en Tizona? A fe, Lisardo...	545
LISARDO	¿Amenazas? ¿Qué es lo que hacer determinas, si te prometí gallinas, y te he dado gallinazas?	
	(Vase.)	
DOÑA VIOLANTE	Paciencia habrás menester.	550
SEBASTIANA	¡Oh, qué mal hueles!	
DOÑA ANA	(Aparte a CHURRIEGO.) Churriego, di a mi primo que te ruego me vaya esta noche a ver.	

(Vase con DOÑA VIOLANTE, SEBASTIANA y CHURRIEGO.)

en tal confusión me veo,
 que al bien que voy procurando
 yo misma le estoy negando
 los aciertos de su empleo. 585
 La voluntad, impaciente,
 dice al honor: «Padeced;
 que no he de morir de sed
 con los labios en la fuente.»
 Pero el honor no consiente 590
 tan falsa proposición;
 dale fuerzas la razón,
 y mientras luchando están,
 heridas al alma dan,
 si golpes al corazón. 595
 Pensar que puedo olvidar
 a mi primo, es imposible,
 y también es infalible
 que mi honor he de guardar.
 ¡Qué fiero desesperar! 600
 ¡Qué terrible padecer!
 Que aunque llego a conocer
 la obligación en que estoy
 por lo que debo a quien soy,
 quiero bien, y soy mujer. 605

Escena VIII

DON SEBASTIÁN, **de ronda.** -DOÑA ANA.

DON SEBASTIÁN	Los pasos tras el deseo, siendo norte la afición, lisonja a mi inclinación hacen en aqueste empleo. Ni aborrecido me veo, 610 no por eso he de dejar de navegar este mar, aunque peligre la nave; porque del amor no sabe quien huye el rostro al penar. 615
DOÑA ANA	Un hombre en la calle está: mi primo debe de ser.
DON SEBASTIÁN	Al balcón una mujer está puesta. ¿Quién será?

	Llegarme quiero hacia allá.	620
DOÑA ANA	Pues, pues a hablarme llega.	
DON SEBASTIÁN	Atrevimiento me niega el miedo, venza el amor: no siempre ha de haber rigor con quien ama, sirve y ruega.	625
DOÑA ANA	Mucho deseaba verte, y estimo que hayas venido.	
DON SEBASTIÁN	Bien sabes que yo he nacido sólo para obedecerte.	
DOÑA ANA	Perdón quisiera pedirle del disgusto recibido.	630
DON SEBASTIÁN	Ya en gusto se ha convertido, pues he merecido oírte.	

Escena IX

DON MANUEL, **de ronda.** -Dichos.

DOÑA ANA	Un hombre a la reja está. ¡Ay, Dios! ¿Si será doña Ana la que desde la ventana habla con él? No será. Mas cerca quiero llegarme, pues la noche da lugar de poderlos escuchar, para más certificarme.	635
DOÑA ANA	Ya sé que sin culpa estás de todo, primo querido, y quien la culpa ha tenido es don Sebastián. [632]	
DON SEBASTIÁN	No más. Si por tu primo me tienes, vienes a estar engañada; no quiero yo dicha hurtada ni logro de ajenos bienes. Don Sebastián soy, Señora; que como de aquestas rejas vivo idólatra, mis quejas vengo a referirte ahora.	645
DOÑA ANA	Huélgome que haya venido la ocasión en que me veo, para lograr un deseo	650
DOÑA ANA		655

	que yo de hablarte he tenido.	
	¿Cómo un caballero noble se precia de ser traidor?	
	¿Es blasón de su valor el hacer un trato doble del papel que te envié, fiando en ti mi opinión, con alevosa traición, tan infame como fue	660 665
	la que hiciste en procurar que yo a mi primo le diera, porque de mis dichas fuera, como lo ha sido, el azar?	
	Sólo por aqueste hecho, cuando acaso te quisiera, muy sobrada causa fuera para arrojarte del pecho. Tiénesme tan ofendida en el alma, que si fuera posible, mil vidas diera por quitarte a ti una vida.	670 675
	Cruel, desleal, traidor, falso, aleve, fementido, di, ¿qué causa te ha movido, a tan tirano rigor?	680
DON SEBASTIÁN	No me pongas tanta culpa, pues, cuando fuera mayor mi delito, hijo es de amor ⁽¹⁰⁾ , y esto basta por disculpa.	685
	Mal pagas mi voluntad, y el no estimar mi afición viene a ser, en conclusión, mayor rigor y crueldad. Mira que te soy fiel, y en la esperanza verás que no te ha querido más ni es mejor el don Manuel.	690
DOÑA ANA	¿Tú con mi primo te igualas? ¿a tal se atreve tu labio?	695
	Para vengar este agravio quisiera pedir sus alas al viento para arrojarme deste balcón.	
DON MANUEL	Aquí está	

	quien a ti te vengará,	700
	pues tú deseas vengarme.	
	Don Sebastián, la ocasión	
	estimo que se ha ofrecido:	
	de lo mal que has procedido	
	tomaré satisfacción.	705
DON SEBASTIÁN	Muy al contrario has de ver.	
DOÑA ANA	Primo del alma, ¿qué es esto?	
	(Quítase del balcón.)	
DON MANUEL	Echar un perdido el resto,	
	y acabarse de perder.	
	Saca la espada, y verás	710
	con ella muy presto quién	
	sabe proceder más bien,	
	y quiere a doña Ana más.	

(Acuchíllanse, y vase retirando DON SEBASTIÁN hasta que se entra.)

DON MANUEL	Muestra has dado de cobarde.	
	¿Retírate? ¿Tienes miedo?	715

(Vase persiguiendo a DON SEBASTIÁN.)

Escena X

DOÑA ANA, que sale a la calle con una espada en la mano.

DOÑA ANA	Dejar de ayudar no puedo	
	a mi primo; mas ya es tarde.	
	¡Quién supiera dónde están!	
	¡Quién a su lado estuviera!	
	¡Quien ayudarle pudiera,	720
	y quien a don Sebastián	
	quitara la infame vida!	
	¿Hacia qué parte a buscallo	
	iré? Remedio no hallo,	
	mi desgracia es conocida	725
	¡Oh, qué infelice es mi suerte!	
	cualquiera golpe que suena	
	a padecer me condena	
	mayor riesgo que la muerte	

(Disparan dentro una pistola.)

¡Ay de mí! ¿Si aquel traidor 730
 a mi primo le tiró
 Hacia allí el golpe sonó.
 Norte me será el rumor;
 sigo el eco de aquel trueno,
 porque si es muerto mi primo, 735
 ni vida ni honor estimo,
 y a más rigor me condeno.
 Primo, señor, ¿no respondes?
 ¡Ah, don Manuel!

Escena XI

DON MANUEL, con una pistola. -DOÑA ANA.

DON MANUEL	¿Quién me llama?	
DOÑA ANA	Quien te estima, quien te ama.	740
DON MANUEL	Bien a mi fe correspondes.	
DOÑA ANA	Quien de un traidor ofendida, y de tu amor obligada, con un brazo y una espada viene a defender tu vida; 745 quien la venganza procura de agravios contra su honor; quien imita tu valor; quien la opinión aventura; quien, si viene conjurado 750 todo el mundo contra ti, y rayos llueven aquí, jamás dejará tu lado. Ten brío; que aquí estoy yo. ¿Adónde está aquel traidor? 755	
DON MANUEL	Ya, temiendo tu rigor, libre el campo me dejó.	
DOÑA ANA	¡Ay, primo! ¿vienes herido?	
DON MANUEL	No, ninguna herida traigo. Antes dejo en mi enemigo 760 vengados ya mis agravios.	
DOÑA ANA	¿Qué dices?	
DON MANUEL	Que muerto queda, porque al punto que eché mano, con cautela alevemente	

se fue el traidor retirando: 765
y al volver de aquesta esquina
salieron cuatro embozados
que en retaguardia traía.
yo, temiendo el falso trato,
me valí desta pistola, 770
y en breve el gatillo alzando,
hirió el acero a la piedra;
ella sangre vomitando
de sus entrañas, en fuego
veloz abrasó los granos 775
del diabólico instrumento,
haciendo escupir dos rayos
a la boca del cañón,
con que hallando paso franco
en el pecho del aleve, 780
de la otra parte pasaron.
El cuerpo cayó en su centro;
parece que deseando
salir estaba la vida
del pecho que era tan falso. 785
Los demás de verle muerto
o ya porque imaginaron,
que yo instrumento traía
para hacer otro tanto
con ellos, huyeron luego; 790
y tan solo me dejaron,
que llegué a reconocer
el acierto de mi brazo.
Tuve invidia a mi enemigo;
que me hallo en tal estado, 795
que fuera para mí dicha
la desgracia del contrario;
mas huye de mi la muerte
porque sin duda me guardo
para archivo de tormentos 800
y ejemplo de desdichados.
Él padeció de una vez
su castigo, y yo, penando,
en cada instante de vida
mil siglos de muerte paso. 805
En aquesta diversión
el acento de tus labios
me conduce a que te busque;

DOÑA ANA

pero soy tan desdichado,
que hoy, que te hallo de nuevo 810
en manos del desengaño,
de nuevo vuelvo a perderte,
y más perdido me hallo.
No bastó con mi fortuna
el acogerme a sagrado; 815
que en cualquier estado un triste
lleva consigo sus astros.
Ya se acabó, don Manuel,
ya, doña Ana, se acabaron
mis dichas, ya no he de verte; 820
ya es fuerza que desterrado
bárbaramente en un monte,
pase el resto de mis años,
agonizando rigores,
espíritus anhelando 825
para entretener ahogos
que les estrechan el paso;
bien así como la vela
suele cuando llega al cabo
lobregando parasismos, 830
ostentar de luz más rayos.
Mas resistencias no sirven,
violencias no hacen al caso;
que desmiente oposiciones
la fuerza de los contrarios. 835
Dispuesto a que la razón
ciega, el discurso engañado,
acabado el sufrimiento,
el valor desesperado,
en una gentilidad 840
busque el fin de mis trabajos... [633]
Basta, basta, no me aflijas;
basta, basta; paso, paso;
que no es bronce mi sentido,
ni yo soy hecha de mármol. 845
No trates de darme pena,
porque es rigor inhumano
dar disgusto a una mujer
que tu sombra está adorando.
Si tú al desierto te vas, 850
aunque yo quede en poblado,
ni me excederás en penas

	ni en los tormentos que paso. Tuya soy, tuya he de ser mientras viva, reservando la obligación del honor; que en lo demás no reparo. Con esperanzas de esposo te quise, y sin ellas te amo; tanto, que a nadie en el mundo de esposa daré la mano.	855
	A ti la doy, y palabra que en un monasterio santo lo que de vida me queda he de gastar, profesando los tres religiosos votos, añadiendo a éstos, por cuarto, que estarán siempre mis ojos hechos dos mares de llanto. Vete, vete; que el valor y el aliento van faltando, y temo demostraciones que al honor le cuesten caro.	860
DON MANUEL	Por última despedida déjame besar tu mano.	865
DOÑA ANA	No, primo; ya te he advertido que yo te estimo, guardando mi honor en primer lugar; y si has juzgado al contrario, te engañas; que si salí de mi casa atropellando inconvenientes, fue sólo porque la fuerza de agravios, la obligación de la sangre, en mi valor confiados, sin dar lugar al discurso, a venganzas me llamaron. No me olvido que otra vez fácilmente te la he dado; mas fue yerro, que creí con ser tu esposa soldarlo. Ya no puedes ser mi esposo cualquier favor será agravio, que no a pedirlo, a impedirlo estás, por deudo, obligado; porque amor es atrevido,	870
		875
		880
		885
		890
		895

y si licencia le damos,
 ni tú podrás resistirte,
 ni yo podré remediarlo.
 Mis favores, mis finezas 900
 todas, primo, se han cifrado
 en entrarme en un convento
 donde pasaré abrazando⁽¹¹⁾
 la confusión de mis penas,
 a quien daré por esclavos 905
 el gusto y el albedrío,
 eternamente negando
 la claridad a mis ojos,
 las palabras a mis labios,
 hasta que me persuada 910
 a mí misma que fue engaño
 creer que te hablé algún tiempo
 si con esto satisfago;
 si no, no me pidas más;
 Dios te guarde; ponte en salvo. 915

(Vase.)

DON MANUEL

Mejor es que entre mis penas
 acabe desesperado;
 pero no me acabarán
 que es su rigor tan tirano,
 que no me quieren dar muerte 920
 por negarme este descanso.

Jornada tercera

Calle de otro pueblo.

Escena I

DON MANUEL

No sé cómo mis pesares
 ya del vivir no me privan;
 mas la ponzoña no mata
 a quien con ella se cría.

Tan propio estoy a las penas, 5
 que peligrara mi vida
 a permitirme por yerro
 la fortuna alguna dicha;
 o como extraño alimento
 el pecho le arrojaría 10
 fuera, porque no hay lugar
 en mí donde el gusto asista.
 Ninguno hay tan desgraciado
 a quien no se le permita
 un desahogo siquiera, 15
 una esperanza fingida,
 Sino a mí; que en todas partes
 la fortuna precipita
 nubes de dificultades,
 aguaceros de desdichas, 20
 todo un invierno de penas,
 sin hallar sereno el día,
 que la oscuridad de azares
 le hace una noche continua.
 Y aunque mis humildes fuerzas 25
 soportan las penas mías,
 primer lugar en el alma
 se toman las de mi prima.
 Cielos, ¿qué tengo de hacer?
 no sé que rumbo me elija, 30
 ni sé que altura me tome,
 que norte admita por guía;
 no sé qué camino escoja,
 no sé qué derrota siga;
 porque el mar en que me anego 35
 ni astrolabios determinan
 grados de altura, ni hay fondo
 que lo profundo le mida.
 Todo es rocas, todo escollos
 y entre Caribdis y Scila, 40
 jamás de romper se acaba
 nave que tanto peligra.
 Todo es penas cuanto toco,
 disgusto cuanto imagina
 el discurso; todos yerros 45
 a cuanto el alma se inclina.
 En sus mismas confusiones
 anda la razón perdida,

y en mortales parasismos
 agonizando delira. 50
 Sólo vive la memoria
 en mí, porque más me aflijan
 recuerdos del bien pasado,
 que matan dichas pérdidas.
 La voluntad, siempre firme, 55
 es conmigo tan esquiva,
 que, sin faltar desengaños,
 imposibles facilita.
 Pero todo cuanto alienta
 a que sus engaños siga, 60
 viene a ser el despeñarme,
 para dar mayor caída.
 Seis meses ha que mi amigo
 don Rodrigo desta villa
 partió para mi lugar, 65
 y me admiro que no escriba;
 mas, pues no me escribe, es cierto
 que mis desdichas caminan
 sin remedio, como siempre.

Escena II

CHURRIEGO, **de camino.** -DON MANUEL.

CHURRIEGO	Bien merezco las albricias.	70
DON MANUEL	Seas, Churriego, bien venido.	
CHURRIEGO	Díérasme la bienvenida con más gusto, si supieras novedades infinitas que traigo que referirte.	75
DON MANUEL	Dímelas, por vida mía. ¿Traes cartas de don Rodrigo? ¿Entrose monja mi prima? ¿Mi tío quedaba bueno? Doña Violante, ofendida	80
CHURRIEGO	de la muerte de su hermano, o su padre ¿solicita seguir por pleito el negocio? Tomaste la tarabilla. Vete a espacio en preguntar, porque echarle una jeringa	85

	en suceso semejante.	120
DOÑA ANA	Dícenme que con Violante os casáis; yo me alegrara tuviera el negocio efeto; que Violante es peregrina, sólo su hermosura digna ⁽¹²⁾	125
	de emplearse en tal sujeto.	
DON RODRIGO	Yo os confieso que he estimado y estimo a doña Violante; y el no pasar adelante el casamiento tratado,	130
	y acabarse, sólo ha sido el ver que su obstinación repare en darme el perdón que de la muerte he pedido; que éste es el primer intento	135
	porque casarme apetezco, si bien sé que no merezco tan dichoso casamiento.	

Escena IV

SEBASTIANA. -**Dichos.**

SEBASTIANA	Señora, mi señor viene; ya del caballo se apea, ya entra en casa.	140
DOÑA ANA	Que no os vea mi padre a mi honor conviene. A este escritorio, Señor, os ruego que os retiréis.	
DON RODRIGO	Agravio en eso os hacéis; mirad que os está mejor, Señora, el estarme aquí.	145
DOÑA ANA	No me deis este disgusto; pues lo que pido es tan justo, hacedlo esta vez por mí.	150
DON RODRIGO	Fuera necia grosería volveros a replicar; sólo os desea agradar y servir el alma mía.	
DOÑA ANA	La cortesía y valor en vos tienen igualdad.	155

ni sé cómo ha sucedido;
y siento mucho que trate
don Felipe mi opinión
de ese modo. 190

DON ANTONIO Bien está;
todo se remediará
a nuestra satisfacción.
El recado de escribir 195
¿no está en aqueste escritorio?
DOÑA ANA (**Aparte.**) Que le ha de ver es notorio;
¿quién tal pudo prevenir?

(**Va a entrar DON ANTONIO, y sale DON RODRIGO.**)

DON ANTONIO ¿Qué es aquesto? Caballero,
¿Qué buscáis? ¿Qué pretendéis? 200

DON RODRIGO Suplícoos que os reportéis.

DON ANTONIO Bien reportado os espero.
(**Aparte.**) No hay honra que esté segura
cuando estriba en la mujer;
gran consulta ha menester 205
con el honor la cordura.

Si a aqueste quiero matar,
es cosa muy declarada
que en viendo sacar la espada,
aquestas dos han de dar 210

voces, y es fuerza acudir
al ruido mucha gente,
hago mi agravio patente,
y no puedo conseguir
la venganza. Mejor es 215
hacerme desentendido,
y el agravio recibido
tendrá castigo después.

Don Rodrigo, en conclusión,
el haberos escondido, 220
agravio notorio ha sido
contra la satisfacción

que yo de doña Ana tengo;
también de vuestra lealtad,
a cuya seguridad 225
nuevos abonos prevengo;
pues pudiendo estar presente,
esconderse, es querer dar

	a la sospecha lugar, y hacerse del inocente; que cuando un noble se esconde, en la frente lleva escrito «Yo he cometido delito,» y a quien es no corresponde.	230
DON RODRIGO	No tengo qué responder; verdad es cuanto decís.	235
DON ANTONIO	(Aparte.) ¡Ay, honor, cuánto sufrís! Yo os he de haber menester con vuestra capa y espada esta noche, y os espero en el soto del Gomero.	240
DOÑA ANA	(Aparte.) De mi padre no me agrada ¡aqueste disimular, hallando un hombre en su casa; porque del viento que pasa suele reñir y colar.	245
DON RODRIGO	Iré donde me mandáis, como es razón, a serviros.	
DON ANTONIO	(Aparte.) Abortando está suspiros el corazón. Si me dais licencia, os iré sirviendo a vuestra casa.	250
DON RODRIGO	Es exceso, Señor don Antonio, eso.	
DON ANTONIO	Antes, según lo que entiendo, me debe de convenir; pues quien solo os vido entrar, no tendrá que maliciar si conmigo os ve salir. Esto ha de ser, que es razón; no tenéis que replicar.	255 260

(Vanse los dos.)

Escena VI

DOÑA ANA	¡Ay, Dios! ¿En qué ha de parar esta disimulación? No hay duda que está enojado, y ha de procurar venganza. Yo vivo sin esperanza;	265
----------	---	-----

mi primo está desterrado,
 don Rodrigo, en conclusión
 del casamiento desiste⁽¹³⁾:
 en casarme yo consiste
 darle a mi primo el perdón. 270
 Yo he propuesto de ser monja;
 y sin dejarlo de ser,
 hoy mi amor le ha de hacer
 a mi primo una lisonja,
 y ha de ser que he de casarme, 275
 y en otorgando el perdón,
 me entraré en la religión
 antes que llegue a gozarme.
 Pues es caso averiguado
 que el matrimonio divide 280
 la religión, y lo impide
 cuando no está consumado.
 Logrando este pensamiento,
 de mi padre huyo el disgusto,
 a mi primo le doy gusto 285
 y se consigue el intento.
 No aprovechar la ocasión
 será necio desvarío, [635]
 pues don Felipe, mi tío
 me ayudará en esta acción. 290

(Vase.)

Soto inmediato al lugar. Es de noche.

Escena VII

DON MANUEL, CHURRIEGO.

DON MANUEL Aunque es la noche oscura,
 es, Churriego, tan corta mi ventura,
 que entrar no me he atrevido,
 por temer ser de alguno conocido.
 y así, he determinado 295
 que entres en el lugar, y con cuidado
 digas a don Rodrigo que le espero
 escondido en el soto del Gomero;
 que con esto procuro

CHURRIEGO entrar acompañado más seguro, 300
Parto luego a hacer lo que me mandas,
como dicen los niños, en volandas.

(Vase.)

Escena VIII

DON MANUEL; luego, DON ANTONIO.

DON MANUEL La noche me parece
que se viste de nubes y oscurece,
y apenas determino 305
si es hombre el que hacia mí sigue el camino.
Sospecha cierta ha sido;
bien será que me halle prevenido.

(Se emboza.)

DON ANTONIO (Sale.)
(Para sí. Aunque he llegado presto,
hallo que mi contrario está en el puesto; 310
pésame que me aguarde,
porque ofende a su honor quien llega tarde.)

No tienes que embozarte;
yo soy, y solo vengo aquí a buscarte,
y a que el valor corrija 315

el honor que por ti perdió mi hija;
que si he disimulado,
es porque esta ocasión he procurado,
en que el honor intenta,
por no hacer mas pública su afrenta, 320
mejorarse de suerte,
sepultando la ofensa con tu muerte.

DON MANUEL Repórtate primero,
a cólera no rija el blanco acero,
que vienes engañado; 325
que a tu honor y a tu casa le he guardado
el debido decoro.

DON ANTONIO Cuanto pasa he sabido, nada ignoro.
DON MANUEL (Aparte.) Don Antonio es aqueste; él ha sabido
el amor que a mi prima le he tenido; 330
y aunque el alma está llena
de tormento y dolor, de rabia y pena,
a este nuevo cuidado

	el principal lugar todos le han dado.	
	Repara, mira, advierte.	335
DON ANTONIO	No hay aquí más reparo que tu muerte...	
DON MANUEL	(Aparte.) El trance es riguroso.	
DON ANTONIO	O la mano has de dar luego de esposo a doña Ana, mi hija.	
	De estas dos cosas tu discurso elija.	340
DON MANUEL	Lo segundo eligiera, si el empeño en que estoy no lo impidiera.	
DON ANTONIO	No admite esa disculpa la gravedad del caso y de tu culpa; con ella has de casarte,	345
	o tú me has de matar o he de matarte.	
DON MANUEL	¿Cómo me he de casar siendo ordenado?	
DON ANTONIO	(Aparte.) Desconozco esta voz, yo me he engañado; notable riesgo ha sido; rigiome la pasión, y no el sentido.	350
	Ya importa en este paso que advierta la razón lo que hace al caso. Darle a aqueste la muerte, que en nada está culpado, es triste suerte;	
	irme de aquí y dejarlo,	355
	será darle ocasión de publicarlo, y si el suceso cuenta, añade ejecutorias a mi afrenta.	
	Aunque culpa no tiene, darle la muerte agora me conviene.	360
	Resuelto yo a matarte, saco la espada para no excusarte.	
DON MANUEL	Pues tratas de ofenderme, saco la mía para defenderme,	

(Sacn las espadas y riñen.)

Escena IX

DON RODRIGO, CHURRIEGO. -Dichos.

CHURRIEGO	Digo que le dejé aquí, y no sé dónde se ha ido; mas si no engaña el sentido, cuchilladas hay allí.	365
DON RODRIGO	Aquí tienes a tu lado	

	a tu amigo, don Manuel.	370
CHURRIEGO	Y aquí un criado fiel.	
DON MANUEL	El socorro es excusado; deteneos.	
DON RODRIGO	¿Cómo así volvéis contra mí el acero?	
DON MANUEL	Estimo a aquel caballero,	375
	don Rodrigo, en más que a mí.	
DON ANTONIO	(Aparte.) El que conmigo reñía es sin duda don Manuel.	
DON RODRIGO	Pues yo os vi reñir con el.	
DON MANUEL	No reñí; me defendía.	380
DON ANTONIO	(Aparte.) En ser él se ha mejorado de mi cuidado el efeto, que como deudo el secreto me guardará. Aquí apartado os ruego que dos razones sólo escuchéis, caballero.	385

(Apártanse don Antonio y don Manuel, y hablan recatadamente.)

CHURRIEGO	Vive Dios, que desespero con aquestas confusiones; no lo entiendo, no lo entiendo.	
DON ANTONIO	El no haberle conocido fue causa de haber reñido. El secreto te encomiendo, bien ves que importa a los dos; tu amigo no ha de saber quién soy yo.	390
DON MANUEL	No es menester que me lo encargues.	395
DON ANTONIO	Adiós.	

(Vase.)

Escena X

DON RODRIGO, DON MANUEL, CHURRIEGO.

DON MANUEL	(Para sí.) De un abismo en otro abismo precipitándome voy; tan ciego y confuso estoy,
------------	---

	que no me entiendo a mí mismo.	400
	Mi tío me ha dicho aquí que ha hallado un hombre en su casa. ¿Por quién en el mundo pasa lo que me sucede a mí?	
	Rendido el entendimiento a este laberinto está: mas ¿a quién no rendirá?	405
DON RODRIGO	Ya no puede el sufrimiento dejaros de preguntar la causa desta pendencia.	410
DON MANUEL	Tened, amigo, paciencia, que no os la puedo contar, porque la palabra he dado del secreto.	
DON RODRIGO	Bien hacéis; que es justo que le guardéis.	415
DON MANUEL	No es negocio de cuidado.	
DON RODRIGO	(Aparte.) Don Antonio es este, sí, y con mi amigo riñó, porque engañado creyó que era yo el que estaba aquí.	420
	Bien lo declara el suceso, pues él se volvió al lugar. Quedarme yo aquí a aguardar viniera a ser necio exceso; después buscaré ocasión,	425
	o el tiempo la ofrecerá, y del engaño en que está le daré satisfacción. Mucho os tengo que decir; vamos, amigo, al lugar.	430
CHURRIEGO	Ya yo le deseo hallar para hartarme de dormir.	

(**Vanse.**)

Sala en casa de DON FELIPE.

Escena XI

DON FELIPE, DON ANTONIO.

DON ANTONIO	Don Felipe, yo he venido a buscaros con cuidado, de un gran dolor fatigado, y sin discurso el sentido.	435
	Dícenme que en vuestra casa [636] está mi hija doña Ana; también, que, como liviana, con don Duarte se casa.	440
	¿Qué respondéis?	
DON FELIPE	Que es así. A mi casa vino ayer con aquese parecer; y aunque yo la persuadí que no siguiese ese error	445
	temiendo que si se fuera, acaso no sucediera algún exceso mayor, hice que aquí se quedase, por dar con esto lugar de poderos avisar.	450
DON ANTONIO	¡Que así una hija se case! ¡que no hay freno que corrija la furia de una mujer! Desdichado viene a ser el hombre que tiene hija.	455
	Don Felipe, primo, amigo fuerza es que en esta ocasión puedan cólera y pasión más que el discurso conmigo; y así, aunque quiera valerme de la razón, no ha de darme lugar para gobernarme la pena, y he de perderme.	460
	Mi deudo sois, cosa es llana y toca a vuestro decoro cubrir con matices de oro estos yerros de doña Ana.	465
	Como discreto podéis disponer esto de modo, que si ella se echó en el lodo, vos las manchas le quitéis, no procurando estorbar su intento; que es la mujer ángel en el aprender,	470 475

	demonio en ejecutar; sino haciendo como sabio, que en esta infamia que intenta, honor parezca la afrenta ⁽¹⁴⁾ , no dando puerta al agravio.	480
	Y así, a vuestra elección dejo el caso, pues vengo a hallarme tal, que fuera despeñarme guiarme por mi consejo.	
	Disponed en esta parte aquello que más convenga.	485
DON FELIPE	Vamos, que he de hacer que venga hoy a hablaros don Duarte. Todo en bien se ha de acabar, todo con gusto ha de ser.	490
DON ANTONIO	Es honor en la mujer nave sin leme en el mar ⁽¹⁵⁾ .	

(Vanse.)

Calle.

Escena XII

DON MANUEL, CHURRIEGO.

DON MANUEL	¿Qué dices? ¿Estás en ti?	
CHURRIEGO	Pues ¿en quién tengo de estar? ¿Puedo en otro alguno andar, o andar alguno por mí?	495
	Digo que a casa llegué, hallé mucho regocijo, y una criada me dijo, a quien yo la pregunté, que se casaba Violante con tu amigo, y...	500
DON MANUEL	Dilo, acaba.	
CHURRIEGO	Y tu prima se casaba...	
DON MANUEL	No pases más adelante. Penas, rigores, ¿qué es esto? ¿cuándo os habéis de cansar? ¿cuándo me habéis de acabar de una vez?	505

CHURRIEGO Malo va esto.
 María, bendita eres. (**Humíllase.**)

DON MANUEL Ausentarme es lo mejor, 510
 y no ver este dolor,
 no hay que fiar en mujeres.
 Aunque no puedo creer
 que este suceso así pase,
 ni que doña Ana se case, 515
 resuélvome en irlo a ver.

(Vase)

CHURRIEGO ¡Linda ha estado la oración!
 pues así el mal se remedia,
 lacayitos de comedia,
 pagadme la bendición. 520

(Vase.)

Sala en casa de DON FELIPE.

Escena XIII

DON FELIPE, DON DUARTE, DON RODRIGO, DON ANTONIO, DOÑA ANA,
 DOÑA VIOLANTE, SEBASTIANA, **convidados.**

DON FELIPE Todo está tan prevenido,
 que sólo al cura aguardamos.

DON DUARTE Muy tristes, Señora, estamos,
 porque habemos conocido 525
 en vos algún sentimiento;
 no es razón dar el lugar
 al disgusto y al pesar,
 que se le debe al contento.

DOÑA ANA (**Aparte.**) Si supieras mis cuidados,
 menos culpa me pusieras. 530

SEBASTIANA Por aquesas escaleras
 suben muchos embozados.

DON FELIPE Entren, entren; que hoy es día
 de agradecer y estimar
 que vengan a celebrar 535
 nuestro gusto y alegría.

que ingratitudes deshagan; 570
 cómo se permite, digo,
 que se despose doña Ana
 y que en nieve se sepulte
 la maravilla del alba?
 ¿Qué fruto esperarse puede 575
 de una vid cuando se enlaza
 de un inútil seco tronco,
 que se ha de acabar mañana?
 ¿Qué unión, qué conformidad
 es juntar una lazada 580
 oposición de sujetos
 en calidades contrarias?
 (A DOÑA ANA.)
 Y tú, monstruo en deslealtad,
 ¿tanto apretaron las ansias
 de casarte, que apeteces 585
 un hombre en la semejanza,
 una vida en el sepulcro,
 en el otro mundo un alma,
 un cuadro de la vejez,
 de senectud una estampa, 590
 sombra de lo que ya fue,
 reflejo de lo que pasa,
 un monte casi de nieve,
 una región de la escarcha,
 un pésame de tus años, 595
 y un pláceme a la venganza?

(Empuñan las espadas DON ANTONIO y DON DUARTE; DON RODRIGO pasa al lado de DON MANUEL, y los demás detienen a unos y a otros.)

DON DUARTE ¡Turbador de mi sosiego!
 DON ANTONIO ¡Pregonero de mi infamia!
 DON FELIPE ¡Loco, necio, sin sentido! [637]
 DOÑA ANA Bueno está, señores, basta 600
 conmigo ha hablado mi primo;
 yo sola soy la culpada.
 CHURRIEGO Voto a Dios, que si me enojo,
 que en cuatrocientas gargantas
 no habrá para un remendón. 605
 SEBASTIANA ¿Eso es miedo o es bravata?
 DON DUARTE Dadme licencia, señores,
 para volver por mi causa,

porque soy el ofendido,
 y muy gran tormento y rabia⁽¹⁶⁾ 610
 don Manuel me ocasiona
 en correspondencia ingrata
 a beneficios que debe,
 que en tiranías me paga;
 estadme atentos, veréis 615
 si tengo razón sobrada.
 Casi en días de parir
 su madre, vino a mi casa
 a ver a doña Isabel,
 mi mujer, que el cielo guarda. 620
 Y apenas en el estrado
 del chapín puso la planta,
 cuando perdido el color,
 llena de mortales ansias,
 perdiendo al aire suspiros, 625
 cuyos ecos lastimaran
 de una piedra la dureza,
 de un diamante las entrañas,
 llegó del parto la hora;
 y sin comadre, en la sala 630
 nació este ingrato en mis brazos,
 dos vueltas a la garganta
 con la vid, casi ahogado;
 y yo, que desesperaba
 de su vida, en un instante 635
 procuré remedio al alma
 cogiendo de un contador
 un pomo de agua rosada.
 Con ella le bapticé,
 hice que al doctor llamaran 640
 para aplicarle remedios;
 diligencia que a dejarla
 yo de hacer, no viviera,
 porque todos le olvidaban
 por acudir a su madre; 645
 de suerte que vida y alma
 me debe, y en premio desto,
 un hijo que tengo mata,
 un casamiento me impide,
 y con palabras me infama. 650
 Ya no temo a la fortuna:
 si me bapticé con agua

	rosada, no estoy cristiano, ni las órdenes sagradas el carácter imprimieron,	655
	porque el bautismo es la entrada de los demás sacramentos, y nuestra Iglesia romana declara que el sacramento del bautismo sea con agua natural, y no con otra.	660
	Supuesta verdad tan clara, no vengo a estar ordenado; mi mujer eres, doña Ana, aunque pese a todo el mundo.	665
DOÑA ANA	Nuestras voluntades bastan, y la mía siempre es tuya.	
DON DUARTE	Pues si las órdenes faltan, yo estoy aquí, que haré que te corten la garganta, por la muerte de mi hijo, públicamente en la plaza.	670
	Voy a llamar la justicia.	
DON MANUEL	Poco importa que la traigas: cáseme yo con mi prima, y lluevan luego desgracias.	675
DON RODRIGO	Ya, Señor, diste el perdón, no puedes seguir la causa; demás de que yo lo pido, doña Violante y doña Ana.	680
DON DUARTE CHURRIEGO	Digo que yo los perdono. Yo digo que, averiguada del bautismo la verdad, se casaron una pascua.	
	Esta historia es verdadera, y pues vemos que esto pasa, <i>en el mayor imposible</i> <i>nadie pierda la esperanza;</i> y don Agustín Moreto	685
	no la pierde; que a esas plantas quien humilde el perdón pide, con facilidad le alcanza.	690

ENTREMÉS FAMOSA DE LA PERENDECA

de Agustín Moreto

Personas que hablan en él:

- PERENDECA
- CALDERERO
- Su amo, el VEJETE
- ESPORTILLERO
- MARÍA
- BARBERO
- CONVIDADO

*Sale huyendo ESPORTILLERO y CALDERERO
tirándole del brazo*

ESPORTILLERO: No le tengo de oír, ¿qué me porfía?
CALDERERO: Pues tanto hará de oírme todo un día.
ESPORTILLERO: ¿Un día? ¡Barrabás que fuera oyente!
CALDERERO: Pues oígame seis horas solamente.
ESPORTILLERO: Tal tentación de hablar, yo no la he visto.
CALDERERO: Una hora me ha de oír, ¡jurado a Cristo!
ESPORTILLERO: Suelte.
CALDERERO: No hay orden.
ESPORTILLERO: Hablador notable.
CALDERERO: Déjeme despedir.
ESPORTILLERO: Ni aun eso me hable.

Suéltase, y vase

CALDERERO: Pues esportillerito calvatrueno,
vete con Bercebú a llevar lo ajeno,
que para hablar una semana entera,
bástame por oyente mi montera.

Echa la montera y siéntase junto a ella

Yo soy un hombre, hermano monterilla,
el mayor hablador que hay en Castilla;
y aprendí a calderero
por hablar con las manos y el caldero,
cuando voy, sin que nadie me replique,
haciendo por la calle el triquetrique.
Estoy enamorado, estoy perdido,
más bien correspondido,
que mi moza que en nada se entremete
no habla más de con otros seis o siete;
yo soy el uno, el otro es un barbero,
el otro este corito esportillero,
que por ella se endiabló;
uno sirve, otro tañe, otro habla,
ninguno la regala,
y a todos nos envía noramala.
Ella sirve a un vejete engerto en zorra,
entre sombrero y gorra;
sombrero en los bateos, que hay confites
para aparar, y gorra en los convites.
Yo he hablado sin que nadie me lo vede,
vuesasté no replique, que no puede;
vamos que ésta es mi historia verdadera,
para el paso en que estoy, que es de montera.

*Salen cantando en tono de jácara MARÍA
y PERENDECA con sus mantellinas. El ESPORTILLERO con la ropa
acuestas y el BARBERO también con ella rebozado.*

Canta

MARÍA: *Mal haya la vida mía,
si te envidio, Perendeca,
cuando veo que a tu miel
tantas moscas se le pegan,
porque son como barquillos
los mocitos sin hacienda,
que entretienen y no hartan
y al primer toque se quiebran.*

Al BARBERO

PERENDECA: *¿Qué me quieres, Barberito
que todas somos barberas?
Pues de la vena del arca
sangramos por excelencia.
En no dejándoles sangre,
pedimos aprisa venda,*

venda, venda, y si no vende,
picamos en otra vena.
De los galancetes ninfos,
que con nosotras se afeitan,
sus bolsas son las bacías,
las navajas nuestras lenguas.

Al ESPORTILLERO

Tú sabes también que tengo
un poco de esportillera,
pues llevo un recado ajeno
por dos cuartos hasta Armenia.

Al CALDERERO

Quédate, Caldererillo,
que es decirme que te quiera
machacar en hierro frío.
Y tú, Marica, te queda,
que ésta es mi posada, y temo
que si a venir mi amo acierta,
como a ratones con queso,
a todos nos coja en ella.

BARBERO: Yo no me tengo de ir
hasta que me favorezcas,
que basta que por tu causa
ha un mes que no veo mi tienda.

ESPORTILLERO: ¡Hase de ir que sólo yo
me quedo con Perendeca!

CALDERERO: ¿Qué es eso, pícaro? Él es
el primero que ha de ir fuera.

PERENDECA: Hombres que me destruís,
idos, antes que anochezca,
que vendrá mi viejo.

Dentro

VEJETE: ¡Hola!

PERENDECA: Con todo dimos en tierra.
Él me mata si te ve,
porque tengo orden expresa
que no me junte contigo.

CALDERERO: Bueno, y acá somos bestias.

VEJETE: ¡Abre aquí, diablo!

PERENDECA: Ahora bien;
póngase aquesta caldera,
y con estos tres martillos
vestastedes den en ella
como en el real de enemigo.

BARBERO: ¡Linda invención!

CALDERERO: Sí, es tan buena;
póngase vuested aquí.

Pónese de rodillas CALDERERO con la caldera metida en la cabeza, y BARBERO, ESPORTILLERO y MARÍA con los martillos alzados, los brazos de figuras, y sale el VEJETE

BARBERO: Guarda la gamba.
CALDERERO: Aquí entra
justicia, y no por mi casa.
VEJETE: ¿Dónde estabas, mala hembra?
PERENDECA: Con este ruido no oía.
VEJETE: Pues, ¿qué figuras son éstas?
PERENDECA: Como ha dos días no más,
que parió la calderera;
por el ruido, el obrador
ha enviado acá estas mismas,
en levantando este muelle...
CALDERERO: ¡Molidas las carnes tengas!
PERENDECA: ...trabajan como personas.
CALDERERO: ¡Mal trabajo por ti venga!
VEJETE: Veámoslo.
PERENDECA: Da un pellizco
debajo de la caldera.

Dale un pellizco el VEJETE a CALDERERO, vase a levantar y dale con la caldera en la cara

CALDERERO: ¡Ay, mi brazo!
VEJETE: ¡Ay, mis narices!
PERENDECA: Si tú te llegas tan cerca...

Dan todos tres sobre la caldera al son que hacen los herreros

VEJETE: ¡Hay tal ruido! Hazlos callar;
y tú, ponte a asar la cena,
que hay un convidado, y este
quebradero de cabeza
al herrero que echa chispas.
Presto que ya doy la vuelta.

Vase el VEJETE

CALDERERO: ¡Es muy mal hecho pegar
como si fuera de veras!

***Riñen por encima de la cabeza de CALDERERO,
que aún ha de tener puesta la caldera, y ellos los martillos
con que dan en ella***

BARBERO: Mas mal hecho es engerirse
donde le quieran por fuerza.
ESPORTILLERO: Y el mondanísperos, diga:
¿quién le quiere, o quién le ruega?

BARBERO: Pues tú a mí, don Esportilla.
ESPORTILLERO: Pues tú a mí, doña Lanceta.
CALDERERO: ¡Riñan allá, valga el diablo,
los vulcanos de la lengua!
MARÍA: Yo me voy, amiga.

Llama el VEJETE

VEJETE: ¡Moza!
PERENDECA: Ya vuelve. ¡Hémosla hecho buena!
Que sin querer yo a ninguno
en estos ruidos me metan.
VEJETE: ¡Abre aquí, picaronaza!
PERENDECA: Entre, y véalos.
TODOS: ¡Clemencia,
ten lástima de nosotros!
PERENDECA: Ahora bien, pónganse apriesa
todos a gatas; y el uno,
zámpele por la cabeza
aquesta media tinaja.

**Pónense BARBERO y ESPORTILLERO a gatas, una
tabla atravesada encima, y en ella sentado CALDERERO, con media
tinaja dentro la cabeza, y un barreño de ceniza a los pies**

CALDERERO: Pues...¿qué he de ser?
PERENDECA: Chimenea.
VEJETE: Diablo, ¿dónde estás?
PERENDECA: Ya voy.
CALDERERO: ¡Alto! De esta vez, me quemán.
VEJETE: ¿Hay tal esperar? ¿Qué hacías?
PERENDECA: Quería aliñar la cena...
VEJETE: ¿Qué aún no la tienes asada?
¿Acá estáis vos, buena pieza?
MARÍA: Con licencia de vuested.
VEJETE: Vos os tomáis la licencia,
dad acá; yo lo asaré
mientras vais por vino. ¡Apriesa!
y tú, sopla.
MARÍA: Que me place.

**Pónese a asar el VEJETE e hinca el asador en
las tripas de CALDERERO. MARÍA sopla, y llena las caras de
ceniza a los tres**

CALDERERO: ¿Soy cecina, que me humean?

Canta

MARÍA: Los morillos, ¿Qué dicen de aqueste soplo?
ESPORTILLERO: ¡Que Miércoles de Ceniza se ha vuelto el Corpus

Saca la cabeza por la tinaja muy tiznada

MARÍA: *¿Qué dijera, si hablara la chimenea?*
CALDERERO: *¡Qué está buena su madre y humazos la echan!*

VEJETE: *¡Valga el diablo la pared
que un agujero no tenga
en que entrar el asador!
Pues yo se le haré por fuerza.
Oigan; ¡qué rebelde está!*

CALDERERO: *¡Dios mío, que me barrenan
pensando que yo soy capón!
Quiero espantarle con tierra.*

Échale tierra

VEJETE: *¡Jesús, qué se cae la casa!*
MARÍA: *Es la chimenea vieja,
y cayóse algún terrón.*
VEJETE: *Míralo; toma esa vela.*

***Entra PERENDECA con un jarro de vino al tiempo que
prende unas estopas que han de estar en la boca de la tinaja***

PERENDECA: *Aquí está el vino, señor.*
MARÍA: *¡Ay, Dios!*
VEJETE: *¡Fuego, que se queman
la chimenea y la casa!*
PERENDECA: *¡Agua!*
MARÍA: *¡Fuego!*
VEJETE: *¡Agua, y apriesa!*
PERENDECA: *Echa por este cañón.*

Echan jarros de agua por la boca de la tinaja

CALDERERO: *¡Que me mojan!*
ESPORTILLERO: *¡Que me tuestan!*
BARBERO: *¡Que me cuecen!*
CALDERERO: *¡Que me asan!*
ESPORTILLERO: *¡Que soy sopa!*
BARBERO: *¡Que soy yesca!*
VEJETE: *Aplacóse todo. ¿Es algo?*
CALDERERO: *Más de lo que yo quisiera.*
PERENDECA: *Que no fue nada, señor.*
CALDERERO: *¡Mientes como mala hembra!*
PERENDECA: *¡Plega a Dios que venga ya
el convidado!*
CALDERERO: *De piedra,
para alegrarte los cascós.*
VEJETE: *Oyes, ten puesta la mesa
mientras le voy a llamar.*

Vase

PERENDECA: De muy buena gana.
VEJETE: Cierra.
CALDERERO: Esto ha sido gran traición.
BARBERO: Esto ha sido grande afrenta.
ESPORTILLERO: Esto ha sido gran dolor.
PERENDECA: Díjeles yo que me vieran,
miren cuál están los pobres.

Ríese

CALDERERO: ¿De qué te ríes, esenta?
PERENDECA: Ahora bien; váyanse al punto,
no aguarden a la tercera.
CALDERERO: ¡Bercebú que tal aguarde!
ESPORTILLERO: ¡Judas, que en tal se pusiera!
BARBERO: ¡Caifás, que tal intentara!
TODOS: Vamos.

Hacen que se van y llama el viejo

VEJETE: Abre, Perendeca.
CALDERERO: ¡Válgate el diablo por viejo,
y qué listo que andas!
PERENDECA: Tengan,
que ya he empezado y por libres
los tengo de dar.
CALDERERO: ¡Carena!

Hacen todo lo que van diciendo. Al BARBERO y ESPORTILLERO

PERENDECA: Pónganse ellos dos de bancos.

A MARÍA y al CALDERERO

VEJETE: Ponles tú estas dos carpetas,
yo le pondré estos manteles
a él, que ha de ser la mesa.
¡Muchacha que hace sereno,
ábreme!
CALDERERO: Por medio sea.
BARBERO y
ESPORTILLERO: Señora mesa, ¡chitón!
CALDERERO: Señores bancos, ¡Paciencia!

**Sale el VEJETE y el CONVIDADO, que es otro
vejete**

VEJETE: Si no fuera por el huésped,
¡relamida yo os hiciera!

PERENDECA: ¿Piensa vuested que podemos
 acudir con tal presteza
 de la cocina a la sala
 y de la sala a la puerta?
CONVIDADO: No haya más, por vida mía.
VEJETE: Traed la cena.
CALDERERO: La postrera.

***Siéntanse en los bancos; ha de haber en la
mesa unos panecillos y candelero con luz. A MARÍA***

VEJETE: Y tú, pues aún no te has ido,
 cántanos alguna letra.
BARBERO: ¡Cuerpo de Dios, cómo pisa!
ESPORTILLERO: ¡Cuerpo de Dios, cómo pesa!

Canta

MARÍA: *Sacóme de la prisión...*
CALDERERO: A mí me ha metido en ella.

Canta

MARÍA: *...el rey Almanzor un día.
Sentarme a la su mesa,
hízome gran cortesía.*

ESPORTILLERO: Del mal, no tanto; comamos.

***Alza la mano ESPORTILLERO, y quítale el bocado
de la boca al CONVIDADO***

CONVIDADO: ¡Zape! ¡De la mano mesma
 me le quitó!
VEJETE: ¿Qué?
CONVIDADO: El bocado.
VEJETE: ¿Quién?
CONVIDADO: El gato.
VEJETE: ¡Buena es esa;
 no hay gato en toda la casa!
 Echa vino, Perendeca;
 déjalo ahí.
CONVIDADO: Buen color,
 ¿de dónde es?
PERENDECA: De la taberna.
BARBERO: Adonde quiera que fueres
 haz como vieres.

***Echa vino, pónenlo en la mesa,
alcánzalo BARBERO y bébeselo y vuelve a poner el vaso
donde estaba***

VEJETE: Atad ése a su cabeza,
 que yo ataré éste a los pies.

*Atan al CALDERERO por los pies, y con el mismo cordel
al ESPORTILLERO por la cintura, y luego al CALDERERO por debajo de
los brazos; y al BARBERO con el mismo cordel de la cintura, y en
dando al ESPORTILLERO con un matapecados huye, y arrastra al
CALDERERO, y lo mismo sucede el con BARBERO. Los que aporrean son
los dos viejos*

CALDERERO: ¿Soy cama, que me encordelan?
BARBERO: ¡A huir, que anda la paliza!
ESPORTILLERO: ¡A huir, que anda la azotea!
CALDERERO: ¡Ay, que no creí a mi madre
 que dijo, "arrastrado mueras!"
BARBERO: ¡Quedito, que me acribillan!
ESPORTILLERO: ¡Quedito, que me derriengan!
CALDERERO: Escarmentad, ojitiernos,
 que arrastran por perendecas.

FIN DEL ENTREMÉS

Lo más que representan son engaños,
con que avisan al mundo de los daños,
que vienen a los hijos por los padres.
La honrada vigilancia de las madres,
la vela de balcones y ventanas,
que muchas por su olvido son livianas,
enseñan a guardarse los señores
de lisonjeros, falsos y traidores;
al marido discreto del amigo;
y al que alguno ofendió, de su enemigo.
Finalmente es un libro la comedia
que el pueblo tiene abierto cada día,
a donde ve con gusto y alegría
los ejemplos más varios e importantes.
¿Y quieres engañar representantes?

POETA: ¡Vete pues que estoy determinado!

Vase el AMIGO

¡Ah de casa!

COMEDIANTE 1: ¿Quién es?

Salen todos los COMEDIANTES

POETA: Un licenciado
COMEDIANTE 1: ¿Qué manda vuesañced?
POETA: Yo soy poeta
y busco al Seor autor.
COMEDIANTE 1: A tiempo viene,
que nos junta el ensayo.
COMEDIANTE 2: Talle tiene
de valiente ingeniazo.
POETA: ¡Aún no lo sabe!

Yo soy el que inventó lo culto y grave.

COMEDIANTE 2: ¿Traerá vuestra merced comedia alguna?

POETA: ¡Nunca yo suelo comenzar por una!
Desde hoy no tiene que buscar poetas,
comedias, entremeses, chanzonetas,
bailes, loas de entrada, autos divinos,
palenques, tramoyones, desatinos,
bailes, transformaciones, turcos, moros,
ni letras para el órgano a seis coros.
Vuelos para llegar a los tejados,
son vuelos de maromas de cuitados.
Un vuelo llamo yo a la angarela
con que va una mujer a la Rochela
y vuelve por la Mancha hasta Getafe
con sólo un aldabón que la engarrafe.
Y sin que en todo el auditorio sea
vista de nayde pára en Zalamea,
y desde el campanario a la Mámora
y remata en los muros de Zamora.

COMEDIANTE 2: ¡Bravo vuelo!

COMEDIANTE 3: ¡Espantoso!

COMEDIANTE 2: ¡Cuál era ese volar maravilloso
para traer de Méjico la plata
segura a España del inglés pirata!
¿Vuestra Merced a hecho alguna cosa
que haya llegado a verse en el teatro?

POETA: A Avendaño en Sevilla di cuatro:
La Zacateca fue maravillosa,
pues sólo levantándose un tabique
entraban dos mil indios y un cacique.

COMEDIANTE 2: ¡Bravo día tenemos!

COMEDIANTE 3: ¿La segunda?

POETA: La segunda llaméla *Barahúnda*:
era del arca de Noé y entraban
todos los animales que formaban
un rüido notable.

COMEDIANTE 3: ¡Lindo loco!

COMEDIANTE 4: ¿La tercera?

POETA: La tercera llamaba
Guarda el Coco, [comedia]
de herechuelo y espada, no de caa.
Hizo Mari Candado, flor y mapa
de la comedia, a doña Garullana,
que con barba entrecana
disfrazada, buscaba a don Zampoño,
pastor de las montañas de Logroño.

COMEDIANTE 2: ¡Brava para espada y herreruero!

POETA: La cuarta pareció del mismo cielo.

COMEDIANTE 2: ¿Y cómo se llamaba?

POETA: *Por aquí van a Málaga*.

COMEDIANTE 2: ¡Qué brava!

POETA: Hizo Avendaño el taraga.
Hubo palenque de Sevilla a Málaga,
y acababa en un Ángel que decía:
"¡Por aquí van a Málaga, Lucía!"

COMEDIANTE 2: ¡Notable novedad!

POETA: Aunque hizo Prado

la *Comedia de Adán*, siempre ha pensado
que es toda de su autor, y ha sido yerro,
porque compuse yo el papel del perro,
que el poeta la lengua no sabía

COMEDIANTE 2:

POETA:

¿Habrá alguna cosita de poesía?
Para *Amarilis* hice un romancillo
que tardaba diez días en decillo
y era todo en esdrújulo. Diréle.

COMEDIANTE 2:

POETA:

¡Diez días! ¡Antes un barril le vuele!
Pues si la brevedad les da contento,
oigan un villancico al Nacimiento:

"Sopas le daban al niño

y no las quiere comer,

mas como estaban calientes

mamóselas San José."

COMEDIANTE 3: ¡Cuerpo de tal y que sutil conceto!

POETA:

Pues oigan a "San Juan."

COMEDIANTE 2:

¡Es gran sujeto!

POETA:

"¡Cuál sois vos,

San Juan bendito!

¡Cuál sois vos,

¡Cuál sois vos,

me ayude Dios!"

COMEDIANTE 2: ¡No vi cosa en mi vida tan aguda!

¿No nos dará algún baile?

POETA:

¿En eso hay duda?

Uno tengo, mas no es, aunque es tan fuerte,

*Dame la mano y saltaré,
por aquí, por allí.
¡Calla bobo que no es para ti!"*

COMEDIANTE 2: ¡Excelente por diez! Póngase luego.
¿Mas no tiene comedia?

POETA: Si despliego
la alforja, sacarele una comedia,
con que cobrando fama se remedia
porque ha de estar debajo
de una escalera, aunque ha de ser trabajo
siete años.

COMEDIANTE 2: ¡Siete! No me lo aconsejo.

POETA: Pues, ¿no ve que ha de hacer a San Alejo?

COMEDIANTE 2: Quisiera yo comedia de un valiente
que acude a las historias mucha gente.

POETA: ¿De un valiente? Quedito: *La Hercúlea*:
donde Hércules se quema.

COMEDIANTE 2: ¡No lo crea!
¿Entremés no hay alguno?

POETA: Uno extremado,
de *Un hombre a quien la bolsa le han quitado*.

COMEDIANTE 2: Entremés de ladrones no le quiero.
¡Hola!

COMEDIANTE 1: ¿Señor?

COMEDIANTE 2: ¡Traed un repostero!

aque! sutil estudiante,
m!s famoso por las burlas
que por las Indias el Draque,
hice burlas a mujeres,
a porteros de la c!rcel,
escribanos, alguaciles,
monos bermej os y sastres,
y, lo que es m!s imposible,
a un procurador de frailes.
Solamente me faltaba
engafiar representantes
para ponerme el laurel.
Que como los tales hacen
tantas y tan grandes burlas,
fue la victoria tan grande
que de justicia le pido,
volviendo el matalotaje,
de faltriqueras y mesa,
porque no hay desde aqu! a Flandes
hidalgo m!s principal,
!o juro a Dios de vengarme
con otra burla tan fuerte
que les cueste hacienda y sangre!
Por eso dadme el laurel,
magn!ficos personajes,
as! las entradas sean
de seiscientos adelante.

COMEDIANTE 2: ¡V!tor! ¡Rev!tor mil veces!
Que ha andado Pedro galante.

POETA:
Por celebrar la burla
rem!tense con un baile.
¡Gu!rdese de mis burlas todo viviente,
que en mis lazos los pesco, como en mis redes!

COMEDIANTE 2: Si ya le han dado el lauro, diga ¿qu! quiere?
POETA: ¡Qu! con fiestas y gustos hoy se celebre!

FIN DEL ENTREMÉS

Industrias contra finezas
Agustín Moreto

Industrias contra finezas



Agustín Moreto

Personas

DANTEA, infanta de Hungría.

LISARDA, su hermana.

FERNANDO, hermano del rey de Bohemia.

CELIA, criada.

EL CONDE PALATINO.

EL SENESCAL, barba.

TESTUZ, gracioso.

UN CAPITÁN.

ROBERTO, príncipe de Transilvania.

UN CRIADO de FERNANDO.

MÚSICOS.

SOLDADOS.

CRIADOS.

ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Presburgo y en un campo de las fronteras de Bohemia y Hungría.

sin que para ser más mía
 cual fue primera sepamos.
 Entre tan igual razón
 hará el reino tuyo o mío
 la elección de nuestro tío,
 ausente y sin sucesión,
 porque así el Emperador
 la causa ha determinado,
 como tan interesado
 en la paz del sucesor.
 Pues si es igual el derecho,
 y en nuestro tío hasta ahora
 la resolución se ignora,
 ¿por qué imagina tu pecho
 que los príncipes en mí
 festejen una esperanza,
 de que no menor te alcanza,
 sino mayor parte, a ti?
 y si por ver festejarme
 con vanidad, has pensado
 que les debo más cuidado,
 y es eso lisonjearme,
 no lo has hecho con cordura;
 porque ultraja mi persona
 pensar que hace la corona
 lo que puede mi hermosura.
 Y así, hermana, cuando es llano
 que esa duda no te inquieta,
 si es lisonja, no es discreta,
 y si celos, son en vano.

LISARDA.

No es sino conocimiento,
 pues aprueba la razón,
 que hará mejor elección
 mi tío en tu entendimiento.

ROBERTO.

(Ap.) Con esa seguridad
 me parece a mi mejor;
 que más festeja mi amor
 a Hungría que a su beldad;
 pues siendo de Transilvania
 dueño yo, con la de Hungría,
 nada es mejor que la mía
 la corona de Alemania.

CONDE.

(Ap.) Yo, cuya vida es Lisarda,

siento el ver que haga la suerte
 reina a Dantea, y su muerte
 será el estorbo, aunque tarda.
 Pues si logra mi persona
 lo que está dispuesto ya,
 su muerte asegurará
 en Lisarda la corona.
 Con que en competencia mía
 no habrá en el Norte otro estado,
 si junto el Palatinado
 con la corona de Hungría.

FERNANDO. (Ap. a TESTUZ.)

Yo, sin hacer competencia,
 sigo mi destino aquí,
 pues en Bohemia nací
 segundo y sin otra herencia;
 y sin que mi asunto sea
 la corona que procura,
 solo aspiro a la hermosura
 de la divina Dantea.

TESTUZ. (Ap. a FERNANDO.)

¡Qué poco, Fernando, alcanza
 quien aprecia la hermosura
 más que un reino? ¿A quién le dura
 la belleza sin mudanza?
 La corona es firme basa,
 y la hermosura en que fías
 es almendra cuatro días,
 y luego se vuelve pasa.

FERNANDO. Esto, Testuz, es querer.

TESTUZ. No es sino ser loco al fin.

DANTEA. Vamos entrando al jardín,
 porque ya deseo ver
 sobre el problema propuesto
 argüir y defender
 a los príncipes, y ver
 si puedo salir con esto
 de mi oscura confusión.

ROBERTO. De vuestras luces, Señora,
 para discurrir ahora,
 se alumbrará la razón.

CONDE. Y yo de que he de acertar
 a la presunción me atrevo,

cuando por mi norte os llevo.

(Ap. a LISARDA).

(Aquesto, Lisarda, es dar
seguridad a mi ardid.)

LISARDA.

Ya entiendo.

FRENANDO.

(A DANTEA.)

Yo no aseguro
el acierto que procuro,
porque voy ciego.

DANTEA.

Venid.

(Vanse ROBERTO, el CONDE, DANTEA, LISARDA, CELIA, los MÚSICOS y el
ACOMPAÑAMIENTO.)

Escena II

FERNANDO, TESTUZ; dentro, MÚSICOS.

MÚSICA.

(Dentro.)

*¿Cual dolor debe escoger
la más hidalga fineza:
ver la querida belleza
muerta, o en otro poder?*

TESTUZ.

¿Señor?

FERNANDO.

¿Qué quieres, Testuz?

TESTUZ.

¿Es esto amor?

FERNANDO.

Bien logrado.

TESTUZ.

Pues si estás enamorado,
Voyme a poner un capuz.

FERNANDO.

Pues ¿por qué?

TESTUZ.

Pregunta fría.

Cuando un amor has vencido,
donde un año arreo has sido
muerto seis veces al día,
¿qué gusto hallas en querer?
¿Tan buena vida es morir,
de soñar y no dormir,
suspirar y no comer?
Si hay desden, por su rigor
no comes; si no hay desdén,
ayunas siempre también
con el gusto del favor.
¿Gusto es andar uno echando
los bofes entre mil sustos,
por dar regalos o gustos
a quien le está maltratando?

Bien al amor los primeros
 pintan desnudo en la fama,
 pues por regalar su dama
 se quedan todos en cueros.
 Mas si de otra enamorado
 estabas antes, Señor,
 ¿cómo olvidaste este amor?
 Con este nuevo cuidado.

FERNANDO.
 TESTUZ. Pues aquella llama ardiente,
 aquel tormento incesante
 ¿fue amor de dos, y pasante
 que se acabó de repente?
 ¿Tan presto le has olvidado?

FERNANDO.
 TESTUZ. Oye, si quieres saberlo.
 ¡Y cómo! Para aprenderlo,
 por si fuere enamorado.

FERNANDO. Ya sabes cómo ofendido
 del Rey, mi hermano, salí
 de Bohemia, cuando fui
 a Francia, donde admitido
 de su rey Carlos, hallé
 tanto agasajo en su corte,
 que a los príncipes del Norte
 fama y aplauso gané;
 y que al triunfo de mi nombre...

TESTUZ. Ya sé que de ti obligada,
 a tu valor inclinada,
 la...

FERNANDO. No tu labio la nombre,
 que no conviene a su fama.
 Si su error quieres que cuente;
 que aun ya perdida y ausente,
 no es bien desairar la dama.

TESTUZ. Ya yo sé (llámese pues
 Laura, Porcia o Margarita;
 que el nombre no da ni quita
 más del saberse quién es)
 que ella pudo enamorarte,
 que tú pudiste perderte,
 que ella dio en aborrecerte
 y que tú diste en ahorcarte.
 Y al crêr, viéndola en sus trece,
 que por malo te dejaba,

FERNANDO.

hallaste que a otro adoraba,
 como a todas acontece.
 Que este era un necio, y vencella
 con su roña o carantoña
 pudo; y cierto que fue roña,
 pues te la pegó con ella.
 Que tú te volviste atrás,
 y que esto se quedó así.
 Pues si sabes hasta ahí,
 oye agora lo demás.
 Yo, del desprecio encendido
 de su divina belleza,
 que arrastra más la hermosura
 por ingrata que por bella,
 viéndome ya despreciado
 por galán de menos prendas,
 contra mi amor, de la injuria
 quise armar la resistencia;
 mas en quien tiene discurso,
 ser vencido en competencia
 de otro inferior no es alivio;
 porque aunque inferior le vea
 la cautela del dolor
 luego a imaginar le lleva
 que él es el de menos partes,
 pues por el otro le dejan.
 Y cuando el conocimiento
 este sentimiento venza,
 y a la luz de la verdad
 yo a todos mejor parezca,
 si la dicha a que yo aspiro
 es mi dama, y ella premia
 o condena en su elección,
 si su mal gusto la yerra,
 ¿qué le importará a mi brio
 ni a mi discreción que sea
 la mejor para con todos
 si no lo es para con ella?
 Para agradar a la dama,
 no es menester que yo tenga
 gala que aventaje a todos,
 discreción que a todos venza;
 que como está en su elección

y el gusto es quien la gobierna,
no es menester ser mejor,
sino que se lo parezca.
Por esto se ve en el mundo,
en esta y otras materias,
preferir hombres indignos
a gala, valor y ciencia;
porque en las varias fortunas
del mundo y sus diferencias,
están las dichas de muchos
del error de otros compuestas.
Lidiando en esta batalla
mis locos discursos, era
mi imaginación un muro
que asaltaban las potencias.
Ya la voluntad subía
tremolando la bandera
del triunfo de los sentidos;
ya iba la razón tras ella,
aunque violenta, arrastrada,
derribando las almenas
que ella misma en el discurso
fabricó para defensa.
Y cuando en el duro asalto
desmayaba su violencia,
de refresco la memoria
entraba rigiendo fiera
un tercio de pensamientos,
armados de duras penas,
de horas alegres pasadas,
locas esperanzas muertas.
Y a este postrero combate
quedando el alma suspensa,
sin armas para ofender,
para resistir sin fuerzas,
clamaba el amor victoria;
y entrando la fortaleza,
el rendido corazón,
gobernador de la fuerza,
a la voluntad tirana
(haciendo en aplauso ella
la salva de los suspiros)
bajaba a dar la obediencia.

Pasando pues esta muerte
con la vida de la queja,
me logró la suerte un día
la ocasión de hablar con ella.
Y viendo que mi valor,
mi persona y mi nobleza
con el que me prefería
no admitía competencia,
la dije, llegando ya
a la apelación postrera:
«Señora, aunque tu elección
haya dado la sentencia,
apelo a ti de ti misma,
y viendo al galán que premias,
el favor que ya me debes
te pido, no el que me niegas;
favor pido de justicia,
justicia, sin ser soberbia:
que lo que era gracia ha hecho
justicia la competencia.
La gracia no se merece,
que ya merecida, es deuda,
mas concedida al indigno,
la mereció el digno della.
Ni en él caben sus favores,
ni tú en él los aprovechas,
que mucha agua en poco vaso
se derrama y no te llena.
Luego a mí solo los debes,
aunque de su parte seas,
no porque yo los merezco,
sino porque él no los pierda;
y no es vanidad que yo
le tome esta precedencia,
que para ser más que un necio,
basta que yo no lo sea.
Yo no me tengo por digno;
mas su ignorancia me alienta
porque al lado del que cae,
más firme va el que tropieza.
Las discreciones se juzgan
dificilmente a sí mismas,
pero medidas con otras,

ellas mismas se sentencian.
Tenerme yo por discreto
sería arrogancia ciega;
no excederme a su ignorancia
fuera humildad, pero necia.»
A todas estas razones,
quedando un poco suspensa,
me respondió: «Don Fernando,
la razón poco aprovecha;
que en elecciones del gusto,
aunque otro más lo merezca,
aquel solo es el más digno
que quiero yo que lo sea.»
Viendo yo resolución
tan libre y tan desatenta,
esforcé el alma rendida
a la muerte de perderla.
No halla la imaginación
remedio que yo no hiciera
por olvidarla, mas todos
me doblaban la dolencia,
hasta que del más común
remedio que amor ordena
me valí, y sané con él,
que es mirar otra belleza;
que los remedios comunes
nos enseña la experiencia,
que son los más despreciados
y los que más aprovechan.
Llegó pues a mí la fama
de Lisarda y de Dantea,
sobrinas de rey de Hungría,
que de su reino herederas
ambas con igual decreto
llamaban a competencia
a los príncipes vecinos.
A la voz de su belleza
yo de mi dolor herido
vine a Hungría, y hallé en ella,
con el Conde Palatino,
a la pretensión propuesta,
al Transilvano, al de Cléves
y otros, de cuya grandeza

la pretensión era digna;
 y en ocasión de las fiestas
 de una justa, en que a su dama
 daban todos precedencia,
 a Dantea el Palatino
 defendía; y hay sospecha
 de que a quien ama es Lisarda,
 siendo el callarlo cautela.
 El Transilvano ambicioso,
 que más la corona aprecia
 que la hermosura, por ver
 más esperanza en Dantea
 (Con el favor de su tío,
 que tiene ausente la guerra
 del turco), la defendía;
 y todas estas cautelas
 sé yo de aviso seguro,
 aunque las ignoren ellas.
 De los demás el intento
 no digo, porque en la empresa
 son estos dos los que tienen
 las esperanzas más cerca.
 Salí yo de aventurero,
 y en mi empresa era la letra,
 mirando a un cielo estrellado:
*si aquí para mí hay estrella
 la mejor será la mía.*
 Gané el aplauso en la fiesta;
 y aunque Dantea y Lisarda
 tratan con tanta entereza
 a los príncipes, que nunca
 su semblante diferencia
 a ninguno el agasajo,
 yo las debí más fineza.
 De entrambas favorecido,
 me alenté a la competencia,
 mas no festejando a entrambas,
 porque siempre halló Dantea
 de una oculta simpatía
 en mí más correspondencia.
 Hice empeño; enamóreme,
 por apagar la centella
 que aún en mi pecho duraba;

y fue con tanta violencia,
 que sin pensar el peligro,
 hallé el pecho de manera
 que ya para sus ardores
 estoy buscando defensa;
 que es como quien al fuego
 agua calentar intenta,
 y por conseguirlo aprisa
 crece el fuego a la materia,
 la llama a soplos aviva,
 y cuando menos lo piensa
 hierve el agua, y él, no solo
 en apresurarlo cesa
 mas para que no le abraze
 al usar della, le cuesta
 volver a templar el agua
 otra tanta diligencia.
 Yo, en fin, estoy tan rendido,
 que ya el temor me atormenta
 de aquella desconfianza,
 que me da mi mala estrella.
 aquestos príncipes son
 cautelosos; su riqueza
 es tanta como su industria;
 yo no tengo en competencia
 más corona que mi espada,
 más oro que mi fineza;
 pero sin que me acobarde
 de mi destino la fuerza,
 la oposición del poder,
 ni el temor de la cautela,
 contra poder y destino,
 contra industrias y violencias,
 he de apurar mi fortuna,
 para conocer si es ella
 quien fomenta mi desdicha.
 Yo, poniendo en esta empresa
 mi amor contra sus industrias,
 he de ver cómo pelean
 entre cautela y amor
industria contra finezas.
 Pues a Dantea, Señor;
 no haya aquí más que Dantea:

TESTUZ.

- es más fino y no cruel,
 porque le está bien a él,
 y le está mejor a ella.
- CONDE. Verla morir es un mal
 que no hay poder que lo impida;
 verla de otro poseída,
 es mal y afrenta inmortal.
 Si sobre un mal sin igual
 en verla una afrenta lloro,
 muera la vida que adoro,
 que no hay razón ni destino
 que obligue un pecho a ser fino
 a costa de su decoro.
- DANTEA. El desprecio de la dama
 no es injuria del galán,
 que despreciados están
 los amantes con más fama.
 Más dolor para quien ama
 Será; más quien ver procura
 (porque el dolor más le apura)
 muerta su amada beldad,
 quiere su comodidad
 mucho más que su hermosura.
- TESTUZ. Si otro llegase a alcanzalla
 dama que a mi me arrastró,
 no quisiera verla yo
 muerta ya, sino matalla.
 Pero pues es la batalla
 sobre si debe un fiambre
 galán ver cortar su estambre
 antes que a otro abra la puertas,
 yo la quisiera ver muerta,
 Pero había de ser de hambre.
- CELIA. Querer por solo querer
 es el más perfecto amor,
 y a este no ofende el dolor
 de verla en otro poder.
 Luego el galán que (por ver
 que otro goza lo que amaba)
 tanto su paciencia acaba
 que muerta quisiera verla,
 no la quiso por quererla,
 sino por lo que esperaba.

ROBERTO. No espera el perfecto amor
 ser de amor correspondido,
 pero no ser ofendido
 es deuda del pundonor.
 Quien escogió por mejor
 a otro, me ofende y maltrata;
 su vida su error dilata;
 y que muera su belleza
 es más hidalga fineza
 que verla viva y ingrata.

FERNANDO. Aunque me ofendió el desdén
 de mi dama que a otro amó,
 no es ingrata, pues premió
 a quien la amaba también.
 Mas doy que el nombre le den
 de ingrata, bien que es error,
 ¿Cuanto más fino es mi amor,
 más hidalgo y de más precio,
 si la perdono el desprecio
 a costa de mi dolor?

ROBERTO. Ni hidalguía ni fineza
 es ver un pecho constante
 su dama con otro amante,
 sino humildad y bajeza.
 Y es sin duda que es flaqueza
 de no osar verla morir,
 el querer verla vivir
 con otro; y no puede ser
 que bien supiese querer,
 el que lo pudo sufrir.

FERNANDO. Eso es probar la grandeza
 del rigor, y yo confieso
 que es más dolor, mas por eso
 le ha de escoger mi fineza.
 Y confieso que es flaqueza
 de no querer mi temor
 ver apagar su esplendor;
 mas si flaqueza se llama
 temer el mal de mi dama,
 ¿Qué puede ser sino amor?

ROBERTO. Amor es, mas no hidalguía.

FERNANDO. Mas hidalga es la piedad.

ROBERTO. No hay piedad con la crueldad.

FERNANDO. Esa es mayor tiranía.

ROBERTO. ¿Por qué, si la ofensa es mía?

FERNANDO. La fineza la atropella.

ROBERTO. Siempre es menos mal el vella muerta que viviendo así.

FERNANDO. Eso es quererme yo a mi, y esto es quererla yo a ella.

ROBERTO. De la cobardía es maña defender aquese intento.

FERNANDO. Siendo fuera de argumento, el que lo piensa se engaña.

(Levántanse todos.)

DANTEA. Basta, no pase adelante. ¿No puede hallar la razón luz para mi confusión?

TESTUZ. Mi amo es el más fino amante; mas esta cuestión se ajusta con un medio que yo dé.

DANTEA. ¿Cuál es?

TESTUZ. Que el galán que ve que de otro su dama gusta, mil patadas con despecho la casque; que claro está que ella no se morirá, y él quedará satisfecho.

DANTEA. No sé qué es, hermana mía, este mal, que cuanto intento para mi divertimento, para en más melancolía.

LISARDA. Pues ¿qué quieres?

DANTEA. Solo el iros me alivia; estar sola quiero.

ROBERTO. Yo iré a buscar el primero medios para divertirlos. *(Vase.)*

CONDE. Yo haré lo mismo. *(Ap. Lisarda, ya está un veneno dispuesto, para que logres con esto la dicha que amor te guarda.)*

LISARDA. El secreto es importante.

CONDE. Asegurado está en mí. *(Vase.)*

LISARDA. *(Ap ¡Que me obligue el Conde así, y me canse el verle amante! mas ¿qué mucho, si los ojos*

puse en Fernando?) Dantea,
 ya que ese tu gusto sea,
 dilatarlo es darte enojos. *(Vase.)*
 DANTEA. ¡Qué humilde es su pecho fiel!
 Siempre me obliga a querella.
 Dejadme todos.
 TESTUZ. Oye ella.
 CELIA. ¿Qué es lo que me quiere él,
 que me llama tan despacio?
 TESTUZ. Quiero, y no saben qué quiero.
 CELIA. Yo solo sé que hay dinero.
 TESTUZ. No es eso para palacio.
 CELIA. Ni eso.
 TESTUZ. Y ¿quedo yo entablado?
 CELIA. ¿Qué cosa?
 TESTUZ. Digo, ¿habrá modo?
 CELIA. ¿De qué?
(Vase con los músicos y el acompañamiento.)

Escena IV

DANTEA, FERNANDO, TESTUZ.

TESTUZ. ¿He de decirlo todo?
 De algo. -Y se fue a lo callado.
 Brava es la Celia.
 FERNANDO. Señora,
 si todos como yo están,
 muy desconsolados van.
 DANTEA. Pues ¿de qué lo estáis ahora?
 FERNANDO. De que si es gusto el quedaros
 sola, piensan mis suspiros
 que no obliga en asistiros
 quien os alivia en dejaros.
 DANTEA. Los accidentes del día
 no alteran la obligación
 (siempre es firme el corazón),
 sino la melancolía.
 FERNANDO. Si es tristeza, y no desdén,
 quien vive de su esperanza,
 habiendo en el mal mudanza,
 ¿podrá esperar algún bien?
 DANTEA. Iros con algún favor
 queréis, y es presto.
 FERNANDO. Es verdad.

Dios os guarde, y perdonad;
que es codicioso el amor. (Vase)

Escena V

DANTEA, TESTUZ.

TESTUZ. Si sola es fuerza dejaros,
Voyme; y lo siento a fe mía;
que contra la hipocondría
tengo un remedio que daros.

DANTEA. ¿Cuál es?

TESTUZ. Bien deja mostrarse
que estáis triste con exceso.

DANTEA. Sí lo estoy.

TESTUZ. Pues para eso
No hay cosa como alegrarse.
Buen remedio.

DANTEA. Y no es cruel.

TESTUZ. No le falta más que el medio.
Pues nadie hace este remedio
que no esté sano con él.
Mas yo daré otro más fino,
Si eso es amor.

DANTEA. ¿Qué es amor?

TESTUZ. En el mundo es un licor
que hace lo mismo que el vino;
pues cuantos aman, entiendo
que están borrachos a igual;
y con su dama, es un mal
que se les quita durmiendo.

DANTEA. Sufro desvelos crueles.

TESTUZ. Ese mal es muy cruel

DANTEA. ¿Y hay remedio para él?

TESTUZ. Escribir muchos papeles.
Y si ese mal te condena,
no hay sino que a troche y moche
escribas toda esta noche;
y mañana estarás buena.

DANTEA. Fácil el remedio toco.

TESTUZ. Vuestra alteza le haga ya,
y veamos cómo le va.

DANTEA. Sí haré; andad.

TESTUZ. Y cenar poco.

DANTEA. ¿Sois médico?

TESTUZ. De parola.
 Mas serélo en dos instantes,
 ordenando aquestos guantes;
 digo huevos y escarola.
 Mas ¿se receta esta cena
 de balde?

DANTEA. Tomad ahora.
 (*Dale una sortija.*)

TESTUZ. No, Señora; no, Señora.
 Vuestra alteza estará buena. (*Vase*)

Escena VI

DANTEA; *luego, el SENESCAL, de camino.*

DANTEA. Este loco me entretiene;
 no sé si es porque su dueño
 da a mi atención más empeño.
 Mas ¿quién aquí dentro viene?

SENESCAL. Los pies me dad, Señora; que escondido,
 hasta que sola vos hayáis quedado,
 en el jardín he estado.

DANTEA. Senescal, vos seáis muy bien venido.
 ¿Qué es esta novedad?

SENESCAL. Contento vengo.

DANTEA. Decid; que las albricias os prevengo.

SENESCAL. La nueva en mi deseo viene tarde.
 Vuestro tío, Señora, que Dios guarde
 del peligro que espera, y no le extraña,
 está a vista del turco en la campaña.
 Y aunque con su valor siempre se halla,
 viendo el dudoso fin de la batalla,
 y en Hungría, faltando su persona,
 queda a muchos peligros la corona,
 resolvió anticipar su testamento
 a riesgo tan dudoso y tan violento;
 donde sois la llamada y la escogida,
 a la corona en falta de su vida.
 Mas por condición manda que en Hungría
 por princesa no os juren hasta el día
 que vos elijáis dueño;
 que a vuestra discreción fía el empeño.
 A boca estas noticias me ha fiado;
 que el testamento es este, que cerrado
 a vuestra alteza envía. Mas le ordena

que se abra estando aquí su corte plena.

DANTEA. Senescal, esta nueva, esta alegría
Siempre el amor que os tuve me debía.
Ya sabéis que por padre os he tenido,
que esto mi educación os ha debido;
pero me halláis aquí con un empeño
que hace mayor el elegir yo dueño.
Los príncipes sabéis, de que asistidas
mi hermana y yo, hemos sido pretendidas.

SENESCAL. Ya sé que asisten hoy a vuestra corte
a esta acción los más príncipes del norte.

DANTEA. Pues yo he tenido aviso repetido
de que me guarde, que hay quien atrevido
intenta darme muerte.

SENESCAL. ¿Cómo? ¡Válgame el cielo! ¡Empeño fuerte!
¿Muerte a vos? ¿Con qué medio?

DANTEA. No os asustéis, y vamos al remedio.

SENESCAL. ¿Sabéis quién es?

DANTEA. Ésa es la duda mía.
Sospechar dellos, necedad sería,
pues pensar no se puede que el que espera
la corona por mí, matarme quiera.
Mi hermana es tan modesta y cortesana,
que más es mi vasalla que mi hermana.

SENESCAL. Pues si vos aún estáis en ese engaño,
¿Cómo se puede remediar el daño?

DANTEA. Las cosas que por sí van sucediendo,
a veces al discurso van abriendo
luces para enmendar una fortuna,
y aquesta nueva me ha ofrecido una.
Bien puede ser que el ver en mi persona
más señas de heredar esta corona,
haya movido esta atención liviana
en quien, mejor que a mí, quiere a mi hermana.

SENESCAL. Bien puede ser.

DANTEA. Pues yo el remedio intento.

SENESCAL. ¿Cómo ha de ser, Señora?

DANTEA. Estadme atento,
ya que en este testamento
mi tío (que el cielo guarde)
de la corona de Hungría
hoy heredera me hace,
fiando a mi discreción

que elija esposo y amante,
su confianza me empeña
al acierto de casarme.
Escoger una mujer
de buen gusto y buen dictamen
buen galán, no es muy difícil,
buen marido, no es muy fácil.
y este empeño, que es común
en cualquiera mujer, se hace
más en mí, pues de ser reina
la circunstancia me añade.
Yo, como tal, buscar debo
esposo en quien juntos hallen
mi corazón buen marido,
y mis vasallos buen padre.
Más que amor, ha de tener,
luces de rey quien me alcance;
que no casa como reina
la que casa como amante
¿qué importará el ser querida,
si mal casada me hacen
de mi reino mal regido
los amores populares?
Los suspiros de mi esposo
¿qué halago me harán, si traen
inficionado de quejas
de mis vasallos el aire?
¿Cómo podré yo pensar
que abrazos, que fueron antes
cuchillo para mis hijos
a mí sin riesgo me enlacen?
Los brazos daré más grata
al rey que, de vigilante,
más por descanso los busque,
que por cariño los halle.
Este acierto está enlazado
con la noticia importante
del riesgo que me amenaza,
y uno y otro ha de lograrse.
Vos os retirad ahora,
y pues no os ha visto nadie,
habéis de entrar publicando
que mi tío (que Dios guarde)

por heredera declara
a Lisarda, y al instante
que el uso de su asistencia,
como princesa la trate;
guardaréis el testamento,
y hasta lograr el dictamen
que llevo, de entre los dos
no salga intento tan grave.
Si quien matarme quería,
tiraba a desheredarme
(que es preciso que esto sea,
no habiendo ofendido a nadie),
cesará su intento y luego
saber quién es, es más fácil,
y de quién guardarme debo
cuando reina me declare.
Y al mismo tiempo podré
saber de entre mis galanes
cuál me quería ambicioso,
cuál lisonjero y amante;
sirviéndome esta noticia
de que confiriendo partes,
no escoja el entendimiento
lo que a los ojos engañe.
Vos diréis (para lograr
la dilación deste lance)
que el testamento esperáis.
Y cuando el caso llegare
de ver logrado mi intento,
vos haréis juntar los grandes
diciendo que ya ha venido;
y yo entonces el dictamen
publicaré de mi industria,
que no habrá quien no le alabe,
sabiendo que mi motivo
ha sido en riesgo tan grave,
dar buen rey a mis vasallos,
a mi pecho digno amante,
tranquilidad a mi reino,
ejemplo a las majestades,
y eterno aplauso a mi nombre;
pues saldrá de riesgos tales
mi discreción coronada,

porque la fama la cante.
 SENESCAL. Solo el silencio, Señora,
 dará alabanzas iguales
 a vuestro ingenio; mas ya
 en empeño semejante
 la dilación es peligro
 y no quiero dilatarle,
 ni aun con el aplauso vuestro.
 DANTEA. Pues, Senescal, a lograrle,
 y procurad no ser visto.
 SENESCAL. Mil años el cielo os guarde. (*Vase*)

Escena VII

LISARDA; luego, TESTUZ. -DANTEA

LISARDA. Toda la corte, Dantea,
 se ha alborotado esta tarde
 con las fiestas; que hoy intentan
 los príncipes alegrarte.
 DANTEA. ¿Qué es lo que dices, Lisarda?
 (*Sale TESTUZ.*)
 TESTUZ. Jesús, ¡qué gran disparate!
 DANTEA. ¿Qué es esto?
 TESTUZ. Señora mía,
 Los príncipes tus galanes,
 que andan hechos ganapanes
 para traerte alegría,
 por fiestas, tienen contienda
 que han de gastar dos millones.
 Y yo les dije: «Tontones,
 ¿qué destruís vuestra hacienda?
 Si hartaría queréis los tales
 de alegría verdadera,
 ahí está una turroneira,
 que da la libra a dos reales».
 DANTEA. Y tu amo, ¿qué intenta hacer?
 TESTUZ. ¿Qué ha de hacer él más que amar?
 Que ha menester empeñar
 alhajas para comer.
 DANTEA. ¿Tan pobre está?
 TESTUZ. Es tan molesta
 su pobreza, y aun la mía,
 que damos ya señoría
 a un vizconde que nos presta.

DANTEA. Y los príncipes ¿qué fiesta hacen?

TESTUZ. Ellos lo dirán,
que ya aquí viniendo van.

Escena VIII

ROBERTO, *el CONDE*, FERNANDO; *luego*, CELIA - *Dichos*.

ROBERTO. Tal máscara como aquesta
no se habrá visto en Hungría.

CONDE. Más fiesta será el torneo.

FERNANDO. Yo solo con mi deseo
la podré dar alegría.

(Sale Celia.)

CELIA. Señoras, albricias pido.

DANTEA. Pues ¿de qué, Celia?

CELIA. Señora,
de que en palacio entra ahora
el Senescal.

DANTEA. ¿Qué habrá sido
la causa?

LISARDA. *(Aparte.)*

Ya desconfío
de la envidia que me espera.
Sin duda por su heredera
Ya la ha nombrado mi tío.

Escena IX

El SENESCAL. - Dichos.

SENESCAL. *(Arrodíllase delante de Lisarda.)*

Vuestra alteza, gran señora,
me dé la mano a besar,
como princesa de Hungría.

LISARDA. ¿Qué me decís, Senescal?

SENESCAL. Que vuestro tío, Señora,
viendo el peligro en que está
su vida en tan dura guerra
sin las armas de la edad,
por heredera os declara,
y este aviso anticipar
conmigo os quiso. y tras mi
el testamento vendrá
para que os jure este reino.
Dadme la mano.

LISARDA. Tomad
DANTEA. (*Ap.*) ¡Cielos, qué grave se ha puesto!
Vuestra alteza...

LISARDA. Bien está.
DANTEA. Goce mil años...

LISARDA. Mi cuarto
al del Rey luego mudad.
DANTEA. Goce mil años el reino.
LISARDA. Claro es que le he de gozar
DANTEA. ¿Darle el parabién es yerro?
Goce la corona en paz
vuestra alteza.

LISARDA. Dios os guarde.
DANTEA. (*Aparte.*)
¡Cielos, esta es la humildad!

SENESCAL. (*Aparte.*)
Presto dio fuego la industria.

CONDE. (*Aparte.*)
Amor, ya mi dicha es más.
Pues sin ser cruel la logro.

ROBERTO. (*Ap.* Industrias, volved atrás,
que ya a Lisarda es forzoso
querer, si quiero reinar.)
Señora, mi parabién
no es mi atención quien le da
sino el afecto que siempre
arrastró en mi voluntad
vuestra divina hermosura.

DANTEA. (*Aparte.*)
Yo tenía buen galán.

CONDE. Pues del mío, gran señora,
cierto es que segura estáis,
pues sabéis que siempre el alma
fue víctima a vuestro altar.

LISARDA. Conmigo entrad, Senescal
SENESCAL. Ya voy.

LISARDA. Y llamad la guarda
que me venga a acompañar.

DANTEA. Yo iré, Señora, a serviros,
si esta licencia me da
vuestra alteza.

LISARDA. A vuestro cuarto,
que allí más decente estáis.

ROBERTO. Todos sirviéndoos iremos.
 CONDE. Dad licencia.
 LISARDA. Acompañad;
 que esa es galantería
 que yo no puedo excusar.
 (Vase con el SENESCAL, ROBERTO y el CONDE.)

Escena X

DANTEA, CELIA, FERNANDO, TESTUZ.

CELIA. Señora, ¿qué es lo que veo?
 DANTEA. Descubrióse la verdad.
 CELIA. La abeja se volvió avispa.
 TESTUZ. (Ap. a FERNANDO.)
 ¿No la vas a acompañar?
 Señor, ¿no das parabién?
 No ves que Lisarda es ya
 reina, y te puede hacer rey?
 DANTEA. Don Fernando, ¿vos no vais
 a acompañar la Princesa?
 ¿El parabién no la dais?
 FERNANDO. Señora, no sé fingir.
 DANTEA. Pues ¿en qué el fingir está?
 FERNANDO. En que no doy parabién
 de lo que tengo pesar.
 DANTEA. Pues ¿en qué el pesar tenéis?
 FERNANDO. De que este reino perdáis,
 cuando todos los del mundo
 os diera mi voluntad.
 DANTEA. ¿Luego por mí lo habéis hecho?
 mucho os debo.
 TESTUZ. ¿Eso estimáis?
 No sabéis su buena estrella:
 porque os tiene voluntad
 la corona habéis perdido,
 y si fuerais reina ya,
 os volviérais lavandera,
 porque él os quiere no mas.
 DANTEA. Mucho extraño vuestro amor
 si una corona dejáis
 por mí, que ya estoy tan pobre.
 FERNANDO. Siempre amor desnudo está.
 DANTEA. Que sea cierto es lo que dudo.
 FERNANDO. ¿Pagaréisle si le halláis?

DANTEA. ¿No bastará agradecerle?
TESTUZ. Si es pobre, ¿qué ha de pagar?
FERNANDO. Quien agradece ya estima.
DANTEA. Si eso es bastante, esperad.
FERNANDO. ¿Qué esperaré?
DANTEA. Estimación.
FERNANDO. Y ¿no podré esperar más?
DANTEA. Pudiera decir que sí.
FERNANDO. Pues ¿por qué me lo excusáis?
DANTEA. Porque os digo que esperéis.
FERNANDO. Y en eso ¿qué enigmas hay?
DANTEA. Que si me adelanto...
FERNANDO. ¿Qué?
DANTEA. No tendréis ya que esperar.
FERNANDO. ¿Qué es lo que dirá, Señora?
DANTEA. Que lo que lleváis es más.
FERNANDO. Mil años os guarde el cielo. *(Vase)*
DANTEA. Y él os de felicidad
TESTUZ. Y él nos dé que comer hoy. *(Vase)*
CELIA. Esto, Señora, es amar.
DANTEA. *(Aparte.)*
Ya sé quien me quiere bien;
sabré quién me quiere mal.

Jornada segunda

Salón del palacio

Escena primera

El CONDE, el SENESCAL, LISARDA.

(Hablen aparte el CONDE y LISARDA)

- CONDE. Nunca, Señora, creyera mudanza en vuestra atención.
- LISARDA. Conde, es ya mi obligación muy distinta que antes era. Haberme dado mi tío esta corona, me obliga a que mi obediencia siga sus luces sin albedrío; casarme yo a mi elección no es justo en aqueste estado.
- CONDE. Y habermelo asegurado, ¿fue fineza o intención?
- LISARDA. Entonces lo pude hacer.
- CONDE. Y agora ¿quien lo impidió?
- LISARDA. ¿No lo habéis pensado?
- CONDE. No
- LISARDA. El no haberos menester. ya, Conde, soy yo princesa; y aquí para entre los dos, de aquella traición que a vos os encargué, ya me pesa, porque me obligó a temer lo mismo que yo intentaba. Mirad quien la fomentaba cómo muda parecer.
- CONDE. *(Ap. ¡Que esto llegue yo a escuchar!*
vive el cielo soberano,
que de su desprecio vano la venganza he de tomar.
No llego a su hermana tarde con intento y con aviso,
ella hará lo que esta quiso.)
Muy bien decís; Dios os guarde.

(Vase)

Escena II

LISARDA, *el* SENESCAL.

LISARDA. ¡Qué cansado pretendiente!

SENESCAL. Señora, en esta elección
puede vuestra discreción
hacer lo más conveniente.

LISARDA. Ya sé que lo ordena así
mi tío, y me fía el empeño;
mas yo pienso en otro dueño
que me está mejor a mi.

SENESCAL. ¿Quién es Señora?

LISARDA. Pues yo
¿Queréis que os diga mi amante?

SENESCAL. Pienso que os será importante.

LISARDA. Pues yo imagino que no.

SENESCAL. Mi consejo puede ser
que os sirva, cuando yo no.

LISARDA. Para elegir dueño yo,
no he menester parecer.

SENESCAL. (*Ap.* ¿Que esto Lisarda encubrás?
Oh qué de cosas se vieran,
si todos los hombres fueran
príncipes por cuatro días!)
Vuestra hermana viene aquí.

Escena III

DANTEA, TESTUZ. -*Dichos*

LISARDA. Ya me cansa tanta hermana.
¡Qué vanidad tan liviana!

DANTEA. (*A TESTUZ al salir.*)
Ten, que Lisarda está allí.

TESTUZ. Por eso me entraré más,
porque tengo tal estrella,
que también privo con ella.

DANTEA. ¿Qué dices?

TESTUZ. Tú lo verás

LISARDA. ¿Testuz?

TESTUZ. Bello serafín,
beso la tierra ermitaña,
donde se plantó la caña
del corcho de tu chapín.

LISARDA. Buen modo de saludarme.

DANTEA. *(Aparte.)*

¡Que habiéndome visto entrar,
se ponga mi hermana a hablar
con un bufón sin mirarme!

LISARDA. ¿Qué hay de nuevo?

TESTUZ. Mucho hallo
de nuevo siempre.

LISARDA. Y ¿qué es ello?

TESTUZ. Yo no trato de ir a vello,
porque no puedo comprallo.

DANTEA. ¿Cómo tu alteza ha pasado
la noche?

LISARDA. Ya se pasó
y halla sido bien o no,
ya no puede dar cuidado.
¿Cómo acá no viene ahora,
y el parabién no me ha dado
Fernando? ¿Se ha retirado?

TESTUZ. Sí, Señora, y no, Señora:
se ha retirado, porque
teme mucho el competir
con quien le ha de deslucir;
no se retira su fe,
porque su gusto, a mi ver,
tiene empeño verdadero.

LISARDA. ¿Con quién?

TESTUZ. Con un zapatero,
un sastre y un mercader.

LISARDA. Y ¿de amor?

TESTUZ. Es evidencia.
Él es pobre y yo su lobo;
tú eres reina y él no es bobo:
saca tú la consecuencia.

LISARDA. ¿Por qué no me ve?

TESTUZ. Eso es llano;
¿Quieres que se muestre fino
contra un conde palatino
y un príncipe transilvano,
nombre que solo al decillo,
con el ruido que le toca,
se me llena a mi la boca
desde colmillo a colmillo?

y él siempre, pues Dios lo hizo,
 en Fernando ha de parar,
 que se lo puede llamar
 un sotacaballerizo.

LISARDA. A favores tus desdenes
 la persona es por sus modos
 la que obliga.

TESTUZ. Hoy no; que todos
 obligan persona y bienes.

LISARDA. pues ¿le falta?

TESTUZ. ¿En eso estás?
 con que sustentarme a mí;
 y subiendo desde aquí,
 para todo lo demás.

LISARDA. Toma y tendrás para ti.

(Dale una cadena.)

TESTUZ. ¿Cadena? Mil veces bueno;
 zámpola en el hondo seno.

LISARDA. ¿Por qué la escondes así?

TESTUZ. Habrá quien llegue a pensar,
 si la traigo al estricote,
 que es cadena de galeote
 y me la pueden rapar.

LISARDA. ¿Qué, eso en Fernando es temor?

TESTUZ. Es cierto, señora mía.

LISARDA. Pues yo imaginé que había
 en Fernando más valor.

DANTEA. *(Aparte.)*

¡Jesús, con tanto Fernando!

TESTUZ. *(Aparte.)*

Mucho aquí se fernandea,
 y yo juzgo que a Dantea
 las tripas le están rallando.

LISARDA. Di a Fernando que el temor
 nada ha llegado a adquirir.

DANTEA. *(Aparte.)*

Ya no lo puedo sufrir.

LISARDA. Y que en Fernando el valor
 Es deuda.

TESTUZ. *(Ap. a DANTEA.)*

Mucho se inclina
 a fernandear,

DANTEA. No; es desden.

TESTUZ. Señora, ¿os parece bien
bigotes con fernandina?
LISARDA. Ve, y el temor le condena
a tu amo.
TESTUZ. Así lo haré.
LISARDA. Y ¿volverás?
TESTUZ. Volveré
en gastando la cadena.

(Vase.)

Escena IV

DANTEA, LISARDA, el SENESCAL.

LISARDA. Venid, Senescal.
DANTEA. Señora,
ya es hora, si has de salir
a la quinta.
LISARDA. Hoy no quiero ir.
DANTEA. Pues ¿por qué?
LISARDA. No estoy ahora
muy buena.
DANTEA. A sentir me obligo
tu mal.
LISARDA. Más lo siento yo.
(Ap. Mas no es por eso, sino
por no llevarla conmigo:
pues siempre me ha de asistir
Dantea, quiera o no quiera.)
DANTEA. (Ap. Si esto fingido no fuera,
¿Quién lo llegara a sufrir?)
Pues ¿qué intentas?
LISARDA. ¿Hay porfía
como ésta? Salir no espero,
y así estarme sola quiero,
que tengo melancolía.
DANTEA. ¿Triste estás?
LISARDA. (Ap. Por ver si así
se alborota la ciudad.)
Los príncipes avisad
que hagan la fiesta por mí.

(Vase.)

Escena V

DANTEA, el SENESCAL.

DANTEA. ¿Qué os parece, Senescal?

SENECAL. Señora, cuando tu ingenio
con su industria no lograra
más que este conocimiento,
por saber lo que en Lisarda
tenía oculto el silencio,
no era ocioso tu designio.

DANTEA. Pues ya he logrado un acierto,
que es saber quién bien me quiere;
que como amor es incendio,
es lo más fácil de ver,
aunque esté oculto en el pecho;
porque alumbra con las luces
lo que abrasa con el fuego.
Mas la traición es tan fea,
que por aquel horror mesmo
que ella causa a quien la ve,
mas difícil el intento
hace de quien la averigua,
pues por sus torpes defectos
ella misma a sí se oculta,
sin diligencia del dueño.
Siendo así que es mas difícil,
les importa a mis desvelos
apurar toda la industria,
para salir deste empeño,
no sé qué medio me valga
para saber con qué intento,
o quién matarme intentaba;
que no saber en su reino
de quién se puede fiar
quien le rige u de qué pecho
se debe guardar, es daño
tan irreparable y ciego,
que el juicio más desvelado
en acertar su gobierno,
cuando piensa que le acierto,
suele errar con más acierto.
yo sospecho... Mas tened;
no sé quién entra aquí dentro.
luego os diré mi sospecha;
retiráos a este aposento.

SENECAL. Bien decís, que importa mucho.

(Vase.)

Escena VI

El CONDE. -DANTEA.

CONDE. *(Ap. Pues de Vengar mi desprecio
tengo tan buena ocasión,
no dilatarla pretendo.)*
¿Señora?

DANTEA. ¿Qué decís, Conde?

CONDE. A mi fortuna agradezco
la dicha de hallaros sola.

DANTEA. Pues ¿qué intentáis?

CONDE. Un empeño,
que a vos os hará dichosa,
vengándoos a un mismo tiempo
de quien contra vos quería
lograr una traición.

DANTEA. *(Ap. Cielos,*
si es la noticia del daño
que yo descubrir pretendo,
mucha fortuna es medirse
las dichas a mi deseo.)
Pues ¿porqué lo dilatáis?

CONDE. No sé si licencia tengo
de hablar claro con vos.

DANTEA. ¿Licencia? Pues ¿dudáis eso?
aviso tan importante
debiera costarme ruego.

CONDE. Pues, Señora, vuestra hermana,
en vos acaso creyendo
más favor en vuestro tío
para heredar este reino,
para asegurar en sí
de la corona el derecho,
daros la muerte intentaba,
siendo el cruel instrumento
un veneno, y yo el ministro.
mas yo (el peligro temiendo,
de que se valiese de otro,
que ejecutara sangriento
tan cruel resolución)
aceté en falso el empeño
(Ap. Esto me importa fingir),

dilatando su deseo
 del modo que ya se infiere
 de no lograrse el efecto.
 Llegó a este tiempo el aviso
 de su elección, y yo viendo
 contra vos trocarse en ella
 en tiranía el imperio,
 en soberbia la modestia,
 dándoos aviso del riesgo
 que ocultaba su cautela,
 movido de los afectos
 que siempre me habéis debido,
 os propongo el mismo empeño.
 Asegurad con su muerte
 en vuestras manos el cetro;
 que en vos es justa venganza
 lo que traición en su pecho.
 Y porque no os acobarde
 ni la ejecución ni el medio,
 yo me ofrezco para todo
 sin esperanza ni premio;
 porque es una ingratitude
 tan odiosa, que en mi celo
 solo su castigo mueve
 la nobleza de mi aliento.

DANTEA.

(Aparte.)

Cielos, cuanto sospechaba
 mi temor ha sido cierto;
 mas disimular importa.

CONDE.

¿Qué suspende el valor vuestro?

DANTEA.

¿Qué decís, Conde? ¿Sabéis
 con quién habláis? Porque es cierto,
 que ignoráis que habláis conmigo,
 o la obligación que tengo.
 ¿Vos con tal proposición
 osáis perder desatento
 a mi hermana su decoro
 y a mi atención el respeto?
 Tan sangrienta alevosía,
 tan infame pensamiento,
 ni nunca cabrá en el mío,
 ni haber pudo en su pecho;
 que a haber, siendo tan una

nuestra sangre, el honor nuestro,
 la voz que injurió la suya
 me avisara con el eco.
 Tan grande es el desacato
 de fingiros a vos mesmo
 que ella quiso ser aleve,
 como que yo serlo puedo.
 y así, es verdad que fue falso
 que ella tuvo ese deseo,
 porque me dais el aviso
 cuando en mí ha cesado el riesgo.
 mi hermana entonces pensaba
 ser mi vasalla, y hoy, cuerdo
 mi tío, la hace princesa,
 que mil años guarde el cielo.
 ¿No era mejor avisarme,
 para enmendar sus excesos,
 cuando pudo ser castigo,
 que cuando es atrevimiento?
 Ya ni en mí hay riesgo ni en ella;
 luego vuestro injusto celo
 solo procura el delito,
 pues ya no busca el remedio,
 ea Conde, que en el caso
 se ve bien que vivís ciego,
 pues no habéis tenido vista
 para encubrir estos yerros.
 Idos ya de mi presencia,
 idos y advertid que os ruego
 que por el honor de entrambos
 esto sepulte el silencio;
 que aunque sepa quien oyere
 lo que leal, noble y cuerdo
 respondió mi honor, será
 descrédito de mi pecho
 que me tengan por mujer
 de semblante tan ligero,
 que os pude dar osadía
 para perderme el respeto.
 Idos, Conde.

CONDE.

Ya me voy;
 pero siento, vive el cielo,
 que seáis leal con quien

os quiso dar un veneno.
DANTEA. Eso, Conde, es afirmaros
en el engaño propuesto.
CONDE. Pues ¿no, si pasó conmigo?
DANTEA. ¿Qué es lo que decís?
CONDE. Que es cierto.
DANTEA. Mirad que estáis engañado
y esa es pasión de otro afecto.
CONDE. Vive Dios que lo publique
a voces.
DANTEA. Conde, ¿qué es esto?
Hola, criados. -Mi hermana
viene aquí, y viven los cielos,
Conde, si eso proseguís,
que le diga el error vuestro.
Señora...
CONDE. Callad, Dantea.
DANTEA. De mi labio ha de saberlo.
CONDE. Ya me voy.
DANTEA. Pues ¿qué esperáis?
CONDE. (*Ap. Esconderme allí pretendo,*
por si le dice a Lisarda
lo que ha de negar su pecho.
Saldré y haréla el desaire
de que se sepa que es cierto,
diciéndoselo en su cara.)
Dantea, guárdeos el cielo. (*Se oculta.*)

Escena VII

DANTEA: *luego. El SENESCAL; el CONDE, oculto.*
DANTEA. Porque se fuese fingí
que venía mi hermana. ¡Oh pechos
humanos, lo que encubris
debajo de un mortal velo! -
¿Senescal?
SENESCAL. (*Sale.*)
Señora mía,
ya escuché todo el suceso.
DANTEA. ¿Qué os parece deste caso?
SENESCAL. Doy alabanza a tu ingenio,
y de lo que no creyera
mudo he quedado y suspenso.
¡Quién tal pensara en Lisarda!

DANTEA. Ya me pesa de saberlo;
 que es corno quien tiene un vidrio
 del gusto de su deseo
 (que es por hechura y fineza
 tan singular en extremo,
 que como él no ha de hallar otro)
 y acaso con él bebiendo
 le da un golpe; y asustado,
 por de fuera y por de dentro
 le mira; y viéndole roto,
 lo que buscó con desvelo
 le da tal pesar hallado,
 que le arroja con despecho.
 Así yo tenía en mi hermana
 una amiga, en quien el cielo
 me dio por sangre y amor
 lo que en otra hallar no espero.
 Dióse en la traición un golpe,
 y procurando el desvelo
 averiguar el delito,
 cuando le miro en su pecho,
 me da tal pesar hallarlo,
 que como a hermana la pierdo
 y como a vidrio la arrojo;
 quedando en el sentimiento
 de que hallar puedo otra amiga,
 mas otra hermana no puedo.

CONDE. *(Ap. donde está oculto.)*

Cielos, según lo que escucho,
 fingido fue el sentimiento.

SENECAL. Pues ¿qué es lo que determinas?

DANTEA. Advertiroslo pretendo.

Escena VIII

ROBERTO, *que al salir se detiene y observa oculto desde el cancel. -Dichos.*

ROBERTO. *(Al paño.)*

Aún no ha salido Lisarda,
 pero con Dantea encuentro
 cara a cara; retirarme,
 por no desairarla, quiero,
 si me habla. Este cancel
 podrá tenerme encubierto
 sin que me vea aunque pase,

pues ya es fuerza entrar adentro.

DANTEA. ¿Dónde el testamento está?

SENECAL. Guardado siempre en mi pecho.

DANTEA. Pues, Senescal, vos ahora habéis de juntar el reino; diciendo que ya ha venido. Y antes de abrirle, el pretexto publicaré que he tenido; pues de fingir con acuerdo, que mi hermana era princesa, cuando a mí en el testamento me hace heredera mi tío, ha resultado el acierto de escoger yo buen esposo y asegurarme del riesgo, y dar buen príncipe a Hungría; pues cuando en Fernando veo tan desnudas las finezas de otros lustres, será cierto que unirá a las de mi gusto las luces de su gobierno. Yo he de premiar sus finezas.

SENECAL. Tan cuerda elección apruebo.

CONDE. Cielos, ¿qué es lo que he escuchado?

ROBERTO. Ambición, ¿qué es lo que advierto?

CONDE. ¡Que la princesa es Dantea!

ROBERTO. Y ¡en Lisarda es fingimiento!

CONDE. Pues aquí de mi cautela; que ya es más fijo el empeño de hacerme yo rey de Hungría, o vengarme del desprecio. (*Vase.*)

ROBERTO. Pues aquí de mis industrias, que si las finezas fueron de Fernando las que obligan a que le elija por dueño, yo, oponiendo mis industrias; haré sus finezas menos.

DANTEA. Esto, Senescal, importa.

SENECAL. Luego voy a obedecerlo.

DANTEA. Obrad siempre con recato.

SENECAL. Copia seré del silencio. (*Vase.*)

Escena IX

DANTEA, ROBERTO, *que sale donde estaba retirado.*

- ROBERTO. *(Ap. Agora entra bien mi industria; que cuando ella esta entendiendo que yo ignoro lo que finge, mejor engañarla puedo, pues no sabe que la he oído.)*
Señora...
- DANTEA. Guárdeos el cielo,
Príncipe.
- ROBERTO. Tarde he logrado
la ocasión de mi deseo.
- DANTEA. ¿Vos tenéis que desear,
siendo quien sois, y teniendo
el empleo de mi hermana?
- ROBERTO. *(Ap. ¡Cómo engañan los sucesos!)*
¿No sabéis, Señora, vos
que siempre mis pensamientos
dediqué a vuestros aplausos?
- DANTEA. Yo lo pensaba, mas luego
que mi hermana fue escogida
para heredar este reino,
se mudó vuestro cariño;
con que no es desaire nuevo
deciros que más amáis,
la corona que el sugeto.
- ROBERTO. Pues en eso está el engaño.
- DANTEA. Pues ¿qué engaños hay en esto?
- ROBERTO. El que el mudarme yo entonces
a aquel cortés cumplimiento
fue cordura de mi amor,
para no imitar grosero
la cautela del que acaso
fingió tristeza y silencio,
por disimular el trato
que tiene su amor secreto
con vuestra hermana, mas ya
lo dirá mejor el tiempo,
que será el mejor testigo.
(Ap. Con esto mi industria apruebo.)
y para que conozcáis
si es mi amor más fino y cierto,
o si ama más la corona,
como decís, que el sugeto,

ya que no os queda esperanza
para heredar este reino,
os busca el alma que os quiere
solamente por quereros,
para que de mis estados
vengáis a ser digno dueño.

Mi corona, mi riqueza
y todo cuanto poseo.
Y el corazón, que es lo más,
a vuestras plantas ofrezco,
porque le deis el honor
de ser ya despojos vuestros.

DANTEA. Cielos, ¿qué es esto que escucho?
Pues ¿dónde tan de secreto
habéis tenido ese amor?

ROBERTO. Siendo un volcán en mi pecho,
hasta haber agora hallado
la ocasión de mi deseo.

DANTEA. Pues ¿es delito quererme
para encubrirlo?

ROBERTO. Fue atento
respeto de vuestra hermana,
a quien debí el cumplimiento;
que a una dama la corona,
el adorno y el aprecio
que no puede en la hermosura,
se le añade en el respeto.
mas ¿para qué examináis
los motivos de mi afecto
en si vengo tarde o no,
pues estando como os veo,
sin corona y sin herencia,
el buscaros y el quereros,
de que no vengo ambicioso
es indicio a cualquier tiempo?

DANTEA. Esto sin duda es fineza;
mas lo que creer no puedo
es que en Fernando haya engaño.

Escena X

FERNANDO y TESTUZ, que al ver a ROBERTO se detienen. -Dichos.

TESTUZ. (Ap. a FERNANDO.)

Entra, que ella está aquí adentro;...

- un poco espera, que está
aquí el príncipe Roberto.
- DANTEA. Pues ¿qué indicios tenéis vos
de que haya tanto secreto
en mi hermana con su amor?
- ROBERTO. Nunca mi dicha he compuesto
de los desaires de otro;
mejor os lo dirá el tiempo.
- DANTEA. (Ap.) Quiera amor que tal no diga.
- ROBERTO. Muy poco, Señora, os debo,
pues no dais a tal fineza
ni aun el agradecimiento.
- DANTEA. Ese no puedo negarle;
creed, Príncipe, que agradezco
y estimo vuestra fineza.
- FERNANDO. (Ap. a TESTUZ, donde están retirados.)
¡Qué es lo que he escuchado, cielo!
- TESTUZ. ¿Qué has de escuchar? Que agradece.
Pues eso ¿no es santo y bueno?
- ROBERTO. Que acetéis lo que os propongo
no os pido; mas por lo menos
dadme algunas esperanzas.
- DANTEA. Es, Príncipe, mucho empeño,
y hay en él que mirar mucho;
mas ya que no os da mi pecho
esperanza, no os la quita.
- ROBERTO. No es poca esa.
- DANTEA. Si es consuelo,
Llevad ese por ahora.
- FERNANDO. ¿Y esto?
- TESTUZ. No parece bueno
pero no es más que muy malo.
- ROBERTO. Yo voy, Señora, contento
a empeñar con más finezas
vuestros agradecimientos.
- DANTEA. Siempre serán estimadas.
- ROBERTO. Bastante es. (Vase.)

Escena XI

DANTEA, FERNANDO, TESTUZ

- DANTEA. Guárdeos el cielo.
- FERNANDO. Testuz, vámonos de aquí.
- TESTUZ. Pues ¿por qué?

que le he menester ahora.
TESTUZ. No des tal; que miente.
DANTEA. ¿Es eso
querer ir?
FERNANDO. Irme, sí;
mas querer, no.
DANTEA. No lo entiendo.
FERNANDO. Pues esto es decir, Señora,
que he cobrado tanto miedo
al querer, que mis acciones
sin voluntad las emprendo
con el uso de la vida:
porque en todos mis sucesos
tengo ya por experiencia
que mi fortuna, en sabiendo
que quiero, me las malogra;
y escarmentado en mi mismo,
lo que quiere el corazón
lo recato aún de mi afecto.
Porque si cuanto he querido
porque lo quise lo pierdo,
mejor me está no querer,
por ver si con esto enmiendo
la esquivez de mi fortuna.
Y por lograrlo, si puedo,
quiero que entienda mi estrella
que no quiero lo que quiero.
DANTEA. Eso es, Fernando, encubrirlo;
pero queréis en efecto.
FERNANDO. No sé.
DANTEA. Vos me lo habéis dicho.
FERNANDO. Si lo dije, ahora lo niego.
TESTUZ: Si no está ratificado,
bien puede negar.
DANTEA. ¿No puedo
saberlo yo?
FERNANDO. No, Señora.
DANTEA. Yo, don Fernando, os prometo
no decirlo a vuestra estrella.
FERNANDO. Tenéis vos mucho de cielo,
y puede ser que esté en vos
la estrella de que me quejo.
DANTEA. No está, si es la que imagino;

que ya cayó ese lucero.
 En fin, ¿queréis sin querer?
 Eso, Señora, es muy cierto;
 porque él come sin querer,
 pues siempre viene diciendo
 que no trae gana, y se zampa
 un capón hasta los huesos;
 que yo imagino que traga
 por boca de cimiterio.
 sin querer bebe muy bien,
 sin querer duerme; mas esto
 no imagino que es lo más,
 que pocos duermen queriendo;
 y si descalabra a alguno,
 yo le disculpo con eso,
 porque lo hace sin querer.

DANTEA. ¡Qué esto tenía encubierto
 pues ya sé lo que queréis;
 sí, Fernando, ya os entiendo:
 más pudierais no haber dicho.
 (Ap. Pero ¿para qué me quejo
 si es darle la vanidad
 de que tengo sentimiento?
 él mismo me ha confirmado
 el aviso que yo tengo,
 pues esto todo concuerda
 con aquel trato secreto.
 Pues si no fuera verdad,
 ¿con qué causa o a qué efecto
 me hablara con este estilo?
 No creyera lo que siento.
 ¡Oh mal haya la razón;
 que cuando el discurso necio
 busca lo que le está mal,
 le da luces para verlo!)

FERNANDO. ¿No dais licencia, Señora?

DANTEA. Ya la tenéis; idos luego.

FERNANDO. (Ap. Si los celos eran malos,
 esto es peor, que es desprecio.
 Pues ¿por qué no he de quejarme?
 Mas ¡qué loco pensamiento
 Contra el mío y su decoro!)
 Ven, Testuz. -Guárdeos el cielo.

TESTUZ. Pues ya no podemos irnos.
 FERNANDO. ¿Por qué?
 TESTUZ. Nos sale al encuentro
 muy de princesa Lisarda,
 porque la vienen siguiendo
 música, damas y enanos.
 Once enanas y diez negros.

Escena XII

MÚSICOS, DAMAS, LISARDA; *aquellos vienen delante, y ésta detrás de todos.-*
Dichos.

MÚSICA. *Sólo el silencio testigo
 ha de ser de mi tormento;
 y aún no cabe lo que siento
 en todo lo que no digo.*

LISARDA. (*Ap.* Fernando está aquí, y Dantea
 ya con más pesar la veo
 por hallarla con Fernando;
 mas ¿de qué está tan suspenso?
 con esta ocasión la envidia
 podré disfrazar, que tengo,
 de que príncipe ninguno
 intente hacerme un festejo,
 publicando mi tristeza,
 cuando a mi hermana le hicieron.)
 Fernando, ¿de qué tan triste?

FERNANDO. Señora, causa no tengo;
 pues ¿en qué se ve ese indicio?

LISARDA. Si no estáis triste, suspenso
 estáis.

FERNANDO. Eso sí, porque
 es de la música efecto;
 y aquí más, porque la letra
 conviene a mi sentimiento.

LISARDA. ¿Qué dice?

FERNANDO. Volved a oírla.
 (*Ap.* Así explicaré mis celos.)

MÚSICA. *Sólo el silencio testigo, etc.*

FERNANDO. Yo sigo un pleito en la audiencia
 de amor, que me ha condenado,
 y viéndome sentenciado,
 no apelo de la sentencia;
 morir y tener paciencia

es la apelación que sigo,
 porque si la contradigo,
 mal me podré defender,
 si en mi razón puede ser
Sólo el silencio testigo.
 Si declaro la razón
 que tengo para tenella,
 se hará mayor la querella
 y más mi condenación.
 Pues si los remedios son
 para dar más sentimiento,
 buscar, Señora, no intento
 más remedio que morir,
 pues si alguno ha de salir,
Ha de ser de mi tormento.
 Yo he merecido mi mal,
 pues sabiendo que no es nuevo,
 a pleitos de amor me atrevo,
 siendo mi estrella el fiscal.
 De su destino fatal
 lleno está el pecho, e intento,
 necio, enmendar mi tormento,
 pues dentro de mi dolor
 quiero que quepa el favor,
Y aún no cabe lo que siento.
 Siendo así que me condena
 más mi suerte que el rigor,
 será doblarme el dolor
 buscar alivio a mi pena.
 Y pues muero en la cadena
 a que yo mismo me obligo,
 yo me voy, y no prosigo
 en explicarme, por ver
 que me doy más a entender
En todo lo que no digo. (Vase)

Escena XIII

LISARDA, DANTEA, TESTUZ, DAMAS, MÚSICOS.

LISARDA. Yo no entiendo esto. Oye ahora,
 Testuz, ¿qué tiene Fernando?
 TESTUZ. De celos va reventando.
 LISARDA. ¿De quién?
 TESTUZ. Muy bueno, Señora;

¿No sabes su amor honesto?
 LISARDA. Sí.
 TESTUZ. Y ¿quién competirle pudo?
 LISARDA. No sé.
 TESTUZ. ¿Aún lo dudas?
 LISARDA. Sí dudo.
 TESTUZ. Pues respóndote con esto.
 De frailes acompañado
 pasaba un entierro un día,
 y uno, a quien le parecía
 el entierro autorizado,
 a un fraile con inquietud
 «¿Quién ha muerto?» preguntó,
 y el fraile le respondió:
 «El que ya en el ataúd.» (Vase.)

Escena XIV

LISARDA, DANTEA, DAMAS, MÚSICOS.

LISARDA. ¿De quién se puede quejar,
 si de ninguno al amor
 hice el más leve favor?
 DANTEA. (Ap. ¡Qué más tengo que escuchar,
 cielos! Lo que yo tenía
 por burlas, de veras es.
 pues si esta evidencia ves,
 amor, cese tu porfía;
 pero ¡qué mal le resisto!)
 Si le dura su tristeza,
 no canse yo a vuestra alteza. (Vase.)
 LISARDA. Jamás tan cuerda te he visto.
 (Vanse los músicos y las damas a una seña de LISARDA.)

Escena XV

El CONDE, -LISARDA.

CONDE. Sola está aquí Lisarda; agora espero
 ver si me llama su desdén severo.
 LISARDA. El Conde viene aquí; no quiero hablarle,
 porque me canso ya de despreciarle.
 CONDE. ¿Os vais por verme?
 LISARDA. Sí; que es engañaros
 el deciros que no.
 CONDE. ¡Favores claros!
 pues sabed que estoy yo para buscado.

LISARDA. Pues que os venga a buscar quien lo ha pensado.

CONDE. Pues no lo remitáis a otra persona,
porque a vos os importa la corona.

LISARDA. ¿Qué decís?

CONDE. Bien pudiera yo vengarme
de vuestra ingratitud con retirarme;
mas no os quiero dejar, sabiendo agora
que me habéis menester. ¿Juzgáis, Señora,
que sois princesa ya?

LISARDA. Pues ¿quién lo duda?

CONDE. Solo quien sabe la intención aguda
de Dantea, pues siendo la nombrada
y estando por princesa declarada
(Como esto ha de constar del testamento
que trae el Senescal), para el intento
que ella sabe también, que esto fingiera
le ordenó al Senescal, y agora espera
juntar el reino y declarar su empeño,
escogiendo a Fernando por su dueño;
y yo el testigo soy de lo que intenta.

LISARDA. ¡Cielos, raro desaire y rara afrenta!
¡Yo princesa fingida!

CONDE. Ved, Señora,
Si me habréis menester, pues soy yo agora
quien puede aseguraros valeroso
de tan grande desaire y tan forzoso.

LISARDA. Pues ¿cómo puede ser?

CONDE. Si yo lo hiciera,
¿qué premio vuestro pecho me debiera?

LISARDA. Siempre a ser vuestra desde aquí me allano.

CONDE. ¿Me dais esa palabra?

LISARDA. Y aún la mano.

CONDE. ¿Que seréis mía?

LISARDA. Vos seréis mi dueño

CONDE. Pues yo lo aceto, y vamos al empeño.
Vos tenéis posesión, que es lo primero
y por princesa os tiene el reino entero;
este secreto solo está fiado
al Senescal, que tiene resguardado
su crédito en la fe del testamento;
porque no tenga oposición mi intento,
aunque vos no, yo sé de aviso cierto
que vuestro tío en la batalla ha muerto;

si el testamento dejo sepultado
 en el silencio, como lo he pensado,
 vuestro derecho en posesión se queda,
 sin que haya nadie que impedirlo pueda.

LISARDA.

Es sin duda.

CONDE.

Pues vamos a la empresa;
 Y para que os aclamen por princesa
 cuando esta nueva llegue a sus oídos,
 tened vuestros parciales prevenidos.

LISARDA.

Pero ¿si él luego la traición demuestra?

CONDE.

Eso me toca a mí.

LISARDA.

Y a mí el ser vuestra.
 Pues ¿dónde vais ahora?

CONDE.

A ejecutarlo.

LISARDA.

Pues no lo dilatéis.

CONDE.

Eso es lograrlo.

LISARDA.

Yo espero coronar vuestra persona.

CONDE.

Yo a aseguraros voy esta corona.

(Vanse.)

Escena XVI

FERNANDO, TESTUZ.

FERNANDO.

Yo muero.

TESTUZ.

Aquese es el fruto
 de amor.

FERNANDO.

Yo muero, Testuz.

TESTUZ.

¿No era mejor el capuz,
 que ir agora a sacar luto?

FERNANDO.

Muerto estoy.

TESTUZ.

Bien lo encareces.
 Yo apostaré, si eso es cierto.
 Que de aquí a mañana has muerto
 más de otras cuarenta veces.

FERNANDO.

¿Cuál?... mas Celia viene aquí;
 no hables con ella.

TESTUZ.

¿Qué es no,
 estando rabiando yo
 de celos?

FERNANDO.

¿De celos?

TESTUZ.

Sí

FERNANDO.

¿Tú amor?

TESTUZ.

Y amor que me casque;
 que en mi alma también encarna.

FERNANDO. Calla.
 TESTUZ. Pégasme la sarna,
 y ¿quieres que no me rasque?

Escena XVII

CELIA. -*Dichos.*CELIA. (*Aparte.*)

Aquí está; ¡oh, qué prevenido!
 Pero ¿qué mucho, si aguarda
 a que hoy se jure Lisarda,
 pues los grandes han venido,
 y está palacio hecho un cielo
 de joyas?

TESTUZ. Digo, Señora...

CELIA. Pues ¿sin cadenas ahora?

TESTUZ. ¿Para qué?

CELIA. Causa es de duelo,
 siendo lisardos los dos.TESTUZ. Tuviéramos más trofeos
 en eso que en ser danteos;
 pero son juicios de Dios.CELIA. Sí; que eso muy bien concuerda
 con estar tormento dando
 a mi ama, y lisardeando
 por debajo de la cuerda.
 y tú otra criada entablas.

TESTUZ. Mujer, que todo eso es broza.

CELIA. Pues ¿no la ama?

TESTUZ. Ni la moza.

FERNANDO. ¿Qué dices, Celia? ¿Qué hablas?
 ¿Yo a Lisarda?

CELIA. ¿Somos ciegos?

La corona os apasiona.

TESTUZ. Que no queremos corona.

CELIA. ¿Por qué?

TESTUZ. Porque somos legos.

FERNANDO. Bueno es eso, cuando fiera
 ella me ha muerto.

TESTUZ. Pues ¿no?

Y está vivo, porque yo
 le he dicho que no se muera.

CELIA. ¿Cómo, si ella tu impiedad
 llorando está, porque ve

- (Ap. Hasta llegar la ocasión,
es forzoso lo que finjo.)
- LISARDA. Hermana, llega a mis brazos;
que deste reino el dominio
desde aquí, mientras yo viva,
más tuyo ha de ser que mío.
(Ap. Esto me importa fingir,
por si no logro el designio.)
- DANTEA. (Aparte.)
¿Qué nuevo agasajo es éste?
¿Mi hermana a mi tal cariño?
Cautela encierra; ¿si acaso
de la verdad tiene indicio?
Pero ¿cómo el Senescal
hasta agora no ha venido?
- VOCES. (Dentro.)
Afuera, apartad.
- LISARDA. ¿Qué es esto?

Escena XX

El CONDE -Dichos.

- CONDE. El más desdichado aviso
que venir pudo a tu reino.
(Ap. Logróse el intento mío.)
- LISARDA. Pues ¿qué ha sido?
- CONDE. El Senescal
ayer, Señora, me dijo
que antes que os jurase el reino
tenía que hablar conmigo
cierto secreto importante;
y hoy llamándome a esto mismo,
solos los dos en un barco
nos alejamos al río,
acaso por parecerle
más solo y secreto el sitio.
Y apenas a proponerle
comenzaba, cuando vimos
que el barco, rota la quilla
se iba a pique; y cómo el brío
daba a mi edad más aliento,
salto del barco, y al río
me arrojé, y en él, luchando
con el agua, que el cielo quiso

que otro barco me socorra,
 que acaso por allí vino.
 Seguro yo, al Senescal
 ir a socorrer quisimos;
 mas por presto que llegamos,
 no hallamos seña ni indicio
 de su persona ni el barco,
 por ser tan profundo el río,
 que, como al mar desemboca,
 dio con él en sus abismos.

DANTEA. ¡Qué es lo que escucho! Vasallos,
 deudos, parciales y amigos,
 vuestra princesa soy yo
 por elección de mi tío;
 que esto ordena el testamento,
 que el Senescal ha perdido.
 Y el fingir yo que a Lisarda
 nombraba, fue con motivo
 de poder daros buen rey
 y escoger yo buen marido,
 y asegurarme, avisada
 de una traición que conmigo
 lograr Lisarda intentaba.

ROBERTO. Y yo dello soy testigo.

LISARDA. ¡Ay de mi guarda! ¡Qué escucho!
 Soldados.

Escena XXI

Un CAPITÁN, SOLDADOS.- Dichos.

CAPITÁN. Aquí asistimos.

UNA VOZ. *(Dentro.)*

¡Nuestra princesa Lisarda
 viva!

VOCES. *(Dentro.)*

¡Viva muchos siglos!

DANTEA. ¿Qué es esto, alevos vasallos?
 ¿Contra el orden de mi tío?
 ¿Mi razón no hay quien defienda?

LISARDA. Prendedla.

FERNANDO. *(Ap. Cielos, ¡qué miro!*
 una cosa son los celos,
 y otra mi dama en peligro.)
 Vive el cielo, que es verdad

- cuanto aquí Dantea ha dicho;
y el que lo contradijere
es traidor y fementido,
y yo lo defenderé.
- TESTUZ. Y yo defiando lo mismo;
mas no podré sustentarlo
si no fuere a pan y vino.
- LISARDA. Llevadla a su cuarto presa.
- VOCES. *(Dentro.)*
¡Viva Lisarda!
- ROBERTO. *(A FERNANDO.)*
Esto ha sido
prevención, y es ignorancia
el querer contradecirlo.
- FERNANDO. Contra todo un reino entero
yo solo lo contradigo,
y moriré en su defensa.
- DANTEA. Tente, Fernando, que el brío
es aquí temeridad
mas que valor; sin peligro
me sacará deste empeño
la voluntad de mi tío.
*(Ap. Cielos, aquí he averiguado
que sólo Fernando es fino.)*
- LISARDA. Llevadla pues; ¿qué esperáis?
- FERNANDO. ¡Ah, pese al aliento mío!
¡Que es preciso que esto sufra!
- CELIA. Señora, ¿qué revoltillos
son estos?
- CAPITÁN. Venid, Señora.
- DANTEA. Ven, Cella; que su castigo
tendrán todos los traidores
cuando lo sepa mi tío.
- CONDE. *(Aparte.)*
No hará; que de que ya es muerto
me ha confirmado el aviso.
- LISARDA. Entre tanto estarás presa,
porque no seas motivo
de algún tumulto en el reino.
*(Ap. Y aseguraré el peligro
con tu muerte.)* -Capitán,
llevadla como os he dicho,
y toda la guarda asista

en su cuarto, por si atrevido
 hay quien defenderla intente.
 Y a vos, Fernando, el castigo
 desta osadía os daré,
 si os atreveis al delito
 de volver más a palacio.
 venid vosotros conmigo.

ROBERTO. (Aparte.)

Esto es lo que vence ahora,
 y lo mejor es seguirlo.

(Vanse LISARDA, el CONDE, ROBERTO y el acompañamiento.)

Escena XXII

DANTEA, CELIA, FERNANDO, TESTUZ, CAPITÁN, SOLDADOS.

CAPITÁN. Señora, que yo obedezca
 en mi lealtad es preciso;
 perdonadme.

FERNANDO. ¡Que esto vea!

DANTEA. Fernando, solo he sentido...

FERNANDO. ¿Qué, Señora?

DANTEA. Haber pensado
 que no erais vos el más fino.

FERNANDO. Así fuera poderoso.

DANTEA. La verdad siempre lo ha sido.

FERNANDO. Ella y mi brazo serán
 contra vuestros enemigos.

DANTEA. Tiempo vendrá de premiaros.

FERNANDO. Y a mi de mostrar mis bríos.

DANTEA. Las industrias me engañaron.

FERNANDO. Hasta aquí ellas han vencido.

DANTEA. Pues no han de valer, si puedo...

FERNANDO. ¿Qué decís, que eso imagino?

DANTEA. *Industrias contra finezas.*

FERNANDO. Siempre temí ese enemigo.

DANTEA. Guárdeos el cielo.

FERNANDO. Él os libre
 de traiciones y peligros.

TESTUZ. Esto ha sido gran traición;
 que el Senescal en el río,
 para pasado por agua,
 no era fresco, vive Cristo.

Jornada tercera

Pórtico del palacio.

Escena primera

FERNANDO, TESTUZ.

- TESTUZ. Esto ha sido gran traición.
- FERNANDO. ¿Qué importa haberse sabido
que el Palatino haya sido
(para lograr su intención)
el que llamó al Senescal,
y el que al río le llevó,
y en él la muerte le dio
con cautela desleal,
si se sabe desde ayer
que el Rey murió en la batalla;
con que Lisarda no halla
quien resista su poder,
y yo medio no imagino
de poderlo restaurar?
- TESTUZ. ¿No podremos empalar
A este conde palatino?
- FERNANDO. Aunque más empeño sea,
pudiera desafialle,
y cuerpo a cuerpo matalle;
mas está presa Dantea,
y en su peligro interesa
más mi amor que en él mi brío.
- TESTUZ. Pues échale tú en el río;
que yo soltaré la presa.
- FERNANDO. Al primer empeño vamos;
y ya que librarla es,
vamos confirmando pues.
- TESTUZ. Nuestro intento confirmamos.
- FERNANDO. Yo tuve un papel por suerte,
en que Dantea me avisa
que Lisarda...
- TESTUZ. Que no es lisa.
- FERNANDO. Intenta darle la muerte.
- TESTUZ. Y no como al Senescal;
que, como viejo le vieron,

para el rosario le dieron
una muerte de cristal.

FERNANDO. Y unos vasallos leales
están resueltos por ella
a librilla y defendella.

TESTUZ. Y yo doy fe en que los tales
están en palacio agora.

FERNANDO. Y el capitán de la guarda
que antes defendió a Lisarda,
sabiendo su intento ahora,
y que esto ha sido traición,
promete leal y amigo
dejar abierto un postigo.

TESTUZ. Pues ¿de qué es tu suspensión?
si eso está ya concertado,
¿qué tienes tú aquí que hacer,
mas que tratar de comer
eso que te dan guisado?

FERNANDO. Más hay; pues aunque yo tengo
entre Bohemia y Hungría
una fortaleza mía,
donde llevarla prevengo,
me ha avisado el Capitán
que desde anoche Lisarda
tanto de vista la guarda,
que cumplirlo no podrán
mientras ella esté presente.

TESTUZ. Pues eso ¿tiene remedio?

FERNANDO. Sí, que yo he pensado un medio
que quite el inconveniente:
ir yo a hablarla, y dar con arte
tiempo a lo que se pretende.

TESTUZ. Buen medio, si ella te prende,
y luego quiere tocarte.

FERNANDO. Prohibióme entrar en palacio,
pero el ir a hablarla no,
si importa; mas no sé yo
en qué hablarla tan de espacio.

TESTUZ. Entra a darle un buen consejo.

FERNANDO. Y ¿en qué me he de dilatar?

TESTUZ. Di que le vas a contar
la vida de san Alejo.

FERNANDO. Calla, loco.

Desvelarme es importante
 esta noche en asistirle
 si no de verla, de oírle
 no he de apartarme un instante.
 Allá voy; pero ¿qué veo?

TESTUZ. *(Ap. a FERNANDO.)*

Que te acomete, Señor.

FERNANDO. Señora, el postrer favor
 viene a lograr mi deseo,
 si de vos licencia adquiere
 para partirse de Hungría.

LISARDA. Ya vuestro error la tenía.

(Hace que se va.)

TESTUZ. *(Aparte a FERNANDO.)*

Vive Dios, que no te quiere.

FERNANDO. Oid, esperad, Señora;
 que, a más de lo que os pido,
 para hablaros he venido.

LISARDA. Pues no os puedo oír ahora.
*(Ap. A buen tiempo hablar desea,
 cuando me está el corazón
 culpando la dilación
 de no asistir a Dantea.)*

FERNANDO. Mucha fuera la ignorancia
 de entrar a hablaros ahora,
 cuando no fuera, Señora,
 cosa de vuestra importancia.

LISARDA. Oíros no puede ser
 de tanta importancia en mí
 como el detenerme aquí.

FERNANDO. Vos no lo podéis saber
 sin oírme, y de esa duda
 saldréis vos, Señora, pues.

LISARDA. ¿Ello es breve?

TESTUZ. *(Ap.)* Breve es,
 pero de letra menuda.

FERNANDO. Tan breve como importante
 a vuestro reino.

TESTUZ. *(Ap.)* Fruncióse.

LISARDA. Pues decid presto.

TESTUZ. *(Ap.)* Clavóse.

FERNANDO. *(Aparte a TESTUZ.)*

Véte, Testuz, al instante.

TESTUZ. Ya voy, Señor; si el sermón
se te olvida que has pensado,
fíngete aquí enamorado,
que eso es entera pasión. (Vase.)

Escena III

LISARDA, FERNANDO.

FERNANDO. De dos intentos, Señora,
en que hablaros deseaba,
uno vuestro y otro mío,
ambos de igual importancia,
no sé cuál tomé primero;
que, aunque uno en otro se enlaza,
es poco atento quien antes
de sus conveniencias trata.
(Ap. Vive Dios, que yo no traigo
ningún intento en que hablarla;
pero mientras se me ofrece,
este episodio me valga.)

LISARDA. Pues si eso sabéis, decid
la que debéis, o si paran
en un fin por ser más breve,
decidlas a un tiempo entrambas.

FERNANDO. Claro está que he de decir
(aunque de igual importancia)
la vuestra antes que la mía;
porque si en mí la más alta
es cumplir mi obligación,
cuando hablara mi ignorancia
primero en mi conveniencia
a mi obligación faltara
y no tuviera ninguna
por el yerro de intentarla.
Pues siendo menor cualquiera,
tratar della no es ventaja,
ni ser conveniencia puede,
cuando la mayor me falta.
(Ap. No es muy corto este camino,
si ella el paso no me ataja.)

LISARDA. Nada de eso es del intento:
decid sin circunstancias
de respetos y atenciones
el caso, o volved mañana;

que agora no puedo oíros.

(Hace que se va.)

FERNANDO. *(Ap. Ella se va a la inmediata.)*

Ya voy al caso, Señora.

LISARDA. Pues mirad que otra palabra,
si no es dél, no os he de oír.

FERNANDO. Pues ¿cómo queréis que haya
menos respeto en mi labio,
cuando sois vos con quien habla,
y en mis atenciones falto?

LISARDA. Detenerme es mayor falta.
Yo os permito esa atención
por ver el fin en qué para.
decidmelo sin respetos;
que para saberlo basta.

FERNANDO. La deuda de la atención,
por hacerme a mí esa gracia,
vos bien podéis permitirla,
más yo no podré olvidarla.
aunque vos me deis licencia,
debo ser cortés; es falta
no serlo, y mayor entonces
por la culpa de acetarla.
Quien hace en la cortesía
que se le da repugnancia,
empeña a quien se la debe
con más cuidado a la paga;
mas quien la aceta severo
con soberbia confianza,
parece que la desprecia,
y hace grosero el que trata.

LISARDA. Pues ¿qué tiene que ver eso
con el caso de importancia?
Fernando, en ser tan atento
con disgresiones tan largas,
la atención estáis errando,
por la que ella me embaraza;
y yo yerro en escucharos.

(Hace que se va.)

FERNANDO. *(Ap. Ya este episodio se acaba.)*

Oíd, Señora, esperad. *(Detiéndela.)*

LISARDA. Para respeto ya basta.

¿Qué es el caso?

que es algo pariente vuestro.
LISARDA. ¿Mi deudo?
TESTUZ. De vuestra casa
tiene tres cuartos mucho há.
LISARDA. ¿Cómo?
TESTUZ. De una carga de agua
que echa en ella cada día.
Esto es en Dios y en mi alma;
y adiós, si lo mandáis más.
LISARDA. No te has de ir tan presto, aguarda.
TESTUZ. *(Aparte.)*
Por Dios, que me da con ella.
LISARDA. Pues ¿de qué a tu amo avisabas
que está en carrera?
TESTUZ. Eso es
que se murió una beata,
y un gran varón religioso
ha estado siete semanas
en oración a saber
dónde fue a parar su alma,
y dice que está en carrera.
LISARDA. Pues ¿le importa?
TESTUZ. ¡Linda gracia!
Si se ha de casar con ella.
LISARDA. ¿Con la muerta?
TESTUZ. Otra, que escapa.
LISARDA. ¿Quién escapa?
TESTUZ. Ésta que traigo
y otra que tengo en el arca.
LISARDA. ¿Estás loco?
TESTUZ. Sí, Señora,
pues tú a preguntas me atas.
LISARDA. Y ¿qué tiene que ver eso
con el intento que entrabas?
TESTUZ. Pesia el alma que me hizo,
no tiene que ver con nada;
que esto es decir que me dejes.
LISARDA. ¿Qué he de dejarte?
TESTUZ. Ir a casa.
LISARDA. Véte, que eres un grosero.
(Dale un mojicón.)
TESTUZ. *(Aparte.)*
Los diablos lleven tu alma. *(Vase.)*

Escena VI

LISARDA; luego, el CONDE.

LISARDA. Que sospechar me ha dejado
el no declararme nada
Fernando, y irse tan presto.
Mas a cuidar de mi hermana;
que esto solo es lo que importa.

(Sale el Conde)

CONDE. Señora, ¿qué es lo que pasa?

LISARDA. No lo sé; pues ¿qué hay de nuevo?

CONDE. Que descompuesta la guarda
en el cuarto de Dantea,
unos suben y otros bajan,
dando voces. ¿Se ha logrado
su muerte ya?

LISARDA. No sé nada.-
¡Ah de mi guarda! ¿Qué es esto?

Escena VII

El CAPITÁN de la guarda. -Dichos.

CAPITÁN. Señora, que vuestra hermana

ha salido de su cuarto,
pues en todo él no se halla.

LISARDA. ¿Adónde puede haber ido?

CAPITÁN. Que no está en todo el alcázar
es sin duda, pues abierto
halló el postigo la guarda,
que sale al parque.

LISARDA. ¡Traidores!
sin duda esto ha sido traza,
y el detenerme Fernando,
dar lugar para librarla.
Conde, a vos esto os importa.
Haced que al instante vayan
siguiéndola a todas partes;
que si ella ahora se escapa
no estoy segura en el reino.

CONDE. Pues a vos, ¿qué os acobarda
el que ella esté presa o libre,
Cuando su reina os aclama
toda Hungría por derecho?

Y cuando alguien lo estorbara,
veinte mil vasallos míos
ya de mis estados marchan
para venir a los vuestros.
Vaya, señora, dejadla;
que eso os estará mejor.

LISARDA. Pues prevénganse mis armas,
y hagan todas mis fronteras
la prevención necesaria.

Vos, Conde, como mi esposo,
pues lo habéis de ser mañana,
haced estas diligencias.

CONDE. A mi cargo está el lograrlas.

Escena VIII

ROBERTO. - *Dichos.*

ROBERTO. Señora, aunque en este aviso
ninguna alegría os traiga,
para prevenir el riesgo
os la da mi vigilancia.
Todo vuestro reino viene
marchando de partes varias
contra vos, apellidando
el nombre de vuestra hermana,
sin saberse qué cabeza
dé a este tumulto la causa.
nadie que os asiste tiene
más prevenido sus armas
ni su ejército que yo,
que le tengo en la campaña.
Si queréis que la defensa
sea castigo, mi espada
desnuda con vuestra mano
para hacer mía la causa.

CONDE. Eso, Príncipe, no os toca
a vos, sino a quien agravia
ya traidor, como a su rey,
siendo esposo de Lisarda.

ROBERTO. ¿Vos su esposo?

LISARDA. Sí, Roberto.

ROBERTO. Pues ¿hará defensa tanta
a Hungría el Palatinado
como puede Transilvania

CONDE. Si puede o no, mis soldados
lo dirán en la campaña.

LISARDA. Y cuando no lo dijieran,
ser mi elección eso basta
para que no se dispute.
Venid, Conde, y vos mis armas
prevenid como caudillo
de quien seréis rey mañana.-
Y vos, por si lo dudáis,
pues armas tenéis, juntadlas
con las del pueblo; que yo
valor tengo para entrambas.

(Vase con el Conde.)

Escena IX

ROBERTO, el CAPITÁN.

ROBERTO. Todo lo perdió mi industria;
mas, vive Dios, que si hallara
medio de hablar a Dantea,
lo que dijo su arrogancia
había de ser su castigo.

CAPITÁN. ¿Qué decís? Pues si eso falta,
como me guardéis secreto,
yo os daré medio de hablarla.

ROBERTO. ¿Será cierto?

CAPITÁN. No hablaré
sin resguardo.

ROBERTO. Mi palabra
¿No es bastante?

CAPITÁN. Sí, Señor;
y porque sepas que basta,
y con qué alegría escucho
que has de ser contra Lisarda,
yo, que engañado pensé
que ella este reino heredaba
por el engaño común,
viendo su traición tirana,
soy quien dió abierto el postigo
por donde pudo librarla
Fernando.

ROBERTO. Luego ¿él la tiene?

CAPITÁN. Él la llevó acompañada
de leales vasallos suyos

que del riesgo la restauran.
 ROBERTO. ¿Dónde está?
 CAPITÁN. Venid conmigo;
 que yo os daré quien os vaya
 guiando donde ellos van.
 ROBERTO. (*Aparte.*)
 Cielos, la industria me valga;
 que yo he de buscar a quien
 es caudillo destas armas;
 y una industria he de lograr
 que tenga apariencia tanta,
 que haga mi amor el más fino.
 No rinda sus esperanzas
 a la fineza la industria,
 que aún le dura la batalla.
 (*Vanse.*)

Campo delante del castillo de Fernando.

Escena X

DANTEA, CELIA; FERNANDO y TESTUZ, *de monte, con escopetas.*

FERNANDO. Aquí ya de la traición,
 Señora, estaréis segura.
 DANTEA. Mi mayor estimación
 será estar de fe tan pura
 seguro mi corazón.
 TESTUZ. Aquí solo hay que temer
 al hambre, que ha de embestir.
 CELIA. Y ¿es poco a tu parecer?
 TESTUZ. Bien poco es para comer,
 pero no para sentir.
 CELIA. ¿No hay caza aquí?
 TESTUZ. En aquel lomo
 del monte cría una quiebra
 culebras.
 CELIA. Yo no las como.
 TESTUZ. Pues si no comes culebras,
 aquí no se da otro como.
 FERNANDO. Aunque en mí es deuda el recato,
 con los criados, que amigos
 vienen con vos, estoy grato;
 porque ellos sean testigos
 del decoro con que os trato.
 TESTUZ. Pues yo, pajas; que un pantano

pasó Celia, y los pies chicos
 se le fueron hacia el llano,
 y la dejé dar de hocicos
 por no tomarla una mano.

CELIA. ¡Dejarme en un cenagal!
 ¿Peor que eso pudo ser?

TESTUZ. Pues yo ¿tocar tu cristal?
 Señor, libranos de mal,
 y no nos dejes caer.

DANTEA. Tal fineza y tal cuidado
 cómo podré agradecella,
 Fernando, habiendo quedado
 sin poder y sin estado
 por voluntad de mi estrella?
 ¿Cuándo vuestro amor decente
 pagar contra mi error vano?
 Que si lo que dignamente
 fuera premio en vuestra frente,
 me lo quitó de la mano.
 Sólo pesares y enojos
 me dejó su descompás;
 mas si todos son despojos,
 cobrad, pues no tengo más,
 lo que podéis de mis ojos.

FERNANDO. ¿Vos lloráis? Vos tierno llanto
 dais por un reino, Señora?
 De vuestro pecho me espanto.
 ¿Valdrá la corona tanto
 como esas perlas que llora?
 Pobre soy, este castillo
 con esa verde alquería
 y un pecho noble y sencillo
 es toda la hacienda mía,
 que a vuestras plantas humillo.
 Tomad aquí posesión
 de un reino mejor que Hungría:
 palacio es mi corazón;
 y si queréis galería,
 tiene mi imaginación
 pinturas de original;
 mis pensamientos os den
 con distinción cada cual,
 fábulas los de mi bien,

y historia los de mi mal.
 para el adorno interior
 colgadura es la esperanza,
 porque definiendo el rigor
 del frío de la tardanza
 en el invierno de amor.
 Damas en las flores bellas
 de ese jardín tendréis, y ellas
 mejor harán su arrebol,
 pues siendo su reina el sol,
 pensarán que son estrellas.
 Las aves con rudo acento
 os cantarán sin cuidado,
 porque es inútil intento
 que sea más concertado
 lo que ha de llevarse el viento.
 Allí tendréis una fuente
 para tocador y espejo,
 cuyo cristal transparente
 dará al rostro juntamente
 la enmienda con el consejo.
 No habrá lisonjas ni engaños
 que os causen melancolías,
 ni otros domésticos daños;
 las horas tendréis por días,
 los días tendréis por años.
 No como allá, donde se halla
 la razón tan pervertida
 por no saber gobernalla,
 que llaman corta la vida,
 y buscan en qué pasalla.
 Guardas serán mis cuidados,
 de mis finezas criados
 haréis, y en sus ejercicios
 tendrán todos los oficios
 los títulos señalados.
 Esta la casa ha de ser
 que aquí os habrá de asistir,
 porque no es más mi poder;
 y mirad que he menester
 iros agora a servir.

DANTEA.

¿Dónde vais?

FERNANDO.

A ver si da

El Rey, mi hermano, licencia
para llevaros allá,
porque estéis con más decencia.

DANTEA. Muy grande alivio será.

TESTUZ. Yo mi arcabuz tirador
tomo, y llenaré diez sacos
hoy de caza.

CELIA. ¿Con qué flor?

TESTUZ. Llevo aquí para hacer tacos.
la receta de un doctor.

FERNANDO. Vamos.

DANTEA. Pues no hagáis el día
largo.

FERNANDO. Si él me da licencia,
mi aliento en sus ansias fía
el hacer que toda Hungría
os venga a dar la obediencia. *(Vase.)*

Escena XI

DANTEA, CELIA, TESTUZ.

CELIA. ¿Y tú, Testuz?

TESTUZ. ¡Prenda amada!

CELIA. ¿Vas a caza?

TESTUZ. De suspiros.

CELIA. Y ¿no has de matarme nada?

TESTUZ. No mato yo con la espada,
y ¿he de matar con los tiros?

CELIA. Oye, si eso va pensando,
no vuelva acá con Fernando,
si mucha caza no tray.

TESTUZ. Pues ¿no tomará cambray?
que caza es hoy contrabando.

CELIA. No tiene sino tratar
de matar mucho.

TESTUZ. Eso trato,
y por poderlo lograr...

CELIA. ¿Qué ha de hacer?

TESTUZ. Irme a espulgar,
que es donde más siempre mato.
(Vase.)

Escena XII

DANTEA, CELIA.

DANTEA. Celia, habiendo conocido
de Fernando la nobleza,
está mi pecho corrido
de no haber agradecido
cuanto pude su fineza.

CELIA. Señora, de la intención
de los hombres no hay refrán,
y más difíciles son
de conocer un galán,
que de acertar un melón.

(Tocan cajas y trompetas.)

DANTEA. Pero ¿qué cajas serán
estas que hemos escuchado?

CELIA. Miedo y asombro me dan.

DANTEA. Mira si hay algún criado
que nos diga dónde van.

Escena XIII

Un CRIADO. - Dichos.

CRIADO. Albricias, gran señora.

DANTEA. Pues ¿qué ha habido?

CRIADO. El Senescal, Señora, que ha venido.

DANTEA. ¿Qué dices? ¿Es verdad o fantasía?

CRIADO. Así lo fuera el restaurar a Hungría.
Todo aquese camino está cubierto
de gente que le sigue, y en concierto
todos vienen marchando.

DANTEA. *(Aparte)*

Alma, sosiega

CRIADO. Mas él será el testigo, pues ya llega

DANTEA. Celia, el gusto, el contento me ha quitado.

CELIA. ¡Vítor! El Senescal resucitado.

Escena XIV

El SENESCAL, ROBERTO, CRIADOS. - Dichos.

SENESCAL. *(Antes de salir.)*

Haced alto, soldados.

DANTEA. Él es, cielos.

ROBERTO. No tengan dilación nuestros desvelos.

SENESCAL. ¿Dónde dices que está?

DANTEA. Aquí está Dantea.

SENESCAL. ¡Oh gran Señora! Enhorabuena os vea.
dadme a besar los pies.

DANTEA.

Y mil abrazos;
que a vuestra vida debo yo los brazos.
¿Qué dicha es ésta, Senescal.

SENESCAL.

Señora,
libróme Dios de la intención traidora
del Palatino, que creyó en el río
sepultado dejar su desvarío.
Mas me arrojé a la orilla la corriente,
donde a una rama me detuve asido,
hasta que de un pastor fui socorrido;
y encubierto llegué hasta mis estados,
donde ya sus intentos publicados,
de todo vuestro reino mis parciales
toman las armas nobles y leales.
Y el número es capaz ya del acierto
con el favor del príncipe Roberto,
a quien solo debéis premio y fineza;
que él solamente quiere a vuestra alteza.
y en la demostración que ha hecho conmigo,
del mucho amor que os tiene soy testigo;
y elegid su persona,
pues a su amor debéis esta corona.

ROBERTO.

Vamos presto, Señora;
que si logra su fe quien os adora,
habéis de quedar luego coronada
o toda Transilvania despoblada.

DANTEA.

(Aparte a CELIA.)

Este sabe que es mía la corona;
que él y el Conde escucharon el secreto
sin duda alguna, y quiere su agudeza
lo que el otro traición, hacer fineza.
Mas esto no es amor de mi persona,
sino pura ambición de la corona,
pues viendo al Senescal restituido,
junta sus armas en mejor partido.

CELIA.

De estudiante es la treta socarrona;
pues hazte tú de grados y corona.

DANTEA.

Senescal, don Fernando me ha librado
de un riesgo de mi muerte declarado,
y yo sin él de aquí no he de volverme.

SENESCAL.

Señora, eso es perderos y perderme,
si dejáis la ocasión; que conjurada
toda la corte está a darnos entrada.

- Y sus armas espera el Palatino,
que pueden atajarnos el camino.
- ROBERTO. Y advertid que podrán las dilaciones
dar lugar a cautelas y traiciones,
pues si del Palatino entra la gente,
quedará en duda lo que está evidente.
- DANTEA. (*Ap.* La ambición deste castigar espero
y de sus armas hoy valerme quiero,
porque tenga el castigo merecido
de despreciarle habiéndome servido;
y con una cautela que he pensado
he de dejar su engaño averiguado,
y con él le he de dar luego en los ojos
porque ni aún queja tengan sus enojos.)
Pues, Senescal, si la ocasión se pierde,
vamos al punto.
- SENESCAL. Vuestro amor se acuerde
del Príncipe.
- DANTEA. De mí será escogido
quien más me quiere y más agradecido.
- SENESCAL. Pues siendo así, ya es cierto
que será rey el príncipe Roberto.
- ROBERTO. (*Aparte.*)
Cielos, venció la industria a la fineza.
- DANTEA. (*Aparte.*)
Tú lo sabrás en viendo mi agudeza.
- SENESCAL. Príncipe, a vuestra dicha caminemos.
- ROBERTO. Pues a marchar, soldados; que perdemos
tiempo que importa mucho.
- DANTEA. Vamos luego.
(*Ap.* Fernando, el no esperarte me perdona;
que me voy por ganarte la corona.)
- ROBERTO. ¡Viva Dantea!
- TODOS. ¡Viva la Princesa!
- ROBERTO. Y Roberto también, que os da la empresa.
(*Vanse DANTEA, CELIA, el SENESCAL, ROBERTO y sus criados.*)

Escena XV

El CRIADO de FERNANDO.

Ya en un cándido cisne, hijo del viento,
sube Dantea, y cajas y clarines,
resonando por todos los confines,
señalan el compás y el movimiento

del ejército hermoso, que marchando,
al viento van las plumas tremolando.
ya de aqueste horizonte
les va encubriendo el ceño de aquel monte.
A avisar a Fernando salir quiero
mas él sin duda volverá primero.

Escena XVI

FERNANDO, TESTUZ. -El CRIADO.

FERNANDO.

(Dentro.)

Deja, Testuz, la caza.

TESTUZ.

En nada acierto;

que aunque no me han cazado, vengo muerto.

CRIADO.

Este es Fernando, al paso me ha salido.

A ¡qué buen tiempo, cielos, ha venido!

(Salen FERNANDO y TESTUZ.)

FERNANDO.

¿Adónde está Dantea?

TESTUZ.

¿Adónde Celia?

que la traigo una ganga que he cazado.

CRIADO.

Dame albricias, Señor.

FERNANDO.

Pues ¿de qué han sido?

CRIADO.

De que es reina Dantea.

FERNANDO.

Pues ¿qué ha habido?

CRIADO.

Que el Senescal y el príncipe Roberto

(que el morir en el río no fue cierto)

aquí con un ejército ha venido;

y en su nombre, de todos aplaudido,

a tomar posesión de sus estados

va, llevando delante los soldados

del Príncipe, a quien ella agradecida,

prometió pagar deuda tan debida.

FERNANDO.

Luego ¿con ellos va?

CRIADO.

Por ese monte,

Que aún no se encubrirán deste horizonte.

FERNANDO.

Calla, hombre; que me has muerto.

TESTUZ.

Hombre del diablo,

¿Deso pides albricias? A puñadas;

que estoy por arrancarte las quijadas.

CRIADO.

Señor...

FERNANDO.

Vete de aquí.

TESTUZ.

¿Que aún no te has ido?

CRIADO.

No te pensé ofender; perdón te pido. *(Vase)*

Escena XVII

FERNANDO, TESTUZ.

FERNANDO. ¿Qué es esto que escuché? (¡ay triste!)

TESTUZ. ¿Qué has de escuchar? Vive Dios,
que estoy brotando tudescos
en día de procesión.FERNANDO. ¡Qué esto cupiese en Dantea!
¡Que haya pagado mi amor
con tan grande ingratitud!
¡Que se fue! ¡Que me dejó!
¡Que la llevó mi enemigo!
¡Que no quede a mi dolor
resquicio para la vida!
Que estos ya celos no son,
sino agravios y desprecios.
¿Que, en fin, se fue?

TESTUZ. Sí, Señor.

FERNANDO. ¿Qué? No es cierto, no es posible.
Míralo, Testuz.TESTUZ. ¿Qué es no?
Digo que se fue.

FERNANDO. ¿Qué dices?

TESTUZ. Doy fe con renunciación
por no parecer presente.FERNANDO. ¡Ay ingrata! Plegue a Dios
que el caballo que te lleva
despeñe el curso veloz,
y entre las peñas del monte
sembrando su indignación
piezas del freno entre espumas,
con lástima y con dolor
de los que te ven, imites
al soberbio hijo del sol.TESTUZ. Y si ella acaso va en carro,
¿qué harás de la maldición?

FERNANDO. ¡Ay de mí, que estoy sin juicio!

TESTUZ. ¡Ay de mí, que loco estoy!

FERNANDO. Cielo puro...

TESTUZ. Cielo aguado...

FERNANDO. ¿Cómo sufrís tal traición?

TESTUZ. ¿Cómo sufrís que seamos
tales jumentos los dos?

FERNANDO. Yo, que defendí a Dantea

- de un pueblo contra la voz.
- TESTUZ. Yo, que me puse a tu lado
con muchísimo temor.
- FERNANDO. Yo, que por librar su vida
la saqué de la prisión.
- TESTUZ. Y yo, que en el parque fui
conejo hasta que salió.
- FERNANDO. Y ¡hallo este pago en Dantea,
pues por otro me dejó!
- TESTUZ. Y ¡hallo este en Celia, que acaso
se va con no borgoñón!
- FERNANDO. Viven los cielos divinos,
que aquí por matarme estoy.
- TESTUZ. Y yo también, si, por vida
del Preste Juan, mi señor.
- FERNANDO. ¿Qué haré, cielos?
- TESTUZ. ¿Eso dudas?
- FERNANDO. Pues ¿qué hemos de hacer los dos?
- TESTUZ. ¿Qué? Para ahorcarnos tenemos
bastantísima razón.
- FERNANDO. Vámonos huyendo.
- TESTUZ. ¿Dónde?
- FERNANDO. Donde nos lleve el dolor.
- TESTUZ. Volvamos al caso pues.
¿No pudo ser, siendo dos,
irse con el Senescal,
y no con Roberto?
- FERNANDO. No.
- TESTUZ. Pues ¿no iremos a saberlo?
- FERNANDO. Bien dices; que al ver su error,
Será la mayor afrenta.
Vamos pues, y plegue a Dios
que antes que yo a verlo llegue
se me arranque el corazón. *(Vase.)*
- TESTUZ. Y que a Celia se le arranque
de la tripas, plegue a Dios. *(Vase.)*

Salón del palacio.

Escena XVIII

LISARDA, el CONDE, DAMAS, el CAPITÁN, músicos.

- MÚSICA. *En sus apacibles nudos
enlace amor esta vez
de Lisarda y de su dueño*

- la azucena y el clavel.*
- LISARDA. Ya, Conde, que mi palabra
a su cumplimiento llega,
bien veis las obligaciones
en que os pone mi fineza.
El Senescal está vivo,
el ejército a las puertas;
y aunque el entrar en Hungría,
dándome a mí la obediencia,
no es fácil, solo fiada
estoy en vuestra defensa.
- CONDE. Cuando mi gente, Señora,
ya marchando no viniera,
toda la corte está en arma;
y no es tan fácil empresa
el poder entrar sus muros,
ni ellos presumirlo puedan,
gobernando yo las armas.
- CAPITÁN. *(Aparte.)*
Todo eso posible fuera,
a no estar toda la corte
resuelta ya a abrir las puertas
en viendo que a la muralla
llega a dar vista Dantea.
- LISARDA. Pues sentaos. -Y repetid
la música mientras llegan
todos a besar la mano
y dar al Rey la obediencia.-
Avisad al reino vos.
- CAPITÁN. Obedezco a vuestra alteza. *(Vase.)*

Escena XIX

LISARDA, el CONDE, damas, músicos; luego, el CAPITÁN.

- MÚSICOS. *En sus apacibles nudos
enlace amor esta vez
de Lisarda y de su dueño
la azucena y el clavel.*
- (Siéntanse)*
- SENESCAL. *(Dentro.)*
Viva Dantea, soldados.
- VOCES. *(Dentro.)*
¡Viva quien es nuestra reina!
¡Viva Dantea!

como sabéis, que lo era
Lisarda, fue con motivo
de daros rey que merezca
por amor y discreción,
de tal lealtad la obediencia;
y habiendo visto en Roberto
de un firme amor tantos señas...

FERNANDO. Si esto oímos, ¿qué esperamos?
TESTUZ. A que se case con ella.
DANTEA. Para elegiros buen dueño
a su amor estuve atenta.

ROBERTO. Bien sabéis vos, gran señora,
cuál fue siempre mi fineza.

DANTEA. Sí sé; y más la conocí
cuando yo os vi en una puerta,
que diciendo al Senescal
cómo yo era la princesa,
cosa que ignorabais vos,
en vuestra alegría mesma
conocí de vuestro pecho
la hidalguía y la fineza.

ROBERTO. Es sin duda, gran señora,
y yo callé con cautela
por saber lo que importaba.

DANTEA. Luego ¿de eso se os acuerda?
ROBERTO. Pues ¿puedo olvidarlo yo,
si estaba oyendo a la puerta?

DANTEA. Pues, ambicioso. ¿por qué,
me vendías por fineza
ofrecerme tus estados,
lastimado en mi pobreza,
si tus engaños sabían
que yo era la princesa?
Luego aquello fue querer
engañarme tu cautela.
Pues para que se conozca
que *industrias contra finezas*
no pueden valer, vasallos.
Vuestro rey es este. -Llega,
Fernando, a los brazos míos.

FERNANDO. Cielos, ¿qué ventura es esta?
ROBERTO. (*Aparte.*)
Corrido estoy, vive Dios;

y no puedo, de vergüenza,
replicar a la verdad.

TESTUZ. Llégate a mis brazos, Celia
para que hagas con Testuz
ollas de Carnestolendas.

CELIA. No, sino huevos.

TESTUZ. Con esto,
y un vítor para el poeta,
tendrán aquí fin dichoso
Industrias contra finezas.

La confusión de un jardín
Agustín Moreto

La confusión de un jardín

Agustín Moreto



La confusión de un jardín

Agustín Moreto

Personas.

DON LUIS.

VICENTE, *criado*.

DON JERÓNIMO, viejo.

DOÑA LEONOR, una hija.

DOÑA BEATRIZ, una hija.

JUSEPA, *criada*.

DON DIEGO.

UN TENIENTE.

UN ESCRIBANO.

DOS ALGUACILES.

La escena es en Madrid.

Jornada primera.

Sala en casa de don Luis.

Escena I.

JUSEPA, *con manto*; VICENTE, *en cuerpo*.

VICENTE.

(Santiguándose.)

¡Jusepa! Gran novedad.
Y tan de noche! Mayor.
Muchos siglos de favor
en pocos años de edad.
Jamás has venido aquí;
¿Qué cosa? Misterio tienes,
a grandes hazañas vienes.

JUSEPA.

No vengo a buscarte a ti,
porque no eres grande hazaña,
busco a don Luis.

VICENTE.

Haces bien;
que es pez apacible, en quien
se logra mejor tu caña.

JUSEPA.

¿Qué caña, di, bachiller?

VICENTE.

Dotora en esta opinión
te pone tu profesión.

JUSEPA.

¿Qué profesión?

VICENTE.

Ser mujer.
¿Hay de vosotras alguna
que no se incline a pescar,
al príncipe como en mar,
al pobre como en laguna?
Todas nacisteis con manos
acomodadas al uso,
que tienen anzuelo infuso
contra los peces humanos.
Harto ha de ser en verdad
si en ti la caña desdice:
pescar sabrás; que lo dice,
Jusepa, tu habilidad.

JUSEPA.

No he de poder responderte,
que salgo depriesa ahora.

VICENTE.

¿Salir de casa a tal hora?
Vuelvo a mis cruces de verte.
Curioso, Jusepa, estoy;
¿No me dirás cómo ha sido

te traigo...

DON LUIS. No digas más;
toma primero un abrazo
y esta cadena.

VICENTE. *(Ap.)*
Eso sí;
que es la mitad para mí.

JUSEPA. Guárdete Dios; que es un lazo
de nuevas obligaciones
este favor que recibo.

VICENTE. *(Ap.)*
Cadena, a ser tu cautivo
me lleven las particiones.
(Hablan aparte Jusepa y don Luis.)

JUSEPA. Beatriz, en fin, determina,
don Luis, esta noche hablarte.

DON LUIS. Deja que vuelva a abrazarte;
que es nueva tan peregrina
para un amor desdichado,
que aún lo que dices no creo.
¡Que fue capaz el deseo
de antojo tan bien logrado!
No han merecido tal bien
dos años de adoración.

JUSEPA. Los buenos terceros son
remedio contra el desden
y no te ha faltado a ti
quien enterezas deshaga.

DON LUIS. Bien lo conozco, y no hay paga
sino es entregarme a mí.

JUSEPA. Por el jardín has de entrar;
pienso que sabes la puerta.

DON LUIS. Ya la sé; ¿tendrásla abierta?

JUSEPA. No, que era mucho fiar.
(Dale una llave sin que lo vea Vicente.)
Lleva esta llave contigo,
para que en viendo sin gente
la calle, seguramente
puedas abrir sin testigo.
Claro está que cerrarás
luego que entres, y en cerrando,
ve unos árboles buscando

que a mano izquierda hallarás
junto a una fuente tan bella,
que apruebes el encubrilla
los árboles de su orilla,
si lo hacen por celos della.
Quédate allí que yo iré
después a avisar, si es hora
de que hables a mi señora;
y adiós, que es tarde.

DON LUIS. No sé,

ni quiero saber decirte
la estimación que verás;
mas no he de decirte más.

JUSEPA. Ni yo el secreto advertirte,
pues sabes la obligación,
y ves que a llamarte vengo
de noche.

DON LUIS. Presente tengo,
Jusepa, lo que es razón;
no lo erraré.-Tú, Vicente,
lleva a Jusepa a su casa,
que por la gente que pasa,
y aun cuando no pase gente,
no es bien ni he de permitir
que se vuelva sola. -Adiós. (*Vase.*)

Escena III.

VICENTE, JUSEPA.

VICENTE. Solos estamos los dos;
alto, Jusepa, a partir.

JUSEPA. Ya parto. (*Hace que se va.*)

VICENTE. No de carrera.

JUSEPA. Pues ¿qué?

VICENTE. De cadena.

JUSEPA. Es cosa
de partir dificultosa,
y estoy muy de prisa.

VICENTE. Espera,
Jusepa, que no es justicia;
¿No prometiste?...

JUSEPA. Es verdad;
mas era menor de edad.

VICENTE. La edad suple la malicia.
 JUSEPA. Ahora bien, si ello ha de ser,
 partirlo luego es mejor.
 VICENTE. Es cristiandad y es amor.
 JUSEPA. Tu mitad no has de perder.
 ¿Viste que don Luis me dio
 cadena y abrazo?
 VICENTE. Sí.
 JUSEPA. (*Abrazándole.*)
 Pues doyte el abrazo a ti,
 y tomo lo demás yo.
 VICENTE. Partiste como hacen otras.
 JUSEPA. ¿No quedas favorecido?
 VICENTE. Mal haya quien no ha sabido
 partir así con vosotras.
 JUSEPA. La partición está buena,
 no hay qué decir; vén tras mí. (*Vase.*)
 VICENTE. Detente. -¡No hubiera aquí
 un portero de cadena! (*Vase.*)
Sala en casa de don Jerónimo.

Escena IV.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR. Notable resolución,
 hermana.

DOÑA BEATRIZ. ¿Por qué es notable?

DOÑA LEONOR. Permitir que un caballero
 que se confiesa tu amante,
 con muchas ansias de verte,
 con no menores de hablarte,
 toda la vista deseos
 y toda el alma volcanes;
 después de largas finezas,
 después de desvelos grandes,-
 por el jardín a deshora,
 Beatriz, esta noche te hable;
 jardín y noche, que alientan
 el ánimo mas cobarde,
 y en la mayor cortesía
 despiertan las libertades,
 ¿No es ocasión de decirte,
 por más que tú lo disfraces,

que ha sido resolución,
Beatriz, que puede notarse?
Perdóname, que se ofenden
en ocasión semejante
la fama de tus virtudes,
la obligación de tu sangre,
lo que se debe al decoro
de la casa de tu padre;
que es el sagrado en que tiene
cualquier pensamiento cárcel.
Parece que se te olvida
la nota que es fuerza darse,
cuando un vecino curioso
registre, sin importarle,
que un embozado pasea
con mucha quietud tu calle,
que ya se pasa a la esquina,
que ya se esconde del aire,
que hacen la seña que espera,
que acecha a la puerta que abren;
que a una ventana de enfrente
no hay hurto que se le escape.
Posible, Beatriz, es esto;
también puede ser que falte;
mas en sintiendo posibles,
teme el recato verdades.
Y ¿qué ha de pensar el mismo
don Luis de ver que le llames,
aunque el exceso que intentas
le venga a ser favorable?
Que es ordinario en quien mira
favores tan desiguales,
que la razón los condene,
cuando el antojo los ame.
Beatriz, así lo discurro,
yo me holgaré de engañarme;
pero decirte mi voto
fue deuda aunque llega tarde.
Voto será, porque viene
de hermana menor, culpable;
mas el amor te lo ha dicho,
que es el que forma igualdades.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana, tus advertencias
estimo sin que me agravien;
que los consejos más libres
no ofenden, si de amor nacen.
Aunque menor, es posible
que aciertes, y puedo errarme;
que los aciertos no corren
al paso de las edades.
Más ¡ay! que con argumentos
(espero que no eficaces)
me acusas de poco atenta,
y aun das a entender de fácil.
Quiero también que concurran
mis argumentos a examen,
aunque venzan las razones,
y no las autoridades.
Llamar a don Luis confieso
que fuera delito, y grave,
si para hacerle favores
hubiera sido el llamarle.
Conozco que fuera olvido
de la opinión, del linaje,
de lo demás que ponderas
y es digno de ponderarse.
Mas si le llamo, Leonor
para decirle que basten
dos años de galanteo,
que ya comienza a notarme
(porque el amor, que en él supo
recién nacido callarse,
ya, como tanto ha crecido,
mas en silencio no cabe);
que si tenemos conformes
haciendas y voluntades,
que al título de mi esposo
permitan habilitarle,
sepa mi padre su intento;
que luego con él se trate,
o ya para concluirse
o ya para desviarse
(con que verán los curiosos,
pendientes de otras señales,

que se casó con Beatriz
o que pretendió casarse);
¿Será culpa, será exceso
que deba tener fiscales,
o cuerda elección que aprueben,
los que mejor lo pensaren?
Esto a don Luis referido
con entereza no afable
(que nunca de la entereza
salió apacible el lenguaje);
¿Podrá para con él mismo,
Leonor, desacreditarme,
viendo que todo es desdenes
o prisas de que se case?
Que venga don Luis de noche,
Leonor, no puede excusarse,
pues no hay ocasión de día;
ni cuando se concertase
la ocasión, fuera seguro
poner a don Luis en parte
donde pudiesen las luces
hacer descubierto el lance.
Si es buena la acción, no importa,
Leonor, que de noche pase;
que no dependen de tiempos
los fondos ni los quilates.
Pues el temer que le acechen
vecinas curiosidades,
y que han de ser su registro,
por mucho que él se recate,
gana de temer parece,
sabiendo que ha de tardarse
para venir a las horas
que cuentan las soledades.
Por excusar este riesgo,
la llave, Leonor, que sabes
que me entregó, despedida,
la jardinera esta tarde,
llevó Jusepa a don Luis,
para que en viendo que sale
la suerte de hallarse solo,
pueda jugarla y entrarse.

Con esto aun cuando le miren
abrir los que quieres que anden
por las ventanas despiertos,
aunque ello no importe a nadie,
no juzgarán que es de fuera
quien entra abriendo, pues hace
lo que mi padre hacer puede,
que tiene la misma llave.
Pienso que te he respondido.

DOÑA LEONOR.

Sí; pero ¿puedes negarme,
Beatriz, que lo mismo harías
con un papel que enviases
a don Luis, y que un papel
excusa dificultades,
que cuestan tanto discurso
para poder concertarse?

DOÑA BEATRIZ.

Leonor, no me digas eso;
mujeres tan principales
jamás escriben papeles,
aun para que desengañen,
que en el papel más furioso
ya prenda, en fin, que se guarde,
letra que siempre se estime,
desprecio que siempre agrade.
Ni es este sólo el peligro:
pon que Jusepa o un paje
de don Luis el papel lleve;
como ellos van ignorantes
de lo que dentro va escrito,
siempre lo juzgan suave,
y nunca les llega el día,
Leonor, de desengañarse.
Perdida la fama queda
con estos, y que se estrague
con todos es tan posible
como que aquellos lo parlen.
Demás de que en los papeles,
aunque el desden amenace
con mil severas razones,
con mil ardientes pesares,
como la pluma los dice
sin que la voz los agravie,

no aciertan a ser severas
ni ardientes las sequeidades;
antes se quedan en duda
de si es verdad o si es arte,
que suele por el desprecio
tal vez al favor guiarse.
Mas cuando la voz se escucha,
cuando se mira el semblante,
palabras allí que truenen,
y rayos aquí que abrasen,
a furia tan descubierta
¿quién ha de haber que no pare
la pretensión de un deseo,
que sólo es para desaire?
Y si eres, Leonor, testigo
de las diligencias que antes
se han hecho para que deje
don Luis de manifestarse
con público galanteo,
¿cómo podrán retirarle
de un mudo papel las letras
que aún puede ser que le halaguen?
De suerte que o sus intentos
habrán de disimularse,
o sólo el medio que elijo
ser medio de que se atajen.
¿He satisfecho a tus dudas?
Bien tengo que replicarte;
mas hállote ya resuelta,
y es de temer que te canses.
(*Ap.* Mal lo ha pensado Beatriz;
por fuerza ha de condenarse
la acción, que aún mayor aprieto
no salva necesidades.)
Jusepa habrá ya venido;
vamos allá.
De ayudarte
cuidaré.
Guárdete el cielo.
(*Ap.*)
Más cerca de disculparse
se viera el error conmigo

DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.

DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.

DOÑA LEONOR.

(bien que el error es muy grande),
si a mí no me pareciera
don Luis de tan buenas partes.

(*Vanse.*)

Calle. - Noche.

Escena V.

DON JERÓNIMO.

DON JERÓNIMO.

¡Qué obscura noche! Los bultos
es harto que ver se dejen;
los amantes no se quejen,
que a fe que andarán ocultos.
Parece que las estrellas
todas el cielo han dejado,
o el sol se las ha llevado
para lucirse con ellas.
El aire, con más horrores
de los que suele tener,
apuesta al olvido a ser
sepulcro de resplandores.
Al sol le quiere decir
la sombra con presunción,
que está con resolución
de no dejarle salir.
¡Y que esta noche haya sido
también el faltarme Hernando,
para venirme alumbrando!
Mas ¿qué te habrá sucedido?
sino es que mis hijas le han
ocupado... Será así.

Escena VI.

DON DIEGO, *en traje de camino, con la espada desnuda* -DON JERÓNIMO.

DON DIEGO.

Si no le maté, le herí,
y algunos huyendo van.
A todos mal nos salió.
¡Qué errados hombres vinieron!
Por otro me acometieron;
la noche les engañó.
¡Que siempre Madrid me tenga
guardadas estas fortunas,
y aún no redimido de unas,

y en mi casa hará nota
novedad de mi estilo tan remota.
Fuera de que el secreto
puede ser que os importe; y más sujeto
quedaréis a un curioso
si me entro por aquí, pues es forzoso,
si lo advierte un criado,
que intente averiguar por qué he mudado
la entrada que solía:
curioso es noviciado para espía.
Recogida mi gente,
saldré a veros. Adiós.

DON DIEGO.

(Ap.)

Mas ¡qué prudente!

(Éntrese por la puerta del jardín, y la cierra don Jerónimo.)

Escena IX.

DON JERÓNIMO.

DON JERÓNIMO.

Voy a que me dé entrada
la puerta principal, que es puerta usada,
y así no sospechosa.
¿Qué mas quisiera la atención curiosa
de Jusepa y Hernando,
que verme entrar por el jardín llamando
á la puerta de enmedio?
Justamente lo excuso,
bien que ande conmigo, aunque sin uso,
la llave desta puerta;
que en fin alguna vez, como hoy, acierta
á librar de un disgusto.
Cierto que voy a descansar con gusto;
que es agradable oficio
lograr una ocasión de beneficio.
Yo no conozco este hombre,
ni sé su calidad ni sé su nombre;
dice que es caballero.
No le pude ayudar con el acero;
mas de algo le he servido:
quien no hace bien no diga que ha nacido. *(Vase.)*

Otra calle.

Escena X.

DON LUIS Y VICENTE, *en traje de noche.*

DON LUIS.

¿Quedó Jusepa en su casa,
Vicente?

VICENTE.

En su casa entró,
no sé si en ella quedó.

DON LUIS.

¿Qué hora será?

VICENTE.

La que pasa
de las once.

DON LUIS.

Eso es decir
que son las doce.

VICENTE.

Es verdad;
mas siempre la novedad
es lo que se ha de elegir.

DON LUIS.

En general es error;
no siempre están de concierto
la novedad y el acierto.

VICENTE.

Lo que digo es por mayor.
Quiérote dar un vejámen,
que aun eso tú no me dieras.
Mas, porque hablemos de veras
(así las mujeres te amen
de balde...)

DON LUIS.

Gran bendición.

VICENTE.

Y para tí ¡qué apacible!),
que ya que tan invencible
se mira tu donación,
y no te pienso pedir
cosa que cueste dinero,-
me digas (como lo espero,
pues no es gastar el decir)
¿por qué mi lealtad ofendes,
cuando de mí te recatas,
todas las veces que tratas
de esa deidad que pretendes?
¿Tan poco te satisfago,
que dello no me das cuenta?
¿Qué temes? ¿Qué te amedrenta,
no siendo cuenta con pago?
¿No se me puede fiar
que guarde un secreto a mí?
¿Piensas que sólo hay en tí,
señor, quien sepa guardar?

DON LUIS. (Ap.)
De gusto está el Vicentillo;
siempre le dura el humor.

VICENTE. ¿No me respondes, Señor?
¿Tanto te cuesta el decillo?

DON LUIS. ¿Qué hay que decir? Si descubres
mis faltas así, ¿no errara
si en mis secretos te hablara?

VICENTE. ¿Por eso sólo lo encubres?
tus gracias digo, es verdad;
mas es una noche oscura,
que cuanto aquí se murmura
se viste de oscuridad.
Haz cuenta que faltas son
que no se han visto ni hablado.

DON LUIS. Pues tenme por excusado
por esa misma razón;
que si el secreto te digo,
y ha de ser como no hablalle,
para que quede en la calle,
más vale estarse conmigo.
Y hablemos en otra cosa:
conmigo no has de venir.

VICENTE. ¿Sobre callar despedir?
La enmienda ha sido graciosa.
Bien mi pesar se remedia,
poco obligarte he sabido;
á fe que si hubiera sido
lacayo de una comedia,
con otro amor me trataras,
y a cuanta conquista fueras,
aun antes que la emprendieras,
conmigo la consultaras;
¿qué es consultar? Poca es esa
fineza; que tu privado
merece ver a tu lado
la cuadra de una princesa.
¡Bien haya quien inventó
lacayos tan compañeros,
que aún suelen ser consejeros
del mismo rey que rabió.

DON LUIS. ¿De consejero se viene?

Mas esto no quiere voces.
(Ap. Ya es hora de ir al jardín.)
Quédate tú. (Vase.)

Escena XI.

VICENTE.

VICENTE.

¿Vaste, en fin?

Con tu soledad te goces.-
Voyme; que en vano conquisto.
¡Qué noche para ensartar
aljófares! No hay pensar
que tan cerrada se ha visto.
Toda de sombra es un lago,
no hay luna ni anda su coche:
parece España la noche,
y que la cierra Santiago. (Vase.)

Jardín. -A un lado tapia con puerta y árboles a su izquierda, en el otro la fachada interior de la casa de don Jerónimo.

Escena XII.

DON DIEGO.

DON DIEGO.

Reconocido estoy al caballero
que aquí me trajo; desearé la vida
por mostrarme su amigo verdadero.
¡Qué hidalga condición! ¡Qué socorrida
debe de ser de sangre generosa;
que la virtud es más, si es bien nacida!
Acción, sin conocerme, tan gloriosa,
¿qué se puede llamar sino nobleza,
que en límites humanos no reposa?
Bellísimo jardín, y con grandeza:
bien que la noche esconde su hermosura;
mas no basta a esconder tanta belleza.
Gran arboleda allí se me figura,
si no es que allí las nubes se han bajado;
todo lo da a pensar la noche oscura.
Seno parece que es acomodado
para ocultar en él un delincuente:
no hay cosa que no aplique a mi cuidado.
(Óyese ruido en la puerta, como de llave que abre.)
Mas ¿qué ruido es aquel que allí se siente?
La puerta misma que me dió la entrada

se vuelve a abrir, ó la atención me miente.
¿Si es quien me puso aquí? Duda excusada;
que no puede ser él, porque me dijo
que se iba a entrar por puerta acostumbrada.

(Vase retirando hacia los árboles.)

Retirarme a los árboles elijo.
¿Si es otro que con llave venir puede:
su jardinero?... En confusión me rijo.
Pero ¿cuándo de noche no sucede?
Siempre recato aproveché en la duda,
y nunca daña, aunque sin uso quede.
Sobre mi prevención; y pues me ayuda
la oscuridad, encierre la arboleda
mis pasos y mi voz en sombra muda.
Ya me recibe donde atento pueda
ver lo que pasa y registrar seguro;
mas falta que la noche lo conceda.

(Escóndense entre los árboles, y entra don Luis por la puerta del jardín.)

Escena XIII.

DON LUIS. DON DIEGO.

DON LUIS.

Lo primero es cerrar. El aire oscuro
no deja distinguir; mas al fin veo
los árboles ó el norte que procuro.
¡Qué largas son las horas del deseo!
Parece que de plomo van calzadas
y que cuanto caminan es rodeo;
no así las del placer, que arrebatadas
en plumas de momentos presurosas,
á un tiempo son presentes y pasadas.
¡Que he de ver a Beatriz! ¡Que tan dichosas
han de ser esperanzas que vivían
en cárceles del miedo tenebrosas!
Bien haya la constancia con que ardían
y arden víctima hoy mis pensamientos;
que al fin pueden vencer los que porfían.
No es esto, no, pensar que mis intentos
han de lograrse; que Beatriz admite
solo veneración, no atrevimientos.
Mas ¿no es harto lograr, si me permite,
como la bella luz, la voz suave;
bien que ó sirena ó sol el vivir quite?

Tárdense pues con movimiento grave
perezosas las horas al deseo;
que tanto bien en siglos aún no cabe.
Los árboles, en fin, son los que veo;
conforma, amor (si te obligue), los fines
á los principios que gloriosos veo.

(Dirígese a los árboles, y sale Jusepa como que viene de la casa, caminando también hacia ellos.)

Escena XIV.

JUSEPA. - Dichos.

JUSEPA. Nunca faltan azares en jardines,
y más en un jardín como lo es este,
donde sobran hileras de jazmines.
¡Que concertar un hurto tanto cueste,
y que ahora mi señor me haya pedido
la llave desta puerta y no se acueste!
¿La llave desta puerta? Gana ha sido
de salir al jardín, y si se espera
don Luis en él, es riesgo conocido.
Quiero llevarlo (y que Beatriz lo quiera
me prometo) a aquel cuarto retirado
que libre nos dejó la jardinera;
bien estará don Luis allí encerrado
mientras a visitarle Beatriz viene
en sintiéndose el viejo sosegado.
Puerta también a aqueste jardín tiene
el cuarto de mis amas, que es ventura,
por si hay quien la de enmedio nos condene.
La dilación agora no es segura;
prisa y silencio importa.

DON LUIS. Si no ha sido
antojo que a las dichas se apresura,
pasos allí parece que he sentido,
y aun bulto de mujer. Mas ¿si es Jusepa?
Llegar en duda no será advertido;
recatarme es mejor.

(Ocúltase detrás de algún objeto.)

JUSEPA. Sin que lo sepa
juraré que don Luis al puesto aguarda;
que no hay descuido que en amante quepa.
Quien viene a la ocasion nunca se tarda.

Mucho habrá que don Luis vino al concierto;
líbrele amor del Argos que nos guarda.

(Topa con don Diego debajo de los árboles, y él se emboza.)

Ya estaba acá. -¿Sois vos el encubierto?

DON DIEGO.

Yo soy. *(Ap. El caballero ya me avisa.)*

JUSEPA.

Seguidme sin hablar.

DON LUIS.

(Ap.)

¿Estoy despierto?

¿No es la mujer y un hombre que a gran prisa
salen de allí? ¿Qué miro, cielo santo?

DON DIEGO.

(Ap.)

No ha tardado en llamarme; más precisa
mi deuda es siempre. Pero aquí me espanto
de que él se quede y a buscarme envíe,
y con mujer, cuando el secreto es tanto;
mas él sabrá si es bien que se le fíe.

(Vase con Jusepa.)

Escena XV.

DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué es esto, imaginación?

Ojos, ¿qué es esto que veo?

Lo que imagino no creo,
lo que miro es confusión.

Pensar que cuidados son
de Beatriz, es ofendella.

¡Mujer, y un hombre tras ella!

Si es galan de su criada,
parece queja infundada
del amor esta querella.

¿No puede ser que Leonor
tenga un galan que aquí venga?

Mas cuando Leonor le tenga,
sin oponerse a su honor,

¿he de juzgar que su amor,
honesto, advertido y fiel,
trujo el galan (si es aquel),
para que hallándome aquí,
pudiese pensar de mí

lo mismo que pienso dél?

Si no es que Leonor ignora
que me haya Beatriz llamado;

mas ¿era para ignorado
lance de verme a tal hora?
Son muy hermanas, y adora
Leonor a Beatriz, ¿quién duda
que en esta ocasión la ayuda?
Celos, hasta aquí bien va;
que vuestra opinión está
cobrando fuerza en mi duda,
dejemos el discurrir
dudas o celos, o todo;
que para acabarme, el modo
más fácil es proseguir.
Quiero a los árboles ir,
aunque de miedo cercado,
no se si desesperado,
por ver al hombre que vi:
quizá me ha dejado allí
la dicha de ser buscado.

(Se dirige a los árboles.)

Escena XVI.

DON JERÓNIMO. -DON LUIS.

DON JERÓNIMO.

Todos están recogidos,
quiero a mi huésped buscar;
que ya le podré llevar
sin miedo de ser sentidos.
Esta ocasión aguardé;
que no ha de decir que trato
negocio tal sin recato.
Mi cuarto le dejaré;
que es caballero, y es justo
que los cumplimientos se hagan
de modo que satisfagan
a lo decente y al gusto.
Yo en ese cuarto, que está
debajo del que hoy es mío,
me quedaré, pues vacío
se ve de huéspedes ya.
La noche me le retira,
y aún él se habrá retirado,
porque estará con cuidado
de si aún la sombra le mira.

(Llega a los árboles.)

Yo apostaré que eligió
los árboles desta fuente,
que es lo que ven más patente
los que entran. Bien dije yo;
que un hombre desde aquí miro.
¿Qué es esto que estoy mirando?
¿No es hombre el que va llegando?
¿Con qué turbación le admiro!
No he de poder ocultarme,
que ya me ha visto. ¿Qué haré?
Ni sé qué hacerme, ni sé
mas que ignorar Y quedarme.

DON LUIS.

DON JERÓNIMO.

DON LUIS.

DON JERÓNIMO.

DON LUIS.

DON JERÓNIMO.

DON LUIS.

DON JERÓNIMO.

DON LUIS.

DON JERÓNIMO.

¿Qué recatado que está!

¿De quién os guardais así?

¿Quién es?

El que os puso aquí.

(Ap.)

Creciendo mi asombro va.

¿Pensáis que los alguaciles
os siguen, como os hallé?

Ya la justicia se fue.

(Ap.)

No están para ser sutiles
mis dudas; mas vese claro
su error. Seguirle conviene,
porque en su casa me tiene,
y en hurto, que es sin reparo.
Bien se conoce que aquí
se encubre un hombre que entró
por su mano. No soy yo;
mas he de decir que fuí;
que no hay excusa de hallarme
en el jardín de otro modo.

Venid a que os sirva.

En todo
sabéis, Señor, obligarme.

Ya sé que me he detenido;
mas era fuerza esperar
a hallarme solo, y cuidar
de veros mejor servido.
Si no esperara, no hubiera

secreto.

DON LUIS.

La dilación
aumenta mi obligación.
(*Ap.* Y más te lo agradeciera,
si la dilación durara
toda la noche.)

DON JERÓNIMO.

La prisa
tal vez del secreto avisa.

DON LUIS.

(*Ap.*)
¿Qué suerte se vio tan rara?
¡Venir a buscar mi dicha,
y hallar un hombre en mi puesto!
¿Qué es esto, celos, qué es esto?
Cielos, ¿hay otra desdicha?
Pues ¡qué cuidados renuevo
del hombre que estuvo aquí!
¡Qué buen jardín para mí!
Bien en el alma le llevo.
¡Qué empeño en él me salió!
¡Qué celos en él también!

DON JERÓNIMO.

(*Ap.*)
No hay cosa como hacer bien.

DON LUIS.

(*Ap.*)
No hay bien como no ser yo.

Jornada segunda.

Habitación de don Jerónimo.

Escena I.

DON JERÓNIMO, DON LUIS.

DON JERÓNIMO.

Este es mi cuarto, en él fío
que mi voluntad os muestro,
y es bien que venga a ser vuestro,
porque parezca ser mío.
Mas esperad, ¿no sois vos
don Luis de Toledo?

DON LUIS.

(*Ap.* Aquí
no puedo encubrirme.) Sí.

DON JERÓNIMO.

Notables somos los dos:
vivimos en un lugar,
y es esta la vez primera
que nos hablamos.

DON LUIS.

Yo hubiera

ganado en apresurar
el ser muy vuestro.

DON JERÓNIMO. Son cosas
que sólo en Madrid se ven.

DON LUIS. Y en mi condición también,
que es de las menos gustosas:
háceme más retirado
de lo que fuera razón.

DON JERÓNIMO. No apruebo la condición,
por lo que en vos me ha quitado;
y agora, que he conocido
quién es el huésped que tengo,
con vanidad a estar vengo
de haberle en algo servido.
Mas hora de recogeros
es ya, ¿qué queréis mandarme?
Pues qué, ¿tratáis de dejarme?

DON LUIS. Gustara de entreteneros;
pero ocuparos no es justo;
que siempre la soledad
ha sido comodidad
para quien tiene disgusto.
Yo he de bajarme a otro cuarto,
con vuestra licencia.

DON LUIS. Vos
el dueño sois de los dos.

DON JERÓNIMO. Aunque me voy, nunca aparto
la voluntad de serviros.

DON LUIS. De hacerme favor será.

DON JERÓNIMO. La pena no os dejará;
mas procurad divertirlos.

DON LUIS. Cualquiera pena es menor
con la merced que me hacéis.

DON JERÓNIMO. Este favor me debéis.

DON LUIS. Vos sois quien hacéis favor.

DON JERÓNIMO. Después se hablará; que es tarde.
(*Ap.* ¡Buen caballero, a fe mía!
De vista le conocía.)
Quedad con Dios.

DON LUIS. Dios os guarde.
(*Vase don Jerónimo.*)

Escena II.

DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué me decís agora, pensamientos?
Agora sí que es tiempo, confusiones,
de pedirme discursos más atentos
para matarme a manos de atenciones.
Cielos, ¿de mi desdicha estáis contentos,
o me guardáis más tristes ocasiones?
¿Hay pena de invención tan presumida,
que ofrezca nuevo mal contra mi vida?
Don Jerónimo aquí me ha conocido,
piensa que soy el hombre a quien buscaba,
que al parecer es uno que ha escondido
de la justicia, que a prenderle andaba.
Yo, porque fue forzoso, me he vestido
su persona; fue lance que obligaba.
¿Qué haremos si el engaño se retira?
Que no es larga la edad de la mentira.
¿Qué ha de decir tan grande caballero
de ver que en su jardín entré a deshora?
Que no siendo su huésped verdadero,
lo fuí mentido en amistad traidora;
que le ocupé su cuarto, lisonjero;
que le engañé, como le engaño ahora;
¿qué ha de decir, con hijas, y tan bellas,
que dictan al honor mudas querellas?
júntase para hacerme cuidadoso,
de Beatriz y Leonor la afrenta clara;
pues de su padre entre las dos dudoso,
ya se ve que en las dos la ofensa para.
Soy caballero, y amo: era forzoso
que el amor y la sangre se acordara
de que Beatriz por mi ocasión padece,
cuidado que los otros desaparece.
Pues casarme con ella, aunque el casarme
me estuviera muy bien, no sé si puedo,
consultado el honor, que a presentarme
vuelve aquel hombre con el mismo miedo.
Bien puede ser que vengan a engañarme
mis dudas; mas al fin con dudas quedo,
y bástanle al honor las presunciones
para temerse allí de ejecuciones.

¡Bueno estoy de pesares, bien me tiene
la fortuna en cuidado dividido;
ya de los celos que mi amor previene,
ya del empeño a que me siento asido!
Proseguir el engaño me conviene.
Fortuna, a tu piedad socorro pido:
si tú quieres, verdad será el engaño;
si tú quieres, ventura será el daño.

Habitación baja é inmediata al jardín.- No hay luz.

Escena III.

DON DIEGO.

DON DIEGO.

Algo se tarda en venir
mi huésped, y ya el desvelo
comienza por el recelo
la senda del discurrir.
En una cárcel oscura,
y el alcaide una mujer,
¿qué se me puede ofrecer
de parte de la ventura?
Y mas, mujer que viniendo
connigo, nunca me habló,
y apresurada mostró
que estaba algún mal temiendo.
(Va tentando, y halla una puerta.)
¿Qué parte es esta vacía?
Parece que es una puerta.
¿Quién duda; pues está abierta,
Que a más aposentos guía?
Vamos adentro; que allá,
si no es que todo ha faltado,
como en lugar retirado,
mas seguridad habrá.

(Entrase a otro aposento interior, dejando abierta la puerta.)

Escena IV.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR y JUSEPA, *que trae una linterna con luz encubierta,*
entran, abriendo con llave. Luego, DON DIEGO.

DOÑA BEATRIZ.

Si te ha pedido la llave
mi padre, bien anduviste,
Jusepa; que al jardín quiere
salir quien la llave pide.

Mejor estará encerrado
don Luis.

JUSEPA.

Y los más que siguen
al amor gustan de encierros
aún más que de los jardines.

DON DIEGO.

(Asomándose a la puerta por donde entró.)

¿No es ruido de puerta que abren,
y voces no son sutiles,
que de mujeres parecen?
Sospechas, bien lo dijisteis.

DOÑA BEATRIZ.

Por si mi padre llegare
cerca (si bien es difícil,
pues son aposentos estos
que siempre olvidados viven),
mete, Jusepa, allá dentro
la luz, y a la puerta asiste,
porque la luz no se vea
y porque tú nos avises.
La luz importa al decoro,
y el mismo decoro impide
cerrar la puerta; que el campo
del honor ha de ser libre.

JUSEPA.

Voy a cumplir lo que mandas.
(Va hacia donde está don Diego.)

DOÑA LEONOR.

(A su hermana.)
Y yo también a seguirte;
que ya se ve que está dentro
don Luis.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana, ¿qué dices?

DOÑA LEONOR.

Que el lance es aventurado.

DOÑA BEATRIZ.

Nunca te falta un melindre.
No es de los más agradables
mas no es de los más terribles.

JUSEPA.

(Ap.)
Buenas albricias me tengo.
¡Qué joya que me apercibe
don Luis en esta ocasión,
que a la cadena se arrime?
Joya me fecit; no hay cosa
como dejar tratos viles,
y ser estafeta honrada,
que al campo de amor camine.

(Descubre la luz, deja la linterna, y llega donde está don Diego.)

Don Luis, mi señora viene.

Llegad.

DOÑA BEATRIZ. Aunque no entendiste,
don Luis...

DON DIEGO. ¿Don Luis otra vez?
Con gusto el nombre repiten. (Sale.)

¡Valgame Dios! ¿No son estas
Beatriz y Leonor? ¡Ay triste!

DOÑA BEATRIZ. Cielos, ¿no es este don Diego?
¡Qué! ¿no era muerto, o se finge,
Leonor?

DOÑA LEONOR Hermana, estoy loca.

DOÑA BEATRIZ ¿Jusepa?

JUSEPA. No jusepices,
señora, que me he quedado
haciendo los matachines.
(Ap. ¡Que aquí resucite un hombre
para que venga a morir
mi joya, sin que haya imagen
que las joyas resucite!)

DOÑA BEATRIZ. ¿Eres don Diego, ó su sombra?

DON DIEGO. Nada, Beatriz, ¿no lo viste?
Que ausentes aún no conservan
su sombra los infelices.
Soy una vida pasada,
soy una flor a quien tiñen
enojos de los diciembres
las galas de los abriles;
exhalación que en el aire
pasa escribiendo matices
ardientes de fuego, y tantos
se borran como se escriben;
mentira soy descubierta
del desengaño, que quise
durar, y ha tenido el tiempo
cuidado de desmentirme;
soy un don Diego acabado,
soy un don Luis que recibe
favores hoy que le ofenden
y dichas que le persiguen;
soy una suerte trocada,

y en fin, un hombre a quien dicen:
«Todos los pesares eres
Y todos los bienes fuiste.»
DOÑA BEATRIZ. ¿Que no fue cierta tu muerte?
DON DIEGO. Si fue, y aquí se confirme,
pues a pesar del mirarte,
muerto me tiene el oírte.
Las sombras de aquesta noche
bien a mi túmulo sirven,
y alguna piedad te debo,
pues una luz me pusiste.
DOÑA BEATRIZ. ¿Cómo llegaste a mi casa?
DON DIEGO. ¿Siénteslo mucho?
DOÑA BEATRIZ. (Ap.)

A decirle
no acierto cosa que importe.
DON DIEGO. Beatriz, a tu casa vine
porque, después de tres años
que ha que la suerte me oprime
con una ausencia y mil males
de aquellos que se resisten
(que hay otros sin resistencia
y en este de hoy se acrediten,
que tan de repente matan,
que apenas dejan sentirse),
volví a Madrid; y en llegando,
que fue esta noche, previne
buscarte luego en la casa
donde quedaste al partirme.
Juzgué que en ella te estabas
(¡qué errado discurso hice,
pues te mudaste tan lejos,
Beatriz, de donde viviste!);
salí a la calle Mayor,
y cerca de San Felipe
me acometieron seis hombres;
muchos eran, pero ruines,
pues a los lances primeros
el uno, cayendo, dice:
«Muerto soy;» y los demás
no le imitaron, con irse.
Retiréme cuidadoso

de tres o cuatro alguaciles
que a la pendencia acudieron,
unos onzas y otros linceos.
Á pocos pasos que anduve
con ánimo de encubrirme,
se me ofreció un caballero
valiente, cuerdo, apacible
(que todo supo mostrarlo);
pensó que llegaba a herirle;
sacó animoso el acero;
desengañéle, pedíle
favor, contándole el caso,
y él respondiendo: «Seguidme,»
y yo, siguiendo sus huellas,
venimos... (Es Imposible
que cuando llego a tu casa
Beatriz, donde es el origen
de mi desdicha, las voces
al alma no se le olviden).
Venimos pues a tu casa;
llegó el caballero a abrirme
de aqueste jardín la puerta
que está junto a los jazmines.
Ahora conozco que era
tu padre: bien hay que estime
en que él la vida me guarde
para que tú me la quites.
Dejóme cerrado, y fuese
para volver a asistirme
cuando su gente en el sueño
los pasos no le averigüe.
Quedéme en el jardín solo,
y algo después sentí abrirse
la misma puerta; turbóme
la novedad, y escondíme
debajo de una arboleda
que pareció convenirme
para acechar a su sombra
con calidad de invisible.
Tentando, como quien busca,
llegó una mujer a asirme;
díjome que la siguiese

quizás sabrás reducirme:
que en el principio del daño
no hay cosa que no lastime,
palabra que no le encone,
disculpa que no le irrite.
Después a manos del tiempo
la misma razón se rinde.
Déjalo al tiempo, que allana
las cumbres inaccesibles,
y no me detengas más,
ni en riesgo tal me porfíes;
que iré con mayor cuidado
de ver que le desestimes. (*Vase*)

Escena VI.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.
DOÑA LEONOR.

No quiso esperar, Leonor.
Hermana, fue duro el lance,
y es imposible que alcance
siempre el sosiego al dolor.
Un caballero que tuvo
fortuna en tu voluntad,
y en tanta serenidad
de honesto favor estuvo,
¿qué mucho, Beatriz, que viendo
su bien aquí tan mudado,
se fuese desesperado,
de sus desdichas huyendo?
Fuera de que anduvo bien
en irse, por el recelo
de mi padre.

DOÑA BEATRIZ.

Sabe el cielo
si me ha pesado también.
¿Qué haremos, Leonor hermana?
Tu ayuda me ha de valer.

DOÑA LEONOR.

Aquí, Beatriz, no hay que hacer
sino aguardar a mañana;
que pues don Diego se queda
por huésped de vuestro padre,
tendrás ocasión que cuadre
para que dársele pueda
despacio satisfacción.

DOÑA BEATRIZ.

DOÑA LEONOR.

Y ¿cuál te parece a ti?
No es para tratado aquí;
que daña la dilación
en este lugar. Arriba
lo trataremos mejor.

DOÑA BEATRIZ.

Bien dices; vamos, Leonor,
y mata esa luz.

DOÑA LEONOR.

(Ap.)

Más viva
se ve mi esperanza ya;
que puesto en Madrid don Diego,
Beatriz le ha de querer luego,
y a mi don Luis me querrá.

(Vanse.)

Jardín -Es de noche.

Escena VII.

JUSEPA.

JUSEPA.

¿Llevar una mala nueva
yo a don Luis? ¿No era mejor
llamar a su confesor,
que es quien estas cosas lleva?
¡Qué alegre don Luis la aguarda!
¡Qué triste la ha de tener!
Y más lo ha de padecer
sobre lo mucho que tarda.
También a mí me condena
la suerte que le ha salido.
¿Qué fuera, a no haber venido
delante ya la cadena?
Por eso es bien acordado
que se adelante el favor,
y entre los grandes de amor,
me inclino al Adelantado.
Mas ¿dónde don Luis está?
(Llega a los árboles)
Que aunque por señas le di
los árboles, falta aquí.
Veráse impaciente ya
de esperar, y habrá salido
por el jardín solo a andar;
que así se suele engañar

el ansia de un mal sufrido.
¿Si no es que la oscuridad
le recata, y más de mí,
que con la vista nací
tan ruin, que es civilidad?

Escena VIII

DON DIEGO, *que viene de la casa, y se dirige a los árboles.* - JUSEPA.

DON DIEGO. Ya no es Madrid el peor
de los que me han recibido,
pues el amor me ha tenido
guardado pesar mayor.
¿Es ilusión lo que vi?
¿Beatriz con nuevo cuidado,
con un don Luis estimado
tan presto en lugar de mí?
Pero tres años no es presto;
que en mucho menos distancia
suele caber la inconstancia
de las mujeres. ¿Qué es esto?
¿Bulto otra vez de mujer
hacia los árboles? Cosa
se puede ofrecer forzosa;
Jusepa debe de ser.
Mas si a mirar lo que hacía
su padre de Beatriz fue,
¿Cómo en el jardín se ve?
Todo a turbarme porfía.
Sentido mis pasos ha,
llegándose viene a mí.

JUSEPA. ¿No es hombre lo que está allí?
Hombre es, y don Luis será;
pero del yerro pasado
me acuerdo, enmendarle intento;
que a voces del escarmiento
despierta siempre el cuidado.
Primero me ha de decir
su nombre.

DON DIEGO. (*Se emboza.*)
Embozarme quiero;
que alguna desdicha infiero
de que ésta vuelva a salir.

Mas ¿si viniese a buscar
Aquel don Luis que nombró
Beatriz cuando descubrió
que estaba yo en su lugar?
¿Quién es?

JUSEPA.

DON DIEGO.

(Ap. Aquí lo veré.)

Don Luis.

JUSEPA.

(Ap. Eso pido: ahora
no lo erraré.) Mi señora,
pues os llamó, ya se ve,
don Luis, que gusta de hablaros;
pero su padre ha querido
bajar al jardín, y ha sido
grande ventura avisaros.
Pues llave tenéis, salid
al punto, y no os detengáis.

DON DIEGO.

(Ap.)

«Llave tenéis.» ¿Qué escucháis,
celos? Callad y morid.

JUSEPA.

Adiós, don Luis; que no puedo
detenerme. (Ap. Agora sí
que lo hice bien.)

(Vase en dirección de la casa, y luego vuelve.)

DON DIEGO.

(Ap.)

¡Ay de mí!

¡Con cuántas desdichas quedo!
Galán que tiene la llave,
la puerta tiene también.
Y aun del amor todo el bien
en estos indicios cabe.
¿Con tanta comodidad
se sigue este galanteo,
que cuesta en tan alto empleo
tan poca dificultad?
¿Era en Beatriz tan humano
el cielo con mi porfía?
¿Lleguéla a hablar algún día?
¿Tuve un Papel de su mano?
¿Puedo contar más favor
que un apacible semblante,
y que mirándome amante,
no se ofendiese su honor?

Pues ¿cómo tal diferencia?
¿Cómo Beatriz tan mudada?
¡Qué duda tan excusada
donde hay mujer y hay ausencia!

(Mira hacia el paño.)

¡Válgame Dios! Los reflejos
de aquella luz que allí viene
con tanta gente, previene
más mis miedos desde lejos.
¿Quién puede ser? que a buscarme
don Jerónimo, es concierto
que ha de venir encubierto,
porque ha ofrecido ocultarme.

JUSEPA.

(Vuelve.)

Íbame a entrar, y advertí
ruido de gente que sale
con luz. La noche me vale
para acechar desde aquí,
sin que me puedan notar.

(Retirase a un lado.)

En excusando el encuentro,
como que salgo de adentro,
podré llegarme a escuchar.
¿Gente con luz? ¿A qué fin?
¡Qué lance tan desdichado,
si se estuviera encerrado
don Luis en este jardín!
¡A qué buen tiempo se fue!

Escena IX

DON JERÓNIMO, EL TENIENTE, DOS ALGUACILES, *uno de ellos con hacha encendida.*
- *Dichos.*

JUSEPA. Ya salen; tras ellos voy
algo apartada.

DON JERÓNIMO. No estoy
quejoso, ni lo estaré,
señor Teniente, jamás;
porque mi casa, en rigor,
no es casa de embajador.

TENIENTE. En mi estimación es más;
y aunque noticia he tenido
de que este jardín se abrió

no ha mucho, y un hombre entró,
que es lo que aquí me ha traído;
faltándome la licencia
no me arrojara yo a entrar,
aunque supiera no hallar
el hombre de la pendencia.
DON JERÓNIMO. Búsquese muy en buen hora.
TENIENTE. Buscadle, pues lo permite
quien puede mandar.
(Registran los alguaciles)
DON JERÓNIMO. *(Ap.)*
Visite
despacio el Teniente ahora
todo el jardín, pues don Luis
seguro en mi cuarto está.
DON DIEGO. *(Ap.)*
Recelos, ¿qué os falta ya?
Sospechas, ¿qué me decís?
Esta desdicha ¿á quién pasa?
ALGUACIL 1.º ¿Quién va allá?
(Topan con Jusepa.)
JUSEPA. ¿Quién ha de ser?
¿No ven que es una mujer,
y que parece de casa?
ALGUACIL 1.º Otra pregunta es forzosa.
¿Qué hacéis aquí desvelada?
JUSEPA. Hago el papel de criada,
que es el papel de curiosa.
ALGUACIL 1.º Concluyóme.-Id adelante
con la luz.
JUSEPA. *(Ap.)*
Esto parece
justicia.
DON DIEGO. Mi asombro crece,
y era al principio gigante.
ALGUACIL 2.º *(Llega a don Diego.)*
Aquí hay un hombre escondido.
¿Qué hacéis aquí?
DON DIEGO. ¿Qué sé yo?
(Ap. Mi suerte se declaró.)
ALGUACIL 2.º Venid a ser conocido.
DON DIEGO. ¿Adónde?

ALGUACIL 2.º

Al señor Teniente.

DON DIEGO.

(Ap.)

Esto faltaba al cuidado;
mas, celos lo han ocupado,
¿qué puede haber que le aumente?

JUSEPA.

(Ap.)

Prendieron un hombre, ¡ay Dios!
¿Si fuese don Luis? Yo llego.
No es don Luis, sino don Diego:
menos mal entre los dos.

(Llevan los alguaciles a don Diego delante del Teniente.)

ALGUACIL 2.º

Este hombre se halló encubierto.

DON JERÓNIMO.

(Ap.)

No siendo don Luis, ¡qué encanto!

JUSEPA.

(Ap.)

¿Es noche de Jueves Santo,
que se hace prisión en huerto?

TENIENTE.

¿Cómo os llamáis?

DON DIEGO.

No hay negar

el nombre: don Diego soy
de Silva.

DON JERÓNIMO.

(Ap.)

Confuso estoy,
y en medio de harto pesar.
Un hombre truje yo aquí,
y hallo dos; claro se ve
que el uno de los dos fue
quien se ha venido por sí.
tengo dos hijas hermosas...
¡Ay honor! ¿qué es lo que infieres?
Que tienen el ser mujeres
muy junto al ser generosas.

TENIENTE.

Aquí no queda que hacer;
dadme licencia.

DON JERÓNIMO.

Esperad,

señor Teniente, y pensad
que agora llego a saber
del preso que se ha ofrecido;
no os engañé.

TENIENTE.

No he pensado

tal cosa.

DON JERÓNIMO.

De algún criado

la acción de esconderle ha sido.
(*Ap.* Conviene aqueste color,
porque dudar de su entrada
fuera dejar fulminada
la causa contra el honor.)

(*Aparta don Diego a don Jerónimo y hablan recatadamente.*)

DON DIEGO. Antes que vamos, ¿queréis
una palabra?

DON JERÓNIMO. Y aun dos.

DON DIEGO. Caballeros como vos,
que tanta sangre tenéis,
no engañan.

DON JERÓNIMO. Verdad habláis,
mas ¿qué es la ocasión?

DON DIEGO. ¿Aquí
no me encerrasteis a mí?
Y agora ¿no me entregáis,
atribuyendo la acción
de esconderme a un criado?
Pues no, no se ha contentado
con esto la presunción:
cuando me abristeis la puerta,
¿no os fuisteis por otra parte,
diciéndome (porque al arte
cualquier excusa concierta)
que era por más me ocultar?
Y fue, según el suceso,
para trazar que esté preso
quien huésped empezó a estar.
Mirad si es cierto el engaño
del trato que juzgué amigo;
por descansar os lo digo,
que no porque tema el daño.

DON JERÓNIMO. Quejoso estáis sin razón,
mas no sin causa (*Ap.* No quiero
perder de buen caballero
con él la reputación.)
Aquí, don Diego, hay desgracia,
no culpa, vos lo veréis.-
Señor Teniente, ¿queréis
hacerme un favor, que es gracia?
Mandad, y seréis servido.

TENIENTE.

DON JERÓNIMO. Quisiera preso a don Diego
en mi casa.

TENIENTE. Ya os le entrego;
que el hombre que queda herido,
dicen que sin riesgo está.
Mas cuando riesgo tuviera,
del mismo modo os sirviera.

DON JERÓNIMO. Dos presos hicisteis ya
conmigo; ponednos guarda.

TENIENTE. ¿Qué guarda mejor que vos?
¿Mandáis otra cosa? Adiós.

JUSEPA. *(Ap.)*
Beatriz sin duda me aguarda;
voy a contarla el suceso. *(Vase.)*

DON JERÓNIMO. *(Señalando la puerta del jardín que da a la calle.)*
¿Queréis salir por aquí
que viene a atajarse?

TENIENTE. Sí.

DON JERÓNIMO. Seguro dejáis el preso,
y a mí con obligaciones
perpetuas. El cielo os guarde.

TENIENTE. Quedad con Dios; que ya es tarde.
(Vase el Teniente con los alguaciles)

Escena X.

DON JERÓNIMO, DON DIEGO.

DON JERÓNIMO. *(Ap. Bien me tratáis, confusiones.*
¿Quién entre tantas anduvo?
Don Luis, en lo que me ha hablado
de la pendencia, ha tratado
como hombre que en ella estuvo;
por otra parte, en don Diego
señales tan ciertas ve,
como decir que le abrí
la puerta, y le dejé luego.
De abismo que es tan oscuro,
recelos, ¿qué me decís?
Que el sospechoso es don Luis,
y que es don Diego el seguro.
Ahora bien: yo he de apurar
el caso, volviendo a ver
a don Luis, porque ha de ser

con maña particular.
No ha de faltarme color
ce hacer segunda visita;
mas ¡ay, que ya necesita
la brevedad el honor!
Don Diego me espera ya;
quiero con gran cortesía
culparle la grosería
de la opinión en que está.)
Señor don Diego, yo soy
un caballero que trato
de no desmentir ingrato
la obligación en que estoy.
Mi estudio principal es
servir por honestos modos
a los amigos y a todos,
que es el mayor interés.
A nadie he visto con queja,
sino es a vos, que decís
que os engañé, y es que oís
lo que el dolor aconseja.
Satisfacción os daré
con lo que os pienso servir,
y vos vendréis a decir,
servido, si os engañé.
Venid a ese cuarto bajo,
que habéis de ocupar, y allí
conoceréis que hay en mí
socorro para el trabajo,
consejo para la duda,
verdad para la promesa,
y un corazón que profesa
mostrar el alma desnuda.
Corrido estoy; responderos
quisiera.

DON DIEGO.

DON JERÓNIMO.

Muy tarde es ya;
venid, que ocasión habrá;
no engañan los caballeros.
(*Ap.* Al cuarto bajo te guío,
que no se puede excusar,
pues no es hora de aliñar
el alto, que está vacío.

Fuera de que don Luis
tiene el de enfrente, y no es bien
que tan vecinos estén.
recato, bien advertís.
Vamos, honor, a tratar
ve vuestro negocio. El cielo
mejore tanto desvelo.)

DON DIEGO.

(Ap.)

DON JERÓNIMO.

Fortuna, ¿en qué he de parar?

Venid, don Diego, conmigo.

(Ap. Ya tengo otro huésped nuevo;

¡Con qué cuidado le llevo!)

DON DIEGO.

(Ap.)

¡Con qué cuidado le sigo!

Habitación de doña Beatriz y doña Leonor

Escena XI.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te parece, Leonor,

Lo que Jusepa ha contado?

DOÑA LEONOR.

Paréceme que ha mirado

piadoso el cielo tu amor.

Don Diego en casa asegura

tu dicha.

DOÑA BEATRIZ.

¡Feliz suceso!

Disgusto es tenerle preso;

pero tan cerca, es ventura.

DOÑA LEONOR.

También lo fue que avisase

Jusepa a don Luis.

DOÑA BEATRIZ.

En todo

se va mejorando el modo

de mi suerte.

DOÑA LEONOR.

Enmendaráse

sin duda. Contenta estás;

¡Cómo se ve que es don Diego

la causa!

DOÑA BEATRIZ.

No te lo niego,

ni lo he negado jamás.

DOÑA LEONOR.

Y ¿don Luis?

DOÑA BEATRIZ.

No hay ya don Luis.

DOÑA LEONOR.

¿Eso, Beatriz, no es mudanza?

(Ap. Tomad aliento, esperanza;

DOÑA BEATRIZ.

que buenas nuevas oís.)
¿Has visto en muriendo el sol
cuando la noche apresura
sus lutos, y en nube oscura
vuelve el dorado arrebol,
cómo se deja abrasar
en luz ardiente la estrella,
tan alentada, tan bella,
como quien viene a reinar;
y luego, cuando amanece
otra vez, y el sol se mira,
como si fuera mentira
la estrella se desaparece?
Tal a don Luis juzgo yo,
Leonor, que le ha sucedido;
porque su estrella ha lucido
mientras don Diego murió.
Vuelve don Diego a nacer,
y al mismo punto que nace,
todo don Luis se deshace:
perdiendo caduco el ser
con tanta desigualdad,
que es a la luz que hoy se mira,
don Luis estrella y mentira,
don Diego sol y verdad.

Escena XII.

JUSEPA - *Dichos.*

DOÑA LEONOR.

Jusepa viene.

DOÑA BEATRIZ.

¿Tenemos

Jusepa, más novedades?

JUSEPA.

Salud y gracia. Sepades
que muy vecinas nos vemos
de don Diego.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo así?

JUSEPA.

Porque tu padre le dio
su cuarto, y él se pasó
al otro de enfrente.

DOÑA BEATRIZ.

Y di,

¿Cómo lo sabes?

JUSEPA.

Ahora
me dijo que allí te armase

una cama en que pasase
hasta que venga la aurora,
diciéndome que dejaba
a un huésped el cuarto suyo.
Que será don Diego arguyo
el huésped.

DOÑA BEATRIZ.

Dudosa estaba.
Bien se hace todo, Leonor,
pues ese cuarto que tiene
don Diego ya ves que viene
por medio de un corredor
a juntarse con el nuestro;
comodidad hay de ver
a don Diego.

JUSEPA.

Y yo he de ser
en este encierro el cabestro.

DOÑA BEATRIZ.

Corre, Jusepa, a llevar
lo que mi padre pidió,
y vuélvete.

JUSEPA.

Harélo yo,
que muero por encerrar.

(Vanse.)

Habitación de don Jerónimo-No hay luz.

Escena XIII.

DON LUIS.

DON LUIS.

Como si fuera muy leve
la confusión en que estoy,
a más confusiones voy,
sufriendo que el mal me lleve.
Pasos y ruido he sentido
por el jardín. El secreto,
a que me tiene sujeto
la suerte que me ha escondido
(¡válgame Dios!), ¿qué sería?
¿Puede Beatriz tener parte
en ello? No, no sé... ¿Parte
del miedo la cortesía?
Desdice de su recato
el ruido que allí noté.
Mas ¿si es el hombre que fue
(ya debe de haber buen rato)

con la mujer, el que dio
causa al estruendo? Es posible.
Sospecha, venís terrible;
mentid, porque viva yo.

(Llaman.)

¿No llaman en esta puerta?
Llamando están, voy a abrir;
por lo que puede venir
me he de embozar. Ya está abierta.

(Se emboza y abre.)

¡Válgame el cielo! ¿Si amor
mis esperanzas ayuda?-

¿Quién llama?

(Sale Jusepa a la puerta.)

Escena XIV.

JUSEPA. -DON LUIS.

JUSEPA.

(Ap. Salir de duda

conviene.) ¿Sois mi señor?

DON LUIS.

No soy, sino huésped suyo.

JUSEPA.

Sedlo en buen hora, don Diego.

Beatriz ha de hablaros luego;

yo voy por ella. *(Vase.)*

Escena XV.

DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué arguyo

de aquí? Mas ¿qué hay que argüir?

¿Ya no se ve que mi suerte

sobre un don Diego me advierte

que yo he quedado a morir?

¿Ya no se ve que aquel hombre

que con la mujer salió

de los árboles, me dio

la muerte aquí con el nombre?

¿Qué confusión haber puede

tan triste? Mas no ha acabado;

(Llaman.)

que en otra puerta han llamado.

(Cierra la primera.)

Cerrada aquesta se quede,

y vamos a ver quién llama

por acá. Cielos, ¿qué es esto?
¿Tanta fortuna tan presto?
Mirad que el poder se infama
con perseguir a un rendido.-
¿Quién llama? (*Se emboza, y abre.*)

Escena XVI.

DON JERÓNIMO. -DON LUIS.

DON JERÓNIMO.

No os embocéis,
don Luis.

DON LUIS.

Señor.

DON JERÓNIMO.

Dudaréis
La causa de haber venido
segunda vez a inquietaros.

DON LUIS.

Por fuerza ha de ser favor.

DON JERÓNIMO.

(*Ap.* Es a lo menos amor
el que temo averiguaros.)
¿No es hora de recogeros?
¿Vestido os estáis así?

DON LUIS.

Sabed que me recogí;
mas a los lances primeros
del sueño, me pareció
(*Ap.* Quizá por aquí sabré
mejor lo que el ruido fue)
que cerca de mi se oyó
ruido de gente; despierto,
juzgó lo mismo el cuidado;
púseme en pié, desvelado;
y al fin soñé, que es lo cierto.

DON JERÓNIMO.

No habéis soñado don Luis
(*Ap.* Él mismo el color me ofrece);
que eso que sueño os parece,
y el ruido que me decís,
era un teniente que andaba
por el jardín con su gente.

DON LUIS.

Pues ¿qué buscaba el Teniente?

DON JERÓNIMO.

A vos, don Luis, os buscaba;
y es que vuestro paje (*Ap.* Aquí
si me ha mentido veré),
con quien hablando os hallé;
ya estáis en quién digo...

DON LUIS.

Sí,

en aquel paje que hablando
conmigo estaba. (*Ap.* Ir con él
es fuerza.)

DON JERÓNIMO.

(*Ap.* ¡Ah don Luis infiel!

¿Qué paje te hablaba, o cuándo?)

Le dijo que os escondisteis
en mi jardín; no os halló,
don Luis, y así, se volvió.
Este es el ruido que oísteis.
Yo viendo que era forzoso
que hubiésedes algo oído,
propuse con lo advertido
quitaros lo cuidadoso.

(*Llaman a la puerta por donde entró Jusepa, y hace movimiento don Luis de acudir a ella.*)

Allí llaman, estad quedo.

(*Ap.* ¡Válgame Dios! ¿Quién será?

Don Diego sin culpa está.)

DON LUIS.

(*Ap.*)

Quitarle el llegar no puedo,
porque es su casa.

DON JERÓNIMO.

(*Ap.*)

¡Ah traidor!

Tu muerte aquí se concerta.

DON LUIS.

(*Ap.*)

Buen lance salta en la puerta;
mas no es terrible el rigor,
pues si se vuelve a nombrar
allí el don Diego que oí,
verá mi huésped que en mí
no tiene qué recelar.

(*Embózase don Jerónimo, y llega a la puerta.*)

DON JERÓNIMO.

(*Ap.* Llegar embozado es bien,
y aun la voz diferenciar;
que sé yo lo que he de hablar
en esta ocasión también.
Abro.)

(*Abre, y aparece Jusepa.*)

Escena XVII.

JUSEPA. -*Dichos.*

JUSEPA.

(*Desde la puerta.*)

Don Diego, ya va

DON JERÓNIMO. Beatriz para hablar contigo.
No puede ser; que conmigo
su padre en visita está.
(*Vase Jusepa, y cierra don Jerónimo la puerta.*)

Escena XVIII.

DON JERÓNIMO, DON LUIS.
DON JERÓNIMO. (*Ap. sin alejarse de la puerta.*)
No es para ruido este caso;
paciencia, honor, por un poco.
Si yo no me vuelvo loco,
de loco mil veces paso.
¡Cielos, en qué confusión
entra otra vez el cuidado!
No ha mucho que era culpado
don Luis en una traición,
don Diego estaba sin culpa;
y en un instante el honor
halla a don Diego traidor,
y a don Luis con su disculpa.
Más hay que pensar aquí
de lo que se entiende; quiero
pensarlo solo: el acero
después volverá por mí.
Cerrada dejo la puerta.

(*Vuelve a reconocerla.*)

DON LUIS. Vuelvo a mirarla; que es corta
mi dicha; pero ¿qué importa,
si queda la infamia abierta?
(*Para sí.*)

DON JERÓNIMO. ¿Cómo le habrá sucedido,
que le ha obligado a tardar?

(*Ap. Conviene disimular
el lance, como ha venido.*)
Perdonad el detenerme;
que, como me imaginaban
en este cuarto, pasaban
mis hijas agora a verme;
y no es, sino que querían
saber el ruido que oyeron,
como vos. Ya se volvieron.

DON LUIS. (*Ap.*)

Mis dudas siempre porfían;
algo se da que temer
en esta excusa.

DON JERÓNIMO.

Ya es tarde;

don Luis, adiós.

DON LUIS.

Dios os guarde.

DON JERÓNIMO.

(Ap.)

Caro me cuesta el hacer
amistades a los dos.

Pues ellos tanto desdicen.

¡Qué bien dicen los que dicen:

«Hacer bien; que Dios es Dios»! (Vase.)

DON LUIS.

Yo quedo en harta desdicha;

bien me tendrán cuidadoso.

De un huésped lo receloso,

y de un don Diego la dicha.

Jornada tercera.

Habitación de doña Beatriz y doña Leonor.

Escena I

DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.

Leonor, impaciente estoy
de que mi padre estorbase
que agora a don Diego hablase;
creciendo en las ansias voy
de verle.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿qué has de hacer?

DOÑA BEATRIZ.

Volver allá.

DOÑA LEONOR.

No se gana,

Beatriz, en volver.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana,

no he de dejar de volver.

DOÑA LEONOR.

Cuando recogida estaba,
pasaste, Beatriz, a ver
a don Diego: fue una acción
que la ignoró la atención,
y el caso la vino a hacer.
No se logró, y olvidada

de que el primero fue error,
a proseguirle el amor
te tiene determinada.
Mira que hay gran diferencia,
y está más cerca la culpa;
que donde el caso es disculpa,
es gravedad la advertencia.

DOÑA BEATRIZ. Leonor, a don Diego estimo;
tanguillo muy sospechoso,
con el engaño forzoso
que en sus recelos imprimo.
Satisfacerle es razón,
y luego, porque estos males
se van haciendo mortales
en dándoles dilación.
Á los principios, hermana,
se aplique la medicina;
porque hoy a sanar se inclina
quien se defiende mañana.

DOÑA LEONOR. De dilatarse el remedio,
tal vez la salud nació,
y alguno se apresuró,
que fue del peligro el medio.

DOÑA BEATRIZ. Hoy en mi casa se ve
don Diego; pero mañana
¿quién ha de saber, hermana,
si aquí también le tendré?
La causa por que está preso
puede ser tal, que en un día
le muden carcelería,
y aún tenga peor suceso.
¿Cómo en saliendo de aquí
se ha de ofrecer ocasión
de darle satisfacción?
O ¿cómo, Leonor, me dí,
sabré la casa que tiene,
cuando le quiera buscar;
cosa en que habrá que pensar?
Y ¿qué sé yo si previene
dejar al punto la corte,
celoso y desesperado?
Que alguna vez al cuidado,

se ve que la ausencia importe.
Con esta duda, ¿no es bien
que agora le satisfaga,
pues en sus celos estraga
mi honor, hermana, también?
¿Es bueno que se aventure
mi crédito si él se va
sin escucharme? ¿Tendrá
después quien más le asegure?
la conveniencia de dar
despacio satisfacion,
¿admítese en ocasión
en que es peligro aguardar?
No, hermana; sepa don Diego
lo que hay que saber de mí:
mi honor se defienda así;
y la fortuna obre luego.

DOÑA LEONOR.

Pues ya que resuelta estás,
Beatriz, en hablarle, sea
sin que en su cuarto te vea;
pues fácilmente podrás,
bajándonos al jardín
por la escalera que tiene
tu retrete, y a dar viene
a esa pared de jazmín.
El cuarto en que está don Diego
conoces, y la ventana
que mira al jardín.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana,
ya tu discurso a ver llevo.
Querrás que don Diego me hable
por la ventana.

DOÑA LEONOR.

Es así,
y hacerlo conviene aquí;
que es modo menos culpable.

(*Vanse.*)

Habitación baja, próxima al jardín.

Escena II.

DON JERÓNIMO.

DON JERÓNIMO.

Atended, si es posible, pensamientos;
que os he de consultar en cierta duda

que propone el honor: estadme atentos.
Un hombre traje aquí, que con mi ayuda
se libró del rigor de la justicia;
ya le diréis que agradecido acuda.
Mas es tan mal mandada la malicia,
que aunque se lo digáis, en sus acciones
veréis que no ha llegado a su noticia.
Traje aquí un hombre, en fin (las confusiones
empiezan ya); dos hombres he encontrado,
que ambos dicen que son de obligaciones.
Siéntome entre estos dos tan injuriado,
que la culpa que en ambos considero,
ya la junto en los dos, ciego y turbado,
mis hijas, pues (¡honrado desespero.
callar quiero la afrenta con quien lucho,
más valeroso cuando más severo),
buscaban a don Diego; yo lo escucho,
digo que lo escuché; mas que un agravio
sueña aun ahora, si se oyó, no es mucho.
Claro está que ha de darme el desagravio
la muerte, si don Diego ha de ofenderme;
mas el pensar el modo, intento es sabio.
Vuelvo otra vez ahora a no entenderme;
si don Luis entró aquí por agraviarme,
verdad de que es preciso resolverme;
si don Diego no entró por injuriarme,
pues es cierto que entró por orden mía,
verdad de que es preciso asegurarme;
si no miente en decir que le seguía
la justicia, pues hallo que el Teniente
confirma los temores que él decía;
¿cómo en don Diego culpa se consiente?
Mas ¿cómo no ha de estar también culpado,
si le busca Beatriz secretamente?
Dígalo ya sin freno mi cuidado,
rompa la voz el inmortal desvelo,
que pasará por tibio si es callado.
Mi sangre es hoy el esplendor del suelo.
A Beatriz y Leonor, mis hijas caras
(que juzgan a la fama tardo el vuelo),
agravian mis sospechas. ¡Penas raras!
Destruyan presunciones tan prolijas

en acusar, y en disculpar avaras,
en el honor permaneciendo fijas.
Mas con pasión discurro, y yo voy ciego;
que aunque las ven mujeres, son mis hijas.
Guardado está don Luis; pero en don Diego
buena ocasión tendré para venganza,
que menos humo dé de oculto fuego.
Lo que un cuerdo temor agora alcanza,
es que don Diego, pues buscado ha sido
de Beatriz, la dedica su esperanza;
que no vive su intento desvalido;
que no ha logrado la ocasión de hablalle
Beatriz, y es el amor poco sufrido;
que ha de volver después a visitalle;
y si don Luis a responderla viene,
conocerá que allí no hay que buscallo;
que el cuarto de mis hijas puerta tiene
al jardín, y yo mismo el que le he dado
aquí a don Diego, y por prisión previene.
Temo que pueden verle, estoy turbado;
que amor, que comunica corazones,
dirá que en este cuarto está encerrado.
Bien es adelantar las prevenciones
a los peligros. Pero, honor, ¿qué es esto?
¿Ya os volvéis a villanas presunciones?
¿A trato os persuadís menos honesto?
Mas ¿qué importa tenerlo yo conmigo?
¡Ojalá me engañase el presupuesto!
Yo me bajo al jardín, que hay enemigo
dentro de casa, y el recelo es justo.
¡Oh si bajase solo a ser testigo
de algún vano temor, ya que no injusto!

Jardín. -Noche.

Escena III.

DON DIEGO.

DON DIEGO.

¡Qué mal acierta el sueño
la inquietud de un cuidado,
y más si es el cuidado de un celoso!
Mírame amor con ceño;
mira con dulce agrado
la suerte de un don Luis, que es más dichoso.

¿Cómo ha de haber reposo
donde hay amor y celos;
donde la ajena dicha
sirve de más desdicha,
juntando a los dolores los recelos?
Duerma quien no es amante,
y aun quien ama sin celos, duerma y cante.
No aquel que, padecidas
mil suertes importunas
(con opinión, y aun con verdad de muerto),-
cuando ya sacudidas
las mayores fortunas,
le aseguraban en Beatriz el puerto,
piélago más incierto
llega a ver en sus ojos,
más fieras tempestades
le dan sus deslealtades,
más erizado el mar en sus antojos.
¡Qué puerto tan amigo!
Vuélvame al golfo quien me busca abrigo.
Este don Luis, que sabe
la entrada a la ventura,
por el jardín, que con asombro piso,
teniendo dél la llave
(como me lo asegura
en Jusepa el rigor de aquel aviso),
que esté dentro es preciso,
y aún que la esté esperando,
pues el suceso ignora.
¡Oh, si le hallase ahora
mi despecho, sus dichas aguardando,
qué bien con el acero
le haré de mis fortunas compañero!

Escena IV.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, JUSEPA. -DON DIEGO.

DOÑA BEATRIZ. Notablemente, Leonor,
la oscuridad persevera.

DOÑA LEONOR. Tales, hermana, quisiera
sus noches siempre el amor;
la luna viene mal vista
de los amantes.

DON DIEGO.

(Ap.)

Parece

que una mujer se me ofrece,
y aún más de dos, a la vista.
No es bien mostrarme hasta ver
qué intentan; yo me retiro,
que en estas ramas que miro,
me puedo agora esconder.
¡Cielos! aún no ha descansado
la confusión a que llevo. (*Escóndese*)

DOÑA BEATRIZ.

Paréceme que a don Diego
mi padre habrá ya dejado.

DOÑA LEONOR.

No hay duda.

DOÑA BEATRIZ.

¿Jusepa?

JUSEPA.

Aquí

todo Jusepa ha de ser;
¿no hay traza allá para hacer
una emboscada sin mí?
Parece que yo también
no soy doncella que trato
de honestidad y recato.
Como otras que aquí se ven.

DOÑA BEATRIZ.

Tira una piedra.

JUSEPA.

Peor

es eso: de locos es
tirar piedras; ¿no lo ves?
¿Qué más mandará el amor?
Mas ya que en chicos y grandes
esta flaqueza advertí,
enloqueceré por ti;
que basta que tú lo mandes.
(*Tira varias piedras a las ventanas.*)

Tiro y retiro.

DOÑA BEATRIZ.

No más;

¿Qué intentas?

JUSEPA.

¿Esto te admira?

Quien piedras una vez tira,
no queda en una jamás.

DON DIEGO.

(*Donde está escondido.*)

¡Válgame Dios! ¿No tiraron
arriba? Señal es esta
que pide alguna respuesta.

Escena V.

DON LUIS.-DICHOS.

DON LUIS.

Dos o tres golpes sonaron
arriba, no sé qué ha sido;
y en noche que es tan oscura,
bien mi recelo asegura
de ser aquí conocido;
y de mi valor llamado,
llevado de mi pasión,
sin discurso y sin razón
hasta el jardín he bajado.
¿Qué será? Mas ¿qué ha de ser?
Alguna nueva desdicha;
que ya conmigo a la dicha
no le ha quedado qué hacer.
Aquel don Diego que ha poco
que andaba Beatriz buscando
viene a mi amor acordando
la obligación de estar loco;
mas ¿si le busca también
ahora? Dice que sí
mi temor; pues será así;
que suele acertar muy bien.
de tres mujeres se miran
los bultos; ellas serán.
¡Válgame Dios! ¿Qué querrán?
¿Á qué pretensión aspiran?
Fingiendo que soy don Diego,
veré lo que me responden.
Parece que corresponden
de arriba, pues vino luego
un bulto hacia aquella puerta.
¿Qué haré sin errarlo yo?
Don Diego, hermana, salió
por la puerta; ¿estaba abierta?

DON DIEGO.

DOÑA LEONOR.

Escena VI.

DON JERÓNIMO. -DICHOS.

DON JERÓNIMO.

(A la puerta.)
Cerrada por mí quedó,
con una aldaba esta puerta,

y agora la miro abierta;
miedos, decid quién la abrió.
ya sale corriendo a dar
su parecer el recelo;
permita piadoso el cielo
que acierte una vez a errar.
Dice que don Diego fue
quien pudo la puerta abrir;
no le sabré desmentir,
que yo lo mismo pensé.
Mas ¿no es posible que fuese
sin ruin intento? Es posible;
pero es el mal infalible,
si es mal de que a mí me pese.

(Va a salir y detiéndose.)

Yo lo veré; mas allí
se va una mujer llegando.
¡Cómo el temor se está holgando
de ver que acertase aquí!
¿Quién duda que Beatriz es?
Y aún otras dos la acompañan,
las sospechas no me engañan.
Honor, ¿mis hijas no ves?
Paciencia, y sepamos más,
que pues la puerta me esconde,
sabré quién habla y responde.
Desdicha, pesada estás.

(Escóndese don Jerónimo; doña Beatriz y doña Leonor llegan juntas al pié de la ventana donde está don Luis.)

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién está aquí? ¿quién?

DON LUIS.

(Ap. La voz

se disimule.) Don Diego.

DOÑA BEATRIZ.

*(Ap. Feliz ha sido la entrada,
si el fin responde tan diestro.
¡Válgame amor, él me ayude!)*
Don Diego, a buscarte vengo
con un recado que importa,
y es de mi honor cuando menos.
Escúchame con cuidado;
que ya que una vez nos vemos
en parte donde las voces
pueden romper el silencio,

donde mi padre no aguarda,
donde nos jura el secreto
la oscuridad de la noche,
lo retirado del puesto,-
satisfacion he de darte,
con que se acaben tus celos;
disculpa no, que disculpa
quiere decir que hubo yerro.
Dirás que he sido mudable,
pues olvidé los deseos
con que tu amor merecía
semblante apacible un tiempo;
que admito nuevos cuidados
en un don Luis a que atiendo,
delito que siempre es grande,
en siendo cuidados nuevos;
que no es sospecha ni sombra,
pues ha tan poco que viendo
en un aposento estabas
la causa de tus desvelos...

DON LUIS.

(Ap.)

En un aposento dice:
las señas no me mintieron;
otro don Luis es sin duda
quien tuvo mejor suceso.

DON JERÓNIMO.

No alcanzan aquí las voces;
sólo entre dudas advierto
que está con don Luis hablando
Beatriz o Leonor. ¡Ah cielos!

DON DIEGO.

Con un hombre hacia esta parte
que una mujer habla es cierto...
¿Por cuánto diréis, cuidados,
que no es Beatriz la que veo?

DOÑA BEATRIZ.

Los cargos que son posibles
contra mi amor he propuesto;
que fácil es la otra parte
de dar la salida de ellos.
Tres años ha, y aún tres siglos
contará mi sentimiento,
que de Madrid te ausentaste;
la causa ya la sabemos.
No quiero decir si tuve

pesar entonces, ni quiero
contarte finezas; que antes
he de saber si las debo.
Pasaron algunos días
después de tu ausencia; y luego
vino una nueva a la corte,
sembrando que estabas muerto.
sintiéronlo tus amigos,
vistieron luto tus deudos,
y de una Beatriz el alma
muy deuda tuya la vieron.
Harto, don Diego, te he dicho;
mas excusarlo no puedo,
que he prometido verdades,
y miento si en algo miento.
Después de un año de luto
(ten ánimo, que comienzo
las verdades que son duras,
mas tienen el fin sereno),
saliendo de misa un día,
me vio don Luis de Toledo:
viome don Luis, y aún miróme;
y por decírtelo presto,
cuéntale desde este día
dos años de galanteo.
Prométote que he buscado
de divertirle mil medios;
mas ya del amor conoces
que suele irritarle el freno.
Yo, recelando la nota
que se iba repartiendo
por el vulgo, cuyos ojos
aún ven lo que está muy lejos,
como los medios pasados
eran de poco provecho,
y antes de espuela servían
al curso de sus intentos-
juzgué preciso el hablarle.
Y así, le llamé, creyendo
que te encerraran mis voces
entre el temor y el respeto.
vino llamado esta noche,

no sin consulta y acuerdo;
veniste también por mano
de mi padre, desmintiendo
los pasos que te seguían,
ya tú me contaste el cuento.
Jusepa a don Luis buscaba,
hallóte a ti; y entendiendo
que eras don Luis, para hablarme
te trajo a los aposentos,
donde turbados nos vimos.-
Este, don Diego, es el hecho;
aquí la verdad te digo;
pues si dejar satisfechos
tus celos fuera mi estudio,
con buen color, aunque incierto,
pudiera decir que aspira
don Luis al favor honesto
de Leonor; que yo la asisto,
como a mi lado la tengo,
y otras mentiras que salen
en semejantes aprietos
a ser verdades de paso,
y algunas quedan de asiento.
Mas no, don Diego; no corre
mi amor por esos rodeos.
Llamar para desengaños
a un hombre parece exceso,
si ya los otros caminos
inútiles lo emprendieron.
Y cuando a don Luis mirara
(pongamos un desafuero
tan grande)...

DON LUIS.

(Ap.)

De estas verdades

escuchan los encubiertos.

DOÑA BEATRIZ.

¿Fuera delito muy torpe
tratar de mi casamiento,
juzgando que ya corrían
tres años sobre tu entierro?

DON JERÓNIMO.

(Al paño.)

Mucho la plática dura,
y está mi honor advirtiendo

que agora por fuerza ha sido
don Luis buscado de intento.
Si por don Diego le hablaran,
ya hubiera venido al suelo
el error; que los engaños
no saben estarse quedos.
No puedo sufrirlo más,
que es el honor muy inquieto;
y para cualquiera fortuna
tengo razón y mi acero. *(Sale.)*
Parece que un hombre sale
de allí; retirarme es bien.

DON LUIS.

(Retírase.)

Escena VII.

DON JERÓNIMO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, JUSEPA, DON DIEGO.

DON JERÓNIMO.

¿Hay penas que en mí no estén?
¿Hay confusión que se iguale
con esta? Pues, vive Dios,
que se ha de acabar aquí;
que vive valor en mí
para matar a los dos.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cielos! ¿es mi padre? Él es.

JUSEPA.

¡Triste de mí! ¿Mi señor
ahora? Gentil humor
de no acostarse a las tres.
¡Que hay noche que suele estar
como un marido a las diez,
y que se coma esta vez
las manos por estorbar!
Pues cierto que no ha de hallarme
tan presto. Voy a esconderme;
que si procura cogermé,
le ha de costar el buscarme.

DON JERÓNIMO.

¿Quién por allí se apartó?
Nadie se mueva de aquí. *-(A las hijas.)*
Y vos volved. *(A Jusepa.)*

JUSEPA.

(Ap.)
No es a mí; *(Andando.)*
que nadie a mí me trató
de vos. Aquí me acomodo.
(Llega donde está don Diego.)

Pero también hay acá
su poco de hombre; ello va
poniéndose mas del lodo.

DON DIEGO. *(Ap.)*
¿Qué quiere aquesta mujer?
¿Hay nuevo mal que me asombre?
Sí; que también llega un hombre.

DON JERÓNIMO. ¡Por qué te vas a esconder,
Jusepa? *(Ap. Mas ya su fin
se ve.)* ¿Quien es? *(A don Diego.)*

DON DIEGO. *(Ap. Loco estoy.)*
Don Diego de Silva soy.

JUSEPA. *(Ap.)*
Yo, Jusepa del Jardín.

DON JERÓNIMO. Don Diego, venid conmigo;
que tengo un poco que hablaros.
(Ap. Honor, aquí he de vengaros.)

DON DIEGO. Ya, don Jerónimo, os sigo.
(Van adonde están Beatriz y Leonor.)

DON JERÓNIMO. No es mucho lo que hay que andar;
llegado habemos al puesto.
(Mira hacia la ventana.)
¿Ah, don Luis?

DOÑA BEATRIZ. *(Ap.)*
Cielos, ¿qué es esto?
Don Luis me vino a escuchar.
¿Mi padre y don Diego aquí?-
Leonor, Leonor, ¿qué he de hacer?

DOÑA LEONOR. Hermana, ni a responder
acierto, ni a estar en mí.
(Sale don Luis a la ventana.)

Escena VIII.

DON LUIS. - *Dichos.*
¿Quién llama?

DON JERÓNIMO. Don Luis, llegad
acá.

DON LUIS. *(Ap. ¿Qué habrá sucedido?)*
Ya llego. *(Quítase de la ventana.)*

JUSEPA. *(Ap.)*
La causa ha sido
de todo la oscuridad.

DON LUIS. *(Sale al jardín.)*
Ya estoy aquí. ¿Qué mandáis?

DON JERÓNIMO. Don Luis y don Diego, ahora
tened silencio.

JUSEPA. *(Ap.)*
Ya sale
el triunfo de las corozas.

DON JERÓNIMO. Jusepa, trae una luz;
que en esta ocasión importa.

JUSEPA. Voy a servirte, Señor,
como dicen, por la posta. *(Vase.)*

Escena IX.

DON LUIS, DON JERÓNIMO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, DON DIEGO.

DON JERÓNIMO. De don Jerónimo Enríquez
la calidad generosa
se sabe; y aunque se sabe,
es presupuesto que importa;
porque si ofensas hubiese
de tan ilustre persona,
quien le tuviere ofendido
verá la empresa que toma.
Viniéndome a recoger
esta noche, habrá tres horas,
un caballero, que huyendo
o retirándose a solas
de la justicia venía,
que andaba a buscarle en tropa,
quiso que yo le ocultase;
trájele aquí (no es historia
para relaciones largas,
que en prisas de honor estorban).
Uno de vosotros es
el que digo; y aunque todas
las señas son de don Diego,
hay señas que mal informan.
El otro por sí se vino.
Tengo dos hijas hermosas,
que aquí con don Luis hablaban;
y pienso que no le ignoran
tampoco el nombre a don Diego.
Los miedos que aquí se forman

DON DIEGO.

y los agravios que arguyo,
aun mal apuntados, sobran
para quedar bien expresos.
Dos sois: si se proporcionan
las calidades conmigo,
pues ellas son dos, dichosa
satisfacion es su mano.
Mas si esto no se conforma,
la espada que tantas veces
en sangre africana, roja,
supo en mi brazo ser rayo,
sabr , si aquí la provocan,
mostrar a quien me ofendiere
que aún tiene filos que cortan.
Don Jerónimo, yo quiero
que, aunque esta causa es tan propia
de vuestro honor, la juzguéis
por lo que en ella me toca.
Yo soy aquel caballero
que vos trajisteis. Notoria
nos es vuestra sangre ilustre;
la misma en Beatriz se copia.
Mi calidad asegura
correspondencia lustrosa
para aspirar a su mano;
falta decir quién lo estorba.
Cuando esta noche aguardaba
que vos hici sedes hora
de verme (que fue el concierto
de que estar is con memoria),
llegó una mujer a hablarme,
y no era a mí; mas turb la
la oscuridad, que ha vencido
esta noche más que en otras.
Que la siguiese me dijo,
sin más hablar, presurosa,
segu la, en crédito siempre
de ser vuestra embajadora.
Cerr me en un aposento,
que era prisión tenebrosa
mientras la luz no venía;
y fue en viniendo, más sombra;

porque Beatriz y su hermana
llegan, y en entrando, nombran
un don Luis. Aquí comienza
la noche de mis congojas.
Eché de ver el engaño;
¡qué mucho! pues aún no asoman
los males, cuando los celos
al punto los desembozan.
Dejélas, y al jardín vine;
y allí también se equivoca
Jusepa otra vez conmigo:
don Luis me llama, y me asombra
diciéndome que me vaya,
pues tengo la llave propia.
Últimamente, a Beatriz
visteis aquí, que ocasiona
dichas a don Luis de hablarla,
y envidia a mí de sus glorias.
Confieso que la he querido,
y aún hoy la quiero, que es cosa
que la despide la ofensa,
mas hay amor que la acoja.
Si veis que el honor me advierte
de tanta ajena vitoria,
de tanto don Luis buscado,
de tanto favor que goza,
¿querrá el honor que me case?
Juzgadlo vos, y disponga
vuestra atención la sentencia,
como al dolor se le esconda.
También a mí me dais culpa,
don Jerónimo; pues oiga
mis razones vuestra queja,
y júzguelas en buen hora.
En este jardín confieso
que entré sin vos (no se encojan
para salir las verdades,
que siempre han de estar airosas).
Llamado de Beatriz vine;
Beatriz, cuyo templo adornan
inútiles mis deseos,
que ha dos años que la invocan.

DON LUIS.

Salió Jusepa a buscarme,
según parece; y malogra
tan ciega la diligencia,
que con don Diego se topa.
Buscábades a don Diego,
y a mí me hallasteis; ¡qué cosas
en una noche se juntan
que las perturban sus sombras!
Reconocí vuestro engaño;
porque hay mentiras forzosas
que las prosigue el empeño,
como al principio las forma.
Beatriz admite el deseo
de don Diego; así lo nota
la puerta de vuestro cuarto
que viene a cerrar la alcoba.
Por ella soy yo testigo
que le buscó cuidadosa
no ha mucho; y aquí también
baja con las ansias propias,
juzgándome a mí don Diego.
Verdades tan venenosas
me ha dicho, que agora alcanzo
que hay en verdades ponzoña.
Mil desengaños he oído,
juzgad si habrá quién componga
con ellos un casamiento
que tanto el honor desdora.
Los dos se excusan; ¿qué es esto?
Ya las excusas me enojan.
Salga el acero, que es siempre
quien deudas del honor cobra.

DON JERÓNIMO.

Escena X.

JUSEPA, *con luz.*- Dichos.

JUSEPA.

Perdóname si he tardado;
que no soy más perezosa.

(*Sacan las espadas los tres.*)

DON DIEGO.

Yo soy don Diego de Silva;
las armas no me alborotan.

DON LUIS.

¿Don Diego de Silva? ¡Cielos!

DON DIEGO.

¿Quién con espanto me nombra?

DON LUIS. Don Luis de Toledo.

DON DIEGO. ¿Hermano?

DON LUIS. Abrázame. En Barcelona te juzgaba; en fin nos vemos, y en fin tu muerte fue sombra.

JUSEPA. Miren si importó la luz porque los dos se conozcan.

DON DIEGO. Como murieron los padres de aquel caballero Boria que maté, cuyo desvelo mi muerte obró mentirosa, por descuidar su venganza, vuelvo a vivir.

DON LUIS. Y aquí rompa el alba en noche tan triste.

JUSEPA. Venga con bien el aurora.

DOÑA LEONOR. ¿Que eran hermanos, Beatriz? ¡Qué novedad prodigiosa! Servídate han dos hermanos, y sin que tú los conozcas. ¿Quién lo creerá?

DOÑA BEATRIZ. Quien supiere que fue sin hablarme toda su pretensión, y los deudos no averiguamos nosotras.

DON LUIS. ¡Extraño suceso, hermano! Los dos en distancia corta hemos servido a Beatriz, y sin saberlo hasta ahora.

DON DIEGO. Como hemos estado ausentes, y en partes siempre remotas, ha sido fácil.

JUSEPA. Los griegos están conversando en Troya.

DON LUIS. *(A don Jerónimo.)*
Perdonad que estos discursos, señor, mi hermano interponga, que ha mucho que no nos vemos.- Y pues tú, don Diego, adoras a Beatriz, y ella te estima (y no con finezas pocas, que yo lo acabo de oír),

dale la mano, y no pongas
en duda, pues soy tu hermano,
que mis pasadas memorias
ofensa tuya no tienen.
Y pues cesan las discordias,
si quiere Leonor mi mano,
será de mi amor corona.
DOÑA LEONOR. Como mi padre lo mande,
veréis mi obediencia pronta.
DON JERÓNIMO. Yo gusto de vuestro gusto.
DON DIEGO. No se pudiera hallar otra
satisfacion a mis celos;
en dulce quietud reposan.
Mil almas lleva esta mano,
Beatriz.

DOÑA BEATRIZ. Las almas se doblan
con esta.

DOÑA LEONOR. Feliz he sido,
pues mi esperanza se logra.
DON JERÓNIMO. Mil años os gocéis, hijos.
JUSEPA. Eso sí, bodas y bodas,
y yo que me quede *in albis*.
DON DIEGO. No prosigas, calla loca;
porque, dando fin, perdonen
la cortedad de las obras,
la confusión de un jardín.
Dadle un vitor de limosna.

La fuerza del natural
Agustín Moreto



La fuerza del natural

Agustín Moreto

La fuerza del natural

Agustín Moreto

PERSONAS.

CARLOS.

JULIO.

ROBERTO.

AURORA.

CAMILA.

GILA.

EL DUQUE DE FERRARA.

ALEJANDRO, *duque de Urbino*.

UN MAESTRO DE DANZAR

CRIADOS.-Músicos.

ACOMPañAMIENTO.

La escena es en Ferrara y sus inmediaciones.

Jornada primera.

Campo delante de una quinta.

ESCENA I.

CARLOS Y JULIO, con *alforjas, vestidos de villanos*.

CARLOS. Necio, ¿qué me quieres?
 JULIO. Her
 de ti lo que hará mi padre:
 por la leche de mi madre
 que esta vez te ha de moler.
 CARLOS. Harto, necio, me molió
 en darme un hermano tal.
 JULIO. Pues bestión, bruto, animal,
 ¿sois más sabiondo que yo?
 CARLOS. Ya a cólera me provocho;
 calla, Julio, o te daré...
 JULIO. calla, Carlos, o te haré...
 CARLOS. ¿Qué harás, necio?
 JULIO. ¿Qué harás, loco?

ESCENA II.

GILA.-DICHOS.

GILA. ¿Qué es esto? ¿sin resistillo
 siempre heis de gruñir los dos?
 JULIO. Déjame, Gila, por Dios;
 que vengo hecho un cocodrillo.
 GILA. ¿Qué traéis?
 CARLOS. La lema cansada
 de gruñir por el camino.
 JULIO. Puerco, vos sois el cochino.
 GILA. Pues ¿qué traéis?
 JULIO. No traer nada:
 los dineros, siendo ajenos,
 de la leña que ha llevado,
 en libros se los ha echado.
 GILA. ¿En libros?
 JULIO. Ni más ni menos.
 GILA. Pues ¿qué libros fue a comprar?
 JULIO. Qué sé yo; uno es muy grande:
 Envidia, *De arte mamandi*
 para hartarse de mamar.

CARLOS. ¿Sabes tú lo que es?
 JULIO. Sabido
 Si no hay cabra, mala cholla;
 ¿qué cuidado ha de hacer la olla
 con ese Envidio cocido?
 CARLOS. Si yo este libro antepongo
 al comer, ¿has de impedillo?
 JULIO. ¿No era mejor un librito
 para hacer, Gila, mondongo?
 GILA Tiene razón.
 CARLOS. ¡Qué ignorante!
 GILA. ¿Que esto traéis toda la vida?
 CARLOS. Para limpiar su comida,
 una criba ¿no es bastante?
 JULIO. ¿Qué llama criba?
 CARLOS. El exceso
 de tu ignorancia te ultraja.
 JULIO. Pues digo, ¡como yo paja?
 ¿bestia seré, según eso?
 CARLOS. Claro es.
 JULIO. ¡Bestia! Haré teatro
 de venganza.
 GILA. Déjalo.
 JULIO. No hay dudar, llamómelo
 como tres y dos son cuatro.
 ¡Bergantón!
 CARLOS. Pues no des voces,
 y llega.
 GILA. Julio, detente
 JULIO. pues so bestia, al insolente
 tengo de moler a coces.

ESCENA III.

ROBERTO.-DICHOS.

ROBERTO. Carlos, Julio, hijos, ¿qué hacéis?
 CARLOS. Padre, venir del mercado.
 JULIO. Señor, ¿vos habéis llegado?
 me huelgo.-Ahora lo veréis.
 ROBERTO. Pues ¿cómo os estáis aquí,
 cuando anda el Duque en el monte
 ilustrando este horizonte
 (que guardar me toca a mí)
 con Aurora, su sobrina,
 recién venida a Ferrara,

a quien por su beldad rara
 la llaman la Peregrina;
 y como otras veces hoy
 con la caza la entretiene?
 Mirad que a la quinta viene;
 y como su guarda soy,
 prevenidos los jardines
 y fuentes he de tener.
 Id presto, que hoy han de ser
 sus flores mil serafines.

CARLOS. ¡Cielos! Ya el alma se empeña
 con nueva tan venturosa.

JULIO. Y ¿no nos pescada cosa
 del dinero de la leña?

ROBERTO. ¿Qué traéis?

JULIO. Carlos dirá
 del sayo; que aquí está el mío.

CARLOS. Yo de mi padre confío
 que a bien mi intento tendrá.
 yo, Señor, soy inclinado
 tanto a saber, que he aprendido
 el latín, sin que haya sido
 a tu costa mi cuidado.
 Para ejercitarme más
 unos librillos compré,
 que el uno un Ovidio fue,
De arte amandi.

JULIO. Y ¿los demás?

CARLOS. Unos barros que algún día
 harán falta, y más a quien
 sirve a damas.

ROBERTO. Dices bien.

JULIO. Y ¿es barro la bobería?

CARLOS. Pues ¿no te brindan con ellos
 a beber el agua en barro?

JULIO. ¿Agua yo? Antes mal catarro
 os dé Dios en uno dellos.
 ¡El mismo demonio fragua
 que mi hermano hayas de ser!

ROBERTO. ¿Por qué?

JULIO. No puede tener
 buena sangre quien bebe agua.

ROBERTO. Pues tú, ¿qué traes?

JULIO. ¿Que eso digas?

¿Yo había de ser tan bobo?
 traigo aquí vaca en adobo,
 traigo ajos para las migas;
 un sebo que se desliza,
 que no hay en casa palabra;
 un menudico de cabra,
 seis varas de longaniza.

GILA.

Y ¿vienen bien ajustadas?

JULIO.

Yo sé que está bien medido,
 porque yo no me he comido
 della sino dos pulgadas.

ROBERTO.

(Ap. ¿Qué secreto será, cielos,
 la distancia entre los dos?
 Mas si se reserva a vos,
 en vano son mis desvelos.
 Carlos, hijo humilde mío,
 es sabio, atento y cortés;
 Julio, hijo del Duque, es
 necio, ruin, torpe y sin brio.
 Si el criarle tan secreto,
 siendo fuerza, causa fuera,
 en Carlos, mi hijo, pudiera
 también seguirse el efeto;
 mas siendo una la crianza,
 la sangre tan desigual,
 salir uno y otro tal,
 ningún discurso lo alcanza.
 Mas si en Carlos, mi hijo, ha sido
 providencia su saber,
 el pobre lo ha menester,
 que el rico nace entendido).
 Venid.

JULIO.

Haréis que me aburra
 Si esto a Carlos consentís.

GILA.

Dice bien.

ROBERTO.

Pues ¿qué decís?

JULIO.

Que le peguéis una zurra.

ROBERTO.

Andad.

JULIO.

Pues venga a almorzar;
 que yo os juro por san Pabro...

GILA.

¿Qué es venir?

JULIO.

Me lleve el diablo,
 Gila, si lo ha de probar.

CARLOS.

Ni yo a ti te lo pidiera.

JULIO. Pues darle tengo por eso,
a trueque de pan y queso,
los libros a la tendera.
(Vase con Gila.)

ESCENA IV.

ROBERTO, CARLOS.

ROBERTO. Carlos, hijo, ven; ¿qué esperas?
CARLOS. Señor (*Ap.*, ¡Ah loca esperanza!),
Ya yo voy. (*Ap.* ¡Estoy sin mí!)
ROBERTO. ¿Qué tienes, Carlos; que andas
triste todos estos días?
CARLOS. Yo, Señor, no tengo causa,
sino...
ROBERTO. ¿Qué sientes? ¿Qué tienes?
Dime tu pena, descansa.
CARLOS. Padre mío, si no siguen
el parentesco las almas,
pues Dios las infunde al hombre
de su mano soberana,
no extrañes que en mí la mía,
con plumas imaginarias,
vuele sobre el coto, en que hizo
mi nacimiento la raya.
Yo, padre, vivo oprimido
en esta jerga villana;
basta para el traje mío,
que a mis alientos no basta.
Yo, Señor, salir quisiera
donde mi suerte robara;
que si tal vez la fortuna
a los que encuentra levanta
mas aun que a los que la buscan,
y aquel a quien ella halla,
es porque ciega y sin tino
discurre por partes varias,
dando en el que no la busca,
diligencia hizo, y no mala,
el que se supo poner
en parte que te encontrara.
Que si a salir no se arroja,
¿cómo ha de hallarle ni hallarla
el que vive en los retiros
que la fortuna no anda?

esta es, Señor, mi tristeza;
aunque en mi loca esperanza,
reservada a tu respeto,
puede tener otra causa.

ROBERTO. (*Ap.* El aliento de este mozo
da que pensar a mis ansias.
si acaso... pero es locura:
causa es de mí reservada).
Pues ¿cómo, Carlos, mi amor
con esos desdenes pagas?
¿Qué pensamiento ser puede
el que a mi halago recatas?

CARLOS. Es, Señor, una locura.

ROBERTO. Locura en ti es muy extraña.

CARLOS. Locura es poner el tiro
donde la fuerza no alcanza.

ROBERTO. De tu discreción lo admiro;
pero ¿no puedes contarla?

CARLOS. No es, Señor, para tu oído.

ROBERTO. Yo admito la disonancia.

CARLOS. Recelo...

ROBERTO. Nada receles.

CARLOS. Temo que...

ROBERTO. No temas nada.

CARLOS. ¿Me das licencia?

ROBERTO. Y aun ruego.

CARLOS. Pues oye.

ROBERTO. De buena gana.

CARLOS. Con el descuido, Señor,
que me da mi suerte baja,
deste monte el otro día
pisaba la verde falda,
tan fuera de pensamientos,
tan ajeno de estas ansias,
como quien vive una vida
sin ver otra mas hidalga:
que la quietud de los hombres
pende de no envidiar nada;
que el que no ve mejor suerte,
ni la envidia ni la extraña.
Y ningún hombre en el mundo
feliz o infeliz se llama
si estando en cualquier fortuna,
con otra no se compara.

Discurriendo sus veredas
sentí andar gente de caza,
paré la vista, y aquí
paré el sosiego del alma.
Una fugitiva corza
siguiendo, airosa bajaba,
armada de una escopeta...
no sé si sabré pintarla:
no en competencia de Venus
pintan tan hermosa a Palas,
para merecer más digna,
blandiendo un rayo por asta;
ni a la Venus vencedora
el pastor con la manzana
dejó tan bella, añadiendo
a su hermosura esta gracia;
ni el rubio carro del sol
por el horizonte arrastra
tanto esplendor, cuando sale
rey coronado del alba,
como una mujer divina
iba venciendo bizarra,
en luz, hermosura y brio,
al sol, a Venus y a Palas.
Llegando a tenerla a tiro,
con codiciosa asechanza
terció airosamente el cuerpo;
afirmó al suelo la planta,
la escopeta al hombro arrima,
la vista en el punto cala
y a la presteza del muelle,
juntando la mano blanca,
tocó el gatillo; y cayendo
el pedernal, trocó en llama
el fogón al negro polvo,
porque dos tiros lograra:
pues cierto arrojó el cañón
por sendas tan encontradas,
tan presto el fuego a mi pecho
como a la corza la bala.
A ver el feliz despojo
de la vitoria iba ufana,
y pasando junto a mí,
me dejó suspensa el alma.

Arrebatado yo entonces
de mis amorosas ansias,
pronunciando, de turbado,
un hielo en cada palabra,
la dije: «Con más razón
pudiera volver bizarra
a verme quien se deleita
En ir a ver lo que mata».
Díjome: «¿Quién es el muerto?»
yo respondí: «¡Duda extraña!
pues ¿ignoran vuestros ojos
que a cuantos miran los matan?»
-«Sí, porque hay muchos que viven».
Y yo repliqué: «Os engañan,
que los más muertos son esos;
pues si a hermosura tan alta
rendir el alma es un feudo
que la razón misma paga,
el que mirado de vos,
no la rinde o la recata,
será porque no la tiene.
Y siendo así, muerto estaba,
pues ninguno está tan muerto
como el que vive sin alma».
Bañada en alegre risa,
dijo, volviendo la cara:
«Discreto sois». Claro está,
contenida la distancia,
que sería por desprecio;
porque cuando fuera tanta
mi necedad o locura,
que tuviera confianza
de que por favor lo dijo
mi temor la imaginaba
en tal altura, respeto
de ser mi suerte tan baja,
que a mí, al venir por el viento,
desvanecido llegara.
A este tiempo caballeros
llegaron por partes varias
y de su voz infirió,
para morir, mi esperanza
que era la divina Aurora,
recién venida a Ferrara,

sobrino de nuestro duque
y heredera de su casa.
Cargando el muerto despojo,
de todos acompañada
se volvió, sin que entre tantos
alguno en mí reparara.
Yo, helado, tímido y ciego,
sin poder mover las plantas,
quedé como aquella flor
que al sol sigue, su luz ama,
y al faltarla, el cuello inclina
hacia la parte que él baja,
perdiendo olor y hermosura,
marchita, mustia y ajada.
Mas dijo entonces mi pecho:
«¡Oh quién su suerte imitara,
y en el mal y el bien con ella
tuviera una semejanza;
pues ella al volver el sol
cobrará pompa y fragancia,
y yo no sé si seré
como ella será mañana!»
De irse sin verme ni hablarme
ella y los que la acompañan,
sentí de suerte el desprecio,
que olvidado con mis ansias
de quien era, volví a mí
a ver lo que me faltaba.
Halléme pobre, abatido,
halléme humilde y sin fama,
y halléme yo, que es lo más
esencial de mi desgracia.
Dije entre mí: «La fortuna,
la riqueza, la abundancia,
la nobleza ¿es algún don
que Dios infunde en las almas?
Con todo, el hombre es lo más.
¿No se adquieren? ¿No se ganan?
Pues ¿cómo mi diligencia
no desmiente mi desgracia?
¡Sabido que hay más que ser,
hay quien sea menos! La fama
o el desprecio ¿no lo busca
o la pierde la ignorancia?

Las suertes no cuestan más
unas que otras; que, aunque varias,
la inclinación que las sigue
las hace buenas o malas.
Con aquel sudor que cuesta
al tosco la corva azada,
gastado en más noble empeño,
logrará mayor ganancia.
Quien por el valle camina,
con los mismos pasos que anda,
dirigidos a la altura,
pasará las cumbres altas.
La tierra fértil o estéril.
¿En sus abiertas entrañas
diferencia la cosecha?
No; la mano que la labra.
¿Trabaja mas que el villano,
siempre en la mano la azada,
quien pelea? No, pero es
más digno lo que trabaja.
Luego si la elección es
quien hace nobleza y fama
a pesar del hado, el hombre
es quien se ilustra o se ultraja.
Pues débame noble asunto,
alto empeño; que el que cava
no hace menor el trabajo,
sino menos la ganancia».
Con estos discursos, padre,
volví tan confuso a casa,
que nunca de mí esta ardiente
imaginación se aparta.
Yo debo al cielo este aliento;
no le oscurezca la baja
ocupación de mi vida;
salga a ver el mundo, salga
a lograr su ardiente impulso.,
honren mi diestra las armas,
busque mi aliento el peligro,
engólfese mi esperanza,
ennoblézcame el empeño
y coróneme la hazaña;
que el que atrevido y brioso
trepa la áspera montaña,

su difícil frente pisa,
y despeñado se acaba.
ROBERTO. Absorto de oírte quedo.
(*Ap.* ¡Que este aliento, esta arrogancia,
tan noble, atenta y discreta,
de mi humilde sangre salga;
y de un príncipe en el ocio,
tan necia, tosca y villanal
algún gran secreto dudo
en suertes tan encontradas).

VOCES. (*Dentro.*)
¡Abajo, abajo, a seguirla!

ROBERTO. Mas este es el Duque; guarda
para después el discurso,
Carlos, que agora nos llama
obligación más precisa.
Sígueme, que están ya en casa. (*Vase.*)

ESCENA V.

CARLOS; *luego*, AURORA

CARLOS. Por varias partes del monte
toda su familia baja.
Mas ¡Cielos, ¡qué es lo que mire!
Aurora (¡el cielo me valga)
sola hacia esta parte viene;
ya el pecho se sobresalta.

AURORA. (*Al salir*)
Alcanzarla es imposible;
que ya llego yo cansada.

CARLOS. (*Aparte.*)
¡Cielos hay mujer más bella!
¿Si osaré llegar a hablarla?
Locura es, mas por locura
pierde el conceto que agravía.

AURORA. ¡Ah, villano!

CARLOS. (*Aparte*)
Enmudecióme.
¡Oh, pesía mi suerte ingrata!
¿Qué he de hablar, si antes de oírme
me ponen esta mordaza?

AURORA. ¿Hay por aquí alguna fuente?

CARLOS. Señora...

AURORA. A buscar el agua
me trae del monte el cansancio.

como tocar vuestro labio,
y a lograr dicha tan alta
se que turbado; que es
lo que a mi suerte le pasa.

AURORA.

¿Qué es lo que os turbó?

CARLOS.

Mi afecto.

AURORA.

¿Afecto?

CARLOS.

Fue una batalla,
que al veras sentí en el pecho.

AURORA.

¿Batalla sentís?

CARLOS.

Y mala,
porque es poco mi poder.

AURORA.

Y eso ¿qué es?

CARLOS.

No sé nombrarla.

AURORA.

¿La sentís y la ignoráis?

CARLOS.

Es que por alguna causa
puedo decir lo que siento,
pero no cómo se llama.

AURORA.

Pues decidme, ¿qué sentís
de mirarme?

CARLOS.

Esto esperaba.
De no miraros, Señora,
siento un fuego que me abrasa;
y luego de veros, siento
un hielo que me traspasa.
El aliento se apresura;
y como a veces me falta,
con un suspiro socorro
la necesidad del alma.
La lengua se me entorpece,
pierdo el color de la cara;
que aunque co lo veo, lo siento
en la sangre que me falta.
El corazón a latidos
del centro suyo se arranca;
si da saltos por salir
delante de vos, bien anda.
Destos movimientos nace
una congoja que agrada,
una desazón qué alivia
y una fatiga que halaga;
porque, aunque al veros, Señora,
me maltratan estas ansias,
al iros siento más pena

de lo que no me maltratan.
 Y es tan violenta esta lucha,
 que aunque está dentro del alma,
 el paso, la voz, la acción
 quedan con ella turbadas.
 Esto paso, y aunque es este
 que os explica mi ignorancia,
 el accidente que siento
 yo no sé cómo se llama.

AURORA. (*Ap. Loco es de no mal capricho*).
 Eso, con menos palabras,
 es amor.

CARLOS. Yo no o digo;
 mas si entendéis que estas ansias
 son amor, siendo vos misma
 quien lo juzga y quien lo alcanza
 no he de ser yo tan grosero
 con deidad tan soberana,
 que diga que entiende mal:
 vos lo decís, y eso basta.

AURORA. (*Aparte*)
 Recatado es para loco,
 para humilde muy bien habla;
 no es de este traje este estilo,
 no esta osadía es villana.

ESCENA VI.

EL DUQUE, ROBERTO, CRIADOS.-DICHOS.

DUQUE. (*Al salir*).
 Por aquí fue, llegad todos.
 Aurora, ¿cómo, dilatas
 entrar a ver los jardines,
 que prevenidos te aguardan,
 antes que entre más el sol?
 Ve, que te esperan tus damas.

AURORA. Buscando vine una fuente
 de las que esta verde falda
 guarnece su cristal frío.

DUQUE. Dentro verá a fuentes varias
 que con mármoles y jaspes
 la antigua idea retratan.

AURORA. Voy, Señor, a obedecerte.

DUQUE. Alégrate con tus damas,
 que es lo que mi amor desea.

AURORA. Y lo que agradece el alma.
 CARLOS. *(Aparte).*
 ¡Oh, loca pasión! ¿qué quieres?
 AURORA. *(Aparte).*
 Deste villano admirada
 voy, porque se infieren dél
 Consecuencias muy contrarias. *(Vase).*

ESCENA VII.

EL DUQUE, *que habla reservadamente con* ROBERTO; CARLOS, *retirado*; CRIADOS.

DUQUE. ¿Roberto?
 ROBERTO. Señor.
 DUQUE. Escucha.
 ¿Cómo está Julio?
 ROBERTO. Turbada,
 Señor, mi voz te responde;
 porque, como tú me mandas
 que no haga demostración
 alguna con su crianza,
 más que si fuera mi hijo,
 por el secreto que guardas,
 está muy rústico y torpe.
 DUQUE. Fácil se enmienda esa falta
 en quien tiene sangre mía;
 y ya que las suertes varias
 de los sucesos del tiempo
 dan a mi intento mudanza,
 yendo a la corte será
 más fácil el enmendarla.
 ROBERTO. ¿En la corte, Señor? ¿Cómo?
 DUQUE. Yo por mi esposa Casandra,
 y su condición celosa,
 teniendo hijo que heredera
 mis estados, procuré
 tal secreto a su crianza.
 Mas ya que la suerte esquiva
 dispuso ¡ah pena tirana!
 que de un indomable bruto,
 que su condición bizarra
 rendir quiso despeñado,
 diese lástima a Ferrara,
 llanto a mis ojos impío
 y eterno luto a mis canas;
 y ya que perdió mi esposa,

a pena tan desusada,
 con tanto dolor la vida
 que logra en quietud más alta;
 cesando el inconveniente,
 y viendo heredar mi casa
 Aurora, cuya hermosura
 tanto príncipe idolatra,
 por excusar competencias,
 que a veces en mal acaban,
 declarando a mi hijo Julio,
 con él deseo casarla.

Con este intento he venido
 ala quinta esta mañana;
 para que le lleven traigo
 la prevención necesaria;
 orden tienen mis criados,
 y vendrán a ejecutarla
 en yéndome yo. En la corte
 se enmendara su ignorancia.

CARLOS. ¿Qué hablará el Duque a mi padre?

ROBERTO. Señor, quien serviros trata,
 Sólo obedecer le toca.

DUQUE. ¿Dónde está Julio?

ROBERTO. Aquí anda.

DUQUE. Llamadle.

ROBERTO. Carlos, aprisa,
 Llama a Julio.

CARLOS. Él te escuchaba.

ESCENA VIII.

JULIO, GILA.-DICHOS.

JULIO. Desto he de perder el seso.

ROBERTO. ¿Julio?

JULIO. Sí, pero sin siega.

ROBERTO. Que el Duque te llama; llega.

JULIO. Pues ¿qué se me da a mí deso?

DUQUE. ¿Qué dices?

JULIO. Vuestra presencia
 no es cosa.

DUQUE. Pues ¿qué has tenido?

JULIO. Estoy yo muy ofendido.

DUQUE. ¿De quién?

JULIO. De vuesa insolencia.

Traéis gentes importunas,

que nunca comen, por Dios;
ni os entiendo, pues de vos
siempre me quedo en ayunas.

DUQUE. Pues ¿te falta que comer?

ROBERTO. No le ha faltado jamás

JULIO. Sí, que aunque haya, falta más;
que siempre más puede haber.

ROBERTO. (*Aparte*)
¡Qué necio!

JULIO. Venga acá, diga:
¿Qué ha de haber, siendo bambolla,
para seis con una olla
que es menor que una barriga?

DUQUE. (*Ap.*) Que esto hace el trato imagino.

JULIO. Cuando no hay bien que almorzar,
me voy a descalabrar
al muchacho del vecino;
y porque no se desangre
me llama...

DUQUE. ¿A qué?

JULIO. A concluillas,
que él hace lindas morcillas,
y yo sé tomar la sangre.

DUQUE. (*Ap.*) A un yerro me precipito
si es tan tosco; mas allá
la corte le labrará.

JULIO. Rabio por estar ahíto.

DUQUE. ¡Ahíto! en gran riesgo topas.

JULIO. Sólo por tomar jarabe.

DUQUE. ¿Jarabe?

JULIO. Con pan me sabe
que rabia, y más si hago sopas.

DUQUE. (*Ap. a Roberto*).
Roberto, en yéndome yo
decidle vos con agradó
que es mi hijo; que el estado
siempre a los hombres mudó,
y en él la sangre obrará,
que agora el trato oscurece.
Disponed lo que se ofrece,
pues ya mi gente vendrá.

ROBERTO. Cómo te obedezco sabes,
con mi rendida lealtad.

DUQUE. Esto luego ejecutad.

(Vase con Roberto y los criados).

ESCENA IX.

CARLOS, JULIO, GILA.

JULIO. Señor, ahí quedan las llaves.
 GILA. ¡Cómo al Duque, que nos rige,
 Hablaste tan hecho un lobo?
 JULIO. ¿Pensabas que era yo bobo?
 Pues toma lo que le dije.
 GILA. ¿Qué dijiste, si la gente
 se admira de ver tu modo?
 JULIO. ¿No se han de admirar, si todo
 se me ofrece de repente?
 CARLOS. Muy bien se vio en el conceto.
 JULIO. ¿Pensáis que no me remonto?
 Yo también por este tonto
 me he holgado de andar discreto.
 GILA. No, sino mal has andado.
 JULIO. ¿Cuándo?
 GILA. Hoy, en lo que yo te escucho.
 JULIO. Es verdad; no he andado mucho,
 que en la burra fui al mercado.
 CARLOS. (*Aparte*)
 Ya enmienda su necesidad
 de tu simpleza me espanto.
 JULIO. No me alabes, Gila, tanto;
 que no quiero vanidad.
 CARLOS. (*Aparte*)
 Mi padre con alegría
 vuelve ya; ¿cómo pudiera
 ver yo a Aurora, porque fuera
 para mí entero este día?

ESCENA X.

ROBERTO.-DICHOS.

ROBERTO. Hijos.
 CARLOS. Señor.
 JULIO. ¿Qué previene?
 ROBERTO. De uno de los dos acá
 llegó la fortuna ya.
 JULIO. ¿Ya llegó? Y ¿de dónde viene?
 ROBERTO. Uno de vosotros no
 es mi hijo, aunque lo pasa
 como hijo mío en mi casa.

JULIO. Más ¿Cuánto va que soy yo?
 GILA. ¿Por qué?
 JULIO. A pensarlo me atrevo
 porque hoy la leña vendí
 a un sacristán, que era a mí
 parecido como un huevo.

CARLOS. (*Aparte*).
 ¡Cielos, qué gran confusión!

ROBERTO. (*A Julio*).
 Más alto padre le espera.

JULIO. No hay que dudar, pues él era,
 que es más alto que un capón.

CARLOS. Padre, aunque mi suerte fuera
 la mejor y la más clara,
 de tenerla me pesara,
 si a voz por padre os perdiera.

ROBERTO. A Julio el favor le dan
 los hados o quien los rige.

JULIO. Dicho y hecho; que lo dije
 Dende que vi al sacristán.

GILA. Gran dicha es que se publique
 que un sacristán te engendró.

JULIO. Siempre fui inclinado yo
 A cantar un *parce mique*.

ROBERTO. Julio, tu suerte es más clara
 y ya a vuestros pies rendido,
 la mano, Señor, os pido,
 pues del duque de Ferrara
 sois vos hijo.

JULIO. Mas, par Dios,
 ¿Del Duque?

ROBERTO. Sí.

JULIO. Son quimeras.

ROBERTO. Señor...

JULIO. ¿Diceslo de veras?

ROBERTO. Su hijo, Señor, sois vos.

JULIO. No burlemos.

ROBERTO. Si os señala
 el cielo tanto favor,
 ¿Por qué lo dudáis, Señor?

JULIO. Anda muy en hora mala,
 viejecillo marrullero:
 Sabiendo, avaro y prolijo,
 que yo del Duque era hijo,

ROBERTO. El que miras es; ¿qué esperas?

JULIO. Juro a Dios que va de veras.

CRIADO. Para lograr más honor,
que me deis los pies os ruego.

CARLOS. ¡Cielos, ¡qué miro!

GILA. ¡San Pabro!

JULIO. Que le dé los pies? Un diabro.
Pues ¿con qué he de andar yo luego?

CRIADO. Señor, con orden precisa
vengo a llevaros, y os pido
que os vais a mudar vestido.

JULIO. ¿Vestido?

CRIADO. Sí.

JULIO. Y ¿la camisa?

CRIADO. También.

JULIO. Pues ¿adónde está?

CRIADO. Yo os traigo cuatro.

JULIO. ¡Qué escucho!

Y ¿tienen oro?

CRIADO. Eso mucho.

JULIO. Y quemado ¿qué valdrá
si se lo vendo a un gabacho?

CRIADO. Pues el Duque os las envía,
mucho valdrán.

JULIO. ¡A fe mía!

Digo, ¿el Duque está borracho?

CRIADO. Lo que preguntáis no entiendo.

JULIO. ¿Suele estarlo?

CRIADO. Es desatino.

JULIO. ¿No habrá por allá buen vino?
Par Dios que lo voy creyendo.
En efecto él es mi padre;
y yo dél ¿qué vengo a ser?

CRIADO. Por hijo os da a conocer.

JULIO. Y ¿eso es por parte de madre?

CRIADO. Mirad que el Duque ha mandado
que vais a comer.

JULIO. ¡San Bruno!

CRIADO. Vestíos pues.

JULIO. Ponedme alguno
que esté de tripas holgado.

CRIADO. Venid pues, que es tarde ya.

JULIO. Carlos me ha de ir a servir;
dénle también de vestir.

CRIADO. Como lo mandáis se hará.
 JULIO. Gila ha de ir como una fror.
 CRIADO. Las damas de vuestra esposa
 os la pondrán muy hermosa.
 JULIO. Pues ¿qué le falta, Señor?
 CRIADO. Vamos.
 JULIO. ¿Qué, duque soy yo?
 CRIADO. Como a tal, Señor, os hablo.
 JULIO. Si no es verdad, lleve el diablo
 el alma que me engendró. (*Vase*).
 GILA. Saltando voy de contento
 a ponerme como un mayo. (*Vase*).
 ROBERTO. Carlos, ven.
 CARLOS. Ábrase un rayo
 mi vida y mi pensamiento.
 Agora es más mi desprecio.
 ROBERTO. Ven; que a ti te basta brío.
 CARLOS. ¿Qué es esto, padre?
 ROBERTO. Hijo mío,
 esta es la dicha del necio.

(*Vanse*).

Salón del palacio.

ESCENA XII.

ALEJANDRO, CAMILA.

CAMILA. No es hija esa esperanza,
 Alejandro, de tal desconfianza.
 ALEJANDRO. Ya sé, Camila hermosa,
 que en competencia, para mí no hay cosa
 injusta; que aunque ahora
 se ve de tantos príncipes Aurora
 por su estado pedida,
 no está de alguno como yo asistida.
 Y ninguno en amor, grandeza o gala,
 en mérito me excede, si me iguala;
 que al estado de Urbino
 ningunos ventajosos imagino;
 y caso que le hubiera,
 el mérito cediera
 de la asistencia mía
 en amor, en festejo, en bazaría.
 Yo en Parma la asistí, sin que pensara
 heredar a Ferrara,
 y siguiendo el impulso de mi estrella,
 acá vine con ella.

Pues ¿cómo el Duque ahora
a otro príncipe intenta dar a Aurora,
viendo que mi esperanza
este desprecio trocará en venganza?
CAMILA. Alejandro, esa queja
mucho a su intento y su razón se aleja,
no siendo ningún príncipe admitido,
que en vuestra competencia la ha pedido.
Y siendo tan bizarro vuestro aliento,
no le ultraje ese intento;
que damas hay iguales a mi prima,
cuya belleza estima
vuestro valor.

ALEJANDRO. Pues ¿quién lograr pretende
su mano?

CAMILA. *(Aparte)*
Mal me entiende.
No espero que conozca mi deseo;
que aunque en llamas le veo,
tener no puede amor de fuego el trato
cubierto de la nube del recato.

ALEJANDRO. ¿No me diréis quién vence su albedrío?

CAMILA. No; que mi prima viene con mi tío,
y della lo sabréis.

ALEJANDRO. Morir espero.

CAMILA. *(Aparte)*
Yo por avisos de un silencio muero

ESCENA XIII.

EL DUQUE, AURORA, DAMAS.-DICHOS

DUQUE. *(Ap. a Aurora).*
El estar tan grosero y poco airoso
mi hijo, Aurora, que ha de ser tu esposo.
Me obligó a que el secreto le encubriera.
Para que tu hermosura no te viera
hasta mudar el rústico vestido.

AURORA. Pues, Señor, tu cuidado en vano ha sido
porque si en esa quinta se ha criado,
por hijo de la guarda disfrazado,
ya yo le he visto, y daba su nobleza
a entender por la rústica corteza
del sayal; que un estilo tan discreto
no pudo de otra causa ser efeto.

DUQUE. Aurora, la esperanza me has cobrado,

- porque yo estaba délf desconfiado
de que igualara el trato a su nobleza,
como criado, en fin, en tal pobreza.
- AURORA. *(Aparte).*
¡Cielos, la admiración de aquel villano,
tan cortés, tan atento, no fue en vano!
El talle, aunque ultrajado, lo decía,
por la acción, por la voz y la osadía.
Y al alma con el tiro que había hecho,
abierto el corazón, le rendí el pecho.
Pues el que me admiró en tosco diseño,
¿Qué hará vestido en traje de mi dueño?
- DUQUE. Dad, Alejandro, el parabién a Aurora
De estar casada ya.
- ALEJANDRO. Si el alma ignora
Con quién, ¿cómo podré?
- DUQUE. Con hijo mío.
- ALEJANDRO. ¿Con hijo vuestro? *(Ap. Amor, ya desconfío).*
Pues ¿vos hijo tenéis?
- DUQUE. Veréisle ahora.
- ALEJANDRO. *(Ap. Murió ya mi esperanza).* Pues, Señora,
Logréis un siglo dicha tan crecida,
(Ap. A costa de las ansias de mi vida).
- CAMILA. Prima, de los favores de mi tío,
cualquiera vuestro, tengo yo por mío
pues tocáis, como os dije, el desengaño,
(Ap. a Alejandro).
Ultrajar vuestro mérito es más daño,
teniendo empresas con igual vitoria.
- ALEJANDRO. Esa dará la muerte a mi memoria.
- DUQUE. Ya tarda Julio.
- ALEJANDRO. Y ya mi fe obediente
le espera, no más digno, más decente.
- UNA VOZ. *(Dentro).*
Plaza, plaza.

ESCENA XIV.

JULIO Y CARLOS, *vestidos de galanes*; ROBERTO, CRIADOS.-DICHOS.

- JULIO. *(Dentro).*
¡Ay de mí!
- DUQUE. Que él es se infiere.
- ROBERTO. *(Dentro).*
¿Qué hacéis, Señor?
(Salen).

JULIO. El diablo que le espere.

ROBERTO. Que ultrajáis vuestro decoro.

CARLOS. ¿De qué huyes?

JULIO. ¡Linda traza!
Pues si dicen: «Plaza, plaza»
¿Quiere que me coja el toro?

ROBERTO. Llegáos, Señor, a poner
a los pies de vuestro padre.

JULIO. Ya allá me dijo mi madre
todo lo que había de hacer.
Mas los vuelcos de los coches
me traen algo bazucado.

CARLOS. Llega grave y con agrado.

JULIO. Dios os dé muy buenas noches.

CARLOS. Señor, ¿qué has dicho? ¿Estás ciego?

JULIO. Pues ¿ha sido bobería?

CARLOS. ¿Noches das siendo de día?

JULIO. Pues guárdenlas para luego.

CARLOS. Pide la mano al instante.

JULIO. Dice que os pida la mano;
mas yo soy tan cortesano,
que no os pido más del guante,
que no os hará tanta falta.

DUQUE. Seas, hijo, bien venido.

AURORA. (*Aparte*)
¿Qué es esto, amor? Yo he caído
desde la cumbre más alta.

DUQUE. ¿Cómo vienes?

JULIO. Eso, echado
como un obispo be venido.

DUQUE. ¿Vienes bueno?

JULIO. Algo molido;
Mas yo os lo diré sentado. (*Siéntase*).

DUQUE. No te haga, Aurora, extrañeza;
que es sencillez conocida
La suya.

AURORA. (*Ap.* En toda mi vida
No vi tan torpe fiereza).
Yo quiero sentarme y todo.

DUQUE. Siéntate, pues se sentó.

JULIO. No anden en eso; que yo
estoy bien de cualquier modo.

AURORA. (*Aparte*)
La suerte se me ha trocado:

- que no es el que yo entendí.
 CARLOS. *(Aparte)*
 ¡Ay, Aurora, y ay de mí,
 que nací tan desdichado!
- ALEJANDRO. *(Aparte)*
 Si este es su esposo, no siento
 el desdén, con la venganza.
- CARLOS. *(Aparte)*
 Con esto, de mi esperanza
 más cerca está el pensamiento.
- DUQUE. ¿No hablas a Aurora de ti?
 JULIO. No traigo que hablar con ella;
 mas lo que he de respondella,
 escrito lo traigo aquí.
(Saca un papel).
- DUQUE. Pues háblale tú.
 AURORA. Si haré.
 De veros alegre estoy.
- DUQUE. ¿No respondes?
 JULIO. A eso voy,
 espérese y lo veré.
- CARLOS. *(Aparte)*
 ¡Que el cielo, de entre los dos,
 a un necio tal suerte diera!
- JULIO. Aquí dice a la primera:
 «perdonad, prima, por Dios».
- AURORA. ¿Pido yo limosna? El juicio
 le falta.
- JULIO. Segunda: a eso
 dice «que la mano os beso,
 y vengo a vuestro servicio».
 No vengo tal, arre allá,
 un puerco es quien lo escribió.
 ¿A vuestro servicio yo?
- AURORA. Para servirme dirá.
 Mas la obligación que veis,
 siempre a serviros me obliga.
- JULIO. Tercera: a eso diz que diga:
 «Vos, prima, lo merecéis».
- DUQUE. *(Ap.)* Corrido estoy del efeto
 que en él causa lo que ignora.
 Yo no entiendo cómo a Aurora
 le ha parecido discreto.
- JULIO. Esto es saber responder.

DUQUE. Déjame el papel a mí.
 JULIO. No, que también viene aquí
 para después de comer.
 DUQUE. ¿Tanto incluye?
 JULIO. Es muy profundo.
 Con el papelillo puede
 andarse uno, si sucede,
 viendo primas por el mundo.
 AURORA. *(Aparte)*
 Aun el intento me agravia
 del Duque, y con él me irrito.
 DUQUE. Pues ¿quién el papel te ha escrito?
 JULIO. Carlos, que sabe que rabia.
 DUQUE. ¿Dónde está?
 CARLOS. A tus pies, Señor,
 humilde viene y rendido.
 Quien dichoso ha merecido
 de ser tu esclavo el favor.
 DUQUE. ¿No sois hijo de Roberto?
 CARLOS. Sí, Señor.
 DUQUE. *(Ap.)* Su discreción
 admira; esta oposición
 el corazón me ha cubierto.
 AURORA. *(Aparte)*
 ¡Cielos, este era el que yo
 por mi dueño presumí!
 Lo que escuché y yo que vi
 mi corazón engañó.
 Su talle, su entendimiento
 prometió lo que esperaba;
 ya el alma lugar le daba
 y ya despedirle siento.
 Mas si de amor es cautela,
 muera en mi silencio ahora.
 CARLOS. *(Aparte)*
 ¡Ay loco amor, que en Aurora
 se enciende a un tiempo y se hiela!
 JULIO. Tomara yo algo fiambre
 que almorzar; que los tapices
 comen tarde acá.
 DUQUE. ¿Qué dices?
 JULIO. Comamos; que rabio de hambre.
 AURORA. Si esa flaqueza sentís,
 haré que os traigan ahora

Llevalde a su cuarto ahora.
 JULIO. ¿Un cuarto no más, Señora?
 Dénme siquiera un dobrón.
 DUQUE. Ea, venid.
 JULIO. Vamos de esta
 a comer.
 DUQUE. Ven a tu cuarto.
 JULIO. Voy a poner, si me harto,
 la panza como una cesta.
 Roberto, a mi madre escriba
 lo bien que a mi prima he hablado.
 DUQUE. ¿A qué madre es el recado?
 JULIO. A mi madre putativa.
 CAMILA. (*Ap. a Alejandro*).
 Pues ya vais desengañado.
 Tratad, Duque, de otro empeño.
 ALEJANDRO. ¿Qué importa, si con el dueño
 va ofendida y yo vengado?
 (*Vanse el Duque, Alejandro, Camila, Roberto, Julio y los criados*).

ESCENA XV.

CARLOS, AURORA.

CARLOS. (*Aparte*)
 Un punto apartar no puedo
 de Aurora la vista. ¡Ay Dios!
 AURORA. ¿No seguís al duque vos?
 CARLOS. Aunque le siga, me quedo.
 AURORA. ¿Dónde os quedáis?
 CARLOS. Donde ignoro
 Cómo seré recibido.
 AURORA. (*Ap. Tan bien, que ya lo he sentido
 como ofensa mi decoro*).
 ¿Con Julio os habéis criado?
 CARLOS. Sí, Señora, aunque los cielos,
 para llorar mis desvelos,
 me hicieron más desdichado.
 AURORA. Y ¿hacéis de su dicha aprecio?
 CARLOS. Pues ¿no, si vuestro se ve?
 AURORA. Pues no la envidiéis.
 CARLOS. ¿Por qué?
 AURORA. Porque es la dicha del necio.
 CARLOS. Esa la mayor se muestra.
 AURORA. No, si a buena luz se mira.
 CARLOS. Pues ¿quién della no se admira?

AURORA. Mas, aunque corta, es la vuestra,
y a dél se ha parecido

CARLOS. ¿En qué parecida es?

AURORA. Lo que él gana en ser quien es,
por ser quien es lo ha perdido.

CARLOS. Pues en la mía, ¿qué veis
que se parezcan las dos?

AURORA. Por quien sois ganasteis vos,
y por quien sois lo perdéis. (*Vase*).

CARLOS. Pues, cielos, oculta en mí
mi suerte es fuerza que esté;
que por ser quien soy gané,
y por ser quien soy perdí. (*Vase*).

Jornada segunda.

Jardín del palacio.

ESCENA I.

AURORA, CAMILA

AURORA. ¿Qué poco duerme un cuidado!
 Mal una pena sosiega.
 ¡Ay, Camila! una desdicha
 groseramente despierta
 el alma para que pene;
 y aun aquella breve tregua
 del sueño no le permite,
 y la llama porque sienta.

CAMILA. (*Ap.* Ya entiendo yo sus pesares,
 y me está mal que aborrezca
 a Julio por su intratable
 ingenio y por su fiereza,
 porque así dilatará
 las hondas, y será fuerza
 que de Alejandro el amor
 vuelva a vivir en mi ofensa).
 ¿Qué tienes? Que aunque la causa
 penetra de tu tristeza,
 no es tanta, que con el tiempo
 no pueda tener enmienda.

AURORA. ¿Qué preguntas, si conoces
 que ha permitido mi estrella,
 que el Duque intente casarme
 con un hombre que en rudeza
 excede al bruto más fiero,
 sin ninguna humana seña?

CAMILA. (*Ap.* Aqueste aborrecimiento
 le está mal a mi fineza
 y al estado de mi amor,
 Y disuadilla quisiera).
 Ciertamente, Aurora, que adelantas,
 y perdona esta licencia.
 El pesar del nuevo esposo,
 y injustamente te quejas;
 que un hombre que está criado
 en tan oculta aspereza,

¡Qué mucho que ignore ahora
la cortesanía atenta?
Un ciego que nunca vio,
si a improvisa luz despierta,
en la misma claridad
nueva ceguedad encuentra.
Deja tú que a la doctrina
y a la enseñanza discreta
se deshaga lentamente
aquella ruda corteza,
y verás cómo descubre
entre generosas muestras
la gallardía del alma,
que hoy vive en él tan suspensa.

AURORA.

¿Eso dices, cuando en él
ves tan incapaces señas,
que a las fieras mas incultas
ha excedido su rudeza?
¿Carlos con él igualmente
en aquella pobre aldea
no se crió, y su discurso
y sus agradables prendas
de grosero le desmienten,
y cortesano le aprueban;
y esto con una enseñanza,
con una doctrina mesma?
Y debió de ser sin duda
que, errada naturaleza,
equivocó las dos almas;
y así, con tal diferencia
a Carlos le dio la noble,
cuando a Julio la grosera.

CAMILA.

Disculpada estás en que
Carlos muy bien te parezca
(*Ap.* Porque no elija a Alejandro,
a cualquier amor la alienta
mi cuidado); porque Carlos,
aunque en tan ruda bajeza,
merece que tú...

AURORA.

¿Qué dices?

CAMILA.

Lo que yo digo se queda
en sólo conocimiento.

AURORA.

Yo, aunque conozco sus prendas,
una cosa es estimarlas

y otra cosa conocerlas.
 (Ap. Miento, que siento en el alma
 no sé qué oculta violencia,
 que si digo que es amor,
 me lo escucho con vergüenza.
 Pero nunca el pundonor
 tendrá de mí justa queja,
 si aquesta pasión del alma
 se calla con padecerla;
 y fío tan puntual
 este secreto a mi estrella,
 porque si Carlos...) Mas él
 viene con Julio; mis quejas,
 si en el uno se aumentaren,
 en el otro se diviertan.
 Al jardín sale a vestirse;
 aquí pretendo que veas,
 retirada, la razón
 que tengo para mi pena.
 (Retíranse).

ESCENA II.

CARLOS, JULIO; UN CRIADO *con la capa y la espada*, y OTRO *con los guantes en una salvilla*- DICHOS.

JULIO. Quitáos allá, picarón.
 CRIADO 1.º La capa, y vestido estás.
 JULIO. ¿Pensáis vos vestirme más
 de lo que fuere razón?
 CRIADO 1.º La espada, Señor, tomad.
 JULIO. Mal con ella me acomodo.
 CRIADO 2.º (Le da los guantes).
 Ya estás vestido del todo.
 (Vanse los criados).
 JULIO. Yo pido suerte y verdad.
 CARLOS. Muda de estilo y de modos.
 ¿No ves que Aurora te ve?
 Háblala cortés.
 JULIO. Si haré,
 Aurora, acá estamos todos.
 AURORA. (Ap. ¡Que a esta mi estrella me rinda!)
 Ya he visto que estás aquí.
 JULIO. En toda mi vida vi,
 Aurora, cosa más linda.
 AURORA. Fuerza será agradecer

JULIO. lo que vuestra fe me alaba.
No habro yo con vos; que habraba
de un pernil que comí ayer.

CAMILA. (*Aparte*)
Creciendo en mi daño va
Su ignorancia y grosería.

AURORA. (*Ap. a Camila*).
¿Parécete, prima mía,
que aquello se enmendará?

CAMILA. No sé lo que me parece.
Tienes, Aurora, razón.

CARLOS. (*Aparte*)
Para hablar en mi pasión
buena ocasión se me ofrece.

CAMILA. (*Ap. Agora solo apelar
a la inclinación de Carlos
puedo yo; quiero dejarlos,
para que ella pueda hablar*).
Si tuvieres que mandarme,
llámame; que desa fuente
me divierte la corriente.
(*Ap. Pero no querrás llamarme.*)
(*Vase*).

ESCENA III.

AURORA, CARLOS, JULIO.

CARLOS. (*Ap. a Julio*).
Dila, Julio, por cumplir
algo, que obligado estás.

JULIO. Sóplame tú por detrás
lo que tengo de decir.

CARLOS. Dila: «Señora, estas frores...»

JULIO. Dila: Señora, estas frores...»

CARLOS. «Dicen con mucha armonía...»

JULIO. Dicen con mucha albornía...»

CARLOS. «Que esta verde monarquía...»

JULIO. Que esta verde mona cría...»

CARLOS. «Os debe muchos primores».

JULIO. Os debe muchos priores.

CARLOS. Todo a perder lo has echado.

JULIO. Todo a perder lo has echado.

CARLOS. Calla ahora.

JULIO. Calla ahora.

CARLOS. Válgale a Julio, Señora,

las disculpas de turbado;
 que él traía prevenido
 qué decir, y se turbó.
 Y si él gusta, diré yo
 lo que él decir ha querido;
 que antes de veros, sin duda,
 lo traía imaginado.

JULIO.

Decid vos; que está inturbiado,
 y la lengua, no me ayuda.

CARLOS.

Dice que en nuevos verdores
 arde este hermoso pensil,
 y que al ver tantos primores,
 tiene quejoso al abril
 la deslealtad de las flores.
 Jamás vio tan dulce y bella
 primavera este jardín,
 que adonde la estampa sella
 vuestro pie nace un jazmín,
 pero se pierde la huella.
 Las otras antiguas rosas
 se retiran vergonzosas,
 y las vuestras al cogellas;
 el modo de conocellas,
 es buscar las más hermosas.
 El clavel a ver salió
 la nueva luz que comienza,
 pero corrido volvió,
 y vuestra boca te dio
 de ventaja la vergüenza.
 Los enamorados vientos,
 a vuestra hermosura atentos,
 quieren su curso parar;
 la aurora os llega a robar
 los descuidados alientos.
 Al nuevo sol que amanece
 le alegra esta verde esfera,
 y mucha crueldad parece
 que adonde todo florece,
 solo una alma amante muera.
 Solo yo vivo infelice,
 porque mi ser contradice,
 a una fe tan empeñada.

AURORA.

¿Qué es lo que decís?

CARLOS.

Ya nada;

JULIO. Julio, Señora, lo dice.
Yo lo digo, ¿qué tenemos?
Yo como el Ave María
Estodiado lo traía.

AURORA. (*Aparte*)
¡Hay tan contrarios extremos!
¡Que sienta que esto es amor,
y que esta necia fatiga
cobarde se contradiga
a vista del pundonor!
¡Que así un alma se atropella;
y que se pueda creer
que es delito responder,
siendo tercera una estrella!

CARLOS. Haz que responda discreta.

JULIO. Muy poca merced me hacéis;
¿Por qué no me respondéis?
¿No es hoy día de estafeta?

AURORA. Dices bien, y quiero yo
tantos extremos pagarlos:
lléveos la respuesta Carlos,
pues Carlos por vos habló.

CARLOS. (*Aparte*)
¡Ah necio, ignorante amor,
que me estás dando a entender
que escuchar y responder
es mas distinto favor!

AURORA. Digo que estimo en extremo
las lisonjas que me hacéis,
que mucho a mi fe debéis,
que vuestra verdad estimo,
que sois cortés y discreto;
y no sé si agradecida...
(*Ap.* Detente, lengua atrevida,
que atropellas mi respeto).

CARLOS. Decid.

AURORA. Y a no ser los dos
tan opuestos, me obligáis
de suerte...

CARLOS. ¿Con quién habláis?

AURORA. Con Julio. ¿He de hablar con vos?

JULIO. Craro está, Dios me es testigo,
que sos tonto con efeto:
si dice que so discreto,

craro está que habra conmigo.
 Y en fin ¿decís...
 (Dentro).
 Al jardín
 todos los maestros vengan.
 CARLOS. Que Julio...
 AURORA. Que el Duque viene
 Os doy sólo por respuesta;
 y después...
 CARLOS. ¿Tendréis piedad...
 AURORA. (Aparte)
 ¿Cómo me despeño ciega?
 CARLOS. ¿De mi amor?
 AURORA. Lo que yo haré
 (Ap. El alma se cobre atenta),
 será castigar en vos
 una osadía tan necia,
 y que otra vez no os encargue
 Julio el decirme ternezas.(Vase).
 JULIO. Cuanto él dijo lo tenía
 yo en el pico de la lengua.

ESCENA IV.

EL DUQUE, ALEJANDRO, UN CRIADO *con dos espadas de esgrimir*, OTRO *con un instrumento*, EL MAESTRO DE DANZAR.-CARLOS, JULIO.

DUQUE. Aquí está Julio; desde hoy
 a la enseñanza le deba
 su edad mal aprovechada
 nueva vida y alma nueva.
 Julio, el cariño de padre
 cuidadoso me desvela
 en que la doctrina enmiende
 cuanto en vos su falta yerra.
 Todas las habilidades
 que con gala y con destreza
 los hombres de vuestra sangre
 es justa razón que aprendan.
 Desde hoy habéis de estudiar;
 y mi mucho amor os deba
 que con gusto y con cariño
 os apliquéis a aprenderlas.
 De los mejores maestros
 tendréis advertida escuela,
 porque el término se abrevie

a vuestra enseñanza atenta.
 Y porque no os embarace
 mi respeto y mi presencia,
 me iré; que buenos testigos
 en Carlos y el Duque os quedan,
 que piadosos suplirán
 faltas de vuestra experiencia.

(Se retira y observa oculto).

JULIO. Todo lo haré lindamente;
 que, a Dios gracias, tengo buena
 maña para cuanto quiero,
 y soy muy firme de piernas.

DUQUE. *(Ap. donde está oculto).*
 Aquí apartado veré
 si acaso a enmendarse empieza.

JULIO. Llegue el maestro de danzar.

MAESTRO. Aquí estoy a tu obediencia;
 Poneos enfrente de mí.

JULIO. Ahora veréis mi asilenciar.

ESCENA V.

AURORA, *que al entrar se detiene y queda retirada.*-DICHOS.

AURORA. *(Aparte)*
 Yo haré que el Duque eche a Carlos
 de Palacio, porque venza
 mi respeto a mi cuidado.
 Pero él está aquí, y se temple,
 en viéndole, mi rigor,
 y me obliga a que le atienda.

JULIO. Ea, empezad a danzar.

MAESTRO. Sea la lición primera
 Una entrada de pavana.

JULIO. Decís lindamente; venga
 una entrada de Pastrana.

MAESTRO. Haced una reverencia,
 derecho el cuerpo y airoso;
 no la hagáis con ambas piernas...

(Procura Julio hacer lo que le previene el maestro).

ALEJANDRO. ¡Hay más extraña figura!

MAESTRO. Sino con una, y garbosa.

JULIO. Mirad, esa es más gargosa,
 pero estotra es más segura.

DUQUE. ¡Invencible es su inocencia!

JULIO. Mas ¿que nunca habéis oído

que ninguno haya caído
 haciendo esta reverencia?
 MAESTRO. Dad los cinco pasos vos.
 AURORA. ¡Hay hado más importuno!
 CARLOS. Empieza.
 JULIO. Adiós, y va uno.
 MAESTRO. Andad.
 JULIO. Adiós, y van dos,
 tres, cuatro, cinco.
 MAESTRO. No más.
 JULIO. Parece que somos santos.
 MAESTRO. Dad hacia tras otros tantos.
 JULIO. Yo no doy pasos atrás.
 Aquí vengan a embestirme
 dos mil y quinientos sonos;
 que sin mover los talones,
 los aguardo firme a firme.
 Aunque esta mudanza huera
 el Gil, el Gran capitán,
 Julio Cepa y Regoldán,
 plantado aquí me estuviera.
 CARLOS. Deshaz esos pasos dados
 con buen aire.
 JULIO. Eso sí haré.
 ¡Válgame Cristo! (*Cae*).
 ALEJANDRO. ¿Qué fue?
 JULIO. Caí por mis pasos contados.
 ALEJANDRO. Levantáos.
 JULIO. No quiero, digo.
 CARLOS. Levanta, ¿has perdido el seso?
 JULIO. Si haré, al se va el maeso.
 MAESTRO. Voyme, si así os desobliigo.
 (*Vase, y levántase Julio*).

ESCENA VI.

CARLOS, JULIO, ALEJANDRO, CRIADOS; EL DUQUE Y AURORA, *ocultos*.

CARLOS. Las armas pueden suplir
 lo que en el danzar ha errado.
 (*Ap.* Si Aurora me mira, he hallado
 buena ocasión de lucir).
 ALEJANDRO. (*Aparte*)
 Juzgo que Aurora me ve,
 y es a mi amor de importancia;
 que a vista desta ignorancia

más mérito adquiriré;
que aquestos dos, es muy cierto,
que me den lugar bastante,
el uno por ignorante,
y el otro por poco experto.

JULIO. Venga la esgrima, por Dios,
porque desquitarme quiero.

ALEJANDRO. Yo quiero ser el primero
que os ponga la espada a vos
en la mano, y esta dicha
para mí he de granjearla.
(Dale una espada).

JULIO. Y ¿por dónde de tomarla?

ALEJANDRO. Por aquí.

DUQUE. ¡Hay tan gran desdicha!

JULIO. Empiezo en nombre de Dios,
porque la esgrima me agrada.

ALEJANDRO. Ea, ganadme la espada.

JULIO. Yo no me tiro con vos.

ALEJANDRO. Porque defendido os halle,
cubrid el punto.

JULIO. Y pregunto,
¿hacia donde tengo el punto?
Que mejor será tomalle.

ALEJANDRO. En esto se pierde tiempo.
Perdonadme si os lo digo,
porque vos, como criado
estáis en tan rudo estilo,
casi incapaz os mostráis
de otros mayores principios.
Y el Duque, antes de saber
si erais capaz, no sé si hizo
cuerdamente en declararos
(Ap. Así le desacredito);
porque ya para enseñaros
es tarde, habiendo vivido
tantos años sin doctrina
en el inculto retiro
de una aldea, donde sólo
se ve entorpecerse el brío,
empañarse la razón
y deslucirse el juicio.
¿Queréis verlo? Pues aun Carlos,
aunque le asista el estilo

de palacio, se hallará
torpe en el noble ejercicio
de las armas, y el desaire
de los movimientos mismos
dará a entender que es inhábil
quien sin doctrina ha nacido.
Tomad la espada, y veréis (*A Carlos*).
si es verdad lo que yo digo.

JULIO.

Y ¿cómo que tomará?
¿Pensáis que lo habéis conmigo?

CARLOS.

(*Ap.* A medida del deseo
el lance se me ha venido,
porque este me enfada mucho;
y aunque desto sé poquito,
sé tirar cien varapalos
menudos como granizos,
y lo de dame y daréte
lindamente lo he aprendido).
Pues vos gustáis, yo jamás
a estas cosas me resisto.

JULIO.

Vaya sin hacer figuras
ni menear los hombrillos.

(*Esgrimen Carlos y Alejandro*).

ALEJANDRO.

(*Aparte*)
No es muy cobarde el villano.

JULIO.

Eso sí.-Dale, Carlillos.

ALEJANDRO

(*Aparte*)
Sin la espada me ha dejado
(*Caésele la espada, y álzala Carlos*).

CARLOS.

(*Aparte*)
La espada se le ha caído;
restituírsela quiero.

ALEJANDRO.

(*Aparte*)
Vive Dios, que estoy corrido.

CARLOS.

Señor Duque, perdonad.

ALEJANDRO.

Pues ¿cómo, necio, atrevido,
usáis tan loca osadía,
siendo un hombre tan indigno?
¡Vive Dios!...

(*El Duque y Aurora salen de donde estaban ocultos*).

AURORA.

Duque, ¿qué es esto?

DUQUE.

Carlos, ¿qué es esto? Decidlo.

ALEJANDRO.

(*Aparte*)
Y ¡aqueste desaire más

de Aurora a los ojos mismos!,
Decidlo.

DUQUE.
CARLOS. Pues lo mandáis,
será forzoso el decirlo:
yo al Duque, como es tan diestro,
y yo aprender solícito,
le decía que me diese
(Ya conozco el error mío)
una lición, y le daba
la espada humilde y rendido
para que me alicionase;
y él, desto enojado, dijo
que ¿cómo yo me atrevía
siendo un hombre tan indigno,
a hacer tan grande osadía?
Si lo erré, perdón le pido,
y sabré de aquí adelante
que el proponer es delito
que me enseñe, cuando yo
tan desigual he nacido.

JULIO. Señor, todo esto es mentira;
no hay que hablar, he de decirlo
Carlos le quitó la espada.

DUQUE. *(Ap. Seguir este engaño elijo,*
por no avergonzar al Duque).
Callad vos, que lo que ha dicho,
Carlos será la verdad;
que en vuestro errado juicio
la razón anda turbada.
Y así, asentado el principio
de que dice verdad Carlos,
que le perdonéis os pido;
que él sin duda pensaría
que buscaros y elegiros
por maestro en la destreza
era aplauso, y no delito.

ALEJANDRO.
DUQUE. Basta que vos lo mandéis.
Carlos, ya a los ruegos míos
el Duque os ha perdonado;
pero quedad advertido
que Alejandro no es maestro
sino de Julio, mi hijo.

ALEJANDRO. *(Aparte)*
Aun más que de la verdad

me ofendo del artificio
de dar color a una ofensa,
porque es juzgarme rendido.
AURORA. *(Aparte)*
¡Que sea atento y bizarro
quien tan humilde ha vivido!
Pero yo haré que mis ojos
cieguen, y el fuego que animo,
ya que no pueda apagarlo,
al menos podré encubrirlo;
y negándome a su vista,
yo misma, cruel conmigo,
le he de hacer al pundonor
De mi vida sacrificio. *(Vase)*.

DUQUE. Dejadme solo con Carlos.
JULIO. ¡Que no haya yo estado ahíto
en mi vida! Vó a comerme
cuarenta y dos panecillos. *(Vase)*.

ALEJANDRO. *(Aparte)*
Yo buscaré nueva causa,
y a este villano atrevido
sabré quitarle la vida,
y aun será corto castigo.
(Vase, y con él los criados).

ESCENA VII.

EL DUQUE, CARLOS.

DUQUE. ¿Carlos?
CARLOS. ¿Señor?
DUQUE. Ya de Julio
la mucha ignorancia has visto.
CARLOS. Yo no sé que sea ignorante
Julio; porque es muy distinto
ser ignorante, o haberse
criado sin mucho estilo.
DUQUE. No te quiero tan cortés
cuando a su enmienda te elijo.
Yo pues, viéndote tan cuerdo,
consultarte he discurrido
el medio que elegir puedo
para que enmiende su juicio
en parte, ya que no en todo.
Casi incapaz le averiguo.
CARLOS. Señor, pues que de mi fías

aquesto, será preciso
que yo os diga lo que siento,
sin nota de entremetido;
y así, Señor, os diré
(Ap. Albricias, intentos míos;
que esto ha venido a medida
de mis amantes delirios)
lo que siento, y los remedios
que pueden ser más activos.
A dos puntos se reduce
lo que dél he conocido;
y el primero es, que aborrece
la enseñanza, y confundido
con ella, le turba más
que le compone el juicio.
Y aquesto es desde su infancia,
tanto, que si algo ha sabido,
no a los preceptos lo debe,
sino al uso repetido
de verlo obrar a los otros;
que, aunque el arte a corregirlo
no basta, en la competencia
suele avivar el sentido.
Esto supuesto, y que yo
con la experiencia lo afirmo,
sería muy conveniente
que actos de ingenio distintos,
como son: juegos curiosos,
cortesanos silogismos,
varios concetos, problemas,
y en fin versos bien escritos,
los viera como encontrados,
y no como persuadidos.
De suerte que será bien
que en los actos que os he dicho
de ingenio concurra yo;
porque de mí competido,
si me viere encarecer,
aunque entre colores tibios,
la mucha beldad de Aurora,
el en esta parte activo,
lo enmiende, y de tanta causa
nazcan efectos más finos.
Esto es lo que me parece,

si acaso el modo es indigno,
 por querer yo introducirme
 en tan nobles ejercicios,
 perdonadme; que este yerro
 de mi obediencia ha nacido.
 TÚ, Carlos, en nada yerras;
 y así, antes determino
 ajustarme a tu consejo.
 Y porque tenga principio
 lo que me adviertes, aquí
 en este jardín florido
 será palestra ingeniosa
 la amenidad de su sitio.
 Juegos, versos y problemas
 y otros concetos distintos
 oirá Julio, que despierten
 sus incapaces oídos;
 y a ti en todos, porque así
 su destemplado juicio,
 ya que no puede enseñado,
 se corrija competido.
 Y así, ven tú a disponerlo,
 que a ti por dueño te elijo
 por tu discreta cordura.

CARLOS. Vivas, Señor, muchos siglos.
 (*Ap.* Con esto podré decir
 a Aurora el afecto mío).

DUQUE. (*Ap.*) Quizá se verá su ingenio
 a este maestro corrido.

CARLOS. (*Aparte*)
 Amor, ayuda mi intento;
 que, aunque tan bajo me miro,
 no sé qué impulso en el alma
 me infunde alientos altivos.
 (*Vanse*).

ESCENA VIII.

JULIO, GILA.

JULIO. Gila escucha el ansia mía
 y premia mi voluntad.

GILA. ¡Jesús, y qué humanidad!

JULIO. Quiéreme.

GILA. ¡Qué grosería!

JULIO. Déjate querer.

GILA. No es cosa.
 JULIO. Despréciame.
 GILA. Quite allá.
 JULIO. Pues ¿cómo ha de ser?
 GILA. Acá
 se quiere por quisi cosa.
 JULIO. Y tú ¿quién eres, que ahora
 hablas cosas tan mirladas?
 GILA. Criada de las criadas
 de las criadas de Aurora.
 JULIO. ¿Sabes en qué he reparado
 Según de una en otra vas?
 Que ya con palacio has
 salido del cuarto grado.
 GILA. Ya para vos están tibias
 mis correspondencias mucho.
 JULIO. ¿Es posible que te escucho
 esas palabras esquivias?
 Sobre esta espada, hasta el pomo,
 me he de echar por tu desdén,
 como hizo no sé quién,
 que se mató no sé cómo.
 Yo la saco, y con mi mano
 me he de meter una vara;
 no hay que habrar, hoy me matara,
 aunque fuera yo mi hermano.
 GILA. Decís bien; dé a vuestra queja
 la espada el fin que intentó.
 JULIO. Es vieja, y no quiero yo
 matarme con una vieja.
 GILA. Mirad que salen, Señor,
 Aurora, el Duque, Camila,
 y todos.
 JULIO. ¡Ah ingrata Gila!
 Vénguerne de ti el amor.

ESCENA IX.

EL DUQUE, AURORA, ALEJANDRO, CARLOS, CAMILA.-DICHOS.

DUQUE. En aqueste sitio ameno
 divertirme solícito,
 depuesta la autoridad
 en las manos del cariño.
 Aquí entre discretos temas,
 variamente discursivos,

divertida la fatiga.
 Hallará el ingenio avisos,
 y Julio acompañará,
 para mayor regocijo,
 las ingeniosas porfías
 a que agora os apercibo.
 El gusto de la familia
 es de las penas alivio,
 donde desarma el cuidado
 lo severo de sus tiros.
 Carlos también, pues su ingenio
 es tan capaz y advertido,
 ayudará cuerdamente
 a los combates festivos.

JULIO.

Y ¿no me alabais a mí?
 ¿Pensáis que so algún pollino?

DUQUE. (*Ap.*)

¡Oh, si con la competencia
 corrigiera sus delirios!

CAMILA.

(*Ap. d Alejandro.*)

De explicar vuestros afectos
 la justa os dará motivo.

ALEJANDRO.

Yo solo a tus ojos muero.

(*Ap. Y es verdad; que en otros vivo.*)

AURORA.

(*Ap. ¡Que el Duque ayude al despeño
 en que yo me precipito,
 y que ponga en tanto aprieto
 mis ojos y mis oídos!
 Pues débame yo a mi misma
 el que procure impedirlo).*
 Señor, escuchadme aparte.
 Perdonad, que he de advertiros
 que es error que consintáis
 que Carlos...

DUQUE.

Ya te he entendido.

Yo gusto desto, y mi gusto
 basta, Aurora, a hacelle digno;
 y esto, que parece error,
 tiene misterio escondido.

AURORA.

Tu gusto en mí se prefiere.
 (*Ap. Ya yo libré el pundonor;
 agora mi ciego amor
 llaga en mí lo que quisiere;
 porque yo en tanto despecho,
 de afectos tan repetidos*

puedo excusar los oídos
mas no gobernar el pecho).

DUQUE. Ea, usad de la licencia;
todos os podéis sentar.

JULIO. Y ¿hemos aquí de cenar?

CARLOS. Ley es siempre tu obediencia.
(Siéntanse todos)

DUQUE. Pues un juego sea ingeniosa
porfía en «quien más sintió».

JULIO. Pues en conciencia, que yo
comiera cualquiera cosa.

CARLOS. Vaya, que el gusto acompaña;
y yo el juego compondré.

JULIO. Por mí, vaya: mas no sé
sino a la pizpirigaña.

CARLOS. Los cuatro elementos son
en los que el juego se fragua;
y así, tome Julio el agua.

JULIO. Eso es darme un torozón.

CARLOS. Torne Alejandro la tierra,
a Camila el aire entrego,
yo para mí tomo el fuego
(Ap. Pues tanto mi pecho encierra);
y así, cuando se nombrare
propiedad o fruto, atento
responda con su elemento
aquel a quien te tocare.
Pague una prenda el culpado;
y el que acierte o yerre el pie,
dentro de su afecto dé
la razón que le ha obligado
a errar o acertar. Y sea
de Ícaro el caso funesto
materia al juego. *(Ap. Con esto
diré lo que amor desea)*
y sea Aurora discreta
quien le juzgue, pues atentos
la adoran los elementos,
y no está a afectos sujeta.

AURORA. Yo, aunque el juego no elegí,
me encargo de su razón.

CARLOS. Cuidado pues y atención.

JULIO. Mas ¿que no me coge a mí?

AURORA. Dédalo, artífice grande,

que dio admiración al tiempo,
 pues de la naturaleza
 suplió el poderoso peso,
 para huir de la prisión
 en que Mínos le había puesto
 a él y a Ícaro, su hijo,
 ingeniosamente diestro,
 para volar en sí mismo
 halló un nunca usado medio.
 Unas alas se compuso,
 y gozando el privilegio
 que gozan las aves...

CAMILA.

Aire.

Y la razón decir quiero
 de no haber podido errarme
 dentro de mi propio afecto.
 Una dicha que tenía
 mi fe, y lograr presumió,
 la fortuna la mudó
 solamente por ser mía;
 y así el errar no me alcanza,
 porque en aqueste desaire
 diste mi esperanza al aire,
 y voyme tras mi esperanza.

DUQUE.

Bien cumplió.

JULIO.

Mas ¿que no caigo

yo en quince años y medio?

DUQUE.

Prosigue el juego.

AURORA.

Prosigo

los dos, con vuelo ligero,
 a la fuga se entregaron;
 mas Dédalo, más atento,
 iba cerca de la espuma.

JULIO.

Vino.

CARLOS.

Agua has de decir, necio.

AURORA.

Erraste; di la razón
 que tuviste para el yerro.

JULIO.

No os parezca desatino,
 que bien la razón se fragua;
 porque si hace espuma el agua,
 también hace espuma el vino.

ALEJANDRO.

Pague alguna penitencia.

AURORA.

Diga, pues ha hecho versos
 Julio, algunos en castigo.

JULIO. Lo que son versos, dirélos;
y más que vienen conmigo.
Una décima escribí
a Gila, y la traigo aquí;
ya he dicho que es de un amigo.

CARLOS. ¿El asunto?

JULIO. (*Saca un papel*).

Ya le leo:

Alabando a Gila es
muchísimo.

CARLOS. Dila, pues.

JULIO. Es el principio: «*Laus Deo*».

ALEJANDRO. Eso estaría mejor
al final.

JULIO. Yo aquí lo encajo,
y un poquito más abajo:
«Ilustrísimo Señor»

ALEJANDRO. ¿A Gila? ¡Qué bobería!

CARLOS. ¿A Gila?

JULIO. Pues ¿qué me quieres?

Antes para las mujeres
se hizo la cortesía.
Y luego, décima en versos:
«Gila, cierto que es hermosa;
pero mirada de cerca,
me parece un poco puerca
y otro poco lagañosa;
tacharla no puede en cosa
ninguna lengua maldita,
que ella es cortés y bonita.
Y por tarasca, a cualquiera
que le quite la montera,
ella también se la quita».

GILA. Alabanza como suya.

JULIO. Eterna te harán mis versos.

DUQUE. Prosigue, Aurora.

AURORA. Prosigo.

Ícaro, en fin, más soberbio,
despreciando los peligros
y haciendo gala del riesgo,
tan alto se remontó,
con tan altos pensamientos...

CARLOS. Fuego.

AURORA. Tú has errado, Carlos.

Que has respondido sin tiempo;
 porque yo no he dicho nada
 que le toque a tu elemento.
 CARLOS. Es verdad, y la razón
 diré dentro de mi afecto.
 Yo sigo con fe invencible,
 como otro Ícaro nuevo,
 otro sol, a quien me atrevo
 con vuelo más imposible.
 Escuché la vanidad
 con que él se empeñaba ciego;
 y así olvidado del juego,
 me llevé de la verdad.
 AURORA. La pena, Carlos, debéis;
 pero ahora la suspendo
 hasta que se yerre otro,
 y algún problema discreto
 sea de los dos castigo,
 reduciéndolo a argumento,
 por ver quién prueba mejor
 el dictamen de su pecho.
 Ícaro subió tan alto
 (A nuestro tema volviendo),
 que casi desconocido,
 pasando de extremo a extremo.
 Tocó la llama... la llama...
 tu has hecho segundo yerro.
 Carlos pues diciendo llama,
 No acudes a tu elemento;
 y has incurrido dos veces
 en dos errores opuestos,
 por callar y por hablar.
 CARLOS. Sí; porque es tal mi tormento,
 que lo yerro si lo callo,
 y si lo digo lo yerro.
 AURORA. Para el problema el castigo
 de tus errores reservo.
 Derretidas pues las alas,
 las dos distancias midiendo,
 cayó donde fueron flores...
 Flores...-Alejandro, vuestro
 el error fue, pues las flores
 de la tierra son.

ALEJANDRO.

Es cierto

que a la tierra pertenecen;
 mas tiene razón mi yerro.
 Yo quiero a quien merecer
 no puedo por imposible,
 y mi pena inaccesible
 sólo sabe padecer;
 y así, pues entre temores
 mi esperanza doy al viento,
 no es mucho que mi elemento
 desconociese las flores.

JULIO.

Sino soy yo, todos son
 unos muy grandes jumentos

AURORA.

Castigo sea en los dos,
 el problema que os presento.

¿cuál obliga más amando
 y hace su fe más felice?

¿Aquel que su pena dice,
 o aquel que pena callando?

ALEJANDRO.

Que el que calla más merece
 digo en mi argumento yo.

CARLOS.

Yo, que en aquel que publicó
 su amor el mérito crece.

DUQUE.

(Ap. a Aurora).

Aurora, da la sentencia
 por Carlos, y su opinión
 favorezca tu razón;
 porque importa a una experiencia.

AURORA.

(Aparte)

El Duque mis pensamientos
 los pone en nueva batalla.

ALEJANDRO.

Pruebo que obliga quien calla,
 y estos son los fundamentos:
 quien ama por merecer
 hace el mérito menor;
 que quien espera el favor
 se cansa de padecer.

El que calla a nada aspira,
 y está en su mal tan hallado,

que dentro de su cuidado
 ni aun le halaga la mentira.

Con más vivo ardor se inflama
 quien se abrasa lentamente;
 que el fuego que el alma siente
 se desahoga en la llama.

CARLOS.

El que no calla procura
llevar algún interés;
que decir sus penas es
hacer del amor usura.
La fe se desacredita
en la queja desigual,
y quien llama desde el mal
salir del mal solicita.
Y en fin, yo el callar aceto;
que el que no dice su ardor
obliga con el amor
y obliga con el respeto.
Quien calla y la voz limita,
sin dar su pena a entender,
en lugar de merecer,
su dolor desacredita;
porque callar su afición,
y en ella saber vencerse,
es querer un alma hacerse
más grande que su pasión.
Nada el silencio merece;
que en una pena inmortal
quien puede callar su mal
desluce lo que padece.
Su fe escrupulosa deja;
que en tormento tan airado
no está el cordel apretado
cuando un hombre no se queja.
Siempre el ruego fue el mayor
y más grato sacrificio,
y al cielo tienen propicio
un clamor y otro clamor.
Y así, el callar la verdad
al adorado sugeto,
es en favor del respeto
y en contra de la deidad.
Cuerdo está quien considera
el peligro y le repara;
que si yo me gobernara,
¿Cómo mi amor se creyera?
Y así, el hablar eligió
mi fe; que después que siento,
no hallo parte en mi tormento
que no sea mayor que yo.

ALEJANDRO. Pues al favor empeñarse
¿No es en su amor desmentirse?

CARLOS. No; que bien puede decirse
sin ánimo de esperarse.

ALEJANDRO. Más si obligado se vio,
quien habla su fe desdice,

CARLOS. Amor que me hace infelice
¿Por qué he de premiarle yo?

ALEJANDRO. A la voz no ha de salir.

CARLOS. Quien lo dice más obliga.

DUQUE. Dejad que Aurora lo diga.

AURORA. Pues al yo lo he de decir,
entre estas dos conclusiones,
aprobará mi opinión
de Alejandro la razón
y de Carlos las razones.

ALEJANDRO. Eso es darle de ingenioso
el lauro.

AURORA. Y a vos de atento.

ALEJANDRO. Apuestas de entendimiento
(Levántase)
tienen fin dificultoso;
y así, pues Carlos venció
sea el laurel de su frente.

JULIO. Carlos, Carlos, ciertamente
que me vó enfadando yo;
¿para que es tanto garlar?
¿Tan grande es su soficerencia?

DUQUE. *(Ap. a Carlos)*
Carlos, ya tu competencia
le ha empezado a provocar.

CARLOS. Sí, Señor.

DUQUE. *(A Alejandro)*
En lo que es juego
no sea el enojo testigo
Alejandro, ven conmigo.

AURORA. *(Aparte)*
¡Que el Duque ayude mi fuego!

DUQUE *(Ap.)* ¡Ah, el encontrase doctrina
en este modo de obrar! *(Vase)*.

JULIO. Pues no me dan de cenar,
yo me voy a la cocina. *(Vase)*.

ALEJANDRO. *(Aparte)*
Nada me sucede bien. *(Vase)*.

CARLOS. *(Aparte)*
 Todo alienta mi disgusto.

AURORA. *(Aparte)*
 ¡Que aqueste precepto injusto
 haga del amor desdén!
(Vanse Camila y Gila).

ESCENA X.

CARLOS, AURORA.

CARLOS. *(Deteniendo a Aurora).*
 ¿Señora?

AURORA. ¿Qué me queréis?

CARLOS. Esto preguntaros quiero
 a solas: ¿Sois de opinión
 de que un amante su afecto
 Refiera al sugeto amado?

AURORA. La opinión que a solas llevo
 es, que el que dice su amor
 es atrevido o es necio.

CARLOS. Pues no tengo qué deciros.

AURORA. Andaréis, Carlos, muy cuerdo;
 porque en la verdad no valen
 las consecuencias del juego.

CARLOS. Pues voyme; que yo quería
 deciros que amante muero
 por vos.

AURORA. Vuestras osadías
 me ofenden. *(Ap. ¡Qué mal me aliento!)*

CARLOS. Pero, pues os disgustáis,
 no os lo diré ni por pienso.

AURORA. No es gala ser atrevido.

CARLOS. Y ¿es justo vivir muriendo?

AURORA. Lo mejor será dejaros.

CARLOS. Amaros no es ofenderos.

AURORA. El amarme, no; el decirlo
 es osado atrevimiento.

CARLOS. Luego ¿bien podré adoraros
 dentro acá de mi silencio?

AURORA. Eso mal puedo estorbarlo.

CARLOS. Mi amor no saldrá del pecho.
 Y eso ¿es callarlo o decirlo?

CARLOS. Esto es, Aurora, estar ciego.

AURORA. Eso es, Carlos, estar loco;
 y así, para loco os dejo.

CARLOS.
AURORA.

¡Ah, mal haya mi humildad!
(*Aparte*)
¡Ah, mal hayan mis respetos!

Jornada tercera.

Salón del palacio.

ESCENA I.

CARLOS, EL DUQUE.

- DUQUE. Carlos, ya has visto y notado de Julio la poca enmienda y que el juicio no le avivan, las causales competencias. El descuido y el cuidado le turban; que su dolencia está sin remedio alguno, porque aumente yo mi pena. Un mármol, no solo ardiente del cincel da blandas señas, pero al continuado golpe de la más débil materia. Sin que le asista el estudio, sin arte labrar se deja, y sólo en desdicha mía, para hacer mayor mi queja, en Julio se burlan todas las prudentes diligencias. Yo estoy ya tan despechado, que mudar consejo es fuerza, y darle Aurora a Alejandro, por la grande conveniencia que se le sigue a mi estado.
- CARLOS. *(Aparte)*
Y a mí la injusta sentencia de muerte en su casamiento.
- DUQUE. Que, aunque es preciso que sienta destituir a mi hijo del estado y la grandeza, su incapacidad es tanta, que ya, Carlos, será fuerza ponerlo en ejecución, de toda el alma en ofensa.
- CARLOS. Señor... *(Ap. Válgame la industria,*
suspenda así mi cautela,
aunque sea un breve instante,

la muerte que el alma espera).
 Digo, Señor, que hallé a Julio
 hoy (no hay quien su ingenio entienda)
 escribiendo para Aurora
 un papel; y aunque no muestra
 en él muy vivas razones,
 por lo menos son atentas,
 y sin aquellos delirios
 que suele decir sin rienda,
 que con achaque de lerle,
 por ver si acaso os alegra,
 se le tomé. Aquí le traigo.
 (*Ap.* Y con tal arte dispuesta
 su nota, que hace a mi amor
 dividido en dos sentencias;
 de su letra está, que yo
 le obligué que le escribiera).

DUQUE. Mucho me holgara de verle;
 pero, pues Aurora llega,
 yo mismo he de ser tercero
 de mi gusto y de su enmienda.
 Y de hacer, como por burla,
 que de su razón infiera
 que está Julio como corregido;
 que en cierto modo se afrenta
 mi educación y cuidado
 de su ignorancia grosera.

ESCENA II.

AURORA.-DICHOS.

AURORA. (*Ap. al salir.*)
 Aquí está el Duque con Carlos;
 ya el hablarle será fuerza.

DUQUE. Aurora, yo deseaba
 hallarte para que vieras
 este papel que te ha escrito
 Julio; que el alma desea
 tanto el verte corregido,
 que mi amor contigo terciaba.
 Que pues Carlos le ha apoyado,
 muy dentro de la licencia
 debe de estar.

CARLOS. Sí, Señor.

DUQUE. Pues léele, porque seas

el juez de su entendimiento;
 y pluguiera a Dios que fuera
 tan advertido el papel,
 que te agradara de veras.
 (*Ap.* Con que hable bien me contento).

AURORA.

Dice de aquesta manera:
 (*Lee*). «Carlos aqueste ha de daros
 »por el que triste suspira,
 y siendo imposible obligaros.
 »¡Ay del que cobarde os mira
 »con el temor de enojaros!
 »nunca obligaros espera
 »un desigual padecer;
 »quiero por fuerza severa;
 »que, si eligiera el nacer
 »mi amor, mérito tuviera».

DUQUE.

En fin, Señora, habla en él
 sin aquellas rustiquezas,
 y aunque no es el más agudo,
 de razón da algunas señas.
 Yo estoy con él muy contento;
 milagro es de tu belleza,
 que ella sola ha conseguido
 más que el cuidado y la ciencia.
 (*Ap.* Todo se le debe a Carlos,
 y si él prosigue en la enmienda,
 tendrá en mi pecho el lugar
 mismo que si mi hijo fuera.
 Voy a buscarle, y haré
 que mis brazos le agradezcan
 el corregir sus descuidos.
 Y escríbale norabuena
 a Aurora muchos papeles;
 que, si entendimiento muestra
 en ellos, abonarán
 en la dicha que le espera.
 Y aquella luz que ha sacado
 el amor de Aurora bella,
 puede ser que se reparta
 y en otras cosas se encienda). (*Vase*).

ESCENA III.
 AURORA, CARLOS.

AURORA

(*Aparte*)

- Yo también quiero apartarme,
Y ciega el alma, no acierta.
Yo no busco a Carlos, y es
una crueldad muy fiera
que haya de ser siempre el alma
cómplice en sus propias penas.
- CARLOS. Señora, aquese papel.
si acaso me das licencia,
quiero leer esta vez;
porque el enigma que encierra
no entendisteis, y veréis
como su nota es diversa,
y en favor de otro cuidado
todo su sentido trueca.
- AURORA. Tomadle.
- CARLOS. Vos le leísteis,
Señora, de esta manera:
(*Lee*). «Carlos aqeste ha de daros
(*Hasta el fin, según la versión anterior*)
Desta manera es de Julio,
y mío es desta manera.
(*Lee*). «Carlos aqeste ha de daros
»por él, que triste suspira.
»Siendo imposible obligaros,
»¡Ay del que cobarde os mira
»con el temor de enojaros!
»Nunca obligaros espera
»un desigual. Padecer
»quiero por fuerza severa,
»que si eligiera el nacer,
»mi amor mérito tuviera».
- AURORA. (*Aparte*)
¡Que lo mismo que me agrada
sea lo mismo que me ofenda!
- CARLOS. Tomad ahora el papel.
(*Ap.* ¡Ay amor, si le quisiera!)
- AURORA. El papel, Señora, os vuelvo.
Ya no es de Julio, ya cesa
el precepto de mi tío.
- CARLOS. (*Ap.* Salióme mal la experiencia).
Ese no es inconveniente,
ahí el sentido se lleva,
que toca a Julio: leedle
siempre de aquella manera;

muy bien lo podéis tomar,
sin que el decoro lo sienta.
AURORA. Dejadme, Carlos, por Dios;
que es inútil diligencia
el que yo tome el papel,
pues cuando por vos le lea,
aunque me parezca bien,
es ley que mal me parezca. (*Vase*).
CARLOS. ¡Ay amor, que ciegamente
en este golfo me empeñas,
donde las señas del puerto
son la más fuerte tormenta!

ESCENA IV.

GILA, *huyendo de* JULIO.-CARLOS.

JULIO. (*Dentro*)
Carlos, ah Carlos, detenme,
detenme a Gila, por Dios,
que me lleva toda el alma,
y es bella como un Nerón. (*Sale*).
CARLOS. ¿Qué es esto? ¿Vos descompuesto?
JULIO. Merézcate yo un favor,
mira que me estoy muriendo;
hazlo por amor de Dios;
Tenla.
CARLOS. Ya Gila se tiene,
que es mucha su discreción.
GILA. Hoy, más que nunca, el bestiaza
ami punto se atrevió.
CARLOS. Julio, ¿qué es esto?
JULIO. Es un ansia,
es una fuerza, un rigor,
es una rabia, un incendio;
y por decirlo mejor,
es un no sé qué me diga,
que siento en el corazón.
Doyla una cédula a Gila,
en que la hago donación
de casarme fijamente.
con ella, y dice que no.
CARLOS. Gila sabe que es criada,
y que vos sois su señor,
y así no la admitirá.
(*Ap.* Vamos a sufrir amor

que también es contra mí
aquesta desatención). (*Vase*).

ESCENA V.

GILA, JULIO.

JULIO. Gila no te he de dejar
sin que me hagas un favor.

GILA. Eso ya pasa de extremo,
y he de decírselo hoy
al Duque para que enfrene
tan necia resolución.

JULIO. ¿Qué se me da a mí del Duque?
Yo he de abrazarte, por Dios
y pellizcarte el tozuelo,
que es branco como un tizón.

GILA. Reportáos, Señor.

JULIO. No quiero.

GILA. Esta es ya desatención,
Señor Julio, yo no entiendo
este linaje de amor.
¿Vos siempre a descomediros,
y a sufriros siempre yo?
Vos no habéis de ser mi esposo,
que así el cielo lo ordenó;
y así, eu cédula dadla
a otra dama igual a vos.
Mi honor es antes que nada,
y antes que todo soy yo,
Sufríos alla vuestras penas,
no salga al labio el dolor;
que me cogeréis en tiempo
que os diga sin atención:
Cabed dentro de vos mismo,
gobernad vuestra pasión.

JULIO. Vuélveme a decir aqueso.

GILA. Dirélo una vez, y dos:
«Cabed dentro de vos mismo,
gobernad vuestra pasión». (*Vase*).

ESCENA VI.

JULIO. Esto es malo; estas palabras
tienen sentido mayor.
¡Válgame Dios! discurremos
como gente de razón.

«¿Cabed dentro de vos mismo?»
 Aquí es menester valor.
 Aquesto ha sido decirme
 que tan gordísimo estoy,
 que ya no quepo en mí mismo,
 y que parezco un lechón.
 Discurramos. Mas, ¡ay Cielos!
 Que gobierne la pasión
 me dijo, como quien dice
 que fuese administrador
 de la pasión. Pues picaña,
 un príncipe como yo
 ¿Había de administrar
 un hospital? Vive Dios,
 que sois una gran cochina;
 y aquesta cédula, que hoy
 había hecho de cesarme,
 desvergonzada, con vos,
 se la he de dar a quien pase
 por la calle. ¡Loco estoy!

ESCENA VII.

EL DUQUE, AURORA.-JULIO.

DUQUE. Julio da voces; ¿qué es esto?
 JULIO. ¿De qué tu enojo nació?
 (*Mostrando un papel*)
 Esa pícara de Gila,
 que libremente me habró.
 cuando yo la había hecho
 esta cédula (¡ay amor!)
 de casarme yo con ella.
 Mas ya arrepentido estoy,
 y por no dársela a ella,
 pienso dársela a un bufón
 para que saque un vestido.
 AURORA. ¡Quién vio simpleza mayor!
 DUQUE. Miren la enmienda que Carlos
 en su entendimiento halló.
 Veamos la cédula, Julio,
 que cierto que ya excedió
 vuestra mucha inadvertencia
 los límites de mi amor.
 Dice así.
 JULIO. Leed, que tiene

- su poquito de primor.
 (Lee).
 «Digo yo Julio, etcétera, que la doy
 »palabra a Gila de casarme con ella,
 »la mitad luego, y la otra mitad den-
 »tro de un año de la fecha desta, por
 »hallarme con algunos empeños, y no
 »atreverme a toda la librea de una vez;
 »y que esta cédula sea firme y revoca
 »ble, por haber sido hecha entre vi-
 »vos. Y esta es mi última y postrimera
 »voluntad, reservando en mí el derecho
 »de deshacer este casamiento siempre
 »que se me antoje; y yo el dicho Julio
 »estuve presente cuando la escribí.
 »Cristo con todos».
- AURORA. (Aparte)
 Así mudará de intento
 el Duque en delirios tantos.
- DUQUE. ¿No trae la cédula firma?
- JULIO. No la trae por el recato.
- DUQUE. En fin, ¿que a Gila la dais
 la palabra de casaros
 con ella?
- JULIO. Y ¿cómo que doy?
 Es linda, no hay que negarlo.
 ¿Qué es Aurora! cien Auroras
 no la llegan al zapato;
 porque tiene unos ojuelos
 que se la saltan del casco,
 y unos pies de doce puntos;
 y si se los lava acaso,
 calza cuatro puntos menos
 que en costras se van y callos.
 Venga la cédula.
- DUQUE. Cierto
 que ya el sufrir es en vano
 vuestra mucha necesidad,
 y que estoy ya tan cansado...
 pero a vos no hay que decir,
 que en nada capaz os hallo.
 Idos, que el amor de padre
 de suerte le vais mudando
 que me aborrezco a mí propio,

por veros tan sin reparo.

Idos, idos.

JULIO. Ya se irán,
ya se irán. ¡Oigan el diablo!
¿Por una cédula sola
os habéis así amohinado?

DUQUE. Idos. (*Rompe la cédula*).

JULIO. ¿No es buen modo haberme
la cédula hecho pedazos?
Que si vos no la rasgarais,
ya yo estuviera alquilado. (*Vase*).

ESCENA VIII.

AURORA, EL DUQUE.

AURORA. (*Ap. Rompa el silencio mi voz,*
y agora que está irritado
con Julio, mi justa queja
le ha de encontrar más humano).

Señor, ya las experiencias
del discurso limitado
de Julio, pueden librame
de la desdicha que aguardo,
del tratado casamiento.

Y perdonadme que os hablo
En esto, que mi razón
es tanta, que ya turbado.

mi decoro, solicita
salir en quejas al labio.

Yo renuncio grandeza,
yo, Señor. no quiero estado,
que costándome la vida,
es rigor, y no agasajo.

Y aun el morir fuera dicha,
porque viviera penando
con Julio, y fuera mi vida
un tormento dilatado.

Perdonadme que así os hable;
que esto es, Señor, explicaros
mi razón; que aunque yo muera
a manos de rigor tanto,
si vos gustáis de mi vida,
libre sacrificio os hago.

DUQUE. No, Aurora; ya yo me rindo,
y sólo de darte trato

esposo que te merezca
 con repetidos aplausos.
 Y así, Aurora, determino
 hacer que le des la mano,
 pues que nadie te merece
 como es el Duque Alejandro.
 El prendas iguala
 la grandeza de tu estado,
 y es fuerza que tu elección
 no se arriesgue en este caso.
 Suceda a Julio en la dicha,
 ya que el cielo, por mi daño,
 le quitó, con el discurso,
 la ventura de tu mano.
 ¿Qué dices? ¿No me agradeces
 mucho el haberte librado
 de Julio, quizá a pesar
 de mi amor y de mis años?
 ¿Qué te suspende?

AURORA.

Señor,

a vuestro gusto consagra
 mi vida (*Ap.* ¡Ay amor! ¿qué quieres?
 Aparta del pecho a Carlos);
 Mas si he de decir verdad,
 ya que a Julio no le he dado
 la mano por hijo vuestro,
 quisiera estimarle tanto,
 que no me llamara ajena,
 ya que suya no me llamo.

DUQUE.

Eso ¿cómo puede ser,
 cuando mi edad y mi estado
 me dan priesa al casamiento,
 y nadie como Alejandro
 puede, ser más digno dueño
 desta dicha y deste aplauso?
 Iré a disponerlo luego.
 Pero él viene; de mis labios
 oirá mi resolución.
 (*Vase Aurora*).

ESCENA IX.

ALEJANDRO.-EL DUQUE.

ALEJANDRO.

Aquí está el Duque.

DUQUE.

Alejandro,

- yo os habla de buscar,
por ser yo quien llegue a daros
unas nuevas, que serán
para vos de gusto extraño.
- ALEJANDRO. Si es decirme que ya se hace
el casamiento tratado
de Julio y Aurora, yo
tanto vuestro gusto aplaudo,
que aunque es contra mí, me doy
el parabién de escucharlo.
- DUQUE. Muy lejos vais de mi intento;
que antes he desconfiado
ya del remedio de Julio.
Prevenidme cortesano
las albricias que os merecen
las buenas nuevas que os traigo:
Hoy quiero haceros de Aurora
dueño, y con ella casaros.
- ALEJANDRO. Déjame, Señor, que bese
vuestros pies por favor tanto.
- DUQUE. Daréis quietud a mi edad
y nueva dicha a mi estado.
- ALEJANDRO. Señor, por tanto favor
vuelvo los pies a besaros;
pues toda el alma y la vida
con esta dicha restauro.
- DUQUE. En Ferrara se publique,
y los festivos aplausos
se igualen con mi placer;
que ya que en un hijo no hallo
capacidad a este gusto,
no mal desquite emplearlo
en vos, que sustituís
Su cariño a mi agasajo.
- ALEJANDRO. (*Ap.* ¡Cielos, que he de merecer
de Aurora la blanca mano!)
Voy a prevenir, Señor,
de mi esperanza alentado,
varias fiestas a mi gusto,
a mi dicha extremos varios;
y aspirando a lo imposible,
por la ventura que gano,
haré que las alegrías
se igualen con mi cuidado. (*Vase*).

DUQUE. Con esto aseguraré
la quietud de mis estados.

ESCENA X.

CARLOS.-EL DUQUE.

CARLOS. Señor, si me dais licencia,
os diré...

DUQUE. Si es cosa, Carlos,
que toque A Julio, no es tiempo
de creeros ni escucharos,
porque en Julio no hay enmienda.
Resuelto y determinado,
he dispuesto que esta noche
Aurora le dé la mano
a Alejandro.

CARLOS. Yo, Señor,
No quería hablaros cuando
Vine... (*Ap. Sin vida respiro*).

DUQUE. Pues ¿qué queréis? Sosegaos;
que parece que la nueva
el color os ha mudado.

CARLOS. Siento, Señor, ver que Julio,
por su ingenio limitado,
haya perdido esta dicha;
porque, como nos criamos
juntos los dos, vive en mí
el cariño de mi hermano.

DUQUE. Y ¿qué queréis?

CARLOS. (*Ap. Muera yo,*
pues nací tan desdichado).
Que dieseis, Señor, licencia
a mi padre para hablaros;
que en su semblante, y sus dudas,
y en su inquietud, ha mostrado
que es importante el negocio
que viene a comunicaros.

DUQUE. Decid que entre.

CARLOS. (*Va hacia los bastidores*).

Ya, Roberto,
el Duque licencia ha dado
para que le habéis; entrad.
Pero, si mal no me engaño,
sin duda debió de irse,
pues le busco y no le hallo.

¡Ah Roberto! -Él se volvió
 por respeto o embarazo;
 que yo le dejé aquí fuera.
 DUQUE. Vos debisteis de engañaros;
 que estáis, Carlos, tan confuso,
 que, de vos mismo apartado,
 no veis lo mismo que veis.
 Ea, Carlos, reportaos;
 que aunque Julio hay haya perdido
 la grandeza de este estado,
 siempre os tendré, Carlos, yo
 en mi amor y mi agasajo. (*Vase*).
 CARLOS. El cielo, Señor, os guarde.
 Vamos a morir, agravios,
 y ruego a Dios que esta vida,
 que tan infelice aguardo,
 deba su postrer consuelo
 a las violencias de un rayo.

ESCENA XI.

AURORA.-CARLOS.

AURORA. ¿Qué es eso, Carlos? ¿Qué es eso?
 CARLOS. Señora... pero ¿qué finjo?
 Esto es trastornar el viento
 el imperio cristalino,
 chocar contra el duro escollo
 la violencia del navío,
 abrasar violento un rayo
 la pompa de un edificio.
 Esto es desesperación,
 muerte, horror; pues es lo mismo
 quereros sin esperanza,
 arder por vos sin alivio,
 ver el bien sin alcanzarle;
 y dándome el cielo esquivo
 la sed para la congoja,
 negarme el cristal él mismo.
 AURORA. ¿Qué decís, Carlos? ¿Qué es esto?
 Pues ¿vos, necio y atrevido,
 a decir en mi presencia
 os arrojáis?... (*Ap.* ¿Cómo riño
 lo mismo que yo deseo?
 Deseo... pero ¿qué digo?
 Lo que me halaga condeno.

¡Cielos, sin duda conmigo,
sin saber quién es, pelea
oculto impulso preciso!)
CARLOS. Pues, Señora, ¿de adoraros
me queréis hacer indigno?
Si en obedecer al cielo
yerro, en él está el delito.
¿Podiera ofenderse el cielo,
en quién vio el día lucido,
de que en la noche desee
que el sol te amanezca a giros?
Pues si eres sol, y me veo
en la noche del olvido,
¿Qué culpa tengo en querer
que me amanezca es sol mismo?
Si no deseo yo que salga
sólo por mi beneficio,
que salga para otro solo
lloran los alientos míos.
Vos os casáis esta noche,
yo he de morir sin alivio;
pues irme quiero, Señora,
donde me mate el cuchillo
de perderos, y no el verme
despreciado; que, aunque indigno,
no quiero morir de humilde,
pudiendo morir de fino.
Con esto adiós; y si tanto
honesto amor, por cariño,
de algún agradecimiento
es merecedor, os pido
lo dilatéis hasta tanto
que esté tan lejos de oílo,
que pueda matarme el rayo
sin susto del estallido.

AURORA.

Aguarda, Carlos, detente.

CARLOS.

Señora...

AURORA.

(Aparte)

Locos designios,
secreta razón del alma,
que no te alcanzo, y te admiro,
¿qué me quieres?

CARLOS.

¿Qué mandáis?

AURORA.

Que no os vais. *(Ap. Cielos, ¿qué digo?)*

CARLOS. Pues ¿os debo algún consuelo?
 AURORA. *(Aparte)*
 ¿Qué es esto? Pues ¿yo me rindo
 a una ciega fantasía,
 cuya color no distingo?
 CARLOS. ¿Qué decís?
 AURORA. Que yo no os mando
 que os vayáis, sino que al iros,
 sepáis que el verme será
 volver por vuestro castigo;
 y después... *(Ap. ¡Qué es esto, cielos!*
Mi corazón afligido,
se va saliendo del pecho
por volver a resistillo).
 CARLOS. Señora, oid.
 AURORA. Sin mí voy. *(Vase).*
 CARLOS. Escucha de mis suspiros
 el eco, que os va siguiendo,
 Aurora, encanto divino
 de mi razón.

ESCENA XII.

JULIO; *luego*, AURORA.-CARLOS.

JULIO. ¿Cómo? ¿Cómo?
 CARLOS. ¡Cielos, sin alma respiro!
 AURORA. *(Vuelve).*
 Guarda, Carlos, espera.
 JULIO. Por vida de cien obispos,
 que me la pegan.
 AURORA. ¿Qué veo!
 JULIO. Pues picarón, atrevido,
 ¿vos con mi prima, y mi prima
 con vos? ¿Somos todos primos
 o negros?
 CARLOS. Señor, vo agora
 leal y atento, resisto
 que Aurora con Alejandro
 se case, cuando contigo
 lograra tan justo empleo.
 JULIO. ¿Y esto os cuesta tantos gritos,
 picarón? Pide el goloso
 por el deseoso.
 CARLOS. Indigno
 es de ti ese pensamiento.

JULIO. ¿Esto es pensamiento mío,
viendo yo palabra y obra?

CARLOS. Señor, pues en mí ¿qué has visto?

JULIO. ¿Queréis que os halle abrazados?
¿No basta haciendo pinitos?

AURORA. ¿Qué decís?

JULIO. Y vos también.

AURORA. ¿Conmigo habláis?

JULIO. Más bien visto
os fuera estar remendando
las calzas de vuestro tío,
y aun las mías, que no estaros
jugando aquí con Carlillos
a las ollas de Miguel.

CARLOS. Señor...

JULIO. Bergante, atrevido,
anda muy en hora mala.

CARLOS. Si de mí...

JULIO. Andad, que me irrito;
que estoy hecho una zampona.

CARLOS. Si esto quiere un hado esquivo,
yo iré a llorar mi desdicha
donde no puedas oírlo. (*Vase*).

ESCENA XIII

JULIO, AURORA.

JULIO. No me entréis mas acá dentro.

AURORA. Tan osado y necio estilo
no me ofende, porque estáis
incapaz vos del delito.

JULIO. Claro es que estoy sin capar.

AURORA. Reparad que habláis conmigo.

JULIO. Pues tire, y repararé;
¿Piensa que no tengo brío
para tenerme con ella?

AURORA. ¡Bien explica lo que digo!

JULIO. Ella se pica, que tiene
por qué; que yo no me pico.

AURORA. A tal desalumbramiento.
lo mejor será no oíros
tan inadvertido y necio.
(*Hace que se va*).

JULIO. Ella es la que se ha vertido.

este necio, y no me afrente
con el nombre de mi hijo.
Quedáos a llevarle luego.

JULIO.

¿Necio yo?

DUQUE.

Y aun bruto indigno.

(Vase con Aurora).

ESCENA XV.

JULIO, DOS CRIADOS.

JULIO.

Pues digo, ¿quién es más bruto?

¿El jumento o quien lo hizo?

CRIADO.

Señor, ¿qué decís?

JULIO.

Callad

que me he de ir al punto mismo;

que me matan de hambre aquí

con natas y pajarillos,

sin darme un día unas migas,

ni probar gota de vino.

Trae recado de escribir.

(Vase el criado 1.º, y vuelve con recado de escribir).

CRIADO 2º

¿Para qué?

JULIO.

Para escribillo

a mi madre, y que me tenga

esta noche prevenido

para cenar un menudo,

con panzas y revoltillos,

y asadas dos horcas de ajos;

y verán si me desquito.

CRIADO 1.º

Aquí está la escribanía,

mas no hay bufete, veníos

a vuestro cuarto, Señor.

JULIO.

¿No hay maña para suplillo?

Ven acá vos. *(Al criado 2º).*

CRIADO 2º.

¿Qué mandáis?

JULIO.

Que seáis bufete. -Escribidlo

en sus espaldas ahora.

CRIADO 1º.

(Aparte)

¡Hay más extraño capricho!

CRIADO 2º.

Señor, mira que no puedo.

JULIO.

¿Cómo no escribís?

CRIADO 1º.

Ya escribo.

(Escribe el criado 1º sobre las espaldas del 2º).

JULIO.

«Madre mía».

CRIADO 1º.

Mía.

JULIO. «Con esta
son dos las que ya os he escrito».
Decid presto, picarón.

CRIADO 1º. Escrito.

JULIO. «Y no he recibido
respuesta más que de una».

CRIADO 1º. Una.

JULIO. No escribas quedito;
escribid recio, que es sorda,
y no ha de poder oírlo.

CRIADO 1º. Pues ¿no lo ha de leer?

JULIO. ¿Qué importa,
si no la escribís a gritos?
«Yo vó allá esta noche».

CRIADO 1º. Noche.

JULIO. «Y así, al punto mismo...»

CRIADO 1º. Mismo.

JULIO. «Responded mañana».

CRIADO 1º. Ñana.

JULIO. Yo tengo bravo capricho:
esto es escribir a sordos.
¿Veis cómo sois un pollino?
Yo haré lo que me mandáis.

CRIADO 1º. Ya yo no puedo sufrillo.

CRIADO 2º. ¿Que alzáis la cabeza vos?

JULIO. Pues ¿queréis ver lo que escribo?
Señor, pues ¿no lo está oyendo?

CRIADO 1º. Si no ve lo que está escrito,
¿Qué importa que lo oiga, bestia?
Tapadlo, haced lo que os digo.
¡Miren la curiosidad
del bergantón atrevido!

ESCENA XVI.

ROBERTO.-DICHOS.

CRIADO 1º. (*A Roberto*).
El Duque llamaros manda.

ROBERTO. Y yo vengo tan mortal,
que a tan gran traición presumo
que no baile castigo igual.

JULIO. Roberto, ¿a qué habéis venido?

ROBERTO. ¡Ay de mí! Vengo a llorar
delito, que sin ser mío,
mía la pena será.

JULIO. Hoy a la quinta me envían.
 ROBERTO. Cielos, sin duda sabrán
 la causa de mi dolor.
 JULIO. Volveos al instante allá.
 ROBERTO. Pues ¿para qué he de volver?
 JULIO. Porque os tengo de enviar
 una carta luego al punto
 para que el caso sepáis.
 ROBERTO. Pues ¿ya no me lo diréis?
 JULIO. Pues si ya en la carta está
 ¿Cómo os lo he de decir?
 CRIADO 1º. Señor, advierte que van
 las damas y caballeros
 al salón entrando ya
 a las bodas de tu prima.
 ROBERTO. Mi temor creciendo va.
 Pues ¿con quién se casa Aurora?
 JULIO. Con Alejandro no más.
 ROBERTO. Sin duda el Duque ha sabido
 tan atrevida maldad.

ESCENA XVII.

EL DUQUE, ALEJANDRO, AURORA, CAMILA, MÚSICOS, ACOMPAÑAMIENTO.-
 DICHOS

MÚSICA. *En blandos lazos de amor
 tenga por triunfo inmortal
 Alejandro con Aurora
 la prisión por libertad.*

AURORA. *(Aparte)*
 Cada paso es una flecha,
 cada voz es un puñal;
 ¡Quién los instantes agora
 pudiera en siglos trocar!

ALEJANDRO. Aun no creo a mi fortuna.

CAMILA. *(Aparte)*
 Yo sí, que es muy cierto un mal.

DUQUE. ¿No es el que miro Roberto?
 ROBERTO. Señor...

DUQUE. ¿Cómo no llegáis?
 ROBERTO. Porque dudo merecer
 el perdón de culpa tal;
 mas el vio haber sido mía,
 Señor, os mueva a piedad.

DUQUE. Pues ¿de quién es?

ROBERTO. De mi esposa.
 DUQUE. ¿Qué decís?
 ROBERTO. Por mejorar,
 Señor, de suerte a su hijo,
 le trocó, sin que jamás
 me diese noticia dello,
 hasta que llegando un mal
 a ponerla en los extremos
 de la vida, por quedar
 sin el cargo desta culpa,
 me lo llegó a declarar.
 Y yo, Señor, de temor,
 viendo cometido ya
 el yerro, no me atreví.
 DUQUE. Qué decís? ¿Cuándo acabáis
 de declararos?
 AURORA. ¡Qué escucho!
 ROBERTO. Que vuestro hijo natural
 es Carlos, y Julio mío.
 JULIO. Pues hombre de Barrabás,
 ¿Qué has hecho? ¿No reparaste
 que ellos ya no te darán
 tanto por decirlo como
 te diera yo por callar?
 AURORA. *(Aparte)*
 Cielos, aún tiene remedio
 la congoja de mi mal.
 DUQUE. ¿Dónde está Carlos?
 ROBERTO. Señor,
 desesperado iba ya
 de palacio y lo te truje.
 DUQUE. Llamadle.

ESCENA XVIII
 CARLOS. -DICHOS.

CARLOS. A tu pies está.
 DUQUE. Hijo, levanta a mis brazos;
 que esta noticia me dan
 a tiempo que premio cella,
 mas que castigo, he de dar.
 Alejandro, no extrañéis
 que mude tal novedad
 el intento: con mi hijo
 no es la competencia igual;

mas para enmendar en parte
vuestra queja, y no faltar
mi palabra, mi sobrina
Camila la mano os da.
CAMILA. Logróse toda mi dicha.
ALEJANDRO. No puedo el alma negar
a este favor; yo le aceto.
DUQUE. Pues Carlos, llega a abrazar
a Aurora y dale la mano.
CARLOS. Y el alma, que en ella está.
AURORA. Siempre fue tuya la mía.
¡Dulce fin a tanto mal!
JULIO. Y ¿a mí me dan una soga
para que me vaya a horcar?
DUQUE. A Gila y dos mil ducados.
JULIO. Con esto acabado está.
AURORA. De Cáncer y de Moreto
Fin aquí las plumas dan
probando que en todo son
La fuerza del natural.

La milagrosa elección de San Pío Quinto
Agustín Moreto

La milagrosa elección de San Pío Quinto Agustín Moreto



PERSONAJES

AMADEO.	FELIPE II.
GUILLERMO, <i>criado.</i>	EL PAPA.
PAULO, <i>viejo.</i>	EL INQUISIDOR GENERAL.
GRATINA.	RUI GÓMEZ.
ISABEL.	UN MINISTRO DE LA INQUISICIÓN.
MICAELO DEL BOSCO.	TRES PORTEROS.
CALEPINO.	DOS HOMBRES.
MORÓN, Cardenal.	CRIADOS.
FARNESIO, Cardenal.	MÚSICOS.
COLONA, Cardenal.	CARDENALES.
REGINALDO.	ACOMPAÑAMIENTO.

La acción pasa en Italia y en España

Jornada primera

Calle del Bosco.-Noche.

Escena I

AMADEO y GUILLERMO, de camino.

GUILLERMO	Llegar, Señor, a Milán esta noche es imposible.	
AMADEO	Estás, Guillermo, terrible. Cuando llevándome van el alma los pensamientos,	5
GUILLERMO	dos leguas pequeñas son. En oscura confusión se han desatado los vientos, amenazando a la tierra, hecha un caos de soledad;	10
AMADEO	que en profunda oscuridad la helada noche se encierra, y en esta aldea podemos la luz del día aguardar. Mi amor no me da lugar,	15
GUILLERMO	Guillermo, a que descansemos, porque en dos meses de ausencia de Porcia, muerto he vivido entre esperanza y olvido y entre temor y impaciencia.	20
GUILLERMO	Cuando esta noche lleguemos, ¿puedes verla hasta mañana?	

AMADEO	Veré su oriente o ventana.	
GUILLERMO	Eso será si podemos.	
AMADEO	¿Por qué?	
GUILLERMO	Por la oscuridad, el agua y viento.	25
AMADEO	Mi fuego la abrasará, y su luz luego nos dará mas claridad.	
GUILLERMO	¿Qué luz?	
AMADEO	La que participan sus piedras, que al sol iguales, son rayos piramidales, aunque en luz los anticipan.	30
GUILLERMO	Perdido estás.	
AMADEO	Bien se ve, pues a Milán no llegamos, que es el cielo que buscamos, donde ganado estaré.	35
GUILLERMO	Pasar es temeridad, y más estando rendidos los caballos, y metidos los cielos en tempestad.	40
AMADEO	Dejemos amanecer, Si te parece, Amadeo. Poner riendas al deseo, amando, no puede ser; que es desenfrenado amor cuando a desbocarse llega.	45
GUILLERMO	¡Oh, cuánto perturba y ciega el soberano candor de un lucido entendimiento!	
AMADEO	Quien no sabe amar no sabe vivir; no hay fiero ni ave en la tierra ni en el viento sin amor, porque sería morir la naturaleza, y el mundo en tanta belleza, sin amor, se acabaría.	50
GUILLERMO	Pero ya que me resistes en mi deseo, ¿qué haremos?	
AMADEO	En esta casa llamemos. Llama pues.	
GUILLERMO	¿Ya te venciste?-	60
	¡Ah desta casa!	

AMADEO	Quien con mi cuidado viene, no repara en la posada; que en tan soberbia ocasión	90
PAULO	soberbios palacios son. Si su humildad os agrada, en ella pasar podéis la noche: lumbre dará, que la falta suplirá	95
	del regalo que perdéis. (Que no hay en casa otra cosa [546] con que poder regalaros); Y una cama en que acostaros, sin perfumes olorosa;	100
	y con limpieza os la harán, cuyas sábanas, dobladas, en el cofre reservadas habrá diez años que están.	
GUILLERMO	¿Habrá para los caballos caballeriza?	105
PAULO	Muy buena.	
GUILLERMO	¿Y paja?	
PAULO	Paja y avena.	
GUILLERMO	Pues voy, Señor, a pensallos.	
PAULO	Ya iréis; llamaré primero mi gente.- ¿Isabel, Gratina?	110

Escena III

GRATINA; luego, ISABEL.-**Dichos.**

GRATINA	¿Señor?	
AMADEO	(Aparte.) ¡Belleza divina!	
PAULO	Hablad a ese caballero.	
GRATINA	Sé poco de cortesía; su merced perdonará.	
PAULO	Pues ¿Isabel?	
ISABEL	(Sale.) Aquí está.	115
AMADEO	(Aparte.) Vertiose en la nieve fría el pomo de la vergüenza mezclando nieve y coral; siendo el rostro celestial la aurora cuando comienza	120
	a despertar entre rosas	

	y azucenas al dormido sol, que ahora ha amanecido en sus mejillas hermosas.	
GRATINA	Pondré la mesa primero.	125
ISABEL	Y luego yo haré la cama.	
PAULO	Primero a esa gente llama, y di que a este caballero le dé la paja y la avena que pidiere.	
AMADEO	(Aparte.) ¡Estoy perdido! A ver mi muerte he venido.	130

(**Vanse** GUILLERMO, ISABEL y GRATINA.)

Escena IV

PAULO, AMADEO; **después**, ISABEL y GRATINA.

PAULO	Mientras se aliña la cena siéntese vuesa merced a la lumbre; que no siento en casa mejor asiento.	135
AMADEO	Y que le estimo creed.	

(**Traen la mesa** ISABEL y GRATINA.)

GRATINA	Ya está aquí la mesa.	
ISABEL	Y viene	
	lo que hay que cenar en ella.	
AMADEO	Si quien la trae es estrella, por plato el sol me previene.	140
ISABEL	Si es el plato el sol, serán las aceitunas los rayos.	
AMADEO	Y vuestro rostro los mayos, que al rostro esas rosas dan.	
PAULO	¿Qué traéis?	
GRATINA	Una cebolla	145
	y ese plato de aceitunas.	
PAULO	Y ¿no habrá nueces?	
ISABEL	Ningunas.	
PAULO	Ayer se vendió una polla, que me criaba Gratina aquí domésticamente.	150

GRATINA
PAULO
GRATINA

Y era gallina valiente.
¿No hay un poco de cecina
que darle?
Padre y señor,
pienso y sospecho que sí;
tan fina y tan carmesí,
que es púrpura en el color.
Voy por ella.

155

(Vase, y vuelve con la cecina.)

AMADEO

No entendí
hallarme en noche tan buena
de posada, cama y cena.

Escena V

GUILLERMO.-**Dichos.**

GRATINA
GUILLERMO
ISABEL

Ya la cecina está aquí.
Ya los caballos están
boca abajo descansando,
y entre la paja espulgando
la avena.
Mientras que van
cenando, iré a prevenir
la cama.

160
165

(Vanse Isabel y Gratina.)

Escena VI

PAULO, AMADEO, GUILLERMO.

AMADEO

(Aparte. Cenaré enojos
sin el plato de tus ojos.)
(Aparte. A Guillermo.) Guillermo, ¿para morir
a esta casa me trujiste?
GUILLERMO
AMADEO
GUILLERMO

¿De hambre?
De hambre de amor.
Esa aprieta con rigor.
¿De quién?

170

AMADEO	Del cielo que viste.	
GUILLERMO	¿Qué es cielo la labradora?	
AMADEO	Y sol hermoso su cara.	
GUILLERMO	«¡Ay cielos, quién la burlara!»	175
	Irás a decir ahora.	
	Pues capitulado estás	
	con Porcia, divina esfera.	
AMADEO	Ni menos hacer pudiera,	
	ni este empeño espera a más.	180
GUILLERMO	Disimula; porque el viejo	
	juzgo que oye.	
AMADEO	Harelo así.-	
	¿Sois, padre, del Bosco? (A PAULO.)	
PAULO	Aquí	
	de la fortuna me quejo;	
	puesto que aquí me crié.	185
	En Milán nací.	
AMADEO	¿En Milán?	
PAULO	Los tiempos tal vuelta dan.	
	Mientras cenáis, os diré	
	mi corta y mísera historia,	
	si me dan para contalla	190
	voz el alma, que la calla,	
	y paciencia la memoria.	
	Mi padre (que esté en gloria) me contaba,	
	en torno de la mucha muchedumbre	
	que en este mismo sitio coronaba	195
	con lisonjero círculo esta lumbre,	
	tal vez, noble Señor, cuando cenaba,	
	o después de cenar, como es costumbre,	
	glorias pasadas; porque el bien perdido	
	regala a la memoria, recibido.	200
	Decíame en efecto que vivía	
	en paz tranquila, rico y sosegado,	
	en Milán, patria suya, en medianía	
	del más soberbio y más humilde estado;	
	ostentaciones bárbaras no hacía,	205
	compuesto se trataba y recatado;	
	que no está en la soberbia la nobleza,	
	ni en el rico aparato la riqueza.	
	Noble, en fin, en Milán honestamente	
	pasaba, dilatando la familia	210
	la casa, en tan honrado descendiente	
	guardada con cuidado y con vigilia.	

Mas, como se encendieron de repente,
emulando las guerras de Sicilia.

Civiles bandos en Milán, de fuego, 215
turbó la paz y barajó el sosiego.

Mi padre, al fin, la parte defendiendo
del duque Esforcia, verdadero duque,
perdió hacienda, mujer, la paz perdiendo;
que la guerra no hay bien que no trabuque. 220

Una noche en su casa miró ardiendo
desde el pintado jaspe al blanco estuque,
levantando la llama sus espacios,
pirámides al cielo de topacios.

Quemáronle la casa, apellidando: 225
«¡Viva la libertad!» Y él, como pudo,
de la lisonja vil del fiero bando,
desnudo me sacó, y libró desnudo.

Salió, montes de fuego atropellando,
llevando a mi inocencia por escudo; 230
[547]

Penate suyo fui, preciosa joya
que escapó de las llamas de su Troya.
Murió; y dejome solo, acompañado
de mi hermosa Isabel y mi Gratina,
báculos de mi vida y mi cuidado, 235
que trémula a la muerte se avecina.

Mas ¡ay! que la memoria ha renovado
la pena, que matarme determina:
con ellas (¡ay de mí!) me dejó un hijo,
pesado llanto y breve regocijo, 240
prodigioso en nacer, y prodigioso
en obras, en palabras, en señales.

Sacrificado al culto religioso,
ceremonias usando episcopales,
cantaba misa en tono misterioso, 245
transformando en casullas los pañales;
de pintado papel mitras hacía,
y sentado, a los niños bendecía;
nunca de las iglesias se apartaba.

De seis años, causando espanto a todos, 250
con el preste la misa administraba,
inspirándole Dios los altos modos.

De diez años, al fin, trigo llevaba
cierto día a Milán, y en unos lodos
la jumenta cayó, rompiendo el saco... 255

¿Cómo enfreno el dolor y el llanto aplaco?
 Dejole a un zagalejo la jumenta,
 y llorando se fue donde hasta ahora
 dél no he sabido, siendo, por mi cuenta,
 otros diez años, que parece una hora. 260
 Este pesar me aflige y me atormenta,
 esta parte del alma el alma llora,
 cuyas lágrimas siempre podéis verlas
 ensartarse en mis canas como perlas.

AMADEO El discurso me bastaba 265
 para salsa de la cena.

Escena VII

ISABEL, GRATINA.-**Dichos.**

ISABEL Ya saqué paja y avena.
 AMADEO (**Aparte.**) Hasta aquí sin vida estaba.
 PAULO Toma esa luz, Isabel,
 y alumbra a este caballero 270
 al aposento.

AMADEO Primero,
 padre, como huésped fiel,
 quiero pagar la posada.

PAULO Interés no me atropella;
 con haber posado en ella 275
 queda, Señor, bien pagada.

AMADEO (**A ISABEL.**) Estos escudos tomad
 para chinelas.

ISABEL Señor,
 descalzo ando acá el honor,
 si calzado en la ciudad. 280
 No gasto chinelas yo;
 y si de mi padre es
 la posada, ese interés
 mi padre le mereció.

AMADEO Aquí en la mesa se queden; 285
 pues ella la cena dio.

PAULO No pienso tomarlos yo.
 AMADEO Pues tomarlos, Señor pueden
 vuestros criados.

PAULO Gratina,
 venme luego a desnudar.- 290

Idos, Señor, a acostar.

(Vase PAULO con GRATINA, y hablan aparte AMADEO y GUILLERMO.)

GUILLERMO	¡Fuerte ocasión!	
AMADEO	¡Peregrina!	
	Gozaré sus castas rosas.	
GUILLERMO	¡Buen hospedaje le queda!	
AMADEO	Esto merece el que hospeda huésped entre hijas hermosas.	295

(Vanse.)

Campo inmediato al Bosco.

Escena VIII

MICAELO y CALEPINO, de estudiantes.

MICAELO	No puedo pasar de aquí; de aquí a Milán hay dos leguas.	
CALEPINO	¡Que así me hayas sonsacado de mi estudio y de mis letras, donde al cabo de dos años Doctor en Bolonia fuera.	300
MICAELO	Si en conformidad salimos de Bolonia, y si en la misma hemos llegado hasta aquí. Trayendo de puerta en puerta para Milán la derrota, ¿de qué puedes formar queja? No puedo pasar de aquí; que aquí un negocio me espera.	305
CALEPINO	Todos tus negocios son de secreto y diligencia; pareces inquisidor.	310
MICAELO	¿Qué importa que lo parezca, si no lo soy?	
CALEPINO	Aun ahora estás de serlo en potencia, y aun de ser Papa.	315

MICAELO	¿Yo Papa?	
	Calla, necio; ten prudencia.	
CALEPINO	Digo que de uno y de otro en tí hay mil señales ciertas,	320
	y te las daré una a una.	
MICAELO	¿Cuál es la señal primera?	
CALEPINO	La nariz; que en las narices los Papas se diferencian de los otros. Y conforme,	325
	Micaelo, aquesta regla de buena fisonomía, has de ser papa por fuerza; y en tu cara no es razón que una nariz te desmienta.	330
MICAELO	Ya comienzas, como sueles, a hablar en diversas lenguas.	
CALEPINO	Eso es llamarme vinoso.	
MICAELO	No hago tal, ni Dios lo quiera; que el llamarte Calepino me ha dado tanta licencia.	335
	Mira qué es lo que te debo; hagamos, amigo, cuenta.	
CALEPINO	Así la paga en la mano como la cuenta estuviera.	340
	Pero, aunque tú no me pagues, quiero por tu gusto hacerla; está atento en las partidas, y aquí un poquito te asienta.	
	«Cuenta de lo que me debe aquí en partidas diversas Micaelo: <i>In nomine Dei.</i> »	345
MICAELO	¿En testamento comienzas?	
CALEPINO	Pues, ¿testamento no hacen cuantos en confianza prestan, pues dejan todas su mandas a voluntad de albaceas, que mil veces no las pagan; y si pagan...?	350
MICAELO	No te metas	
	en cosas que no te importan.	355
CALEPINO	¡Oh, qué temprano que empiezas a reformar las costumbres! ¿Quién hay que no se entremeta en los gobiernos del mundo,	

(Saca tintero de bolsillo y papel, y escribe.)

MICAELO

Así sea.

Haz la cédula; que yo,
pues con ella te contentas, 400

la firmaré. Y entre tanto,
limpio zapatos y medias,
y me pongo esta valona;
que ya en el sombrero seca
la tengo, porque há diez años 405
que esta visita me espera.

CALEPINO

Ya está la cédula escrita.

MICAELO

Muéstrala acá, firmarela.

CALEPINO

No firmes papel, sin verle
muchas veces, aunque sea 410
en favor tuyo libranza;
no quieras que te suceda
lo que al otro con Nerón.

MICAELO

(Firma sin leer.) Pasar quiero por la pena.

CALEPINO

Léela, pues has firmado. 415

MICAELO

Dice de aquesta manera:

(Lee.) «Digo yo Micaelo del Bosco que me obligo de
pagar por esta, firmada de mi nombre, a Calepino
Estrambet once reales, cuando sea Papa. Y lo firmé.-
Micaelo del Bosco.»

Si para entonces la pides,
¿para qué la hiciste?

CALEPINO

Piensa

que aquesta cédula, amigo,
ha sido como no hacerla; 420
que quien te pide este plazo,
ejecutarte no piensa;

que así quiero que conozcas
mi ánimo y mi largueza,

MICAELO

Yo la merced te agradezco; 425
dame tus brazos.

CALEPINO

Quisiera

que, como Cástor y Pólux,
en conformidad eterna
viviéramos siempre.

(Se abrazan.)

MICAELO

Adiós,

Calepino.

CALEPINO

Con Dios queda;
que me arranca la partida
algunas lágrimas tiernas.

430

(Vanse.)

Sala en casa de PAULO.

Escena IX

AMADEO, ISABEL.

AMADEO

En el papel que te di
conocerás mi verdad.

ISABEL

¿Al fin soy tu esposa?

AMADEO

Sí;

435

que a tu divina beldad
alma y potencias rendí.

ISABEL

Bien reconozco que ha sido
mucho la facilidad
que aquí contigo he tenido.

440

AMADEO

Isabel, tu voluntad
en esto se ha conocido.

ISABEL

Antes la ventura mía
el juramento acrisola.

AMADEO

El papel señala el día.

445

ISABEL

Advierte que es tu fiadora
la purísima María,
y que es Jesucristo a quien
este juramento hiciste.

AMADEO

Y el papel hice también;
que en él la verdad consiste.

450

ISABEL

Y en ti consiste mi bien.

Escena X

GUILLERMO.-Dichos.

GUILLERMO

Ya los caballos están
enfrenados aguardando:
que piensan de aquí a Milán
ir en su espuma nadando,

455

	según lo fogosos van.	
AMADEO	Si con mis pies caminaran, del Bosco no se movieran.	
GUILLERMO	En llanto los gustos paran.	460
AMADEO	Pues si siempre gustos fueran, del mucho gusto mataran.	
GUILLERMO	(Aparte. A AMADEO.) Después de la posesión, ¿tanto su amor te provoca?	
AMADEO	(Aparte. No penetras mi intención; es que pronuncia la boca sin saberlo el corazón.) Pide, Guillermo, a mi esposa la mano.	465
ISABEL	Por vos le doy los brazos.	
GUILLERMO	La pura rosa que en vos contemplando estoy, mas que el sol os hace hermosa.	470
AMADEO	(Aparte. A Guillermo.) Guillermo, ¡bella mujer!	
GUILLERMO	¿Qué la has de dejar burlada?	
AMADEO	No puedo otra cosa hacer.	475
GUILLERMO	Bien le pagas la posada.	
AMADEO	¡Qué franco es el prometer!	
GUILLERMO	Como el cumplir avariento.	
ISABEL	Mi padre y Gratina vienen.	
AMADEO	Mucho esta partida siento.	480

Escena XI

PAULO y GRATINA.-**Dichos.**

PAULO	Para una noche, Señor, no era mala la posada.	
AMADEO	Para un siglo era buena.	
PAULO	Señor, vos queréis honrarla.	
AMADEO	Dos días, Paulo, he querido descansar en vuestra casa Veáis aquestas señoras logradas y bien casadas; aunque su mucha virtud para que se logren basta;	485 490

que yo, a fe de caballero,
os prometo remediarlas
con aumento vuestro y suyo.
Fiad de aquesta palabra,
para que no me llaméis 495
nunca ingrato.

PAULO Dios lo haga.
AMADEO Ea, abrazadme, señoras;
y adiós.

PAULO Pues hasta la plaza
con vos tengo de salir.

AMADEO (**Aparte. A ISABEL.**)
¡Muerto voy!

ISABEL (**Aparte. A AMADEO.**)
¡Quedo sin alma! 500

GUILLERMO (**Aparte. A AMADEO.**)
Buena dejas esta Olimpia,
nuevo Vireno de Italia.

AMADEO Amor no siempre es amor;
que también finge y engaña.

(**Vanse PAULO; AMADEO y GUILLERMO.**)

Escena XII

ISABEL, GRATINA.

ISABEL ¿Qué dices de mis sucesos,
Gratina? 505

GRATINA Que eres, hermana,
venturosa si Amadeo
tiene fe y lealtad te guarda.

ISABEL ¿No me dio mano de esposo
en tu presencia? [549]

GRATINA Y ¿si falta? 510

ISABEL Por eso en resguardo tengo
una cédula firmada
suya.

GRATINA ¿Suya? Muestra a ver.

ISABEL Para mayor confianza
esta cédula me dio. (**Dásela.**) 515

GRATINA (**Leyendo la firma.**)
«Amadeo Esforcia.» Basta.

(Lee.) «Digo yo Amadeo Esforcia: que me obligo a casar, y seré esposo de Isabel del Bosco cuando su hermano sea Papa. Y por verdad lo firmé.-*Amadeo Esforcia.*»

ISABEL

¿Eso dice?

GRATINA

Aquesto dice.

ISABEL

¿Qué me cuentas?

GRATINA

Lo que pasa;

para entonces te promete

ser tu esposo. ¡Si lo guarda

520

para entonces, tú estás buena!

(Devuelve la cédula a ISABEL.)

ISABEL

¿Buena una mujer tan mala?

Sin mí estoy; vamos tras él.

¡Murieron mis esperanzas

a manos de mis deseos!-

525

Falso engañador, aguarda.-

¡Muerta soy!

GRATINA

Mi padre viene.

ISABEL

Disimulo en pena tanta.

Escena XIII

PAULO.-**Dichas.**

PAULO

¡Válgame Dios, qué buen mozo!

Al fin es de sangre honrada.

530

¡Qué agradecido que parte

del regalo de mi casa!

Hija, huéspedes como éste

dan opinión y no agravian.

¿Qué tienes? ¿No me respondes?

535

Levanta, Isabel, la cara.-

Gratina, dime, ¿qué es esto?,

¿has reñido con tu hermana?

GRATINA

No, Señor.

PAULO

Pues tú, ¿qué sientes?

ISABEL

Mucho, iba a decirte... Nada.

540

PAULO

¿Nada y mucho? No te entiendo.-

Gratina, di tú la causa

de aquesta tristeza.

GRATINA

Padre,

yo...

PAULO	¿Qué te detienes? Habla.	
GRATINA	Es, Señor...	
ISABEL	No se lo digas.	545
PAULO	¿Cómo es eso? Ya me llama con más cuidado el informe, al ver que tú se le atajas.- Prosigue, dime al momento lo que te pide tu hermana	550
	que calles, o ¡vive el cielo... Ten; que yo lo diré.	
GRATINA		
PAULO	Acaba.	
GRATINA	Amadeo...	
PAULO	Fue mi huésped.	
GRATINA	Dejó...	
PAULO	¿Qué adivinas, alma?	
GRATINA	A Isabel, mi hermana...	
PAULO	¡Ah penas!	555
GRATINA	Sin honor, y falso...	
PAULO	Calla,	
	no prosigas. Si la vida con esas pocas palabras me quitas, ¿por qué con otras me quieres quitar el alma?-	560
	Caballero, cuyo agrado supo granjear mi alabanza; villano, cuya cautela ha conseguido mi infamia; si agradable, ¿por qué afrentas?	565
	Y si afrentas, ¿por qué agradas?-	
	Y tú, de mi deshonor cómplice mayor, pues para que su traición tenga efecto tu facilidad dio causa,	570
	muere a mis manos, y mueran contigo injuriosas ansias, que haciendo en el alma guerra...	

Escena XIV

MICAELO.-**Dichos.**

MICAELO	Paz sea en aquesta casa.	
PAULO	Mal puede haber paz ahora	575

MICAELO

en una guerra tan larga.
Dadme, padre, vuestra mano,
pues he llegado a besarla
con salud, vida y contento
después de tantas desgracias. 580
Diez años há, padre mío,
que habréis sentido mi falta,
si la falta de un mal hijo
sentimiento a un padre causa.
Cayóseme la jumenta, 585
y pródigo se derrama
el trigo, que granos de oro
iba sembrando en el agua.
Afligime, y a Dios dije:
«¡Ah Señor, ruégoos que nazca, 590
ya que yo lo derramé,
pan de hartura y abundancia
para un miserable viejo;
que dél el remedio aguarda
para sí y para dos hijas 595
que cría en pobreza extraña.»
Y después de haber vertido
lágrimas, que por ser tantas
enternecían las piedras
que por el camino estaban, 600
di la jumenta a un muchacho;
y como si por mi causa
ella tropezado hubiera,
al fin (pueril ignorancia),
te la envié, y me quedé 605
allí triste. Y si no pasan
dos piadosos religiosos
dominicos, me quedara
siempre en el camino, dando
sobre el trigo voces varias. 610
Consoláronme, y me puso
uno dellos a las ancas
de su mula, y me llevaron
en breve larga distancia.
Tuvieronme en el convento, 615
donde, estudiando, cuidaba
de officiar con los mancebos
todas las misas rezadas.
La gramática estudié;

PAULO

y cuando cursando estaba 620
la lógica, el prior quiso
cubrirme la veste blanca
del soberano Domingo,
sol de Dios, Guzmán de España.
Pero al Prior le dijeron 625
que a un mozo de gente baja,
no conocido, era injusto
hacerle mercedes tantas;
que era hacerle extraña afrenta
a una religión tan santa; 630
como si la santidad
la nobleza la causara.
Negome el hábito, en fin,
y corrido, una mañana
me partí para Bolonia, 635
donde estudié letras sacras;
y con deseo de veros,
y pasar, porque se pasa
mejor en la soledad,
vengo humilde a vuestras plantas 640
pidiéndoos, padre, perdón
de mi delito, aunque hasta
llamaros padre, que es nombre
que los disgustos aplaca,
¿cómo no me respondéis?, 645
¿qué es aquesto? Padre, hermanas,
señor, ¿qué es esto?, ¿qué es esto?,
¿cómo estáis todos sin habla?
Hijo, un pesar duro y fuerte
nos tiene desta manera, 650
y el tenerle ha sido suerte,
porque muerte no nos diera
el alegría de verte.
El gusto de oírle hablar
y de merecerte ver 655
muerte nos pudiera dar,
si viniera este placer,
hijo, sin este pesar;
pero es tan fiero el rigor
con que con razón me aflijo, 660
que se encuentra en mi dolor,
hijo, el mayor regocijo
con el disgusto mayor.

Una hija a morir me incita,
 si un hijo es mi vida ya, 665
 y en pena tan infinita
 veo quien vida me da,
 y veo quien me la quita.
 Muriendo estoy de pesar;
 y así, pues mudos estamos, 670
 no tienes que preguntar;
 que pues viéndote callamos,
 tendremos por qué callar. [550]
 MICAELO Padre, matándome está
 el torpe susto, prolijo; 675
 decidlo, acabadme ya.
 PAULO ¡Ay de mí!
 MICAELO ¿Qué tenéis?
 PAULO Hijo,
 Gratina te lo dirá.

(Vase.)

MICAELO Decídmelo antes que acabe,
 si es que tengo de morir; 680
 que este vivir no es vivir.
 ¿Qué es esto?
 GRATINA Isabel lo sabe;
 ella lo puede decir.

(Vase.)

MICAELO ¡Hay confusión más cruel!
 ¿Esto es piedad, o es rigor? 685
 Dime lo que es, Isabel.
 ISABEL Nadie lo sabe mejor,
 hermano, que este papel.

(Vase.)

Escena XV

MICAELO Papel, dime estos enojos,
 habla también; ¿mudo estás? 690
 Pero son vanos antojos,
 pues tú te remitirás

a lo que lean mis ojos.

(Lee.) «Digo yo Amadeo Esforcia: Y que seré esposo de Isabel del Bosco cuando su hermano sea Papa. Y por verdad lo firmé.»

Papel firmado a mujer
daño tiene anticipado; 695

porque nadie pudo hacer
papel contra sí firmado,
no ejecutado el placer.

En sus engaños amor
tales escrituras tiene; 700

Fía a un vil plazo su honor,
y cuando a cumplirse viene,
ya está muerto el acreedor.

Si esto es verdad, Isabel
su honor le fió a Amadeo, 705

con engaño infame; y él,
ejecutado el deseo,
le dio en resguardo el papel.

Si tal plazo el papel da
a la que el honor fió, 710

tarde el honor cobrará;
pues no siendo Papa yo,
nunca el plazo llegará.

Mas, vil, que de una mujer
con engaño así triunfaste, 715

Papa Dios me puede hacer,
aunque tú aquí limitaste
su omnipotencia y poder.

Adiós patria; casa, adiós;
adiós, hermanas, que ciego 720

voy a vengar a las dos.

Adiós, padre. Mas si os niego,
es por mi honor, no por vos.

Vengar vuestro honor deseo,
y en esto esta ausencia fundo; 725

y si en ocasión me veo,
ha de saber todo el mundo
que me vengo de Amadeo.

(Vase.)

Calle de Milán.

Escena XVI

CALEPINO; **música, dentro.**

CALEPINO	(Al salir.) Brava ciudad es Milán; mas mejor me parecieran, como fabricados fueran sus edificios de pan; que, vive Dios, que a bocados los había de asolar. Todo es hambre este lugar, todo países pintados.	730
MÚSICA	(Dentro.) <i>Amadeo y Porcia vivan muchos siglos, siendo en su consorcio el tiempo padrino.</i>	740
CALEPINO	Música hay en esta casa, y sus voces dan indicios de que hay boda, y lo acreditan coches, sillas y ruido, visitas, joyas, cadenas, lacayos y pajecillos, que con sus libreas verdes son racionales pepinos. Pues donde hay boda hay convite; ¿a qué aguardas, Calepino, que tus lenguas no traduces hoy en dientes y colmillos? Allá voy. (Se dirige a la casa.)	745 750

Escena XVII

GUILLERMO.-CALEPINO.

GUILLERMO	¿Adónde va?	
CALEPINO	Si una boda hubiera olido usted, y tuviera hambre, excusara lo prolijo de la pregunta.	755
GUILLERMO	¿Por qué?	
CALEPINO	Porque un hambriento, es preciso	

	se casa Amadeo Esforcia, que es un caballero antiguo desta ciudad.	
MICAELO	(Aparte.) Muerto soy; ¡ay mi padre!, ¡ay honor mío! Plegue a Dios... Mas, torpe lengua, ¿por qué le ofendo y maldigo, si mi inadvertida hermana dio la ocasión al delito? Mas yo dél me vengaré.	795 800
VOCES	(Dentro.) Para, para.	
GUILLERMO	Ya han venido.	

Escena XIX

AMADEO, ACOMPAÑAMIENTO.-**Dichos.**

MICAELO	(Aparte. Honor, animoso embisto.) Caballero, una palabra; (A AMADEO.) que bien puede un ofendido, en el tálamo, venganza de sus agravios pedir.	805
AMADEO	Sin duda alguna que es loco.	
MICAELO	Es verdad; que son tenidos siempre por locos los pobres, y así yo os lo he parecido. ¿Conocéisme?	810
AMADEO	Juraré que en mi vida no os he visto.	
MICAELO	Pues ofendido me habéis sin conocerme, que he sido tan desdichado con vos; y así, vengarme imagino.	815
AMADEO	¿De qué suerte? Con hacer que luego en Santo Domingo me den el hábito, que esta es la venganza que os pido; que con el hábito santo de vos vengarme imagino.	820
AMADEO	¿Con eso quedas vengado? [551]	
MICAELO	Sí quedaré; que es lo mismo que darte la muerte.	825

padre, templad las suspiros;
honor, tened esperanza; 860
que si esta dicha consigo,
quizá permitirá el cielo
que cobren a un tiempo mismo,
mis intentos noble aliento;
mi hermana infeliz, alivio; 865
mi anciano padre, quietud;
mi honor, el ser que ha perdido.
Y así, intentos, padre hermanas,
honor, no perdáis los bríos;
consolaos, pues os ampara 870
el hábito dominico.

Jornada segunda

Antecámara en el alcázar de Madrid.

Escena I

MICAELO, de fraile dominico; un portero.

PORTERO	Padre, no puede entrar, no sea grosero; aquí puede aguardar su compañero, y si por ver al Rey es su porfía en la capilla le verá otro día, o cuando salga en público; que ahora ni para entrar ni para verle es hora.	5
MICAELO	Desde Milán, donde vestí el sagrado hábito que me cubre, fui llamado a Roma para hacerle compañía al padre Inquisidor, que a España envía con cartas para el Rey el Padre Santo. Aquí le espero, y deseaba tanto ver a su majestad...	10
PORTERO	Bien, por mi vida.	
MICAELO	Porque tenga otro logro mi venida. Y así, déjeme entrar, pues compañero soy del Inquisidor.	15
PORTERO	Yo soy portero, y que no entre ninguno me han mandado; aquí puede esperar, no sea cansado.	

(Vase.)

Escena II

MICAELO	¡Dichoso aquel que, al paso de sus bueyes, no invidia los palacios de los reyes!	20
	¡Qué desvelada, qué sutil invidia! Vedle: todo le enfada y le fastidia.	
	¡Con qué solicitudes los porteros son en mudos cancelos lisonjeros, pensando que a los reyes los cancelos	25
	han de decir que son ministros fieles! ¡Qué depuestas lisonjas! ¡Qué de guardas, como si resistieran alabardas a la muerte fatal el paso fuerte!	
	Pues no hay puertas cerradas a la muerte; y al fin de la carrera, en la mortaja, no al pobre el poderoso se aventaja.	30
	¡Ay celda mía! Tu quietud adoro, sin invidiar los pavimentos de oro.	
	A un monarca un truhán le dijo un día, que una tienda mas bien le parecía	35
	de un barbero, que no sus opulentos palacios, por estar llena de asientos, y en ellos jamás nadie asiento tuvo;	
	y aunque loco el truhán, discreto anduvo.	40
	Esta ventana da de escasa piedra una apacible y miserable medra: (Siéntase.)	
	Sentarme apenas puedo, que se encoge la piedra, porque el César no se enoje de ver que sin su acuerdo y sin licencia,	45
	a otro asiento le ofrezca en su presencia. Pero sueño la piedra me ha infundido. El sueño en ella muchos han perdido pues yo le he hallado en ella desta suerte,	
	sepulcro sea desta breve muerte. (Duérmese.)	50

Escena III

FELIPE II, con un pliego; RUI GÓMEZ.- MICAELO, dormido.

REY	¿Qué carta es ésta, Rui Gómez?	
RUI GÓMEZ	Gran Señor, es la respuesta que envió a su santidad.	
REY	Jesús, ¡qué carta tan necia!, ¡que esto pueda la pasión!	55
	¡Que así las potencias ciega	

que un rey aun a la virtud 95
 es bien que recato tenga.
 El pie le quiero besar.
 Y besándole, haré cuenta
 que beso aquí el pie del Papa;
 pues la misma reverencia, 100
 si es sacerdote, le debo
 que al Papa.-Postrado en tierra,
 Santísimo Padre, el pie
 Felipe Segundo os besa.

(Póstrase y bésale el pie.)

Perdonad si con enojo 105
 contra vos solté la lengua [552]
 de la prisión en que Dios
 la tiene encerrada y presa.-
(Bendícele MICAELO como soñando.)
 Durmiendo su bendición
 me echó.-Cualquiera que seas, 110
 sacerdote, el rey de España
 te ha besado el pie.-Ya es fuerza
 ausentarme, que parece
 que me ha sentido y despierta.

(Vase.)

Escena V

MICAELO; luego, RUI GÓMEZ y EL INQUISIDOR GENERAL.

MICAELO **(Despertando.)** ¡Válgame Dios! ¿Dónde estoy? 115
 ¡Sueño extraño! Pero sueñan
 los hombres en lo que tratan,
 y aperciben lo que intentan.
 Tratando estaba, y mirando
 de palacio las grandezas, 120
 y no es mucho a quien las trata
 que en ellas se desvanezca.
 Soñaba, en fin, que era Papa;
 y que el rey de España, puestas
 las rodillas por el suelo, 125
 prestándome la obediencia,

me besaba el pie; y yo entonces
 le bendecía con muestras
 de amor. ¡Qué rara locura!
 Mas este es mal que se pega 130
 al hombre más recatado
 de la cama en que se acuesta,
 y a mí el desvanecimiento
 se me pegó de esa piedra,
 que aquí aun piedras desvanecen 135
 a los que en ellas se asientan.

(Sale RUI GÓMEZ y el PADRE INQUISIDOR.)

RUI GÓMEZ	Ya vuestra reverendísima aquí la respuesta lleva, y con la ayuda de costa, podrá partir cuando quiera.	140
INQUISIDOR MICAELO	Venga, hermano Micaelo. Mi respuesta es la obediencia.	

(Vanse.)

Campo inmediato al Bosco.

Escena VI

AMADEO, de caza; CALEPINO, de cochero; CRIADOS.

AMADEO	(Dentro.) Para, cochero.	
CALEPINO	(Dentro.) Parado Estoy ya con Belcebú; que todo cochero es tú, siendo un cartujo barbado.	145

(Salen todos.)

AMADEO	Aquí pretendo volar dos cuervas, sin que me vea la gente de aquesta aldea.- Todos os podéis quedar (A los CRIADOS.) en esa frondosidad.-	150
--------	--	-----

	el premio y el galardón, y alcánceos mi bendición.	185
CALEPINO	Guárdeos Dios. ¿De un Micaelo estudiante me daréis razón?, que en este lugar pienso, Señor, que ha de estar.	
PAULO	Aquí presente tenéis su padre y sus dos hermanas.	190
CALEPINO	Y él, señores, ¿dónde está?	
ISABEL	Ausente.	
CALEPINO	Mal pago da a esas venerables canas.	
PAULO	Después, hijo, que tomó el hábito dominico, ufano, gallardo y rico con su librea se vio. Dos veces solas me ha visto; verdad es que cada día	195
	su socorro nos envía, con que la pena resisto a que el tiempo me condena.	200
CALEPINO	Su condiscípulo fui con él en Bolonia yo, y la facultad que oyó, también en su tiempo oí. Como a un hermano le quiero.	205
PAULO	Y yo en vos un hijo gano.	
CALEPINO	Dejome Dios de su mano, y he venido a ser cochero.	210
GRATINA	¡Qué!, ¿a mi hermano conocéis?	
CALEPINO	Yo le enseñé lo que sabe, porque no hay autor tan grave como yo. ¿Oído no habéis alabar a Calepino, docto en todas lenguas?	215
GRATINA	Sí.	
CALEPINO	Pues ese soy yo, que fui en ellas tan peregrino. Yo las enseñé en Bolonia, aunque en este traje estoy porque en mí se cifran hoy las lenguas de Babilonia. Hablo la lengua tudesca tan bien como un tabernero;	220
		225

	soy el inventor primero de la goda y germanesca. Cuantas jerigonzas hay, mi ingenio las forja y manda; yo inventé la zarabanda,	230
	la chacona, el ay, ay, ay. Yo enseñé a beber con nieve, brindis, haré la razón, cuya divina invención, a mí el verano me debe.	235
	Por mí en lonjas el tocino se come asado, y Noé dirá que yo le enseñé la dulce invención del vino; que por eso me llamaron Calepino.	240
PAULO	Bien se ve.	
CALEPINO	Yo a Micaelo enseñé, y por mí le graduaron en Bolonia, y vino a ser, bachiller en sus acciones;	245
	que en todas las ocasiones soy muy grande bachiller. Yo dineros le presté, y para ver que es verdad, esta cédula mirad,	250
	donde su firma se ve.	
PAULO	<i>Micaelo</i> dice aquí;	
	verdad es, la letra es suya.	
CALEPINO	Porque ninguno me arguya, vedla, Señor.	
PAULO	Dice así:	255
	(Lee.) «Digo yo Micaelo del Bosco: que me obligo de pagar por ésta, firmada de mi nombre, a Calepino Estrambet once reales, cuando sea Papa. Y lo firmé.- <i>Micaelo del Bosco.</i> »	
PAULO	Y ¿mi hijo quiso firmar esta locura?	
CALEPINO	Si así tan largo plazo le di, Fue por no querer cobrar.	
ISABEL	(Aparte.) ¡Ay de mí! Que a otra fianza como ésta fié mi honor. [553] Abrazadme; que el amor	260

CALEPINO	ya de mi hijo os alcanza.	
PAULO	Señor, ya la sed me abrasa.	
CALEPINO	Alla os regalarán bien.	265
CALEPINO	Haced que beber me den, que es gran sed la que se pasa. Soy muy poco comedor: Como por un pajarillo, gáname a comer un grillo;	
PAULO	que Amadeo, mi señor, de verme comer se espanta, como de verme beber.	270
CALEPINO	¿Amadeo?	
PAULO	Y su mujer	
CALEPINO	Porcia, que en grandeza tanta hoy asisten en Milán.	275
PAULO	¿Llámase Esforcia Amadeo?	
CALEPINO	Sí, Señor.	
PAULO	Presentes veo mis males.	
CALEPINO	Cazando están.	
PAULO	¿Qué caza?	
CALEPINO	Volatería.	280
PAULO	Ya le he visto volar yo; que una paloma mató, de dos que mansas tenía.- Retiráos de aquí las dos.- Luego en casa comeréis, y el dinero llevaréis de la cédula.	285
CALEPINO	Por Dios, que ha de estar aquí guardada, pues el plazo no ha llegado, y antes dél no sea pagado: César he de ser o nada.	290
GRATINA	Ea, venid, Calepino.	
CALEPINO	En diez lenguas me veréis hablar, si en casa tenéis librería de buen vino.	295

(Vase CALEPINO con ISABEL y GRATINA.)

Escena VIII

AMADEO.-PAULO.

AMADEO	Por aquí la cuerva va.	
PAULO	Ya la paloma está aquí; mas ved que no es simple ya.	
AMADEO	(Aparte.) Perdido soy, ¡ay de mí!	
PAULO	Aquí en tierra Paulo está, alevoso caballero. Si aves vienes a volar, de ti clemencia no espero; que a mi pobre palomar sueñas los sacres primero. ¿El hospedaje y amor pagar desta suerte sabes? Mas como vil cazador, son de rapiña tus aves, y cazan a lo traidor, con engaños y cautelas, quitándoles sin señuelo a tus neblís las pihuelas, cazas las aves al vuelo, y como las aves vuelas. Mas ¡ay! que entre las que domas, con cuya afrenta te alegras, quizá saldrán destas lomas picazas blancas y negras, que sepan vengar palomas. Si no mirara que estás caducando, y que se encierra en ti la voz que aún no das, tierra te hiciera en la tierra, porque se aumentara más. Si gocé a tu hija bella, cédula con que obligarme tiene; que gusté de hacella; haz que llegue a ejecutarme cuando llegue el plazo de ella; que si el plazo no es llegado, tus quejas injustas son. La cédula no he negado; si llega la ejecución, yo pagaré de contado. Sin que la pasión te ciegue, aguarda, para cobrar,	300 305 310 315 320 325 330 335

el día que el plazo llegue;
 que no te puedes quejar
 hasta que la deuda niegue. 340
 Quizá tu hijo vendrá
 a ser Papa, y ese día
 el plazo se cumplirá.
 PAULO Cosas que hacer Dios podía
 no las pongáis en quizá. 345
 AMADEO Está tu hijo en potencia
 muy remota para serlo,
 y es corta y poca su ciencia.
 PAULO No importa; Dios puede hacerlo;
 que es grande su omnipotencia. 350
 AMADEO Pues si Dios lo puede hacer,
 entonces podrás cobrar
 mi ejecutado placer.
 PAULO Dios es quien me ha de vengar
 de tu ingrato proceder; 355
 que eres un vil caballero.
 AMADEO Viejo infame, necio, loco,
 así responderte quiero.
(Dale un bofetón.)
 PAULO ¡Ay de mí!
 Y aun esto es poco.
 PAULO Mátame, que aquí te espero: 360
 Baja la mano, villano,
 al pecho, pues en la cara
 ejecutó el golpe en vano;
 que en sus renglones repara
 que tienes villana mano. 365
 Estampada a mi pesar
 en mi cara la contemplo;
 pero Dios me ha de vengar,
 que es en la pared del templo
 la mano de Baltasar, 370
 líneas son, si el rostro es mapa,
 del bofetón que me das.
 AMADEO Así quien me enoja escapa;
 voyme, y vengarte podrás,
 cuando tu hijo sea Papa. 375

(Vase.)

Escena IX

PAULO; luego, ISABEL, GRATINA y CALEPINO.

PAULO	Vete, vil, vete, villano, vete, ingrato caballero, con una mujer traidor, atrevido con un viejo; que Dios de ti ha de vengarme.	380
CALEPINO	(Sale con las hijas de Paulo.) Ya más alentado vengo.	
PAULO	¡Ay de mí!	
GRATINA	Padre y señor, ¿vos caído y descompuesto?	
PAULO	Soy edificio que yace entre las ruinas del tiempo.	385
	Aquí cayéndome estaba, y como flaco me vieron, en el rostro desta suerte cinco puntales me han puesto.	
	Ya es un libro de mi agravio, pues en él le tengo impreso, y en cinco renglones pone el capítulo primero.	390
	Al fin, para no cansaros, hijas, me ha dado Amadeo un bofetón.	395
ISABEL	¿Bofetón?	
PAULO	Mas me valiera haber muerto.	
ISABEL	Padre mío, ¿qué nos dices?	
PAULO	El rostro os lo está diciendo con cinco lenguas, que están pidiendo venganza al cielo.	400
CALEPINO	¿Que tan grande villanía con vos Amadeo ha hecho? Vive Dios, que no he de ser más su cochero, si puedo.	405
	Volver quiero a mis estudios, y a Roma partirme quiero, para que me absuelva el Papa del oficio de cochero. Adiós.	
ISABEL	¡Padre mío!	
CALEPINO	Adiós,	410

mis señoras; que os prometo
de darles hasta Milán
en el camino seis vuelcos. (Vase.) [554]

Cámara del Vaticano.

Escena X

EL PAPA, FARNESIO, COLONA.

Papa	¡Que no venga a mi obediencia!- ¿Son estas mis letras? Di.	415
FARNESIO	Santísimo Padre, sí.	
COLONA	(Aparte. A FARNESIO.) ¡Qué virtud!	
	¡Santa presencia!	
PAPA	Luego Farnesio a Morón las notifique.	
COLONA	(Aparte. A FARNESIO.) ¡Qué tal	
	irá con un Cardenal muestre el Papa!	420
FARNESIO	Es con razón.	
PAPA	Tema así mi excomuni3n, pues no teme mi castigo; que hacerle quiero mi amigo, hijos, por este rigor;	425
	que pues no me tiene amor, así le enfreno y le obligo. ¿Mor3n conmigo enojado? Cuando yo Papa no fuera, por Cardenal bien pudiera ser más cuerdo.	430
FARNESIO	Está agraviado.	
PAPA	¿Con el Pontífice enfado? Hoy el Cardenal verá mi rigor.	

Escena XI

Un PORTERO; luego, EL INQUISIDOR GENERAL.-Dichos.

PORTERO	Pidiendo está el Inquisidor mayor licencia.	435
PAPA	A ocasión mejor no puede venir acá; entre.	
INQUISIDOR	(Sale.) Vuestra santidad el pie aquí a besar me dé.	
PAPA	Después de besarme el pie, bien venido, levantad.	440
INQUISIDOR	De la sacra majestad del rey de España respuesta traigo, Padre Santo, en ésta.	
PAPA	¿Cómo queda?	
INQUISIDOR	Con salud, como a vuestra beatitud su monarquía dispuesta.	445
PAPA	Es católico lucero de la Iglesia, y si en el mundo de tal Segundo segundo hubiera, fuera el primero.	450
FARNESIO	¿Leeré las cartas?	
PAPA	Después.- Entrega al Inquisidor mis letras.	
INQUISIDOR	¿Letras, Señor?, ¿contra quién?	
PAPA	Há más de un mes que Morón con altivez no se rinde a mi obediencia, y por esta resistencia le envió a descomulgar.	455
INQUISIDOR	No osaré notificar al Cardenal tal sentencia.	460
PAPA	¿Por qué?	
INQUISIDOR	Santísimo Pío, soy del Cardenal hechura, y será descompostura, como atrevimiento, el mío.	465
PAPA	Con mis censuras te envió; parte, en virtud de obediencia.	
INQUISIDOR	Vuestra santidad licencia	

	me dé para que me excuse en la ida.	
PAPA	¡Que rehúse un fraile mi gusto!	470
INQUISIDOR	Ausencia justa es la del Cardenal, mi señor.	
PAPA	Bueno está, necio.- Echa ese fraile, Farnesio.	
FARNESIO	(Aparte.) No he visto facción igual.	475
COLONA	(Al PAPA.) Tu bien busca este en su mal.	
PAPA	(Al INQUISIDOR.) Llámame a tu compañero.	
INQUISIDOR	Es fraile humilde y grosero, corto, encogido y medroso.	
PAPA	¿No es, como tú, religioso?	480
COLONA	Llame a ese fraile un portero.	
PORTERO	(Va hacia la puerta.) Entra; que el Papa te llama.	

Escena XII

MICAELO.-**Dichos.**

MICAELO	¿A mí el Papa? ¿Cuándo a mí?	
FARNESIO	No os turbéis.	
COLONA	Llégate aquí.	
MICAELO	¿Qué méritos ni qué fama tengo?	485
INQUISIDOR	(Aparte.) Yo soy viva llama.	
COLONA	Descúbrete, y besa el pie al Papa.	
MICAELO	Turbación fue; porque a su veneración se debe esta adoración; que el hombre a Dios en él ve.	490
PAPA	Ven acá: ¿te atreverás a leer una censura al Cardenal?	
MICAELO	Quien procura servir a Dios, que es lo más, cuando en su lugar estás, no dudará obedecerte,	495

PAPA	aunque le diesen la muerte. Inquisidor general te hago, porque al Cardenal descomulgues desta suerte.- Letras y un coche le den.- Parte en virtud de obediencia.	500
FARNESIO	(Aparte. Al INQUISIDOR.) Tu bárbara resistencia hizo a este fraile este bien.	505
PAPA	Denle un coche.	
MICAELO	A pie, Señor, iré yo.	
INQUISIDOR	(Aparte.) ¡Mudanza extraña!	
MICAELO	Como yo tenga una caña, no quiero coche mejor.	
PAPA	Plaza al padre Inquisidor.	510
INQUISIDOR	(Aparte.) ¿A esto he venido de España?	

(**Vanse.**)

Sala en el palacio del CARDENAL MORÓN.

Escena XIII

MORÓN, los CRIADOS, uno dellos con varios memoriales; músicos.

MORÓN	¿Qué hora es?	
CRIADO 1.º	Monseñor, tarde. [555]	
CRIADO 2.º	Vuestra Ilustrísima anoche se acostó tarde.	
MORÓN	Lavadme.	
	(Sírvele uno de los criados.)	
MÚSICA	<i>Dios levanta a los humildes, y a los soberbios abate; santo ejemplo en los Davides, y en los Golías gigantes.</i>	515
CRIADO 1.º	Vuestra Ilustrísima ahora despache estos memoriales.	520
MORÓN	Estas cartas ¿cúyas son?	

CRIADO 2.º	Del Papa.	
MORÓN	Rásguense.	
CRIADO 1.º		Rásguense.
CRIADO 2.º	Aquí pide una doncella un dote para casarse.	
MORÓN	Mil escudos se le libren.	525
CRIADO 1.º	Este...	
MORÓN	No estorbes que canten.	

Escena XIV

Otro CRIADO; después, MICAELo.-Dichos.

CRIADO 3.º	Los pies a vuestra eminencia besar quiere un pobre fraile.	
MORÓN	Entre.-El roquete.	
(Vase el CRIADO 3.º)		
CRIADO 2.º		Aquí está.
MICAELo	(Sale y arrodíllase.) Los pies permita besarle vuestra eminencia.	530
MORÓN		Cantad.
CRIADO 1.º	Haz, Señor, que se levante.	
MÚSICA	<i>De piedra Nembrot soberbio torre contra su Dios hace; mas por el suelo la postra de Dios la mano inefable.</i>	535
MORÓN	¡Qué humilde poeta es ese!	
CRIADO 1.º	Antes peca de arrogante.	
MORÓN	¿Quién es?	
CRIADO 2.º		Clarindo.
MORÓN		Él confiesa
	que por comer, versos hace.	540
MICAELo	Oígame vuestra eminencia.	
MORÓN	La palia.	
CRIADO 1.º	La de diamantes tienes aquí, gran Señor.	
MORÓN	¿Cúyo es este?	
CRIADO 1.º	Es de la madre de Livio, a quien esgrimiendo sacaste el un ojo.	545

MORÓN	Dadle luego mil escudos de oro, con que de plata le saque.	
MICAELO	(Levántase.) Oígame vuestra eminencia.	
MORÓN	¿Qué quieres?	
MICAELO	Vengo de parte del Pontífice.	550
MORÓN	Muceta, quiero hacia Roma acercarme, volando, esta tarde un poco.	
CRIADO 1.º	Yo aseguro que no falten Garzas, porque hasta los vientos procuran lisonjearte.	555
MORÓN	Vamos.	
MICAELO	Aguarda, Señor; que el Papa a notificarte estas censuras me envía, y es bien que un poco me aguardes.	560
MORÓN	¿Sabes quién soy?	
MICAELO	Sé que eres uno de los cardenales herederos de la Iglesia.	
MORÓN	Pues, villano, si lo sabes, ¿cómo con censuras vienes aquí? ¿Quieres que te mate? Corre al Papa, y di que envíe un príncipe que me iguale; porque, si no es cardenal, no ha de censurarme nadie.	565 570
	Y porque en dar la respuesta menos, villano, te tardes, así por las escaleras (Arrójale.) quiero que rodando bajas.	
MICAELO	(Dentro.) ¡Válgame Dios! ¡Muerto soy!	575

Escena XV

MORÓN, dos CRIADOS, MÚSICOS; después otro CRIADO.

MORÓN Id, y si es muerto enterradle;
 y pájaros y caballos
 apercebid.

CRIADO 3.º (Sale.) Dicha grande
 tuvo el fraile.

MORÓN ¿Cómo así?

CRIADO 3.º Porque sano y sin quebrarse 580
 brazo ni pierna bajó
 al patio, y salió a la calle
 medio tullido, esparciendo
 al viento confusos ayes,
 y en el camino se puso 585
 con ánimo tan notable
 que ya pienso que está en Roma.
 MORÓN Tiene el temor mucho de ave.

(Vanse.)

Cámara del Vaticano.

Escena XVI

EL PAPA, COLONA, FARNESIO.

PAPA ¿Si a Morón le habrán ya notificado
 las censuras?

FARNESIO Partió con gran cuidado 590
 el fraile en quien las letras cometiste,
 y a quien tan ardua comisión le diste.

COLONA Con tal fervor, y sin mirar en nada,
 aprestó el religioso la jornada,
 que dio a entender que en conseguir tu intento, 595
 demás de tu obediencia, iba su aumento.

FARNESIO Temo que vuelva como no merece.

PAPA No tiene que temer quien obedece.

FARNESIO Morón es desbocado y muy ajeno
 de toda rienda.

PAPA Mi mandato es freno. 600

Escena XVII

Un PORTERO; después, MICAEL.-Dichos.

PORTERO Lleno de polvo y de sudor, ha entrado
 el fraile que a Morón has despachado.
 MICAELO **(Sale.)** Que me des a besar el pie te pido.
 PAPA ¿Cómo vienes así?, ¿qué ha sucedido?
 MICAELO Tus letras apostólicas llevaba, 605
 Padre Santo, a Morón, donde ordenaba
 tu beatitud que luego a tu presencia
 viniese, sin que hiciese resistencia.
 Pero antes, Señor, que me escuchase,
 y que las letras yo notificase, 610
 colérico, soberbio, e inhumano,
 dijo: «¿Cómo el Pontífice a un villano,
 indigno de ese honor...
 PAPA ¡Que tal escucho!
 MICAELO No os admire, Señor; que lo soy mucho.
 «Con sus letras envía, ¿cuándo tales 615
 censuradores tienen cardenales?
 Dile, si puedes ir a su presencia,
 que para que me obligue a su obediencia,
 sin que de sus censuras me desvíe,
 que a un cardenal con ellas otro envíe.» 620
 Y cogiéndome en brazos en la sala,
 como pelota que impelió la pala, [556]
 sin dejarme, Señor, que respondiera,
 me hizo bajar rodando la escalera.
 PAPA En fin, ¿dice que para que se guíe 625
 a obedecer, un príncipe le envíe
 de la Iglesia? Pues yo le satisfago
 a él, y a un tiempo tus virtudes pago.
 A hacerte Cardenal mi amor se inclina,
 sea tu advocación Santa Sabina. 630
 No tenga excusa su altivez reacia;
 de gran dignidad te hago la gracia
 por el premio debido a tu buen celo.
 Dale tú la muceta;-tú el capelo.
(A los CARDENALES.)
 MICAELO A mi humildad con tanto honor excedes; 635
 ¡Que no soy digno yo destas mercedes!
 PAPA Dios me mueve la lengua, y dello gusta;
 viernes es hoy, la creación es justa.
 Parte a notificarle las censuras.
 MICAELO Tales son las de los hombres las venturas. 640

(Vanse.)

Campo inmediato a Roma.

Escena XVIII

MORÓN, CRIADOS.

CRIADO 1.º	Pues a Roma te ha traído el vuelo de los halcones, de Colona puedes ser, huésped, Señor, esta noche.	
MORÓN	En Roma no pienso entrar, porque el Papa no se enoje.	645
CRIADO 1.º	Señor, si su enojo temes pídele que te perdone, echado a sus pies.	

Escena XIX

MICAELO. Dichos.

MICAELO	(Dentro.) Morón, para.	
CRIADO 1.º	Dijeron tu nombre. ¿Si es el Papa?	650
MORÓN	¿El Papa? Calla.	
CRIADO 1.º	Retírate; que con orden suya deben de venir estos que te dieron voces.	
MORÓN	Dices bien.	

(Sale MICAELO con muceta y capelo de cardenal.)

MICAELO	Morón, detente.	655
MORÓN	¿Quién eres?	
MICAELO	¿No me conoces?, príncipe soy de la Iglesia; de fraile mísero y pobre, ya soy Cardenal. Ahora, que a tu calidad conforme	660

	me hizo el Papa, y el capelo contigo me iguala, oye las apostólicas letras, y usa de menos furores.	
MORÓN	Sin oírlas me sujeto.	665
MICAELO	Manda que a su santa corte acudas dentro de un día, pena de que los rigores de la Iglesia pasarán adelante. ¿Qué respondes?	670
MORÓN	Dios como a Nembrot me abate, y a ti en el cielo te pone.	
MICAELO	Deja razones, Morón, ahora, y a Roma corre.	
MORÓN	Corrido voy; porque el Papa hace a este villano torpe Cardenal por irritarme.	675
MICAELO	Hijo de un labrador pobre, y un humilde fraile soy; y si locas presunciones tal vez vierais en mí, cielos, plantas, yerbas, montes, acordadme lo que he sido, para humillar mis blasones.	680

Jornada tercera

Sala en casa de MICAELO.

Escena I

MICAELO, de Cardenal; un MINISTRO DE LA INQUISICIÓN.

MINISTRO	Todos de camino están; aguardando solamente tu orden.	
MICAELO	Con esta gente has de ir al Bosco y Milán, y traer presos aquí, por la Santa Inquisición, todos los reos; que son los que escritos van a ahí. Y aquesto tiene de ser con cuidado y con cordura; que de la desenvoltura que hubiere me he de ofender.	5 10

(Vase el MINISTRO.)

Escena II

DOS HOMBRES, que traen a Calepino preso. MICAELO.

HOMBRE 1.º	¿No sois vos en toda Italia, Ilustrísimo Señor, el supremo Inquisidor?	15
CALEPINO	(Aparte.) Oliendo vengo, y no a algalia.	
MICAELO	Yo soy.	

HOMBRE 1.º	Pues preso traemos a un blasfemo y mal cristiano, que al Pontífice romano y a Dios servicio le hacemos: Dos mil blasfemias ha dicho y cuatro mil herejías, y en pertinaces porfías jamás dellas se ha desdicho.	20
MICAELO HOMBRE 1.º	¿Qué es su delito? Señor, yo la verdad te diré. Éste a mi hostería fue, que es el mayor comedor que en toda mi vida he visto, y dijo media herejía: que al Papa se comería, con ser vicario de Cristo.	25
CALEPINO HOMBRE 1.º	Calla, sayón. Éste, en fin, a la mesa se sentó, donde de comer pidió, hecho de todo un Pasquín; pues apodándolo todo, se comió, Señor, asadas, de vitela diez tajadas, dando a todas un apodo. De la piñata podrida (que era un arca de Noé). Cuanto quiso le saqué hasta que desvanecida la mísera se quedó; y al fin de un medio cabrito, de Candia y Greco infinito, nueve panes se comió.	30
CALEPINO	Si eso todo es herejía, confieso que hereje soy.	35
MICAELO HOMBRE 1.º	Proseguid. Al caso voy. ya que destruido había mi corto y pobre caudal, dijo que la cuenta hiciera, y que a pedírsela fuera al Papa o al cardenal más rico. Mas viendo yo	40
		45
		50
		55

	que me remitía al Papa, fui tras él, mas con la capa, como al toro, me dejó.	60
MICAELO	Pues si os pagó con la capa, ¿qué queréis dél?	
HOMBRE 1.º	No valía un cuatrín; que parecía, con tantas líneas, un mapa.	
CALEPINO	Por vida de Calepino, que era famoso el capote; que le trajo Lanzarote cuando de Bretaña vino.	65
MICAELO	(Aparte. ¡Válgame Dios! ¿Éste es, Calepino? Alegre estoy; no he de decirle quien soy:) ¿De dónde eres?	70
CALEPINO	Boloñés.	
MICAELO	¿De Bolonia?	
CALEPINO	Sí, Señor. [557]	
MICAELO	Y di, ¿quién te sacó della?	
CALEPINO	Mi infelice y triste estrella, y un bellaco engañador de un Micaelo, estudiante, que en el Bosco me dejó. Mal haya quien le parió. ¿Eso dices?	75
MICAELO		
CALEPINO	No te espante; que solamente por él de mis estudios salí, y estoy, gran Señor, así.	80
MICAELO	Y ¿más no has sabido dél?	
CALEPINO	Con su padre y sus hermanas me vi un día, y me dijeron que era un fraile; y que pusieron en sus venerables canas las manos fieros rigores de un Amadeo, que allí le dio un bofetón.	85 90
MICAELO	(Aparte. ¡Yo di causa a tantos deshones! ¡Válgame Dios! Padre mío, ¿en vos sacrílega mano? Diérasme a mí, villano. Pero, padre, en Dios confío	95

	que ha de ser nuestra venganza el hábito que me dio.) ¿Qué monta lo que comió éste?	
HOMBRE 1.º	A cien reales alcanza.	100
MICAELO	Pues luego esos cien reales pedid a mi mayordomo.	
CALEPINO	Tanto en cien días no como.	
HOMBRE 1.º	Señor, con fiadores tales mi hostelería le daré cada día.	105
MICAELO	Y ¿qué herejías ha dicho?	
HOMBRE 1.º	Invenciones mías fueron; que así imaginé vengarme de lo comido. Mas, pues voy tan bien pagado, confieso que es hombre honrado, buen cristiano, y que he mentido.	110

(Vanse los dos hombres.)

MICAELO	Andad con Dios.-Vos quedad por despensero en mi casa; comed, mas comed por tasa, lo más es brutalidad. Y lo que debéis hacer, si a mí me queréis servir, es comer para vivir, no vivir para comer.	115 120
---------	---	------------------------------------

(Vanse.)

Sala en casa de REGINALDO.

Escena III

PAULO, REGINALDO, ISABEL, GRATINA, músicos.

MÚSICA	<i>Al novio, novia y madrina, Dios los bendiga.</i>
PAULO	Buenas bendiciones son, y bien las han menester.

ISABEL	Dios todo lo puede hacer.	125
REGINALDO	Para mí la bendición es merecer mi Gratina; que más ser su esposo quiero que ser rey.	
PAULO	¿Un caballero como vos se determina a hacer este casamiento, no estándole, Señor, bien? No es justo que a mí me den la culpa, ni lo consiento. Vos sois de lo más granado de Milán, como sabéis, y hecho aqueste exceso habéis, de Gratina enamorado; y aunque le habéis dado honor, pienso que ha de hacerle mal, pues casarla con su igual le fuera mucho mejor.	130
	Su virtud y su belleza, Padre, calidad te dan. Y si la ven en Milán, dirás que no hay más nobleza en el mundo que tener una mujer virtuosa; yo escogí a mi gusto esposa, y un duque quisiera ser, como soy un caballero.	135
REGINALDO	Yo os agradezco el favor. Ésta es verdad y es amor, con que más que al alma os quiero.	140
GRATINA		145
REGINALDO		150

Escena IV

AMADEO, CRIADOS.-Dichos.

AMADEO	(A sus criados; después, a REGINALDO.) Ya están en la boda, entrad.- Villano, mal caballero, que solo este nombre infiero que iguala a tu ceguedad, ¿Así logras tus hazañas?	155
--------	--	-----

	¿Tan mal tu afecto corriges?	160
	¿Cómo a una villana eliges para casarte?	
REGINALDO	Te engañas; que es Gratina mi mujer, y su virtud y cordura desta verdad me asegura;	165
AMADEO	esto, Amadeo, ha de ser. Por no sufrir esta infamia, juntos os he de matar, y Italia ha de celebrar otras bodas de Epidamia.	170

Escena V

EI MINISTRO DE LA INQUISICIÓN.-**Dichos.**

MINISTRO	Paulo del Bosco, ¿quién es?	
PAULO	Yo.	
MINISTRO	¿Y sus hijas?	
PAULO	Éstas son.	
MINISTRO	Por la Santa Inquisición, venid conmigo los tres presos.	
AMADEO	Mira, necio, ahora la infamia que hiciste.	175
REGINALDO	Creo que esto es mentira, Amadeo, y que su virtud ignora.	
AMADEO	¿En el Santo Oficio exceso?	
MINISTRO	¿Amadeo os llamáis?	
AMADEO	¿Quién lo puede negar?	180
MINISTRO	También con los demás venid preso.	
AMADEO	¿Preso? ¿Por qué?	
MINISTRO	Este papel ahora de espacio mirad, que él os dirá la verdad.	185
AMADEO	¿Tal orden os dan en él? Pues vive Dios, que ocasión no hay para llevarme preso.	
REGINALDO	¿En el Santo Oficio exceso?	

AMADEO	Digo que tenéis razón.	190
REGINALDO	Toda esta vida es extremos.	
MINISTRO	Coches están aguardando.	
ISABEL	Aquí vinimos cantando, y llorando nos volvemos.	
GRATINA	¡Ay, padre!	
PAULO	¡Ay, hijas!	
REGINALDO	Paciencia;	195
	que Dios lo ha de remediar.	
PAULO	¿En qué tiene de parar del mundo tanta inclemencia?	

(Vanse.) [558]

Sala en casa de MICAELO.

Escena VI

CALEPINO; **después**, MICAELO.

	¿Ésta es Roma? ¿Ésta es aquella del gobierno sin segundo?	200
	Si gobierna todo el mundo, ¿cómo hay tal gobierno en ella?	
MICAELO	(Sale.) ¿Qué es aquesto, Calepino?	
CALEPINO	¿Cómo en tan santa ciudad se sufre tanta maldad	205
	en el pan como en el vino? ¡Que permita tal gobierno la pontifical tiara!	
	Si yo a Roma gobernara, dejara renombre eterno,	210
	más que César y Tarquino.	
MICAELO	¡Gentil gobierno tuviera!	
CALEPINO	A Roma de otra manera gobernara Calepino;	
	todos dispenseros son	215
	en ella, y Judas son todos. Pues revenden por mil modos la justicia y la razón.	
MICAELO	Y ¿si tú la gobernaras?	
CALEPINO	Yo, mi señor, la pusiera de suerte que Roma fuera.	220

MICAELO Tú, como todos, lo erraras.
CALEPINO Bien sé que en mí el gobernalla
es una cosa imposible;
pero si fuera posible, 225
tú vieras a Roma.

MICAELO Calla;
que son locuras.

CALEPINO Sí son.

MICAELO Ven acá, ¿me ha visto a mí
otra vez?

CALEPINOINO Contemplo en ti,
viéndote con atención, 230
el rostro de un Micaelo.

MICAELO Pues Micaelo soy yo.

CALEPINO ¿Qué dices?

MICAELO Dios me subió
al soberano capelo
sin merecerlo.

CALEPINO Señor, 235
¿qué dices?

MICAELO Verdad te digo.

CALEPINO Dame tus pies.

MICAELO Soy tu amigo;
los dos brazos es mejor. (**Abrázale.**)

CALEPINO La cédula que te hice,
a tiempo la sacaré; 240
que aunque hecha de burlas fue,
el plazo de veras dice.
Pero ¿qué rumor es éste?

(Dentro voces.)

Escena VII

Un PORTERO.-Dichos.

PORTERO El Papa es muerto, Señor.

MICAELO Bien lo publica el clamor. 245

PORTERO Vuestra eminencia se apreste
para ir al cónclave luego.

MICAELO Señor, dadme viva fe
para que mi voto dé,
no loco, invidioso y ciego, 250

MICAELO	Beso a vuestas eminencias las manos. (Aparte. De mí no han hecho caso; mas hacen muy bien, porque yo no lo, merezco.)	275
COLONA	(Aparte. A FARNESIO.) ¡Que éste sea cardenal!	280
FARNESIO	El Papa, a nuestro despecho, por censurar a Morón lo hizo.	
COLONA	Fue con exceso, siendo un fraile tan humilde.	
FARNESIO	Pudo hacerlo, y ya está hecho.	285
COLONA	Ya viene Morón.	
FARNESIO	Pues todos de común consentimiento en la silla le pongamos, y luego el pie le besemos.	
Escena X		
MORÓN.-Dichos.		
MORÓN	Estén vuestas eminencias con bien.	290
COLONA	El sacro colegio elige a vuesa eminencia por sucesor de San Pedro; aquí el Espíritu Santo viene.	
MORÓN	Ved que no merezco la dignidad.	295
COLONA	No repliques; yo el primero te le beso.	
FARNESIO	Y los demás te seguimos, postrándonos por el suelo.	
MORÓN	(A MICAELO.) ¿Tú no llegas a besarme el pie? ¿Cómo estás suspenso, y por tierra no te postras? Llega a adorarme.	300
MICAELO	No llego a besar pie del que ayer, contra el romano decreto,	305

negó la obediencia al Papa;
 Y quien, sin obedecerlo
 se retiró tantos días,
 pondrá la Iglesia en aprieto,
 si se enoja; que esto hará 310
 el que enojado hizo aquello.
 En fin, cónclave sagrado,
 sólo aquí me mueve el celo
 de Dios y de la romana
 Iglesia el cristiano aumento; 315
 un humilde fraile soy,
 y en mi pobre monasterio [559]
 tengo en una angosta celda
 digno y bastante aposento.
 Por la boca de Dios hablo, 320
 rencor ni pasión no tengo;
 pero en Morón la creación
 ni la confirmo ni apruebo.
 Aquí el Espíritu Santo
 no viene, ni yo el pie beso 325
 al que se le negó al Papa
 por un enojo pequeño;
 y al que ayer descomulgué
 por rebelde, no es bien hecho
 que hoy el pie le bese yo, 330
 ni fuera razón hacerlo.
 Vosotros besadle el pie,
 que yo besarle no quiero,
 y en defensa de la Iglesia
 aquí mi garganta ofrezco. 335
 MORÓN Al fin, ¿tú resuelto dices
 que ser Papa no merezco?
 MICAELO Sí.
 MORÓN Pues loco, si tú vales
 más que yo, ocupa el asiento,
 porque por dicha tendrás 340
 más méritos.
 MICAELO Ya lo veo.
 Que no los tengo también.
 MORÓN Pues para mayor desprecio,
 besadle algunos el pie.

(Siéntanle y le besan el pie.)

EL MINISTRO DE LA INQUISICIÓN.-**Dichos.**

MINISTRO	Ya, clementísimo Padre, he llegado con los presos.	420
MICAELO	Dejásteme cardenal, y me has hallado Supremo Pontífice: tanto Dios me ha honrado sin merecerlo.	425
MINISTRO	Haz que entren los hombres solos. (Va hacia la puerta.) Aquí a la puerta los dejo.- Entren los hombres no más.	

Escena XII

PAULO, AMADEO, REGINALDO.-**Dichos.**

MICAELO	(Aparte.) ¡Ay, padre mío, que os veo! Perdone la dignidad, y no le pierda el respeto.	430
MINISTRO	(A PAULO.) Postráos por tierra.	
PAULO	Postrado por tierra este pobre viejo, humilde llega a esos pies, que adoro y que reverencio.	435
MICAELO	Padre santo, ¿qué delito este miserable ha hecho contra Dios, que preso viene con tanto rigor y apremio?	
MICAELO	Por Padre preso venís, si ha sido delito el serlo. ¿Conocéis, Paulo del Bosco, a vuestro hijo Micaelo?	440
PAULO	Sí conozco.	
MICAELO	Pues alzad los ojos, si queréis verlo; que en tal grandeza subido, no pierdo el conocimiento.- Congregación soberana, este que presente tengo es mi padre; en su humildad mi bajeza considero,	445 450

	y quiero que su sayal aquí me sirva de ejemplo, porque no me desvanezca. De ceniza y de mí mismo	455
	esto, cardenales, soy; y si locos pensamientos tal vez viéredes en mí, acordadme que soy esto.	
PAULO	De piedra debo de ser, pues el placer no me ha muerto; Pero ¡cómo he de morir! ¿Estoy soñando, o despierto? Soñando sin duda estoy, y no doy crédito al sueño;	460
	pero si es sueño esta vida, estoy soñando y despierto. A mi hijo veo aquí, y aquí al Padre Santo veo;	465
	veo aquí el hijo a quien mando, y el padre a quien obedezco; al que me besa la mano veo, y veo al que el pie beso; y cuando solo soy padre, padre soy del padre nuestro.	470
	Pues, Señor, llevad ahora a este humilde siervo vuestro, ya que mis cansados ojos más que deseaban vieron.	475
MICAELO	Llegad a mi lado, padre.	480
PAULO	Llegue conmigo mi yerno también, pues de mi Gratina ha sido amparo y remedio.	
MICAELO	A estotro lado se siente.	
AMADEO	(Aparte.) Los humildes libres fueron, y en las olas se anegaron el caballo y caballero. [560]	485
VOCES	(Dentro.) ¡El Pontífice Pío Quinto viva!	
COLONA	Ya el romano imperio clama a vuestra santidad; venga, porque le juremos.	490

Escena XIII

Varios CARDENALES; traen un hacha encendida y una fuente de plata con las estopas.-Dichos.

MORÓN Santísimo Padre, así
 como la estopa en el fuego,
 pasan las glorias del mundo.

MICAELO Yo el aviso os agradezco. 495
VOCES **(Dentro.)** Plaza, plaza.
MICAELO Ya ha llegado
 de tu cédula, Amadeo,
 el plazo; pues Papa soy;
 paga, que ejecutar pienso.

PAULO Mira, Amadeo, en mi rostro 500
 escrito tu atrevimiento;
 él pide venganza a Dios,
 y Dios se la va ofreciendo.

(Vanse el PAPA, los CARDENALES, PAULO y el MINISTRO.)

VOCES **(Dentro.)** ¡El pontífice Pío Quinto
 viva!

REGINALDO **(A AMADEO.)** 505
 ¡Qué corrido y necio
 quedas, y yo qué glorioso
 por tan alto casamiento! **(Vase.)**

Escena XIV

AMADEO; luego, MORÓN, ISABEL y GRATINA.

AMADEO ¡Válgame Dios! ¿He soñado
 esto que contemplo aquí?
 ¿Duermo o velo? ¿Estoy sin mí, 510
 o el mundo se ha trastornado?
 ¿Qué ya es el plazo llegado
 de mi engañoso papel?
 ¿Qué me ejecutan por él?
 Mas es caso cierto y llano, 515
 que hizo Dios Papa a su hermano
 para que cobre Isabel.
 Yo a Cristo le prometí,
 siendo la fiadora mía

	la purísima María,	520
	casarme con ella, sí;	
	¡Qué he de hacer, triste de mí,	
	si agora el plazo es llegado,	
	y estoy con Porcia casado?	
	Pero ¿quién imaginara	525
	jamás que el plazo llegara,	
	para no haberse excusado?	
	Pero Isabel y Gratina	
	vienen aquí, a sus pies quiero	
	echarme.	
MORÓN	(Dentro.) Al cuarto primero	530
	las princesas se encaminen.	
AMADEO	Quien tal mudanza imagine...	
VOCES	Plaza, plaza.	
AMADEO	¡Oh inadvertencias	
	mías!	
(Salen ISABEL, GRATINA y MORÓN.)		
	Vuestras excelencias	
	en ese cuarto han de estar.	535
AMADEO	(Aparte. Aquí pudieron llegar	
	mis bárbaras impaciencias.	
	¿Quién ha de llegar ahora	
	(¡Suerte rigurosa y fiera!),	
	viendo de aquesta manera	540
	una pobre labradora?	
	Mas llegar quiero.) Señora,	
	el alma, a tus pies rendida,	
	piedad manda que te pida;	
	Ea, piedad me has de hacer.	545
ISABEL	¿Piedad pides a mujer,	
	y más estando ofendida?	
AMADEO	Mi delito y mi pecado	
	confieso; pagarlos quiero.	
ISABEL	Eres deudor, mas grosero,	550
	pues pagas ejecutado.	
	El plazo, al fin, es llegado,	
	mis deudas son las mayores;	
	los que debes son honores	
	paga luego y considera	555
	que aquí no hay pleito de espera	
	ni concurso de acreedores.	

	alguna merced aquí;	580
	que si agradecido es, mi pretensión buen fin tiene. A ocasión llegué, pues viene; echarme quiero a sus pies.	
MICAELO	(Para sí, al salir.) Ya el de Granvela me escribe	585
	que toda la liga está junta en Mecina, y que ya a caminar se apercibe.	
INQUISIDOR	(De rodillas.) Santísimo Padre, así pido a vuestra Santidad.	590
MICAELO	(Sin reparar en el INQUISIDOR.) Volved por la cristiandad, mi Dios.	
INQUISIDOR	Se acuerda de mí, pues sabe que le llevé a España por compañero.	
MICAELO	Oprimid al turco fiero,	595
	émulo de nuestra fe.	
INQUISIDOR	Por mí os hizo Cardenal el Pontífice, y por mí...	
MICAELO	Guardad vuestra causa aquí.	
INQUISIDOR	Subiste a grandeza tal.	
MICAELO	Señor,	600
	sobre el turco baje de vuestra mano el rigor; la liga sale, Señor, dadle próspero viaje.	
INQUISIDOR	Oiga vuestra santidad, oiga vuestra beatitud...	605

(Vase MICAELO sin ver al INQUISIDOR y éste le sigue.)

Cámara del PONTÍFICE.-Hay un crucifijo.

Escena XVII

El INQUISIDOR GENERAL; después, MICAELO.

INQUISIDOR

¡Qué mal hace la virtud,
reinando la vanidad!
De rodillas hasta aquí
delante dél he venido, 610
y aunque me ha visto y oído,
no ha hecho caso de mí.
¡Que no me hablase siquiera
una palabra! ¡Que así,
sin hacer caso de mí, 615
se entrase! ¡Que así se fuera!
Por el hábito bendito [561]
que traigo, que no ha de ser
Papa más de hoy, que el poder
suyo a mi rigor remito. (**Saca una caja.**) 620
Una venenosa yerba
traigo en esta caja, y tal,
que hombre vivo ni animal
de la muerte se reserva,
si la toca o llega acaso 625
a tocar donde tocó,
sino solamente yo,
que triaca para el caso
traigo conmigo; de suerte
que yo sin riesgo la toco. 630
De ella me valgo (estoy loco)
para conseguir su muerte;
el suele los pies besar
deste Cristo, los pies quiero
bañar del veneno fiero 635
que la yerba ha de dejar.

(Toca con la yerba los pies del Cristo.)

Perdonadme, sacros pies,
si os hago, de agravios lleno,
vaso en que beba veneno
este ingrato Magancés. 640

(Sale MICAELo.)

(Aparte. Quiero hacer que no le he visto.)

(Póstrase delante del Cristo.)

MICAELO (Aparte.) ¿No es el Padre Inquisidor,
por quien tengo tanto honor,
el que venera en el Cristo?
No tiene mi religión
más perfecto religioso. 645
Estará de mí quejoso;
pero no tiene razón,
que aumentarle he deseado.
¡Oh, si me llegase a hablar!
Mitra le tengo de dar. 650

(Vase el INQUISIDOR.)

Escena XVIII

MICAELO; después, CALEPINO.

MICAELO Mas sin mirarme ha pasado:
sin duda estará corrido,
o sin duda no me vio,
pues sin hablarme pasó.
Mas ¿si le tengo ofendido? 655
Yo le llamaré después,
haremos nueva amistad.

CALEPINO Aquí vuestra santidad
no se ha de escapar por pies.
La cédula traigo aquí. (Saca un papel.) 660

MICAELO Yo quiero pagar.
CALEPINO Yo quiero
dejar de ser despensero
con la paga.

MICAELO ¿Cómo así?
CALEPINO Porque pretendo comprar
con la paga un marquesado. 665
Paga; que el plazo es llegado.

MICAELO Digo que quiero pagar:
¿Cuánto te debo?

CALEPINO Señor,
once reales son no más;
pero hoy pagarme podrás 670
como tan rico deudor.

MICAELO Si lo que debo te pago,
¿Débote más?

CALEPINO	Deberás mi amor.	
MICAELO	Ahora no más que la deuda satisfago; ve al contador que te dé los once reales.	675
CALEPINO	¿Cabales?	
MICAELO	¿Débote más de once reales?	
CALEPINO	No.	
MICAELO	Pues bien te pagaré si pago lo que te debo.	680
	Dame el papel, pues se cobra.	
CALEPINO	Bien pagas la buena obra.	
MICAELO	Yo por la razón me muevo: ¿Debo por este papel más que once reales?	
CALEPINO	No.	685
MICAELO	Pues ya que el plazo llegó, lo que te debo por él te pago: velo a cobrar.	
CALEPINO	Por miserable te escapas; pero otra vez no me atrapas,	690
	porque no te he de prestar.	
MICAELO	(Aparte. ¡Oh, quién se mortificara con este algún rato aquí!) ¿De qué fue esta deuda? Di.	
CALEPINO	Las partidas te sumara aquí; mas te afrentarás, en tal grandeza subido; y sabiendo lo que has sido, aquí lo que eres sabrás.	695
MICAELO	Algunas partidas cuenta.	700
CALEPINO	Mira que te has de afrentar: «De dormir en un pajar en un rincón de una venta. De un vaso que te quebraste a una tabernera un día.	705
	Para curar con lejía la sarna que me pegaste y yo te curé.»	
MICAELO	Di más.	
CALEPINO	Bien sé que he andado grosero, pero así afrentarte quiero por la paga que me das.	710

MICAELO	Enojado te vi un día con el gobierno de Roma, de quien me dijiste mal; y porque en orden le pongas, te hago, pues que te hallas incapaz para otras cosas, fiscal de mantenimientos.	715
CALEPINO	Dame esos pies. Mi memoria eterna ha de ver Italia, donde escriban mis historias: voy a hacer que las tabernas se pongan en orden todas; quien vendiere vino aguado le he de echar en una noria. (Vase.)	720 725

Escena XIX

MORÓN.-MICAELO.

MORÓN	Mire vuestra santidad que aguardan para que coma las viandas.	
MICAELO	Cardenal, ¿vos me tratáis con tal honra? ¿Vos me venís a servir?	730
MORÓN	Dios, que las soberbias postra y ensalza las humildades, quiere que a esos pies me ponga.	
MICAELO	Alzáos, Cardenal amigo, y abrazadme; y aunque es hora de comer, dejadme un rato aquí retirado a solas; que en aqueste mismo instante me ha ocurrido cierta cosa a la memoria, tan ardua, que a la cristiandad importa.	735 740
MORÓN	Yo me voy, varón santísimo.	
MICAELO	Echa a esa puerta la loba.	
MORÓN	(Aparte.) Dios en el cónclave puso elección tan milagrosa. (Vase.)	745

Escena XX

MICAELO

El turco y la santa liga
sobre la espalda espumosa
del mar de Lepanto están
ya para embestirse ahora.

(Sube en un vuelo o elevación.)

Revelación vuestra ha sido, 750
agnus de Dios, que en las bodas
del mundo el Padre os ofrece;
vos me ilustráis la memoria.
Desde este mismo lugar
veo las armadas todas; 755
amenazándose están
desvanecidas y locas.
Ciudad de trescientas casas
el turco funda en las ondas, 760
que en inconstantes cimientos
una media luna forman.
La liga en cuatro batallas
se opone a la Babilonia
del turco; mas si es Sión, 765
¿Qué mucho que se le oponga?
Y si es Babilonia aquella,
su perdición es notoria,
porque donde hay confusión,
jamás hay segura cosa.
Ya la guerra de ambas partes 770
se apercibe, y en la popa
de su real don Juan de Austria,
Señor, por amparo os toma;
con vos en una fragata
salta ya, y de unas en otras 775
Galeras va discurriendo [562]
con majestad animosa.-
Ea, valiente don Juan,
sol de la ilustre Borgoña,
venced aquesta batalla, 780
dadle a Dios tan alta gloria.-
Ya las armadas se juntan;
¡Viva Dios!, al arma toca;
Arma, arma; cierra, España.
Cierra, Venecia y Saboya. 785

(Baja la elevación.)

Ya la victoria publican,
ya la victoria pregonan.-
Hola, dad a Dios las gracias;
que tenemos la victoria. 825

MORÓN Padre santo, Padre santo,
¿qué sudor y qué zozobra
es ésta?

MICAELO Morón, amigo,
del alma es esta congoja.

MORÓN Ya pueden, Señor, servir 830
en la garganta gloriosa
de la Iglesia perlas tales,
de blanco y divino aljófar:
Ya lo que ha pasado he visto.

MICAELO Amigo Morón, ahora 835
del turco la santa liga
ha quedado victoriosa;
No lo publiques.

MORÓN No haré.

(Aparte. ¡Oh qué elección milagrosa!)

MICAELO (Llega a besar los pies del Cristo.) 840
A vuestros sagrados pies
mares y vientos se postran.
Descalzos estáis, pies míos,
Mis labios sandalias pongan
en vosotros.-Mas ¡ay Dios!,

(El Cristo retira el pie.)

que no os merece mi boca. 845

MORÓN El Cristo apartó los pies;
¡Milagro extraño!

MICAELO Ponzóna
puso allí el Inquisidor.

MORÓN Haré empicarle.

MICAELO Por honra 850
de mi religión, no muera
muerte pública afrentosa.
Venga ante mí.

MORÓN Ya es aquí
vicio la misericordia.

MICAELO Traedle aquí.

MORÓN	Ya es notoria tu traición.	
MICAELO	¿Tú, al fin, pusiste en el Cristo la ponzoña?	
INQUISIDOR	Santísimo Padre, fue invidia y cólera loca.	885
MICAELO	Hiciste copa los pies de Cristo; mas, como rota del clavo estaba, cayose el veneno de la copa. Tú la pena que mereces señala.	890
INQUISIDOR	La muerte es poca.	
MICAELO	Esa por nacer la debes, sentencia es alta y es propia; mas hasta que el plazo llegue, te hago Cardenal de Roma; que veneno en pies de Dios infunde misericordia.	895
INQUISIDOR	Tú castigas, Santo Padre, como Dios, las malas obras.	
PAULO	Alcánceos mi bendición, hijo mío, y dadme ahora la vuestra, mi santo Padre; que a marcha la muerte toca.	900
MICAELO	Enternecido he quedado.	
MORÓN	Entremos, porque fin ponga, Pidiéndoos ahora perdón, a <i>La elección milagrosa</i> .	905

La traición vengada

Agustín Moreto

PERSONAJES

DON DIEGO.

DOÑA BEATRIZ.

DON FÉLIX.

CASTAÑO, *gracioso*.

DON LOPE DE FIGUEROA.

GARCÍA, *criado*.

DOÑA CLARA.

INÉS, *criada*.

UN ESCUDERO.

DOS HOMBRES.

UN EMBOZADO.

La escena es en Madrid.

Jornada primera

Plaza delante de San Martín.

Escena I

DON DIEGO, CASTAÑO.

CASTAÑO

¡Oh Madrid, corte dichosa
del gran Felipe Segundo!
Tu nombre celebre el mundo.
Agora envidio la prosa
de uno que pide prestado

	sin prenda.	
DON DIEGO	Necio, ¿qué dices?	
CASTAÑO	Que tus dichas solemnices, pues a Madrid has llegado, tras de tres años de ausencia, a los brazos de tu esposa, como rica y noble, hermosa. Terrible es la penitencia que has cumplido; pues apenas «Sí otorgo» dijiste al cura, cuando tu necia locura, que la lloras y condenas, te obligó al delito honrado de la noche deseada de tu boda. ¡Oh fiera espada! ¡Oh montañés confiado! ¡Qué necio te acometió! Aunque esto no es para aquí. Con mi obligación cumplí; pasé a Flandes, y él sanó de las heridas.	10 15 20
DON DIEGO	Quisiera	25
CASTAÑO	que del necio amor sanara.	
DON DIEGO	A tenerle, no faltara quien a Flandes me escribiera; pero ya habrá escarmentado en sí mismo, cuando sabe que en doña Beatriz no cabe contra mí el menor cuidado de su loco desatino.	30
CASTAÑO	No sé yo si persevera; pero dicen que te espera, más pertinaz que Calvino, para vengarse, agraviado de la ofensa que le has hecho.	35
DON DIEGO	Vendrále Madrid estrecho en sabiendo que he llegado.	40
CASTAÑO	Tiene amigos y dinero, y es valiente.	
DON DIEGO	Necio estás. Lo que agora siento más...	

CASTAÑO	Dame con algún agujero en estas barbas. Ni entramos en martes, ni eres Mendoza.	45
DON DIEGO	Cuando ya la vista goza el norte fijo en que estamos, que es estrella que me guía al sol que mi pecho abrasa, estar fuera de su casa	50
CASTAÑO	el sol ¿no es desdicha mía? ¿Qué desdicha puede ser? Si monja tu esposa fuera, y encerrada no estuviera, era ocasión de temer.	55
	Estarán en San Martín, porque es de su fiesta el día, que hoy muestra la bizarría todo humano serafín.	60
	Y más habiendo llegado a Madrid la flor de España, que haciendo del mar campaña, quedó revuelto y manchado entre la sangre y despojos del fiero turco en Lepanto; y está en la corte el espanto del Asia, luz de los ojos del Rey, su hermano: el señor Don Juan de Austria.	65
DON DIEGO	Al nombre solo	70
	tiembla el más opuesto polo; pero si heredó el valor de aquel César, Carlos Quinto, tendrá a sus pies la fortuna, dando a la otomana luna	75
CASTAÑO	rayos del planeta quinto. ¿Cómo no te has acordado, pues con él fue a la jornada, de tu grande camarada Don Lope?	
DON DIEGO	Pues ¿ha llegado Don Lope de Figueroa?	80
CASTAÑO	Mientras te apartaste a hablar	

	con don Pedro, le vi entrar en San Martín.	
DON DIEGO	A Lisboa	
	le escribí desde Bruselas cuando se partió la armada; no tiene mejor espada el mundo.	85
CASTAÑO	En tales escuelas aprenden: en Flandes son (también te ha cabido parte)	90
	cada capitán un Marte, cada soldado un Cipión.	
DON DIEGO	Aquí le hemos de esperar, pues dices que entrar le viste.	
CASTAÑO	No es mal amigo, si embiste el montañés.	

Escena II

DOÑA BEATRIZ Y DOÑA CLARA, **tapadas; luego**, EL ESCUDERO. -DICHOS.

DOÑA BEATRIZ	Aguardar	95
	podemos al escudero.	
DOÑA CLARA	Suele buscarnos tres horas.	
ESCUADERO	(Sale.) ¿Dónde han estado, señoras?	
CASTAÑO	Lindos soles de febrero, que se ven entre nublados.	100
	Llega; que bureo tienes.	
ESCUADERO	¡Qué vísperas tan solemnes! A todos deja admirados la música.	
DOÑA BEATRIZ	Buena ha sido.	
ESCUADERO	Es un jilguero el capón.	105
CASTAÑO	Esta era buena ocasión.	
DON DIEGO	Como esas habré perdido. Guardo el decoro mejor a mi esposa mientras sale Don Lope... Si no me vale (Alborótase.)	110
	La prudencia...	
CASTAÑO	¿Qué temor	

tienes? ¿Qué has visto?
 DON DIEGO Castaño,
 que aquí me aguardes te pido;
 a don Félix, mi enemigo,
 he visto...

CASTAÑO ¡Suceso extraño! [640] 115
 DON DIEGO Y en tan público lugar.
 aunque el furor me provoca,
 será acción cobarde y loca
 reñir para no matar;
 y en Madrid habrá ocasión. 120
 ¡Oh patria, bien me recibes,
 pues delitos me apercibes
 contra mi honrada opinión!

(Vase, y CASTAÑO le sigue.)

Escena III

DOÑA BEATRIZ, DOÑA CLARA, EL ESCUDERO; **luego**, DON FÉLIX.

DONA BEATRIZ Hermana, cúbrete bien,
 porque pienso que nos sigue
 don Félix. 125

DOÑA CLARA ¡Que amor le obligue,
 siendo eterno tu desdén,
 a solicitar tu amor,
 hallando en mi pecho entrada!

DOÑA BEATRIZ ¡Qué mal gusto, pues te agrada
 un necio! 130

DON FÉLIX (**Sale.**) (**Aparte.**) Todo el furor
 que encierra el abismo alienta
 con su vengativo fuego
 mi pecho: he visto a don Diego,
 dueño feroz de mi afrenta. 135
 ¡Oh quién a solas se viese
 con él! Pero mientras llega
 la noche, el sol que me niega,
 al cielo, aunque al sol le pese,
 le he de descubrir agora, 140

vengativo y envidioso,
por si volviere su esposo.

(A doña BEATRIZ.)

Nubes del manto, Señora,
no han de poder encubriros
de quien tan perdido os sigue. 145

(Quiérela destapar.)

DOÑA BEATRIZ	Félix, mi honor os obligue, si sois noble, a persuadiros que ablandáis montes de acero con copos de helada nieve, y que ni aun el sol se atreve al justo dueño que espero. 150 Vuestra ciega pretensión hace, en vuestro mismo daño, que tan largo desengaño os sirva de obstinación. 155 No toméis tanta licencia por ver ausente mi esposo; que soy un rayo furioso que exhala su misma ausencia. Y advertid que noble y fiel, 160 pues que su honor me encargo, sabré castigaros yo, y sabrá mataros él.
--------------	--

(Hace que se va.)

DON FÉLIX	Aguarda, imposible mio.	
DOÑA BEATRIZ	Quien lo conoce, ¿qué espera?	165

(Vase con DOÑA CLARA y el ESCUDERO.)

Escena IV

DON FÉLIX; luego, DON LOPE DE FIGUEROA, con hábito de Santiago.

	Yo las busco más comunes, que las pesque, como atunes la más vecina almadraba.	
DON FÉLIX	De esa suerte, ¿no querréis esta noche acompañarme?	205
DON LOPE	Jamás deje de arriesgarme por un amigo: tendréis conmigo, a fe de quien soy, las espaldas bien seguras.	
DON FÉLIX	Adoro las luces puras del sol que siguiendo voy, tan sin esperanza alguna, que entre mal perdidos bienes, voy a conquistar desdenes más libres que la fortuna.	210
DON LOPE	Y ¿ha de ir para saber si una mujer os habló, todo un hombre como yo?	215
DON FÉLIX	Pienso que hay más que mujer; un hombre honrado y valiente la guarda.	220
DON LOPE	Pues hacéis mal, y ella bien en ser leal al que ya tiene presente; y más a quien abonáis de valeroso y honrado. Pero si estáis empeñado, justamente me empeñáis; que amistad y parentesco piden que sirviéndoos vaya.	225
DON FÉLIX	¿Qué imposible se desmaya con vuestro valor?	230
DON LOPE	Ofrezco mi persona. Preveníos; que el sol con ligero paso a las sombras del ocaso camina.	
DON FÉLIX	(Aparte.) Discursos míos, entre venganza y amor, ¿qué aguardáis? Llegadme a dar o valor para matar,	235

o para sufrir valor.

(Vase.)

Escena V

DON LOPE; luego, DON DIEGO y CASTAÑO.

DON LOPE	¡Oh cansados cortesanos! ¿No era mejor empeñarse donde pudiera ganarse honor, entre luteranos? Pero es don Félix amigo y deudo, y le he de asistir.	240 245
----------	--	----------------------------

(Salen DON DIEGO y CASTAÑO.)

DON DIEGO	¿Cómo he de poder vivir, si yo mis desdichas sigo? Hasta que cierren la puerta del templo la he de esperar, por no tener que dudar cuanto es mi desdicha cierta ⁽¹⁾ .	250
-----------	---	-----

CASTAÑO	Lleno está de gente, espera; que tal vez me ha sucedido, cansado de haber leído, ser mi carta la postrera. Estará Beatriz rogando al cielo por tu salud.	255
---------	---	-----

DON DIEGO	Conocida es su virtud. (Aparte.) Áspides voy engendrando en el alma.	
-----------	--	--

CASTAÑO	Llega a hablar a don Lope.	260
---------	-------------------------------	-----

DON DIEGO	(Repara en don Lope.) Él es, por Dios.-	
-----------	--	--

DON LOPE	¡Señor don Lope! De vos quejas pudiera formar, y justas, señor don Diego	
----------	---	--

	de Vargas, si habéis sabido que ha más de un mes que he venido a Madrid.	265
DON DIEGO	Si agora llego, perder la queja podéis.	
DON LOPE	Bastante disculpa ha sido; seáis don Diego bien venido.	270
DON DIEGO	Que vos con salud estéis, victorioso del suceso [641] que dio tan ardua ocasión, me alegro como es razón.	
DON LOPE	Cayó de su mismo peso la bárbara monarquía, y el señor don Juan dio a España eterna luz con la hazaña que el mundo a los tiempos fía.	275
DON DIEGO	Relaciones han venido fabulosas, y me holgara que la vuestra me dejara satisfecho y advertido.	280
DON LOPE	Oíd lo que el Asia llora, aunque venganzas previene.	285
CASTAÑO	Muy bien; el tiempo entretiene mientras sale mi señora.	
DON LOPE	Alí, general del turco, ufano con las empresas de tierra y mar, compitiendo bajeles con las estrellas, abrasaba entrambos mares con tan bárbara soberbia, que el Adriático y Jonio eran destroncadas selvas.	290
	Alargóse al mar, buscando quien le pudiese dar nuevas de nuestra armada, tan falsas que la burlaba sin verla.	295
	El señor don Juan entonces, teniendo juntas las fuerzas de la católica liga, el Papa, España y Venecia, en el puerto de Mesina,	300

escuchaba diferencias 305
 de pareceres contrarios,
 monstruos que la guerra engendra.
 «Que el turco era superior
 en soldados y en galeras,
 soberbio con las victorias, 310
 poderoso con las presas;
 y que a un trance de batalla
 no era bien que se pusiera
 la reputación de España;
 que lo mirase su alteza 315
 más bien; que el mejor recuerdo
 era que fuese la guerra
 defensiva en propia casa,
 guardándose las fronteras
 de Italia, opuestas al turco.» 320
 Mas don Juan, a quien alienta
 el cielo para blasones
 de Austria, les dio por respuesta
 «Que ya estaba lleno el mundo
 (si bien difícil la empresa) 325
 de tan grandes prevenciones,
 que corría ya por cuenta
 de la nación española
 pelear, y que le ordena
 el Rey, su hermano, que busque 330
 al turco, y que le acometa
 cuando la ocasión lo pida;
 y pues el tiempo la muestra,
 que protesta dar la vida
 en defensa de la Iglesia.» 335
 Su nombre aclamaron todos,
 y con voces imperfectas
 decían: «A pelear,
 señor don Juan; guerra, guerra.»
 En esto el nuncio del Papa, 340
 bañado en lágrimas tiernas
 el rostro, dijo: «Señor,
 la victoria tienes cierta,
 porque el Vicario de Cristo
 lo afirma; y para que tengas 345

la fe segura, te envía
 aseguradas promesas.»
 Sacó del pecho una carta,
 y rompiéndola la nema,
 le enseñó dos profecías 350
 de san Isidro, que en ellas
 anunciaba la batalla
 con la victoria más nueva
 que vio el mar en sus espumas;
 que el general, que interpreta 355
 con nuevas revelaciones,
 es don Juan, y quien merezca
 ser el que señala el cielo
 con tan victoriosas muestras.
 Abrazó su alteza al Nuncio; 360
 y como si ya tuviera
 por alfombra de sus pies
 toda la armada turquesca,
 tocó a embarcar: tanto puede
 la fe en Dios, porque desprecia 365
 toda ventaja enemiga,
 toda bárbara potencia.
 Bendijo el Nuncio la armada
 desde el muelle, y las riberas
 dieron por tributo al agua 370
 el eco de las trompetas.
 La capitana de España
 pareció, tocando a leva,
 que se desgajaba un monte,
 como iba perdiendo tierra. 375
 Ibanla siguiendo todas
 (tan iguales, tan serenas,
 que aun volando parecían
 que eran pedazos de selvas)
 repartidas por escuadras. 380
 Andrea de Oria la primera;
 que le tocó la vanguardia,
 con cincuenta y dos galeras,
 en que iban interpoladas
 las del Papa y de Venecia, 385
 las de Génova y Sicilia;

y porque se conocieran,
honraba el viento el garcés⁽²⁾
sin los penoles y antenas,
con las banderolas blancas, 390
que casi las aguas peinan.
La batalla y cuerno izquierdo,
con setenta y cuatro velas
y banderolas azules,
llevaba a cargo su alteza. 395
La capitana del Papa
iba gallarda a su diestra,
con Marco Antonio Colonna,
a quien las aguas respetan.
El gran Sebastián Veniero, 400
que por Venecia gobierna
un monte por capitana,
iba a la mano siniestra.
El proveedor Barbarigo,
que en cincuenta vasos vuela, 405
con banderas amarillas
lleva el siniestro a su cuenta.
Al marqués de Santa Cruz,
llegando el número a treinta
con las banderolas blancas, 410
la retaguardia encomienda.
Don Alonso de Bazán⁽³⁾,
su hermano, al arte en la guerra,
y don Martín de Padilla
las distantes puntas cierran. 415
Encargó a don Juan de Ávalos,
confiado en su experiencia,
treinta bajeles redondos
para que fuese en conserva,
siempre a tiro de cañón; 420
y con orden y advertencia
que si les calmase el viento,
y no alcanzasen las piezas
a batir el enemigo,
que arrojase a las galeras 425
el socorro de españoles,
quejosos si no pelean.

Luego don Juan de Cardona
con ocho velas ligeras
salió a descubrir al turco. 430
Descubrióle y dio la vuelta,
dando aviso que venía,
imagen de la soberbia,
tan señor del mar, que al agua
verle le permite apenas; 435
y que dejaba a Lepanto
en distancia de tres leguas,
dando a la tierra amenazas,
como a los cielos blasfemias.
Era la real del turco 440
alta de puntal, y en ella
quinientos escopeteros
genízaros, que pudieran
conquistar una provincia,
a cuyas voces despiertan 445
los acentos alternados
de dulzainas y jabebas⁽⁴⁾.
En forma de media luna
tendió su armada, tan diestra;
que el sol formaba una sombra, 450
de tantos cuerpos compuesta.
Alí, sembrando victorias,
iba a la parte de tierra,
llevando para su guarda
de todos vasos ochenta. 455
Y cerraba aquella punta,
por ser la de mayor fuerza,
Mahamud, gobernador
del Negro ponto, que enseña
crueldades a la fortuna 460
para despeñarse en ellas.
Siroco, gobernador
de Alejandría, sustenta
la punta del mar, y en medio
Jafer, renegado, muestra 465
el cuerpo de la batalla,
gobernando ciento y treinta.
Majamud, Siro y Sain,

hijos de Alí, se reservan
 con cuarenta y seis galeazas 470
 que el bravo Piali gobierna.
 El nieto de Barbarroja,
 Hazen, llevaba, sin estas,
 veinte y cuatro de socorro,
 todas con las popas negras. 475
 Con esta bárbara pompa
 venía aprestando cuerdas
 para maniatar cristianos:
 ¡Qué locura! ¡Qué soberbia!
 Pero viendo nuestra armada, 480
 con voz turbada y suspensa
 dijo Alí: «Habeisme engañado;
 mayores son estas fuerzas
 de lo que yo imaginaba.»
 Y volviendo la cabeza 485
 a los remeros cristianos,
 que su libertad esperan
 en la victoria de España,
 dijo con turbada lengua:
 «Cristianos, si es vuestro día, 490
 Dios os le dé; que mi estrella
 en la fortuna otomana
 se fía.» Y dando la vuelta
 a presentar la batalla,
 hizo largar una pieza. 495
 Respondímosle con otra,
 y cuando estuvimos cerca,
 alzó la real de España
 en una roja bandera
 un crucifijo y la Virgen, 500
 estrella del mar, que ruega
 en semejantes peligros
 por la salud de la Iglesia.
 Adelantóse Piali, [642]
 y salióle Juan Andrea 505
 al encuentro, reservando
 la ventaja a la prudencia.
 Los alaridos y voces
 acompañaban las flechas,

porque las dos capitanas 510
se probaran fuerza a fuerza.
Dijeron a Piali socorro,
dejando en notable afrenta
al de Oria, que hecho un monte,
hizo honrosa resistencia. 515
Vio su aprieto Barbarigo,
y volando a la defensa
con su galera, acomete
la capitana turquesca;
mas fue tan recia la carga 520
de dardos y de saetas,
que al descubrir, peleando,
el rostro por la rodela,
sacó en el ojo derecho
un flechazo (¡heroica prueba 525
de su valor!), que arrancando
él mismo la turca flecha,
bañado en su misma sangre,
acometió a la galera
contraria, que temerosa 530
huyó, zabordando en tierra.
Huyeron luego a Lepanto
de Piali quince galeras,
desamparando su escuadra,
llenas de cobarde afrenta. 535
Ya con el mismo furor,
dura imagen de la guerra,
cerraban por todas partes.
Cubrióse con nubes negras,
del humo, el rojo horizonte; 540
y descubriéndose apenas
las dos galeras reales,
dejaron la luz suspensa
del sol, que admiró el fracaso,
pues por las proas se encuentran 545
émulas, en dos montañas,
que pagan el censo en penas.
Como la real del turco
era más alta, la nuestra
se metió bajo la proa, 550

rompiendo las palamentas.
Alí conoció su dicha,
y porque no se perdiera
la ocasión de la victoria,
sus genízaros empeña. 555
Perdida estuvo dos veces
la real, entrando en ella
los turcos: sí, ¡voto a Dios!
mas, como estaba por cuenta
de españoles (que enojados 560
se beben las mismas flechas,
tienen por fruta las balas
y se abrazan a las piezas),
les dimos tan buen a carga
que en espacio de hora y media 565
pudo cantar la vitoria
la que se juzgaba presa.
Un alférez español,
natural de Talavera,
tomó a un soldado el mosquete 570
y con valor y destreza
tiró tan de puntería,
que Alí, con últimas quejas,
cayó muerto en la crujía.
Cobarde como sangrienta, 575
pródiga la muerte entonces,
fue extremando diferencias
de las crueldades que aguardan,
porque muriendo la teman.
Fuego, sangre remos, armas, 580
cuerpos, bajeles, banderas,
daban rojos paramentos
al mar en olas revueltas.
Cantó la victoria España,
y numerando la presa, 585
murieron treinta mil turcos,
y metieronse en cadena
diez mil; quince mil cristianos
se libertaron; noventa
galeras abrasó el fuego; 590
tragaron las ondas negras

	treinta, con seis capitanas, y por victoriosa muestra, remolcadas por las popas, trajimos ciento y setenta.	595
	El mundo queda asombrado, Italia libre y contenta, agradecido Pío Quinto, acreditada Venecia, temblando el turco en su casa, sin autoridad sus fuerzas, Europa desengañada, y autorizada la Iglesia; España causando envidias y derribando banderas, para que enemigas armas triumfos de Felipe sean.	600
DON DIEGO	Quisiera tener el alma más alegre y más sin pena, para que tan gran victoria la celebre la lengua. Mas domésticos cuidados hacen que el alma divierta de toda humana alegría tal vez sus libres potencias. Pero con tan grande amigo comunicar será fuerza, por favor y por consuelo, mis cuidados y mis penas. ¿Dónde gustáis que mañana nos veamos?	605
		610
		615
		620
DON LOPE	Diligencias propias y ajenas me obligan a cuidados y asistencia de palacio.	
DON DIEGO	Yo os veré en él para daros cuenta de mis sucesos, don Lope, y porque mi casa tenga tan noble huésped en vos.	625
DON LOPE	Los cumplimientos se dejan para menos amistad:	630

ya sabéis que en paz y guerra
soy muy vuestro.

DON DIEGO

El cielo os guarde.

(Vase DON LOPE.)

Escena VI

DON DIEGO, CASTAÑO.

CASTAÑO

Ya no quedan en la iglesia
mas que campanas y altares.

DON DIEGO

Como en mi alma sospechas.

635

CASTAÑO

¡Oh, qué agorero que vienes!
Sólo te falta que veas,
saltando de rama en rama,
a la siniestra corneja.

¿No es mejor que no haya estado

640

Doña Beatriz en la fiesta,
si estuvo en ella don Félix?

DON DIEGO

No hables más, que me atormentas
con villanas presunciones.

Ven acá, ¿dónde pudiera
estar agora Beatriz?

645

CASTAÑO

Agora, que el sol se ausenta
para dar luz a los indios,
estar en su casa es fuerza.

Esta señora ¿no tiene
madre, amigas y parientas?

650

Pues habrá estado en visita.

Si tu venida supiera,
claro está que te aguardara

con lavatorio de piernas,
camisa por estrenar,

655

oliendo el cofre a alhucema
(porque es contra la polilla),
mesa limpia y cama hecha;

mas no sabiendo que vienes,

660

¿es mucho que se entretenga
visitando amigas tuyas?

la venganza que me animas,
si pudiese ver mi afrenta.

(Vase con CASTAÑO.)

Escena VII

DON FÉLIX y DON LOPE, de noche.

DON FÉLIX	Don Lope, esta es la casa.	
DON LOPE	¿Habéis de entrar? [643]	
DON FÉLIX	El alma se me abrasa	705
	en la luz de su dueño.	
DON LOPE	Pues no lo dilatéis, pues ya me empeño a guardaros la puerta.	
DON FÉLIX	Clara, su hermana, con industria incierta, de noche suele hablarme,	710
	y suele con desvelos obligarme, aunque mis desengaños me están diciendo que padezco engaños: pero importa que agora	
	le diga a Clara que mi amor la adora	715
	y que a su puerta llego menos ya de Beatriz perdido y ciego pues de esta suerte, es llano que entrar podré a gozar del soberano imposible que emprendo.	720
DON LOPE	Escuchando os estoy, y no os entiendo ¿No decís que la guarda un hombre honrado?	
DON FÉLIX	Amor no se acobarda jamás; resuelto vengo a matarle en su casa.	
DON LOPE	No os prevengo	725
	suceso diferente, pues vengo, mas que cuerdo, por valiente; pero estad advertido que la venganza del contrario ha sido; porque un hombre en su casa	730
	riñe por cuatro.	

DON FÉLIX Si a discursos pasa
vuestra prudencia es llano
que habéis venido a acompañarme en vano.

DON LOPE Yo por vos lo decía;
porque suele tal vez la valentía, 735
disputada en los labios,
mostrar flaqueza y padecer agravios.
Llamad y entrad, y advierto
que no faltéis, don Félix, al concierto,
porque me pesaría. 740

DON FÉLIX Decid, por vida mía.
DON LOPE Quiero desengañaros
que, si no reñís bien, he de dejaros,
que quien me trae consigo,
y no riñe como hombre, no es mi amigo; 745
pues con cobarde ausencia,
quiere que yo le riña su pendencia.

DON FÉLIX De mí estaréis seguro;
que mi nobleza conservar procuro.

(Llama a la puerta.)

Escena VIII

INÉS, que sale al balcón. -DICHOS.

DON LOPE El balcón han abierto. 750

(Se retira a un extremo de la escena.)

DON FÉLIX Con vos muy buen suceso tengo cierto.
Señora, ¿por ventura

(A INÉS.)

sois el sol que mis dichas asegura?

INÉS ¿Sois don Félix?

DON FÉLIX Inés, a doña Clara
me importa hablar.

INÉS ¿En casa?

DON FÉLIX	¿En qué repara tu advertido cuidado? ¿Es la primera vez que a hablarla he entrado con el cuerdo respeto que merece su honor? Sólo y secreto siempre a verla he venido.	755 760
INÉS	Pero no enamorado; que eso ha sido causa que el desengaño la divierta.	
DON FÉLIX	Abre, por Dios, Inés, abre la puerta; que humilde amante llego.	
INÉS	Estoy temiendo...	
DON FÉLIX	¿Temes a don Diego?	765
INÉS	¿Cómo, si no ha venido?	
DON FÉLIX	(Aparte.) Él no está en casa; venturoso he sido, pues si entro yo primero en la presencia de Beatriz, espero vengar agravio y celos. Mal pagas mis desvelos; a Clara estimo ya por prenda mía.	770
DON LOPE	(Aparte.) Bueno, por Dios, sería que Félix me negara, amando a doña Clara; y pues tiene Beatriz ausente el dueño, por Clara es el empeño.	775
DON FÉLIX	Clara es, Inés, la que mis pasos guía.	

Escena IX

DON DIEGO, CASTAÑO. -DICHOS.

CASTAÑO	Voy a llamar.	
DON DIEGO	Desvía.	
CASTAÑO	De buenísima gana; que he visto en la ventana, y también en la puerta...	780
DON DIEGO	¿Vienes loco? (Aparte.) ¡Qué es esto, cielos! mis agravios toco. Muy mal presumes con sospecha incierta; nadie está en la ventana ni en la puerta.	785
	(Aparte.) ¿Hay hombre como yo más desdichado?	

INÉS, a la puerta. -DICHOS.

INÉS Entrad; que ya os espera, 810
más hermosa que el sol.
DON FÉLIX (Aparte.) Dichoso fuera
si la suerte trocara,
y mi adorada prenda me esperara.

(Entrase con INÉS.)

Escena XII

DON DIEGO, CASTAÑO, DON LOPE.

CASTAÑO Colóse.
DON DIEGO (Aparte.) Ya me dais, airados cielos,
en vasos de mi honor, veneno en celos. 815
Castaño, si advertiste,
¿dónde se fue aquel hombre?
CASTAÑO ¿No le viste?
DON DIEGO (Aparte.) Quisiera desviar tan vil testigo⁽⁵⁾,
que el criado mejor es enemigo.
CASTAÑO A la puerta llegó.
DON DIEGO ¿Quién lo imagina, 820
si yo le he visto revolver la esquina?
CASTAÑO Pude haberme engañado: [644]
si tú contento estás, yo estoy pagado.
(Aparte.) ¡A creer se resuelve
que en su casa no entró!
DON DIEGO Mira si vuelve, 825
y hasta que yo te llame por tu nombre,
ni responda ni vuelvas.
CASTAÑO Hacesme hombre;
yo parto a obedecerte.

(Vase.)

Escena XIII

DON DIEGO, DON LOPE; **luego**, UN HOMBRE EMBOZADO.

DON DIEGO Halló mi honor su término en la muerte;
y estando el fuego que me cierra el paso, 830
que me quiero librar, y más me abraso,
la dilación me mata,
y el veneno por puntos se dilata;
y en tantas ansias mías,
mucho puedes, honor, mucho podrías, 835
pues que tus pasos sigo
y me arrojó a matar a mi enemigo.

(Va a entrar en su casa, y ponesele delante DON LOPE.)

DON LOPE ¿Quién es?
DON DIEGO Responder quisiera,
si me diera más espacio
la prisa con que he venido. 840
DON LOPE Pues aunque vengáis volando,
no habéis de pasar de aquí,
porque estos umbrales guardo
a un amigo que está dentro.
DON DIEGO Y ¿sufrirá esos agravios 845
de esta misma casa el dueño?
De enojo estoy reventando.
DON LOPE Y ¿soislo vos?
DON DIEGO Yo lo soy.
DON LOPE Pues, por dueño y por honrado,
no me atreveré a deciros 850
que os volváis, que es recio caso
negarle a un hombre la entrada
de su casa. Estoy culpado,
y tanto, que os lo confieso;
y por no haberme empeñado 855
en causa que es tan injusta,
diera los premios que aguardo
de algunos servicios míos;
pero, como está fiado
en mi amistad el que entró, 860
es fuerza que cierre el paso

el homenaje más alto.
Pero ciego estoy: bien puede
ser Clara la que ha llamado 895
al que busca por esposo;
mas hasta verlo ¿qué aguardo,
que no entro a hacer experiencia
de mi desvelo o mi agravio?
Pues no pueden cortesías 900
con vos, acortemos plazos,
pues volvemos a estar solos.

(Vuelven a reñir.)

Escena XIV

DON FÉLIX. -DON DIEGO, DON LOPE.

DON FÉLIX **(Poniéndose al lado de DON LOPE.)**
Para matarle yo basto.
DON LOPE **(Deteniendo a DON FÉLIX.)**
Ni aun entrambos, voto a Dios.
Tenéos; que habéis andado 905
poco cuerdo, porque es hombre
que sabrá muy bien buscaros
dentro en vuestra misma casa
y es mal hecho que a mi lado
os pongáis, viniendo él solo. 910
Esto basta, y retiraos;
que ya os sigo⁽⁷⁾.
DON FÉLIX Ya obedezco.

(Vase.)

Escena XV

DON DIEGO, DON LOPE.

DON DIEGO **(Aparte.)** Cobarde soy, pues que tanto
puede resistirme un hombre.

DON LOPE	(Aparte.) Él me deja aficionado por su valor; ¡vive el cielo, que quisiera asegurarlo de sus celos! Advertid que habéis venido engañado, si pensáis que es vuestra prenda la que entró a hablar el hidalgo a quien yo guardé la puerta.	915 920
DON DIEGO	(Aparte.) Cielos, en naufragios tantos descubridme limpio el puerto del honor que estoy guardando; no sea Beatriz quien me ofende.	925
DON LOPE	Clara tiene dueño honrado que la guarda; y si sois vos, pudo la vista engañaros, porque el que visteis salir nunca fue tan temerario, que solicite mujer que tiene en Madrid resguardo. Beatriz tiene el dueño ausente, y esa es la que le ha llamado para lograr sus favores entre requiebros y abrazos. (Aparte.) Bien asegurado queda.	930 935

(**Vase.**)

Escena XVI

DON DIEGO	De su peso derribados, cayeron sobre mis hombros montes de injurias y agravios. Hombre, demonio, imposible, fuerza, verdad, desengaño, para un corazón rendido ¿qué queréis, viniendo tantos enemigos exteriores? Si habéis hecho algún contrato con mi afrenta, y os importa que yo muera, retiraos,	940 945
-----------	---	------------------------------------

retiraos, porque no digan,	950
los que pueden murmuraros	
que tantos habéis querido	
matar a un hombre sin manos.	
Mi enemigo está en mi pecho,	
cuidado tiene; dejadlo,	955
que es tan cruel, que sabrá	
matarme por agradaros.	
La imagen es de Beatriz,	
la que está tejiendo el lazo	
de la infamia que la culpa;	960
porque me mate la guardo.	
Bella imagen desleal,	
avisa con muchos labios	
al original traidor	
que soy su dueño, y que traigo	965
con sospechas, evidencias	
del más lastimoso agravio	
que inventó la desvergüenza,	
que imaginó el desacato.	

Jornada segunda

Sala en casa de don Diego.

Escena I

DOÑA CLARA, DOÑA BEATRIZ, INÉS.

DOÑA BEATRIZ

Clara, ¿estás loca? ¿En qué piensas?
Teniendo honra, ¿es bien que ignores
que son tus necios amores [645]
para mi recato ofensas?
¿Tú abres de noche la puerta

5

a un hombre? ¿Tú eres mi hermana?
Tu reputación ¿qué gana,
que estos delitos concierto?

DOÑA CLARA

Pues si mi esposo ha de ser...

DOÑA BEATRIZ

Tan libertada osadía

10

	sólo tenerla podía	
	quien no tiene que perder.	
	¿Sabes que don Félix trata	
	de mis ofensas no mas,	
	y tan ciega y loca estás	15
	cuando tu engaño dilata?	
	El halcón, diestro y ligero,	
	causando al sol maravilla,	
	que los vientos acuchilla	
	más encarnizado y fiero,	20
	viendo la garza volar,	
	que parece cuando sube	
	átomo de alguna nube,	
	siendo su intento el matar	
	con su natural rigor,	25
	con destreza libre y varia	
	toma una punta contraria	
	para arrojarse mejor.	
	La garza soy que huí,	
	Félix el halcón traidor,	30
	que haciendo punta en tu honor,	
	quiere derribarme a mí.	
DOÑA CLARA	No podrá; que está segura.	
DOÑA BEATRIZ	Sí estaré por quien yo soy,	
	mas del vulgo no lo estoy,	35
	que sin ocasión mormura.	
	Sí saben que me pretende,	
	y aun pienso que él lo blasona,	
	el vulgo, que no perdona	
	al sol, porque el sol le ofende,	40
	¿qué dirá, llegando a ver	
	que entra de noche en mi casa?	
DOÑA CLARA	Conmigo las horas pasa,	
	si se llegase a saber;	
	si bien no ofende al decoro	45
	que se le debe a mi honor.	
DOÑA BEATRIZ	¡Hubo libertad mayor!	
DOÑA CLARA	Tus pensamientos ignoro,	
	y no sé qué piense aquí	
	de quien tan terrible está.	50
	Si tú estás casada ya,	

INÉS	déjame casar a mí. Todas lo hemos menester: casarse es gozar la vida; si un marido se convida,	55
DOÑA BEATRIZ	¿por qué lo hemos de perder? No es elección acertada, pues nobleza y sangre heredas; que si casada no quedas, has de quedar deshonorada.	60
	Quien de noche entrar le ve, bien la afrenta presumió; que basta saber que entró, sin preguntar para qué. Corrige tu atrevimiento,	65
	fundado en agravios míos, o pondrá freno a tus bríos la clausura de un convento; que quiero, aunque más me engañes y de mi rigor te dejes,	70
DOÑA CLARA DOÑA BEATRIZ	más que llorosa me dejes, que ofendida me acompañes. Escucha... Los nuevos casos me están diciendo en bosquejos, que quien huye mis consejos no quiere seguir mis pasos.	75

(Vase.)

Escena II

DOÑA CLARA, INÉS.

DOÑA CLARA INÉS	¿Qué te parece? Que tiene razón en guardar tu honor, porque es tu hermana mayor.	
DOÑA CLARA	También a mí me conviene, y don Félix ha de ser mi esposo, si al mundo pesa.	80

INÉS	Dudosa tienes la empresa; que te engaña has de creer, porque un amor de seis años,	85
	puesto en mi señora, ¿quieres que se olvide? Nunca esperes más que necios desengaños, con que dejará burlada tu esperanza y tu deseo.	90
DOÑA CLARA	Aunque desengaños veo, soy mujer y porfiada; que mi amor, aunque no espere premio, aumenta mis desvelos, porque se ha fundado en celos	95
	de ver que a mi hermana quiere.	

Escena III

DON DIEGO, **al paño.** -DICHAS.

INÉS	Mucho tu fuego se abrasa, y mucho tu edad ignora. Por celos de mi señora metiste a Félix en casa.	100
	Hiciste mal, pues que ves que a mi señora pretende, y que el fuego que se enciende no lo has de aplacar después.	
DON DIEGO	(Al paño.) Y ¿cómo va no se abrasa la casa a mi honor traidora? «¡Por celos de mi señora metiste a Félix en casa!» ¿Luego Beatriz desleal, pone en Félix su cuidado?	105 110
	Sólo escucha el desdichado aquello que le está mal. Pero si a vengarse pasa mi honor, que pudo manchar, mejor ha sido el hallar	115
	los testigos en mi casa; porque, si me informo airado	

de gente de fuera, vengo,
el tiempo que no me vengo,
a confesarme culpado.- 120

(Sale.)

¿Clara?

DOÑA CLARA
DON DIEGO

Señor, bien venido seas.

(Aparte.) Turbado el semblante,
información es bastante,
cuando faltara el oído.

DOÑA CLARA

(Aparte.) Helada tengo en las venas 125
la sangre. Voy a avisar
a mi hermana, por templar
tan no merecidas penas
como en tus ausencias pasa.

DON DIEGO
INÉS

Dame un abrazo primero. 130

(Aparte.) Descuidado caballero,
no sabes lo que hay en casa.

DON DIEGO

(Abrazándola.) Dios te guarde;
hermosa estás,
mucho me alegro de verte;
espera una buena suerte, 135

que espero en Dios la tendrás,
y no es mi esperanza vana.
Dicen que tienes intento
de entrar...

DOÑA CLARA
DON DIEGO
DOÑA CLARA

¿Dónde?

En un convento.

Voy a avisar a mi hermana. 140

(Vase.)

Escena IV

DON DIEGO, INÉS.

INÉS

También cabe a mi ventura
parte del bien que gozamos.

DON DIEGO

¿Cómo estás?

INÉS	Todas estamos en tan estrecha clausura, que se cierra a la oración la puerta.	145
DON DIEGO	Honesto cuidado. ¿Cómo en mi ausencia has estado?	
INÉS	No dejando devoción sin rezar.	
DON DIEGO	Bien se acrisola tu fe.	
INÉS	De noche velarnos, pues que claras; las pasamos rezando al ánima sola.	150
DON DIEGO	Muy lucida estás.	
INÉS	Me quiero mi señora, que me adora.	
DIEGO	(Aparte.) Por ser criada traidora, a las demás la prefiere. ¿Y Elvira y Leonor?	155
INÉS	Servían tan mal, que por desmañadas las despidió.	
DON DIEGO	(Aparte.) Eran honradas; mi deshonra no sabían. Su virtud el mundo alabe; que no hay mujer atrevida que a la criada despida si algún defecto le sabe. ¿Está en casa el escudero que yo dejé?	160
INÉS	Sí; Señor. [646]	
DON DIEGO	¿Sirve bien?	
INÉS	Es gruñidor.	
DON DIEGO	Si le pagan su dinero, ¿qué se queja ni se enfada?	
INÉS	Su salario bien pagado, no más.	170
DON DIEGO	(Aparte.) Este es buen criado, pues no le acrecientan nada;	

	(Aparte.) A la venganza me animo, cuanto más piadosa estás. Sus palabras son venenos, porque entonces quieren menos cuando disimulan más.	200
DOÑA BEATRIZ	Clara esta grande mujer. Pues que vos habéis llegado, es bien ponerla en estado; y mientras llega a tener efecto, os pido, Señor, que esté Clara en un convento, porque en él su casamiento se concertará mejor.	205
DON DIEGO	Tan justo intento me agrada. (Aparte.) ¡Qué estoy escuchando, cielos! De su hermana tiene celos, yo lo escuché a la criada; por eso afrentarla quiere. Hoy la crueldad me perdone, pues no hay sospecha que abone, ni más ocasión que espere.	210
	Inés su tercera es y de mi enemigo fiero.	215
DOÑA BEATRIZ	También, mi señor, espero, más favor: sabed que Inés en casa no está con gusto, mucho tiempo ha servido, y es razón darla marido.	220
DON DIEGO	Otro será su disgusto; regaladla y corregidla; nadie se queje de vos.	225
DOÑA BEATRIZ	Pues esto importa a los dos: o casadla o despedidla.	230
DON DIEGO	(Aparte.) ¿Puede haber más confusiones? Disculpadme, ingenios sabios, pues hallo abonos y agravios en unas mismas razones. Tiene de su hermana celos, y como en fuego se abrasa,	235

no quiere tenerla en casa;
y cuando entre mis desvelos, 240
tan a costa de mi vida,
dice Inés que su señora
la estima, me dice agora
que la case o la despida.
¿Qué enigmas de esfinges veo, 245
o qué coyundas desato?
¿Con qué Babilonia trato?
¿Con qué ilusiones peleo?

Escena VI

CASTAÑO. -DICHOS.

CASTAÑO	Señor, como me mandaste, para enseñarle la casa,	250
DON DIEGO	he venido con don Lope. (A DOÑA BEATRIZ.) Es un amigo del alma. Hízome dos mil favores en Flandes, de cuya espada tiembla el flamenco en Europa y se rinde el turco en Asia. Quiero que conozca agora que las amistades paga quien tiene sangre de noble.	255
DOÑA BEATRIZ	Es obligación hidalga, y debéis, Señor, cumplidla.	260
CASTAÑO	Cuando a la puerta llegaba...	
DON DIEGO	Pues ¿dónde está?	
CASTAÑO	En el zaguán queda leyendo una carta mientras yo subí a avisarte.-	265
	Digo que en viendo la casa, porque le dije: «Aquí es,» miró puertas y ventanas como si fuera alarife llamado para tasarlas, y haciéndose dos mil cruces,	270

DON DIEGO	volvió de nuevo a mirarlas. Lo que me has dicho me admira, porque no entiendo la causa.	
CASTAÑO	Ya sube.	
DON DIEGO	(Aparte.) En más confusiones mi entendimiento se enlaza.	275

Escena VII

DON LOPE. -DICHOS.

DON LOPE	(Aparte.) ¡Hay semejantes sucesos! Por fábula imaginada lo ha de juzgar quien lo oyere. ¿Posible es que esta es la casa, y el dueño de ella don Diego?	280
DON DIEGO	Señor don Lope, ganancias de nuestra amistad espera quien para honrarse os aguarda.- Beatriz, el señor don Lope viene a honrar aquesta casa como pudiera yo mismo.	285
DOÑA BEATRIZ	El ser vuestro gusto basta para que todos sirvamos a quien merece en España, por su sangre y su valor, lugar que le da la fama.	290
DON LOPE	Mirad que vendré a pensar que la merced que esperaba la libráis en cumplimientos, y entre soldados no pasan. (Aparte.) ¡Que esta es Beatriz, y su esposo Don Diego! Y ¡que yo guardaba a su enemigo la puerta! Que ya él me dijo que el alma le ha dado Beatriz hermosa. Ya la juzgo por desgracia	295 300

DON LOPE con mucho gusto, por Dios;
 ¿Vamos los dos?
 DON DIEGO En firmarla
 podré tardar solamente. 325
 DON LOPE Advertid que las fianzas
 suelen consumir la hacienda.
 DON DIEGO Está muy asegurada
 la que voy a hacer. Quedaos,
 don Lope, honrando mi casa. 330

(Vase.)

DOÑA BEATRIZ Acompaña a tu señor,
 Castaño.
 CASTAÑO De buena gana.

(Vase.)

Escena IX

DON LOPE, DOÑA BEATRIZ.

DON LOPE Señora, doña Beatriz,
 ¿sabéis quién sois?
 DOÑA BEATRIZ Pues ¿qué causas
 a esta pregunta os obligan? 335
 Cuando nobleza heredada
 me faltara, ¿no sabéis
 que el ser don Diego de Vargas
 mi esposo, señor don Lope,
 a darme nobleza basta? 340
 DON LOPE Que sintiérades lo mismo
 que dicen vuestras palabras,
 era honrada obligación.
 DOÑA BEATRIZ Pues ¿vos penetráis las almas,
 que presumís lo contrario? 345
 ¿Qué descuidos o qué faltas
 en el servicio y regalo
 de mi esposo, aun cuando estaba
 ausente, habéis conocido?

	¿Notábaisle vos las cartas que de Flandes me escribía, o por dicha se os quejaba de mis descuidos mi esposo? Si la amistad era tanta, y mis cartas os leía,	350 355
	¿juzgasteis de alguna carta tibiezas y poco gusto de su vuelta? Y en mi casa (pues veis con ojos de amigo, que muchas veces se engañan, entre necios y curiosos, pareciéndoles que pagan la amistad en ver defectos y aun se huelgan que los haya para atreverse después a las mujeres que infaman, sirviendo, para rendirlas, los defectos de amenazas) ¿Qué habéis, visto?	360 365
DON LOPE	(Aparte.) ¿Es esto sueño? Pues si en ofensa tan clara le da a una mujer la industria tan eficaces palabras, que miente las evidencias, y las verdades engaña, ¿cómo puede haber maridos que las castiguen por malas? Digo, Señora, que os creo, aunque anoche en vuestra casa (el término perdonad) entró un hombre, que juzgaba merecedores sus prendas de favores vuestros.	370 375
DOÑA BEATRIZ	(Aparte.) Clara, en buen extremo me has puesto. No niego que mis criadas pierdan el respeto al cielo, si la vergüenza les falta. A hablar a alguna entraría.	380 385
DON LOPE	Y ¿si era hombre de importancia?	

DOÑA BEATRIZ	No hay calidad en los gustos. Hay hombre que en mesa y cama tiene por mujer un ángel, y gasta con mano franca con un demonio su hacienda. Prendas tendrá muy honradas quien decís, y querrá más solicitar en mi casa las criadas que su dueño.	390
DON LOPE	Yo presumí que bastara este aviso a corregiros. A hablaros a vos entraba quien me descubrió el secreto.	400

Escena X

DON FÉLIX. -DICHOS.

DON FÉLIX	Doy a los cielos mil gracias que llego seguro al puerto.- Don Lope, tratáis mis causas como amigo, y es forzoso, pues lo sois con toda el alma; aunque es Beatriz tan cruel, que paga con amenazas mis bien nacidos desvelos.	405
DOÑA BEATRIZ	(Aparte.) Valor y esfuerzo me faltan; pero mi honor me defiende.	410
DON LOPE	Este es quien anoche entraba a visitaros, señora; pero aquí veréis si guardan los amigos la lealtad a quien su honor les encarga.- Don Félix, si estáis tan ciego, que entre locas confianzas, os atrevéis a poner los ojos en esta casa, sabiendo que tiene dueño con quien puede honrarse España	415 420

	por nobleza y por valor, de vuestra amistad pasada romperé los privilegios,	425
	si es que ofendidos se guardan; yo os enseñaré a tener buena ausencia, a cuchilladas. Don Lope, escuchad.	
DON FÉLIX DON LOPE	¿A mí?	
	Es muy necio quien me llama para cosas que no tengan calificación de honradas. Juro a Dios que me habéis puesto en ocasión que os matara, si el publicaros no fuera	430 435
	de mayores daños causa. Mi resolución sabéis: idos con Dios; que me cansan vuestras libertades necias.	
DON FÉLIX	Yo escucho vuestras palabras, y como amigo, os las sufro.	440
DOÑA BEATRIZ	No permitáis que se vaya, Señor; que a mi honor importa.	
DON LOPE	Si vuestro esposo le halla, ¿no vendréis a perder más?	445
DOÑA BEATRIZ	Yendo a firmar la fianza, diciendo que vuelve luego, claro está que si halla en casa a quien ofenderle intenta, que no ha de juzgar culpada mi inocencia, pues procuro que hasta que él vuelva no salga.	450
DON FÉLIX	Holgárame que viniera, porque fuera mi venganza donde recibí el agravio. (Aparte.) Pero ya pienso que paga mis ofensas con la vida, porque cuatro hombres le aguardan, buscados por orden mía; y al fin su muerte restaura ⁽⁸⁾ mi honor; que después el tiempo podrá ser que de esta ingrata	455 460

DON LOPE	<p>ablande el rigor que muestra. Don Félix, en las desgracias hay remedio, prevenidas. 465</p> <p>Pues es don Diego de Vargas tan bizarro caballero, no deis ocasión que os haga en su casa algún disgusto. Esperadle en la campaña, 470 si de él estáis ofendido; que allí, con iguales armas, se satisfacen los nobles.</p>
DON FÉLIX	<p>Si a Flandes no se pasara, yo me hubiera satisfecho; 475 pero ocasiones no faltan. Quedad con Dios.</p>
DON LOPE	<p style="text-align: right;">Él os guarde.</p>

Escena XI

INÉS. -DICHOS.

INÉS	<p>Señora, mayor desgracia temo. Castaño ha venido, y si le ve, cosa es clara 480 que lo sabrá mi señor.</p>
DON LOPE	<p>Cuando no quedéis culpada él quedará con sospechas, que vuestra opinión agravian el criado no ha de ver 485 a don Félix; esta es causa que toca a todos. -Don Félix, los que son nobles amparan el honor de las mujeres; el ocultaros no infama 490 vuestro valor, pues sabemos que tenéis honra y espada para reñir con don Diego. Mirad donde puede en casa estar Félix encubierto. 495</p>
DOÑA BEATRIZ	<p>¿Puede traer más desgracias [648]</p>

no haber cometido culpa?
Si es que el respeto me guarda,
ese aposento le encubra.
DON FÉLIX Siendo tú quien me lo manda, 500
mostrarme cobarde es poco.

(Éntrase por una puerta, y cierra tras sí.)

Escena XII

CASTAÑO. -DICHOS.

CASTAÑO Vive Dios, que a estar la casa
dos dedos más adelante,
sospecho que me faltara
el resuello. -Mi señor 505

(A DON LOPE.)

DON LOPE me envía con prisa tanta,
a decir que le esperéis.
CASTAÑO ¿Ha hecho ya la fianza?
Si en el campo hay escribanos,
allá pudiera firmarla. 510

Al Prado se fue derecho,
y cuando cerca llegaba
de San Jerónimo, un hombre
de buen talle y buena capa
a hablarle llegó; no sé 515

lo que entre los dos trataban.
Despidióse, y mi señor,
algo la color turbada,
me mandó venir delante,
diciendo que os suplicaba 520
que le esperéis; que le importa
la reputación.

DON LOPE

(Aparte.)

¡Extraña
confusión! Lance terrible
si halla a don Félix en casa.

Escena XIII

DON DIEGO. -DON LOPE, DOÑA BEATRIZ, INÉS, CASTAÑO.

DON DIEGO	Don Lope, a empeñaros vengo; de vuestro valor y espada fío el suceso que aguardo.	525
DON LOPE	Sólo puede haber tardanza en serviros, el ponerme en la ocasión.	
DON DIEGO	La fianza fue un papel de desafío; salí adonde me llevaba quien lo firmó, y en el Prado llegó un hombre, y con palabras comedidas como breves	530 535
	me dijo: «Si de esas tapias pasáis, os han de matar. Yo soy quien a vuestra casa os llevé un papel, diciendo que en el campo os espera ha un hombre solo; mas viendo que cuatro hombres os aguardan con tan grande alevosía, teniendo yo sangre hidalga, no es justo que lo permita sin avisaros. La paga de esta amistad es volveros.» Y volviendo las espaldas, me dejó, sin despedirse.	540 545
DON LOPE	Pues ¿qué falta agora?	
DON DIEGO	Falta irme a ver con estos hombres.	550
DON LOPE	¿Podéis fiar de esa espada el riesgo en que ha de ponerlos?	
DON DIEGO	Bien podré: diómela en Francia el gran duque de Saboya cuando de Flandes pasaba a cercar a San Quintín;	555

mas las espadas no bastan
si cuatro hombres nos esperan,
y armados; tanta ventaja 560
suplan armas defensivas,
que yo siempre tengo en casa
para armar a un par de amigos.

(Va a entrar donde está DON FÉLIX, detiéndole DON LOPE.)

DON LOPE La razón pienso que basta.
DON DIEGO Muy moral estáis. -Castaño⁽⁹⁾, 565
abre ese aposento, y saca
dos cotas.

DON LOPE No es menester.
A fe de quien soy, dejadlas.

DOÑA BEATRIZ **(Aparte.)**
Parece que están los cielos
eslabonando desgracias 570
para quitarme la vida.
¿Pensáis que fuerzas me faltan
para estorbar que salgáis
donde con tantas ventajas
os esperan?

DON DIEGO **(Aparte.)**
Aun no sabe 575
que es ella la mayor causa
de mi agravio. Vive Dios,
que es bárbara confianza
no ir armados. Perdonadme;
que no he de salir de casa 580
a tan loco desafío
sin una cota.

(Va hacia la puerta.)

DON LOPE Dejadlas,
don Diego. **(Aparte.)** Perdidos somos.

DON DIEGO **(Abriendo la puerta.)**

¿Qué es esto?

DOÑA BEATRIZ **(Aparte.)**

¡El cielo me valga!

	Pésame que seáis mi amigo; que esas locuras bastaban a insistir mi honrado enojo.	
DON DIEGO	¡Las amistades se pagan con afrentas! ¡Ah, desdichas de mi afrenta, pues no fraguan rayos los agravios míos!	610
DOÑA BEATRIZ	(A DON LOPE.) ¿Cómo no advertís que cargan en mi honor montes de injurias?	615
DON DIEGO	(A DON LOPE.) Dejadme, dejad que vaya a decirle cómo puedo...	
DON LOPE	De por medio estoy; que basta. Delitos son insufribles, Don Félix, y al cielo cansan y al mundo, cuyo castigo presumo que no le tarda.	620
DON FÉLIX	Voyme, por darle lugar, si es que su valor le engaña, que me busque con amigos y se prevenga con armas.	625

(Vase.)

DON LOPE	Agora, que hemos quedado solos, os vuelvo las armas.
----------	---

(Dale la espada que le quitó, y pone mano a la suya.)

DON DIEGO	Pues en defensa os ponéis, culpado os sentís.	
DOÑA BEATRIZ	(Aparte.) En tantas confusiones, donde yo soy tan sin culpa la causa, quiero dejar que don Lope le temple el fuego que abrasa el corazón, engañado con apariencias tan falsas.	630 635

(Vase, y tras ella CASTAÑO.)

Escena XVI

DON DIEGO, DON LOPE.

DON DIEGO

Cuando en mi casa descubro
a quien al campo me saca
con mi papel engañoso,
y con ventaja villana 640
a quien me mate previene,
y cuando el cielo me guarda
para que tome ofendido
tan legítima venganza,
vos, que os preciáis de mi amigo; 645
vos, que tenéis prendas tantas
de la heredada nobleza [649]
y de la adquirida fama.
¡Permitís que mi enemigo
pueda ocultarse en mi casa! 650
Y cuando en ella te veo,
para que mi honor quedara
limpio con la sangre suya,
que así el honor se restaura,
¡me quitáis las armas vos! 655
¿Quién la nota de infamia;
quién, sin culpa de traición,
pudiera quitar la espada
a quien seda por amigo?
¿Hay en Flandes ni en Italia 660
don Lope, escuelas que enseñen
a los que profesan armas
tan cobarde stratagema,
lición tan humilde y baja?
Mas, porque venganzas mías 665
mejor por afrentas caigan
(porque las oposiciones
lucen cuanto más contrarias,
como el sol, que se descubre
más bien entre nubes pardas), 670

	<p>ha juntado mi fortuna a la afrenta de mi casa una villana nobleza, una lealtad agraviada, una traición conocida, una burlada esperanza, una fingida promesa y una amistad mal pagada.</p>	675
DON LOPE	Advertid...	
DON DIEGO	¿Qué he de advertir?	
DON LOPE	<p>Que vos y el mundo se engaña si no confiesa por noble la acción que por temeraria habéis condenado vos.</p>	680
	<p>Cuando obligad, cuando llaman a los hombres como yo las ocasiones, les manda su mismo valor que acudan siempre a la parte más flaca.</p>	685
	<p>Aunque es Félix caballero, no es de acciones tan bizarras como vos, no ha hecho pruebas tan conocidas, que valgan la opinión que vos tenéis tan adquirida y ganada;</p>	690
	<p>y así, quise, en el peligro de honor y vidas, guardarlas, templando la furia vuestra con tan iguales balanzas, que cuando el valor os sobra venga a faltaros la espada.</p>	695
DON DIEGO	<p>Por consuelo está bien dicho, yo os doy por ello las gracias; pero, pues que vos sabéis a lo que ha entrado en mi casa don Félix...</p>	700
DON LOPE	<p>Basta, don Diego. No con sospechas tan falsas presumáis ofensas vuestras; porque no es la luz tan clara del sol, como el casto amor</p>	705

	que doña Beatriz os guarda;	710
	y no con injustos celos	
	deis a entender que os agravia,	
	porque os diré que mentís	
	cuerpo a cuerpo en la campaña.	
DON DIEGO	Yo no consulto opiniones.	715
DON LOPE	Pues consultad con la fama	
	vuestro honor.	
DON DIEGO	Ya le he perdido.	
DON LOPE	Engañáisos.	
DON DIEGO	No se engañan	
	los ojos.	
DON LOPE	A veces suelen	
	hacer traiciones al alma.	720
DON DIEGO	Lo que me importa conozco.	
DON LOPE	Pues ¿qué habéis de hacer?	
DON DIEGO	Mañana	
	lo sabrá Madrid.	
DON LOPE	Y agora	
	lo he de saber yo.	
DON DIEGO	Son causas	
	mías, y no he de tener	725
	más testigos que mi espada	
	y a quien mi venganza estorbe...	
DON LOPE	¿Qué decís?	
DON DIEGO	Gasto palabras	
	muy pocas; mas, vive Dios,	
	que en el campo a cuchilladas	730
	haga pedazos a quien	
	llegue a estorbar mi venganza.	
DON LOPE	Pues yo, que pienso que puedo,	
	he de entrar en vuestra casa	
	a mataros, voto a Dios,	735
	si ponéis alguna falta	
	en vuestra esposa.	
DON DIEGO	Don Lope,	
	ya sabéis que sabe España	
	quién soy.	
DON LOPE	Y que soy conocen,	
	en Italia, España y Francia,	740
	don Lope de Figueroa.	

DON DIEGO

Y yo don Diego de Vargas.

Jornada tercera

Calle.

Escena I

DON FÉLIX, GARCÍA.

DON FÉLIX

¡Que un hombre como don Diego,
cuando el papel le avisó
que estaba solo, temió
salir al campo! ¡Estoy ciego
tanto en mi loco furor, 5
que el amor que en mí se advierte,
con ser tan grande, es más fuerte
mi venganza que mi amor!
Darle muerte pretendía
oculta, por mano ajena, 10
por ver si mi amante pena
remedio tener podía;
pero va que esta mujer
es prodigio en su firmeza,
con que la naturaleza 15
se ilustra en su flaco ser,
y en seis años no he podido,
por piedad o por amor,
alcanzar de ella un favor
estando ausente el marido 20
(que es la más fuerte ocasión
para el mayor rendimiento),
he de mudar pensamiento:
ya es venganza mi afición.
Templé mi agravio pensando 25
lograr mi loco deseo;
mas ya que ofendido veo
que voy sin fruto esperando,
de sus desprecios corrido.

	Quiero más de furia armado,	30
	vengarte desengañado,	
	que disimular perdido.	
GARCÍA	Señor, si por fiel criado	
	me estimas, y ves que puedo,	
	sin verle la cara al miedo,	35
	dejar tu agraviado vengado,	
	dime el que hacerte pudieron,	
	porque la satisfacción	
	venza la murmuración	
	de los que tu afrenta vieron;	40
	porque ya sabes que escriben	
	leyes el amor y el duelo,	
	que con militar desvelo	
	satisfacción aperciben ⁽¹⁰⁾	
	a cada agravio, de honor	45
	tan previsto y tan mirado,	
	que venga el que está agraviado	
	a quedar por superior.	
DON FÉLIX	García, también ordena	
	esa ley en casos tales,	50
	que satisfacción de iguales	
	no ha de ser por mano ajena.	
	Cuando con ciego furor,	
	de toda razón desnudo,	
	por ajena mano pudo	55
	hacerle matar mi honor,	
	tuvo disculpa el deseo	
	de un yerro desatinado;	
	mas cuando desengañado	
	de mi amor, mi afrenta veo,	60
	por mí mismo he de abonarme	
	con quien mi venganza espera;	
	porque de otra suerte fuera	
	deslucirme sin vengarme.	
	Mi agravio, si no lo sabes...	65
GARCÍA	Don Lope viene, Señor.	

Escena II

DON LOPE. -DICHOS.

DON FÉLIX

(Aparte.) Por acreditar mi honor
fue a consultar los más graves
sujetos que en la milicia
tienen hoy mejor lugar; 70
pero yo he de consultar
con mi ofensa la malicia
al pueblo legislador,
por atrevido, severo.

Don Lope, ya yo os espero 75
como a noble defensor,
de la opinión que he perdido. [650]

DON LOPE

Si es verdad la información
que me hiciste, la pasión
os ha quitado el sentido. 80

Consulté vuestro suceso,
a quien vos llamáis agravio
injustamente, por Dios,
con los mejores soldados
que han venido con su alteza, 85

y con seis maeses de campo,
cuyas firmas podéis ver
en este papel que os traigo,
donde os dan por satisfecho.
Al fin les propuse el caso, 90

dando al silencio los nombres,
porque os conocen a entrambos.
«Dos caballeros (les dije)
tan perdidamente amaron
a una mujer principal, 95

que el silencio y el recato
les advirtió muchas veces,
turbando al sueño el descanso,
dando a sus rejas suspiros,
y a su calle asombro y pasos. 100

Al fin, la dama vencida
de honesto amor, dio la mano,
si iguales en calidad,
al que juzgó más gallardo.

Quedó rabiando de celos 105
 el competidor, y entrando
 en la noche de sus bodas
 en su casa, dónde tantos
 principales caballeros
 honraban los desposados. 110
 Dijo en presencia de todos:
 -Señora, si de este agravio
 no fuera mujer el yerro
 (que suelen, aun en los casos
 de mayor reputación, 115
 cometer yerros tan claros
 como el que agora se ha visto),
 yo dejara tan vengados
 mis celos, que viera el mundo
 que merezco vuestra mano, 120
 por más calidad y prendas.
 Mejor que el que a vuestro lado
 le dais el nombre de esposo-
 dijo, y despidiendo rayos
 por los ojos el marido, 125
 y veneno por los labios,
 le respondió que mentía;
 y sin poder estorbarlo,
 con las espadas desnudas
 se acometieron bizarros, 130
 dio, sustentando el mentís,
 al competidor, que en vano
 se defendió, tres heridas;
 y dando priesa a un caballo,
 dio a su esposa tanta ausencia, 135
 que la lloró por seis años.
 Volvió a la corte, su patria,
 adonde por varios casos
 se han vuelto a ver, sin que nadie
 haya tomado a su cargo 140
 el hacer las amistades.»
 Esto propuse en palacio,
 con las circunstancias todas
 con que pudiera informarlos
 vuestro mismo honor. Mirad 145

si les debéis, por soldados
y caballeros la fe
con que ese papel firmaron.

(Dale un papel.)

DON FÉLIX	<p>(Aparte.) Quiero ver las firmas todas; que después veré de espacio 150 el desagravio que firman aunque a soldados cristianos no han de consultarse afrentas, porque fuera injusto caso, siguiendo leyes del duelo, 155 firmar venganzas de agravios.</p> <p>(Lee.) «Don Álvaro de Sande, -don Sancho de Logroño, -Julián Romero, -don Juan de Cardona, -don Martín Padilla, - don Alonso Portocarrero.»</p> <p>Sujetos ilustres son, y que debe respetarlos el mundo; pero advertid, y no es pasión la que guardo, 160 que no pudieron firmar que yo no estoy agraviado, oyendo un mentís, don Lope.</p>
DON LOPE	<p>Satisfecho estáis, sacando la espada para ofenderle. 165</p>
DON FÉLIX	<p>Sí, pero ha de ser quedando iguales con las espadas; mas cuando por desdichado queda agraviado el herido, aunque haya sido un retrato 170 de Marte, en venganza suya, queda con el mismo cargo de la ofensa que recibe; porque el dichoso contrario con la victoria sustenta 175 lo que dijo con los labios.</p>
DON LOPE	<p>El salir un hombre herido, riñendo como hombre honrado,</p>
DON FÉLIX	<p>¿es afrenta? No es afrenta.</p>

DON LOPE	¿Podrá nadie señalarlo por hombre cobarde?	180
DON FÉLIX	No.	
DON LOPE	Pues si con pecho bizarro saca la espada, y se arroja, con que desmiente el agravio del mentís, y las heridas no causan afrenta, es llano que gana reputación, pues con su sangre afirmando su honor publican a voces que se arrojó por cobrarlo.	185 190
DON FÉLIX	Con sofísticas razones, don Lope, queréis, templando mi fuego, excusar mi afrenta, yo sé que deja manchado mi honor mi propia desdicha, con la suerte del contrario.	195
DON LOPE	También os digo, don Félix, que el concepto imaginado tiene fuerza de verdad en los hombres temerarios que no reciben consejos, y así quedan agraviados los que piensan que lo están.	200
DON FÉLIX	Yo lo pienso, y en el campo ha de darme mi enemigo la satisfacción que aguardo.	205
DON LOPE	A tanta resolución no hay que dilatar los plazos. ¿Queréis que saque a don Diego mañana al campo?	
DON FÉLIX	Fiaros	210
DON LOPE	debo una acción tan honrosa. Yo lo haré, pues que no basto con la razón y el consejo: sacaré a don Diego al campo; mas por la razón que tiene presumo que ha de mataros.	215

(Vase.)

Escena III

DON FÉLIX, GARCÍA.

GARCÍA	Pues ¿al Campo has de salir?	
DON FÉLIX	No, García: este fue engaño por divertir a don Lope mientras de vengarme trato;	220
	porque no hay duelo que escriba que el hombre que está agraviado debe aceptar desafío, sino vengarse a su salvo.	
GARCÍA	Si por fiestas de su alteza una máscara trazaron para esta tarde, y en ella has de salir, yo no alcanzo el modo que has de tener.	225
DON FÉLIX	Mis deseos he logrado en la máscara, García, porque en ella disfrazado, he de afrentar a don Diego.	230
GARCÍA	¿Cómo quedará tu agravio satisfecho, si no saben quién eres?	235
DON FÉLIX	Los que firmaron en este papel, declaran mi honor por seguro y salvo en la común opinión; yo solo en mi pecho traigo presunciones de mi ofensa, yo soy quien a solas paso conmigo mi propia afrenta; y así, disfrazado aguardo satisfacerme a mí mismo, sin que mi fiero contrario presuma que yo le ofendo. Con esto también alcanzo venganza de mi enemiga, pues a quien adora agravio.	240 245 250

CASTAÑO a su señor.
(**Aparte.**)
Vive Dios...
DON FÉLIX Vamos.

(Hacen que se van.)

CASTAÑO Que estoy por retarlos
al palenque de Zamora.

(Empuña la espada, y vuelve DON FÉLIX con GARCÍA.)

DON FÉLIX (**A CASTAÑO.**)
¿Qué decís?

CASTAÑO Que soy criado
ínfimo de los vecinos 285
de vuesamerced.

DON FÉLIX Villano,
¿cómo empuñabas la espada?

CASTAÑO ¡Famosa advertencia! Traigo
algo escabrosa la vaina;
y así, voy de cuando en cuando 290
haciéndola sacabuche.

(DON FÉLIX y GARCÍA hacen que se van.)

Mas yo nunca satisfago
a nadie, porque me precio...

(Vuelven.)

DON FÉLIX ¿De qué?

CASTAÑO De menor lacayo
de vuesté.

DON FÉLIX (**A GARCÍA.**)
Deja ese loco. 295

(Vase, y tras él GARCÍA.)

CASTAÑO Pues si no vinieran tantos,
y en cuadrilla, aquesta calle

	arriméle un poco el brazo ⁽¹²⁾ .	
	Se derramó todo el vino;	
	y sobre haber de pagarlo,	
	aunque alegué que la espuma	
	es el orillo del paño,	325
	y que no entra en la medida,	
	me dieron seis puñetazos	
	como para mí; mas yo,	
	que ya me sentí enfadado	
	de tanta descortesía,	330
	me llegué así, paso a paso,	
	y al cuero, que se estrenaba	
	entonces, le tiré un tajo	
	que le abrí hasta el ombligo,	
	de cuyo vientre saltaron	335
	dos plagas de Faraón.	
	¿Qué dices?	
DON DIEGO	Que haciendo un charco	
CASTAÑO	se vieron en sus orillas	
	ranas y mosquitos, dando	
	a entender que el tabernero	340
	ligó con estrechos lazos	
	el agua cándida y pura	
	con el vino siempre aguado.	
	Pues el saborcillo es bueno:	
	de hierro viejo.	
DON DIEGO	Castaño,	345
	buen humor gastas en tiempo	
	que vive desesperado	
	el sufrimiento. Pues sabes	
	mi desdicha y mis agravios,	
	no es mucho tomar consejo	350
	contigo; que en tales casos	
	más bien me aconsejarás	
	como testigo y criado,	
	que el más entendido amigo,	
	que no siente ajenos casos.	355
	Resuelto estoy en que muera	
	Beatriz, y que nos volvamos	
	a Flandes.	
CASTAÑO	Si has de matarla	

	no más de por ser casado, bien puedes; pero los cielos lloverán ardientes rayos sobre ti por el delito de matar a un ángel.	360
DON DIEGO	¿Tanto la disculpas, cuando has visto a don Félix encerrado en mi casa, con que muestra que en ausencia de seis años logró traidores deseos? Ya yo estoy determinado al hecho.	365
CASTAÑO	No me conformo, porque pueden ser engaños. Y lo han de ser, juro a Cristo, porque son unos bellacos los que a las mujeres, nobles con los títulos honrados de la heredada nobleza, manchan el honor, más claro que el padre hermoso del día. Pues tan claros desengaños ¿no bastan para que muera?	370 375
DON DIEGO	¿no bastan para que muera?	380
CASTAÑO	No bastan ni aun otros tantos; que la afrentas y te afrentas.	
DON DIEGO	Pues un remedio más llano tomaré por más seguro. (Aparte.) Cielos, ¿a tan triste estado reducís ya mis discursos, que tan importantes casos permitís que los consulte con un hombre humilde y bajo, para pedirle consejo?	385 390
CASTAÑO	¿Qué dices?	
DON DIEGO	Digo, Castaño, que al mundo no sean más públicos mis agravios, será bien darla veneno.	
CASTAÑO	Y los que saben acaso tu deshonra (pues tú mismo	395

	dices que estás agraviado). Si de secreto la matas, y no saben que tu mano vengó con hierro tu afrenta,	400
	¿no ha de ser negocio llano que han de infamarte viudo, aunque vivas dos mil años? Un ejemplo he de traerte para sacarte del casco	405
	tan maldito pensamiento. Un viudo y un casado, compadres, cuyas mujeres vestían algo más ancho de lo que era menester,	410
	saliendo una tarde al campo a divertirse, cantó sobre ellos, entre unos ramos (no es casi nada), un cuquillo; ¡miren qué hermoso canario!	415
	díjole el viudo al otro, sonriéndose a lo falso: «compadre, mirad que os trae bulas aquel comisario.»	
	Donaire fue peligroso, porque respondió el casado: «También las trae de difuntos y podemos ir entrambos.»	420
DON DIEGO	En más alegre ocasión escuchara más despacio tus donaires. -¡Oh mujer, en cuyo pecho formaron mi muerte delitos tuyos! Sígueme, Castaño.	425
CASTAÑO	Vamos; pero dime adónde.	
DON DIEGO	A casa. [652]	430
CASTAÑO	Pues si en ella está tu daño, no la veas.	
DON DIEGO	No es la muerte para los ojos humanos más feroz; mas, como suele	

de noche en desiertos campos	435
aparecerse una sombra,	
causando amarillo espanto	
a quien turbado la mira,	
que en medio de los helados	
temores aun no se atreve,	440
huyendo, a mover el paso,	
y el mismo temor le infunde	
valor tan desesperado,	
que a la imagen a quien teme	
le da mortales abrazos,	445
de la misma suerte yo,	
mirando en sombras mi agravio,	
cuando cobarde la temo,	
medrosamente la aguardo;	
y para verle mejor,	450
hasta morir en mis brazos ⁽¹³⁾ .	

(Vanse.)

Sala en casa de DON DIEGO.

Escena VI

DOÑA CLARA, DOÑA BEATRIZ; INÉS, **con recado de escribir.**

DOÑA CLARA	Tu severidad honrada	
	te ha de quitar el honor.	
	Ya es necio tanto valor,	
	si ves que estás infamada	455
	con tu esposo, y que los ojos	
	de la sospecha pasaron	
	a la codicia, y causaron	
	no merecidos enojos.	
	Y aunque tan sin culpa vives,	460
	puedes temer el rigor,	
	Beatriz, de un celoso honor,	
	porque airada, no recibes	
	el provechoso consejo	
	que te doy. Si en él estriba	465

	que yo más contenta viva, siendo tu honor el espejo donde don Diego se vea sin manchas ni oscuros cielos de tan conocidos celos,	470
	darásme ocasión que crea, si este bien negarme intentas, que por afrentarme a mí quieres infamarle así ⁽¹⁴⁾ .	
DOÑA BEATRIZ	Nuevos delitos aumentas con tu loco desatino. ¿Qué dices, loca mujer? pues ¿yo misma he de poner nuevo lazo en el camino donde tropezó mi esposo?	475 480
	pues ¿yo he de escribir papel a don Félix?	
DOÑA CLARA	¿Qué cruel estás! Si en el fin dichoso miras, echarás de ver lo que escribirle conviene.	485
DOÑA BEATRIZ	Dime qué disculpa tiene el delito que he de hacer. Dime tu intento furioso.	
DOÑA CLARA	Pues si tan terrible estás, Beatriz, no esperes jamás desengaño de tu esposo.	490

(Hace que se va.)

DOÑA BEATRIZ	Clara, espera, aguarda un poco, no dejes mi vida en calma ⁽¹⁵⁾ ; que tengo turbada el alma con las desdichas que toco.	495
DOÑA CLARA	¿No te dije que don Juan y don Pedro, nuestros tíos, con nuevos avisos míos ya prevenidos están para que en entrando en casa don Félix...?	500
DOÑA BEATRIZ	¿A qué ha de entrar?	

DOÑA CLARA	Tu papel le ha de llamar, pues si en tu fuego se abrasa claro está que ha de venir; y en entrando han de obligarle	505
	a ser mi esposo a matarle. Mira si importa escribir a don Félix de tu mano para que engañado venga, y mi honesto fin prevenga	510
	a tu medio injusto y vano un suceso venturoso; pues quedando yo casada vienes tú a quedar honrada, y sin sospecha tu esposo.	515
DOÑA BEATRIZ	¿Qué le tengo de escribir?	
DOÑA CLARA	Que venga a verte.	
DOÑA BEATRIZ	(Pónese a escribir.) ¡Hay tal mengua!	
	Ni la pluma ni la lengua se atreverán a fingir.	(Escribe.)
INÉS	(A DOÑA CLARA.) A creer tus dichas llego:	520
	si hoy viene, te has de casar. Y se vendrán a templar los enojos de don Diego.	
DOÑA CLARA	¡Mi señor viene!	
INÉS	¡Ay de mí!	
DOÑA CLARA		

(Coge DOÑA CLARA el papel que está escribiendo su hermana, y lo oculta, en la manga, a tiempo que sale DON DIEGO.)

Escena VII

DON DIEGO, CASTAÑO. -DICHAS.

DON DIEGO	Clara, espera.	
DOÑA CLARA	(Aparte.) ¡Hay tan cruel	525
	desdicha!	
DON DIEGO	Dame el papel.	

lo demás lo dejo a Dios, 555
 porque no habéis de creer vos
 mi verdad con tal sospecha.
 Don Félix me pretendió
 antes de ser vuestra esposa,
 y en vuestra ausencia penosa 560
 favores solicitó.
 En vuestra casa le halló
 vuestro cuidado; aquí os doy
 cuenta del riesgo en que estoy,
 y no disculpas prevengo; 565
 que para estos cargos tengo
 ser yo vuestra y ser quien soy.
 Y si la misma verdad,
 con ser desinteresada,
 no os deja el alma informada, 570
 no busquéis más claridad.
 Si en ella hay oscuridad,
 mal por mí podrá lucir,
 mal os podré persuadir
 a creerme y a abonarme, 575
 si soy la que por salvarme
 puede engañar y mentir.
 Lances apretados son
 los que habéis visto, es verdad,
 y que arguyen liviandad 580
 contra mi reputación;
 terrible es esta ocasión
 de escribir, sabiendo a quien;
 más falta que veáis también,
 y será prodigio igual, 585
 que una mujer principal
 no sea mujer de bien.

(Vase.)

DON DIEGO
DOÑA CLARA

Clara, escucha. [653]

(Aparte.)

¡Yo voy muerta⁽¹⁸⁾!

(Vase con INÉS.)

DON DIEGO	Dice Beatriz que no sabe, en una ocasión tan grave, lo que en su abono concierta. La verdad me abrió la puerta para terminar mi pasión: las satisfacciones son las que sin ellas he oído, porque la mayor ha sido no darme satisfacción.	590 595
-----------	--	--

(Vase con CASTAÑO.)

Calle.

Escena VIII

DON FÉLIX, de encamisada, con una máscara en la mano; GARCÍA.

DON FÉLIX	Dame el caballo, García; que ya mis venganzas miro cerca de la ejecución.	600
GARCÍA	A su misma puerta he visto a don Diego.	
DON FÉLIX	Por su calle pasa la máscara.	
GARCÍA	Fío de su valor que sabrá, aunque te guarden amigos, satisfacerte.	605
DON FÉLIX	¿No ves que ha de darme en el peligro seguro paso la industria para no ser conocido? Que demás de llevar todos cubierto el rostro, es arbitrio seguro mudar de puesto, por si acaso el ofendido me sigue; y volviendo a entrar entre los demás, me libro,	610 615

en confusión ordenada,
de presumir el delito.

(Vanse.)

Escena IX

CASTAÑO

Si mi amo no estuviera
lo que llamamos mohíno
yo avisara a mi señora, 620
para que los hierros fríos
de sus balcones honrara.

(Suenan atabalillos dentro.)

¡Qué bizarros, qué lucidos
vienen los máscaras todos!
Un portátil paraíso 625
es cada jinete: el sol
cambia reflejos y visos
en los brocados y telas;
huérfanos quedan los indios
de diamantes, porque todos, 630
con soberano artificio,
han hecho un mapa oriental
en plumas, bandas, vestidos.
¡Famosa cascabelada!
Ya van pasando: pajizos 635
los primeros, los segundos
de color de vino tinto,
los terceros de fraileSCO,
y los cuartos navarriscos.
De color de zanahoria 640
pasan gallardos los quintos
(diciendo: «No matarás»),
y los sextos de membrillo.
Por Dios, que perdí la cuenta,
porque uno, rompiendo el hilo, 645
por los demás atraviesa.
Cuchilladas hay y gritos;

¿qué puede ser?

Escena X

DON DIEGO, con la espada desnuda; luego, DON LOPE. -CASTAÑO.

DON DIEGO	¡Cielo airado, de mi deshonra testigo, dame la muerte, o permite que a quien afrentarme quiso conozca!	650
DON LOPE	(Sale.)	
	Amigo don Diego, decidme, por Dios, qué ha sido la causa de vuestro enojo.	
DON DIEGO	Que os lastiméis os suplico de mi afrenta: un bofetón, delante de mil testigos, me dio una máscara, y huyendo, buscó por seguro asilo la confusión de los otros, donde, como en laberinto, de mis ojos se ha librado. Ciego estoy, consejo os pido en un término tan breve; que los que mi afrenta han visto, la satisfacción esperan, piadosos como ofendidos. Aconsejadme, don Lope; que estoy perdiendo el sentido, del justo dolor.	655 660 665
DON LOPE	¿Tenéis dentro en Madrid enemigos de quien podáis recelaros?	670
DON DIEGO	De don Félix ya habéis visto la ocasión (¡rabiando estoy!) y no hay de qué esté ofendido para tan pública afrenta; que el mentís lo satisfizo sólo con sacar la espada.	675

DON LOPE	Que él no pudo ser os fío, pues me dijo que os sacara mañana al campo, y estimo su valor y su buen trato.	680
DON DIEGO	Dos hermanos, conocidos por honrados caballeros, hicieron un desafío conmigo antes de ausentarme; pero quedamos amigos, aunque salí con el pleito de una herencia. ¡En ciego abismo, con dudosas prevenciones camina mi honor perdido! Y si no me aconsejáis, daré mi pecho a los filos de esta espada.	685 690
DON LOPE	Lo que hiciera don Diego, en tan gran peligro del honor...	695
DON DIEGO	Decid, por Dios, pues sabéis que sólo estribo en el honor que sustento.	
DON LOPE	Advertid que aunque es de amigo el consejo, es de gentil. Sólo un tirano, Dionisio, os diera tan mal consejo; que en un cristiano es delito bárbaro; pero el honor, en los que la ley seguimos del mundo, me está diciendo que os aconseje lo mismo. Lo que hiciera si me viera sin honra, y a mi enemigo no pudiera conocer...	700 705 710
DON DIEGO	De vuestra obediencia hijo me llama el valor; decid.	
DON LOPE	Peligroso es el arbitrio, pero honroso. ¿No decís que vuestra deshonor ha visto muchas gente, por la mano de una máscara, y que el peligro	715

DOÑA CLARA
INÉS

Agora yo no la culpo. [654]
Yo sí.

Escena XII

DON DIEGO, **alborotado, con la daga en la mano.** -DICHAS.

DOÑA BEATRIZ	¡El cielo sea conmigo!	745
	Mirad que sin culpa muero.	
DON DIEGO	Yo me matara a mí mismo primero que te ofendiera, porque la verdad me ha dicho la seguridad del alma,	750
	que ha sido el mejor testigo. Yo, Beatriz, he muerto a un hombre; que en tan desdichado signo nacé para que te deje segunda vez.	

Escena XIII

DON LOPE, CASTAÑO. -DICHOS.

DON LOPE	¿En peligro tan urgente os detenéis, cuando vuestra suerte quiso libraros? -Dadle un caballo a don Diego.	755
----------	---	-----

(Dentro ruido.)

DOÑA CLARA	¿Qué ruido es este dentro de casa?	760
DON LOPE	Si a prenderos han venido, por vos me he de aventurar.	

Escena XIV

Las galeras de la honra
Agustín Moreto

Las galeras de la honra

Agustín Moreto



PERSONAJES

BORJA.
 UNA NIÑA.
 CUATRO FRUTERAS.
 UNA QUE HACE LA DONCELLA.
 DOS HOMBRES.

Sale BORJA.

BORJA	<p>Sepan vustedes, señores, que yo vengo despechada contra aquellos que, de honrados, sin gusto la vida pasan. Los que al pundonor atienden</p>	5
	<p>sin faltar jamás en nada, vengo yo a echar en galeras, porque paguen su ignorancia. Ante mí han de parecer</p>	10
	<p>y, su culpa averiguada, el rebenque de la honra les zurrará la badana. Vayan llegando, vayan, los que, de puntuales, reman y callan.</p>	
	<i>(Sale la primera dama.)</i>	
DAMA	<p>Vusted sepa que yo soy</p>	15
	<p>una mujer principal, y me tiene consumida mi mucha puntualidad. Mi marido pierde el juicio</p>	20
	<p>por una mujer vulgar; y yo, en lugar de arañalla, muy atada al qué dirán, la suelo traer a casa, porque no canta muy mal, y la aplaudo y la festejo,</p>	25
	<p>y anda luego sin parar el chocolate de espuma, hasta que no quiere más.</p>	
BORJA	<p>Mire, es una mentecata; haga esto y descansará:</p>	30
	<i>(Canta.)</i>	
	<p>Echála en el chocolate</p>	

	que me llevase a almorzar.	
BORJA	Pues no salgáis.	
HOMBRE 1	No es posible, y es fuerza el ir a San Blas a reñir, por ascusarme mañana del qué dirán.	75
	(<i>Cantando.</i>)	
BORJA	Ése es un gran disparate; no haga, por su vida, tal, que, si le vierten la olla, no es buena fiesta San Blas.	80
	U aprenda deste buen hombre, que a reñir citado está, mas, si a campaña le llevan, hace bien en apelar.	
	(<i>Sale un hombre.</i>)	
HOMBRE 2	¿Porque al otro se le antoje, yo he de salirme a matar, teniendo yo casa propia, hecha a mi comodidad, con gallinas y palomas y puerco colgado ya?	85
	¡No lo quiera Dios del cielo! ¡Esperaos! ¿Adónde vais?	90
BORJA	¿Qué es dónde voy? ¡Eso es bueno!	
HOMBRE 2	Volando voy a avisar a un alcalde que nos prenda antes de llegar allá.	95
BORJA	¡Deteneos!	
HOMBRE 2	Es imposible.	
BORJA	Mira que os condenarán.	
HOMBRE 2	Mucho peor es reñir, que, si se llega a ajustar, veinte ducados de pena es menos que un funeral.	100
	(<i>Éntrase el hombre.</i>)	
BORJA	Haced esto.	
HOMBRE 1	Aunque supiera que me habían de matar, he de salir a reñir.	105
BORJA	Pues ya que sin gusto vais, [<i>Cantando.</i>] ¡Forzado de la honra, a remar, a remar!	

[TODOS]	[¡Forzado de la honra, a remar, a remar!]	110
	<i>(Éntranle de la misma manera, y que sale la niña de Mejía.)</i>	
NIÑA	Yo soy una doncellita y soy mujer principal y me muero por casarme, si he de decir la verdad.	
	Pues mis padres y mis deudos, entre ellos, todos allá, dicen: «Juanica ha de ser monja», y haciéndome van el ajuar; y esto lo afirman con modo tan eficaz,	115
	que a mí propia me hacen creer que aquella es mi voluntad.	120
BORJA	¿Pues tiene más que casarse y hablalles con claridad y decir: «Casarme quiero»?	125
NIÑA	¡Jesús, quién ha dicho tal! ¿Yo había de cometer tan horrible liviandad?	
	<i>(Cantando.)</i>	
BORJA	Pues haga lo que esta hija deste indiano haciendo está, que con tres a un mismo tiempo se quiere agora casar.	130
	<i>(Sale un mujer repartiendo cédulas.)</i>	
DONCELLA	Señor don Juan, en virtud desta cédula podrá sacarme por el vicario.	135
	¡Vaya aprisa! ¿Hay tal tardar?	
HOMBRE 3	Voy a gozar desta gloria.	
	<i>(Vase.)</i>	
HOMBRE 4	¡Hoy mi amor he de lograr!	
DONCELLA	Y vos, don Pedro, también esta cédula tomad	140
	y id a sacar los recados.	
HOMBRE 4	¡Gran dicha!	
	<i>(Vase.)</i>	
DONCELLA	No os detengáis. Y vos, señor don Luís, hacedme depositar, en virtud desta que os doy.	145
	¡Id aprisa! ¿Qué os paráis?	

HOMBRE 5	¡Voy volando!	
	[<i>Vase.</i>]	
BORJA	¡No os tardéis, que hay gran prisa al cecial!	
DONCELLA	El primero que viniere de los tres me llevará; y para después de novia, a los dos los dejo en sal.	150
	(<i>Vase.</i>)	
BORJA	Haced lo que hace esta moza.	
NIÑA	¡ <i>Vade retro</i> , Satanás!	
	Pues ¿la obediencia a mis padres y el miedo reverencial?	155
BORJA	En fin, ¿no queréis casaros, sin gusto?	
NIÑA	No hay que hablar.	
BORJA	Pues ya que sois tan bobilla y os preciáis de puntual,	160
	[<i>Cantando.</i>]	
	¡Forzada de la honra, a remar, a remar!	
TODOS	¡Forzada de la honra, a remar, a remar!	
	(<i>Al entrar la NIÑA, salen todos cantando.</i>)	
MUJER [1]	¡Ah, señor alcalde, escuche! Todos cuantos aquí están darán la vida por no perder su puntualidad.	165
BORJA	Ya sé que es gente obstinada y de vida aporreada, y pues no está escarmentada ni al rebenque ni a la sogá, ¡ay que boga, canalla, boga, ay que boga, canalla, boga!	170
MUJER 1	Yo a mi esposo he de sufrir.	175
HOMBRE 1	Y yo al campo he de salir.	
NIÑA	Y yo a ser monja he de ir, aunque la toca me ahoga.	
	(<i>Cantado.</i>)	
BORJA	¡Ay que boga, canalla, boga, ay que boga, canalla, boga!	

Las travesuras de Pantoja

Agustín Moreto

PERSONAS

PANTOJA.
DON DIEGO DE GAMBOA.
EL DUQUE DE ARCOS.
DON LOPE, *viejo*.
DOÑA JUANA.
DOÑA ÁNGELA.
LEONOR, *criada*.
GUIJARRO, *criado*.
ARJONA, *rufián*.
UN PASTOR, *viejo*.
UN ALGUACIL.
UN ESCRIBANO.
CORCHETES.
GENTE.
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla y en sus cercanías.



Jornada primera

Sala es casa del duque de Arcos.

Escena I

DON LOPE, EL DUQUE DE ARCOS, ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE Vuestros aumentos, don Lope,
 como propios los estimo.

DON LOPE Como soy hechura vuestra,
 a daros cuenta he venido
 cómo trato de casar,
 por dar a mi edad alivio,
 A mi hija doña Juana.

DUQUE ¿Quién, don Lope, os la ha pedido?

DON LOPE Un don Diego de Gamboa
 caballero noble y rico.

DUQUE Paréceme bien.
DON LOPE También,
como a mi dueño, os suplico
veáis este memorial. (*Dásele*)
De don Alonso, mi hijo,
por si merece la plaza
de capitán, que ha pedido.
DUQUE Yo lo veré con cuidado,
porque siempre lo he tenido
de vuestras cosas, don Lope.
DON LOPE Sois duque de Arcos invicto
y gran Ponce de León;
y así, tenéis por oficio
honrar a vuestros criados.
(*El Duque se dirige hacia la puerta.*)
VOCES (*Dentro.*)
¡Plaza, plaza!
DUQUE Quien ha sido
grande por naturaleza,
siempre fue honor de los siglos.
(*Vanse.*)
Sala en casa de Pantoja.

Escena II

GUIJARRO; LEONOR, *con manto.*

LEONOR La purísima verdad
te cuento, por vida mía.
GUIJARRO Pues cuéntasela a tu tía,
pasará por necesidad.
¿Tú dices que está tu ama,
Leonor, con grande pesar
porque la quiere casar
su padre, contra su fama,
con don Diego, y que mi amo
quedará, sobre conciencia,
a la luna de Valencia,
y te vienes al reclamo
de los celos, muy ufana,
a decirlo a mi señor?
Pues ten por cierto, Leonor,
que saldrás por la ventana;

porque Pantoja, mi dueño,
como sabes, es un hombre
del demonio, y tiene nombre
de medio Luzbel pequeño.
Y no le dijera yo
eso que me dices tú
por la plata del Perú.

LEONOR ¡Lindo mandria! ¿por qué no?
Yo traigo cierto papel
que te escribe doña Juana.

GUIJARRO Hablarás para mañana.
Si lo traes, dígalo él.
(Da Leonor un papel de Guijarro.)

LEONOR También a mí me han tratado,
Guijarro, otro casamiento.

GUIJARRO Siempre estimaré tu aumento.
¿Es de don Diego el criado?

LEONOR El mismísimo; mas yo
sólo a mi Guijarro quiero,
y con él casarme espero.

GUIJARRO En tu frente ¿por qué no?
¿Yo casarme? ¿Estás en ti?

LEONOR Pues ¿note vendrá muy ancho?

GUIJARRO Pues por eso no me ensancho;
no es lo ancho para mí.
Déjate de esos ensanches,
que tu Guijarro es manchego;
y aunque su sayo es gallego,
no es justo que se lo manches.

LEONOR Pues di, pícaro, bribón,
¿Por qué casarte no quieres?

GUIJARRO Porque todas las mujeres
tenéis mal de corazón.

LEONOR No se entiende eso conmigo,
porque soy doncella honrada.

GUIJARRO Si fueras como mi espada,
que no la ha entrado enemigo,
fuera gran merced de Dios.

LEONOR Después de las once mil,
no hay doncella mas gentil.

GUIJARRO Eso veremos los dos

cuando yo pierda el juicio,
 y me casare, Leonor,
 contigo a medio favor.
 LEONOR Parece que hablas de vicio.
 Pues ¡por vida de mi madre!...
 GUIJARRO Era una santa mujer.
 LEONOR Que te tengo de poner...
 GUIJARRO Como ella puso a tu padre.
 LEONOR En la espina de la zarza.
 GUIJARRO Si es parrilla, yo lo creo.
 LEONOR ¿Te remontas, don Poleo?
 GUIJARRO No remonto, doña Garza.
 LEONOR Quédate para quien eres.
 Quédome para quien soy.
 LEONOR Yo me voy para quien voy.
 GUIJARRO Véte para quien quisieres.
 LEONOR En mi vida te he de hablar.
 GUIJARRO En mi vida te hablaré.
 LEONOR Con el tiempo te pondré...
 GUIJARRO De suerte que pueda arar.
 LEONOR No; sino que digas tú....
 GUIJARRO Que soy manso por demás.
 LEONOR Quédate con Barrabás.
 GUIJARRO Pues vete con Belcebú.

(Vase Leonor.)

Escena III

PANTOJA. - GUIJARRO.

PANTOJA Guijarro, ¿con quién hablabas?
 ¿Qué mujer salió de aquí?
 GUIJARRO Este responde por mí; *(Dale el papel.)*
 que, como ocupado estabas
 con tus amigos, no quise
 ir a ser embajador.
 PANTOJA ¿Trajo este papel Leonor?
 GUIJARRO Que doña Juana te aviso
 cosas de gusto quisiera.
 PANTOJA Novedad debe de haber.
 El papel quiero leer.
 GUIJARRO Yo me volveré allá fuera.
 PANTOJA *(Lee)* «Dueño mío, mi padre quiere

»casarme con don Diego. Tengo por
»acertado me pidas a mi padre por esposa,
»para que yo pueda declararme.
»Esto consiste en la brevedad; y de la
»respuesta me harás partícipe esta noche
»por la reja. El cielo te guarde
»-Doña Juana.»

Di, bergante, ¿no pudieras
llamarme cuando Leonor
trajo este papel?

GUIJARRO

Señor,
no hagamos las burlas veras.
Sin levantar testimonio
a esta pícara, venía
tan de prisa, que traía
una vuelta del demonio.

PANTOJA

Algo la dijiste tú;
ya te conozco, bribón.

GUIJARRO

En dándote un apretón,
te aguardará Bercebú.

PANTOJA

No me digas tú quién eres;
que ya sé tu natural.

GUIJARRO

¡Que siempre me venga mal
por semejantes mujeres!
Pero dejando locuras,
¿Quién es aqueste don Diego?

PANTOJA

Todo soy un vivo fuego.

GUIJARRO

¿Nos hemos quedado a oscuras?
¿Quién es este novio huero?

PANTOJA

Es el diablo, que te lleve.

GUIJARRO

(*Aparte.* Si dijeras «que me lleve»,
se quedaba el diablo entero.)
¿Que habemos de hacer, Señor?

PANTOJA

Darle dos mil estocadas,
o matarle a puñaladas.

GUIJARRO

Todas tienen un valor;
mas si tomas mi consejo...

PANTOJA

Será como tuyo. Di.

GUIJARRO

Yo me fuera desde aquí
y se la pidiera al viejo;
Que pues dice doña Juana

PANTOJA que la pidas por esposa,
será diligencia honrosa.
El valor todo lo allana.
Yo iré; pero si me niega
lo que promete a don Diego...

GUIJARRO Sacarla de casa luego;
y pues el amor os ciega,
ir a que dé testimonio
el cura de lo de Dios,
y luego cerrar los dos
con el santo matrimonio.

PANTOJA Tu consejo he de tomar.
GUIJARRO Valgo para consejero
un Potosí de dinero.
¿En qué me lo has de pagar?

PANTOJA En diez palos de contado,
librados en la alameda.

GUIJARRO Guarda, Señor, tu moneda;
que no estoy necesitado.

PANTOJA Ven conmigo; que si salgo
con aqueste casamiento,
te prometo mas de ciento.

GUIJARRO Ese tesoro a tu galgo.
(*Vanse.*)

Sala en casa de don Lope.

Escena IV

DOÑA JUANA, LEONOR.

DOÑA JUANA ¿No pudieras, di, Leonor,
aguardar a que viniera,
para que el papel leyera?

LEONOR A don Lope, mi señor,
temí, y el papel dejé,
como te he dicho, al criado.

DOÑA JUANA Sabe Dios cómo he quedado
después que mi padre fue
con don Diego, mi enemigo;
que mi enemigo ha de ser,
pues me procura ofender.

LEONOR De tu padre es tan amigo,
que se puede recelar

DONA JUANA

un marido a letra vista.
En vano el alma conquista
quien no la puede agradar.
Sólo Pantoja ha de ser,
Leonor, mi esposo en el mundo.

LEONOR

Tu amor en tu dicha fundo.

DOÑA JUANA

Todo lo vence el querer.

LEONOR

Hay algunos pretendientes
(verbi gracia, como el tal
Don Diego) que por su mal
traen su amor entre los dientes.
Todo es mascar matrimonios
a la vista de su dama;
y aunque les diga la fama
verdaderos testimonios,
como les den a comer,
bien guisada o mal guisada,
la novia, no dicen nada,
porque les huele a mujer.
Ángela, tu prima, viene;
disimulemos, Señora.

Escena V

DOÑA ÁNGELA.-*Dichas.*

DOÑA ÁNGELA

Don Diego y tu padre entraros
en el escritorio ahora.

DOÑA JUANA

Ya vienen mis enemigos
a atormentar mi memoria.

DOÑA ÁNGELA

¿Puédote dar parabién?

DOÑA JUANA

¿De qué, prima?

DOÑA ÁNGELA

De que gozas
en víspera de tratado
el disanto de ser novia.
Tu padre, según me han dicho,
con don Diego de Gamboa,
ese noble caballero
que te pide por esposa,
quiere confirmar las paces.
(*Aparte.* Si la fortuna piadosa
esta dicha me concede,
me casaré con Pantoja.)

DOÑA JUANA

¿Qué dices, prima? qué dices?

Primero la sacra antorcha,
blasón de los once velos,
será pavesa redonda
en los sepulcros del mundo;
y primero esa garzota,
plateada rayo a rayo,
será del Olimpo sombra;
y primero esos discordes
elementos, que blasonan
de príncipes soberanos,
abrasarán la concordia,
que yo sea, Ángela mía,
de quien tú dices esposa.

Ya sabes, la lo habrás visto,
ya lo he dicho, ya te consta
que adoro, que estimo y quiere
a don Pedro de Pantoja.

Y primero que del alma
la joya salga, o su copla;
primero que el menor rayo
del amor con que le adora
el corazón, se deshaga
cual relámpago que aborta
golfos de luz, y en un punto
se desvanece su aurora,
serán flores las estrellas,
y aquesos campos de Flora
iluminarán los cielos
por las once claraboyas.

Poco importa que mi padre,
contra mi gusto y mi honra
(que en ella me toca, pues
de la violencia se adorna),
le dé palabra a don Diego
de que yo seré su esposa;
que para fuerzas humanas
tengo un alma valerosa,
que sabrá resistir cuantas
al corazón se le opongan
desdichas, muertes, fracasos,

desventuras y deshonras.
¿Qué importa, di, que le ciegue
el mayorazgo que goza
don Diego, si tengo yo
dentro del alma una joya
que oscurece cuantas luces
tiene el sur, Zeilán arroja,
vierte el sol y la mar guarda
en cristalinas alcobas?
Esos necios parabienes
los pudieras dar a otra
que tuviera menos brío,
menos valor, menos obras,
menos alientos y menos
palabras, que son las propias
murallas del corazón
y castillo de la honra,
dile a mi padre y al mundo
cómo yo adoro a Pantoja;
que cuando quiera por fuerza
oscurecer mi memoria,
derribar este edificio,
desvanecer esta aurora,
sepultar esta constancia,
con violencia escandalosa,
que hay muerte para los tristes
y que su hija lo apoya.
Como amante y como quien
ya del vivir se despoja,
para morir en el fuego
como simple mariposa
que a los rayos de la luz
da parsismos de gloria,
pues vive de lo que muere,
si muere de lo que adora.

(Vase con Leonor.)

Escena VI

DONA ÁNGELA

Amar, viendo adorar otro sugeto
al dueño propio que idolatro y quiero,
es animar el daño de que muero,

es halagar la muerte y el objeto.

Adorar con espíritu imperfeto
la luz que va siguiendo este lucero,
es tema, sí, del basilisco fiero,
que oprime con la vista mi conceto.

Si muero sin remedio en el que pudo
darme la vida y me trocó la suerte,
¿Por qué, indiscreta, a mi valor no acudo?

Pero si amor me dio pena tan fuerte,
sufrir es fuerza este delirio agudo,
pues todo es vida hasta llegar la muerte.

(Vase.)

Escena VII

DON LOPE, DON DIEGO, LIAÑO, LEONOR.

DON DIEGO Mi persona, hacienda y vida
a vuestros pies os ofrezco,
pues tanta dicha merezco.

DON LOPE La nobleza conocida,
de vuestra casa, don Diego,
será blasón de la mía;
y pues ha llegado el día,
esfera de mi sosiego...
Leonor, dile a doña Juana
que la llamo.

LEONOR *(Aparte.)*

 ¡Oh letra vista,
quien te pusiera en la lista
de la estafeta mañana!

(Vase.)

Escena VIII

DON LOPE, DON DIEGO, LIAÑO; *luego*, LEONOR.

DON LOPE Esta noche la hablaré
para hacer las escrituras.

DON DIEGO Serán mis dichas seguras
con tanta firmeza y fe.

LEONOR *(Sale.)*

Un don Pedro de Pantoja,
si le concedes licencia,
dice que te quiere hablar.

DON LOPE
En esta ocasión pudieras
decir que no estoy en casa.
Dile que entre.

Escena IX

PANTOJA, GUIJARRO.-Dichos.

PANTOJA
No quisiera
que mi visita os cansara.

DON DIEGO
Si es secreto, iréme fuera.

PANTOJA
Antes me habéis de servir,
por vuestra mucha nobleza,
de padrino con don Lope.

DON DIEGO
En cuanto serviros pueda
podéis disponer de mí.

PANTOJA
Señor don Lope, la fuerza
o la obligación de honrado
es en mí segunda estrella.
Yo soy don Pedro Pantoja;
dejo aparte aquella deuda
de la sangre, pues la gozo
por mi antigua descendencia,
como lo dice la fama.
No poseo alguna renta,
pero tengo un alma noble,
que fue la mayor riqueza
que heredé de mis pasados.
Tomar estado quisiera
por domar la juventud
de mi espíritu, que llega,
por mi condición altiva,
a ser su naturaleza,
si no aborto de la luz,
escándalo de la tierra.
Por esta causa, Señor,
conociendo la nobleza
de vuestra casa, os suplico
(sin retórica elocuencia)
que me otorguéis por esposa
a la singular belleza
de doña Juana, si puede
mi calidad merecerla.

Perdonad mi atrevimiento;
que, como dejé las letras,
y me precio de soldado,
os hablo desta manera.

DON LOPE Señor don Pedro Pantoja,
a mucha dicha tuviera
que me hubierais dado porte...

LEONOR *(Aparte.)*
Aquí fue Troya de veras.

DON LOPE De tan singular merced
antes de ahora, que fuera
para mí de mucho gusto;
pero...

LEONOR *(Aparte.)*
El diablo que le muerda.

DON LOPE El señor don Diego y yo
hablamos en la materia
diversas veces, y quiso
el que todo lo gobierna
que yo le diese mi hija
por mujer, y solo resta
el hacer las escrituras
para que su esposa sea.

PANTOJA Como vos, don Diego, es llano
que estáis enseñado a ser
caballero mercader,
queréis ganar por la mano.
Esta joya que yo espero
de don Lope, vive Dios,
que no es joya para vos,
aunque deis el mundo entero;
que, como vuestros pasados
labraron piedras errantes,
entendéis que los diamantes
se ablandan con los ducados.
Las joyas, para comprarlas
conforme son vuestras prendas,
allá en las públicas tiendas
os pertenece buscarlas.
Mujer de venta os falte,
pues vuestro oficio la apoya;

DON DIEGO que no merece esta joya
que vuestra sangre la esmalte.
Que la poca cortesía
hable con ese descoco
no me espanto, porque un loco
es necio de fantasía;
No me podéis ofender
con oprobrio ni deshonra,
porque siempre habla sin honra
quien no tiene qué perder.
No agravia vuestro conceto
a mi nacimiento honrado,
porque un villano enojado
a nadie guardó respeto.
Y esta joya, a quien ofrezco
en sacrificio la vida,
aunque es joya tan lucida,
mejor que vos la merezco.
PANTOJA Mientes, y diga la espada
quién eres.

(Riñen los dos.)

DON LOPE ¿Este desaire
en mi casa, caballeros?

DON DIEGO Hombres como yo no nacen
con menos obligaciones.

PANTOJA Pues defiéndete, cobarde.

GUIJARRO Defiéndase, seor don Diego.

(Mete Pantoja cuchilladas a don Diego, don Lope los sigue, y vase Leonor)

Escena X

GUIJARRO y LIAÑO

LIAÑO Ea pues, la espada saque,
señor Guijarro.

GUIJARRO Tenga usted;
que yo no pretendo a nadie
por esposa, ni la quiero.

LIAÑO Saque la espada al instante.

GUIJARRO Iré a la posada; espere,
que se me olvidó la llave,
para mañana. Oiga, digo,
¿entiende? sin que me falte

Y con la paz en la boca,
por una y por otra parte,
se fueron por su camino
(sin el rastro de la sangre,
pues no derramaron gota)
por el ojo de la calle.
DOÑA ANGELA Bien excusados tuvieras,
doña Juana, estos desaires,
dando que decir al vulgo
y que sentir a tu padre. (*Vase.*)

Escena XIII

DOÑA JUANA, LEONOR.

LEONOR Esta prima lleva mosca,
«o la picó el alacrane.»
DOÑA JUANA Leonor, la noche se viene,
y Pantoja, como sabes,
vendrá sin duda a la reja.
¿Qué haremos?

LEONOR Empanillarles
la vista al viejo y la prima;
y cuando el gallo cantare:
«Media noche era por filo,
maitines daban los frailes.»

DOÑA JUANA Y ¿esta prima?

LEONOR No es tercera;
mas ella caerá en el lance
«Cuando doña Berenguela
salga de en cas de su padre,
la hora que solicitan
las alcahuetas de Flandes.»
(*Vanse.*)

Escena XIV

PANTOJA y GUIJARRO, *de noche.*

PANTOJA ¡Oscura noche, Guijarro!
GUIJARRO Si no me hago las narices
contra estos negros tapices,
sobre el que llevo catarro,
será milagro de Dios.

PANTOJA ¿Sabes tú por dónde vamos?

y tan terrible estocada,
y un tajo que le tiré,
que, a no hallarse de por medio
catorce vigas de palo,
de medio abajo le calo,
y muere de medio a medio.
Mas desafiado va,
como lo dirá la calle
para el celebrado valle.

¿De dónde?

PANTOJA

De Josafat.

GUIJARRO

Esta es la casa, y sospecho...

PANTOJA

Que a palos me han de matar.

GUIJARRO

En la ventana han de estar.

PANTOJA

A la muerte voy derecho.

GUIJARRO

Llega con voz disfrazada,
como sueles llegar tú.

PANTOJA

GUIJARRO

La voz tengo de Esaú.

PANTOJA

Gallina, todo te enfada;
pues, vive Dios, si me enojo...

GUIJARRO

Quedo; que broqueles siento,
carabinas y bombardas,
Y vienen más de doscientos.

PANTOJA

Azotes en tus espaldas.
Y estuviera muy bien hecho.

GUIJARRO

De partido los tomara
por no verme en este puesto.

PANTOJA

Guijarro, guarda la calle
que ruido en la reja siento,
y si acaso viene gente,
Llámame.

GUIJARRO

Llámote luego.

¿Yo guardar calle? En mi vida
guardé más de mi aposento.

PANTOJA

¿Deseas tú que a patadas
te quite esta noche el miedo?

GUIJARRO

No, Señor, ni lo imagino.

PANTOJA

Pues ojo alerta, y callemos.

GUIJARRO

Callemos, si llevas gusto.
Hable, en tanto que yo observo,
la calle, que está hablando

la locura de tu empeño.
No doy por mi vida un cuarto.

Escena XV

DOÑA JUANA Y LEONOR, *a la reja. Dichos.*

DOÑA JUANA ¿Es Pantoja?
PANTOJA Dulce dueño,
 yo soy aquel que idolatro
 la deidad de vuestro cielo,
 divino albergue del sol
 y esfera de los luceros.
DOÑA JUANA El disgusto que tuvisteis
 con mi padre y con don Diego
 me tiene fuera de mí.
PANTOJA Fue lance forzoso, y siento
 haberos dado pesar.
DOÑA JUANA Pues ¿qué remedio daremos
 para estorbar a mi padre
 este loco casamiento?
PANTOJA Veniros, mi bien, conmigo
 una noche es el remedio
 más fácil y más seguro.
GUIJARRO ¿Señor, Señor?
PANTOJA ¿Qué tenemos?
GUIJARRO Cosa de cien embozados;
 pero están un poco lejos.
PANTOJA Guarda la calle, borracho;
 que un hombre solo no veo.
GUIJARRO Solo no, porque son muchos.
LEONOR ¿Es Guijarro?
GUIJARRO Es el infierno.
 No puedo hablarte, Leonor;
 que estoy hecho un estafermo
 en esta maldita calle.
LEONOR Estarás como un tudesco.
GUIJARRO Pregúntaselo a mis calzas.
LEONOR ¿Hay ámbar gris?
GUIJARRO Poco menos.
DOÑA JUANA Lo que te digo será.

Escena XVI

que yo no quito las almas
de donde Dios las ha puesto.
ARJONA Muerto soy.
(Cae, y se entran los demás, persiguiéndolos Pantoja.)

Escena XVIII

GUIJARRO, ARJONA, *muerto*.
GUIJARRO Oyes, Señor:
No me dejes con un muerto.
¿Linternillas a estas horas?
Que me quemén, esto es hecho,
si no fuere la justicia;
doyme mil veces por preso.
Pero válgame la industria:
con el difunto me tiendo;
que, según estoy, sin duda
pasaré plazo de serlo.
(Tiéndese boca abajo junto al difunto.)

Escena XIX

UN ALGUACIL, UN ESCRIBANO, *corchetes.-Dichos*.
ALGUACIL Caballeros son sin duda;
seguidlos. Pero ¿qué veo?
Dos quedaron en la calle.
ESCRIBANO *(Examinando al muerto.)*
Este está pasado el pecho.
ALGUACIL Ninguno aquí se detenga,
adelante, presto, presto;
cojamos los agresores,
que al instante volveremos
a llevar estos difuntos.
(Vase con el escribano y los corchetes.)

Escena XX

GUIJARRO, ARJONA, *muerto*.
GUIJARRO *(Levantándose.)*
¿Fuéronse? Sí, ya se fueron;
resucitemos, Guijarro,
y aunque sea contra el miedo,
limpiemos este difunto
de cuanto tiene en el cuerpo.

(Mírale las faldriqueras, quítale espada, capa y sombrero.)

Seco está de faldriqueras;
capa y espada llevemos,
antes que vengan volando
los forzosos herederos.

(Vase.)

Escena XXI

PANTOJA. - ARJONA, *muerto*.

PANTOJA

Escapáronse por pies.
¡Ah Guijarro! ¡Lindo cuero!
Iríase a la posada.
A quien di muerte busquemos;
que, pues riñó como honrado,
será bien que un monasterio
le dé luego sepultura.
Ya di con él; déte el cielo
la gloria, Dios te perdone.

(Carga con el difunto.)

Llegó mi espada primero;
con esta piedad te pago
el agravio que te he hecho.

Jornada segunda

Sale en casa de Pantoja.

Escena I

PANTOJA, GUIJARRO.

GUIJARRO

¡Pobre Guijarro! Por Dios,
que, aunque de la China fueras,
este agravio no sufrieras;
entendámonos los dos.
Dejame en tan breve punto
de justicia rodeado,
paso plaza de finado,
y carrera de difunto,
y ¿te quejas de que vine
a las cuatro a la posada?

PANTOJA

Tú no sacaste la espada.

GUIJARRO ¿Varitas? Malo, y remalo.
PANTOJA ¿Es la justicia?
GUIJARRO La misma.
PANTOJA ¿Cuántos son?
GUIJARRO Yo he visto cuatro,
y cosa de seis corchetes.
PANTOJA Pues saber morir honrados,
o morir en una horca.
GUIJARRO ¿En la horca? ¡Guarda, Pablo!
Defiéndete tú, que yo
soy un montón de guijarros.
¿Estás armado?
PANTOJA Sí estoy;
Y ¿tú?
GUIJARRO No te dé cuidado,
que he de ser Martín Peláez,
si tú el buen Cid castellano.

Escena II

UN ALGUACIL, UN ESCRIBANO, *corchetes.*-*Dichos.*

ALGUACIL ¿Sois vos don Pedro Pantoja?
PANTOJA Yo soy.
ALGUACIL Y ¿vos su criado?
GUIJARRO *Ego sum.*
ALGUACIL Vos en latín,
y vos en romance, vamos
a la cárcel.
PANTOJA Vos y vos
es lenguaje cortesano.
Suplico a vuestras mercedes
reparen que soy soldado,
y que no pueden prenderme.
GUIJARRO Ni a mí, porque soy Guijarro,
y de todo mi linaje
sargento mayor y cabo.
ALGUACIL Eso alegraréis después;
que la orden que yo traigo
es ponerlos en la cárcel.
PANTOJA Sois ministro muy honrado.
Yo a la justicia venero
como a brazo soberano;

pero no podéis prenderme,
 por soldado y por hidalgo.
 ALGUACIL Las espadas les quitad.
 PANTOJA Tercera vez...
 GUIJARRO Y yo cuatro.
 PANTOJA Os suplico que dejéis
 de seguir lo comenzado,
 porque me he de defender.
 GUIJARRO Y yo ¿mondaré guijarros?
 (*Aparte. ¿De qué tiemblas, corazón?*)
 ¿No ves que dice tu amo:
 «O morir en una horca,
 o saber morir honrados»?
 ALGUACIL Matadlos, si se defienden.
 PANTOJA Escriba, seor secretario,
 con los rasgos desta pluma,
 que son muy gentiles rasgos.
 GUIJARRO Y los míos ¿son buñuelos?
 ALGUACIL Date a prisión.
 GUIJARRO Dése el diablo.
 (*Sacan las espadas y riñen. Pantoja y Guijarro acosan a los ministros, y los meten
 dentro a cuchilladas.*)
 UNA VOZ (*Dentro.*)
 Espérete Bercebú.
 No son hombres, que son rayos.

Escena III

PANTOJA y GUIJARRO, *que vuelve por la misma puerta.*

PANTOJA Has andado como un César.
 GUIJARRO Hasta la calle rodaron;
 déjame salir, que voy
 a matar esos borrachos.
 PANTOJA Cerrado nos han la puerta.
 UNA VOZ (*Dentro.*)
 Cercad la casa.
 GUIJARRO Esto es malo;
 ¿qué haremos, Señor?
 PANTOJA Morir.
 GUIJARRO Saltemos por los tejados
 en casa de algún vecino.
 PANTOJA Detente; si no me engaño,

fineza, gala y valor.
Si don Diego es tan señor,
tan rico y tan principal
no es Pantoja desigual
en la sangre, antes le excede;
y si no es tan rico, puede
con el tiempo ser su igual.
Casarme contra mi gusto
ni es cordura ni prudencia
que semejante violencia
siempre ha parado en disgusto.
Obedecer es muy justo
a mi padre, pero no
cuando la elección se erró,
que un casamiento forzado
lleva el honor arriesgado,
y soy muy honrada yo.

DOÑA ÁNGELA

Tu bien fundada esperanza
bien la sé, que no la ignoro;
pero tu noble decoro
no le pongas en balanza.
Don Diego es noble, y alcanza
de renta tres mil ducados;
tiene deudos muy honrados,
es muy tuyo y muy fiel.

DOÑA JUANA

Pues cástate tú con él,
y quedaremos pagados.

DOÑA ÁNGELA

Yo no trato de casarme
con quien no me tiene amor.

DOÑA JUANA

Pues si sabes mi dolor,
no trates de aconsejarme.

DOÑA ÁNGELA

Bien pudieras escucharme,
pues con tu sangre nací.

DOÑA JUANA

Yo no escucho contra mí.

DOÑA ÁNGELA

Las palabras son espejos
donde lucen los consejos.

DOÑA JUANA

Pues tómalos para ti.

DOÑA ÁNGELA

Si tú tuvieras cordura
(Perdona mi justa queja),
no estuvieras en la reja
mirando una desventura:

Pantoja (¡ciega locura!)
Anoche a un hombre mató.
DOÑA JUANA Que don Diego se le huyó,
tenlo tú por cosa cierta.
DOÑA ÁNGELA Señal que estabas despierta
cuando el caso sucedió.
DOÑA JUANA No estragues la cortesía;
que no es justo entre las dos.

Escena V

LEONOR; GUIJARRO, *de buhonero gabacho, con una caja. - Dichas.*

LEONOR Entra, gabacho.
DOÑA JUANA ¿Quién es?
GUIJARRO Juan fransué, Señora, soy.
¿Quien compra puntas, encajos,
hilo de Flándros, culor,
alfilerres, arracados,
cintillus di risplandor?
DOÑA JUANA *(Aparte. A Leonor.)*
Leonor, ¿no es este Guijarro?
LEONOR Señora, el mismo es, por Dios.
DOÑA JUANA Yo he menester unas puntas,
Juan francés.
GUIJARRO Lis traigu yo.
¿Han de ser de Flándros?
DOÑA JUANA Sí.
DOÑA ÁNGELA ¿No fuera mucho mejor
que fuéramos a una tienda?
DOÑA JUANA Este francés gasta humor,
y yo gusto de comprarle.
DOÑA ÁNGELA Buena venta le dé Dios.
Voyme; que estás enojada,
y no has tenido razón.
(Vase.)

Escena VI

GUIJARRO, DOÑA JUANA, LEONOR.

DOÑA JUANA Guijarro, ¿qué enigma es ésta?
GUIJARRO Ponte a la puerta, Leonor.
DOÑA JUANA ¿Qué hay de nuevo?
GUIJARRO Mucho mal.

DOÑA JUANA ¿Pantoja?...

GUIJARRO Un hombre mató.

DOÑA JUANA ¿Prendieronle?

GUIJARRO Lo procuran.

DOÑA JUANA ¿Se ausentó?

GUIJARRO No se ausentó.

DOÑA JUANA ¿Está herido?

GUIJARRO No está herido.

DOÑA JUANA ¿Dónde queda?

GUIJARRO En San Antón.

DOÑA JUANA ¿Escríbeme?

GUIJARRO No te escribe.

DOÑA JUANA ¿Olvidóme?

GUIJARRO ¿Qué sé yo?

DOÑA JUANA Pues no me mates, acaba,
dime lo que sucedió.

GUIJARRO Dígote lo sucedido,
con decir que a mi señor
y a mí nos vino a prender
de corchetes un millón,
de alguaciles mil y uno,
de escribanos mil y dos.
Hubo doble resistencia,
peleé como un león,
y mi amo como un tigre;
y con heroico valor
quedó libre de justicia
la casa a fuerza de hurgón.
Salimos por una cava,
que fue milagro de Dios,
en casa de un veinticuatro;
y por eso vengo yo
a decirte que esta noche,
sin ninguna dilación,
nos salimos de Sevilla,
porque me ha dicho un doctor,
grande amigo de mi amo,
que un alguacil y un soplón
me andan de noche buscando,
con intento de que yo
confiese culpas ajenas,

para vender a pregón
mis espaldas al verdugo,
por suela de *la menor*.
Quédate a Dios; que nos vamos
huyendo de aquella voz
que articula, «quien tal hace»;
porque no me siento, no,
con ánimo de jugar
a los cientos, ni yo soy
hombre de pique y repique,
sin capote y jubón.
Lo que te encarga mi amo,
es que mires por sus honor;
y yo a Leonor, que se guarde
de caer en tentación.
Con esto, adiós, que me mudo
deste lugar donde estoy,
adonde el diablo quisiere;
que un amo que Dios me dio
es encarnado demonio
deste mundo pecador,
pues con esta muertecilla
que anoche a tu puerta echó,
son catorce, y serán treinta,
si no lo remedia Dios.
¿Quién compra puntas y encajos?
(*Se dirige hacia la puerta.*)

Escena VII

DON LOPE, *que le sale al encuentro.*-Dichos.

DON LOPE
GUIJARRO
DON LOPE
GUIJARRO

Amigo, esperad; ¿quién sois?
Juan fransué, ¿no me conoce?
¿Qué vendéis?
Vendo culor,
hilo, alfilerris, rosarius,
peinis de corno, jibon,
estoraco menjoín,
puntas de Flándor, olor,
azabacho...

DON LOPE

Bueno está.
¿Vendisteis?

GUIJARRO

Nada, por Dios.
¿Quién compra puntas y encajos?
(*Repítese el juego anterior.*)

Escena VIII

DON DIEGO.-*Dichos.*

DON DIEGO

Amigo, ¿de dónde sois?

GUIJARRO

Señor, soy de Picardiu.

DON LOPE

¿No me diréis qué nación?

GUIJARRO

Soy fransué.

DON DIEGO

¿Vos sois francés?

GUIJARRO

Hui, Monsiur. (*Aparte.* Perdido soy.)

DON DIEGO

(*Aparte.*)

¿No es este Guijarro, cielos?

GUIJARRO

¿Quiere vusté, mi señor,
algunos peines de corno?

DON DIEGO

¿Vos sois francés? Como yo.

GUIJARRO

¿Si soy fransué? Hui, Monsiur.

(*Aparte.* Conocióme el picarón;
grande cantidad de leña
he de sacar.) ¿Qué mi vol?
¿Quí diabli ti porta, bugre,
coquin? Señor español,
Juan fransué só, ¿quí mi quierrí?
¿So acaso alcum latron?
Viva Cristus que te matu.
¿Quien compra puntas, olor,
hilo, alfilerres, encajos?

(*Vase.*)

LEONOR

(*Aparte.*)

Lindamente se escapó.

DON DIEGO

Perdonad, yo vengo luego;

que me lleva la pasión.

De mis celos a saber

si Pantoja se ausentó.

(*Vase.*)

DON LOPE

Leonor, salte allá fuera.

LEONOR

(*Aparte.*)

Sermón tenemos.

(*Vase.*)

Escena IX

DON LOPE, DOÑA JUANA.

DON LOPE

(*Aparte.* El dolor quisiera
me matara. Pues no vive mi honra,
hoy muera mi deshonra;
que la acción más lúcida
es, por tener honor, perder la vida.
Llevémosla por bien, que la prudencia
es hija del valor y la paciencia.)
Hija, diversas veces he tratado
el que tomes estado
conforme a tu nobleza; cuerda eres,
y las nobles mujeres
que quieren más su gusto que su honra
halagan su deshonra.
Dícenme que esta noche dio la muerte
Pantoja (¡triste suerte!)
A un hidalgo vecino de don Diego,
y que tú por la reja (¡yo estoy ciego!)
El estrago miraste,
y aun dicen que le hablaste
a Pantoja; yo dudo esta bajeza,
conociendo tu honor y tu nobleza.
Don Diego es hombre rico y es honrado,
el vulgo está del caso alborotado,
mi honor padece mucho detrimento,
tu fama poco aumento;
y así, te notifico desde luego
que ha de ser tu marido.

DOÑA JUANA

¿Quién?

DON LOPE

Don Diego.

DOÑA JUANA

Después de muerta puedes desposarme;
que viva no es posible condenarme
a vivir con un hombre que aborrezco,
y ese castigo no te le aborrezco.

DON LOPE

Brevemente (¡ay honor!) has respondido;
pero, pues dices que don Diego ha sido
en tu amor desgraciado,
declárese conmigo tu cuidado.
¿Quieres que hable a Pantoja, un hombre loco,
soldado, fanfarrón, tenido en poco,

hombre que sin respeto
trató mi casa, bárbaro en efeto,
pobre, libre, alentado,
por una y otra muerte desterrado?
Vuelve en ti, no te ciegue tu deseo.
DOÑA JUANA Que Pantoja es tan pobre ya lo veo;
pero en sangre, valor y cortesía,
es comparar la noche con el día.
DON LOPE ¿Quiéresle por esposo? háblame claro.
DOÑA JUANA Tú eres, Señor, mi amparo;
yo le tengo afición.
DON LOPE Pues yo no gusto;
Mira si solicito tu disgusto.
Y pues te has declarado,
dentro de un mes has de tomar estado.
DOÑA JUANA Con don Diego en mi vida; antes la muerte
DON LOPE pues goza, doña Juana, mejor suerte.
Una de dos repara:
o don Diego, o meterse en Santa clara.
DOÑA JUANA Acepto lo segundo.
DON LOPE Si lo consigues, triunfarás del mundo.
(*Vase.*)

Escena X

LEONOR. - DOÑA JUANA.

LEONOR Parece que va tu padre,
y tú lo quedas también,
con disgusto; ¿qué hay de nuevo?
DOÑA JUANA Dime, Leonor, ¿qué ha de haber,
sino morir y penar
solo porque quiero bien?
LEONOR ¿Quiere casarte tu padre
con don Diego? ¿Hubo desdén;
Hubo aquello de «yo gusto
de que te cases con él»?
¿Hay plazo, término o día
para que lo mires bien?
¿Hubo su poco de «acaba,
o mataré, cruel»;
Y aquello de «tú me quieres
deshonrar a la vejez»?

DOÑA JUANA

Dime, ¿qué dijo tu padre?
Dijo, Leonor, que me den
la muerte mis pensamientos;
pues todos fueron ayer
maravillas del amor,
y hoy efímeras se ven.
Dijo que don Diego fuese
de mi garganta cordel,
de mis gustos enemigo,
de mis acciones juez,
parca de mis tiernos años,
devanada de una vez
en el ovillo tirano
de la guadaña cruel.
Dijo, en fin, que me reduzca,
Leonor, a ser su mujer;
que es lo mismo que ahogarme
con aquel lazo infiel
que decretó el matrimonio,
cuando forzado se ve.
Dijo que fuese mi amante
emancipado también
del corazón, mas no supo
que está tan constante en él,
que primero su volante
dará el último vaivén,
que salga de entre las alas
adonde le quieren bien.
Pero ¿por qué me detengo
en referirte que fue
lo que me dijo mi padre
un mudo cometa, que
pronostica en lo futuro
que no ha de parar en bien
el horror que le apadrina,
relámpago, que al romper
la pequeña luz, despide
todo el rayo de una vez?
Lluevan los cielos las desdichas,
que yo la misma he de ser,
en adorar a mi amante,

aunque del sacro dosel
rayos me arrojen sus luces,
y sus centellas me den,
en renglones de diamantes,
desventuras al nacer.
Pues aunque más me apasionen,
si bajaran de tropel,
les rechazara las penas
con solo quererlas bien;
que cuando llega una dama
a idolatrar y querer,
de la desdicha hace gala,
de la muerte parabién,
garzota de la fortuna,
y penacho de la fe.

(Vanse.)

Monte .- Noche tempestuosa.

Escena XI

PANTOJA; GUIJARRO, *con unas alforjas.*

GUIJARRO

Señor, que me despeño deste monte.
¿Soy acaso Faetonte?

PANTOJA

Pues, bergantón, borracho...

GUIJARRO

Hay poco vino.

PANTOJA

Si has errado tres veces el camino,
¿de qué te quejas?

GUIJARRO

De mi triste suerte
pues esta noche me dará la muerte;
que me hielo, Señor.

PANTOJA

No vi en mi vida
noche tan desabrida:
el norte ruje y la montaña cruje.

GUIJARRO

Pues deja que la bola me repuje.
¿No era mejor la cárcel?

PANTOJA

Vive el cielo,
que deste olimpo te despeñe al suelo.
Pues ¿pierdes el camino,
agotando de vino
la bota, y te lamentas?

GUIJARRO

¿Piensas que estos peñascos fueron ventas?

PANTOJA

Pues en ellos podrás tener amparo.

GUIJARRO Linda casa de campo y de reparo.
 PANTOJA El viento crece, y tan helado gira,
 que en cada soplo a Guadarrama tira;
 las estrellas, de hielo centellean,
 y en carámbanos mismos se pasean;
 la selva se estremece;
 cuna es ya la montaña, pues se mece
 este fiero Moncayo
 a los arrullos que despide el rayo,
 no de fuego, de nieve,
 pues la Noruega de cristal se bebe;
 quedándose el olimpo sin segundo
 por cristalino alcázar deste mundo.

GUIJARRO ¿El monte pintas, y la noche alabas,
 cuando se hielan hasta las aldabas
 del tenebroso abismo?

PANTOJA Si te murieres, quéjate a ti mismo;
 entre estas rocas buscaré posada.

GUIJARRO Y en ella darás fin a tu jornada,
 porque están ocupadas de leones,
 tigres, serpientes, onzas y dragones.

PANTOJA ¿Qué dragones, borracho?

GUIJARRO Si lo fuera,
 El hielo no sintiera.
 Oh san Martín, oh Ribadavia, oh Coca,
 ¿adónde estáis?

PANTOJA En esta altiva roca
 nos podremos entrar, si te parece.
 Pero una luz se ofrece
 a la vista, no lejos deste monte.
 Sobre esta peña ponte,
 y mira si me engaño; ¿con quién hablo?

GUIJARRO Si la veo, Señor, me lleve el diablo.

PANTOJA ¿No la ves por allí?

GUIJARRO Será el deseo:
 Satanás me arrebate, si tal veo.

PANTOJA Por aquí la verás; que ya no llueve.

GUIJARRO Si la diviso, Satanás me lleve.
 Da por aquí de verla testimonio.

GUIJARRO Si la trasluzgo, trágueme el demonio.

PANTOJA El infierno te trague todo junto.

(Dale un golpe, y échale a rodar.)

GUIJARRO Jesús, yo soy difunto;
llámame un confesor.

PANTOJA Maldito seas,
pues ¿no tienes dos ojos con que veas?
Un ciego la verá.

GUIJARRO Confesión pido.

PANTOJA ¿Vesla agora?

GUIJARRO De verla me despido.

PANTOJA Levántate, y verás la luz febea.

GUIJARRO El puto de su abuelo que la vea.

PANTOJA Pastores son sin duda.
Hola, ¿ah buen hombre?

GUIJARRO El diablo que te acuda.

PANTOJA ¡Amigo, hola!

Escena XII

UN PASTOR. - *Dichos.*

PASTOR (*Dentro.*)
¿Quién es?

GUIJARRO Ya respondieron.

PASTOR (*Al salir.*)
¿Quién me llama?

PANTOJA Dos hombres que perdieron
Esta noche el camino.

GUIJARRO ¿Traes un trago de vino,
tabernero de ovejas y de cabras?

PANTOJA Basta, menos palabras
amigo, al penetrar esa espesura,
entre la noche oscura,
perdimos la vereda;
¿habrá quién darnos pueda
albergue en este monte?

PASTOR En mal paraje
buscáis el hospedaje.
Yo guardo cuatro ovejas, mi cabaña
es toda la montaña.
Al lugar más vecino,
fuera de ser incierto este camino,
hay más de cuatro leguas. Mi consejo,
como de anciano y viejo,

es que os vais a un palacio maltratado,
que está al pie dese cerro levantado,
y en él no habita gente ha muchos años;
repararéis los daños
de la pesada noche, helada y fría,
hasta que venga el día.
Leña tiene esa cumbre;
luz os daré para encender la lumbre,
pan y un poco de vino,
con que podáis pasar vuestro camino.
Guíanos, padre honrado.
Guíanos, ángel deste despoblado.
Seguid esa vereda poco a poco,
en tanto que yo toco
mi albergue, y salgo al paso
con la luz.

PANTOJA
GUIJARRO
PASTOR

(Hace que se va, y vuela.)

PANTOJA
GUIJARRO

Está bien.

No es esto acaso;
éste es ángel sin duda.

PASTOR

Ansí aquí dicen,
si bien se contradicen,
los que en él han estado:
que este palacio es algo alborotado
con visiones de noche. Todo enredo,
que las visiones las fabrica el miedo.
Unos dicen que son almas en penas,
otros, que son visiones con cadenas,
y otros, con mentirosos testimonios.
Dicen que andan a palos los demonios.

(Vase.)

Escena XIII

PANTOJA, GUIJARRO.

PANTOJA

Traed la luz; que en tales ocasiones
son falsas las visiones.

GUIJARRO

«Unos dicen que son almas en penas,
otros, que son visiones con cadenas,
y otros, con mentirosos testimonios.
Dicen que andan a palos los demonios.»
Que me lleven a mi luego

del tribunal de Luzbel
los endiablados ministros.
PANTOJA ¿Qué ministros? Di, borracho,
¿aun vive el miedo contigo?
¿Qué importa que en esta casa
habite el infierno mismo?
Todo lo vence el valor.
GUIJARRO Nadie valor ha tenido
con gente de los infiernos.
PANTOJA Cuanto el pastor nos ha dicho
son patrañas y embelecos.
GUIJARRO Por profeta le confirmo.
(Pone la mesa.)
Ya tienes puesta la mesa.
PANTOJA Dejémonos de caprichos,
y cenemos.
(Siéntanse a cenar.)
GUIJARRO Dices bien;
cenemos, que es desvarío
pensar que hemos de reñir
con gente del otro siglo.
PANTOJA Si no nos depara Dios
el pastor, en estos riscos
nos perdemos esta noche.
GUIJARRO Señor, a lo que imagino.
Fue el ángel de nuestra guarda.
PANTOJA ¡Qué bueno está el jamoncillo!
¿No beberemos?
(Toma la bota.)
GUIJARRO La bota
servirá de taza al vino.
(Bebe Pantoja.)
PANTOJA No es muy malo, bebe tú.
GUIJARRO ¿Es blanco o es aloquillo?
PANTOJA Aloque.
GUIJARRO ¿Aloque? Bebamos.
(Al tiempo de beber Guijarro, dice dentro Arjona.)
ARJONA ¿Pantoja?
GUIJARRO ¡San Jesucristo,
San Atanasio, San Judas
y San Simón sean conmigo!

ARJONA

(Acercas Pantoja una silla a la mesa.)

Pantoja, el Señor divino
tiene los brazos abiertos
para perdonar delitos.

Yo soy Antonio de Arjona,
a quien tú, por justos juicios
de Dios, riñendo una noche
como hidalgo bien nacido,
diste la muerte; volviendo,
como católico, al sitio
para darme sepultura.

Cuyo grato beneficio
te debo, y hoy te le pago
con perdonarte el delito,
pidiéndote, como noble,
que me concedas lo mismo,
pues iba a darte la muerte
por agradar a un amigo;
pecado horrible ante Dios;
pues no habiéndome ofendido,
iba a derramar tu sangre,
no siendo tú mi enemigo.

A esto vengo, y a avisarte
que salgas deste castillo
luego al punto, si no quieres
perder en su laberinto
la vida; porque es albergue
de más de cien foragidos,
que saltan en los montes
y roban en los caminos.

También, amigo, te ruego,
te amonesto y te suplico
que me alcances el perdón
de don Alonso Bonillo,
a quien agravié en la honra,
como bárbaro atrevido.

¿Dasme palabra de hacer,
Pantoja, lo que te he dicho?

Si la doy, y al cielo santo.

Pues quédate a Dios, amigo.

Véte en paz.

PANTOJA

ARJONA

PANTOJA

ARJONA

Queda con ella;
sal luego deste castillo,
y guárdate de un traidor
que te amenaza en el siglo.

(Vase.)

PANTOJA
GUIJARRO
PANTOJA
GUIJARRO

Guijarro, vamos de aquí.
Verdades son las que dijo.
Avisos del cielo son.
Pues si lo son, señor mío,
hagamos pleito homenaje
de meternos capuchinos.

Jornada tercera

Sala en casa de Pantoja.

Escena I

PANTOJA, GUIJARRO.

GUIJARRO

Mil parabienes te doy,
pues de la muerte de Arjona
está libre tu persona.

PANTOJA

Libre estás y libre estoy;
ya no tiene la justicia
jurisdicción sobre ti.

GUIJARRO

Hoy pienso yo que nací.

PANTOJA

El dinero y la codicia,
los amigos y el favor
nos han puesto en libertad.

GUIJARRO

Si va a decir la verdad,
el dinero es gran señor.

PANTOJA

Si él pone una vez la mano,
sanará cualquiera herida.

GUIJARRO

La mayor recibe vida
con el unto mejicano.
Pero dejando esta ciencia
que es hermosa como un oro,
¿qué hay de Angélica y Medoro?

PANTOJA

Escucha, y presta paciencia:
ya sabes que doña Juana
quiere venirse conmigo

esta noche.
 GUIJARRO Soy testigo
 que su voluntad es llana.
 PANTOJA Su padre, como es letrado,
 quiere que se case luego,
 como sabes, con don Diego.
 GUIJARRO Es parecer extremado.
 PANTOJA Yo no la puedo sacar
 de la presencia del viejo
 sin tu ayuda y tu consejo.
 GUIJARRO No te quiero aconsejar,
 guíate por tu capricho;
 que un consejo venial
 siempre me sale mortal.
 PANTOJA ¿No hay orden?
 GUIJARRO Lo dicho dicho.
 PANTOJA Pues vístete de estudiante;
 de un pleito le informarás,
 y a mí lugar me darás
 para sacarla.
 GUIJARRO Adelante.
 PANTOJA Es tan bueno este remedio,
 que no puede ser mejor.
 GUIJARRO Más fácil será, Señor,
 abrirme de medio a medio
 la cabeza.
 PANTOJA ¿Empiezas ya?
 ¡Qué riesgo puedes correr,
 si mi espada has de tener
 a tu lado?
 GUIJARRO Bueno va;
 mas ¿si al tiempo de informarle
 del pleito latino o griego,
 entrare el señor don Diego?
 PANTOJA Si entra don Diego, matarle.
 GUIJARRO ¿Aun quieres otro difunto?
 PANTOJA Si tú has de entrar disfrazado,
 ¿qué es lo que te da cuidado?
 GUIJARRO ¿Disfrazado? Ese es el punto.
 PANTOJA Los medios no son muy malos;
 que a un letrado vas a ver.

GUIJARRO

Él será de parecer
que me den doscientos palos.
Y en esto vendrá a parar
todo el pleito de tu amor,
y no me está bien, Señor,
desta suerte pleitear.
Pero, pues tú llevas gusto,
y es cosa tan importante,
voyme a vestir de estudiante.

PANTOJA

Si llevas algún disgusto,
No vayas.

GUIJARRO

Ten tú cuidado
de robar a doña Juana;
que Guijarro va por lana,
y volverá trasquilado.

(Vanse.)

Sala en casa de don Lope.

Escena II

DOÑA JUANA, LEONOR.

LEONOR

Si Paris te ha de robar,
sea, Señora, esta noche.
¿Ha de ser a pie o en coche?
Porque esto de cochear
una Elena en un troyano
edificio gruñidor,
es ir llevando el honor
rodando de mano en mano.

DOÑA JUANA

LEONOR

Pantoja ha de dar la traza.
Dificultosa ha de ser;
que este ángel de Lucifer,
como ves, nos embaraza.
Si esta prima se quebrara
por medio, fuera gran cosa.

DOÑA JUANA

LEONOR

Es, sobre necia, enfadosa.
¿Necia? en tu dicho repara.
¿Necedad llamas dormir
contigo una guarda eterna,
pues tu padre se gobierna
por ella?

DOÑA JUANA

Tú has de seguir

LEONOR como sombra, a esta mujer.
No la perderé de vista,
hasta acabar la conquista
de este troyano poder.
Mas digo, ¿he de ser robada
también del paladión
guijarrista, ese trotón
caballo?

DOÑA JUANA Leonor amada,
Pues ¿puédote yo dejar?

LEONOR Alto pues, robe este día
el Paris de picardía
la Elenilla de fregar.

Escena III

DON LOPE, DOÑA ÁNGELA. - *Dichos.*

DON LOPE A las diez vendrá don Diego
Para hacer las escrituras.

LEONOR *(Aparte.)*
Si no se quedan a oscuras.

DOÑA ÁNGELA Pues consiste tu sosiego
en dar estado a mi prima,
decreto de amor tan justo,
no irá, no, contra tu gusto,
pues como a padre te estima.

DOÑA JUANA Pues me toca obedecer,
hable el silencio por mí.

DON LOPE Siempre esperé yo de ti
tan honrado parecer.

LEONOR *(Aparte.)*
Como mi amo es letrado,
se muere por pareceres.

DON LOPE Cuando las nobles mujeres
alcanzan marido honrado,
noble, rico y principal...

LEONOR *(Aparte.)*
Tal le dé Dios la salud.

DON LOPE Es premio de su virtud.

LEONOR A un marido ciudareal
dos mil esposas le prenden:
Bartolo lo dice así,

DOÑA JUANA digo, Bártulo.
(*Aparte.* ¡Ay de mí!
Que hasta las sombras me ofenden.)
(*Aparte. a Leonor.*)
Vete a la puerta, Leonor;
que va anocheciendo ya.

LEONOR Dices bien, Paris vendrá
con el caballo traidor.
Voy a robar este pez,
pues me roban de contado;
pero quien tanto ha robado,
deje robarse una vez.
(*Vase.*)

Escena IV

DON LOPE, DOÑA ÁNGELA, DOÑA JUANA.

DON LOPE ¿Ningún pleiteante vino
A buscarme?

DOÑA ÁNGELA Vino Octavio
por su pleito, y vino Fabio.

DON LOPE Es sugeto peregrino.

DOÑA ÁNGELA Don Octavio se fue luego.

DON LOPE Si otro me viene a buscar,
será bien dejarle entrar,
hasta que venga don Diego.

Escena V

LEONOR. - *Dichos.*

LEONOR Don Antolín Garapiña,
hombre al parecer muy docto,
si para serlo se mira
a la gravedad del rostro,
quiere informarte de un pleito,
si le das licencia.

DON LOPE Solos
nos dejad. Entre, Leonor.
(*Vanse doña Ángela, doña Juana y Leonor.*)

Escena VI

GUIJARRO, *de estudiante*; PANTOJA, *de mozo*.-DON LOPE.

GUIJARRO ¿Cosme, Cosimillo; hola, mozo?

PANTOJA
GUIJARRO

¿Qué manda vuesamerced?
¿Qué mando? ¡terrible tonto!
Aguárdame en el zaguán.

(Retírase Pantoja.)

Señor mío, único Apolo
de la gran jurisprudencia,
oráculo misterioso
del laberinto de Baldo,
y de Bártulo un asombro,
déme mil veces las manos.

DON LOPE

Por suyo me reconozco.
Siéntese vuesamerced.

(Siéntanse, después de hacerse muchas cortesías.)

GUIJARRO

Señor, yo soy de Torozos
(Lugar que linda tres pasos
de la gran ciudad de Toro),
Don Antolín Garapiña,
nombre al uso, nombre propio.
Desciendo por línea recta
de los Antolines Godos,
grandísimos Garapiños
de los solares de Colcos.
Vengo a informarle de un pleito;
suplícole abra los ojos,
porque es de grande importancia.

DON LOPE
GUIJARRO

Con mucha atención le oigo.
Señor mío, yo casé
con doña Aldonza Piporro;
de trece años tuve en ella
a doña Anica Repollo,
hermosísima doncella,
según dijeron los novios.
Esta, señor Licenciado,
sin decir osto ni mosto,
se enamoró de un don Lucas
Valentín, hombre tan loco,
que me la sacó de casa
después del postigo roto.

DON LOPE

En eso paran las hijas
que tienen al padre en poco.

GUIJARRO

En eso paran, y paren

lo que engendran para otros.
Hay en aquesta ciudad
un don Atanasio Folio,
que tiene un hijo nombrado
don Quiterio Marco Antonio.
Este a voces dice que
probó primero el Repollo
que don Lucas; pero luego
un don Gilardo Modorro,
hombre de capa y espada,
se opone con otro al robo,
Diciendo que entró...

DON LOPE
GUIJARRO
DON LOPE

De espacio.

Iréme muy poco a poco.
Usted dice que don Lucas,
don Quiterio y el Modorro
Son los tres opositores
de este robado Repollo.
¿No es así?

GUIJARRO

Es y no es;

Iréme muy poco a poco.
Yo, Señor, quiero casarla
con un Alberto Redondo,
hijo del mismo Quiterio,
y primo hermano del otro.

DON LOPE

¿Cómo la puede casar,
si el padre se opone y todo?

GUIJARRO

Ese es el punto.

DON LOPE

De espacio.

GUIJARRO

Iréme muy poco a poco.

DON LOPE

El primero ¿se desiste?

GUIJARRO

¿Desistir? De ningún modo.

DON LOPE

El segundo ¿la pretende?

GUIJARRO

Pretendida está de todos.

DON LOPE

El tercero ¿qué declara?

GUIJARRO

Que la debe su negocio.

DON LOPE

Y ella ¿qué dice?

GUIJARRO

Que miente.

DON LOPE

¿A quién se inclina?

GUIJARRO

Al Redondo.

DON LOPE

¿Cómo, si se opone el padre?

GUIJARRO No es el padre; que es el otro.
 DON LOPE ¿Quién es el otro?
 GUIJARRO Es aquel
 que la sacó por estotro.
 DON LOPE No lo entiendo.
 GUIJARRO En eso estriba;
 Iréme muy poco a poco.
 DON LOPE ¿Quién gozó esta dama?
 GUIJARRO Lucas.
 DON LOPE ¿Casóse?
 GUIJARRO De ningún modo.
 DON LOPE ¿Pídele ella la palabra?
 GUIJARRO Quien la pide es el Modorro.
 DON LOPE Y su hija ¿gusta de ello?
 GUIJARRO Ya gustó del matrimonio.
 DON LOPE Desafortunadamente, ¿fue casada?
 GUIJARRO Fue casada por divorcio.
 DON LOPE Pues ¿con quién quiere casarse?
 GUIJARRO Con el hijo de Redondo.
 DON LOPE ¿Cómo, si la quiere el padre?
 GUIJARRO Que no es el padre; es el otro.
 DON LOPE ¿Quién es el otro? ¿Qué es esto?
 GUIJARRO Iréme muy poco a poco.
 DON LOPE Válgate el diablo por pleito;
 Sepamos quién es el novio.
 GUIJARRO El novio es Lucas.
 DON LOPE Si es Lucas,
 Ya le echa fuera el divorcio.
 GUIJARRO Dice bien, llévele el diablo.
 DON LOPE No le nombre.
 GUIJARRO No le nombro;
 Vamos ahora al Quiterio.
 DON LOPE Este gustó del Repollo;
 pues bien se puede casar.
 GUIJARRO Casará con los demonios:
 pero el Redondo lo impide.
 DON LOPE Es un incesto notorio,
 habiendo llegado el padre.
 GUIJARRO Que no es el padre; es el otro.
 DON LOPE ¿Quién es el otro? ¿Es el diablo?
 GUIJARRO Iréme muy poco a poco.

(Levántase Guijarro, y pónese delante de don Lope, como que le informa, para que puedan pasar doña Juana, Leonor y Pantoja.)

Mire usted, señor letrado,
un ciego verá este robo:
desta suerte me robaron
mi hija.

DON LOPE
GUIJARRO

Muy bien lo oigo.
esté atento por su vida.
(Agora es tiempo.) - Este mozo
es hijo de don Quiterio,
don Quiterio es el Modorro.
El Modorro es Atanasio,
Atanasio me hizo el robo.
De forma que aquél y éste,
mi hija, el uno y el otro...

DON LOPE
GUIJARRO

Quedo, quedo; que me mata.
Iréme muy poco a poco.

Escena VII

PANTOJA, DOÑA JUANA Y LEONOR, *que atraviesan el teatro de una parte a otra, y al salir se encuentran con DON DIEGO y LIAÑO.-Dichos.*

DON DIEGO

¿Quién es?

LEONOR

Señora, don Diego.

GUIJARRO

(Aparte.)

Perdimos el pleito todo.

DON DIEGO

¿Quién va, digo?

DON LOPE

¿Qué es aquesto?

GUIJARRO

Debe de ser otro robo.

DON LOPE

¿Esta deshonra en mi casa?

¿Fabio?

PANTOJA

Retírense todos,
o voto a Dios de matarlos.

DOÑA JUANA

Valedme, cielos piadosos.

PANTOJA

No temas; que de esta suerte
podemos poner en cobro
tu honor, tu vida y la mía.

(Sacan las espadas; Pantoja mata la luz y riñen.)

DON LOPE

¿Octavio, Alberto?

DOÑA JUANA

¡Qué asombro!

PANTOJA

Aunque llamaras al mundo,
será muy débil socorro
para mi brazo.

GUIJARRO.-*Dichos.*

GUIJARRO (*Dentro.*)
Abran aquí.

LEONOR Ya nos llueve
Guijarros.

(Sale Guijarro cojeando, y arroja el vestido de estudiante.)

PANTOJA ¿Qué hay, buen amigo?

GUIJARRO ¡Cuerpo de Cristo conmigo!
Hay, el diablo que me lleve.

PANTOJA ¿Por qué dentro te quedaste,
pudiéndome seguir? Di.

GUIJARRO Porque yo te sirvo a ti,
y porque tú me dejaste.

PANTOJA ¿Vienes herido?

LEONOR ¿Qué? No.

PANTOJA ¿Qué traes? Dime lo que fue.

GUIJARRO Traigo lo que yo me sé,
y lo que el diablo ordenó.

PANTOJA ¿Cómo entraste? Que te vi
como grulla en centinela.

GUIJARRO Entré, Señor, a la vela,
y a puro remo salí.

PANTOJA ¿Cómo vienes?

GUIJARRO ¿No lo ves?

LEONOR Parece que estás enfermo.

GUIJARRO Vengo duque de Palermo
de la cabeza a los pies.

LEONOR Así mi Guijarro viva,
¿El pleito fue a prueba, o qué?

GUIJARRO A prueba no, porque fue
paliza definitiva.

LEONOR Y por vida del amigo,
¿cuántos testigos juraron?

GUIJARRO Ciento y veinte me pegaron,
a palo cada testigo.

LEONOR Abogado singular
desa manera te hicieron.

GUIJARRO Con los palos que me dieron,
bien puedo, amiga, bogar.

LEONOR ¿Cómo te escapaste? Di:
¿Fue a una de potro?

GUIJARRO

¡Andallo!

A uña no de caballo,
a uña de palo sí.

LEONOR

¿Hubo concomio de lomos?
¿Hubo «por qué me maltratan»?
¿Hubo aquel «¡ay! que me matan»?
¿Hubo espadas? hubo pomos?
¿Hubo ruegos hacia el padre,
que te pescó sin anzuelo?

GUIJARRO

Hubo el ladrón de tu abuelo
y la puta de tu madre.

PANTOJA

Dejémonos de locuras,
dime lo que sucedió.

GUIJARRO

¿Qué he de decir? Vive Cristo,
que en Turquía no se usó
lo que tú usaste conmigo.

PANTOJA

¿Pude socorrerte yo?

GUIJARRO

Bien pudieras excusar
la siniestra información
del pleito de Garapiña,
cuyo parecer, Señor,
lo han pagada mis costillas;
que fue milagro de Dios
escaparme de las manos
de tanto infame sayón.
En efecto, yo les dije,
mas con miedo que valor,
que te pondría en sus manos
asiéronme entre los dos,
y al llegar a San Francisco,
a puñada y mojjicón,
pude, Señor, escaparme
de tan injusta prisión.
Pero el cuidado que traigo,
es que Julián de la Hoz,
el que vive en esta casa
(Que es un pícaro soplón,
aunque se da por tu amigo),
queda con ellos, Señor.

PANTOJA

¿Qué dices? Vendidos somos.

GUIJARRO

De este enemigo traidor

te dio aviso aquel difunto
que en el castillo te habló.
PANTOJA Dices bien.
DOÑA JUANA Mi bien, ¿qué haremos?
PANTOJA Tarde el aviso llegó;
que suben las escaleras.
DOÑA JUANA Perdidas somos, Leonor.
PANTOJA Guijarro, por el postigo
que tiene esta casa...
DOÑA JUANA ¡Ay Dios!
PANTOJA Saca estas damas al punto.
GUIJARRO Ese postigo, Señor,
sale a la casa del Duque.
PANTOJA No te detengas; que yo
los detendré, como a quien
le va la vida y honor.
GUIJARRO Pues en dejándolas, vuelvo
Armado, como un león,
para morir a tu lado.
PANTOJA Aquí aguardándote estoy.
(Vase Guijarro con doña Juana y Leonor.)

Escena XI

DON DIEGO, DON LOPE y gente, con espadas y broquetes. - PANTOJA.)

DON DIEGO Aquí tienes a Pantoja.
DON LOPE Caballeros, el honor
de nuestra casa consiste
en dar muerte a este traidor.
DON DIEGO Muera el infame.
PANTOJA Tú mientes;
que a personas como yo
se da muerte de esta forma.

(Sacan las espadas, riñen, va retirándose Pantoja, y todos le siguen.)

VOCES *(Dentro.)*
Seguidle, muera.

(Entran por una puerta y salen por otra.)

Habitación de la casa del Duque.

Escena XII

GUIJARRO, armado y riñendo al lado de su señor. - Dichos.

GUIJARRO Aquí estoy,

VOCES como un Bernardo, a tu lado.
(*Dentro.*)
Plaza al Duque, mi señor.
GUIJARRO el duque de Arcos es éste.

Escena XIII

EL DUQUE DE ARCOS, *Acompañamiento*, DOÑA JUANA, LEONOR. - *Dichos.*
DUQUE Como un César peleó.

¿Tantos contra un hombre solo?
Deteneos.

(*Envainan las espadas.*)

DON LOPE (*Aparte.*)

¡Qué rigor!

DUQUE ¿Quién sois?

PANTOJA Un criado vuestro,
que al rayo de tanto sol
vida recibe. Escuchadme,
Señor, y os diré quién soy.
Duque excelso, Duque invicto,
cuyos Arcos pudo Roma
tener r arcos triunfales
para blasón de sus glorias;
de los Ponces de León
cabeza ilustre, pues goza
de leones como vos
la católica corona:
don Pedro Pantoja soy,
cuya juventud briosa
centella de Marte ha sido,
disparada entre las otras,
por invencible cometa
de su esfera luminosa.
Nací en Medina del Campo,
de nobles padres; que gozan
de noble sangre los hijos
que libertades honoran,
escándalos solicitan
y atrocidades apoyan.
Estudié letras humanas;
pero, como el astro informa
de su poder al sugeto

que atrevidamente doma,
así me quitó el estudio
con violencia tan costosa,
que me dio por cada letra
una aguda y sutil hoja,
acicalada en el rayo
de su cristalina antorcha.
Obró en mí tan fuertemente
esta inclinación heroica,
que saliéndome una tarde
a la ribera famosa
del Betis, cuatro villanos,
llegándose a una carroza
a maltratar unas damas,
cogí los dos por la proa,
y arrojándolos al río,
fueron con el viento en popa
a visitar de Neptuno
las cristalinas alcobas;
y disparando el tercero
(¡Ah traidor!) una pistola,
después de pasarme un brazo,
con ser maestro de postas
y haberlas corrido bien,
le gané el arma traidora;
y metiéndole la bala
teñida en mi sangre propia,
hice que el alma corriese
al infierno por la posta.
Sobre jugar a la esgrima
con el bravo Juan de Lorca,
escándalo de valientes
y Prodigio de la hoja,
llovieron sobre la mía
siete centellas fogosas,
o siete rayos con alma;
yo, alentado de la honra,
chocando con todos cuantos
se opusieron a mis glorias,
a él y a don Juan de Osuna,
caudillo de aquella tropa,

sobre el papel de la calle
hice con su sangre propia
que a la muerte le rogasen
que escribiese esta vitoria.
Pero siguiéndome el bravo
Campuzano, tan a costa
de su vida, le metí
por el corazón la hoja,
y clavándole en un pino,
entendió la gente toda,
o que era San Sebastián
con la flecha rigurosa,
o que la Santa Hermandad
le puso para memoria
en el atrevido pecho
la saeta por garzota.
Quise bien a cierta dama,
y cogiéndome a deshora,
por el dicho de un soplón,
con ella toda la ronda,
sacando este rayo vivo
de la esfera poderosa,
de la casa de mi dueño
eché la justicia toda;
y porque iba el escribano
dando testimonio en forma,
hice que le fuera a dar
a Dios de sus malas obras;
y conociendo al soplón,
le di una estocada sorda,
con que te sopló la muerte,
entre mortales congojas,
el alma por las espaldas,
por no salir por la boca.
Entre cuatro bandoleros,
una legua de Carmona,
me quisieron despojar;
díles de gracia mi ropa;
pero al pedirme la espada,
cerré con ellos de forma,
que fui ladrón de dos vidas,

y fuera, Señor, de todas,
si el tercero no pidiera
perdón de su vida ociosa;
lo mismo hiciera del cuarto,
pero fue su fe tan poca,
que se burló del tercero
con palabras vergonzosas,
y por ser el mal ladrón,
no tuve misericordia.
Con el sargento mayor,
don Fernando de la Roca,
me embarqué para Levante,
y en la ginovesa costa,
con un turco que venía
de la gran Constantinopla,
en nuestro mismo bajel,
en la cámara de popa,
maltrató a un amigo mío,
y en la arábiga discordia
quise arrojarle a la mar;
pero acudiendo en persona
el piloto a socorrerle,
que era un inglés Barbaroja,
grande amigo de Calvino,
conociéndolo en la prosa,
los así tan fuertemente
con estas manos heroicas,
que los arrojé diez pasos
al ímpetu de las olas;
y en ellas hereje y perro
dieron las almas penosas,
con poco temor de Dios,
a Calvino y a Mahoma,
con fray Pedro de Bonilla,
de la orden religiosa
del seráfico Francisco,
persona en extremo docta,
me hallé en la baja Alemania;
y llegándose una tropa
de luteranos al padre,
con palabras licenciosas

burlaron de su doctrina;
llegué a tiempo que las dogmas
luteranas levantaron
sus manos facinerosas
contra el padre; y yo, cogiendo
en mis hombros su persona,
y en esta mano la espada,
por las suyas alevosas
me entré, rompiendo a estocadas
luteranas banderolas,
y fue el destrozo tan suyo,
y tan nuestra la vitoria,
que él pred cando la fe,
yo defendiéndola toda;
el con la santa palabra,
y yo con la santa obra,
convertimos y matamos
más de cuarenta personas,
separándolos tan bien,
que fueron por buena forma
al infierno los difuntos,
y los vivos a la gloria.
Por no cansarte, Señor,
dejo hazañas prodigiosas
que ha ejecutado mi brazo
solo diré que la honra
acreditó mis hazañas
en las provincias remotas.
Y por domar con el yugo
del matrimonio esta loca
vanidad que las estrellas
infundieron generosas
en mi corazón valiente,
a don Lope de Mendoza,
que está presente, pedí
que me diese por esposa
a su hija doña Juana
negómela, y prometióla,
por ser más rico, Señor,
a don Diego de Gamboa;
pero, como amor ha sido

quien gobierna esta redonda
fabrica del universo,
a doña Juana, mi esposa,
saqué esta noche de casa.
Pero apenas con honrosa
diligencia hice sagrado
una morada traidora
de un infame amigo, cuando
entró don Lope a deshora
con sus parientes y amigos
a darme muerte afrentosa.
Opúseme a todos ellos,
y acosado de las tropas
que me seguían, tu casa
por divino puerto toman
mis no vencidos alientos,
y a tus plantas generosas
se arrojan, como a león
de la invencible corona
del católico Filipo.

Y en esas manos heroicas
pongo, gran Señor, mi vida,
pidiéndote que dispongas
desta espada y deste brazo,
siendo entre tanta discordia
el iris de la grandeza,
el anal de esta memoria,
el sol de aquesta tiniebla,
el amparo de mi honra,
y el gran Ponce de León,
coluna de España toda.

GUIJARRO

¿Vuecelencia oyó a mi amo?
Pues escuche mis vitorias:
yo soy el mayor Guijarro...

PANTOJA

¿Estás loco?

GUIJARRO

¡Linda sorna!
¿Quieres contar tus hazañas,
y a mí que me papen moscas?

DUQUE

Señor don Lope, no hay vida
comparada con la honra.
Si doña Juana ha querido

a don Pedro de Pantoja,
Y se ha venido con él
de vuestra casa, ¿qué gloria
alcanzaréis en casarla
con don Diego de Gamboa?
No dividáis este lazo,
pues tanto al honor importa.
Si vuecelencia lo manda,
¿quién podrá decir en contra?
Esta es mi mano.

DON LOPE

PANTOJA

DOÑA JUANA

DON DIEGO

DUQUE

PANTOJA

GUIJARRO

LEONOR

PANTOJA

Y la mía.
Pues a doña Juana goza
Pantoja, señor don Lope,
sea doña Ángela mi esposa.
Pues en fe de mi palabra
(Que es obligación forzosa),
Don Diego y don Pedro sean
amigos, pues no les toca
este empeño en el honor.
Con mí voluntad responde
la obediencia.
Ea, Leonor,
Pues hay paces, arda Troya.
Encaja la mano.
Encajo.
Y a la verdadera historia
de los hechos eminentes
del estudiante Pantoja
demos fin; y a la segunda
parte, que será famosa,
apela el poeta, siendo
para serviros sus obras.

Lo que puede la aprehensión

Agustín Moreto

PERSONAS:

FENISA.

LAURA.

FEDERICO ESFORCIA.

EL DUQUE DE MILÁN.

LA DUQUESA DE PARMA.

CARLOS.

CAMILO, criado.

COLMILLO, *criado, gracioso*.

SILVIA, *criada*.

UN CAPITÁN.

DAMAS.

CRIADOS.

La escena es en Milán y sus inmediaciones.

Jornada primera

Jardín en el palacio del Duque.

ESCENA I

FENISA, LAURA; *aquella con una vihuela en la mano.*

FENISA. Toma, Laura, ese instrumento;
que el intentar divertirme
sólo sirve de afligirme;
mejor me está mi tormento:
que cuando de un mal cruel
defiende un pecho la ofensa,
mal lograda la defensa,
atormentan ella y él.

LAURA. Fenisa, señora mía,
¿qué pesar puedes temer,
que te llegue a entristecer
con tan pesada porfía?

¿Para tan grande rigor,
no dispensa en tu beldad
ni el estado ni la edad?

FENISA. No hay edad para el amor,
porque la voluntad es
la potencia que primero
usa el hombre, y más entero
usa el discurso después.
Y como haya en tierna edad
voluntad, esta pasión,
cuando es poca la razón,
lleva más la voluntad.

LAURA. Si es del Duque ese cuidado,
¿por qué nunca esta afición
pasó en ti de inclinación?

FENISA. ¡Ay afecto mal logrado!

LAURA. Pues, Señora, ¿tú conmigo
recatas ese rigor?

FENISA. Quiero tanto a mi dolor,
que no le parto contigo.

LAURA. Pues si de tus gustos antes
parte me dabas igual,
¿por qué la niegas del mal?

FENISA. Eso tienen los amantes,
y es una cosa bien rara
en que he hecho ponderación;
pues en cualquiera ocasión,
si tu atención lo repara,
verás que cuenta más bien
el que está herido de amor
la ventura y el favor
que la pena y el desdén;
y de acción tan desigual
buscar la causa he querido,
y en mi propia he conocido
que es efecto natural.
El favor, la suerte buena
ensanchan el corazón,
y con esta inflamación
de gusto el pecho se llena.
El que se halla satisfecho

de aquel bien que amor le aplica,
el gusto que comunica
es lo que sobra del pecho.
Y al contrario, una aflicción,
un dolor que el pecho inquieta,
tanto le oprime y le aprieta,
que se encoge el corazón,
viniéndole a restringir.
Por grande que sea un pesar,
deja en el alma lugar
a otro que pueda venir;
que esta interior galería
del alma, con sus lugares,
no la ocupan mil pesares,
y la llena una alegría.
Ésta es la causa en quien ama
de que uno guarde, otro arroje;
que el pesar él se recoge,
y el contento él se derrama.

LAURA.

Pues si le quieres vencer
publica luego su llama;
que lo que no se derrama
es lo que tú has de verter.

FENISA.

¿Tendrás secreto?

LAURA.

¡Ay de mí!

¿Tal está el crédito mío?

FENISA.

De tu silencio lo fío.

LAURA.

Acaba pues.

FENISA.

Oye.

LAURA.

Di.

FENISA.

Muriendo Francisco Esforcia,
Duque de Milán, su hijo
dejó en tutela a su hermano,
que es hoy mi padre y su tío.
Gobernando sus acciones
siempre mi padre ha vivido
en su palacio, y de suerte,
que el Duque nunca me ha visto;
porque como me crió
de una aldea en el retiro,
cuando me trajo a Milán,

que él me viese nunca quiso.
Fue siempre muy obediente
a su gobierno mi primo
mientras sus años no dieron
posesión a su albedrío;
pero entrando ya en la edad
de los juveniles bríos,
fue su elección desmintiendo
las obediencias de niño.
Conoció mi padre en él
un tan violento capricho
de genio voluntarioso,
que se arrastra de sí mismo.
(Que hay hombres que usan tan mal
de lo libre de su arbitrio,
que parece que en sus obras
fuerza, y no inclina, el destino.)
Para excusar su prudencia
los daños deste peligro.
tratar, por darle sosiego,
de su casamiento quiso;
que una de muchas virtudes
del matrimonio divino,
es que él sólo poner pudo
en las juventudes juicio.
Yo, sin ser vista del Duque,
le he visto en los ejercicios
de caballero, de donde
mi inclinación ha nacido.
Una de las gracias mías
es mi voz, en quien yo libro
de las fatigas del ocio
tal vez el descanso mío;
que en el ocio hay diferencia,
si es buscado o si es preciso:
que si es preciso, es trabajo;
y si es buscado, es alivio.
Cantando pues en las rejas
de aqueste jardín florido
varias veces, una de ellas
me escuchó acaso mi primo.

Arrebatóle mi acento
tanto, que desde allí vino
a repetir cada día
la ocasión, la hora y el sitio.
De mi acento enamorado,
solicitó su cariño
saber el dueño, y logró
fácilmente lo que quiso.
De esta noticia al deseo
de verme hay poco distrito;
mas cuanto él buscó ocasiones,
las recató mi desvío.
Nunca dél me dejé ver,
siendo él de mí tan bien visto.
Y aquí extraño en las mujeres
lo que en todas es estilo:
tan rara naturaleza
la nuestra es, que permitimos
los ojos al que nos mira
sin cuidado ni cariño,
y al que amante los desea
luego se los encubrimos,
aunque inclinadas estemos;
siendo así que era más digno
de verlos quien los desea;
porque parece delito
darlos cuando no es favor,
negarlos cuando es alivio.
Mas cuando el amor lo hace,
es niño y hace lo mismo
que él suele; pues si una cosa
tiene en las manos el niño,
y se la piden, la guarda,
avaro del beneficio;
y cuando no se la piden,
convida con ella él mismo.
Creció el oído a los ojos
cada día el apetito;
que no hay quien se envidie más
que un sentido a otro sentido.
Tanto se inflamó su pecho,

que tal vez llegó a mi oído
de su deseo amoroso
el tercero de un suspiro;
mas yo, cuanto él más amante,
más rebelde. ¡Qué dominio
tan lisonjero en nosotras
es ver los hombres rendidos!
No sé qué modo es el nuestro
de amar, que el amor le hizo
para lisonja y halago
del sugeto que es querido.
Y esto se prueba en los hombres,
pues cuando ellos están finos,
el dar gustos a su dama
son sus mayores alivios.
Mas al contrario, en nosotras
es el halago un castigo
cuando más enamoradas;
pues recatando el cariño,
se compone nuestro gusto
de arrastrarlos y afligirlos,
y resulta nuestra gloria
de estar viendo su martirio.
Mas mi retiro en mi amor
no llevaba este designio,
sino un temor de saber
la condición de mi primo,
y dudar si su deseo
era fineza o capricho,
y no querer exponerse
mi vanidad a un peligro.
Porque yo soy de opinión
que amor perfecto no ha habido,
sino engendrado del trato;
donde el sugeto se ha visto
con todas sus condiciones,
y hayan hecho los sentidos
una información bastante,
con que proponen que es digno
de amor a la voluntad,
y ella entonces, sin peligro

de hallar cosa que la fuerza,
se entrega por el aviso.
Y el amor que de esto nace
es el perfecto y el fino,
y el que sólo con la muerte
puede llegar al olvido.
Porque el que nace de ver
un sugeto tan divino,
que el albedrío arrebatara,
nunca puede ser ni ha sido
más que inclinación violenta,
movida del apetito.
Y éste, si para lograrse
halla imposible el camino,
crece con tanta violencia,
que equivocan el oficio
del amor fino y perfecto,
sus ansias y sus suspiros;
mas no puede ser amor,
de que es evidente indicio
el que las más veces muere
en el logro del designio.
Y esto nace de dos causas:
una el haber aprehendido
perfección en el sugeto,
que no halló, y esto le hizo
parar a la voluntad;
que siguiera su camino
si hubieran hecho primero
su información los sentidos.
Otra, que apetito sólo
pudo ser, y este delirio,
en llegándose a lograr,
muere luego de sí mismo.
Con que, apetito y amor
y inclinación son distintos:
en que amor hecho del trato
dura a pesar de los siglos;
la inclinación tiene riesgo
de hallar falta que no ha visto;
y el apetito logrado

deja de ser apetito.
Yo pues, temiendo estos riesgos,
empeñé más mi retiro;
y porque yo en mi temor
obrase con más aviso,
determinó mi agudeza
dejarse ver de mi primo
de tal modo y en tal parte,
que no tuviese un indicio
de que era yo la que vía;
por ver si el efeto mismo
hacía mi rostro en sus ojos
que mi voz en sus oídos.
Vióme pues, pero de verme
resultó un desaire mío,
porque en mí no hizo reparo;
y aunque con los ojos fijos
me vio, fue tan sin cuidado
y pasó tan divertido,
que pienso que no llevó
memoria de haberme visto.
Quedé corrida y mortal.
Y el desaire que me hizo
trocara allí mi hermosura
a todo el riesgo temido.
No ha de examinarse un riesgo
por tan costoso camino,
que haber pueda en el examen
más daño que en el peligro.
Las damas con su hermosura
han de tener el estilo
que los hombres con la honra,
que probarla es desatino:
porque al hombre y a la dama
suele suceder lo mismo
que al que teniendo una espada
de estimación por su brío,
o satisfecho o dudoso
de su firmeza, la quiso
probar, y en la necia prueba
la espada pedazos hizo.

En la hermosura y la honra
puede haber el daño mismo,
y no se ha de examinar,
si una es barro y otra es vidrio;
que el examen puede hacer
como en la espada el peligro,
porque a veces el acero
suele quebrarse de fino.

De aquí creció en mi silencio
el recato y el retiro;
y en él discurriendo a veces,
quiso averiguar el juicio
por qué razón mi hermosura
no admiró al Duque, mi primo,
habiendo sido cuidado
de todos cuantos la han visto.

Y hallé que de natural
causa el efecto es preciso;
porque cualquiera a quien entra
el amor por el oído
hace aprehensión de querer
un sugeto que no ha visto,
y ver está deseando;
y con aqueste incentivo
a cualquier mujer que vea,
como no imagine él mismo
que es aquella la que piensa,
la tratará con desvío.

Con que, a ser yo más hermosa,
me hubiera allí sucedido
el descuido del desaire;
y a ser más fea, si indicio
tuviera de que era yo
la que le daba el motivo,
le arrebatara. Y según
le hubiese allí parecido,
o encendiera su deseo,
o apagara su apetito
con este discurso a solas
consolé el desaire mío;
y en este tiempo mi padre,

teniendo ya concluidos
los conciertos de sus bodas,
de que yo no tuve aviso,
las puso en ejecución,
firmadas ya de mi primo.
Por la duquesa de Parma,
Carlos, mi hermano, ha partido,
que es el dueño venturoso
del bien que lloro perdido;
porque lo que fue no más
que inclinación y cariño,
a vista ya de la envidia
de que otra te ha merecido,
si amor no ha podido ser,
se ha convertido en delirio,
en ansias y desconsuelos,
penas, congojas, suspiros
y aunque sé que en no arriesgarme
del Duque al libre capricho,
he andado como discreta,
tanto arrastra mi albedrío
la envidia de verle ajeno,
que sin poder resistirlo,
soy toda de mis pesares,
a pesar de mis avisos.

LAURA.

Mucho me admiro, Señora,
de que pudiendo haber sido
tú duquesa de Milán,
declarando tu cariño,
lo hayas tenido secreto;
porque el Duque era preciso
que te amara si te viera,
y con habérselo dicho
a tu padre estaba hecho.
Mas a ti te ha sucedido
lo que a la novia de Olías,
que estándola su marido
diciendo que se acostara
toda la noche, no quiso.
Durmióse el pobre, cansado,
y cuando ella a querer vino

ni a voces ni a golpes pudo
despertar a su marido.
Mas tu padre.

FENISA. Disimula.

ESCENA II.

FEDERICO. - DICHAS.

FEDERICO. ¡Oh Fenisa!

FENISA. Padre mío,
¿qué mandas?

FEDERICO. Que te recojas
al instante a tu retiro,
porque el Duque, como suele,
a divertirse a este sitio
viene agora.

FENISA. Pues, Señor,
¿por qué causa de mi primo
me recatas?

FEDERICO. Es, Fenisa,
fue pues él nunca te ha visto,
como yo a ti te he criado
de la aldea en el retiro,
y cuando a Milán te truje
tenía ya a mi sobrino
casado con la Duquesa
de Parma, yo no he querido
que hasta que venga su esposa
te vea, por el peligro
de su condición violenta.

FENISA. Si ése es, Señor, el motivo,
sea respuesta a tu preceto
mi obediencia. -Ven conmigo.

(Aparte a Laura)

Laura; que a oírme cantar
viene el Duque.

LAURA. ¿Aún no has perdido
la esperanza?

FENISA. No lo sé.

LAURA. Pues si cantas en vacío,
mira que aunque des más voces,
no despertará el marido.

(Vase con Fenisa.)

ESCENA III.

EL DUQUE, CAMILO. - FEDERICO.

- DUQUE. Yo he de morir desta pena.
- CAMILO. *(Aparte al Duque.)*
Advierte que Federico
te escucha.
- DUQUE. Ya yo lo veo,
mas no puedo más, Camilo.
- FEDERICO. Señor, de vuestra tristeza
el dolor es sólo mío,
aunque vuestro el accidente;
pues si por ella es preciso
detener a la Duquesa,
estando ya en el camino,
la causa que le hemos dado
de que aún no está prevenido
el aparato a su entrada,
que de su grandeza es digno,
pasa ya mucho del plazo.
- DUQUE. Pues ¿hay más que diferirlo
con causas más aparentes?
(Aparte a Camilo.)
¡Qué cansado está mi tío
con apresurar mis bodas,
cuando yo, a mi amor rendido,
temiendo en ellas mi muerte,
dilatardlas solicito!
- CAMILO. *(Aparte.)*
Según da priesa a la boda,
él parece el novio.
- FEDERICO. Arbitrios
le pido yo a vuestra alteza,
porque cuantos yo imagino
tienen gran riesgo.
- DUQUE. ¿Qué riesgo?
- FEDERICO. Pensar ella que esto ha sido
tibieza en vos.
- DUQUE. ¿Qué es tibieza?
- FEDERICO. Venir un ángel divino
a ser vuestro, y dilatarlo.

DUQUE. Muriendo yo en mi martirio,
¿no es mi vida lo primero?

FEDERICO. Si, Señor, mas no es ser fino.

DUQUE. ¡Ay tal apretar de boda!

CAMILO. *(Aparte al Duque.)*
Según usa del oficio,
el viejo parece vieja.

FEDERICO. Señor, yo lo solicito
por vuestro mismo decoro.

DUQUE. Dejadme ya, Federico,
y haced lo que vos quisieréis;
que yo no sé de mí mismo.

FEDERICO. Ya me voy. *(Ap. ¡Válgame el cielo!*
Mil veces me he arrepentido
de tratar el casamiento;
que temo que mi sobrino,
por su condición, nos lleve
a todos a un precipicio.)
(Vase.)

ESCENA IV.

EL DUQUE, CAMILO; *luego*, FENISA, *dentro*.

CAMILO. Ya se fue.

DUQUE. Eso deseaba;
que, como vengo a este sitio
a oír el hermoso acento
que idolatran mis oídos,
me daba muerte su estorbo.

CAMILO. En ti, Señor, fue delito
acetar el casamiento,
estando como te miro.

DUQUE. No pensé que a esto llegara
cuando le firmé, Camilo.

CAMILO. Pues ¿por qué no te declaras
en este amor con tu tío?

DUQUE. Porque, como de mis bodas
el empeño suyo ha sido,
no me ha de dar a mi prima,
y temo luego el peligro
de que si yo me declaro,
me la quite del oído.

CAMILO. Pues ¿para qué está en la historia
el ejemplo de Tarquino?
Torna tú la posesión,
que es ternura de marido,
y luego pleitear puedes
la propiedad.

DUQUE. No he podido
verla ni hablarla jamás,
por no dar algún indicio.
Mas tente, que el instrumento
suena, y ésta la hora ha sido
que otros días cantar suele.

CAMILO. Ya tosió, que es el indicio.

FENISA. *(Canta dentro.)*
Por su perdida esperanza
perlas lloraba la niña,
si perlas vierte, no es sólo
su esperanza la perdida.

CAMILO. Cierta que canta que rabia.

DUQUE. ¿Qué dices?

CAMILO. Que sabe digo,
que rabia.

DUQUE. ¡Hay más dulce acento
para un alma! ¡Hay más hechizo!

CAMILO. Señor, ¿sabes tú si es fea?

DUQUE. Aunque yo no la haya visto,
ya he sabido que es hermosa;
mas quien tal voz ha tenido,
¿qué puede ser sino no ángel?

CAMILO. No digas eso, por Cristo;
que he oido yo voces del cielo,
y luego en su cara he visto
una boca de lamprea
en un rostro salpullido,
con unos ojos de perro
y unas narices de cito.

DUQUE. Oye, que vuelve a cantar.

CAMILO. Que alce la voz un poquito.

FENISA. *(Canta dentro.)*
Sus pesares solamente
a su silencio los fia,

*por no arriesgar con la queja
las vanidades de linda.*

DUQUE. Esto es crecer el deseo;
¿qué dices desto, Camilo?

CAMILO. Lo que canta es en latín.

DUQUE. Afectos de amor divinos.

CAMILO. Pues para mí eso está en griego.

DUQUE. Yo he de procurar mi alivio.
viven los cielos sagrados,
que ha de ser el dueño mío
mi prima, aunque la corona
de Milán ponga en peligro.

ESCENA V.

COLMILLO. - DICHOS.

COLMILLO. Dame, Señor, tus plantas,
si aquí a nuevos favores me adelantas.

DUQUE. Colmillo, ¿qué hay? Tú seas bien venido;
¿qué novedad agora te ha traído?

COLMILLO. Albricias me has de dar primeramente.

DUQUE. Yo te las doy.

COLMILLO. Parezcan de presente.

DUQUE. ¿No lo fías de mí?

COLMILLO. Soy escribano,
y el contrato hizo nulo Domiciano
en no pudiendo dar fe de la entrega.

DUQUE. Acaba, di lo que hay.

COLMILLO. Tu esposa llega.

DUQUE. ¡Cielos! ¿Qué escucho? Ya mi mal desprecio

CAMILO. Manda rapar de albricias a este necio.

DUQUE. Pues, ¿cómo ha sido?

COLMILLO. La atención te tomo,
si el cómo saber quieres.

CAMILO. Y es buen cómo.

COLMILLO. Estaba la Duquesa, mi señora,
detenida en Pavía, que ya llora,
porque faltan sus luces; que es, no ignores
como ponerse el sol para las flores.
Viendo alargarse tanto su venida,
y estando de tu amor también herida,
una mañana amaneció tan bella,

que una estrella a su lado, ¿qué es estrella?

La luna, ni aun la luna en su azul velo,
ni los rayos del sol, ni todo el cielo
como ella puede ser, pues si quisiera
competir todo el cielo, le venciera;
porque la luna ya se ve en su frente,
en sus ojos el sol resplandeciente,
estrellas en las luces que desata,
en su tez el zafir tocado en plata.

Y si en esto está igual la competencia,
porque el cielo se rinda a su obediencia,
en el cabello de oro que desgaja,
le lleva vara y media de ventaja.

Y demás de todo esto, tiene un mayo,
que va sirviendo luego de lacayo,
con rosas, azucenas y claveles.

Y tal son de crueles,
que viendo sus dos hojas carmesíes,
al labio han puesto pleito los rubíes;
pero si tú, Señor, su boca hueles,
la sentencia darás a los claveles.

Llamó a mi amo pues esta mañana,
y bañado su rostro en nieve y grana,
le dijo: «Este retiro
más causa tiene, Carlos;» y un suspiro
tan ardiente arrojó, que nos quemara
con él allí si luego no llorara;
mas el fuego en la boca, a sus enojos,
apagó luego el agua de sus ojos.

Pues ¡qué llanto, qué lágrimas tan bellas!
¿Tal vez no has visto al sol llorar estrellas,
y caer en el suelo poco a poco?

No lo habrás visto, pero yo tampoco.

Pues mira tú, si el sol estrellas llora,
¿qué podía llorar tan bella Aurora?

Lágrimas eran, pero ciertamente
que las pudo vender por aguardiente.

Vergonzosa de ver que la miraban,
tal vez cerrando el párpado, quedaban
del aljófara los granos desatados,
en las negras pestañas ensartados:

otras cogiendo el hilo hacia su labio,
entrándose por él, yo imaginaba
que bebía otra vez lo que lloraba;
mas reparé que con primor más sabio,
viendo en ella dos kilos transparentes
se las cuajó la boca para dientes.
Ella en efeto dijo: « Yo resuelvo
ir a ver a mi esposo; luego vuelvo.»
Barajóla mi amo la parada;
porque, si no, en carrera desatada,
la vieras al instante
entrar conmigo aquí de caminante;
que, como es uso ya de la belleza,
con sus alforjas viene en la cabeza.
No pudiendo mi amo contrastarla,
fue forzoso venir a acompañarla;
mas esto mi señor podrá contallo,
que porque él viene, yo a tus plantas callo.

DUQUE.

¡Vive el cielo, Camilo,
que toda el alma en mi pende de un hilo!

CAMILO.

Pues, Señor, ¿qué has de hacer?

DUQUE.

Desesperarme;

si no es con quien adoro no casarme.

ESCENA VI.

CARLOS. - DICHOS.

CARLOS.

Dame, Señor, tu mano.

DUQUE.

Carlos, ¿qué es esto?

CARLOS.

Dichas que yo gano.

De Colmillo, Señor, habrás sabido
que de secreto viene la Duquesa.
En tal resolución perdón te pido
de lo que el permitirlo me interesa;
porque, después de haberlo resistido,
ella sola, que de esto más me pesa,
venir quiso a saber personalmente
causa de dilación, tan impaciente.
Bien puedes tú juzgar lo que yo haría
para desvanecer tan ciego intento;
mas, como era de fuego, más ardía,
porque para apagarle era yo viento.

Resuelta una mujer que desconfía,
un rayo, Señor, es menos violento.
Ella, en fin, sin que yo lo permitiera,
quiso venirte a ver a la ligera.
En un caballo sube, que figura
era de un cisne, el cual burlando enojos
juego hacia la dócil travesura,
mintiendo a la inquietud libres anteojos;
cuello de cisne el cielo a su hermosura
dio, la nieve a la piel, fuego a los ojos;
porque en ella nadase, al labio espuma;
y a las plantas pasó toda la pluma.
Trotando, a la destreza y al decoro
iba ayudando su inquietud traviesa.
No tuvo aljaba Amor ni flechas de oro
hasta que vio a caballo la Duquesa;
y el bruto, como cierto del tesoro,
que en su espalda no oprime lo que pesa,
por instantes los brazos arqueaba
para tirar la flecha que llevaba.
No va el sol los caballos azotando
desde el luciente carro en que los guía,
de tanta luz los montes coronando,
como ella el campo de esplendor vestía.
Tal vez la blanca mano enarbolando
la vaga rienda al aire, parecía
que del cuello del bruto en que la engasta,
la sacaba teñida.

DUQUE. Carlos, basta.

(Vase)

CAMILO. Bien ha quedado.

(Vase.)

ESCENA VII.

CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. ¿Qué extrañeza es esta?

COLMILLO. No dirás que no es breve la respuesta.

CARLOS. ¡Válgame el cielo! ¿Qué les esto?

COLMILLO. Estas, Señor, son albricias.

CARLOS. El Duque, cuando pensé
que agradeciese la dicha

de ver tan presto a su esposa,
pues le convida ella misma
con lo que él desear pudo,
¿no me responde? ¿qué enigma
puede ser esta, Colmillo?

COLMILLO. Pues ¿la causa no está vista?

CARLOS. Y ¿cuál es?

COLMILLO. Pues ¿eso dudas?
Lo primero aquí hay malicia.
El Duque se va enojado
de que tú ahora le digas
que viene su esposa ya;
y a esto con ceño y con ira
¿no te ha respondido?

CARLOS. Y pues
¿qué causa en esto imaginas?

COLMILLO. Eso sólo no sé yo;
Que lo demás cosa es vista.

CARLOS. *(Aparte.)*
¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!
Desde que la luz divina
de la Duquesa miré,
quedé sin alma y sin vida;
y esta pasión condenando
(que aunque es del alma, no es mía)
Tan contra mi corazón
están mis leales iras,
que por sacármele he estado,
y hacerle luego ceniza.
¿Si yo acaso arrebatado
de este poder que me inclina,
le di a entender con los ojos
la llama que dentro ardía?
¿Si la alabé con afecto
de amante? ¿Si mi desdicha
lo publicó? ¿Si yo dije?...
¿Si él lo entendió?... ¿Si sería?...
Mas ¿qué ha de ser? ¿Qué discurro?
¿Mi inclinación resistida
no basta para tormento,
sin que otras dudas me aflijan?

¡Qué propio es en un delito
(que encubre un alma al que mira)
pensar que es cristal su pecho
y por él se le registra!

COLMILLO. Tate, Señor, ya di en ello:
al Duque le enojaría
tu venida de repente,
y él quiso hacer una ida
de ese modo, porque fuesen
de repente ida y venida.

CARLOS. Pues ¿por qué no respondió?
COLMILLO. Eso es fácil.
CARLOS. ¿Qué imaginas?
COLMILLO. Que no quiso responderte.
CARLOS. ¡Ay tal necio!
COLMILLO. Tú tenías
traza de alabar dos años
a la Duquesa de linda,
y estaba ya reventando.

ESCENA VIII.

CAMILO, *con un papel*. DICHOS.

CAMILO. Carlos, el Duque te envía
este papel.

CARLOS. Y ¿qué manda?
CAMILO. Eso sus letras lo digan.
(Entrega el papel a Carlos y se va.)

CARLOS. *(Lee.)*
«Primo, con la disculpa que os
pareciere más decente, volveréis a la
Duquesa donde estaba, hasta que con
mejor disposición se le pueda dar a
entender que estoy casado. A señor
que no pide consejo, obedecer es
respuesta.»

Colmillo, ¿no oyes aquesto?
COLMILLO. Eso ya yo lo sabía.
CARLOS. ¿Qué dices?
COLMILLO. Pues ¿no está claro?
¿Era el Duque doncellita
para estarse sin casar

CARLOS. mientras su mujer venía?
¿Casado el Duque? ¿Qué es esto?
Dos cosas bien exquisitas
me suceden: mi esperanza,
sin poder yo resistirla,
ha abierto puerta en mi pecho;
mi temor tiembla la vista
de la Duquesa. ¿Qué causa,
qué razón, cierta o fingida,
dar podré yo a la Duquesa?
¿Qué la diré que no diga
su desaire? ¿Qué cautela
encubrirá esta malicia?

COLMILLO. Dila que al Duque le están
acabando unas camisas
de boda, y que no es razón
que sin ellas la reciba.

CARLOS. Calla.

COLMILLO. Pues dila que el Duque,
como supo que venía,
le pareció cosa nueva,
y manda volverla aprisa;
que él no quiere a las mujeres
nuevas, sino algo traídas.

CARLOS. Déjame, que estoy sin mí.

COLMILLO. Pues, Señor, rompe las cinchas,
y echa la silla en el suelo.

CARLOS. ¿Qué dices?

COLMILLO. Que aquí se mira
una boca sazónada.
Que la novia peregrina
es el ave, que está ya
tierna, asada y prevenida
con su limón y pimienta;
si tú tienes hambre, tira,
y cómete aquesta polla;
que si no, serás gallina.

CARLOS. ¡Jesús, y qué desatino!

¿Es posible que eso digas?

COLMILLO. Pues ¿se ha de verter el prebe?
Por Dios, que si no te aplicas

con hambre y a mesa puesta
a comer, no tienes tripas.
CARLOS. No digas tal desatino.
Cielos, ¿qué baré en tal desdicha?

ESCENA IX.

FEDERICO. - CARLOS, COLMILLO.

FEDERICO. Carlos, hijo, ¿qué es aquesto?
Pues ¿a qué fue tu venida?

CARLOS. De secreto la Duquesa,
Señor, a Milán venía,
y adelantándome yo
a ganar estas albricias,
me da el Duque esta respuesta.
(Dale el papel)

FEDERICO. Muestra a ver.
COLMILLO. *(Aparte.)*

¡Qué brava riza
hará el papel en el viejo!
Ya las dos cejas estira,
ya le da por el costado.

FEDERICO. ¡Jesús!
COLMILLO. *(Aparte.)*

Topó la costilla.

FEDERICO. ¡Casado el Duque! ¿Qué es esto?
Carlos, Carlos, ¿él te envía
este papel?

CARLOS. Sí, Señor.

FEDERICO. ¡Válgame los cielos!
COLMILLO. *(Aparte.)*

Chispas.

FEDERICO. Bien temió mi corazón
resolución tan indigna;
¡Casado el Duque! ¿con quién?
¡Cielos, perderá la vida!

COLMILLO. Señor, será a media carta.
FEDERICO. Calla tú, nada me digas;
que estoy que pierdo el sentido.
Cuando mi sobrino envía
a Parma por su duquesa,
cuando sus conciertos linna,

cuando mi valor empeña
en casos de tanta estima,
¿A tal Señora desprecia,
su poder desautoriza,
todo su decoro ultraja,
mi valor desacredita;
pierdo yo, por ser su tío,
lo que me ha dado aun la envidia?
¿No hay de Federico Esforcia
más glorias en bronce escritas,
que tiene lenguas la fama,
que el sol luces desafía?
¡Viven los cielos sagrados,
que aunque me cueste la vida,
Milán la ha de ver duquesa;
o sobre tal tiranía
han de ver Milán y el mundo
la más sangrienta desdicha!
Carlos, yo estoy sin sentido;
vete luego, parte aprisa
y detén a la Duquesa,
y nada de esto le digas,
sino templa su cuidado;
que no es cosa tan indigna
para sus oídos. ¿Cómo...
¡Aun pensarlo el juicio quita!
Vete luego a detenerla,
y vuélvase hoy a Pavia,
mientras yo voy con el Duque
a prevenir su venida,
¿Jesús, Jesús, estoy loco!

CARLOS.

Señor, lo que intentas mira;
porque el Duque está casado,
y a más empeño caminas.

FEDERICO.

¿Qué es lo que dices, muchacho?
Aqueso es cosa de risa.

CARLOS.

No, Señor.

FEDERICO.

¿Qué hablas, rapaz?

CARLOS.

Que está casado imagina,
y es cierto.

FEDERICO.

¿El Duque casado?

COLMILLO. Como yo con mi camisa.
FEDERICO. ¿Qué decís? ¡Válgame Dios,
qué cruel empeño sería!
¿Que esto ha hecho este mozuelo
sin seso que le corrija?
¿A tal locura se atreve?
¡Dejadme, que voy sin vida!
¿Dónde vas?

CARLOS.
FEDERICO. ¿Eso preguntas?
A huir de la luz del día,
a que no me vean los hombres,
a que ni aun con sus cenizas
deje memoria quien pasa
tan afrentosa ignominia;
a sepultarme en mí mismo.
¡Válgame Dios, qué desdicha!
Señor, oye.

CARLOS.
FEDERICO. ¿Qué me quieres?

CARLOS. Y ¿qué la he de decir?

FEDERICO. Dila
que el Duque quiere... Mas no:
que yo... ¿que sé yo que digas?
Lo que quisieres; que yo
no sé de mí. Parte aprisa.

CARLOS. Voy, Señor.

FEDERICO. Mas oye, Carlos.

CARLOS. ¿Qué mandas?

FEDERICO. Si es que se irrita
con tu voz...

CARLOS. ¿Qué he de hacer?

FEDERICO. Nada.
Ya no sé lo que quería
ni lo que puedo querer.
Vete de aquí, anda, camina.
(*Vase.*)

COLMILLO. ¿Veslo, Señor? Eso mismo
te he dicho yo que la digas.

CARLOS. Vén, Colmillo; que yo llevo
mi esperanza muerta y viva.

COLMILLO. Pues él no come la dama,
sóplasela tú, marica.

(Vanse.)

Sala de una quinta próxima a Milán, con vistas al campo.

ESCENA X.

LA DUQUESA y SILVIA, *de camino.*

DUQUESA. Silvia, mucho Cartos tarda.
SILVIA. Te lo parece, Señora.
DUQUESA. Eso tiene quien aguarda,
y es duda que me acobarda,
si él no tarda mucho ahora.
SILVIA. Si ponen de aquí a Milán
tres millas, aun no ha tardado.
DUQUESA. Mis pensamientos están
que unos vienen y otros van
de mi amoroso cuidado.
SILVIA. De estar muy enamorada
das indicios.
DUQUESA. Has presumido
lo cierto, mas no me agrada;
porque estar desconfiada,
principio de amor ha sido.
Un amor que suele ser
tibio y de poca esperanza,
porque aun no ha llegado a arder,
su fuego suele encender
con una desconfianza;
porque si es desconfiar
temor de no ser querida,
quien esto llega a dudar,
ya se ve obligada a amar
por el temor combatida.
Desde que a pisar entré
el estado de Milán,
en mi detención hallé
las dudas, que con mi fe
creciendo iguales están;
y aunque he dicho fe, no sé
si en mi pecho el nombre muda;
fe al amor llamar se ve,
pero no puede ser fe
la que crece con la duda.

Gente parece que viene,
si no engaña mi atención.
SILVIA. De Carlos la traza tiene.
DUQUESA. Mi alegría lo previene.
Bien dices, Sil via;ellos son.

ESCENA XI

CARLOS, COLMILLO. - DICHAS.

CARLOS. *(Aparte a Colmillo.)*
Temblando llego, Colmillo.
COLMILLO. Pesla tu alma, no tiembles;
Coge coyuntura y corta.
CARLOS. Que tus pies, Señora, bese
me permite.
DUQUESA. Ya los brazos
mi deseo te previenen.
CARLOS. Señora...
DUQUESA. Carlos, ¿qué traes?
Triste parece que vienes.
¿Qué color es esa, Carlos?
COLMILLO. Viene con un accidente,
que no es cosa de sustancia.
DUQUESA. ¿Qué ha sido?
COLMILLO. Ha comido leche,
y habló después con un hombre
que era vinagre muy fuerte,
y eso es lo que le ha hecho mal.
DUQUESA. ¿Qué dices? Pues ¿qué hombre es ese?
COLMILLO. Era el Duque.
CARLOS. Calla, loco.
DUQUESA. Carlos, ¿qué es esto que tienes?
CARLOS. Señora, venir sin gusto
a tu presencia; volverme,
no a que vayas a Milán
sino a que vuelvas.
DUQUESA. Detente.
Si me he de volver, no quiero
saber la causa, no llegue
a ser de suerte el desaire,
que no pueda aunque lo intente.
Las mujeres como yo

no se tratan de esta suerte;
mas ¿qué importa el ser tan grandes
si nos basta el ser mujeres?
De quien las pierde el respeto,
basta el saber que se atreve;
que no van a ganar nada
en saber lo que las pierden.
Con ignorar el agravio
mi pecho dél se defiende,
porque pongo mi noticia
de parte dél en saberle.
Vamos, Carlos, y hasta Parma
nada de esto me reveles;
que no me habrá hecho el agravio,
si le sé, cuando me vengue.

CARLOS.

Señora, tú has presumido
un caso muy indecente
y fuera de lo que pasa.

COLMILLO.

¿Qué es fuera? El diablo me lleve
si no dio de medio a medio
en ello.

CARLOS.

Villano, tente.

COLMILLO.

Si está apuntando su alteza
y acierta el tiro, ¿qué quieres?

CARLOS.

Lo que hay, Señora, es que el Duque
está enfermo, y su acciden te
es penoso, y no ha querido
que desairado le vieses,
y hasta que esté bueno, ordena
que en tu retiro le esperes.

DUQUESA.

Pues ¿qué tiene?

COLMILLO.

Como ahora
tanto las calores crecen,
le aprietan los sabañones.

DUQUESA.

Y ¿es ese su mal?

COLMILLO.

No es ese,
sino los remedios que hace.

DUQUESA.

Si ese es el inconveniente,
aunque lo mande mi esposo,
no quiero yo obedecerle,
porque ya es deuda irle a ver.

CARLOS. No, Señora, no lo intentes;
que él me manda que te vuelvas.

DUQUESA. Bien claramente se infiere
que es su voluntad la enferma.
Carlos, si el achaque es ese,
yo no le he de hacer remedio;
que sé que decirse suele
que el remedio enferma más
en aquestos accidentes.

COLMILLO. *(Aparte a Carlos.)*
Da una puntada, que ahora
se ha descosido el ribete.

CARLOS. Señora, esa no es la causa.

DUQUESA. Pues ¿cuál, Carlos, serlo puede?

CARLOS. El no haber visto, Señora,
el sol que en vos resplandece,
esas divinas estrellas
que influyen benignamente,
ese esplendor celestial;
que si él acaso le viese,
como quien de haberle visto
tiene el alma, que enmudece,
al mirar que en vos, sin mi...
(Ap. No sé; atrevime y turbéme.)

DUQUESA. ¿Qué decís, Carlos?

COLMILLO. Señora,
quiere decir que el que viene
contigo sabe tu lengua;
que quien la sabe la entiende,
y él quiere entenderte bien;
digo, si tú lo quisieses,
dado caso. - ¿Ahora te turbas,
(Aparte a Carlos.)

simplonazo? Dale y déle.

DUQUESA. *(Ap. Ya de dos cosas infiero
mi desprecio: una el tenerme
el Duque en tanto retiro;
otra el ver que este se atreve
a declararme el amor,
que he sabido que me tiene;
porque aunque es primo del Duque,*

es vasallo finalmente,
y al vestido de su dueño
nunca el criado se atreve
hasta que ha llegado ya
a saber que no le quiere.
¿Tan mal le está al Duque Parma?
¡Qué buena ocasión me ofrece
de castigarle, y premiar
este cariño la suerte!
Porque sin que mi albedrío
pueda estorbarlo, me debe
Carlos una inclinación,
que es sólo en lo que no tiene
jurisdicción el decoro;
y si, como aquí se infiere,
llego a averiguar que el Duque
por desprecio me detiene,
le he hacer duque de Parma,
para que dello me vengue.)
Carlos, yo he de ver al Duque.

CARLOS.

Pues ¿cómo, Señora, puedes?

DUQUESA.

Yo he de ver quien me desprecia.

Esto mi pecho resuelve;
mira tú cómo ha de ser.

CARLOS.

Imposible me parece.

DUQUESA.

¿No vives tú en su palacio,
y allí a tu padre no tienes
y a tu hermana?

CARLOS.

Sí, señora.

DUQUESA.

Pues ¿qué dudas o qué temes,
si en tu cuarto, disfrazada,
puedo yo estar hasta verle,
por criada de tu hermana,
que él no puede conocerme?

CARLOS.

Es verdad; pero, Señora...

DUQUESA.

Esto ha de ser.

CARLOS.

Pero advierte...

DUQUESA.

Vamos, Carlos.

CARLOS.

Que si el Duque...

DUQUESA.

No repliques.

CARLOS.

Lo supiese...

esta luz con que me abraso.

CAMILO. Industria bien prevenida
fue tentar aquella puerta
que acaso hallamos abierta.

DUQUE. Esa me ha dado la vida,
pues por ella espero ver
este encanto idolatrado.

CAMILO. Ya a su cuarto hemos entrado;
acechar es menester.

DUQUE. Que no se fuese querria
por otra parte.

CAMILO. Eso fuera
si ella el peligro supiera;
mas en esa galería
estaba cantando ahora.
Y por aquí ha de salir.

DUQUE. Viéndola espero vivir;
muéstrame, amor, esta aurora.

CAMILO. Y ¿si fuese fea aquí?

DUQUE. Eso es imposible cosa.

CAMILO. Bien pudiera ser hermosa,
y no darle gusto a ti;
que para el gusto, Señor,
nunca es la dama más bella
la que lo es, sino aquella
que le parece mejor.
Y esto va en la simpatía
que a los humores conviene:
la que más de mi humor tiene,
es la mejor para mía.
No hay perfección que aproveche,
que hay muchos hombres, Señor,
a quien les sabe mejor
abadejo que escabeche.
Esto es cosa averiguada:
yendo un día solo a vellas,
yo entre muchas damas bellas
escogí una corcovada;
y buscando las razones,
vi que era mi inclinación,
porque parecía melón,

DUQUE. y me muero por melones.
No dudo yo esa razón,
que en buena filosofía
puede más la simpatía
que la mayor perfección;
pero bien se ve que ha habido
simpatía en mi cuidado,
pues el alma me ha robado
con la voz por el oído.

CAMILO. Esas son falsas razones,
porque lo que es simpatía
se ve en la fisonomía,
y no en las otras acciones.
Cada día por la calle
¿no se ven damas tapadas
Tan airosas y arriscadas
que arrebatan con el talle?
¡A cuántos ha sucedido
seguirlas con gran cuidado;
ir un pobre enamorado
muy tierno y muy derretido,
y tras arengas extrañas,
cuando aquel sol ver se deja,
encuentra con una vieja,
que es para echar las entrañas!
Y en mí el caso peor fue,
pues seguí una todo un día,
que un serafín parecía,
y una negraza encontré
(que no la esperara un moro)
con tanta geta rasgada,
que parecía cuchillada
de cerviguillo de toro.

DUQUE. Camilo, no te diviertas.
Pasos siento.

CAMILO. Bien lo infieres,
Que hacia aquí vienen mujeres;
cogímoslas entre puertas.
Aquí te has de retirar
para mirarla.

DUQUE. Eso intento.

(Retíranse.)

ESCENA II.

FENISA, LAURA. - DICHOS.

FENISA. ¿Guardaste ya el instrumento?

LAURA. Ya queda donde ha de estar.

DUQUE. *(Ap. A Camilo, donde están retirados.)*

Camilo, pon la atención,
que es un mismo seraflu.

CAMILO. Será fin, y dará fin

De ti con mucha razón.

DUQUE. Mira si es justo tenelle
el amor que a su voz tengo.

CAMILO. Pues yo al órgano me atengo,
si hubiera de ser su fuelle.

FENISA. Ven adentro; que ya es hora
De tomar el bastidor.

CAMILO. Salte al encuentro, Señor.

DUQUE. Eso quiero hacer. - ¿Señora?

(Presentándose.)

FENISA. *(Ap. ¡Qué miro! ¿Válgame el cielo!*

¿Cómo es esto? ¿El Duque aquí?)

Gran señor... *(Ap. ¡Yo estoy sin mí!*

Toda me ha cubierto un hielo.)

DUQUE. ¿Sois vos mi prima?

FENISA. *(Ap. Ocasión,*

pues no me conoce, ha hallado
de cubrirse mi cuidado.)

No es tanta mi estimación;
su criada soy.

LAURA. No hay duda,
las dos tenemos un ama.

DUQUE. ¿Criada sois?

LAURA. Celia es dama,
y yo, Señor, soy ayuda.

DUQUE. ¿Quién es Celia?

FENISA. Quien quisiera
serviros.

DUQUE. *(Aparte.)*

Ya esto se erró.

CAMILO. *(Aparte.)*

La ayuda tomara yo,
como de costa no fuera.
DUQUE. ¿Qué hace mi prima?
FENISA. Señor,
para el caracol ahora
subió a ver a mi señora.
DUQUE. ¿Qué señora?
FENISA. La mayor.
DUQUE. ¿No estaba en la galería
cantando ahora?
FENISA. Allí estaba,
y yo allí la acompañaba;
mas ya se fue.
DUQUE. (*Ap.* ¡Pena mía,
ya es más vivo tu tormento!)
Camilo, todo se ha errado;
(*Aparte a Camilo.*)
Yo publiqué mi cuidado,
y no he logrado el intento.
CAMILO. Embiste a esta, pues te encanta;
que esotra acaso es más fea.
DUQUE. ¿Qué importa que hermosa sea,
si no es esta la que canta?
FENISA. (*Aparte a Laura*)
Laura, ¿no ves que no ha hecho
caso de mí?
LAURA. Es la verdad;
no le agrada tu beldad.
FENISA. (*Aparte.*)
En ira se abrasa el pecho.
DUQUE. (*A Fenisa.*)
¿Podéis saber de mi prima
vos un secreto?
FENISA. Yo he sido
quien más favor la ha debido;
soy tan feliz, que me estima
como a sí, y podéis creer
que es otra yo.
LEONOR. ¿Quién? ¿estotra?
No va de la una a la otra
una punta de alfiler.

DUQUE. Luego ¿bien fiaré de vos
un recado que la deis?

FENISA. Con seguridad podéis;
que no hay secreto en las dos.

DUQUE. Pues decid que a una atención
tanto su acento ha debido,
que a un pecho por el oído
le ha robado el corazón.
Y que un alma que en despojos
rinde a su voz el poder,
la está deseando ver
para rendirse a sus ojos;
que en el deseo pintada,
ha logrado esta conquista:
mirad qué hará con la vista
la que mata imaginada.
Y que este ardor y este afán
su primo el Duque le siente,
y ha de poner en su frente
la corona de Milán;
y aunque el mando lo impidiera,
sólo ella ha de ser mi esposa.

FENISA. (*Ap.* Yo he quedado bien airosa,
pues él me hace su tercera.)
(*Aparte a Laura*)
Laura, de mí estoy corrida;
este hombre ¿qué pensará?

LAURA. Que eres fea, pues te da
el oficio de entendida.

DUQUE. Que su hermosura dichosa
es la gloria que conquisto.

FENISA. Pues si vos no la habéis visto,
¿cómo sabéis que es hermosa?

DUQUE. La he imaginado en mi idea,
y a ella nada igual ha sido.

FENISA. (*Ap.* Yo estoy perdiendo el sentido,
y he de creer que soy fea.)
Mirad que hay damas aquí,
y más celebradas que ella.

DUQUE. Ninguna será tan bella
como la que tengo en mí;

nadie te puede igualar
al bien que yo tanto aprecio.

FENISA. *(Aparte.)*
Si apura mucho este necio,
me tengo de declarar.

DUQUE. Aquella voz delicada
y aquel acento sonoro,
es el dueño que yo adoro;
y sin ella todo es nada;
su voz mis ansias prefieres.

FENISA. *(Aparte.)*
¿Habrás llegado a ver
desairar a una mujer
con decirle que la quieres?

DUQUE. Logradme esta ansia amorosa
que os pido.

FENISA. No puede ser,
porque he llegado a saber
que hay una dama, y hermosa,
que os quiere bien, y lo errais;
porque es tan de mi señora,
que he de sentir mucho ahora
que no la correspondáis.

DUQUE. Y ¿quién es esa?

CAMILO. *(Aparte.)*
Esto es gloria.

FENISA. La más estimada es
de mi señora.

DUQUE. Hablad pues.

FENISA. No tenéis mucha memoria.

DUQUE. *(Aparte a Colmillo.)*
¿Oyes?

COLMILLO. A su ama se iguala.

DUQUE. Y antepone su persona.

CAMILO. Rasco quiere la fregona;
envíala noramala.

DUQUE. *(A Fenisa)*
Ya yo caigo en quién ha sido
el sujeto de ese amor.

FENISA. Y ¿no os parece, Señor,
muy digno de ser querido?

Que no halla, quien las ve aquí,
diferencia entre las dos.
DUQUE. Decidle a vuestra ama vos
lo que yo os pido por mí;
y a esa dama, aunque me quiera,
decid que, al llegarla a ver,
si la quisiera querer,
no la hiciera yo tercera.

(Vase.)

FENISA. *(Aparte.)*
¡Sin mí estoy!

CAMILO. *(A Fenisa.)*

Oye, Señora:
y si desea un buen gozo,
yo me alquilo, y soy buen mozo,
y estoy de vacante ahora.

(Vase.)

ESCENA III FENISA, LAURA.

FENISA. Laura, ya de injuria tanta
revienta, mi corazón.

LAURA. Señora, él ha hecho aprehensión
de querer a la que canta.

FENISA. Pues ¿por qué, cuando me vió
a mí, me ha de despreciar?
¿Qué puede en mí imaginar,
que no me lo tenga yo?

LAURA. Acaso él te ha imaginado
pelinegra, más cenceña,
pálida o cariaguileña;
y no viendo esto, se ha helado.
Uno que a su dama hablaba
a oscuras, y no la vía,
mirando por celosía,
que era tuerta imaginaba.
Del defecto hizo aprehensión,
y mirándola otro día,
vio que dos ojos tenía
con hermosa perfección.
Desagradóle la cosa,

y dijo por el antojo:
«si usted se sacara un ojo
fuera mucho más hermosa.»

ESCENA IV.

FEDERICO; *luego*, LA DUQUESA y SILVIA. - DICHAS.

FEDERICO. Fenisa, prevente al punto.
FENISA. ¿Qué es, Señor, lo que me ordenas?
FEDERICO. Que la duquesa de Parma
de una carroza se apea,
donde viene disfrazada;
y yo, porque te prevengas
en lo que has de hacer teniendo
por huésped a tal princesa,
me he adelantado a avisarte.
FENISA. Venga muy enhorabuena.
FEDERICO. Ya entra acá; llégate tú
a recibirla a la puerta.
FENISA. Ven, Laura.
LAURA. Vamos, Señora.
(Salen la Duquesa y Silvia.)
FEDERICO. Aquí tiene vuestra alteza
una criada en Fenisa.
FENISA. Y por principio merezca
vuestra mano.
DUQUESA. De mi pecho
digna joya es tal belleza.
FENISA. Muchas albricias me doy
de hallaros venir tan buena.
DUQUESA. Y yo a mí muchas envidias
de veros a vos tan bella;
y porque yo a vuestro cuarto
vengo en secreto, y es fuerza
que el título de criada
me disfrace en él, me alegra
que sea tal la señora,
que yo parecerlo pueda.
FENISA. ¿Vos criada?
DUQUESA. Sí, Fenisa;
que ver al Duque desea
mi curiosidad, y quiero

FENISA. verle yo sin que él lo sepa.
Pues sabed que me sucede
un caso, que aquí creyera
que al respeto que yo os debo
le previno mi advertencia.

DUQUESA. ¿Qué ha sido?

FENISA. El Duque me oyó
cantando ahora a una reja;
nunca me ha visto la cara,
y deseoso de verla,
entró y encontró conmigo.
Preguntóme que quién era,
yo, excusando el embarazo
de una visita tan nueva,
dije que criada mía:
con que podéis encubierta
estar conmigo, y en nombre
de lo que es justo que sea;
pues vos seréis mi señora,
y yo una criada vuestra.

FEDERICO. La atención fue como tuya.

DUQUESA. Muy aguda y muy discreta.

FEDERICO. Dame licencia, Señora,
de ir a disponer que venga
el Duque al jardín, adonde
podrá verle vuestra alteza.

DUQUESA. Id; que bien sustituida
me deja vuestra presencia.

FEDERICO. Voy. (Ap. La Duquesa es un ángel:
no sé cómo la desprecia,
no estando casado, el Duque;
pero todo esto es quimera,
que he de perder yo la vida,
o se ha de casar con ella.)
(*Vase.*)

ESCENA V.

CARLOS, COLMILLO. - LA DUQUESA, SILVIA, FENISA, LAURA.

CARLOS. A entrar de día en palacio,
aunque con peligro sea,
se atreve la obligación

de mis dichosas finezas,
por no perder, gran Señora,
los logros de mi asistencia.

COLMILLO. Y yo, como soy vigília
de Carlos, por esas ventas
y posadas, detrás dél,
vengo haciendo penitencia.

DUQUESA. ¿Os han visto?

CARLOS. No, Señora

COLMILLO. Si no es unas verduleras;
mas son gente de secreto:
con que dentro de horo y media
lo sabra todo Milán.

DUQUESA. ¿Qué dices?

COLMILLO. En dos tabernas
lo quedan contando ya,
mas lo que se dice en ellas,
como todo lo habla el vino,
en los pellejos se queda.

DUQUESA. Mucho os importa el secreto.

CARLOS. Demás de ser obediencia
para con vos y peligro
para con el Duque, es fuerza
que yo tenga esa atención
por las venturas que espera
mi suerte en vuestro favor;
que si a merecerle llega
mi esperanza...

DUQUESA. Claro está
que es peligro. (*Ap.* Carlos piensa
que no importa que su hermana
que ha de ser mi esposo sepa;
y hasta ver al Duque, nadie
me conviene que lo entienda.)

CARLOS. El peligro, gran Señora,
no es nada cuando interesa
mi deseo la esperanza.

DUQUESA. Ya lo sé. (*Ap.* Atajarle es fuerza.)
Carlos, dejadnos a solas;
que el gozar de la belleza
de Fenisa no permite

que a otra atención me divierta.
CARLOS. Lo que ya en la ausencia pierdo,
Cobraré de la obediencia.
COLMILLO. Y ¿yo, me voy?
FENISA. Tú, no importa.
CARLOS. *(Aparte a Colmillo.)*
¿Colmillo?
COLMILLO. ¿Qué quieres, muela?
CARLOS. Que me guardes los favores
de su vista, pues te quedas.
COLMILLO. Pues déjame aquí un bolsillo,
donde echarlos.
CARLOS. No los pierdas.
(Vase.)

ESCENA VI.

LA DUQUESA, SILVIA, FENISA, LAURA, COLMILLO.

DUQUESA. Mucho, Fenisa, me alaba
vuestro hermano gracias vuestras,
y en particular la voz.
FENISA. Pasión de hermano le lleva,
que eso es para el bastidor.
DUQUESA. Vos me habéis de dar licencia
de no admitiros la excusa.
FENISA. ¡Jesús! - Dame la vihuela,
Laura.
LAURA. Al momento la traigo.
(Vase Laura, y vuelve con la guitarra.)
DUQUESA. *(Aparte.)*
¡Cortesana es como bella!
FENISA. Esto es para las almohadas.
DUQUESA. Donde vos quisieréis sea.
(Sale Laura.)
LAURA. Ya la guitarra está aquí.
COLMILLO. Lo mejor es que no templa
ni hace gestos; que hay algunos
que cuando cantan se quedan
como judío de paso,
y cuando a un pasaje llegan,
le comienzan en la boca
y te acaban en la oreja.

FENISA. *(Canta...)*
Yo quiero bien,
y este amor de otro se infiere;
que aunque soy yo la que quiere,
no sé a quién.

COLMILLO. Señoras, el Duque.

FENISA. ¡Ay cielos!
No me halle con la vihuela
en la mano perdonad.
(Pone la vihuela en la mano de la Duquesa.)

ESCENA VII.

EL DUQUE. - DICHOS.

DUQUE. *(Ap. Esta vez la diligencia*
me ha de lograr el deseo.
¡Qué miro! Mi prima es esta.
Bien me dijo la criada
que no es más hermosa que ella;
pero es hermosa, y su voz,
al lado de su belleza,
basta para que mi amor
cobre ahora más violencia.)
Prima y señora, ¿es posible
que yo tan poco os merezca,
que la ventura de veros
queréis que a este hurto la deba?
(Hablan aparte Fenisa y la Duquesa.)

FENISA. Por mí os tiene.

DUQUESA. Ya lo entiendo.

FENISA. Responded por mí.

DUQUESA. Eso es fuerza.

Señor, pues ¿por qué razón
(Al Duque)

pensáis que ser culpa pueda
mi recato? O ¿por qué causa
desea verme vuestra alteza?

FENISA. *(Aparte.)*

Si él la enamora aquí, es cosa
para que yo el juicio pierda.

DUQUE. La culpa es que de mi dicha
avara es vuestra belleza.

La causa de mi deseo
hasta aquí vuestra voz era,
mas ya lo son vuestros ojos.

DUQUESA. Si la enfermedad es esta
del Duque, no es muy mortal;
mucho me he holgado en saberla.
Carlos ha sido dichoso,
pues ya el desaire me enseña
a hacerle duque de Parma
por castigar esta ofensa.)
¿Qué, en fin, Señor, es mi voz
la que el deseo os despierta?

DUQUE. Hasta aquí fue vuestra voz;
pero ya vuestra belleza.

COLMILLO. *(Aparte.)*
Eso no puede ser malo,
si enamora a la Duquesa,
teniéndola por su prima.

DUQUESA. Pues ¿qué es, Señor, lo que intenta
vuestro deseo, movido
de mi voz o mi belleza?

DUQUE. Haceros dueño de un alma,
no he dicho bien, que ya es vuestra;
deciroslo, porque vos
toméis posesión en ella.

COLMILLO. *(Aparte.)*
Por Dios, que es bueno tirar
al higo y dar en la breba.
Yo tengo linda ventana.

DUQUESA. Pues ¿qué intento en eso lleva
vuestro amor, siendo casado?

DUQUE. Yo ¿con quién?

DUQUESA. Con la Duquesa.

DUQUE. Pues ¿no sabéis que por vos
he mandado detenerla?
Vos habéis de ser mi esposa,
si la corona me cuesta.

FENISA. *(Aparte a Laura.)*
Laura, ¿has visto tal desaire?

COLMILLO. *(Aparte.)*
¡Bueno es tocar la tercera,

después de ver la Duquesa.

DUQUE. Eso dadlo ya por visto;
que aunque más hermosa sea,
si le falta vuestra voz,
no es posible que la quiera.

DUQUESA. *(Aparte.)*
¡Que esto escuche mi hermosura!

FENISA. *(Aparte.)*
¡Hay más extraña fineza!
¡Que esté despreciando a dos,
y a entrambas las favorezca!

DUQUE. Demás desto, mis criados
la han visto, y según me cuentan
no puede ser como vos.

COLMILLO. Jesús, Señor, no la llega.

DUQUE. ¿No es esto verdad, Colmillo?

COLMILLO. Sí, Señor; que la Duquesa
tiene aquella misma boca,
aquellos ojos y cejas,
aquella frente, aquel pelo,
y todas aquellas señas;
tanto, que aquí me parece
que miro su cara mesma;
mas es mucho más hermosa.

DUQUE. ¿Cuál es más hermosa?

COLMILLO. Aquesta.

DUQUE. Pues ¿eso puede dudarse?

COLMILLO. ¡Jesús! hay gran diferencia,
como comparar un huevo
a una clara y una yema.

DUQUE. Si esa es la duda, Señora,
bien presto vencida queda.

COLMILLO. Diz que la Duquesa es roma,
y tiene un diente hacia fuera.

DUQUE. ¿Quién ha visto eso?

COLMILLO. Colmillo.

DUQUE. Para que yo la aborrezca
es eso, y no para dicho.

DUQUESA. *(Aparte.)*
Lo mejor desto es, que sea
el Duque algo desairado

mal talle, poca presencia,
¡y que me esté despreciando!
DUQUE. Parece que estáis suspensa;
si eso es duda de mi amor,
no hay razón para tenerla,
sabiendo vos que por vos
he dejado a la Duquesa.

DUQUESA. (*Ap.* ¡Bueno es alegarme a mí
mi desprecio por fineza!)
Si piensa que eso me obliga,
se ha engañado vuestra alteza
que el mérito de mi voz
de mi hermosura es ofensa.
Ayer estaba casado
con una dama tan bella
como la Duquesa ¿y hoy,
porque me oyó, la desprecia?
Pues ese mismo desaire
temo yo que me suceda;
porque para mí hay mañana,
si hay hoy para la Duquesa.
Y mi desprecio está solo
en que oiga su ligereza
otra que cante mejor
y me deje a mí por ella.
Yo no he de fiar mi pecho
de voluntad tan ligera
que con una voz se muda,
que es el riesgo que más suena;
y de tan justo recelo
no se admire vuestra alteza,
porque la voz que le muda
es la que a mí me despierta.
Y antes que venga mi padre,
me dé para irme licencia;
que mi pecho él se la toma
de no admitir sus finezas.

DUQUE. Oid, Señora, esperad.

DUQUESA. No estoy aquí con decencia.
(*Ap.* Carlos ha de ser mi esposo,
pues logra en él mi belleza

inclinación y venganza;
y aunque el desaire me ofenda,
después de haber visto al Duque,
voy del desprecio contenta)

(Vase con Silvia.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, FENISA, LAURA, COLMILLO.

DUQUE. Oid vos.
COLMILLO. Esto es mejor.
FENISA. ¿Qué me manda vuestra alteza?
DUQUE. Le dijisteis a mi prima
lo que os dije?
FENISA. ¿Eso pudiera
habérseme a mí olvidado?
COLMILLO. *(Ap. ¡Ay Dios, que la hace tercera
de sí misma!)* Eso, Señor,
no tardó en saberlo ella,
mas que estotra en escucharlo.
DUQUE. ¿Sábeslo tú?
COLMILLO. Aquesa es buena;
fíate desta, Señor,
que es grandísima alcahueta.
DUQUE. Pues ¿qué respondió?
FENISA. Enojada
escuchó que tú la quieras,
por lo que yo te previne.
DUQUE. Pues ¿qué prevención es esa?
FENISA. La de aquella que te quiere,
que es dama que tanto aprecia
como a sí misma.
DUQUE. ¡Qué escucho!
¿Estáis hablando de veras?
FENISA. Pues ¿con vos he de burlarme?
DUQUE. ¡Hay locura como aquesta!
*(Ap. a Colmillo. Oyes, aquesta criada
está hablando por sí mesma.)*
COLMILLO. Luego ¿ella es la que te quiere?
DUQUE. Sí, y quiere que yo la quiera.
COLMILLO. ¡Que aquesta despilfarrada
a ti el respeto te pierda!

DUQUE. Cásala con un lacayo.
(*A Fenisa*)
Pues esa mujer ¿qué intenta?

FENISA. Si ella quiere, deseará
que tú te cases con ella.

DUQUE. (*Aparte a Colmillo.*)
¿Oyes esto?

COLMILLO. ¡Vive Dios,
que es muy grande desvergüenza!
Ya merece un barrendero.

DUQUE. (*A Fenisa.*)
Decidla, si eso desea,
que yo le propondré al Duque
su amor, y en correspondencia
haga ella esto con mi primo,
que podrá ser que la quiera.

FENISA. Pues decidle vos al Duque
que esta dama es tan soberbia,
que es posible, aunque después
el Duque llegue a quererla,
que no quiera ser su dama
la que él hace su tercera.
(*Vase con Laura.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE, COLMILLO.

DUQUE. ¿Qué dices desto, Colmillo?

COLMILLO. Que el jubón se me revienta,
de risa, por los costados.

DUQUE. ¿Has visto cosa como esta?
¿Quién es aquesta criada?

COLMILLO. Yo bien la conozco, y era
su madre...

DUQUE. ¿Quién fue su madre?

COLMILLO. Quien dio a tu prima la tela,
y son hermanas de leche.

DUQUE. ¿Si es loca?

COLMILLO. Y este es su tema.

DUQUE. Mas mi prima ¿no es hermosa?
¿No es mejor que la Duquesa?

COLMILLO. ¡Jesús! más de palmo y medio.

DUQUE. ¿Puede acaso ser como ella,
aunque sea más hermosa?

COLMILLO. Eso es poner una vela
al lado de una bujía.
La Duquesa es algo fea,
al andar es desairada;
¿Reparaste en las caderas,
que levanta una más que otra?

DUQUE. ¿Cuándo?

COLMILLO. Al entrar por la puerta.

DUQUE. Pues ¿yo la vi?

COLMILLO. Así es verdad,
Que tú no estabas con ella.

DUQUE. Ni quiera amor que lo esté,
Como yo a mi prima tenga.

COLMILLO. *(Aparte)*
¿Puede haber más lindo chiste?
¿Qué hará el Duque cuando sepa
que la Duquesa y su prima
son entrambas de una pieza?

DUQUE. ¿Qué dices?

COLMILLO. Digo, Señor,
que si tú agora te cebas
con el sabor del conejo,
y te le engulles, no sea,
que cuando sepas que es gato
quieras volverle y no puedas.

DUQUE. Pues ¿cómo puede ser eso?

COLMILLO. Digo yo, si la Duquesa
te pareciese mejor.
(Ap. Mas; ¡que se me ha de ir la lengua!
Pero aqueste es el remedio.)
Federico.

DUQUE. Salte afuera.

COLMILLO. *(Aparte.)*
Si no me socorre el viejo,
toda la cuba revienta.

(Vase)

ESCENA X.
FEDERICO. - EL DUQUE.

DUQUE. ¿Federico?
FEDERICO. Gran Señor.
DUQUE. Tengo de vos una queja.
 ¿No sabéis vos, Federico,
 que tengo yo sangre vuestra,
 y que vos la tenéis mía,
 y quien su valor desprecia
 me ofende?

FEDERICO. Pues ¿quién es?
DUQUE. Vos,
 que, obligado a engrandecerla,
 sois quien la tenéis en menos.

FEDERICO. No he entendido a vuestra alteza.
DUQUE. Pues ¿vos no sois quien tenéis
 en Milán la mejor prenda,
 más digna de mi corona,
 y os vais a buscar afuera
 dueño para mi albedrío?

FEDERICO. ¿Qué prenda, Señor, es esa?
DUQUE. Vuestra hija.
FEDERICO. *(Ap. ¡Ay Dios! ¿qué escucho?)*
 Pues ¿habéis llegado a verla?

DUQUE. Sí, que no bastan recatos
 a amorosas diligencias;
 su voz fue a mi amor el norte
 con que descubrí mi estrella.

FEDERICO. ¿Qué decís? ¿No veis que es ya
 vuestra esposa la duquesa
 de Parma?

DUQUE. Lo que yo digo
 es lo que es justo que sea:
 mi esposa ha de ser mi prima.

FEDERICO. Señor, señor, las quimeras
 de amor, efectos del gusto,
 no son para anteponerlas
 al honor; el vuestro está
 empeñado en la Duquesa,
 y el mío y el de Milán;
 vuestra esposa ha de ser ella.
 No imaginéis fantasías;
 que razones como estas

más son de mozo que duque.
Permitidme esta licencia;
que estas canas son la nieve
con que ese fuego se temple.

DUQUE. Federico, esto ha de ser;
y porque en la resistencia
no perdáis tiempo, sabed
que mis bodas ya están hechas.

FEDERICO. ¿Hechas? ¿Qué decís, Señor?
(*Ap.* El cielo aquí me defienda;
que la Duquesa dirá
que yo, por lo que interesa
mi ambición, soy quien la engaña.
no es posible que lo crea;
que mi hija es muy mi hija,
y sin mí no se atreviera.)
¿Hechas vuestras bodas ya?
¡Dénme los cielos paciencia!
Mirad bien lo que decís.

DUQUE. Pues ¿no basta que yo quiera?

FEDERICO. ¿Cómo basta? No, Señor.

DUQUE. ¿No?

FEDERICO. No, con vuestra licencia;
que vos a errar no bastáis,
siendo yo quien os gobierna.

DUQUE. Pues ¿quién lo puede impedir?

FEDERICO. Vuestro honor, vuestra grandeza,
la razón y la justicia,
vos, que es una cosa mesma;
y yo, Señor, yo también;
que para cosas como estas
vos mismo me habéis de dar
contra vos la resistencia.

DUQUE. Pues no os la doy, Federico;
y os mando que me obedezca
vuestra lealtad, o lo hará
mi amor sin vuestra obediencia.

FEDERICO. ¡Jesús! Señor, ¿qué decís?
Este Mozo se despeña;
Dios me libre destos juicios.
Vuelva a saber vuestra alteza

que yo no le he de dejar
caer en tan grande afrenta.

DUQUE. Pues yo a vos vuelvo a deciros
que ha de ser, aunque no quieran
vuestras canas.

FEDERICO. Será eso
para que Milán se pierda.

DUQUE. Federico, reparad
que habláis conmigo, y ya es esa
osadía demasiada,
y sabré, si vos tenerla,
dar la mano a vuestra hija
y cortaros la cabeza.

FEDERICO. Mi cabeza está postrada
a vos por obligación,
y a cosa tan mal pensada
la bajará vuestra espada,
mas no vuestra sinrazón.
Y aunque os admire el oillo,
en esto, Señor, me cierro;
que yo no he de permitillo,
y obedeceré a un cuchillo
por no obedecer a un yerro.
La palabra es el primero
honor del hombre: está dada;
se ha de cumplir por entero;
porque ni aun de amor el fuero
la deja desobligada.
Que yo resista, Señor,
lo que mandáis no es muy justo;
mas no es vasallo traidor
quien es desleal al gusto
por ser leal al honor.
Quien os resiste es tirano
si en vuestra ofensa se muestra;
mas siendo en honor, yo gano,
porque es una mano vuestra
quien resiste la otra mano.
Con ella ha de ser la lid
que os digo y que os da sospecha;
que lo intente permitid;

y si lidian, advertid
que yo esgrimo la derecha.
Si me vence su porfía,
no cortaréis con la diestra
mi cabeza, y en tal día
la muerte podrá ser mía,
mas la afrenta ha de ser vuestra.

*(Vase. Al propio tiempo llegan Carlos y Colmillo, que se detienen en el cancel de la
puerta
y hablan aparte.)*

ESCENA XI.

CARLOS, COLMILLO. - EL DUQUE.

CARLOS. ¡Cielos, rara ventura!
COLMILLO. Señor, cabe primero lo que pasa.
CARLOS. La Duquesa la dicha me asegura
y conmigo se casa.
COLMILLO. ¿Sabes lo que hay de nuevo?
CARLOS. Nada saber procuro.
COLMILLO. Oye con Barrabás, pues yo me atrevo
a advertirte que aqueso no es seguro.
CARLOS. ¿Qué dices? Mas el Duque está presente;
yo le pido licencia.
COLMILLO. Hombre, detente;
que te vas a perder.
CARLOS. *(Presentándose)*
Aparta, loco.
COLMILLO. Pues acuérdate de eso de aquí a un poco.
DUQUE. ¿Es Carlos?
CARLOS. El que ya tus plantas besa.
DUQUE. ¿Con qué acción os volviste a la Duquesa?
CARLOS. Señor, volví y la dije que tú estabas
tan malo, que su vista dilatabas
porque enfermo su alteza no te viera.
Mas ella lo tomó de tal manera,
que, o porque ha hecho aprehensión de su desprecio
o porque acaso de entre el vulgo necio
esta mormuración llegó a su oído,
de su desaire la venganza ha sido
favorecerme a mí; y soy tan dichoso,
que me quiere, Señor, hacer su esposo;

su mano quiere darme porque en ella
tenga mi suerte su feliz estrella.

Con su mano, Señor, tomar espero
mi estrella; tan feliz me considero,
pues porque suba yo a tomarla ufano,
es todo el cielo quien me da la mano,
pero siendo primero mi obediencia,
no la quiero lograr sin tu licencia,
y a pedírtela vengo, desto ufano.

DUQUE. ¿Que la Duquesa a ti te da la mano?
Y ¿párecete, Carlos, que es decencia
que yo para casar te dé licencia
con quien te ha parecido tan hermosa,
cuando vas a traerla por mi esposa?

CARLOS. Pues dejándola tú, ¿quién la pudiera
merecer más que yo?

DUQUE. Yo lo dijera
si tanto indicio no me hubiera dado
tu deslealtad; que haberte enamorado
desde ayer, que supiste que no es mía,
no puede ser; que es corto plazo un día
para concierto, que de atrás se infiere.

COLMILLO. ¡Qué! No, Señor; que ha mucho que la quiere
DUQUE. Carlos, yo vuestro pecho he conocido,
y aunque yo a la Duquesa no he querido,
bastaba que por mía ibais por ella,
para que, cuando os pareció tan bella
(Teniendo vos mi sangre, que es más feo),
fuese a los ojos pero no al deseo.
Más yo castigaré intentos villanos.

CARLOS. ¡Señor, viven los cielos soberanos...

DUQUE. No me habléis más en esto.

CARLOS. Ya es forzoso
pedir licencia para ser dichoso.

DUQUE. Si pudiereis volver a su presencia,
bien os podéis casar; yo os doy licencia.

(Vase)

ESCENA XII.

CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. Cielos, ¡qué es esto que escucho!

¿Licencia me da, si puedo
volver a ver la Duquesa?

COLMILLO. Pues ¿qué has inferido de eso?

CARLOS. Que me lo quiere estorbar.

COLMILLO. Eso yo también lo temo.
El que te ha de embargar las mulas.

CARLOS. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

COLMILLO. Pues ¿eso dudas ahora?
Veslo aquí cómo era bueno,
para hablar después al Duque,
haberme oído primero.

CARLOS. Pues ¿qué era lo que decías?

COLMILLO. ¿Agora quieres saberlo?
¿Qué ha de ser lo que se sigue,
después del asno estar muerto?

CARLOS. ¡No me dirás lo que ha sido?
Di, Colmillo, ¿qué hay de nuevo?

COLMILLO. De nuevo, Señor, no hay nada,
porque lo que hay es ya viejo:
que el Duque se ha enamorado
de la Duquesa.

CARLOS. ¿Eso es cierto?

COLMILLO. Así lo estuviera yo.

CARLOS. Pues ¿cómo ha sido?

COLMILLO. Dio en ello,
viéndola ahora en tu cuarto,
y su juicio está perdiendo;
digo el sentido, que el juicio
para el Duque, *volaverunt*.

CARLOS. Malas nuevas te dé Dios.
(Dale.)

COLMILLO. Y a ti te ablande los dedos
aunque sea a panadizos,
pues la cara me has deshecho;
¿piensas que estás amasando,
hombre del diablo?

CARLOS. ¿Qué es esto?
¡Que ya de mi voluntad
no es dueño mi entendimiento!
Y aunque quiera revocarla,
no he de poder, vive el cielo!

¿Cómo la vio o cómo pudo
enamorarse tan presto?
Dilo pues.

COLMILLO. Señor, el hombre
es fácil y pega luego.
CARLOS. Pues ¿supo que ella aquí estaba?
COLMILLO. No, Señor; que ese es el cuento.
Mas ellas vienen aquí
con tu padre.

CARLOS. Yo resuelvo
no darme por entendido,
y proseguir en mi empeño.
No digas que yo sé nada.

COLMILLO. Obedecerte prometo;
que ya saben mis hocicos
cómo son tus mandamientos.

ESCENA XIII.

LA DUQUESA. FENISA, FEDERICO - DICHOS.

FEDERICO. ¿Eso, Señora, ha pasado?

DUQUESA. Sí, Federico; él muy tierno
me tuvo por vuestra hija,
y me enamoro, y yo quiero
volverme, pues ya de verle
se me ha logrado el deseo,
y para casarme a gusto,
tengo ya elegido el dueño.

FEDERICO. *(Aparte)*
Cielos, ¡hay mayor ventura!
Todo aquí se me ha dispuesto
como yo lo deseaba;
pues el Duque, presumiendo
que era mi hija la Duquesa
se rindió a su rostro bello,
y por mujer me la pide;
con que yo en dársela luego,
quedo bien con la Duquesa
y con él, pues te obedezco.

FENISA. *(Aparte)*
Aunque yo estoy desairada,
buen fin tendrá mi desprecio

si la Duquesa se casa
con Carlos; ¡quíralo el cielo!

CARLOS. Ya, Señora, al Duque he hablado.

DUQUESA. Trata, Carlos, al momento
de disponer mi partida.

CARLOS. Y será con gusto nuevo,
pues para ser vuestro esposo
del Duque licencia tengo.

FEDERICO. Carlos, ¿qué es eso que dices?

CARLOS. Que ya la licencia llevo
para ser duque de Parma.

FEDERICO. Pues ¿cómo puede ser eso,
si el Duque se ha enamorado
de la Duquesa, entendiendo
que era mi hija, y me la pide,
y estoy loco de contento
de ver que con la Duquesa,
puedo lograr su deseo,
y cumplirla mi palabra?

DUQUESA. Es que yo agora no quiero,
que mujeres como yo
no se enamoran por ecos
de otras cuya voz los llama;
porque aquese rendimiento
se debe a lo que imagina,
y no a lo que le parezco.

FEDERICO. ¿Qué es lo que dices, Señora?

FENISA. Pues Señor, ¿no es esto cierto?
Hace muy bien la Duquesa,
que él la enamoró, entendiendo
que era yo, porque de oírme,
lo estaba ya de mi acento;
y a ser yo vos, si de amor
a verle llegara muerto,
no admitiera sus finezas.
(*Ap.* Bien sabe Dios que yo miento;
mas porque me importa aquí,
hablo contra mi deseo.)

FEDERICO. ¿Qué estás diciendo, rapaza?
¿Quién a ti te mete en eso?
Vete de aquí.

FENISA. Yo, Señor,
digo que ha sido desprecio
de su hermosura.

FEDERICO. ¿Tú sabes
de amor, ni haces juicio en esto?

DUQUESA. Si ha visto el desprecio mío,
¿no es fuerza que ha de saberlo?

FENISA. Yo, Señor...

FEDERICO. Vete a tu cuarto.

FENISA. Sé el desaire.

FEDERICO. Éntrate adentro.
Vete luego. ¡Miren pues!
¿Qué sabe ella de desprecios?

FENISA. Ya me voy.

FEDERICO. Éntrate pues.

FENISA. *(Ap. a la Duquesa.)*
Señora, pues fue su intento
quererme a mí, no le admitas.

FEDERICO. Muchacha, ¿qué estás diciendo?

FENISA. Me despido.

FEDERICO. Vete pues.

FENISA. Va, Señor, ya te obedezco.
(Vase)

ESCENA XIV.

LA DUQUESA, FEDERICO, CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. Señor, si el Duque a mi hermana
quiere, y le mueve su acento,
no es la Duquesa a quien ama.

FEDERICO. Pues ¿qué viene a importar eso,
si al verla fue su hermosura
la que llevó su deseo?

CARLOS. No es, Señor, sino la voz.

COLMILLO. Y yo soy testigo de ello,
porque a él lo habla enamorado
la voz, y aunque hallara dentro
un capón fuera lo mismo.

DUQUESA. Sea o no, ya es este empeño
de mi elección y mi gusto.

CARLOS. Y de mi amor, que no es menos,
para defenderlo ya.

COLMILLO. Y mío; que también quiero
a la Duquesa yo, en cuanto
haya lugar de derecho.

FEDERICO. ¿Qué decís, locos, osados,
atrevidos, sin respecto?
¿Tú has de osar poner los ojos
en las prendas de tu dueño?

DUQUESA. Si yo lo fuera, no diera
la licencia para ello;
pero habiéndosela dado,
puede Carlos y yo puedo.

CARLOS. Y con esta voluntad
resisto yo tus preceptos.

FEDERICO. ¿Qué es resistirlos, villano?
¿Tú hablas así? ¡Vive el cielo,
que te haga cortar al punto
la cabeza!

COLMILLO. (*Aparte.*)
Del proceso.

ESCENA XV.

UN CAPITÁN, CRIADOS. - DICHOS.

CAPITÁN. ¿Carlos?

CARLOS. ¿Qué es lo que queréis?

CAPITÁN. A que os deis a prisión vengo,
y a que me entreguéis la espada
por el Duque...

CARLOS. ¿Cómo es esto?

COLMILLO. Las mulas te han embargado.

CARLOS. (*Aparte a Colmillo.*)
Cielos, ya mi mal es cierto!
Sin duda el Duque sabía,
cuando vio su rostro bello,
que estaba aquí la Duquesa,
y la enamoró; y si es esto,
corre peligro mi vida.

COLMILLO. Pues pongamos tierra en medio.

CARLOS. (*Al Capitán.*)
Yo no he de darme a prisión.

COLMILLO. Ni yo me doy ni me presto.

FEDERICO. ¿Qué es lo que dices, traidor?

Entrega la espada luego.
¿Tú a tu dueño la resistes?
DUQUESA. *(Deteniéndole.)*
Federico, deteneos;
que Carlos no habla aquí ya
como vasallo a su dueño,
sino como mi marido.
FEDERICO. ¿Agora estamos en eso?
La espada ha de dar, Señora;
que ni lo es ni puede serlo.
Andad, Señor, dad la espada.
CARLOS. Por mi padre te obedezco;
que si no...
(Entrega a su padre la espada.)
FEDERICO. *(Al Capitán.)*
Aquesta es la espada;
tomad, Señor, vaya preso.
(Ap. Así remedio este daño.)
DUQUESA. Federico, ¿cómo es esto?
¿No atendéis a lo que digo?
FEDERICO. Señora, y ¿cómo que atiendo!
DUQUESA. ¿No veis que es mi esposo Carlos?
FEDERICO. ¿No veis que no puede serlo,
pues yo, a quien le está mejor,
soy quien lo está resistiendo?
DUQUESA. Pues sabed que yo del Duque
viendo el injusto desprecio,
con razón te he dado a Carlos
digno lugar en mi pecho;
que soy duquesa de Parma,
y armas y vasallos tengo.
Mirad si podré librarle,
pues ya conmigo le llevo.
(Vase.)
FEDERICO. ¡Jesús, qué extraña locura!
CARLOS. Señor, si ella...
FEDERICO. Calla, necio.
CARLOS. La Duquesa...
FEDERICO. ¿Qué duquesa?
CARLOS. Lo quiere.
FEDERICO. Llevadle luego.

CARLOS. Pues ¿no lo oyes?
FEDERICO. Que es en vano.
 No puede ser, vaya preso.
 (Vase.)
CARLOS. Cielos, ¡qué intenta mi padre!
COLMILLO. Que no quiere verse suegro.

Jornada tercera.

Salón del palacio.

ESCENA I.

EL DUQUE, CAMILO, FEDERICO.

FEDERICO. En mí no habrá resistencia,
 Señor, a vuestro poder;
 mas yo no me he de vencer.
DUQUE. Pues, Federico, ¿es violencia
 honraros con mi poder?
 ¿Tan mal acaso os están
 los blasones de Milán,
 que despreciáis su corona?
FEDERICO. *(Aparte)*
 Esto es cautelarme aquí;
 que si él tiene a la Duquesa
 por mi hija, no me pesa
 de que me la pide a mí,
 mas palabra no he de dar;
 cásese él sin mí con ella,
 que no dirá, al conocella,
 que yo le pude engañar.
 Y con esta confianza
 a la Duquesa detengo
 en mi cuarto, y la entretengo
 con una vana esperanza.
 Enamore su desdén
 el Duque, si es que se abrasa;
 que si ella con él se casa,
 todos quedaremos bien.
DUQUE. Federico, ¿qué decís?
 ¿Hemos de ser enemigos?

Ahora bien, seamos amigos.

FEDERICO. Si tanto me persuadís,
será forzoso que os diga
que es mi hija, gran señor,
quien resiste vuestro amor.

DUQUE. Si la obediencia la obliga,
como vos se lo mandéis,
no creo yo de su obediencia
que quiera hacer resistencia.
Vos excusaros queréis
con ella por más decente.

FEDERICO. Antes, Señor, no porfío
en violentar su albedrío,
porque sé que es obediente.

DUQUE. Pues eso es decirme a mí,
que lo solicite yo.

FEDERICO. Ni puedo decir que no,
ni quiero decir que sí.

DUQUE. Pues desde hoy será mi empleo
solicitar su hermosura.

FEDERICO. Si vuestro amor lo procura
(*Ap.* Eso es lo que yo deseo),
Me lográis dos atenciones:
una, que si ella os amó
sin mí, no dirán que yo
fomento estas sinrazones;
porque en caso tan violento,
ya que os lleva la pasión,
podré daros permisión,
pero no consentimiento.
Otra, que si ella os admite,
nunca dirá su beldad,
que forcé su voluntad
que al daño mayor compite.
Obligad vos su hermosura
sin mí, que no es tan violento.
(*Ap.* Si así se logra mi intento,
no quiero mayor ventura.)

DUQUE. En pago de esa fineza,
que agradezco, Federico,
ya otra ventura os publico,

que no os da menos grandeza..
A Carlos perdono yo
por vos: idle ya a librar,
que luego se ha de casar
con la Duquesa.

FEDERICO.

Eso no.

*(Ap. ¿Con la Duquesa? Por Dios,
que íbamos bien aviados.)*

Señor, los mozos osados,
que no os respetan a vos,
castigarlos es muy bien;
pague en la prisión su exceso.

DUQUE.

¿Qué decís?

FEDERICO.

Que está bien preso,

y castigado también.

¡Carlos loco se enamora
de mujer que juzga ajena!

Par Dios, que la haríamos buena
si le soltasen ahora.

DUQUE.

Ya eso queda muy atrás;
yo le soltaré sin vos.

FEDERICO.

Eso, no, Señor, par Dios,
que no nos faltaba más.

El favor que ahora pretendo,
es que no me le soltéis.

DUQUE.

Pues si voz eso queréis,
por ahora lo suspendo.

FEDERICO.

Sí, Señor, no deje rastro
su osadía a otros así.

CAMILO.

(Aparte)

Pensando estoy entre mí
si es este padre o padrastro;
pues contra su beneficio,
de que sea su hija duquesa
y su hijo duque le pesa.

¿Los querrá poner a oficio?

DUQUE.

Federico, allí parece
que va mi prima; dejad
que la hable yo.

FEDERICO.

Pues lograd

la ocasión que se os ofrece.

(*Ap.* Ya no hay cosa que me aflija,
pues sin tener parte en nada,
ya la Duquesa empeñada
está en fingirse mi hija.
Enamore su desdén,
y allá se lo haya con ella;
que si él no puede vencella,
Con entrambos quedo bien.
Ríñanse ellos sus duelos;
Voyme pues, que temo aquí
Que me han de pegar a mí
su locura estos mozuelos.)
(*Vase.*)

ESCENA II.

EL DUQUE, CAMILO; *luego* LA DUQUESA y LAURA.

CAMILO. Señor, ¿es esta tu prima?
DUQUE. Esta es quien me quita el alma.
CAMILO. Muy hermosa es, pero yo
aténgome a la criada.
DUQUE. ¿No ves que con su hermosura
es su voz la que me arrastra?
CAMILO. Pues ¿qué haremos de tu amor
si esta mujer se acatarra?
DUQUE. Calla, que sale.
(*Sale la duquesa de Parma y Laura.*)
DUQUESA. (*Aparte a Laura.*)
Sin Carlos
no quiero volver a Parma,
y hasta que yo haya salido
de Milán, es fuerza, Laura,
que esté en nombre de Fenisa.
LAURA. El Duque está aquí.
DUQUESA. El me cansa
con el nombre.
DUQUE. Prima mía,
esperando la mañana
en vuestros ojos estoy;
que hasta que en ellos el alba
sale, para mí no hay día.
DUQUESA. Si eso vuestra alteza aguarda,

muy presto anochecerá,
mas la duquesa de Parma
le volverá a amanecer.

DUQUE. Con esa desconfianza
ofendéis vuestra hermosura.
*(Ap. Fingiré, por obligarla,
que la he visto.)* Y para daros
de mi amor nuevas fianzas,
yo he visto ya a la Duquesa;
y no sólo no os iguala,
mas va della a vos lo que hay
de la gracia a la desgracia.

DUQUESA. ¿Vos la habéis visto? Y ¿adónde?

DUQUE. Venía a verme disfrazada,
y yo la salí al encuentro;
no me ha parecido dama,
ni vi en mi vida mujer
más tosca ni desairada.

DUQUESA. Pues ¿en qué traje venía?

DUQUE. El traje no es circunstancia;
que la hermosura descubre
en cualquier traje la gracia.

LAURA. *(Aparte a la Duquesa.)*
¿No es esto bueno, Señora?

DUQUESA. *(Ap. Y en mí es la mejor venganza
darle a entender que lo creo.)*
¿Que tan fea es la de Parma?

DUQUE. No os lo podré encarecer.

DUQUESA. Vuestra noticia es extraño
para mí; que su hermosura
cuantos la han visto me alaban.

DUQUE. Pues han tenido mal gusto;
si no es que en mí sea la causa
estar hecho a ver la vuestra
y la afea la ventaja.
Con que no podéis decir,
para no estimar mis ansias,
que no es mi amor elección.

DUQUESA. No, pero diré que falta
la voluntad de mi padre
para poder estimarlas.

DUQUE. Antes agora mi tío,
hablándole yo, esta causa
remite a vuestra elección.

DUQUESA. Pues si él, Señor, eso manda,
de que será vuestra prima
vuestra esposa os doy palabra,
con que vos hagáis por ella
dos cosas.

DUQUE. Saberlas falta,
sólo para obedecerlas.

DUQUESA. Bien fáciles son entrambas;
soltar a Carlos es una,
otra, darme la palabra
de no estorbar que se case
con la duquesa de Parma.

DUQUE. Entrambas os las concedo,
y para cumplirlas, llama (*ACamilo.*)
a Carlos, venga aquí luego.

CAMILO. Harélo como lo mandas.
(*Vase*)

ESCENA III.

LA DUQUESA, LAURA, EL DUQUE.

DUQUE. Ya estáis vos obedecida.

DUQUESA. Y vos lo estaréis sin falta
de mi palabra también.

DUQUE. ¿No alentaré mi esperanza
un favor vuestro?

DUQUESA. Eso no;
que favores de la dama
que espera ser mujer propia,
al mismo que los alcanza,
mientras dama favorecen,
y en siendo mujer agravian.

DUQUE. La respuesta es como vuestra,
y como mía la demanda.

DUQUESA. Después la estimaréis más.
(*Hablan aparte Lauro y la Duquesa.*)

LAURA. Señora, ¿qué es lo que tratas?

DUQUESA. De empeñar aqueste necio,
pues él mintiendo se engaña.

LAURA. Pues ¿cómo ha de ser? Mas Carlos viene.

DUQUESA. Disimula y calla.

ESCENA IV.

CARLOS, COLMILLO. - DICHOS.

CARLOS. Sólo para obedecerte
vuelvo, Señor, a tus plantas
rendido. (*Ap.* Pero ¡qué miro!
Murieron mis esperanzas;
¡Ay de mí! ¿Aquí la Duquesa?
¿Qué es esto?)

COLMILLO. (*Aparte a Carlos.*)

Que está casada,
¿No se lo ves en los ojos?

DUQUE. Para que a casarte vayas
tienes ya licencia, Carlos.

CARLOS. ¿Adónde, Señor?

DUQUE. A Parma;
y a la que delante tienes
agradece aquesta gracia.

CARLOS. A ti primero, Señor;
beso mil veces tus plantas,
y después al dueño mío
daré en los brazos el alma.

DUQUESA. Carlos detente; ¿qué dices?

CARLOS. Que de mi amor en las aras,
el corazón, dueño hermoso,
que es tuyo...

DUQUE. Carlos, aparta.

CARLOS. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

COLMILLO. (*Aparte a Carlos*)

Señor, que aun dura la danza;
vuelve presto la tortilla,
que se quema.

CARLOS. (*Al Duque.*)

Yo le daba
el justo agradecimiento.

DUQUE. ¿No hay más decentes palabras?

CARLOS. Esto, Señor, son cariños
que estilo yo con mi hermana.

DUQUE. Pues sabed que es ya mi esposa,
y por Duquesa, tratadla
ya como a señora vuestra,
porque la he de dar mañana
la mano.

CARLOS. *(Aparte a Colmillo.)*
 ¿Qué es lo que escucho,
Colmillo?

COLMILLO. Cayó la trampa
y te ha cogido la mano.

CARLOS. *(Al Duque.)*
Si mi padre, que es quien manda
mis acciones, viene en ello,
vuestra prima es vuestra esclava.

DUQUE. Voy a que os dé la licencia.
Y tú, Carlos, pues te casas,
ésta que ves es mi esposa;
olvida ya que es tu hermana. *(Vase.)*

ESCENA V.

CARLOS, COLMILLO, LA DUQUESA, LAURA.

CARLOS. *(Aparte a Colmillo.)*
¡Ay, Colmillo! yo soy muerto,
aquí acabó mi esperanza.

COLMILLO. *(Aparte)*
El Duque se la comió,
como la vio bien guisada.

CARLOS. ¡Ay de mí!

DUQUESA. Carlos, ¿qué es esto?
¿Tú suspiras, cuando aguarda
Parma en ti su digno dueño,
y yo a que conmigo partas
a ser rey de mi albedrío?

CARLOS. Pues viendo tú lo que pasa,
¿cómo piensas que ser puede?

DUQUESA. ¿Eso dudas? Luego trata
de disponer mi partida,
y esta noche me halle el alba
tan lejos ya de Milán,
que no me alcance en sus alas
del Duque el necio deseo.

CARLOS. ¡Hay desdicha más extraña
que ofrecerse esta ventura
a mano que no la alcanza!

COLMILLO. Si tú te encoges, Señor,
¿cómo quieres alcanzarla?
Pesia mí, ponte en puntillas,
y si no alcanzas, alarga.

CARLOS. Yo soy infeliz, Señora,
y mi suerte es tan tirana,
que para darme estas penas,
me dio aquellas esperanzas.
Yo fui por ti para el Duque,
y su aprehensión engañada
no vio en su imaginación
lo que vio luego en tu cara.
Cuando él dejó tu hermosura
por esta o por otra causa,
tuvo lugar mi lealtad
de amarte sin ser tirana.
Mas estando enamorado
de ti, y viendo yo sus ansias,
burlar yo su sentimiento
fuera delito y infamia.
El primer lugar en ti
tiene su amor por mil causas,
mis esperanzas cabían
en el que el Duque dejaba;
él le ha ocupado, Señora:
con que ya es fuerza que salgan,
porque aunque quieran quedarse,
sin respeto ha de arrojarlas.
Cuando algún príncipe va
por algún paso, su guarda
despeja, y el que está al paso
se quita, o ella te aparta.
Esto me sucede a mí,
pues cuando yo en él estaba,
entrar veo por tu pecho
al Duque pidiendo plaza.
Sus guardas son mis respetos:
pues ¿de qué sirve esperarlas,

si cuando yo no me aparte,
me han de despejar las guardas?
Yo no puedo resistirle,
pues si mi lealtad bizarra
se le ha de rendir de humilde,
mas vale morir de honrada.
Engañar yo su deseo
no es digna acción de mi fama;
que no se excusa la muerte
cuando la vida es tirana.
Y mira si en mi nobleza
fuera esta culpa bien clara,
pues estando yo tan ciego,
puedo ver que fuera mancha.
Ya él te quiere, y en quererle
dos glorias juntas te aguardan:
una, el perdonar su yerro,
y otra agradecer sus ansias.
Lógrele pues, y tú fina
quíerele... Mas tal no hagas;
no le quieras, pese a mí,
que eso es arrancarme el alma.
Admítele, pues es fuerza,
y si tú quisieres, ama,
Sin que yo te lo aconseje;
que para ser leal basta
perderte sin que te pida
que le quieras, si te agradada;
que no debo yo al respeto
poner cuchillo y garganta.

DUQUESA. ¿Qué dices, Carlos, qué dices?
Pues ¿no sabes que ya el alma
está resuelta a quererle?

CARLOS. ¿Qué importa si mi desgracia
me deja incapaz, Señora,
de lograr dicha tan alta,
sabiendo que te ama el Duque?

DUQUESA. El Duque a mí no me ama,
porque él dice que me quiere,
pensando que soy tu hermana.

CARLOS. ¡Qué importa el yerro del nombre

DUQUESA. si él la persona señala,
y dice que a ti te adora?
Ser injuria de mi fama,
y no querer yo admitirle,
cuando con tu amor me agravia.

CARLOS. A mí no me toca eso,
sino respetar la dama
de mi dueño, y no atreverme
a cometer esta infamia;
porque, aunque estés ofendida,
cuando yo por ti lo haga,
no será mi culpa ajena
por ser tuya la venganza.
Faltar al Duque es traición
y agraviar su confianza;
faltarte a ti es grosería;
y siendo culpas entrambas,
de traidor u de grosero,
con mi dueño o con mi dama,
yo escojo la grosería
por no incurrir en la infamia.

DUQUESA. ¿Qué decía? ¿Grosero vos?
Pensáis vos que la villana
osadía permitiera
mi enojo sin castigarla?
Vos no podéis ser grosero,
no os doy yo licencia tanta;
que a serlo, vuestro delito
excediera mi venganza.
Vos sois desdichado y necio,
en que de gloria tan alta
sois incapaz: desdichado,
necio, en no saber lograrla,
y por desdichado y necio
os dejo en vuestra desgracia;
que para un necio el perderme,
es el castigo que basta.

(Vase.)

CARLOS. Escucha, Señora, espera.
LAURA. Carlos, la ocasión es calva;
pasando el copete, toda

la calavera es pelada.

(Vase)

ESCENA VI.

CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. Oye, Laura, espera, escucha.
COLMILLO. ¿Qué ha de oír? Pese a mi fama,
que he estado aquí reventando.
CARLOS. ¿De qué?
COLMILLO. ¿Que un hombre con barbas
pregunte eso? Pues oírte
¿para reventar no hasta?
Pues ven acá, hombre del diablo,
¿tienes juicio? ¿tienes alma?
Que no hiciera eso un hereje.
CARLOS. Pues ¿cómo puedo acatarla?
COLMILLO. Ven acá, hombre del demonio:
si ella te ruega, ¿qué aguardas?
¿No te da aquí su corona
una duquesa de Parma?

ESCENA VII.

FENISA, LAURA. - DICHOS.

FENISA. Carlos.
CARLOS. Fenisa, ¿qué dices?
FENISA. Pues ¿cómo agora desmayas
en tu amor, cuando te ofrece
la suerte dicha tan alta?
La Duquesa está resuelta
a partirse luego a Parma;
que ni el Duque ser quiere,
ni tuya; porque enojada
de ver tu tibieza, ahora
me ha contado lo que pasa.
Y al decirme su desprecio,
a los ojos se asomaban
las perlas mal resistidas
de su ofendida templanza;
que como habían menester
mucha atención sus palabras,
por ver lo que me decía,

no vía lo que lloraba.
 Ve, Carlos, que estás a riesgo
 de perderla si te tardas.
*(Ap. No temo yo su peligro,
 sino el que a mí me amenaza.)*
 CARLOS. ¡Ay Fenisa! ¿Qué he de hacer?
 FENISA. ¿Qué has de hacer? Desenójala.
 CARLOS. Y ¿si ella quiere vengarse,
 y no quiere?
 FENISA. ¿Eso reparas?
 Porfiar, hacer finezas,
 Y llorar si esto no basta;
 que ella se vendrá a rendir;
 que las mujeres que aman,
 cuando resistan el ruego
 es porque dure la instancia;
 porque en nosotras no hay gusto,
 cuando estamos enojadas,
 como que nos rueguen mucho;
 que es el regalo del alma.
 CARLOS. Y ¿si no hasta todo eso?
 COLMILLO. ¿Hay tal darle, si no basta?
 CARLOS. Pues yo voy.
 COLMILLO. Anda, babera.
 CARLOS. Temeroso voy.
 COLMILLO. ¿Qué aguardas?
 CARLOS. Ayúdame tú a vencerla.
 COLMILLO. ¡Pensé que al enamorarla.
 CARLOS. Anda, loco.
 COLMILLO. Pues ¿qué piensas?
 También a eso te ayudara.
(Vase con Carlos.)

ESCENA VIII.

FENISA, LAURA.

FENISA. Laura, ya mi corazón
 no lo puede resistir.
 Incendio esta pasión;
 si no cesa la ocasión
 del desaire, he de morir.
 LAURA. Pues tú ¿qué sientes, Señora?

FENISA. Amor es, Laura, mi mal.
LAURA. Pues ¿con qué ha crecido ahora?
FENISA. Por instantes empeora
este accidente mortal.
El amor, no solamente
nace de la perfección,
que enamora dulcemente;
que si nace esta pasión
del desprecio, es más ardiente.
Siempre quieren más al dueño
los que despreciados son;
porque ya a los que desdeño
los arrastra el desempeño
de su desestimación.
Yo, que me veo despreciada,
ardo más en mi pasión,
y ya está el alma empeñada
en ser del Duque adorada
por dar la satisfacción.
Mas si me llegase a ver
querida dél, ¡vive el cielo!...
LAURA. ¿Qué es lo que habías de hacer?
FENISA. Hacerle el juicio perder
con este mismo desvelo.
En rabia y pena mortal
le pusiera mi desdén;
Mas ¡ay Laura! No haré tal,
porque es este mucho mal,
y yo le quiero muy bien.
LAURA. Sepa el Duque, aunque esté ciego,
que es, Señora, tu belleza
la que canta; y, sin tu ruego,
si él no te adorare luego,
perderé yo la cabeza.
FENISA. Ay Laura, que en mis enojos
ya es la causa más atroz,
porque piensan mis antojos
que la Duquesa en sus ojos
le ha olvidado de mi voz.
Lo que causa la aprehensión
es inclinación precisa;

mas ya otros efectos son,
porque es más que inclinación,
la que él la tiene.

ESCENA IX.

LA DUQUESA. - DICHAS.

DUQUESA.

Fenisa.

FENISA.

¿Qué es lo que mandas, Señora?

DUQUESA.

Ya mis intentos no tienen
mas salida que mi ausencia:
el Duque casarse quiere
conmigo.

FENISA.

(*Ap.* ¡Ay de mí! ¡Qué escucho!

¡Mortal estoy!) ¿De qué suerte?

DUQUESA.

Él fue a pedirle a tu padre
que a ti por mujer le diese;
y tu padre, como sabe
que soy yo la que él entiende
que es su prima, vino en ello;
con que al instante resuelve
darme la mano de esposo.

FENISA.

Y ¿tú, Señora, lo quieres?

DUQUESA.

Por agora no, Fenisa:
que el desaire que padece
mi hermosura he de vengar
yéndome a Parma; y si él fuere
siguiéndome muy rendido,
cuando en Parma a verme llegue
desengañado y amante,
podrá ser que te desprecie.
Y así, luego he de partirme.

FENISA.

(*Ap.* ¡Ay cielos, que aquesto tiene
peligro, si el Duque ruega,
de ir a parar en mi muerte!)
Pues ¿Carlos, señora mía?

DUQUESA.

Ya ni aun el nombre me acuerdes
de hombre, que fue tan grosero;
que hasta su nombre me ofende.

FENISA.

(*Ap.* ¡Ay triste! Esto va perdido;
fingir aquí me conviene
por mi hermano una fineza.)

¡Ay Señora, si le vieses
ahora, aunque fueras bronce,
te enternecieras de verle!
Llegó a mí, muerto y turbado,
con el labio balbuciente,
quitándole a las palabras
la mitad en lo que siente.
Me dijo: «Fenisa, hermana.
por noble un hombre no pierde;
yo he enojado a la Duquesa
por tener respetos fieles.
Aquí me dejó sin alma;
que de sus ojos pendiente,
en la escarpia de sus iras
me la llevan sus desdenes.
Que la maltrate por mía
no es lo que mi pena teme;
pero va la suya en ella,
y el mismo riesgo padece.
Por mí intercede, Fenisa,
y si ablandarla no puedes,
dila que aparte la suya,
y de la mía se vengue.
Háblala, dila mi pena;
y si acaso no te atreves,
dime lo que he de decirla,
con que mi yerro se enmiende.
Tú sabrás esto mejor,
porque a lo que más las mueve,
sin esta experiencia, nacen
enseñadas las mujeres.»
Yo le dije que a pedirte
perdón al instante fuese,
y te hiciese rendimientos;
y él, resuelto a enternecerte,
dijo: «Yo voy a decirla
que el no querer ser aleve...
Mas no es este buen principio;
que el Duque... Peor es este;
que el temor... Mas este es yerro;
que el alma... si yo... si fuese...

Que estoy muerto, que mi vida;
que su enojo...» Y finalmente
lo que pensaba decirte
entre lo que duda y teme,
sin acabarlo ninguna,
lo empezó más de mil veces;
hasta que en un tierno llanto,
hechos sus ojos dos fuentes,
prorrumpió, volviendo el rostro
para que yo no le viese.
Llorando se fue, Señora,
y su llanto no merece
que ejecuten la sentencia,
que le han dado tus desdenes.
(*Ap.* No lo he fingido muy mal,
y es mucho si no lo cree,
porque también yo he llorado
por fingir más vivamente.)

DUQUESA. ¿Qué es lo que dices, amiga?
¿Que lloró?

FENISA. Tan tiernamente,
que me dejó enternecida.

DUQUESA. Y a mí también me enternece.

FENISA. (*Aparte.*)
¡Jesús! Pues si yo supiera
que no estaba tan rebelde,
no encendiera tanto el fuego;
que con menos lumbre hierve.

DUQUESA. Y ¿dónde se fue, Fenisa?

FENISA. Pues ¿qué, Señora, le quieres?

DUQUESA. Pues ¿no merece su llanto
que mi favor le consuele?
¿No merece que le alivie?

FENISA. Y ¡cómo que lo merece!
Mas ¿te casarás con él?

DUQUESA. Aunque el mundo lo impidiese,
ha de ser.

FENISA. Dios te lo pague.
Pues por aquestas mercedes
beso tu mano, Señora.

DUQUESA. ¿Tanto tú me lo agradeces?

FENISA. Por mi hermano. (*Ap. Mas Dios sabe que es porque al Duque me deje.*)

DUQUESA. No sólo ha de ser mi esposo,
pero lo he de hacer de suerte,
que él quede bien con el Duque
por su lealtad. Mas él viene;
disimula.

FENISA. Pues, Señora,
ya que tu disinio es ese,
no favorezcas al Duque.

DUQUESA. Mientras que por ti me tiene,
¿no es forzoso?

FENISA. No, Señora;
que hermosean los desdenes
a las damas cuando esperan
que han de ser proprias mujeres.

DUQUESA. Mira que sale.

ESCENA X.

EL DUQUE. - DICHAS.

DUQUE. Señora,
ya no queda inconveniente
que pueda estorbar mi dicha:
vuestro padre ya os concede
licencia, para que vos
hagáis dichosa mi suerte.

LAURA. (*Aparte.*)
Antes ciegues que tal veas.

FENISA. (*Aparte.*)
Yo vendré a ser la que ciegue
con los celos que me da.

DUQUESA. Señor, si mi padre quiere,
yo os cumpliré la palabra
que os di.

DUQUE. Pues ahora puede
vuestro favor alentarme.

FENISA. (*Aparte a Laura.*)
¡Laura, grande empeño es este!

DUQUESA. ¿Qué favor decís, Señor?

DUQUE. El de permitir que bese
la estrella de vuestra mano.

FENISA. *(Aparte a Laura.)*
¡Ay, Laura, si se la diese!

LAURA.
¡Jesús! No hará tal.

DUQUESA. Las damas
como yo, Señor, no tienen
Manos hasta que se casan.

DUQUE. Pues ya que eso ser no puede,
el de mirar vuestros ojos,
sin que avara me los niegue
vuestra esquivez, pido sólo.

DUQUESA. ¿Puedo yo negaros ese?

DUQUE. Pero ha de ser más de espacio;
sentaos, porque yo me siento.

DUQUESA. Sea muy enhorabuena.
(Se sientan.)

FENISA. *(Aparte a Laura.)*
Laura, ¡que á ver esto llegue!
Yo estoy perdiendo el sentido.

LAURA. Señora, pues tú lo quieres,
ten paciencia.

FENISA. ¿Qué es paciencia?
Que estoy tal, que he de perderme.

DUQUE. Señora, de vuestros ojos
un dulce veneno bebe
mi corazón, que mi ardor,
cuanto más bebe, más quiere.

FENISA. *(Aparte.)*
Había de ser el veneno
el que yo deseo que fuese.

DUQUESA. Si mi voz os ha debido
ese afecto tan ardiente,
no creo yo que son mis ojos
los que a tanto ardor os mueven.

DUQUE. Vuestra voz movió el deseo
de veros, mas fue accidente;
que al veros, en vuestros ojos
tomó la forma que tiene.

FENISA. *(Aparte a Laura.)*
¿Ves, Laura, como mi voz
no es ya lo que él apetece,
sino sólo su hermosura?

Pues esta mujer ¿qué tiene
más que yo? Mírala, Laura,
que hará que me desespere.

LAURA. Señora, que no te iguala.

DUQUESA. Y ¿si acaso yo no fuese
la que canta?

DUQUE. ¿Qué decís?

DUQUESA. ¿No pudiera fácilmente
ser una criada mía
la que cantaba?

DUQUE. (*Ap.* Ella quiere
examinar mi fineza,
que yo estoy bastante
seguro de que ella canta.)
Si yo antes eso supiese,
no buscara la ocasión
de veros; más ya no puede
revocarse mi cariño,
porque en mi pecho le enciende
vuestra divina hermosura.

FENISA. (*Ap.* Ya no hay remedio que espere,
ya yo estoy desesperada,
pues a la venganza apelen
mis enojos.) Vamos, Laura.

LAURA. ¿Dónde vas?

FENISA. (*Aparte a Laura.*)
A que me venguen
de una injuria y de un desprecio.

LAURA. ¿Quién, Señora?

FENISA. Mis desdenes.
(*Vase con Laura.*)

ESCENA XI.

EL DUQUE, LA DUQUESA; *luego*, FENISA, *dentro*.

DUQUESA. (*Aparte.*)
No es posible encarecer
lo que me alegro de verle
enamorado de mí;
porque el desaire que siente
el alma de su desprecio,
satisfago de esta suerte,

y porque luego el castigo,
cuanto él mas fino estuviere,
me dará mayor venganza.

(Suena un instrumento.)

DUQUE. Oid, ¿qué instrumento es este?

DUQUESA. Alguna de mis criadas
será, que así se divierte.

(Levántase el Duque al oír a Fenisa.)

FENISA. *(Canta dentro.)*

*Tiernas lágrimas derrama
Fenisa llorosa y triste;
bien se venga en lo que llora,
si las pierde el que las pide.*

DUQUE. *(Aparte y yendo hacia donde suena la voz.)*

¿Qué escucho? ¡Válgame el cielo!

Esta es la voz que suspende
mi sentido, y aquí a todos
los sentidos enmudece.

DUQUESA. *(Ap. ¿Qué miró? Estando conmigo*

*se va el Duque desta suerte
tras los ecos de la voz?
Aunque el desaire no ofende
mi grandeza, pues no sabe
quien soy; y aunque no le quiere
mi pecho, por mi hermosura
he sentido que me deje,
y es ya empeño el arrastrarle.)
Pues, Señor, ¿tanto os divierte
la música, que no veis
que estáis conmigo?*

DUQUE. Lléveme

de alguna imaginación.

(Ap. Yo erré, enmendarlo conviene;

que he desairado a mi prima.)

Perdonadme, porque siempre

la música me arrebata.

DUQUESA. *(Ap. Yo quiero favorecerle*

para vengarme.) Sentaos.

DUQUE. *(Aparte)*

¡No es bueno; que me parece
menos bien ahora que antes!

DUQUESA. ¡Qué talle tan diferente
tiene el hombre que se mira
corno a dueño!

DUQUE. ¿De qué suerte?

DUQUESA. Desde que sé que sois mío,
vuestro brío me suspende.

DUQUE. *(Aparte.)*
¡A buen tiempo, vive el cielo;
que si ella da ahora en quererme,
es todo lo que me falta!
¿Qué es esto que me sucede?

DUQUESA. Volved acá; ya no cantan.

DUQUE. *(Aparte.)*
Acabóse, esto se viene.
(Siéntase, cantan, y vuélvese a levantar.)

FENISA. *(Canta dentro.)*
No está lejos de que llore
quien de sus ansias se ríe;
porque la risa y el llanto
uno en otro se despiden.

DUQUE. *(Aparte.)*
¡Vive Dios, que estoy corrido
que a mí este engaño me hiciesen!
¿Quién puede ser la que canta?
Sin mí estoy; ¿qué engaño es este?

DUQUESA. *(Ap. Lo que me sucede a mí*
es peor, y no lo siente
mi amor, sino mi respeto;
porque aunque él saber no puede
que yo la Duquesa soy,
lo que mi hermosura pierde,
no lo deja de perder
por no ser lo que parece.)
Eso, Duque, ya es faltar
a lo que a mí se me debe.
¿Cómo es esto? Estando vos
connigo, ¿nada os divierte?
¿Será, Duque, que no sois
digno del bien que os promete
en mi mano la fortuna?
Y aunque era el bien aparente,

y no cierto, os le ha quitado
porque le perdáis dos veces.
Ni aun merecéis mi apariencia;
y si no hablo claramente,
guardad esto para cuando
podáis mejor entenderme.
(*Vase.*)

ESCENA XII

EL DUQUE; *luego*, FENISA.

DUQUE. ¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!
Esto a nadie le sucede,
yo he de perder el sentido.
Mas el instrumento vuelve;
por ver quién es, me retiro;
que aquí parece que viene.
(*Sale Fenisa, y pasa cantando por delante del Duque.*)

FENISA. (*Canta.*)
*Cuando sepa a quién desprecia,
quererla será posible,
y que vengue sus desprecios
la que agora los permite.*

DUQUE. (*Ap.* ¿Qué es lo que miran mis ojos?
La criada es la que canta;
a los pies de mi pasión
se ha caído toda el alma.)
Oid, Señora.

FENISA. ¿Qué mandáis?

DUQUE. ¿Vos de mi prima criada
no sois?

FENISA. Con mucha ventura.

DUQUE. No, sino mucha desgracia,
pues os quita vuestro estado
alguna dicha más alta.

FENISA. ¿Qué dicha?

DUQUE. Pudiera ser;
mas esto no es de importancia.
(*Ap.* Bien conocí su hermosura
cuando la vi.)

FENISA. (*Aparte*)

Albricias, alma;

DUQUE. que yo me vengaré ahora.
¿Cómo vos cuando yo entraba
a preguntaros ahora
la que cantó a las ventanas
de ese jardín, me engañasteis?

FENISA. Mi señora es la que canta,
pero yo canto también.

DUQUE. Pues yo por vos preguntaba.

FENISA. Y ¿qué dicha es, Señor, esa
que no me viene por alta?

DUQUE. La de que si fuerais vos
mi prima, como pensaba,
os diera yo la corona
de Milán; mas la del alma
os daré.

FENISA. Y ¿quién os ha dicho
que, aunque sea yo criada,
me faltará a mí altivez
para dejarlas entrambas?
La del alma, que os parece
a mí más acomodada,
me viene a mí muy pequeña,
aunque me juzgáis tan baja;
ni la de Milán, tampoco
sin mi gusto os acetara;
que yo, antes que la cabeza,
quiero coronar el alma.
Para dama soy yo mucho,
y aunque sea vuestra vasalla,
dadle licencia a mi honor
de tener esta arrogancia.
¿Qué es dama? ¡Viven los cielos!
Mas vuestra alteza no habla
conmigo en este sentido;
y si de casarse trata
y me quiere hacer duquesa,
no es para mí dicha tanta.
Mas esto no porque yo
no soy digna de lograrla,
sino porque, si se acuerda,
le dije que a riesgo estaba

de que la que hacía tercera
no quisiese ser su dama.
Y ahora que sé que me quiere,
para cumplir la palabra,
no quiero yo, y ponga aquesta
a cuenta de las pasadas.

(Vase.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE; *luego*, COLMILLO.

DUQUE. Bien airoso me ha dejado;
¿Hay novela mas extraña
que la que pasa por mí?
(Sale Colmillo.)

COLMILLO. ¡Bien urdida va la danza,
Señor!

DUQUE. ¿Qué dices, Colmillo?

COLMILLO. Que la duquesa de Parma
está en Milán.

DUQUE. ¿De qué suerte?

COLMILLO. Ella, viéndose irritada
de desgracia, se vino.

DUQUE. Sólo esto ahora me faltaba
para perder el sentido.
Colmillo, la que cantaba
en el cuarto de mi prima,
¿no era ella?

COLMILLO. Si no me engañan.

DUQUE. Pues ¿cómo yo he visto ahora
cantar aquí a la criada?

COLMILLO. ¿Qué dices?

DUQUE. Que ella salió
cantando aquí a la guitarra.

COLMILLO. De esa suerte, ya has sabido
cómo la prima era falsa.

DUQUE. Yo no he reparado en eso.

COLMILLO. *(Ap. Pues si no, buena le aguarda.)*
Pues la criada, Señor,
ya sé yo que es la que canta.

DUQUE. ¿Cómo?

COLMILLO. Porque la oí un día

cantar la zamarrandrana,
que es un tono tan funesto,
que entristecerá las almas.

DUQUE. Pues ¿cómo no me avisaste?
COLMILLO. ¿Yo? Pues si tú en eso dabas,
¿le he de quitar yo a tu prima
la buena voz, que es su fama?

DUQUE. ¿Qué es esto? Yo estoy corrido.
COLMILLO. (*Aparte.*)
Ahora la Duquesa encaja.

ESCENA XIV.

CAMILO. - DICHOS.

CAMILO. En palacio, Señor, ha entrado ahora
la duquesa de Parma.

DUQUE. ¿Cómo ha sido?

CAMILO. Todo Milán lo ignora,
porque ella de secreto se ha venido.

DUQUE. ¡Vive el cielo, que estoy desesperado,
y no tiene remedio mi cuidado!

CAMILO. Ya acá entra.
COLMILLO. (*Aparte.*)
Ella es linda ensalada;
¿qué hará en viendo la prima destemplada?

ESCENA XV.

LA DUQUESA, CARLOS ,DAMAS. - DICHOS.

DUQUESA. Ven, Carlos, a mi lado.
CARLOS. Eso deseo.
DUQUE. ¿Qué miro! ¿No es mi prima esta que veo?
DUQUESA. No soy, sino la duquesa
de Parma; y si acaso vos
me tenéis por vuestra prima,
engaño es vuestro, Señor.
Y no vengo a daros quejas
de tan ciega sinrazón
como habéis hecho conmigo;
que solo a pedir vos
que me cumpláis la palabra
que os pedí.

DUQUE. ¿Palabra yo?

DUQUESA. De que sea Carlos mi esposo.
DUQUE. Eso no haré yo a un traidor,
falso, aleve y desleal,
que me ha engañado con vos.
CARLOS. Tened, Señor; que vos mismo
sólo sois quien se engañó,
y vos mismo sois testigo
de que delante de vos
la daba, como a mi dueño,
las gracias de mi perdón;
y vos la hicisteis mi hermana,
a lo cual calló mi voz,
porque ignoré vuestro engaño.
COLMILLO. Lo mismo me hiciera yo.
DUQUE. Pues, Carlos, si eso es así,
¿Quién es mi prima?

ESCENA XVI.

FENISA, FEDERICO. - DICHOS.

FENISA. Yo soy.
FEDERICO. Esta, Señor, es mi hija.
DUQUE. Albricias doy a mi amor,
y a Carlos le doy licencia
para casarse con vos;
como todos a mi prima
por mí pidáis el perdón
de no haberla conocido,
para dar la estimación
que debía a su hermosura.
FEDERICO. Eso a ella le está mejor,
si merece el favor vuestro.
FENISA. Y yo digo que le doy,
no el perdón, sino la mano.
DUQUE. Dichoso con ella soy.
DUQUESA. Pues, Carlos, dame los brazos.
CARLOS. Y en ellos el corazón.
COLMILLO. Pues con esto y con un vitor
dichoso fin tendrá hoy
este caso, en que se ve
lo que puede la aprehensión.

Los jueces de Castilla
AGUSTÍN MORETO

Los jueces de Castilla

AGUSTÍN MORETO



PERSONAS

ALFONSO, *príncipe*.
RAMIRO, *infante*.
SANCHO, *gracioso*.
ORDOÑO, *rey de León*.
FORTÚN, *balletero*.
NUÑO RASURA.
LAÍN CALVO.
GELDIRA, *hija de*
ALMONDAR BLANCO, *conde 1º de Castilla*.
DIEGO, ALMONDÁREZ, *su hijo*.
NUÑO FERNÁNDEZ, *conde 2º de Castilla*.
ELVIRA, *criada*.
JIMEN, *vejete*.
RUI PELÁEZ.
MARTÍN DEL CARPIO.
SOL, *su hija*.
GRACIA, *criada*.
UN NIÑO.
OSORIO.
UN ESCRIBANO.
UN LETRADO.
UN ALCAIDE.
CRIADOS, MÚSICOS, DAMAS.
NOBLES, ALGUACILES, PAJES.
SOLDADOS, PUEBLO.

La acción pasa en León y en Castilla.

Jornada primera

Sala en el alcázar de los reyes de León.

ESCENA PRIMERA

RAMIRO, SANCHO; ALFONSO, *detrás.*

ALFONSO. Detenelde.

RAMIRO. Yo non fuyo.

SANCHO. Yo sí.

RAMIRO. (*A Sancho.*) Non fuyas, traidor.

ALFONSO. Non te arredres.

RAMIRO. He pavor
De haber conocido el tuyo.

ALFONSO. ¿Yo pavor del que es menor
En el valor y en la edad?

RAMIRO. La edad non es calidad;
Mientes en lo que es valor.

ALFONSO. ¿Mientes a un hombre heredero
De Ordoño, rey de León?

RAMIRO. E los que segundos son
¿Non soceden al primero?

SANCHO. Sí; que vos, Alfonso, el tiro
Faréis a Ordoño, y en paga
Ramiro vos irá en zaga,
E yo en zaga de Ramiro.

RAMIRO. Non fables, Sancho.

ALFONSO. Home roín,
¿Soceder tú?

SANCHO. E non me ensancho;
Que en pos Ramiro va Sancho,
Y en pos Sancho su rocín.

ALFONSO. ¡Oh mal soceso te abaje!
Agora en las manos mías
Fin harán tu juglerías.

RAMIRO. Yo he de guarir el mío paje.

ALFONSO. Non es empacho al mi fecho.

SANCHO. ¡Válame santa Locía!

ALFONSO. Nin toda la letanía
Non vos entrará en provecho.

ESCENA II

EL REY, FORTÚN.-DICHOS.

FORTÚN. Ceddo, Señor.
 REY. Pues ¿qué error
 Es éste?
 ALFONSO. Non salga en fuera,
 Fasta que sepas quién era
 De los dos el malfechor.
 Ramiro, puesto que hermano,
 Es mi mortal enemigo,
 Que faz la envidia al amigo
 A las vegadas tirano;
 Sabe que he de socederte
 Como heredero mayor,
 E procúrame el traidor
 Con asechanzas la muerte.
 RAMIRO. ¿Yo la muerte?
 ALFONSO. Tú.
 RAMIRO. Percato
 El respeto al padre mío;
 Que si non, tu desvarío,
 Non te saliera barato.
 SANCHO. Señor, Alfonso anda a tiro
 De sacodirnos la ropa,
 Siempre que a Ramiro topa
 Le faz que tope Ramiro.
 REY. E ¿vos fabláis?
 SANCHO. Ya non fablo.
 REY. Aquí poner vos os toca
 El dedo en somo la boca.
 SANCHO. Ya lo fago don el diablo.
 RAMIRO. Él, semejando a Caín,
 Por ser hermano mayor,
 De envidia de mi valor,
 A traición busca mi fin.
 Que como vuestos fidalgos
 Me quieren más, y las fembras,
 Si bien de alguna te miembras,
 Estiman en más mis algos;
 Como ve que han en deseo
 Que vos soceda yo a vos,
 E se lo acuerdan a Dios
 Fasta los cregos que veo;
 Como ve que mis caballos,
 Mis perros e mis azores,
 Mis vestidos son mejores,

Non se farta de envidiallos.
 Hoy, que un overo compré
 Por treinta maravedís,
 Que, a la fe, si en él sobís,
 Que vos faga andar a pie,-
 Tanta envidia me ha cobrado,
 Que me lo quiso tomar,
 E procúrame matar,
 Celoso e desesperado.

REY. Ramiro, ya contra ti
 La averiguación se aclara;
 Que Alfonso non envidiara
 Lo que cuida haber en sí.
 Él es príncipe de Asturias,
 E tú infante de León;
 Tú, de envidia e sinrazón,
 Le faces tantas injurias.
 Pues non ha de ser ansí;
 Que yo faré en la prisión
 Que tu altanera ambición
 Se temple e desfaga allí.-
 Prendelde, Fortún, al punto.-
 Da luego la espada.

RAMIRO. ¿A quién?

REY. A Fortún, y a mí también.

RAMIRO. Ni a él ni a ti, ni al mundo junto.

REY. Traidor, ¿yo non soy tu rey,
 Cuando tu padre non sea?

RAMIRO. Si el Rey finarme desea,
 Non dársela es justa ley.

REY. ¿Cómo non? -Llegad, Fortún.

SANCHO. (*A Fortún.*) Non le curéis de apresar;
 Que vos hará resollar
 Por donde es bueno el atún.

RAMIRO. (*Saca la espada.*) Por esta punta la tome
 Quien me llegare a prender.

REY. Matalde.

RAMIRO. Non puede ser;
 Que soy tu hijo e soy home.

SANCHO. Ea, non te acuites, Ramiro;
 Que yo faltarte non puedo,
 Que estoy temblando de miedo.

RAMIRO. Respetoso me retiro,
 Rey, de vuesa faz airada;

E al non me dejar prender
 Restad el non querer ver
 Tinta en mi sangre mi espada;
 Que de non vengar mi saña,
 O no obedecer vos ende,
 Más que el delito os ofende,
 Vos obliga la fazaña.
 Los fidalgos castellanos
 Voy a seguir a Castiella,
 E hallar prez espero en ella,
 E adquirir padre y hermanos;
 Que a los homes de valor,
 Que han de diamante los pechos,
 Se los engendran los fechos
 Si se los niega el amor. (*Vase.*)

SANCHO. E yo, pues no me tenedes
 Por home de pro, el sendero
 De Ramiro sigo; empero
 Vos veredes, vos veredes. (*Vase.*)

ESCENA III

EL REY, FORTÚN, ALFONSO.

ALFONSO. Fuéronse; non te den pena
 Si non te acucia su amor.
 REY. ¿A mi amor con un traidor?
 ALFONSO. Sólo el irse le condena,
 Para el conde de Castiella,
 Que tanto pesar te faz.
 REY. El desfacella me praz,
 Aunque hay homes de pro en ella
 Que aunque es verdad que a León
 Castiella vive sujeta,
 Es sujeción imperfeta,
 Cada que tan francos son.
 Hoy sus condes han venido,
 Llamados como vasallos;
 En prisión cuido finallos,
 Pues tanto me han ofendido.
 ALFONSO. Non te arrepientas, advierte;
 Que es grande resolución.
 REY. De Castiella e de León
 Rey, Alfonso, he de facerte.
 ALFONSO. Prázcavos, Señor, el uno;
 Que el que ha un reino y quiere dos,

Traza suele darle Dios
 Con que finca sin ninguno.
 REY. Hoy han de finir, por Dios,
 Pues me repugnas en vano.
 FORTÚN. Pues a besarte la mano
 Cuido que llegan los dos
 Con Diego Almondárez, fijo
 De Almondar Blanco.
 REY. Fortún,
 Comprid el orden según
 Vos le he dado.
 ALFONSO. Yo me elijo
 Este medio, padre; a vos
 De aquesta sangre inocente,
 Si oye su clamor ferviente,
 La culpa os demande Dios.
 Non quiero reino que ha en brazo
 Mancha de sangre leal,
 Que de la púrpura real
 Non sale sin el pedazo.
 Pues cuando más bien le ha ido
 Al que salpicó una gota,
 Si non la púrpura rota,
 Le finca feo el vestido.
 REY. ¿Leales tú has de llamallos?
 ALFONSO. ¿Dieron quebranto a tus leyes?
 REY. Non han de tener los reyes
 Tan poderosos vasallos,
 Que, con mover su persona
 Del aire de su grandeza
 Me tiemblan en la cabeza
 Las fojas de mi corona.
 Hoy, en fin, deste aposento
 Non han de salir los dos.
 ALFONSO. Non me lo perdone Dios
 Si yo en su muerte consiento.

ESCENA IV

NUÑO RASURA, LAÍN CALVO, LOS DOS CONDES DE CASTILLA, DIEGO
 ALMONDÁREZ.-DICHOS.

NUÑO. *(Desde la puerta.)* Lleguen las vuestas mercedes.
 CONDE 1.º Con nusco la catadura
 Le faced, Nuño Rasura.
 CONDE 2.º E vos, Laín Calvo.

LAÍN. Veredes
 Que somos siempre escuderos
 De honor e valor los dos.

CONDE 1.º Non me los depare Dios
 De otra guisa, caballeros.

CONDE 2.º Diego Almondárez, delante
 Ir vos toca.

DIEGO. Así lo fago.

CONDE 1.º Pues nueso patrón Santiago
 Nos guíe e dé buen semblante.
(Llegan.)

CONDE 2.º Dé la vuesa señoría
 A sus parientes la mano,
 Que leonés ni castellano
 Non besa con más valía.
(Vuélveles el Rey la espalda.)

CONDE 1.º ¿Non respondéis?

CONDE 2.º ¿Ansí os vais?

NUÑO. El Rey nos llama con queja.

LAÍN. Mal anuncio me semeja.

DIEGO. Vos, Príncipe, ¿non fabláis?

ALFONSO. *(Ap.)* Cuita me faz su querella.

DIEGO. *(A los condes.)* Erguidvos ende, que es ley;
 Que non le han contado al Rey
 Que sois condes de Castiella.
 Y entre vasallos tan buenos
 Y el Rey non hay diferencia;
 Que sólo el darle obediencia
 Cuido que tienen de menos.

CONDE 2.º *(Al Rey.)* ¿Cómo tratáis de este modo
 La fe e lealtad de los dos?

DIEGO. Fablad.

REY. Yan finca con vos
 Quien vos dé cuenta de todo. *(Vase.)*

CONDE 2.º Pues non vos tengo ofendidos,
 Príncipe, danos razón.

ALFONSO. Non sé qué os diga, sinon
 Que en mal hora sois venidos. *(Vase.)*

ESCENA V

LOS CONDES, DIEGO ALMONDÁREZ, NUÑO RASURA, LAÍN CALVO, FORTÚN.

FORTÚN. Ah de la guarda.

NUÑO. ¿Qué es esto?

FORTÚN. Que vos deis luego a prisión.

CONDE 1.º Siempre temió el corazón
Este fin de tal denuesto.

NUÑO. ¿Cómo sufrís sus traiciones?

CONDE 2.º E ¿por qué Ordoño nos prende?

NUÑO. ¿Qué es prender? Faced vos ende,
Si non traéis morriones.

LAÍN. Guarir el pecho vos cuadre
De la punta de mi espada.

DIEGO. Y de la mía sacada
En defensa de mi padre.

CONDE 1.º Tened, Laín;-basta, Nuño
Que suele el que, rebelada
Contra el Rey, busca la espada,
Hallar la punta en el puño.

NUÑO. Ni en sangre ni en calidad
Te hizo a ti menos la ley

CONDE 1.º Maguer que igual, es mi rey,
Y he de guardalle lealtad.

NUÑO. Pues ¿intentas persuadirme
Que darte a esta gente es ley?

CONDE 2.º Eso non; que al mismo Rey
Faré servicio en rendirme.

ESCENA VI
EL REY.-DICHOS.

REY. Facedlo; que aquí he venido
Para tenerlo por tal.

CONDE 1.º Y en non facer ende al,
Vos dad por muy bien servido.

REY. Sí doy.

CONDE 1.º Pues ésta es mi espada.

CONDE 2.º Y esta la mía.

CONDE 1.º Y cuidado
Que me prende mi lealtad
Más que vuesa gente armada.

REY. ¿E vos?

DIEGO. Aunque no me cuadre,
He de rendírosla; no
Porque os la rindiera yo,
Mas porque la dio mi padre.

REY. Bien está; a los tres de guía
Llevad donde os he mandado.

CONDE 1.º Testigo fago, injuriado,
A Dios y a santa María,

Que ninguno a vuesa saña
 Ocasiónó esos desvíos.
 CONDE 2.º E que usas tus poderíos
 Para injusticia tamaña.
 REY. Maguer que vueso delito
 Procesado non hobiera,
 Nin vueso engaño tovierá
 Testificado y escrito,
 Non bien clamáis contra el Rey.
 CONDE 1.º ¿Por qué non, si es tan injusto?
 REY. Porque al que ley face el gusto,
 Non face falta la ley.-
 Llevaldos.
 CONDE 1.º Volver non fío;
 Despidámonos primero,
 Nuño, el mi fiel escudero.
 CONDE 2.º E vos, Laín Calvo, el mío.
 DIEGO. E yo de non jamás ver
 Mis esperanzas florir.
 REY. Bien vos podéis despedir
 A non volveros a ver. (*Vase.*)

ESCENA VII

LOS CONDES, DIEGO ALMONDÁREZ, NUÑO RASURA, LAÍN CALVO, FORTÚN.

NUÑO. De vengar vuestos enojos
 Mil pensamientos me dan.
 LAÍN. Ya los atufos me están
 Rebosando por los ojos.
 CONDE 1.º Nuño, Laín, ya non son
 Provechosas las fazañas;
 Reservad las nobles sañas
 Para vengar la traición.
 A Castiella volveréis,
 E allá esforzaréis la ira;
 De mi hija Geloira
 Vos encargo que cuidéis.
 A Rui Peláez he dejado
 El gobierno y la tenencia
 De Castiella; su experiencia
 Mirará vueso cuidado.
 Ya sabéis su altanería;
 Es deudo, empero, e fue justo
 Darle en nuesa ausencia gusto,
 Que ya dañarnos podría,

E abrazadme; que a morir
 E a non vos ver jamás, voy.
 NUÑO. Por san Basilio, que estoy
 Reventando por plañir.
 LAÍN. Yan yo plaño.
 NUÑO. El dolor venza.
 Vergüenza es plañir; más yo
 Digo que el que non plañó
 Fue quien non tuvo vergüenza.
 CONDE 2.º Laín, lo que Almondar Blanco
 Encarga a Nuño, examina
 Cuidad bien de mi sobrina.
 LAÍN. Estos sospiros que arranco,
 Llenos de noble furor,
 Maguer que tan doloridos,
 Testigos son atraídos
 De mi pena e mi valor;
 Que dan seña al salir luego
 Mandados del corazón,
 De la cuita con el son,
 E del furor con el fuego.
 CONDE 2.º Adiós, amigo de fe.
 CONDE 1.º Adiós, leal escudero.
 DIEGO. ¿Nuño?
 NUÑO. ¿Qué mandáis?
 DIEGO. Non quiero
 Faceros plañir.
 NUÑO. ¿Por qué?
 DIEGO. Si que me venguéis procuro,
 Non cuido que es de provecho
 Enternecer vos el pecho,
 Que habéis menester más duro,
 NUÑO. Non mi llanto lo desmiente;
 Que para lo que hoy me empeña
 Tengo un corazón de peña
 E della nace esta fuente.
 DIEGO. Dalde este abrazo a mi amada
 Hermana.
 NUÑO. Lo tal non trazo.
 DIEGO. Pues ¿por qué?
 NUÑO. Porque este abrazo
 Tiene sabor de lanzada.
 CONDE 1.º Ea, adiós, fieles vasallos.
 FORTÚN. Idos pues.

(Vanse los condes y Diego Almondárez con Fortún.)

ESCENA VIII

NUÑO RASURA, LAÍN CALVO.

NUÑO. (Ap.) Voy a perdellos;
De cuita non oso vellos.

LAÍN. (Ap.) Parar non puedo a mirallos.

NUÑO. ¿Vanse? Sí-¡Señor!... Más non;
Vayan con el alma mía.

LAÍN. ¿Vanse?-Oíd... Mas es falsía;
Vayan con mi corazón.

NUÑO. Tras Dieguito va arrastrada.

LAÍN. Diego me faz más ferida.

NUÑO. ¡Oh! mal haya la venida.

LAÍN. ¡Oh! mal haya la jornada.
(Ap. Non me vea Nuño plañir.)

NUÑO. (Ap.) Non Laín plañir me vea.

LAÍN. ¿Nuño?

NUÑO. ¿Laín?

LAÍN. Salir desea
El llanto.

NUÑO. Ello ha de salir.
¿Qué facéis?

LAÍN. Mal lo encobrimos.
Yo nada; pero ¿vos?

NUÑO. Menos.
Mirad, dambos somos buenos,
Pero cuido que plañimos.

LAÍN. Es verdad, non puedo más.

NUÑO. Ni yo tampoco, por Dios.
Honrados somos los dos;
Dame la mano.

LAÍN. ¿En qué vas?

NUÑO. Yo non volveré a Castiella
Hasta ver finado el caso.

LAÍN. E yo non daré otro paso,
Sin ver el fin, para ella.

NUÑO. E si el Rey face traición...

LAÍN. Di, non miente la esperanza.
¿Prométeste a la venganza?

NUÑO. Faré ceniza a León.

LAÍN. ¿Tendrás ardor para ello?
Non lo siente tu edad fría;
Que yo creí que te empecía

SANCHO. ¿Sabes tú qué es mi temer?
RAMIRO. ¿Que?
SANCHO. Non haber qué comer,
Nin con qué entrar en cocina.
RAMIRO. Pues dime, desparramado,
¿Veinte y seis maravedís
Gastaste ya?
SANCHO. E por san Luis,
Que non me finca un cornado.
RAMIRO. Oh, sisón, mal despensero
Cuando ves que de aprestar,
Más non me vago, juglar,
¿Quieres furtarme el dinero?
SANCHO. Por la caldera de cobre
En que se moja el hisopo,
Que sólo en mal gasto topo
Una blanca que di a un pobre.
RAMIRO. Faz la cuenta.
SANCHO. Va por Dios:
En la primera posada
De vianda e de cebada
Dos maravedís.
RAMIRO. Van dos.
SANCHO. Un maravedí después
Que gastamos de camino
Por llevar pan, carne e vino,
E dos en la otra, son tres.
RAMIRO. Van cinco.
SANCHO. Pues aquí finco.
RAMIRO. ¿Por qué non proseguís cedo?
SANCHO. Porque engañarte non puedo,
Si sabes cuántas son cinco.
RAMIRO. ¿Entrampar quieres?
SANCHO. Non quiero;
Sinon que me encontré ahora
Una fembra pecadora.
RAMIRO. ¿En fembra gastas dinero?
SANCHO. Pues yo mi cuerpo gasté,
El dinero non te duela.
RAMIRO. ¿Qué la endonaste?
SANCHO. Endonéla
Seis maravedís, a fe.
RAMIRO. ¡Válasme santa María!
Oh juglar, ¿tú sin enmienda

Malbaratas tanta hacienda
 En una barraganía?
 SANCHO. Más son mis acostamientos
 Que los tuyos.
 RAMIRO. ¿En qué? Di.
 SANCHO. Seis maravedís la di,
 E cien arrepentimientos.
 RAMIRO. Non sé qué hemos de facer
 Si el dinero es concluido.
 SANCHO. Pues ya estoy arrepentido,
 Monje me he de ir a meter.
 RAMIRO. Tente, que de esos oteros
 Bajan dos ninfas.
 SANCHO. Si brincan,
 Seis maravedís me fincan.
 UNA VOZ. (*Dentro.*) Haz señas a los monteros.
 VOCES. (*Dentro.*) ¡Aho, aho!
 SANCHO. Ya llegan, por Dios,
 Y ¡qué polidas que vienen!
 RAMIRO. A fe catadura tienen
 De dueñas de pro las dos.

ESCENA X

GELOIRA, *con una ballesta*; ELVIRA, JIMEN; *luego*, GENTE, *dentro*.-DICHOS.

GELOIRA. ¿Por qué ansí fuyes, Elvira?
 ELVIRA. Yo non me atrevo a esperar
 Un oso.
 GELOIRA. Y te he de matar,
 Si es que le pongo la mira.-
 Faz señas, Jimen.
 JIMEN. Non puedo;
 Que lleve el diablo el que apaño
 Con la vista.
 ELVIRA. O yo me engaño,
 O éste ha corrido de miedo.
 GELOIRA. ¿Miedo ha un home?
 JIMEN. E non lo tapa.
 GELOIRA. ¿Non estás dello afrentoso?
 JIMEN. Non; que habré yo miedo a un oso
 Aquí e delante del Papa.
 RAMIRO. Bella dueña, si cansada
 Venís, cual lo conjeturo,
 Posad, que vos aseguro
 Que os sobre amparo en mi espada,

Válgaos el diablo el parlero.
RAMIRO. Detén, Sancho, ese escudero.
SANCHO. Oíd.
JIMEN. Non quiero escochar.
SANCHO. Yo os faré escochar, par Dios,
Maguer que al cielo lo clamas.
JIMEN. Mirad que soy guarda damas,
E fago falta a las dos.
SANCHO. ¿Qué es guardar damas?
JIMEN. Mirallas,
Non fagan tuerto acá fuera.
SANCHO. ¿También fasta en esta era
Era menester guardallas?
RAMIRO. ¿Qué dueña es esta sin par
Que acompañáis?
JIMEN. Non lo sé.
Decidlo, o vos lo faré
Por la barriga brotar.
RAMIRO. Dilo.
JIMEN. Dejadme, por Dios,
Recobrar.
SANCHO. ¿Para decir?
JIMEN. Non, sino para escorrir;
Que así me vengo de vos. (*Vase.*)

ESCENA XIII

RAMIRO, SANCHO.

SANCHO. Espera, puerro barbado,
De la esportilla de Judas.
RAMIRO. Sancho ¿has visto tales dudas?
Ardiendo finco.
SANCHO. Yo helado.
RAMIRO. ¿Quién serán?
SANCHO. ¿En eso escarvas?
RAMIRO. Pues ¿en qué?
SANCHO. En que se escapase
Este viejo, e nos pegase
La escorridura en las barbas.
RAMIRO. Calla, que aquí va bajando
Su gente, e quién es sabremos.

ESCENA XIV

SOL, GRACIA.-DICHOS.

SOL. Por aquí errar non podemos.-

SANCHO. Sí.
 SOL. De Tirso, mi padre, hermana?
 SANCHO. La misma.
 SOL. Agora de gana.
 (Abraza a Sancho.)
 SANCHO. (Ap.) Ya Aloya e Tirso cogí.
 Como vueso padre, vos
 Diego Anzures vos llamáis.
 SANCHO. Gran memoria me pagáis.
 SOL. E ¿vuesas hermanas dos?
 SANCHO. (Ap. Cogióme.) Mas, ¿cuál, chiquilla?
 SOL. Furraca.
 SANCHO. Está en campanario.
 SOL. ¿Se faz monja?
 SANCHO. Es necesario.
 SOL. ¿E Garcenda?
 SANCHO. ¿Garcendilla?
 SOL. ¿No es la mayor?
 SANCHO. Mayor es.
 Yo ambas llamo por fablilla,
 Garcendilla e Furraquilla.
 SOL. Siempre tovisteis humor.
 ¿Vueso hermano Sancho?
 SANCHO. Bueno.
 SOL. ¿Cómo os va en Toro?
 SANCHO. Mejor.
 SOL. ¿Vos fue mal?
 SANCHO. Non; mas favor
 De Dios crece como heno.
 SOL. Bien vengáis.
 SANCHO. (Ap. Ésta es cautela!
 Sin haber visto ni oído
 Casa, gente ni apellido,
 Sé toda su parentela.)
 ¿E vuesa madre?
 SOL. Finó.
 SANCHO. ¿Mi tía?
 SOL. (Llora.) ¡Sí, apenas fablo!
 SANCHO. E yo. (Ap. Pues me lleve el diablo,
 Si sé quién es ni quién no.)
 SOL. Si tanto *Kyrieleyson*
 Vierais, cregos e bodigos...
 SANCHO. ¿E bodigos? (Ap. ¡Ay, amigos!)
 SOL. Vos quebrara el corazón.

SANCHO. Non lloréis, prima sabrosa;
Que me le quebráis a mí.

SOL. ¿Quién es este que está aquí?

SANCHO. Es mi juglar.

SOL. ¡Buena cosa!

SANCHO. Es el más gracioso humor
Que tuvo carne de Adán.

SOL. Non vi juglar tan galán;
Parece home de valor.
Poco a poco hemos llegado
Al palacio de mi padre,
Que desde finó mi madre
Aquí vive retirado
Con Rui Peláez.

SANCHO. ¿Con quién?

SOL. Con nuestro gobernador.

SANCHO. ¿Posa aquí?

SOL. Un emperador
Non tiene tal pompa. Ven,
Verás el honor que face
A mi hermano.

SANCHO. ¿Es su criado?

SOL. Non es sinon su privado.-
Gracia, avisa.

GRACIA. Que me praxe. (*Vase.*)

ESCENA XV

SOL, RAMIRO, SANCHO.

(*Hablan aparte Ramiro y Sancho.*)

RAMIRO. Sancho, di, ¿qué has caprichado?

SANCHO. Descansar, e que yantemos.

RAMIRO. ¿E a saberse?

SANCHO. ¿Qué perdemos?
¿No es un infante hospedado?

SOL. (*A Sancho.*) El juglar me da placer.

SANCHO. Es cual la misma cosquilla.-
Dila aquí qualque cosilla.

RAMIRO. (*Ap.*) Él me ha de echar a perder.

SANCHO. Acaba, pícaro, vuela,
Faz folijones aquí.

SOL. Tendrá vergüenza ante mí.

SANCHO. ¿Queréis sacarle una muela? -
Fuera la quijada echad;
Finad, bergantón baldío.

¡Hola! ¿vos ha dado el frío?
 Llegad.

RAMIRO. Ya basta; apartad.

SANCHO. ¿Cómo?

RAMIRO. Basta, sandio, pues.

SOL. ¡Qué bien finge el señorío!
 Buen juglar es.

SANCHO. Serlo mío
 ¿Non bastaba? ¿Non le ves?

RAMIRO. Vos, Señora, non fagáis
 Caso de ese malandrín.

SOL. Non parecéis home roín.

RAMIRO. Soy vueso primo.

SOL. ¿Burláis?

RAMIRO. Yo lo soy, y éste es mi paje;
 Que esto ha sido juglería.

SOL. ¡Válasme la letanía!

SANCHO. Miente.

RAMIRO. Basta; non vos raje.

SOL. Abrazadme pues.

RAMIRO. De grado.
(Se abrazan.)

SOL. Primo, el abrazo lo muestra.

RAMIRO. Yo soy vuestro.

SOL. Yo soy vuestra.

SANCHO. E yo ya he desemprimado.

SOL. ¿Quiérense los primos bien?
 Que me causáis mucho ardor.

RAMIRO. Sí; la sangre face amor.

SOL. ¡Hola! Mas fablad con ten:
 ¿De amor fablades, e aún no
 Semejáis tener treinta años?

RAMIRO. El saber non muestra engaños.

SOL. Venid, primo.

SANCHO. Ése era yo.

SOL. Gran dicha.

RAMIRO. Nos la tovimos,
 Prima.

SOL. Primo, en pro vos sea.

SANCHO. Ello estamos en Guinea,
 Porque todos somos primos.
(Vanse.)

Sala del palacio de Martín del Carpio, cerca de Valladolid.

ESCENA XVI

RUI PELÁEZ, *acabándose de vestir*, PAJES, MÚSICOS.

MÚSICOS. *De altaneras ambiciones
Nacen altos pensamientos,
Con que para las estrellas
Face escalas el soberbio.*

PELÁEZ. *(Ap.)* Con novedad tamaña
La fortuna me ofrece prez extraña.
Muertos los condes con afrenta tanta,
E Ordoño en mi favor, torres levanta
La ambición de reinar. Yo de Castiella
Tengo todas las llaves; non hay viella
Que a mi mando non sea, nin vasallo
Que non me quiera bien; yo he de intentallo.
Nuño e Laín Calvo aquí de la matanza
Me dan aviso, e piden la venganza;
Huestes faré a esta guisa,
Que me den la corona más aprisa.

ESCENA XVII

MARTÍN DEL CARPIO.-DICHOS.

MARTÍN. Gran gozo he recibido con mi primo.
PELÁEZ. Martín del Carpio, prez de los que estimo.
MARTÍN. ¡Oh noble Rui Peláez, es venido
Diego Anzures, mi primo.

PELÁEZ. Helo sabido.
MARTÍN. ¿Qué suspensión tenéis?
PELÁEZ. De un cuento extraño;
¿Queréislo oír?

MARTÍN. Decid; temo algún daño.
PELÁEZ. Parad todos en fuera.
MÚSICOS. Yan nos vamos.
(Vanse los pajes y los músicos.)

ESCENA XVIII

RUI PELÁEZ, MARTÍN DEL CARPIO.

MARTÍN. ¿Qué pretendes facer? Solos fincamos.
PELÁEZ. Nuevos condes son muertos; non te espante.
MARTÍN. ¡Oh, válgame el apóstol del montante!
Pues ¿de qué guisa?

PELÁEZ. Ordoño los ha muerto.
MARTÍN. ¿E cierto es?
PELÁEZ. Como mi dicha, es cierto.
MARTÍN. ¿Qué dicha?

PELÁEZ. Tú, Martín, ¿eres mi amigo?
 MARTÍN. E pariente también.
 PELÁEZ. ¿E si te obligo
 Con hacienda e grandeza?
 MARTÍN. Sobra todo.
 PELÁEZ. Pues yo he de ser hoy conde.
 MARTÍN. ¡Tú! ¿en qué modo?
 PELÁEZ. ¿Puede alguien serlo como yo en Castiella?
 MARTÍN. Ninguno puede tal.
 PELÁEZ. ¿Non tengo della
 Armas e fortalezas?
 MARTÍN. Todo a punto.
 PELÁEZ. Pues ¿quién ha de estorbarme?
 MARTÍN. El mundo junto.
 ¿Cómo ha de ser?
 PELÁEZ. Matando a Geloira.
 MARTÍN. ¿Sábelo?
 PELÁEZ. Nin del riesgo se retira.
 MARTÍN. (Ap. ¡Oh traidor! ¡oh inocencia non segura!
 ¿Finará en su traición su fermosura?)
 E ¿qué farás?
 PELÁEZ. Matarla convenía,
 Sin que a Valladolid vuelva este día.
 MARTÍN. E ¿mancharás tu mano?
 PELÁEZ. Non quisiera,
 Si tu industria algún modo me ofreciera
 MARTÍN. (Ap. Grande ocasión me ofrece la ventura
 De aumentarme e librar su fermosura,
 Disfrazando a mi primo para el fecho.)
 Un capricho hallé ya de gran provecho:
 Yo tengo en mis labranzas un villano
 De mal facer; si fías en su mano,
 La dará muerte.
 PELÁEZ. Bien has caprichado;
 Mas luego has de matarle.
 MARTÍN. En ello has dado.
 PELÁEZ. E porque no haga falta Geloira,
 Diré que en mi palacio se retira
 Por luto de la muerte de su padre
 Fasta que el coronarme a todos cuadre.
 E a ti te dará luego, por más mío,
 Las viellas todas que regare el río.
 MARTÍN. Pues Geloira viene con sus dueñas.
 PELÁEZ. Ve a prevenir el fecho a que te empeñas.

MARTÍN. Luego vengo con él.
 PELÁEZ. Pues ya te aguardo.
 MARTÍN. Leal seré.
 PELÁEZ. E yo conde.
 MARTÍN. Pues non tardo.
 (*Ap.* A su poder non topo resistencia,
 Teniendo de los condes la tenencia;
 Tendré empero su gracia e su promesa
 E libraré la mísera Condesa.) (*Vase.*)

ESCENA XIX

GELOIRA, ELVIRA, DAMAS, JIMEN.-RUI PELÁEZ.

GELOIRA. Apresten los yantares luego, Elvira.
 PELÁEZ. En mal hora has llegado, Geloira.
 GELOIRA. ¿Cómo así me has hablado,
 E la merced debida non me has dado?
 PELÁEZ. Como ya es otro tiempo.
 GELOIRA. ¿De qué estado?
 PELÁEZ. Tu padre, hermano e tío han ya finado.
 GELOIRA. ¡Ay mezquina, que el alma me has tollido!
 ¿Qué dices, Rui Peláez? ¿Cómo ha sido?
 PELÁEZ. Conde me llaman ya.
 GELOIRA. ¿Conde? Tirano,
 En falta de mi padre e de mi hermano,
 El cetro ¿non es mío?
 PELÁEZ. Non tienes tú poder contra mi brío.
 GELOIRA. ¿Quiéresmele quitar?
 PELÁEZ. Non te le quito.
 Yo soy varón, tú fembra; e no es delito,
 Siendo tu sangre yo, poner gobierno
 En Castiella, que adquiera prez eterno.
 GELOIRA. ¿Cómo, traidor, tal tablas, e non fago
 Que mis pies te abaldonen? Por Santiago,
 Que te faga enforcar.-¡Hola! ¿criados?
 PELÁEZ. Sandía, ¿a quién llamas?-¡Ah de mis soldados!

ESCENA XX

SOLDADOS.-DICHOS.

GELOIRA. ¿Qué es esto?
 ELVIRA. ¡Ay la mi dueña, eres vendida!
 De aquí non escurrimos con la vida.
 PELÁEZ. Tirad aquesas locas,
 E ligaldas las manos, e las bocas
 Las atapad; llevad a los criados.

ELVIRA. ¡Tristes de nos!

JIMEN. ¡Morimos enforcados!

GELOIRA. ¿Qué es lo que faces? ¡Ay de mí, coitada!

 ¡Ten clemencia de mí!

PELÁEZ. Desta vagada

 Non puede ser; que al que reinar intenta

 La mano le conviene haber sangrienta.

 Llevaldos.

(Sujetan los soldados a Elvira, a las damas y a Jimen.)

GELOIRA. Esperad.-Déjame a Elvira.

JIMEN. E a mí también.

PELÁEZ. Non puedo, Geloira.-

 Vayan cedo.

GELOIRA. Aguardad.

PELÁEZ. Non hay soltura.

ELVIRA. Déjenme ir a que me absuelva el cura;

 Que yo volveré luego.

PELÁEZ. Andad en tanto.

 Adiós, Señora.

GELOIRA. Cegaré de llanto.

(Vanse los soldados con Elvira y las damas y Jimen.)

ESCENA XXI

MARTÍN DEL CARPIO; RAMIRO, *de villano*.-RUI PELÁEZ, GELOIRA.

(Hablan aquéllos aparte.)

MARTÍN. Entra, e ve atento a fengir.

RAMIRO. Veráslo; a mi voz atiende.

GELOIRA. ¡Ay Dios! ¿qué es lo que pretende

 Este titano de mí?

MARTÍN. *(A Peláez.)* Ya está aquí.

RAMIRO. *(Ap. a Peláez.)* ¿Quién vos enfada,

 Para que vaya al profundo?

PELÁEZ. ¿Matarásle?

RAMIRO. A todo el mundo.

PELÁEZ. Bravo home, por la cruzada.

 Esta fembra has de matar,

 E sepultarla en campaña.

RAMIRO. ¿Para tan corta fazaña

 Me llamáis?

PELÁEZ. Sabréte honrar.

RAMIRO. Pues alto.

PELÁEZ. *(Ap. Engañarla quiero.)*

 Geloira, si excusar

 Te pretendes el morir,

Luego con este home has de ir.
 GELOIRA. ¿Qué faces? ¿Vame a matar?
 PELÁEZ. Non; a vivir con él sí.
 GELOIRA. ¿Finarme quieres, cruel?
 PELÁEZ. Non lo trazo.
 GELOIRA. Justo Abel,
 Mira por tu sangre aquí.
 PELÁEZ. Es, llevalda.
 GELOIRA. ¡Ay mezquina!-
 Muévante a piedad mis penas,
 E la sangre que tus venas
 Contienen de tu sobrina.
 PELÁEZ. ¿Esta piedad non te agrada?
 GELOIRA. Antes cuido, della ajeno,
 Que me pones el veneno
 En una copa dorada.
 ¿Con un villano me envías?
 Muerte me dé tu crueldad;
 Ya que ofendes la lealtad,
 No manches las fidalguías.
 Fíname.
 PELÁEZ. Non me acomodo.
 GELOIRA. Pues ¿non contentas tu suerte
 Con ser tirano en mi muerte,
 Sinon también en el modo?
 Toda me cuidas finar,
 Pues quieres ser homicida
 Del cuerpo con la ferida,
 Del alma con el pesar.
 PELÁEZ. Non quiero tal; andad pues.
 GELOIRA. Si intentas postrarme ufano,
 Ya que non quiera tu mano,
 Non me lo nieguen tus pies.
 PELÁEZ. Sandia estás, non se te debe
 Más piedad.-Llevalda luego.
 GELOIRA. ¡Oh tirano, traidor, ciego,
 Ingrato, falso e aleve!
 Llevadme a morir al punto
 Que yan conhortada finco,
 Pues me afija la venganza
 La enormidad del delito.
 Cátese en mi noble sangre
 El villano acero tinto;
 Que a la prez que ella le diere

Non fincará tan indigno.
E clame a Dios el mi aliento
En toscas aras vertido,
Pues en platos homildosos
Quiere más el sacrificio.
Sandia rogaba a tu espada
Para morir a sus filos;
Si a finarme tú, finara
A más infame cochillo.
Testigos faré a los cielos,
Mas temo que al fecho impío
Sol e cielo han de oscurarse,
E han de faltarme testigos.
Pero serálo la tierra,
Que regará el pecho mío,
Porque nazcan las venganzas
Que han sembrado tus delitos.
E si non hobiere en ella
Quien se apreste a tu castigo
(Maguer que para oficiarle
Suele abrir senos un risco),
Del cielo exclamo a los rayos,
E porque los lance míos,
El rojo humor de mi sangre
Vapores dará encendidos;
E el mar, que crece a mi llanto;
E el aire, que a mis suspiros;
E el dolor fará elemento
Para que me venguen cinco.
Pero non me venguen, non,
Que non ende han merecido
Tan viltosas fechorías
Vengadores tan altivos.
A deshonorado palo
Des tu cuello fementido,
O a vil azagaya el pecho
De siniestro brazo el tiro.
Mas nada empareja al tuerto,
Nin vil hierro arrojadizo,
Nin la sogá, nin el palo,
Nin aleve golpe esquivo.
Nadie hay tan vil como tú.
Pues plegue al cielo divino
Que a tan crudo, infame fecho

Tengas parejo el castigo.
 E a morir parto en conhorto;
 Pues si del fado es capricho
 Que otro tan traidor te mate,
 Te has de matar tú a ti mismo.
 PELÁEZ. Non tus sandeces me injurian.-
 Faced el mandado mío;
 Que el enojo que me ha fecho
 Justifica su castigo. (*Vase.*)

ESCENA XXII

GELOIRA, RAMIRO, MARTÍN DEL CARPIO.

RAMIRO. Non temas, dueña; que yo
 Vengo a enmendar tu peligro.
 GELOIRA. ¡Ay Dios! ¿qué dices? ¿qué veo?
 ¿Non eres tú?
 RAMIRO. Quien te libró.
 MARTÍN. ¡Primo, Geloira! ahora
 Conviene el cuidado mío;
 Vuesa vida está en mi mano:
 Yo tengo a cargo el seguiros,
 E después de verte muerta,
 Finar también a mi primo.
 A todos he de salvaros.
 GELOIRA. Luego ¿a librarne has venido?
 RAMIRO. E a perder por ti la vida.
 GELOIRA. Pues ¿qué faremos?
 MARTÍN. Partiros
 Adonde yo vos guiare.
 GELOIRA. En vueso valor confío;
 E esta vida que vos debo,
 A vos os la sacrífico.
 RAMIRO. El amor vos agradezco.
 GELOIRA. Fuera negarle delito.
 RAMIRO. Pues sangre alienta mi pecho
 Para non servos indigno.
 GELOIRA. Bien lo dice esta fazaña.
 MARTÍN. Es Diego Anzures mi primo,
 E sangre mía.
 GELOIRA. Pues vamos.
 MARTÍN. Partid por aquel portillo,
 Que allí vos tengo caballos,
 E vos guiaré a un cortijo
 Que tengo en Burgos, en parte

Donde estéis bien escondidos,
 Oficiando sus labores;
 Porque aun los criados míos
 Non lo puedan presumir,
 Que yo faré despedillos,
 Porque ninguno vos vea.
 Non es decente el oficio,
 Mas todo al riesgo conviene.

GELOIRA.

Pues allí cedo partimos.
 ¿E la mi Elvira e Jimen?

MARTÍN.

Todos partirán contigo.

GELOIRA.

Páguete Dios tal refugio.

MARTÍN.

Yo me lo debo a mí mismo.

RAMIRO.

Escurrid vos al mi paje.

MARTÍN.

Cedo; que a facerlo finco.

RAMIRO.

Ven, mi dueña.

GELOIRA.

Yan lo fago.

RAMIRO.

Cuida en pagarme el cariño.

GELOIRA.

Testigo a Dios fago dello.

RAMIRO.

Yo lo aceto.

GELOIRA.

E yo lo afirmo.

MARTÍN.

Andad; que siento rumor,
 E cuido que han de seguirmos.

RAMIRO.

Pues tú el camino les tuerce.

MARTÍN.

Yo lo faré.

RAMIRO.

Ven connigo.

(Ap. Finad de ser torticeros,
 Los mis fados enemigos;
 Yo seré conde en Castiella
 Si tornan a ser propicios.)

Jornada segunda

Habitación de un cortijo, situado cerca de Burgos.

ESCENA PRIMERA

GELOIRA, RAMIRO y SANCHO, *de villanos.*

SANCHO. Digo que le vi.

RAMIRO. ¿Qué dices?

SANCHO. Diego, Rui Peláez nos vio.

RAMIRO. Non te creo.

SANCHO. Si a mí no,
Cree, Señor, a tus narices.

GELOIRA. Corriendo tras un azor
Entraron en el cercado.

RAMIRO. E ¿os miraron?

SANCHO. De mal grado.

RAMIRO. Mal hobiese el cazador.

GELOIRA. Diego, yan ves el empeño;
Hoy non finquemos aquí.
Mi vida corre por ti,
Pues yan del alma eres dueño.

RAMIRO. Pues, mi bien, ¿viéronte a ti?

GELOIRA. Non; que a tal que los miré,
En el cortijo me entré,
Volando corno un neblí.

SANCHO. Mas a mí pescóme luego.

RAMIRO. Non mientas; que es cosa baja.

SANCHO. Por la bendita navaja
Que faz la corona al crego.

RAMIRO. Señas de su faz me di;
Que tú non le conociste.
¿De qué talante le viste?

SANCHO. (*Ap.*) Collido me ha. Non le vi,
Que me chapucé en las parvas.

RAMIRO. Fabla, si le has encontrado.

SANCHO. Un home es encaponado
E con muchísimas barbas.

RAMIRO. Sandio mentidor, ¿qué dices?

SANCHO. Negro e narigón asaz;
Que parece tien la faz
A sombra de las narices.

RAMIRO. Cuido en enristarte un bote.

SANCHO. Si non le fablé en la trulla,
Mala tiña me salpulla
Dende el talón al cocote.

RAMIRO. ¿Qué fablaste?

SANCHO. Mil coleras:
Traidor, malandrín, juglar,
Sandio; que os faré brotar
La hiel por las empulgueras.

RAMIRO. ¿Eso dijiste?

SANCHO. Pues ¿no?

RAMIRO. Pues él ¿qué te respondiera?

SANCHO. Non lo oyó; que si lo oyera,
Non se lo dijera yo.

RAMIRO. Escurre, sandio, en mal hora
De mi vista.

GELOIRA. Diego, cata
Si acaso fue cierto, e trata
De nueso remedio ahora.

RAMIRO. (Ap.) ¡Oh Amor, fijo de un mal fecho!
¿Por qué a quien contra razón
Te posa en su corazón
Entras en tan mal provecho?
¿Non basta estar escondido
En Burgos hoy por tu mano,
E verme, si eres villano,
A la tu usanza vestido?
Non bastó homillarme a tal,
E acallar con sorda oreja
Mi nobleza, que se queja
Por las bocas del sayal?
Por ti con gusto he trocado
(Bien que yo el daño perdono)
El cetro, púrpura e trono
En jerga, choza e arado.
Mejor que su cetro el rey
Tomo el timón, cargo el pecho,
Rompiendo el rudo barbecho
Al tardo paso del buey.
Con gusto e paciencia sigo
Su grave huella, admirando
Que va en la tierra tirando
Reglas en que escriba el trigo.
Más que non dorado colmo
De real pabellón, me agrada

Choza de pajas tramada
 E secas greñas del olmo.
 E en esta homilde cabaña,
 Si non, por regio decoro,
 Cercado de telas de oro,
 Lo estoy de telas de araña.
 Bríndame por las mañanas
 Vecina rama, aún no enjuta,
 Por los resquicios la fruta,
 Que son allí mis ventanas.
 E al primer rayo que gira,
 Miro de la cama al sol
 Semejar el arrebol
 Del rostro de Geloira.
 Tomo el sayo, e salto a obrar,
 E duéleme el que, perdida,
 Gasta sólo media vida
 En vestir e desnudar.
 Ansí, sin zozobra alguna
 Cuidé pasar e vivir;
 Que al que non le ha que tollir
 Non le inquieta la fortuna.
 E si non es fingimiento
 Que me viene a buscar hoy,
 Viendo que contento estoy,
 ¿Viene a tollirme el contento?
 (Ap. a Ramiro.) Señor, ¿por qué non declaras
 A Geloira quién eres,
 Si el ser su esposo prefieres
 A coronas e tiaras?
 Non cale decir quién soy,
 Sancho, hasta serme forzado.
 Por primo me ha defensado
 Martín del Carpio, e yo estoy
 Tenudo a lo confirmar,
 O el su amparo he de perder;
 Y ella non debe saber
 Lo que dél he de ocultar.
 Rui Peláez obedecido
 Es hoy en Castiella; pues
 Si a nadie he en favor, ¿non ves
 Que el declararme es perdido?
 ¿Qué dices, Diego, señor?
 Dudo que faga, e resuelvo

SANCHO.

RAMIRO.

GELOIRA.

RAMIRO.

GELOIRA. Ir a verlo; al punto vuelvo.
 Oyes...
 RAMIRO. Non tarda mi amor.
 GELOIRA. Non veas a Sol.
 RAMIRO. ¿Por qué non?
 GELOIRA. Ha celos de mí.
 RAMIRO. Es mentira.
 GELOIRA. Tente; que Jimen y Elvira
 Vienen, e trairán razón.

ESCENA II

ELVIRA, JIMEN.-DICHOS.

ELVIRA. Sin alma llevo, Señor.
 JIMEN. Señor, sin vida he venido.
 GELOIRA. ¿Elvira?
 RAMIRO. Jimen, ¿qué ha sido?
 ELVIRA. Malo.
 JIMEN. Non, sino peor.
 ELVIRA. Yo le vi.
 JIMEN. E yo, por la entrada.
 ELVIRA. Primero yo.
 JIMEN. Yo primero.
 ELVIRA. Callad, viejo chapucero.
 JIMEN. Callad, moza chapuzada.
 ELVIRA. Narrarlo tengo.
 JIMEN. Non quiero.
 ELVIRA. Apartad.
 JIMEN. Yo lo sé bien.
 SANCHO. Non fagáis fuerza, Jimen;
 ¿Non veis que tenéis braguero?
 JIMEN. Non saldréis con la porfía.
 ELVIRA. Sí faré, mal que vos pese.
 RAMIRO. Diga el uno.
 JIMEN. Yo soy ése.
 SANCHO. ¡Ah! ¿non veis que Elvira es mía?
 JIMEN. Mía también.
 SANCHO. ¿Por cuál fecho?
 JIMEN. Porque ha más que he su amistad.
 SANCHO. Vos tenéis antigüedad;
 Pero yo tengo derecho.-
 Di, Elvira.
 ELVIRA. En gusto me pones.
 JIMEN. Yo cuento.
 SANCHO. Viejo pertuno,

Non te fagas, por san Bruno,
 Contador de relaciones.
 RAMIRO. Pues callad ende los dos;
 Que Sol viene, e lo sabré.
 JIMEN. En mal hora.
 ELVIRA. E holgo-me,
 Por las compretas de Dios.

ESCENA III
 SOL.-DICHOS.

SOL. Diego, ¿tú a tan descuidado?
 RAMIRO. Pues, prima, ¿qué ha socedido?
 SOL. Rui Peláez es venido.
 E trae nuevas de mal grado.
 RAMIRO. ¿Qué?
 SOL. Es muerto el rey de León.
 RAMIRO. Espera; ¡ay de mí!
 GELOIRA. ¿A qué intento,
 Diego, faces sentimiento?
 RAMIRO. ¿Del que es nueso rey pues non?
 GELOIRA. Mató a mi padre y hermano,
 Y eres mi esposo, e ¿te pesa?
 Mira que soy la Condesa,
 Maguer le pese al tirano;
 Y es fuerza a vengar te obligue
 El tuerto fecho a los dos.
 RAMIRO. Non me acordaba, por Dios.
 (Ap. ¡Padre mío!)-Sol, prosigue.
 ELVIRA. ¿Qué dices, Sancho?
 SANCHO. Ceniza
 Se faz todo en un momento:
 Ayer se murió un jumento
 De nuesa caballeriza.
 SOL. Muerto el Rey, ningunos quieren
 Por rey a Alfonso; que es cierto
 Que por él Ramiro es muerto.
 SANCHO. Mienten cuantos lo dijeren.
 RAMIRO. Calla, Sancho.
 SANCHO. En mí no estoy.
 SOL. E a Froïla, que es sobrino
 De Alfonso, como imagino,
 Diz que por rey tienen hoy,
 Del cual Alfonso fuyó,
 E por los montes se lanza,

Porque le busca en venganza
 De Ramiro, a quien mató.
 SANCHO. Mi dueña, lo tal non trates.
 SOL. ¿Qué dices, si es esto cierto?
 SANCHO. Que Ramiro non es muerto,
 Por el santo *Orate, frates*.
 RAMIRO. Calla.
 SANCHO. ¡Oh lengua temeraria!
 SOL. ¿Vístele tú?
 SANCHO. Non le vi;
 Empero decirlo oí.
 SOL. ¿Dónde?
 SANCHO. Allá junto a Tartaria.
 RAMIRO. ¿Qué fablas?
 SANCHO. Perdí pie en ella.
 RAMIRO. Es sandio; non fagáis cura.
 SOL. Laín Calvo e Nuño Rasura
 vienen ya para Castiella;
 Mas viene antes el traidor
 Para que conde le llamen.
 E porque empués non reclamen
 Los dos, de quien ha pavor,
 El juntar face el concejo
 De Burgos hoy en mi casa
 Para lo tal. Esto pasa.
 Martín, que con él le deajo,
 Manda que luego los dos
 Escurráis a la montiña,
 Donde su hacienda aliña;
 E que yo vaya con vos
 Para despedir la gente,
 E mandarla para acá,
 Porque non vos vean allá.
 RAMIRO. ¡Oh, el mundo cuán de repente
 Se revuelve!
 SANCHO. E ¿participas
 De esos espantos así?
 En menos de un hora a mí
 Se me revuelven las tripas.
 RAMIRO. (*Ap. a Sancho.*) ¡Finó el padre mío en León!
 Ángeles habría en su fallo.
 SANCHO. (*Ap.*) De los que han los pies de gallo
 E las barbas de cabrón.
 GELOIRA. Todo contra mí se mueve.

¡Qué lueña está la esperanza
 Del haber justa venganza
 De tanto enemigo aleve!
 RAMIRO. Non des, mi bien, en tristeza.
 GELOIRA. ¡Ay Diego! estando contigo,
 A cualquier caso me obligo;
 Toda homildad es grandeza.
 RAMIRO. Pues por la espina sangrienta
 Que a Dios la frente abaldona,
 Que te he de dar tu corona,
 E otra quizá de más cuenta.
 Non lo dudes, dueño amado;
 Maguer requiera este celo
 Tirar los broches al cielo
 De su capote estrellado.
 GELOIRA. Mi bien, que creo no ignores
 El valor que admiro en ti.
 SOL. (Ap.) Confieso que estoy sin mí
 Escuchando sus amores:
 Mi esposo cuidé que fuera;
 Pero estorbólo mi hermano,
 Faciéndole dar la mano
 A Geloira.
 ELVIRA. ¿Qué espera
 Vueso descuido, Señora?
 SANCHO. Mirad que siento ruído.
 JIMEN. E yo el gentío he sentido:
 No nos enforque en mal hora.
 SOL. Pues mirad que entró, al venir,
 Tras un azor al cercado,
 E cuidó que vio un criado,
 E ha de volverlo a inquirir.
 RAMIRO. Pues tú, Sol, con Geloira,
 Jimen y Elvira, partid.
 GELOIRA. Vamos pues.
 SOL. En pos venid.
 ELVIRA. Sancho, cuida de tu Elvira.
 SANCHO. Yo seguiré vuestros trotes;
 E si se ofrece, repara
 Que non volveré la cara,
 Aunque te maten a azotes.
 ELVIRA. ¿Esto farás?
 SANCHO. Con braveza.
 ELVIRA. Pues de Jimen me valdré.

Mas non fables, si hallas...

SANCHO. ¿Qué?

ELVIRA. Sus canas en tu cabeza.

GELOIRA. Ven, Señor.

RAMIRO. ¡Oh, suerte dura!

GELOIRA. ¿Qué te aflige?

RAMIRO. Verte aquí,
Siendo quien eres, ansí.

GELOIRA. E tú ¿non pasas tristura?

RAMIRO. Tú eres condesa, yo apenas
Un noble fidalgo soy.

GELOIRA. Sangre eres mía, e te doy
Cuanta yo tengo en mis venas.

SOL. Andad; que vienen a fe.

GELOIRA. Non te acucie esta mudanza.

RAMIRO. En ti es fija mi esperanza.

GELOIRA. Non por eso.

RAMIRO. Pues ¿por qué?

GELOIRA. Porque si en la rueda estamos
Del mundo, que es fuerza entiendo
Si anda bajando e subiendo,
Llegar hora en que subamos.

(Vase con Ramiro, Sol, Elvira y Jimen.)

ESCENA IV

SANCHO; luego, RUI PELÁEZ y MARTÍN DEL CARPIO.

SANCHO. Id con mil diablos. ¡Qué error!
Véame yo rey o papa,
E más que pare en gualdrapa
De la mula de un dotor.

PELÁEZ. Hola, villano.

MARTÍN. Aguardad.

PELÁEZ. Parad mientes.

SANCHO. (Ap.) ¡Ay de mí!
La mentira que fingí,
Sale, en castigo, verdad.

PELÁEZ. Detenelde.

MARTÍN. Ya está quedo.

SANCHO. (Ap.) Súpito muero.

MARTÍN. Un pastor
Es, Señor, de mi labor.

SANCHO. Sí, Señor; labro... (Ap. en mi miedo.)

PELÁEZ. ¿Qué labráis?

SANCHO. Labro chapines.
 PELÁEZ. ¿Chapines? ¿De qué?
 SANCHO. De barro.
 PELÁEZ. ¿Qué fablas?
 SANCHO. Faréme un jarro,
 Si non te vas a los fines.
 PELÁEZ. ¿De barro?
 SANCHO. Digo, de canto.
 PELÁEZ. (*Ap.* Bien sospecho.) Extraños son.
 SANCHO. Cuido que es barro el tacón,
 Como caen las fembras tanto.
 PELÁEZ. ¿Fembras caen?
 SANCHO. Si non hay palo,
 Caen al Padre nuestro a un son.
 PELÁEZ. ¿En donde?
 SANCHO. En la tentación
 Junto al *libra nos a malo*.
 PELÁEZ. ¿Malicia sabéis fingir?
 SANCHO. Non tengo sino bonicia.
 Mas dejadme ir; que he codicia,
 E los bueyes parto a uncir.
 PELÁEZ. ¿Para qué?
 SANCHO. Coso este enredo
 Con ellos
 PELÁEZ. Sandio estáis hoy.
 MARTÍN. Es falto.
 SANCHO. Sí, falto soy,
 Mas muy comprido de miedo.
 (*Hace que se va.*)
 PELÁEZ. ¿De quién tienes miedo? Para.
 SANCHO. Del bragado que acomete;
 E si amurca, abre un ojete
 Por detrás, de media vara.
 PELÁEZ. (*Ap.* Del que llevó a Geloira
 Era este home compañero;
 Mandélo finar, e infiero
 Que Martín finca en mentira.)
 Id, si el trabajo os aguarda.
 SANCHO. Guarde vuestos años pocos
 Aquel santo que faz cocos
 Al niño que el ángel guarda.
 MARTÍN. (*Ap. a Sancho.*) Avisa a Diego.
 SANCHO. Sí haré.
 Mas ¿oyes?

PELÁEZ. (Ap. E yan siente
Pavor suyo mi pecho.) Da advertencia
A mi gente.

MARTÍN. Ya están en tu presencia.

ESCENA VI

Al compás de cajas destempladas y sordinas, salen LAÍN CALVO, NUÑO RASURA y SOLDADOS, armados, de luto, conduciendo por un palenque el cuerpo de Diego Almondárez en un ataúd; OSORIO, NOBLES, PUEBLO.-DICHOS.

NUÑO. Posad, soldados, el defunto dueño
De nuesa patria aquí.

PELÁEZ. (Ap.) Yo finco en sueño;
Nuño Rasura y Laín Calvo han sido.

LAÍN. Ahora todos prestad atento oído.

NUÑO. Oíd, castellanos, la injuria más grave
Que fizo en los homes sangrientos efetos,
Que pasma en su cuita la fiera y el ave,
E cuentan los padres a fijos e nietos,
Que al cielo enternece con triste gemido,
A que abren los montes los senos secretos,
Que acatan los brutos e fincan eletos,
Y el sol, si le atiende, non finca encendido.
Llamados de Ordoño los nuegos señores,
Maguer de su muerte conoscen señales,
Le buscan rendidos (si non de inferiores,
Fineza homildosa de pechos leales);
Que en pro de sus reyes, por fuerza de estrellas,
Produce Castiella los pechos a tales,
Que al ir a buscallos de aceros fatales,
Encuentran las puntas e pasan por ellas.
Llegados los Condes... (en fecho tan crudo
Balbuce la lengua, tremendo el aliento;
Ploguieran los fados fincara yo mudo,
E non vos ficiera la injuria mi acento),
Con duras prisiones sus miedos allana,
En ellas atando su nobre ardimiento;
Temblaba a sus armas el león sangriento,
E cuido que al verlos le dio la quartana.
De ocultas pasiones maquina querellas,
E a muerte viltosa sentencia su celo;
De que se lamentan las claras estrellas,
Sin vida en la cuita, sin alma en el duelo.
Non plañan caloñas sus puros candores,
Que a Dios le ficiera procesos el suelo;

Nin finca segura la altura del cielo,
 Si al ver non le alcanza, le arroja vapores.
 El fallo llegado (quien puede resista
 Las lágrimas tiernas, que nobres acrecen),
 A Ordoño citando, de Dios a la vista,
 A infame cochillo los cuellos ofrecen.
 Los homes se pasman, sus ojos cegados;
 Sol ciclo y estrellas su faz escurecen,
 Y aun fasta sus odios allí desfallecen
 De cuita e de pena, que non de vengados.
 En medio los condes, Dieguito... ¡Oh, qué grave
 Ferida del alma! ¡Oh! aquel que la falla
 ¿Por qué non ficiera caber, donde cabe
 Valor de sentilla, poder de vengalla?
 ¡Finó el Diego mío! Temiendo que medra
 La yerba regada con sangre al plantalla,
 Cuidó que el agravio nos fuese muralla,
 Por donde en su ruina creciera esta hiedra.
 Non tarda el castigo; que Ordoño los sigue,
 Partiendo a ajustarlas a cuentas llamado;
 Y a Alfonso quitando, Froila prosigue
 De Ordoño las iras, por rey aclamado.
 De solo este cuerpo soltura nos face
 Que diz soberbioso, de huestes armado,
 Que viene a vencerle, maguer ya finado,
 Si en nuestros alientos el suyo renace.
 Agora vos, castellanos,
 La prez de naciones cuantas
 Por empedrados de estrellas
 Con pies de luz el sol pasa,
 ¿Cómo con semblante enjuto
 Escocháis vuestas infamias?
 Si non vos pasma la vida,
 ¿Cómo el impulso vos pasma?
 ¿Para cuándo son las iras?
 ¿Para cuándo las fazañas?
 Lo que al lado os faz respeto,
 ¿De qué vos sirve en las vainas?
 Si sólo vos son de adorno,
 Tiraldas, sandios, tiraldas;
 Que a poner fembras en cinta,
 Non sirve en cinta la espada.
 Para catarvos polidos,
 Trocad cochillas en bandas...;

Más non las troquedes, non,
 Que a las fembras castellanas
 Más cuido que las aprace,
 Por parir en semejanza,
 El quebrar puntas de acero
 Que el romper puntas en randas.
 Cuando cuidé que al camino
 Menester fuese en mi andanza.
 De tanto encontrar soldados,
 Hombres que ficiesen praza,
 ¿Prazá vos fallo haciendo
 Concejeramente a osadas,
 Para cuál finca de vos
 Con más furto que alabanza?
 Antes si sandios non fuerais,
 Catárades la venganza,
 Porque non cabe ser condes,
 En vez que a los condes matan.
 ¿Vos en paz, e tan cuciosos
 De lo que al cuerpo es en gala,
 E vuestros nobres señores
 Rindiendo a traición las almas?
 ¿Ellos corales vertiendo
 Que vos salpican las capas;
 Vos tomando para esmalte
 Lo que os cayó para mancha?
 Ellos del trono arrancados,
 Rodando por sus escalas;
 E vos en gozo sobiendo
 Lo que ellos en llanto bajan?
 Los que non plañen tal fecho,
 Bien su bajeza declaran,
 Pues non les cae de las venas
 La sangre que se derrama.
 Pues por la Virgen y Madre,
 En cuyas puras entrañas
 De nuesa naturaleza
 Vistió Dios la jerga basta,
 Que esta acerada cochilla,
 Cuyo filo el aire rasga,
 E agora en mi mano finca
 Desnuda por afrentada
 (Non della tremades, non;
 Que maguer soy quien la saca,

Non están fechos sus filos
 A femeniles gargantas),
 Fasta facer justa enmienda
 De la torticera saña
 Del león, ya hircano tigre,
 Non ende torne a la vaina.
 E si tornare, ella misma
 Permita que non me salga
 El sol en nubloso día,
 La luna en noche escarchada.
 Fálteme en fuera el amigo,
 El noble deudo en la patria,
 El pan en estéril campo,
 En seca campiña el agua;
 E por última, los pechos
 Me crucie vil azagaya,
 Que palpitación postrera
 Fagan en la primer vasca.

PELÁEZ.

¿Cómo, nobres castellanos,
 Escocháis afrentes tantas
 Del que miró las injurias,
 E non cuidó de vengallas? -
 Agradece, osado Nuño,
 Que hoy el concejo se traza
 Por facerme conde a mí,
 Que el no embarazarlo es causa
 De non punir tus sandeces.

NUÑO.

¿Conde a ti?

PELÁEZ.

E rey, si non basta.

NUÑO.

¿Esto facéis, castellanos?

LAÍN.

¿Nadie responde?

NUÑO.

¿Qué fablas?

PELÁEZ.

Faced el concejo, e luego
 Lo veredes.

NUÑO.

En bien vaya.

LAÍN.

E en la presencia del nueso
 Defunto señor se faga;
 Veamos quién le llama conde.

PELÁEZ.

Pues los de edad más anciana
 A quien toca dar su voto,
 Están ya dentro en la sala,
 Cerrad la puerta.

NUÑO.

Eso non;
 Concejo abierto se llama

El en que señor se escoge,
 Que el puebro aquí también fabla,
 Concejo abierto queremos.

TODOS.
 PELÁEZ. *(Ap.)* Esto es malo.

NUÑO. E si demandas
 Algo, te responderé
 Con la punta de la espada.

PELÁEZ. ¡Ah de los míos, amigos!
(Pónense todos al lado de Nuño Ranura.)

TODOS. Todos somos desta banda.

PELÁEZ. Tened, non vos revolvades;
 Posad vos, e ansí se faga.

LAÍN. Mal tono lleva de conde.

NUÑO. Aquí de asientos no hay traza.

PELÁEZ. ¿Non hay silla para mí,
 Que soy el mayor?

NUÑO. De infamia.

PELÁEZ. ¿Cómo non?

NUÑO. Como vos paso
 Yo por en más de una cuarta.

PELÁEZ. ¿Non finqué yo en el gobierno?
 Non me dio el Conde la vara?

LAÍN. Yan se vos ha vuelto palo.

PELÁEZ. Su voluntad fue; esto basta.

NUÑO. Non basta; nin sacad sillas,
 Escañeros desta casa,
 O voluntad e concejo
 Echaré por la ventana.

PELÁEZ. *(Siéntase en la silla.)*
 Fablad en bien, Nuño, o luego
 Vos faré aferrar las prantas.
 Éste es mi lugar ahora;
 Posad vos en hora mala.

NUÑO. Hola, soldados, pasad
 Aquel escaño a esta banda.
 De aquí empiezan los lugares,
 Siéntese aquí el que más valga
 Y el que me lo reprochare,
 Miente, miente por la barba.

(Mudan el escaño junto al otro, y dejan la silla detrás; y Nuño Rasura clava un puñal en el principio del escaño.)

LAÍN. E yo lo sostentaré.

TODOS. E todos.

PELÁEZ. *(Ap.)* Mal se me traza.

TODOS. Tome el primer lugar Nuño.
 NUÑO. Aceto.
 LAÍN. E yo voy en zaga.
 TODOS. E todos vamos en pos.
 PELÁEZ. ¿Qué? ¡Por la mitra del Papa,
 Que de mí han fecho la cola!
 NUÑO. Fable agora el de más canas.
 LAÍN. A Osorio toca.
 OSORIO. Yo cedo
 Mi derecho e mi ventaja
 En Laín Calvo, por más ducho.
 LAÍN. Yo le admito.
 OSORIO. E buen pro os faga.
 LAÍN. Pues en el nome de Dios
 Padre e Fijo (de que emana
 Por su procedencia aquella
 Divina paloma blanca,
 Tres personas e un Dios solo,
 En quien cré e adora el alma),
 E de la virgen María,
 Madre e virgen pura e intacta
 (En quien, por paño de Dios,
 Non se atrevió a fincar mancha),
 De nuestros santos patrones;
 E ahora a esfera más baja,
 De todos los que venero,
 Como a padres de la patria,-
 Digo que Nuño Fernández
 E Almondar Blanco (que hayan,
 Con Diego Almondárez, gloria)
 Fueron condes por la gracia
 De Dios, e nuegos señores.
 Matólos Ordoño... basta:
 Non retornemos la cuita,
 Maguer es pasión fidalga
 Que aun de tal modo non caten
 Pasiones en esta sala.
 Muerto Ordoño, entra Froila
 Con traiciones e asechanzas,
 Quitando a Alfonso su herencia,
 Cruel, soberbio; non me espanta:
 Fue traidor, e nunca fizo
 Buen efeto mala causa.
 Froila, pues, es tan fiero

Tantos rigores nos arma,
 Tantos impuestos, crueldades,
 Injusticias e demandas,
 Que el hombro del fiel vasallo
 A sostentarle non basta.
 Esfuérase, carga el peso;
 Vale homillando la carga,
 Carga más él; e ya el hombro
 Toca el suelo, en él descansa
 Arrimado non caído;
 Que así la lealtad trabaja.
 Si finca, empero, en el suelo,
 ¿De qué sirve que non caiga?
 Esto supuesto, propongo,
 Pues de la sangre asturiana
 Resta de los godos somos,
 Que reino aparte se faga
 Castiella, e non la prez suya
 Finque en coyunda tirana.
 Nuesa Condesa tenemos
 En Geloira, a Dios gracias;
 Búsquesele igual esposo,
 Pues en Castiella non falta:
 Mendoza, Osorio, Velasco,
 Estúñiga. Anzur, Minaya,
 González, Cueva e los otros
 Que por non cansar se callan.
 E al que por suerte e por votos
 Le toque dicha tamaña,
 San Pedro se la bendiga
 E que buena pro le faga.

PELÁEZ. Non bien proponéis por fembra;

Que Geloira acuitada

Finca monja por mi mano.

LAÍN. Pues ¿habrá más de sacalla?

PELÁEZ. ¿Con qué autoridad?

NUÑO. La mía

E la del bien de la patria.

PELÁEZ. Non puede ser; que yan cuido

Que della non fincan rastras.

NUÑO. Deso daréis buena cuenta,

O sobre eso...

LAÍN. Habrá matanza.

PELÁEZ. Facedme a mí rey; que yo

- OSORIO. E vengan las varas luego.
A Laín sirva esta bengala,
E a vos esta vara.
(Da la bengala a Laín y la vara a Nuño.)
- TODOS. *(Menos Peláez.)* E todos
Juramos de respetarla.
- NUÑO. Tened; que antes que la tome
Conviene quitar las armas.
Tomad, Laín Calvo, mi espada
E comprid mi juramento,
Que en vos crecerá el aliento,
Y en mí es insignia sobrada;
Pues es la que me dais vos
De acero más principal
Que espada, lanza e puñal,
Pues tengo el brazo de Dios.
E quiera el su alto poder,
De que hoy escomienzo a usar,
Que se me llegue a quebrar
Cuando la vaya a torcer.
Ahora afinojáos, y en ella
De Dios acatad la hechura.
- TODOS. Laín Calvo e Nuño Rasura
Vivan jueces de Castiella.
- LAÍN. E yo también, pues se indicía
Que el soldado no es soldado
Más que para ser, armado,
Defensa de la justicia.
- NUÑO. E vos ¿non llegáis?
- PELÁEZ. He en risa
Lo fecho.
- NUÑO. ¿En risa? Llegad.
- PELÁEZ. Non quiero.
- LAÍN. ¿Non? Esperad.
Que ansí vendréis más aprisa.
(Échale a los pies de Nuño, y empuña la espada.)
- PELÁEZ. ¡Oh villano malfechor!
- NUÑO. *(Deteniendo a Laín.)*
Ten.
- LAÍN. ¿Tú amparas su malicia?
¿Non debe ir?
- NUÑO. Sí, por justicia;
Empero non por rigor.
- LAÍN. ¿Non te ha enojado el antojo

De ser conde?

NUÑO. Fue sandez;
E dende que soy su juez,
Se me ha quitado el enojo.

LAÍN. Pues ¿cómo has de castigar?

NUÑO. Sin enojo; mas si cojo
Un malfechor, sin enojo
Le faré luego enforcar.

LAÍN. Pues diga de Geloira.

MARTÍN. (Ap.) Cielos, si aquí les entimo
Que es casada con mi primo,
Mi vida a riesgo se mira.
Callaré agora, e su estrella
Quizá conde lo fará.

LAÍN. ¿Qué decís?

PELÁEZ. Non sé do está.

LAÍN. Pues yo dél fago querella.

NUÑO. ¿Dais razón?

PELÁEZ. Non lo consiento.

NUÑO. Prendelde.

PELÁEZ. ¿Hay quién me desarme?

NUÑO. (Quitándole la espada.)
Yo, e veréis, sin enojarme,
Cómo le doy un tormento.-
A una torre le llevad.

PELÁEZ. Si los alcaldes son míos,
Poco importan vuestos bríos;
Yo me pondré en libertad.
(Cercan algunos soldados a Peláez.)

NUÑO. Eso veremos, pariente.-
Agora el cuerpo tomad,
E en hombros se lo llevad
A demostrar a la gente.
El preso vaya delante.-
Laín, tú en guarda lo llesves.

PELÁEZ. (Ap.) Pues pagaréismelo, alevés.

LAÍN. Nuño, ya de buen talante
A la venganza fincamos.

NUÑO. Sabiendo de la Condesa,
Yo cumpliré mi promesa.

LAÍN. Sea ansí.

NUÑO. En buen hora vamos.-
Mas, ¿oís? de obrar cuidad,
porque si facéis maleza,

Vos cortaré la cabeza
Sin enojo. Ahora marchad.

(*Vanse.*)

Campo y vistas exteriores de uña casa y cabaña.-Empieza a oscurecer.

ESCENA VII

Suenan ladridos de perros, y sale ALFONSO, sin espada, huyendo. Dentro, ELVIRA, JIMEN y SANCHO.

ALFONSO. Sal aquí (¡oh brutos feroces!);
Buen home, allá los detén.

ELVIRA. (*Dentro.*) Llama los perros, Jimen.

JIMEN. (*Dentro.*) Lobillo, non calen voces.

ALFONSO. Milagro ha sido escapar
De los perros. ¿Dónde voy
Sin camino? ¿Dónde estoy?
Mas non hay que pescudar;
Que un desdichado camina
Cuando le sigue su suerte,
Pensando que huye la muerte,
A dar en mayor ruina.
Huyendo el rigor tirano
De Froïla e de León,
Voy temiendo su traición
En cualquiera bulto vano.
Donde finco estoy dudando:
Allí hay una casa, aquí
Una cabaña, e allí
Un villano finca arando.
La fambre me acuita ya,
La sed e el cansancio fiero.
¿Qué faré? Llamarlo quiero;
Quizá amparo me fará.-
¡Buen home!

SANCHO. (*Dentro.*) ¡Rita acá, buey!

ALFONSO. Divertido en su labor,
Non me atiende.-¡Ah, labrador!

SANCHO. (*Dentro.*) ¡Pardillo!

ALFONSO. Amigo.

SANCHO. (*Dentro.*) ¡Oh ruin grey!

(*Canta.*)

*Matara el rey don Ordoño
Los Condes con voz de amigo,
E su Alfonso persiguiera
Su buen hermano Ramiro.*

(Va sonando la voz con las campanillas, fingiendo que se aleja y que se acerca.)

- ALFONSO. Dios me vala en el confflito
Del pesar que me enajena;
Porque me ajuste a la pena,
Me acuerda Dios el delito.
Yo allá le fice fuir;
Non tengo qué me aquejar,
Pues non es justo llorar
Lo que a otro hice sentir.
Noticioso es, yo le atajo,
Razón me dará.-¡Ah, arador!
- SANCHO. *(Dentro.)* Tira, Bragado; o ¿es flor?
- ALFONSO. Sólo cuida en su trabajo.
- SANCHO. *(Canta dentro.) Empero a los malfechores*
Non tarda Dios el castigo;
Que al uno le quita el reino,
Y otro la vida ha perdido.
- ALFONSO. Bien quitado; pues arguyo
Cuando mi culpa condeno,
Que el que procura el ajeno,
Non está bien con el suyo.
- SANCHO. *(Canta dentro.) Froila finca reinando,*
Alfonso finca fuido,
Ramiro en pobres montañas
En menguas de su destino.-
Vuelta al barbecho. ¡Oh, haragán,
Cuál disimuláis los bríos!
¡Rita allá!
- ALFONSO. ¡Ay ojos míos,
Llorad, que es deuda el afán!
Ramiro... ¡Oh cielo, pues ves
Mi cuita, hallarle quisiera!
Fazlo, que yo le pidiera
Perdón, postrado a sus pies.
Mas yendo desamparado,
Si a sus pies estoy rendido,
Dirá que estoy de abatido,
Empero non de homillado.
¡Oh, labrador venturoso,
Que hallas alivio en tu afán!
¿Qué cuitas te empecerán,
Si es tu trabajo el reposo?
Ara en paz, e la fortuna
Crezca tu bien, non tu suerte;

Que si ésa ansí te divierte,
 Mejor te está que ninguna.
 Cómo medraras me digas,
 Para una escuela poner,
 Pues enseñas a facer
 Contento de las fatigas.
 ¡Qué iguales e qué cabales
 Faz los surcos uno a uno!
 Non le apasiona nenguno,
 E ansí son todos iguales.
 Non quiero yan le inquietar;
 Que a un rey que finca embebido,
 En sus consultas metido,
 Nadie le osara estorbar.
 Pues si tú, siguiendo el buey,
 Para avasallar tu brío
 Eres rey de tu albedrío,
 Logra méritos de rey.
 Por ende quiero llegar
 A esta casa; pero ¡ay Dios!
 Dos dueñas salen, e dos
 Ángeles cuido encontrar.

ESCENA VIII

SOL, ELVIRA.-ALFONSO.

ELVIRA. Señora, a Jimen y a mí
 Sancho diz que ha de finir.
 SOL. Non tienes que le temblar,
 Pues que yo vengo con ti.
 ELVIRA. Ha dado en se recelar
 De Jimen.
 SOL. Face muy bien.
 ELVIRA. Señora, es viejo Jimen;
 Non se puede soliviar.
 SOL. Non temas.
 ELVIRA. Faráme rajas.
 SOL. ¿Diz que os halló en la pajera?
 ELVIRA. Non cuidé que me cogiera;
 Pero adormíme en las pajas.
 Mas por nuestro san Antón
 E su bendito cochino...
 ALFONSO. ¡Ay de mí!
 ELVIRA. Daño imagino.
 SOL. ¿Quién fabló aquí?

ALFONSO. Mi pasión.
 SOL. ¿Quién sois, home?
 ALFONSO. Un forastero,
 Soldado, e desamparado,
 Que perdido aquí he llegado,
 E vueso socorro espero.
 ELVIRA. ¡Ay, Señora, qué polido
 E desmarrido garzón!
 SOL. ¿De dónde sois?
 ALFONSO. De León;
 E ante vos paro fuido
 De un traidor que hubo en antojos
 Los ojos sacarme atanto.
 Más ya lo face, que el llanto
 Me está sacando los ojos.
 ELVIRA. ¡Ay qué cuita!
 SOL. E ¿qué pedís?
 ALFONSO. Un socorro, si es de grado;
 Que en todo hoy non he yantado.
 ELVIRA. ¡Ay mezquino!
 SOL. En bien venís;
 Que aquí le hallaréis; callad.
 ¿Darásle, Elvira, a comer?
 ELVIRA. Pues ¿non precio yo el facer
 A los homes caridad?
 SOL. Pues id a aquella Cabaña
 Que está junto a aquella peña;
 Que allí hallaréis una dueña,
 Que es la prez desta montaña,
 E seréis bien acollido.
 ALFONSO. Dios vos lo cuide pagar.
 ELVIRA. Yo os apañaré el yantar.
 Venid, que estáis desmarrido.
 ALFONSO. Vamos.
 ELVIRA. ¿La fambre os molesta?
 ALFONSO. La fabla sacar non puedo.
 ELVIRA. Pues non cuido haberos miedo;
 Que non venís para fiesta.

(Vase con Alfonso.)

ESCENA IX

SOL; luego, RAMIRO y SANCHO.

SOL. ¡Variedad del mundo extraña!
 ¿Quién sin cuita se hallará?

Ardiendo mi pecho está
 Desde sobí a la montaña.
 A Diego tuve afición,
 Y en dueño ajeno le veo,
 E crece al paso el deseo
 De la desesperación.
 Non cuidé que a tal mi pecho
 Llegara; mas he pavor
 Que llegue a rabia este amor,
 E por él faga un mal fecho.

RAMIRO.

(Dentro.) ¿Tad cedo aliviáis?

SANCHO.

(Dentro.) La cholla

moja ya el sol en el mar.

RAMIRO.

(Dentro.) ¿Non habéis gana de arar?

SANCHO.

(Dentro.) Y a la fe, huele la olla.

SOL.

Yan a los dos venir siento.

Tan gustoso está en su amor,

Que toma aquí la labor

Por gusto e divertimento.

(Salen Sancho y Ramiro, con béstola de arar.)

SOL.

¡Diego!

SANCHO.

Sol nos ha encontrado.

RAMIRO.

¡Prima!

SANCHO.

(Ap.) De la olla de amor

Cuido que viene al olor;

Más non cenará bocado.

SOL.

¿De do vienes?

RAMIRO.

A destajo

Regué hoy esas praderías.

SOL.

¡Que, fecho a galanterías,

Gustes de aquese trabajo?

RAMIRO.

Prima, para desmentir

Toda villana sospecha,

Ansí me es fuerza vivir;

Que a non facer tal deshecha,

Nos pudieran descubrir.

Demás, que esto imitar es

A mi querida condesa;

Ella es montañesa, pues

¿Qué fago en ser montañés

De tan bella montañesa?

Con el sol siempre amanece,

E como en nada la iguale,

Al verla a tal, se escurece;

Que a las froes les parece
 Que él se pone y ella sale.
 Non fía a Elvira el aseo,
 Que ella las haciendas traza;
 Y estoy loco cuando veo
 Cómo se enfada el manteo
 E los brazos se arregaza.
 Como acá no hay instrumentos,
 A sopros, para guisar,
 Faz chasquear secos sarmientos.
 ¿Hay dicha como mirar
 Que como de sus alientos?
 Tiene puesta al mediodía
 La mesa, e llama a sazón
 El blanco mantel que envía
 Olor al limpio jabón
 De la rústica lejía.
 Si falta agua, va a la fuente,
 E a la corriente provoca,
 Pues vuelve tan diligente,
 Que la cántara vertiente
 Trae con la espuma en la boca.
 Si vieras el vidriado
 Limpiar a sus azucenas,
 Dijeras que, de estregado,
 Parece que le ha pegado
 El oro de las arenas.
 La cama un ámbar derrama
 De froes, que va a buscar,
 Que los sentidos inflama;
 Lo que se duerme en la cama
 Se deja de descansar.
 Y ella...

SOL.

La lengua detén,

No alabes fembra en mi igual.

RAMIRO.

¿Por qué faces tal desdén?

SANCHO.

(Ap. a Ramiro.) Cuido que lo sabes mal:

Porque non la sabes bien.

SOL.

(Ap.) Los celos me han despeñado;

Loca finco de pasión.

RAMIRO.

¿Por qué ansí te has enojado?

SOL.

Non merece esa afición

Geloira. *(Ap. Yo me he arrojado.)*

RAMIRO.

¿Cómo non? Si a otro, aunque tal,

Oyera lo que te oí,
 Por el bendito misal,
 Que le matara, y a ti.

SOL. ¿Non sabes tú de tu mal,
 Que en Burgos hay quien de tanto
 Amor como tú se miembro?
 (*Ap.* Rabiosa estoy, no me espanto.)

SANCHO. (*Ap.*) Yo cuido que tanto cuanto
 Está borracha esta fembra.

RAMIRO. Mientes, villana; ma, Dios,
 Que te abrase con mi aliento
 O el pecho te faga dos.

SOL. Id a la cabaña, e vos
 Veréis allá si yo miento. (*Vase.*)

ESCENA X

RAMIRO, SANCHO.

RAMIRO. ¿Qué dices, mujer? Aguarda,
 Espera, detente, Sol.-
 Tírame dese puñal,
 Que me clavo al corazón.
 Tira, Sancho.

SANCHO. ¿Dónde está?

RAMIRO. Tira, ¿non le miras?

SANCHO. Non.

RAMIRO. Tira, Sancho; que me crucia.

SANCHO. Non le veo.

RAMIRO. Un volcán soy.

SANCHO. Que non fue sinon pedrada.

RAMIRO. En toda el alma me dio.
 ¡Ay de mí!

SANCHO. Señor, repara
 Que ésta es borracha, por Dios,
 E a las tardes tomar suele
 Un lobo como un lechón.

RAMIRO. Muerto finco.

SANCHO. Entra a mirarlo.

RAMIRO. ¡Ay de mí! Un mortal sudor
 Me cubre.

SANCHO. Ésta es la cabaña.

RAMIRO. Ya el verla me face horror.
 Quédate, Sancho, a la puerta;
 Non faga alguna ilusión
 La noche, que ya escurece.

Temblando, temblando voy.
(*Éntrase en la cabaña.*)

ESCENA XI

SANCHO; *luego*, ELVIRA y JIMEN, *que salen de la cabaña.*

SANCHO. Non finco yo en buen recado,
Si sale algún infanzón,
E me da a guisa de pulpo.

ELVIRA. Jimen, escurramos.

JIMEN. ¿Do?

ELVIRA. A los bueyes.

JIMEN. E ¿si entre ellos
Finca Sancho?

SANCHO. (*Ap.*) Mala voz:
¿Yo entre los bueyes? ¿Qué es esto?
¿Es esta cabaña? Non;
Que más parece convento;
Pues salen de dos en dos.

JIMEN. Ven, Elvira.

ELVIRA. Anda, Jimen.

SANCHO. ¿Cómo qué? ¿Vosotros seis?

ELVIRA. ¡Ay, Dios!

JIMEN. ¡Mezquino de mí!

SANCHO. Honor, deparadme vos
Aquí un martirio inaudito;
Con eso me ensancho yo.
Todo el día andades, perros,
Reprochándovos los dos,
E a la noche estáis más unos
Que carne e hueso.

RAMIRO. (*Dentro.*) ¡Traición!

SANCHO. También allá hay mal guisado.

ESCENA XII

RAMIRO, *que sale con la espada desnuda, persiguiendo a ALFONSO; éste le arroja la capa sobre el rostro, y huye.*-DICHOS.

RAMIRO. Finarás ende, traidor.

SANCHO. Fuyendo va como un galgo.

RAMIRO. La capa que me arrojó
Me atapa.-Tírala, Sancho.
¿Por dónde va el malfechor?

SANCHO. Por la Nava va cruzando,
E yo he fallado a estos dos.

RAMIRO. Mueran pues fasta los perros.

Mátalos, e ven tras nos. (*Vase.*)

ESCENA XIII

ELVIRA, JIMEN, SANCHE; *luego*, GELOIRA.

SANCHE. Alto. Muera todo el mundo,
Con el adúltero. *Alón.*

ELVIRA. ¡Válame el cirio pascual!

SANCHE. Ni el cirio de la Ascensión.

JIMEN. ¡Válame la letanía!

ELVIRA. *Te rogamos audi nos.*

SANCHE. Ea, valor de los Sanchos.

ELVIRA. ¿Qué intentas?

SANCHE. Desprenar-vos
Las nueces de la garganta.

JIMEN. ¡San Llorente!

ELVIRA. ¡San Bertol!

(Sale Geloira.)

GELOIRA. ¡Ay, Sancho! ¿Dónde va Diego?

ELVIRA. Tenle, Señora.

GELOIRA. ¡Ah traidor!

¿Qué faces?

SANCHE. Matarlos.

GELOIRA. Tente. *(Sujétale.)*

ELVIRA. Fuye, Jimen.

JIMEN. Tras ti voy.

(Vanse Elvira y Jimen.)

SANCHE. Suéltame, que se me van.

ESCENA XIV

RAMIRO.-GELOIRA, SANCHE.

RAMIRO. ¡Oh, pese al cielo e al sol,
Que agora apagó sus luces
Para furtarme el honor!
Perdí al traidor con la noche.

GELOIRA. ¿Qué es lo que he escuchado? ¡Ay Dios!
-Mi bien, mi señor, mi Diego.

RAMIRO. Infierno, rabia, furor,
Iras, traiciones, injurias.
Cielos, deparadme vos
Palabras para mi rabia,
Que éstas capaces non son.

GELOIRA. ¿Qué dices, Señor?

RAMIRO. Agravios.

GELOIRA. ¿De qué los tienes?

RAMIRO. Rigor.

GELDIRA. ¿Quién te los hizo?

RAMIRO. Crueldades.

GELDIRA. ¿En qué las sientes?

RAMIRO. Traición.

GELDIRA. ¿Hete ofendido yo?

RAMIRO. Afrenta.

GELDIRA. ¿Quieres matarme?

RAMIRO. Dolor.

GELDIRA. Acaba de penetrar
Mi inocente corazón;
Porque son muchas heridas
Para quien non te ofendió,
Agravios, rigor, crueldades,
Traición, afrenta e dolor.

RAMIRO. Sí faré, falsa. Mas, cielos,
La veloz palpitación
Del corazón me ha quitado
La fuerza. Temblando estoy.
La espada se me ha caído.
(Cáesele la espada, Geloira la recoge y se la ofrece.)

GELDIRA. Tomalda, tomalda, e yo
Vos ministraré el impulso,
Guiándola al corazón.
Mas mirad, mi bien, que es hierro
Más acertado que vos,
Pues al ponérmele al pecho,
Non ser hierro pasador,
Entrar non quiso a finarme
Para non hacerse dos.
Acabad, matadme ya;
Que si es fuerza morir hoy
De veros con tal congoja,
Que me matéis es mejor,
Pues dejándoos satisfecho,
Finaré contenta yo;
E a un mismo tiempo podremos
Fincar contentos los dos.

RAMIRO. Dejarte es mayor castigo.-
Ven, Sancho, que huyendo voy
De mi agravio, de mi afrenta,
De mi venganza e mi amor.
E por la faz que en el paño
Pintada nos dejó Dios,

E por la sangre que vierte
 Su tosco agudo cambrón,
 He non tener en mi vida
 Contento, amor ni afición
 Nin mostrar risa en la faz,
 Nin ver las luces al sol,
 Nin yantar más que de alivio,
 Nin beber más que de horror,
 Maguer llegue a ver de estrellas
 Fecho a mi cetro blasón.
 E porque sepas, ingrata,
 Cuánto en mí pierdes, yo soy
 Ramiro, fijo de Ordoño,
 Segundo rey de León;
 Non Diego, pobre fidalgo,
 Nin villano, aunque lo soy.-
 Para que el alma te quede
 Cruciando aqueste dolor.

GELOIRA.

Detente, Ramiro, espera.

RAMIRO.

Non me pases, ende, non.-

Ven, Sancho.

SANCHO.

Ya estoy en zaga.

GELOIRA.

¡Mi bien!

RAMIRO.

Non fables de amor.

GELOIRA.

Tenle, Sancho.

SANCHO.

Yan lo fago.

RAMIRO.

Que te mataré, traidor.

SANCHO.

Pues non lo fago.

GELOIRA.

Deténle.

SANCHO.

Que le detenga un león.

RAMIRO.

Suelta.

GELOIRA.

Mátame primero.

RAMIRO.

Non quiero darte esa pro.

GELOIRA.

Yo me mataré a tus ojos,

E non te vayas, por Dios.

RAMIRO.

Suelta.

GELOIRA.

Aguarda, dueño mío.

RAMIRO.

Faréte piezas, por Dios.-

Ven, Sancho.

SANCHO.

Vamos, Ramiro.

RAMIRO.

Vámonos ya.

SANCHO.

Vamos nos.

RAMIRO.

Non tardes pues.

SANCHO.

Pues non tardo.

RAMIRO. Ven a rabiar de dolor.
SANCHO. Vamos a rabiar de fambre;
Y el diablo cargue con nos.
GELOIRA. Espera, espera, cruel;
Non tengas piedades, non;
Que en non me matar me has muerto
Con ferida más atroz.

Jornada tercera

Huerto delante de la casa de Martín del Carpio, en Burgos.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA y GELOIRA, *que trae UN NIÑO de la mano; los tres de peregrinos.*

ELVIRA. Señora, basta, por Dios,
Non plañades desta guisa.

NIÑO. Madre, que os fináis a prisa.

GELOIRA. ¡Ay fijo! ¡Ay Elvira! En vos
Me restauro; que si non,
Ya el alma tovierá manca
Cada suspiro que arranca
Un tanto del corazón.

NIÑO. ¿Por qué de la cuita vuesa
Non me contáis la verdad?
Que yo finco en ceguedad;
E a fe, madre, que me pesa
Que de mí escondáis el cuento.
Vos decís una vegada
Que fue una groria soñada,
Que se desfizo en el viento;
Otra, que fue una quimera
Allá entre unos escondrijos;
E son tantos revoltijos,
Que non les cato manera.
Fabladme verdad, por Dios;
Y el engañarme imagina
Que non es buena dotrina.

GELOIRA. Non desto cuidédes vos,
E sólo el saber vos cuadre
Que para bien aprender
Non debe el fijo saber
Más que le enseña su madre.

NIÑO. E ¿si es mal?

GELOIRA. ¿Tal se te miembra?

NIÑO. Sí; que vos decís que el nome
De mi padre fue un pobre home,
E vos una homilde fembra.

GELOIRA. E yendo para Santiago
De consumo en romería,
Le perdí por mala vía;
E ocho años hará que fago

Pesquisa en pueblos extraños,
 Sin que dél seña hallaría.
 NIÑO. Pues los pobres, madre mía,
 Non se lloran tantos años.
 GELOIRA. Si son de amparo, ¿non llora
 Con razón quien los perdiera?
 NIÑO. Pues catad que se os muriera;
 ¿Qué ficiérades ahora?
 GELOIRA. Non digas tal; que amarrido
 Me ficiera el pecho dos.
 NIÑO. A la fe, madre, que vos
 Más que pobre habéis perdido.
 GELOIRA. ¿Sobre qué lo sacáis?
 NIÑO. Sobre
 Lo que plañís, e que yo
 Non tengo figados, no,
 Para ser fijo de un pobre.
 GELOIRA. Pues para ser de otro, loco,
 ¿Qué tenéis vos?
 NIÑO. Ma, Dios, madre,
 Que a haber de escoger yo padre,
 El Papa cuido que es poco.
 GELOIRA. Nunca de lo tal fabledes;
 Que os he de desceplinar.
 NIÑO. Pues farédesme llorar;
 Pero bajar non faredes.
 GELOIRA. Ésta de Sol es la casa.
 ELVIRA. ¿Qué intentas facer, mi dueña?
 GELOIRA. Pues tal la cuita me empeña,
 Sabe, Elvira, lo que pasa.
 No ignoras cómo León
 Por rey a Alfonso llamara
 Desque Froila finara;
 Alfonso, ya en más razón,
 Busca a Ramiro, su hermano,
 Para apagar su querella;
 Por otra parte, en Castiella
 A mí me buscan en vano.
 Rui Peláez e Martín
 Del Carpio son en prisión
 Por non dar de mí razón.
 Yo finco esperando el fin,
 Porque si él non parece,
 Yo non hablaré en mis días.

Mas como las cuitas mías
 Y el dolor, que a tanto crece,
 A tal me han desfigurado
 Que nadie en mis señas mira,
 En la su casa, mi Elvira,
 Asoldarme he caprichado.
 ELVIRA. Bien dices; pero ¿non ves
 Que yan Sol pasa a su huerto
 Con tus cantores?

GELOIRA. Es cierto.

NIÑO. E la van sonando.

GELOIRA. Pues

Atapémonos.

ELVIRA. ¿De qué?

Si nadie en Burgos ha habido
 Que nos haya conocido,
 ¿Qué temes della?

GELOIRA. Non sé.

ESCENA II

SOL, músicos.-DICHOS.

MÚSICOS. *Amor, si las penas mías
 Son los gustos que me das,
 Di, tirano, ¿qué darás
 Cuando non des alegrías?*

SOL. Bien pudiera responder
 Mi pecho al vueso cantar:
 «Doy placer como pesar,
 E pesar como placer.»
 Non sonéis; que non mejora
 Vueso canto el llanto mío.
 ¡Ay, mi Diego!

(Vanse los músicos.)

GELOIRA. ¡Ay, dueño mío!

SOL. ¿Quién fabló aquí?

GELOIRA. Yo, Señora,

SOL. ¿Quién sois, fembra?

GELOIRA. Una romera,

Que cuando a Santiago fui
 El mi velado perdí.

SOL. ¿Finó?

GELOIRA. Al cielo non ploguiera.
 Con un fijo me dejó,
 Huérfana, pobre y perdida.

SOL. E ¿de qué finó la vida?
 GELOIRA. De un mal sol que me le dio.
 ELVIRA. Sí a la fe.
 SOL. ¿Quién sois?
 ELVIRA. Yo agora
 Soy compañera.
 GELOIRA. Es verdad.
 SOL. ¿Queréis las dos caridad?
 GELOIRA. Non, sino servir, Señora:
 Dícenos que en vuesa casa
 Fembras habéis de labores.
 Nos faremos mil primores.
 SOL. En bien vengáis, si eso pasa.
 GELOIRA. Dios pague el bien que facedes.-
 Fijo, acatarla vos cuadre.
 SOL. ¿Qué decís vos?
 NIÑO. Que mi madre
 Vos debe muchas mercedes.
 SOL. ¿Lloráis?
 NIÑO. Verla servir sientu.
 SOL. Pues ¿podéis vos excusarla?
 NIÑO. Sí, Señora, con ganarla,
 A ser buen fijo, el sustento.
 SOL. Pues ¿sabréis vos tener modo?
 NIÑO. Sí, Señora; que sé yo
 Rezar la salve.
 SOL. ¿E más no?
 NIÑO. E la Reina y Madre, y todo.
 SOL. Buena devoción vos tiene.
 E ¿a quién la ofrecéis por paga?
 NIÑO. A quien Dios menuzos faga
 A quien en cuita la tiene.
 SOL. ¡Buen rapagón!
 GELOIRA. Groria a Dios.
 SOL. ¿Cómo os llamáis vos?
 GELOIRA. Librada.
 E quisiera esta vegada
 Ser yo librada de vos.
 SOL. Sí seréis.
 GELOIRA. Si a Dios praciere.
 SOL. E ¿vos?...
 ELVIRA. ¿De mí pescudáis?
 Lláname...
 SOL. ¿Cómo os llamáis?

ELVIRA. Lllámome... llámome... Espere.
 SOL. ¿Ansí os llamáis?
 ELVIRA. Lllamo-me...
 ¡Oh que me acuerde en mal hora!
 Lllámome... ¿cómo, Señora?
 SOL. ¿Sancha?
 ELVIRA. Sancha, sí a la fe.
 GELOIRA. (*Al Niño.*) Atiéndame, rapagón:
 La boca empringar vos sientu,
 Si fabláis, con un pimiento.
 NIÑO. Pues, madre mía, chitón.
 GELOIRA. Vos faré amargo el focico,
 Por vida de vueso padre,
 Si fabláis.
 NIÑO. ¿Pimiento, madre?
 Non despegaré mi pico.
 SOL. Iros a cobrir podéis
 Con mis ropas.
 GELOIRA. Facéis, cierto,
 Demás, porque yan cobuerto
 El corazón me tenéis.
 SOL. Fuelgo que de amor lo esté;
 Que vos recibo de gana,
 Por dar aire a una serrana
 Que quise bien.
 GELOIRA. ¿A la fe?
 E vos a cierta fermosa,
 Que del su amor he gran sed.
 SOL. ¿Cómo? ¿Fízovos merced?
 GELOIRA. Lo que es merced, mucha cosa.
 SOL. Pues id, e fincad contenta,
 Faciendo cuenta, a la fe,
 Que soy ella.
 GELOIRA. Sí faré;
 Pero cuando faga cuenta.
 (*Vase con Elvira.*)

ESCENA III

EL NIÑO, SOL.

SOL. (*Deteniendo al Niño.*)
 Escochad vos.
 NIÑO. Fablar non.
 SOL. ¿Cómo os llamáis?
 NIÑO. Non, Señora.

SOL. ¿Non fabláis?
 NIÑO. No puedo ahora.
 SOL. ¿E vueso padre?
 NIÑO. Chitón.
 SOL. ¿Non respondéis a mi intento?
 NIÑO. Non fabledes de mi padre;
 Que os empringará mi madre
 La boca con un pimiento.

(Vase el Niño. Sol entra por una puerta y sale por otra.)

Sala en la casa de Martín del Carpio.

ESCENA IV

GRACIA.-SOL.

GRACIA. Señora, un fidalgo honrado,
 Con el su paje, va a entrar,
 Que diz que os viene a hablar.
 SOL. ¡Ay, Gracia, susto me has dado
 Que en oyendo hablar de home,
 De Diego la faz me imprimo;
 Maguer que él non fue mi primo,
 Porque él se fingió en su nome,
 Como yan se ha averiguado
 En Toro, desde fue preso
 Mi hermano por el soceso.
 GRACIA. Pues yan los dos han entrado. *(Vase.)*

ESCENA V

RAMIRO y SANCHO, *de soldados*.-SOL.

RAMIRO. ¿Diste a Laín Calvo la carta?
 SANCHO. Sí, Señor, e a verte ya
 En casa de Sol vendrá,
 Que de la ler non se farta.
 RAMIRO. ¡Señora, Sol, prima mía!
 SOL. De conoceros no acabo.
 SANCHO. ¿E a mí?
 SOL. Menos.
 SANCHO. ¡Cuento bravo!
 Con buena mandadería
 De Portogal, tras ocho años,
 Vamos a ser acollidos,
 Muertos de fambre e molidos,
 En vuestos ojos extraños.
 RAMIRO. Memoria os cuidé deber.
 SOL. ¿De Portogal venís?

RAMIRO. Sí.

SOL. E ¿ocho años faltáis de aquí?

RAMIRO. Tantos.

SOL. ¡Cielos, gran pracer!
¿Sois Diego?

RAMIRO. ¿No estoy presente?
Abrazadme.-Amor, albricias.

SANCHO. Eso sí; faceos caricias.
Apretad más.

RAMIRO. Sandio, tente.

SANCHO. Cenemos ya, por san Pabro.

SOL. Bien vengáis, primo fingido;
Que de vos yan he sabido.

SANCHO. (Ap.) Malo como el mismo diablo.

SOL. ¿Prima me facíais? Me alegro.

SANCHO. Non vos dé eso pesadumbre;
Que él tiene esta roín costumbre
De un tiempo que dio en ser negro.

RAMIRO. (Ap. a Sancho.) Malo, Sancho.

SANCHO. (A Ramiro; luego a Sol.) Finca entero.-
Primo os es, mas de otro lado.-
Miente por otro costado,
Ya que éste ha salido güero.

SOL. ¿Qué decís?

RAMIRO. En bien lo fundo.

SANCHO. Por el bendito racimo
De Noé, que es vueso primo,
O no hay primos en el mundo.

SOL. ¿Cómo?

RAMIRO. Dempués,ablaremos,
E el intento vos diré
Por qué me disimulé.

SANCHO. Sí; empero agora cenemos.

SOL. Geloira...

RAMIRO. No has de hablar
Desa fembra.

SOL. Pues ¿te pesa?

SANCHO. Non fables de la Condesa
Fasta después de cenar.

SOL. Traes mi remedio.

RAMIRO. ¿En qué modo?

SOL. ¿Non has sabido el soceso?
Mi hermano por ti está preso.

SANCHO. (Ap.) Malo.

SOL. E Rui Peláez, e todo.

SANCHO. (*Ap.*) Remalo.

SOL. E con gran rigor.

SANCHO. (*Ap.*) Peor.

SOL. E si de ti non dan
Cuenta, a enforcarlos vendrán.

RAMIRO. (*Ap. a Sancho.*) Sancho...

SANCHO. Digo que peor.

SOL. Yo aviso a mi hermano.

SANCHO. Diego,
Mira que aquellos dos primos
Nos esperan, e los vimos
En gran riesgo.

RAMIRO. Vamos luego.
(*Ap. En bien había yo aportado
En cas de Sol, si esto pasa.
Non paremos en su casa;
Que aquí hay riesgo declarado.*)

SOL. Non iréis, por más extremos,
Sin cenar e descansar.

SANCHO. ¿Sin qué decís?

SOL. Sin cenar.

SANCHO. ¿Sin cenar? Señor, cenemos.

RAMIRO. Pues, Sol, mi vida es perdida,
Si alguien sabe aquí de nos.

SANCHO. Nin nos han de ver.

SOL. Ma, Dios,
Que si emportara mi vida.
Hoy recibí una criada,
Y ella vos vendrá a prestar
La posada y el yantar.

SANCHO. Óyante una manada
De ángeles, Sol desta gorra,
Sol de soles español,
Sol sola, e Sol que a tu sol
Me dé a mi mala modorra.

SOL. Voy pues.

SANCHO. Escochad.

SOL. Ya escucho.

SANCHO. Yo me ahíto fácilmente;
Faced la cena caliente,
E sea bueno, pero mucho.
(*Vase Sol.*)

ESCENA VI
RAMIRO, SANCHO.

RAMIRO. Sancho, en entrada tan mala
¿Qué cale facer nos vale?

SANCHO. Cale escorrir, fuir, o cale
Que nos echen una cala.

RAMIRO. Yo non puedo ir a León,
Maguer me llama mi hermano,
Por si me busca el tirano
Para matarme.

SANCHO. Eso non;
¿Non basta a mis penas fieras,
Para escapar de lo tal,
Ocho años de Portogal,
Que es peor que de galeras?
¿Quién mandó a tu pensamiento
Venir a Castiella en vano?

RAMIRO. Verme buscar de mi hermano,
E querer saber su intento.

SANCHO. ¿No eras capitán allá,
E yo sargento? Mas creo
Que te trajo acá el deseo
De la Condesa.

ESCENA VII
GELOIRA, EL NIÑO; *luego, dentro*, MÚSICOS.-DICHOS.

GELOIRA. Aquí está.

RAMIRO. ¿Quién?

GELOIRA. Quien vos viene a servir.

NIÑO. E yo también, mi señor.

RAMIRO. (*A Sancho.*) La hiel, por san Salvador,
Quise facerte escorrir.
¿Della me fablas, tacaño?

SANCHO. A fe, que esta noche entera
Ella a tu lado ficiera
Más labor que un fermitaño.

RAMIRO. ¿Vos manda Sol?

GELOIRA. En servillos
Me mandó que me entretenga.

NIÑO. Y a mí también, que vos venga
A facer los mandadillos.

RAMIRO. (*Ap.*) ¡Dios me vala! Esta mojer
¿Non semeja a Geloira?

GELOIRA. (*Ap.*) ¡Dios me vala! El que me mira

Ramiro parece ser.

RAMIRO. (Ap.) Será, empero, fantasía.

GELOIRA. (Ap.) Empero será quimera.

RAMIRO. Cansado vengo, y quisiera
Descalzarme, dueña mía.

GELOIRA. Posad vos en ese escaño,
E yo vos descalzaré.

NIÑO. E yo vos ayudaré.

RAMIRO. Gracia a tal tiene el tamaño.

SANCHO. Vos tirad botas tan ruines.

NIÑO. ¿De quién?

SANCHO. De mí, e al instante.

NIÑO. ¿Cuidáis que tengo talante
De descalzar malandrines?

SANCHO. ¡Oiga, cuál habla el ratón!

NIÑO. Pues soy para mayor gato.
Fincad para mentecato,-
E dadme vos el talón.

RAMIRO. Sal tiene.

(*Siéntase Ramiro, y descálzanle las botas Geloira y el Niño.*)

NIÑO. Hoy fincáis en hasta
De caballero, a la fe.

RAMIRO. ¿Por qué?

NIÑO. Porque yo vos he
Tirado espuelas; ¿non basta?

GELOIRA. Abajad la bota aprisa,
Fijo.

NIÑO. Poco a poco, madre;
Que si non fuera a mi padre
Non fincara desta guisa.

RAMIRO. Cansado me ha la jornada.

GELOIRA. Cedo podréis descansar.

RAMIRO. Música siento sonar.

GELOIRA. Será criado o criada.

MÚSICA. (*Dentro.*) *Perseguida de traidores
La inocente Geloira,
A esposo cruel la entregan
Para ser más perseguida.*

GELOIRA. (Ap.) ¡Ay de mí!

RAMIRO. (*Levantándose.*) ¡Oh, cantor malvado!
¿Quién tal cantar te sacó?

GELOIRA. ¿Vos alborotáis?

RAMIRO. Yo no,
Salíme de arrebatado.

- E ¿vos lloráis?
- GELOIRA. Non, Señor.
(*Ap.* Non lo puedo reprimir.)
- RAMIRO. Fembra... (*Ap.* Más quiero encobrir
Mis sospechas e mi error.)
- SANCHO. ¡Qué fermosa es la mozuela!
NIÑO. Si el malandrín la enamora,
Por la santa pecadora,
Que le he de meter la espuela.
- RAMIRO. (*Ap.*) O soy sandio, o es verdad.
- SANCHO. A fe tiene faz bien bella.
- NIÑO. Pues no es más de para vella,
¿Entiende?
- RAMIRO. (*Sentándose.*) Ea, descalzad.
- MÚSICA. (*Dentro.*) *Dejada ya de su esposo,
Sin razón aborrecida,
Manchado su honor sin causa,
Por el mundo peregrina.*
- RAMIRO. (*Levántase.*) Diablo, ¿qué sueñas ahí?
- GELOIRA. (*Ap.*) ¡Ay de mí, lágrimas mías,
Romped las presas baldías!
- RAMIRO. ¿Qué es esto? Non soy en mí;
Finara al cantor, por Dios.
- SANCHO. Foradémosle la nuez,
E veremos si otra vez
Face gárgaras con nos.
- RAMIRO. Fembra, que mi asombro eres
Con las señas de tu faz,
¿Verter lágrimas te praz?
¿Por qué las lloras? ¿quién eres?
- GELOIRA. De afrenta quise estorballas;
Mátanme por salir ellas,
E veo que el detenellas
Me cuesta más que el llorallas.
- RAMIRO. Vete, non me mires ende,
Que sandio al verte me cato;
O eres el vivo retrato
De una mujer que me ofende.
- GELOIRA. Retrato soy, pero es tal
La Injuria que me escurece,
Que, de borrado, parece
Retrato el original.
- RAMIRO. Cielos, ¿qué es esto que miro?
Flechas al alma me tira.

Dime, ¿eres tú Geloira?
 GELOIRA. E ¿tú non eres Ramiro?
 RAMIRO. Mujer, fuye de tu estrella,
 Que te lleva a ser finada.
 SANCHO. Por la epístola cantada,
 Que habemos dado con ella.
 GELOIRA. Mi bien, Señor, ¿qué dureza
 Te tiene en tanto despecho?
 Si estás dentro de mi pecho,
 ¿Cómo non ves mi pureza?
 ¿Non satisface tu olvido
 El ver mi poco temor?
 ¿Cuándo buscó el ofensor
 La mano del ofendido?
 Yo por facerte desdén,
 A ser verdad, te ofensara;
 Pues ¿para qué te buscara
 Quien non te quisiera bien?
 Yo non te ofendo, Señor;
 Non sé qué decirte más:
 Ábreme el pecho, e verás
 En él mi verdad mejor,
 Que non sé cómo decillo.
 Necias mis verdades son;
 Que el formar buena razón
 Non es de pecho sencillo.
 RAMIRO. Sancho, a fuir te acomodes;
 Que el alma non lo consiente.
 SANCHO. ¿Qué es fuir? Que está inocente
 Más que los niños de Herodes.
 GELOIRA. Fijo, padre es; si te prax,
 Ruega por mí e para ti.
 NIÑO. Padre, ¿cómo estáis así?
 SANCHO. Ma Dios, que llorar me faz.
 NIÑO. Padre mío, a mi querida
 Madre dejad conhortada,
 Por ser ésta la vegada
 Primera que os vi en mi vida.
 Llegad, faced una acción
 Que demuestre estos socesos.
 SANCHO. Dame cuatrocientos besos,
 Perla de mi corazón;
 Que, por Dios, que me has rendido
 Por hambre de amor.

NIÑO. Rogad
 Al mi padre.
 SANCHO. ¡Qué piedad!-
 Tirano, date a partido;
 Fijo es de tus mismos senos.
 GELOIRA. E si non creéis la razón,
 Mirad vos el corazón,
 Y hallaréis la mitad menos.
 RAMIRO. Ya está rendido, mas non
 El honor que en sí contiene.
 Sin duda el noble le tiene
 Más dentro; que el corazón
 Tirando está mi deshonra
 De mi pecho apasionado:
 Ello tiene un home honrado
 Otro albedrío en la honra.
 Yo voy, de que es Dios testigo,
 A lo crer, me atropella;
 Negocialdo vos con ella,
 Que yo non puedo conmigo.
 Y esto es porque vuesa labio
 Pronuncia, en vueso dolor,
 Palabras para mi amor,
 Pero non para mi agravio.
 SANCHO. Señor, conoce, aunque extraño.
 Tu mercadería e hacienda;
 Mira tú si en otra tienda
 Se vende de aqueste paño.
 Paréjalo en tanto abismo.
 RAMIRO. Calla, non me dés pasión.
 SANCHO. Por el bendito pilón
 De chapuzar, que es lo mismo.
 NIÑO. ¿Padre?
 SANCHO. ¿Yo fijo en tal madre?
 NIÑO. ¿Por qué non?
 RAMIRO. Es vil, ma Dios.
 NIÑO. Non es, sinon porque vos
 Non merecéis ser mi padre.
 SANCHO. Todos a él.
 GELOIRA. Satisfecha
 De mi verdad, que es tan clara,
 Al tornármela a la cara,
 De razón se ha vuelto flecha.
 Non tengo yo poder, no,

NIÑO. Para vengar tal crueldad.
 ¿Qué decís, madre? Esperad;
 Que non sabéis quién soy yo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

GELOIRA, RAMIRO, SANCHO.

RAMIRO. Ven, Sancho.
 SANCHO. ¿Que non te humanes?
 RAMIRO. Ven luego.
 SANCHO. Aguarda.
 RAMIRO. ¿A qué esperas?
 SANCHO. Por las santas vinageras,
 Que escurren los sacristanes,
 Que has de pasar por aquí.
 (*Pónesele delante.*)

RAMIRO. Sandio, malandrín, villano,
 Mataréte por mi mano.
 SANCHO. Detente.
 RAMIRO. Escurre de mí.
 SANCHO. Non me des.
 RAMIRO. Tira a fuir.
 SANCHO. Que me matas.
 RAMIRO. Non te estés.
 SANCHO. Ve con el diablo.
 RAMIRO. Anda, pues.
 SANCHO. ¿Dónde?
 RAMIRO. A rabiarse, a morir.
 SANCHO. Rabiemos.
 RAMIRO. Anda, traidor.-
 ¡Ay de mí! que a mi despecho,
 Me ha roto la ofensa el pecho,
 E non me cabe el amor.
 (*Vase con Sancho.*)

ESCENA IX

EL NIÑO, *con una daga o puñal.*-GELOIRA.

NIÑO. Agora veréis los dos.
 GELOIRA. Ay fijo, ya han escorrido.
 NIÑO. La vida les ha valido,
 Por los pañales de Dios.
 GELOIRA. Tu padre es, fijo, ¡ay de mí!
 Y es infante de León;
 De celos de una traición,
 Me deja.

E decilde cómo, osados,
 Los que furtran la Condesa
 Fincan en Burgos. (*Ap. Su aleve*
 Trato a tal facer me mueve.
 Vengaré, maguer me pesa,
 Mis desprecios e mis celos,
 Pues a dármelos venían.)

(*Vase el criado de Sol.*)

ESCENA XII

LAÍN CALVO, UN CRIADO.-SOL.

LAÍN. Aquí dijo que estarían.-
 Guárdenvos, dueña, los cielos.
 SOL. Señor Laín, ¿qué mandáis?
 LAÍN. En busca, Señora, salgo
 De un portugués, un fidalgo,
 Que en vuesa casa hospedáis.
 SOL. ¿Home aquí?
 LAÍN. Él nos manda a vos.
 SOL. ¿En ausencia de mi hermano
 Home acá? El engaño es llano.
 Non finca aquí; guárdeos Dios. (*Vase.*)

ESCENA XIII

LAÍN CALVO. UN CRIADO; *después* RAMIRO y SANCHO.

LAÍN. ¿Non dijo que aquí estaría,
 Sandio?
 CRIADO 2.º E que entrambos a dos.
 LAÍN. ¿A esto me llevas? Par Dios,
 Que es buena mandadería.
 (*Salen Sancho y Ramiro.*)
 SANCHO. Aquí está; llega volando.
 RAMIRO. Juez de Castiella leal...
 LAÍN. ¿Quién sois?
 RAMIRO. Quien de Portugal
 Vos ha venido buscando.
 LAÍN. ¿Non sois vos el que me envía
 Mi primo Álvaro Viseo?
 RAMIRO. Quien ha en serviros deseo.
 LAÍN. Abrazad, por vida mía.
 RAMIRO. La mano has de permitir.
 SANCHO. E a mí los pies me darás;
 Que los he menester más.
 LAÍN. ¿Para qué?

Yo conozco su fachada.
 NUÑO. Aprestad, que esta vegada
 Non se escaparán, ma Dios.
 JIMEN. Non; que uñas he yo, a Dios gloria.
 NUÑO. Ah, fidalgos de Castiella,
 Finca aquí el juez.
 SANCHO. *(Ap. a Laín.)* Ésta es ella;
 Aprestad la zanaforia.
 LAÍN. ¿Qué buscáis, Nuño Rasura?
 SANCHO. Jimen, ¿te has fecho corchete?
 JIMEN. Señor, éste es su alcahuete;
 Tenelde.
 SANCHO. ¡Oh, viejo basura!
 JIMEN. Dadvos a prisión aquí.
 SANCHO. Miente el prendimiento infiel
 Desde agora fasta el
 Huerto de Getsemaní.
 JIMEN. Dadme las armas.
 SANCHO. Darélas,
 Con seis puñadas de albricias.
 (Andan a puñadas Sancho y Jimen.)
 JIMEN. ¿Resistencias a las josticias?
 SANCHO. Non me la farán tus muelas.
 JIMEN. Resistencia; favor rogo
 Al juez de Castiella.
 SANCHO. Arroga.
 JIMEN. Favor a mí, que me afoga.
 SANCHO. Favor a mí, que le afogo.
 JIMEN. Confisión.
 NUÑO. La resistencia
 Pagaréis antes de un hora.
 JIMEN. Confisión.
 SANCHO. Confiese ahora;
 Que ya lleva penitencia.
 LAÍN. ¿Qué es esto?
 NUÑO. Tenelde bien.
 RAMIRO. Pues, Señor, ¿en qué ha pecado
 Un home recién llegado?
 NUÑO. Dios vos a prisión también.
 LAÍN. ¿Cómo prendéis mis soldados,
 Nuño, sin autoridad?
 NUÑO. ¿Soldados? ¡Buena verdad;
 E son hoy recién llegados!
 SANCHO. Non venimos sino ayer.

LAÍN. (Ap. ¡Oh, mal hobiese la traza!
Decid que heis sentado praza;
Que lo echades a perder.)
Niño, tirad vos en fuera;
Que no habéis jurisdicción
Con los que soldados son.

NUÑO. E con vos mismo siquiera.

LAÍN. Non tenéis.

NUÑO. Ved que contrajo
De la Condesa el delito.

LAÍN. Válame el santo bendito
Que murió cabeza abajo.
¿Quién lo dice?

SANCHO. Yo diré.

LAÍN. Tened; que vos destróis.

NUÑO. Testigos hay.-¿Non decís
Que los conocéis?

JIMEN. Sí a fe;
Estos dos son los culpables...
Los golpes me han dado tos.

SANCHO. Home, por amor de Dios,
Que te afogues e non fables.

LAÍN. Sea su culpa notoria,
A mí toca el castigallos.

NUÑO. Toque o no, yo he de llevarlos.
Despachad inhibitoria,
E yo vos los mandaré,
Si consta ser vuestos, digo;
Empero aquí han de ir conmigo.

LAÍN. Dice bien, por la mi fe.

RAMIRO. (Ap. Si viene mi hermano el Rey,
¿Qué temo de aqueste efeto?
Con declararme al aprieto,
Finca a mi arbitrio la ley.)
Señor, mi espada está llana.

NUÑO. Sois fidalgo, por quien soy.

LAÍN. Maguer los llevedes hoy,
Yo los sacaré mañana.

NUÑO. Llevaldos a la prisión,
E si por Laín lo evita,
Teneldes para visita
Tomada declaración.

JIMEN. Venid, Sancho.

SANCHO. Vamos, potra.

JIMEN. Las coces he de cobrar.

SANCHO. Pues si las he de pagar...

JIMEN. ¿Qué queréis?

SANCHO. Deberos otra.

(Vanse los criados; Jimen y los alguaciles se llevan presos a Ramiro y a Sancho.)

ESCENA XV

NUÑO RASURA, LAÍN CALVO.

NUÑO. Laín, quien juez me nombró

No me estorbe la justicia.

LAÍN. Non lo fago de malicia,

Sinon por facerla yo.

NUÑO. Laín, con eso non medras;

Que he la razón en el puño.

LAÍN. Cosas tenedes, el Nuño,

Que farán hablar las piedras.

NUÑO. Pues mirad.

LAÍN. ¿Qué he de mirar?

NUÑO. Non me ocasionéis querellas;

Que vertiendo sangre en ellas,

Se hacen las piedras hablar.

LAÍN. En vos faré yo ese exceso,

Si el mi derecho me quita.

NUÑO. Yo agora voy a visita,

Después veremos en eso.

(Vanse.)

Sala de la audiencia.-Sitiales, mesa con se cubierta y tintero.

ESCENA XVI

MARTÍN DEL CARPIO y RUI PELÁEZ, *con cadena a los pies; luego, RAMIRO y SANCHO, con grillos.*

UNA VOZ. *(Dentro.)* Suban de abajo todos a visita.

MARTÍN. Tú sabes mi inocencia Rui.

PELÁEZ. ¡Oh, maldita

Sala de infierno! Dios me libre della.

¡Quien se ve en esta sala, y en Castiella

Cuidó ser conde!

MARTÍN. ¡E yo, que non quería

Ser conde, e pago vuesa tiranía!

(Salen Ramiro y Sancho con grillos.)

RAMIRO. Non suenes tanto.

SANCHO. ¿Puedo yo impedillos?

Ma Dios, que saben solfa aquestos grillos,

Pues por cantar más diestros sus tragedias,

Ya me han fecho los puntos en las medias.
 El grillero es maeso de capilla;
 Él les echa el compás cuando amartilla.
 RAMIRO. Yan viene nueso alcalde, el abogado,
 Secretario e ministros.

SANCHO. ¡Qué espetado!-
 Señores, una cosa admiro rara:
 Que maguer tenga un juez muy buena cara,
 En sentándose allí de presidente,
 Se le vuelve de sántiro de fuente.

ESCENA XVI

NUÑO RASURA, UN LETRADO, UN ESCRIBANO, EL ALCAIDE, JIMEN, *de portero.*-
 DICHOS.

LETRADO. El proceso, Señor, no está en estado.

NUÑO. Agora se verá, señor Letrado.

LETRADO. *Fabricius hoc decidit ey Cujacius,
 Bartulus, Baldus, Livius, Farinacius.*

SANCHO. ¡Madre de Dios, qué gira de vocablos!
 Ansí cuido que llaman a los diablos.
 Ahora sonará la campanilla.
 ¡Cómo se repantigan en la silla
 A costa del pobrete, que por cuentos,
 A bien librar, espera cuatrocientos!

(Siéntanse Nuño Rasura, el Letrado y el Escribano.)

NUÑO. Para un home tan liviano
 Gran cargo aquí tengo en somo;
 Pues no beber pasión, es llano
 Que es tan imposible como
 Dejar yo de ser humano.
 Ella non puede faltar;
 Lo que debe la entereza
 Será della non usar;
 Mas ¿quién podrá revocar
 Su misma naturaleza?
 De todo error carecer
 Non puede alguno de nos;
 Pues si esto non puede ser,
 ¿Qué habré yo aquí menester
 Para fincar como Dios?
 De dos balanzas, la una
 Ha el reo, otra la fortuna,
 Que ansí llamo yo al proceso;
 Pues ¿qué sé yo si el que ha el peso

Carga la mano en alguna?
 Yo finco a ajustarlas llano;
 Pero non basta tal vez,
 Si el que da el peso es tirano;
 Porque aun para el mismo juez
 Es invisible la mano.
 De suerte que a la malicia
 Tantas veredas ajusto,
 Ignorando quién las vicia,
 Que aun siendo el juez recto e justo,
 Puede faltar la justicia.
 Que sea todo cabal digo,
 Juez e ministros e peso;
 Aun la inocencia castigo,
 Pues malicia del testigo
 Puede viciar el proceso.
 Déme la Trina potencia
 Luz con sus rayos divinos;
 Que bien quiere su asistencia,
 Donde son tantos caminos
 De perseguir la inocencia.-
 Comenzad. (*Toca la campanilla.*)

ALCAIDE. Faceos a un lado.

PELÁEZ. Lleguemos.

JIMEN. Oíd ahí.

ESCRIBANO. Rui Peláez.

ALCAIDE. Ya está aquí.

NUÑO. ¿Qué decís?

ESCRIBANO. Nada ha probado
 En el término. Es concluso
 El preito, y está probada
 Su traición, e confesada.

NUÑO. ¿Para sentencia?

LETRADO. Es en uso...

NUÑO. Bien sé el estilo.-En fin, ¿vos
 Ponéis la patria en discordia?

PELÁEZ. Ya pido misericordia.

NUÑO. Ésa pedídsela a Dios.-
 Adelante.

ALCAIDE. Andad de ahí.

LETRADO. Señor, si *complices verius...*

NUÑO. (*Toca la campanilla.*)

Adelante.

LETRADO. *Minsingerius...*

ESCRIBANO. Martín del Carpio.
 MARTÍN. Está aquí.
 ESCRIBANO. Pide prazo.
 NUÑO. Conceded.
 ALCAIDE. Preso nuevo.
 ESCRIBANO. Rui Viseo.
 NUÑO. ¿Ansí os llamáis ? Non lo creo.
 RAMIRO. Confírmeme su merced.
 NUÑO. Dando vos el bofetón.-
 ¿Conocéisle?
 PELÁEZ. Este home fue
 Al que Geloira entregué.
 NUÑO. ¿Es él vueso primo?
 MARTÍN. Non.
 NUÑO. ¿Qué ha declarado?
 ESCRIBANO. Responde
 E llanamente confiesa;
 E que dejó a la Condesa
 Non dice por qué nin dónde.
 NUÑO. ¿Qué la ficisteis?
 RAMIRO. Dejarla.
 NUÑO. ¿La causa?
 RAMIRO. Non digo yo,
 Porque los homes de pro
 La saben para callarla.
 NUÑO. Pues ¿quién seréis vos?
 RAMIRO. Yo he sido
 Su marido, e non lo tomo.
 NUÑO. Miren el bergante cómo
 Llena la voz de marido.
 ¿Matásteisla?
 RAMIRO. Non, Señor.
 SANCHO. No matará el otro un piojo.
 NUÑO. Habéis de fablar antojo;
 Luego vos será dolor.
 ALCAIDE. Oíd ahí.
 NUÑO. ¿Éste es soldado?
 ESCRIBANO. Non consta.
 NUÑO. ¿Calláislo a fe?
 RAMIRO. Sí, Señor.
 NUÑO. Yo vos faré
 Que lo digades cantado.
 RAMIRO. Non; que yo fablar non puedo.
 NUÑO. Por la patena de Dios,

Que he de faceros a vos
 Decir en la praza el credo.-
 Adelante. (*Toca la campanilla.*)

ESCRIBANO. Vasco Lobo.
 NUÑO. ¿Quién es ése?
 SANCHO. Ya está aquí.
 NUÑO. ¿Vasco Lobo os llamáis?
 SANCHO. Sí;
 De noche, porque me arrobo.
 NUÑO. ¿Qué decrara este segundo?
 ESCRIBANO. Lo mismo que su señor.
 SANCHO. Apelo.
 NUÑO. ¿A qué, fablador?
 SANCHO. Apelo de todo el mundo.
 NUÑO. ¿Qué fizo vuesto amo?
 SANCHO. Apelo.
 NUÑO. ¡Por la que parió doncella!...
 SANCHO. Apelo.
 NUÑO. ¿Qué fizo della?
 SANCHO. ¿Ya non he dicho que apelo?
 NUÑO. ¿Cómo apelar? Que non dudo
 Tirarvos de aquesta mesa.
 ¿Qué fizo de la Condesa?
 SANCHO. Señor, fizo lo que pudo.
 NUÑO. ¿No es el de la resistencia?
 ESCRIBANO. Sí, Señor, y está probada.
 SANCHO. Igreja.
 NUÑO. Igreja nin nada.
 SANCHO. Igreja.
 NUÑO. ¡Falta paciencia!
 Deceprina e buen talante.
 SANCHO. Llámome Igreja, e apelo.
 NUÑO. Yo vos la daré en un vuelo,
 Dende la forca adelante.
 (*Toca la campanilla.*)
 Vengan más presos aprisa.

ALCAIDE. Non fincan ya.
 LETRADO. Parlador
 Declara...

ALCAIDE. La hora, Señor.
 NUÑO. Leed el acuerdo, y a misa.
 (*Vase Nuño Rasura con el Letrado y Jimen, y el Alcaide con Martín del Carpio y Rui Peláez.*)

EL ESCRIBANO, RAMIRO y SANCHO.

ESCRIBANO. (Lee.) «Rui Peláez...
 SANCHO. ¡Preso fresco!
 ESCRIBANO. Convicto y confeso hoy día
 En crimen de alevosía,
 A muerte de traidor.»

SANCHO. ¡Cuesco!
 ESCRIBANO. «Martín del Carpio, indiciado
 De cómplice en su delito,
 Con el término prescrito,
 A prueba e finque.»

SANCHO. (Ap.) Fincado
 Te vea yo con Barrabás.

ESCRIBANO. «Rui Viseo, por la muerte
 De la Condesa...
 RAMIRO. A esto advierte.
 ESCRIBANO. Confiese a tormento.»
 SANCHO. Zas.
 ESCRIBANO. «Vasco Lobo...
 SANCHO. En mi barriga.
 ESCRIBANO. Por lo mismo e resistencia,
 Incluso en otra sentencia,
 Le den ducientos; e siga,
 Y ejecútese.»

SANCHO. ¿Qué es eso,
 Señor Secretario, diga:
 Ducientos, y qué?

ESCRIBANO. Y que siga.
 SANCHO. ¿Qué ha de seguir?
 ESCRIBANO. El proceso. (Vase.)

ESCENA XIX

RAMIRO, SANCHO.

SANCHO. Señor, ¡ducientos y siga!
 RAMIRO. Calla, non te dé pavor.
 SANCHO. ¿Qué es non? Por nueso Señor,
 Que non me finque barriga.
 ¿Ducientos y siga?

RAMIRO. ¡Ah honor!
 SANCHO. ¿Y siga?
 RAMIRO. El seso has dejado.
 SANCHO. Tengo el *sig*a atravesado
 Por las espaldas, Señor.
 RAMIRO. Non hay remedio sinon

Declararme.
 SANCHO. Pues sea ya.-
 Señores.
 RAMIRO. Calla.
 SANCHO. Aquí está
 El infante de León.
 RAMIRO. Calla.
 SANCHO. Ramiro está aquí.
 RAMIRO. ¡Ah sandio!
 SANCHO. Digo, Ramiro...
 RAMIRO. ¿Qué dices?
 SANCHO. Que yo le miro.
 RAMIRO. ¡Infame!
 SANCHO. Vele, va ahí.

ESCENA XX

LAÍN CALVO, NUÑO RASURA, *que sale deteniéndole*; SOLDADOS.-DICHOS.

LAÍN. *(A los soldados.)*
 Entrad dentro.
 NUÑO. Deteneos.
 LAÍN. Entrad, soldados, aprisa.
 RAMIRO. ¡Traidor! Que me han conocido.
 SANCHO. Pues qué, ¿ducientos y siga,
 Y callar? Por san Onofre,
 Ramiro, Infante...
 NUÑO. Aquí finca;
 Que no has de pasar de aquí.
 LAÍN. Nuño, ¿qué dices? ¿No miras
 Que el Rey en Burgos ha entrado,
 Que la gente le apellida,
 E le han abierto las puertas;
 Porque una fembra maldita,
 Que a él se fuera a dar querella
 De non sé cuál injusticia
 Que en Castiella le ficieran,
 A su venganza le incita
 Informándole que aquí
 Preso el su marido finca?
 NUÑO. ¿Su hermano aquí?
 SANCHO. Sí, Señor.
 RAMIRO. Mientes, traidor.
 SANCHO. El que miras.
 RAMIRO. Cállate, infame.
 SANCHO. Non quiero;

¿Calla; y ducientos y siga?
 Digo que está aquí Ramiro.
 LAÍN. Ved que se escucha la grita
 Del Rey, que por aquí pasa.
 VOCES. (*Dentro.*) ¡Viva el rey Alfonso! ¡Viva!
 RAMIRO. Señores, si a mí ante el Rey
 Me ponéis, yo acabaría
 Todas vuestas disensiones.
 LAÍN. ¿Qué dices? ¿Eres, por dicha,
 Ramiro?
 SANCHO. Non, sinon huevos.
 RAMIRO. Non soy; más dél he noticia.
 LAÍN. Pues tirad vos las prisiones.
 SANCHO. Eso se hará bien aprisa,
 Porque aquí non hay grillero
 Que cuatro reales nos pida.
 LAÍN. El Rey pasa.
 RAMIRO. Pues salgamos.
 (*Vanse por una puerta y salen por otra.*)

Calle.

ESCENA XXI

ALFONSO, *de rey*; PUEBLO.-DICHOS.

TODOS. ¡Viva el rey Alfonso! ¡Viva!
 REY. ¡Castellanos!...
 RAMIRO. Rey Alfonso,
 Oye antes que nos repitas
 Tu enojo; porque non pienses
 Que al buen Ramiro te quitan
 Los castellanos, cuando él
 Finca, fuyendo tus iras.
 REY. ¿Qué iras, cuando darle el reino,
 Para ir a acabar mi vida
 En un monasterio intento?
 RAMIRO. Pues Ramiro a tus pies finca.
 REY. Déjame besar tus pies,
 E que a ellos perdón te pida.
 RAMIRO. Mi rey, mi señor, non faga
 Tal maldad su señoría.
 LAÍN. (*Ap. a Nuño.*) ¿Qué es lo que has fecho, Rasura?
 NUÑO. ¡Oh, válasme el santo día
 De Córpos Criste de antaño!
 REY. Sepan todos los que miran,
 Castellanos y leoneses,

De la toca de Galicia,
 E una sarta de azabache,
 Porque sea gala comprida.

REY. El donativo, azaz grande,
 Aceto; e a las parias mismas
 Confirme Ramiro en siendo
 Rey. Pero antes...

RAMIRO. ¿Qué me intimas?

REY. Me has de cumplir la promesa.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Viva la Condesa! ¡Viva!

RAMIRO. ¿Qué es esto?

REY. Ya lo veredes.

NUÑO. El corazón me rehíla.

ESCENA XXII

GELOIRA y EL NIÑO, *ambos de gala.*-DICHOS.

GELOIRA. Castellanos e leoneses,
 Prez de nobres fechorías;
 Rey e infante de León,
 Vos dueños de mi justicia:
 La que os fabla a todos es
 La condesa Geloira,
 Del conde Blanco Almondárez
 Única e honrada fija.
 Yo la que, alevosamente
 Culpada, tras perseguida,
 Finqué de Ramiro esposa,
 Dejada entre mis desdichas.
 E para mayor venganza,
 Fago pública noticia
 De que Ramiro en mi honor
 Creyó manchas nunca habidas;
 Que me dejara de Sol
 Por celeras e malicias.
 Mas non fue la vez primera
 Que el sol me tuviera envidia;
 Porque el home que creyó
 Que halló en su cabaña misma
 Conmigo, fue el Rey, su hermano,
 Que aquí presente lo mira.
 Pues al darle yo querella
 De su injusta tiranía,
 Alivió todas mis ansias
 Con señas tan peregrinas,

E fecha en mi honor la paga,
 Que yan mi labio publica,
 Reto a Ramiro, y a cuantos
 Por su parte o por la mía
 No creyeren, contra el sol,
 Contra las estrellas mismas,
 Que la luz de mi honor puro
 Finca un coto más arriba.
 Reto homes, fembras y fieras,
 Las aves que el aire giran;
 E si han parte en ello, reto
 Al sol, la noche y al día.

NIÑO. Yo, Ramiro de León,
 Por si non finca comprida,
 Reto aquí fasta los diabros,
 E más allá, si más finca.

RAMIRO. ¿Qué es lo que escucho?

REY. Ramiro,
 Yendo yo puesto en fuida,
 Por allí di en tu cabaña.
 Sí; por el agua bendita,
 Que el sábado de Aleluya
 Se fecha nueva en las pilas.

RAMIRO. Pues a tus pies, dueño mío,
 Es justo el perdón te pida.

SANCHO. Dale ahí veinte patadas.

GELOIRA. Non doy sino el alma misma
 En los brazos.

NIÑO. ¡Padre mío!

RAMIRO. ¡Mi fijo!-Decid que viva
 Vueso Príncipe de Asturias.

REY. Fágase luego comprida
 La jura en Santa Gadea.

SANCHO. Y con esto, a mí y a Elvira
 Nos dan cien maravedís
 De renta y una alcaldía;
 A los presos se perdonan;
 Y usacedes nos permitan
 Que nos vamos a cenar,
 Donde a la salud se brinda
 Del que da aquí fin dichoso
 A *Los jueces de Castilla*.

Primero es la honra

Agustín Moreto

PERSONAS

EL REY DE SICILIA.

FEDERICO.

EL MARQUÉS.

EL ALMIRANTE, *viejo*.

LA REINA.

PORCIA.

LAURA, *criada, graciosa*.

TORREZNO, *criado, gracioso*.

CELIA, *criada*.

CLAVELA, *criada*.

FENISA, *criada*.

DAMAS. -CRIADOS

MÚSICOS.

La escena es en Palermo.

Jornada primera.

Calle-Noche.

ESCENA I

EL REY, EL MARQUÉS, MÚSICOS

REY.

Marqués, ya estáis enfadoso;
quien me viene a acompañar,
no me viene a aconsejar.

MARQUÉS.

Sin ser, Señor, sospechoso
puedes lograr tu deseo;
que no le está bien a un rey,
que es custodia de la ley,
publicar un galanteo
de una hija de un almirante,
a quien Sicilia pregona
que, debe más tu corona

que el cielo al nombre de Atlante.
Y este recato, Señor,
que mi advertencia te mueve,
más a la Reina se debe
que al respeto de su honor,
pues siendo en la sucesión
de Nápoles heredera,
por ella Sicilia espera
destos dos reinos la unión;
y cuando acuerdo tan sabio
no se deba a esta ventura,
Te merece su hermosura
el recato del agravio.

REY.

Sólo por eso lo siento;
pero es tal mi ceguedad,
que arrastra mi voluntad
a todo mi entendimiento.
Ya veo la estimación
que debo a mi esposa bella;
Mas ¿he de dejar por ella
abrasar mi corazón?
Ya veo que al Almirante
debo conforme amistad,
amor, fineza y lealtad,
siendo en mi reino el Atlante;
mas si Porcia es mi homicida,
¿Cómo quieres que en sus ojos
prefiera yo sus enojos
al peligro de mi vida?
Mil noches aquí he venido
a verla osado y resuelto,
y sin conseguirlo, he vuelto
desesperado y corrido;
y así, estoy determinado
a que pasees la calle
con la música, por darme
ocasión a su cuidado.
Aquí retirarme intento;
cantad sin hacer reparos;
que si ella sale a escucharos
con verla estaré contento.

MARQUÉS. Si ya estás determinado,
no te quiero replicar.

REY. Pasando podéis cantar,
mientras yo estoy retirado.

MÚSICA. *Salid, hermosos luceros,
que de las luces del alba
tenéis las veces en Porcia,
cuando nace en sus; ventanas.*

ESCENA II.

FEDERICO Y TORREZNO, *con espadas y broquetes.* -DICHOS.

TORREZNO. ¿Musiquita en nuestra calle,
señor?

FEDERICO. Algo me ha inquietado,
aunque es vano mi cuidado;
porque ¿quién puede estorballe
a la ociosa juventud
de la corte este ejercicio,
que con señales de vicio,
suele a veces ser virtud?

TORREZNO Si esto es virtud y agasajo,
y a tu dama se le aplica,
será una virtud que pica.

FEDERICO ¿Cuál es esa?

TORREZNO. La del ajo.

FEDERICO. ¿Quién quieres que a Porcia bella
mire, siendo yo su amante,
y mi tío el Almirante
quiere casarme con ella?

TORREZNO. Conozcámoslos muy bien;
ven, que así te satisfaces.

FEDERICO. Tente, Torrezno; ¿qué haces?

TORREZNO. Echar mano a la sartén.

MARQUÉS *(Al Rey)*
Señor, allí se han parado
a oír.

REY ¿Qué importa? Cantad,
y la calle pasead
sin recelo y sin cuidado.

MÚSICA. El sol de los bellos ojos
de la noche a la mañana

sopla la luz del que ausente,
vencido de Porcia falta.
FEDERICO. ¿Qué escucho?
TORREZNO. ¡Oh músico astuto!
Embistamos.
FEDERICO. ¡Ay de mí!
TORREZNO. Quien de Porcia cantó aquí
ha mentido, si no es Bruto.
FEDERICO. ¿Quién va?
TORREZNO. Venga quien viniere;
¿Agora estás preguntando,
cuando estoy yo reventando?
Caballero, sea quien fuere...
MARQUÉS. Cantad.
TORREZNO. Tú lo cantarás;
y tú abrirás un garguero,
que te cante por enero
Como gato.
MARQUÉS. Cantad más.
MÚSICA. *Fénix del sol es la muerte,
pues le logra la distancia.*
FEDERICO. A tan soberbia arrogancia
se castiga desta suerte.
(*Sacan las espadas*).
REY. Morirán, viven los cielos,
pues sacaron las espadas.
(*Éntranse todos por un lado, riñendo, y salen por otro*).

Calle. -Zaguán de la casa del Almirante.

ESCENA III

EL ALMIRANTE, CRIADOS, *con luces*. -DICHOS.

TORREZNO. A ellos, Señor, estocadas
como quien hace buñuelos.

ALMIRANTE. (*Dentro*).
Luces criados. ¿Aquí
espadas?

TORREZNO. Ea, gallinas.

MARQUÉS. Ah Señor, ¿qué determinas?
que sacan luz.

REY. Ven tras mí.

(*Vase con el Marqués y los músicos, y al pasar por delante del zaguán, salen los*

criados

con hachas encendidas).

ALMIRANTE. *(Al salir).*
¿Quién va? Tened las espadas.

FEDERICO. *(Aparte).*
¡El Rey fue, cielo divino!

ALMIRANTE. Pues Federico, sobrino,
¿a mi puerta cuchilladas?
Entra adentro.

FEDERICO. *(Aparte a Torrezno).*
¡Ah amor tirano!
De la luz al resplandor
Conocí al Rey.

TORREZNO. Yo al olor,
porque olía a franchipano.
(Entran por una puerta, y salen por otra).

Habitación en la casa del Almirante.

ESCENA IV.

EL ALMIRANTE, CRIADOS; FEDERICO, TORREZNO.

ALMIRANTE. *(A los criados, que se retiran).*
Retiráos. -Di lo que pasa,
Federico; ¿qué has tenido?

FEDERICO. Señor, algún atrevido,
que al decoro desta casa
perdiendo estaba el respeto.

ALMIRANTE. ¿Cómo?

FEDERICO. Dando a sus balcones
Música en necias canciones.

ALMIRANTE. Tú hiciste necio conecto,
porque esta casa por ley,
siendo la de un almirante,
en decoro, semejante
es al palacio del Rey;
y el que lo mira discreto,
más que un exceso ha de hallar
antes que llegue a pensar
que la pierden el respeto.
Pensarlo es juicio liviano,
porque canten a un balcón;
que no ofende la intención

donde no puede la mano.
En otra casa no ignoro
que ofensa el cantar sería,
no, Federico, en la mía,
guardada de mi decoro;
que quien porque eso ha sentido
forma en su casa querella,
presume que hay riesgo en ella
por donde ser ofendido.
Mira tú, el respeto dando
a mi casa que se debe,
si eres tú quien se te atreva
o los que estaban cantando.

TORREZNO. Buena doctrina, por Dios,
con lo que cantando estaban.
ALMIRANTE. Pues ¿qué era lo que cantaban?
TORREZNO. Uno a uno, y dos a dos.
ALMIRANTE. ¿Qué decía?
TORREZNO. Linda quimera,
y a Porcia.
ALMIRANTE. ¿A Porcia señalas?
TORREZNO. Sí, Señor, y en coplas malas;
que malo a ser buenas, fuera;
y hacer a tina dama bella
un galán, lleno de amor,
malas coplas, es peor
que torear mal por ella.
FEDERICO. No soy yo tan desatento,
que errar pude esa atención.
TORREZNO. Digo que tuvo razón;
que es esto ya atrevimiento.
ALMIRANTE. Federico, aun siendo así,
no has hecho bien, si el castigo
malograste; entra conmigo.
Pero Porcia viene aquí.

ESCENA V

PORCIA, LAURA. -EL ALMIRANTE, FEDERICO, TORREZNO.

PORCIA. Padre y señor, con cuidado
me ha tenido aquel rumor;
mas ¡qué miro! ¿sin color
Federico, y tan turbado?

FEDERICO. *(Aparte).*
Ya no miro como amante
a Porcia en tantos recelos;
ahora siento mis celos,
que está la causa delante.

PORCIA. Señor, ¿qué rumor ha habido
aquí esta noche?

ALMIRANTE. Hija mía,
Alguna necia porfía
de mis criados ha sido;
para tu cuidado es nada,
pues saber te importa más
que mañana quedarás
con Federico casada.

PORCIA. Pues, Señor, ¿cómo?

ALMIRANTE. En ti es ley
obedecer y callar
y en mí el irlo a efectuar,
pidiendo licencia al Rey.
(Vase).

ESCENA VI

PORCIA, LAURA, FEDERICO, TORREZNO.

LAURA. Señora, albricias te pido.

PORCIA. Laura, tendrás las mejores,
pues por dártelas mayores
se las pido a Federico.

FEDERICO. ¡Ay de mí!

PORCIA. ¿Cómo, Señor?
Primo, pues ¿tú suspirando,
cuando yo estoy esperando
parabienes de tu amor?

TORREZNO. *(Aparte).*
Esto es como la casada,
que viéndole con desdén,
pidió al novio el parabién
y era que estaba preñada.

PORCIA. Pues ¿qué es esto, Federico?
¿Tú enmudeces, cuando loca
tan justo placer me tiene?
¿Tú suspenso?

TORREZNO.

Sí, Señora,
suspenso e irregular.

PORCIA.

¿Irregular? ¿de qué forma?

TORREZNO.

Porque ha andado a cuchilladas,
con un hombre de corona.

PORCIA.

¿Qué ha sido esto, Federico?

FEDERICO.

Pluguiera a los cielos, Porcia,
que yo hubiera enmudecido
antes que tan dolorosas
voces y quejas saliesen
del corazón a la boca.
Porcia, mi amor acabó,
y su llama abrasadora,
o la apagó helado soplo,
o se consumió a sí propia.
Que se apagó dije; miento,
que antes ya más poderosa
crece en mí para tormento
la que ardió para lisonja.
El efecto solamente
te he dicho de mi congoja,
no la causa, que ella misma
da a entender que no la ignoras:
porque el Rey, Porcia, en tu calle
con música escandalosa,
que en sus canciones tu nombre
por más fineza pregona,
no viniera ni intentara
escándalos tan a costa
de tu fama, a no tener
favores que le ocasionan.
Amante que se publica
sus posesiones blasona;
que el que en desprecios pretende,
con el recato soborna.
Tú, Porcia, tú y tus favores
le llaman y le provocan;
tu letra es; mas no presumas
que es esto queja, Señora,
que yo no puedo tenerla
sino de mi suerte corta,

pues tú aciertas tu fortuna,
aunque yerras la victoria.
Porque aunque sea en desprecio
del amor que me apasiona,
negar no puedo que ha sido
cuerda elección, y aun forzosa,
dejar la rústica flor
por el clavel, que corona
de olorosas majestades
la púrpura de sus hojas.
El clavel, Porcia, es el Rey,
yo la flor humilde y tosca,
que solo nació a ser una
entre el vulgo de las otras.
En él brinda a que le elijan
aquella encendida pompa,
que en ámbares carmesíes
vierte el carmín que le adorno.
A mí me humilla un matiz
tan pálido, que aun no cobra
mas color con la vergüenza
de ver que por él me arrojan.
La mejor tu mano elige,
mi estrella pierde por poca,
el Rey te gana por grande,
y tú quedas más dichosa.
Lógrale pues, y a mi tío
propón tú la causa ahora
que más conveniente sea
para excusar nuestras bodas.
Pues dándote la palabra
de que mi labio no rompa
las cláusulas del silencio,
que a tan grave caso importa,
yo vendré en cuanto dijeres,
aunque me culpes, Señora,
añadiendo esta fineza
para remate de todas,
que aunque no sea agradecida,
poco, entre tantos, importa
que esta por última siga

la desdicha de las otras.
Solo siento que en mi pena
no merece a mi congoja
tu desagradecimiento
el tierno llanto que llora.
No te debo este dolor;
pero aunque así lo conozca,
sin darte queja de ingrata
de falsa ni de alevoso,
solo iré a llorar mi suerte.
Vierta pues la ardiente copia
de lágrimas y suspiros
que ya en el pecho me ahogan:
que aunque más que a ti, los debo
a tan mal gastadas horas,
yo los daré al mar y al viento;
cóbrellos el que le toca.

(Hace que se va).

PORCIA.

Federico, aguarda, espera.
*(Ap. ¡Ay cielos! cuán a mi costa
me ha salido la fineza
de haber callado hasta ahora
El amor del Rey, pues dél
me resulta una deshonra).*
Vuelve, Federico, escucha.

FEDERICO.
TORREZNO.

¿Qué es lo que me quieres, Porcia?
Antes no te quiere nada;
que ese es el pleito.

PORCIA.

¿Qué sombras,
qué ilusiones, qué apariencias
son estas que te apasionan?

FEDERICO.

La sombra, Porcia, es mi amor,
la apariencia fue su gloria;
que estar el Rey en la calle
no fue apariencia ni sombra.

PORCIA.

TORREZNO.

¿Qué rey, Señor?
El de espadas;
que pensó venir de copas,
y sobre mí puso bastos.

LAURA.

TORREZNO.

¿El Rey sobre ti?
En persona.

que porque el Rey me festeje,
mi pecho le corresponda?
¿No pudiera ser saberlo,
y callarlo quien te adora;
siendo fineza, y no culpa,
excusarte una zozobra?
¿Ha habido mujer alguna
que por ser atenta, loca
a quien quiere bien le diga
que otro galán la enamora?
Es buena satisfacción
he quererle el darle, a costa
del dolor de verte triste,
a su amante una congoja?
¿No puedo ser yo quien soy,
sin que tú el riesgo conozcas?
¿He menester yo tu pena
para defender mi honra?
Y cuando nada en mi abono
mi decoro aquí suponga,
y a mí me quieras, hacer
mujer común como todas,
cuanto puedes pensar es
que admito al Rey, y engañosa
quiero casarme contigo,
para encubrir mi deshonra.
¿Puedes pensar más de mí?
Pues mira si esto conforma
con darme música el Rey
y hacerme infamia notoria.
¿Puedo ser tan necia yo,
cuando a engañarte me ponga,
que un escándalo permita,
que mi liviandad pregona?
No, Federico, no cabe;
que no es mi razón tan poca
que has de suponerme necia,
ya que libre me supongas,
y pues no puede ser eso,
y el mismo indicio te informa
que implica con tu sospecha,

véte, Federico, ahora,
y advierte que si en tu vida
mirarme a los ojos osas,
has de hallar del basilisco
en su vista la ponzoña.

(Hace que se va).

FEDERICO. Señora, Porcia, mi dueño,
escucha, espera; que tomas
de un delito, que es fineza,
la venganza muy costosa.
Aguarda.

PORCIA. ¿Qué he de aguardar?

TORREZNO. ¿Ven aquí ustedes? Erróla,
y ahora la pide trocada,

FEDERICO. Si hallo un rey que te enamora,
si a mí en méritos me falta
lo que a él en poder le sobra...

PORCIA. ¿Qué es que me enamora un rey?
Pues eso, Señor, ¿qué importa,
para pensar tú de mí
que, habiendo de ser tu esposa,
puedo yo corresponderle?
Porque él me, quiera, ¿es forzosa
la liviandad en mi pecho,
y en su empeño la victoria?
¿Mi albedrío está en su intento?
O yo puedo por mí sola
obrar bien y mal, o no:
si puedo, es sentencia loca
dar por hecho en mí el delito
sólo porque él me enamora;
si no puedo y se gobierna
mi voluntad por la otra,
no soy yo quien te comete.
Quéjate de quien te enoja.

FEDERICO. Ya veo, Porcia, que erré;
mi desconfianza propia
es tanta como mi amor;
yerro fue della, perdona.

PORCIA. Luego estás ya de mi amor
satisfecho?

TORREZNO. Sí, señora,
Satisfecho, mas no harto.

FEDERICO. La razón es poderosa.

PORCIA. Ah, sí. ¿que fue la razón
quien te ha vencido? Bien doras
el yerro de la sospecha;
pues ¿no fuera más airosa
fineza que tú le dieras
a mi fe aquesta victoria
que a la razón, Federico?

FEDERICO. Siendo ella tuya, ¿qué importa?

PORCIA. Pues pídele a la razón
que te favorezca ahora.

TORREZNO. Ea, fulleros de amor,
que os dais con la retirona,
si esto ha de parar en bien,
para qué son carantoñas?
Dáos las manos, porque acabe
esta cena en pepitoria.
Ea, Señora...

PORCIA. No quiero.

TORREZNO. Ese es cabe, golpe en bola.

FEDERICO. ¿Que no queréis, Porcia?

PORCIA. No.

FEDERICO. ¡Cómo en el rendido corta
la espada!

PORCIA Si eso confieras,
los brazos y el alma toma. (*Abrázale*).

FEDERICO. En ellos te doy la mía.

TORREZNO. Aquí paz, y después olla.

FEDERICO. Porcia, a asistir a mi tío
voy a palacio.

PORCIA. ¡Qué corta
es la vida del contento!

FEDERICO. ¿Quejaste?

PORCIA. No; que es forzosa
obligación.

FEDERICO. Pues licencia
Te pido.

PORCIA. Tú te la toma;
basta que yo ponga el cuello

otra el calzado, otra el manto,
para que las tape todas.
LAURA. Pues ¿no es mejor todo junto?
TORREZNO. Guarda; que las hembras todas,
en pescándole a uno cuanto
puede dar, dicen a roga.
LAURA. ¡Ay, que seré yo tu esclava
si me das vestido!
TORREZNO. ¡Ay boba!
Que he leído yo a Quevedo,
y sé que las socarronas
son como el perro.
LAURA. Pues ¿qué
tiene el perro?
TORREZNO. Punto en boca.
Un perro junto a una mesa
con vista está tan devota,
que le cuenta los bocados
a su amo y si le arroja
un bocado, se le engulle
sin mascar, y luego torna
a su atención de hito en hito.
Échale otro, y de la forma
se le traga que el primero,
y vuelve luego a la nota;
que dándole poco a poco
se está la comida toda
sin faltar de allí un instante.
Mas si el amo está de gorja
y le arroja un panecillo,
entre los dientes le toma,
y dando un brinco, se zafa,
y en todo el día no torna:
Verbi gracia...
LAURA. Hermano mío,
quien tanto sabe, a Bolonia.
TORREZNO. Entre bobos anda el juego.
LAURA. Anda, chulo.
TORREZNO. Anda, peonza.
(*Vanse*).

Sala del palacio

ESCENA VIII

LA REINA, EL ALMIRANTE, MÚSICOS.

MÚSICA.

*Así Vireno culpa
la desgraciada Olimpa,
cantando sus finezas,
llorando sus desdichas.*

(Vanse los músicos a una seña de la Reina).

ALMIRANTE.

Señora, vuestra alteza
de su pasión reprima
la pena, y no la esfuerce
su injusta tiranía.

REINA.

¡Ay Almirante! ¡ay padre!
Que ya la pena mía,
como de padre, en vos
su alivio solicita
ya rompe en mi silencio
el coto de la orilla,
el mar de mi congoja
donde el alma pelagra.
De Nápoles princesa,
a reina de Sicilia
me trajo vuestra mano,
mas la elección fue mía;
que cuando por alivio
os busco en mis fatigas,
no os quiero hacer la causa
de lo que en mí es desdicha.
Logré alegre en mi esposo
las primeras caricias,
mas como de quien eran
duró en mí la alegría;
que de los desdichados
se deja hallar la dicha,
y viene más colmada
por matar más perdida.
Desde aquellas finezas,
que acaso eran fingidas,
espero las segundas
y aun menos mal sería
vivir con esperanza;

que su entereza esquiva,
por si este era consuelo,
también ya me la quita.
Del Aries a los Peces
su curso el sol termina,
sin que yo al dulce lecho
le mereciese un día.
Cuando estoy a sus ojos
me agravia con la vista,
pues para más tormento
me ven y no me miran.
Si quiero hablar quejosa,
lo advierte y se retira,
y aun antes de escucharla
la queja me castiga.
Si lloro, más le ofendo,
si callo, no se obliga,
ni el tolerar merece,
ni el padecer lastima.
Ni aun me vale el retiro,
pues cuando dél me libra,
le veo en mi memoria
con la dureza misma.
Llorando el sol me deje,
y el alba al sol imita,
la aurora me consuela,
que me hace compañía.
Ni ve día ni noche
mi amor con luz distinta;
que en mí son siempre iguales
las noches y los días.
Dese jardín las plantas
amanecen floridas,
y a puro llanto mío,
anohecen marchitas.
Mirando en mis pesares
valor que los resista,
cansada de la queja,
me quejo de la vida.
No os pido yo, Almirante,
remedio a mi desdicha;

que sé que no ha de darle
mi estrella vengativa.
A que veáis que tengo
razón mi pena aspira
¡triste del pecho a quien
tan poco bien te alivia!
ALMIRANTE. Aseguro, Señora,
que al oír vuestra queja,
vuestro dolor me deja
tan ofendido agora,
que al buscar el remedio,
aunque muera por vos, no temo el medio.
Y por mí mismo os digo,
pues me toca el agravio,
que no atará mi labio
el temor del castigo;
que ya violencias vanas
No amenazan peligro en estas canas.
Vuestra alteza su llanto
reprima, gran señora;
no pierda lo que llora
quien ha sufrido tanto;
que es mozo el Rey, y ha errado
inadvertido o mal aconsejado
REINA. Pues ¿qué enmienda habrá agora,
si es amor, por más pena,
quien de mí le enajena?
ALMIRANTE. ¿Sabéislo vos, Señora?
REINA. Eso es lo que yo lloro.
ALMIRANTE. Y ¿sabéis vos a quién?
REINA La causa ignoro.
(*Ap.* Mayor hiciera el daño
si le dijese agora
que es Porcia a quien adora;
mas puede ser engaño,
y mal averiguada,
no es para mí una queja tan pesada).
ALMIRANTE. Pues válgao la esperanza,
Señora, del consuelo,
cuando a mí deste duelo
tanta parte me alcanza,

REINA. que todo medio tiene.
Ningún alivio a mi dolor conviene;
sólo uno lo sería,
que vos me habéis negado:
a Porcia he deseado
ver.

ALMIRANTE. No pasará el día
sin que la mano os bese:
y hoy, porque más venturas interese,
casarla he prometido;
y la ocasión convida
a que licencia os pida
cuando al Rey se la pido.

REINA. (*Ap.* ¡Qué es lo que escucho, cielos!
Ocasión tengo de saber mis celos).
Yo me alegro, Almirante,
que la tengáis casada,
que de bien empleada
es indicio bastante;
pero la diligencia
me ceded de pedir al Rey licencia.

ALMIRANTE. Es colmarme de honores.
Mas el Rey... Aquí espero
a hablarle.

REINA. Yo no quiero
Aumentar mis temores.

ALMIRANTE. Pues ¿cómo autor se aleja?

REINA. Es por no dar más causas a la queja.

(*Vase*).

ESCENA XX.

EL REY. EL MARQUÉS. -EL ALMIRANTE

REY. Marqués, esto no es posible;
que es sólo amor mi deseo,
porque ardor tan imposible
como el que en mi pecho veo,
sin duda es mal más terrible.

MARQUÉS. (*Ap. al Rey*).
Disimula tu dolor,
Señor, porque está delante
El Almirante.

os la cedió por su unión,
dejando en la sucesión
unida esta monarquía.
Y debiendo tanto amor
a la Reina y su decoro,
vos divertido, Señor...;
mas yo supondré el error,
advertid que no lo ignoro.
Y aunque a mi oído llegó,
notad que no os le repito,
que un vasallo, aun como yo,
nunca a su rey repitió
sin libertad un delito.
Si sabe esta sinrazón
Nápoles, y osados vienen,
¿qué hará su resolución,
si al derecho que ellos tienen
le añadís esta razón?
Y cuando este riesgo quiera
despreciar vuestro valor,
¿Sicilia no os reprimiera
por el amor con que espera
de vos digno sucesor?
Y si empeño tan forzoso
no os mueve, que es desventura,
¿como olvidáis, riguroso,
la deuda de su hermosura
y la obligación de esposo?
Si este yerro a cometelle
os ha obligado el tener
otro gusto, al poseelle,
¿Dejaréis vos de tenelle
por no dárselo a entender?
Si os ofende mi osadía,
mi cabeza a vuestra diestra
ofrezco con alegría;
pero sabed que en la mía
cortáis mucho de la vuestra.
*(Ap. Con temor le he estado oyendo,
porque ya tuve creído.
Que, como mi mal, supiera*

REY.

la causa de mi martirio).
Almirante, ya que vos
sabéis este yerro mío,
os quiero dar el descargo
como a juez de mi delito;
esto es por satisfaceros,
porque tengáis entendido
que os respondo como a padre
y os escuché como amigo.
Yo me casé enamorado
de una beldad, cuyo hechizo,
para disculparlo todo,
me dejó sin albedrío.
Bien sabéis vos que al casarme
lo resistí, y que vos mismo,
por conveniencia del reino,
me llevasteis al peligro.
Yo hallé en mi esposa las prendas
que vos veis y yo publico;
que la razón arrastrada
no quita el uso al sentido.
Mas aunque así lo conozco,
cada instante que imagino
que es la nube que me estorba
el sol cuyos rayos sigo,
es para mi pecho un áspid,
a la vista un basilisco;
y como si fuera cierto,
huyo en ella mi peligro.
Reconociendo mi error.
Varios remedios me aplico;
procuro olvidar la causa,
y es el daño a quien olvido;
que es el olvido cobarde,
y como huye de mi alivio,
le hallo más lejos de mí
cuanto más hacia él camino.
Almirante, yo no hallo
remedio a los males míos,
sino es morir, porque veo
que un imposible conquisto.

Yo estoy sin mí, yo no mando
mi razón, yo no la rijo;
poder superior me arrastra,
sin ser dueño de mí mismo.
Yo perdí el entendimiento,
y a mi voluntad me rindo;
y mirad si estoy sin mí,
pues esto a vos os he dicho.

ALMIRANTE

¡Válgame el cielo! ¿Es posible,
Señor, que os hayáis rendido
a una pasión que tan poco
os debisteis al principio?
Pues tantos riesgos...

REY.

¿Qué riesgos?

¿Es alguno más que el mío?
¿Puede cuidar del ajeno
quien muere de su peligro?
Almirante, esta pasión
no es pasión, sino delirio;
yo me muero, yo me abraso,
esto es fuerza del destino;
Yo pierdo...

ALMIRANTE.

Señor, templáos;

¿vos descompuesto? El delito
no es el mal, sino el remedio
mal aplicado al peligro.
Ya el delito os aconsejo:
que de dos males precisos,
El menor. -¿Quién es la causa?

REY.

No puedo, pues no os lo digo.
(*Ap.* ¡Ay Porcia! Yo he estado loco,
pues así me precipito).
Almirante, aquesta llama
tiene diferentes visos
cada instante; yo estoy ciego,
y más reportado, os digo
que procuraré vencerme
por vos y lo que os estimo,
y no hablemos más en esto.
(*Ap.* Precipitarme he temido).

ALMIRANTE.

(*Ap.* ¿Qué enigmas pueden ser estas?

¡Válgame el cielo divino!)
La Reina viene, Señor.
REY. Pues yo de aquí me retiro.
ALMIRANTE. Mirad que viene mi hija,
y su alteza ha de pedirnos
una merced para ella.
REY. *(Aparte)*
No he de poder encubrirlo.

ESCENA XI

LA REINA, PORCIA, FEDERICO, TORREZNO, DAMAS. -DICHOS.

REINA. *(Ap A averiguar voy mis celos
temiendo lo que averiguo).*
Señor, para agradecer
a Porcia el haber venido
a verme, os vengo a pedir
una merced.
REY. Justa ha sido.
REINA *(Aparte)*
De ella no aparta los ojos;
ya di un paso en el indicio.
FEDERICO. *(Ap. a Torrezno).*
¿Mira el Rey a Porcia?
TORREZNO Al sesgo;
mas parece de hito en hito
gato que acecha ratón.
REY. Y ¿cuál la merced ha sido?
REINA. Licencia para casarla
con Federico, su primo.
REY. *(Ap. ¡Qué es lo que he escuchado, cielos!*
¿Con quién decís?
ALMIRANTE. Mi sobrino.
(Ap. Parece que el Rey lo extraña).
REINA. *(Aparte)*
Todo el color ha perdido;
ya hay otro testigo más.
FEDERICO *(Ap. a Torrezno).*
Mi vida en su boca miro.
TORREZNO. Si, ya te tiene entre dientes.
ALMIRANTE. Yo Señor, también os pido
esta merced.

REY. *(Ap. ¡Sin mí estoy!*
Ya es sin remedio el peligro).
Y ¿con quién quieres casarla?

ALMIRANTE. Pues ya, Señor, ¿no os he dicho
que con mi sobrino?

REY. *(Ap. ¡Ay, cielos!)*
Pues ¿quién es vuestro sobrino?
(Ap. ¡Notable empeño!)

FEDERICO. Yo soy.

ALMIRANTE. Mi sobrino es Federico,
que el ser hijo de mi hermano
le hace desta dicha digno!

TORREZNO. *(Ap. a Federico).*
Mira si estás en su boca,
pues tragarte no ha podido.

PORCIA. *(Aparte)*
¡Cielos, temiendo que el Rey
haga empeño de impedirlo,
estoy temblando a sus ojos!

REINA. Yo esta merced os suplico.

REY. No la puedo yo negar;
pero tengo a Federico
empeñado en otra empresa,
y al Almirante, su tío,
más digna de su valor;
y no querrán ellos mismos
que, teniendo alborotado
mi reino, y siendo preciso
su brazo para este empeño,
falte a esta empresa su brío.
Ni yo quiero que este riesgo
turbe el justo regocijo
que se debe a tales bodas.
Almirante, Federico,
Mecina se ha levantado,
y de vuestro valor fío
el sosiego de aquel reino;
tratad luego de partiros.
Sus bodas después, Señora,
se harán sin este peligro,
que por ahora las dilata.

FEDERICO. Y mi espada irá a serviros.
Que es en mí el primer empeño.

ALMIRANTE. Y yo la merced estimo
tanto, que desde palacio
tomaré luego el camino.
(*Ap.* Mas será con un temor
de dejar acá un peligro,
que del Rey veo en los ojos).

REINA. Señor, pues tan justa ha sido
la dilación de las bodas,
para después os admito
la licencia, que agradezco.
(*Ap.* Ya mi desengaño he visto).
Ven, Porcia. (*Vase con las damas*).

PORCIA. ¡Yo voy sin alma!

REY Por vos, Señora, he sentido
la ocasión de dilatarlo.

PORCIA. Yo, Señor, sin albedrío
estoy para esos efectos.

REY. Decoro es vuestro; mas digo...
(*Ap.* ¡Cielos, que no me reporte
la majestad ni el peligro!)

PORCIA. Guarde el cielo a vuestra alteza. (*Vase*)

REY. (*Aparte*).
¿Para qué, si no es contigo? (*Vase*)

ESCENA XII

EL ALMIRANTE, FEDERICO, TORREZNO.

ALMIRANTE. Federico, a partir luego.

FEDERICO. (*Aparte*).
¡Cielos, sin alma respiro!

ALMIRANTE. Vamos pues; ¿qué te suspende?

FEDERICO. Señor, el Rey...

ALMIRANTE. ¿Qué has temido?

FEDERICO. Que de Porcia...

ALMIRANTE. ¿Qué, qué dices?
Cierra el labio, Federico.

FEDERICO. Yo pienso...

ALMIRANTE. No pienses nada.
Y si piensas atrevido,
piensa que Porcia es mi hija;

FEDERICO. que lo demás es delirio. (*Vase*)
Válgame el riesgo a que voy.
TORREZNO. Este rey está muy fino.

Jornada segunda.

Sala en casa del Almirante.

ESCENA PRIMERA.

EL REY Y EL MARQUÉS, *embozados*; TORREZNO, *con una luz y la espada desnuda*.

TORREZNO. Nadie de aquí ha de pasar,
que su peligro no intente.

REY. ¡Que un pícaro sea valiente!

MARQUÉS. Mirad que habemos de entrar.

TORREZNO. Por la punta...

MARQUÉS. Pues a vos
¿Qué os importa?

TORREZNO. El ser criado
Leal y haberme dejado
por guarda aquí contra voz.
Mi amo, celoso y amante,
anhelando fama y gloria,
le va a dar una vitoria
a su tío el Almirante.
Y así, el que entrar o salir
quiere aquí aunque me atropelle,
no sólo he de conocelle,
más también me ha de decir
quién es y quién fue su padre
su abuelo y fe de bautismo;
y luego ha de hacer lo mismo
por la parte de su madre;
y qué quiere o a qué pasa.
Si es negocio o si es capricho;
y después de haberlo dicho,
se ha de volver a su casa.

REY. Y ¿es esa resolución?

TORREZNO. Y me corre por postrera.

REY. Lo valiente le creyera,
a sufrirlo lo bufón

y ¿todo esto ha de decir
 quien aquí, hubiere de entrar?
 TORREZNO. Y hay, si me llega a apurar,
 otro tanto que añadir.
 REY. Pues yo soy. (*Descúbrese*).
 TORREZNO. Señor, ¿vos mismo?
 REY ¿Puedo entrar?
 TORREZNO. Del mismo modo;
 porque lo habéis dicho todo,
 menos la fe del bautismo.
 REY. ¿Todo?
 TORREZNO. Sí; porque he sabido
 quién sois, de quién descendéis,
 qué intentáis y qué queréis;
 que es todo lo que yo pido.
 REY. Y ¿qué intento?
 TORREZNO. Aunque yo tuerza
 el labio, pienso, Señor,
 que se os descose el amor,
 y entráis a echarle una fuerza.
 REY ¿Qué es fuerza?
 TORREZNO. Fuerza es probar
 un hombre que quiere bien,
 a lo que sabe un desdén.
 REY. Pues lo que os toca es callar.
 TORREZNO. No, Señor; que más me toca.
 Porque a hablar no me provoque.
 REY. Y ¿qué os toca?
 TORREZNO. Que me toque
 Algo que tope la boca.
 REY. Pues ¿qué la tapa?
 TORREZNO. Esa es buena;
 ¿Dudáis que el medio más sabio
 de tener atado un labio
 es echarle una cadena?
 REY. Yo os la mando.
 TORREZNO. Pero yo
 no lo aceto.
 REY. Pues ¿es malo?
 TORREZNO. Tras el mando viene el palo,
 pero la cadena, no.

REY. Pues ¿no queda asegurada en mí?

TORREZNO. Suele en la ocasión, no dar lumbre el eslabón de una cadena mandada.

REY. Que te la daré no ignores, si de mí fiarla quieres.

TORREZNO. Se pierden los mercaderes por fiar a los señores. Y ¿a qué fin guiáis la caza?

REY. Solo a Porcia ver procura.

TORREZNO. Y ¿ha de haber manufactura? No sé.

TORREZNO. Pues toro en la plaza.

REY. Pues ponte tú aquí delante.

TORREZNO. ¿No habrá ahí algunos escudos, que ha que hacen los hombres mudos desde que es su consonante?

REY. Fialos de mí, si mi intento logro.

TORREZNO. ¡Bueno! ¿y si no, no? ¡Pesía mi alma! Pues ¿soy yo, fiador de saneamiento? Mas, por si a veros alcanza, Señor, retiráos aquí.

REY. Bien decís. -Venid tras mí, Marqués.

TORREZNO. Buena va la danza.
Vanse el Rey y el Marqués.

ESCENA II

PORCIA, LAURA, CLAVELA, FENISA. -TORREZNO.

PORCIA. Por esta carta he sabido que, el tumulto sosegado y el peligro asegurado, ya de Mecina han partido. Ya todo me suena el coche de mi padre.

TORREZNO. *(Aparte).*
Tira afuera.
¡A qué buen tiempo viniera,

LAURA. si entrara en casa esta noche!
 La norabuena te doy.
 ¿Tú no me das norabuena,
 Torrezno?

TORREZNO. Yo estoy pensando
 en mi desván.

PORCIA. Pues ¿qué piensas?

TORREZNO. Tengo un queso, y un ratón
 hay muy grande, que te acecha;
 y si hoy falta de allí el gato,
 presumo que me le pesca.

PORCIA. El cuidado es como tuyo.

TORREZNO. Acaso tú lo sintieras,
 si conocieras el queso.

PORCIA. ¿De qué es?

TORREZNO. De leche de almendras.

LAURA. Este siempre está de humor.
 Señora, a acostarte entra;
 que es tarde.

PORCIA. ¡Ay Laura! no sé
 qué mi corazón desvela;
 que aun esta nueva no vence
 los temores de la ausencia.
 No me quiero recoger
 tan presto. -Toma, Clavela,
 la arpa, y cauta aquellas coplas
 de ausencia.

TORREZNO. Y con tu licencia
 yo iré a oírlas en la cama.

PORCIA. ¿Por qué te vas tan apriesa?

TORREZNO. Señora, porque el torrezno
 hace mal de noche.

PORCIA. Espera

ESCENA III

EL REY, *que observa oculto desde el cancel.* -DICHOS.

REY *(Ap. donde está oculto).*
 Amor, buena es la ocasión.

TORREZNO. Señora, no me detengas.

PORCIA. Pues ¿por qué?

TORREZNO. Porque el ratón

ya ha asomado la cabeza.

PORCIA. Pues tú ¿por dónde le has visto de aquí?

TORREZNO. Por una tronera que hay desde aquí a mi aposento. Señora, salir me deja; que le está echando unos ojos, que le muerde la corteza.

PORCIA. No te has de ir. -Clavela, canta. Laura, esa almohada me acerca. (Siéntase Porca en la almohada que le, acerca Laura, y toma Clavela el arpa).

CLAVELA. *(Canta).*
Despacio, suspiros tristes;
no acaso el amor entienda
que está mal con el dolor
quien está bien con la queja.

REY. *(Ap. al paño).*
 ¡Ay Porcia, ay divino encanto de mis perdidas potencias!
 Mas si a este precio te adoro, poco la dicha me cuesta.

CLAVELA. *(Canta).*
¡Ay ausente, cuánto tardas!
¡Ay qué lejos, ay qué cerca
quiere amor que no te mire,
y quiere amor que te sienta!

PORCIA. Y ¡cómo que tarda, ay triste!
 No sé qué el temor me hiela que el aviso de que viene parece que me le aleja.
 Gran falta hace a un corazón lo que adora.

TORREZNO. *(Ap. a Laura).*
 Aún no sabe ella cuán gran falta es la que hace un galán con el ausencia.

LAURA. Pues ¿qué falta puede hacer?

TORREZNO. Que si esta noche no llega. Puede ser que le haga nueve.

LAURA. ¿Qué es nueve?

TORREZNO. Acá es una cuenta.
CLAVELA. *(Canta).*
Desde aquel amargo día
de la despedida nuestra
no hay muerte que yo no viva,
ni vida que yo no muera.
(Duérmese Porcia).

LAURA. Dormida está mi señora.
No prosigas ya, Clavela;
fuerza será retirarnos.

TORREZNO. Y ¡cómo que será fuerza
en entrándonos nosotros!

LAURA. Pues vámonos acá fuera.
(Vase con Clavela, Fenisa y Torrezno).

ESCENA IV

EL REY; PORCIA, *dormida.*

REY Sola y dormida ha quedado.
Amor, ¿qué ocasión deseas
mejor para tu esperanza? *(Sale).*
Mas ¡qué divina belleza!
Más hermosa está dormida,
y en mi más temor despierta.
Sol dormido, en quien procura
la noche lucir desmayos,
¿cómo encubiertos tus rayos
dan más luz a tu hermosura?
Sin tus ojos es más pura;
¿cúyo será este trofeo?
Pero ya la causa veo
de lucir más que despierta;
que una hermosura encubierta
se mira con el deseo.
Viendo asombro tan perfeto,
no osa llegar mi temor;
que cuanto crece mi amor
crece también mi respeto.
Si de amor nace este efeto,
y tú te aumentas dormida,
duerme, mujer, advertida
(Porque yo me vuelva atrás)

que cuanto durmieres más,
estarás más defendida.
Con mi fineza me impido
llegar a templar mi ardor,
porque no es fino el amor
que puede ser atrevido.
Mas si la ocasión ha sido
quien me lleva, en esta acción
no ofende mi adoración:
libre está amor del intento,
porque aquí mi atrevimiento
es hijo de la ocasión.
Tocaré su mano hermosa.

(Despierta Porcia).

PORCIA. ¿Qué es esto? ¡Ay de mí! ¿Quién llega?

REY. Quien en su ardor no sosiega
quien, ya muerto, no reposa
quien de su llama amorosa
te ofrece ardientes despojos;
quien por huir los enojos
de un incendio tan tirano,
busca el cristal de tu mano
contra el fuego de tus ojos.

PORCIA. ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?

¡Laura, Fenisa, Clavela,
criados! -Esto es traición.

REY. ¿Qué llamas?

PORCIA. Quien me defienda.

REY. Sosiégate, Porcia hermosa;
y si asegurarte intentas,
no me llames más que a mí,
si de mí a valerte pruebas;
que en mí tienes de mí mismo
más segura la defensa.
Y para que reconozcas,
aunque lo contrario piensas,
que el pecho que más te adora
es el que mas te respeta,
Porcia, yo muero a tus ojos,
el ardor de sus estrellas,
sólo por ver; más me alumbra

la misma luz que me ciega.
No viene a templar mi amor
el dolor que me atormenta,
que debiéndole a la causa,
grosero el alivio fuera.
Ni vengo a excusar mi muerte;
que es tan dichosa mi pena,
que el excusarla sería
más muerte que padecerla.
A pagarte mi dolor
vengo; que, aunque a mi fineza
tú se lo das como injuria,
yo lo admito como deuda.
Y la paga es, Porcia hermosa,
porque aplaude tu belleza;
que ya que muero a tus ojos,
con ellos morir me veas.
Mas ya que muero, Señora,
¿no será razón que muera
siquiera con el consuelo
de que tú me lo agradezcas?
Sólo que a morir me alientes
pido; este alivio te deba;
que si te ofendo es venganza,
y si te obligo es fineza.
Y cuando como enemigo
Señora, tratarme quieras,
si ves que mi amor me mata,
¿a qué tu desdén empeñas?
¿Conviénele a tu decoro,
cuando él instrumento fuera,
que arrastre tu sinrazón
al lado de mi cadena?
Porcia, yo no hago el delito
(Si esto lo es), sino tú mesma.
Si te ofenden las heridas,
¿Por qué tiraste las flechas?
Tú no cesas de matarme;
y pues mi amor se contenta
con el agradecimiento,
o dame ese alivio o cesa;

PORCIA.

piensa el más leve favor,
el que menos costa sea
de tu recato y el alma.
No prosiga vuestra alteza.
¿Es posible, gran Señor,
que en sus pasiones no venza
a tan injusta porfía
tanta noble resistencia?
Tres años ha que su amor
desengaños atropella;
la esperanza con que dura
¿de qué parte se alimenta?
¿de qué vive cuando muere?
O ¿cómo vencerme piensa,
si sabe que mi recato
es en mí naturaleza?
¿Posible es que no le canse
mi desdén, que aun a mí mesma
me hubiera cansado ya,
a costarme diligencia?
Ya yo no hallo qué decirle,
ni hallarlo mi honor intenta;
que en vano es buscar razones
si las que hay no me aprovechan.
Cuando le acuerdo quién soy
me dice que le hago ofensa;
si da a entender que lo olvida
no hace mal quien se lo acuerda.
Repetirle por mi padre
de sus servicios la deuda,
y que tiene la corona
por su mano vuestra alteza,
es en vano; pues, Señor,
mi razón sigue otra senda,
y de las leyes de honor
a las del amor apela.
Vuestra alteza por quererme
despreciando está a la Reina,
que, comparada a sus ojos,
soy junto al sol una estrella,
que es más hermosa que yo

toda la corte sentencia,
y aunque en pasión lo niegue,
no puede dudar que es bella.
Pues teniendo, gran Señor,
esposa hermosa y discreta,
y que le adora, si no es
que este su defecto sea
(que hay pechos de tan mal gusto,
que sólo porque les ruegan
dejan el bien que los busca,
y aman el mal que los deja);
¿qué razón dará, no habiendo
demérito alguno en ella,
de adorar donde es delito,
y no amar donde es fineza?
Si pierde porque le quiere,
¡cómo intenta que yo quiera,
si a mí me está amenazando
con la misma consecuencia,
en olvidar a su esposa
por mí, queriéndole ella?
Vuestra alteza no me obliga,
Señor, sino me escarmienta.
Cuando yo fuera mujer
que ser liviana pudiera
mucho más me obligaría
con la envidia de quererla.
¡Con que la deja me obliga!
Pues ¿quién ha de ser tan necia
que, viendo su mal, se ponga
al peligro de su queja y
vuestra alteza me promete
segura correspondencia,
y con lo que lo asegura
es lo mismo que la niega.
Pues ¿dónde cabe, Señor,
que ser amado pretenda
quien lo desagradecido
viene a alegar por fineza?
Vuestra alteza trae, Señor,
de ingratitud tantas muestras,

que sobra en mí el ser quien soy
para que yo me defienda.
Pues si aun siendo mujer fácil
quererle yo no pudiera,
sabiendo quién soy, Señor,
con qué su esperanza alienta?
Reconozca estos errores;
porque es mucho vuestra alteza
para que su voluntad
más que su razón parezca.
Mire que es mejor su esposa
sino que de su belleza
lo que a ella el ruego le quita
me da a mí la resistencia
y sé cierto que, a trocarse
suertes entre mí y su alteza,
habla de hacer conmigo
lo mismo que hace con ella.
Y juntando a estas razones
la razón de mi nobleza,
la de ser su sangre yo,
ser casi suya la ofensa,
el decoro de mi padre,
de sus servicios la deuda,
el escándalo, el peligro,
y que todo se atropella,
se venza, Señor, por todo,
o finalmente, se venza
por lo que me quiere, y haga
por mi honor esta fineza.
Porcia, si yo he errado el modo
de obligarte, también yerras
el de reportarme tú
con razones tan atentos;
porque ¿cómo puede ser
que, oyendo tus agudezas,
si te adoro por hermosa
te deje yo por discreta?
Que tienes razón he visto;
pero con ella me empeñas,
porque me enamoras más

REY.

con el modo de tenerla.
Yo, finalmente, he apurado
en mi amor las diligencias
de vencerme, y por vencido
me doy a mi resistencia.
Y para que tú conozcas
que esto es imposible, piensa,
piensa tú si hay algún medio
con que yo olvidarte pueda
u olvidarme, que es lo mismo;
que porque tú me la debas,
aunque sea tan costosa,
yo te ofrezco la fineza.

PORCIA. Pues ¿eso falta, Señor?
REY. Porcia, yo ignoro la senda.
PORCIA. Pues ¿habrá más que dejarme?
REY. Y este ¿es remedio o sentencia?
PORCIA. No viéndome, será fácil.
REY. Serían dos muertes esas.
PORCIA. Defenderme del engaño.
REY. Lo que ignoro es la defensa.
PORCIA. Aliviarse con su esposa.
REY. ¿Da alivio lo que atormenta?
PORCIA. Forzar a la voluntad.
REY. Yo no mando en mis potencias.
PORCIA. Pues ¿quién las manda, Señor?
REY. Tú, que sin alma me dejas.
PORCIA. Eso ¿ha sido culpa mía?
REY. Pluguiera a amor que lo fuera.
PORCIA. Pues ¿qué se siguiera de eso?
REY. El socorro de la queja.
PORCIA. Pues supóngame culpada,
Si eso ha de aliviar sus penas.
REY. Pues ¿no era mejor amante,
si el suponerlo valiera?
PORCIA. ¿Que, en fin, no puede hacer nada
por sí?
REY. Obligar tu belleza.
PORCIA. Eso, Señor, no es posible.
REY. Pues tú otro remedio intenta.
PORCIA. Yo lo hallaré...

Ya que el mal forzoso sea,
pues es tanta su pasión.
Que sólo así se remedia.
Pierda mi honor mi desdicha,
y mi opinión no se pierda;
porque al triunfar de mi honra,
que mis criados lo sepan
no puede ser circunstancia
que dé a su gusto más fuerza.
Disimule aquí; que yo
doy palabra a vuestra alteza
de darle entrada, de modo
que este riesgo no lo sea.

REY. ¿Este favor me aseguras?
PORCIA. Ya no es favor, sino deuda.
REY. Tanta es, Porcia, mi alegría
de ver que mi amor alientas,
que, sabiendo que me engañas,
te he de acetar la promesa;
y aunque esta ocasión perdida,
de ti engañado me vea,
yo te perdono el engaño
porque en él me favorezcas.
PORCIA. Toda la injuria en mi pecho
borras con esa fineza.
REY. Pues adiós, Porcia. -¿Marqués?

ESCENA VI

EL MARQUÉS. -DICHOS.

MARQUÉS. Señor.
REY. Salid acá fuera;
venid conmigo.
PORCIA. (*Ap. al Rey*).
Yo voy
a esperar a vuestra alteza.
REY. ¿Cuándo vendré?
PORCIA. Con mi aviso
REY. Véte pues enhorabuena.
PORCIA. (*Aparte*).
Donde asegure mi honor,
satisfaciendo la ofensa

que en esto hago a mi decoro
por excusar su violencia.

(Vase con Clavelo).

REY. Vamos pues.

TORREZNO. Digo, Señor,
¿mi cadena tendrá vuelta?

REY. Aunque ya yo me he vencido,
no dudes que será cierta.

(Vase con el Marqués).

ESCENA VII

LAURA, TORREZNO.

TORREZNO. Malo; pues si ya no hay boda,
no hay que esperar la cadena.

LAURA. Ven acá; ¿eres tú tercero?

TORREZNO. ¡Jesús! ¿Yo cosa tan fea?

LAURA. Pues ¿qué eres?

TORREZNO. Aprovechado,
ya que la casa se quema.

LAURA. Pues ¿qué haces tú?

TORREZNO. Calentarme,
porque no todo se pierda.

LAURA. Y eso ¿no es ser tú tercero?

TORREZNO. Dime: si te se cayera
la olla llena de comida,
¿qué hicieras tú?

LAURA. Recogiera
lo que pudiera después.

TORREZNO. Pues esto es lo mismo, bestia:
que es recoger lo que puedo
desta olla que se quiebra.

(Vanse).

Gabinete de la Reina.

ESCENA VIII

LA REINA, CELIA.

REINA. Ya esto es uso, Celia mía,
de mi vida desdichada:
de la noche desvelada
deseo que salga el día.
Mejor noche pasaría

el Rey, pues el sol a mí
llorando me dejó aquí
donde me halla el alba fría;
y él con Porcia su fatiga
divirtió, oyendo su labio;
que sobre el mal de mi agravio
tengo el de quien me lo diga.
CELIA. Y Porcia ¿ofende su honor?
REINA. En eso mi mal consiste.
Dícenme que se resiste,
como quien es, de su amor.
Mas ¿quién es quien entra aquí?
CELIA. ¡Ay Señora, Porcia es!

ESCENA IX

PORCIA, *que entra algo descompuesta*; LAURA, TORREZNO. -DICHOS.

PORCIA. Déme tu alteza los pies.
TORREZNO. Y los chapines a mí.
REINA. Porcia. ¿qué te ha sucedido?
Pues ¿qué novedad es esta?
¿Tú llorosa y descompuesta?
PORCIA. Señora, perdón te pido
de no excusarte el dolor;
mas su alteza me ha obligado
a que busque tu sagrado
por defensa de mi honor.
El Rey...
REINA. No pases de ahí;
ya lo que ha sido sé yo.
TORREZNO. ¿Qué llama ha sido? Eso no;
que bastaba estar yo allí.
Él lo intentó, mas lograrlo
no pudiera sin tragedia;
que no es aquesto comedia,
adonde basta intentarlo.
PORCIA. Yo, Señora, sin defensa
de mi padre y de mi esposo,
busco tu pecho piadoso
por escudo de mi ofensa.
A esto, Señora, me obligo,
porque sé lo que le quieres.

REINA. ¡Qué dichosa, Porcia, eres,
pues huyes lo que yo sigo!

TORREZNO. Bien sé yo la causa.

REINA. Di
Cuál es.

TORREZNO. Pues si quieres vella,
haz que se case con ella,
y andará luego tras ti.

REINA. Y ¿fuera mejor yo ajena?

TORREZNO. Entonces fuera la polla.
La mujer propia y la olla
sólo cuando falta es buena.

REINA. Porcia, aunque vivo injuriada
por ti, mi amor no te culpa;
que no tienes tú la culpa
de nacer yo desdichada.
Mas aunque sin culpa estás,
no hago poco en reportarme;
que no puedo yo excusarme
de la envidia que me das.
La pena del desgraciado
consiste en los venturosos;
que si no hubiera dichosos
nadie fuera desdichado.
Mas no tienen culpa alguna
de ofender con tal rigor,
porque ellos dan el dolor,
y el golpe es de la fortuna.
Y supuesto que de ti
yo no me, puedo ofender,
sólo quisiera saber
con qué me excedes a mí.
¿Cómo al Rey tanto enamoras,
si con tu llanto le llamas?
Las lágrimas que derramas
¿por qué camino las lloras?
Cuando más le satisfaces,
si a huir su amor te resuelves,
¿con qué donaires envuelves
los desdenes que le haces?
Yo le ofendo con mi amor,

tú con rigor le traes ciego;
¿es, Porcia, acaso un despego
más airoso que un favor?
¿Con qué ignorados aliños
al Rey, tú se le previenes?
¿Qué gala traen tus desdenes,
que hacen feos mis cariños?
Si es estrella, sola ella
no satisface a mis dudas.
Porque tú con algo ayudas
los favores de tu estrella.
Dime pues, ¿con qué se abrasa?
¿Con qué te haces más hermosa?

TORREZNO.

Pues lleve el diablo la cosa,
¿se pone más que una pasa?

REINA.

¿No respondes a mi duda?
¿Callas, Porcia?

TORREZNO

Eso perdone;

no dirá lo que se pone.

REINA.

Pues ¿por qué no?

TORREZNO.

Porque es muda.

PORCIA.

Suspensa he quedado ahora,
pues con la duda, no ignoro
que has ajado mi decoro;
mas sabe el cielo, Señora
que nunca mi corazón
hizo más por obligarle,
que no oírle ni mirarle
ni tenerle inclinación.

LAURA.

Señora, el Rey viene allí.

PORCIA.

¡Ay cielos! que no quisiera
que contigo el Rey me viera.

REINA.

Antes te ha de hallar aquí.

ESCENA X

EL REY, EL MARQUÉS. -DICHOS.

REY.

(Ap. al Marqués).

Marqués, no lo puedo creer.

MARQUÉS.

Pues juntas están las dos.

REINA.

Señor, ¿en mi cuarto vos?

Mucho os llevo a merecer.

REY. ¿Porcia con vos?
REINA. Sí, Señor;
que hoy a mi melancolía
hacer quiere compañía.
REY. (*Ap.* Ya fue su engaño traidor).
Pues ¿cómo (*Ap.* ¡Ya estoy sin mí!)
Viene... (*Ap.* ¡El corazón me ha helado!)
REINA. Pues, Señor, ¿vos demudado?
¿Qué es lo que extrañáis aquí?
REY. (*Aparte*).
De resistirlo me espanto.
REINA. ¿Qué admiráis?
REY. (*Aparte*).
Muero de enojos.
REINA. (*Ap.* ¡Que esto estén viendo mis ojos!
Resistir no puedo el llanto).
Si es el enojo, Señor,
de verme, no hay que culparme,
viniendo vos a buscarme;
mas yo excusaré el error
de haberos aquí esperado.
REY. ¿Os vais?
REINA. Temiéndooos estoy,
y a veros en Porcia voy;
que en ella estáis más templado.
(*Retírase con Celia, y escucha desde la puerta*).
REY. Dime, ingrata, ¿este desdoro
añades?
PORCIA. Señor, tu alteza
no ofenda aquí su grandeza,
siquiera por su decoro.
REY. ¿Por qué decoro, homicida,
si tu traición viendo estoy?
PORCIA. ¿Traición es el ser quien soy?
REY. Sí, quitándome la vida.
PORCIA. ¿Yo la vida?
REY. Y con vileza.
PORCIA. ¿De qué suerte?
REY. En ser traidora.
(*Vuelve la Reina*).
REINA, ¿Qué es esto, Porcia?

¿cómo?
REY. Ocasión te daré;
y cuando no te la dé,
¿puede haber alguna cosa
que sea riesgo mayor
que morir yo despreciado?
MARQUÉS. (*Ap.* Él está desesperado
y ciego). No, gran Señor.
REY. Pues ¿qué me adviertes?
MARQUÉS. Perdona;
que esto de celo no pasa.
REY. Pues mi corazón se abrasa,
arda todo.
(*Vase con el Marqués.*)

ESCENA XII

TORREZNO. Arda Bayona.
Esto es hecho: de las asas
luego al sacrificio irá
Porcia: por venirse acá,
huyó el gato y dio en las brasas.
¡Oh qué ocasión tan galante
era, si lo adivinaran,
para que ahora llegaran
mi señor y el Almirante!
Mas esto es mejor que estotro,
pues pienso que llego a vellos.
O estoy borracho, o son ellos;
vive Dios, que es uno y otro.

ESCENA XIII

EL ALMIRANTE Y FEDERICO, *de camino.* -TORREZNO.

ALMIRANTE. La obligación primera es, Federico,
besar al Rey la mano;
que para Porcia hay tiempo.
FEDERICO. No replico
A tan justa atención.
ALMIRANTE. Y fuera en vano.
TORREZNO. ¿Señor?
FEDERICO. ¡Torrezno!
TORREZNO. Dame mil abrazos.

REY. Que él debe de querer forzar al viejo.
Todos os retirad. (*Ap.* ¡Ay suerte escasa!)
ALMIRANTE. Mi hija, gran Señor, se irá a su casa
REY. No puede ser hasta que os haya hablado.
PORCIA. ¡Ay suerte esquiva!
FEDERICO. ¡Ay pecho desdichado!
(*Vanse Porcia, Federico, Torrezno y los criados.*)

ESCENA XV

EL REY, EL ALMIRANTE.

ALMIRANTE. Ya estamos solos, Señor.
REY. Antes que me habléis palabra,
Almirante, ya sabéis
la violencia de mis ansias.
Ya os dije que mi albedrío
no es mío, y que me le arrastra
Esta pasión poderosa.
Yo, pensando contrastarla,
os la callé recatado;
mas ya que sabéis la causa,
y que es Porcia a quien adoro,
sabed también que el mirarla
como a esposa fue mi intento;
y vuestra mano tirana,
uniendo la voz del reino
para que yo me casara,
a mí me quitó este alivio,
y ese honor a vuestra casa.
Y pues que morir me veo,
y el remedio desta llama
tengo en Porcia, no he de ser
atento con quien me mata.
Yo no he de vivir sin ella;
que aunque la Reina casada
conmigo está, yo la di
la mano, pero no el alma.
Y vos, que tenéis la culpa,
si mi dolor os agravia,
pagad la pena de ver
que yo aliente mi esperanza. (*Vase.*)

ESCENA XVI
EL ALMIRANTE.

¡Válgame el poder del cielo!
Si es capaz desdicha tanta
de defensa, sobre mí
todas sus esferas caigan.
Caiga un rayo que en ceniza...
Mas ¿cómo el dolor me arrastra
a espacio, penas a espacio;
males, vamos con templanza;
que si doy todo el sentido
al dolor que me traspasa,
para buscar el remedio
no habrá discurso en el alma.
Consultémosle, honor mío;
mas ¡qué consulta tan mala,
cuando es un vidrio la honra,
que le quiebra quien le lava!
Pues ¿para cuándo es la herencia
de tantas nobles hazañas
que engendrarían en mi pecho
valor? Mas, aliento, basta;
que es mi rey el que me ofende
y en su deidad soberana,
aunque me afrente el agravio,
mas me alienta la venganza.
El Rey de amor está ciego;
yo soy leal, mi hija honrada,
y estas dos defensas hacen
más peligrosa la cansa.
Resistir con la razón
una voluntad tirana
es empeñar el poder
y acercarse a la desgracia.
Quitarle a mi hija es difícil
a su vista; no quitarla
es darte materia al fuego.
Morir en esta demanda
será el remedio postrero;
mas no excusando la infamia,
es tener por menos daño

una afrenta consolada.
Y demás deste dolor,
queda el amor de la patria,
pues todo el reino se pierde
cuando a la Reina se agravia.
Pues, cielos, ¿cómo hay peligro
donde al valor puerta falta
y al honor? Mas ya la veo.
¡Qué dolorosa es la entrada!
Porcia de todo este mal,
aunque inocente, es la causa.
Muriendo Porcia no hay riesgo,
patria y honor se restauran.
Muera pues; pero ¿qué digo?
El corazón me traspasa
sola esta voz: ¿qué hará el golpe,
si esto puede la amenaza?
Pero primero es la honra.
¡Oh ley dura y desdichada,
que al inocente condenas,
y sin delito le infamas!
Muera pues. Sin alma (¡ay Porcia!)
pronuncio aquesta palabra;
pero quien esto sentencia
bien se ve que está sin alma.
¡Qué terrible es el remedio
cuando está haciendo al que sana
más horror la medicina
que el peligro de la llaga!
Pero aquí, valor, no hay otro:
pues, corazón, ¿a qué aguardas?
Un caballero español
que al riesgo de una batalla
iba a salir con los moros,
degolló a su mujer casta
y a dos hijas inocentes.
Pues si un riesgo que dudaba
pudo obligarle a este exceso,
un riesgo en que no se halla
remedio, y es evidente,
¿a qué obligará a mi fama?

Allí veo a Porcia (¡ay cielos!);
¡Ay hija de mis entrañas!
Para matarme en ti misma
voy previniendo esta daga.
Muevo un monte en cada planta.
Por bella y por inocente
mueres, como desdichada.
Mira cuál es tu belleza,
pues a ti misma te mata.
Mas ¿dónde voy? ¿No habrá muerte
menos cruel y más blanda?
No, que se arriesga mi honra
si un instante se dilata.
Hacia mí viene. Huye, Porcia;
huye de aquí; pero aguarda.
Valor, *primero es la honra*;
muera yo y viva mi fama. (*Vase*).

ESCENA XVII

FEDERICO, TORREZNO; *luego*, PORCIA Y EL ALMIRANTE, *dentro*.

FEDERICO. Señor, señor, ¿dónde vas?
Fuese sin hablar palabra.
Cielos, ¿qué puede ser esto?
Que temiendo mi desgracia,
pende mi vida de un hilo.

TORREZNO. A cualquier sastre le pasa
eso mismo.

FEDERICO. ¿Qué será?

TORREZNO. Señor, esto va de mala.

PORCIA. (*Dentro*).
¡Ay de mí! Señor, detente;
¿Por qué sin culpa me matas?

ALMIRANTE. (*Dentro*).
Por tu hermosura.

TORREZNO. ¡Ay, Señor,
que matan a Porcia!

FEDERICO. Aguarda;
bárbaro, cruel, detente,
detente.

(*Al ir Federico a socorrer a Porcia, sale esta y cae en sus brazos*).

PORCIA. (*Al salir*).

El cielo me valga,
muerta soy.

ESCENA XVIII

PORCIA, *desmayada*; FEDERICO, TORREZNO.

FEDERICO

Porcia, señora.

Murió, ¡ay de mí!

TORREZNO.

¡Qué desgracia!

FEDERICO.

Porcia mi bien, dueño mío,
vida de mis esperanzas.
No responde; que la vida
con voz y aliento le falta.
¡Porcia! -¡Ay pesar del sentido,
que tanta dureza alcanza
que viendo su muerte vive,
si no vive para amarla!
¿Tú, mi bien, muerta, y yo vivo?
Esas heridas tiranas,
con encontrarme a mí en él,
¿cómo el corazón te pasan?
¿Por dónde entró el duro acero?
Pero buscó mi desgracia
la parte de mi desdicha,
pues dio donde yo no estaba.
Cielos, que hacíais de Porcia
las luces de la mañana,
muerto el sol, ¿qué espera el día?
¿Cómo la noche no baja?
Pero no salgan las sombras;
que todas las luces claras
la noche de mi tristeza
para obscurecerlas basta.
Turben mis quejas el aire,
eclipse las luces altas
mi aliento, y mis tristes ojos
crezcan el mar; mas no es paga
de mi dolor, no es bastante.
Pues, cielos, en pena tanta,
quien no es capaz de sentirla,
¿cómo es capaz de mirarla?
¡Ay Porcia! ¡Ay hermoso dueño!

TORREZNO. Amigo, ¿qué esperas? Llama,
llama quien conmigo llore.
Señores, ¡ah de la guarda!
Confesión para una muerta.

ESCENA XIX

EL REY, EL MARQUÉS *y criados, que salen por una puerta*; LA REINA, LAURA Y DAMAS, *por otra*. -DICHOS.

(Laura y las damas acuden a sostener a Porcia).

REY. ¿Qué es esto?
REINA. ¡Desdicha extraña!
LAURA. ¡Mi señora muerta, ay cielos!
REY. ¿Muerta está?
TORREZNO. Así fuera santa.
FEDERICO. Muerta está, Señor, la aurora;
que la luz que la acompaña
es la que en sus desperdicios
hurtó a sus ojos el alba.
Muerta está, y yo de no estarlo.
REY. ¿Cúya es la mano tirana
que intentó, bárbara y loca,
tal rigor?

ESCENA XX

EL ALMIRANTE. -DICHOS.

ALMIRANTE. La de mi fama.
Yo soy, Señor, quien la ha muerte,
porque sepas, si me agravias,
cómo previene mi honor
el peligro de una mancha.
REY. Prendedle.
ALMIRANTE. A tus pies está
un cuerpo, Señor, sin alma;
un alma, Señor, sin vida,
pues la que tuve me falta
en esa púrpura ardiente
que por mi honor se derrama.
Manda cortar mi cabeza;
que pues sin vida me matas,
lo mismo será, Señor,
que cortar la de una estatua.

REY. Llévadle luego a un castillo,
donde el fuego en que se abrasa
mi pecho, con su castigo
tome tan justa venganza.

ALMIRANTE. Vamos; que no va a morir
quien ya murió por su rama.
(Llevan los criados al Almirante preso).

REY. Quitadla de mi presencia;
que para morir ya basta
el dolor de haberla visto,
pues ya murió mi esperanza. *(Vase).*

FEDERICO. Y yo, pues esta desdicha
con tal rigor no me mata,
del dolor de no haber muerto
haré un lazo a mi garganta. *(Vase).*

TORREZNO. Todos se van a morir.
¡Jesús, qué de muertos andan!
Pues yo me voy a heredarlos
en la tercera jornada. *(Vase).*

ESCENA XXI

LA REINA, LAURA, DAMA; PORCIA

PORCIA. ¡Ay de mí!

LAUDA. ¡Ay Dios, que está viva!

REINA. ¡Porcia amiga!

PORCIA. ¿Quién me llama?

REINA. Llévadla a mi cuarto luego,
y guarda el secreto, Laura;
que he de remediar, si puedo,
su vida y mis esperanzas.

LAURA. Vamos. ¡Ay, que pesa mucho!
Ayuden, señoras damas,
aunque se aje el verdugado;
ayuden, pesía sus almas.

Jornada tercera.

Habitación del Rey. -En el fondo un gabinete.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, LAURA y músicos, en la sala; EL REY, dentro del gabinete, sentado.

MÚSICA.

*Quien muere de amor
No ha menester mas dolor.*

REINA.

Es verdad; pues si amor basta
para muerte a un corazón,
¿para qué el hado enemigo
busca pena más atroz
que cuando su ardiente llama
trueca el halago en rigor,
para que su muerte esquiva
sea desesperación?

MÚSICA.

*Quien muere de amor
no ha menester más dolor.
(Hablan aparte la Reina y Laura).*

LAURA.

Ya que el cielo ha querido
que viva Porcia esté, y que hayas podido
curarla con secreto, de tal suerte
que han creído su muerte,
ella está en una aldea disfrazada,
¿de qué, Señora, estás desconsolada?

REINA.

Laura, mi pensamiento o mi secreto
logró la diligencia, y no el efeto;
pues creyendo que el Rey la olvidaría
viéndola muerta, ya la industria mía
lo dispuso de suerte que el entierro
de secreto se hiciese, porque el yerro
del Rey ocasionado,
no provocase al pueblo despechado.
Pues sana Porcia de la injusta herida
en una humilde aldea está escondida,
y de un fiel criado acompañada,
de cuyas canas vive asegurada,
viniendo solo a verme de secreto
o traje de villana. Mas ¡qué efeto
tan contrario aquel bien que imaginado
hace en su diligencia un desdichado!
Toda esta prevención, Laura, ha servido
de doblar el dolor a mi sentido,
pues aunque ya ha perdido la esperanza,
tiene en su amor el Rey menos mudanza.
Más cruel es conmigo,
más huye de mi vista y más le sigo,

más ciego en su deseo
cada instante le veo;
y en su pasión esquiva,
para él, muerta Porcia, está mas viva.
Pues ¿qué ha de hacer el corazón más fuerte
contra un amor que pasa de la muerte
y con tantos enojos,
que ya no le recata de mis ojos?
Pues el despecho del dolor que lloro
le obliga a que atropelle mi decoro
y el olío de su reino; pues su exceso
y el ver que al Almirante tiene preso
de tan injusto y riguroso modo,
le ha quitado el amor del pueblo todo,
y al verse en tal conflicto,
honesta su pasión con el delito,
por ser hecho en palacio, de tal suerte,
que temo, Laura, que le dé la muerte.

LAURA. Pues si aun te mira el Rey como enemiga
¿a qué entras en su cuarto?

REINA. Amor me obliga
porque tanto le adoro,
que cuanto más ofende mi decoro,
como su pena con mi ofensa crece,
me lastima también lo que padece.
Y así, por ver si puedo consolalle,
con la música aquí vengo a buscalle,
por divertirle, a ver si halla mi intento
camino de vencer su sentimiento;
que en un pecho que quiere tan constante.
Sólo es pena la pena de su amante.

LAURA. De su pasión, Señora, arrebatado,
se descubre sentado
allí el Rey, y yo pienso
que es un bulto de piedra en lo suspenso.

REINA. *(A los músicos).*
Cantad pues, y divierta su tristeza,
aunque no me agradezca la fineza.

MÚSICA. *Para que muera quien quiere
basta su propia pasión;
que al amor, para matar,*

*lo sobra todo el rigor.
Quien muere de amor
no ha menester más dolor.*

REY. ¡Oh qué de alivio he debido
al sentido de esta voz;
que el último bien de un triste
es padecer con razón!
¿Quién a divertir mis penas
os manda entrar aquí?

REINA. Yo.

(Levántase el Rey).

REY. ¿Vos, Señora? *(Ap. ¡Oh cuánto siento
que de la Reina el amor
haga finezas por mí
que no paga el corazón!
No siento el verla por ser
causa de mi mal, sino
por verme ingrato delante
de mi propia obligación).*

REINA. Si el verme acaso os enoja,
templáos y oídme, Señor;
que yo no vengo a quejarme
sino a aliviaros a vos.
Padecer vuestro desprecio
pena es grande y sinrazón;
mas en quien como yo quiere
no es aquesta la mayor.
Veros a vos padecer
es la pena más atroz;
de esta vengo yo a aliviaros,
y a aliviarme también yo.
No me trae mi pena a veros;
que como tan vuestra soy,
la que no es vuestra, por mía
no le ofende al corazón.
La vuestra, Señor, me arrastra,
porque en vuestro pecho estoy,
y es la pena que te hiera
en vos una y en mí dos.
No ser yo correspondida
es de mi estrella rigor;

no os culpo a vos, sino a mí,
pues fue mía la elección.
Que deis a otro amor el alma
tampoco os culpa mi amor,
porque lo que en mí es destino
también puede serlo en voz.
Lo que os culpo es el sentirlo
cuando la causa cesó,
porque vuestro sentimiento
es ya desesperación.
El amar fue gusto vuestro,
la pena es mía y de vos;
yo del amor os absuelvo,
mas del sentimiento no.
El querer sin esperanza
fineza es del corazón;
pero el morir por perderla
ni es fineza ni es valor.
El mal que no tiene cura
es menos por más atroz;
que el no haber ningún remedio
es el remedio mayor.
Desesperarse en la pena
no es acción digna de vos,
porque es dar a los sentidos
más poder que a la razón.
Viendo que el dolor es mío,
fomentarle es gran rigor:
que yo el no amarme os disculpo,
pero el maltratarme, no.
Por cortesano y galán
os templad en la pasión;
cuidad, Señor, de la vida,
que la perdéis por los dos.
A esto vengo solamente;
hacedlo, Señor, por vos;
que aunque es mío el interés,
por mí os pido con temor.
La vitoria del olvido
la da el tiempo a la razón;
si habéis de rendirla al tiempo,

REY.

dádsela a vuestro valor,
o a mis ojos, si ellos pueden
alguna cosa con vos,
para que os deba mi llanto,
lo que no puede mi amor.
Señora, mi sentimiento
al veros no es adversión
que os tengo, sino pesar
de ver mi delito yo,
debiéndoos tantas finezas
como reconozco en vos.
El verme ingrato me obliga
a que os mire con horror;
ni el serio ni el enmendarlo
está en mi mano, pues son
acciones de un albedrío,
sin quien padeciendo estoy.
Desta culpa no sois parte,
pues cuando os vi, ya mi amor
había labrado el hierro
de su tirana prisión.
Hago testigo a los cielos
que, conociendo mi error,
hasta romper las cadenas
ha probado la razón.
Mas yo no puedo, yo muero;
y tan de mi pena soy,
que del desear mi alivio
no está en mi mano la acción.
Ya yo estoy sin esperanza,
ya faltó causa a mi amor;
luego el padecer sin ella
no lo puedo querer yo.
Pues si ningún bien espero,
¿tan gustoso es un rigor,
para que sin esperanza
le fomenta el corazón?
De Esto, Señora, es violencia
de mi estrella y su traición,
su fuerza fatal me arrastra
contra todo mi valor.

Yo me veo en el estado
más infeliz que se vio,
fluctuando entre congojas,
la nave de la razón.
De aborrecer a quien ama
o amar al que aborreció,
sobre cuál es mayor mal
hay una incierta cuestión,
y es tan cruel la malicia
de mi destino traidor,
que por no errar el más grave
me los junta todos dos.
Yo aborrezco siendo amado;
mas no a vos, Señora no,
sino a mí, y aborrecido
adoro una sinrazón.
Mas aunque digo que adoro,
ni sé si adorando estoy,
ni si es ya amor quien me mata
o la desesperación.
Lo que yo sé es que me abraso,
que mi muerte es mi dolor,
que ya soy... Pero tampoco
sé yo de mí lo que soy.
Ni qué hay en mí. Finalmente,
es tanta mi confusión,
que si algo sé cierto es sólo
que no sé entenderme yo.
Lo que os suplico, Señora,
es que viendo cómo estoy,
me dejéis morir sin verme
por aliviarme el rigor;
que no es excusar mi muerte,
sino honestar mi pasión,
pues sin vos, de infeliz muero,
y de grosero con vos.
Si yo, Señor, entendiera
que os aumentaba el dolor
mi presencia, no os buscara;
mas culpa es de mi atención.
A aliviárosle he venido,

REINA.

no a quejarme; mas si vos
aun esto tenéis por pena,
ya os dejo, y palabra os doy
de no volveros a ver
hasta que entienda mi amor
que vos tenéis gusto dello.
Mas ¡qué ignorante que soy!
¿Vos tenéis gusto de verme?
¿Será posible, Señor?
No lo creo, y aún lo espero;
que un tan firme corazón
puede apartarse del bien,
mas de la esperanza no.
Yo os doy la palabra pues
de no veros... ¡Ciega estoy
pues no la puedo cumplir
teniendo imaginación.
De que vos no me veáis
es la palabra que os doy,
y de no veros la diera,
a estar sin memoria yo
y pluguiera a Dios pudiera
a costa de mi dolor
y a pesar de toda el alma,
borraros del corazón;
que si os ofendo en quereros,
aunque es mi gloria mi amor,
por no daros un disgusto
me privara de un blasón.
Sólo lo que puede aquí
precipitarme a un furor
es ver que el mudar la queja
a ruego e intercesión
no merezca, y cuando veis
que no es mi pena menor,
ni con el silencio obligue
ni lastime con la voz;
y sea tal la tiranía
de una ingrata condición,
que atropelle los delitos
para dar... Mas ¿dónde voy?

¡Jesús, qué descompostura!
Perdonadme, gran Señor:
de mi pasión yerro ha sido;
no me culpéis, que si a vos
la pasión también os vence,
no soy tan valiente yo.
Yo iba a deciros... Ya sé
que aquí cansándoos estoy.
Digo pues... Pero no digo;
que esto será lo mejor.
Guarde el cielo a vuestra alteza.
Mas antes de irme, Señor,
por no volver a buscaros,
para errar sin intención,
una merced os suplico.
Solo espero vuestra voz.
El pueblo del Almirante
siente la injusta prisión;
ya sabéis vos lo que a un noble
ciega un despecho de honor;
que le perdonéis...

REY.

REINA.

REY.

Cesad,

Señora, que esa razón
puede sólo a vuestros ojos
descomponerme al furor.
¿Yo perdonar a un tirano,
que bárbaro se atrevió
a cometer a mis ojos
desacato tan atroz?
Yo, a una mano que dio muerte...
Mas estáis delante vos,
y sois freno de mis iras;
pero el reportarme yo
por vos, es daros aviso
de que será en mi rigor
apresurar su castigo
el pedirme su perdón. (*Vase*).

ESCENA II

LA REINA, LAURA, MÚSICOS.

REINA.

Laura, ¿habrá mujer alguna,

por desdichada que sea,
que tan ajada se vea,
como yo, de la fortuna?
Mi fe esta atención le debe,
mi venganza es el sufrir.

LAURA. Señora, amar sin reñir,
es como beber sin nieve;
entre los que quieren fino
es delito la decencia,
porque es amor sin pendencia
peor que olla sin tocino.

UNA VOZ. *(Dentro).*
Tenedle.

OTRA. *(Dentro).*
Por aquí va.

REINA. ¿Qué es esto?

ESCENA III

TORREZNO. -DICHOS.

TORREZNO. Llegó su hora
Federico es, gran Señora,
que de dolor loco está;
y con su pena amorosa
ha dado en tal disparate,
que anda a buscar quien le mate,
para ir a ver a su esposa.

REINA. Síguele pues.

TORREZNO. Eso no.

REINA. ¿Por qué no, viéndole así?

TORREZNO. Porque él no me mate a mí,
sobre que le mate yo.

REINA. Ve tras él, y en sus rigores
no al riesgo le desampares.
¡Ay, Laura! que mis pesares
van caminando a mayores. *(Vase).*

LAURA. Ve corriendo como un potro.

TORREZNO. Si haré, mas corriendo no;
que no he de matarme yo
porque no se mate el otro.
(Vanse).

Parque. -A un lado una torre con ventana de reja.

ESCENA IV

PORCIA, *vestida de villana*.

Llevada de mis pesares,
por este parque secreto,
con el disfraz de este traje
a ver a la Reina vengo,
por saber de Federico
y de mi padre, que preso
padece injustos rigores
de un poder tirano y ciego.
¿A quién le habrá sucedido
la desdicha en que me veo?
Pues de la Reina obligada,
a declarar no me atrevo
a mi padre ni a mi esposo
que estoy viva; y si lo intento,
sobre ofender a la Reina
en no guardar el secreto,
el Rey está en su pasión
más encendido y más ciego;
con que a callarlo me obliga
de mi propio honor el riesgo.
Y me veo con un padre
que por mí está padeciendo,
y un esposo a quien adoro,
de mi misma muerte muerto,
sin poder darles aviso,
para que rinda el aliento,
que escapé de las heridas
al rigor de mi silencio.
Esta torre, que corona
de aquesta muralla el lienzo,
es la prisión de mi padre,
y por esta reja suelo,
siempre que vengo a palacio,
escuchar su triste acento.
Y agora, según escucho
de la cadena el estruendo,
parece que a ella se acerca.

(Óyese ruido en la torre como de cadenas).

ESCENA V

EL ALMIRANTE, *a la reja*. -PORCIA.

ALMIRANTE.

(Dentro).

¡Ay de mí!

PORCIA.

Él es. ¡Qué haré, cielos!

ALMIRANTE.

(Asómase).

Prisión esquiva de mi triste suerte,
perpetua en mí serás, no resistida;
pues cuando yo de ti tenga salida,
quedo en la mi culpa, que es más fuerte.
De la cadena el duro son divierte
el que la arrastra a su esperanza asida;
mas ¿por qué parte esperará la vida
quien preso está porque se dio la muerte?
Yo maté a Porcia, yo mi error confieso;
siendo juez y verdugo mi violencia,
con mi delito castigué mi exceso.

Válgame del llorar la diligencia
que no hay a qué apelar, pues estoy preso
después de ejecutada la sentencia.,
PORCIA. ¡Válgame el cielo! ¿Es posible
que yo le he de estar oyendo
sin hablarle? Pues el rostro
de este volante cubierto
tengo, he de llegarle a hablar,
Señor, ¿qué hace tan suspenso
en esa reja?

ALMIRANTE.

¿Quién es?

PORCIA.

¿No me ve que de ese pueblo
vecino soy aldeana?

ALMIRANTE.

No eres sino ángel del cielo.
(Ap. ¡Válgame su providencia!
Qué parecida en el eco
de la voz es a mi hija).
Llégate acá, y quita el velo
del rostro, que sol tan puro
está ofendido encubierto.

PORCIA.

Oigan, oigan, ¿me enamora?
¡Mi señor, que es ya muy viejo!

ALMIRANTE.

Si enamoro, porque estoy

viendo en ti el retrato mesmo
de una hija que perdí.
PORCIA. ¿Cómo la perdió?
ALMIRANTE. Muriendo
al rigor de mi violencia,
más tirana que el empeño.
PORCIA. ¿Qué me cuenta? ¿Luego él es
aquel señor que está preso
porque dio muerte a su hija?
ALMIRANTE. Yo soy quien hizo ese yerro.
PORCIA. Malos años para vos.
ALMIRANTE. Llégate más; que es consuelo
de mi pena haberte visto.
PORCIA. ¿Tanto a su hija me parezco?
ALMIRANTE. Pienso que tú eres la misma.
PORCIA. Pues no lo piense tan recio,
que me mate a mí también.
ALMIRANTE. No haré; porque en ti estoy viendo
el retrato de mi hija,
y le miro sin el riesgo
de mi honor; con que en ti hallo
sin su peligro el consuelo.
PORCIA. Pues téngame por su hija;
que yo por padre quiero,
y vendrá a verle las tardes.
ALMIRANTE. Me darás vida y aliento
si eso haces. Dame la mano.
PORCIA. Si haré. *(Dale la mano)*.
ALMIRANTE. Mil veces la beso.
PORCIA. Pues dígame, ¿arrepentido
no está ya de haberla muerto?
ALMIRANTE. ¿En mis lágrimas no ves
señas del dolor que siento?
El corazón a los ojos
sale en mi llanto deshecho,
y esto me sirve de alivio,
porque como viva tengo
a Porcia en el corazón,
en lo que lloro la veo.
¡Ay Porcia, prenda del alma!
Pero cuando considero

antes que perder mi honor.
ALMIRANTE. ¿Qué dices? ¿Tú hicieras eso?
PORCIA. No solamente lo hiciera,
mas lo haré si llega el tiempo
de repetirse el peligro.
(*Ap.* Mas ¡qué es lo que estoy diciendo!
De mi honor arrebatada,
he atropellado el secreto).
ALMIRANTE. Porcia, Porcia, tú estás viva,
no me niegues el consuelo;
descubre el rostro, hija mía.
PORCIA. Calle, Señor, ¿está ciego?
¿No ve que soy aldeana?
ALMIRANTE. Hija mía ¿este contento
quieres negar a tu padre?
Muévale el llanto que vierto
en esta triste prisión;
de estas canas que humedezco
ten piedad.
PORCIA. (*Ap.* Mal haya, amén,
la fe que debo al precepto
de la Reina).
ALMIRANTE. Porcia mía,
ven acá.
PORCIA. ¿Porcia? ¡mi agüelo!
Yo, Señor, me llamo Antona.
ALMIRANTE. No es posible; que ese aliento
es hijo de mi valor.
PORCIA. ¡Ay de mí! que gente siento.
ALMIRANTE. ¿Te vas?
PORCIA. Señor, oigo pasos.
ALMIRANTE. Pues ¿de qué tienes recelo?
PORCIA. Tengo mi ganado allí,
y hurtaránme algún cordero
si me descuido. Adiós, padre.
ALMIRANTE. Hija...
PORCIA. Yo volveré luego.
ALMIRANTE. ¡Ay de mí! El alma me llevas;
mas según me considero,
juzgo que no puede ser;
que ha mucho que no la tengo.

(Quítase de la reja)

ESCENA VI

PORCIA; *luego*, FEDERICO y TORREZNO.

PORCIA. Cielos, aquí viene gente;
allí retirarme quiero.

FEDERICO. (*Dentro*).
No te has de ir, traidor.

TORREZNO. (*Dentro*).
Señor,

tente; que ya te obedezco.
PORCIA. Veré quién son, encubierta
destas ramas.

(*Retírase al fondo, y salen riñendo Federico y Torrezno*).

FEDERICO. Vive el cielo,
traidor, que me has de matar.

TORREZNO. ¿No lo dije? Dicho y hecho.

PORCIA. Federico es, ¡ay de mí!
¿Qué haré? Mas desde allí puedo
verle yo sin que él me vea.

(*Escóndese entre los árboles*).

FEDERICO. Saca, villano, el acero.

TORREZNO. Le gasté esta primavera.
(*Ap.* ¿Que haya sido yo tan necio,
que al parque tras él me venga,
donde socorro no tengo?
¿Cómo podré entretenerle?)

FEDERICO. Sácale, infame, o yo mesmo
te le arrancaré, y será
para matarte primero.

TORREZNO. Tente, Señor, vesle aquí.
(*Saca Torrezno la espada*).

FEDERICO. Pásame agora este pecho
mil veces.

TORREZNO. ¿Mil han de ser?
Y aún son pocas.

TORREZNO. (*Ap.* ¡Qué haré, cielos!)
Y ¿quién las ha de ir contando?

FEDERICO. ¿Eso preguntas? Tú mesmo.

TORREZNO. Yo no sé contar, Señor.

FEDERICO. Pues yo contaré.

TORREZNO. No quiero;
que no acabarás la cuenta
si te mueres a las ciento.
(*Ap.* ¡Hay más terrible locura!)

FEDERICO. ¿Qué esperas? Mátame luego.

TORREZNO. Déjame llamar quien cuente.

FEDERICO. No, traidor; que ya te entiendo.

TORREZNO. (*Aparte*).
Acabóse. Cristo mío
¿qué haré aquí?

FEDERICO. ¿Qué esperas, necio?
¿Quieres que te mate yo?

TORREZNO. No. Señor. (*Ap.* Pues vive el cielo,
que si aprieta, le he de dar;
ello no tiene remedio).
Pues ¿no me dirás qué gusto
puedes esperar muriendo?

FEDERICO. ¿Eso dudas? No penar,
no verme como me veo,
sin Porcia; ser fino amante,
y quitarte a mi tormento,
con una muerte de alivio,
mil de dolor que padezco;
ir el alma, que está unida
en un amoroso incendio
a la suya, donde está;
y en lazo apacible y tierno
lograr su amada presencia,
gozar sus dulces afectos;
que esto es vida solamente,
y muerte la que yo dejo.

TORREZNO. Y ¿sabes tú dónde está?

FEDERICO. Pues ¿hay duda que en el cielo?

TORREZNO. Y ¿si errases el camino,
y te fueses al infierno?

FEDERICO. Yo he de ir donde ella estuviere,
porque soy suyo, y no puedo
dejar de seguir sus pasos.
Con ella he de verme luego,
que allá no hay reyes tiranos,
ni padres hay tan sangrientos.

¡Ah bárbaros! ¡Ah crueles!
Y tú traidor, que el remedio
me estás dilatando aquí...

TORREZNO. *(Aparte).*
¡Virgen, cuál se va poniendo!
Él perdió todo el sentido.

FEDERICO. ¿Qué esperas?
TORREZNO. Alto, esto es hecho;
yo te mato.

FEDERICO. Pues acaba.
TORREZNO. Ah, sí... Ahora que me acuerdo
(Ap. ¡Que no venga nadie aquí!)
Señor, ¿no llevas dinero
para regalarla allá?

FEDERICO. El regalo es el afecto.
TORREZNO. ¿No te has de casar con ella?
FEDERICO. ¿A qué voy yo sino a eso?
¿Qué lo dudas?

TORREZNO. Pues ¿no ves
que están las almas en cueros,
y habrás menester vestirla
para la boda?

FEDERICO. ¡Hay tal necio!
TORREZNO. *(Ap. Si esta treta no me vale,
no hay que esperar otro medio).*
Señor, ya que morir quieres,
¿No es mejor morir más presto?

FEDERICO. Claro está.
TORREZNO. Pues una flor
hay aquí, que si la encuentro,
en tocándola a la espada
te matará su veneno,
sin decir aquí me duele.

FEDERICO. Búscala.
TORREZNO. Ya voy a eso.
FEDERICO. ¿Adónde vas?
TORREZNO. A Palacio.
FEDERICO. ¿Me dejas?
TORREZNO. No, sino huevos.
FEDERICO. ¡Ah, traidor, que me engañaste!
¿Cuál es la flor?

TORREZNO.

La del berro. (*Vase*).

ESCENA VII

FEDERICO; PORCIA, *oculta*.

FEDERICO. ¿Qué es esto, cielos? Qué dolor tan fuerte
es este que padece el alma mía?
Tanto tormento es ya vivir un día
que el morir en alivio se convierte.

 No es desesperación querer mi muerte
si ha de acabar en mí esta tiranía;
que no es contra mi vida la porfía,
sino contra la vida de mi suerte.

 Muerte cruel, si este renombre tienes,
¿por qué en su amparo con mi vida luchas,
y irritada en el golpe te detienes?

 Pero tú al que te llama bien te escuchas;
no dejas de venir cuando no vienes,
sino que quieres que padezca muchas.

(*Porcia se aproxima, recatándose entre las ramas*).

PORCIA. Solo está Federico. ¡Qué de enojos
te doy, esposo mío!
Perdona el recatarme de tus ojos;
que mayor mal te excusa mi desvío.

FEDERICO. Ya, cielos, sé yo el modo
con que morir espero:
si me falta el acero,
súplale la memoria, que lo es todo.
Ángel del cielo, cuya esfera pisa
tu pie, alienta mi llanto,
aunque tu gloria le convierta en risa,
y pueda el dolor tanto,
que me maten amor, ausencia y celos.

PORCIA. ¡Ah, quién pudiera consolarle, cielos!

FEDERICO. Sacar las prendas quiero
que tengo tuyas, sírvanle de puntas
al pecho, aquí están juntos.

(*Saca los objetos que nombra*).

Si a este dolor no muero,
¿de qué sirve el teneros tan guardadas?
¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas
este retrato suyo me dio un día

con palabra de esposa;
¡Qué alegre estaba el alma! ¡Qué gozosa!
Pues cuando yo en la mano le tenía,
de tres glorias gozaba:
que en él, en mí y en ella la miraba.
Mas ya ni en mí ni en ella
ni en él su imagen veo;
¿cómo, retrato, engañas al deseo?
¿También tú eres de parte de mi estrella?
Mas para que me maten las memorias
de mis perdidas glorias
acuerdas las pasadas.

¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas!
PORCIA. Perdóneme la Reina y su preceto,
atropéllese el riesgo, y mi secreto
no agravie esta fineza;
que ya es mayor delito mi dureza.

FEDERICO. Estos papeles, llenos de favores,
son los que me escribía:
en uno dellos celos me pedía;
quien muriendo de amores
estaba como yo, ¿qué sentiría?
Siempre que estaba solo le leía.
Papel de mi consuelo, ya has trocado
el oficio y la suerte;
pues busco en ti la muerte,
añade este a los gustos que me has dado;
mas ya tus letras son como borradas.

¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas!
PORCIA. Yo salgo, aunque la Reina tenga queja;
que más culpa es negarme a lo que adoro.

FEDERICO. De en pura madeja
ella misma cortó estas hebras de oro;
¡Oh lazo hermoso y bello,
serviste de prisión a mi albedrío,
y agora te apercibes para el cuello!
¿Háceslo como suyo o como mío?
De ti mi muerte fío.
Mas ya con el dolor me rinde el sueño.
Prendas, pues de mi muerte os hago empeño,
haced que no despierte;

durmiendo, fácil es darme la muerte,
pues sois glorias soñadas.
¡Ay dulces prendas, por mí mal halladas! (*Duérmese*).
PORCIA. ¡Ay cielos! De la pena desmayado
u del sueño rendido
Federico ha quedado:
tanto en él ha podido
mi muerte, imaginada en mis heridas.
¡Ay esperanzas, por mi bien perdidas!
¿Qué dureza resiste
a tanta obligación? ¿Cómo replico
a mi amor? Yo le llamo: -¡Federico!
¡Esposo! -Mas ¡ay triste!)
el Rey viene hacia aquí. (¡Mortal me siento!)
¿Qué haré? que se me ha helado el movimiento.

ESCENA VIII
EL REY. -DICHOS

REY. Ya que mi dolor me irrita
a la venganza que espero,
de la sangre que por mí
derramada en Porcia veo,
mientras que en el Almirante
se ejecuta mi decreto,
al retiro deste parque
solo a dar voces me vengo;
muera el tirano cruel,
que osó, bárbaro y sangriento,
matar... Mas ¿qué es lo que miro?
¡Federico es este, cielos!

PORCIA. (*Aparte*).

De turbada y temerosa
ni huir ni moverme puedo.
REY. De Porcia es aquel retrato.
¡Que esto miro! ¡Que esto veo!
¡Que cuando afligido lloro,
injuriado de desprecios,
coronado de favores,
y con gustos halagüeños,
esté contemplando este
el dolor que yo padezco!

¿Por ella, no estoy sin vida?
Pues ¿qué aguarda mi despecho,
que, de mi furor llevado,
con este puñal sangriento
a este traidor no le clavo
aquel retrato en el pecho?

PORCIA. *(Aparte).*
¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
¡Ay de mí! que ya este riesgo
es más que el que yo temía.

REY. Torpe acción, injusto hecho
será matarle dormido;
mas ¿cómo desto me acuerdo
con el agravio a los ojos,
y a vista del duro infierno
de celos en que él me tiene?
El que discurre con ellos
no tiene discurso; ¡Muera!

PORCIA. *(Ap. ¡Ay de mí, que agora muero!)*
Federico, que te matan;
¡despierta, despierta!

FEDERICO. *(Despierta).*
¡Ay cielos!

PORCIA. Pues ya excusé su peligro,
huya del mío mi aliento. *(Vase).*

ESCENA IX
EL REY, FEDERICO.

FEDERICO. ¿Qué es esto, Señor? ¿Qué intentas?

REY. *(Aparte)*
Mi valor me valga. El eco
de aquella voz ¿no es de Porcia,
que ya, desmintiendo el viento,
se desvaneció a mis ojos?
¿Si esto fue ilusión, o el cielo
con tal prodigio me avisa
del error con que le ofendo?

FEDERICO. Señor, si matarme quieres,
como lo muestra el acero
en tu mano, acaba ya;
débate lo que padezco

este favor, y este alivio
mis fatigados alientos.
REY. ¿Qué dices?
FEDERICO. Que me des muerte;
y pues por tu causa pierdo,
Señor, lo más de la vida,
quítame también lo menos.
REY. Eso intentó mi furor,
pero revocó mi intento
no comprendido prodigio;
mas si es tanto tu despecho,
dátela tú; que de mí
ya te ha defendido el cielo.
(Vase, y déjale el puñal).

ESCENA X

FEDERICO. Sí haré; yo me daré muerte
en mi dolor, suponiendo
que también es el impulso
de quien es el Instrumento.
Cielos, que de mi congoja
testigos sois y el tormento
que padezco, sedlo aquí
de que es piedad mi despecho,
y no desesperación,
pues para aliviarme muero.
¿Qué esperas pues, mano osada?
Intenta...

ESCENA XI

TORREZNO. TORREZNO. -FEDERICO.
¡Válgame el cielo!
Señor, Señor, dame albricias.
FEDERICO. ¿Qué quieres?
TORREZNO. Que agora vengo
de ver a Porcia.
FEDERICO. ¿Qué dices?
TORREZNO. Que deste parque saliendo
la he visto.
FEDERICO. ¿Porcia está viva?
TORREZNO. Así estuviera mi abuelo.

(*Ap.* Una labradora he visto
que era su retrato mesmo;
con ella la he de engañar).

FEDERICO. Vamos allá.

TORREZNO. Vamos luego.

FEDERICO. ¿Porcia es viva?

TORREZNO. Como azogue.

(*Ap.* Con esto aliviarle pienso;
que si él traga el perro agora,
después, sabrá que era muerto).

(*Vanse.*)

Salón del palacio.

ESCENA XII

EL ALMIRANTE, EL MARQUÉS, CRIADOS.

ALMIRANTE. Marqués, ¿dónde me lleváis
con tal silencio? ¿Qué es esto?

MARQUÉS. Ya es fuerza que lo sepáis.

Almirante, vamos presto.

ALMIRANTE. ¿Por qué?

MARQUÉS. Porque a morir vais;
el Rey lo manda.

ALMIRANTE. Es muy justo
no me turba la sentencia
ni la muerte me da susto,
que ya por su brazo injusto
logró el mío esta violencia.
Con haberme condenado
el Rey, la opinión desmiente
que en el mundo me ha quedado,
pues vivo como culpado,
y muero como inocente;
que el matar yo por mi honor
a mi hija con despecho,
aunque lo apruebe el valor,
mientras yo vivo es rigor;
muriendo será bien hecho.

MARQUÉS. Vamos pues.

ALMIRANTE. Vamos, Marqués,

ESCENA XIII

LA REINA, DAMAS. -DICHOS.

REINA. Deteneos, esperad.
(*Ap.* Ya el postrer remedio es
mi desdicha; muera pues
mi amor, y no esta lealtad).
Marqués, con esta ocasión
decid al Rey que yo aquí
suspendo esta ejecución;
que yo daré la razón
a su alteza.

MARQUÉS. Harélo así.
(*Vase con los criados.*)

ESCENA XIV

LA REINA, EL ALMIRANTE, DAMAS; *luego*, LAURA.

ALMIRANTE. Pues, Señora, ¿qué intentáis?
Cuando yo de mis congojas
voy a lograr el alivio,
¿vos con señas de piadosa
sois conmigo más cruel?
¿Tan buena vida, Señora
es la mía, que la muerte
vuestra clemencia me estorba?

REINA. Almirante, vuestra culpa
no es lo que pensáis, y ahora
lo veréis.

(*Sale Laura.*)

LAURA. (*Ap. a la Reina.*)
Ya está Roberto
esperando aquí con Porcia.

REINA. (*Ap.* Y el Rey viene al mismo tiempo,
mi resolución heroica
corre por mí, aunque esto sea
la parte más dolorosa).
Almirante, retiraos
a esta antecámara ahora,
que ahí hallaréis vuestra vida.

ALMIRANTE. Ya os obedezco, Señora.

(*Vanse.*)

ESCENA XV

EL REY, EL MARQUÉS, FEDERICO, TORREZNO, CRIADOS.

REY. ¿Qué dices, hombre, qué dices?

FEDERICO. Que a tus pies, Señor, se postra
mi amor y mi rendimiento;
y la acción más generosa
que hizo mano liberal
te pido, que es darme a Porcia.

REY. ¿Porcia está viva? ¿Qué dices?

FEDERICO. Señor, mi pecho te informa
donde viva verla puedes.

TORREZNO. (*Ap. al rey*).

Señor, una labradora
que se le parece mucho
es la que dice, no Porcia;
lleva adelante su engaño,
pues con esto el juicio cobra.

REY. Traidor, villano, ¿un contento
que olvidó mis penas todas,
me desvaneces tan presto,
aunque fuera engaño? Arroja,
Marqués, aqúeste traidor
por ese balcón.

TORREZNO. ¡Pelotas!

Señor...

REY. Arrojadle al mar.

TORREZNO. Por la Virgen de la Aurora,
que la echaron a un estanque,
que tengáis misericordia.

ESCENA XVI

LA REINA, DAMAS, LAURA, PORCIA, EL ALMIRANTE. -DICHOS.

REINA. No le ofendáis, deteneos;
quien dice que vive Porcia,
dice verdad.

TORREZNO. Sí, Señor,
viva está. (*Ap. Démosle sogá,
si el Rey también está loco*).

REINA. La ejecución rigurosa
suspendí del Almirante,
porque si a ella te provocas
por pensar que Porcia es muerta,

REY.

REINA.

aquí, Señor, está Porcia.
¡Cielos! ¿qué es esto que escucho?
Escucha, Señor, ahora.
Yo, Señor, viendo el peligro
de tus penas amorosas,
y que tu ciega pasión
te despeñaba traidora
a un precipicio tan loco
como al que ingrato te arrojas;
viendo a Porcia con indicios
de la vida que ya goza,
de secreto la curé;
y lo dispuse de forma,
que hecho el entierro en secreto
tuvieses por muerta a Porcia
eso intentó mi fineza,
creyendo mi fe amorosa
que perdida la esperanza,
cesaran tus ansias locas.
Pero viendo que no cesan,
que el dolor más te apasiona,
que la inocencia padece,
y mi mal no se mejora;
que la dolencia de un triste,
cuando a los hados enoja
y le ofenden por destino
con el remedio empeora;
ya que vencerlos no puedo,
quiero vencerme a mí propia,
para que mi diligencia
lleve de mí esta vitoria.
Yo aquí, Señor, soy quien hago
esta causa escandalosa;
yo quien tu amor hace injusto,
y cruel contigo a Porcia.
Pues si por mí tantos males
solamente se ocasionan,
quiebren por mí las desdichas,
y padézcalas yo todas.
A Porcia tienes presente,
cásate, Señor, con Porcia;

que para que hacerlo puedas,
yo elijo una celda sola,
donde viviré contenta
de ver que tu gusto logras,
y que yo por él he hecho
la fineza más costosa.
Desde aquí me iré a un convento,
donde moriré gustosa,
como allí haya donde quepan
mis lágrimas amorosas.

PORCIA. No lo acete vuestra alteza;
y antes, Señor, que responda,
sepa que yo he de morir
mil veces.

REY. Detente, Porcia.
(*Ap.* ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
¿Es posible que tan loca
sea mi pasión, que no haya
he conocido hasta ahora
la estimación que merece
la fe amante de mi esposa?
Y ¿que se haya de decir
que una mujer valerosa
supo vencer sus pasiones,
cuando a mí me arrastran todas?
¿Yo no he de poder vencerme,
y ella sí? ¡Oh luciente antorcha
del desengaño, que alumbras
cuando más tu luz importa!)
Señora, a vuestra razón
no doy respuesta, ni hay otra
sino el arrepentimiento
que mis yerros me ocasionan.
Pero yo prometo al cielo
que en mi amor se reconozca
tal enmienda, que ella sea
la satisfacción más propia.
Y porque tenga principio,
Federico, dale a Porcia
la mano.

FEDERICO. Y el alma en ella.

San Franco de Sena

Agustín Moreto

PERSONAS

FRANCO DE SENA.

AURELIO.

LUCRECIA.

LESBIA.

DATO, *gracioso*.

MANSTO, *viejo*.

FEDERICO.

EL ÁNGEL CUSTODIO.

UN SARGENTO.

UN ESCRIBANO.

UN VECINO.

UNA NIÑA, *villana*.

HOMBRES.

ALGUACILES.

SOLDADOS.

BANDOLEROS.

VILLANOS.

FRAILES.

PARCIALES DE FEDERICO.

ÁNGELES. -MÚSICOS.

La escena es en Sena y sus inmediaciones



Jornada primera.

Calle.

ESCENA I

FRANCO y AURELIO, *dentro*; después, LUCRECIA y LESBIA, *con mantos*; luego, DATO.

FRANCO *(Dentro.)*

No huyáis; que yo solo soy.

AURELIO *(Dentro.)*

LUCRECIA Algún diablo es. ¿Qué esperamos?
(Sale con Lesbia.)
Tápate, Lesbia, y huyamos;
sígueme.

LESBIA ¡Temblando voy!

FRANCO (Dentro.)
Síguelas, Dato.

DATO (Dentro.)
Eso intento.

LUCRECIA Dobleemos presto la esquina,
que nos pueden ver.

LESBIA Camina,
que ya ganamos el viento.
(Vanse Lucrecia y Lesbia.)

DATO (Sale.)
No se han de escapar, si puedo;
que pues huyo este furor,
si no las alcanza amor,
las ha de alcanzar mi miedo. (Vale.)

ESCENA II

AURELIO y VARIOS HOMBRES *acuchillándose con FRANCO, que los acosa.*

FRANCO Todo el infierno horroroso
en mí sus furias previene.

AURELIO Ya por la gente que viene,
retirarnos es forzoso;
mas yo buscaré ocasión,
si aquí este indulto le vale.
(Vase y te siguen todos, excepto uno, que se queda a la espalda de Franco.)

HOMBRE 1º (Procurando sujetar a Franco por detrás.)
Esta es mejor.

HOMBRE 2º (Dentro.)
Dale, dale.

FRANCO (Desprendiéndose de él y arrojándolo al suelo.)
¡Ah vil canalla! ¿A traición?
Aunque ya en el suelo estés,
te he de matar, voto a Dios.

HOMBRE 1º Ten; por la Madre de Dios
del Carmen, que no me des.

FRANCO La sangre, hombre, me has helado,
¿qué aguardas? ¿Ya no me ves
sin acción? ¿Válgate, pues,

MANSTO
FRANCO

Ya mi atención se apercibe.
Yo vi en el Prado una dama
que ni sé cómo se llama,
ni quién es ni dónde vive.
Parecióme muy airosa;
mírela, y acá en secreto,
yo me enamoré, en efecto,
que voto a Dios, que es hermosa.
No osé decirla, ignorante,
esto de ansias y memorias;
que yo no sé más historias
que hablar claro y adelante.
Fuese, y mi pena sintió,
ya que hiriéndome se fuera,
no haberla dicho siquiera:
«Reina mía,» o qué sé yo.
Hoy al salir de la misa
la vi, seguía al instante,
perdió en el camino un guante,
fui a cogerle; y tan aprisa
como yo, un mozo pulido,
medias de pelo al desgaire,
destos de puntas al aire
en la espada y el vestido,
que siempre a atención provoca
antes que los labios abra,
retruécano en la palabra
y fruncimiento en la boca,
alargó con bizarrías
la mano a tomarme el guante,
a lo de «suelte el bergante».
Pero yo, puestas las mías
en su pecho y en mi espada,
en la pared con él dí,
que a dar de cabeza allí,
quedara como pellada.
La espada con arrogancia
sacó entre otros camafeos,
con muchísimos meneos
y poquísima sustancia.
Yo pensé, al verme en un tris,

MANSTO

por uno y por otro lado
de tanto mono cercado,
que era danza de país.
La dama huyó, y yo, que estaba
mirándola que se fuese,
dije a Dato la siguiese,
mientras que yo los mataba.
Fuese, y a tan buena luz
quedó la obra comenzada,
que a la primer santiguada
se me pusieron en cruz.
Los que delante tenía,
los pies me fueron glosando,
porque ellos iban sacando
tantos como yo metía.
Huyeron con Barrabás,
y uno que a mis pies hallé,
se libró por no se qué,
fuese con Dios, y no hay más.
Franco, hijo mío, ¿a qué fiera
no moviera dolor tanto?
¿Qué piedra tu pecho altera?
Que aun una piedra no hiciera
tal resistencia a mi llanto.
¿Qué privilegio asegura
tu libertad y furor?
La justicia, tu locura
disimulando, madura
el castigo de tu error.
De su república en Sena
soy un pobre ciudadano,
que al trabajo se condena,
y si come, acaso cena
de la labor de su mano.
Mi pobre hacienda he vendido
para darte estimación;
con ella al estudio has ido,
mas tú solo has aprendido
a no tener corazón.
Aprendiste a ser cruel,
vengativo y jugador,

sin ley y sin Dios, infiel;
mas si lo eres con él,
¿de qué se ofende mi amor?
Tan malo debes de ser,
porque has perdido, en efeto,
cuanto bien puedes tener,
que el que a Dios pierde el respeto
no tiene ya qué perder
¿qué santo en el cielo habrá
no de tu lengua ofendido?
Hónralos siquiera acá,
porque de su injuria allá
ninguno se ha defendido.
Todos te temen; y a ser
llegan ya por varios modos
enemigos, que a mi ver,
aquel a quien temen todos,
a todos debe temer.
Sólo oigo quejas y enojos,
y mi llanto es tu disculpa,
porque viendo estos despojos,
ven que yo lavo tu culpa
con el agua de mis ojos.
Toda mi hacienda has jugado,
sólo este pobre vestido
que me cubre me has dejado,
que a ser de ti reservado,
el no valer le ha valido.
Blanco el cabello me hallo;
que tu tiranía ingrata
pudo a pesares Madiola,
si no es que para gaguillo
me lo hayas vuelto de plata;
y sin duda que a jugar
mis canas vas en rigor,
porque después de llorar,
hay veces que de dolor
me las haces arrancar.
Vuelve a enmendar tu torpeza,
Franco, por tu mismo honor;
que en el que ciego tropieza,

cuando el caer es flaqueza,
el levantarse es valor.
FRANCO Haz más corta la oración,
padre, para corregirme;
que, por Dios, que en mi atención
iba tan largo el sermón,
que he estado para dormirme.
MANSTO Mi razón ¿no te ha movido?
FRANCO ¿Qué razón?
MANSTO ¿No la conoces?
FRANCO ¿A quién?
MANSTO Pues ¿no me has oído?
FRANCO Sí, pero yo no he entendido
más, que has dado muchas voces.

ESCENA IV

DATO. -*Dichos.*

DATO Perdiéronse, en conclusión,
el demonio que las halle.
Más vueltas dí por la calle
que el asno de San Antón.
FRANCO ¿Dato?
DATO En vano me apellidas.
FRANCO ¿Qué, no las has conocido?
DATO Antes sí, pues he sabido
que son mujeres perdidas.
FRANCO ¿Qué dices? ¿De qué lo infieres?
DATO De no hallarlas.
FRANCO Calla.
DATO Callo.
FRANCO ¿Tú la infamas?
DATO Si no la hallo,
¿Qué más perdida la quieres?
FRANCO ¡Infame! ¿fuiste a perdellas?
Matarte es poco.
DATO Eso no;
Pues ¿he de perecer yo
porque no parezcan ellas?
MANSTO Tú de su exceso, villano,
eres causa.
DATO ¿Yo? ¿por qué?
Vive Dios, que no seré

MANSTO causa yo de un escribano.
Si a verte en mi casa llego,
te he de dar la muerte, loco.
DATO Ten al viejo, que ve poco,
y dará palo de ciego.
FRANCO Señor, ¿qué quieres de mí?
MANSTO ¿Tú desprecias mi consejo?
Desesperado te dejo,
quédate; mas ¡ay de ti!
Y plegue a la indignación
del cielo, a quien tú maldices...

FRANCO Tente, Señor.
MANSTO ¿Qué me dices?

FRANCO Que no me echas maldición.
MANSTO Con ella obligarte quiero.
FRANCO Pues sino me he de enmendar,
sólo servirá de echar
la sogá tras el caldero.

MANSTO Pues iréme, y con mi llanto,
a Dios por tu error moviendo,
a voces iré diciendo...

FRANCO ¿Qué dices?
MANSTO Que te haga un santo. (*Vase.*)

ESCENA V

FRANCO, DATO.

FRANCO No, sino un demonio.

DATO Amén.

FRANCO ¿Qué dices? Que por San Pablo...

DATO ¡Yo! que Dios te haga un gran diablo.

FRANCO Eso me estará más bien.
Corrido estoy, y muriendo,
de que las hayas perdido.

DATO ¿No quedo yo más corrido
te haberlas ido siguiendo?

FRANCO Pues ¿metiéronse en el centro?

DATO ¿Cómo de ti se apartaron?

DATO Señor, como no pararon,
las perdí al primer encuentro;
mas aunque ella no se halle,
la calle sé dónde está.

FRANCO Siendo así, hallarla será

LESBIA como si fueran de queso.
Bien haya tu inclinación,
tan dada a cosas de aliento;
y no a linduras menguadas
de galanes de espejuelo.

LUCRECIA ¡Ay, Lesbia! no me los mientes;
esos hombres me dan miedo,
porque estoy temiendo el verme
casada con uno de ellos,
que las aguas y los peines
me gaste, y si no tenemos
más de uno, que cada día
riñamos por el espejo.

LESBIA ¿Eso dices? Del salario,
por servirte, quito el tercio.-
Señoras, ¡que haya quien sufra
un lindo en un galanteo!
El viene siempre de un modo
sacudiendo el ferreruelo,
ajustando la valona
y igualándose el cabello.
Llega con «¡Señora mía? -
Señor don Tris, ¿qué hay de nuevo? -
Estos lodos insufribles,
que aunque pise con más tiento,
no puede un hombre andar limpio.-
Limpio viene usted y bueno.-
Como hace tanta humedad,
se engrasa de suerte el pelo,
que si no es haciendo trenzas,
no puedo traerlo hueco.
Pero asegúrole a uced
que el pícaro del barbero
me ha hecho quedar hoy sin misa;
¡Jesús, qué torpe, y qué necio!
Seis veces me erró el bigote.-
(Es que tiene gran pié, y cierto
que no hizo mucho en errarle.-)
Lidio con mil majaderos;
no hay sastre que acierte a hacerme
la cintura, porque tengo

media vara muy escasa.-
Cierto que es poco, y aun menos.-
Pero los días de fiesta
es la cosa que más temo.
¡Que cuantos criados hallo
tengan los pies de gallegos!
Si hallara uno con pies de chicos,
me estrenara por lo menos
los zapatos, y me ahorrara
el afan del zapatero,
que me tienen destruidas
todas las medias de pelo.»
Y ¡que haya mujer que, necia,
se pague destes muñecos!
Mujeres de Barrabás,
quered hombres que hablen recio;
que monos en tiple son
caponés, dos puntos menos.
Más dejando esto, Señora,
¿en qué pararía el empeño?
LUCRECIA Lesbia, deseando estoy
que pase por aquí Aurelio.
LESBIA Él no comerá sin verte.
LUCRECIA De todos mis galanteos
es el más fino, y le estimo.
LESBIA No será mal casamiento.
LUCRECIA Es que mi hermano no quiere
sólo porque yo le quiero.
LESBIA Mas el picarón, Señora
que te venía siguiendo,
¿si acaso te enamorara?
LUCRECIA Bien puede ser.
LESBIA ¡Eso es bueno!
Pues ¿no fuera para darle
con algo?
LUCRECIA ¿Por qué?
LESBIA Por eso:
pues ¿él se había de atrever
a tu amor, sin que lo menos
le diesen cincuenta palos?
LUCRECIA Calla, que es rigor muy necio;

ese es un melindre ingrato
de algunas, que con el velo
de hipocresías de honor
disfrazan libres deseos.
Porque el otro me siguiese,
¿pierdo yo del ser que tengo?
Si yo le parezco hermosa,
¿le he de hacer matar por ello?
Sabe, Lesbia, que la dama
que hace mayores extremos,
quiere, mucho más que a un primo,
a quien le dice un requiebro.
Si a los que me quieren bien
pago con ese despecho
a los que me quieren mal,
¿qué queda que hacer con ellos?
Si quien se enamora, rinde
la voluntad a su dueño,
las que no se lo agradecen
no tienen entendimiento.
Si es humilde, por humilde
mucho más se lo agradezco;
porque supo hacerse honrado
con tan noble pensamiento.
Si se declara, mejor;
porque supone más fuego,
y añade al honor de amante
el de ser con más afecto.
Decir que el respeto pierden
es locura; que a mi pecho
no le infama lo que él quiere,
sino aquello que yo quiero.
Lesbia, esta opinión es mía,
y aún de las más acá dentro:
quien me ama no me desea
jaquecas, sino contentos.
De ver muchos que me quieran
le doy mil gracias al cielo,
porque añade mi hermosura
más vasallos a su imperio.
Cuando voy por una calle,

y algunos mozos encuentro
que pasan muy mesurados,
sin decir malo ni bueno,
les arrancara los ojos;
que pues callando me vieron,
por no tenerme por fea,
me holgara de verlos ciegos.
Si hallo algunos que me digan
donaires o atrevimientos,
aunque se enoje la cara,
nunca me ha entrado acá dentro.
Y cuando no hay quien me hable,
con tan grande desconsuelo
vuelvo a casa, que no soy
todo el día de provecho.
Esto es verdad en nosotras;
querer negarlo, es lo mismo
que decir mal de los coches
los que no pueden tenerlos.

LESBIA

Más vamos a lo que importa:
¿cuantos papeles tenemos?
No han caído más de seis,
todos son de casamiento.
Plegue a Dios que aciertes; que es
difícil, escogiendo.

LUCRECIA

¡Bien podré, cuando mi hermano
dice que ha hecho ya el concierto
con un milanés muy rico!

LESBIA

¿Don Fabricio?

LUCRECIA

Lesbia, el mismo

LESBIA

No pintó el Bosco, Señora,
figura de tales gestos.
¿No le has visto?

LUCRECIA

¡Dios me libre!

LESBIA

Oye, y verás su bosquejo:
cuanto a lo primero, es calvo,
tan raso, que al verle, pienso
que acaso se siembran calvas,
pues tan crecida la veo,
que es de simientes su calva,
como berengena. Luego

rema un hermano discreto;
mas por remediarse, nadie
pone a su hermana en un remo.
¿Yo penando en un marido
porque usted tenga trofeos?
Pues eso, más que casarme,
pienso que es ponerme a censo.
¿Yo casada con tal monstruo?
Tuviera entonces por cierto
que era el casarse morir,
viendo visiones en ello.
Allá en España, en Galicia,
dicen que se pone a un tiempo
una mujer con un bruto,
para arar; y siendo cierto,
si a este me uniesen, pudieran
sospechar con el ejemplo,
que era para arar el yugo
más que para casamiento.
En fin, señor Federico,
arrastrar con ese imperio
mi voluntad es querer
tener en mí más que el cielo;
y si quieres, siendo hermano,
por ser mujer yo, en mi pecho
tener más lugar que padre,
no te daré ni el que debo.
Si he de casarme, en el dote,
poco o mucho, que yo tengo,
hay hartos para no hacer
el matrimonio de viejo.
¿Yo a un hombre lleno de males,
donde con oficio entro
de enfermera? Pues ¿es este
matrimonio o monasterio?
Si te brinda su riqueza,
a mí no, que tanto tiempo
no gozo el oro en las arcas
como el marido en el lecho.
Y en fin, no he de sufrir que hagas,
siendo para mí de hierro,

LUCRECIA Yo me encargaré del riesgo.
LUCRECIA Pues llámale.

LESBIA Voy volando. (*Vase.*)

ESCENA IX

LUCRECIA; *luego*, LESBIA y AURELIO.

LUCRECIA Perdone todo el respecto;
que no hay atención decente
con vivir en un infierno.
Nace obligada al decoro
la inclinación; yo la tengo
de vivir con libertad
en el término que debo.

LESBIA (*Sale con Aurelio.*)

Entrad.

AURELIO ¿Hermosa Lucrecia?

LUCRECIA La violencia del empeño
no da lugar a contarte
la causa de lo que intento;
a veces logra el peligro
lo que no puede el concierto:
yo soy tu esposa.

AURELIO ¿Qué dices?

LUCRECIA Que para serlo te espero
esta noche, y has de estar
allí donde hablarte suelo,
para que a parte me lleves,
donde asegures el riesgo.

AURELIO Pues si ha de ser, de este modo
lograrlo mejor pretendo:
con una música yo
pasar por la calle quiero;
que si alguna gente hubiere
en ella, la irá siguiendo,
y te dejarán lugar
de salir con más secreto;
y a más servirá de seña
para que sepas que espero.

LUCRECIA Bien has dicho; véle, pues,
a prevenirte al empeño;
que yo saldré a ser tu esposa.

AURELIO (*Ap.* Eso es lo que yo no acepto,

que con su opinión, Lucrecia no es para mujer; mas esto callare, que si es engaño, no habré sido yo el primero.)
Pues adiós; yo seré fijo.

LUCRECIA Mi vida importa a lo menos.
AURELIO Libraréis del peligro.
LUCRECIA Será a mi tormenta el puerto.
AURELIO Nada temas.
LUCRECIA Siendo tuya.
AURELIO Cierto será.
LUCRECIA Véte, Aurelio.-
(Vase Aurelio.)
Ven conmigo, Lesbia.

LESBIA ¿Dónde?
LUCRECIA A prevenir...
LESBIA ¿Qué dinero?
LUCRECIA El de las joyas.
LESBIA Confirmo.
LUCRECIA Pues vamos.
LESBIA A eso me atengo,
que al brindis del matrimonio no hemos de beber en cerro.
(Vanse.)
Calle. A un lado la casa de Lucrecia. -Noche.

ESCENA X
FRANCO, DATO; luego, MÚSICOS, dentro.

FRANCO El juicio he de perder.
DATO Señor, ¿quieres espulgalla?
FRANCO Yo no me he de ir sin hablalla;
mira tu cómo ha de ser.
DATO ¿Cómo ha de ser, si de extraña,
hallarla no hemos podido,
y ya ves que ha anochecido?
FRANCO Pues esa ha ser la maña.
DATO Pues volvamos a notar
casa por casa; esta es: Franco,
de una vieja, que es estanco
de las mozas del lugar.
Es en el peso tan fiel,
aunque es su cara maldita,

que pienso que no se quita
de los pies de San Miguel.
Y porque no entre quien haga,
parricidio con la vieja,
tiene una urraca en la reja,
que está diciendo: «¿Quién paga?»

FRANCO Bien te informaste.

DATO Estoy ducho.

Aquí vive un abogado,
que es hombre muy arrojado,
teniendo que perder mucho.

FRANCO ¿Qué es lo que puede tener
que perder, que así te admira?

DATO Tiene dos mil pleitos, mira
si tiene harto que perder.
Allí vive el caballero
del Milagro, un hombre tal,
que significa caudal;
gasta, triunfa, trae dinero,
tiene grande ostentación
y su dama muy lucida,
y no peca, ni en su vida
ha tenido tentación.

FRANCO ¿Sin pecar puede eso ser?
Pues ¿cómo te satisface?

DATO Porque todo esto lo hace
sin tener en qué caer.
Más allá...

FRANCO ¿Quieres callar
que no te puedo sufrir?

DATO Pues ¿cómo has de divertir
el tormento de esperar?

FRANCO ¿Eso dudas? Renegando
de ti y de mí, y de mi amor
y de ella.

DATO Mira, Señor:
un hombre se iba azotando,
por la calle iba corriendo,
y en cuanta taberna hallaba
hacia estación, y se estaba
un cuarto de hora bebiendo.

Díjole uno: «Mirad que hoy
beber tanto es desvarío.»
Y él respondió: «Señor mío,
mientras bebo no me doy.»
Pues amor te azota al trote,
murmurando caminemos;
que mientras chistes bebemos,
no sentimos el azote.

FRANCO ¿Si es instrumento el que siento?
DATO Él es, aguarda que cante;
ejecución tendrá amante,
que pide con instrumento.

FRANCO Música es.
DATO No, sino no;
¿Si a esta dama se la diera?
FRANCO Mejor; que entonces saliera,
y pudiera hablarla yo.

DATO Y ¿si el galán viene aquí?
FRANCO Mientras yo hablo él callará,
y la dama pensará
que están cantando por mí.

DATO Y ¿si el que festeja intenta
que callen, y ya avisarlos?
FRANCO Pues ¿habrá más que mandarlos
que la canten por mi cuenta?
DATO Pues a mí no hay quien me asombre,
porque hasta la razón;
ya ellos se acercan, diez son.

FRANCO Me cabrá a dedo por hombre.
MÚSICA *(Dentro.)*
Niña, la feria te acuerde
que ya está el franco con llave,
porque cualquier hombre sabe
que el franco agora se pierde.

DATO ¿Franco? ¿Del Franco hacen asco?
¡Plegue a Dios que en paz lo vean!
FRANCO Vive Dios, que si franquean,
les he de romper los casos.

DATO Dios me saque desta lid;
que son muchos caballeros.

ESCENA XI

AURELIO, MÚSICOS; luego, LESBIA, a una ventana. -Dichos.

(Los músicos atraviesan el teatro cantando, y vanse.)

- AURELIO Cantad, y sin deteneros
toda la calle seguid.
(Se retira a un lado de la escena.)
- MÚSICA Niña, la feria te acuerde, etc.
(Abren una ventana, y sale a ella Lesbia.)
- LESBIA La música es la que pasa,
y ha venido a linda hora;
avisaré a mi señora,
pues no está su hermano en casa.
(Quítase de la ventana.)
- DATO No estamos aquí muy malos
que han abierto aquel balcón.
- FRANCO Pues yo por esa atención
no los he molido a palos.
- DATO Pues si lo has llegado a oír,
siendo la feria su blanco,
a ti no te toca el franco.
- FRANCO Pues ¿qué habían de decir?
- DATO Luego, si no hay culpa en nada,
¿para qué te has de enojar?
- FRANCO ¿Qué más culpa que enfadar?
Más que moro es el que enfada.
- DATO Pues Señor, si te enojaron,
embístelos cara a cara.
- FRANCO Pues por eso los matara,
que no porque me nombraron;
que cuando yo al mal me igualo,
¿qué han de decir de mí ajeno?
- MÚSICA *(Dentro.)*
Que ha de ser el franco bueno,
aunque es agora tan malo.
- FRANCO ¿Bueno yo?
- DATO ¿Hay tales porfías?
La feria diz que será
buena, porque este año habrá
en la plaza alcamonías.
- FRANCO Pues eso ¿en qué se encadena
con lo que ellos van cantando?
- DATO La plaza está rebosando

de ellas; que una feria buena
no consta de otras bambollas
más que palos arrimados,
muchos coches estancados,
y pimientos y cebollas.

FRANCO Dejemos esas locuras,
y a lo que importa atendamos.
Aqueste balcón abrieron
cuando pasaron cantando;
aquí han de vivir mujeres,
yo me he de poner al paso,
y cualquiera que allá entrare
he de seguir, por si hallo
algún rastro o las conozco.

DATO ¿Eso intentas?

FRANCO Pues ¿es malo?

DATO No, pero temo si encuentras,
aquese rastro buscando,
con alguno mal sufrido
que puede darte con algo,
no entendiendo que tú entras
a hallar, sino a hacer el rastro

FRANCO Esto ha de ser, ponte aquí.

DATO Esto es un ponte con amo.

AURELIO. *(Sale.)*
Esperando a que se vaya
este hombre, en la esquina he estado,
él no se va, y es forzoso
que yo se lo diga. -¿Ah, hidalgo?

DATO A ti es.

FRANCO Como no lo soy,
por no desmentirlo, callo.

AURELIO Oye; ¿ah caballero?

FRANCO Miente.

AURELIO Remitido está el agravio;
que yo confieso que miento.
Pues debéis de ser villano.

FRANCO También miente.

AURELIO Pues ¿qué sois?

FRANCO Ni tan alto ni tan bajo.

DATO ¿No hay medio entre magro y gordo?

Será ijada.
AURELIO Al caso vamos:
yo he menester esta calle.
FRANCO Pues cargad con sus guijarros.
AURELIO ¡Buen humor, por vida mía!
DATO Se purga todos los años.
AURELIO Lo que yo he menester es,
que os vais della, que es más claro.
FRANCO No puedo hacerlo.
AURELIO ¿Por qué?
FRANCO Porque yo no me descarto.
DATO Está a flux, ¿y se ha de ir della
cuando está brujuleando?
AURELIO Vos os habéis de ir, o yo
sacaros de ella.
FRANCO ¿Arrastrando?
AURELIO No será sino a estocadas
con esta espada.
FRANCO Veamos.
AURELIO Eso aquí abajo.
FRANCO ¿Habrá luz?
AURELIO Bastante para enseñaros
a ver quien soy.
FRANCO Me conformo.
AURELIO Seguidme.
FRANCO Si andáis de espacio.
(Vase con Aurelio.)

ESCENA XII

DATO; luego, FRANCO.

DATO ¡Señores, pierdo el juicio!
Este hombre ¿va convidado?
¿Van a reñir o a beber?
Pero ¿qué escucho? Empezaron;
¡Cómo suenan las espadas!
¡Virgen y qué chincharrazos!
AURELIO (Dentro.)
¡Muerto soy! ¡Jesús!
DATO *Laus Deo.*
VOCES (Dentro.)
Seguidle, cortadle el paso;
que le ha muerto.

DATO La justicia.
VOCES *(Dentro.)*
Favor, favor al Senado.
FRANCO *(Sale.)*
Liólas con mil demonios.
DATO Señor, ¿qué hay?

FRANCO En paz quedamos.

DATO Huyamos de la justicia,
que ya viene por el barrio.

FRANCO Eso es decir que nos sigan;
antes, la espada envainando,
en este umbral nos paremos,
como que estamos acaso.
(Páranse a la puerta de la casa de Lucrecia.)

ESCENA XIII

LUCRECIA y LESBIA, a la ventana. -*Dichos.*

LUCRECIA Lesbia, si oíste la seria,
mira si ya está esperando.

LESBIA Fijo está como un reloj.

LUCRECIA Pues si está ahí, ¿qué esperamos?
Desde aquí le doy las joyas,
porque no hagan embarazo;
la hora es la más segura;
Lesbia, no hay que dilatarlo.-
¿Ce?

DATO ¿Quién es?

LUCRECIA *(Echa un envoltorio.)*

Allá va eso.

DATO Venga.

LUCRECIA Esperad; que ya bajo.
(Se retiran de la ventana.)

ESCENA XIV

FRANCO, DATO.

FRANCO ¿Qué es eso?

DATO ¡Cuerpo de Cristo,
el bien de Dios, San Hilario!

FRANCO ¿Qué hablas?

DATO Un millón de joyas
es, por el paso en que estamos.

FRANCO ¿Joyas?

DATO Joyas, por las joyas

de la Magdalena; vamos,
señor, que es nuestro remedio
en riesgo tan declarado.
FRANCO ¿Quién las echó?
DATO Una mujer.
FRANCO Pues esperémosla.
DATO ¡Un diablo!
Que hay cadena aquí más gorda
que rosario de ermitaño.
FRANCO Espera.
DATO No, vive Cristo.
FRANCO Espera, o te haré pedazos.
DATO Señores, ¿qué dice este hombre?
Por San Juan que está borracho.

ESCENA XV

LUCRECIA LUCRECIA y LESBIA, *en la calle. -Dichos.*
FRANCO Lesbia, bien se ha conseguido.
(Ap. a Dato.)
Cúbrete el rostro.
LESBIA Escapamos.
LUCRECIA Aurelio, no hay que esperar,
que puede venir mi hermano;
guía donde aseguremos
el peligro, presto.
FRANCO *(Ap. a Dato.)*
¿Dato?
DATO ¿Qué dices?
FRANCO Que esta es la dama
que buscábamos.
DATO ¡San Pablo!
LUCRECIA ¿Qué esperas? no te detengas
FRANCO Ven tras mí.
LUCRECIA Sigo tus pasos.-
Ven, Lesbia.
LESBIA Iré como un corzo.
DATO *(Ap.)*
¿Lesbia dijo? ¡Cielo santo!
Lesbia es la que a mí me cabe;
invoco al monte Parnaso,
porque Lesbia en culto, es nombre
de sonetos entre canos.

donde quedar solo intento
por si algún tropel me aguarda.
SARGENTO Pues ¿yo no os iré a ayudar?
FRANCO Nos hemos de embarazar
mucho con esa alabarda.
SARGENTO ¿Eso dice? en la ocasión,
la alabarda coró denuedo
jugada, a un santo da miedo.
FRANCO Eso es allá en el Japón.
SARGENTO Pues ¿quién al acometellos
resistirá, temerario,
dos botes?
DATO Un boticario,
que se regala con ellos.
FRANCO Solo he de ir.
SARGENTO Pues al castillo.
FRANCO Seor Sargento, Dios le guarde.
SARGENTO Pues mirad que si vais tarde,
en echándose el rastrillo,
Juan soldado paga el pato,
y se queda a tragar viento. (*Vase.*)

ESCENA II

FRANCO, DATO.

FRANCO Pues ábranos Juan Sargento
si tardáremos un rato.-
Aunque dejo en la beldad
de Lucrecia el corazón,
me trae más grave ocasión
del castillo a la ciudad.
DATO Y ¿en ella (así Dios te guarde)
has de entrar?
FRANCO Como lo hablo.
DATO ¿Estás loco, hombre del diablo?
FRANCO Pues ¿qué te ofusca, cobarde?
DATO ¿Lucrecia no te contó
lo de su hermano?
FRANCO Es así;
mas ni él me conoce a mí,
ni a él te conozco yo.
DATO Pues una hermana robada,
un hermano sin honor,

y del ladrón de tu amor
tiranamente forzada;
que aunque ya echada la suerte,
suspende el llanto y te halaga,
¿quién hay que te satisfaga
de que no intente tu muerte?
Y cuando este riesgo aquí
no lo sea o no te asombre,
¿no diste la muerte a un hombre,
y te conocieron?

FRANCO

Sí.

DATO

Pues hombre que una mazorca
de culpas hilando está,
¿dónde tan seguro va,
sino a volar en la horca?
¿No imaginas que estará
llena de esbirros tu casa,
para saber lo que pasa?

FRANCO

Pues por eso voy allá.
Mi padre enfermo y tullido
está allí y desamparado,
de la justicia ultrajado,
y de nadie socorrido.
Aunque intente resistillo
toda Sena, allá he de entrar,
y della le he de sacar,
y llevármele al Castillo:
esta es mi resolución.

DATO

Por tu padre (¡ah hijo valiente!)
Mata doce, mata veinte;
que aunque te ponga en prisión,
atendiendo el juez severo
que fue por tu padre todo,
te ahorcará del mismo modo
que si fuera por Lutero.

FRANCO

Ya esta acción está resuelta;
hacia casa te encamina,
tomando vuelta a esta esquina.

DATO

Allá nos darán la vuelta.

(Entran por un lado y salen por otro.)

Calle. -Casa con una cruz en la pared, y su lamparilla delante. Es de noche.

FRANCO Mas ¿qué es esto?
DATO ¿No se ve?
Una cruz es, que está allí.
FRANCO Sin duda la han puesto aquí
por el hombre que maté.
DATO Es la verdad, y da miedo.
FRANCO Si yo he de esperar aquí,
la luz estorba.
(Suena dentro ruido de cadenas.)
UNA VOZ *(Dentro.)*
¡Ay!
FRANCO ¿Qué oí?
DATO ¡Válgame lo más del credo!
No suena a uno ni a dos,
sino, por más testimonios,
a trescientos mil demonios.
LA VOZ Franco, encomiéndame a Dios.
FRANCO ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
¡De horrores estoy cubierto!
¿Qué es esto, Dato?
DATO Ese muerto,
que se te encomienda mucho.
FRANCO Hoy es sábado, y rezar
la salve se me ha olvidado.
DATO Treinta veces la he empezado,
y no la puedo acabar.
FRANCO Y aún imaginarlo es mengua;
el muerto hablar es locura.
DATO Si es el muerto de grosura,
los sábados tendrá lengua.
FRANCO ¿Qué asusta a un pecho valiente?
Llega a casa, que aquí espero,
y matar esta luz quiero
mientras avisas.
(Va a apagarla, y sale un brazo que le detiene, sujetándole las manos.)
LA VOZ Detente.
FRANCO ¿Qué miro?
DATO ¡San Baltasar!
FRANCO Dato, llega.
DATO ¡Ay Dios, qué miedo!
Yo soy clérigo, y no puedo;

FRANCO que ese es el brazo seglar.
Cobardía es, vive el cielo,
tenerme la mano asida.

LA VOZ Pues me quitaste la vida,
no me quites el consuelo.

FRANCO Pues ¿qué consuelo hay aquí?
DATO ¡Madre de Dios!

LA VOZ Esta luz;
que el culto de aquesta cruz
es alivio para mí.

FRANCO ¿Qué quieres?
DATO Pregunta vana;
calla por Dios.

FRANCO ¿Qué ocasión!...
DATO No le armes conversación,
que estará de aquí a mañana.

LA VOZ Ve, que antes de tu partida
con Dios privarás de suerte,
que aunque me diste la muerte,
tu ruego me ha de dar vida.
(Suéltanle y desaparece el brazo.)

FRANCO ¿Dato?
DATO Por no oírte callo.

FRANCO Ven.
DATO ¿Fuese ya?

FRANCO Ya se fue.
DATO ¿Está ya lejos?

FRANCO No sé.
DATO ¿Venía a pié o a caballo?

FRANCO Ni sé de mí ni hablar puedo;
hecho, de hablarle, quedé
un mismo infierno.

DATO ¿Por qué?

FRANCO Porque le he tenido miedo,
y mucho me enfadaría
que de visitarme trate.

DATO Si le dieras chocolate
se viniera cada día.

FRANCO Ven a casa.
DATO Y ¿de esa suerte,
habiéndote un muerto hablado,

quieres ir tan descuidado?
FRANCO ¿Qué importa hablar con la muerte?
DATO Señor, tu vicio malvado.
FRANCO ¿Estás borracho?
DATO Insolencia
es no ir a hacer penitencia.
FRANCO Sí haré, en siendo convidado.
(Entran por una parte y salen por otra.)
Calle. -Fachada de la casa de Mansto.

DATO Ya estamos junto a la puerta.
VOCES *(Dentro.)*
Echadle.
DATO Oye lo que pasa.
VOCES *(Dentro.)*
Vaya.
FRANCO ¿Voces en mi casa?
DATO Por más señas que está abierta.
FRANCO Entremos; que hay mucho ruido.
(Entran por la puerta del zaguán, y salen por otra interior.)
Habitación de la casa de Mansto.

ESCENA III

FRANCO, DATO; *luego*, MANSTO, EL ESCRIBANO y ALGUACILES.

DATO ¡Con gran miedo voy tras ti!
FRANCO Retirémonos aquí,
para saber lo que ha sido.
ALGUACIL 1º *(Dentro.)*
Salga.
FRANCO Retírate acá.
MANSTO. *(Dentro.)*
Señores, nada os resisto.
DATO Hasta el pulso, vive Cristo,
se me ha retirado ya.
(Ocúltanse Franco y Dato. Salen Mansto, el Escribano y los alguaciles; estos empujando al primero.)

ALGUACIL 1º Vaya el viejo, que a los dos
encubre el hurto y la muerte
MANSTO No me arrojéis desta suerte. *(Cae.)*
Sea por amor de Dios.
ALGUACIL Sí, que no hubiera traición
si encubridores no hubiera.
MANSTO No lo soy yo, a fe; y quisiera

serlo en aquesta ocasi3n,
de la tirana indecencia,
de la vergüenza en que os dejo,
de ultrajar a un pobre viejo,
que no tiene resistencia.
FRANCO *(Ap. a Dato, donde están escondidos.)*
Voto a Dios, que a cuantos son
los he de hacer (y aun no hay hartos)
tajadas.

DATO A siete cuartos
valen en el bodeg3n.

ALGUACIL 1º Miren pared por pared
la casa, y salga el vecino,
que declare el asesino,
y vaya escribiendo usted.
(Vanse algunos alguaciles, y vuelve uno con el vecino.)

ESCENA IV

EL VECINO.-*Dichos.*

ALGUACIL 2 Aqu3 est3.

ALGUACIL 1º Llegad, hermano.-
(Al Escribano.)

Escriba en ese bufete.
(Siéntase el Escribano.)

ESCRIBANO *(Disponiéndose para escribir.)*
¿A cuantos somos?

ALGUACIL 1º A siete.

DATO Virgen est3 el Escribano.

ALGUACIL 1º Su declaraci3n prosiga.-
¿Quedan guardando la puerta?

ALGUACIL 2º Seis en ella est3n alerta.

ALGUACIL 1º Pues vaya escribiendo.

ESCRIBANO Diga.

MANSTO Que dese3is acumulalle
ese delito se infiere.

ALGUACIL Oye, calle, si no quiere
que le echemos en la calle
o en la c3rcel.

MANSTO Si yo soy
digno della ya lo veis;
que harto preso me ten3is
de la manera que estoy.

Ni yo os puedo resistir,
ni moverme a ningún lado,
como me habéis arrojado
me estaré aquí hasta morir:
y no sin culpa, que yo
la confieso en no morir,
harto delito es vivir
quien a estas canas llegó.
No penséis que es vanidad
de mi inocencia fingida,
pues por ser culpa la vida,
me pone grillos la edad.
Tened la codicia queda,
si delito aquí haber puede ;
castigadlo si sucede,
mas no queráis que suceda;
que el juez desapasionado,
del bien común codicioso,
castiga el delito odioso
con dolor de haberle hallado.
Mas si delitos ajenos
os deleitan, es mostrar
que os había de pesar
de que todos fuesen buenos.

FRANCO

Dato, buen ánimo ten;
que no ha de escapar ninguno.

DATO

Pues por si se acerca alguno
saco mi daga, ahora bien.

ALGUACIL 2º

(Al vecino.)

VECINO

Vaya declarando agora.
¿Ya eso no está declarado?
Franco es un hombre malvado:
anoche vino a deshora,
y la sangre del acero
entrando en casa limpió,
y esto todo lo vi yo,
y anda con mucho dinero.
Y aunque yo quién era ignore,
vi que uno le dijo: «Dale.»

ESCRIBANO

Más poco a poco; que vale
cada palabra un tesoro.

que con piedad generosa
 honrado habrán mi posada.
 DATO Entre tanta gente honrada
 ¿podiera haber otra cosa?
 ALGUACIL 1º ¿Cómo con tal desacato
 aquí os venís a poner?
 FRANCO Pues venirme yo a prender,
 si soy culpado, ¿es mal trato?
 ALGUACIL 1º Pues luego os dad a prisión.
 FRANCO ¡Válgame Dios! Tiempo habrá.
 ALGUACIL 1º Luego.
 FRANCO Todo se andará;
 que es muchísima razón.
 ALGUACIL 1º Pues ¿no venís...
 DATO (*A Franco.*)
 ¿Qué hacer quieres?
 ALGUACIL 1º ¿A prenderos?
 FRANCO Lo confieso.
 DATO Y traemos para eso
 dos papeles de alfileres.
 FRANCO (*Tomando el proceso.*)
 Mas esto lo echa a perder.
 ALGUACIL 1º ¿El proceso tomáis vos?
 FRANCO Quedo, por amor de Dios;
 que no me lo he de comer.
 Mas esta causa va errada,
 porque este señor vecino,
 y otros como él, imagino
 que habrán, como gente honrada,
 dicho de mí lo que dice
 que da por declaración,
 y yo no quiero opinión
 que de mi opinión desdice.
 Porque yo (¿entiendeme ucé?)
 soy un hombre que en mi vida
 sufrí acción descomedida,
 que nada disimulé,
 que junto a mí no hay quien pare,
 que esta es mi ley y mi fe,
 y sobre esto mataré
 todo cuanto ucé mandare.

Que a los que no quiero bien
y me cansan a menudo,
si hacen por qué, los sacudo,
y si no lo hacen, también.
Con los que son ricos como,
mi dinero es mi delito;
si me lo dan, lo permito,
y cuando no, se lo tomo.
Y pisando este camino,
si hay quien no lo quiere así,
van puñaladas de mí
como sangre de un tocino.
Yo maté, por porfiar,
anoche un hombre importuno,
y por parecer poco uno,
lo vengo agora a enmendar.
Siendo así que aquí va expreso
lo que este hidalgo decía,
que es una alabanza mía,
está falso este proceso.
Y siendo tan ajustado
ucé como yo no ignoro,
por su honor y su decoro,
este quedará rasgado; (*Rásgale.*)
y escriba otro desde aquí,
donde por mi confesión
ponga esta declaración.

DATO

ALGUACIL 1º

Y ponga ucéd: «Ante mí.»

Hombre, que te has rematado,
¿todo el proceso has rompido?

Pues ¿cómo te has atrevido
contra la ley del Senado?

MANSTO

Hijo Franco, ¿a qué has venido?
¿qué intentas, que desta suerte
vienes a darme la muerte?

ALGUACIL 1º

Mejor fuera haberos ido.

FRANCO

Pues ¿es mucho?

ALGUACIL 1º

¿Hay tal torpeza?

Pues ¿no, cuando escrito está?

FRANCO

(*Saca la espada.*)

Pues tenga; que más será

el romperles la cabeza.

(Éntrase Franco, acuchillando al Escribano, los alguaciles y el vecino.)

ALGUACIL 1º *(Dentro.)*
Favor al Senado, amigos.

FRANCO *(Dentro.)*
Dato, dales tu favor.

DATO
Y ayuda fuera mejor.

ALGUACIL 1º *(Dentro.)*
¡Resistencia! Sean testigos
que me han muerto.

DATO
Va un corchete.

ALGUACIL 2º *(Dentro.)*
¡Jesús!

DATO
Dos.

ESCRIBANO *(Dentro.)*
¡Muerto soy!

DATO
Tres.

UNO *(Dentro.)*
¡Que me mata! ¡San Andrés!

DATO
Cuatro, cinco.

OTRO *(Dentro.)*
¡Ay!

VARIOS
¡Ay!

DATO
Seis, siete.

MANSTO
Dato (¡el dolor no resisto!)
ayúdame a levantar.

DATO
Ya pocos pueden quedar;
ahora entro yo, vive Cristo. *(Vase)*

ESCENA V

MANSTO; *luego*, FRANCO y DATO.

MANSTO
Cielos, Franco, ya empeñado,
no se podrá defender,
y no me puedo mover,
que estoy de mi suerte atado.
¡Ah vejez! que siempre lloras
por la vida, en que porfías;
¿qué sirve vivir dos días
quien muere todas las horas?

(Procura en vano levantarse, apoyándose con el báculo, y se arrastra por el suelo.)

FRANCO *(Dentro.)*
De esta canalla insolente

DATO no quede vivo ninguno.
(Dentro.)
Eso no; dejemos uno,
para que después lo cuente.

MANSTO Las alas el mal cruel
me corta, porque no vuela,
no es el mal el que me duele,
sino el que resulta dél.
Otro pié el báculo es,
y a los dos no da favor;
¡qué pesado es mi dolor,
pues que no puedo con tres!
Aun arrastrando iré osado
a darle favor; ¡ah cielos!
¿No bastaban mis desvelos
para traerme arrastrado?
¡Ah fábrica, a quien trabuca
el barro que la guarnece!
Que el alma no se envejece,
el cuerpo es el que caduca.
Mas caí; ya he conocido
que es malo lo que intentaba,
pues si antes caído estaba,
ahora estoy más caído.
¿No hay quien llegue a socorrer
mi mal?

DATO *(Dentro)*
Franco, ¿dónde vamos?

FRANCO *(Dentro.)*
Dato, a mi padre acudamos.
(Salen los dos.)

MANSTO Hijo, bien lo he menester;
entra presto, y del sagrado
de la noche hagamos puerto.

DATO Por San Pedro, que hemos muerto
mucho más que un obligado.

MANSTO ¿Hijo mío?

FRANCO ¡Extraño susto!
Padre, ¿quién llegó a injuriarte?

MANSTO El deseo de ampararte,
que debe de ser injusto.

FRANCO Dato, vence tus asombros,
y si entre los dos podemos,
de aquí a mi padre saquemos,
hasta ponerle en mis hombros.

DATO Por dónde hemos de ir, te digo.

FRANCO Por la puerta falsa iré.

DATO Siendo así, saquemoslé
por encima del postigo.

FRANCO Venid, padre.

MANSTO ¡Ay Franco! cesa;
¿Dónde me intentas llevar?

FRANCO La noche me ha de amparar.
(Levanta a su padre, auxiliándole Dato.)

DATO ¡Cuerpo de Dios, cómo pesa!

MANSTO Dios nos ayude a librar
del riesgo en que ya te vi.

FRANCO Ayúdeme el diablo a mí,
pues le he dado de cenar.-
Dato, al campo con cuidado.

MANSTO ¡De temor pierdo el sentido!

DATO Ahora conozco que ha sido
este un lance muy pesado.
(Vanse.)

*Cobertizo delante de la puerta de una casa; viéndose el interior de la muralla del
Castillo, al frente.*

ESCENA VI

LUCRECIA y LESBIA, *de gorronas con mantillas.*

LUCRECIA No prosigas, Lesbia, calla;
en desdichas como aquestas,
¿qué añaden las circunstancias,
si no pueden ser más ellas?
Ni yo sé cómo discurra,
ni de quién forme la queja,
ni sé lo que me sucede,
ni lo alcanzo, aunque lo sepa.
Solo sé ¡ay de mí! que huyendo
de mi hermano la violencia,
pensando seguir mi esposo,
sin él me hallé y con mis penas,
sin mí me vi y con mis males,
sin palabras y con quejas,

sin favor y con peligro,
con riesgo y sin resistencia;
en un campo, donde siendo
testigos las sombras negras
(mas de tan torpe delito,
¿quién, sino sombras, lo fueran?)
con un hombre tan cruel,
que manchando la pureza
del rico adorno del alma,
me robó la mejor prenda;
me quitó el honor. ¡No sé
cómo ha podido la lengua
pronunciar esta desdicha,
que aunque son palabras estas,
son tan pesadas palabras,
que el viento no se las lleva!
Mas ya, sucedido el daño,
cuando procura mi afrenta,
no remedio a lo imposible,
sino alivio a la dolencia,-
hallo, Lesbia, que es un hombre
para ser mayor mi pena,
con quien logrado el remedio,
se hace doblada la ofensa.
Con el disfraz deste traje
humilde y propio, encubiertas
a este castillo nos trajo,
donde yo sin darle señas
de que en mí quedó albedrío,
le seguí; que me vi, Lesbia,
con el que en la noche oscura
erró al camino la senda,
hallándose ya sin tino
en la intrincada maleza,
y al arbitrio de su intento
suelta al caballo la rienda,
yendo el gobierno de un bruto;
porque escarmentado piensa,
de haber errado el camino.
Que a cualquier parte le yerra.
Mas ya todos mis discursos

ni me alivian ni aprovechan;
que al mal sin medio le dobla
quien el remedio te piensa.
Y así, Lesbia, imaginemos
que el poder de las estrellas
nos hizo humildes mujeres,
que no tuvimos nobleza,
que no me dio honor el cielo;
que no es delito ni ofensa
pensar que no me dio honor
quien me le quita por fuerza.
Hagamos cara al destino,
sus inopinadas sendas
sigamos, y aquestos hombres
nuestro incierto norte sean.
Pues ya nuestro honor es suyo,
sea su suerte la nuestra;
que aunque el mundo lo murmure
cuando con ellos nos vea,
¿quién culpará al despojado
que entre ladrones encuentra,
viendo que se va tras ellos
por el amor de las prendas?
Nada del pesar me digas,
solo lo que alivio sea
por gusto o divertimento,
torpe o lícito, me acuerda.
Pues el cielo nos da el daño,
que hemos de llorar por fuerza,
no despreciemos del gusto
las circunstancias que tenga.
Del árbol que enciende el rayo,
ya que verte arder dé pena,
aproveche el desabrigo
lo que el incendio calienta.
Ésta es mi resolución,
mi postrer razón es ésta,
permítalo o no el decoro,
súfralo o no la modestia,
condénelo o no el respeto;
que estoy a tomar resuelta

por elección el deleite
 que trae el daño por fuerza.
 LESBIA Pues adiós, lágrimas mías,
 y brindo a las castañetas.
 ¿Para persuadirme a mí
 a esta vida haces arengas,
 estando rabiando yo
 por ser una Ana Bolena?
 No llorarte más prometo,
 si treinta veces me fuerzan,
 y esta fuerza ya pasada,
 que por pasar estuviera,
 tomara para que vieses...
 LUCRECIA ¿Qué harías?
 LESBIA Probar la fuerza.
 LUCRECIA Pues ¿te forzaron a ti?
 LESBIA Pues ¿no perdió también Lesbia,
 no tanto honor como tú,
 mas te juro en mi conciencia
 que no eran dos puntos menos?
 LUCRECIA ¿Vuelves a llorar?
 LESBIA De pena
 de no haber perdido más.
 LUCRECIA Lo más que a mí me consuela,
 es que mi hermano no puede
 saber de mí.
 LESBIA Y aunque sepa,
 ¿que ha de hacer, teniendo tú
 tantas armas en defensa?
 LUCRECIA Pues sigamos el destino.
 LESBIA Eso sí, Lucrecia bella.
 LUCRECIA Ya no soy Lucrecia yo.
 LESBIA Antes la misma Lucrecia
 eres, pero no tan boba.
 Mira qué vida te espera,
 si a Franco le dan un puesto;
 que el gobernador le precia
 mas que a todo su presidio,
 y le ha dado el juego en renta,
 y yo saco las barajas,
 y estoy en ello tan diestra,

que aunque quince más me paguen,
siempre seis debiendo quedan.

LUCRECIA

Parece que siento ruido.

LESBIA

Franco es, que llega a la puerta.

ESCENA VII

DATO, FRANCO; *este trae sobre su hombro a MANSTO. -Dichas.*

FRANCO

Ayuda, Dato; que ya
me van faltando las fuerzas.

DATO

Buen hijo, Dios te haga padre,
porque te traigan a cuestras.

MANSTO

El cielo, en premio, hijo mío,
te dé luz de penitencia.

FRANCO

¡Pese a mi alma! ¿Esa paga
me das por esta fineza?

LUCRECIA

¿Qué es esto, Franco?

FRANCO

Este anciano

es, bellísima Lucrecia,
mi padre, a quien saqué ahora
de mil peligros y afrentas.
Él está enfermo y tullido,
y le traigo, porque deba
mi obligación a tu amor,
sobre tantas, la fineza
de cuidar de su regalo.

LUCRECIA

Será mi atención primera.

MANSTO

¿Quién es, hijo, esta señora?

FRANCO

Quien tú quisieras que sea;
esta señora es sin quien
no se puede hacer la cuenta:
la huéspeda desta casa.

LUCRECIA

Y quien serviros desea.

LESBIA

(Ap. a Lucrecia.)

Como que el viejo es curioso.

LUCRECIA

¿Qué llamas curioso, Lesbia?

Si se te suelta algún punto,

Lo verás.

LESBIA

Ojo a las medias.

FRANCO

Llevadle donde descanse.

MANSTO

Eso mi humildad os ruega;
que a fe que lo he menester

LUCRECIA

Venid muy en hora buena.

MANSTO Dios os pague tanto alivio.
Mas, Señora, no quisiera
embarazaros la casa:
donde no os haga molestia
me dad algún rincencillo;
que según males me cercan,
ese de día y de noche
habrá de ser mi vivienda.

LUCRECIA Yo os pondré donde estéis bien.

DATO Lesbia, ayúdame; ¿qué esperas?

LESBIA Vamos, aunque siento que haya
suegro en casa.

DATO ¿Por qué, Lesbia?

LESBIA ¿Hay cosa peor que un suegro?

DATO Sí, y mucho.

LESBIA ¿Quién?

DATO Una suegra.

(Vanse Dalo, Lucrecia y Lesbia, llevándose a Mansto)

ESCENA VIII

FRANCO; *luego*, EL SARGENTO.

FRANCO De lo que me ha sucedido
el alma traigo suspensa.
Pasando yo con mi padre,
para sacarle de Sena,
por donde maté aquel hombre,
la misma voz que en mi afrenta
me dio antes horror, me dijo:
«Franco, en el juego te emplea;
que hoy perdiendo has de ganar.»
Y hasta que llegué a esta puerta
vino sonando en mi oído
esta voz; ¿qué es lo que intenta
conmigo el cielo? ¿Es acaso
esta la muerte primera?
¿No tengo (si esto le enoja)
otras muchas y mal hechas?
Pues ¿qué horrores me persiguen
por este hombre? Pero Lesbia
lleva barajas: juego hay;
y he de ir por alguna prenda,
pues cuanto tengo he perdido,

SARGENTO a ver qué ilusión es esta.
Franco, esperando os está
un caballero de Sena,
que dice que viene a hablaros.

FRANCO Venga muy en hora buena.

SARGENTO Hidalgo, entrad.

ESCENA IX

FEDERICO. *-Dichos.*

FEDERICO Dios os guarde.

SARGENTO Que despachéis con presteza
os encargo, porque es hora
de cerrar luego las puertas.

FEDERICO Yo seré breve.

SARGENTO Eso pido. *(Vase.)*

ESCENA X

FEDERICO, FRANCO; *luego*, DATO, EL SARGENTO y LESBIA, *dentro*.

FEDERICO *(Ap.)*

Si las noticias son ciertas,
valiéndome deste hombre,
he de averiguar mi afrenta
y asegurar mi venganza.

FRANCO ¿Qué mandáis?

FEDERICO La opinión vuestra,
vuestro valor, señor Franco,
a conoceros me empeñan
por deseos de serviros.

FRANCO Si es esa la intención vuestra,
yo soy esto que se ve.

FEDERICO Más es, pues de vos quisiera
valerme para un empeño
que he de referiros.

FRANCO Venga.

FEDERICO Vos, señor Franco, es muy cierto
que no conocéis mis prendas.

FRANCO Basta que vos lo digáis.

FEDERICO Yo soy un hidalgo en Sena,
donde jamás tuvo nota
la opinión de mi nobleza,
y hoy por una mujer fácil
he quedado en una afrenta
de que he de vengarme.

FRANCO *(Ap.)*
Malo.

FEDERICO Yo servía una dama bella
(Ap. Así encubro mi deshonra)
en tan finas asistencias,
que hice público mi amor;
y ella fue tan poco atenta
(mujer, en fin), que liviana
despreciando mis finezas,
con un soldado (que ignoro)
que admitió libre en mi ausencia,
se salió.

FRANCO ¡Cuerpo de Dios!
¿No es vuestra dama?

FEDERICO Sí era.

FRANCO *(Ap.)*
Por Dios, que pensé que hablaba
el hermano de Lucrecia.

FEDERICO Ella, en fin, sé que ha venido,
por avisos y por señas,
a este castillo, y que es
un capitán quien la lleva.
De vos me vengo a valer,
porque haciendo diligencia,
sepáis, con señas que os diere,
quien es, estando a mi cuenta
el justo agradecimiento.

FRANCO ¿Para qué es tan larga arenga?
¿Es más que hurtarle la dama,
y romperle la cabeza?

FEDERICO Sí; que el ser público el caso
hace más viva la ofensa,
y el descrédito mayor
que a darle muerte me empeña.

FRANCO Pues eso, apretar la mano,
y al sacudirle, correrla.

DATO *(Dentro.)*
¿En cuánto dijo?

SARGENTO *(Dentro.)*
Es engaño.

LESBIA *(Dentro.)*

Siete barajas con esta
se deben.

FEDERICO

¿Qué es esto?

FRANCO

Nada;

voces son de los que juegan.

FEDERICO

Pues si en eso os empeñáis,
para que principio tenga
mi agradecimiento, os pido
(perdonando la licencia)
que os pongáis por mí una gala
del valor desta cadena.

(Dale una cadena.)

FRANCO

Si me hacéis esa merced,
yo debo muchas finezas
a la huéspeda de casa.
A llamarla iré, -mas ella
sale ya, y en vuestro nombre
se la daré.

FEDERICO

Norabuena.

ESCENA XI

LUCRECIA. -FEDERICO, FRANCO.

LUCRECIA

Ya, Franco, queda tu padre...
mas ¿quién?

FRANCO

¿Señora Lucrecia?

FEDERICO

(Ap.)

¿Qué miro? ¡Válgame el cielo!

FRANCO

Deste hidalgo a la fineza
debo tanto, que me pide
que en su nombre esta cadena
os pongáis; agradecedle
la merced.

LUCRECIA

Para que tenga
mi estimación, caballero,
basta no más de ser vuestra.

FEDERICO

¡Traidora, aleve!

LUCRECIA

¡Ay de mí!

FRANCO

Tened.

FEDERICO

Vengaré mi afrenta.

LUCRECIA

Franco, defiende mi vida;
que es ese mi hermano *(Vase.)*

FRANCO

¡Buena!

aunque a hospitales los llueva.

(Sale Dato rompiendo los naipes.)

DATO Malditos sean los trapos de que hicieron el papel, el engrudo que os echaron; maldito sea el color conque os tiñeron y las tijeras con que los cortaron, la tienda que los vende, y el tendero, y yo pues he perdido mi dinero, y vuélvase en el aire este manojo de diablos, que se lleven lo que arrojó.

FRANCO ¿Qué es esto, Dato?

DATO Franco, haber perdido cuanto tengo, tendré y cuanto he tenido en mi bolsa seguro, de presente, pretérito y futuro; una apariencia me ha dejado en cueros.

FRANCO ¿Por qué?

DATO Porque volaron los dineros.

FRANCO ¿Quién te ganó?

DATO El Sargento, y a las pintas, que se puede ir al campo a ganar quintas.

FRANCO ¿A ti el sargento?

DATO Sí, que en una cuba pienso que ha de pintar masque la uva. Damas deben de ser mis faltriqueras, porque las destruyeron las terceras.

FRANCO Más, vive Dios, de aqueso estoy picado, que de todos los sustos que he pasado. Mas aquí se dejó aquesta cadena aquel hombre, y en honra de su pena, con ella pienso (si el Sargento aguarda) obligarle a que juegue la alabarda.

DATO ¿Cadena? Ángeles son nos eslabones, pues él vuelve cercado de mirones.

ESCENA XIV

LESBIA, EL SARGENTO, DOS SOLDADOS. *-Dichos.*

SARGENTO No doy barato a nadie.

LESBIA Yo no pido sino siete barajas que han rompido.

SARGENTO Cobrarlas en el juego.

LESBIA No cabía.

FRANCO A doblón, y tercera en cuatro.

SARGENTO Digo.

DATO Y a la cuarta está el cinco.

FRANCO Mi enemigo.

SARGENTO Tres están vistas.

FRANCO Y tres mil demonios,
quede mi indignación dan testimonios.

SARGENTO ¿Hay otra alhaja?

FRANCO Juego este colete
en otros veinte escudos.
(Quítase el colete.)

SARGENTO Yo lo aceto.
Baraja.

LESBIA Cinco van en el garito.
(Ap. Si dura el juego, a Franco te desquito.)

FRANCO En viéndola en las cuatro.

DATO Eso lo abona.
¡Ah buen hijo! que paras a la errona.
Tres y dos, pié de perro ayuda a Dato;
ven aquí porque seas pié de gato.
Visto está el tres de espadas.

SARGENTO Tal no diga,
porque es el dos.

DATO Faltóle la barriga.

LESBIA Y a mí también.

SARGENTO Aquesto está acabado,
si no hay masque jugar, seor soldado.

FRANCO Tenga, pese a mi alma y mis enojos.

SARGENTO ¿Tiene más que parar?

FRANCO Tengo los ojos,
y los juego en lo mismo; que descreo
de quien los hizo para tal empleo.

LESBIA ¡Qué blasfemia, Jesús!

SARGENTO ¿Qué dices, Franco?

FRANCO Que me los juegue, o que si no, le arranco
los sujos de la cara.

SARGENTO *(Ap.)*
Él está ciego;
diré la suerte, y dejarélo luego.

FRANCO Como he dicho, los ojos.

DATO ¡Raro intento!

si levantarme intento, no es posible:
la fuerza, el movimiento me ha quitado
poder del cielo, contra mí indignado.
¡Los brazos no le valen a un caído!
¡Ay de mí, cielos! Ya yo estoy rendido;
ya conozco, Señor, que yerro en todo,
y no he levantarme deste modo.
A Dios indigné yo, y su providencia
le ha quitado a mi error la resistencia.
Pues levántele mi llanto,
y al postrado me miro,
lo que no pueden mis manos
alcáncenlo mis suspiros.
Señor, desa ardiente espada
(de cuyos airados filos
siento el rigor) cese el golpe,
que ya corta en un rendido.
Piedad, Señor, que si herir
a quien se rinde no es digno
de un noble valor humano,
¿qué será a un poder divino?
Perdón para tanto yerro,
mi Dios; que si mucho os pido,
vos sois Dios y yo soy hombre,
y uno es vuestro y otro es mío.
Mas ¿cómo os dudo piadoso,
pues aun el mismo castigo
que me hacéis, me le habéis dado
envuelto en un beneficio?
La vista me habéis quitado,
y sin ella más he visto,
pues con ojos no os miraba,
y ya sin ojos os miro.
Ciego estaba de ofenderos
por mirar, y hacéis benigno
que no mire, por quitarme
la ceguedad del delito.
Quien llora os templa, Señor;
riguroso os imagino,
si de llorar en mis ojos
sólo dejáis el oficio.

Señor, Señor, si este pecho
(que no veo) os ha ofendido,
quitarme agora los ojos
es alentarme a pedirlos.
Pues porque no me acobarde
su culpa, hacéis compasivo,
que cuando os busco piadoso,
no pueda yo ver lo indigno.
No quiero excusar la pena,
sino rogaros, Dios mío,
que al dolor de mis pecados
troquéis el de mis castigos.
Mas ¿cómo presumo yo
que me oís, cuando he seguido
(porque de vos me alejaba)
toda mi vida un camino?
María, abogada nuestra,
la fe que en vos he tenido
me valga ahora; al sagrado
de vuestro amor me retiro.
Tirano fuí y homicida,
falso, blasfemo y lascivo,
tener tantas culpas es
empeño con que os obligo;
pues si vuestra intercesión
me logra el perdón que pido,
de lo que podréis con Dios
son crédito mis delitos.
Pedid a un hijo por otro;
que si vos, por nuestro alivio,
sois madre de pecadores,
también yo soy vuestro hijo.
Ea, ¿qué esperáis, María?
Señora, sólo en vos fío.

(Dentro.)

Levantáte, Franco, y sigue de aquesta voz el camino.

MÚSICA

FRANCO

¡Válgame el cielo! Ya puedo;
ya de piedad hallo indicios;
pues, aunque ciego, me han vuelto
los ojos a los oídos.
Norte vocal, sed mi gula.

MÚSICA
FRANCO

Sigue esta voz.

Ya la sigo,
porque en mi pena, en mi llanto,
en mi corazón contrito,
en mi dura penitencia.
Vea el mundo, admire el siglo,
que estuvo ciego con ojos
el que sin ojos ha visto.

Jornada tercera.

Valle, cercado de ásperos montes.

ESCENA I

Dentro, LUCRECIA, LESBIA y BANDOLEROS, luego, EL ÁNGEL CUSTODIO, que sale vestido de bandolero.

LUCRECIA

(Dentro.)

No los sigáis, dejadlos por vencidos.

VOCES

(Dentro)

A la falda del monte, foragidos;
¡al llano, por acá!

LESBIA

(Dentro)

Lucrecia, espera.

LUCRECIA

(Dentro)

Lesbia, sigue mi voz por la ladera,
a la falda del monte.

LESBIA

(Dentro.)

No está tierna,

y si está asada; vamos a la pierna.

LUCRECIA

(Dentro.)

Custodio, no te alejes.

CUSTODIO

(Sale.)

Ya te sigo.-

Tus auxilios, Señor, vengan conmigo.
Custodio soy, que del celeste coro
asisto al hombre por defensa y guía.
Después que Franco en penitente lloro
trocó blasfemia, robo y tiranía,
de vista corporal por Dios privado,
de España, Italia y Francia peregrino,
los santos templos ciego ha visitado,

siendo María norte a su camino.
Y della misma su fervor guiado,
habita deste monte cavernoso
una silvestre gruta retirado,
sin salir della más que lo forzoso
a pedir de limosna el alimento,
que de su Santidad los comarcanos
admirados, le dan para el sustento;
donde al duro castigo de sus manos,
de los pesados hierros que afligido
su triste cuerpo trae, dellos cubierto,
tanto de todos se ha desconocido,
que para el mundo con su vida ha muerto.
Su pobre padre ya desamparado
y de humano favor destituido,
con unas ruedas un leal criado,
por los caminos mísero y tullido,
le trae, pidiendo de limosna al hombre,
no sustento a la vida, sino al nombre.
Pero Lucrecia ya desesperada,
al vicio se entregó, al deleite vano;
y de Franco ofendida y olvidada,
temiendo la venganza de su hermano,
de unos locos soldados asistida,
que del presidio al monte la siguieron,
en su disolución gasta su vida.
Caudillo de bandidos que acogieron,
al robo, a la lujuria, al homicidio,
el seguro trocó de aquel presidio.
Mas por ser causa de su error injusto,
tanto el ruego de Franco a Dios empeña,
que a mí remite Dios el celo justo
del llanto que su amor nunca desdeña.
Y porque esta alma logre su socorro,
tomando forma corporal, vestido
su traje y su apariencia, el campo corro
por compañero dellos admitido,
para guiar sus pasos a la senda
donde el brazo ha de hallar que la defienda.
Su hermano (su venganza pretendiendo)
trae el monte de deudos y de amigos

una escuadra, a quien ella resistiendo,
de su misma deshonra bate testigos.
Librarla deste riesgo está a mi cuenta,
porque logre la luz que el cielo intenta.
Malogre aquí el abismo su venganza,
huid de mí, cautelas infernales;
pecadores, vivid con esperanza;
no desconfíe vuestro error, mortales;
por sus cumbres buscad la penitencia;
que aunque el infierno busque sus legiones,
aunque juntos os hagan resistencia
con asombros, peligros, ilusiones,
en llegando al dolor de la flaqueza,
a vuestro llanto envidia mi pureza;
pues en glorias, aplausos y alegría
noventa y nueve justos en un día
de menos gozo para el cielo han sido
que sólo un pecador arrepentido.
Mas ya vienen.

ESCENA II

LUCRECIA, LESBIA y EL SARGENTO, *de bandoleros con pistolas*; EL ÁNGEL
CUSTODIO; *luego dentro*, LOS DEMÁS BANDOLEROS y DATO.

LUCRECIA

Seguidme al llano todos.

LESBIA

¡Mueran cimbríos, esguízaros y godos!
¡Muera el mundo y la carne! No hay templarme;
que estoy hecha una onza y un adarme.

LUCRECIA

¿Custodio?

CUSTODIO

¿Qué hay, Lucrecia?

LUCRECIA

Tu consejo

estorbó mi venganza; por ti dejo
de tener hoy rendidos a mi mano
cuantos acompañaban a mi hermano.
La venganza he perdido
de un tirano, un aleve, un fementido,
que causa fue de toda mi ruina,
y tras serlo, sus pasos encamina
a darme muerte. Viven las estrellas,
que influyan mis desdichas, que aunque dellas
lo resista el poder o me lo impida,
he de quitarle la tirana vida,
porque el cielo salpique derramada

su sangre infame de mi mano airada,
y borre en su cuaderno cristalino
el decreto cruel de mi destino.
Por aguardarle donde tú dijiste,
el río los libró.

LESBIA

Y al verte triste
estuvo el valor mío,
viven los cielos, por matar el río:
que por matar me como yo los codos;
mas tras todo esto he muerto más que todos.

CUSTODIO

¿Qué has muerto?

LESBIA

Como no hemos almorzado,
salía un pobrete, que iba muy cansado,
la alforja te alivié, en que echarle plugo
un jamón, una bota y un mendrugo;
maté la sed y el hambre, y esto es cierto:
mira si más que todos habré muerto.

LUCRECIA

¡De enojo y de furor se abrasa el pecho!

CUSTODIO

Yo dejaré, Lucrecia, satisfecho
bien presto tu deseo y mi cuidado;
y aunque pienses que ahora te he estorbado
el intento furioso y vengativo,
a mayor vencimiento te apercibo.
Yo sé dónde has de hallar cabal contento,
y dónde has de lograr el vencimiento.

SARGENTO

Pues guía adonde sea la venganza
castigo de su loca confianza;
que repartidos ya los compañeros,
atalayando están esos oteros.

LUCRECIA

Muera este hermano vil, ciego y osado.

LESBIA

Muera este hermano, y hágole cuñado.

CUSTODIO

Seguidme pues, y recoged la gente;
que antes que el sol sepulte el occidente,
has de ver conseguida tu esperanza.

LUCRECIA

Lesbia, la señal da de la venganza.

SARGENTO

Pues agora verás, bella Lucrecia,
lo que mi amor tu desenojo precia.

LESBIA

¡Al llano, compañeros!

BANDOLEROS

(Dentro.)

Vamos todos.

LESBIA

Gloria es verlos echar atrás los codos;

a mi voz vienen, como gato a bofes;
todo es bulla y contento, todo es voces.
Más gente va al camino.

DATO

(Dentro.)

Almas cristianas

(así nunca durmáis por las mañanas),
que a estos dos pobres mancos y tullidos
algún socorro den vuestras piedades,
por las ochenta y tres necesidades.

LUCRECIA

¡Valgame el cielo! El pecho se me altera
siempre que oigo esta voz; pues considera,
siendo el padre de Franco y su criado,
mi afrenta en ellos.

ESCENA III

DATO, *tirando de un carretón, donde viene MANSTO; ambos pobremente vestidos.* -
Dichos.

LESBIA

¡Qué desandrajado
que viene el pobre Dato!

MANSTO

Dato amigo,
anda a espacio; que vamos fatigados.

DATO

No puedo más conmigo,
que el hambre me da priesa. A estos cuitados,
muertos de hambre: siquiera algún mendrugo
me den que coma, o un celemín de harina,
o en una artesa cantidad de engrudo.
Así los libre Dios de hambre canina.

MANSTO

Socorrednos, por Dios.

DATO

Hombre del diablo,
que no sabes pedir, suelta el vocablo
muy remilgado y pide con tonillo,
que eso lastimará a quien llega a oillo.-
Socorran a este pobre disparate,
pues de los dos que ven en tal pobreza,
uno no tiene pies ni otro cabeza;
porque estando jugando nuestros amos,
de una pinta corrupta así quedamos.

LUCRECIA

Calla, villano, loco.

DATO

¡San Marcelo!

LESBIA

Calla, traidor.

MANSTO

¡Qué veo, santo cielo!

DATO

¿Lesbia? ¿Lucrecia?

si tú con una yerba permitieses
 que dos llagas te hiciera en una pierna,
 vieras caer más cuartos que en taberna.

MANSTO ¡Qué esos discursos ignorantes hagas!
 DATO Pues ¿hay renta más fija que dos llagas?
 Pobre hay que no las diera (si son finas)
 por un juro, aunque sea de salinas.

MANSTO Pues ¿a ese le dan más?
 DATO Pues ¿no lo tocas?

MANSTO Pues ¿por qué?
 DATO Por que pide por más bocas.

MANSTO Pues ¿no basta pedir por algún santo?
 DATO Pobre hay que gasta (pues te admira tanto)
 ciento con retahíla. Bueno es eso,
 lo de las tentaciones del demonio:
 San Pedro, San Francisco y San Antonio;
 y si ve que el ochavo se dilata,
 con las once mil vígenes remata;
 y si no basta, apela al purgatorio,
 y aunque más se resista a la parola,
 le saca por el ánima más sola.

MANSTO ¿Qué mayor purgatorio que el que paso
 perdiendo un hijo por tan raro caso?
 Un año ha que de Franco no he sabido;
 ciego quedó, no sé dónde habrá ido.
 ¿Si es muerto ya?

DATO El causó la muerte trague
 nuestro mal.

(Óyese ruido de cadenas.)

FRANCO (Dentro.)

Quien tal hace que tal pague.

DATO ¡Jesús, qué estruendo! El pelo se enarbola.

MANSTO ¿Qué es esto, Dato?

DATO El ánima más sola.

¡Dios mío!

MANSTO Espera; que ilusión sería.

DATO Por Dios que no he de hacerla compañía.

MANSTO No me dejes aquí.

DATO ¿Quieres que trague
 salivas?

FRANCO (Dentro.)

MANSTO Que le levantes espero.
DATO ¿Qué es levantarlo? Primero
levantaré un testimonio.
FRANCO Llega a socorrer mi afán;
muerto estoy, según infiero;
no tengáis miedo.
DATO Si quiero,
que no he sido sacristán.
MANSTO Amigo, arrimáos a mí.
FRANCO ¿Dónde estáis?
MANSTO Dadme la mano.
(Ap. De Franco me acuerdo en vano
Desde que este pobre oí.)
FRANCO Pues ¿de qué lloráis, Señor?
MANSTO Amigo, a mi hijo lloro,
que en vos le miro y le ignoro,
por tener vuestro dolor;
nuevas dél tener no puedo,
y es ciego.
FRANCO Ese es mi descanso.
DATO Oigan, que parece manso;
ya le voy perdiendo el miedo.
Pues ¿dónde vais por aquí,
atraillado como galgo?
FRANCO A pedir limosna salgo.
DATO Pues ¿pedís limosna?
FRANCO Sí.
DATO Eso sí; ¿ve cómo enrosca
la cadena? Aprenda el trato,
mire todo el aparato
que trae para juntar mosca.
Y ¿llaga en los codos? Haga
otro tanto, y vera usté.
MANSTO ¿Qué dices?
DATO Pues ¿no lo ve?
La mosca viene a la llaga.
Si con el arenga mía
yo a queste pobre trajera
en el carro, no lo hiciera
con cien reales cada día.
FRANCO No tengo poco interés;

que yo este hierro aprovecho
para sacar los del pecho,
que yo siento y tú no ves.
Pues como el hierro en su centro
clavado está, aunque no quiera,
al golpe de los de afuera
saliendo van los de adentro.

MANSTO A Dios, ingrato, ofendí,
de los ojos me privó,
y al alma me trasladó
los que del cuerpo perdí.
No prosigas, no prosigas;
que no te podré escuchar,
amigo, por el pesar
a que con tu voz me obligas.
O habla, porque en dolor tanto
quedemos ciegos los dos:
tú por decreto de Dios,
y yo al dolor de mi llanto.

FRANCO Pues ¿por qué lloráis así?
Que hice mal, si lo he causado.

MANSTO Porque os habéis comparado
a un hijo que yo perdí;
mas no será vuestro error
tanto; que el suyo fue mucho.

FRANCO ¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?
Yo acaso seré peor.

MANSTO No seréis tal, porque aquel
fue blasfemo, jugador,
engañoso, matador,
lascivo, ingrato, cruel.
Al cielo tanto ofendió,
que de su culpa indignado,
por castigar su pecado,
de la vista le privó.

FRANCO No prosigas, no prosigas;
que no caben en mi pecho,
con los delitos que he hecho,
el dolor a que me obligas.
O habla, porque en su distrito
si es corto, al oír mi error,

entrará tanto dolor,
 que echará fuera el delito.
 MANSTO Pues ¿por qué no estás en ti?
 FRANCO Porque he oído mi pecado.
 MANSTO Mi hijo fue desesperado.
 FRANCO También yo, y me arrepentí.
 MANSTO Mi hijo la vista jugó.
 FRANCO Yo la jugué y la perdí.
 MANSTO Él huyó luego de mí.
 FRANCO Pues ese mismo soy yo.
 MANSTO ¿Qué escucho? ¡Ay, hado prolijo!
 FRANCO ¡Padre mío!
 MANSTO Mi ansia crece.
 FRANCO Aquí está quien no merece
 que le llaméis vuestro hijo.
 MANSTO ¡Hijo mío! ¿A verte llevo?
 FRANCO Ya estoy a tus pies felices.
 Tu hijo Franco soy.
 DATO ¿Qué dices?
 Hombre del diablo, ¿estás ciego?
 FRANCO Franco soy, Dato, que arranco
 La voz al dolor, porque hable.
 DATO Viéndote tan miserable.
 No puedo crêr que eres Franco.
 FRANCO ¡Ay de mí!, que ya sin ojos,
 lograr no puedo el placer
 de llegaros, padre, a ver.
 DATO Prueba con unos anteojos.
 MANSTO Hijo, mi dicha le vio.
 Llega, llégame a abrazar.
 FRANCO No me mandes levantar.
 MANSTO Hijo mío, ¿por qué no?
 FRANCO Porque a Dios pedí perdón,
 que fue mi padre primero;
 tú eres segundo, y espero
 que me des tu bendición.
 MANSTO Con la mía la de Dios
 nos alcance, hijo, este día;
 y tu petición la mía,
 y la de Dios a los dos.
 Llega ahora, hijo querido.

FEDERICO *(Ap.)*
Logre la suerte el golpe de mi acero,
pues a justa venganza le he indignado.

CUSTODIO
Decidme qué queréis.

FEDERICO Ya lo refiero.
Yo, amigo, soy caudillo de otra gente
que aquel monte que el sol dora primero,
vive no en ejercicio diferente,
pues el robo también nos alimenta;
y viendo que vuestro ánimo valiente
la vuestra obedeció, daros intenta
parte en una ocasión la ambición mía,
que desempeñe de robar la afrenta.
Ricas hará a una y otra compañía,
si nos juntamos hoy en este monte
antes que muera el esplendor del día;
porque ya descubriendo este horizonte,
sé que vienen cargados de oro y plata
dos mercaderes. A lograr disponte
la empresa; que el deseo nos dilata
con tan grandes azares la codicia;
pues esta ni aun del riesgo se recata,
yo expiaré el camino a su avaricia,
sí tú señalas dónde pueda hallaros.

CUSTODIO *(Ap. ¡Qué en vano que disfraza su malicia!*
No sabe con quién habla; más reparos
son estos que a estas almas hace el cielo,
y así se han de lograr.) Para ayudaros
toda la compañía y mi desvelo
hoy tiene en este día convidada
a la mesa que usamos, que es el suelo.
Aquí estará, y apenas escuchada
vuestra seña será de mi deseo,
cuando la empresa se verá lograda

FEDERICO Pues si eso es cierto, del mayor trofeo
que puedo pretender iré seguro.

CUSTODIO Ya conseguido en mi atención le veo.

FEDERICO Pues yo iré a prevenirlo.

CUSTODIO Y yo procuro
que la puntualidad el logro sea.

FEDERICO Eso esperando estoy.

CUSTODIO
FEDERICO

Yo lo aseguro.

(Ap.)

Con esta industria haré que el mundo vea
(pues ya vio mi deshonra) mi venganza;
y tal, que apenas el horror la crea;
desquitaré en la furia la tardanza,
y de su sangre, que beber espero,
el verdor teñirá de mi esperanza
los manchados blasones de mi acero.

(Vase.)

ESCENA VII

EL ÁNGEL CUSTODIO; *luego*, DATO; *después*, DOS VILLANOS, *con* UNA NIÑA.

CUSTODIO

El riesgo que a Lucrecia ha prevenido
su hermano es el camino verdadero
de sacarla del malo que ha seguido.
Salga este corazón de sus errores;
pues como aquí hasta verlo conseguido
no moverá sus plantas destas flores.

DATO

(Dentro.)

Déjenme, que voy a orar.

VILLANO 1°

(Dentro.)

Padre, escuche.

VILLANO 2°

(Dentro.)

Tras él voy.

(Sale Dato de ermitaño.)

DATO

No se cansen; que no estoy
hoy para milagrear.-
¿Quién creyera lo que pasa?
Santo soy en relación;
Si me dura esta opinión,
es cosa de labrar casa.
De verme con Franco estar,
deste monte los serranos
no se dan conmigo manos
a pedir y regalar.
Los prodigios que obra fiel
los atribuyen a mí;
mas ellos vienen aquí,
quiero arrobarme como él.

(Arrodillase.)

CUSTODIO

(Ap.)

Unos villanos del ruego
de Franco a valerse vienen,
y a este por santo le tienen,
error de su afecto ciego;
mas, pues a Dios por tal hombre
remedio van a pedir.
invisible he de suplir
el mérito de su nombre.

VILLANO 1°

(Dentro.)

Trae el cabrito y la bota,
y en este repecho aguarda.

DATO

¿Bota dijo? ¡Oh cómo tarda!
Sin duda viene con gota.

(Salen los dos villanos con la niña desmayada.)

VILLANO 2°

¡Ay, mi hermanica querida!

VILLANO 1°

El Santo la ha de sanar;
a él la podemos llegar.
¿Santo mío?...

DATO

(Ap.)

De mi vida...

VILLANO 2°

Arrobado al parecer
está.

VILLANO 1°

¡Ah santo!

VILLANO 2°

Está arrobado.

DATO

(Ap.)

Si antes hubiera llegado
la bota, pudiera ser.

VILLANO 2°

Vuelva acá su caridad.
¿No responde?

VILLANO 1°

¡Ah santo!

VILLANO 2°

¡Ah padre!

DATO

(Ap.)

Yo no sé quién es su madre;
mas puede decir verdad.

VILLANO 2°

Padre, ¿no escucha aunque grito?

VILLANO 1°

Tira el hábito.

DATO

(Ap.)

Con tiento.

VILLANO 1°

¿Dónde tendrá el pensamiento?

DATO

(Ap.)

En la bota y el cabrito.

VILLANO 2° Trasudando está del celo.
 DATO *(Ap.)*
 No es sino de que me canso.

VILLANO 1° Ya volvió.
 DATO ¡Oh cordero manso!
 Gran calor hace en el cielo.
 ¿Quién está aquí?

VILLANO 1° ¿No escuchaba
 nuestra voz?
 DATO No llegué a oílo.
 Sólo escuché un cabritillo,
 que parece que balaba.

VILLANO 1° Le traemos de presente.
 DATO *(Ap.)*
 Pues presto estará pasado.

VILLANO 2° ¡Ay padre! A esta niña ha dado
 un grande mal de repente.
 En tres horas la mezquina
 no ha vuelto en sí.

DATO ¿Come y bebe?
 VILLANO 1° Sí, padre; mas no se mueve.
 DATO Echenla una melecina.
 VILLANO 1° Echele su bendición.
 VILLANO 2° No aprovechan otras cosas.
 DATO Pues sájenla unas ventosas.
 VILLANO 1° No; que es mal de corazón.
 DATO Pues ¿quiere un milagro a posta?
 VILLANO 2° Sí, que también traigo un queso.
 DATO No lo puedo hacer por eso;
 que me tiene más de costa.

VILLANO 1° Haga que vuelva a sus voces.
 DATO Harélo por la muchacha.-
 Levantese la borracha,
 o le daré veinte coces.-
 ¿No vuelve? Es que se regala.

CUSTODIO *(Ap.)*
 Por Franco y por su virtud
 cobre tu vida salud.

DATO Lévantese en hora mala.
 NIÑA ¿Quién llama?
 DATO ¿Ya se ha movido?

SARGENTO A fe, que ya es menester.

LUCRECIA ¿Custodio?

CUSTODIO Aquí os esperaba.

LUCRECIA No me puedo hallar sin ti.

DATO *(Ap.)*
 ¡Si no me hallases a mí!

LESBIA *(Reparando en Dato.)*
 ¿Qué veo?

DATO *(Ap.)*
 Mi vida acaba.

LESBIA ¿Es Dato?

DATO *(Ap.)*
 ¡Lance infelice!

LESBIA Lucrecia, ¿no ves a Dato?

DATO No soy Dato ni soy gato.

LESBIA Dato es.

DATO Miente quien lo dice.

LUCRECIA Pues ¿de ermitaño se entabla?

DATO Soy santo.

LESBIA Pues no estás magro.

DATO Calle, o haré aquí un milagro
 con que la deje sin habla.

LUCRECIA Ea, de comer nos den.

LESBIA Llega, y comerás, cuitado.

DATO Eso vaya, si es hurtado.

LESBIA Por eso sabrá más bien.

LUCRECIA No sé qué temor me altera,
 que a comer sin gana llevo.

CUSTODIO *(Ap.)*
 Presume el corazón ciego
 la mudanza que le espera.

LESBIA Pon estos pájaros, Dato,
 y siéntate ahí en el suelo.
(Dale un plato, que estará cubierto.)

DATO *(Colocándolo en el suelo.)*
 Pues esta garra es al vuelo,
 para mí viene este plato.

SARGENTO Hermano, los pecadores
 por acá en el monte usamos
 comer de lo que matamos.

DATO Lo mismo hacen los doctores.

LUCRECIA Pues ¿qué vocación te llama,
que a ermitaño te has metido?

DATO Sigo a Franco arrepentido;
que es ya santo de gran fama.

SARGENTO ¿Franco?

DATO Franco.

LUCRECIA Y ¿dónde está?

DATO En una cueva metido,
tan santo y tan compungido,
que allí Dios a verle va.

SARGENTO ¿Franco en tan santos cuidados?
Esta es de las que echar suelen;
más posible es el que vuelen
estos pájaros asados.

(Al decir esto descubre el plato donde están los pájaros y lo vuelve a tapar.)

CUSTODIO *(Ap. Yo volveré por tu honor.)*
Déjenlo, y comamos. -Dato,
descubre ya aqueso plato.

DATO Digo que es santo, y mejor.

SARGENTO Como volar puede ser
estos pájaros.

(Descubre Dato el plato, y vuelan los pájaros)

LUCRECIA ¡Qué espanto!

DATO Digo otra vez que soy santo,
y no lo acabo de creer.

LESBIA ¡Qué asombro!

SARGENTO Digo que ha sido
mi desconfianza necia.

CUSTODIO Franco es gran santo, Lucrecia.

LUCRECIA Absorta lo he conocido.

(Disparan dentro.)

FEDERICO *(Dentro.)*
Ellos son, bien los atajas.
Mueran todos a mi mano.

LUCRECIA Esta es la voz de mi hermano.
¡Muerta he quedado!

LESBIA Y yo pajas,
vendidas sin duda fuimos.

LUCRECIA Nuestra muerte es conocida.

SARGENTO Libra, Lucrecia, tu vida
mientras que los resistimos.

CUSTODIO Vente, Lucrecia, tras mí;
que yo te defenderé. *(Vase.)*

LUCRECIA Ya voy. *(Vase.)*

LESBIA Yo la seguiré. *(Vase.)*

ESCENA IX

FEDERICO, SUS PARCIALES y BANDOLEROS, *acuchillándose*; EL SARGENTO,
DATO y UN BANDOLERO.

FEDERICO No salgan vivos de aquí,
matadlos.

DATO Eso a estos dos.

FEDERICO Mueran.

SARGENTO No es fácil, traidores.

(El Sargento y los bandoleros se retiran defendiéndose, Federico los persigue con su gente, Dato queda solo en la escena.)

DATO Miren lo que hacen, señores;
que dan a un siervo de Dios.
¡Gran mal! ¡Quién pudiera hacer
aquí un milagro de espanto!
¡Cielos, que sea yo santo
cuando no lo he menester!
¿Qué haré? Satanás me prueba.
¿Qué dudo? Pese a mi vida,
cargaré con la comida,
y meteréme en la cueva.
Franco, a ti me iré a amparar;
mas si ellos vuelven, ¿por dónde?
(Coge la comida, entra por un lado y sale por otro.)
Monte. -Vese la entrada de una cueva.

ESCENA X

EL ÁNGEL CUSTODIO y LUCRECIA; DATO.

CUSTODIO En esta cueva te esconde;
que en ella te has de salvar.

LUCRECIA No me dejes sola, espera.

CUSTODIO No; que a asegurarte voy. *(Vase.)*

LUCRECIA ¡Válgame Dios! Muerta estoy.

DATO Yo escurro por acá fuera. *(Vase.)*
(Entra Lucrecia dentro de la cueva.)

Interior de la cueva. -Un Cristo y una lamparilla.

ESCENA XI

FRANCO, *arrodillado delante del Cristo*; después, MÚSICA dentro; LUCRECIA.

LUCRECIA ¿Qué haré en tanta confusión?
Mas ¡cielos, asombro extraño!

Aquí está un santo ermitaño
elevado en su oración.
Pero ¿qué miro? ¡Ay de mí!
¿Cómo tan mala mujer
amparada piensa ser
de quien con Cristo está allí?
Mas la piedad moverá
su favor. -Santo varón,
amigo (su elevación
le enmudece, absorto está),
a una mujer afligida
valed con vuestro sagrado.

FRANCO

Señor, ¿si habréis perdonado
los errores de mi vida?

LUCRECIA

¡Válgame el cielo! ¿qué oí?
Éste duda su perdón;
pues con tan mal corazón
Señor, ¿qué será de mí?
El alma me ha traspasado,
mi Dios, aquella sentencia.
Si esto dice esta inocencia,
¿qué os dirá tanto pecado?

(Vuelve el Crucifijo las espaldas, y al pie de la cruz se descubre una calavera.)

MÚSICA

(Dentro.)

Tibi soli peccavi.

LUCRECIA

¡Ay infelice de mí!
La espalda me ha vuelto el Cristo,
y el rostro a la muerte he visto;
justo es, pues yo le ofendí.
Pues ahora, llanto mío,
ahora, ahora, pesar,
ahora es tiempo de dar
calor a pecho tan frío.
Sean mis ojos un río,
ciéguense a tanto dolor,
y pues les niega el favor
del rostro vuestra piedad,
no les quede claridad
para ver vuestro rigor.
Anúdeseme el aliento
al dolor que le quebranta,

y la voz a la garganta
quede asida en tal tormento.
¡Ay de mí, que aun no lo siento!
Pues vos me volvéis aquí
la espalda (si no es que así,
cuando no verme intentáis,
los azotes me mostráis
que habéis pasado por mí),
volved, volved a templaros,
pues ya rendida me veis;
llanto tengo en que os bañéis,
cabellos para limpiaros.
No, no podéis excusaros;
que a Magdalena por ellos
volvisteis los ojos bellos,
y estos os han de vencer,
pues he llegado a coger,
la ocasión por los cabellos.
Mas si no os pueden tocar
por estar en mi cabeza,
centro de tanta torpeza,
yo me los he de arrancar.
Al aire quiero entregar
este manojito, arrancado
de mi frente, vuelve osado,
porque vuestros pies, más bellos,
puedan ir a buscar ellos
sin la raíz del pecado.
Y tú, que a sus pies te miras,
varón justo, ejemplo grande
de su gran misericordia,
socórrame tus piedades;
pues está Dios indignado,
de ti mi temor se vale:
lo que no por mi delito,
por tu intercesión lo alcance.
Piedad, piedad a mi llanto,
socorre esta triste nave,
que de un través se va a pique,
siendo mis ojos dos mares.
¡Que me anego! ¡Que me anego!

Porque no basta a sacarme
del golfo de mis pecados
de mis suspiros el aire.
Con lluvia el austro me alienta
para que mis ojos bañen
del dolor la hinchada vela
que al viento seca se abre.
Zozobrando a tus pies llego,
y dellos no he de apartarme
sin que mi llanto el escollo
de mis delitos ablande.

(Arrójase a los pies de Franco.)

FRANCO

¡Ay de mí! Cuando pregunte
si mis culpas perdonaste,
me respondes con que vea
quien por mí te ofende fácil.
Pues ahora, Señor mío,
es ocasión de empeñarte
a más piedad, que te pido
por los dos que a tus pies yacen.
Señor, si has vuelto la espalda
por mostrar en las señales
de tus azotes la causa
que tienes para enojarte,
con la misma acción te obligo;
pues si por las culpas grandes
del hombre los padeciste,
cuando tus golpes señalas,
también tu piedad señalas,
pues nos acuerda tu imagen
que para olvidarte dellos
a la espalda los echaste.
Esta es la oveja perdida.
Ea, Pastor; ea, Padre;
que della tú mismo has dicho
que más gozo al pastor trae
ésta sola que las otras
noventa y nueve restantes.
Con tu palabra te obligo,
Señor, no puedes faltarme,
pues dices por aquel rey

pecador en otra parte...
(Vuélvese el Cristo mientras cantan.)
 MÚSICA *(Dentro.)*
Cor contritum et humiliatum,
Deus, non despicias.
 FRANCO Ya el iris de paz señala
 Seguras serenidades.-
 Mujer, ya Dios te perdona
 por ser tu dolor tan grande.
 LUCRECIA El corazón se me arranca
 del dolor y del combate
 de mi pesar y mi culpa.
 Mis alientos son volcanes,
 fuego respiro, y parece
 que a interiores golpes graves
 este mortal edificio
 titubea, si no cae.
 Lánguida la voz me avisa;
 del pulso el vital volante,
 la postrer hora el reloj
 con intercadencias late.
 Ya las columnas flaquean,
 ya rinde la basa frágil
 su seguridad al peso
 de la fábrica inconstante.
 Mi luz se acaba ¡ay de mí!
 Escucha mis culpas, Padre;
 mi confesión sea llama
 que doble antes que se apague.
 FRANCO ¿Qué dices? que no merezco
 yo esa dignidad tan grande,
 si no es, porque más los llore,
 ser la causa de tus males.
 LUCRECIA ¿Qué dices?
 FRANCO Que yo soy Franco,
 porque con llanto incesable
 debo llorar tus pecados
 con sentimiento más grande.
 LUCRECIA Caiga sobre mí tu llanto
 para que mis culpas lave,
 y a tus pies, oh santo, pido

como deuda a tus piedades,
 pues a enfermar me trajiste,
 que me lleves donde sane.
 Mira que me va faltando
 aliento; que al golpe grave
 del cuchillo del dolor
 ha sido el llanto la sangre.

FRANCO ¡Dichoso dolor! ¿Qué haré?
 María, tu luz me ampare.

MÚSICA *(Dentro.)*
Franco, pues Dios te perdona,
busca, por lograr tu celo,
la religión del Carmelo,
que te ha de dar la corona.

FRANCO ¡Oh soberana María!
 No sólo os debo el guiarme,
 sino el aviso también
 del socorro deste trance.-
 Levanta, mujer, pues ya
 caída, te levantaste.
 Sígueme; que porque vayas
 decente, mi anciano padre
 te acompañará a la cumbre
 más cercana deste valle,
 donde está un santo convento
 que es de la virgen del Carmen.
 En él los dos pediremos,
 tú fuente donde te laves,
 y yo el santo escapulario;
 y pues me guió, él me salve.

LUCRECIA Tu virtud mi arrimo sea.

FRANCO Quien te arruinó te levante.

LUCRECIA ¡Qué dicha!

FRANCO A Dios le agradezco...

LUCRECIA ¿Qué agradeces?

FRANCO Sus piedades.

LUCRECIA ¿Por qué?

FRANCO Porque han permitido...

LUCRECIA ¿Qué?

FRANCO Que las llamas voraces
 que para encenderte fueron,

sirvan ya para alumbrarte.

Campo. -Portería y fachada principal de un convento del Carmen.

ESCENA XII

DATO, LESBIA; *luego*, FEDERICO, *dentro*.

LESBIA Dato, ampárame, que vienen.
DATO El demonio que te ampare.
Anda, mujer.
LESBIA Ya no puedo.
DATO Cerca está el convento.
LESBIA ¿Qué haces?
DATO Este es el Carmen, camina.
LESBIA ¿Adónde?
DATO A meterte fraile.
LESBIA Mira que llegan.
FEDERICO *(Dentro.)*
Seguidlos,
ninguno vivo se escape.
LESBIA Ya han muerto a Lucrecia.
DATO Cierto.
LESBIA Y al Sargento también.
DATO Dale.
LESBIA Ya a alcanzarnos vienen...
DATO Toma.
LESBIA Más de cien ladrones.
DATO Zape.
Aquesta es la portería.
Yo llamo. -¡Ah de casa, padres!
(Llama.)
LESBIA Que llegan ya; llama apriesa.
DATO Rajas el badajo se hace,
y no lo oyen. -¡Padres míos!-
Cenando están estos frailes.-
¡Padre portero!

ESCENA XIII

DOS FRAILES DEL CARMEN. -DATO, LESBIA.

UNA VOZ *(Dentro.)*
¿Quién llama?
DATO Salgan, pese a mi gaznate;
que se me arranca el gallillo
de dar voces.
(Salen dos frailes del Carmen.)

FRAILE 1° Ya los abren.
FRAILE 2° ¿Qué es lo que quieren, hermanos?
DATO ¡Socorro, socorro, padre!
Que vienen tras de nosotros
cien hombres como gigantes.
¡Socorro! Sí, padres míos:
¡Socorro, que han de cascarme;
Socorro, que ya se acercan;
Socorro, que el miedo es grande;
Socorro, que vienen muchos!
FRAILE 2° Quedo, que no viene nadie.
DATO ¿No vienen? Y si no vienen,
lo pensé, así Dios me guarde.
FRAILE 2° Sólo un hombre venir veo,
que en la apariencia del traje
más compadece que ofende.

ESCENA XIV

FRANCO. -*Dichos.*

FRANCO Mis pies fatigados hallen,
María, el centro que busco,
pues ya a Lucrecia mi padre
a un religioso ha guiado,
que la confiese y la saque
del abismo de su culpa.
DATO Franco es este. -¡Ay Franco! Dame
mil abrazos luego al punto.
LESBIA ¡Cielos, mudanza notable!
FRAILE 2° ¿Este es Franco, de quien todos
cuentan prodigios tan grandes?
FRANCO No soy sino un pecador
que humilde a esas plantas yace.
De voz del cielo guiado,
a pediros vengo, padres,
que me deis para morir
en la religión del Carmen,
el sagrado escapulario,
que ha sido norte brillante
por donde saqué del golfo
de mis delitos la nave;
y hoy os te pido porque
sepan todos los mortales

MÚSICA

(Dentro.)

Te Deum laudamus, etc.

DATO

Con esto, señores míos,
si gustan los circunstantes,

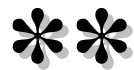
los milagros de este santo
dirá la segunda parte.

Lesbia irá a las recogidas,
yo a ser donado en el Carmen;

y con que le den un vitor
al poeta que esto hace,

Da fin dichoso a *San Franco*
de Sena, el lego del Carmen.

***SANTA ROSA
DEL PERÚ***



AGUSTÍN MORETO

Personas que hablan en ella:

- Don JUAN de Toledo
- Don GONZALO
- GASPAR de Flores, viejo
- BODIGO, gracioso
- El NIÑO JESÚS
- La VIRGEN del Rosario
- SSanta ROSA
- El Ángel CUSTODIO
- El DEMONIO
- ACOMPAÑAMIENTO
- MÚSICOS
- La VANIDAD
- La PRESUNCIÓN
- AMOR PROPIO
- La LASCIVIA
- Un CRIADO
- Dos HOMBRES
- Dos ÁNGELES
- SSanta CATALINA

JORNADA PRIMERA

*Salen cSantando los MÚSICOS, detrás de
ellos don JUAN, y don GONZALO, como de ronda*

MÚSICOS: "Ser Reina de las Flores,
la Rosa es la común,
y de las Reinas, Reina
la Rosa del Perú.
Teniendo a Lima el cielo
envidia de su luz,
trocaron sus Estrellas
el nácar al azul.
Engrandézcase el Perú,
si la plata le enriquece,
que la Rosa le ennoblece
con belleza y con virtud."

JUAN: Celebrad su nombre, amigos,
y de esta Rosa el aplauso
nunca cese, pues por ella
en Lima es perpetuo el Mayo.
Celebrad a Rosa, que hace
Cielos de Lima los Prados,
pues su hermosura empobrece
toda la luz de los Astros.

GONZALO: Otra vez, don Juan, os doy
la enhorabuena, y los brazos,
pues soy quien en esta dicha
por vuestro amigo más gano.

JUAN: Siempre de nuestra amistad,
soy yo el deudor, Don Gonzalo,
pero hoy os debe mi amor
todo el fin de mis cuidados:
por vos de la bella Rosa
espero lograr la mano,
y por vos he merecido
ser yo escogido entre tantos.

GONZALO: No me recibáis, don Juan,
la deuda por agasajo,
que a mayor empeño estrecha
de nuestra amistad el lazo.
Y el agradecido, yo
debo ser en este caso,
que aunque vuestro amor ha hecho
esta elección, que os alabo,
y es vuestro el logro y la dicha,
os debo el haber tomado
con tSanta fe los consejos
que os dieron mis desengaños.
Siempre yo, Don Juan, os di
por consejo que al casaros
escogieseis la mujer
que tuviese estos tres grados,
pobre, honesta, y bien nacida,
y en la Rosa son tan altos,
que dudo que haya en las Indias

otra que pueda igualarlos.
De su honestidad testigo,
es la queja de lo avaro
de luz, en que siempre os tiene
de sus ojos el recato.
Su pobreza tan piadosa,
que de sus padres ancianos,
la honrada vejez sustenta
con la labor de sus manos.
Lo bien nacido, no pasa
de unos humildes hidalgos,
que son su padre y su madre,
pero tan limpios, y honrados,
que en su pobreza mantienen
tanto punto, y honor tanto,
que no viven con más fueros
los caballeros más claros.
Pero siendo vos tan rico
y noble, que habéis juntado
los blasones de Toledo
con las riquezas de Indiano,
pudiera el uso del mundo,
con vanidad inclinaros
a una mujer rica, y noble,
pues de esto hay en Lima tanto.
Pero creedme, Don Juan,
que se piensa con engaño
que quien casa con riqueza
va a vivir con más descanso.
Quien casa con mujer rica,
piensa que va acomodado,
y piensa mal, porque muchos
buscan mujer, y hallan amo.
El gran dote en la mujer,
quiere igualdad en el gasto,
y al peso de lo que trujo,
pide la pompa en el fausto.
Por fuerza han de ser iguales
porte, galas, y regalos,

que el dote hace ejecutivo
aqueste pleito ordinario.
Buscar gran dote, es lo mismo
que tomar dinero a daño,
que cuanto más se recibe,
son los réditos más largos.
El que busca mujer rica,
sin cuidar de otros ornatos
que ha de tener, suele dar
en vacío el primer paso.
Y cuando lo reconoce,
no es posible remediarlo,
pues ve después de caído,
que puso los pies en falso.
Vos halláis una mujer,
que es de la modestia aplauso,
de toda virtud ejemplo,
y de hermosura un milagro.
Aunque era Isabel su nombre,
por algún feliz presagio,
su madre la vio en la cuna
toda la cara hecha un Mayo.
Púsole el nombre de Rosa,
pero ella lo siente tanto,
que en llamarla por su nombre
cualquiera le hace un agravio.
No sufre el llamarse Rosa,
que ya le cuesta muy caro,
porque le sale a la cara
el nombre que oye a los labios.
Su padre, Gaspar de Flores,
os dio el sí, pero ha ocultado
esta noticia a su hija,
queriendo que vos bizarro
y galán, se lo digáis
con estilo cortesano,
y de vuestro galanteo
entienda vuestro cuidado.
Y pues ya tener no puede

indecencia el publicarlo,
festejadla, y repetid
gozos, músicas, y aplausos,
que de mayores empeños
es digno logro tan alto.

JUAN: Don Gonzalo, en todo os debo
dicha, consejo, y amparo,
y en todo he de obedeceros,
repita su nombre el canto.

Sale BODIGO

BODIGO: Ah, caballeros.

JUAN: ¿Quién va?

BODIGO: ¿Han visto ustedes acaso
un novio recién nacido,
que salió de aquí acabado
de sacar del horno ahora?

JUAN: ¿Qué decís?

BODIGO: Voy avisando,
que como es novio, y resuelto,
el atarle es necesario.

GONZALO: Éste es criado de Rosa,
y de humor extraordinario.

JUAN: Bien se ve. Pues vos al novio,
¿qué queréis?

BODIGO: Algo, y muy algo,
que espero ser su enemigo.

JUAN: ¿Su enemigo?

BODIGO: Y no escusado,
porque si yo sirvo a Rosa,
es fuerza ser su criado.

JUAN: ¿Y cómo os llamáis?

BODIGO: Código.

JUAN: Cierto, que el nombre es extraño.

BODIGO: Soy descendiente de un cura,
y nací por Todos Santos.

JUAN: Bien está, ¿y de qué servís

a Rosa?

BODIGO: De Boticario.

JUAN: ¿Boticario? Raro oficio.

BODIGO: Por mi vale ella otro tanto:
yo soy quien la hago mujer.

JUAN: ¿De qué modo?

BODIGO: ¿Pues no es claro,
que si no es por la Botica,
no vale la Rosa un cuarto?

JUAN: ¿Pues qué hacéis vos?

BODIGO: Mil remedios,
agua, y vinagre rosado,
jarabe, aceite, conserva,
y lo mejor, un emplasto.

JUAN: Vos tenéis muy buen humor.

BODI: Con la Rosa purgo el malo.

JUAN: Mucho estimo el conoceros.

BODIGO: Y yo a vos para avisaros
de algunos puntos que importan,
porque seáis bien casados.

JUAN: Eso estimaré yo mucho.

BODIGO: Pues señor, si enamorado
os queréis llevar de Rosa,
todo el amor y el aplauso,
lo primero habéis de ser,
en la esfera de cristiano,
muy camándulo fruncido,
cabiztuerto, y mojigato.
Gastar con medida el día,
y tener siempre rezando,
mucha atención con las Horas,
y cuenta con el Rosario.
El ayuno ha de ser mucho,
y a pan y agua, y cascaros
cien azotes cada día,
repartidos en dos plazos.
Con ella no hay que tratar
de galas, que como al diablo
con el traje la hace guerra,

todo su anhelo es un saco.
Su comida es toda yerbas,
con que sacándola al campo,
con dejarla ir a pacer
la sustentará a pasto.
Lo que bebe son historias
de las vidas de los Santos,
porque las tiene bebidas,
y pasa su muerte a tragos.
Y si vos con este aviso
sabéis andar su paso,
en quince días con Rosa
purgaréis vuestros pecados.

JUAN: Mucho estimo la advertencia,
pero agora es mi cuidado
el celebrarla, y quisiera
que esta música que traigo,
cSantase donde la oyese.

BODIGO: Pues eso, yo os daré paso:
esa puerta es la del huerto,
canten allí, que es su cuarto,
y no se perderá gota,
que ha que no se riega un año.

GONZALO: Vamos, que yo haré la guía.

JUAN: CSantad, pues.

BODIGO: ¿Y en qué quedamos?

JUAN: Muy amigos.

BODIGO: No lo creo.

JUAN: ¿Por qué?

BODIGO: Porque este agasajo
estuviera mejor dicho.

JUAN: ¿Cómo?

BODIGO: Hablando por la mano.

JUAN: Dices bien, en ese bolso
van cien pesos.

BODIGO: ¿Ensayados?

JUAN: Dándotelos yo, ¿qué dudas?

BODIGO: No quisiera en este caso,

como es usted Perulero,
que me diera peso falso.

JUAN: cSantad, y al nombre de Rosa
tengan envidia los Astros.

*Vanse [don JUAN y don GONZALO,] cSantando los
MÚSICOS*

MÚSICOS: *"Engrandézcase el Perú,
si la plata le enriquece,
que la Rosa le ennoblece
con belleza y con virtud."*

BODIGO: ¿Cien pesos yo? ¡O bolso fiel,
o novio de mi consuelo!
Páguetelos en el cielo
el peso de San Miguel.
Con cien pesos, por amigos,
hoy multiplico mi ser,
que con ellos puedo hacer
más de un millón de Bodigos.
Cien pesos, o Rosa hermosa,
por tu cara me los dio,
ahora sé que diré yo,
que tienes cara de Rosa.
Hoy su antigua posesión
pierde en mí el hambre fatal,
que era Bodigo mental,
puesto siempre en oración.
Mas divertido me he entrado
en casa, y según advierto

Suena música

ya están cSantando en el huerto.
A lindo tiempo ha llegado,
que a Rosa haciendo labor

la coge en su cuarto sola,
y da el tono golpe en bola:
no prevenirla es mejor.

Y al viejo daré entre tanto
este alegrón, que el oír
cSantar ella ha de sentir
como darla con un canto.

**Vase BODIGO. Descúbrese en medio del Teatro
la SSanta ROSA bordando en un bastidor, y en un altar casero una
imagen de nuestra Señora, y cSantan dentro**

MÚSICOS: *"De Rosa las Estrellas
aprendan resplandor,
que el Sol las escurece,
y ella da luz al Sol."*

ROSA: ¡Que no baste mi humildad,
ni el estar siempre encerrada,
para vivir olvidada
de esta loca vanidad!
¡Qué modo me libraré
de este aplauso que aborrezco?
pero en fin se le agradezco,
por la pena que me da.

MÚSICOS: *"Los ojos de la Rosa
del Sol Oriente son,
pues sólo de ellos nace
su luz, y su calor:
a la Rosa, a la Rosa zagales,
que es la Reina de toda la flor."*

ROSA: Ya pasa de vanidad,
aplauso tan desatento,
tanto Sol, y tanto viento
va a parar en tempestad.

¿Qué halla en mí la atención vana
de la juventud ociosa?

¿Qué tengo yo más de Rosa,
que esta palabra liviana?

¿Qué luces, ni rosicleres
halla en mí? ¿Yo acaso estoy
fuera de mí? ¿Yo no soy
la más vil de las mujeres?

¿No lo dan bien a entender
mis maldades y defectos?
Ojalá fueran secretos,
y no los pudieran ver.

¿Pues en qué me halla el primor
llena de defectos tales?

MÚSICOS: *"A la Rosa, a la Rosa, zagales,
que es la Reina de toda la flor."*

ROSA: No puedo oír tSanta Rosa
sin que el aplauso me asombre,
la culpa tiene este nombre,
que me finge más hermosa.

Yo no quiero aplausos vanos
de este siglo desigual,
ni hermosura corporal
para los ojos humanos.

Mi deseo sólo va
a aquella Rosa interior,
que despide más olor,
cuanto más oculta está.

Sólo quisiera beldad,
digna de aquel Dueño, a quien
de cinco años, por mi bien
votó mi virginidad.

A éste quiero amante, y fiel,
de él he de ser solamente,
y no del mundo indecente,
que busca a quien huye de él.

Señor, ¿cómo he de librarme
de aplauso tan peligroso?
Líbrame tú, dulce Esposo,

es es deuda el ampararme.

María, a cuyo favor
vinculó bien advertida
la dirección de mi vida,
y los logros de mi amor,
si lágrimas en los ojos
son imán de tu piedad,
quítale tú a mi humildad
de este nombre los enojos.

CSantan detrás de la Imagen

MÚSICOS: "*Rosa has de ser, Rosa mía,
que así a mi Hijo has de agradar,
y desde hoy te has de llamar
Rosa de SSanta María.*"

ROSA: Pues si de mi Esposo Eterno
es gusto, ya temo poco
aplausos del mundo loco.

Sale el DEMONIO por un escotillón

DEMONIO: Pues temerás al infierno,

que para hacerte guerra
todo se ha de juntar hoy en la tierra:
espíritus nocivos infernales,
que opuestos a las luces celestiales,
habitáis las tinieblas del profundo,
venid al Nuevo Mundo,
que a todos os convoco,
y aun todos al empeño somos poco,
pues esta tierra, que era siempre mía,
donde siempre reinó mi idolatría,
no sólo se la quita a mi desvelo,
sino que quiere Dios hacerla Cielo.

Y es mi rencor, que cuando me destierra,
sea una vil mujer quien me hace guerra,
de Dios tan asistida,
que mi astucia no halló en toda su vida
un resquicio por donde hacer entrada,
para ver esta torre derribada.
Con ella quiere Dios en esta parte
fijar de la virtud el Estandarte,
porque ella es la primera
que enarbola la cándida Bandera,
y ha de ser aclamada
donde mi falsedad se vio adorada,
mas no le ha de salir de balde al cielo,
pues el infierno todo y mi desvelo
han de intentar batir esta muralla,
de poder a poder es la batalla.
Al arma, al arma, espíritus valientes,
combatidla con vicios diferentes;
ésta es de quien mi enojo se alimenta,
que es cuanto ella más vil, mayor mi afrenta.

ROSA: Yo no sé de qué horror tengo recelo,
porque toda me va cubriendo un hielo.
¿Qué pasmo es éste? ¡Ay Dios, que me desmaya!

DEMONIO: Pues no ha de hacer el cielo que me vaya
sin que vengue mi enojo de algún modo,
ya que no puedo en todo.
Mujercilla, ¿conmigo tan valiente?

Dale el DEMONIO un empujón a ROSA

ROSA: ¡Válgame Dios! ¿Qué es esto?

***Baja el ÁNGEL en aparición
rápida a detener al DEMONIO***

y aliéntese tu amor a la pelea,
que te previene este áspid ponzoñoso,
que en aumentar tu ardor se lisonjea,
que en un riesgo te ha puesto no pequeño,
mas Dios ha de sacarte del empeño.

Sabe que Dios te quiere por Esposa,
y sólo has de ser suya eternamente,
y María te da el nombre de Rosa,
porque no le imagines indecente,
y queda confiada en mi cuidado,
que en todas partes estaré a tu lado.

Vase el ÁNGEL en apariencia

ROSA: ¡O Soberano Señor,
cúmplase tu voluntad,
pues más en mi cortedad
resplandece tu favor.

¿Pero qué riesgo será
el que avisa mis temores,
que indigna de sus favores,
cualquiera asombro me da?

CSantan los MÚSICOS dentro

MÚSICO: "Los rayos de la Rosa,
amante un girasol
siguiendo va, hasta verse
bañado en su esplendor."

ROSA: Éste es el riesgo violento
que me arma aquel enemigo,
porque el temor es testigo
con que me aflige este acento.

¿Mas qué riesgo puede haber
en que el afecto amoroso
de algún caballero ocioso

este alarde quiera hacer?
¿A quién puede dar temor
empeño de afectos tales?

MÚSICOS: "A la Rosa, a la Rosa, zagales,
que es la Reina de toda la flor."

ROSA: ¡Válgame el cielo! ¿Qué tiene
este acento repetido
que me perturba el sentido?
Mas aquí mi padre viene.

Salen GASPAR de Flores, viejo, y BODIGO

BODIGO: Señor, pues aquí le tienes,
quédese hoy en casa el yerno,
que según te esté, es conciencia
perder un día de suegro.

GASPAR: ¿Hija Rosa?

ROSA: ¿Padre mío?

GASPAR: Ya Dios ha oído tu ruego,
pues de aliviar mi pobreza
te ha logrado los deseos:
desde hoy por ti tendré alivio.

ROSA: ¿Pues cómo ha de ser?

BODIGO: Comiendo.

GASPAR: Pues hija, ¿no te lo ha dicho
el enamorado acento,
con que galán te festeja
el que espera ser tu dueño?

ROSA: ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
Toda me ha cubierto un hielo.

GASPAR: Dios para esposo te ha dado
el más galán caballero,
más noble y rico de Lima.

BODIGO: Y aquí hay cien testigos de ello.

GASPAR: ¿Cómo con tSanta tibieza
oyes la dicha que el Cielo
te previene, cuando yo
vengo loco de contento?

BODIGO: ¿No ves que quien calla otorga?

Dice que sí: ya está hecho,
entre el novio, y vamos de ésta.

ROSA: No digo tal.

BODIGO: Pues apelo.

GASPAR: ¿Qué dices, Rosa?

ROSA: Señor,
que echo en tu cordura menos
el no haberme prevenido
a cosa de tanto empeño.
¿Tan poca parte soy yo,
señor, en mi casamiento,
que tratándole sin mí,
me das la noticia de ello,
cuando ya hecho me publica
por suya ese caballero?
¿No fuera mejor pensado
haber cuidado primero
de inquerir mi voluntad,
o avisarla por lo menos?

BODIGO: En eso tiene razón.

GASPAR: ¿Por qué, loco?

BODIGO: Porque es yerro
el querer hacer de Rosa
conserva de casamiento
sin echarla en infusión.

GASPAR: Yo, Rosa, vivo tan cierto
de tu obediencia a mi gusto,
que ningún resquicio dejo
a la duda, de que siempre
obedezcas mis preceptos.
Demás desto, sé que alcanzas,
que el gusto mayor que tengo,
es tu propia conveniencia,
porque no tengo otro anhelo,
sino verte bien lograda,
que es el fin de mis deseos.
La suerte nos trae a casa
hoy a Don Juan de Toledo,

que es de lo más noble de Lima,
y más rico, con que a un tiempo
mi pobreza y tu hermosura
se ven con logro y remedio.
Siendo tan grande esta dicha,
no cupo en mi pensamiento
duda de que tú al oírla,
no le agradezcas al Cielo
una fortuna, que iguala
todos tus merecimientos.

ROSA: ¿Pues qué fortuna, señor,
es ésa de tanto precio?

GASPAR: Un caballero, el más rico
de Lima.

ROSA: ¿Y qué privilegio
nos adquiere su riqueza?

GASPAR: ¿Eso dudas? El consuelo
de tener con qué pasar
la vida, sin el desprecio
en que vive la pobreza.

ROSA: ¿Y esa vida cuánto tiempo
ha de durar?

GASPAR: Eso sólo
Dios es quien puede saberlo.

ROSA: ¿Y quién puede asegurarla?

GASPAR: Dios sólo, que de ella es dueño.

ROSA: ¿Luego tú de Dios confías
lo que has de vivir?

GASPAR: Es cierto.

ROSA: Pues si la vida es lo más,
y lo menos el sustento,
si fías de Dios la vida,
fía también el remedio.
Procuremos buscar, padre,
el Reino de Dios primero,
que estas cosas se vendrán
como añadidas al premio.
De Él esperemos socorro,
que es un pecado muy necio,

que quien fía de Él lo más,
no fíe de Dios lo menos.

GASPAR: Fíar de Dios, es forzoso,
mas Él nos ofrece medios
proporcionados a todos,
para que nos sustentemos.
Viendo estos medios, nos toca
confiar y obrar con ellos,
que dejarlos, y fiar
de su piedad el sustento
es tentar a Dios y dar
en más peligroso extremo.

ROSA: Quien todos los medios deja
confiado en Dios, es cierto,
mas aquél que por seguir
un estado más perfecto,
deja medios que le sacan
del camino en que se ha puesto,
éste bien fía de Dios,
y es justo y santo el desprecio
que hace del bien temporal
para buscar el eterno.
Yo en fin dedicar a Dios
mi castidad he resuelto,
y riquezas que me saquen
de este estado no las quiero.

GASPAR: ¿Pues no es el del matrimonio
digno estado?

BODIGO: Santo, y bueno.

ROSA: Pero éste es santo, y mejor.

BODIGO: Si los casados son buenos,
más santos en este estado
hay, que en esotro, y lo pruebo.

ROSA: ¿De qué suerte?

BODIGO: De esta suerte:
Nunca es más de uno el soltero,
los casados son dos santos,
y dos son más que uno: luego
más santos en este estado

viene a haber.

ROSA: Buen argumento.

La castidad conjuga
es virtud de menos precio
que la virginal, que es siempre
más consumada.

BODIGO: Eso niego,
que siempre es más consumada
virtud, la del casamiento.

GASPAR: En fin, Rosa, ¿no haces caso
de la dicha que te ofrezco,
ni de darme una vejez
de tanto honor y provecho?
¿La incomodidad que paso
no te duele, ni el anhelo
con que tú pasas la vida
de tu labor en el remo
día y noche, por ganar
lo que en la casa comemos?
¿Siempre habemos de vivir
con el afán de lo incierto,
que deja hoy para mañana
el limitado sustento

ROSA: Si Dios con su providencia
de esa suerte lo ha dispuesto,
¿por qué no hemos de aceptar
un trabajo tan ligero?
¿Hay cosa como vivir
de su trabajo comiendo,
lo que porque cuesta más,
es el sabor de más precio?
Mejor trata Dios al pobre
que al rico, que el pobre a ruegos
siempre está llamando a Dios,
y Dios siempre a oírle atento.
Y el rico en sus abundancias
se olvida de Él, o a lo menos
no pone en Dios esperanza,
porque la tiene en los medios.

Teniendo por padre un Dios
tan benigno, y tan excelso,
que sobre justos, e injustos
nacer hace el Sol del Cielo.
¿Quién puede sentir con queja
ser pobre, sino el soberbio,
a quien Él tener tuviera
lo suficiente contento?
Mas quien con lo necesario
se ajusta, vive en sosiego,
porque eso ni aun al indigno
jamás se lo niega el Cielo.
¿Cómo puede faltar Dios
a lo necesario, siendo
tan piadoso?, que por ver
que a los pollos de los cuervos
al nacer blancos, los padres
desamparan como ajenos,
los cría, y da su clemencia
de su mano el alimento.
Mira las aves del aire,
que llevando el pico al viento,
ni aran, ni siembran, ni siegan,
ni encierran en sus graneros.
Y Dios las sustenta a todas
como providente Dueño,
que no hay grano que no tenga
libranza para su efecto.
Mira los hijos del campo
con la librea del cielo,
sin hilar, ni trabajar,
de olor y hermosura llenos.
Salomón en triunfos tantos
por la gloria de su Imperio,
con su riqueza no pudo
vestirse como uno de ellos.
¿Quién podrá de criaturas
contar el número inmenso?
¿Qué esperan en Dios, que a todas

da su comida su tiempo?
La magnífica despensa
tiene Dios del universo
siempre abierta, y todos hallan
en ella su despensero.
Si a tan pequeñas criaturas
no niega Dios el sustento,
¿cómo ha de faltar al hombre,
que a su semejanza es hecho?
Busquemos a Dios, señor,
y en la forma que podemos
lleguemos de nuestra parte
a lo que alcanza el esfuerzo.
Y no por vivir mejor
dejemos lo más perfecto,
que si Dios sustenta al malo,
¿cómo ha de faltar al bueno?
Yo me he dedicado a Dios,
en Él buen esposo tengo;
no quieras, señor, quitarme
de tan venturoso empleo.
Que no es igual el partido
que se aventura en el trueco,
por pasar bien cuatro días,
pasar mal siglos eternos.

BODIGO: (Aquí paz, y después gloria: **Aparte**
¡gran sermón! Mas dirá el viejo,
aquí guerra, y después boda.)

GASPAR: Rosa, yo he estado atendiendo
para poder escucharte.
Aquel amor que te tengo,
¿te habrá dado confianza
de pensar que mis preceptos
son fáciles de volver
conformes a tus deseos?
Y pensarás bien sin duda,
por lo mucho que te quiero,
si a poder mudar dictamen,
diera lugar el empeño.

Pero ya no puede ser,
porque yo a tu bien atento,
y fundado en tu obediencia,
dirigida a mi consuelo,
te he ofrecido por esposa
a Don Juan, y él a sus deudos
y amigos lo ha publicado.
Yo esta noche los espero,
a la primera visita,
ya sabes el cumplimiento
que requiere esta función.
Mi honor está de por medio,
no tengo más que decirte,
que bien sabes que primero
que cualquiera atención, es
tu obediencia y mi respeto.
Yo voy luego a recibirlos;
no pueda, ni el pensamiento,
presumir tu repugnancia,
que esto no tiene remedio.

Vase don GASPAS

BODIGO: Señora, ¿aquí hay que dudar?
ROSA: Mucho, y mucho que temer,
mas Dios me ha de defender.
BODIGO: Pues Don Juan se ha de casar,
que ya ha elegido compadre,
y yo de ello soy testigo.
ROSA: No se casará conmigo.
BODIGO: Pues casará con tu padre.
ROSA: Dios mío, de tu favor
espero el remedio ahora.
BODIGO: ¿Qué es lo que dices, señora,
que en esto dude tu amor?
¿Y que un novio no te encante,
galán, rico, y caballero,
liberal, y perulero,

- que es circunstancia agravante?
- ROSA: Yo tengo Esposo mejor,
a quien el alma entregué,
y le he de guardar la fe
que le ha jurado mi amor.
Ya es en vano la porfía,
porque esa acción no está en mí,
pues cuando a Dios me ofrecí,
dejé luego de ser mía.
Ya no hay para mí otro amor,
que de Dios he de ser toda.
- BODIGO: ¿Pues qué haremos de esta boda,
que está ya en el asador?
Ver tSanta gala sacada
en vano, ¿no te da pena?
¿Y la comida y la cena,
que la tengo ya tragada?
¿Y el novio ha de irse a la calle,
que según tu amor le trata,
si la boda se dilata,
es menester encerralle?
- ROSA: Todo su afecto es en vano.
- BODIGO: ¿Pues qué habéis de hacer los dos?
- ROSA: Yo sólo estarme con Dios.
- BODIGO: ¿Y él con su boda en la mano,
y yo qué le he de decir
con cien pesos recibidos
a cuenta de los corridos?
- ROSA: Volvérselos.
- BODIGO: ¿A pedir?
Volver fuera infame nota:
no haré tal.
- ROSA: ¿Pues qué has de hacer?
- BODIGO: Por no saber yo volver,
nunca juego a la pelota.
- ROSA: ¿Pues también tú quieres ser
causa de mis desconsuelos?
- BODIGO: Eso no, viven los cielos,
contigo he de perecer.

Yo de la boda verdugo
he de ser siempre contigo,
y ha de ser tuyo Bodigo,
aunque me vuelva mendrugo.

ROSA: Pues Dios me ha de defender,
que de Él espero favor,
que no es el riesgo mayor
éste en que me ha de valer.

Suenan instrumentos dentro

BODIGO: Mas, señora, el enemigo.

ROSA: El cielo me dé osadía.

BODIGO: Válgate el Ave María,
que ya la boda es contigo.
Jesús, y qué bravos flascos
vienen a ver lo que pasa.

ROSA: ¿Qué dices?

BODIGO: Que ya en tu casa
toda Lima está hecha cascós,
y música.

ROSA: Mi cuidado
se ha de lograr como espero.

BODIGO: Como el novio es caballero,
quiere venir entonado.

Sale GASPAR de Flores

GASPAR: Rosa, la hora ha llegado.
Ya ves, hija, lo que pasa,
todo el Perú está en tu casa,
y yo de ti confiado,
que has de [mirar] por mi honor,
y la palabra que di,
pues para mirar por ti,
se ha adelantado mi amor:
ya ves lo mucho que gana

mi honor, y de aplausos tú.

BODIGO: La boda es en el Perú,
pero parará en La Habana.

ROSA: (Hasta tener ocasión **Aparte**
me importa disimular.)
Yo señor siempre he de estar
a lo que fuere razón.

GASPAR: Siempre estaba yo esperando
de tu juicio ese primor.

BODIGO: Señor, manos a la labor,
que ya va la boda entrando.

*Salen todos los que pudieren de
acompañamiento, y detrás don GONZALO y don JUAN, y
cSantan los MÚSICOS*

MÚSICOS: *"Al arma, al arma, Cupido,
que del tiempo vencedora,
de rayos de nieve armada
corre la campaña Rosa."*

GASPAR: Llegad ya, señor don Juan,
que os espera vuestra esposa.

JUAN: Con el riesgo del que al Sol
se acerca, llego, señora,
a vuestras divinas luces,
pero valdráme la sombra
que les hace vuestro nombre,
pues vuestras luces piadosas
tienen esplendor de Sol
con suavidades de Rosa.

BODIGO: No la olerá él, si ella puede.

GASPAR: ¿No respondes?

ROSA: Dudo ahora
lo que pueda responder,
pues ni tengo acciones propias,
ni palabras, porque soy
de quien es mi Dueño, toda.

- JUAN: Al colmo llegó mi dicha.
- GASPAR: Es muy discreta mi Rosa.
- BODIGO: (Tan discreta, que da espinas, **Aparte**
y parece que son hojas.)
- GONZALO: Yo, Rosa, en esta aventura
soy el que más parte logra,
por lo mucho que el aumento
de vuestra casa me toca,
y de Don Juan, por amigo,
con que por una y por otra
deuda, dos veces os doy
la enhorabuena dichosa.
- GASPAR: Siempre, señor don Gonzalo,
mi casa os debió estas honras.
- GONZALO: Nunca podrán igualar
las virtudes de Rosa.
- BODIGO: (Luego lo verá en la purga.) **Aparte**
- GASPAR: Don Juan, porque a las señoras
demos lugar, a esta sala
nos retiremos ahora,
mientras Rosa las recibe,
para que en orden se ponga
la escritura, porque hoy quede
otorgada en toda forma.
- JUAN: Ya como hijo, solamente
obedeceros me toca.
- GONZALO: Vamos pues, guiadnos vos.
- BODIGO: (¿En qué parará esta boda?) **Aparte**

*Vanse todos menos la sSanta ROSA, don JUAN, y
BODIGO*

- ROSA: Señor don Juan, dos palabras
os he menester a solas.
- JUAN: A obedecer vuestra voz
os espera el alma prompta.
- BODIGO: (Rosa, aquí saca su flor. **Aparte**
¿Qué hará este novio, si ahora,

como el que halla pollo en huevo,
le sale huera la novia?)

ROSA: Bodigo, atiende a mi padre.

BODIGO: A nadie temas, señora,
que a tu lado está un Bodigo
más valiente que una torta.

Vase BODIGO

ROSA: Señor don Juan, la fineza
con que por gusto o lisonja,
o aprehensión me habéis querido,
os quiero pagar con otra.
La mayor, que una mujer
hace por quien la enamora,
es ahorrar al desengaño
la dilación y la costa.
Vos lleno de los blasones,
que vuestra sangre coronan,
tenéis igual la riqueza
al crédito que os adorna.
Y con toda la opulencia,
abatís vuestra persona,
siendo yo tan desigual,
a escogerme por esposa.
Yo soy una mujer pobre,
y humilde, y aunque notoria
mi hidalga limpieza, oscura
por ser mi fortuna corta.
Con que no queda motivo
para elección tan impropia,
sino la vana opinión,
que me da el vulgo de hermosa.
No disputo si lo soy,
que el serlo, o no, poco importa,
pues la ley de la hermosura
hay gustos que la derogan.
Y aunque la hermosura es prenda

con que los hierros se doran,
que han hecho en el mundo muchos,
es menester cuando es sola,
que haya amor en la hermosura,
que ella amante corresponda,
porque si no es mucho el precio,
y nada lo que se compra.
Esto supuesto, Don Juan,
siendo mi suerte tan corta,
era menester suplirla
con amor, y que mis joyas
fuesen cariños y halagos.
Yo me hallo en este estado ahora
de no poderos querer,
ni esperarlo, ni hallo forma
de imaginarlo, ¿mirad
si me queréis por esposa?

JUAN: Para poder responderos,
me dais licencia, señora,
de preguntaros la causa
de aversión tan rigurosa.

ROSA: Como vos me deis palabra,
con vuestra fe generosa
de desistir del empeño,
y hacer vuestra la victoria,
sin que en ello de mi padre
la noticia se interponga,
yo os la diré llanamente.

JUAN: Si es causa justa, es forzosa
la aceptación de tu padre.

ROSA: ¿Me la dais en esa forma?

JUAN: No la puedo yo negar.

ROSA: Pues mirad si causa sobra
a un corazón, que amante
tiene dueño a quien adora,
y a quien ha dado palabra
y mano de ser su esposa.
Yo soy de este amor esclava,
considerad vos agora,

si os estará bien casaros
con quien por su misma boca
confiesa en vuestra presencia
el amor de otra persona.

Sale el DEMONIO embozado

DEMONIO: (Logre la ocasión mi rabia: **Aparte**
con el amor que blasona,
la he de armar una traición,
sin que ella aquí lo conozca,
fingiéndome yo el galán,
que está diciendo que adora.)

JUAN: (¿Qué es lo que miro? Este empeño, **Aparte**
ya es fuerza ser de más costa
pues al decir Rosa que ama
otro dueño, un hombre emboza
la cara y sale a afirmarlo.)

DEMONIO: Ya me ha visto: ahora importa
irme y dejarle en la duda.

Vase el DEMONIO

JUAN: Esto ya otro color toma,
pues salir a confirmar
lo que está diciendo Rosa
e irse, ya es desafiarme.

ROSA: Don Juan, no se descomponga
tanto vuestro sentimiento,
que yo os he dicho.

JUAN: Señora,
no prosigáis.

ROSA: ¿Pues por qué?

JUAN: Porque no sois la persona
a quien yo he de responder.

ROSA: ¿Pues quién?

JUAN: Quien vuestro amor logra,

pero yo haré que le olvide.

ROSA: ¿Cómo?

JUAN: Con matarle agora.

ROSA: ¿Dónde vais?

JUAN: A darle muerte.

ROSA: Mirad, que es empresa loca.

JUAN: ¿Por qué?

ROSA: Porque es muy valiente.

JUAN: Eso lo verán las obras.

ROSA: Mirad que no le hallaréis.

JUAN: Aunque en el Cielo se esconda.

ROSA: Mirad, que es.

JUAN: Yo lo sabré
cuando a mis p!Santas le ponga.

Vase don JUAN

ROSA: Pues yo lo dejo por Dios,
Dios mirará por su esposa.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Sale don JUAN

JUAN: Ya el fuego que me abrasa,
ladran cruel de mi feliz sosiego,
a desesperación violenta pasa,
dejándome más ciego,
con lo imposible de enmendar mi daño,
no pudiendo encontrar el desengaño.
Los pasos de aquel hombre cauteloso,

que de Rosa galán, tuvo osadía
para salir a defender bríoso,
a sus umbrales sigo noche, y día,
sin poder el valor, ni el artificio,
de este galán fSantasma darme indicio.
El tiempo, y la paciencia
pierde mi amor, que crece con los celos,
y ellos con no llegar a su presencia.
¿Quién será este hombre, cielos,
tan osado, y cobarde?

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Todo cabe
en mi malicia, que juntarlos sabe,
mas en vano lo intenta mi desvelo,
pues tengo contra mí el favor del cielo.
Ya Rosa ha conseguido.
que hayan del casamiento desistido,
y que de Dios la dejen ser esposa,
y lo que más enciende mi cuidado,
y con furia rabiosa
estorbar he intentado,
es que de Siena el cielo la destina
a ser imitación de Catalina.
Pues como ella a sus padres ha sufrido,
por no querer hacer el casamiento,
tantos castigos, que los ha rendido
a su dictamen, con el sufrimiento,
pues ya de castigarla se han cansado,
y a Don Juan con su queja le han dejado.
Y aunque por mil caminos lo he emprendido,
estorbar no he podido
que el hábito tomase de Tercera
de Domingo, porque esta es la carrera
a que la tiene el cielo destinada,
y es mi pena doblada,
porque esta religión me hace más guerra,

que todo lo excelente de la tierra.
A tanto extremo pasa
de esta flaca mujer la fe valiente,
que en su huerto labró una celda escasa,
donde está penitente,
a todo humano trato tan negada,
que aun de sí misma vive retirada.
Allá de Dios está tan asistida,
que a las p[er] Santas, las aves, y las flores,
cada día a alabar a Dios convida,
y todas dicen rústicos amores,
y aun hasta los mosquitos con el ruido
hacen su consonancia de zumbido.
Mas su mismo retiro
ha de valerme para su caída,
pues con los celos de su amante aspiro
a verla tan perdida,
que escándalo ha de ser aun del profundo,
la que hoy admiración del Nuevo Mundo.
Éste es su amante, introducirme quiero
con él, porque se logre de mi cuidado.

JUAN: Esto es de desesperar.

DEMONIO: Ah, caballero.

JUAN: ¿Quién llama? Extraño asombro me ha causado
la voz de este hombre. ¿Si será este acaso
el que causa el incendio en que me abraso?

DEMONIO: De haberos visto aquí tan asistente,
inquieto, descompuesto, y receloso,
me he atrevido a pensar, que vos valiente
buscáis un enemigo cauteloso,
que se os esconde, y le buscáis en vano,
porque no le ha de ver desvelo humano.

JUAN: ¿Pues quién es, que es de hallar tan imposible?

DEMONIO: Es el mismo inventor de la cautela.

JUAN: Sea quien fuere, ¿acaso es invisible?

DEMONIO: Haced cuenta que sí, pues os desvela
también que en esta casa su osadía,
entra, y sale, sin verle cada día.

JUAN: ¿Cómo es posible, cuando yo velando

noches, y días, a buscarle asisto,
y cuanto sale, y entra, registrando,
de hallarle señas, ni esperanza he visto?

DEMONIO: Ésa es la maña, porque sale, y entra
por delante de vos, y no os encuentra.

JUAN: ¡Viven los Cielos, que eso es increíble!

DEMONIO: Pues por eso el hallarle es imposible.

JUAN: ¿Quién sois vos, que tenéis tSanta noticia
de sus cautelas, y de mi cuidado?

DEMONIO: Yo no quiero encubriros mi malicia,
porque de él más que vos soy agraviado,
y en materia más alta, que en amores,
pues sin honra me tienen sus rigores.
Mas si queréis que os logre la venganza,
de poneros con él, y ver logrado
vuestro amor, y de Rosa la mudanza,
os habéis de fiar de mi cuidado,
sin saber queréis de mis secretos,
que lo que os descubrieren los efectos.

JUAN: Sólo os he de pedir una licencia
de preguntaros, pues habláis de Rosa,
¿qué estado tiene la correspondencia
de ese que tuvo suerte tan dichosa?
Porque a la Rosa todo el mundo estima,
y su virtud venera toda Lima.

DEMONIO: Esa virtud es toda hipocresía,
y con ella disfraza el fuego ardiente
del amor que a su amante sólo fía,
por él se ha puesto en traje penitente,
y tanto de su amor es el delirio,
que su vida por él es un martirio.
Es tan crüel su amante, y tan tirano,
que no quiere que a nadie bien parezca,
y la obliga a un amor tan inhumano,
que hace que aun a sí misma se aborrezca,
y el día que su amor la comunica,
ningún alivio a su sustento aplica.
En contemplar en su tirano dueño
pasa días, y noches, solamente

le hurta dos horas, que le paga al sueño,
 y aun soñando también está presente,
 y es su amor a su amante tan atento,
 que no respira, sino con su aliento.
 Cuando le espera, y se halla desvelada,
 de su dolor haciendo la defensa,
 la madeja del pelo a un clavo atada
 en el aire se deja estar suspensa,
 con las puntas del pie tocando el suelo,
 que tan costoso es de su amor el vuelo.
 La cama en que descansa las dos horas
 es de unos leños desiguales secos,
 que de cascós, y puntas cortadoras,
 en vez de lana están llenos los huecos,
 adonde para no hacer pesado el sueño,
 su mismo cuerpo trata como al leño.
 De amargas hieles hace la bebida,
 y de yerbas silvestres el sustento.
 Cuando es muy regalada su comida,
 es pan hervido en agua solamente,
 y a veces sólo come su osadía,
 cinco pepitas de naranja al día.
 No habrá lengua que explique los rigores
 con que se aflige, y a su amante agrada,
 dando a entender, que en solo sus amores
 con tSantas penas vive consolada,
 que su amante crúel en tantos duelos,
 de qualquier gusto suyo tiene celos.
 En este estado está el amor de Rosa,
 pasando con rigor tan increíble,
 una vida que es muerte dolorosa.
 (¡Ah, pesar de mi rabia! ¿Que es posible,
 que cuando es deshonorarla mi desvelo,
 a contar su virtud me obliga el Cielo?)

Aparte

JUAN: Absorto estoy de oír amor tan raro,
 y resistir la pena no pudiera,
 a no tener la duda por reparo;
 ¿Ese amante crúel es hombre, o fiera?

DEMONIO: Hombre es, tan hombre, para que os asombre,

que todo mi rencor es, porque es hombre.

JUAN: ¿Pues cómo cabe en corazón humano
tan bárbaro, y sangriento desatino?

DEMONIO: Como tiene un amor tan soberano,
que se trata con fueros de divino,
mas vos lo habéis de ver.

JUAN: Tened, que viene
un hombre que ocultárselo conviene.

Sale don GONZALO

GONZALO: Mucho me alegro, don Juan,
de veros en esta casa,
si ya obedeciendo al cielo,
de vuestro enojo es templanza.

JUAN: (Disimular me conviene **Aparte**
hasta lograr mi venganza.)
Don Gonzalo, las pasiones
dándoles tiempo se acaban.
Yo estoy ya desengañado
de que era de Rosa, el nácar,
digno de logro más alto,
y que mi fortuna escasa
no mereció su hermosura.

GONZALO: Don Juan, ella es una sSanta,
y cuando por Dios os deja,
os venera, y no os agravia.

DEMONIO: Mira la opinión que tiene,
tú verás en lo que para.

JUAN: Don Gonzalo, así lo creo.

GONZALO: Pues ya que estáis en su casa,
y no habéis visto a su padre
desde aquella noche infausta,
¿os vais sin hablarle ahora
por consuelo de sus canas?

JUAN: No es posible, porque agora,
a un negocio de importancia
me lleva esta caballero.

DEMONIO: Venid, que ya nos aguardan.

GONZALO: Esperad que él sale aquí.

JUAN: A hablar sólo una palabra
no es posible detenerme.
Adiós.

DEMONIO: Tú verás lograda,
si yo puedo, a un mismo tiempo
su afición, y tu venganza.

JUAN: Vamos luego, que por ella
daré la vida.

DEMONIO: (Y el alma.) **Aparte**

Vanse los dos y sale GASPAR de Flores

GASPAR: Señor Don Gonzalo, hoy tiene
nueva vida mi esperanza,
pues vos que sois mi consuelo,
hoy venís a honrar mi casa.

GONZALO: Yo, señor Gaspar de Flores,
soy quien los honores gana,
y quien a lograrlos viene.

GASPAR: Yo, amigo y señor, estaba
para salir a buscaros,
porque son mis dudas tSantas,
que sólo vuestro consejo
puede moderar las ansias
que cada día con Rosa
más vivo temor me causan.

GONZALO: ¿Pues qué hay agora de nuevo?
Ya que quedó sosegada,
y cesando el casamiento,
ha logrado la palabra
que dio a Dios de ser su esposa,
y la dudosa esperanza
de Hábito de Tercera
de Santo Domingo, ¿en qué halla
su espíritu tanto aliento?
¿Ya no logró su eficacia

vivir en la estrecha carcel
de su celda, retirada
de todo humano comercio?
¿Pues qué duda os sobresalta,
cuando ella, el mejor camino
ha escogido, y ya la fama
de su virtud, toda Lima
publica, admira, y alaba?

GASPAR: Ése es mi mayor cuidado,
pues por esas voces, anda
mi casa en lengua de todos,
y su crédito en balanzas.
Unos dicen que [es ilusa],
que su devoción es falsa,
otros, que hace su flaqueza
visiones imaginarias.
Otros, que estoy en peligro
de que la lleven mañana
a la Inquisición, y quede
sin honra toda mi casa.
Y que yo tengo la culpa
pues faltando a mi palabra,
por rendirme a su elección,
en ilusiones fundada,
perdí a don Juan de Toledo,
que enemigo se declara,
y quedando pobre, y viejo,
sin arrimo que me valga,
a pique estoy de perder
el pobre honor de mi casa.

GONZALO: Si vos, señor, dais oídos
a las opiniones varias
que el vulgo siempre ignorante
en estos casos derrama,
no podréis tener sosiego,
porque su opinión liviana
se mueve como veleta
del aire que se levanta:
¿Rosa de sus confesores

no está bien examinada?

GASPAR: El doctor Juan del Castillo,
y el maestro Lorenzana,
que del glorioso Domingo
son las antorchas más claras,
y toda su religión
aprueba, admira, y ensalza
su vocación por segura,
y para más confianza
también de la Compañía
de Jesús a examinarla
han venido los maestros
de más letras y más fama,
y todos están conformes.

GONZALO: Pues si ella tiene esas basas,
en que funda el edificio,
segura tiene la pSanta.

GASPAR: Pero vencida esa duda,
otro riesgo me amenaza.

GONZALO: ¿Cuál es?

GASPAR: La vida de Rosa,
que según vive, se acaba,
pues sobre las penitencias,
que vos sabéis tan extrañas,
tanto ayuno, y disciplinas
que se da, casi inhumana,
con las cadenas de hierro,
hasta que aliento le falta.
Hoy la he hallado una corona,
que trae de pelo rapada,
con tres órdenes de clavos
de a treinta y tres cada banda.
De sus puntas tiene toda
la cabeza taladrada,
y la sangre corrompida
casi ya en todas las llagas.
¿Cómo ha de vivir con esto
una mujer delicada?
Y si ella muere, con ella

muere toda mi esperanza.

GONZALO: Siendo ella tan obediente,
¿es posible que no basta,
que vos la mandáis que excuse
violencias tan temerarias?

GASPAR: Es tan rara su agudeza,
que siempre obedece, y halla
modo, con que obedeciendo,
más sus dolores agrava.
Pero pues habéis venido,
y ella os [respeta], y os ama,
quisiera ver si por vos
algo su rigor ablanda,
o a lo menos que se quite
del potro de aquella cama,
donde padece tormentos
las dos horas que descansa.

GONZALO: Pues llamadla.

GASPAR: En una celda
de este huerto está encerrada,
y Bodigo es el portero:
llamad adentro.

< desde responde y >

BODIGO: Deo [gratias].

GONZALO: Por siempre, hermano, abra ahí.

BODIGO: ¿Abra ahí? No hay tal palabra
en la sagrada escritura.
Abraham dirá, si ese llama,
y le abrirá al santo viejo.

GONZALO: Abra, Bodigo, ¿qué aguarda?

Sale BODIGO, de donado

BODIGO: Jesús sea con nosotros,
y qué gente tan cansada
son estos hombres del siglo.

GONZALO: ¿Por qué, Hermano?

BODIGO: Porque llaman
 como fruteras. ¿Presumen
 que es lo mismo en esta casa
 venir a hablar con los santos,
 que ir por peras a la plaza?

GONZALO: ¿Quién son los santos, Hermano?

BODIGO: Los que a aquel Señor alaban,
 y en su alabanza se arroban.

GONZALO: ¿De qué suerte?

BODIGO: Verbigracia.

GONZALO: Luego también el hermano
 es santo ya?

BODIGO: En eso se anda.

GONZALO: ¿Pues qué milagros ha hecho?

BODIGO: Cada día uno de fama.

GONZALO: ¿Y cuál es?

BODIGO: Matar el hambre.

GONZALO: ¿Y ése es milagro?

BODIGO: Ella es tSanta,
 que es grandísimo milagro;
 pero es virtud, y ordinaria.
 Milagros no hacen caso,
 esos se hacen mientras se asa.

GONZALO: ¿Qué se ha de asar?

BODIGO: La virtud,
 que está de amor en la llama
 derritiendo el corazón,
 que cuando duerme, descansa.

GONZALO: La virtud siempre está en vela.

BODIGO: Pues eso derrite el alma.

GONZALO: ¿Qué hace Rosa?

BODIGO: ¿Queréis verla?

GONZALO: Quisiera verla, y hablarla.

BODIGO: Está cosiendo una obrilla,
 que la he dejado cortada.

GONZALO: ¿Qué obrilla?

BODIGO: Unos milagrillos
 que se han de entregar mañana.

GONZALO: ¿Luego el hermano los corta?

BODIGO: Como aún no está examinada
la Rosa, cortar no puede.
Es novicia, y coser basta.

GONZALO: ¿Pues ya es maestro Bodigo?

BODIGO: Es muy antigua mi gracia.

GONZALO: ¿Cómo?

BODIGO: Los Bodigos tienen
las virtudes en la masa,
mas no nos dejan aquí
hacer cosa de importancia.

GONZALO: ¿Pues aquí quién los estorba?

BODIGO: Unos angelillos que andan
juguetoncillos, que enredan
todo cuanto se trabaja.

GASPAR: Llama a Rosa.

BODIGO: Ya te ha oído,
con que es preciso que salga.

Sale ROSA de tercera dominicana

ROSA: Tu bendición, padre mío,
me da.

GASPAR: La de Dios te caiga,
hija mía, hija querida,
que tú de mi edad cansada
eres el báculo firme.

BODIGO: La boca se me hace agua
de ver al viejo tan tierno.

ROSA: Yo, padre, estoy a tus plSantas.

GASPAR: No, sino en mi corazón,
porque tú me le dilatas.

BODIGO: Para Roma es bueno el viejo,
porque todo se hace papas.

GASPAR: Habla el señor don Gonzalo,
que viene a verte.

ROSA: Otra causa
le traerá, que la de verme.

Bien se ve, señor, que es vana.

GONZALO: Aunque el veniros a ver
tantos consuelos me alcanza,
hoy no vengo por el mío,
sino por el que le falta
a vuestro padre, que tanto
vuestro rigor menoscaba.
El servir a Dios, señora,
no es tan sangrienta batalla,
que ha de ir siempre a sangre, y fuego,
que la condición humana
es débil, y al hombro flaco
con una prudencia sSanta
debe la virtud perfecta
proporcionarle la carga.
Vuestras mortificaciones
tocan mucho en temerarias,
y aunque a vos os vivifiquen,
a vuestro padre maltratan.
Y yo vengo a suplicaros,
que en ello toméis templanza,
que a vuestro padre no aflija,
y a vuestro amor satisfaga.

BODIGO: Eso no le quitarán
los azotes que se casca,
aunque la echen a galeras.

GONZALO: ¿Pues por qué?

BODIGO: Porque mandarla
que no se azote, es mandar
a un cochero beber agua:
los azotes son sus dulces.

GONZALO: No en azotes se repara,
sino en otras penitencias
de más rigor.

BODIGO: Eso vaya,
como la dejen las vueltas,
quítenle las cariñanas.

ROSA: Cierto, señor Don Gonzalo,
que esa piedad mal fundada,

nace, aunque de vuestro pecho,
de más crüeles entrañas.

GONZALO: ¿Estoy de entrañas crüeles?

ROSA: Sí, y la razón está clara,
porque quien quita el alivio
a un corazón, con la capa
de piedad, dobla la herida,
porque le ofende, y le engaña.
Vos por mirar por mi vida
corporal, con piedad falsa,
queréis quitar a mi amor
vida que nunca se acaba.
Esa piedad es crüel,
porque dos veces me agravia,
en persuadirme el error,
y quitarme la ganancia,
y para verlo más claro,
¿qué gozos más se dilatan,
los del alma, o los del cuerpo?

GONZALO: Cierto es que son los del alma
más dilatados, pues tienen
la capacidad más alta.

ROSA: Pues sentada esa verdad,
sentad también en la vasa,
de que Dios da por las penas
las dulzuras de la gracia,
y que por qualquier trabajo
se dobla el gozo que gana.
Luego si el alma es capaz
de glorias más dilatadas,
y por las penas del cuerpo
doble los gozos del alma,
no es piedad, sino es crueldad
la que de quitarme trata
por un alivio tan breve,
una ventura tan larga.

GONZALO: Aunque es verdad que es más gozo
el que el espíritu alcanza,
y ése le da Dios por premio

de lo que el cuerpo trabaja,
no negaréis, Rosa, que hay
medidas proporcionadas
a lo que alcanza de esfuerzo
la naturaleza flaca.

Luego la virtud perfecta
debe medir con templanza
a lo que llega su esfuerzo,
porque si pasa de raya
por penitencia indiscreta,
la vicia esta circunstancia.

ROSA: Ese argumento distingue
el estado de las almas.
Cuando un alma se gobierna
por virtudes ordinarias,
debe usar de la prudencia,
que es quien a todas las manda
para que tomen el medio,
y porque ninguna salga
a los extremos viciosos,
y en este caso se halla
la indiscreción que decís,
si a este cuidado se falta.
Mas cuando un alma está ya
de sus pasiones purgada,
el Espíritu Divino
la mueve, y entonces anda
al paso que Dios la mueve.
No hay allí prudencia humana,
porque es el Don de Consejo,
que a la prudencia aventaja
quien la dirige,
y la mueve a empresas arduas.
No padece duda alguna,
porque da una luz tan clara,
que de todo la asegura,
y en este estado se alcanza
aquella gran muchedumbre
de dulzura extraordinaria,

que para los que le temen,
escondió Dios en su gracia.

GONZALO: ¿Pues puede moveros Dios
a dormir en una cama
de cinco leños nudosos,
llenos de tejas quebradas,
cuyas puntas se ensangrientan
en quien en ella se descansa?

ROSA: ¿Y la que tuvo mi Esposo
en la cruz, era más blanda?

GONZALO: ¿Y Dios os manda tener
una celda tan escasa,
que en pie no cabéis en ella?

BODIGO: Es verdad, porque entra a gatas.

ROSA: Si cabemos yo, y mi Esposo,
¿no tiene el altor que basta?

GONZALO: ¿Y el no comer, cuando siempre
el estómago os maltrata
con su dolor?

BODIGO: A eso voy,
esto importa a la maraña.
Mándemela usted que coma,
que eso me la tiene flaca,
y si es sSanta, en engordando,
tendrá mucho más de sSanta.

ROSA: Yo lo que he menester como,
lo demás no me hace falta.

BODIGO: Pero me hace falta a mí,
que los criados se hartan
de lo que sobra a los amos,
y el pobre Bodigo anda
siempre royéndose el nombre,
porque jamás sobra nada.

ROSA: Tú come lo que quisieres.

BODIGO: ¿Dónde está?, que aquí se pasa
sólo con olor de Rosa,
que es comida valenciana.
Señor, esto es perdición,
ella toma una naranja,

y se come tres pepitas,
y yo ando siempre a la cuarta.

GASPAR: Aunque a tu espíritu, Rosa,
debo dar mucha alabanza,
sólo una cosa hallo en él,
que siempre me desagrada.

ROSA: ¿Qué es?

GASPAR: Tener voluntad
aun más que la necesaria.

ROSA: Yo, padre mío, la tengo
siempre rendida a tus p[er]santas.

GASPAR: Pues quita esa cama dura.

ROSA: Yo la tengo aconsejada
de mi confesor, y luego
la quitaré, si él lo manda.

GASPAR: Pues con eso voy contento.

GONZALO: Y yo, Rosa, os doy las gracias.

GASPAR: Vamos, señor don Gonzalo,
al maestro Lorenzana.

GASPAR: Vamos, que él lo hará sin duda.

BODIGO: Oye usted, sea plenaria
la indulgencia, y saque usted
una cena regalada
para esta noche.

GASPAR: ¿De qué?

BODIGO: De un menudillo de vaca.

Vanse los dos

ROSA: Bodigo, con la visita
el tiempo hemos malogrado,
y a Dios no hemos alabado.

BODIGO: Gracias a Dios no hay pepita,
y lo haremos con decencia,
¿mas dónde están los mosquitos?

ROSA: Ahora están recogiditos
hasta que les den licencia.

BODIGO: ¿No sabes que he reparado,

que te azotes sin dar grito,
y no sufras que un mosquito
por jamás te haya picado?

ROSA: Es vano ese sentimiento.

BODIGO: ¿En qué está la vanidad?

ROSA: Pica sin mi voluntad,
y no doy merecimiento.

BODIGO: ¿Pues no puedo conformarme
al picar con su rigor,
y aprovechar el dolor?

ROSA: Más perdiera en inquietarme
cuando estoy en la oración,
que como pica impensado,
aquel súbito cuidado
turba la contemplación.

BODIGO: Pues comencemos los dos.

ROSA: Ea, salgan mis cantores,
aves, y ¡Santas, y flores,
vamos a alabar a Dios.

*Suena dentro música, si puede ser de
violines, que remeden el zumbido de los mosquitos*

BODIGO: Ya empieza su tarabilla
la mosquita entonación,
y el compás lleva un moscón,
que es maestro de capilla.

ROSA: Todos a su Criador
dan la alabanza que deben.

*Los árboles que ha de haber, deben estar
puestos en forma que se puedan mover a compás*

BODIGO: Y los árboles se mueven
para alabar al Señor.

ROSA: Son su lengua natural
las ramas, y las inclina

a la alabanza divina.

BODIGO: Cantemos junto al peral,
que tiene muy altaneras
unas peras, y al bajar
las podremos alcanzar,
y cSantaré para peras.

ROSA: Vamos, que se pasa el día:
digamos juntos los dos.

BODIGO: Vaya, y en nombre de Dios
salga nuestra letanía.

ROSA: *En honra de aquel amor
que hizo tan felices bodas.*

***La ROSA dice representados los dos versos de la
glosa, y cSantan dentro, y la ROSA y BODIGO fuera***

TODOS: *"Las obras de Dios todas
bendigan al Señor."*

BODIGO: Ay Rosa, que con los dos
el cielo allí arriba cSanta.

ROSA: Pues, hermano, ¿que le espSanta?
También alaban a Dios.

BODIGO: ¡Jesús, y qué maravilla!
Santo soy de plenitud.

ROSA: ¿De repente?

BODIGO: La virtud
me ha entrado por la tetilla.

ROSA: No cSantan por mí, pues antes
cada día peor voy.

BODIGO: Por mí cSantan, mas yo soy
santo de participantes.

ROSA: Prosigamos, pues su amor
les debió el primer desvelo.

TODOS: *"Los ángeles, y el cielo
bendigan al Señor."*

ROSA: Pues a todos su primor
las dio nombre, e hizo bellas.

TODOS: *"Sol, y luna, y estrellas*

bendigan al Señor."

ROSA: Pues la virtud de su ardor
templó de mi culpa el frío.

TODOS: *"El fuego, y el estío
bendigan al Señor."*

ROSA: Pues al Divino Candor
tSanta semejanza debe.

TODOS: *"Los hielos y la nieve
bendigan al Señor."*

BODIGO: ¡Ay, Rosa!

ROSA: ¿Qué te da enojo?

BODIGO: No puedo más de verdad.

ROSA: ¿Por qué?

BODIGO: Ya la santidad
se me sale por los ojos.

ROSA: Mucho más es de notar
mi miseria, que el dolor
de estómago con rigor
me comienza a fatigar.

BODIGO: Come algo, y ten buena maña,
porque el dolor se mitigue.

ROSA: Ay, hermano, que prosigue
con violencia muy extraña.

BODIGO: Come algo.

ROSA: Esto es tentación.

BODIGO: ¿Por qué, habiendo este enemigo?

ROSA: ¡Ay! No puede ser, Bodigo,
que es día de comunión.

BODIGO: ¿Comunión, estando agora
a pique de perecer?
Vive Dios, que ha de comer.
Yo voy por algo, señora.

ROSA: No puedo, hermano, comerlo,
porque hoy he de comulgar.

BODIGO: Por Dios que lo has de tragar,
aunque revientes con ello.

Vase BODIGO

ROSA: Dulcísimo Esposo mío,
recíbeme este dolor,
no ha de perderte hoy mi amor,
que yo del tuyo lo fío.

*CSantan dentro, y descúbrese en lo alto una
imagen de Cristo, y va subiendo la ROSA en elevación, y en
llegando a proporción, baja Cristo a juntarse con la
ROSA*

TODOS: *"Rosa de mi corazón,
no es ese dolor tan malo,
que para hacerte un regalo,
te he enviado esa aflicción."*

ROSA: ¡O Señor de los Señores!
Ya agradezco su violencia,
pues en tu hermosa presencia
lisonjean los dolores.

TODOS: *"Sube, Rosa, al alto grado,
que ya tu virtud merece,
pues el alivio te ofrece
la llaga de mi costado."*

ROSA: Mi humildad, ¡o gran Señor!,
el labio a tu pecho aplica,
pues tu amor me comunica
el mérito, y el favor.

TODOS: *"Pues ya el dolor se modera,
quédate, Rosa, avisada,
pues te dejo confortada
para el riesgo que te espera."*

Cúbrese la apariencia

ROSA: ¡O Esposo dulce, y eterno!
Si tú en él me has de valer,
¿qué riesgo puedo temer?

Sale el DEMONIO

DEMONIO: (Todo el furor del infierno, **Aparte**
pues sus furias convocadas
de la mía vienen ya.
Hoy esta torre verá
sus almenas derribadas.)

Sale BODIGO con un vaso de vino

BODIGO: Rosa, aquí tiene un trago,
que es contra toda violencia,
bebe sobre mi conciencia,
y dale carta de pago.

ROSA: No es menester, que entretanto
tuvo el dolor mejor fin.

BODIGO: Mira que es de San Martín,
y eso es desprecio del santo.

ROSA: Bébele tú por los dos.

BODIGO: ¿Y me le mandas beber?

ROSA: ¿Pues ya qué quieres hacer?

BODIGO: Sea por amor de Dios.
No pienso hacer resistencia,
aunque la virtud estrago.
¡Oh! ¡Cómo conforta un trago
bebido por obediencia!

DEMONIO: Este necio hipocritón
me ha venido a embarazar,
pero de aquí le he de echar
con su misma inclinación.

BODIGO: En fin, Rosa, ¿no has querido
por alivio tomar nada?

ROSA: Yo he sido más regalada,
con que el dolor he vencido.

DEMONIO: Con esto pretendo hacer
que se vaya este donado,
y él quedar castigado

cuando lo vaya a beber.

ROSA: No ha sido eso para mí.

BODIGO: ¿Qué dices? ¿Pues no has tomado
lo que el cielo te ha enviado?

ROSA: Eso será para ti.

BODIGO: ¿Para mí?

ROSA: ¿Qué te hace espanto?

BODIGO: ¿Para mí, y Dios me lo envía?

ROSA: Sin duda.

BODIGO: ¡O pureza mía!

No pensé que era tan santo.

ROSA: No hay aquí que discurrir.

BODIGO: Esto de remate va,
porque los milagros ya
se me vienen sin sentir.

¿Y de esto no comerás?

ROSA: No es para mí ese consuelo.

BODIGO: Mira que estará del cielo.

ROSA: No es posible.

BODIGO: Bien harás,
y pues mi almuerzo se fragua
para no darte dentera,
quiero salirme allá fuera.
La boca se me hace agua,
venga el vidrio cristalino,
y huele algo a chamuscado,
mas debe de ser cuidado
para que sepa a tocino.

Rosa a tu amor me consagro.

ROSA: Ve, y come con bendición.

BODIGO: Mientras tú haces oración
digeriré yo el milagro.

ROSA: Dios regalarte ha querido.

BODIGO: Sírvole, y me da consuelo,
que este regalo del cielo
va comido por servido.

Vase BODIGO

DEMONIO: La puerta se deja abierta,
que es lo que importa a mi afán,
pues para que entre don Juan
he menester esta puerta.

Comience ahora mi batalla,
que esta noche no ha dormido,
y la cojo desvelada
para lograr mis designios.

Espíritus infernales,
que sois horror del abismo,
venid todos, porque a un tiempo
la opriman todos los vicios.

Salen cuatro mujeres adornadas como ninfas cSantando

MÚSICOS: *"Morfeo perezoso,
deidad sin artificio,
derrama tu beleño
por todos sus sentidos."*

ROSA: ¡Válgame el cielo! ¿Qué peso
tan de repente ha venido
a mis ojos, que los grava
con un sueño tan prolijo?
Este noche me he negado
las dos horas del alivio,
que suelo tomar, el cuerpo
fatigado hace su oficio.

MÚSICOS: *"Tus densas sombras traigan
el húmedo rocío,
que a todas las potencias
suspende el ejercicio."*

ROSA: ¡Ay, Dios, qué pesado sueño!
Pero en vano lo resisto,
pues tú siempre estás velando,
cuida de mí, Esposo mío.

Siéntase a dormir

DEMONIO: Eso es lo que deseo:
hagan agora los vicios
cada cual su batería,
que ella caerá de algún tiro.
Vanidad, tú la primera
la acomete, que aunque es tibio
tu fuego, es siempre el que da
a toda ruina principio.

CSanta la VANIDAD

VANIDAD: *"Si por tu amante, Rosa,
tu vida es un martirio,
de más altos favores
tu grande amor es digno.
Ya pasan tus finezas
del término preciso
de la naturaleza,
pues vives sin sentidos."*

Entre sueños ROSA

ROSA: Yo del amor de mi Esposo
soy indigna, pero fío
de su bondad el perdón
que merecen mis delitos.

DEMONIO: Presunción, entra tú ahora,
pues te ha dejado camino.

CSanta la PRESUNCIÓN

PRESUNCIÓN: *"Humilde, Rosa, eres,
mas tantos ejercicios*

*le quitan a tu amante
la gloria de benigno.
Si lo mereces todo,
¿qué te ha de dar su arbitrio,
si no deja a la gracia
lugar lo merecido?*

Soñando ROSA

ROSA: Él da conforme a sus obras
el premio a sus escogidos,
y el que sin ella presume,
merece justo castigo.

DEMONIO: Llega tú ahora, amor propio,
por si abres algún resquicio.

CSanta AMOR PROPIO

AMOR PROPIO: *"No ha merecido, Rosa,
tu cuerpo tal castigo,
pues ha tenido siempre
sujeto su apetito.
Rigor será inhumano
negarle algún alivio,
pues con trabajos tantos
le tiene merecido."*

Soñando ROSA

ROSA: Yo conozco sus traiciones,
y por eso no me fío
de su falso rendimiento,
que siempre tiene peligro.

DEMONIO: Logra la ocasión, lascivia,
y ponla en el riesgo mismo
que teme, siembra en su pecho

tus ardientes incentivos.

CSanta la LASCIVIA

LASCIVIA: *"Tu flor se pasa, Rosa,
y el fruto prometido
a tu hermosura niega
el nácar ya marchito.
Lógrale antes que pierdas
de tu verdor el brío,
que al florecer las plSantas,
es natural el vicio."*

Soñando ROSA

ROSA: No quiero más deleites
del casto amor en que vivo,
no, no, no. Cielos, valedme,
que se rebela el sentido.

DEMONIO: Agora entrará don Juan,
que no ha de quedar camino
que no invente mi malicia
para rendir su albedrío.
Don Juan, venid, que ya es hora.

Sale don JUAN

JUAN: De vos mi venganza fío.

DEMONIO: Aquí la mayor venganza
es lograr vuestro amor fino.
La ocasión tenéis a mano,
no teméis ningún peligro,
que las personas que veis,
todas están a serviros.

JUAN: Todo el horror de mi enojo
se temple en haberla visto,

y del fuego de mi amor
la llama al verla ha crecido.

DEMONIO: Eso es lo que yo deseo.

Ya la palabra he cumplido
de ponerlos donde vos
seáis el juez, y el testigo
de vuestro mismo desprecio.
Nadie aquí puede impedirlos,
pues todos los que miráis
aquí por vos han venido,
lograd vuestro amor, que luego
la violencia hará el cariño.

JUAN: Tropezando en mis temores,
me acerco a su sol divino.
¡Oh, cómo el amor es rey!
Pues cuando cerca le miro,
la majestad me detiene,
y cuando me impele el mismo,
lo que el fuego da calor,
me da el respeto en frío.

DEMONIO: Ea, vicios, provocadlos,
haced aquí vuestro oficio.

MÚSICOS: *"Coronámonos de rosas,
logre el amor su apetito,
no haya prado que no pazca
licencioso el albedrío."*

Soñando ROSA

ROSA: No, no quiero amor humano.
¿Dónde estás, Esposo mío?
¿Cómo aquí me desamparas?

DEMONIO: Ya vuestro agravio habéis visto.

Llegad, que seguro vais,
yo confundiré el rüido
de sus voces, disponiendo
que canten al tiempo mismo.

JUAN: Ya llego, Rosa querida,
perdona mi mano osada,
que te busca deshojada,
cuando te encuentra dormida.
Tu hermosura me convida,
y ella el temor me previene,
la culpa, disculpa tiene,
pues a osadía tan loca
tu hermosura me provoca,
y ella misma me detiene.

Vale a tomar la mano, y despierta la sSanta ROSA

ROSA: ¡Ay de mí! ¿Cielos, qué es esto?

JUAN: Un amor es que atrevidas
las finezas que desprecia,
quiere cobrar en caricias.

ROSA: ¿Qué fuego es éste, que estaba
dentro del alma escondido,
dulce Esposo?

Repiten los vicios lo que dice la sSanta ROSA

MÚSICOS: "Dulce Esposo."

ROSA: Mi peligro...

MÚSICOS: "Mi peligro."

ROSA: Va creciendo.

MÚSICOS: "Va creciendo."

ROSA: Dame alivio.

MÚSICOS: "Dame alivio."

ROSA: Tu socorro...

MÚSICOS: "Tu socorro."

ROSA: Me defienda, Jesús mío.

***Al decir Jesús, se hunden los vicios, y baja
el ÁNGEL con espada en la apariencia que mejor pareciere,***

*y echa al DEMONIO, y el NIÑO JESÚS se aparece en una
apariencia*

ÁNGEL: Tu licencia, bestia fiera,
cese aquí, vete al abismo.

DEMONIO: Ya voy rabiando de verme
por una mujer vencido.

Vase el DEMONIO

JUAN: ¿Qué luces, cielo, son éstas
que exceden a los sentidos?
Sin mí, y sin vista he quedado:
yo he perdido aliento, y tino.
Rosa, ya mi error confieso,
y tus virtudes admiro,
sáqueme tu intercesión
de este ciego laberinto,
que yo seré pregonero
de lo que he sido testigo.

ROSA: Pues ya le vale el dolor,
guíale, Custodio mío.

Llévale el ÁNGEL

JUAN: Ya veo la puerta. Cielos,
yo ofrezco con este aviso
dar el resto de mi vida
al dolor de mis delitos.

Vase don JUAN

NIÑO JESÚS: ¡Rosa!

ROSA: Divino Señor,
¿cómo tan cruel conmigo,

que me habéis desamparado,
pues sin mí, ni vos me he visto?

NIÑO JESÚS: ¿Qué fuera de ti, si yo
no hubiera estado contigo?
Yo en estos empeños, Rosa,
conozco a mis escogidos,
para coronarse, en todos,
son estos riesgos precisos,
pero queda consolada,
que ya el último has vencido.

ROSA: Mi mayor consuelo es
el ver tu rostro divino.

NIÑO JESÚS: Siempre en el pecho me tienes,
y de ti no me despido,
porque yo en tu corazón
me quedo aunque me retiro.

Vuela

ÁNGEL: Rosa, con esta victoria
queda ya tu nombre escrito
en el libro de la vida.
Desde aquí ha de ser tu oficio
dar a otros hermanos parte
de la luz que has recibido.

ROSA: Tú has de ser siempre mi guía.

ÁNGEL: Siempre estaré yo contigo.

Vase. Sale BODIGO chamuscada la cara

BODIGO: ¡Ay, Rosa del alma mía,
que vengo muerto!

ROSA: Bodigo,
¿qué te sucede?

BODIGO: Que vengo
asado como cabrito.
El demonio me ha engañado,

que era redoma aquel vidrio,
y algún familiar estaba
dentro de ella.

ROSA: ¿Cómo ha sido?

BODIGO: El diablo estaba en conserva,
y al irle a dar finiquito,
echando la bendición,
como de ti lo he aprendido,
disparó la carabina,
y me llevó los hocicos.
Dame vino, que me abraso.

ROSA: ¿Vino pides por alivio?

BODIGO: Para beber, y para lavarme,
que es sangre de Dios el vino,
y contra el fuego del diablo,
me valdrá el fuego de Cristo.

ROSA: Ven, que yo te curaré.

BODIGO: Pues dio mi almuerzo en vacío,
haz para curarlo asado,
que me den algo cocido.

ROSA: Fía de Dios, que ya queda
vencido nuestro enemigo.

BODIGO: Como ve que soy tan santo,
rabia de envidia el maldito.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

*Sale la VIRGEN del Rosario, una niña vestida
con manto azul, y con ella todas las mujeres con tunicelas, y
tocados de vírgenes*

VIRGEN: Puras azucenas mías,
gloria de la castidad,
a mi Rosa despertad,

que ya caen las sombras frías,
y ya mi Hijo está esperando
de la boca de su Esposa,
la enhorabuena dichosa,
que ella le da en despertando.

Y yo estoy comprometida
de despertarla a esta hora,
porque al romper el aurora
la tiene el sueño vencida.

MÚSICOS: *"Despierta, bella Rosa,
las luces de tu Oriente,
que el Sol no las ostenta
hasta que tú amanece.
Despierta, que el Cordero
ya va la tiernamente,
para que tú le sigas
donde quiera que fuere.
Despierta, despierta
tus luces alegres."*

VIRGEN: Rosa.

Dentro

ROSA: Divina Señora,
ya voy.

VIRGEN: Hoy te has descuidado,
sacude el sueño pesado,
levántate, que ya es hora.

Sale ROSA

ROSA: ¡Oh, Soberana María!
Siempre tú mi aurora eres.

MÚSICOS: *"Despierta, Rosa, si quieres
que tenga más plazo el día."*

*Despierta, despierta
tus luces alegres."*

Vanse todos sino ROSA

ROSA: ¡Ay de mí! ¡Señora, espera!
 ¡Oh, qué visita he perdido!
 ¡Oh, sueño mal resistido!,
 ¡Oh, quién velando estuviera!
 ¡Ay, que me deja inflamado
 el corazón fervoroso
 aquel rostro tan hermoso
 que vi de luces bañado!
 ¡Ay de mí!

Sale BODIGO

BODIGO: ¿Quién anda allá?
ROSA: Quien ya no vive consigo,
 quien está ardiendo. ¡Ay, Bodigo,
 qué regalo!
BODIGO: ¿Dónde está?
ROSA: Conmigo ha estado aquí ahora
 todo el centro del placer.
BODIGO: ¿Vino en cosa de comer?
ROSA: No vino sino la aurora,
 que entró a despertarme aquí,
 y se fue haciendo la salva.
BODIGO: Pues esa no es sino el alba.
ROSA: ¡El amor era, ay de mí!
 ¡Que perdí el gozo primero!
BODIGO: Yo también soñando estaba
 con él, y que de él me hartaba,
 y agora de hambre me muero.
ROSA: Yo ahora de verle acabo,
 y su luz tuve presente.
BODIGO: Yo soñaba en una fuente

de pepitoria de pavo.

ROSA: Abrasada me ha dejado
de las luces que arrojaba.

BODIGO: Sí, que ello caliente estaba,
pero ya se me ha enfriado.

ROSA: ¡Oh qué dulzura tan bella
perdí por estar dormida!

BODIGO: ¿Dulzura? Pesa mi vida:
¿dónde está? Vamos tras ella.

ROSA: Aquí ha estado, y su dulzura
trocó el ausencia en acábar.

BODIGO: ¿Vino en seco, o en almíbar?

ROSA: Vino en la misma hermosura,
y con dulce melodía
llamó hasta que despertamos.

BODIGO: Pues sigámosla, aunque vamos
hasta la confitería.

ROSA: El olor solo provoca
a estimar sus maravillas.

BODIGO: Por aquí huele a pastillas,
pero no a cosa de boca.

ROSA: Dulces del alma lisonjas,
¿dónde os fuisteis?

BODIGO: Lindo cuento:
se habrán ido a algún convento,
que el dulce anda entre las Monjas.

ROSA: Llamámosle, pues, Bodigo,
tenga esperanza esta pena.

BODIGO: Llamámosle en hora buena.

ROSA: Divino amor.

BODIGO: Buen amigo.

ROSA: Dulce, y fiel amigo mío.

BODIGO: Dulce en caja, o en bocado.

ROSA: Y en mi pecho abrasado.

BODIGO: Venga dulce, aunque sea frío.

ROSA: Divino Amor, que de mí
te retiras tan esquivo,
mira que sin ti no vivo.

¿Dónde estás?

Dentro MÚSICA

NIÑO JESÚS: Cerca de ti.
ROSA: Bodigo, ¿no has escuchado?
BODIGO: Sí, ¿pues no tengo que oírlo?
ROSA: ¿Qué es esto?
BODIGO: Algún milagrillo
será que viene cSantando.
ROSA: Milagro es, que ello se nota
en lo dulce del sonido.
BODIGO: Sin duda se me ha caído
de esta faltriquera rota.
ROSA: Amor divino, si vienes,
hazme dichosa este día.

Dentro

MÚSICA: *"Contigo estó, Rosa mía,
que en tu corazón me tienes."*
BODIGO: Yo me salgo con ser santo.
ROSA: Voz de tan rara dulzura
de milagro es.
BODIGO: Y de dura,
porque es milagro de canto.

Sale el NIÑO JESÚS, y cSantan dentro

MÚSICOS: *"El más hermoso clavel
de la mejor Rosa amante
viene a lograr en sus hojas
los olores más süaves."*

NIÑO JESÚS: Rosa.
ROSA: Divino Farol.

NIÑO JESÚS: Hoy buena aurora has tenido.

ROSA: Bien se ve cuán buena ha sido,
pues me ha traído este Sol.

BODIGO: ¿Quién me causa estos enojos?

Ciego estoy, y llego a oírlo,
¿si es milagro del campillo,
que pone tan bien los ojos?

Rosa, ¿dónde te aseguras?
Nada veo en conclusión,
ello soy santo chanflón
y habré de pasar a oscuras.

NIÑO JESÚS: Hoy mala la noche ha sido

con el dolor de garganta;
mas por ser la pena tanta,
este consuelo has tenido.

ROSA: Con tu presencia, Señor,
no hay mal que lo pueda ser.

NIÑO JESÚS: Yo te vengo a entretener
mientras dura ese dolor.

BODIGO: Yo aquí oigo hablar, cierto es,
mas nada ve mi cuidado.
Yo este milagro le he errado,
y me le he puesto al revés.

NIÑO JESÚS: Rosa, yo quiero jugar
contigo.

ROSA: ¿Cómo ha de ser?
Que yo no puedo perder,
ni tú tienes qué ganar.

NIÑO JESÚS: Juguemos, que tú dispones
en mi amor estos cuidados.

ROSA: ¿A qué, Señor?

NIÑO JESÚS: A los dados,
que es el juego de mis dones.
Echa el dado, con que aciertes
un afecto venturoso.

ROSA: Échale tú, dulce Esposo,
que en tu mano están mis suertes.

NIÑO JESÚS: Toda suerte está en mi mano,
mas porque mi amor se arguya,

yo la remito a la tuya.

Echa el dado.

ROSA: En obedecerte gano.

NIÑO JESÚS: Y en el dado también, Rosa,
han ganado tus amores,
que es de pareja mayores.

ROSA: Mi suerte ha sido dichosa.

NIÑO JESÚS: ¿Qué quieres, pues, si has ganado?

ROSA: Que me quites pena tSanta
de este dolor de gargSanta.

NIÑO JESÚS: Ya estás sin él. Echa el dado,
que pues de ganancia estás,
no malogres la ocasión.

Vuelve a echar el dado

ROSA: Vaya con tu bendición.

NIÑO JESÚS: Perdiste con dos, y as.

Mira, Rosa, que mal hace,
aunque se juzgue más fuerte
quien llega a fiar de suerte
que tan presto se deshace.

¿Quien de sí fiarse puede,
si tras el punto mayor,
si puede echar el menor
como a los más les sucede?

BODIGO: Que aquí están hablando, es cierto,
o me lo finge el oído.

Yo debo de estar dormido,
y sueño que estoy despierto.

NIÑO JESÚS: Rosa, la suerte has perdido,
¿qué tengo yo que ganar?

ROSA: Yo, Señor, ¿qué te he de dar?

Toda tuya siempre he sido.

NIÑO JESÚS: Algo he de ganar yo aquí.

ROSA: Escógelo tú, Señor.

NIÑO JESÚS: Sea un poco del dolor,
que hoy le padezcas por mí.

ROSA: Si le padezco por ti,
no será dolor jamás.

NIÑO JESÚS: Sí seré, y tú lo verás
cuando me aparte de ti.

ROSA: Ése será más rigor,
si tú te vas, dulce Esposo.

NIÑO JESÚS: Ya, Rosa, será forzoso
por dar lugar al dolor.

Vase

BODIGO: ¿Qué miro? Ya ha amanecido,
Rosa de mi corazón.

ROSA: Bodigo, ¿qué suspensión
ha sido ésa que has tenido?

BODIGO: Ya soy santo consumado:
Rosa, yo aquí me quedé
en éxtasis, y ya sé
qué es estar arrebatado.

ROSA: ¿Cómo ha sido?

BODIGO: Me dio un bote
el espíritu, y la luz
se cubrió con un capuz,
la vista se fue al cogote,
y yo así me estuve quedo
viendo tSanta obscuridad,
mas si va a decir verdad,
yo he tenido mucho miedo.

ROSA: Mucho tu virtud se alienta,
si ya te hace esa inquietud.

BODIGO: Ello crece mi virtud
sin que yo se lo consienta.

ROSA: Fácil es de proseguir,
pues todo el cielo lo llueve.

BODIGO: Esto de ser santo debe
de pegarse sin sentir.

ROSA: ¿No sientes dentro de ti
de la virtud el calor?

BODIGO: Es virtud de resplandor,
que anda alrededor de mí.

ROSA: ¡Ay, Jesús, que ya el dolor
ha venido, y tan crüel
que para quejarme de él,
no da licencia el amor!
¡Ay de mí!

BODIGO: ¿Qué tienes, Rosa?
Todo el color has perdido.

ROSA: No le está bien al sentido
esta congoja amorosa.
¡Ay, qué dulce padecer!

BODIGO: ¿Pues qué sientes?

ROSA: Un dolor,
que no puede ser mayor,
y no le quiero perder.
¡Ay, que en el pecho amoroso
me revienta el corazón!

BODIGO: ¿Tienes alguna aflicción?

ROSA: No, sino un dolor sabroso.

BODIGO: Pues eso sólo acontece
al que llega a encarnizarse
con la sarna, que al rascarse
sabe bien, y luego escuece.

ROSA: Este dolor te consagro,
mas si no es para morir,
no le he de poder sufrir.

BODIGO: Pues hagamos un milagro
para la propia persona.

ROSA: No le haré yo para mí.

BODIGO: ¿Pues hemos de ser aquí
santos de llave capona?

ROSA: ¡Ay, Bodigo, que ya está
el sufrimiento apurado!

BODIGO: Pues tu padre ha despertado,
y a tus voces sale ya.

Sale GASPAR de Flores

GASPAR: Hija Rosa.
ROSA: Padre mío.
GASPAR: ¿Qué tienes?
ROSA: Padre, un dolor,
que agradezco su rigor,
y en sufrirle desconfío,
yo a tSanta violencia cedo.
Socórrame tu favor,
Custodio, en tanto dolor,
que ya resistir no puedo.
GASPAR: Hija, no tan mal se trate
tu rigor. Por algún medio,
tendrá ese dolor remedio.
ROSA: Un poco de chocolate
tomara yo.
BODIGO: Es cosa rica,
y su más hidalgo apodo,
es que es un sánalo todo,
y no le hay en la botica.
Tráiganle luego esa ofrenda.
GASPAR: ¿Dónde se ha de hallar agora,
que en casa no le hay, ni es hora
de hallar abierta la tienda?
BODIGO: Yo solo le sabré hallar.
GASPAR: Pues ve, Bodigo, por ello.
ROSA: No tenéis que cuidar de ello,
que ya lo han ido a buscar
quien lo hará con más cuidado,
y no tardará en venir.
GASPAR: ¿Pues quién ha podido ir,
hija, si aquí nadie ha entrado?
ROSA: Quien fue por él, aquí estaba,
y presto con él vendrá.
GASPAR: Rosa tu flaqueza ya
tu discurso menoscaba.
¿Cómo piensas de repente
un tan frío disparate?
BODIGO: Si ella trae el chocolate,

no vendrá sino caliente.

GASPAR: Yo quien le traiga no espero.

BODIGO: Yo le espero, si tú no.

GASPAR: ¿Quién ha de traerle?

BODIGO: Yo,
que soy santo jicarero,
y sa es virtud de almohadillas,
y milagro de mujer.

GASPAR: ¿Qué dices?

BODIGO: Lo puede hacer
qualquiera que hace vainillas.
¿Quieres verlo?

GASPAR: Y percibirlo.

BODIGO: Ya esta el agua a calentar,
ya el recado van a echar,
ya baten el molinillo,
ya lo traen hacia acá,
para que a Rosa consuele.
Ya llega a casa, y ya huele,
mira que tan cerca está.
Ya entra, para que le den
las gracias de lo que pasa.

Sale un CRIADO con una chocolatera

CRIADO: Sea Dios en esta casa.

BODIGO: Y el chocolate también.

CRIADO: Don Gonzalo mi señor
envía este chocolate,
con que Rosa se rescate
de tan prolijo dolor.

BODIGO: Jesús, mi virtud convoca
testigos de mi poder,
aquesto es saber hacer
milagro a pedir de boca.

GASPAR: ¿Pues quién dijo allá que Rosa
estaba con este afán?

CRIADO: Un mancebo muy galán,

que en casa dice que posa.

ROSA: De casa es quien fue por ello,
aunque tu amor no le trate.

BODIGO: Tomemos el chocolate,
y luego hablaremos de ello.

GASPAR: El cielo, de tu consuelo,
hija, ha querido cuidar.

Dale BODIGO el chocolate

BODIGO: ¿Pues puede nadie dudar
que ésta es bebida del cielo?
Vengan jícaras, que ya
está la espuma saltando.

CRIADO: Aquí están.

BODIGO: Vamos tomando.

¡Jesús, el olor que da!

No tienen que ver perdices
cuando están puestas a asar.

Esto sí, que sin pesar
sabe dar humo a narices.

Toma, Rosa, y poco a poco
sorbe esa jícara bella,
que en bebiéndola, con ella
perderés el miedo al coco.

ROSA: Poco basta.

BODIGO: A ella arremete,
que va de consolación,
que jícara, y Ocasión
han de tener buen copete.

ROSA: Solo puede esta bebida
quebrSantarme este dolor.

BODIGO: Si eso hace, en perpetuo honor
la tendré toda mi vida,
a todos es oportuno.
¿Hay cosa como un licor
tal, que quebrSanta un dolor,
y no quebrSanta el ayuno?

ROSA: Su virtud es conocida,
que ya el dolor se ha quitado.
BODIGO: ¡Jesús! También me ha sanado
a mi una muela podrida.
Su crédito de esta vez
adelanta mucho el paso,
tómale tú, por si acaso
te sana de la vejez.

GASPAR: No le quiero.
BODIGO: ¿A tal dislate?
GASPAR: Tómale tú.
BODIGO: No hay que hablar.
ROSA: ¿Qué hace, [Bodigo]?
BODIGO: Empapar
el Bodigo en chocolate.
GASPAR: Pues buena te llevo a ver,
quédate a Dios, hija mía.

Vase

BODIGO: Esté mala cada día,
si chocolate ha de haber.
ROSA: Adiós padre, y el favor
que me hacéis, os satisfaga.
BODIGO: Sí haré, que Dios siempre paga
muy bien, aunque es tan Señor.
ROSA: Pues hemos quedado solos,
razón será que la deuda
que nos ha hecho Dios, pagarla
con alguna recompensa,
de aquestas fragantes flores,
pebetes que al Sol se queman,
y en holocaustos al cielo
olor süave le inciensan.
Una guirnalda tejamos,
para que a mi Esposo pueda

coronar, que aunque de espinas
se la puso la inclemencia,
de nuestras ingratitudes,
estima tanto la enmienda
Dios de cualquier pecador,
que si arrepentirse llega,
sabe convertir en Rosas
las espina de la ofensa
De esos rosales, Bodigo,
coja flores.

BODIGO: Si cogerlas
quiere, en mí la hallará.

ROSA: ¿Tiene flores?

BODIGO: Y muy buenas.

ROSA: ¿Cuáles son?

BODIGO: Las del fullero,
y las del berro.

ROSA: No pierda
el tiempo con sus malicias,
mediré con advertencia
en las flores, que son astros
de esta monarquía excelsa.
Rey de este vulgo de flores
este clavel representa
en la púrpura que viste
con majestad, y grandeza,
de los mártires gloriosos,
la jerarquía suprema,
pues con sangre la corona
se labró su fortaleza.
De las vírgenes sagradas
esta cándida azucena
es símbolo, pues haciendo
claustro de sus hojas mismas,
encierra en su castidad
el oro de su pureza.

BODIGO: Con ser castas, da el olor
quebraderos de cabeza.

ROSA: Ejemplo es de penitentes

este lirio, pues apenas
rompe el morado capullo,
cuando inclina hacia la tierra
las puntas que le coronan,
enseñando su advertencia,
que para subir al cielo
se ha de buscar la aspereza.
La rosa, reina del prado,
es insignia verdadera
de los doctores sagrados,
cortada verás que ostenta
más fragancia, y más olor
que como morir espera
más presto, en sus perfecciones
y ellos en su muerte hicieron
aprovecha en sus exequias,
que alumbrase más su ciencia.

BODIGO: Como tienen tanto pico
las rosas, son muy discretas.

ROSA: La brevedad de la vida
estas maravillas muestran,
pues sombras son las que ayer
fueron en el suelo estrellas.

BODIGO: Por eso está el Noviciado
de las Maravillas cerca.
¿Y a los romeros, que en forma
de cruz los hace que crezcan
con su virtud milagrosa,
no dice nada?

ROSA: No sea
necio, que en mí no es virtud
lo que en Dios es providencia.
Y pues las flores tenemos
tejamos esta diadema.

BODIGO: En hacerlas ramilletes
es mejor que se entretenga,
que en SSanta Cruz a ocho cuartos
los venden las jardineras.

ROSA: ¿Pero qué rumor es éste

de cajas, y de trompetas?

BODIGO: ¿Qué ha de ser? Serán las bulas,
como viene la cuaresma.

ROSA: Ya el estruendo crece, y tocan
las campanas a gran priesa
a rebato.

BODIGO: Y Don Gonzalo
y tu padre ya acá llegan
asustados.

Salen don GONZALO, y GASPAR de Flores

GONZALO: ¡Gran desdicha!

GASPAR: Rosa mía.

ROSA: ¿Qué os molesta?
¿Qué tenéis? ¿Qué ruido es éste?

GONZALO: Rosa, los cielos ordenan
para más crédito tuyo
el peligro que nos cerca.
Conjurada la herejía,
en una armada soberbia
llegó a Lima, y ha tomado
un puerto nuestro, y ya entra
en la ciudad, que de llantos,
y de dolor está llena.

BODIGO: Hay más que en gracia de Dios
ser hereje. ¿Qué os da pena?

GASPAR: ¿Cómo podemos librarnos
de su furia?

GONZALO: Sin defensa,
¿cómo el riesgo venceremos?

ROSA: Queriendo Dios, y con estas
flores podemos vencer
su furia.

GASPAR: ¿De qué manera?

ROSA: Arrojándolas al aire,
porque en defensa se vuelvan.

*Fórmase una cruz de las rosas, quedando
pendientes de un alambre delgado*

GASPAR: Mas, cielos, ¿qué es lo que miro?

Una cruz se formó de ellas.

GONZALO: ¡Qué admiración!

GASPAR: ¡Qué prodigio!

BODIGO: Que lo es es cosa cierta,
pues las flores se hacen cruces,
y aun se han quedado suspensas.

ROSA: Pues militando valientes
debajo de esa bandera,
que tremolada en el aire,
de la fe es insignia excelsa,
podremos de sus errores
heréticos y violencias,
constantes en nuestra fe,
triunfar, muriendo en defensa
de Dios, pues murió piadoso
por redimirnos en ella.
Y así no teméis sus iras,
que yo seré la primera,
que católica amazona,
valiente, cuanto resuelta,
irá al templo sacrosanto,
y pues en su entrada misma,
siendo espada mi valor,
y escudo mi fortaleza,
antes que profane el culto
sacrílega su inclemencia,
recibiré de su saña
Santas heridas, que pueda
en el golfo de mi sangre
anegarse su soberbia.
Y así, pues que del martirio
estamos en la palestra,
no al peligro se acobarde
nuestra natural flaqueza.

Prevéngase nuestra fe
a esta militar contienda,
sea el corazón la plaza
de armas donde en hileras
se formen los batallones
de propósitos, y enmiendas.
Ponga el deseo las armas,
las municiones la lengua,
pidiendo al cielo socorro.
La muralla el pecho sea,
foso las lágrimas hagan,
y rumor dulce la queja.
Muriendo triunfe el valor,
porque en las lides sangrientas
del martirio, sólo vence
el que muere en la pelea.
Pero, amantísimo Esposo,
dulce Jesús, no consientas,
que de tu sagrada imagen
se falte a la reverencia.
Hermosísima María,
tu misericordia sea,
quien en tan grande peligro
por tus hijos interceda.
No permitas que la furia
de aquesta gente perversa,
enemigos de la fe
con la ponzoñosa soberbia
de sus ritos, inficionen
esta católica tierra,
ensangrentando sus iras
en sus cuellos, pues se arriesga,
que temerosos sacudan
de la coyunda halagüeña
los yugos de nuestra ley
temiendo la muerte fiera.
Y pues por vencer los fueros
de tu cándida pureza,
hollaste de ese dragón

la amotinada cabeza,
 haciéndole que a tus plSantas
 confesase su blasfemia.
 De este monstruo racional,
 hidra de sectas diversas,
 haz que la cabeza falte
 destroncada, porque puedan
 de los miembros que le asisten
 desmayar las viles fuerzas.
 ¿Mas qué dulce paraninfo
 cruza la región eterna?

GONZALO: ¿Qué arco de paz es aquéste?

GASPAR: ¿Qué luz celestial es ésta?

*Descúbrese un ÁNGEL, por lo alto del
 teatro, y baja extendiendo un iris, y habiendo atravesado todo el
 distrito de él, en acabando de cSantar, se cubre el
 ÁNGEL, y el iris por los dos extremos, y se juntan
 haciéndose una nube al pie de la cruz, y se la lleva a lo
 alto. CSanta el ÁNGEL*

ÁNGEL: "Rosa, por tu intercesión
 Dios quiere que no padezca
 Lima la invasión de tantos
 enemigos de su iglesia.
 Muriendo su general,
 se retira su soberbia,
 dando a la fuga rendidos,
 mas que a las naves las velas.
 Alienta, alienta,
 Lima, pues en Rosa
 tienes tal defensa."

ROSA: Gracias te doy, Señor mío,
 por mercedes tan inmensas.

GONZALO: ¡Qué portento!

GASPAR: ¡Qué prodigio!

BODIGO: Sus maravillas son ciertas,
 mas ésta es de las armadas.

Dentro

UNA VOZ: Rosa, de esta infiel tormenta
nos libra, que el arco de iris
sobre su casa se muestra.

GONZALO: Rosa, a tu virtud debemos,
que el riesgo se desvanezca.

GASPAR: Por ti libertad y vida
toda Lima a cobrar llega.

Dentro

VOCES: Las gracias le demos todos.

ROSA: A la suma providencia
de Dios le demos las gracias.
Vamos todos a la Iglesia,
adonde nuestra humildad
el amparo le agradezca.

GONZALO: Vamos.

Dentro

VOCES: ¡Viva nuestra SSanta!

BODIGO: Y viva Bodigo, y beba.

Vanse. Sale el DEMONIO

DEMONIO: ¡Que una flaca muger con tal desvelo
de tal manera favorezca el cielo!
¡Que de mi astucia triunfe, y mis enojos,
etnas respiro, y incendios por los ojos,
pues habiendo inducido aquí una armada
de mi engaño movida, y conjurada,

porque a Lima abrasasen,
y sus templos sagrados profanasen,
por ser patria feliz de esta enemiga,
que a tSanta pena a mi furor obliga.
¡Que el cielo por su ruego me frustrase,
que en ella la venganza ejecutase
en su casa, y en tSanta
gente, que la publica ya por sSanta,
creyendo que por ella --y no es engaño--
libres se advierten del temido daño?
¡Que en don Juan de Toledo, aqueso ciego,
amante suyo, se templase el fuego,
que encendía mis cautas intenciones,
pasándose a respeto sus pasiones!
¡Y que esté arrepentido
de haber con sus deseos ofendido
de su honesta belleza
la ilustre castidad de su pureza!
¡Y que Dios la ofreciese --suerte mucha--
que última lucha
sería --aquí me irrito--
en que tentar la ose mi apetito!
¿Pero cómo desmaya el poder mío?
¿Como de mis engaños desconfío?
Vive mi ardiente fuego, en cuya hoguera
arde inmortal mi envidia sin que muera,
que no ha de haber pesar ni sentimiento,
dolor, susto, congoja ni tormento
con que no la maltrate, no la aje,
la aflija, y la atormente mi coraje.
A su padre, la muerte
haré que dé don Juan, que de esta suerte
lograré con mi engaño
en su padre inocente el fiero daño,
en ella el sentimiento y destemplanza,
en don Juan el delito; y mi venganza
haciéndole creer siempre engañoso
el que Gaspar de Flores cauteloso
la muerte intenta darle airado, y fiero.

Pero el suceso que lo diga espero,
y pues ese blandón del claro día
va agonizando con la noche fría,
espíritus nocivos, e infernales,
pues sois origen siempre de los males,
a este hombre embestid, pero advertidos
en lo que os tengo a todos prevenidos.

*Sale don JUAN, y al mismo tiempo por el otro lado
salen cuatro HOMBRES enmascarados*

JUAN: A Gaspar de Flores vengo
a buscar, por ver si sabe
de mi osadía amorosa
el delito para darle
rendido satisfacción,
de que mi error intentase,
violar de Rosa divina
los candores celestiales.
Tan confuso estoy, después
que vi el prodigio admirable
con que el cielo defendió
su castidad, de mi amante
ardor, víbora la pena,
me atormenta, sin que baste
a satisfacer la culpa
mi arrepentimiento grande;
Mas gente hacia mi se acerca.
¿Quién va?

HOMBRE 1: Quien sabrá matarte,
y castigar de tu afecto
tantos arrojos amantes.

JUAN: Pues que todos me embestís,
sin duda que sois cobardes.

HOMBRE 2: Ahora lo verás.

JUAN: Bien riñen.

DEMONIO: De esta suerte he de incitarle
a la venganza que espero.

JUAN: No huyáis.

DEMONIO: Esto es importante
para lograrse mi astucia.

HOMBRE 1: Caí.

JUAN: Muere.

HOMBRE 1: No me mates,
y te diré quién intenta
tu muerte.

JUAN: Porque declares
quién es mi enemigo, dejo
de hacerte pedazos.

HOMBRE 1: Sabe
que Gaspar de Flores...

JUAN: ¿Quién?

HOMBRE 1: Gaspar de Flores matarte
nos mandó, porque atrevido
el sagrado profanaste
de su casa. Y si esta vez
pudo tu valor librarte,
de otra traición alevosa,
que lo corrijas no es fácil.

Vase

JUAN: Aguarda.

HOMBRE 1: En vano me sigues.

JUAN: ¿Cómo no? Pero en el aire
sombra se desvaneció
sin acabar de apurarlo.
¿Si será verdad que intenta
esta alevosía el padre
de Rosa? Mas no es posible,
que en su virtud, y su sangre
quepa tal traición.

Al oído a don JUAN

- DEMONIO: Ahora
 es mi cautela importante
 si puede, porque su honor
 le obliga.
- JUAN: No siendo grave
 la ofensa, satisfacerse
 se procura, y no vengarse.
- DEMONIO: Del que es poderoso, el pobre
 juzga su agravio más grande,
 y venga como ofendido
 lo que en su deshonra cabe.
- JUAN: Nunca con traición se vengan
 aquellos que nobles nacen.
- DEMONIO: Es verdad, mas en su edad
 aunque las cenizas guarden
 de la ira algún calor,
 no es el incendio bastante
 a tomar satisfacción.
- JUAN: ¿Quién mi impulso persüade
 con tal poder?
- DEMONIO: La razón
 que hay en ti de castigarle
 el arrojo de atreverse
 a un caballero tan grande
 como tú.
- JUAN: Verdad es ésta.
- DEMONIO: (Vencí, porque no hay más ágil **Aparte**
 demonio, que el pundonor
 para las atrocidades.)
- JUAN: ¿Y qué he de hacer ofendido
 de su desprecio?
- DEMONIO: Matarle.
- JUAN: ¿Matarle?
- DEMONIO: Sí, pues te agravia.
- JUAN: ¿Pues sus canas venerables
 ha de ultrajar mi osadía?
- DEMONIO: Sí, pues obra como infame.
- JUAN: ¿Y de Rosa, a quien venero,
 cómo de he verter la sangre?

DEMONIO: Primero que tu pasión
es tu vida, y arriesgarse
a otra traición, es error.

JUAN: Dice bien, muera el cobarde,
mas él viene.

DEMONIO: ¡Qué a buen tiempo
ha venido! Llega a darle
la muerte.

*Sale GASPAR de Flores, y atraviesa el tablado
mientras dice estos versos*

GASPAR: Sin ver a Rosa
no puedo estar un instante
ya, si es que en el huerto está.
Entro por aquesta parte
a mi casa.

DEMONIO: Llega, acaba.

*Saca don JUAN la daga, y va tras él para
darle, y se detiene; GASPAS se entra*

JUAN: Muera; pero al acercarse
mi ira la retrocede.

DEMONIO: ¿Qué es lo que haces?
--¡Ah, pese a mi indignación!--
Por él no lograste amante
a Rosa.

JUAN: Sólo esta ofensa
me basta para matarle.

DEMONIO: Entra tras él.

JUAN: Ya le sigo.

DEMONIO: Llegó mi industria a lograrse.

JUAN: ¡Muera!

Al entrar don JUAN, le sale ROSA al encuentro con

una cruz muy grande al hombro, y al ir don JUAN a ejecutar el golpe, cae ROSA hincando una rodilla en el suelo

ROSA: Teneos, ¿dónde vais?

¡Mas caí!

JUAN: ¿Qué es lo que hacéis?

ROSA: Caer con la Cruz que veis,
para que vos no caigáis
en un error sin disculpa,
porque si Cristo cayó
con ella, fue porque no
cayésemos en la culpa.

DEMONIO: ¿Qué esto sufran mis enojos,
que triunfe de mi poder?
Por no oír esta mujer,
huyendo iré de sus ojos.

Vase

ROSA: En ella, don Juan, por vos
perdonó a sus enemigos.
Perdonad vos los amigos,
pues el ejemplo os da Dios.

Ilusión fue lo que piensa
vuestro enojo, y así sabio,
no por vengar un agravio,
le hagáis a Dios una ofensa.

Formas aparentes fueron
los que a vos os engañaron,
y de la luz os privaron
con las sombras que os fingieron.

Templad, pues, las impacencias,
que al padre de la mentira
para incitar vuestra ira,
le sobran las apariencias.

JUAN: Prodigio, o mujer, en quien
es la santidad tan grande,
que te desmienten de humana,
tSantas divinas señales,
cuya virtud penitente,
resplandece tan constante,
que de mis torpes errores,
alumbran las ceguedades.
Yo te confieso mi culpa,
y arrepentido enmendarme
ofrezco, a las persuaciones
con que enseñas eficaces.
Y porque estas no merezco
viéndome reo, delante
de tu presencia, me voy
a disponer dónde acabe
mi vida, dejando luego
del mundo las vanidades.

ROSA: Dios el camino te enseñe
para que puedas salvarte.

JUAN: Sí haré, si tu intercesión
la pusieres de mi parte.

ROSA: Yo te la ofrezco, Juan.

JUAN: Adiós, y yo volveré antes
que ejecute mis intentos,
el desengaño a estimarte.

Vase

ROSA: Reconocida, Dios mío,
estoy a tSantas piedades,
pero en vano, dulce Esposo,
pueden mis hombros atlantes
de tSantas penas, el peso
sustentar sobre esta frágil
naturaleza, y pues vos
para llevar inefable

este sagrado madero
de la cruz, necesitasteis
de ayuda, ayudadme vos
de esta carga incontrastable,
desatando de la humana
cárcel, en que preso yace
el espíritu, que os consagro,
para que con vos descanse.

Sale el ÁNGEL custodio

ÁNGEL: Rosa.

ROSA: Custodio divino.

ÁNGEL: Dios por tus ruegos afable
te ha otorgado lo que pides,
y en sus orbes celestiales
te espera, donde premiar
quiere tu afecto constante.
Presto te verás con él,
pero prevenite al combate
de padecer por su amor
muchos dolores y males.
Queda en paz.

ROSA: Custodio mío,
no te ausentes, no me faltes.

ÁNGEL: Aunque me ausento de ti,
nunca me aparto un instante.

Vase

ROSA: Dulce Jesús, si por mí,
siendo divino, tomastes
forma humana, y padeciste
del pueblo tSantas crueldades,
padecer por vos espero
cuántos dolores mortales
puede inventar el rigor,

y pues vos, Señor, llevasteis
este sagrado madero
sobre los hombros triunfante
de la casa de Pilatos
al Calvario, en que se sabe
hay pasos mil y ochocientos
y sesenta y dos cabales.
También caminar con él
espero los mismos, antes
que el espíritu en oblación
os sacrifique constante,
para lograr vuestra gloria,
que aunque mis culpas son grandes,
es vuestra misericordia
mayor para perdonarme.

Vase. Sale BODIGO

BODIGO: El juicio tengo perdido
desde que me aplauden tanto.
¿Que para ser uno santo,
haya de andar aturdido?
En mí no es gran fortaleza
ser virtuoso a fe mía.
Yo di en bueno, como había
de dar en otra flaqueza.
Milagros sin más, ni más
hago. Ayer a un corcovado
sané de un mal muy pesado,
que le venía de atrás.
A un capón en conclusión,
hombre le hice, y muy de bien,
y este milagro hallé en
la Botica del Capón.
Yo estoy muy bien regalado,
y el que buscarme procura,
aunque me tiene por cura,
me deja beneficiado.

Saca una bota

Esta bota con despejo
me dio un hombre, a quien sané.
Muy caro el milagro fue,
pues le dejé sin pellejo.

Saca una caja

De alcorzas me dio muy terco
esta caja un tal señor.
Yo la tomara mejor
si fuera de pies de puerco.

A cada alcorza un traguito
puedo echar, y pez con pez
dejarla. ¿Mas si otra vez
me engañara aquel maldito?

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Ya me venció el cielo, y ya
de Dios la recta justicia
mi loca ambición, aun
en el abismo castiga,
pues a una débil mujer
la da tSanta valentía,
que estando al último vale
de su prodigiosa vida,
más penitente, y más sSanta
se ve, sin que la fatiga
de los dolores con que
mi rencor la mortifica,
ninguna impaciencia en ella
la ocasionen, ni la aflijan,
antes los padece todos

por Dios con tSanta caricia,
que en ella es merecimiento
lo que en mi pecho es envidia.

BODIGO: Veinte y cuatro alcorzas hay,
las formas son bien distintas,
unas son conchas, y otras
castañas, y otras tablicas.
¿Si las alcorzas castañas
se me volvieran morcillas?

DEMONIO: En este infame donado
se han de desquitar mis iras.

BODIGO: Por si el dulce me empalaga,
darme intento muy aprisa,
si se me seca la llaga,
con aquesta pelotilla.

*Al comer las alcorzas, las arroja, que han de ser
de yeso*

DEMONIO: Tú probarás mis engaños.

BODIGO: ¿Qué es esto? Abarimatías
me valga, que aquesto es yeso
amasado con cal viva.
Que me abrasó los cuajares,
ah, bota del alma mía,
apaga este fuego tú,
sé San Antón de mis tripas.

*Sopla al tiempo que bebe, y se llena la cara de
ceniza, que ha de estar dentro de ella*

Pero ceniza se ha vuelto
el vino, que era lejía,
y los ojos me ha cegado,
sin duda que anda Patillas
por aquí. Cata la cruz,
infame.

DEMONIO: Tu hipocresía
no te ha de valer, villano.

Dale empellones, y arrástrale

BODIGO: Que me matan, que me tiran,
que me llevan los demonios,
líbrame, Rosa bendita,
del diablo.

DEMONIO: En vano la llamas.

BODIGO: Si de las alcorzas mías
quedo en ayunas, ¿por qué
te me mueles la comida?

DEMONIO: Por embustero.

BODIGO: ¡Ay mi cuerpo!
¿Rosa, a Bodigo no libras,
que le llevan los demonios?

Sale don GONZALO

GONZALO: Hermano, ¿qué le lastima?
¿Qué tiene? ¿Qué ruido es éste
tan descompuesto? ¿No mira
que Rosa de sus dolores
padeciendo las fatigas
en el tránsito postrero
está? ¡Fénix de su vida,
pues muriendo para el mundo,
para el cielo resucita!

BODIGO: Pues si ella se iba con Dios,
yo con el diablo me iba.

GONZALO: ¿Qué dice?

BODIGO: Que me llevaba.

GONZALO: ¿Dónde?

BODIGO: A una taberna misma
de la plaza de Madrid.

GONZALO: ¿A una taberna? Él delira.

BODIGO: Al infierno, que es lo mismo.
GONZALO: ¿Pues por qué? ¿Qué es lo que hacía?
BODIGO: Meditar sólo.
GONZALO: ¿En qué?
BODIGO: En el
paso de la Borriquita.
GONZALO: ¿Y esta bota qué hace aquí?
BODIGO: Se le cayó sin sentirla
a un fariseo bermejo,
que en el propio paso iba.
GONZALO: Él es simple. Vaya, y llame
a don Juan a toda prisa.
BODIGO: Ya voy. Míreme a la cara.
GONZALO: ¿A quién la jura?
BODIGO: A Patillas.

Vase BODIGO

GONZALO: Yo a Gaspar de Flores voy
a consolar, que aunque mira,
que Dios por premiar de Rosa,
la virtud esclarecida,
la penitencia, y trabajos,
la da su gloria infinita,
la falta que le ha de hacer,
se desconsuela en su dicha.

Vase don GONZALO

DEMONIO: Por no oír las alabanzas
de esta mujer peregrina,
huyendo al abismo voy.

Sale el ÁNGEL custodio

ÁNGEL: Aguarda, bestia maligna,

que Dios quiere, para más
tormento tuyo, que asistas
a ver cómo Rosa triunfa
de tus traiciones, y envidias.

DEMONIO: Sí haré, pues hasta morir
mi poder no desconfía,
cuando puede en un instante
perder la gracia divina.

ÁNGEL: No la perderá, pues Dios
la asiste, y ella le obliga
con el amor que padece
los males que la fatigan,
porque Él padeció por ella,
pues con tal fervor imita
de su sagrada pasión
aquellas angustias mismas,
que apenas de su mansión
le dio mi aviso noticias,
cuando cargando en sus hombros
pesada una cruz, camina
los propios pasos que Dios
anduvo con ella misma,
con tanto llanto, y tal pena,
que con las lágrimas iba
regando la tierra, al paso
que sus dolores crecían,
y desdeñando después
de la Rosa casta, y limpia
de su cuerpo aquellas hojas,
que la visten, y la alían,
más de cinco mil azotes
se dio. Sustentando fina,
pelícano racional
con la sangre que vertía
de su pasión amorosa
los hijos de su caricia.
Luego una áspera corona
se puso, cuyas espinas,
las que más la coronaban,

eran las que más la herían.
Después estampando cruel
con su mano en la mejilla
cinco rayos, la dejó
tan de púrpura teñida,
que del color de la afrenta
aun el nácar se corría.
Y viendo que ya tocaba
su desaliento la línea
última de lo mortal,
dejó el lecho, y de rodillas
para expirar en la cruz,
salió al huerto enternecida,
que es monte, y calvario, tres
romeros que fructifica,
en forma de cruz, en quien
se une con tal caricia,
que los brazos extendiendo
cuanto pudo, parecía,
que de más cruz deseosa,
alcanzarla solicita.
Y padeciendo constante
penas, y ansias excesivas,
aun de padecer más, tuvo
sed, y por templarla fina,
de sus dolores amargos
bebió la hiel, y la acíbar.
Y porque le sirva más
de rencor a tu malicia,
mírala diciendo himnos,
a quien con dulce armonía
los ángeles acompañan.

DEMONIO: Rabio de enojo, y de envidia.

*Córrese un bastidor, y se verá a tres
romeros puestos en forma de cruz, en que está la SSanta
ROSA puesta de rodillas, y a un tiempo bajan dos ángeles
en dos apariencias por los lados, y se quedan cSantando en el
medio del vestuario por lo alto*

ROSA: Salve, dulcísimo Esposo,
manso Cordero en quien miran
ser tus validos aquellos
que la humildad califica.
Escucha, Señor, mis voces,
que aunque parecen indignas
de tu cielo, ya en el fuego
de mi amor se purifican.

CSantando el ÁNGEL primero

ÁNGEL 1: *"Ya Dios oye tus voces,
Rosa, que la armonía
más dulce para el cielo,
tus lágrimas son mismas."*

ROSA: Rompa, Señor, mi costado,
mi contrición compasiva,
pues la fuerza del dolor
basta a romperme la herida.

CSantando el ÁNGEL segundo

ÁNGEL 2: *"La llaga del costado
ya impresa en ti se mira,
pon tú el dolor, pues puso
Dios su sangre infinita."*

ROSA: Los clavos, Señor, me faltan,
y pues mis yerros publican
mi culpa, sean mis yerros
quien rigurosos me aflijan.

CSantando el ÁNGEL primero

ÁNGEL 1: *"Quien sus yerros confiesa,*

*y a Cristo se dedica,
en su esclavitud pone
los hierros que codicia."*

DEMONIO: Ya no me queda esperanza
viendo tSantas maravillas
en esta mujer.

ÁNGEL: Dragón
infernol y aleva, mira
si en la lid de tus cautelas
venciste, como decías,
pues de su pureza ya
la lámpara que encendida
conservó su castidad,
fallece en lo que respira.

DEMONIO: A pesar de mi rencor
te lo confiesan mis iras.

ROSA: Mas ya el aliento me falta,
ya caduca, y se arruina
de este edificio viviente
la fábrica, ya agoniza
en parasismos mortales
esta antorcha de la vida.
Agora, Señor, agora
de tu favor necesita
mi flaqueza. Ahora, Virgen
del Rosario, y Madre mía
me has de valer, y tú SSanta,
y gloriosa Catalina
me has de amparar.

Bajan en tres apariencias un NIÑO

JESÚS, la VIRGEN, que hace una niña, y SSanta

CATALINA; el NIÑO JESÚS se queda sobre la SSanta

***ROSA elevado en el aire, y la VIRGEN sobre el romero de la mano
derecha, y en el de la mano izquierda, SSanta CATALINA***

NIÑO JESÚS: Ya mi amor

te asiste, esposa querida.

VIRGEN: Y yo también, Rosa amada.

CATALINA: Y mi amor, que la divina
clemencia de Dios lo ordena
así.

ROSA: ¡Qué grande es mi dicha!

DEMONIO: Tan grande como mi rabia,
y pues mi ultraje publica
mi furor, en sus cavernas
el infierno me reciba.

Húndese el DEMONIO

ÁNGEL: Dios murió entre ladrones,
mas Rosa peregrina
feliz en cruz fallece
con mejor compañía.

*Salen GASPAS de Flores, don JUAN, don GONZALO, y
BODIGO*

JUAN: Entremos todos a ver
expirar el mismo día.

GONZALO: ¡Qué luces tan celestiales!

GASPAS: ¿Mas qué süave armonía
es ésta!

BODIGO: Pues de los cielos
cSantan, será su capilla.

JUAN: ¡Qué asombro tan prodigioso!

GONZALO: En cruz está, y de rodillas.

ROSA: Señor, mi espíritu encomiendo
en tus manos.

JUAN: Y ya expira.

GONZALO: ¡Qué santidad!

JUAN: ¡Qué portento!

GASPAS: Eclipsóse mi alegría.

*Mientras están cSantando, se suben a lo alto
los tres romeros como están, y el NIÑO JESÚS
siempre sobre la SSanta ROSA, y el ÁNGEL custodio arrimado
a la SSanta de rodillas, y cSanta el ÁNGEL segundo*

ÁNGEL 2: Dios para sí se lleva
del Rosa de la vida
la Rosa del Perú,
el asombro de Lima.

GONZALO No sintáis, señor, su muerte,
pues para Dios resucita.

JUAN: Y para que algún consuelo
tengáis, mi hacienda os dedica
mi fe, que yo religioso
en la orden dominica
me he de entrar.

BODIGO: Y yo luego.

JUAN: Y aquí, senado, la vida
de la Rosa del Perú
da fin a sus maravillas.

FIN DE LA COMEDIA

Todoes enredos de amor

Agustín Moreto y Cabaña

Personas

DON FÉLIX.
TRONERA, criado.
DOÑA ELENA.
JUANA, criada.
ORTIZ, escudero, viejo.
DOÑA PAULA, viuda.
INÉS, criada.
EL DOCTOR CONTRERAS.
DOÑA MANUELA.
DON FERNANDO.
LUCÍA, criada.
REQUENA, mozo de mulas.

La escena es en Salamanca.

Jornada primera

Calle.

Escena primera

DOÑA ELENA, *de estudiante galán*; JUANA, *de gorrón*; ORTIZ.

DOÑA ELENA: Anda, Juana.
JUANA: Ya te sigo.
DOÑA ELENA: Ven, Ortiz.
ORTIZ: Aunque me aprieta
el achaque de la ijada,
la tos, la gota y la piedra,
como tu pan, soy gallego,
y he de seguirte aunque fueras
al Cairo o las Filipinas.

JUANA: Por no reventar, es fuerza
(pues callando una criada,
es mucho, si no revienta)
hacerte aquí una pregunta.

DOÑA ELENA: Ya la espero, como sea
breve y del caso.

JUANA: Pues diga,
mi señora doña Elena
de Guevara, ¿qué motivo
la ha obligado, con tal priesa,
a que salga de Madrid,
dejando su casa puesta,
y echando voz de que viene
a cumplir una novena,
que en una dolencia grave
ofreció a la imagen bella,
digo, a la aurora divina,
a quien llaman de la Peña
de Francia? Tomó el camino
de Salamanca; y apenas,
de los dos acompañada,
a esta insigne ciudad llega,
cuando aquella misma tarde
(sacando con diligencia,
para usted ese ormesí,
para mí aquesta bayeta,
y entregándoselo a un sastre,
que otro día con gran priesa,
transformándonos el traje
y el sexo, nos dejó hechas
a usted un pulido estudiante
de alcorza, de nieve y perlas,
y a mí un gorrón, parecido
al capón de las comedias),
sin decirnos dónde vamos,
sale de aquesta manera
a pasear de Salamanca
las calles; sin ver que arriesga,
en las barbas y el andar,
que nos conozcan por hembras,
y que quizá el juez de estudio

dé con las dos en la trena,
por embaidoras de leyes
y adúlteras de la escuela.
Y pues para acompañarla
nos eligió, y de experiencia
sabe que somos leales,
vuesa merced se resuelva
a decirnos el motivo
que a tal arrojó la empeñó,
o si no, a Dios, que me mudo;
porque tenerme suspensa
sin decirme...

DOÑA ELENA: No prosigas,
porque agravias con tu queja
la confianza que debes
a mi fe, pues si la lengua
en la cárcel del silencio
tuvo la causa secreta
que a tal empeño me obliga,
fue, Juana, porque, a saberla
tú en Madrid o en el camino,
quizá piadosa, discreta
y leal, en mi locura
me templaras de manera,
que de proseguir mi intento
me apartaras; con que fuera
preciso perder la vida
y quietud.

JUANA: Pues date cuenta,
señora, de aqueste enigma
a mi lealtad.

DOÑA ELENA: Ya te acuerdas
que mi padre, don Fernando
de Guevara, que Dios tenga,
habrá que enviudó seis años,
quedando por heredera
única en su casa yo.

JUANA: Y que a su noble fineza
y cariño le debiste,
quedando con mucha hacienda
libre, y un gran mayorazgo,

DOÑA ELENA:

y mozo, que no le diera
a tu hermosura madrastra.
Y aunque esa deuda confiesa
mi obligación, también sabes
que su condición austera
y su celoso capricho
me privó con gran violencia
los lícitos pasatiempos
que en una noble doncella
son decentes ejercicios,
como ponerse a una reja,
al prado bajar en coche,
tal vez ver una comedia
y visitara una amiga:
cosas todas tan modestas,
que ni la razón las culpa
ni el recato las condena;
antes el que las impide
sin duda su honor arriesga,
que una mujer oprimida,
aunque más honesta sea,
no digo que sera mala,
pero puede no ser buena.

JUANA:

Yo sé que mi amo guardó
en la clausura secreta
de su casa tu hermosura,
cerrando agujeros, puertas
y ventanas con tal arte,
que si te asomabas, era
a los cuarterones altos,
arrimando una escalera
para subir a lo alto
de la muralla; por señas,
que oyendo un pregón un día,
subí arriba a ver que era,
y al llegar vi que llevaban
azotando a la Cuaresma,
que propiamente imitaba
una encorozada vieja,
tan langoruta y pilonga,
tan arenque, tan acelga,

y tan parecida al diablo
de los pies a la cabeza,
que al mirarla, con el susto,
caí y me quebré una pierna;
con que anduve cuatro meses
coja, entrapajada y renca,
con una pierna a la brida,
y otra pierna a la jineta.

DOÑA ELENA: Yo, en fin, Juana, como sabes
al tiempo que estaba fuera
de casa mi padre, alguna
vez me asomaba a una reja,
y por una celosía,
muy fruncida y recoleta,
que como rallo de monjas
del sol dispensaba apenas
la luz, acaso una tarde
(aquí mi desdicha empieza)
miré a don Félix de Vargas.
Ya presumo que te acuerdas
de un caballero estudiante
que vive en la misma acera,
a dos casas de la mía.

JUANA: Ya le he visto, y aunque es buena
la presencia, trae a el uso
su poco de cabellera,
es boquirrubio, presume
de manos, y en vez de piernas,
anda sobre dos verdades,
que adelgazan, mas no quiebran.

DOÑA ELENA: Vile, en fin, y aunque su gala
en mi noble resistencia
no hizo impresión entonces,
después no sé qué violencia
oculta o qué simpatía
me llevaban a la reja
con curiosidad de verle.
de curiosa pasé a atenta,
la atención llegó a cuidado,
y el cuidado de manera
en el pecho se introdujo,

que le entregué, loca y ciega,
a pocos lances el alma.
¡Qué mal hace la que arriesga
el albedrío a los ojos,
sabiendo por experiencia
que dellos a los deseos
hay distancia tan pequeña!
Murió mi padre en efecto,
y libre de la violencia
de su condición, propuse,
pues en sangre y en hacienda
Don Félix era mi igual,
averiguar con secreta
cautela sus propiedades,
su entendimiento, y si era
el alma de tan buen aire
como el talle; y con aquesta
resolución, le previne
a Ortiz que con diligencia
se informase de su vida,
su condición, y la senda
que, rico y mozo, seguía
en Madrid, golfo que anega
la juventud muchas veces.

ORTIZ:

Y haciendo lo que me ordenas,
a pocos lances hallé
que aunque el tal don Félix era
galán, valiente y discreto,
deslucía aquestas prendas
con tener una faltilla;
y es, que por influjo o lema
aborrece las mujeres,
y con fingida apariencia
las festeja, las obliga,
las sirve y las galantea
hasta que caen en la trampa
y en teniéndolas muy tiernas,
hace de su rendimiento
salsa para la soberbia
de su necia libertad,
y en un *sanctiamentum* las deja,

DOÑA ELENA:

muy burladas y muy finas,
a la luna de Valencia.
Tuve, en fin, esta noticia,
y lo que servir pudiera
de escarmiento a mi cuidado,
fue mayor cebo. No es nueva
política del capricho
arrojarse sin prudencia
a lo más dificultoso,
pues el que a nada se arriesga
nada consigue. Y sabiendo
que en esta ilustre academia
de Salamanca estudiaba
leyes, por ser a las letras
inclinado, y que vendría
este curso a sus escuelas
y a la casa de las Conchas
(donde sus alhajas deja,
mientras asiste en Madrid,
en poder de la casera,
que es una noble viuda,
que vive en la casa misma
alquilando algunos cuartos
a estudiantes de nobleza
y porte, que de todo esto
me informó la diligencia
de Ortiz). -determino (¡ay triste!),
loca, enamorada y ciega
y arrestada (pues confieso
ser imposible que pueda
vivir sin ver a don Félix,
aunque arriesgue mi modestia
y aventure mi recato,
que amor todo lo atropella),
seguirle en aqueste traje,
y procurar en su misma
posada tomar un cuarto;
porque siendo de una tierra
y viviendo en una casa,
no es difícil que yo sepa
empeñarle en mi amistad.

de suerte, que centinela
de sus motivos y acciones,
siendo una espía secreta
y ladrón de casa (a quien
no hay cosa que esté encubierta),
averigüe cautelosa
si es verdad lo que se cuenta
de su libre condición;
y procure mi cautela,
sin declararme con él,
darle parte de mi mesma,
y empeñarle en la noticia
de mi sangre, de mi hacienda,
de mi hermosura; que, en fin,
nunca la infeliz es fea.
y si advierto, si conozco
que aquesta plática acepta
don Félix, sin el dobléz
con que a las demás desprecia,
puesto que, acabado el curso,
es fuerza que a Madrid vuelva
adelantandome yo,
y transformada en la mesma
Doña Elena de Guevara,
sin la fingida apariencia
de don Lope de Mendoza
(que aquí de aquesta manera
he de llamarme), podré,
Juana, con mayor decencia,
siendo esposa de don Félix,
coger alegre y contenta
el fruto de la esperanza
que aquí sembró mi cautela.
Digo que en toda mi vida
vi tan extraña quimera
ni tan difícil empeño;
pues cuando todo suceda
como dices, que no es fácil
te pones en contingencia
de que viéndote en Madrid,
reconozca por las señas

JUANA:

que eres el mismo don Lope
de Mendoza, que en su misma
casa vivió en Salamanca;
y al ver una acción tan ciega,
como venirle siguiendo,
señora, desta manera,
se excuse de matrimonio.

DOÑA ELENA: No creí que eras tan necia.

¿Ha de faltarme un engaño,
siendo mujer, con que pueda
desmentirle esa aprehensión?

JUANA: Ya sé que, aunque eres honesta
y discreta, eres señora
de tan buen gusto, tan diestra
en fabricar un enredo
y en urdir una quimera,
que comparada contigo
aquella maldita vieja,
la famosa Celestina,
te adelantaste a su ciencia
de modo, que en los embustes
no te llega a media pierna.

DONA ELENA: Guarda; que hemos llegado,
si no me engaño, a la puerta
de la casa de las Conchas.

JUANA: Y en ella hay cédula puesta,
que dice: «Se alquila un cuarto
principal.»

DONA ELENA: Pues, Juana, entra. -
Y vos, Ortiz, os volved
a la posada, y en ella
estaréis hasta avisaros
mi intención.

ORTIZ: Lo que me ordenas
haré.

(Vase)

JUANA: Yo llamo. -¿Ah de casa?

Escena II

DOÑA PAULA, INÉS. -DOÑA ELENA, JUANA.

DOÑA PAULA: ¿Quién llama con canta priesa?

JUANA: Un caballero estudiante
de Madrid, que ver desea
el cuarto que aquí se alquila.

DOÑA PAULA: Antes de enseñarle es fuerza
saber si es quieto y si es
caballero; que no entra
gente ordinaria en mi casa.

JUANA: Pues cuando a usted le parezca
le despachará informantes;
y en tanto, dénos licencia
para ver si es bueno el cuarto.

DOÑA ELENA: No dudéis de mi nobleza
y proceder, y que vengo
informado de la vuestra
a vivir en esta casa,
pues sé que en ella se hospeda
gente noble solamente.

DOÑA PAULA: Vuestro talle me dijera
que lo sois, si vuestra cara
(*Ap.* ¡No vi tan rara belleza!)
no me informara de que
sois de diferente esfera
que los otros.

JUANA: *(Aparte.)*
La viuda
al verla se hace jalea
y se almibara; yo apuesto,
si mi ama en casa queda,
que no le falte este invierno
frazada.

DOÑA ELENA: Saber quisiera
el precio del cuarto.

DOÑA PAULA: Eso
no es del caso, haced que venga
vuestra ropa; que la casa
y el dueño serán muy vuestras,
sin hablar en intereses.

DOÑA ELENA: No por galante y atenta
me habéis de exceder, supuesto
que yo no he de entrar en ella
sin pagar primero el cuarto.

DOÑA PAULA: Ya os he dicho que en materia
de intereses no me habléis;
que doña Paula de Urrea
(éste es mi nombre) no ignora
el estilo con que deba
tratar a hombres como vos.

JUANA: *(Aparte.)*

La mujer sin resistencia
está perdida, clavóse.
Si mi ama no fuera hembra,
ya tenía en Salamanca
casa, moza y mesa puesta;
que estas viudas provinciales,
que pasan de los cuarenta,
contribuyen y regalan,
cosen, visten y remiendan
a un cristiano. Y aunque son
carne de pavo al comerlas,
son discretas, puntuales,
serviciales y caseras,
y enseñan buenas costumbres
a su galán; con que pesca,
el que esta prebenda agarra,
dama de dura y vergüenza,
que para el gusto no es mala,
y para el consuelo es buena.

DOÑA ELENA: Siempre estaré agradecido
a tal favor.

DOÑA PAULA: Inés, lleva
luego a aqueste caballero
al cuarto, porque le vea;
que estimaré, como es justo,
que muy bueno le parezca,
porque se nos quede en casa.
*(Ap. El mozo es como una perla;
mucho sera no abrasarme,
teniendo el fuego tan cerca.)*
Adiós.

(Vase.)

INÉS: Seguidme los dos.
(Entran por una puerta y salen por otra.)

Habitación en la casa de las Conchas.

Escena III

INÉS, DOÑA ELENA, JUANA.

INÉS: Aquestas primeras piezas
son sala y recibimiento;
en esta alcoba pequeña
la cama habéis de poner;
y en esta, que es la postrera,
ha de dormir el criado.

DOÑA ELENA: Sí, como decís, aquesta
pieza es la última del cuarto,
¿Adónde sale esta puerta
que aquí miro condenada?

INÉS: A una casa más pequeña,
que de aquesta es accesoria,
y desta calle a la vuelta
cae a sus espaldas.

JUANA: Pues
¿cómo, si sale esta puerta
a otra casa, según dices,
tiene tan flaca defensa
como una débil cerraja?
Por Dios, que pueden por ella
mudarnos sin nuestro gusto
a otro barrio.

INÉS: Nada temas,
porque aquesta puerta sale
a una escalera secreta,
por donde se manda el cuarto
bajo de la casa misma
accesoria, que os he dicho.
y aunque hay en las rejas puestas
cédulas para alquilarle,
ha días que no se arrienda;
y a esta puerta se ha de echar
un tabique cuando venga
inquilino que le ocupe.

JUANA: Y ¿no me dirá, doncella,
salvo el lugar, quien el cuarto
principal vive de aquesta

sin querer, te ha destruido.
Mas, buen ánimo, y no creas
que el don Félix quiere bien
a la tal doña Manuela,
cuando a todas las engaña.
DOÑA ELENA: Siendo tan airosa y bella,
tan noble y con tanto dote,
es preciso que yo tema
que, cuando no por cariño,
la quiera por conveniencia,
y que con ella se case.
JUANA: Eso no se sabe; deja
al tiempo y a la fortuna
el suceso de esta empresa;
que no faltará un enredo,
de los muchos que tú inventas,
con que salgas bien de todo.

Escena V

LUCÍA, *con manto, que trae un papel.* -DICHAS.

LUCÍA: Que a darle este papel venga
a un tal don Félix de Vargas,
que hoy ha de venir de fuera
a esta casa, me mandó
mi ama; la puerta abierta
deste cuarto está; yo quiero
informarme.-¿Ce?

JUANA: ¿A quién, reina,
busca usted?

LUCÍA: A un caballero
que hoy dicen por cosa cierta
ha de venir de Madrid.

DOÑA ELENA: (*Ap.* No sé qué el alma recela.)
¿De qué parte le buscáis?

LUCÍA: De una dama que a la vuelta
vive desta misma calle.
Yo ha poco que estoy con ella,
y al caballero no he visto;
pero, si bien se me acuerda,
ha de llamarse don Félix
de Vargas.

DOÑA ELENA: (*Ap.* Ya no es adversa
mi suerte: con una industria
ha de saber mi cautela
el empeño de los dos.)
Vos traéis tan buenas señas,
que no he de negar mi nombre:
no soy, señora doncella,
el don Félix que decís,
y tengo por cosa cierta
que venís de parte de
doña Manuela Contreras
a buscarme.

LUCÍA: Eso me basta
para, sin que me detenga,
dejaros este papel.

 (*Dale un papel.*)

DOÑA ELENA: ¿No aguardaréis la respuesta?

LUCÍA: No, no puedo detenerme,
que no quiero que me vean;
que aquí soy muy conocida
en esta casa y su dueña.
Adiós, que voy a buscar
(porque se nos fue a su tierra
una criada anteayer),
en casa de cierta vieja,
que acomoda muchas mozas,
una criada que tenga
cuenta en casa con la plata,
con la ropa de la mesa,
con los cofres, y las llaves
del carbón y la despensa.

 (*Vase muy apriesa.*)

Escena VI

DOÑA ELENA, JUANA.

JUANA: Oíd, esperad. -Señores,
¿aquesta mujer es hembra
o cohete?

DOÑA ELENA: Oye el papel,
que dice de esta manera:

 (*Lee.*)

«Aunque la ausencia es crisol de voluntades, la mía no necesita de crisoles para ser muy fina. Vuestra merced se halla en Salamanca; mi casa, como sabe, es a espaldas de la suya, y la mucha amistad de su padre y el mío se la franquean a todas horas; con que, digo que le estoy esperando, para que sepa lo que ha debido a mi memoria, -*Quien más le estima.*»
¿Qué infieres de esto?

JUANA:

Por Dios,

señora, que esta doncella,
de lástima de su cara,
que, como dicen, es buena,
la perdonó el rey Herodes;
pues, según el papel muestra,
se esta todavía en el
estado de la inocencia;
fuera de qu'ese billete,
al parecer, nos enseña
que ella sola es la inclinada.

DOÑA ELENA:

No, Juana, aunque lo desmientas,
ni está el papel mal escrito,
ni aquesta mujer es necia,
ni he de persuadirme yo
a que palabras tan tiernas
y finezas tan rendidas
las pronuncie una doncella
noble y rica, sin tener
en igual correspondencia
saneado de su honor
el partido; con que es fuerza
creer que don Félix la quiere.
Y pues ya fina y resuelta
vine siguiéndole, vive
mi amor, pues él solo reina
en mi pecho, que he de usar
cuantos ardides, quimeras,
trazas, astucias, engaños,
prevenciones y cautelas
pueda prevenir la industria
para que esposo no sea
desta mujer, que me quita,
aún antes de conocerla,
la vida, el alma, el sosiego.

Parte luego a toda priesa
al mesón, y dile a Ortiz
que sin detenerse venga,
y alquile sin dilación
ese cuarto que a la vuelta
se arrienda de aquesta calle,
que tiene correspondencia
por una escalera angosta,
según dijo Inés, a esta
puerta que ves; que pues vive
arriba el doctor Contreras,
yo le estorbaré a su hija
que don Félix... Pero esta
maraña se ha de ver presto...

DON FÉLIX:

(Dentro.)

Ten este estribo, Requena.

REQUENA:

(Dentro.)

¡Jo, mula de los demonios!
Verán lo que ahora solfea,
como ha olido la cebada.

DON FÉLIX:

(Dentro.)

Sube arriba esas maletas.

DOÑA ELENA:

Oye Juana; que parece
que es don Félix el que llega.

JUANA.

Él es sin duda.

DOÑA ELENA:

Pues vete,
y al instante da la vuelta
con la ropa y con los cofres
de mis vestidos; que es fuerza
traerlos para mi intento.

JUANA:

Yo voy como una saeta
a obedecerte. *(Ap. Señores,*
yo no alcanzo lo que ordena
mi señora; pero sé
que es grandísima embustera.)

(Vase.)

Escena VIII

DON FÉLIX, *vestido de estudiante galán*, y TRONERA, *de gorrón*, *ambos como de camino*; REQUENA, *que trae dos maletas*; INÉS, DOÑA ELENA.

REQUENA:

¿Dónde he de poner ahora

al mozo un doblón.
TRONERA: Sí haré.
(*Ap.* La mitad te sisaré.)
Tomad para vino. (*Ap.* Fuego
en la maldita ralea
de los mozos del camino.)
REQUENA: Adiós, Tronera.
(*Vase, dejando las maletas.*)

Escena VIII

DON FÉLIX, DOÑA ELENA, TRONERA, INÉS.

DOÑA ELENA Imagino
que quien serviros desea,
no de tan grandes favores
necesita, en conclusión,
para que su obligación
le empeñe a extremos mayores.
A la escuela me ha traído
la inclinación en rigor
de cursar leyes (*Ap.* de amor);
y ya, que solo he venido
siguiéndoos puedo decir;
pues sólo me obligó el veros
a estimaros y a quereros,
tanto, que os ha de servir
mi fineza con tal arte,
con tal celo mi amistad,
que no os deje voluntad
que empeñéis en otra parte;
pues no habéis de tener, no
(esto a cumpliros me obligo),
señor don Félix, amigo
que os estime como yo.
DON FÉLIX: Yo soy muy vuestro. Y decid,
pues con la misma igualdad
ha de ser nuestra amistad,
¿de dónde sois?
DORA ELENA: De Madrid
DON FÉLIX: ¿El nombre?
DOÑA ELENA: Don Lope ha sido
de Mendoza.

sígueme...
JUANA: Vamos, Señora.
DOÑA ELENA: Que no he de decirte ahora
lo que has de saber después.
(*Vanse.*)

Sala en casa del DOCTOR CONTRERAS.

Escena X

DOÑA MANUELA, *muy bizarra*; LUCÍA; luego, EL DOCTOR CONTRERAS.
DOÑA MANUELA: En fin, ¿le diste el papel?
LUCÍA: Sí, Señora; y te prometo
que el mozo es como unas flores,
galán, airoso y discreto,
cortesano, y tan hermoso,
que puede su cara...
DOÑA MANUELA: Quedo,
y no me le alabes tanto,
Lucía, que me das celos.
LUCÍA: Esta es pasión de criada
leal; y ahora, volviendo
a tu buen gusto, aseguro
que has elegido el sujeto
más digno de tu hermosura.
DOÑA MANUELA: Así lo estoy conociendo;
y por eso mi recato
le hace favores honestos,
a que él corresponde fino,
hasta que permita el cielo
que mi amor... Pero mi padre.
DOCTOR: (*Sale.*)
¡Manuela!
DOÑA MANUELA: ¿Señor?...
DOCTOR: Yo tengo
que hablarte. -Salte allá fuera,
Lucía.
LUCÍA: Ya te obedezco.
(*Vase.*)

Escena XI

EL DOCTOR CONTRERAS, DOÑA MANUELA.

DOÑA MANUELA: (*Aparte.*)

¿Qué prevenciones son estas?
Confusa estoy.

DOCTOR: Bien entiendo,
hija, que de mi atención
y cuidado tus aciertos
puedes fiar; porque, fuera
de ser tu padre, te quiero
con tal fineza y cariño,
que en el amor te prefiero
(bien lo encarezco), a Fernando,
tu hermano; que acá en el pecho
sois dos mitades del alma,
siendo dos puntales bellos
y dos hermosas columnas
que sin duda arrimó el cielo
a este caduco edificio,
para que el curso violento
de los años y la edad
no le agobie con el peso.
Y así, antes que de mi vida
rompiese los privilegios
la muerte, que está tan cerca...

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

¿Adónde irá a parar esto?

DOCTOR: Quisiera yo darte estado
igual, Manuela, a tu ingenio,
nobleza, hermosura, gala
y riquezas, advirtiéndote
que estos nobles atributos
en ti son tan verdaderos.
Como padre y como amante,
ha días que revolviendo
anda en el discurso mío
la madurez y el consejo
quién pudiera dignamente
lograr tan feliz empleo
como ser esposo tuyo;
y con el amor y el celo
de tu conveniencia, ya
tengo buscado sujeto
que te merezca. Y así...

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

¿Qué es esto que escucho, cielos?

DOCTOR: Supuesto que tu obediencia
no ha de repugnar mi intento,
iré luego a efectuarlo.

DOÑA MANUELA: Escucha, Señor, primero
(Ap. Muerta estoy, ¡ay infelice!),
y advierte que sobra el tiempo
para darme estado, y que
sólo elijo, sólo quiero
acompañarte y servirte,
a tu regalo asistiendo
y cuidando de tu casa.

DOCTOR: Mucho, Manuela, agradezco
tu fineza; mas conozco
que tales ofrecimientos
del mucho amor que me tienes
proceden, y yo no quiero
que tu urbanidad ahora
embarace tu remedio.
Quédate adiós.

DOÑA MANUELA: Oye, espera,
y ya que quieres tan presto
remediarme *(Ap. Sin mí estoy),*
dime primero el sujeto
que has elegido.

DOCTOR: Don Félix
de Vargas.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

Amor, cobremos
aliento.

DOCTOR: Bien le conoces,
pues por la amistad que tengo
con su padre, entra en mi casa,
hallando el acogimiento
que tu hermano y mi cariño;
y le hago aqueste cortejo,
si te hablo verdad, a fin
de ajustar tu casamiento
con él.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

Albricias, amor.

DOCTOR: Parece, según advierto,
que has mudado de semblante,
y que no admites, sospecho,
esta plática con gusto.

DOÑA MANUELA: (*Llevándose un lienzo a los ojos.*)
Cuando miro y considero
que he de apartarme de ti,
quiere salirse del pecho
el corazón con la pena,
y sin poder detenerlo,
me acomete un mar de llanto
que publica el sentimiento
de dejarte (*Ap.* Y de que tarde
la boda); porque yo tengo
tan rendido el albedrío
a tu elección, que no puedo
faltar a tu gusto en nada.

DOCTOR: De tu obediencia lo creo;
que eres honesta y hermosa.
Don Félix es caballero
de gran sangre... Mas ¿quién llama
a aquella puerta?

Escena XII

JUANA, *vestida ridículamente de vieja*; ELENA, *en traje honesto de mujer*. -DICHOS.

JUANA: *Laus Deo.*

DOCTOR: ¿A quién buscáis?

JUANA: Por las señas,
aquí ha de vivir, sospecho,
doña Manuela Contreras.

DOCTOR: La que decís no está lejos,
porque la tenéis presente,
y es mi hija.

JUANA: Yo me alegro
de haber encontrado a entrambos.

DOCTOR: ¿Qué mandáis?

JUANA: Yo, Señor, vengo
informada de que en casa,
para cosas de gobierno,
buscaban una criada.

DOÑA MANUELA: Para la plata y aseo
de la mesa y ropa blanca
se busca.

JUANA: Pues para eso,
y revolver una casa
de arriba abajo en dos credos,
es la que viene.

DOÑA MANUELA: Decidme,
¿cuál es de las dos?

ELENA: Si el cielo
me hace tan feliz, que yo
en vuestro servicio quedo,
soy la que vengo a servirlos.

DOCTOR: ¿De dónde sois?

DOÑA ELENA: De Toledo.

DOÑA MANUELA: ¡Qué buena cara! Decid,
pues, ¿cómo desde tan lejos
vinisteis a Salamanca?

DOÑA ELENA: Vine, Señora, sirviendo
al corregidor pasado,
que habrá como mes y medio
que acabó su cargo; y yo,
por tener enfermo el pecho
de los aires desta tierra
(*Ap.* Mejor dijera de celos),
por orden suya quedé
a curarme aqueste invierno
de la señora Cristina
en la casa, donde en tiempo
breve cobré la salud,
y viéndome sin remedio,
una casa honrada busco,
adonde pueda sirviendo
pasar con decencia.

DOÑA MANUELA: Vos
sabréis granjear sus dueños,
porque en la cara y el talle
para vuestro desempeño
traéis muy buenos padrinos.
¿Qué sabéis hacer?

DOÑA ELENA: No quiero

cansaros; cuanto pidáis:
ropa blanca y aderezos,
puntas, randas, perendengues,
lazos y despeñaderos,
conservas, masas, pastillas
perfumes, aguas, sahumeros,
y otras mil curiosidades,
que con arte y con ingenio
me ha enseñado la experiencia,
porque estuve en un convento
(Hace una reverencia)
tres años con una tía.

DOCTOR: *(Aparte a DOÑA MANUELA.)*

Para tu boda, del cielo
nos viene aquesta mujer.
Pero has de saber primero
si tiene buenas fianzas,
porque ya en aquestos tiempos
no hay que fiarse de nadie.

DOÑA MANUELA: Yo a recibiros me ofrezco,
si traéis quien os conozca.

JUANA: ¡Por cierto, eso fuera bueno!
Yo soy la madre Cristina,
que ha mil días que en el pueblo
acomodo a las doncellas;
y esta muchacha, viviendo
a mi lado, no ha de daros
más fianza que el empeño
de mi palabra. Informáos;
veréis que asegurar puedo
un aduar de gitanos.

DOCTOR: Como aquí no os conocemos,
no os admiréis.

JUANA: Yo he servido
en Madrid a un caballero...
(Aparte a DOÑA ELENA)
aquesta es buena ocasión
para lograr el intento
de decir mal de don Félix.

DOÑA ELENA: *(Aparte a JUANA)*

A eso solamente vengo

y consejo, pues, en fin,
como a mi hijo le quiero,
enfrene sus travesuras.

JUANA: ¡Oh! pues si vais con el celo
de enmendarle y corregirle,
sabed, cuanto a lo primero,
que él juega, jura, enamora,
miente, finge, y es tan diestro
en persuadir las mujeres,
que la más discreta al cebo
de sus palabras se rinde;
y el muy falsico, en cogiendo
el fruto de sus embustes,
la deja burlada, y luego
incontinenti se va
a fabricar otro enredo,
con que cae otra cuitada.
Y ha cundido tanto esto
en Madrid entre sus damas
(siendo un golfo tan inmenso),
que lo conocen por barrios,
y huyen de sus embelecocos
como el diablo de la cruz.

DOCTOR: Mirad, ese devaneo
no es muy culpable en un mozo
que vive en Madrid, sujeto
sólo a su albedrío.

JUANA: Cuando
de los pesares me acuerdo
y malos ratos que ha dado
a su padre, no me puedo
contener. ¿Y si os dijera
que aun a mí el grande embustero
me solicitó, con estas
canas, siendo causa esto
de salirme de su casa
fuera? Pero no pretendo
que nadie pierda por mí.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*
Muerta estoy. ¿Si será, cielos
esto verdad?

DOCTOR:

Proseguid

(*Ap.* Yo buscaba para yerno
gentil sujeto, por Dios);
que todo saberlo quiero,
para enmendarlo mejor.

JUANA:

En fin, para echar el sello
don Félix a sus maldades,
apurando de su viejo
padre la paciencia, tuvo
con una dama secretos
amores, noble y doncella
y habiéndole dado el cielo
de esta amistad dos chiquillos,
iguales como los dellos
de las manos (en hablando
destas cosas me enternezco),
y tamañitos entrambos,
que caben en un harnero,
sin mirar su obligación,
la dejó burlada, ¡fuego
en su falsedad! Y ella
le puso, ofendida, pleito,
que hoy en el Nuncio se sigue;
y su padre, previniendo
el riesgo (porque esta dama
tiene en Madrid nobles deudos),
le envió a Salamanca, donde,
sin olvidar el mancebo
sus mañas, tiene entabladas
dos devociones a un tiempo
en Santa Clara; en la Plaza,
asestado el galanteo
de una viuda; junto a Escuelas,
tratado su casamiento
con una noble doncella;
y en la Rúa cogió al vuelo
una confitera hermosa,
a quien en muy breve tiempo
la ha comido tantos dulces,
que ya ha quedado en los huesos
la tienda, calva y lampiña;

porque, además de sus buenos
procederes, el don Félix
es muy grande galamero.

DOCTOR: *(Aparte a DOÑA MANUELA.)*

¡Buenas propiedades, hija!
Aunque este sea embeleco;
si bien aquesta mujer
no sé a qué fin, a qué efecto
pueda urdir tales engaños,
es bien que unido el consejo
con esta noticia, busque
algún camino, algún medio
de averiguar la verdad.

DOÑA MANUELA: Yo, Señor *(Ap. En vano intento
disculparle)*, nunca he dado
crédito a tales enredos,
porque los criados siempre
hablan así de sus dueños.

DOCTOR: Eso es cierto. Pero cuando
no está el desengaño lejos,
debe apurarse la duda;
que no he de poner a riesgo
tu hermosura. Adiós te queda;
que hoy es día de correo,
y he de escribir a tan amigo
que apure en Madrid si es cierto
lo que ha dicho esta mujer.
Y si te agradare, luego
recibe aquesta criada.

(Vase.)

Escena XIII

DOÑA ELENA, JUANA, DOÑA MANUELA; *luego*, DON FÉLIX y TRONERA, *con
el traje de camino.*

JUANA: *(Aparte.)*

Por Dios, que se parte el viejo
como perro con vejigas.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

Buena he quedado. Yo pienso
que sueño ¡Ah, traidor don Félix!

JUANA: *(Aparte.)*

Y la niña tiene el gesto
de haber probado vinagre.

DOÑA MANUELA: ¿Cómo os llamáis?

DOÑA ELENA: *(Ap. Bien se ha hecho.)*
¿Yo? Damiana.

DOÑA MANUELA: *(Ap. ¡Ay de mí!)*
Pues quítate el manto luego,
porque ya estas recibida.

DOÑA ELENA: Con tu licencia, primero
es preciso que yo... Escucha.

(Hablan aparte las tres; y aparecen DON FÉLIX y TRONERA, que observan desde la puerta)

DON FÉLIX: Desde aquí mirar podemos
si está sola. Mas, Tronera,
¿No reparas que en extremo
a don Lope se parece
aquella mujer?

TRONERA: Yo pienso
que estoy viendo su retrato.

DON FÉLIX. Y por Dios, que su despejo
y su garbo son imanes
de mi atención.

TRONERA: ¿Qué tenemos?
mas ¿qué te has enamorado?

DON FÉLIX: Ya sabes que a todas quiero,
por costumbre solamente.

TRONERA: Ya lo sé. Pero ¿qué haremos
de doña Manuela?

DON FÉLIX: Ésa
es rica, y aquesta es cierto
que es hermosa, y bien podré
querer a las dos a un tiempo:
a la una por el donaire,
y a la otra por el dinero.

TRONERA: Digo que me has convencido.

JUANA: Mucho, Señora, me alegro
de que tan buena criada
quede en el servicio vuestro;
yo volveré por mis gajes.
Adiós.

(Vase.)

Escena XIV

DON FÉLIX, TRONERA, DOÑA MANUELA, DOÑA ELENA.

DON FÉLIX: *(Saliendo con TRONERA.)*

No pudo mi afecto,
habiendo llegado ya
a Salamanca, sin veros
estar un punto; y así...
*(Ap. Vive Dios, que el juicio pierdo
al ver aquesta mujer.)*

DOÑA MANUELA: ¿De qué venís tan suspenso,
señor don Félix?

DON FÉLIX: Quien mira
del sol los claros reflejos,
no es mucho que entre sus rayos...
pero decidme primero,
¿quién es aquesta señora?

DOÑA MANUELA: Qué, ¿os parece bien?

DON FÉLIX: Confieso
que, aunque es grande su donaire,
delante de vos...

DOÑA MANUELA: Teneos;
que Damiana es mi criada,
y yo sé bien que a mi ruego
será piadosa con vos;
con que añadiréis al pleito
del Nuncio otra opositora,
otro cuidado al empeño
de la viuda de la Plaza,
y otro conque al casamiento
que tratáis con la doncella
de junto a Escuelas.

DON FÉLIX: No entiendo
lo que decís.

TRONERA: *(Aparte a DON FÉLIX.)*

Vive Dios,
que aunque todo es embeleco,
te han conocido.

DON FÉLIX: Advertid
que burlaros de mi afecto
y mi fineza...

DOÑA MANUELA: Callad;
que no han de quejarse desto,
don Félix, las dos devotas
que tenéis en el convento
de Santa Clara, y tampoco
ha de formar sentimiento
la confitera que vive
en la Rúa.

DON FÉLIX: Si el intento
vuestro es que yo pierda el juicio
lo conseguiréis muy presto,
porque ya me tenéis loco.
¿Qué casamiento, qué pleito,
qué viuda, qué confitera
o qué engaños son aquestos
para apurar mi paciencia?
¡Vive Dios, que sólo tengo
por norte de mi esperanza
vuestros divinos luceros,
y que mi amor...!

DOÑA MANUELA: Es engaño.

DON FÉLIX: Y mi fineza...

DOÑA MANUELA: Es del tiempo.

DON FÉLIX: Mirad que soy...

DOÑA MANUELA: Desleal.

DON FÉLIX: Que mi pecho...

DOÑA MANUELA: Ya lo veo.

DON FÉLIX: Siempre fue vuestro.

DOÑA MANUELA: Y de todas.

DOÑA ELENA: *(Aparte.)*

Rabien los dos, pues yo muero.

DON FÉLIX: Eso es ya mucho apurarme.

Escena XV

DON FERNANDO, -DICHOS.

DON FERNANDO: Señor don Félix, yo vengo
de vuestra posada. -Hermana
¿qué haces aquí?

DOÑA MANUELA: En este puesto
hablando con Damiana
(esta criada a quien tengo

recibida) estaba, cuando
el señor don Félix, pienso
que buscando a nuestro padre,
aquí llegó al mismo tiempo
que tú entrabas.

DON FÉLIX: Es así;
que en aqueste instante mesmo
he llegado de Madrid,
Fernando, y sin perder tiempo
vengo a ver a vuestro padre.

DON FERNANDO: La fineza os agradezco.
(*Aparte, mirando a DOÑA ELENA.*)

Por Dios que la tal criada
no es fea; no he visto, cielos,
tal hermosura y donaire.
Venid, y no dilatemos
a mi padre tan buen día
como ha de tener con veros;
que en el estudio os espera.

DON FÉLIX: Vamos, Tronera. (*Ap. Yo llevo
qué pensar con la criada.*)
(*Vase con Tronera.*)

DOÑA MANUELA: Tú, Damiana, trae luego
tu cofre.

DOÑA ELENA: Voy a servirte.
(*Vase DOÑA MANUELA, y DON FERNANDO detiene a DOÑA ELENA.*)

Escena XVI

DON FERNANDO, DOÑA ELENA.

DON FERNANDO: Escúchame a mi primero,
Damiana; y sabe de paso
que tu donaire en mi pecho
se ha introducido de suerte,
que si admite mis deseos
tu agrado, serás en casa
no criada, sino dueño.
Adiós.

(*Vase.*)

Escena XVII

DOÑA ELENA: ¡Sólo me faltaba

no me enamore este necio!
Ea, cuidado, a buscar
nuevos engaños y nuevos
fingimientos con que pueda
desvanecer los deseos
de doña Manuela y Félix.
Y pues ya en mi poder tengo
la llave del cuarto bajo,
que he alquilado, y en él veo
una escalera secreta
que va a mi cuarto, al momento
voy a mudar este traje;
porque Félix, en volviendo
a casa, encuentre a don Lope,
borrándole así el recelo
que tuvo al mirarme aquí.
Fortuna, ayuda mi intento,
favorable, pues no ignoras
que *el amor todo es enredos.*

Jornada segunda.

Habitación de DOÑA PAULA.

Escena primera

DOÑA PAULA, INÉS; JUANA, *de estudiante gorrón.*

DOÑA PAULA: Mendrugo, seas bien llegado.
¿Tú en mi cuarto? No lo creo.

JUANA: Aunque siempre mi deseo
servirte ha solicitado,
la cortedad me disculpa;
y si Inés no me llamara,
en él, Señora, no entrara.

DOÑA PAULA: ¿Cómo has de negar tu culpa,
cuando de mí has conocido
lo que te estimo en rigor
por don Lope, tu señor,
y porque hablarte he querido
en un negocio importante?
Déjanos solos, Inés.

(Vase INÉS.)

Escena II

DOÑA PAULA, JUANA

DOÑA PAULA:

Aquí te he llamado pues...

JUANA:

Pasa, Señora, adelante;
que ya te escucha mi duda,
pendiente de tu voz.

DOÑA PAULA:

Dí

¿podré fiarme de ti?

JUANA:

(Ap. ¿Qué me querrá esta viuda?)

¡Que eso tu presunción diga!

¿Sabes quién es en Vizcaya

Mendrugó Díaz de Arcaya?

DOÑA PAULA:

Pues digo que cierta amiga,
muy noble, rica y discreta,
acaso vio a tu señor.

JUANA:

¿Dónde?

DOÑA PAULA:

En la iglesia Mayor;
y tan rendida y sujeta
quedó a su talle...

JUANA:

Repara,

si es discreta esa mujer,
que por fuerza ha de tener
muy malditísima cara.

DOÑA PAULA:

No, no es fea, y sin engaños,
es, para mayor indicio,
de gran gobierno y gran juicio.

JUANA:

Tendrá muchísimos años.

DOÑA PAULA:

Aficionada, en efeto,
a don Lope, me mandó,
por ser tan su amiga yo,
que supiese de secreto
(puesto que en mi casa posa,
y ella, sin más conveniencia
que su gallarda presencia,
solicita ser su esposa)
si esta plática recibe
don Lope; y como he sabido
que eres tú tan su valido...

JUANA:

Eso es cosa que no vive

sin mí un instante.

DOÑA PAULA: He querido
fiar de ti que al momento
le des parte de este intento.

JUANA: Buena elección has tenido;
y da, si de mí se escapa,
la materia por perdida,
pues lo que yo no le pida,
no lo ha de hacer por el Papa.
Pero tu intento, a mi ver,
presumo que no es posible,
porque mi amo es imposible
que se case con mujer.

DOÑA PAULA: ¿Cómo?

JUANA: De mí te has fiado;
no engañarte solicito.
Sabe que cuando chiquito...

DOÑA PAULA: ¿Qué?

JUANA: Fue don Lope quebrado.

DOÑA PAULA: Mi amiga, aunque eso la asombre
le admitirá por esposo;
que amor no es escrupuloso.

JUANA: Es que no puede ser hombre
si se casa con doncella.

DOÑA PAULA: Ya no importa aquesa duda,
porque esta dama es viuda.

JUANA: *(Ap. Con esto sé ya que es ella,
y presumo, en conclusión,
que puesta ya en el reclamo,
se ha de casar con mi amo,
aunque diga que es capón.
Ella pescó gentil maula.)*
Digo que a tratarlo voy.
Y yo esperandote estoy.

DOÑA PAULA: Y yo esperandote estoy.

JUANA: *(Aparte.)*
¡Buena esta la doña Paula!
De aquí he de salir con medras.

DOÑA PAULA: Si lo ajustas al instante,
te daré un rico diamante.

JUANA: *(Aparte.)*
Loca está, pues tira piedras.

DOÑA PAULA: De su ignorancia me espanto.
(Ap. Bien mi industria se logró;
que una mujer como yo
no ha de declararse tanto.)
Adiós, Mendrugo.
(Vale.)

Escena III

JUANA: Señores,
¿Habrá quien a questo crea?
En hora bien, ya sera tiempo,
pues mi ama vendrá de fuera,
de abrir el cuarto. Yo tengo
mareada la cabeza
de tan notables enredos
y tan extrañas quimeras
como han pasado por mí
en diez días.

(Entra por una puerta y sale por otra.)

Habitación de DOÑA ELENA en la casa de las Conchas.

Escena IV

DOÑA ELENA, *de estudiante*, ORTIZ. -JUANA.

DOÑA ELENA: ¡Juana!
JUANA: Buena
la tienes con doña Paula.
DOÑA ELENA: ¿Cómo?
JUANA: Como está tan tierna,
que quiere ser tu mujer,
y con una larga arenga
me ha propuesto el casamiento
encargándome que sea
su tercero.
DOÑA ELENA: ¿Estás en ti?
JUANA: Digo que da por tan hecha
la boda tal viuda,
que previene a toda priesa
dijes y mantillas para
el primer hijo que tenga.
Y a mí me ofreció en albricias
de que admitas su fineza,

un sortijón como un puño;
y así, podrás...

DOÑA ELENA:

Calla, necia.

JUANA:

Darla con la entretenida,
pues si sabe que eres hembra,
nos ha de echar noramala
de casa.

DOÑA ELENA:

Locuras deja.-
y vos, Ortiz, pues entrasteis
aquí sin que nadie os viera.
Ni en casa sois conocido,
decid si dejáis ya puestas
en el cuarto las alhajas.

ORTIZ:

Los bufetes, la docena
de sillas, y juntamente
aquella alfombra pequeña
que trajiste de Madrid,
todo acomodado queda.
Y asimismo he echado voz
de que espero a doña Elena
de Guevara, mi señora,
que a asistir a una novena
viene a la peña de Francia,
y que vendrá, por mi cuenta,
dentro de dos o tres días.

DOÑA ELENA:

Así mi industria lo ordena
por lo que sabréis después;
y hora por aquesta puerta
os podréis bajar al cuarto.
Y estad con cuidado mientras
otra cosa os avisare.

ORTIZ:

Mi obediencia es mi respuesta.
(*Ap.* Yo opuesto que los embustes
de mi ama y esta escalera
me han de llevar a la horca.)

(*Vase.*)

Escena V

DOÑA ELENA, JUANA.

JUANA:

O he de armarme de paciencia,
o he de perder el sentido

con tus cosas.

DOÑA ELENA:

Todas estas
prevenciones se encaminan,
Juana, a que doña Manuela,
persuadida de mi engaño,
a don Félix aborrezca
de modo que de él se olvide.

JUANA:

¿Cómo ha de ser?

DOÑA ELENA:

Ya te acuerdas
de aquella tarde que yo
me acomodé por doncella
en su casa.

JUANA:

Y que lograste
el fin de que yo dijera
tantos males de don Félix,
que por entonces suspensa
quedó la boda; y el viejo
tan escocido en la arenga
de mis engaños y enredos,
que desde entonces no entra
en su casa el tal don Félix.

DOÑA ELENA:

Pues sabe que yo, muy diestra
en proseguir este engaño,
le dije a doña Manuela
que iba por mi cofre.

JUANA:

Eso
ya lo sé.

DOÑA ELENA:

Y dando la vuelta
a su casa el otro día,
para entablar la cautela
de ser a un tiempo don Lope
y Damiana (que este era
el nombre que allí me puse),
la dije que aquella misma
tarde la madre Cristina
de una impensada dolencia
quedaba en la cama; y que
era asistir a la enferma
preciso en mi obligación.
Diome en efecto licencia
para asistirla de noche,

con que de día viniera
a servirla puntual;
logrando esta manera,
Juana, que todas las noches
por don Lope aquí me tengan
hasta las nueve del día,
que en esa del doctor Contreras
me voy a ser Damiana.

JUANA:

Por Dios, Señora, que inventas
cosas que no hay en el mapa.

DOÑA ELENA:

Lo mejor es, que se muestra
tan inclinada mi ama
a mi aparente modestia
y a mi fingido servicio,
que ya privo más con ella
que sus antiguas criadas;
tanto, que me ha dado cuenta
de su empeño con don Félix,
y que estando ya muy cerca
de efectuarse el casamiento,
lo suspendió la cautela
de tu informe; porque el viejo
escribió con diligencia
a Madrid a cierto amigo
que se informara y supiera
de secreto si las malas
propiedades eran ciertas
que dijiste de don Félix.
De que ayer por la estafeta
vino respuesta, en que avisa
que todo ha sido quimera
cuanto dél le han referido;
por ser opinión muy cierta
en Madrid que era don Félix,
demás de su gran nobleza,
un caballero que en nada
faltó jamás a la deuda
de su ilustre nacimiento.
Con que el viejo, satisfecha
la duda en que le pusiste,
vuelve a tratar la materia

del casamiento.

JUANA: Eso es malo.

DOÑA ELENA: Y la tal doña Manuela,
con achaque de que viene
a visitar la casera,
hoy ha de ver a don Félix
en su cuarto; que ella misma
me lo dijo.

JUANA: Eso es peor.

Pero díme, ¿con qué treta
te has librado de Lucía,
aquella criada, aquella
que, fingiéndote don Félix,
la obligaste a que te diera
el papel de su señora?

DOÑA ELENA: Esa es la que más me cuesta
de cuidado, porque jura,
impaciente y descompuesta,
que soy el mismo don Félix;
y como doña Manuela
sabe que ni le parezco
ni puedo serlo, hace della
burla y la tiene por loca.

JUANA: Y en fin, Señora, ¿qué intentas
con tan extraños enredos?

DOÑA ELENA: Ya es preciso que lo sepas:
escucha.

Escena VI

DON FÉLIX, TRONERA. -DICHAS.

DON FÉLIX: ¡Amigo don Lope!

DOÑA ELENA: Perdonadme, porque es fuerza
hablar ahora a Mendrugo.
Luego soy con vos.

(Hablan aparte.)

DON FÉLIX: Tronera,
cada vez que veo a este hombre
imagino que es la misma
criada del otro día.

TRONERA: Ya, Señor, de esa sospecha
te aseguraste, pues cuando

dimos a casa la vuelta
hallaste en ella a don Lope.
DON FÉLIX: Ello es de naturaleza
milagro, formar dos caras
tan conformes.
JUANA: *(Aparte a DOÑA ELENA.)*
Considera,
Señora, que es grande empeño
querer...
DOÑA ELENA: ¿De qué te recelas,
si yo he de estar a la mira?
JUANA: Digo que aunque me molieran
a palos, te he de servir.
Voy a hacer lo que me ordenas.
(Vase.)

Escena VII

DON FÉLIX, DOÑA ELENA, TRONERA.

DOÑA ELENA: Señor don Félix, no creo
que aquesta dicha merezca
mi cuarto.
DON FÉLIX: Vos asistís
en él tan poco, que apenas
os encuentra mi amistad.
DOÑA ELENA: Siendo tan grande la nuestra,
fuera conocido agravio
si mi recato encubriera
la causa de no asistiros
a todas horas. *(Ap. Aquesta
ficción me ha de importar mucho
para adelante.)*
DON FÉLIX: Y mi queja
fuera, don Lope, mayor.
Si disculpa no tuviera
el recataros de mí.
DOÑA ELENA: No ha sido misterio o tema
dejar de veros y hablaros
sino haber que llegue apenas
diez días a Salamanca,
y, cuando menos, en ella
haber perdido, don Félix,

la libertad.

DON FÉLIX:

¿Es empresa

de amor, o antojo no más?

DOÑA ELENA:

Es que acaso en San Esteban

vi una mujer tan divina,

tan gentil, airosa y bella

que entre el verla y adorarla

no hubo tiempo que pudiera

distinguir el albedrío;

tanto, que amor, aunque sea

rayo, que distancias mude,

y lince, que almas penetra,

al verme rendir tan presto,

suspendió al arco la cuerda,

porque yo para adorarla

no hube menester sus flechas.

DON FÉLIX:

Luego ¿estáis enamorado?

DOÑA ELENA:

Tanto, que amor me condena

a hacer mil cosas indignas,

y me tiene de manera,

que no soy el que pensáis.

Bien el efecto lo muestra,

don Félix, pues he faltado

a la amistad verdadera

que los dos nos prometimos.

Mas espero muy apriesa

salir muy bien deste empeño,

para volver con más fuerza

a estimaros y quereros,

pues mi fe sólo desea

que seamos muy amigos.

DON FÉLIX:

Yo, aunque mil damas tuviera,

lo fuera vuestro, don Lope;

que como aquesas princesas

no llegan a mi memoria

con intento que lo sepa

la voluntad (porque sólo

me sirven de que las quiera

para quebrantar el ocio

y divertir la tarea

de mis estudios), es cierto

que no os dejara por ellas.
DOÑA ELENA: Luego ¿A ninguna queréis?
DON FÉLIX: Esa es muy larga materia
de contar, porque yo a todas
(Dios ponga tiento en mi lengua)
las quiero veinte y cuatro horas.
DOÑA ELENA: Pues si os dura la fineza
tanto tiempo, ¿habréis logrado,
claro está, dos mil empresas
grandes y dificultosas?
TRONERA: Mi amo tiene diferencias
en el gusto: no es amigo
de truchas, antes las deja
de comer, porque se aplica
a coles y berenjenas
llenando el jergón muy bien
de gorronas y sirvientas.
DON FÉLIX: Mas, porque veáis también
que sin excepción no hay regla,
sabed que vengo a pedir
vuestro cuarto porque venga
cierta dama a visitarme;
puesto que, estando más cerca,
de la puerta de la calle,
puede, sin que la casera
la vea, entrar más segura.
DOÑA ELENA: Mucho me alegro que tenga
parte mi cuarto en que uséis
de prevención tan atenta
con esa dama. Y espero
que este principio lo sea
para que enmendéis prudente
el influjo o la violencia
que os obliga a no estimarlas;
pues el sabio, cosa es cierta
que en fe de su entendimiento
puede enmendar las estrellas.
De mi cuarto y mi persona
os servid enhorabuena.
Pues sabéis que todo es vuestro.
DON FÉLIX: Yo agradezco la fineza

y el aviso. Y por pagarle,
os previene mi advertencia
que si de esa hermosa dama
que visteis en San Esteban
la empresa habéis de seguir,
la examinéis con cautela
primero el porte y la vida;
porque hay mujeres en esta
ciudad, de corta fortuna,
que al cebo de su belleza
suelen traer muchos peces,
y al ignorante que pesca
el anzuelo de su cara,
le echan la justicia a cuestras,
y la cruz del matrimonio;
y podéis, siendo en escuelas
nuevo, caer en la trampa.

DOÑA ELENA:

Aunque agradecer es fuerza
vuestro celo, aquesta dama
es de diferente esfera
que presumís. Pero yo
admito vuestra advertencia,
y en cualquiera lance o riesgo
que en aqueste empeño tenga
he de valerme de vos.

DON FÉLIX:

Fuera agraviar mi fineza
no hacerlo así, siendo cierto
que espada, vida y hacienda,
sin cumplimiento, don Lope,
a todo trance son vuestras.

DOÑA ELENA:

Esa palabra os admito.
Mas advertid que os empeña
a asistirme y ampararme
en cuanto aquí me suceda
con esta dama.

DON FÉLIX:

Mis brazos
y mi mano serán muestra
de que os la da con el alma
mi fe. Mas por esa reja y
que sale a la calle, he visto
(ella es sin duda) que llega

DOÑA ELENA: aquella dama que espero.
Adiós, y tened con ella
el suceso que deseo.
(Ap. Y pues ya mi trama queda
bien urdida, voy a hacer
en casa de doña Manuela
el papel de Damiana.)
(Vase.)

Escena VIII

DOÑA MANUELA y LUCIA, *con mantos*. -DON FÉLIX, TRONERA.

DOÑA MANUELA: (A LUCÍA desde la puerta.)
Este es el cuarto; tú aprieta
a casa te vuelve, y díle
a mi padre, cuando venga,
que quedo con doña Paula.
LUCÍA: Voy a hacer lo que me ordenas.
(Vase.)

Escena IX

DOÑA MANUELA, DON FÉLIX, TRONERA.

DOÑA MANUELA: ¿Señor don Félix?
DON FÉLIX: Señora,
¿cuándo con tanto arrebol,
para primicias del sol,
salió brillante la aurora?
Y ¿cuándo el prado gentil,
para adornar la mañana,
sus hojas de nieve y grana,
verdes pompas de abril,
desplegó en lisonjas tantas,
cómo, sin formar agravios,
se encienden en vuestros labios,
se animan en vuestras plantas?
Y ¿cuándo el cielo...
DOÑA MANUELA: Teneos;
que amor en ecos veloces
no se infiere de las voces,
que se aplica en los deseos.
Que aunque mi afecto procura,
cerrando a vanos antojos

los oídos y los ojos,
 que esté de vos muy segura;
 y aunque amor me ha satisfecho
 con darme ya el desengaño,
 me esta revelando el pecho,
 don Félix, que no pagáis
 lo que a mi afecto debéis.
 DON FÉLIX: A vos misma os ofendéis
 si de mí desconfiáis,
 porque fuera desvarío
 no conocer mi fineza;
 que vale vuestra belleza
 más que el rendimiento mío.
 TRONERA: Mi amo es muy verdadero,
 y a pagar de mi capote,
 que os adora (*Ap.* por el dote)
 y os quiere (*Ap.* por el dinero).
 y dudar, es frenesí,
 que es muy vuestro, y lo ha de ser.
 DOÑA MANUELA: Basta; yo quiero creer
 lo que me está bien a mí.
 DON FÉLIX: Bien podéis, puesto que alcanza
 mi fe tan dichoso empleo.
 DOÑA MANUELA: Digo, Félix, que lo creo.
 DON FÉLIX: Y ¿en qué estado mi esperanza
 queda con vos?
 DOÑA MANUELA: Por demás
 es tratar eso conmigo:
 padre tengo, y vuestro amigo;
 no puedo deciros más.
 DON FÉLIX: Ya os he llegado a entender.
 DOÑA MANUELA: Sin faltar a mi decoro
 os estimo.
 DON FÉLIX: Yo os adoro.

Escena X

JUANA, *de mujer, muy bizarra y tapada de medio ojo.* -DICHOS.

(*Cúbrese DOÑA MANUELA.*)

JUANA: Sólo esto he querido ver,
 Señor don Félix (*Ap.* Mi Dios,
 sacadme del laberinto

en que me metió mi ama),
porque mi recelo vino
sólo a ver vuestras traiciones.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

Cielos, ¿qué es esto que miro?

JUANA:
Y pues ya sé que sois falso,
desleal y fementido,
faltando a una obligación
de tantos años *(Ap. Bien finjo)*,
quedad con Dios.

DON FÉLIX: Esperad;
y sabed si habéis venido
engañada, que este cuarto
es de don Lope (un amigo)
de Mendoza, a quien presumo,
que buscáis. *(Ap. Yo estoy perdido.)*

JUANA:
Por cierto, señor don Félix,
que es bien extraño capricho
negar que me conocéis,
cuando a mi honor puro y limpio
debéis (¡ah falso!)... Mas esta
no es ocasión de decirlo.
Apartad.

DOÑA MANUELA: Esta señora,
según lo que ha referido,
tiene razón, porque siendo
su derecho más antiguo,
no ha de perderlo por mí.
(Ap. ¡Qué esto sufra el lustre mío!)
Don Félix, quedad con Dios.

DON FÉLIX:
Heroísmo que pierda el juicio;
y vive Dios, que ninguna
ha de salir deste sitio,
sin que esta dama primero
se descubra, y el motivo
diga de haber fabricado
un enredo tan indigno
contra mi opinión; pues no
la conozco, ni la he visto
ni hablado en toda mi vida.

JUANA: *(Ap. Si agora me falta el brío,*

voló todo el embeleco.)
Sois un grosero, atrevido,
descortés y mal mirado.
Dejadme salir, o a gritos
alborotaré la casa.

DON FÉLIX: Teneos, y descubríos,
que si es burla, es muy pesada.
JUANA: ¡Que esto escuche el honor mío
de un infame!

Escena XI

DOÑA PAULA. -DICHOS.

DOÑA PAULA: ¿Qué es aquesto?
TRONERA: *(Aparte.)*

Andar el demonio listo
Por pecados de mi amo.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

Yo estoy en grande peligro.

DOÑA PAULA: Señor don Félix, pues ¿vos
usáis de lo que os estimo
tan mal, que así desatento,
burlando el decoro mío,
entráis mujeres en casa;
sin mirar que los vecinos
pueden, no sin fundamento,
murmurar que yo os permito
una acción tan libre y fea?

DON FÉLIX: Estas damas han venido
buscando agora a don Lope;
pues en su cuarto mismo
las veis, no es mía esta culpa.

DOÑA PAULA: ¡Qué escucho, cielos divinos!
¿A don Lope?

DON FÉLIX: Sí, Señora.

DOÑA PAULA: *(Aparte.)*

Ya tomará de partido
(¡Sin mí he quedado!) que fuera
de don Félix el delito.

JUANA: ¡Ah tirano! ¡ah vil don Lope!
*(Ap. Ya habiendo aquí otro testigo
puedo levantar el bramo.)*

Cuanto don Félix ha dicho
es engaño; porque yo
sólo a buscarle he venido,
y le hallé con esa dama.
Pero de su mal estilo
me vengaré para ésta.

(Júrasela a don Félix.)

*(Ap. Yo voy a mudar vestido,
pues me queda por mi ama,
que hacer otro pecadillo.)*

(Vase jurándose.)

Escena XII

DOÑA PAULA, DOÑA MANUELA, DON FÉLIX, TRONERA.

DOÑA PAULA: *(Ap. Amor, cobremos aliento.)*

Ya es imposible sufriros
en mi casa estas licencias;
y así, podéis, advertido,
mudaros. Y a esta señora,
para otra vez, es preciso
advertirle mi recato;
que en la casa que yo vivo
no entran mujeres perdidas.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

¡Buena me ponen! Yo elijo
irme sin hablar palabra.

*(Al quererse ir, salen por la misma parte el DOCTOR CONTRERAS y
DON FERNANDO.)*

Escena XIII

EL DOCTOR CONTRERAS, DON FERNANDO. -DICHOS.

DOCTOR: ¿Señor don Félix?

DON FERNANDO: ¿Amigo?

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

Mi padre, mi hermano, ¡ay triste!

DON FÉLIX: *(Aparte.)*

¡Cielos si acaso han sabido
que esta aquí doña Manuela!

TRONERA: *(Aparte a DON FÉLIX.)*

Entre puertas te han cogido.

DOCTOR: Mi señora doña Paula,

de llegar a tan buen tiempo,
que pueda el respeto mío
componer de doña Paula
la queja; y aunque os afirmo
que tiene razón, también
estos excesos han sido
disculpables en un mozo.
Yo, en fin, a templar me obligo
su justo enojo; y de vos,
Señor don Félix, confío
que no usaréis en su casa
estas licencias.

DON FÉLIX:

Yo admito
el favor, y os doy palabra
que, más cuerdo y advertido,
no dé otro disgusto en ella.

DOCTOR:

Sois quien sois. Haré al proviso
que se vaya esta señora
antes que vuelva a este sitio
doña Paula, que es terrible.
venid, Señora, conmigo,
que en la calle he de ponerlos,
por excusar el peligro
de que os encontréis con ella.

DON FÉLIX:

No es menester, que yo miro
desde esta puerta su cuarto,
y está cerrado.

DOCTOR:

Pues digo
que su condición conozco,
no repiquéis.

DON FÉLIX:

No replico.
(*Ap.* Peor será hacer cuidado
del acaso, pues es fijo
que yendo tapada va
segura; y yo he de seguirlos
hasta que en salvo la deje.)

DOCTOR:

Después, don Félix amigo,
a buscaros volveré;
que de espacio solicito
tratar con vos un negocio.
Venid. (*A DOÑA MANUELA.*)

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*
En vano me animo:
muerta estoy.

DON FÉLIX: *(Aparte a DOÑA MANUELA.)*
Bien puedes ir
segura; que yo te sigo.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*
Temblando voy.

DOCTOR: *(Aparte a DOÑA MANUELA, al salir.)*
Advertid,
y estimadme aqúeste aviso,
que ha de casarse don Félix
con mi hija; y si a este sitio
volvéis a inquietarle, yo,
menos templado y remiso,
daré cuenta a la justicia,
para que en vuestro castigo
escarmienten las demás.
(Vase con DOÑA MANUELA.)

DON FERNANDO: Adiós, don Félix.

DON FÉLIX: Amigo
don Fernando, Adiós. -Tronera,
ven conmigo.
(Vase DON FERNANDO.)

TRONERA: Ya te sigo.

DON FÉLIX: Que hasta que a doña Manuela
segura de este peligro
la deje, la he de seguir.
(Vase.)

TRONERA: Vamos, pues. Señores míos,
solo el diablo y las mujeres,
porque también son diablillos
con basquiñas, inventaran
enredos tan exquisitos.
(Vase.)

Sala en casa del DOCTOR CONTRERAS.

Escena XV

DOÑA ELENA, *vestida de criada, que trae dos bujías.*

DOÑA ELENA: Ya tarda doña Manuela,
y estoy con grande cuidado

hasta saber si ha logrado
mi prevenida cautela
Juana; pues miro en rigor
que por mi ocasión ha ido
a un riesgo tan conocido.
¡Buena me tienes, amor!
Pues no bastando la pena
de mis locos accidentes,
a cosas tan indecentes
tu violencia me condena;
que al ejecutarlas hoy,
ciega y loca, presumí
que me he olvidado de mí,
o que no soy la que soy,
suspende, pues, la tirana
fuerza de tu arpón severa;
que siendo tu prisionera,
será baldón.

(Sale DOÑA MANUELA.)

Escena XVI

DOÑA MANUELA, *con manto*. -DOÑA ELENA.

DOÑA MANUELA: Damiana,
quítame este manto apriesa.

DOÑA ELENA: Díme, Señora, ¿qué tienes,
que tan asustada vienes?

DOÑA MANUELA: Que vengo sin mí confiesa
mi turbación.

DOÑA ELENA: Es verdad.
declárame tu dolor.

DOÑA MANUELA: ¡Ah falso! ¡Ah aleve! ¡Ah traidor!

DOÑA ELENA: Bien puedes de mi lealtad
fiarte.

DOÑA MANUELA: Don Félix fue,
Damiana, en conclusión
el que me ha muerto a traición.

DOÑA ELENA: Siempre me lo imaginé
de su mal modo y capricho.
Su variedad desatina;
que esto la madre Cristina
diversas veces me ha dicho.

DOÑA MANUELA: En fin (¡de congoja muero!),
estando en su cuarto yo,
otra mujer le buscó.

DOÑA ELENA: ¡Miren el mal caballero,
el riesgo a que te aventura!

DOÑA MANUELA: E inferí de sus razones
que le debe obligaciones.

DOÑA ELENA: Él es pública escritura
de todas.

DOÑA MANUELA: Es un aleve.

DOÑA ELENA: Mas con engaños traidores,
en concurso de acreedores,
nunca paga lo que debe.

DOÑA MANUELA: Y pues sus traiciones vio
mi fe mal correspondida,
ya no he de verle en mi vida.

DOÑA ELENA: Lo mismo me hiciera yo,
que una mujer de tu porte,
de tu garbo y tu donaire,
no ha de ponerse a un desaire.

Escena XVII

JUANA, *de estudiante, con capa y la espada desnuda.* -DICHOS.

JUANA: (A DOÑA MANUELA.)
Puesto que ha sido mi norte
vuestra casa (*Ap.* Ya don Félix
entrar me vio, y a hacer vengo
lo que me ordena mi ama),
sabed que en la calle dejo,
por cierto lance de amor,
mal herido un caballero,
a tiempo que la justicia
llegaba, Señora, al puesto.
Y yo, viendo mi peligro,
alargando el paso, intento
escaparme de sus manos,
y en aquesta casa entro,
donde iris de mi fortuna
vuestros divinos luceros,
deste riesgo me aseguran;
pues al venirme siguiendo

la justicia, en tantos rayos,
mudos, cobardes y ciegos,
sin encontrarme...

DOÑA MANUELA:

Tened,
y no gastemos el tiempo,
que a vuestra vida le importa,
en corteses devaneos
que aumenten en la tardanza
vuestro peligro. Y supuesto
que de mi casa os valéis,
y en mí ya es preciso empeño
de aqueste riesgo libraros,
Damiana, a este caballero
lleva, y por la puerta falsa,
antes que le halle aquí dentro
la justicia, a la otra calle
le saca.

JUANA:

Apenas acierto,
Señora, con las palabras.

DOÑA MANUELA:

Dejad esos cumplimientos,
y idos antes que aquí llegue
la justicia.

DOÑA ELENA:

(Aparte.)

Bien se ha hecho.

(Hablan aparte DOÑA ELENA y JUANA.)

JUANA:

¿Qué intentas, Señora?

DOÑA ELENA:

Dame
espada, capa y sombrero;
que después lo sabrás todo.
(Vase con JUANA.)

Escena XVIII

DON FÉLIX, *en traje de noche*; TRONERA. -DOÑA MANUELA.

DON FÉLIX:

No vengo, tirano dueño,
firme a escuchar tus finezas,
amante a lograr tu afecto,
ciego a abrasarme en tus ojos,
pues ni amante, firme y ciego,
sino celoso (¡ay de mí!),
a averiguar sólo vengo.
Tus traiciones y mi agravio.

TRONERA: *(Aparte.)*

Bravo gusto es pedir celos
de cumplimiento no más.

DOÑA MANUELA: Señor don Félix, yo pienso
(¡Ciega de cólera estoy!)
que vienes loco, supuesto
que, olvidando los desaires
que hoy en tu cuarto me has hecho,
delante de mí te pones.

DON FÉLIX: No con fingidos pretextos
has de ocultar tus traiciones:
un hombre ha entrado aquí dentro,
recatándose de mí;
y aunque falte a tu respeto
y aventure tu decoro
(pues nada advierten los celos),
he de mirar todo el cuarto.

DOÑA MANUELA: No, grosero, loco y necio,
a mi pundonor te atrevas.
Y advierte que te aborrezco
de modo, que aun desengaños
de tan libre pensamiento
no has de llevar de mi casa.

DON FÉLIX: Pues perdona; que no puedo
dejar de buscarlo yo.

(Va a entrar DON FÉLIX, y encuentra al paño a DOÑA ELENA con la capa, espada y sombrero de JUANA.)

Escena XIX

DOÑA ELENA. -DICHOS.

DOÑA MANUELA: *(Aparte.)*

Ya Damiana será cierto
que habrá sacado a aquel hombre;
yo por mi honor, deseo
satisfacerle no más.

DON FÉLIX: ¿Quién va? ¿Quién es?

DOÑA ELENA: *(Aparte a DON FÉLIX.)*

Deteneos,

¿Es usted, don Félix?

DON FÉLIX: ¿Es don Lope?

DOÑA ELENA: Sí, amigo.

DON FÉLIX:

¡Cielos, qué veo!
¿Vos en esta casa?

DOÑA ELENA:

Sí,
porque el divino sujeto
que adoro es doña Manuela,
a quien mil favores debo;
y estando hablando con ella,
se oyó ruido, y creyendo
que era su padre o su hermano,
me mandó entrar aquí dentro.
Y pues sé que en esta casa
entráis, porque de su viejo
padre sois íntimo amigo,
y estáis obligado, puesto
que me distéis la palabra
de ampararme en este empeño,
no me descubráis ahora.
Y aqúeste lance secreto
tened, y adiós; porque antes
que aquí me encuentren, intento
salir por la puerta falsa
a esotra calle.

(Vase)

Escena XX

DOÑA MANUELA, DON FÉLIX, TRONERA; *luego*, DOÑA ELENA, *la criada*;
después, DON FERNANDO, *dentro*.

DON FÉLIX:

¡Yo quedo
bien despachado, por Dios!
Mas de don Lope no tengo
de qué tener queja, y fuera
lo que me esta sucediendo
gracioso cuento por Dios,
si me cogiera este empeño
muy fino y enamorado.
Mas ya en este lance puesto,
es fuerza fingir. -¡Ah falsa!
¡Ah tirana!
(A DOÑA MANUELA.)

DOÑA MANUELA:

¿Qué es aquesto?
¿Estáis en vos?

DON FÉLIX: Ya he sabido
(Muerto estoy, ¡valedme, cielos!)
tus engaños, tus traiciones.

TRONERA: *(Aparte.)*
Si dicen los hombres esto
fingiendo, ¿qué harán las hembras?

DOÑA MANUELA: Yo pienso que estáis sin seso.
¿Damiana?

DOÑA ELENA: *(Sale)*
¿Señora?

DOÑA MANUELA: *(Aparte a DOÑA ELENA.)*
Dime:
cuando entró don Félix dentro,
¿Encontró aquel hombre?

DOÑA ELENA: No;
que yo le puse al momento
en la calle.

DON FÉLIX: ¿Qué, procuras
con otro engaño de nuevo
desvanecer lo que he visto?

DOÑA MANUELA: No respondo a tan grosero
lenguaje, señor don Félix,
porque presumo, y aún creo,
que estáis loco.

DON FÉLIX: Pues, aleve,
bien puede mi noble pecho
ser objeto de tus iras,
y bien pueden tus desprecios
abandonar mi esperanza;
mas ten, ingrata, por cierto
que no has de lograr la industria
de engañar a un mismo tiempo
a don Lope de Mendoza
y a mí.

DOÑA MANUELA: Damiana, ¿oyes esto?
¿Qué don Lope?

DON FÉLIX: No lo niegues.

DON FERNANDO: *(Dentro.)*
Hola, Lucía, trae luego
a este aposento unas luces.

DOÑA MANUELA: Este es mi hermano; idos presto,

señor don Félix, que yo
quiero salirle al encuentro,
porque a esta pieza no entre.

(Vase.)

Escena XXI

DOÑA ELENA, DON FÉLIX, TRONERA.

DON FÉLIX:

(Aparte.)

Por Dios, que el diablo me ha puesto
la ocasión de la criada
a tiro de mi deseo;
y no he de perderle, pues
si entrare ahora aquí dentro
don Fernando, diré que
buscando a su padre vengo.

DOÑA ELENA:

¿Qué aguardáis, señor don Félix?

DON FÉLIX:

Sólo advertirte que tengo
que decirte una palabra.

DOÑA ELENA:

Pues ¿qué me quiere?

DON FÉLIX:

Te quiero.

DOÑA ELENA:

¿Vos a mí?

DON FÉLIX:

No, sino al alba,
que está en tus ojos.

DOÑA ELENA:

Ya entiendo,

¿Hacéis burla?

DON FÉLIX:

No, por Dios.

DOÑA ELENA:

Idos apriesa; que temo
que entre aquí mi amo, y yo,
si os hablo verdad, no os creo.

DON FÉLIX:

¿Por qué, Damiana?

DOÑA ELENA:

Porque
a todas decís lo mesmo.
¿Qué aguardáis?

DON FÉLIX:

Si todas fueran
como tú...

DOÑA ELENA:

Ved que en un riesgo
me ponéis.

DON FÉLIX:

No fuera yo...

DOÑA ELENA:

¿Qué?

DON FÉLIX:

Mudable.

TRONERA:

¡Andares!

DOÑA ELENA: Luego
¿es cierto que me queréis?
DON FÉLIX: Sí, Damiana, tan cierto,
como que tú eres hermosa.
DOÑA ELENA: ¿Quién lo asegura?
DON FÉLIX: Mi pecho.
DOÑA ELENA: ¿Quién lo confirma?
DON FÉLIX: Mi amor.
DOÑA ELENA: Pues a fe...
DON FÉLIX: Dilo.
DOÑA ELENA: Es que tengo
muy poca paciencia yo.

Escena XXII

DOÑA MANUELA. -DICHOS.
DOÑA MANUELA: Señor don Félix, ¿qué es esto?
¿vos aún aquí? Pero ¿cómo
no os habéis ido?
TRONERA: (Aparte.)
¡San Telmo!
DON FÉLIX: Yo, Señora...
DOÑA ELENA: (Aparte.)
Deste lance
me saque agora el ingenio.
DOÑA MANUELA: ¿No habláis?
DOÑA ELENA: El señor don Félix,
poco advertido y atento,
me preguntaba quién fue
aquel hombre que encubierto
entró aquí esta noche; y yo
respondí que si estaba ciego
o loco, cuando tú entrabas.
DON FÉLIX: (Ap. Ya es fuerza fingir de nuevo.)
Es verdad, pues con su muerte
castigaré a un mismo tiempo
tus traiciones y mi agravio.
DOÑA MANUELA: Vos habéis perdido el seso;
id con Dios, señor don Félix,
y no de mi sufrimiento
más experiencias hagáis.
DON FÉLIX: Sí haré; y el cielo prometo

no verte ya más ni hablarte.

DOÑA MANUELA: Bien hacéis, porque eso mismo le tengo ofrecido yo.

TRONERA: Ven, Señor; que con un negro esto no pudiera usarse.

DOÑA ELENA: Ven, Señora; que no puedo escuchar desaires tuyos.

DOÑA MANUELA: Un volcán llevo en el pecho; yo vengaré mis agravios.

DON FÉLIX: Yo satisfaré mis celos.

DOÑA MANUELA: ¡Ah traidor!

DON FÉLIX: ¡Ah ingrata!

DOÑA MANUELA: ¡Ah falso!

DOÑA ELENA: *(Aparte.)*
 ¡Ah! Quiera amor que mi ingenio consiga con esta industria el fin de tantos enredos.

Jornada tercera.

Sala en el cuarto bajo de la casa inmediata a la de las Conchas.

Escena primera

DOÑA ELENA y JUANA, *de mujeres*, ORTIZ.

DOÑA ELENA: Esperadme en este cuarto bajo, mientras subo arriba a ver a doña Manuela, y tenedle, porque aprisa he de volver a buscaros, abierto; que si hoy propicia la fortuna favorece de mi amor las tropelías, ha de ser mío don Félix.

JUANA: Quiera Dios que tus fingidas apariencias no nos hagan *Monsieures* de la Paliza a mí y a Ortiz.

DOÑA ELENA: No temáis.

ORTIZ: Mi lealtad no te replica: abierta estará la puerta.

(Vase con JUANA.)

Escena II

DOÑA ELENA: ¡Ah dios amor! si me anima
tu deidad, lograr espero
el fin de las ansias mías.
De doña Manuela al cuarto
subo.

(Éntrase, y sale por la otra puerta)

Habitación del DOCTOR CONTRERAS.

¡Qué breve camina
un deseo! Ya he llegado.
Llamo, pues.

(Llama)

Escena III

DON FERNANDO. -DOÑA ELENA.

DON FERNANDO: ¿Quién es? El día
podré decir; pues tus ojos,
bella Damiana, acreditan
más esplendor en sus rayos
que el alba, cuando ilumina,
embajadora del sol,
esas campañas floridas,
que airoso el mayo bosqueja
y diestro el abril matiza,
se nieve en las azucenas,
de grana en las clavellinas,
que hurtaron a tu belleza,
para salir más lucidas,
el aliento de tu boca
y el color a tus mejillas.
¡En hora buena!

DOÑA ELENA: Tened;
que estoy ahora muy de prisa,
y no es posible escucharos;
y aquesas cortesañas
con una humilde criada
no gastéis, que es cosa indigna
emplear en un sujeto
tan corto vuestras caricias.

Y adiós, que a ver a mi ama
entro.

DON FERNANDO: Espera, y no prosigas
tanto en humillarte, cuando
aun el mismo amor la dicha
de ser tuyo no merece.

DOÑA ELENA: Aunque ruda, no me obligan
las palabras de los hombres,
pues bien sé que las publican
muy finas en la esperanza,
y en la posesión muy tibias.
Dejadme pasar.

DON FERNANDO: Damiana,
quíteme el cielo la vida
si no te adoro.

DOÑA ELENA: Pues yo
(*Ap.* Preciso sera que finja
por librarme de este necio),
como crea esa noticia,
con la experiencia, seré...

DON FERNANDO: ¿Qué serás?

DOÑA ELENA: Agradecida.

DON FERNANDO: ¿Qué, sabrás pagar mi amor?

DOÑA ELENA: Siempre he sido yo muy fina
con lo que quiero; más esto,
hasta que de asiento viva
en casa, se quede aquí.

DON FERNANDO: ¿Cuándo llegará ese día?

DOÑA ELENA: En mejorando la enferma.

DON FERNANDO: ¿Cómo está?

DOÑA ELENA: Las medicinas
van obrando poco a poco;
y con una que hoy le aplican,
que ha de sanar brevemente
espero.

DON FERNANDO: Amor lo permita
para que a casa te vengas.
Y entre tanto que te obligan
mis finezas, ¿qué señal
dejas a la pena mía
de que has de pagar mi amor?

DOÑA ELENA: Mi palabra.
DON FERNANDO: Aunque me anima
tu palabra, otro favor
me has de hacer.
DOÑA ELENA: Como no elijas
cosa contra mi decencia...
¿Cuál ha de ser?
DON FERNANDO: Que permitas
en la nieve de tu mano
temple el incendio.
DOÑA ELENA: Desvía,
y repara...

Escena IV

DOÑA MANUELA. -DICHOS.

DOÑA MANUELA: ¿Qué es aquesto?
DON FERNANDO: (*Ap.* ¡Qué poco dura una dicha!)
Yo, hermana...
DOÑA MANUELA: Va, don Fernando,
conozco de tu malicia
la intención, pues muchas veces
me di por desentendida
de tus locos devaneos,
mas, ya que el lance me obliga
a declararme contigo,
sabe que están defendidas
mis criadas en mi recato,
con una guarda de vista
tan vigilante y atenta,
que escalar al sol porfía
el que se atreve a mirarlas.
Y si pasa, inadvertida,
adelante tu intención,
será fuerza que le diga
a mi padre tu locura,
porque atento la corrija.
Pienso que me has entendido.
DON FERNANDO: Basta, hermana; que corrida
está mi atención de ver
que con tal rigor me riñas,
siendo mi culpa tan leve

como haber dicho por risa
una chanza a Damiana,
que no ha pasado la línea
de su respeto y el tuyo.
Y pues queda desmentida
tu sospecha, te suplico
que a mi padre no le digas
cosa que le dé disgusto.
Y adiós, que temo tus iras
más que mi delito, hermana.
(Ap. Ay, Damiana divina,
ciego me tienen tus ojos;
¿qué mucho, si a quien los mira,
flecha a flecha, rayo a rayo,
matan a traición sus niñas?)
(Vase.)

Escena V

DOÑA MANUELA, DOÑA ELENA.

DOÑA MANUELA:

Bien castigué su locura.-
¿Damiana?

DOÑA ELENA:

¿Señora mía?

DOÑA MANUELA:

Parece que triste vienes.

DOÑA ELENA:

Con harta causa afligida
llego a tu presencia.

DOÑA MANUELA:

¿Cómo?

DOÑA ELENA:

Como a la madre Cristina
se le ha agravado el achaque
de suerte, que de su vida
dudan los médicos; y
es fuerza que yo la asista
hasta ver el fin que tiene.
A cuya causa venía
a pedirle que me des
licencia por unos días,
porque yo faltar no puedo
a obligación tan precisa;
que después volver ofrezco
a servirte con la misma
lealtad que hasta aquí. Y mi cofre
en prendas de mi venida

quedará en tu poder.

DOÑA MANUELA: Basta;
que siendo una obra tan pía,
no he de embarazarla yo.

DOÑA ELENA: Esto tanto, que sería
descuido de mi fineza,
y faltarme yo a mí misma
no ejecutarla hasta el fin.
Y pues mi fe la ejercita
en virtud de tu licencia,
ten por cosa muy sabida
que tienes en ella parte,
supuesto que tú me obligas
a que la haga por tu causa.

DOÑA MANUELA: Mucho tu atención estima
mi voluntad. Y esas obras,
puesto que me las aplica
tu atención, pídele al cielo
que sean parte, si benigna
lo dispusiere mi estrella,
para que logre la dicha
de casarme con don Félix;
que aunque me tiene ofendida
(esto es verdad, Damiana),
no es posible que yo viva
sin él un instante.

DOÑA ELENA: (Ap. En vano
asesté la artillería
de mis engaños). Por cierto,
señora, que me lastima
tu ceguedad, pues a un hombre
tan falso...

DOÑA MANUELA: Nada me digas;
que esto no tiene remedio.

DOÑA ELENA: Como has mandado tú misma
que te acuerde sus traiciones,
yo con buen celo venía
a obedecerte.

DOÑA MANUELA: Damiana,
quien bien ama tarde olvida,
y yo no vivo sin él.

DOÑA ELENA: Pídele a Dios que a Cristina
le dé salud, porque yo
vuelva a servirte tan fina
como sabes; y tu boda
la deja por cuenta mía,
que estando yo de por medio
es fuerza que la consigas.

DOÑA MANUELA: De tu lealtad no lo dudo.
Adiós Damiana, y mira
que en pudiendo has de volver
a servirme.

DOÑA ELENA: Eso te afirma
mi lealtad. Adiós, Señora.
(Vase DOÑA MANUELA.)

Escena VI

DOÑA ELENA: Ea, amor, vamos aprisa
al cuarto bajo.
(Entra por una puerta y sale por otra.)
Sala del cuarto bajo.

La puerta
está abierta; si de arriba
me miran quiero saber.
(Observa desde la puerta.)
Nada descubre la vista:
(Entra en la escena.)
Entro pues. -¿Ortiz?

Escena VII

ORTIZ, JUANA.- DOÑA ELENA.

ORTIZ: Señora,
¿qué nos mandáis?

DOÑA ELENA: Ya es preciso
daros de mi intento aviso.

JUANA: Aquí nos tienes ahora;
lo que quisieres ordena.

DOÑA ELENA: Ya sabéis que publicó
Ortiz, por mandarlo yo,
que a cumplir cierta novena
doña Elena de Guevara
llegó de Madrid anoche.

ORTIZ: Por señas, que busqué un coche
de camino que llegara
a la puerta, porque así
fuese el embuste creído.

DOÑA ELENA: Don Félix, pues, inducido
del lance que pasó aquí
conmigo anoche...

JUANA: Ya sé
que te buscó de contado.

DOÑA ELENA: Pues sabe que habiendo hablado
de paso en mi amor, sin que
se diese por entendido,
de conversación mudó,
y curioso preguntó
quién aquella dama ha sido
que apeándose de un coche,
según le dijo Tronera,
recatada y forastera,
a esta casa llegó anoche.
A que yo, si se repara
el motivo que me anima,
respondí que era mi prima
doña Elena de Guevara,
una principal doncella
que, de cierto voto a instancia,
pasa a la Peña de Francia,
muy discreta, rica y bella.
A que él, ya fuese cautela
de su libre condición
o por vengar la traición
que juzga en doña Manuela,
me dijo que estimaría,
como ella se lo permita,
hacerle hoy una visita;
pues siendo prenda tan mía,
tocaba a su obligación
el asistirle muy fino,
por mi amigo y por vecino.
Y yo, viendo la ocasión
de que don Félix me vea,
de que mi sangre no ignore,

y que de mí se enamore
(si no le parezco fea),
de su noble cortesía
a mi prima darle parte
ofrecí, y después con arte
le dije que ya tenía
licencia de visitarla,
y que cortés se la dio,
por haberle dicho yo
que era tan mi amigo.

JUANA: No halla
mayor enredo que urdir
el demonio.

DOÑA ELENA: Finalmente,
me dijo que diligente
esta tarde ha de venir
a ver a la forastera
doña Elena de Guevara,
y yo que le acompañara
le dije, si no tuviera
cierto negocio importante,
que muy presto acabaría,
y a buscarle volvería.

JUANA: No pases más adelante,
pues si el papel has de hacer
de Elena, tope o no tope,
dí, ¿cómo has de ser don Lope
a un tiempo?

DOÑA ELENA: Siendo mujer
¿Eso preguntas?

JUANA: Pues sabe
que verte también desea...

DOÑA ELENA: ¿Quién?

JUANA: Doña Paula de Urrea,
y con un recado grave,
ella con doña Manuela
aquesta noche previenen
visitarte, y juntas vienen.

DOÑA ELENA: Nada mi industria recela;
de todo salir sospecho.

JUANA: Según en mentir te empeñas,

DOÑA ELENA:

alguna legión de dueñas
se te ha metido en el pecho.
Vamos, Juana, que ya es hora,
y he de mudar de vestido.
Y vos haced advertido
lo que os he dicho.

ORTIZ:

Señora,
aunque yo (graciosa historia)
lo he repasado esta siesta,
más de seis horas me cuesta
el saberlo de memoria;
mas descuida que aunque soy
fiel criado y buen pobrete,
yo nací para alcahuete.

DOÑA ELENA:

De vos confiada voy
que no erraréis lo que os dije.
Quedaos aquí, y en viniendo
don Félix, le detened
mientras me visto.

(Vanse las dos.)

Escena VIII

ORTIZ:

Yo quedo
advertido.- ¡Hay tal mujer!
El Bosco en sus embelecocos
no pensó transformaciones
tan extrañas como ha hecho
en cuatro días mi ama:
porque cuanto a lo primero,
en la casa de las Conchas
es don Lope, un caballero
de Madrid; doña Manuela
Contreras al mismo tiempo
la tiene por Damiana;
y hoy, porque yo pierda el seso,
cara a cara con don Félix
ha de ser, *volente Deo*,
doña Elena de Guevara,
sin otro embuste casero
que yo por ella he de hacer.
Señores míos, hablemos

en juicio: si una mujer
fabrica tales enredos,
¿de qué nos sirven los sastres?

(Llaman.)

Mas a la puerta sospecho
que llaman; este es don Félix.

Escena IX

DON FÉLIX, TRONERA. -ORTIZ.

ORTIZ:

¿Qué mandáis?

DON FÉLIX:

Saber deseo

si está en casa mi señora
doña Elena.

ORTIZ:

Yo sospecho
que acabando de vestirse
está.

TRONERA:

(Aparte.)

Por Dios, que a este viejo
en el cuarto de don Lope
ha días que entrar le veo
con gran recato; aquí hay maula,
por san Cirilo.

DON FÉLIX:

Yo vengo
de don Lope, apadrinado,
de Mendoza.

ORTIZ:

Ya os entiendo:
el primo de mi señora.

DON FÉLIX:

Soy su amigo verdadero,
y de besarla la mano
mi amistad y el parentesco
de don Lope me han granjeado
licencia de vuestro dueño.
Y así, en habiendo lugar
la avisad.

ORTIZ:

Mucho me huelgo
que haya ocasión de serviros;
en vistiéndose, al momento
la avisaré.

DON FÉLIX:

Pues decidme,
puesto que nos sobra el tiempo,
¿quién es aquesta señora?

ORTIZ: porque solo el parentesco
he sabido de don Lope.
Esa dama es cuando menos
doña Elena de Guevara;
su padre, que esté en el cielo,
don Fernando de Guevara
se llamó.

DON FÉLIX: Ese caballero
vivió en mi calle en Madrid,
y fue amigo muy estrecho
de mi padre; y de su hija
muy grandes noticias tengo;
más no la he visto la cara
por el prolijo recelo
con que aun del sol la guardaba;
bien que de la fama al vuelo
supe que era muy hermosa.

ORTIZ: Ese es encarecimiento
muy corto; porque mi ama,
en talle, en cara, en aseo,
al sol le da quince y falla.
¿Pues entendida? Galeno
y Tito Livio son niños,
comparados con su ingenio,
de la doctrina.

DON FÉLIX: *(Aparte a TRONERA.)*
Tronera,
buena ocasión me da el cielo
para vengar las traiciones
de aquella ingrata.

TRONERA: Sin eso
y con eso has de embestir
a la tal Elena, puesto
que siendo otra, ha de agradarte.

ORTIZ: Pues su mayorazgo, es cierto
que son cuatro mil ducados
de renta, sin más de ciento
que goza libres. Por Dios
que intentó su casamiento
un príncipe borgoñón
y dos marqueses tudescos;

DON FÉLIX: aunque no admitió a ninguno.
Ver y conocer deseo
una dama de esas prendas.

ORTIZ: Bien hacéis; pero os advierto
que cuando estéis de visita
(*Ap.* Aquí entra agora mi enredo)
no habléis en cosa de amor;
porque suele darle a tiempos
cierto mal de corazón
que priva su entendimiento.
Y es tan modesta y hermosa,
que si escucha algún requiebro
(aunque le forme el acaso)
contra su decoro honesto,
se desmaya luego al punto;
tanto, que un día viniendo
en un coche, al apearse
le dijo cierto mancebo
« No es mucho con tales pies
que pierdan pie los deseos»;
y ella, de escucharle sólo,
vino desmayada al suelo,
y hubo menester garrotes
para volverla en su acuerdo.
Mas ella sale ya,

Escena X

DOÑA ELENA, *muy bizarra*; JUANA. -DICHOS.

DOÑA ELENA: Ortiz,
¿quién es ese caballero?

ORTIZ: Don Félix de Vargas dice
que se llama.

DOÑA ELENA: Ya me acuerdo;
¿el amigo de mi primo?

DON FÉLIX: Sí, Señora, aquese mesmo
soy, que a vuestros pies... -Tronera,
(*Aparte a TRONERA.*)
¿no reparas?

TRONERA: Por san Pedro,
que este don Lope, tu amigo,
es grandísimo hechicero,

o todos se le parecen.
Y la fámula, en el gesto,
es de Mendrugo un retrato!

JUANA: *(Aparte.)*

Al mirarnos se pusieron
de convidados de piedra;
mucho haré si no reviento
de risa.

DOÑA ELENA: ¿Qué os suspendéis,
señor don Félix?

DON FÉLIX: No acierto
a decir que vuestra cara...

DOÑA ELENA: Esperad, que ya os entiendo:
¿queréis decir que a don Lope
de Mendoza me parezco,
mi primo?

DON FÉLIX: De eso me admiro.

DOÑA ELENA: Todos me dicen lo mismo;
mas no es tanto como dicen.

JUANA: Tu primo es más aguileño
de nariz, y aunque en el rostro
te da algún aire de lejos,
no es grande la semejanza.

TRONERA: *(Aparte a DON FÉLIX.)*

Yo desde cerca estoy viendo
a don Lope, y a Mendrugo,
su criado.

DON FÉLIX: Calla, necio,
y advierte que estos milagros
de la sangre son efectos
que suceden cada día;
ya verdad te confieso,
desta mujer el donaire
me ha robado los deseos.

¡No vi tan rara hermosura!

TRONERA: Sí, el don Lope es como un cielo;
yo pienso que has de hacer humo.

DOÑA ELENA: Sentaos, y tened por cierto,
señor don Félix de Vargas,
que mi primo y yo tenemos
los deseos muy iguales

DON FÉLIX: Mal haya mi lengua, amén,
pues ha sido causa desto.
ORTIZ: Llémosla poco a poco
a la cama.
DON FÉLIX: Aquí os espero
hasta ver si vuelve en sí.
ORTIZ: Esperadme; que ya vuelvo.
(Llévanla entre ORTIZ y JUANA.)

Escena XX

DON FÉLIX, TRONERA.

DON FÉLIX: Tronera, yo estoy perdido;
¡ay de mí, que por ser necio
le ocasioné el accidente!
Muerto estoy, valedme cielos.
TRONERA: Luego ¿la quieres de veras?
DON FÉLIX: ¿Eso dices, cuando el mismo
amor peligra en sus ojos?
TRONERA: Vivo Dios, que no te creo.
¿Tú sentir, tú suspirar,
tú enamorarte y primero
he de creer que se olvida
de sus manos y su pelo
un lindo, que tu fineza.
DON FÉLIX: Deja la chanza y hablemos
de veras. Pues ¿no merece
aquel garbo, aquel despejo
y aquella hermosura (¡ay triste!)
lograr mayores trofeos
que una alma que la he rendido?
TRONERA: Parece que somos griegos.
ven acá: si a la más linda
penas le das el cuerpo
un hora, ¿cómo es posible
que el alma en tan breve tiempo,
le hayas dado a esta mujer?
DON FÉLIX: Yo, Tronera, te confieso
que soy vario; pero cuando
es tan divino el objeto,
no rendirse el albedrío
fuera pasarse de necio

a grosero.

TRONERA:

Muy bien dices;
mas traigan aquí un cochero
con manto y basquiña, y si
no le dijeres lo mismo,
como venga de medio ojo,
quiero volverme al momento
Tronera de aquella mesa
de trucos que ha tanto tiempo
que está en la calle del Lobo.
mas, dejando a un lado esto,
¿imaginas que esta dama
es doña Elena?

DON FÉLIX:

Yo pienso
que te burlas.

TRONERA:

Vive Cristo,
que tengo los ojos hueros,
o éste es don Lope, Señor.

DON FÉLIX:

Loco estás; pues ¿a qué efecto
ha de vestirse don Lope
de mujer?

TRONERA:

Yo no lo entiendo.
mas, pues aquí esperar quieres
hasta que vuelva en su acuerdo
esta dama o este duende,
con tu licencia yo quiero
ir a buscar a don Lope,
porque, si en casa le encuentro
o en otras partes, saldrás
de la duda y el recelo
en que nos vemos los dos.

DON FÉLIX:

Bien has dicho; vete luego,
Tronera.

TRONERA:

Volando voy.

(Al irse a entrar, salen de estudiantes DOÑA ELENA y JUANA.)

Escena XII

DOÑA ELENA, JUANA. -DICHOS.

DOÑA ELENA:

Perdonadme si no he vuelto
a buscaros más apriesa,
porque me ha ocupado el tiempo

aque! negocio que os dije.
DON FÉLIX: *(Aparte a TRONERA.)*

¿Estás, Tronera, contento?
¿Has visto ya que don Lope
no es doña Elena?

TRONERA: *(Aparte.)*

Yo pienso
que sueño, y aunque a los ojos
el desengaño tan cierto
miro, no lo he de creer;
y antes que me quite el seso
esta duda, he de apurar,
vive Dios, lo que recelo.

DOÑA ELENA: Y ¿cómo os fue con mi prima?

DON FÉLIX: No acertaré a encareceros
lo que debo a su agasajo;
ella es hermosa en extremo
y discreta.

DOÑA ELENA: Es muy cortés.
pero la dio al mejor tiempo
de la visita un desmayo,
con que del sol los reflejos
se eclipsaron.

DOÑA ELENA: ¿Qué decís?
¡Grave desdicha!

Escena XIII

ORTIZ. -DICHOS.

ORTIZ: Ya ha vuelto
mi ama del accidente,
y ya desnuda la dejo
en la cama.

JUANA: *(Ap.)*

Claro está
que se desnudó al momento,
y se vistió de estudiante
para forjar este enredo.

DON FÉLIX: Dejadme que a hablarla entre.
ORTIZ: Por Dios, que eso fuera bueno,
estando en la cama; antes,
señor, de su parte vengo
a deciros que otro día

recibirá el favor vuestro,
en sintiéndose mejor.
DON FÉLIX: Respondedla que, aunque muerto
su accidente me dejó,
ya; vuelvo a vivir, sabiendo
que se cobró del desmayo;
y que en mejorando, luego
volveré a besar su mano.

DOÑA ELENA: Decidla también lo mismo
de mi parte, y el cuidado
con que me deja el suceso
de tal accidente.

ORTIZ: Ella
está tan cerca, que pienso
que lo está escuchando todo;
adiós, que a llevarla vuelvo
la respuesta. (*Ap. Por san Tito.*
Que se logró el embeleco.)
(*Vase.*)

Escena XIV

DOÑA ELENA, DON FÉLIX, JUANA, TRONERA.

DOÑA ELENA: Cierto, que me da cuidado
el mal de mi prima.

DON FÉLIX: Eso
lo decís como pariente,
pero yo... Mas callar quiero;
que mi cuidado, don Lope,
aun la voz de mi silencio
no ha de saberlo.

DOÑA ELENA: Pues ¿cómo,
siendo tan amigo vuestro,
de mi os recatáis?

DON FÉLIX: Porque
ha de parecer extremo
de locura lo que os digo;
y así, os encubre mi pecho
lo que siente.

DOÑA ELENA: Eso será
desconfiar de mi afecto,
y juntamente agraviarme.

DON FÉLIX: Pues yo os daré de mi intento
parte, si me dais palabra
de ayudarme en lo que emprendo.

DOÑA ELENA: Yo la doy; decid ahora,
Félix, vuestro sentimiento.

DON FÉLIX: Salíos los dos allá fuera.

JUANA: Ya, Señor, te obedecemos.
(Vase.)

Escena XV

DOÑA ELENA, DON FÉLIX, TRONERA.

TRONERA: *(Aparte.)*
De secreto están hablando,
y divertidos; yo quiero
debajo de este bufete
zamparme; que así pretendo
saber toda esta maraña.
(Métese TRONERA debajo de un bufete, que ha de estar con sobremesa.)

DOÑA ELENA: Proseguid; que ya os atiendo.

DON FÉLIX: Digo, en fin, que a vuestra prima
miré apenas, cuando ciego
a tanta luz, la rendí
alma, vida, pensamiento
y libertad.

DOÑA ELENA: Esperad,
y no gastéis fingimientos
conmigo, pues no me olvido
de que habéis dicho vos mismo
que las mujeres os sirven
solo de entretenimiento
para quebrantar el ocio
y para ocupar el tiempo
que os deja libre el estudio.

DON FÉLIX: No de mi amor y mi afecto
os burléis; que, vive Dios,
que me tiene loco y ciego
de vuestra prima divina
la hermosura.

DOÑA ELENA: ¿Qué, tan presto
os habéis enamorado?

DON FÉLIX: Amor no ha menester tiempo

para rendir albedríos.
DOÑA ELENA: Es verdad; pero yo temo
que el vuestro es tan libre, que
aún no le aprisiona el viento.
DON FÉLIX: Yo no disputo con vos,
don Lope; solo pretendo
que ayudéis a mi intención.
DOÑA ELENA: Decí en qué serviros puedo,
seguro de mi amistad.
DON FÉLIX: Solo en honrar mis deseos,
proponiendo a vuestra prima,
don Lope, mi casamiento;
pues si aquesta dicha logra
mi fineza...
DOÑA ELENA: Ya os entiendo.
Yo a apadrinaros me obligo;
pero advirtiéndoos primero
que mujeres como ella,
y hombres como yo, no hacemos
empeño en estas materias,
para no dejar bien puesto
el crédito y la palabra;
y si hablo verdad, recelo
de vos, que siendo tan vario...
DON FÉLIX: Poco, don Lope, os merezco,
si dudáis de mi atención
que en nada falte al respeto
de mi sangre y mi palabra.
En esta mano le 'ofrezco
alma y vida a mi señora
Doña Elena, si merezco
ser su esclavo.
DOÑA ELENA: *(Ap. Amor, albricias.)*
Pues, don Félix, yo la acepto,
para tratarlo no más,
pues hasta saber su intento,
nada puedo aseguraros.
DON FÉLIX: Mirad que de vos espero
el logro de mi esperanza.
DOÑA ELENA: Pienso que tendréis buen pleito,
corriendo esto por mi mano.

DON FÉLIX: De vuestra amistad bien creo
que obraréis con gran fineza.
DOÑA ELENA: Creédme, que lo deseo
tanto como vos, don Félix.
Id con Dios, porque yo entro
a ver a mi prima.
DON FÉLIX: Adiós.
(*Vase.*)

Escena XVI

DOÑA ELENA; TRONERA, *escondido*.

DOÑA ELENA: Gracias te doy, amor ciego,
de aquesta dicha.
(*Saca la cabeza, por debajo del bufete y sobremesa, TRONERA.*)

TRONERA: (*Ap.*) Mi amo
se fue, al parecer; ya es tiempo
de que saque la cabeza
el lagarto.

DOÑA ELENA: Apenas puedo
creer lo que me sucede.-
Ortiz, Juana, sacad luego
unas luces a esta pieza,
porque viene anocheciendo,
y doña Paula de Urrea
y doña Manuela es cierto
que ya no pueden tardar.

Escena XVII

ORTIZ, *con luces; luego, JUANA.* - DICHOS.

ORTIZ: Ya están aquí.
DOÑA ELENA: Tráeme luego,
Juana, los vestidos tú,
y desnúdame; que quiero
volver a ser doña Elena
de Guevara.

(*Saca JUANA los vestidos de mujer.*)

JUANA: Aquí los tengo;
desabróchate la loba
mientras te quito el manteo.

(*Vase desnudando DOÑA ELENA, y vistiéndose de mujer.*)

TRONERA: (*Aparte.*)

JUANA: la esperanza del judío.
Y dime, ¿cómo el intento
de ser tu esposo don Félix
has de lograr? que aunque veo
que siguiéndole has venido
desde Madrid; y que siendo
doña Elena de Guevara,
cautelosa, a un mismo tiempo
te has transformado en don Lope
de Mendoza; y después desto,
en casa de doña Manuela
también el papel has hecho
de Damiana, su criada;
sin el último embeleco
de ser prima de don Lope.-
Dudo que de tanto enredo
pueda tu ingenio salir.

TRONERA: *(Aparte.)*

Descubrióse todo el cuento.
¡Por Dios, que es grande embustera
la tal doña Elena!

DOÑA ELENA: Necio
es tu discurso: si he dicho
que don Félix ha propuesto
casarse conmigo, ¿cómo
dudas? Mas oye; que pienso,
(Llaman.)
si no me engaño, que llaman
a la puerta.

TRONERA: Yo me vuelvo
a la huronera.
(Cúbrese con la sobremesa.)

JUANA: Es verdad
DOÑA ELENA: Ponme aqueso lazo presto,
y abre la puerta.

JUANA: ¿Quién es?
(Abre la puerta.)

Escena XVIII

*El DOCTOR CONTRERAS, DOÑA PAULA, DOÑA MANUELA, DON
FERNANDO.*

-DICHOS.

DOCTOR: Avisad a vuestro dueño
que a besar su mano vienen
sus vecinos.

DOÑA ELENA: Llega presto,
Juana, unas sillas aquí.

DOCTOR: No he querido, pues merezco
por vecino esta licencia...

DOÑA MANUELA: (*Aparte.*)
Yo imagino que estoy viendo
a Damiana, mi criada.

DOCTOR: Dejar, Señora, de veros,
para ofrecerme a serviros.

DOÑA PAULA: (*Aparte.*)
¿No es este don Lope, cielos?
(*Ap.*) Cielos, ¿no es esta Damiana?

DOÑA MANUELA y
DON FERNANDO:

DOCTOR: Y así, acompañando vengo
a mi hija y a mi señora
doña Paula; que los viejos
siempre con las damas hacen
el oficio de escuderos.

DOÑA ELENA: Yo os estimo, como es justo,
el cortesano y atento
favor que me hacéis; y a todos,
sin cumplimento, os ofrezco
mi voluntad y mi casa.

LOS TRES Todos al servicio vuestro
estamos. (*Ap.* ¡Qué confusión!)

DOÑA ELENA: Sentaos pues.
(*Siéntanse.*)

LOS TRES: (*Ap.*) Parece sueño
lo que estoy viendo.

DOCTOR: Decid
¿cómo venís?

DOÑA ELENA: Ya no puedo
dejar de venir muy buena;
pues llegando a conoceros
a Salamanca, es preciso
que me olvide del mal tiempo
que nos hizo en el camino.

DOCTOR: Ha sido terrible invierno.

Y después de haberos dado
la bienvenida, deseo
saber a qué habéis venido
a nuestra ciudad.

DOÑA ELENA: A un pleito
que me daba gran cuidado;
mas desde que llegué, pienso
que ya le tengo seguro.

DOCTOR: Mucho, Señora, me alegro
que haya ocasión de serviros,
y yo de mi parte ofrezco
ser en él vuestro abogado.

DOÑA ELENA: Yo os estimo, como debo,
ese favor; pero ya
con la parte me he compuesto,
y no he menester letrado.

DOCTOR: Si al ajustar los conciertos
hubiere dificultad,
me avisaréis, porque quiero
hallarme yo en el ajuste.

DOÑA ELENA: Aunque ha habido en este pleito
muy grandes dificultades
las ha vencido mi ingenio;
que aunque mujer, sé muy bien
litigar por mi derecho.

JUANA: *(Ap.)* Sí, porque mi ama tiene
más leyes que Jaboleno.

Escena XIX

DON FÉLIX *con espada y hábito de noche.* - DICHOS

DON FÉLIX: No ha podido mi cuidado
sosegar, señora, y vuelvo
a saber cómo os halláis
del desmayo.

DOÑA ELENA: A muy buen tiempo,
señor don Félix venís.-
Ortiz, llegad un asiento.

(Levántanse todos.)

DON FERNANDO: Aquí tenéis una silla.

DON FÉLIX: Sentaos, y los cumplimientos
excusad conmigo.

ORTIZ: Juana,
llega; y los dos apartemos
aqueste bufete a un lado,
para sin impedimento,
poner este taburete
a don Félix.

(Levantán el taburete y descúbrese TRONERA.)

JUANA: ¿Qué es aquesto?
¿quién está aquí?

TRONERA. Por san Lino,
que el ratón cayó en el queso.
descubrióse la maraña.

DON FÉLIX: Diga quién es.

TRONERA: Un conejo,
empanado en un bufete.

DON FÉLIX: ¿No es Tronera? ¿Cómo, necio,
aquí estás?

TRONERA: Señores míos,
atención; porque un enredo
como éste no ha de pasar
sin que el auditorio entero
lo sepa.

JUANA: *(Aparte.)*

De aquesta vez
se deshizo el embeleco.
TRONERA: Sabed pues que esta señora
que está presente, aunque es cierto
que se llama doña Elena
de Guevara, con pretexto
fingido es también don Lope
de Mendoza (un caballero
estudiante de Madrid,
Que pegado al cuarto nuestro,
vive en nuestra misma casa
en otro cuarto); y sin esto,
se acomodó por criada
de doña Manuela (siendo
su nombre Damiana solo),
a fin de venir siguiendo
a mi amo, disfrazada,
desde Madrid, con intento,

según dice, de ajustar
con él sus bodas. Todo esto
debajo deste bufete,
estando en mi juicio entero,
lo he escuchado de su boca,
vive Dios; y si no es cierto
todo lo que he referido,
desde luego me condeno
a que el Rubio de la Plaza,
con el gatillo tremendo,
por testigo falso y por
orate, por embustero
y enredador, de la boca
me desempiedre los huesos.

DON FERNANDO:

¡No me engañé, vive Dios!

DOÑA MANUELA:

¿Esto es verdad?

DOÑA PAULA:

¿Esto es cierto?

DOCTOR:

¡Luego me lo presumí!

DON FÉLIX:

¡Hay tan extraño suceso!

DON FERNANDO:

Mujer...

DOÑA MANUELA:

Ilusión...

DOÑA PAULA:

Enigma...

DOCTOR:

Encanto...

DON FÉLIX:

Prodigio...

DOÑA ELENA:

(Ap.) ¡Cielos!

Ya es preciso declararme.

DOCTOR:

¡Hay tan extraños enredos!

TODOS:

Dinos quién eres.

DOÑA PAULA:

Si acaso

Eres don Lope, yo intento

casarte con quien te adora.

DON FERNANDO:

Si eres Damiana, ¿a qué efecto

dices que eres doña Elena?

DON FÉLIX:

Si eres doña Elena, luego

te cumpliré la palabra

que a ti te di, presumiendo

que eras don Lope, su primo.

DOÑA ELENA:

Pues como me cumplas eso,

sabe que soy doña Elena

de Guevara; y el pretexto

de haber hecho estos engaños,

fue, don Félix...

DON FÉLIX:

Ya no quiero

saber más de que eres tú
el bello adorado dueño
que idolatro. Ésta es mi mano.

DOCTOR:

Aquí, Fernando, no hay duelo;
pues yo sé que aquesta dama
viene a don Félix siguiendo,
por deberla obligaciones.
Y supuesto que el intento
de casarle con tu hermana
no pasó de mi deseo,
darnos por desentendidos
será el más prudente acuerdo.-
Mil años, señor don Félix,
gocéis tan feliz empleo,
de que os doy el parabién.

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

Paciencia, amor.

DON FÉLIX:

Yo agradezco

los favores que me hacéis.-
Y aquí, Senado discreto,
Todo es enredos amor
da fin; perdonad sus yerros.

***TRAMPA
ADELANTE***

***AGUSTÍN
MORETO***

PERSONAS:

DON JUAN DE LARA.
DON GARCÍA DE TOLEDO.
DON DIEGO DE VARGAS.
MILLÁN, criado, gracioso.
DOÑA LEONOR.
DOÑA ANA.
INÉS, criada.
CASILDA, criada.
GINÉS, criado.
JUSEPICO, paje.
MANUELICO, paje.
UN ESPORTILLERO.

La escena es en Madrid

Jornada primera

Calle
ESCENA I

DOÑA LEONOR e INÉS, *con mantos*; DON, JUAN y MILLÁN, *de soldados*; *aquel con hábito de Santiago.*

DON JUAN. Espera, Leonor, detente;
que ni yo entiendo tu queja,
ni sé qué dices.

DOÑA LEONOR. Don Juan,
no es menester que la entiendas.
Vamos, Inés.

INÉS. Ya te sigo.

DON JUAN. ¿De suerte Leonor, que niegas
a mi noticia el delito
para honestar la sentencia?
¡Qué poco debe de ser,
y qué mucha la cautela
o el alivio que en dejarme

siente ya la intercadencia
del amor que me has tenido,
pues de parte de mi ofensa,
para dar vida a mi culpa,
como interesada en ella,
temiendo que te la hielo
el aire de mi respuesta,
el calor de la silencio
tiene abrigada la queja!
Pues vete, Leonor, ¿qué aguardas?
Vete ya, y mi pecho sienta
haber llegado contigo
mi amor a tanta tibieza,
que por dejarle te vales
de fingidas apariencias.
¿Fingidas dije? Es error;
que si a este fin las intentas,
creeré que tengo la culpa
de querer tú que la tenga.

MILLÁN.

¿Qué es irse, sin que primero
nos diga toda su pena
dénos la queja muy clara,
o pensaremos que es yema.

DONA LEONOR.

Pues ¿es, don Juan, tu traición
tan recatada y discreta,
que ha menester, de ignorada,
que yo aquí te la refiera?
Mas digo mal, que tú eres,
si hombre al fin, de tal cautela,
oye por mi respeto sabes
serlo sin que lo parezcas;
porque ir un coche de damas
por el Prado, y tú tras ellas,
vendiendo a sus atenciones
el desaire por fineza;
llegar otro coche a hablarlas,
empeñarte tú por ellas,
sacar la espada y reñir
en público una pendencia,
no era cosa, que llegar
a mi noticia pudiera;
porque en el Prado y de día,
donde la Corte pasea,
¿quién lo pudiera contar
donde mis ansias lo oyeran?

MILLÁN.

DON JUAN.

DOÑA LEONOR.

No es nada lo que ha soltado.
Y ¿esa, Leonor, es la queja?
Queja no, porque tras esto
no hubo mas correspondencia

que escribirte aquella dama,
y tú responderla s ella;
que es cosa que no excusarán
caballeros de tus prendas.

MILLÁN.
¡Jesús! Si aquí no hay conjuro,
gato negro y yerbas secas,
no hay brujas en Baraona.

INÉS.
Yo lo vi todo.

MILLÁN.
¿Por tela
de cedazo volteado?

INÉS.
Claro está.

MILLÁN.
Será de cerdas;
yo apostaré que en él anda
haba como berenjena.

DON JUAN.
Leonor, a no persuadirme
a que puede ser fineza
de amor (que en efecto es niño
que con medrosas ideas
tiene las sombras que mira
por cuerpos que le amedrentan),
según lo que estás de parte
de mi culpa, siendo incierta,
creyera que, de cansada,
la procura tu tibieza.
¿No puede ser eso engaño?
Y ¿no puede ser que tenga,
como en mis sucesos, parte
en tu mudanza mi estrella?
Pues si la tiene, y movida
de sus impulsos me dejas,
no has de llevar de razón
ni aun esa breve apariencia;
porque todo tu argumento
es como en otros, que aprietan,
verdad el antecedente
y falsa la consecuencia.
Verdad fue hallarme en el Prado,
yendo yo a una diligencia
de pretensión al Retiro;
y al pasar la puentezuela,
como es uso del paseo,
ir acaso a tomar vuelta
junto a mí un coche de damas;
encontrarse allí con ellas
otro de unos caballeros,
cuyo cochero en las ruedas
el coche trabó de suerte,
que el otro volar pudiera;
a las voces de las damas

acudir yo con presteza;
detener aquel cochero;
decir sus dueños: «Apriesa
anda» replicarlos yo;
volverle a instar que anduviera;
decirle yo: «Si te mueves
te he de romper la cabeza»;
no pararse a mi razón,
y viendo la desvergüenza,
sacar la espada y cumplirlo
por entero la promesa;
salir todos los del coche,
cerrar con ellos, ser fuerza
ver mi lado defendido
de cuantos estaban cerca;
conocer mi razón todos,
y sin más medio que verla,
como nube de verano
deshacerse la pendencia;
irse el coche de las damas,
sin que yo las conociera,
haberse informado acaso
de mi posada y quién era,
porque en Madrid, de los hombres
como yo es fácil saberla;
hallar a la noche en casa
un papel de alguna de ellas,
que decía: «Agradecida
os quiere ver quien desea
del empeño que os costó
estimaros la fineza».
Responderle yo al instante:
«Caballeros de mis prendas
premio y agradecimiento
tienen por lo que profesala
en cumplir su obligación;
yo la cumplí y cobré della».
Éste ha sido todo el caso,
y porque quedes más cierta
de que yo no la conozco,
su papel te dará señas
de que no la vi en mi vida.

(Muestra un papel)

Éste es, Leonor; y no sientas
que esté mi satisfacción
tan fácil, clara y abierta,
porque malogre el intento
con que mi culpa acrecientas.
Que yo habiendo conocido

como hasta ahora debiera,
 que te cansa el ver un hombre
 que de sí mismo es ofensa,
 ajado de la fortuna
 pobre, abatido y sin seña
 del logro de su esperanza
 (que nadie vive sin ella);
 como por merecer premio
 que fuese a tu plática ofrenda,
 la flor de mi juventud
 me fui a gastar en la guerra
 al sangriento horror de Marte
 repetiré la violencia
 a hallar premio en una bala,
 que ponga fin a mis quejas.
 Muera yo de desdichado;
 que, a pesar de las estrellas,
 también para un triste hay muerte,
 aunque su industria la aleja.

MILLÁN. Dices bien, vamos a balas,
 que es gran cosa morir dellas,
 y no aquí de melecinas.

DOÑA LEONOR. Detente, don Juan, espera.

MILLÁN. ¿Qué ha de esperar un pobre hombre
 tras tantas impertinencias?

DONA LEONOR. ¿Dónde vas?

MILLÁN. A buscar balas
 en casa de la confitera
 del Caballero de Gracia.

DOÑA LEONOR. No hagas burla de mi pena.
 ¿Don Juan?

DON JUAN. ¿Qué quieres, Leonor?

DOÑA LEONOR. ¿Qué he de querer? Que no ofendas
 mi fineza, que me escuches,
 y que de una vez no quieras
 darme la satisfacción,
 y hacerme culpa la queja;
 que en la sencillez de amor
 es maliciosa destreza
 la que juntar sabe a un tiempo
 la herida con la defensa.

DON JUAN. ¿Malicia es satisfacerte
 no lo es dar tú la queja,
 suponiéndome el delito
 para obligarme a la pena?
 Vamos, Millán.

MILLÁN. Millán, vamos.

DOÑA LEONOR. Guarda.

DON JUAN. No me detengas,

MILLÁN.

Leonor. Si lo solicitas,
 ¿Por qué lo excusas tú mesma?
 Yo conozco aun en mi sangre
 méritos de mi nobleza,
 que no me da la fortuna
 con que de ti dignos sean.
 Lo que mi nobleza alcanza,
 lo desmiente mi pobreza;
 pues, si sé que tú lo sabes,
 ¿Quién es tan necio que espera
 que pronuncien las palabras
 lo que articulan las señas?
 ¿Qué pobreza ni qué haca?
 Vive Dios, que me enfurezca.
 Mi amo es don Juan de Lara;
 y si se pone en las tejas,
 de la casa de los Laras
 es mi amo la cabeza;
 y a santiagos de Santiago
 ganó un remiendo en la guerra;
 y si no trae buena ropa,
 es por ser tal su nobleza,
 que el remiendo de la capa
 a la camisa le llega;
 y ha llevado por ganarla
 más botes que una receta,
 y gastó más en heridas
 que otros en mangas y medias;
 y te han tirado más balas
 que a gatos en azoteas;
 y si ayuna es devoción,
 y si sin cenar se acuesta,
 es por querer mal a Judas
 y tener miedo a la cena;
 y del gasto de su casa
 será probanza más cierta
 el queso y los panecillos
 que debemos en la tienda.
 Y es mucha superchería
 tratarnos desta manera;
 y vamos de aquí, Señor.
 Vuelve, Millán.

DOÑA LEONOR.
MILLÁN.

No doy vuelta,
sino por una valona.

DOÑA LEONOR.
MILLÁN.

¿Qué dices?
Que ésta está vieja.

DOÑA LEONOR.

Don Juan, si mi amor estimas,
y la fe segura es necia,
enojarte mis temores

es no quererme discreta.
 ¿Tan seguros sois los hombres,
 que una mujer de mis prendas,
 en un indicio tan claro,
 ofendió con la sospecha?
 Si no me hubiera ofendido
 una tan viva apariencia,
 fuera preciso faltarme
 el discurso o la fineza.
 Pues si mi amor acredita
 mi temor, con él me deja;
 súpreme, don Juan, celosa,
 para no quererme necia.
 Estar con razón quejosa,
 ¿qué es querer dejarte piensas?
 Pues ¿qué pensarás, don Juan,
 si me hallaras satisfecha?
 Los celos nunca despiden,
 antes, si se advierte, ruegan;
 que el dar la queja un amante
 es por no querer tenerla.
 Queja y ruego todo es uno
 en amor, mas quien la alienta
 disfraza el golpe del ruego
 al sonido de su queja.
 Y si no, dé tu razón
 a esta pregunta respuesta:
 quien no intenta la venganza,
 ¿para qué dice la ofensa?
 Mas esto tú no lo ignoras;
 ea don Juan, llega, llega.
 Ruégaselo tú, Millán.
 Cierto, que yo no quisiera
 arriesgar mi autoridad
 a un desaire, si lo niega.
 Ah, Señor, si yo lo pido,
 ¿Querrás?

MILLÁN.

DOÑA LEONOR.
MILLÁN.

Díselo de veras.
 ¿De veras? Pues concertemos
 cuánto, mirado en conciencia,
 valdrá poco más o menos
 ajustar esta pendencia.

DOÑA LEONOR.
MILLÁN.

¿Quieres paga?
 Mis derechos;
 ¿No es justo? ¿Quieres que sea
 alcahuete del Campillo?

DOÑA LEONOR.
MILLÁN.
DON JUAN.

Toma este diamante.
 Venga.
 Aparte, pícaro.

MILLÁN. *Nolo.*
DON JUAN. ¿Tal Infamia emprendes?
MILLÁN. *Etiam.*
DON JUAN. ¿Para qué?
MILLÁN. Para sacar
de empeño un lío de prendas,
y el vestido del figón.
DON JUAN. Vive el cielo, que la lengua
te arranque aquí si no callas.
MILLÁN. Vive Dios, que la gallega
me ha dicho que han de vender
el colete en la taberna.
DOÑA LEONOR. ¿Qué dices, don Juan?
DON JUAN. Leonor,
¿Qué ha de decir quien desea
para ver, luz en tus ojos?
MILLÁN. ¿Hay infamia como aquesta?
Que haga las paces de balde
quien hace un mes que no cena
y la noche que hay guisado
le hace de carne de huerta?
DOÑA LEONOR. Pues, don Juan, aquí el temor
de mi hermano me desvela.
A la hora señalada
mi fe esta noche te espera
para que de tus temores
te aseguren mis finezas
toma los brazos, y adiós. (*Abrázale.*)
DON JUAN. Vida con ellos me dejas
de aquí a la noche.
MILLÁN. *Laus Deo.*
Mírenlos; ¡tan fácil fuera
reducir a Cataluña!
DON JUAN. Yo llegaré hasta la puerta.
DOÑA LEONOR. Don Juan, no pases de aquí.
DON JUAN. Ya conoces mi obediencia.
DOÑA LEONOR. Adiós.
MILLÁN. Con la colorada.
DON JUAN. ¿Vas ya, Leonor, satisfecha?
DOÑA LEONOR. ¿No basta desenojada?
DON JUAN. ¿Quién te enojó?
DOÑA LEONOR. Mi sospecha.
DON JUAN. Pues ¿aún dudas?
DOÑA LEONOR. Soy amante.
DON JUAN. ¿No me crees?
DOÑA LEONOR. Eso quisiera.
DON JUAN. ¿Quién te lo estorba?
DOÑA LEONOR. Mi amor.
DON JUAN. ¿Por qué?

DOÑA LEONOR. Porque lo desea.
 DON JUAN. Pues ¿no lo ve?
 DOÑA LEONOR. No; que es fe.
 DON JUAN. Mejor cree.
 DOÑA LEONOR. Sí, pero es ciega.
 DON JUAN. Pues yo iré esta noche.
 DOÑA LEONOR. ¿A qué?
 DON JUAN. A que sin duda lo veas.
 DOÑA LEONOR. Quiera amor que lo conozca.
 DON JUAN. Quieras tú que amor lo quiera.
 MILLÁN. Acabóse en tiquis miquis:
 propio paso de comedia.

(Vase doña Leonor con Inés.)

ESCENA II

DON JUAN, MILLÁN.
 DON JUAN. ¿Millán?
 MILLÁN. No de la Cogulla.
 DON JUAN. ¿Por qué?
 MILLÁN. En Castilla la Vieja
 los de la Cogulla tienen
 cosa de un millón de renta.
 DON JUAN. Gran gusto son unos celos,
 si un dulce fin los concierto.
 MILLÁN. Y principalmente cuando
 la hora de comer se llega,
 y sólo ese plato dulce
 hay que poner en la mesa.
 DON JUAN. ¿Siempre de eso has de hablar, necio?
 MILLÁN. ¡Pesia el alma de mi abuela!
 ¿De qué he de hablar a las doce,
 si está nuestra chimenea
 como viudo de entierro?
 ¿Tus tripas no consideran
 que a tal hora en cualquier casa
 anda un almirez, que suena
 a los órganos de Móstoles,
 y el olor de las especias
 se entra tanto por el alma,
 que el azafrán nos penetra
 la cara, pues de, hambre estamos
 amarillos como cera?
 Pues ¿luego hay apelación?
 Las pistolas la tendera
 tiene ya de lo fiado
 tan cargadas, que revientan.
 Mira si hay mayor desdicha,
 pues es tal nuestra miseria,
 que hasta las bocas tenemos

empeñadas en la tienda.
El broquel ha ya tres meses
que está con la pastelera;
y como tiene el broquel,
riñe siempre que me encuentra.
Y aun el broquel empeñado
antes da alivio que pena,
porque con eso tenemos
empeñadas las pendencies.
Si vas a pedir prestado,
sólo hay quien preste paciencia
si a la conversación vas,
por si un barato se suelta,
suelen jugar dos amigos
(que te debe dar cualquiera)
tres horas, y se levantan
en paz a las dos y media.
Tus Padres ya se murieron,
y aún no sabes de tu tierra
si son muertos todavía.
La Guerra voló tu hacienda;
de ir y venir cada día
al secretario de Guerra,
sólo traemos más hambre,
porque da a las dos audiencia.
Y tras toda esta desdicha,
sólo es lo que me consuela
que en la corte pretensiones,
aunque largas, son inciertas.
Millán...

DON JUAN.
MILLÁN.

Voto a san Millán.

DON JUAN.
MILLÁN.

¿Para esto tienes respuesta?
¿No sabes cómo he servido?
¿Servido? Como bayeta
de rodrigón de desván,
que les dura un año nueva,
dos raída y cuatro rota,
hasta que algún luto pescan,
que por él pienso que cantan
sin dada el *requiem aeternam*.

DON JUAN.

Don García de Toledo,
hermano de Leonor bella
es un caballero ilustre,
de alta sangre y rica hacienda.
No me atrevo a declarar,
viéndome en tanta pobreza;
que aun si estuviera decente
para hablar en su presencia,
conociendo mi valor,

mis servicios y nobleza,
no dudo que acataría
el casamiento.

MILLÁN. Pues deja
esta empresa, y de la dama
que envió el papel aceta
lo que ofrece agradecida;
que aunque no sabemos della,
ni quién es ni dónde vive,
bien que el nombre se me acuerda,
que era doña Ana de Vargas,
por mayor me han dado señas
de que es una indiana que
trae toda la China a cuestras.

DON JUAN. Villano, si a hablar me vuelves
de otra que Leonor no sea,
te he de matar, vive el cielo;
y agora, agora lo hiciera,
a ni pensar que te burlas.

MILLÁN. Pues ¿había de hablar de veras,
siendo esta una mujer rica,
que con su amor te remedias,
y estás muriendo de hambre?

ESCENA IIICASILDA, *tapada.* - *Dichos.*

CASILDA. ¿Ce?
MILLÁN. ¿Qué tapada es aquesta?
DON JUAN. ¿Llamáisme a mí?
(Responde Casilda por señas.)

MILLÁN. Que no dice;
y a mí sí, dice por señas.

DON JUAN. Pues ¿buscáis este criado?
MILLÁN. ¿No lo ves? Oiga, ¿te pesa?
Pues ¿no sirves a Leonor?

DON JUAN. A ti te llama; anda, llega.
(Hace nuevos señas Casilda.)

MILLÁN. ¿Oyes? Dice que te vayas.
DON JUAN. Ve; que yo estoy a la vuelta. *(Vase.)*

ESCENA IV

CASILDA, MILLÁN.

MILLÁN. *(Ap.)* Madre de Dios, si de mí
se ha enamorado esta necia,
y me trae algún socorro.

CASILDA. ¿Cómo no llegáis?
MILLÁN. ¿Sois negra?
CASILDA. ¿Negra?
MILLÁN. Es que yo espero el cuervo,

y quisiera ver sus señas;
 mas no veo el panecillo,
 por más que encorvo las cejas.
 CASILDA. ¿Hambre tiene?
 MILLÁN. De sitiado.
 CASILDA. Sígame.
 MILLÁN. ¿Dónde me lleva?
 Mire que estoy en ayunas.
 CASILDA. Así le he menester. Venga.
 Pues ¿me lleva a sacar manchas?
 CASILDA. Ésa es la casa.
 MILLÁN. ¿Tan cerca?
 CASILDA. Y en aqueste cuarto bajo.
 (*Éntranse por una puerta y salen por otra.*)
 (*Sala es cosa de don Diego.*)
 MILLÁN. Muy grande jaula es aquesta.
 CASILDA. Y ¿es chico el pájaro acaso?
 MILLÁN. Desván creí en mi conciencia,
 e iba resuelto a pecar
 si algo de almorzar me dieran.
 CASILDA. Y ¿con qué se contentara?
 MILLÁN. Con cosa de diez docenas
 de huevos y diez libras
 de tocino, y una pierna
 de carnero en otras diez
 librillas de arroz envuelta.
 CASILDA. Mucho cuenta por el diez.
 MILLÁN. Tengo con el diez gran cuenta.
 CASILDA. Pues aguarde en esta sala;
 que ya salgo.
 MILLÁN. Escucha, espera;
 mujer, ¿de quién soy llamado?
 CASILDA. De una mujer de altas prendas.
 MILLÁN. ¿Quiere que se las empeñe?
 CASILDA. Es muy rica.
 MILLÁN. Pues ¿qué intenta?
 CASILDA. No sé; ella os llama.
 MILLÁN. ¿Es a juicio?
 Porque te pierdo en conciencia.
 CASILDA. Parece que tiene miedo.
 MILLÁN. Sí tengo.
 CASILDA. (*Destapándose.*)
 Pues duda fuera;
 ¿Conóceme?
 MILLÁN. Sí, ella es;
 mas yo no sé quién es ella.
 CASILDA. ¿Ya olvidó el lance del Prado?
 MILLÁN. Válgate el diablo, ¿tú eras?
 ¡Jesús, y lo que has crecido!

CASILDA. ¿De ayer acá? Buena es ésa.
MILLÁN. ¿Vives aquí?
CASILDA. Con mi ama.
MILLÁN. ¡Jesús! ¿La indiana?
CASILDA. La misma.
MILLÁN. (*Ap.*: Al lado de Leonor vive;
por Dios que la han hecho buena)
Pues, ¿cómo no me dijiste,
cuando el papel, estas señas?
CASILDA. Porque no osaba mi ama
que tú a su casa vinieras,
porque vive con su hermano,
que es la misma quinta esencia
de la miseria y los celos,
siendo tanta su riqueza,
que tiene, aunque miserable,
más dinero que miseria;
es fábula de Madrid
su mezquindad, y si viera
que entrabas aquí, llevaras
hecha rajás la cabeza.
MILLÁN. Pesía el alma que me hizo;
pues ¿a eso me traes?
CASILDA. No temas;
que a estas horas no está en casa.
MILLÁN. Puesto señora, ¿que intenta?
CASILDA. Está perdiendo el juicio
por don Juan.
MILLÁN. ¡Qué linda es esa!
Pues ¿no haremos que nos valga?
CASILDA. No te perderás con ella.
MILLÁN. ¿Tiene que dar?
CASILDA. Es señora
de la mitad de la hacienda.
MILLÁN. Y ¿tiene oro?
CASILDA. Como paja.
MILLÁN. ¿Tiene plata?
CASILDA. Como tierra.
MILLÁN. ¿Y vellón?
CASILDA. Como burrajo.
MILLÁN. Y ¿tras esto se le suelta?
CASILDA. Como a una media de pelo.
MILLÁN. Señores, yo hallé la tierra
que dicen que está empedrado
con torreznos y manteca.
CASILDA. Yo entro allá. (*Vase.*)

ESCENA V

MILLÁN, *luego*, DOÑA ANA y CASILDA.

MILLÁN. ¡Jesús, qué estrados,
qué sillas y qué alacenas!
Y ¿con esto es miserable?
Mas si tiene tales telas,
¿Cómo ha de ser, bobo un hombre
que anda con tales piezas?

(Salen doña Ana y Casilda.)

DOÑA ANA. ¿Es éste?

MILLÁN. El dicho Millán.

DOÑA ANA. Mucho me huelga de verte.

MILLÁN. Por Dios...

DOÑA ANA. Es agradecerte
lo que no debo a don Juan;
porque, según lo que infiero
de su respuesta, don Juan
anda muy poco galán,
por andar más caballero;
pues subiendo que yo sé
su valor y su nobleza,
ajada en tanta pobreza,
no venir, negarse fue,
con términos cortesanos,
al Premio de su valor.

MILLÁN. Pues no se pierda el favor;
que aquí estoy yo con dos manos.

DOÑA ANA. Yo con una le quería;
porque sé de una señora
a quien su brío enamora,
de hermosura y bizarría;
que en su sangre no hay quien nota
sino timbres de honor llenos;
y si se casa, lo menos
son cien mil pesos de dote,
que le estima, y puedo yo
ir la boda disponiendo.

CASILDA. *(Aparte a Millán.)*

¿Ah Millancillo?

MILLÁN. *(Ap. de Casilda.)*

Ya entiendo.

CASILDA. Ve en ella.

MILLÁN. No, sino no.

DOÑA ANA. Al empeño agradecida
que tuvo por mí, quisiera
ser de sus bodas tercera.

MILLÁN. Pues, señora de mi vida,
no dilates dicha tal.

DOÑA ANA. ¿Se casará?

MILLÁN. De cogote;
con cien mil pesos de dote

DOÑA ANA. se casará un provincial.
 MILLÁN. Sólo el sí suyo se espera.
 Sahumado te le traeré,
 y ¿dónde hablarte podré?
 DOÑA ANA. Por esa reja postrera
 desde las diez; que estas son
 las horas de aseguralle.
 MILLÁN. Seré a las once en la calle
 más puntual que un león.
 (Ap. ¿Qué haré cielos?
 Que a don Juan decirle esto no es posible
 sin que de su amor terrible
 pruebe la furia Millán.
 Pues que se cuente de mí
 que aquesto dejé de perder,
 pudiendo aquesta mujer
 valernos un Potosí,
Nequaquam. Yo haré que a
 tal embuste el que he de hacer
 con los dos, que yo he de ser
 el primero que lo crea.
 Comience la trampa aquí.)
 Señora, voylo a emprender.
 DOÑA ANA. Pues no dejes de volver.
 MILLÁN. Fuera no volver por mí.
 DOÑA ANA. Pues vete.
 CASILDA. Detente, espera...
 Mi señor; ¡azar!
 MILLÁN. Y encuentro.
 DOÑA ANA. ¿Qué dices?
 CASILDA. Que entra acá dentro.
 DOÑA ANA. Pues procura tú echar fuera
 a Millán.
 MILLÁN. Lindos regalos
 me estrenan.
 DOÑA ANA. Gran mal recelo. (Vase.)
 MILLÁN. ¿Hay algún santo en el cielo,
 abogado de los palos?
 CASILDA. No sé qué hacer, que ya ha entrado;
 procura escurrirte afuera. (Vase.)
 MILLÁN. Mujer del demonio, espera
 que diré que me has llamado.

ESCENA VI

DON GARCÍA, DON DIEGO, GINÉS. MILLÁN, *oculto*.
 DON DIEGO. Llegan sillas, Ginés.
 DON GARCÍA. Sólo os quisiera.
 DON DIEGO. Pues sólo me tenéis.- Vete allá fuera.
 (Vase Ginés.)

- MILLÁN. *(Al paño.)*
Cielos, ¡qué miro! Aqueste es don García,
hermano de Leonor; la dicha mía
le trae para escaparme mientras hable;
y el don Diego aun de traza es miserable.
- DON DIEGO. Decid lo que mandáis.
*(Ap. Temblando he estado
de que me vengas a pedir prestado.)*
- DON GARCÍA. Pues yo soy don García de Toledo.
- DON DIEGO. Por vos y por verino no me puedo
excusar la noticia, y es ociosa.
- DON GARCÍA. Pues lo que le prevengo es otra cosa,
que es la razón de hablaros enojado.
- DON DIEGO. *(Ap. Peor es esto que pedir prestado.)*
¿Vos enojado?
- DON GARCÍA. Y ofendido el brío.
- DON DIEGO. Tenga usted; ¿eso para en desafío?
- DON GARCÍA. No llegan a ese extremo mis cuidados.
- DON DIEGO. Porque me costó uno mil ducados,
y el duelo que en aquesto hubiere habido,
aquí hemos de dejarlo con olvido;
y así, mire si al campo usted me lleva,
porque primero reñiré en la cueva.
(Sale.) Ahora escurrirme puedo.
- MILLÁN. Es pues el caso...
- DON GARCÍA. *(Tropieza Millán con una silla, y vuélvese a curar.)*
- MILLÁN. *(Ap.)* Tente, hombre del demonio. Helóme el paso.
- DON GARCÍA. Que yo estoy ofendido de que siendo
tan notoria mi fama y mi nobleza,
ven mi esfera (bien digo) y mi riqueza,
vos deis nota, mirando mis balcones,
de perder a mi honor las atenciones;
porque mi hermana solo ser mirada
puede de quien pretenda ser su esposo.
Y si con este fin ella os agrada,
teniendo hermana vos, que hará dichoso
con dote y hermosura a cualquier dueño;
y sabiendo mi sangre, y que mi renta
seis mil ducados son, parece afrenta
haber con el escándalo hecho empeño
lo que de entrambos fuera conveniencia,
propuesto con amor a la prudencia.
Y así...
- DON DIEGO. Tened, que lo que está entendido,
pierde el tiempo y estorba referido;
y si ese honrado escrúpulo os desvela...
- MILLÁN. *(Al paño.)*
- DON DIEGO. ¿No quieren darme pan y callejuela?
Verdad es que he mirado vuestra casa

y de esa mi señora la hermosura,
 en quien confieso que a cuidado pasa
 mi atención; y ha olvidado mi cordura,
 poniendo la ocasión a mi cuidado
 el natural favor que da su agrado.
 MILLÁN. *(Ap.)* ¿Qué escucho? Por saberlo les perdono
 la mitad del peligro de los palos;
 mas ahora, que están bien divertidos,
 me zafo; en mis pies vayan mis sentidos.
 Yo fingiré que entraba, si me encuentra.

(Vuelve a salir.)

DON DIEGO. Aunque nunca bastó... Pero ¿quién entra?
 MILLÁN. Yo.
 DON DIEGO. ¿Cómo? ¿Quién es yo?
 MILLÁN. ¿Qué sé yo? Un hombre.
 DON DIEGO. ¿Cómo aquí entráis?
 MILLÁN. ¿Yo? Bueno.
 DON DIEGO. ¿Venís loco?
 MILLÁN. ¿No me conoce?
 DON DIEGO. No.
 MILLÁN. Ni yo tampoco.
 DON DIEGO. Villano, vive Dios...
 MILLÁN. Quedo; que vengo
 A cobrar una letra. *(Ap. Si me agarra.)*
 DON DIEGO. ¿De qué la letra es?
 MILLÁN. De la guitarra,
 Digo de mi amo el mercader flamenco.
 DON DIEGO. ¿Qué amo? Hablad, decid, ¿cómo se llama?
 MILLÁN. Balán Samuel. *(Ap. No se cómo me escurra.)*
 DON DIEGO. ¿Balán Samuel?
 MILLÁN. Desciende de la burra.
 DON GARCÍA. Éste es un loco, y no debe enojarnos.
 DON DIEGO. Idos, y ved que aquí puede libraros
 de la ignorancia el privilegio loco.
 MILLÁN. Pues ¿a cobrar no he de venir tampoco?
 DON DIEGO. Y si a cobrar venís, sabed la casa;
 que si volvéis a repetir el yerro,
 bajar por un balcón será el atajo.
 MILLÁN. Mire usted que es aqueste cuarto bajo.
 DON DIEGO. Pues pozo tiene; andad.
 MILLÁN. Y yo testigo;
 Adiós; Balán Samuel vaya conmigo.

(Vase.)

ESCENA VII

DON DIEGO, DON GARCÍA.

DON DIEGO. Perdonad.

DON GARCÍA. Proseguid, señor don Diego.

DON DIEGO. Digo pues que jamás el fiel sosiego

del recato alteró mi pensamiento;
mas pues llega a tratarse el casamiento
de los dos, sin que medie la violencia,
se ha de ajustar también la conveniencia.
¿Vos no habéis de dotar a vuestra hermana?

DON GARCÍA. No; porque a un mayorazgo vinculados
tiene de renta cuatro mil ducados.

DON DIEGO. ¿En juros?

DON GARCÍA. No, Señor; tierras y casas.

DON DIEGO. Linda hacienda; y las casas ¿en qué parte?

DON GARCÍA. En la calle Mayor.

DON DIEGO. Famoso asiento;
Y ¿son libres de huésped de aposento?
Y de otra cualquier carga.

DON GARCÍA. Yo tengo una
de las del privilegio de Laguna;
tiene cien pies de fondo, con cochera,
y setenta y dos pies de delantera,
que no la trocaré por un tesoro;
en fin, es una pieza como un oro.

DON GARCÍA. Ni yo; que son las casas de mi hermana
libres y juntas.

DON DIEGO. ¿Todas en manzana?
Con ese dote, que es puro dinero,
es contento casarse un caballero.

DON GARCÍA. Pues si a voluntad está tan llana,
yo el dote no pregunto a vuestra hermana
y el concierto la plática concluya.

DON DIEGO. La mitad de mi hacienda es toda suya.

DON GARCÍA. Pues ¿qué resta que hacer?

DON DIEGO. Daros la mano.

DON GARCÍA. La palabra es bastante.

DON DIEGO. Eso no es llano.
Escritura ha de haber de lo tratado;
que para aqueso pago yo un letrado.
Pues señalad el plazo.

DON GARCÍA. Eso deseo;
Mañana, que no es día de correo.

DON DIEGO. Pues yo os vendré a buscar.
No; yo iré a veros.

DON GARCÍA. Parientes somos ya.

DON DIEGO. Mis caballeros.

DON GARCÍA. Adiós. (Vase.)

DON DIEGO. Adiós. No tiene tanto agrado
desde que le imagino mi cuñado. (Vase.)

Calle. Dos casas con rejas bajas.- Noche.

ESCENA VIII

DON JUAN, MILLÁN.

DON JUAN. ¡Jesús, Jesús, qué locuras!
¿Eso te has puesto a pensar?

MILLÁN. Si lo has de ver y tocar,
señor, ¿para qué me apuras?

DON JUAN. ¿Mercader tienes?

MILLÁN. Pues ¿no?

DON JUAN. Pues como el crédito cobra,
y él por ellas nos socorra,
mil firmas te daré yo.

MILLÁN. Viéndote en pobreza tantas,
que en tu amor a firme apuestas.
Pues siempre en tu amor te acuestas
del modo que te levantas,
me acordó mi hambre prolija
de un mercader rico y sano
de mi tierra, zamorano,
que está como una botija.
Éste sabe bien de mí
que te tengo que callar,
y si le pido ha de dar;
y más si llego por ti
con título de prestallo,
a honestar la petición,
huirá de la negación
para que no cante el gallo.
Tu nombre en ninguna tienda,
por tu bizarría, es nuevo
y si tu firma le llevo.
Me ha de dar toda su hacienda.

DON JUAN. ¡Qué desatinado estás!
Pues ¿eso se puede creer?

MILLÁN. Si yo traigo que comer
señor, ¿no lo probará si
así el pan busca el pobrete
y de carpintero campa;
que ninguno hace una trampa,
que no le sobre un zoquete.

DON JUAN. Firma tienes y licencia.
veamos, ¿qué de ella se infiere?

MILLÁN. Si ella no te enriqueciere,
se me vuelva de sentencia
(Ap. Sobre esta firma que ha dado
traigo ya escrito un papel
para la Indiana y en él
aceta amor de contado;
que, como ella ha visto ya
firma de mi amo, al instante
lo creará. Y aunque de amante
el papel sin firma va,

como ella no le ha de ver,
 ni él a ella, si yo puedo,
 para que dure el enredo,
 este crédito ha de ser.
 La letra que yo hago es
 a la firma parecida;
 con que va la trampa urdida,
 que engañará a un calabrés.
 Con eso y mis buenas mañas,
 que yo me las sabré dar,
 a esta indiana he de quitar
 los pelos de las pestañas.
 Salgan a luz sus doblones,
 ya pienso en lo que se fragua
 la boca se me hace agua
 de imaginar en capones;
 que debe creer don Juan,
 como el mercader que ignora
 de alcarrazas de Zamora,
 son barros de Natán.

DON JUAN.

Acábame de decir
 lo de la tapada de hoy.

MILLÁN.

¡Ay, Señor, y cuál estoy!
 Hay mucho que discurrir;
 la más bella moza hallé,
 y está loca la cuitada.

DON JUAN.

¿Loca?

MILLÁN.

Loca.

DON JUAN.

Y ¿está atada?

MILLÁN.

A mis pensamientos.

DON JUAN.

¿Qué?

MILLÁN.

Me está la pobre adorando,
 y es un propio serafín.

DON JUAN.

Anda, puerco galopín;
 ¿Conmigo te estás burlando?

MILLÁN.

Pues a mí, el no dineros,
 ¿Qué me falta?

DON JUAN.

Me das risa,
 ¿a un borracho sin camisa?

MILLÁN.

Por eso Amor está en cueros.
 Tú a mí, aunque yo estoy contigo,
 no me has visto bien de día;
 ¿Sabes tú la simpatía
 que tiene estotra conmigo?
 Esto de la inclinación
 tiene varios pareceres,
 ¿No has visto mi muchas mujeres
 perdidas por un capón?
 Si reparas a los ojos,

los de malos pies adoran;
 las preñadas se enamoran
 de los que tienen antojos.
 Las muchachas de un muchacho,
 de un zaino las cejijuntas,
 y una mujer que hacía puntas
 se enamoró de un gabacho;
 y porque veas el efeto,
 la hora es ya, la seña haré;
 retírate allí, porque
 no me culpen el secreto.

(Hace Millán una seña, y abren la ventana.)

ESCENA IX

DOÑA ANA y CASILDA, *que salen a una ventana.* - Dichos.

DON JUAN. ¡Jesús, qué locura! ¿A ti?

MILLÁN. Verás si el pago lo abona.

(*Acércase a la reja.*)

CASILDA. ¿Eres Millán?

MILLÁN. De Cardona.

CASILDA. Ya mi señora está aquí.

DON JUAN. Abrieron; ¡quedo aturdido!

Cosas de Madrid serán.

MILLÁN. (*Ap.*) Bien puedo hablar; que don Juan lo alcanza a tiro de oído.

DOÑA ANA. ¿Qué hay, Millán?

MILLÁN. Brava respuesta.

DOÑA ANA. Pues ¿qué traes?

MILLÁN. Responsión
 y acepta con condición
 que tú seas la propuesta;
 que sin dote ni invenciones
 te quiere, por ti se muere;
 mas si es otra, no la quiere
 aunque tenga dos millones
 este papel te dará (*Dásele.*)
 más razón; que yo concluyo
 por no ser largo.

DOÑA ANA. Y ¿es suyo?

MILLÁN. Su firma te lo dirá.

DOÑA ANA. Pues ¿cómo con tanto amor
 aún no me ha venido a ver?

MILLÁN. Pues eso no puede ser.

DOÑA ANA. ¿Por qué?

MILLÁN. Fuera grande error.

DOÑA ANA. ¿En qué?

MILLÁN. Yo sé que te adora.

DOÑA ANA. Pues ¿qué duda?

MILLÁN. Algún delito.

DOÑA ANA.
MILLÁN.
¿De qué, el yo lo permito?
Hablemos claro, Señora
mi señor no hay más que sea
en sangre y en bizarría;
mas está tal, que de día
no osa que nadie le vea;
su pobreza le retira
y en casa sufre el calor.

DOÑA ANA.
MILLÁN.
Pues ¡si es de noche!
Peor,
que anda una ronda que mira
desde la planta al copele
con un linternón que dan;
pues si topan a don Juan
descalzo, que aún no es juanete,
¿Quieres que responda al cabo,
si un alcalde le encontrara?
¿Quién va allá? «Don Juan de Lara,
de chicha y nabo?»

DOÑA ANA.
MILLÁN.
Yo le podré socorrer.
¡Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita?
¿Qué es lo que has dicho, mujer?
Pues ¿qué?

DOÑA ANA.
MILLÁN.
Don Juan, que se alaba
de que es del Cid su nobleza,
ha de hacer esa bajeza?
(Ap. Vive Cristo, que se clava.)
¿Si yo en secreto lo ordeno?
¡Jesús, qué error tan profundo!
Quemará sobre eso el mundo.
(Ap. Sopla, musa; que va bueno.)

DOÑA ANA.
Yo intervine por mi mano,
por ser de un deudo, en su ausencia,
en una correspondencia
de las que tiene mi hermano.
De esto resultó que yo
dos vales suyos guardé,
que a algún empeño libré
que hasta aquí no se ofreció.
Como es tan continuo el dallos
mi hermano en sus diligencias
por sus muchas dependencias,
n hay duda alguna en cobrallos
habiéndolo de callar.
Esto asegurado así,
si yo te los doy a ti,
y tú los vas a cobrar
sin que don Juan lo supiese,

MILLÁN. ¿Qué riesgo hay?
Riesgo hay en todo;
mas si fuere de ese modo
pudiera ser que lo hiciese.
(*Ap.* ¡Jesús, y qué brava mina!
Señores, que habiendo aquí
a pie quedó un Potosí,
¡Haya quien vaya a la China!)
DOÑA ANA. Pues yo en ir por él no tardo
más que en leer este papel.
MILLÁN. ¿El vale?
DOÑA ANA. Sí.
MILLÁN. ¿Vas por él?
DOÑA ANA. Al punto vuelvo.
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA X

CASILDA, *a la ventana*; DON JUAN y MILLÁN, *en la calle*; *aquel retirado*.

MILLÁN. Ya aguardo.
Bravo va; mi amo está atento.
Finjo gravedad con tos. (*Tose.*)
DON JUAN. Esto es sueño; ¡vive Dios,
que pierdo mi entendimiento!
MILLÁN. ¡Casilda, raros sucesos!
CASILDA. Tú la entraste por buen lado.
MILLÁN. A flux pintó de contado.
CASILDA. ¿Qué tocaré yo?
MILLÁN. Esos huesos.
CASILDA. Y ¿no más?
MILLÁN. Te traeré luego
un laúd.
CASILDA. ¡Ah galopín!
Mira en la rota que al fin
las miserias de don Diego
de Vargas van a parar.
MILLÁN. Pues por Dios, que siento que
se llame Vargas.
CASILDA. ¿Por qué?
MILLÁN. Porque lo ha de averiguar.
CASILDA. Mas ya vuelve.
MILLÁN. Pues si agarro...
CASILDA. Calla, y no te desabroches;
que han de valerte estas noches
cuando menos un catarro.

ESCENA XI

DOÑA ANA, *a la ventana*.- *Dichos*.

DOÑA ANA. Millán, ya leí el papel:
verdad es cuanto me has dicho;

MILLÁN. toma el vale.
 ¿Susodicho?
 Y ¿qué es lo que viene en él?

DOÑA ANA. Quinientos escudos son;
 y como fueres gastando
 me puedes ir avisando.

MILLÁN. Con toda satisfacción.

DOÑA ANA. Adiós.

MILLÁN. ¿Volveré?

DOÑA ANA. Pues ¿no?

(Quítase de la ventana.)

CASILDA. Oyes, tráeme una cosilla.

(Retírase también.)

ESCENA XII

DON JUAN y MILLÁN.

MILLÁN. Yo te haré una seguidilla
 de Casilda, casildó.
 Salto y brinco de contento
 coche pienso poner hoy.
(Acércase a don Juan.)

DON JUAN. ¿Qué tienes, loco?

MILLÁN. Que estoy
 que pierdo el sentido atento.

DON JUAN. Y ¿es hermosa?

MILLÁN. ¿Qué eso ignores?

Como un oro.

DON JUAN. Pues ¿qué has hecho?

MILLÁN. Me ha metido en este pecho
 más de quinientos favores.
 Esto es amor. ¡Ah Señor,
 si tú a la Indiana quisieras,
 qué dichoso que te vieras!

DON JUAN. Villano, loco, traidor...

MILLÁN. Señor, ¿has perdido el seso?

DON JUAN. ¿Deso me hablas?

MILLÁN. Bien, por Dios;
 pues yo sé que hay más de dos
 que te andan royendo el queso;
 por advertencia vana
 no te he dicho que este día
 ha reñido don García
 con un hombre por su hermanita.

DON JUAN. ¿Qué es lo que dices, traidor?

Que te arrancaré la lengua
 si mientes...

MILLÁN. Tuya es la mengua.

(Abren la otra reja.)

DON JUAN. Mas calla; que ya Leonor

MILLÁN. en la reja está.
Pues dalle.

ESCENA XIII

DOÑA LEONOR y INÉS *que salen a la otra ventana.*- DON JUAN y MILLÁN, *en la calle; luego, DON GARCÍA, de barrio.*

DOÑA LEONOR. Ya, Inés, mi hermano se ha ido.
¿Si dona Juan habrá venido?

INÉS. Ya yo le he visto en la calle.

DON GARCÍA. *(Sale.)* A la conversación iba,
sin dar a mi hermana aviso
de sus bodas y las mías;
mas antes de ir, pues ya miro
que está el fresco en la ventana
como otras muchas, decirlo
es atención que la debo;
que es yerro a su regocijo
dilatar la buena nueva.

DON JUAN. *(Ap. a Millán.)*
¿Qué es esto? ¿Un hombre no has visto
que hacia la reja se llega?

MILLÁN. Sí veo.

DON JUAN. Pues encubrirnos
y acercarnos más importa.
(Se aproximan, con recato a la reja donde está doña Leonor.)

DON GARCÍA. ¿Leonor?

DOÑA LEONOR. ¿Hermano?

DON JUAN. ¿Has oído?
Su hermano es.
De padre y madre.

MILLÁN. Tengo que darte un aviso;
de gusto es... Pero después
te lo diré.

DOÑA LEONOR. Pues ¿qué ha habido?

DON GARCÍA. No me dilates el gusto.
Aunque pudiera contigo
haberme antes enojado
porque hubieses permitido,
aunque en lícito agasajo,
de don Diego, mi vecino,
el decente galanteo,
ya, Leonor, te lo permito
porque él ha de ser tu esposo;
que así lo hemos convenido,
siéndolo yo de su hermana.
Págame ahora el aviso

en alegrarte; y adiós. (*Vase.*)

ESCENA XIV

DOÑA LEONOR e INÉS, *a la ventana*; DON JUAN y MILLÁN, *en la calle*.

MILLÁN.

Desátame aqese lío.

DOÑA LEONOR.

¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

Inés, sin alma respiro;

¿Qué impensado mal es éste?

DON JUAN.

Esto es, ingrata, haber visto

tus traiciones y mi engaño,

tus cautelas y mi olvido,

mi muerte y tus falsedades,

mi tormento y tu delito.

Caiga un rayo, que en ceniza

vuelva los alientos míos,

si es que abrasa más un rayo

que el fuego que yo respiro.

DOÑA LEONOR.

¡Don Juan, don Juan, ah señor!

(¡Ay de mí!) vuelve, ¿qué has visto?

¿Qué has escuchado?

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

Que yo... Si tú aquí has oído...

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

Digo, Señor...

¿Qué sé yo lo que me digo?

Que yo no...

DON JUAN.

¡Ah falsa, ah tirana!

Venenooso basilisco,

que en tus luces lisonjeras

me has disfrazado el hechizo

¿Eran éstos, eran éstos

los celos y los retiros?

¿Eran éstas las sospechas

que acreditaban de fino

tu amor falso y alevoso,

que al incauto pecho mío

la luz que dio para incendio,

resultó aquí para aviso?

¿Eran aquestas las quejas

con que a mí tu pecho esquivo,

como el cazador astuto,

fingiendo el amante silbo,

al lazo desesperado

llama al simple pajarillo?

¡Mal haya el ciego delirio

del amor, que por lisonja

creyó lo que era peligro!

Yo lo erré, Leonor, no tú;

yo mismo (¡ay de mí!), yo mismo

guí en mi tirana mano
 a la garganta el cuchillo.
 Yo tuve la culpa, yo,
 de mí me quejo yo mismo;
 que si en el ingrato obrar
 como ingrato era preciso,
 la culpa tuvo el piadoso
 que le ocasionó el delito;
 y pues yo tuve la culpa,
 iré al horror y al sonido
 de la cadena que arrastro
 a llorar los yerros míos. (*Vase.*)

ESCENA XV

DOÑA LEONOR e INÉS, *a la ventana*, MILLÁN, *en la calle*.

DOÑA LEONOR. ¡Ah don Juan, señor! ¡Ay cielos!
 ¿Quién tanta desdicha ha visto
 sin dar causa? ¡Estoy mortal!
 Sin escucharme se ha ido.

MILLÁN. ¿Qué ha de escuchar? Valga el diablo
 e l bergante mal nacido,
 que no se las traga a toda
 picadas como pepinos.

DOÑA LEONOR. ¿Millán?

MILLÁN. Aquí no hay Millán.

DOÑA LEONOR. Escucha, mira.

MILLÁN. Ya miro.

DOÑA LEONOR. Llámale.

MILLÁN. ¡Ah falsa, ah tirana!

DOÑA LEONOR. ¿Qué dices?

MILLÁN. Lo que yo he oído.

DOÑA LEONOR. ¿Qué has oído?

MILLÁN. Mis agravios.

DOÑA LEONOR. ¿Qué agravios?

MILLÁN. Yo los he visto.

DOÑA LEONOR. Ven, no te vayas.

MILLÁN. Sí quiero.

DOÑA LEONOR. ¿Por qué?

MILLÁN. Porque he conocido...

DOÑA LEONOR. ¿Qué has conocido?

MILLÁN. Mi mal.

DOÑA LEONOR. ¿Cuál?

MILLÁN. El que Dios es servido.

DOÑA LEONOR. Llámame a don Juan.

MILLÁN. Soy noble.

DOÑA LEONOR. Tráele aquí.

MILLÁN. Voy ofendido.

DOÑA LEONOR. ¿De qué?

MILLÁN. De celos rabiosos.

DOÑA LEONOR. ¡Oh, mal haya mi destino.
Que, sin recelar el daño.
Me ha llevado al precipicio!

MILLÁN. ¡Mal haya quien muere de hambre,
pudiendo morir de ahíto!

Jornada segunda

Sala en casa de don Diego.

ESCENA I

CASILDA. MILLÁN, *bien vestido*; CASILDA.
¿Eres Millán?

MILLÁN. ¿No lo ve?
Pues ¿cómo ya tan galán?
Milagro de san Millán.

MILLÁN. CASILDA.
CASILDA. ¡Jesús!...
MILLÁN. María y José.
CASILDA. Pues ¿quién, no habiendo cobrado
la letra, te socorrió?
MILLÁN. Un mercader, en que halló
padre y madre mi cuidado.
Él vio mi aprieto y su ahorro,
y al ponérsela presente
vio la letra tan corriente,
que escupió esta gala en corro.
Vistió a mi amo y tras él
librea para dos pajes
(¡Que haya en el mundo salvajes
que esto den sobre un papel!)
Y vellón para el consumo;
que tras galas y librea,
también nuestra chimenea
guarneció de puntas de humo.
Y tascando el fiador
para cobrar real por real,
queda ahora en ese portal
como mula de doctor.

CASILDA. ¿Qué, a cobrar viene?
MILLÁN. Pues ¿no
Si tres veces he venido,
y por trampas que he fingido
don Diego hace más que yo.

CASILDA. Para hoy hizo promisión.
MILLÁN. Su miseria no es de creer.
Miserable puede ser
entre dueñas de ración.

CASILDA. Pues ¿como, estando vestido,
no viene a ver a doña Ana?

MILLÁN. Para eso está ahí mañana,
que hasta agora no ha salido.
(Ap. No vendrá él acá en mis días.)

CASILDA. Ella esperándole está.

MILLÁN. Sí. *(Ap. Mas lo mismo será
que si esperara el Mesías.)*

CASILDA. Grave parece que estás;
¿Tanto la gala te hinchó?

MILLÁN. Ahora, hermana, valgo yo
a veinte suspiros más.

CASILDA. No me traes nada.

MILLÁN. ¿Qué caiga
en ese error tu cuidado?
Pues si yo no te he llevado,
¿Cómo quieres que te traiga?
Pues ¿porqué darme no quieres?

CASILDA. Aunque conmigo riñeras,
no lo haría: es de baberas
andar dando a las mujeres.

CASILDA. ¡Ah pícaro! Mas don Diego
Puede salir, que ya es hora;
Avisaré a mi señora,
Porque quiere hablarte luego;
Cobra la letra, y mi parte
he de tocar de ella yo.

MILLÁN. Tocar y cantar, pues ¿no?

CASILDA. Pues ello algo he de sacarte,
porque el secreto no vuele;
mira tú lo que ha de ser.

MILLÁN. Pues si me das a escoger,
Sea una muela que me duele.

ESCENA II

DON DIEGO, GINÉS.- *Dichos.*DON DIEGO. *(Dentro.)* ¿Pasaré por eso un ciego?GINÉS. *(Dentro.)* Yo a dar la cuenta me obligo.

CASILDA. Don Diego es Millán, ¿qué digo?

MILLÁN. Que ese es muy lindo don Diego.

(Vase Casilda. Salen Ginés y don Diego, éste con una cuenta en la mano.)

DON DIEGO. ¿Sesenta reales gastó,

sin extraordinario, ayer?

GINÉS. Si en la cuenta lo has de ver,

Mira si está justa o no.

- MILLÁN. (Ap.) ¿Cuenta toma? Bravo vicio será.
- GINÉS. Mira si hay error.
- DON DIEGO. Ya lo miro, sí, señor:
Mas por Dios, que es ladroncio:
¿Diez libras de carne? El Lino
Pierdo, pues ¿tratáis con bobos,
O somos en casa lobos!
- MILLÁN. (Ap.) Veráse en llegando el vino.
- DON DIEGO. ¡Bien armada va la cuenta!
¿Al jigote y estofado
Cuatro reales de recado?
- MILLÁN. (Ap.) A fe, que lleva pimienta.
- DON DIEGO. De mi hacienda han de dar caho;
¿Qué recado en tanto aprecias?
- GINÉS. Limones, vino y especias.
- MILLÁN. (Ap.) Aqueso le echa de clavo.
- DON DIEGO. Que no he de poder pasallo,
Aunque se gaste, imagino.
¿Cuarenta cuartos de vino?
- MILLÁN. (Ap.) Eso bien puede tragallo.
- DON DIEGO. ¿Qué es mucho no se avisa?
¿Vos queréis que arda la fragua?
- MILLÁN. (Ap.) Pues si no es que le echen agua
no cabe en eso otra sisa.
- DON DIEGO. ¿De verduras y tocino
seis reales? ¡Virgen sagrada!
- GINÉS. Entra en eso la ensalada.
- DON DIEGO. ¿Qué ensalada?
- GINÉS. De pepino.
- DON DIEGO. ¡Jesús, y qué disparates!
Repártase a los vecinos
la ensalada de pepinos.
- MILLÁN. (Ap.) Algo lleva de tomates.
- DON DIEGO. ¿Pepinos? Yo pierdo el juicio.
- GINÉS. Y ¿aceite no cuenta nada?
- DON DIEGO. Pues ¿hácese esta ensalada
con aceite de Aparicio?
No, Señor, no me está a cuento;
No la paso.
- GINÉS. ¿Si lo halláis?...
- DON DIEGO. Vive Dios, que me sisáis
a más de ochenta por ciento.
(Vase Ginés.)

ESCENA III

MILLÁN, DON DIEGO.

MILLÁN. (Ap. Yo entro aquí; a mal tiempo llego.)
De hallaros tan enojado

MILLÁN. Por Dios, que apostara un dedo
con quien el crédito os niega.
DON DIEGO. Ahora, Señor...
MILLÁN. (Ap.) Lumbre pega.

ESCENA IVGINÉS.- *Dichos.*

GINÉS. Don García de Toledo
os entra a buscar.

MILLÁN. ¡San Pablo!
DON DIEGO. Este hombre me ha hecho tardar,
que ya yo le iba a buscar.
Pagádsela con el diablo.

(Da la letra a Ginés y vase.)

MILLÁN. ¿Quién me ha de pagar?

GINÉS. Yo solo.

MILLÁN. Oh Ginés, en Antioquía
te dé el Santo una parroquia.

GINÉS. ¿Lo queréis en plata?

MILLÁN. *Volo.*

GINÉS. Pues esperad.

MILLÁN. Si es de espacio;
que yo tengo advierta ucé
poca esperanza.

GINÉS. ¿Por qué?

MILLÁN. Porque enamoro en palacio.

GINÉS. Voylo a contar. *(Vase.)*

ESCENA VMILLÁN; *luego* DOÑA ANA y CASILDA.

MILLÁN. Tal conviene.

Dios te haga por tu tintero
contador de un heredero
que no sabe lo que tiene.

(Salen doña Ana y Casilda.)

CASILDA. Espera, Millán.

MILLÁN. Ya espero.

CASILDA. Ya hablar puedes, pues se han ido.

DOÑA ANA. Gran pesar tengo.

MILLÁN. *(Ap.)* ¿Qué he oído?

Aún tiemblo aqieste dinero.

DOÑA ANA. ¿Cómo está don Juan?

MILLÁN. Bizarro,

con pajes y con vestidos.

DOÑA ANA. ¿Cómo a verme no ha venido?

MILLÁN. Porque hoy le ha dado un catarro
de celos, que pierde el tino.

DOÑA ANA. Y ¿está malo?
MILLÁN. Muy ansioso
está, por Dios, y enfadoso,
porque rabia de cetrino.
(*Ap.* Tente, lengua, a desbuchallo
iba; por el alto Febo,
que no vale lo que llevo
la mitad de lo que callo.)

DOÑA ANA. ¿Qué es cetrino?
MILLÁN. Unas pasiones
pituitosas que en el pie
causan los callos.

DOÑA ANA. ¿En qué?
MILLÁN. Dije mal, en los pulmones.
DOÑA ANA. Pues ¿qué importa eso al decirme
que estaba malo primero?
MILLÁN. Que están contando el dinero,
y estoy rabiando por irme.
DOÑA ANA. Pues vete, y dile al momento
a don Juan que triste estoy
porque he oído tratar hoy
con otro mi casamiento,
y que si mi hermano pasa
a ejecutar lo propuesto...
Mas no digas nada de esto
sino que espere en su casa
que yo luego, con licencia
de mi hermano, he de salir
de disfraz, por convenir,
a hacer una diligencia;
y a lo fino agradecida
que en sus papeles está,
pasaré yo por allá
para lograr la salida
y agradecer su fineza;
y allí del modo que intento
lograr nuestro casamiento
le diré con más llaneza,
Ve luego al piloto, Millán,
y que me aguardéis te ruego.

MILLÁN. Pues ¿has de ir a verle luego?
DOÑA ANA. Claro está.
MILLÁN. (*Ap.*) ¡Arredro, Satán!
CASILDA. ¿Qué te estás aquí hecho un leño?
Anda presto si ha de ser.
MILLÁN. (*Ap.*) ¡Gran ingenio es menester
para salir de este empeño!
Mas de todo, Dios mediante,
salir lindamente espero:

cobre yo agora el dinero,
y después *trampa adelante*. (Vase.)

ESCENA VI

DOÑA ANA, CASILDA.

DOÑA ANA.

Casilda, de mi deseo
no es éste el mayor cuidado;
que en la calle me han contado
que tiene otro galanteo.

CASILDA.

¡Hay tales bellaquerías!

DOÑA ANA.

Sabrálo con más efeto.

CASILDA.

Aunque estuviere el secreto
debajo de siete días,
sabré la que galantea
y quién es y dónde vive,
si le ha hablado y si le escribe,
y sabré lo que desea;
si es hermosa y de buen arte,
dónde oye misa y su estado,
y con quién se ha confesado
de dos años a esta parte.

DOÑA ANA.

Si eso sabes, mejor fin
en mi cuidado tendré.

CASILDA.

Y si te importa, sabrá
esta noche hablar latín.

DOÑA ANA.

Pues ven, dame el manto apriesa
y vámonos, que ya es hora.

CASILDA.

Hoy sabré a quién enamora,
aunque sea una abadesa.

DOÑA ANA.

Vamos.

CASILDA.

Nada te dé enojo,
si yo salgo de cohete;
que veré más que un grumete
de la gavia, del medio ojo

Sala en casa de DON JUAN.**ESCENA VII**

DON JUAN, *acabándose de vestir de gala*, JUSEPICO y MANUELICO, *con la capa y la espada*.

JUSEPICO.

Señor, no ha vuelto Millán.

DON JUAN.

No importa, saldré sin él;
pues de esta pena cruel
las violencias no me dan
lugar a la admiración
de su industria y su osadía;
pues con una firma mía

me ha dado esta ostentación.
 Mas ¿a qué tiempo la suerte
 conmigo no ha sido avara,
 pues me da esto cuando hallara
 mayor alivio en la muerte?
 Jusepico, la pretina.
 Aquí está ya.
 DON JUAN. ¡Oh injusto amor!
 ¿Tal traición cupo en Leonor?
 ¿Cómo el alma lo imagina?
 JUSEPICO. La capa, Manuel.
 MANUELICO. Ya va.
 JUSEPICO. Acaba, que está esperando.
 MANUELICO. ¿Todo el día has de andar dando?

ESCENA VIII

MILLÁN; UN ESPORTILLERO, *que trae un talego. -Dichos.*
 MILLÁN. (*Dentro.*) Ah mozo, entra por acá.
 DON JUAN. ¿Qué es esto?
 JUSEPICO. Millán, Señor.
 ESPORTILLERO. (*Sale con Millán.*)
 Levara o demo a venida;
 a espalda traigo molida.
 MILLÁN. Ponga aquí y no sea hablador;
 que no pago titulillos.
 ESPORTILLERO. Pois si vosté me ha levado
 dende la calle do Prado
 En ruba de los Basillos.
 DON JUAN. Esto su industria confirma.
 ¿Millán?
 MILLÁN. Metedlo aquí vos.
 DON JUAN. ¿Qué traes ahí?
 MILLÁN. El bien de Dios.
 DON JUAN. ¿Quién te lo ha dado?
 MILLÁN. La firma.
 ESPORTILLERO. ¿Non me paga?
 MILLÁN. Ya se encoge;
 Pues tome y váyase luego.
 ESPORTILLERO. ¿Seis cartos por un talego?
 Leve o diabro quien tal troje.
 MILLÁN. Pues ¿qué quiere su codicia?
 ¿No es lo que se le promete?
 ESPORTILLERO. Se te merece.
 MILLÁN. ¿Qué es siete?
 Que no los vale Galicia.
 ESPORTILLERO. Sin o carto non me iréi.
 MILLÁN. ¡Oiga el bergante, y da voces!
 Yo le haré salir a coces.
 ESPORTILLERO. Aquí de Dios y do Rey.

(Hace que se va y vuelve.)

DON JUAN. ¡Ah Millán!
 MILLÁN. ¿No le di harto?
 Pues ¿qué quiere el bergantón?
 DON JUAN. ¿Por un cuarto haces cuestión?
 ESPORTILLERO. Mande vocé darme o carto.
 MILLÁN. Vive Dios, si entra, que ya
 le deje la boca rasa.
 ESPORTILLERO. Lévense os diabros a casa,
 e a min porque vine acá. *(Vase.)*

ESCENA IX

DON JUAN, MILLÁN, LOS PAJES.

DON JUAN. ¿Por qué un cuarto no le das?
 MILLÁN. ¡Qué bien que lo estás hablando!
 Porque lo estoy yo sudando
 mientras tú en la cama estás;
 gánelo usted como yo,
 y después sea liberal.
 DON JUAN. ¿Qué hay de esto? que, aunque mi mal
 discurrir no me dejó,
 ya es fuerza que lo repara,
 a pesar de mis desvelos.
 MILLÁN. ¡Oh lleve el diablo los celos
 y quien más de ellos hablare,
 siendo de agravio el indicio!
 ¿Te acuerdas de su hermosura?
 Déjala; aprende de un cura,
 que olvida con beneficio.
 DON JUAN. Bien dices, Millán amigo.
 Si yo hablare más en ello
 pon sobre mi labio el sello
 de la infamia; que me obligo
 (Desde hoy mi pecho sentencio
 a no pensar en mi agravio)
 del castigo de mi labio
 con este mudo silencio.
 ¡Ah ingrata! ¡Ah falsa engañosa!
 No es duda, yo llegué a vello.
 MILLÁN. Y ¿eso es no hablar más en ello?
 DON JUAN. Pues hablemos de otra cosa.
 MILLÁN. Y para el caso ya tarda.
 DON JUAN. Pues ¿qué ha habido?
 MILLÁN. El mercader,
 que quiere venirte a ver.
 DON JUAN. Pues ¿yo he de hablarle?
 MILLÁN. ¡Guarda!
 DON JUAN. Pues ¿qué he de hacer?
 MILLÁN. Irte luego.

DON JUAN. Pues las capas, y marchar.
MILLÁN. *(A los pajes.)*
Ea, a la puerta a esperar.
JUSEPICO. Ya vamos.
MILLÁN. Pues sea con fuego,
presto, o andará el porrazo.
MANUELICO. Ya salimos, no nos des.
MILLÁN. ¿Qué replica el montañés?
MANUELICO. Valga el diablo el bufonazo.
(Vase con Jusepico.)

ESCENA X

DON JUAN, MILLÁN.
DON JUAN. Pues ¿vendrá luego?
MILLÁN. Imagino
que ya está acá.
DON JUAN. Pues huir.
MILLÁN. Por estotra puerta has de ir,
no te encuentre en el camino.
Ponte airoso ese sombrero,
y no en la capa te enlaces;
Alza la espada.
DON JUAN. ¿Qué haces?
MILLÁN. Todo esto vale dinero.
DON JUAN. ¿Qué dinero?
MILLÁN. El que se trajo.
DON JUAN. ¿Con quién hablas?
MILLÁN. Con mi pecho.
¡Válgame Dios! ¿no es bien hecho
que se juzga mi trabajo?
DON JUAN. Pues ¿no voy, bien?
MILLÁN. No lo ignoro
mas sí mi intento supieras,
quisiera yo que salieras
hecho un mismo pino de oro.
¿Va el bigote con buen vuelo?
Bueno va.
DON JUAN. Júntale un poco.
MILLÁN. ¿Qué importa el bigote, loco?
DON JUAN. ¡Válgame Dios! Viene a pelo,
MILLÁN. y Dios sabe lo que pasa.
Mas no te hallen de repente;
vete, que siento entrar gente.
DON JUAN. Pues di que no estoy en casa.

ESCENA XI

LEONOR e INÉS, *con mantos.*- Dichos.
DOÑA LEONOR. No importará, si yo os sigo,
pues ya os vi, señor don Juan.

MILLÁN. *(Ap. a don Juan.)* Escurre.
DON JUAN. Aparta, Millán.
MILLÁN. *(Ap.)* ¡Cuerpo de Cristo conmigo!
DON JUAN. ¿Qué es lo que mandáis, Señora?
DOÑA LEONOR. Buen estilo.
DON JUAN. ¿No es cortés?
DOÑA LEONOR. Extraño a lo menos es.
MILLÁN. No es sino de casa ahora.
Señor, que has de ir a palacio,
como el secretario avisa.
DOÑA LEONOR. No tienes que darle prisa;
que te he de hablar muy de espacio.
DON JUAN. Señora, yo estoy faltando
a un empeño.
MILLÁN. ¿No se ve?
Él no puede oír.
DOÑA LEONOR. ¿Por qué?
MILLÁN. Porque estoy yo reventando,
y porque oírte no quiere,
y porque irse es testimonio,
y porque lleve el demonio
el alma que no se fuere.
Y porque estamos ahora
en grande aprieto, y porque
se va, se ha de ir, y se fue.
DON JUAN. Dices bien. Adiós, Señora.
DOÑA LEONOR. Señor don Juan, el negar
el crédito a mi razón,
lo podéis hacer celoso,
pero no excusarle, no.
Porque si para esto hay cauta,
en los hombres como vos
no la hay para ser grosero
con mujeres como yo.
Entre el no creerme o no oírme
hay mucho en vuestro valor;
Que no oírme es grosería,
y el no creerme, celos son.
Y si para tener celos
mi amor la licencia os dio,
para ser tan descortés
no os la ha dado mi opinión.
Y así, oíd, señor don Juan;
que aunque rendido mi amor,
os dejará estar celoso,
pero desatento no.
DON JUAN. Pues decid, que ya os escucho.
Millán, cuide tu atención
de la Puerta.

MILLÁN. (Ap.) ¡Oh, pesia el alma
de los celos! Confesión
tiene aquí para tres horas,
y espero el predicador.
Señor, absuélvela luego.

DON JUAN. Decid pues; que atento estoy.

DOÑA LEONOR. Yo seré, don Juan, muy breve.

MILLÁN. (Ap.) Pues depáretelo Dios,
porque si viene la Indiana,
no hay al caso redención.

DOÑA LEONOR. Lo primero, en mi venida
se ha de suponer que yo
no vengo a satisfaceros;
porque la satisfacción,
cuando no culpa en la queja,
supone causa, y yo estoy
tan lejos de haberla dado,
que de mi fe el claro sol
no sufrirá en su pureza
aun ese leve vapor.
A desengañaros, sí,
del escrúpulo menor;
y como para mi corra
por desengaño el que os doy,
para vos, señor don Juan,
entre la satisfacción
o el desengaño escoged
lo que estuviere mejor.

MILLÁN. (Ap.) Al caso, mujer del diablo;
que si tardas, vive Dios,
hemos de pedir limosna.

DON JUAN. Si es el intento, Leonor,
desengañarme, es en vano,
cuando yo tanto lo estoy;
pues sé que fue mi esperanza
como aquella breve flor
que madrugó en el almendro,
y de temprana murió;
que la dicha de romper
antes que otras el botón.
Siendo dicha a su hermosura,
fue peligro a su verdor:
Pues por ser antes que todas,
cerró al tiempo la sazón.
Y murió al rigor de un cierzo;
que hay dichosos como yo,
en quien sus dichas, por dichas,
su mayor peligro son.
Lo que tú quieres decirme,

ya yo lo he oído, Leonor.
Que aunque tú no me lo has dicho,
en quien quiso como yo,
la soledad de los celos
un mental tribunal son,
donde es el juicio el discurso,
la memoria el relator,
yo el actor, tu agravio el reo,
Tu abogado mi pasión
o voluntad, que es todo uno;
y en este pleito inferior
por ti hablé mi voluntad,
y en oyendo la razón,
te condenó. Mira ahora
si hablas tú, ¿qué hará mi amor,
si te ha condenado cuando
hablé por ti mi pasión?
Y porque mejor conozcas
si hablé bien en tu favor,
todo lo que has de decirme
es esto; que es gran rigor
hacer mayor la sospecha
que a mi tu hermano me dio.
Porque si aquel caballero
mírase con atención
escandalosa tus rejas,
pudo ser sin tu favor,
y ser culpa en su osadía
lo que en ti no fue ocasión.
Decir que lo permitiste,
no te culpa, porque no
es fuerza haber voluntad
en lo que fue permisión,
y que pudo ser desprecio
no excusarlo; y cuando no,
en dejarse amar hay riesgo
de vanidad, no de error.
Que no es culpa el ser querida
una mujer, ni un amor
afianzado a su fineza
se obliga a más atención.
Y esto se conoce claro,
porque una mujer, Leonor,
de Las prendas, ¿para qué
pudiera admitir a dos,
uno en competencia de otro
y más hombre como yo,
donde tiene tu esperanza
tan lejos la posesión?

Porque si hubiera cariño
en ese competidor,
cuando tu hermano te ofrece
su casamiento, y estoy
tan lejos de presumirle,
¿no fuera ignorante error
el defraudar tu deseo
por darme satisfacción?
Desengaño decir quise,
no sea aquí, que el pundonor,
sobre esta cuestión de nombre,
me baraje la razón.

Y demás de esto, se infiero
que no le admite tu amor,
en venirme a mí a buscar,
porque a tenerle afición,
mi retiro te la logra.

Pensar que es reputación,
para quedar bien conmigo,
es más insufrible error;
porque si dice tu hermano
que las bodas de los dos
son mañana, ¿para qué
me habías de buscar hoy,
ni intentar un desengaño
de tan breve duración?

Y en fin, si tú te quisieras,
quererte era lo mejor,
dejarte yo fuera alivio;
luego es buscarme razón
que lo desmiente, porque
¿Qué pierde tu pundonor
en no quedar bien conmigo,
si no he de ser tuyo yo?
Todo esto, Leonor, me ha dicho
mi voluntad, que en mi amor
la he puesto yo de tu parte;
mira tú si en tu favor
puedes tener más razones
que juntar a tu razón.

MILLÁN.

(Ap. Ni la mitad, vive Cristo;
maldito sea quien tal dio,
porque ha de agarrarse de ellas,
como gato de riñón
¿Señor?

DON JUAN.
MILLÁN.

Aguarda, Millán.
¿Qué es que aguarde? (Ap. Aquí de Dios;
Santa Isabel, abogada
de toda visitación,

DON JUAN. ¿Qué dices?
MILLÁN. ¡Santa Gertrudis!
DON JUAN. ¿Qué tienes?
MILLÁN. ¡San Tesifón!
Tu hermano, Leonor, tu hermano.
DOÑA LEONOR. ¿Qué?
MILLÁN. Que sin duda te vio,
y entra acá.
DOÑA LEONOR. ¿Qué es lo que dices?
MILLÁN. Que entra, por el facistol
de los músicos del cielo.
DOÑA LEONOR. ¡Ay de mí! Sin alma estoy.
DON JUAN. Leonor, por esotra puerta
te puedes ir.
INÉS. ¡Ay Leonor!
Vamos, que es grande el peligro.
DOÑA LEONOR. Sígueme, Inés.
INÉS. Tras ti voy.
DOÑA LEONOR. (*Ap. a Inés.*)
¡Ay, Inés, yo estoy mortal!
Quedarnos será mejor
aquí escondidas, por ver
si me ha visto o si me oyó;
que ir a casa es más peligro,
si nos ha visto i las dos.
INÉS. Bien dices; aquí te encubre.
(*Escóndense.*)
MILLÁN. Vete tú también, Señor.
DON JUAN. ¿Qué esirme? Yo he de esperarle.
MILLÁN. Mira que ha sido ficción
que es quien viene el mercader.
DON JUAN. Pues loco, infame, traidor,
cuando en lo que a mí me importa
vida y alma, hablando estoy,
¿Con tan leve riesgo estorbabas
el alivio a mi dolor?
Entre el mercader, ¿qué importa?
Que a recibirle iré yo.

ESCENA XII

DOÑA ANA, CASILDA. -DON JUAN, MILLÁN; DOÑA LEONOR e INÉS, *ocultas*.
CASILDA. Aquí están.
DON JUAN. ¿Quién entra aquí?
MILLÁN. Mujeres pienso que son.
(*Ap. ¡Jesús, que se cae la casa!*)
DON JUAN. ¿Qué dices?
MILLÁN. Que se quedó
en la puerta el mercader.
DON JUAN. Y estas mujeres ¿quién son?

- MILLÁN. No las conozco.
DON JUAN. ¿Qué dices?
MILLÁN. ¿Qué he de decir? ¿Qué se yo?
(Ap. Me lleven dos mil demonios el alma que me parió.)
- DOÑA ANA. Señor don Juan.
MILLÁN. *(Ap.)* ¡Vive Cristo!
DON JUAN. ¿Qué mandáis, Señora, vos?
DOÑA LEONOR. *(Ap. a Inés.)*
¡Ay, Inés! ¿No ves qué humano me ha dado aquí la ocasión?
- CASILDA. ¡Ah infames! ¿Estos son hombres?
En todos fuego de Dios.
- DOÑA ANA. Señor don Juan, ya que os debo tantas finezas mi amor, como me significáis, no viniendo a verme vos, quiero yo venir a veros; mas ya sabréis la ocasión, y también habréis sabido en cuán gran peligro estoy.
(Hace Millán señas a doña Ana por detrás de don Juan; vuélvese éste, y aquel disimula.)
Mi hermano quiere casarme, y el remedio de este error he librado en vuestro amparo, por pagar vuestra afición.
- DON JUAN. Tened, Señora, tened.
MILLÁN. *(Ap.)* Alto, soltóse el reloj, y anda a vuelo el badajo.
- DON JUAN. ¿Qué fineza ni qué amor, qué peligro ni que hermano, o con quién habláis, que yo ni os conozco ni os he visto, ni sé en lo que hablando estoy?
DOÑA LEONOR. *(Ap. a Inés, donde están escondidas.)*
¡Oh qué bueno! Como ha visto que aquí me he quedado yo, hace la desecha, Inés.
- DOÑA ANA. ¿Qué es lo que decís, Señor?
Pues ¿cómo habláis de esa suerte con mujeres como yo? *(Ap. a Casilda.)*
Millán me está haciendo señas, y no entiendo la ocasión;
Casilda, ¿entiendes tú aquesto?
- CASILDA. ¿Cómo he de entenderlo yo?
No lo entenderá Galván.
- DOÑA ANA. Señor don Juan, ¿qué ocasión hay para fingir?
(Vuélvese don Juan otra vez, coge a Millán haciendo señas, y éste disimula.)

DON JUAN. Millán...

MILLÁN. ¡Jesús, qué fiero calor!

DON JUAN. ¿Qué es esto?

MILLÁN. ¿A mí me lo dices?

DON JUAN. Pues ¿quién lo sabe?

MILLÁN. El Mogol;
pregúntaselo a tu abuela.

DON JUAN. Pierdo el juicio, ¡vive Dios!

MILLÁN. Pues ¿qué he de hacer? (*Ap.* Yo reniego del padre que me engendró.)
(*Salen doña Leonor e Inés.*)

DOÑA LEONOR. Señor don Juan, si sois destes, no es justo que os dé ocasión el ser ingrato con una, de ser grosero con dos.

MILLÁN. (*Ap.*) ¡Jesús, qué dolor de ijada! Que me muero; confesión.

CASILDA. To, to, to, señora mía, ya he despuntado esta flor; ¡Oh qué lindos embusteros!

DOÑA LEONOR. Señor don Juan, ¿de estos sois, y por esto era el fingir? ¿Qué enmudecéis? Dad razón de vos a aquesta señora, que por no estorbaros yo, me voy para daros tiempo de dar la satisfacción.

DOÑA ANA. Eso no, la satisfecha, mi reina, habéis de ser vos, que podréis tener de qué; que en mí no hay queja ni amor sobre que caiga ese empeño, y así, Señora, me voy, para dejaros lugar de que haga don Juan con vos lo que pudiera conmigo, si no fuera yo quien soy. Adiós, mi señor don Juan.

MILLÁN. Por acá, cuerpo de Dios, no salgan de cuatro en cuatro.

DOÑA ANA. Por donde quiera iré yo.

DON JUAN. Esperad, oíd, Señora, que habéis de decir, por Dios; que ni os he visto en mi vida, ni os hablé, ni sé quién sois.

DOÑA ANA. ¿Eso más, señor don Juan? ¿Que yo dé satisfacción? Con mujeres de mi porte aprended trato mejor;

que el que no me conocéis
os quiero acetar, por no
ir obligada al castigo
de vuestra desatención.
Ven, Casilda.

MILLÁN. Por aquí.
CASILDA. ¿Otra puerta hay?
MILLÁN. Y otras dos,
que me han echado a perder.
CASILDA. Bergante, infame, bufón,
Alcahuete, ¿aún te queda
lengua para hablar de nos?
Ah noramala, canalla;
pobretonazos, puf.
MILLÁN. Pof.
(*Vanse doña Ana y Casilda.*)

ESCENA XIII

DOÑA LEONOR, INÉS, DON JUAN, MILLÁN.

DON JUAN. ¿Qué es esto que me sucede,
Millán? ¿Qué es esto, traidor?
MILLÁN. Oigan esto. ¿En mí desfogas?
DON JUAN. Aquí hay traición.
MILLÁN. ¿Qué traición?
Pues llévenlas a San Blas,
y me quemem, vive Dios,
si no están endemoniadas.
DON JUAN. El juicio perdiendo estoy.
DOÑA LEONOR. Que no hay que perder, don Juan.
¿Para qué es esto, Señor,
Si ya vuestra voluntad
os dijo quien era yo?
Y esto se conoce claro,
«Porque una mujer, Leonor,
de tus prendas, ¿para qué
pudiera admitir a dos?»
DON JUAN. Claro está.
DOÑA LEONOR. Pues ¿no está claro?
«Y más hombre como yo,
donde tiene tu esperanza
tan lejos la posesión».
DON JUAN. Millán, yo pierdo el sentido.
MILLÁN. ¿Qué se me da a mi, Señor?
DOÑA LEONOR. Ya me voy.
MILLÁN. (*Ap.*) Ahora más que hablen
hasta reventar los dos.
DON JUAN. ¿Qué, pretendes descontar
agravios que he visto yo,
en un engaño como éste?

DOÑA LEONOR. Y tus celos ¿no lo son?
DON JUAN. A ti te culpó tu hermano.
DOÑA LEONOR. Y a ti tu misma traición.
DON JUAN. Él lo dijo en mi presencia.
DOÑA LEONOR. Y aquí ¿dónde estaba yo?
DON JUAN. Él culpó tu liviandad.
DOÑA LEONOR. Y esta dama ¿qué culpó?
DON JUAN. Esto es ilusión o sueño.
DOÑA LEONOR. También yo soñando estoy.
DON JUAN. No sino vela en mi agravio.
DOÑA LEONOR. Y tú ¿has velado en mi amor?
DON JUAN. Esto es cierto.
DOÑA LEONOR. Y esto ¿es falso?
DON JUAN. Es locura.
DOÑA LEONOR. Tu aprehensión.
DON JUAN. ¿Y la tuya?
DOÑA LEONOR. Es evidencia.
DON JUAN. ¿Quién lo asegura?
DOÑA LEONOR. Esta acción.
DON JUAN. Pues ¿qué has visto aquí?
DOÑA LEONOR. A tu dama.
DON JUAN. ¿Quién dice que lo es?
DOÑA LEONOR. Su voz.
DON JUAN. Pues no, Leonor...
DOÑA LEONOR. Pues don Juan...
DON JUAN. Esta queja...
DOÑA LEONOR. Este dolor...
DON JUAN. Es agravio.
DOÑA LEONOR. Ha sido afrenta.
DON JUAN. Yo no la trueco.
DOÑA LEONOR. Ni yo.
DON JUAN. Pues ¿qué esperas?
DOÑA LEONOR. Pues ¿qué aguardas?
DON JUAN. Yo nada; adiós.
DOÑA LEONOR. Pues adiós.
MILLÁN. (*Ap.*) Ahí con dos mil demonios,
que os lleven a ambos a dos.
(*Hace que se va.*)
DOÑA LEONOR. Ven, Inés.
INÉS. Vamos, Señora.
DON JUAN. Llama, Millán.
MILLÁN. ¿Llamar yo?
No llamé cuando perdía,
porque una sota salió,
todo el dinero en la suerte
Y ¿llamaré ahora?
DOÑA LEONOR. ¡Ay Dios!
INÉS. ¿Nos dejan, Inés?
Y ¡cómo!

DOÑA LEONOR. Pues ven; que aunque mi dolor
me va quitando la vida,
no ha de vencer su traición.
(*Vase con Inés.*)

ESCENA XIV

DON JUAN, MILLÁN.

DON JUAN. ¿Fuese?

MILLÁN. Como una canilla.

DON JUAN. ¡Ay de mí! Sin alma estoy.

¿Qué es lo que me sucede? ¡De ansia muero!

Caso como este ¿a quién le ha sucedido?

MILLÁN.

Lo peor es que ya no habrá dinero,
porque el crédito y todo hemos perdido.

DON JUAN.

Pues ¿por qué?

MILLÁN.

¡Hay más donosa bobería!

¿No te avisé que el mercader venía?

Va hecho un perro de ver lo que aquí ha habido,
y de lo que me ha dado arrepentido.

DON JUAN.

Pues ¿de qué?

MILLÁN.

¿Qué es de qué? ¿Pues si venía

a ver lo que de ti te había contado

(Que era tu ingenio, agrado y bizarría)

y halla, cuando te espera mesurado,

un hombre que de ti viene a informarse

cuatro damas aquí para arañarse,

que por poco una a otra el moño arranca,

¿Quién quieres que se atreva a darte blanca?

ESCENA XVDOÑA LEONOR y INÉS, *turbadas.- Dichos.*DOÑA LEONOR. Inés, Inés, libremos nuestra vida
de tan grande peligro.

DON JUAN.

Tente, espera;

¿Qué es aquesto, Leonor?

DOÑA LEONOR.

Yo soy perdida;

verdad salió lo que fingido era:

Al salir de este cuarto (¡yo estoy muerta!)

encontré con mi hermano, que sin duda,

porque nos vio, nos espero a la puerta;

cubríme el rostro, mas turbada y muda,

no sabiendo qué hacer, me vuelvo adentro,

y él se arrojó tras mí por el encuentro.

Don Juan, señor, por mi peligro mira.

MILLÁN.

¿Ves si lo que te dije era mentira?

DON JUAN.

Leonor, éntrate adentro.

MILLÁN.

En un instante.

DOÑA LEONOR.

¿Y si entra acá?

DON JUAN.

Negar. *Trampa adelante.*

(Vanse doña Leonor y Inés.)

ESCENA XVI

DON GARCÍA.- DON JUAN, MILLÁN.

DON GARCÍA. (Ap.) Esta sospecha ya a evidencia pasa,
viniendo con don Diego por la calle,
dos mujeres vi entrar en esta casa,
que una su hermana pareció en el talle,
y fingiendo el acaso de un olvido,
de su hermano, celoso, me despido;
y estando yo esperándola en la puerta
al salirse las dos, para hacer cierta
mi sospecha, al instante que me vieron
a aqueste mismo cuarto se volvieron.
Ya es de más calidad este recelo,
y he de reconocerlas, vive el cielo.

DON JUAN. ¿Qué buscáis en esta casa,
o qué mandáis, caballero?

DON GARCÍA. Aquí entraron dos mujeres.
MILLÁN. Mas han entrado de ciento,
mas ya todas son salidas.

DON JUAN. Pues ¿qué os importa a vos eso?

DON GARCÍA. Sé que están dentro.

MILLÁN. ¿Es usted
de los que saben de adentro?

DON GARCÍA. Yo vengo a reconocerlas,
y lo he de hacer, vive el cielo.

MILLÁN. Reconocerlas es mucho;
conocerlas basta.

DON JUAN. Empeño
muy dificultoso es éste.

DON GARCÍA. Pues yo estoy a todo riesgo
resuelto a lo que os propongo.

ESCENA XVII

DON DIEGO, que entra por donde salió su hermana.- Dichos.

DON DIEGO. (Ap. Por esta puerta salieron,
y he de saber a qué entraron.)
Mas, ¡don García!

DON GARCÍA. ¿Don Diego?

DON DIEGO. (Ap.) Cielos, ¿aquí don García?

DON GARCÍA. (Ap.) ¿Don Diego aquí ha entrado, cielos?

DON DIEGO. (Ap.) ¿Si vio salir a mi hermana?

DON GARCÍA. (Ap.) ¿Si con mi sospecha ha vuelto?

DON DIEGO. (Ap.) Viniendo con don García,
algo alterado y suspenso
se despidió en esta calle
de mí turbado, diciendo
que olvidó una diligencia,

que era preciso hacer luego.
Seguíle yo receloso,
entró en una casa, espero,
y de otra puerta más bajo.
Que según lo que ahora entiendo,
entrambas son de este cuarto,
salir a mi hermana veo.
Seguía sin que me viese,
y en casa apenas la dejo,
cuando por la misma puerta
vuelvo aquí, a ver a qué intento
mi hermana entró en esta casa,
y aquí a don García encuentro
con la misma duda acaso.

DON GARCÍA.
DON DIEGO.

Mas por si ha sido lo mesmo,
disimular me conviene.
¿Qué buscáis aquí, don Diego?
Al despediros de mí,
me dejaste con recelo
en esta calle, por iros
con el rostro descompuesto.
Yendo con este cuidado,
encontré a mi hermana luego,
que hoy salió a ver a su prima;
acompañéla, y la dejo
en casa, y vuelvo a buscaros,
porque os vi entrar aquí dentro:
hálloos sin color el rostro,
alterado y descompuesto,
y estoy de vos ofendido,
pues siendo amigo, y ya deudo,
y habiendo salido juntos,
si le hay como lo sospecho,
faltáis a todo en no darme
parte a mí de aqueste duelo.

MILLÁN.

(*Ap.*) ¡Virgen, qué batiburrillo!
Las manos doy de concierto,
por sacar pies de este caso.

DON GARCÍA.

(*Ap.* Lo que por mí pasa ¿es sueño?
Yo vi entrar en esta casa
a la hermana de don Diego,
y él dice que ahora la deja
en su casa; no lo entiendo.
Pues ¿qué mujeres serían
las que al verme se volvieron
mas ¿qué importa esto, si ya
voy de mi error satisfecho?)
¿A vuestra casa habéis ido?
De ella en este instante vuelvo.

DON DIEGO.

DON GARCÍA. ¿Con vuestra hermana?
DON DIEGO. Sí, amigo;
 ¿Qué dudáis?
DON GARCÍA. Venir tan presto.
DON DIEGO. Pues ¿si vengo con cuidado?
DON GARCÍA. (Ap.) Sin duda yo he estado ciega.
DON DIEGO. ¿Qué duelo hay aquí?
DON GARCÍA. Ninguno:
 a hablar a este caballero
 entré, ya te hablé, y me voy.
 Señor, después nos veremos.
DON JUAN. Cuando fuéredes servido.
DON GARCÍA. (Ap. Qué desengaño más cierto,
 que ir yo a ver si está en su casa,
 cuando quedan aquí dentro
 las que causaron mi duda?)
 Adiós, pues. Vamos, don Diego. (Vase.)
DON DIEGO. Vamos.
MILLÁN. (Ap.) Señores, ¿qué miro?
 Están borrachos por cierto.
DON DIEGO. ¿Caballero?
DON JUAN. ¿Qué mandáis?
DON DIEGO. ¿Yo tengo con vos un duelo
 muy pesado que ajustar,
 a buscaros vendré luego;
 ¿Dónde me esperáis?
DON JUAN. ¡Aquí!
DON DIEGO. Pues la palabra os aceto.
DON JUAN. Yo la doy.
DON DIEGO. Adiós. (Vase.)
DON JUAN. Adiós.
 Millán, el sentido pierdo.
MILLÁN. Yo pierdo doble, Señor.
DON JUAN. A Leonor aseguremos,
 y venga lo que viniere.
MILLÁN. Como venga todo es bueno.
DON JUAN. Ven tras mí, que voy sin alma
 en tan extraños sucesos.
 Pues creo lo que no he visto,
 y lo que he visto no creo. (Vase.)

ESCENA XVIII

MILLÁN.
Y yo también voy colgado
de los hilos de este cuento.
El hermano don García
deja su hermana aquí dentro;
el hermano de la Indiana
la encontró, según sospecho;
Leonor está como un gato,

la Indiana va como un perro;
el crédito se ha perdido;
las tres partes del talego
se han de dar al mercader;
la huéspeda agarra el resto:
Con que a llamarnos Alonsos
al instante volveremos.
Mas aquí de los embustes,
aguza, musa, el ingenio;
¿No hay remedio a todo? Pues
Trampa adelante, y a ellos.

Jornada tercera

Sala en casa de don Diego.

ESCENA I

MILLÁN. Con el pie derecho llego,
porque esta superstición
no le falte a la intención
con que entré en casa de don Diego.
Dé el cielo a esta trampa sola
goma, pez y jirapliega;
que si este embuste no pega,
no hay en mi ingenio más cola.
Don Juan con Leonor su amante
celoso en casa quedó,
y entre tanto trato yo
he llevar *trampa adelante*;
y según de mi cautela
va urdida, se ha de tramar,
o al parque me he de ir a ahorcar,
si no sale bien la tela.
Y porque, ya en mi verdad
no hay crédito, este potaje
viene urdido con un paje,
porque lleve autoridad.
Manuelico el pajecillo
viene a ayudarme a mi ruego,
que puede servir a un ciego
según es de lazarillo.
Don Diego, según sospecho,

se ha ido ya con don García,
 que con él desde la mía
 vino a su casa derecho.
 No sé qué intento sería,
 dejando a mi amo aplazado;
 mas ¿por qué me da cuidado
 su trampa, estando en la mía?
 Búsquense ellos por allá;
 que cuando hayan ajustado
 aquel embuste pasado,
 ya habrá nacido otro acá.
 A doña Ana hablar no pueda,
 Ni a Casilda; mas, por Dios,
 que hacia aquí vienen las dos:
 Millán, ánimo al enredo. (*Escóndese.*)

ESCENA II

DOÑA ANA, CASILDA.- MILLÁN, *oculto*.

CASILDA. Señora, gran susto has ido.

DOÑA ANA. ¡Ay Casilda, que entendí
 cuando a mi hermano entrar vi,
 que nos había conocido!
 Mas ¿por qué con don García
 tan descolorido entró.
 Y en mi cuarto le metió?

CASILDA. Si te casa, que querría
 que te viese, es lo que infiero;
 y cierto que es muy galán,
 y es yerro amar a don Juan,
 siendo tan gran embustero.

DOÑA ANA. Casilda, la inclinación
 me arrastró a aquel desacierto,
 mas ya el daño descubierto,
 lo primero es mi opinión.
 Su presencia me engañó,
 y de la industria pasada
 confieso que estoy picada.

MILLÁN. (*Al paño.*) Tal ensalada hice yo.
 Llego, pues de mí no ha hablado.

CASILDA. Y el pícaro de Millán;
 ¿Viste más frío truhán?

MILLÁN. Tan frío, que ya me he helado.

CASILDA. Milagro fue al berlantón
 no pelarle yo siquiera
 las barbas.

MILLÁN. Milagro fuera
 de un gallina hacer capón.

CASILDA. ¿Qué te estafase el dinero
 del vale que ya cobró?

- MILLÁN. Y si no me muero yo,
no será el vale postrero.
- DOÑA ANA. Eso no me da pesar
entre tan nobles cuidados.
- MILLÁN. Afuera, miedos menguados;
Alto, pues, hombre a la mar. (*Sale.*)
¿Deo gracias?
- CASILDA. ¿No ves quién llama?
Picaron, pues ¿tú aquí vienes?
¿Tan poca vergüenza tienes?
- MILLÁN. (*Ap.*) No me ha dicho tal mi dama.
- DOÑA ANA. Pues ¿cómo a tan grande exceso
aquí os habéis arrojado,
sabiendo lo que ha pasado?
- MILLÁN. ¡Jesús! ¿Aún están en eso?
- CASILDA. Pues, pícaro, ¿en qué han de estar?
Váyase, o irá molido
a palos; que es un roído.
- MILLÁN. (*Ap.*) Eso era antes de cobrar.
- DOÑA ANA. Salíos al instante afuera.
- MILLÁN. Pues mi amo ¿no ha enviado
con un paje aquí un recado?
- CASILDA. ¿Qué recado?
- MILLÁN. El de Antequera
¿Un paje no vino aquí?
- DOÑA ANA. ¿Qué paje?
- CASILDA. ¿Hay tal embustero?
- MILLÁN. ¡Jesús! Pobre caballero;
que estará fuera de sí.
- DOÑA ANA. Millán ¿qué cautela es ésta?
- MILLÁN. ¡Ay, Señora, estoy perdido!
Que está mi amo sin sentido
esperando tu respuesta,
porque a avisar te envió
de esto mismo que yo hablo;
que aquella mujer del diablo,
que allí el demonio llevó,
e su prima, una mujer
que te tiene en perdición
y es, en su comparación,
ermitaño Lucifer;
y él la tiembla como al ruego,
porque traen pleito, por Dios,
a un mayorazgo los dos
de la casa de Cañego.
Y como por conveniencia
se trata de que él lo herede,
de ella librarse no puede
por aquesta dependencia;

y le da infernales ratos,
 porque le ha dado en celar,
 y apostará a atestiguar
 con la moza de Pilatos.
 Por esto fingió el cuitado,
 y yo, al ver que te despeñas,
 te estaba haciendo más señas
 que una mondonga en terrado.
 A esto había de haber
 el paje, y con este intento
 extrañé tu pensamiento;
 pero si no lo has sabido,
 de hallaros con embarazos
 no me espanto, vive Dios,
 sino de cómo las dos
 no me han muerto a Chapinazos.

DOÑA ANA. ¿Qué es lo que dices, Millán?
 ¿Yo no he sabido su amor
 y que era doña Leonor
 la que estaba con don Juan,
 mi vecina?

MILLÁN. Miren esto.
 Pues ésa es... ¿qué te he admirado?
 Y a eso venía el recado.

DOÑA ANA. Casilda, ¿qué dices desto?

CASILDA. No lo entenderán diez suegros.

DOÑA ANA. ¿La hermana de don García?

MILLÁN. Ella misma. ¿Hay tal porfía?

DOÑA ANA. Y ¿son primos?

MILLÁN. Como negros.

CASILDA. (A doña Ana.)
 ¡Qué en tal trampa te encapriche!
 MILLÁN. Alto. Yo soy desgraciado,
 el pajecillo ha topado
 sin duda con un boliche;
 mas hele, porque se note
 más mi verdad.

ESCENA III

MANUELICO.- *Dichos.*

MILLÁN. Pícaro, ¿ahora
 vienes, al cabo de un hora?
 ¿Te estabas jugando al bote?

MANUELICO. ¿Yo? No tal, con el papel
 viene luego.

MILLÁN. Bien está.
 Yo sé que usted hoy tendrá
 follas en el rabel.
 Llegue, acabe, dé el recado.

- MANUELICO. No diga usted que tardé.
- MILLÁN. Llegue pues.
- MANUELICO. Yo llegaré.
- MILLÁN. (*Ap.*) ¡Qué bien lo finge el taimado!
- MANUELICO. Don Juan, mi señor, porque él
venir no puede, os suplica
que ese leáis.
- MILLÁN. (*Ap.*) Cosa rica:
Lindamente ha hecho el papel.
- DOÑA ANA. (*Ap. a Casilda.*)
¡Si es cierto lo que ha contado,
Casilda?
- CASILDA. El papel prosiga.
- MANUELICO. (*A doña Ana.*)
Mándeles usted que no diga
a mi amo que he tardado
- MILLÁN. Vos llevaréis colación.
- DOÑA ANA. No hará, pues de mí te amparas.
- MILLÁN. Sólo tú se los quitaras.
(*Ap.* En la uña trae la lición.)
- DOÑA ANA. Yo leo el papel.
- MANUELICO. No ignores
que me hará azotar.
- CASILDA. No hará.
Temblando el chiquillo está.
- MILLÁN. (*Ap.*) Bien entiende de temblores.
- DOÑA ANA. (*Lee.*)
«El desconsuelo con que me dejasteis no permite dilataros el aviso de que
aquella señora es doña Leonor de Toledo, mi prima, a quien por una dependencia en que
estriba mi comodidad, tengo más sujeción que a mis padres. Millán, si puede ir allá, os dará
razón más por menor de la pena en que quedo por no haberos podido satisfacer en su
presencia; y yo, en habiendo ocasión de asegurarme en la dicha de ser vuestro esposo.- *Don
Juan de Lara.*»
- CASILDA. Verdad ha dicho Millán.
¡Jesús! Y yo caigo ahora
en ello; porque, Señora,
un hombre como don Juan
¿Se había de haber atrevido
a tan grosero desuello?
Millán, caímos en ello.
- MILLÁN. (*Ap.*) Y ¡cómo que habéis caído!
- DOÑA ANA. ¿Su prima es doña Leonor?
- MILLÁN. ¡Jesús, María, *Agnus Dei!*
Como los duques del Rey.
- DOÑA ANA. Pues sin duda tomó error
quien le vio en la casa suya,
que está que era amor, si eso pasa.
- MILLÁN. ¡Qué bueno! El otro en su casa
entra como yo en la tuya.

- Mas da respuesta primero;
que está mi amo en grande afán.
- DOÑA ANA. (*Al paje.*) No digas más a don Juan
de que esta noche le espero.
- MILLÁN. (*Ap.*) Ahora saco yo mis garras.
- DOÑA ANA. Que venga sin falta acá.
- MILLÁN. (*Ap.*) ¡Jesús! El otro vendrá
como ahora llueve alcaparras.
- MANUELICO. Yo voy a darle el recado.
Señora, ¿me azotarán?
- DOÑA ANA. Ve seguro que no harán.
- MILLÁN. A buen santo habéis rezado.
- MANUELICO. Beso a usted los pies.
- CASILDA. ¡Qué bravo
es, Señora, el pajecillo!
- MILLÁN. Si no tardara, el chiquillo
es una pimienta.
- MANUELICO. (*Ap.*) Y clavo. (*Vase.*)

ESCENA IV

DOÑA ANA, CASILDA, MILLÁN.

- DOÑA ANA. Millán, tan grande contenta
me das en el desengaño,
que quisiera un modo extraño
de darte agradecimiento;
pero el más apercibido,
aunque mi ánimo no iguale,
éste es: toma el otro vale (*Dásele.*)
Que tenía prevenido.
- MILLÁN. ¿Qué hay aquí con que me inclines?
- DOÑA ANA. Otro vale.
- MILLÁN. Y ¿de qué trata?
- DOÑA ANA. De diez mil reales de plata.
- MILLÁN. Y son diez mil serafines.
- DOÑA ANA. De lo que el deseo concierta
no doy la mitad ahora.
- MILLÁN. Vivas la mitad, Señora,
del tiempo que has de estar muerta.
(*Ap.* Bien se ha hecho.)
- CASILDA. Vete luego;
que mi amo ha de volver.
- MILLÁN. Yo sé que no puede ser.
Y donde ahora está don Diego.
(*Ap.* Mientras don Juan niega allá,
yo estoy confesando aquí.)
- DOÑA ANA. Mira que pienso que sí:
Que en algún cuidado está
según le vi en el semblante,
y dijo que ya volvía.

MILLÁN. Sobre eso no haya porfía.
 CASILDA. Pues él volverá al instante,
 espéralo en el portal
 por no dilatarlo, y darle,
 en entrando, con el vale.

MILLÁN. No recio; que le haré mal.
 CASILDA. Vele pues.
 MILLÁN. A la conquista
 de los diez mil al instante.
 (*Ap.* Pues va la *trampa adelante*,
 no la perderé de vista.) (*Vase.*)

DOÑA ANA. ¿Qué te parece Millán?
 CASILDA. Cierto que estoy pesarosa
 de haber pensado otra cosa
 de un hombre como don Juan.
 mas tu hermano; huir conviene.

DOÑA ANA. Aguarda. ¿De qué he de huir?
 ¿Ha visto a Millán salir?
 CASILDA. No; que par tu cuarto viene.

ESCENA VDON DIEGO, GINÉS.- *Dichos.*

DON DIEGO. (*Ap.* Despedir a don García
 no fue posible basta aquí;
 porque, como presumí
 que algo sospechado había,
 conmigo quise traerle
 pira que a mi hermana viera.
 Aquel caballero espera,
 y no he podido ir a verle
 hasta saber de mi hermana,
 por no errar lo que hay en esto,
 y a su muerte estoy dispuesto,
 si la verdad no me allana)
 Ginés, salte tú allá fuera,
 y nadie entre aquí.

GINÉS. Eso haré. (*Vase.*)

ESCENA VI

DON DIEGO, DOÑA ANA, CASILDA.

DOÑA ANA. (*Ap. a Casilda.*)
 ¡Ay Dios! ¿Qué es esto?

CASILDA. No sé.

DOÑA ANA. Vámonos.

DON DIEGO. Doña Ana, espera.

CASILDA. (*Ap.*) Escurro; allá se las haya.

DON DIEGO. No te vayas tú.

CASILDA. ¿Qué oí?
 ¿Qué yo no me vaya?

DON DIEGO. Sí.

CASILDA. Ya esto no puede ser vaya.

DON DIEGO. ¿Doña Ana?

DOÑA ANA. (Ap.) Yo estoy sin mí.

DON DIEGO. Cuando hoy de casa saliste
¿A ver a mi prima fuiste?

DOÑA ANA. És verdad.

DON DIEGO. Pues yo te vi
salir de la casa, infiel,
de un caballero soldado,
a quien ya dejo aplazado
para ir a reñir con él.
Vida y hacienda a perder
voy resuelto, por tu error,
porque en llegando al honor
no hay hacienda que temer.
La riqueza es un honor
segundo, y tan verdadero,
que si cae sobre el primero,
hoy corre por el mayor.
Mas al que tenerla intenta
sin fama, no sólo en él
no es honor, sino un cartel
que va diciendo su afrenta;
porque al lucirse después
con este hermoso trofeo,
si en la calle o el paseo
alguien pregunta quién es
quien con tal lustre se esmalta,
nadie al que lo preguntó
dice es un rico, sino
uno que tiene esta falta.
Esto prevengo a tu error,
por si has llegado a dudar
que la querré aventurar
para restaurar mi honor;
que si el sol me le quitara,
a vengarme al sol subiera
y si llegar no pudiera,
en sus rayos me abrasara;
que la honra, para tenella
no basta haberla buscado;
mas para ser uno honrado
bastante es morir por ella.
Mira pues que esto te digo,
porque en yéndole a buscar,
ni quiero el remedio errar
ni dilatar el castigo.
Aquí no hay duda ni engaño;

- yo lo vi, y he de saber
cuanto en esto puede haber,
por si tiene medio el daño.
Tu muerte el medio es segundo,
y el primero la verdad.
- DOÑA ANA. Hermano, yo tu piedad...
- CASILDA. Piedad, Señor. Miente el mundo.
- DON DIEGO. Pues de este acero vengada
veré mi afrenta en las dos.
- CASILDA. ¿Acero? ¡Ay Señor, por Dios!
Que yo no estoy opilada.
- DON DIEGO. ¿Qué dices?
- DOÑA ANA. Si tu perdón
licencia, hermano, me da...
- CASILDA. Confiesa presto; que ya
se me va la confesión.
- DOÑA ANA. Calla, no hables de ese modo.
- CASILDA. ¿Qué es callar? ¡Ay, que lo suelto!
Que el acero me ha revuelto,
y he de vomitarlo todo.
- DON DIEGO. ¿Cómo?
- DOÑA ANA. En su miedo repara.
Señor, y advierte primero
quién es aquí caballero.
- DON DIEGO. Ya sé que es don Juan de Lara,
su nobleza, y que adquirir
supo el nombre de soldado;
y aunque yo no te he tratado,
sé que está para salir
el premio de una encomienda,
que por su valor le dan.
- DOÑA ANA. Si sabes quién es don Juan,
para que tu error no entienda
que a mi decoro fiel
el límite justo paso,
todo lo que hay en el caso
te dirá aqueste papel.
(Toma don Diego el papel y lee para él.)
- CASILDA. Descansé. ¡Ay señora mía!
¡Qué lindamente lo has hecho!
Que me has sacado del pecho
toda aquesa porquería.
- DON DIEGO. Doña Ana, está asegurado,
no hay aquí qué averiguar;
que yo más te debo estar
agradecido que airado.
Mas esta doña Leonor
¿Es la vecina?
- DOÑA ANA. Ella es.

DON DIEGO. Y ¿es su prima?
 DOÑA ANA. ¿No lo ves?
 DON DIEGO. Yo imaginé grande error,
 Pues si primo don García
 de don Juan a hablarle fue
 por ser su deudo, y pensé
 que iba en la sospecha mía.
 DOÑA ANA. Y ahí está un criado de él,
 que venir suele a cobrar,
 si te quieres informar.
 DON DIEGO. ¿Fue quien trajo este papel?
 DOÑA ANA. No; más sabe lo que pasa.
 DON DIEGO. Llámale, Casilda, pues.
 CASILDA. *(Va hacia la puerta.)*
 Llama a un criado, Ginés,
 que está a la puerta de casa.

ESCENA VII

GINÉS; luego, MILLÁN.- *Dichos.*
 GINÉS. *(Dentro.)* Ya va.
 DON DIEGO. Ya paró en mejor
 el duelo que yo entendía.
 Perdóneme don García;
 que lo primero es mi honor.
 GINÉS. *(Sale con Millán.)*
 Aquí está.
 MILLÁN. *(Ap.)* ¡Virgen sagrada!
 ¿Qué veo?
 DON DIEGO. ¿A quién esperáis?
 MILLÁN. ¿Por cuál dellos preguntáis?
 DON DIEGO. ¿Qué decís?
 MILLÁN. No digo nada.
 DON DIEGO. ¿A qué venís? No os turbéis.
 MILLÁN. Yo, señor del alma mía,
 vine del Andalucía
 por Francia, habrá un año o seis.
 DON DIEGO. ¿Qué queréis aquí?
 MILLÁN. Cobrar
 este vale. *(Ap. El juicio, digo,
 que estoy perdiendo contigo.)*
 DON DIEGO. Pues ¿a quién se ha de pagar
 este vale, o de quién es?
 MILLÁN. Es de un mercader de paño,
 que nos socorre entre año.
 DON DIEGO. ¿Dónde vive?
 MILLÁN. A Lavapiés.
(Ap. No me deja hablar el miedo.)
 Es el que otros darne suele.
 DON DIEGO. Turbado estáis.

- MILLÁN. ¿No lo huele?
 DON DIEGO. Don García de Toledo
 ¿De vuestro amo es primo?
 MILLÁN. (*Ap. a doña Leonor. Niega.*
 San Antón sea conmigo.)
 ¿Quién tal dice?
 DOÑA ANA. Yo lo digo.
 MILLÁN. (*Ap. Descosióse la talega.*)
 Pues en eso ¿hay que dudar?
 DON DIEGO. ¿Vos pensáis que yo he ignorado
 algo de lo que ha pasado?
 No tenéis qué recelar;
 que castigaros no intento.
 (*Ap. Esto es perder tiempo acá,*
 y don Juan me espera, y va
 solo haciendo el casamiento
 mi honor puedo asegurar.
 Sin duda, como esto habla,
 buscó don Juan letra mía
 para poder enviar
 su criado acá; esto infiero)
 Ginés (*Ap. esto es lo mejor*),
 Lleva este hombre.
 MILLÁN. ¿Qué, Señor?
 DON DIEGO. A pagaros el dinero.
 MILLÁN. Válgame un caíz de credos.
 ¿Tanto en esto os detenéis?
 DON DIEGO. Pues ¿qué decís?
 MILLÁN. Que podéis
 ser destilador de miedos.
 GINÉS. Venid.
 DON DIEGO. En oro al instante
 se lo da.
 MILLÁN. (*Ap.*) ¡Ay Dios! ¿Qué escuché?
 DON DIEGO. Entrad vos.
 MILLÁN. (*Ap.*) Sí haré, porque
 vaya la trampa adelante.
 (*Vase con Ginés.*)

ESCENA VIII

DON DIEGO, DOÑA ANA, CASILDA; *luego*, DON GARCÍA.

- DON DIEGO. Hasta estar casada, ya
 no has de salir del retiro
 de tu cuarto. Mas ¿qué miro?
 Don García viene acá.
 DOÑA ANA. Pues yo me iré a mi cuarto.
 DON DIEGO. No, doña Ana;
 que antes para que sepa que es ya vana
 su pretensión, te quiero aquí a mi lado.

- ¡Qué de embarazos halla mi cuidado!
(Sale don García.)
- DON GARCÍA. Don Diego, ya cansado de esperaros,
os entro yo a buscar.
- DON DIEGO. Desengañaros
siento, viven los cielos, don García
de lo que tuve ya por dicha mía;
mas en todo mi honor es lo primero.
- DON GARCÍA. Por qué me lo decís saber espero.
- DON DIEGO. La palabra que os di de ser esposo
de vuestra hermana os cumpliré dichoso
mas vos no podéis serlo de la mía.
- DON GARCÍA. Pues ¿por qué?
- DON DIEGO. Está casada, don García.
- DON GARCÍA. Aunque perder, Señora, vuestra mano
en mí causa tan justo sentimiento,
no faltaré al primor de cortesano;
pues siendo elección vuestra el casamiento,
según se infiere de no haber tenido
noticia de él don Diego, que habrá sido
digno de vos es cierto.
- DON DIEGO. Dicho habéis un pesar bien encubierto;
mas para que sepáis que el dueño estimo,
es con don Juan de Lara vuestro primo.
- DON GARCÍA. ¿Don Juan de qué decís?
- DON DIEGO. Don Juan de Lara.
- DON GARCÍA. ¿Mi primo?
- DOÑA ANA. Vuestro primo: cosa es clara.
- DON GARCÍA. ¡Don Juan mi primo! ¿Qué decís, doña Ana?
- DOÑA ANA. Pues ¿no os visita s vos y vuestra hermana,
y yo no vi a Leonor, yendo a su casa
en su cuarto con él?
- DON GARCÍA. ¡Cielos! ¿Qué he oído?
¡En su cuarto Leonor!
- DOÑA ANA. Hoy allá ha ido.
- DON GARCÍA. Pues, don Diego, tened; que si eso pasa...
- DON DIEGO. De mi hermana es esposo, don García.
- DON GARCÍA. Pues vos no podéis serlo de la mía.
- DON DIEGO. Vete a tu cuarto, hermana.
- DOÑA ANA. (Ap. a Casilda.) ¡Ay Dios! ¿Qué es esto?
- CASILDA. No lo entenderá el diablo; vamos presto.
- DOÑA ANA. Casilda amiga, en gran peligro estamos;
en pudiendo, las dos de aquí salgamos.
Y pues tan cierto ya a don Juan tenemos
nuestras vidas con él aseguremos.
- CASILDA. Ni un instante mi *** miedo lo dilata
que yo siempre *** salto de mata.
- (Vase *** doña Ana.)

ESCENA IX

DON GARCÍA, DON DIEGO.

DON DIEGO. ¿Qué decís, don García? o ¿estáis ciego?

DON GARCÍA. Ya en esto no hay amor, señor don Diego,
ni es mi primo don Juan; que eso es supuesto,
ni le he hablado en mi vida.

DON DIEGO. ¡Bueno es esto!
Pues ¿no estabais con él esta mañana?

DON GARCÍA. Fue porque allá vi entrar a vuestra hermana,
y si allá fue la mía de esa suerte,
le he de casar con ella o darle muerte.

DON DIEGO. ¿Qué decís?

DON GARCÍA. Lo que haré con este acero.

DON DIEGO. Sin duda hay yerro aquí. Vamos primero;
que él me espera en su casa, y dél, sabremos
o la duda o el yerro que tenemos.
Mas sabed que es marido de doña Ana.

DON GARCÍA. Yo sé que es mi honor antes mi hermana.

DON DIEGO. Pues allá lo veremos.

DON GARCÍA. Eso espero
mas en mi casa quiero entrar primero,
y saber de mi hermana lo que pasa,
para no errar el medio o el castigo.

DON DIEGO. Pues yo voy a esperaros.

DON GARCÍA. Ya yo os sigo.

(Vase.)

Sala en casa de don Juan

ESCENA X

DOÑA LEONOR, DON JUAN. JUSEPICO; *éste se retira a poco.*

DON JUAN. Esto es, Leonor, lo que importa.
Jusepe, a la puerta aguarda,
y avísame si alguien viene.
El empeño en que me hallas
no es para vanos discursos,
en que toda la mañana
han gastado nuestros celos.
Tu hermano te vio en mi casa,
y disimuló su ofensa
para volver a vengarla.
Don Diego, aquel caballero
que entró tras él, la palabra
me tomó de hallarme aquí,
yo no le puedo hacer falta.
Y tras esto, en el peligro
de tu vida y de tu fama
todo es menos, mira hora,
sin hablarme de tus ansias,
de tus celos ni los míos,

qué medio hay de asegurarla;
que aunque sea aventurando
nombre, opinión, vida y fama,
de todos los riesgos tuyos
te ha de asegurar mi espada.
Leonor, en tal caso amor
es la menor importancia;
mira el remedio que escoges
y mira, si le dilatas,
que en las materias de honor,
que son heridas del alma,
mientras se piensa el remedio
se hacen mortales las llagas.

DOÑA LEONOR. Don Juan, ¿qué quieres que escoja
Si del término me sacas
donde está el remedio mío?
¿Qué pueden pensar mis ansias?
Tú, celoso injustamente,
no quieres sacar la cara
a decir que eres mi esposo;
sólo a ampararme te allanas.
Pues ¿cómo quieres, don Juan
que una mujer que es honrada
intente librar su vida,
dejando morir su fama?
El mayor riesgo es mi honor,
tú en éste me desamparas;
mi vida es menor peligro,
éste socorrerme tratas.
Si amparas, don Juan, bizarro
mi vida, mi honor agravias:
Pues ¿qué te debe mi riesgo,
si en el amparo me infamas?
Cuando la honra se arriesga,
librar la vida es infamia;
pues por no morir de infame
quiero yo morir de honrada.
Yo no he de salir de aquí
ni he de volver a mi casa,
sino muerta o con la honra,
que aventuré por tu causa.
Venga mi hermano, Señor,
logre mi vida su saña,
atropelle mi inocencia,
triunfe su furia tirana.
Muera yo, don Juan; que entonces
de ti me dará venganza
mi muerte, pues tus sospechas
morirán con mi desgracia;

que de no haberte ofendido
será la prueba más clara
verme morir en el riesgo
de que tú mismo me sacas:
Pues aventurar su honra
no pudo por otra causa
quien para librar la vida
no se atrevió a aventurarla.
Mi muerte será escarmiento
de todas las que idolatran,
si así en seis años de amor
nobles finezas se apagan.
Éste será el premio injusto
del dolor de ausencias tantas,
de tus amantes porfías
y mis resistencias vanas,
que en rendimientos pararon
de tan locas esperanzas,
que el aire de mis suspiros
para deshacerlas basta.
Mas ¿para qué he de acordarme
que me obligaron tus ansias,
tras de tan prolijos días
que asistiendo a mis ventanas
te dejó siempre la noche
donde te encontraba el alba,
si sólo sirven de hacer
tu sinrazón más ingrata?
Y cuando llantos de amor
huye el riesgo de mi fama,
en agravar tu delito
doy a los ojos más causa.
Suspende, Leonor, el llanto;
que no podrá, aunque me agravias,
resistir mi ardiente fuego
el dulce riesgo del agua.
El enfermo a quien la sed
de la calentura, abrasa,
se arroja a perder la vida
por vencer, bebiendo, el ansia.
Mi amor, enfermo de agravios,
arde en la violencia falsa
de la sed de tus cariños.
Pues no le muestres el agua
que si en tus ojos, Leonor,
mira el cristal que derramas,
por no sufrir lo que aflige,
ha de beber lo que mata.

DON JUAN.

ESCENA XX

JUSEPICO.- *Dichos.*

JUSEPICO. Señor, aquel caballero
que estuvo aquí esta mañana
entra acá dentro.

DON JUAN. Leonor,
Retírate pues, ¿qué aguardas?

DOÑA LEONOR. Yo quiero morir, don Juan,
por crédito de mi fama.
No me he de esconder.

DON JUAN. ¿Qué dices?

DOÑA LEONOR. Venga mi hermano.

DON JUAN. Repara

DOÑA LEONOR. Esto ha de ser.

DON JUAN. Que ser puede
que del mismo lance salga
verdad que venza mi duda
y dé medio a tu esperanza.

DOÑA LEONOR. Pues por eso me retiro. (*Vase.*)

DON JUAN. (*Al paje.*) También tú allá fuera aguarda.
(*Vase Jusopico.*)

ESCENA XII

DON DIEGO.- DON JUAN; DOÑA LEONOR, *oculta.*

DON DIEGO. ¡Señor don Juan!

DON JUAN. Dios os guarde.

DON DIEGO. Culparéisme la tardanza;
mas antes agradecerla
podréis, sabiendo la causa.
Yo don Juan, me he detenido
para saber de mi hermana
lo que había en este empeño
ya lo supe, y esto basta
por enojo de una ofensa
que está tan bien restaurada.
Yerros de amor no son yerros
cuando tal fin los remata;
Y pues de vuestras finezas
tiene logro la esperanza
dando a mi hermana la mano,
yo vengo a daros las gracias
y los brazos por el gusto
de que vos honréis mi casa.

DON JUAN. Tened, Señor; ¿qué decís?

DOÑA LEONOR. (*Al paño.*)

¡Cielos, que yo injurias tantas
atropelle, y que me rinda
la fuerza de mi desgracia!
Piérdase vida y honor;

- piérdase, y no sufra el alma
tan afrentosos desaires.
- DON JUAN. ¿Qué finezas ni qué hermana?
¿Qué yerros? Que ni os conozco,
ni he sabido por qué causa
aquí os espero.
- DON DIEGO. ¿Qué escucho,
cielos?
- DOÑA LEONOR ¡Confusión extraña!
- DON DIEGO. ¿No sabéis, señor don Juan,
que soy don Diego de Vargas?
- DON JUAN. Seáis muy enhorabuena;
que hasta agora lo ignoraba.
- DON DIEGO. Pues mi hermana ¿no os lo ha dicho?
- DON JUAN. ¿Sé yo quién es vuestra hermana?
- DON DIEGO. ¿No estaba aquí ayer con vos?
- DON JUAN. Aguardad; que si eso pasa
vive Dios, que ella me halló
con esa misma ignorancia,
porque no la vi en mi vida
ni se de qué amor me trata.
- DON DIEGO. Pues ¿Cómo por vuestra prima
doña Leonor, que aquí estaba,
le enviáis satisfacción
en un papel a mi hermana?
- DON JUAN. ¿Qué prima ni qué papel?
- DOÑA LEONOR. ¡Se ha visto maldad tan rara!
- DON JUAN. (*Ap.*) Señores, yo pierdo el juicio.
- DON DIEGO. Pues el papel, si no basta
la verdad, os vencerá, (*Dáselo.*)
¿Es vuestro? Decid.
- DOÑA LEONOR.
¿Qué aguarda,
ofendido, mi decoro?
- DON JUAN. (*Ap.* ¡Cielos! Ya esto tiene causa
y no de poca malicia.)
Que es mi firma es cosa clara;
mas yo tal papel no he escrito.
- DON DIEGO. Pues para mataros basta.

ESCENA XIIIMILLÁN.- *Dichos.*

- MILLÁN. Señor, gran bien... (*Ap.* Mas ¡qué miro!
Huí del gato y caí en las brasas.)
- DON DIEGO. Aguardad; que este criado
viene agora de mi casa
de ser testigo de todo.
- MILLÁN. Yo no lo he sido de nada;
ve aquí usted mis dientes buenos.

- DON JUAN. Pues, villano, tú de casa
¿a qué ibas? Tú me has vendido.
- MILLÁN. Por diez mil reales de plata
que me dio allá el mercader.
- DON JUAN. ¿Qué mercader? ¿De quién hablas?
- MILLÁN. Juan Gutiérrez de Enginosa,
que vive junto a la Cava.
- DON JUAN. ¿Es ese hombre el de Zamora?
- MILLÁN. Sí, Señor, como la gaita.
- DON JUAN. ¿Tú has llevado este papel?
- DON DIEGO. Eso no; noticia clara
tengo que fue otro criado.
- DON JUAN. Pues yo no tengo otro en casa.
Señor, ¿qué es lo que decís?
- MILLÁN. ¿Ve usted cómo es patarata?
- DON DIEGO. ¡No dijiste en mi presencia
que tu amo don Juan de Lara
es primo de don García,
confirmando la palabra
que en este papel se incluye?
- MILLÁN. ¿Qué papel? ¡Santa Susana,
libradme de testimonios!
Yo, Señor, ¿he dicho nada?
- DON DIEGO. Pues mi hermana ¿no lo dijo?
- MILLÁN. Si lo dijo vuestra hermana,
¿Había yo de desmentirla?
- DON JUAN. Villano, tú has sido causa
de estos engaños.
- MILLÁN. Señor,
yo fui a cobrar a su casa,
y como a ti acá, me dieron
con esa misma matraca.
- DON JUAN. Vive Dios, que has de decir...
- DON DIEGO. Don Juan, esa empresa es vana;
que para el empeño mío
no es satisfacción que basta,
os engañe o no el criado.
- DON JUAN. Pues ¿qué otro medio se aguarda?
- DON DIEGO. Sólo morir o matar.
- DON JUAN. A eso mi valor no falta.

ESCENA XIV

DON GARCÍA.- *Dichos.*

DON GARCÍA. Aquí del agravio mío
tomará mi honor venganza.

DOÑA LEONOR. *(Al paño.)* Mi hermano es éste (¡ay de mí!);
aquí mi desdicha acaba. *(Escóndese.)*

- DON DIEGO. Don García, vos venís
a muy mal tiempo.
- MILLÁN. (Ap.) Ya escampa;
quien tiene su cueva abierta
venga aquí, que llueven trampas.
- DON GARCÍA. Yendo a mi casa en mi duda
a informarme de mi hermana,
hallo que ha faltado della;
y pues con mi honor me falta
teniendo tanta evidencia
de que estuvo en esta casa,
vos habéis de darme cuenta
de mi honor y de mi hermana.
- MILLÁN. Señores, ¿tantos a un hombre?
¿Hay más hermanos que salgan?
¿Es mi amo Antón Martín?
- DON DIEGO. Tened, García, la espada;
yo tengo ese mismo duelo
con don Juan, y mi venganza
es primero y vive Dios,
si lo estorbáis, que mis armas
han de ser en su defensa
hasta asegurar mi fama.
- DON GARCÍA. Que os pongáis vos a su lado,
aunque le dé esa ventaja,
será dar causa a mi honor
para tomar más venganza;
y así, ved que si lo hacéis,
dél y vos he de tomarla,
pues también me hace la ofensa
quien defiende al que me agravia.
- DON JUAN. Tened (Ap. ¡Cielos! Si Leonor,
que está ya desesperada,
se arroja a salir aquí,
todo el duelo se remate;
lo mejor ha de ser esto.)
Caballeros, esta casa
no es capaz para este duelo,
porque al sacar las espadas,
o vecinos o justicia
los empeños embarazan.
Salgamos los tres al campo.
- DON DIEGO. Yo lo aceto.
- DON GARCÍA. Y yo.
- DON JUAN. Pues vaya
uno de los dos guiando.
- DON DIEGO. Venid pues.
- DON GARCÍA. Sigo tus plantas.
(Vanse don Diego y don García.)

ESCENA XV

DON JUAN, MILLÁN; *luego*, DOÑA LEONOR.

MILLÁN. (*Ap.*) Señores, ¿qué haré? que ya va tan delante la trampa, que atrás quisiera volverla.

DON JUAN. Leonor, ya ves lo que pasa, con Millán salir procura; que tu vida asegurada, todo remediarse puede.

DOÑA LEONOR. (*Sale.*) Don Juan, o muerta o casada, no he de salir de tu cuarto.

DON JUAN. ¿Qué dices?

DOÑA LEONOR. Mi honor lo manda.

DON JUAN. ¿No ves tu riesgo?

DOÑA LEONOR.

Es menor.

DON JUAN. Pues ¿cuál es lo más?

DOÑA LEONOR.

Mi fama.

DON JUAN. ¿Y la vida?

DOÑA LEONOR. La desprecio.

DON JUAN. Leonor, mira...

DOÑA LEONOR. Don Juan, basta.

ESCENA XVI

DON DIEGO. - *Dichos.*

DON DIEGO. (*Desde la puerta.*)

¿No venís, señor don Juan?

MILLÁN. (*Ap. a doña Leonor.*)

¡Adentro, pesia mi alma!

DON JUAN. Ya os sigo.

DON DIEGO. Venid.

DON JUAN. Millán,

de aquí al instante la saca. (*Vale.*)

ESCENA XVII

DOÑA LEONOR, MILLÁN.

MILLÁN. ¿Leonor?

DOÑA LEONOR.

Millán, ¿qué dices?

MILLÁN. Que de aquí al Instante salgas.

DOÑA LEONOR. ¿Dónde hemos de ir?

MILLÁN. Por novillos;

vámonos a Salamanca,
que agora viene San Lucas,
y esto aquí ya muy de mala.

DOÑA LEONOR. ¿Qué es lo que dices?

MILLÁN. Que aquí

llevo yo para sotanas.
 Presto, escurramos la bola.
 DOÑA LEONOR Sin juicio pienso que hablas.
 Yo no he de salir de aquí.
 MILLÁN. ¡Ay, que lleva la contraria!
 Mujer, que eso es del galán;
 mira que tú haces la dama.

ESCENA XVIII

DOÑA ANA, CASILDA.- *Dichos.*
 DOÑA ANA. Casilda, esto es lo seguro;
 don Juan del riesgo nos valga.
 CASILDA. Y ¿cómo, señora mía?
 Escapemos, que aunque estaba
 don Diego hecho un mismo perro,
 me fuera yo ahora a Irlanda.
 MILLÁN. (*Ap.*) Virgen de los Apretados,
 lo que entra; ¡acabó la trampa!
 DOÑA LEONOR. ¡Ah traidor! ¿Era por esto
 quererme sacar de casa?
 MILLÁN. ¡Qué he de sacar, pesia mí!
 Que lo que yo saco es plata.
 DOÑA ANA. (*Ap. a Casilda.*)
 Casilda, ¿qué es lo que veo?
 CASILDA. La prima, ¡Jesús!
 MILLÁN. (*Ap.*) Ya escampa;
 San Jorge, de los araños
 me librad de estas arañas.
 DOÑA ANA. ¿Viose tal persecución
 en una mujer honrada?
 Casilda, ¿qué hemos de hacer?
 CASILDA. ¡Ay, Señora, qué tarasca!
 Traza de tragarnos tiene.
 MILLÁN. Yo soy quien agora traga,
 pero saliva.
 DOÑA ANA. ¿Millán?
 MILLÁN. ¿Cómo Millán? ¿quién me llama?
 DOÑA ANA. ¿No me conoces?
 MILLÁN. ¿Yo a vos?
 Me han dado unas cataratas
 repentinas, y no veo
 hacia dónde estáis.
 DOÑA LEONOR.
 Bien trazas
 la deshecha, infame, aleve.
 DOÑA ANA. ¿Qué dices?
 MILLÁN. ¡Ay santa Clara!
 Señora, ¿ésta es la de hoy?
 DOÑA ANA. ¿Qué es la de hoy? ¿Con quién hablas,

Millán? A serme posible,
 la pesadumbre excusara
 a don Juan de que su prima
 me hallase ahora en su casa,
 sabiendo yo que es tan mío.
 Mas ya sacando la cara,
 porque me obliga el peligro
 de mi vida y de mi fama,
 no hay por qué fingir, Millán;
 que ya el riesgo lo declara.
 Desengaña a esta señora,
 y no al desaire la traigas
 de que vea con sus ojos
 que ya conmigo se casa
 don Juan, y que la aborrece;
 que no es decente a una dama
 venir a que la mormuren
 lo que os persigue y os causa.

MILLÁN. (Ap.) ¡Tome si purga! Las tripas
 ha echado con esta basca.

DOÑA LEONOR. ¿Qué es lo que decís, Señora?
 ¿A qué venís a esta casa?
 Que me costáis mas peligros.
 que habéis errado palabras.
 ¿Qué es casar vos con don Juan?
 ¿Qué es ser vuestro con mi infamia?
 Ni ¿qué aborrecerme a mí,
 cuando le debe a mi fama
 el crédito que me arriesga?
 Viven las estrellas altas,
 que ha de ser mío; y si alguna
 por destino lo estorbara,
 la eclipsara con mi aliento
 las luces con que me agravia.

CASILDA. ¡Fuego de Dios, como sopla!
 ¿Ésta es mujer o borrasca?

DOÑA ANA. Ea, Señora, por Dios,
 que ya es mucha exorbitancia
 de prima a un pobre señor,
 por pobre sujeción tanta.
 Idos, Señora, con Dios
 y lograd en paz o en rabia
 el mayorazgo; que a mí,
 que me tenga don Juan basta;
 que no he menester hacienda,
 ni él el honor de la casa
 de Cañego, si la mano
 le da doña Ana de Vargas.
 Quedáos con él, que yo haré,

- si te ha de costar tal ansia.
Que os renuncie el mayorazgo.
- MILLÁN. (Ap.) ¡Cristo bendito de Cabra,
cuál se va poniendo el ajo!
- DOÑA LEONOR. Mujer, de juicio me sacas;
¿Qué sujeción? ¿qué Cañego?
¿qué mayorazgo ¿qué casa?
¿Con quién hablas, o qué dices?
- DOÑA ANA. Millán, díselo tú, acaba.
- CASILDA. Oigan esto: ¿qué te aturdes?
¿Ya no estamos declaradas?
¿Para qué es fingir ahora?
- MILLÁN. ¿Qué es fingir? ¡Pesia mi alma!
¿Qué he de hablar? Que es menester,
si del mayorazgo tratan,
revolver para hablar dello
el archivo de Simancas.
- DOÑA ANA. ¡Tú no me has dicho todo esto?
¿Tú no me llevaste a casa
aquel papel de don Juan?
Pues ya ¿para qué lo callas?
- DOÑA LEONOR. Millán, ¿qué es esto que dicen?
- MILLÁN. Es, Señora, una empanada,
que la quise hacer de pollas,
y se me ha vuelto de urracas.
(Ap. Virgen santa del Buen Fin,
el justo celo me valga
de remediar mi pobre amo;
que ya esto está dando arcadas.)
- DOÑA ANA. ¿No es esto así?
- MILLÁN. No, Señora;
ni es, ni fue, ni será nada,
que estáis trayendo lugares
que no los hay en el mapa;
que Leonor no sabe de esto,
ni es prima ni mayorazga,
sino del abril; ni vos
ni don Juan sabéis palabra,
ni yo sé lo que me digo;
porque de tanta maraña
tengo hecha aquesta cabeza
una misma calabaza.
- DOÑA ANA. ¿Qué dices, traidor, villano?
Pues ¿qué ha sido aquesto?
- MILLÁN. Trampa
para socorrer el hambre.
Yo hice a Leonor, por lograrla,
su prima, y la hiciera negra
porque estábamos sin blanca.

- DOÑA ANA. ¿Qué es lo que escucho, traidor?
¿Así una mujer se engaña?
- CASILDA. ¿Así los vales nos llevas?
- MILLÁN. Pues sáquenmelo a patadas.
- DOÑA ANA. Viven los cielos sagrados,
que he de tomar la venganza
tan sangrienta, que escarmiento
llegue a ser don Juan de Lara
del mundo con su castigo.
- MILLÁN. ¿Por qué, si él no sabe nada?
- DOÑA ANA. Pues ¿yo sus firmas no he visto?
- MILLÁN. Para un mercader las daba,
y yo para esta obra pía
las apliqué.
- DOÑA LEONOR Si eso pasa,
¿Qué es lo que queréis, Señora?
- DOÑA ANA. Sólo asegurar mi fama,
castigando esta traición.
- MILLÁN. ¡Jesús, que vuelven a casa
los tres, como tres leones!
- DOÑA LEONOR. Señora, aquí retiradas
esperemos; que pues ya
la verdad os desengaña,
yo daré remedio a todo.
- MILLÁN. Todo esto en mil palos para.
(*Escóndense doña Leonor, doña Ana y Casilda.*)

ESCENA XIX

DON JUAN, DON DIEGO, DON GARCÍA.- MILLÁN; DOÑA LEONOR, DOÑA ANA y CASILDA, *ocultas.*

- DON JUAN. (*Ap. a Millán.*)
¿Dónde está Leonor, Millán?
- MILLÁN. Aquí dentro.
- DON JUAN. Dicha ha sido.
- DON DIEGO. ¿A qué nos volvéis, don Juan?
- DON JUAN. Sacaros he prometido
Don García, de este afán,
y ajustado vuestro duelo,
ir con don Diego a reñir.
- DON GARCÍA. Pues ¿cómo ha de ser?
- DON JUAN. Dirélo;
queriendo al campo salir,
sin saber de mi recelo,
ni preguntárselo yo,
a vos os dijo don Diego
que él nunca a Leonor habló,

- ni ella a él.
- DON GARCÍA. Así pasó.
- DON JUAN. Pues ese fue mi sosiego.
¿Vos quedaréis satisfecho,
si mi esposa a Leonor veis?
- DON GARCÍA. Dándoos los brazos y el pecho.
- DON JUAN. Pues, Leonor...
- DOÑA LEONOR. *(Sale.)* ¿Qué me queréis?
- DON JUAN. Para vos ya eso está hecho.
Ahora vamos o reñir,
señor don Diego, los dos.
- DON GARCÍA. Yo a vuestro lado he de ir.
- DON DIEGO. Pues entrambos, vive Dios,
a mi enojo han de morir.
- DOÑA LEONOR. Tened; que si me escucháis,
de este empeño os sacaré.
- DON DIEGO. No es posible que lo hagáis.
- DON GARCÍA. Oíd; ¿por qué lo excusáis?
- DON DIEGO. ¿Qué has de decir?
- DOÑA LEONOR.
- Lo que sé.
- MILLÁN. ¡Jesucristo, los dolores!
¡Ay, que ya he quebrado en sangre!
Mal parto es, valedme vos.
- DON GARCÍA. ¿De qué?
- MILLÁN. En viendo lo que liado.
- DON DIEGO. Decid pues.
- DOÑA LEONOR. Señor don Diego,
vos visteis (sospecha es grande)
a vuestra hermana en la casa
de don Juan, mas si se sabe
la causa, ni ella es culpada,
ni en su decoro hay ultraje,
ni en vuestro honor hay peligro,
ni don Juan ofensa os hace;
mas si la digo, don Juan
palabra me ha de dar antes
de perdonar a quien tiene
la culpa de engaños tales.
- DON JUAN. Yo la doy.
- MILLÁN. ¡Oh mujer fuerte!
Un himno heroico te cante
la capilla sustanciosa
de los capones de Caspe.
- DOÑA LEONOR. Pues Millán, ese criado,
fingiendo que era su amante
don Juan, con papeles suyos
que él con la industria que sabe
sacó a su amo las formas,

acreditó con tal arte
que era ya don Juan su esposo,
que pasando por su calle
vuestra hermana, le entró a ver.
Si es hierro que lo pensase,
las firmas se le disculpan;
y creído, entrar a hablarle,
no es culpa en una mujer
que con él pensó casarse.
Don Juan no la ha hablado a ella,
ni de estos intentos sabe
más que vos que lo escucháis;
y sea crédito bastante
de que él lo ignora, que yo
siendo su esposa y su amante,
y a quien, porque le he tenido
seis años de amor tan grande,
tocaba más esa queja,
no la tengo en esa parte.
Mi hermano con vuestra hermana
dio palabra de casarse;
si él os la cumple, no queda
a vuestro honor más examen.
Y para que él os la cumpla
sólo falta que él se halle
satisfecho de doña Ana,
y esto no puede faltarle;
porque, aunque no resultara
con las precisas señales
la satisfacción debida
del mismo efecto del lance,
el que yo se lo aconsejo
es satisfacción bastante;
porque yo no le empeñara
a cosa que desdorase
su opinión ¿qué es su opinión?
Su voz, su sombra, su imagen;
pues siendo su hermana yo,
soy de su honor tanta parte.

DON GARCÍA. Don Diego, aunque por mi hermana
mi honor no se asegurase,
el mismo caso lo allana;
y porque el duelo se acabe,
y porque yo dicha logro
de conveniencia y de amante
esposo soy de doña Ana.

DON DIEGO. Aunque a mí nada me falte
que desear, si eso veo,
saber quisiera el dictamen

MILLÁN. de Millán, en fingir esto.
Esto es, Señor, unos vales
que me daba vuestra hermana,
que cada uno fue un ángel.

DON DIEGO. Pues ¿dineros a mí, estafa?
Vive Dios, que he de matarlo.

DON JUAN. Y yo lo he de hacer primero.

DON GARCÍA. Don Diego, por mí se pasen.

DOÑA LEONOR.

Don

Juan, ¿tu palabra quiebras?

DON JUAN. Eso puede reportarme.

DON DIEGO. Por Dios que es alevosía.

DOÑA LEONOR.

Doña Ana el empeño ataje,
que está aquí dentro conmigo.
Salid, Señora, al instante.

DON GARCÍA. La mano le doy dichoso.

DOÑA ANA. (*Sale.*) Yo, por fin de mis pesares,
con toda el alma la aceto.

MILLÁN. Y aquí, señores galanes,
si un vitor dais a un poeta,
dará con aplausos tales
fin dichoso a la comedia,
porque el mismo que esto hace,
es quien ha menester más
llevar la *Trampa adelante*.

FIN